EGON WOLFF

TEATRO COMPLETO



SOCIETY OF SPANISH AND SPANISH-AMERICAN STUDIES

BIBLIOTECA NACIONAL

Sección Local
Clasificación 11 M (36-14)
Cutter —
Año Ed. 1990 Copia —
Registro Seaco 95949
Registro Notis. AAH3285

AAH3280

TEATRO COMPLETO

PUBLICATIONS OF THE SOCIETY OF SPANISH AND SPANISH-AMERICAN STUDIES

Luis T. González-del-Valle, *Director*

EGON WOLFF

TEATRO COMPLETO



SOCIETY OF SPANISH AND SPANISH-AMERICAN STUDIES

© *Copyright, Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1990.*

The Society of Spanish and Spanish-American Studies promotes bibliographical, critical and pedagogical research in Spanish and Spanish-American studies by publishing works of particular merit in these areas. On occasion, the Society also publishes creative works. SSSAS is a non-profit educational organization sponsored by the University of Colorado at Boulder. It is located in the Department of Spanish and Portuguese, University of Colorado, Campus Box 278, Boulder, Colorado 80309-0278, U.S.A.

International Standard Book Number (ISBN): 0-89295-058-7

Library of Congress Catalog Card Number: 89-64396

Printed in the United States of America

Impreso en los Estados Unidos de América

This text was prepared by Sandy Adler, Foreign Language Word Processing Specialist for the College of Arts and Sciences, University of Colorado at Boulder.

CONTENIDO

Prólogo vii
Mansión de lechuzas (1958) 1
Discípulos del miedo (1958) 53
Parejas de trapo (1960) 101
Niñamadre (1962) 155
Los invasores (1963) 221
El Signo de Caín (1969) 265
Flores de Papel (1970) 315
Kindergarten (1977) 355
El sobre azul (1978) 403
Espejismos (1978) 441
José (1980) 481
Álamos en la azotea (1981) 525
La balsa de la Medusa (1984) 569
Háblame de Laura (1986) 623

PRÓLOGO

George Woodyard
The University of Kansas

De los muchos dramaturgos latinoamericanos de este siglo, el caso de Egon Wolff tiene que considerarse como uno de los más significantes. No es el escritor más prolífico en cuanto a textos escritos o montados, ni tampoco el más audaz en cuanto a concepciones dramáticas, pero es sin lugar a dudas uno de los talentos más serios de la dramaturgia hispánica. Sus obras se dividen en dos categorías principales, como bien lo ha indicado el crítico chileno Agustín Letelier: las de problemas psicológicos de tipo familiar, y las de diferencias de clase social (Introducción a *Parejas de trapo*/*La balsa de la Medusa*). En una carrera que abarca más de treinta años, ha experimentado con varias formas para lograr una expresión auténtica del ser chileno, con el resultado feliz de que sus obras trascienden un ambiente nacional para comentar la condición humana y universal. Wolff se ha establecido en el primer rango de escritores por su capacidad de escoger una situación y convertirla en una experiencia asequible a un público general. El mismo ha descrito su obra en las palabras siguientes: «las formas que prefiero en mi afán de autor de obras de teatro . . . son todas aquellas que permiten expresar ideas . . . Me interesan aquellos personajes que tengan en sí mismos la estatura, la envergadura, el 'rumor interior', que les permitan emprender la dura tarea de tratar de salir de sus estados conflictuales . . . Quiero personajes, en suma, que estén a la altura del conflicto» (prólogo a *Mansión de lechuzas*).

Hijo de una familia alemana con antepasados suecos, Wolff nació en 1926 en la comunidad alemana de Santiago y se formó en los años de entreguerras. Dos aspectos de su biografía parecen haber tenido una importancia e influencia extraordinaria: los varios ataques de pulmonía y tuberculosis pulmonar durante su adolescencia, y el anti-nazismo de su padre que produjo dificultades económicas para la familia después de la guerra. Los problemas médicos le dieron tiempo durante su juventud para leer todo el cuerpo literario de autores como Thomas Mann, Hermann Hesse, Kafka, James Joyce, Thomas Wolfe, William Faulkner y más, lo cual lo afirmó en su vocación literaria. El aspecto económico, sin embargo, significaba que no podía contar con fondos de familia para dedicarse a la medicina, así que se puso a estudiar ingeniería química. Su condición actual de pequeño-burgués se debe, no a una herencia de familia, sino a muchos años de trabajo arduo, primero como vendedor de productos cosméticos, después a la venta de productos químicos y, más tarde, como socio de una fábrica de pinturas. Sólo en años recientes, es decir, a partir de 1979, ha podido concentrarse en sus actividades predilectas al obtener un cargo de

profesor en la Escuela de Teatro de la Universidad Católica y al poder dedicar más tiempo a la confección de textos teatrales.

Durante más de treinta años de actividad dramática Egon Wolff ha creado un cuerpo de textos que nos deja ver un aspecto interior de la vida y la sociedad chilenas. No es necesariamente una visión muy bonita, porque no teme nunca ingresar en terreno problemático e incluso sórdido. Sus personajes representan los desamparados, los desposeídos, gente que vive sin mayores pretensiones sociales. Una nota constante en las acotaciones iniciales de sus obras es la referencia a las condiciones pobres del ambiente, normalmente destartalado, deshecho, venido a menos. Hasta las dos excepciones notables, *Los invasores* y *La balsa de la Medusa*, tratan el elemento económico más humilde de una manera indirecta. La dicotomía entre las clases sociales y sus ventajas y desventajas relativas resulta ser una preocupación que le sirve a Wolff para entablar sus conversaciones dramáticas. En la escala psicológica se notan otros temas que se repiten a lo largo de su producción: la madre obsesiva y dominante, el uso y el abuso del poder, la sexualidad frustrada y frustrante, y la soledad y la angustia del abandono físico y psicológico. Implícita siempre es la necesidad del amor, un amor verdadero que lleva compasión y que inspira confianza y fe en el individuo. En todas sus obras, Wolff mantiene un control técnico y estructural. Se aprovecha mucho de una forma aristotélica pero no deja de experimentar con formas vanguardistas cuando le conviene. Puede ser que su talento más destacado se encuentre en su control lingüístico. El hecho de dominar varias lenguas quizás puede explicar su extraordinaria capacidad para captar un diálogo verosímil y penetrante en todas sus obras. No es el lenguaje de Luis Alberto Heiremans, la voz poética del teatro chileno, ni tampoco el de Juan Radrigán, representante de la clase más marginada de Chile, sino una voz que irrumpe desde un conocimiento profundo de los aspectos psicológicos del ser humano, una voz sumamente chilena que tiene una gran capacidad para trascender fronteras nacionales. Es tal vez por eso que le han traducido a varias lenguas para montar sus obras en varios países del mundo.

Desde su primera obra se nota en la dramaturgia de Wolff la gran sensibilidad que tiene para las relaciones interpersonales. *Mansión de lechuzas*, obra en dos actos, fue estrenada por la Sociedad de Autores Teatrales (SATCH) en la Sala Talía en 1958. Se vale de una técnica y un lenguaje realista y un ambiente medio-rural para presentar la sencilla historia de una madre protectora que vive con sus dos hijos adolescentes; los protege hasta sofocarlos en un aislamiento artificial donde no tiene contacto con el mundo exterior, descrito como un ambiente donde «se han detenido el tiempo y los recuerdos»). La familia se mantiene a base de los recuerdos, los pasatiempos lúdicos y la venta de flores cultivadas. La naturaleza obsesiva de la madre está clara desde el comienzo; lo que no se explica inmediatamente es el porqué de su instinto protector. Las relaciones triangulares de la familia—la traumatización de la madre, la agonía del hijo mayor, la confusión del hijo menor—se revelan lenta y deliberadamente.

Los signos misteriosos relacionados con el padre desaparecido aumentan la tensión y plantean la solución al conflicto. La obra enfoca los problemas de una familia enajenada de la sociedad normal, tratando de mantener la autosuficiencia en sus aspectos económicos y psicológicos, con resultados desastrosos. Aunque el final rápido y un poco melodramático indica una falta de experiencia dramática, como primera obra *Mansión de lechuzas* señala una ruta para el desarrollo posterior y un interés fundamental por parte de Wolff en proteger a sus personajes.

En el mismo año de 1958, se estrenó *Discípulos del miedo* en el Teatro Experimental de la Universidad de Chile (Sala Antonio Varas). Es otra obra psicológica en que la madre juega un papel dominante en la vida de los tres hijos. A causa de la intervención constante de ella, ninguno de los tres puede escoger el estilo de vida que le conviene, ni tampoco el padre que también se siente manipulado por ella. En su afán de mejorar la situación económica de la familia, destruye los ideales y las ilusiones de los otros miembros. Su obsesión con la estabilidad fiscal deriva de su propia juventud miserable en que la familia padece hambre y otras privaciones físicas producidas por la falta de dinero. Determinada a proteger a su propia familia a toda costa ella insiste en comprar una fábrica que les va a dar el empuje financiero, pero una serie de complicaciones de proporciones mayores, entre las que destacan las deudas exorbitantes, los traficantes de drogas, y otras desilusiones, conspiran para desintegrar la entidad familiar.

Sin mayores complicaciones técnicas, *Discípulos del miedo* es una obra directa y realista que se parece mucho a *Mansión de lechuzas* en cuanto a la intervención de la madre destructora. Indica también el interés de Wolff en explorar problemas intrafamiliares que comentan la condición humana con todas sus deformaciones psicológicas y sus obsesiones que animalizan al ser humano. Cuando el individuo se siente encarcelado o traumatizado, comienza a mostrar el lado feo de su condición humana. En este caso, es el miedo lo que les impone el modelo, y los convierte en «discípulos del miedo», víctimas de una condición deformada.

Parejas de trapo, de 1960, fue estrenada en la Sala Antonio Varas de la ITUCH (Instituto de Teatro de la Universidad de Chile). El conflicto central enfoca la relación de un matrimonio infeliz al final de seis años de su relación. Cristina es de una familia acaudalada que se formó con la expectativa de que el dinero soluciona cualquier problema. La mujer es una persona fría y calculadora que opera a base del sistema de códigos que aprendió de su padre. El hombre, por su parte, es un individuo que maltrata a sus propios empleados de la fábrica. Tiene cierto encanto a pesar de ser enajenado de la realidad. Experimenta una falta de sentido común que es característica de sus problemas económicos. El desarrollo de esta obra en tres actos se relaciona con la condición económica constantemente en proceso de desintegrarse. Los trámites comerciales se entremezclan con otros elementos personales, incluso la relación sexual que existe entre el matrimonio. Cuando la esposa insiste en que su padre los

salve económicamente, no considera el efecto sobre su propio valor o el estado psicológico de su marido y su machismo, al no aceptar la «generosidad» del padre. Por débiles que sean ciertas premisas psicológicas de la obra, se refuerzan las concepciones del valor atribuido al dinero por la sociedad contemporánea, y las presiones sobre los individuos de alcanzar su posición social, a pesar de las consecuencias personales. Están bien indicadas las líneas de batalla, y al final, los personajes mismos resultan ser «parejas de trapo», tratando de descubrir sus propios valores.

Niñamadre la estrenó el Teatro Universidad de Concepción en 1962. Es otra de las piezas de Wolff que se vale de un ambiente de la clase humilde para poder examinar el sentido de valores que existe en varias relaciones interpersonales. En el patio de una casa caracterizada por la pobreza y el desorden se desarrolla la acción entre los ocho personajes. Las acotaciones indican que la civilización apenas penetra en la calle donde viven, indicación de su estado marginado. La interacción permite ver cómo algunos dependen de otros, unos se aprovechan de otros, y otros se dejan aprovechar. La nota dominante es la inseguridad, la duda, el miedo de abandono. Dice uno de los personajes: «La soledad no es exclusiva de nadie; en ella todos nos encontramos». Todos se encuentran en esta casa por ser víctimas de una injusticia previa—un abandono, una muerte, un accidente. Pero se ven reacciones individualizadas en que algunos se ponen agresivos, como Víctor que miente, engaña y manipula a su «tía» y a otra señora; otros sumamente pasivos, como Polla, que desde los cuatro años está dedicada al mismo hombre que abusa de ella y la maltrata. Con esta obra Wolff construye un ambiente con personajes creíbles donde se logra justicia respecto a los buenos y los malos. Cuando se unen las parejas indicadas al final, y se exponen los vicios de otros, ocurre el equilibrio moral de la pieza para alcanzar un final bondadoso.

La obra que lanzó la carrera de Egon Wolff al nivel de reconocimiento mundial fue *Los invasores*, estrenada también en la Sala Antonio Varas del ITUCH en 1963. Es todavía una de las obras más duraderas del teatro latinoamericano. Resulta especialmente atrayente porque destaca un problema social de mayor importancia, los personajes son verosímiles y la técnica a veces surrealista enfatiza lo enigmático. Con resonancias de *Llama un inspector* de J.B. Priestley, la obra depende de un sueño que disfraza la realidad. No queda claro cuándo comienza y termina el sueño, un aspecto que ha sido muy discutido por los críticos, y que deja abierta la cuestión de la realidad de los eventos respecto a un futuro indefinido. El ambiente pertenece al pequeño burgués amenazado por una invasión de los desamparados—¿o es simplemente una invasión de su conciencia? Las jactancias de la mujer de Meyer establecen el contraste con los harapientos que se apoderan de la casa, de las posesiones de los Meyer, de su estilo de vida, en fin, de su ser. No es que Meyer sea un tipo más usurpador que otros, pero es responsable de la explotación y victimización de otros. La

acumulación de resentimiento y odio tiene que buscar su manera de expresión.

Valiéndose de sólo ocho personajes en total, cuatro por cada lado, la obra alcanza una economía extraordinaria al presentar dos sociedades separadas: por un lado, la familia de Meyer; por el otro, China, Alí Babá, Toletole y El Cojo. La amenaza de los invasores no se presenta en términos violentos y directos, sino más bien mediante alusiones que resultan aun más insidiosas. El sistema de códigos que opera hace imposible determinar lo que es verdadero y lo que es simplemente una posibilidad. No es difícil ver por qué *Los invasores* ha tenido una acogida tan positiva durante tantos años. En muchos países hispanoamericanos la separación entre clases sociales es muy marcada, y esto produce una situación volátil; las familias acaudaladas viven en casas lujosas protegidas por grandes murallas mientras los harapientos viven en una miseria total, sin alimento, protección contra el tiempo ni higiene básica. Con la amenaza constante de una revolución que pueda volcar todo patas arriba, el contraste es suficiente para dar un valor trascendental a la obra. A pesar de los aspectos enigmáticos de la obra, lo cierto es que en una ocasión, le gente de cierta zona de Santiago cerca del río se preparó para protegerse contra lo que se creía era una invasión de los desamparados—exactamente como lo que indicaba la obra de Wolff. ¿Se podría preguntar si el arte, en vez de reflejar la realidad, igualmente la podría anticipar?

Después de un lapso de seis años, Wolff estrena en 1969 una obra en cuatro escenas, *El signo de Caín*, en el Teatro del Callejón de la Sala Mozart de la Municipalidad de Las Condes (Santiago). Con solamente cuatro personajes, la obra indaga en conflictos entre dos parejas que revelan problemas de conciencia, parecido a la temática de *Los invasores*. Es curiosa la inversión, en el sentido de que un rico y su esposa invaden el ambiente de un hombre pobre que vive feliz con su amante. Se rompe el equilibrio de su vida placentera cuando el antiguo amigo viene a «rescatarlos» de su pobreza. La interacción entre los cuatro personajes se complica en varios niveles cuando hay acusaciones de homosexualidad, de abusos, de mordidas. Al final, la introducción de un elemento antes insospechado sorprende porque los argumentos violentos que tenían lugar se ven de un modo diferente a la luz de la nueva revelación. En cuestiones de honor, que es la temática esencial de la obra, hay que considerar las ramificaciones de aceptar o de negar la responsabilidad de nuestras acciones. Estos códigos nos definen en nuestro rol social como seres humanos en la sociedad total. Al final, el personaje principal tiene que definir su rol y lo hace por medio de los que lo rodean. Lo importante es ser honrado con uno mismo, y no culpar a otros por algo que uno ha hecho. Una declaración resulta significante: «Hay hombres que llevan en la frente el signo de Caín. La señal que los demás interpretan y temen como signo del mal, pero que en verdad no es más que la señal de una clara mente analítica, de un espíritu inquietante, de hombres sin miedo». Es cuestión de determinar talentos, valores, y de ser honesto consigo mismo.

Al año siguiente, Wolff estrena en la misma Sala Mozart lo que muchos consideran su obra maestra, *Flores de papel*. Enterado de las nuevas concepciones teatrales que se inauguran durante los sesenta, Wolff construye una pieza que capta perfectamente la violencia que caracteriza el mundo cambiado por una serie de eventos sísmicos: asesinatos políticos, la guerra de Vietnam, la masacre de Tlatelolco, las rebeliones estudiantiles, y el aterrizaje sobre la luna, entre otros. El Living Theatre y el Open Theatre en los Estados Unidos desafiaban las convenciones teatrales, y los montajes de *Hair* en 1968 y de *Oh Calcutta!* en 1969 implican revoluciones teatrales.

Dos aspectos de la pieza captan la atención inmediatamente—la división al estilo brechtiano en seis escenas, en vez de la estructura normal de actos, y el reparto de sólo dos personajes que llega a ser muy común, a pesar de la creencia tradicional de que con dos personajes no se podía crear un conflicto verosímil. La acción dividida en escenas da fluidez y coherencia a la obra. El otro aspecto impactante de la obra es la violencia, característica de la época, la cual se nota en la acción física así como en el aspecto psicológico. Con esta pieza Egon Wolff se encuentra bien situado dentro de la vanguardia del teatro internacional. Los antecedentes de *Flores de papel* se encuentran en sus obras previas: el manejo de la técnica, el ritmo bien plasmado, la preocupación por el elemento psicológico. La anécdota es bastante sencilla: una mujer ordinaria de mediana edad invita al hombre que le ayuda con sus paquetes a quedarse un rato en su apartamento para tomar un té. Poco a poco, el hombre comienza a apoderarse de su espacio, de sus cosas, y, al final, de su ser. Lo verdaderamente espantoso es que no se explica el porqué de sus acciones. Faltando unas razones económicas o sexuales, el público/lector no sabe lo que da ímpetu a la destrucción total.

Los dos personajes evidencian rasgos provocativos. Eva (mujer arquetípica) es pintora, viuda (tal vez) y solitaria. El Merluza es un ser enigmático del hampa con ciertos talentos extraordinarios. Se instala en el apartamento de Eva como si tuviera un plan premeditado. Desde el principio, el conflicto con el pajarito refleja la violencia inevitable que va a irrumpir entre El Merluza y Eva. El Merluza miente, confunde, engaña, sorprende, y cuando al final mata el pajarito, anticipa la destrucción igualmente ignominiosa de Eva.

Otra característica que capta la atención es el lenguaje. Alcanza su verdadero vigor en esta pieza cuando trata las diferencias entre dos seres tan desiguales como Eva y El Merluza. El lenguaje abarca desde la ternura hasta la grosería, pero es significante que el enfoque cambia desde la primera escena cuando Eva domina la conversación y El Merluza apenas contesta, hasta la última cuando El Merluza, ahora convertido en un simulacro de guerrero simba, domina totalmente. Ni siquiera hay pretensión de interacción y El Merluza sostiene un largo monólogo. Eva asiente cuando demanda, pero efectivamente ya ha desaparecido. *Flores de papel* tiene que ver con el poder, la destrucción sin sentido de la propiedad y de la personalidad, la victimización, la disposición para ser víctima, y la anarquía en circunstancias que la permiten. Eva se deja destruir por El

Merluza, quién sabe con qué fines. La obra resulta ser un comentario sobre las condiciones sociales de Latinoamérica, pero más bien sobre las condiciones del ser humano en una sociedad contemporánea comprometida con la destrucción irresponsable.

Después del éxito de *Flores de papel* y un lapso de siete años, Wolff regresa en 1977 con *Kindergarten* (estrenada en el teatro de la Sala Galpón de Los Leones), una obra que muestra otra vez su insistencia en estudios psicológicos. Los personajes son tres—tres miembros de una familia que padecen problemas sexuales que representan diferentes aspectos de su desarrollo psicológico arrestado. La hermana que regresa a visitar a sus dos hermanos después de una ausencia de diez años provoca un examen del pasado, el presente y el futuro. La relación entre los dos hermanos parece la de dos siameses. Se odian pero existen con una dependencia total y un sentido de protección entre sí. Toño depende de Mico para su comida, su sueldo, su estabilidad psicológica, y al revés, Mico lo cuida igual que a la madre que cuidó por muchos años antes de su muerte. Extranjera en este ambiente, la hermana también asume un rol interdependiente.

En el texto abundan signos de una sexualidad reprimida o distorsionada de los tres personajes. Toño estaba casado antes pero su mujer le abandonó y ahora vive con la ilusión puesta en sus hijos. Hay amenazas de chantaje por unas fotos comprometedoras, debidas a su naturaleza libidinosa, que podrían arruinar la reputación de la familia Sánchez-Uriarty. Mico intentó castrarse cuando joven, y confiesa que se masturba todavía. La hermana se casó con un degenerado y aparentemente ha pasado los años recientes como prostituta en el Brasil. En suma, son personas con aberraciones sexuales, incapacitadas para un mundo normal, que encuentran su seguridad en una relación interdependiente. Se crea tensión por medio de unos telefonemas misteriosos, y las figuras siniestras que esperan enfrente y al fin rompen el vidrio, con resonancias de *Los invasores*, la aumentan aun más. Estas personas congeladas en el tiempo viven en un «kindergarten» en la escala de madurez psicológica, representado visualmente cuando se visten de la ropa de su juventud—el pirata, el payaso, el mago. Se encuentran reducidos al denominador común de su niñez compartida. *Kindergarten* presenta la historia patética de una familia orgullosa y decente venida a menos. Los personajes se atormentan a sí mismos y atormentan a los demás en sus esfuerzos para sobrevivir la inmundicia que los rodea. En este estudio de la castración, la mutilación, y la recriminación, los tres se encuentran en un infierno vivo que es su destino cotidiano aunque no llegan a la crisis final.

Siguiendo la misma línea, Wolff al año siguiente estrena *Espejismos* (1978 en la Sala Teatro Universidad Católica) la cual expone algunas de las mismas preocupaciones de una sexualidad reprimida igual que la relación entre la atracción sexual y el amor. El caso particular es de una joven de 17 años, la cual viene a vivir con un matrimonio sin hijos que disfruta de una relación placentera después de veinte y cinco años juntos. Cuando las

atenciones del esposo avanzan muy rápido, y presentan una amenaza para la estabilidad matrimonial, la esposa echa a la niña de la casa. No es cuestión de atribuir culpa, sino de reconocer la importancia del amor y mantener relaciones sensatas y responsables. La obra indica la necesidad de establecer lazos de amor en vez de crear ilusiones. La esposa, con más madurez emocional, le indica a la niña: «No, Inés . . . Tú no quieres a las personas. Lo que tú quieres es la imagen de las personas, lo que te imaginas de ellas . . . Los hombres son para ti imágenes para llenar tu fantasía . . . El amor es entrega, Inés». Es fácil crear espejismos, las pequeñas fantasías que atraen y que rompen el tedio de vidas monótonas. Sin condenar a sus dos personajes metidos en esta atracción ilícita, la obra sugiere que les falta algo en su desarrollo psicológico. La muchacha es joven e inmadura, pero ¿no podría ser que Martín no se siente seguro de su propia sexualidad, y que su machismo está amenazado porque le faltan hijos? La obra es, tal vez, una de las más moralistas de Wolff al proponer las ventajas de crear relaciones estables y duraderas.

El sobre azul, estrenada también en 1978 por el Teatro del Grupo «Thais» en la Sala Camilo Henríquez, representa un intervalo curioso en la dramaturgia de Wolff. Es una pieza totalmente diferente en concepción y técnica. Una «farsa en dos actos inútiles, sobre el inútil acto de escribir farsa», se desarrolla la historia de Sebastián Cereceda y Sebastián Recereda, dos funcionarios tan idénticos como dos gotas de agua. El «sobre azul» es señal de despedida en la fábrica que pasa por un período de producción mínima porque los trabajadores duermen, juegan, y participan en actividades sexuales. La idea es amenazarlos con «el sobre azul» para incitarlos a que produzcan más. La acción es totalmente fársica, pero ilustra bien varios aspectos de la sociedad contemporánea: la falta de confianza, la irresponsabilidad, la incapacidad de mantener seguridad y otras deficiencias de la capacidad humana. Es, en fin, un comentario sobre la situación política y económica de Chile, y por extensión, del mundo industrializado de esta generación. Los administradores se muestran incapaces de solucionar sus problemas, e inventan situaciones ridículas y hasta grotescas para tratarlos. Wolff desarrolla una dialéctica de razones y una lógica para explicar e interpretar las acciones de otros, con todas sus inferencias y consecuencias. En fin, es una pequeña obra totalmente captante que muestra, una vez más, el control que ejerce Wolff sobre sus técnicas y sus personajes.

José, estrenada en el Teatro de Cámara del Teatro Municipal de Santiago en 1980, es otro comentario sobre los valores humanos en la sociedad contemporánea. La obra sugiere que la invasión de influencias nocivas y extranjeras ha corrompido el sistema que existía en Chile en otra época, hasta tal punto que amenaza la entidad familiar. Se rompe el equilibrio al regresar el individuo titular después de una estadía de siete años en Estados Unidos. La familia se siente cómoda con sus nuevas riquezas, aunque ha tenido que llevar al abuelo al asilo porque no cabía en el nuevo ambiente. Es una familia que demuestra todo lo peor de una

sociedad fría y calculadora donde falta la emoción, la ternura, y el amor. La llegada del hijo pródigo provoca la crisis cuando revela que la familia ha abandonado sus valores tradicionales sobre el altar de un nuevo sentido de prosperidad económica, casándose por conveniencia y abandonando a sus viejos amigos—todo en nombre de la nueva elegancia. La casa está hecha «con exhibicionismo formal y cierto mal gusto». Dice José: «El chileno de hoy se está volviendo práctico, también, y realista. Abrió una ventana a los Estados Unidos, y está recibiendo de allí todas sus fetideces, y le están oliendo a perfume! Hoy, el chileno está aprendiendo a parecerse al americano, y eso le alegra el corazón?». Después de su estancia en Estados Unidos, sin embargo, no es José el que está contaminado con estas ideas perversas, sino los que se quedaron en Chile. La obra insiste en una reexaminación de los valores tradicionales, en un sentido familiar y nacional. Si se sacrifican los conceptos de amor, lealtad, decencia humana, compasión y ternura humana para conseguir nuevos niveles de prosperidad económica, se pierde la esencia de la vida civilizada. Varios subtemas enfocan relaciones entre explotadores y explotados y aspectos del amor. Todos los elementos de la pieza, de un modo u otro, señalan la necesidad de hablar con verdad, y de llevar una vida llena de dignidad.

Álamos en la azotea se estrenó en 1981 en el Teatro de Cámara del Salón Filarmónico del Teatro Municipal. Otra vez Wolff insiste en un ambiente del ser venido a menos, del hombre que vive en un chiquero sucio y deshecho. A lo largo de sus obras se nota esta insistencia en la pobreza y en las limitaciones que circundan a los que no tienen otras opciones porque no tienen los recursos financieros. Dentro de este ambiente se ve la repetición de otro tema, la necesidad del amor en las relaciones humanas. El caso particular tiene que ver con los esfuerzos de los hijos para reunir a los padres separados. Lo que distingue esta obra de la dramaturgia anterior de Wolff es un fuerte sentido de humor que se logra en situación y en lenguaje. Lo que queda constante es la insistencia sobre las relaciones interpersonales. La separación de 13 años indica el equilibrio roto; todo el esfuerzo está concentrado en re-establecer la armonía familiar. Wolff se vale de unas técnicas humorísticas para señalar las diferencias que experimenta el matrimonio—sus opciones lingüísticas, su manera de portarse, hasta la forma de lavarse las manos—y las usa como motivos recurrentes a lo largo de la obra. Con un ritmo que depende de si se van a reunir o no, con la obstinancia, la terquedad y el orgullo, se lleva a cabo una obra graciosa y tierna, porque tiene los aspectos universales de la caracterización humana.

En 1984 Wolff estrena en la Sala Teatro Universidad Católica otra obra que tiene un impacto casi tan fuerte como *Los invasores* o *Flores de papel*. Se trata de *La balsa de la Medusa*, una de las obras más impactantes de Wolff. Inspirada en una pintura del siglo diecinueve de Gericault, la cual se encuentra en el Museo del Louvre, la obra está ambientada en una mansión elegante pero totalmente aislada de la sociedad normal. La obra

está basada en tres grupos de participantes: los harapientos miserables que amenazan con invadir la casa, el dueño misterioso de la mansión con su mayordomo fiel y los visitantes que ocupan el lugar. La obra consta de la interacción de las once personas invitadas a la casa cuando se dan cuenta de que se encuentran aisladas de la sociedad, como si estuvieran encarceladas, en un ambiente de lujo. La acción principal enfoca la manera en que los invitados especiales se portan durante el tiempo de su encierro, y si son capaces de cambiar. Enfrentados con una situación enigmática y desesperante, en vez de elevarse como personajes de integridad personal, se vuelven siempre más deshumanizados. La situación comienza a desintegrarse conforme aumentan sus angustias individuales. Como microcosmos de una sociedad total, se presentan autoridades invisibles e irresponsables por un lado, los pobres y desposeídos por el otro, y en medio una burguesía que no está en control ni de su destino individual ni del del grupo. Dice Leonardo: «Quisiera ver alguna vez, que alguno de ellos, rompiera su predestinación, y se pusiera a hacer cosas heroicas! . . . Lo redimiría ante mis ojos, y los de Dios . . .». Es una obra técnicamente muy complicada con varios motivos repetidos que pican la curiosidad, como las referencias al «Ecce Homo» o los «ojos artificiales». El desarrollo de los personajes está bien balanceado con múltiples perspectivas representadas. Resulta ser una de las obras más ricas del repertorio wolffiano y del teatro chileno total.

Hasta el momento, la última obra de Wolff es *Háblame de Laura*, estrenada en 1986 por el Teatro de la Universidad Católica. Esta obra presenta la extraña historia de un hombre y su madre que viven juntos en una relación de interdependencia. Dentro de la miseria económica y un ambiente deshecho y desordenado, estos dos seres abandonados y desamparados se consuelan con sus historias, sus chistes, y sus bromas. La televisión es su única diversión y su interacción personal tiene resonancias incestuosas. Un análisis freudiano de esta «pareja» podría señalar profundas inhibiciones sexuales e inclinaciones agresivas. Alberto hace repetidas referencias a violaciones activas y pasivas, y es probable que él mismo sea producto de una violación. No hay modo de determinar la verdad de sus historias infinitas, inventadas como forma de escape en un mundo de fantasía. La realidad de su pobreza los acecha igual que la realidad de sus pesadillas sexuales y fiscales. El mundo en que viven, y el mundo que crean, es un mundo de violencia. Son seres angustiados con el proceso de cambio, y al mismo tiempo, paradójicamente, están tratando de escapar a su destino. Hasta la fantasía de Laura, la supuesta amante, no es bella y agradable, sino una pesadilla de caminatas por un cementerio lúgubre y fantasmal. Los personajes de la televisión les parecen bellos, productos de su imaginación escapista. Wolff se vale de técnicas metateatrales en que las mentiras sirven para crear el espectáculo. Dice Alberto: «La verdad es lata. Sólo la mentira es excitante y entretenida». Escrita en tres escenas, la obra alcanza su máxima expresión fantasmagórica al final con niveles estéticos y poéticos que corresponden al nivel de escapismo de la realidad, cuando las

imágenes enfocan pájaros y otros elementos voladores. Es una pieza sumamente interesante que contrasta la belleza y la bondad con la mugre de la existencia humana en sus condiciones más desesperadas. Son dos seres abandonados por la sociedad, interdependientes y medio locos, que están tratando de sobrevivir para poder jugar sus juegos abusivos llenos de humor negro.

Las catorce piezas incluidas en esta antología ofrecen algunas de las mejores obras del repertorio hispanoamericano de este siglo. Montadas en castellano en Chile, le han merecido a Egon Wolff varios premios teatrales. Montadas fuera de Chile, muchas veces traducidas a otras lenguas, han encontrado una acogida crítica muy positiva. Desde el comienzo, Wolff ha sabido profundizar en la esencia del ser humano—ésta no está limitada a características chilenas sino que abarca calidades universales—para mostrarnos elementos de la psique en sus aspectos normales y anormales. Muchos de sus personajes están obsesionados con el poder; lo usan y lo maltratan para explotar y abusar de otros personajes en su ámbito, especialmente dentro de círculos familiares. Las madres dominantes de las obras tempranas se ven sustituidas en obras posteriores por otros personajes nocivos. A lo largo de las obras, se encuentran elementos que les dan vitalidad y profundidad. Se nota en la carrera de Wolff una progresión estilística y estructural, desde las obras tempranas más directas y realistas a las posteriores que muestran mucha experimentación técnica con vuelos de fantasía e incluso elementos oníricos y surrealistas. En contraste con las obras tempranas que suelen tener muchos personajes, a partir de *Flores de papel* Wolff comenzó a experimentar con ambientes muy reducidos, enfocando a veces sólo dos o tres personajes en situaciones muy controladas, lo cual le ha dado algunos de sus mejores efectos.

De las obras coleccionadas, se destacan tres como obras maestras: *Los invasores*, *Flores de papel* y *La balsa de la Medusa*. Las tres comparten ciertas características. Todas tienen que ver con invasiones físicas de cierto espacio indicado, lo cual va acompañado de la invasión psicológica correspondiente. Las tres marcan etapas importantes de experimentación formal en la carrera de Wolff caracterizadas por la búsqueda de nuevas técnicas y formas, y el juego con motivos recurrentes y significantes. Las tres señalan además su insistencia en encontrar la forma lingüística más apropiada. Y lo más importante de todo es que se trata de obras que captan elementos de diferencias sociales y dejan ver la pared que separa a los desposeídos. Wolff siente profundamente la problemática de la pobreza, y se vale de situaciones dramáticas para llamar la atención de su público o su lector a las distancias entre la vida privilegiada de la clase media y las vicisitudes inherentes a una vida desamparada. No lo hace de una manera moralista ni pedagógica, sino por medio de técnicas bien equilibradas que dejan ver claramente las consecuencias de mantener las separaciones sociales. Son tres obras que funcionan a la par del teatro mundial. En suma, Egon Wolff es un autor sumamente chileno en su psicología y su

orientación, pero su gran sensibilidad y su capacidad para crear personajes que trascienden su espacio y hablan con una voz universal señalan al mismo tiempo su fuerza como autor perteneciente al mundo total. Las obras de esta antología pueden dar al lector o al público no sólo horas de diversión sino una oportunidad de penetrar las circunstancias que han caracterizado la segunda mitad del presente siglo.

MANSIÓN DE LECHUZAS
1958

PERSONAJES (*por orden de aparición*):

Marta, la madre
Andrés, un hijo
Felipe, otro hijo
Móttola, un vecino
Eleonora, cuñada de Móttola
Don Hernán, un amigo de la casa
Pedro, un sirviente
Niños

Toda la acción se desarrolla en el living, un dormitorio y el invernadero de la casa habitación de la familia. Vista desde la calle, es una de esas viejas mansiones que recuerdan señoríos de otros tiempos y que hoy día aún suelen verse en diversos sitios umbríos de nuestros arrabales urbanos. Creemos que el jardín que la rodea debe ocultar aún, entre otras cosas, viejos enanos de piedra carcomida; una que otra imagen chorreada de resina y densas y ensortijadas trepadoras, nidos hoy de lagartijas y telarañas. Todo ello está rodeado por una vieja verja labrada, sobre la que transitan, en hilera y con el paso nostálgico de sus largas patas, grandes garzas de hierro herrumbroso.

En el interior de la mansión viven, sin embargo, tres seres vivos, que deben resolver sus problemas en términos de actualidad. Esta representación tiene que ver con uno de sus problemas. Veamos cómo los resuelven.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Algunos momentos antes de alzar el telón se oyen las notas de una guitarra y una voz de hombre ensayando una nostálgica canción campestre del Chile antiguo. Es una balada llena de emoción que evoca, como su letra dice: «La tarde era triste, la nieve caía; un blanco sudario los campos cubría. Ni un ave volaba, no oíase un rumor . . . No oíase un rumor . . .»

Es una música que surge de algún punto lejano y permanece en un segundo plano, acompañando las primeras acciones de la primera escena.

La acción se desarrolla en una galería de vidrio, una especie de invernadero, y un living de decorado tradicional. En ese invernadero se va a desarrollar la mayor parte de la acción. Comunica con el living por un corte de muro.

Es el refugio cálido y asfixiante, nostálgico y decadente de la familia de esa casa. Lo decoran una mesa y sillones de mimbre; un estante para maceteros con diversas plantas de hojas brillantes y lujuriosas: caladium, filodendros, helechos, etc. Un viejo gramófono sobre una mesita de mimbre, cubierta con una carpeta de encajes; un Cristo de mármol sobre una peaña de caoba. Todo ello bañado en una luz irreal naranja pálido, que contrasta agudamente con el verde espeso que irradia desde el exterior, a través de los vidrios de la galería. El mundo circula afuera. Aquí se han detenido el tiempo y los recuerdos.

El living no luce ninguna decoración especial. Es, simplemente, la sala de estar de la casa que enlaza a la familia con el mundo exterior, persistente y habitual. Al fondo del living se perciben los primeros tramos de una escalera que conduce al segundo piso, que permanece en penumbra, mientras la acción se desarrolla en la planta baja y que consiste, solamente, en un dormitorio de dos camas: está situado detrás y a un nivel de dos metros sobre el living. Hay en él, además de las camas, un ropero antiguo con una gran puerta de espejo, un mueble librero colonial, veladores, grabados de motivos litúrgicos, una gran cruz de marfil. En un rincón se ve un atril con cuadernos de notas abiertos. Al fondo, una ventana mira hacia follajes oscuros y tupidos.

La acción se inicia una soleada tarde de sábado, en primavera. Marta y sus dos hijos, Andrés y Felipe (17 y 16 años), juegan ludo en una mesita colocada en primer plano, en el invernadero. Acaban de tomar el té, porque el servicio está aún junto a ellos, en parte repartido por el suelo y en parte diseminado dentro del confortable desorden que reina por doquier. Andrés está arrodillado sobre una silla y apoya los codos sobre la mesa. Marta tiene forradas sus piernas en un delgado chal. Sobre una silla, junto a ellos, está abierta una caja de chocolates y hay algunos papeles estañados esparcidos por el suelo.

Marta es una mujer delgada (38 años), de facciones finas y ademanes delicados. Sobre su rostro sensible se combinan una vaga expresión de dulzura y cierta dolorosa perplejidad—cierto terror travieso—que reflejan su disposición de ánimo, tensa y temerosa. Impresionan su naturaleza frágil y el aire de súplica que dominan sus gestos.

La balada persiste lejanamente, después de alzar el telón, sin que nada acontezca en el primer momento. Los tres personajes están aparentemente embebidos en el juego. Reina una tensa felicidad. Se topetean, hacen trampas, se recriminan. Felipe saca distraídamente un chocolate de la caja y Andrés le palmotea la mano.

Felipe saca otro chocolate y se lo lleva a la boca; Andrés lo zamarrea.

MARTA (*Aplacándolos*) ¡Por favor! ¡Niños!

ANDRÉS —Se los va a comer todos, él solo. ¡Egoísta!

FELIPE (*Imitándolo*) Sí, ¡egoísta! (*A Marta*) ¿Quién habla? . . . ¿Sabes en qué lo pilló el tata Pedro, en la mañana? Estaba en el techo de la llavería, con la guata al sol, tirándoles a los gorriones con las semillas de achiras. (*Hace el gesto*) Con una cerbatana. (*A Andrés*) Cinco mil pesos, lo menos, tirados al aire, como si nada.

MARTA (*Suave reproche*) ¿Es cierto eso, Andrés?

ANDRÉS (*Tras breve silencio*) Sí. Me gusta . . . Me gusta subirme al techo. Me tiendo de espaldas sobre la lata caliente y miro cómo se mecen las copas de los álamos.

FELIPE —Mientras nosotros trabajamos.

ANDRÉS —Sí. ¿Te importa?

MARTA —Hijos. Hijos. Hoy es sábado . . . Mañana es día de fiesta; el día del Señor. ¡Día de Paz!

FELIPE (*Incitándole*) ¡El día del Señor, Andrés! ¿Oíste? ¡El día del Señor! . . . ¡Brr! ¡Brr! (*Hace sonar los labios con los dedos. Andrés lo empuja*)

MARTA —Andrés, ¡por favor, niño! (*Renuevan el juego, Felipe alcanza la caja de chocolates y Andrés le golpea, con rabia, la mano. Hay un corto simulacro de pelea*)

MARTA —¡Andrés! ¡Felipe! Si no dejan de pelear me encierro durante tres días en mi pieza y no salgo. ¡Ustedes saben que lo haré! (*Aplacándose*) Hoy es sábado y debemos esforzarnos en pasarlo bien. Mañana es domingo; día de descanso . . . Ustedes podrán hacer lo que quieran. (*Pausa*) Pero . . . tú no estás enojado conmigo, Andrés, ¿no es verdad?

ANDRÉS —No, mamá.

MARTA —Estás contento, ¿no es cierto?

ANDRÉS (*Cansado*) Sí, mamá, contento.

MARTA —¿Por qué me lo dices en ese tono, niño?

ANDRÉS (*Con calma forzada*) ¿Qué tono? . . . Yo no sé la diferencia entre estar enojado o contento, mamá. No sé.

MARTA —¿Por qué dices eso?

ANDRÉS —Mamá, por favor. Estoy encerrado aquí, en la quinta, desde el día en que me sacaste del colegio, porque ya tenía doce años y podía «contagiarme» con los otros chiquillos . . . Se me ha olvidado lo que es estar contento o enojado . . . No sé . . . No me importa . . . ¿Juguemos, quieres?

MARTA (*Perpleja*) ¿Encerrado, Andrés? ¿Quién te ha encerrado? ¿Cómo puedes decir una cosa tan fea? (*Silencio. Pausa. Andrés mira a Felipe. Evasiva*) Mañana volveremos a tener conejo al horno, Andrés; tu plato preferido . . . Y bavarois de naranjas. Te gusta el bavarois de naranjas, ¿no es cierto, hijo? (*Silencio de Andrés*)

FELIPE —A ti te toca, mamá.

MARTA —Pero primero tienes que decirme que no estás enojado conmigo, Andrés.

ANDRÉS —Te digo que no lo estoy, mamá . . . (*Le pasa los dados*) Juega.

MARTA —¿Nada, nadita, Andrés? ¿Ni un poquito así? (*Indica con los dedos. Andrés hace un gesto de impaciencia a Felipe. Marta toma su mano*) Perdóname, hijo, perdóname. Es que nunca sé qué pensar de ustedes. Nunca sé cómo tomarlos . . . Me siento tan desamparada . . . Los hijos de ahora son tan ansiosos . . . Siempre quieren saberlo todo y yo no sé nada . . . ¡Oh, los estoy aburriendo de nuevo! ¡Qué terrible soy! . . . Juguemos . . . ¿A mí me toca?

FELIPE (*Interesado de inmediato en el juego*) Sí, mamá, a ti.

MARTA (*Lanza los dados con gesto nervioso. De pronto la acomete una risita, que reprime llevándose las manos a la boca*) Los tres juntos. ¡Qué maravilloso! . . . Siempre he soñado con esto . . . ¡Y estamos tan contentos todos! . . . Tu padre debía vernos; los tres juntos. (*Animándose*) Como el cuadro del desván. Andrés. El de la lechuza

madre y los dos pollitos . . . La gran lechuza de cara redonda y los dos pollitos inocentes, ¿eh?

ANDRÉS —Juega, mamá, ¿quieres? Juega . . . No comiences de nuevo con tus comedias.

MARTA (*Despertando*) Sí, claro, claro. (*Toma los dados*) Siete . . . (*Avanza su peón con forzada animación. Le toca el turno a Felipe, que manda a prisión el peón de Marta. Mimosa*) ¡Oh Felipe, no seas malo! ¡Me faltaba tan poco!

FELIPE —Juego es juego. (*Marta hace a Felipe un gesto desolado. Felipe se abalanza sobre ella, tratando de morderle el cuello. Andrés, en repentino cambio de humor, se precipita a su vez sobre ambos; es torpe y brusco: su alegría es irritable; todo en él es convulsivo. Ríen y gritan. Cuando se aquietan, Marta está despeinada y ahogada de risa. Felipe pesca la caja de chocolates y huye con ella. Andrés le sigue, sin alcanzarle, por entre los muebles del living. Desisten finalmente y vuelven al invernadero*)

MARTA ¡Miren! ¡Miren cómo me dejan!

FELIPE (*A Andrés*) ¡Ah! ¡Ah! ¡Mira cómo la dejamos! . . . ¿De nuevo?

ANDRÉS —¡Ya! (*Ambos se echan encima de ella nuevamente*)

MARTA (*Se debate braceando*) ¡Déjenme, demonios! ¡Me van a matar! ¡Déjenme! (*Ríe ahogada. Cuando los hijos desisten, sofocados*) ¡Oh niños! ¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz! Andrés, por favor . . ., anda a abrir esa puerta. (*Indica la puerta que da al jardín*) Quiero sentir el olor de los jacintos . . . ¿Han visto cómo florecen este año? . . . Más hermosos que nunca . . . Cuando estoy contenta me gusta que la casa se llene de perfume . . .

ANDRÉS (*Hace lo que le piden*) Claro, mamá.

MARTA —¿Les he contado alguna vez que los jacintos eran las flores preferidas del papá?

ANDRÉS —Te toca, Felipe.

MARTA (*Evocando*) Recuerdo los días en que estábamos de novios . . . Nos sentábamos en la Glorieta del Enano, que estaba rodeada de cuadros de jacintos, y él me hacía un pequeño ramo con las flores y me las colocaba, él mismo, en el pelo. (*Se toca*) Y reíamos . . . Y éramos tan felices . . .

ANDRÉS —El otro día dijiste que a mi papá le cargaban los jacintos. Decías que los encontraba hediondos.

MARTA —¿Yo? Yo no he dicho eso, hijo. Debes estar equivocado.

ANDRÉS (*Insistiendo*) Le cargaban las flores porque al secarse caían al suelo y ensuciaban los caminos.

MARTA (*Turbada, evasiva*) Debes estar equivocado, hijo. Debes estar equivocado.

ANDRÉS —Las flores secas le producían náuseas, porque nos contaste que no soportaba nada que fuera viejo y gastado, mamá . . . Te contradices . . . Lo dijiste . . . No debes haberte dado cuenta, pero lo dijiste.

MARTA (*Con terror*) No, hijo, no. Has entendido mal. Tu padre era un hombre muy sensible y refinado . . . ¡Tienes que creerme!

ANDRÉS (*A Felipe*) ¿He dicho yo que no?

MARTA —Lo que pasa es que sufro pensando que ustedes son tan diferentes. Nunca se fijan en nada. Las estaciones pasan, las plantas crecen, todo se llena de flores y ustedes no ven nada . . . Los jóvenes de antes no eran así.

ANDRÉS (*Con dureza*) Esos jóvenes de antes tampoco vivían del cultivo de flores, mamá . . . Venían aquí y se pavoneaban y hablaban leseras. No tenían que pasar el día entero acarreando guano, con las uñas negras de tierra. (*Lapso de silencio embarazoso. Desde hace un rato se oyen llegar de afuera gritos de niños y el ruido de puntapiés sobre una pelota de fútbol. Una voz de mujer comienza a entonar, en forma casual y desordenada, partes de la canción italiana «Mamma» desde el jardín*)

FELIPE —¡Es Móttola! Está jugando fútbol con los niños del vecindario.

MARTA (*Con nerviosidad*) Y en un rato más caerá la pelota en nuestro jardín y vendrá ese italiano espantoso con sus gritos . . . Y esa mujer . . .

ANDRÉS (*Mira hacia afuera, inquieto*) Está en el jardín. Entró por la puerta del fondo . . . Está cortando flores secas.

MARTA —Anda y dile que se vaya, Andrés.

FELIPE (*Jocoso, a Marta, indicando a Andrés*) Parece que esa mujer lo altera un poco, ¿eh? ¡Ah! ¡Ah!

ANDRÉS —La culpa de todo la tienes tú. Con tu afán de hacerte amigo de todo el mundo. (*A Marta*) Tuvo la brillante idea de invitarla una vez y ahora se mete como Pedro por su casa.

MARTA —Mañana mismo vamos a clausurar esa puerta con un candado, ¿oíste, Andrés?

FELIPE —¡No hay caso! A esa mujer no la para nadie. Es medio chiflada. Cree que por ser cuñada del italiano . . .

MARTA —No la nombres, Felipe. ¡No hables de esa gente! Son de una vulgaridad espantosa. Me aterra sólo pensar en ellos . . .

ANDRÉS (*Con irritación*) Pero ya no las podemos evitar, mamá. Tendríamos que levantar un muro hasta el cielo para que esa gente no se metiera aquí. No podemos evitar a esa gente con un candado, mamá; debes comprenderlo de una vez.

MARTA —¡Oh hijo! Me hablas con una voz tan dura . . . (*Afligida*) Yo sé lo que me quieres decir, Andrés. Me reprochas que no he sido

capaz de conservar las tierras que me dejó tu padre . . . Ese pedazo de tierra en que están enterrados todos nuestros sueños de una vida mejor.

ANDRÉS —No te reprocho nada.

MARTA —Los cerros en el horizonte eran los límites de nuestra propiedad y hoy es una reja de alambres . . . Y la amenaza constante del diario vivir que pesa sobre nosotros . . . Pero debemos continuar, Andrés . . . Debemos . . .

FELIPE —¿Ves lo que has hecho, estúpido? ¡Ahora se va a poner a llorar!

MARTA —Es tu padre que me ha hecho tanta falta, Andrés.

FELIPE (*Va hacia María*) Mamá, mira mis manos . . . ¡Míralas! (*Se las pone delante de la cara. Gritos afuera y risas*)

MARTA —Me siento tan sola . . .

FELIPE —Las tengo limpias, ¿ves? ¿Sabes lo que me dijo el italiano, el otro día? Que mis furúnculos se debían a las manos sucias . . . ¿Qué crees tú?

MARTA —Siempre he sido una carga para ustedes. Dependo de ustedes de un modo insoportable . . .

ANDRÉS (*Se ha dirigido hacia la ventana. Se vuelve*) ¡Oh mamá! ¿Quién ha dicho eso? ¿Quién ha dicho nunca que seas una carga para nosotros?

MARTA —Sólo he tratado de ser una buena madre . . .

ANDRÉS (*Aquietándola*) ¡Claro que lo has sido, mamá! Pero cuando se produce tensión entre nosotros, no comiences con tus llantos, por favor.

FELIPE —Mira mis manos, mamá.

ANDRÉS —¡Oh, deja tranquilas tus manos, jetón!

MARTA (*En un cambio de humor repentino*) Ya no lloro, hijo, ¿ves? Ven, hijo. Ven a decirme que me quieres . . .

ANDRÉS (*A Felipe*) ¿Ves? Algunas palabras amables, ahora . . . Algunas palabras cariñosas y todo quedará en nada . . .

MARTA —Dime que te hago falta, Andrés . . .

ANDRÉS (*Seco*) Me haces falta.

MARTA —No me canso nunca de oír eso, hijo. (*Toma la mano de Felipe*) Ya no lloro, ¿ves? (*Andrés le ha vuelto la espalda. En un arrebato de autoconfesión*) Una madre no aconseja nunca mal a sus hijos, porque sería como aconsejarse mal a sí misma . . . Lo que trato es que ustedes crezcan como hombres de bien . . ., educados . . ., caballeros . . . Con amor por las cosas bellas . . . A veces soy un poco insistente, lo sé, pero es que son ustedes aún tan inocentes . . . El mundo de afuera no es feliz, créanme. Hay mucha brutalidad y grosería . . . Aquí en casa, los tres juntos, lo pasamos mucho mejor . . . Mañana habrá conejo y bavarois de naranjas, y, en la tarde,

podríamos sentarnos a jugar alguna cosa . . . y gozar todas las pequeñas alegrías estando juntos. La vida es eso, hijos. Pequeñas alegrías . . . Cosas inocentes . . .

ANDRÉS (*Ronco. Vuelto de espaldas; aprieta los puños*) La vida no es eso, mamá.

MARTA (*Suave*) ¿No? ¿Y qué crees tú que es?

ANDRÉS —No sé; pero no es eso . . . Es algo más . . .Algo mucho más . . . (*Va sobre el gramófono y lo prende, en estado de agitación; se oyen las notas sentimentales de una versión rayada del vals de «La Princesa del Dólar». Afuera resuenan los gritos de Móttola. Andrés apaga el gramófono*)

LA VOZ —¡Hey, ragazzi, Filipo!

FELIPE —¡Tiraron la pelota sobre el muro!

MARTA (*Con apresurado terror; a Andrés*) Anda, hijo, anda y devuélvesela antes de que ese hombre entre a la casa.

LA VOZ —¡La pelota, Filipo!

(*Andrés no se mueve de su sitio junto al gramófono*)

VOZ MUJER. —¡Móttola! Mira la que les hicieron a los gladiolos de la señora.

LA VOZ —¡Ah! ¡Bambino malvagio!

MARTA (*Empuja a Felipe*) Anda, Felipe. Anda a ver lo que han hecho. Corre . . . ¡Van a pisotear nuestros gladiolos! Que no vaya a entrar ese hombre a la casa.

FELIPE (*Se levanta*) Voy, mamá (*Sale*)

MARTA (*A sí misma*) Ese individuo es espantoso. Cae dentro de nuestro jardín como una tormenta . . . (*Silbidos y gritos*)

LA VOZ —Hey, Filipo. Io quiero hablare con la signora. (*Exclamaciones. Marta escucha en tensión. Después de un rato se vislumbran unas siluetas tras los vidrios de la galería y entran Móttola, Felipe y, al final, Eleonora. Móttola es un hombretón rozagante y macizo. Luce pelo cortado casi al rape y un moño en la frente. Viste pantalones demasiado apretados de mezclilla; camisa de jersey amarilla y alpargatas. Aprieta bajo el brazo una pelota de fútbol. De la otra mano cuelga un manojo de gladiolos, algunos con sus raíces. Eleonora es una muchacha desfachatada de más o menos veinticinco años. Es más bien fea, pero de gran simpatía en sus rasgos algo toscos. Viste pantalones ajustados de media pierna de gabardina amarillo oro y polera negra de jersey. Se cubre con un sombrero de paja alón y deteriorado. Se detiene en el umbral de la puerta al jardín y mira a los presentes, con indisimulada curiosidad*)

MÓTTOLA (*Yendo resuelto sobre Marta; con expresión contrita*) Ma, perdóneme, signora (*Sacude los gladiolos*) El bambino maledetto.

Io les he ditto que non usen el parrone come arco, ma . . ., usted sabe . . . Lei ragazzi. (*Abre los brazos con desaliento*)

MARTA —(*Confudida; alterada*) Está bien, señor . . ., entendemos. No se moleste.

MÓTTOLA —Ma, ¿cómo molestare? E usted la molestada . . . Yo quiero pagar el daño. ¿Qué puedo hacer?

MARTA (*Nerviosa*) Está bien, señor . . . Andrés, dile al señor que no importa. (*Andrés no ha podido dejar de mirar a Eleonora*)

MÓTTOLA —No, no signora . . . Yo quiero pagar. La bella gladiola. (*Mira las flores a contraluz*) Me recuerda a mi mamma . . . Cultivaba violas en el patio de nuestra casa en Adrano . . . Io sé cuánto se aman las flores. E necesario reparar este daño.

MARTA (*Molesta y confusa*) Procure que no vuelva a suceder, nada más. No hay nada que pagar.

MÓTTOLA —Sí, procuro . . . Ma, per la madonna! . . . Io le aseguro que la mia mamma le habría arrancado el pellejo al maldito que hubiera cortado una sola de sus flores . . . Una flor es algo caro . . ., precioso . . ., bellísimo. A propósito, signora, ¿ha probado la torta que le mandó la Mariana? (*Leve pausa tensa. Móttola mira a los muchachos y a Eleonora. Andrés se mueve inquieto por el cuarto. Felipe se sienta en su silla*)

MARTA (*Turbada*) Sí, señor . . . He probado la torta tan rica que me ha enviado su esposa . . . Hágame el favor de agradecérsela de mi parte. Fue muy gentil . . ., no tenía por qué hacerlo . . . Iba a mandar a Andrés esta misma tarde a darle las gracias . . .

MÓTTOLA (*Con brillo*) ¡Ah, la colomba! . . . Le ha gustado, ¿è vero?

MARTA —Sí, mucho. Estoy muy agradecida.

MÓTTOLA —Tiene manos de ángelo la Mariana, ¿no? ¡manos de ángelo! . . . Si usted probara los ravioles que hace . . . Tiene que venir a la mia casa un día . . . (*A Felipe*) ¿Eh? Filipo, ¿qué diche? . . . ¿Por qué no traes a la signora a la casa a probar los ravioles de la Mariana, eh?

FELIPE (*Mirando a Marta*) Podríamos ir . . .

MÓTTOLA —Ma claro . . . ¡Tráela, Filipo! . . . (*A Marta*) Voi me inspira confianza, ¿sabe? . . . Le puedo contare . . . La Mariana è ahora una donna como ninguna ¿no? . . . Ma al comienzo no me ha inspirado ninguna confianza . . . (*Antes de que Móttola diga estas palabras, Eleonora vuelve a salir al jardín y se oye nuevamente su voz, entonando su perturbadora versión de «Mamma»*)

MARTA (*Simulando interés*) ¿No? ¿Y por qué?

MÓTTOLA —Le había mandatto una foto de la Mariana a la mia mamma y ella me ha escrito: «Non me piache» . . . La ha encontrado . . . (*Hace ademán indicando algo rollizo, voluminoso*) grassa . . .,

robusta. . ., sensuale . . . Usted sabe . . . En Adrano non les gustan las donnas robustas . . . Creen que una donna voluminosa puede pecar por la carne, ¿entiende? ¡Tonterías! Cosas de la iglesia . . . ¿Usted cree eso?

MARTA —No . . . no.

MÓTTOLA —Ma, non, naturalmente . . . Ma yo, el idiota, creí y me casé con desconfianza . . . ¡La carne! . . . Stúpido! Ma, ¿qué es la carne? . . . Una cosa que se corta sobre una mesa. Si hubiera sido que estaba . . ., bueno . . . (*Hace un gesto decidor indicando la redondez del vientre*) Y la Mariana è muy insistente y pertinace . . . (*Notando el aturdimiento de Marta*) Ma io . . . ¿he dicho algo molesto, signora (*Los niños comienzan a gritar afuera*)

NIÑOS —¡Móttola, Móttola!

MÓTTOLA —¡Ah! Questo ragazzi maledetto! . . . (*Confuso, adelanta hacia Marta el manojo de gladiolos*) ¿Qué puedo facere con las violas?

MARTA (*Conteniéndose apenas*) ¡Lléveselas! ¡Lléveselas si quiere! ¡Lléveselas a su señora!

MÓTTOLA —Sí . . ., se las llevaré de la sua parte. Le voy a dire a la Mariana que usted ha dicho que tiene manos de ángelo . . . Le va a gustar mucho a la Mariana . . . ¡Tropo! . . . (*Silencio de Marta; tratando de disculpar a la Mariana, confundido, a Felipe*) Tú la conoces, Filipo . . . E buona y sencilla . . . (*A Marta*) ¿Sabe lo que me he hecho el otro día? . . . (*Ríe*) Io venía saliendo de la ducha . . . (*Muestra su cuerpo*), tutto nudo, ¿entiende? . . . (*Entre turbado y jocoso*) Y ella se ha molestado, ¿y sabe per qué? . . . Porque las mias nalgas . . . (*Se golpea las asentaderas*) porque siendo un hombre grande, io tengo las malgas de un bambino . . . (*Ríe de todo corazón, ajeno a la reacción que producen sus palabras*) ¡Ah!, ¡ah! . . . Culo di bambino, me grita, corre detrás de mí per tuta la casa, golpeándome las nalgas con un colgador de ropa . . . (*A Felipe, confidencial*) ¿Y sabes? Después de eso, la Mariana no puede parar de reír y yo tengo que cerrarle la boca de un puñetazo . . . (*Da un puñete imaginario a Felipe*) ¿Qué diche? ¡Ah, ah! . . . (*Se limpia la boca con un puño*) ¡Qué donna! ¡Culo de bambino! (*Felipe insinúa un asomo de risa. María está helada. El entusiasmo de Móttola declina ante la fría reacción de los de la casa*)

MÓTTOLA —Non è como para molestarse, ¿no cree? (*A Marta*) Non è para tanto.

NIÑOS —¡Móttola! ¡Móttola!

MÓTTOLA —Discúlpeme, signora . . . Le ragazzo me están esperando . . . Scussi. (*Se aleja consternado hacia la puerta*) ¡Chiao, Filipo, chiao! (*Saluda con la mano y sale. Inmediatamente se oyen redoblar afuera los gritos entusiastas de los niños. En la galería se cierne el*

contraste de un tenso silencio. Andrés manipula nerviosamente el gramófono. Felipe mira a su madre con abrumadora insistencia. Marta permanece sentada en actitud rígida. Afuera continúa la suave entonación de «Mamma»)

MARTA (*Después de una pausa y con voz temblorosa*) Tienes que prometerme, Felipe, que no vas a volver a hablar nunca más a ese hombre . . . Nunca más. ¡Prométemelo!

FELIPE —Bueno, mamá.

MARTA —¡Prométemelo!

FELIPE —La prometo . . .

MARTA —Es ordinario y grosero. Es todo lo que es despreciable en un ser humano.

ANDRÉS (*Desde el gramófono*) No seas injusta, mamá. Ese hombre no te conoce. No sabe cómo eres . . . No tenía la intención de molestarte.

MARTA (*Tensa*) ¡Hijo! ¿No te dio vergüenza oírlo hablar así?

ANDRÉS —¿Pero vergüenza a qué, mamá? Es un hombre sencillo que quiere a su mujer. Es su manera de entender el amor . . .

MARTA (*Grita a pesar de ella*) ¡Eso no es amor, Andrés! El amor es un sentimiento puro y hermoso. No es esa clase de comercio de la . . . (*Se interrumpe*)

FELIPE —¿Comercio de qué, mamá? . . . (*Marta calla. Pausa*) ¿Comercio de qué? (*Marta calla, algo se paralogiza repentinamente en ella. Cae sobre sí misma, con la cara entre las manos. Andrés la mira desconcertado. Afuera vuelve a oírse la voz de Móttola*)

LA VOZ —Hey, Filipo . . . Ragazzo! (*Marta se levanta y sale apretándose su pañuelo contra los ojos*) Vengan a mirar el crepúsculo. E precioso come un cuadro religioso . . . Vengan a mirar el sole de oro.

FELIPE (*Abrumado*) Ahora va a encerrarse tres días en su pieza y todo va a ser tan desagradable . . . Y no vamos a saber qué hacer . . . ¡Qué podemos hacer, Andrés! . . . (*Andrés manipula el gramófono y no contesta. Afuera se oyen nuevos gritos de Móttola*)

ESCENA SEGUNDA

La mañana siguiente. Es domingo.

Al subir el telón se ve a Andrés y Felipe entrando por la puerta de calle. Visten trajes de salida. Lleva cada uno su misal.

Andrés demuestra en sus gestos desazón y aburrimiento. Se saca la corbata y la tira con rabia sobre uno de los sillones. Hojea una revista y la vuelve a tirar. Felipe puede, apenas, disimular su ansiedad de subir al dormitorio. Deja su misal en el mueble librero y sube la

escalera de dos en dos. Andrés lo mira alejarse con un gesto de desdén. Sube al dormitorio a su vez. En cuanto aparece arriba, Felipe se asoma con cierto sigilo a la ventana y mira hacia el patio vecino, por entre las rendijas de la persiana.

Andrés, en cuanto entra en su pieza, va directo sobre su cama y se tiende en ella. Vuelve a sentarse. Se saca el vestón y los zapatos y se tiende nuevamente, con las manos enlazadas detrás de la cabeza. Se oyen las notas de canciones populares italianas.

ANDRÉS (*Después de un rato, con cierta ironía*) ¿Ves algo?

FELIPE —Sí . . . Son Móttola y las dos mujeres . . . Están tomando baños de sol. Han puesto una estera y se tienden sobre ella . . .

ANDRÉS —¿Y estás viendo lo que estabas tan ansioso de ver?

FELIPE —Ella . . ., la Eleonora . . ., parece que está sólo tapada con una toalla. ¡A ésa no le importa nada! . . . Que la vean o no . . . ¿Sabes? . . . Estoy seguro de que entre ella y Móttola hay más de algo . . . ¿Oíste cómo gritaba anoche? . . .

ANDRÉS —Sí . . .

FELIPE —¿Qué pasaría? . . . Móttola y esa mujer . . ., te apuesto . . . Mientras la Mariana duerme . . .

ANDRÉS —Ah, cállate . . . ¿Por qué tienes que estar pensando siempre en leseras? . . . Me enfermas con tus eternos cateos . . . ¿No oíste lo que dijo el cura en la misa?

FELIPE (*Sin dejar de mirar*) Humm . . .

ANDRÉS —Habló de la juventud descarriada . . . No oíste nada, ¿eh?

FELIPE —Sí, sí oí. (*Siempre mirando afuera*)

ANDRÉS —No oíste . . . Sino, no estarías haciendo eso.

FELIPE —Habló de las inmoralidades que se ven en los cines y de las parejas que se van a estacionar en auto en los parques.

ANDRÉS (*Pensativo*) Que es lo mismo que no decir nada.

FELIPE —¿Cómo decir nada? . . . ¿Qué quieres que dijera?

ANDRÉS (*Se sienta en la cama; pensativo*) No sé . . . Eso es lo que estaba pensando mientras veníamos de la misa . . . (*Leve pausa pensativa*) Le sacó la vuelta al tema . . . Trató todo el tiempo de decir algo que no podía decir y dejó de decir cosas que debería haber dicho.

FELIPE (*Sentándose en la cama entusiasmado*) Cuando tenga que sentarse a cambiar el disco de la victrola no va a saber cómo taparse . . . Se va a caer la toalla y . . . Oye, Andrés, ¿cómo crees que será?

ANDRÉS (*Vuelve a recostarse*) ¡Oh, cállate! ¿No puedes pensar en otra cosa? (*Se incorpora bruscamente*) Felipe, no te das cuenta . . . que debe haber algo más detrás de todas esas prédicas vagas . . .

FELIPE —¿Algo como qué?

ANDRÉS —¿Por qué hablan todo el día de pecado y cosas así y no dicen lo que quieren decir en realidad? ¿Qué es pecado? . . . ¿Sentarse en la última fila de un cine y darse algunos besos? . . . No . . . No puede ser eso . . . Debe haber algo más que eso . . . Algo que ni tú ni yo conocemos . . . Algo que horroriza a mamá . . . ¿Viste cómo temblaba mientras hablaba el cura? (*Felipe se encoge de hombros y vuelve a acercarse a la ventana. Acaba de terminar la canción que tocaba la victrola*)

FELIPE —¡Andrés, mira! . . . ¡Mira! . . . No tiene nada puesto . . . ¿No te decía yo? Se tuvo que sentar para cambiar el disco y yo la vi . . . ¡Ah, flauta! . . . (*Andrés se recuesta con desaliento. Felipe mira afuera*)

FELIPE —¡La vi, te juro! . . .

ANDRÉS —Deja que Móttola te pille y verás . . .

FELIPE (*Embelesado*) ¿Móttola? . . . ¡Pero sí él sabe! . . . A ese tipo le gusta que miren a su mujer . . .

ANDRÉS —¡Estúpido! ¿Cómo puedo perder el tiempo hablando contigo? (*Le da la espalda, recostándose de costado en la cama*)

FELIPE (*Picado*) ¿Así que estúpido? . . .¿Sabes que Móttola me convidó a tomar baños de sol con ellos? (*Silencio de Andrés*) Sí. Me convidó a mí . . . Quiere que mire a su mujer . . .¡Yo! . . . (*Silencio de Andrés*) ¿Crees que ese tipo no sabe que su mujer es una . . . hembra? . . . El mismo me lo dijo.

ANDRÉS —¿Qué te dijo! (*Sin mirarlo*)

FELIPE —Que no era egoísta . . . Que él sabía que su mujer era una . . ., bueno, lo que te dije . . .

ANDRÉS —¿Qué más?

FELIPE —Bueno . . . (*inventando*) y que eso . . . no tenía nada de particular. Que en su pueblo los muchachos y las niñas salían en grupos a tomar baños de sol en un arenal junto al río . . . Tomaban el sol todos desnudos. ¿Te imaginas, Andrés? (*Entusiasmándose*) Las niñas . . . ¡Como Dios las echó al mundo! (*Después de una pausa*) No crees lo que te estoy contando.

ANDRÉS —No, no te creo. ¿Qué crees que soy yo? ¿Un tonto?

FELIPE —Bueno. No te lo iba a contar para que no te murieras de envidia, pero . . .¿Sabes lo que me pasó el otro día? . . . (*Silencio de Andrés*) Yo estaba en la casa de Móttola . . . Él había salido . . . Me senté en el living a tomar un trago que me había preparado la Mariana, cuando de repente ella se mete en su pieza y vuelve a salir completamente desnuda . . . completamente . . ., ¿qué me dices? . . . Pasa frente a mí y se mete en el baño . . . y yo la vi . . . Estuve dos horas ahí con ella, viéndola bañarse . . ., yo . . ., fantástico . . .

ANDRÉS (*Fríamente*) ¿Y qué hiciste?

FELIPE —¿Cómo qué hice? ¿Estás enfermo? . . . Estuve mirando, idiota . . .

ANDRÉS —¿Y no hiciste nada?

FELIPE (*Grita*) Nada, te digo. ¡Estúpido!

ANDRÉS —Y entonces llegó la otra, apuesto, la Eleonora, envuelta en plumas . . .

FELIPE (*Grita*) La Eleonora no estaba en casa . . . Ella sólo viene los fines de semana . . . ¡Sábado! . . . ¡Domingo! . . .

ANDRÉS —Bueno, no me grites . . .

FELIPE —¡Tú no me crees nada!

ANDRÉS —Cómo quieres que te crea si me dices que estuviste dos horas sentado, nada más que mirando . . .

FELIPE —¿Y qué quieres que hiciera? . . . Después de todo es la mujer de un amigo . . . No esperarás que yo . . .

ANDRÉS —No, no espero nada . . . (*Pausa*) ¿Y qué pasó después? . . . (*Burlón*) Apuesto que en cuanto salió del baño te fue a hacer un sándwich y te dio un vaso de leche y te mandó a tu casa, como un niño bueno, ¿eh?

FELIPE (*Herido*) Todos tenemos principios que respetar.

ANDRÉS —¿Así que el resultado fue que perdiste esa oportunidad? . . .

FELIPE (*Acorralado*) No . . ., no fue eso . . . Fue Móttola, eso es . . ., fue Móttola que llegó y echó a perder el asunto . . .

ANDRÉS —Ah, llegó el malo. ¡Qué pena!

FELIPE —No crees una sola palabra de lo que te cuento.

ANDRÉS —Ni una sola . . .¿Y sabes una cosa, Felipe? . . . Me das lástima . . . Palabra que me das lástima . . .

FELIPE (*Ofendido*) Tú siempre te has creído muy inteligente, ¿eh? . . . Siempre te has creído más que yo . . . Pues, ¿sabes una cosa? . . . Eres tú el que me das lástima a mí.

ANDRÉS —Felipe, escucha . . .

FELIPE —Te pasas el día entero, echado en alguna parte . . .

ANDRÉS —Felipe, escucha . . .

FELIPE —Sin hacer nada . . ., y por eso crees que nada puede pasar . . .

ANDRÉS —¡Escucha, te digo!

FELIPE —Porque no sales nunca de esta pieza . . .

ANDRÉS (*Se incorpora en su cama y grita*) ¡Escucha, imbécil! . . . ¡Entiende lo que tengo que decirte! . . . (*Felipe se paralogiza; Andrés baja el tono*) No quise insultarte . . . No lo tomes así . . . Sólo te digo que me das lástima, tal como me tengo lástima a mí mismo y a mi mamá y a todo lo de esta casa . . . Somos todos ignorantes . . . No sabemos nada . . . No vivimos en este mundo . . . Nos

ponemos a imaginar las cosas . . . y nunca nos sucede nada en realidad . . .

FELIPE —Yo no me he imaginado nada . . .

ANDRÉS (*Con rabia*) Ah, ¿no? (*Va hacia el mueble librero y rebusca furiosamente entre los libros, algunos de los cuales caen al suelo, y saca un folletín que ha estado oculto tras ellos. Va donde Felipe sacudiéndolo*) ¡Y esto! ¿Qué es? . . . ¿Crees que tu casa es el lugar indicado para esconder esta clase de indecencia?

FELIPE (*Se lo arrebata*) ¿Qué te importa a ti?

ANDRÉS —¿De dónde lo sacaste?

FELIPE —¿Te gustaría saber, eh?

ANDRÉS —¿Así que no quieres ser razonable?

FELIPE —No contigo.

ANDRÉS —Dime, Felipe, ¿has pensado alguna vez que eres un tonto?

FELIPE —El tonto eres tú, que . . .

ANDRÉS —¿No se te ha ocurrido nunca pensar que te han estado engañando? La gente . . . (*Muy interesado*) ¿No has pensado nunca que tras toda esta cuestión debe haber algo . . . tan importante y corrompido . . . que la gente llega a temerle más que a su propia alma? ¿Por qué crees que cuando hablan de esto ponen tanto empeño en decir las cosas de una manera que se entiendan y no se entiendan, al mismo tiempo? . . .

FELIPE (*Impaciente*) ¡Qué sé yo!

ANDRÉS —Mira, Felipe . . . Hoy día, después de la misa . . ., ¿te acuerdas que nos paramos los dos un rato frente a la iglesia?

FELIPE —Sí.

ANDRÉS —¿Y que había otros tipos como nosotros, mirando pasar a las chiquillas? . . . Fumaban y hablaban cosas, ¿eh?

FELIPE —Sí.

ANDRÉS —¿Qué cosas?

FELIPE —No sé . . . ¿Cómo iba a oír lo que hablaban?

ANDRÉS (*Ansioso*) ¿No te diste cuenta? Parecía que hablaban, pero en realidad pensaban todos lo mismo . . .

FELIPE —Seguramente . . .

ANDRÉS —¿En qué? . . .

FELIPE (*Impaciente*) ¿Cómo en qué? Veían pasar las chiquillas y pensaban en ellas supongo. ¿En qué otra cosa iban a pensar?

ANDRÉS —No, no . . . Tú no observaste . . . Pensaban en eso . . ., esa cosa grande y corrompida . . ., el tema prohibido . . ., lo que no se puede comentar . . .

FELIPE —Te has vuelto loco . . .

ANDRÉS —Ellos saben . . . ¡Pero nosotros no! . . . ¡Dime! Dime si hemos hablado una sola vez con la mamá alguna cosa que tenga que ver con eso . . .

FELIPE —Con ella se habla sólo de las flores, los recuerdos de familia y las maravillas de mi papá . . .

ANDRÉS —¡Eso es! Todo vago y confuso . . . Todo diluido en una sonrisa . . ., una frase sin sentido. Eso es lo que me hace pensar en que tras todo esto hay algo más torcido, algo tan . . . (*Felipe vuelve a mirar por la rendija, con un gesto de impaciencia*) Piensa en la tía Laura. ¿Por qué nos prohibe la mamá ir a verla y hablar con ella? ¿Por qué se mete con ese tipo?

FELIPE —La tía Laura vive con él, sin estar casada . . .

ANDRÉS —Sí, pero ¿qué hacen? . . . Eso no puede ser todo. Deben vivir en una relación llena de intimidades sucias . . . La gente descubre maneras de enviciarse. Recuerda la conversación que oímos esa vez en el tranvía, entre esos dos viejos . . ., cuando hablaban de esa mujer . . . Una gozadora decían . . . y reían y se decían cosas al oído . . .

FELIPE (*Ha vuelto a descubrir algo en el patio vecino*) ¡Mira! . . . ¡Andrés, mira! . . . ¡Se está sentando de nuevo! ¡Mira!

ANDRÉS (*Pensativo*) La tía Laura debe saber . . .

FELIPE (*Mira con ansiedad*) ¡Mira! . . . ¡Mira! . . . ¡Uuh! . . . ¡Flautas! ¡No tiene nada puesto de aquí para arriba! . . . (*Muestra la cintura*)

ANDRÉS —Voy a ir a preguntarle un día . . . Sí . . . Uno de estos días voy a ir a preguntarle así, a boca de jarro . . . Eso es lo que voy a hacer. Ella va a decirme . . . Ella me va a contar . . .

FELIPE (*Salta atrás; asustado*) Andrés, me vio. ¡Me vio! ¡Dios mío!

UNA VOZ. —¡Hey, regazzo . . . ¡Filipo! . . . ¡Filipo! . . .

ESCENA TERCERA

Son las once de la mañana; algunos días después. Un sol brillante inunda el aposento. Hay profusión de flores en los floreros.

En el dormitorio, Andrés lee, tendido en su cama. Está a todas luces aburrido. Pinta dibujos con el dedo en el muro. Pelotea una zapatilla.

Suena la campana en la puerta de calle. Ladran los perros. Vuelve a sonar la campana. Leve agitación. Entra Marta desde el jardín, con ademanes confundidos. Ha estado haciendo trasplantes, por lo que lleva una espátula en la mano enguantada. Su peinado está levemente deshecho. Peina un mechón que cuelga sobre su frente. Abre la puerta. Es don Hernán. Un señor de edad mediana, de

aspecto distinguido. Reposado y amable en las maneras, acusa ese dominio sobre sí mismo propio de aquellas personas que, llegadas a cierta edad, no esperan nada de los demás, ni temen, por ello, nada de ellos. Su natural reposado de costumbre se ve, sin embargo, agitado hoy día, a causa de un íntimo estado de exaltación interior.

MARTA —¿Usted, Hernán? ¡Por Dios, la facha en que me ha pillado! (*Le tiende la mano y se peina confusa con la otra*) Buenos días . . .

DON HERNÁN —Buenos días, Marta . . .

MARTA —¿Y usted . . .?

DON HERNÁN —¿Qué me trae tan temprano, se pregunta?

MARTA (*Vuelve a pasarse la mano por la frente*) No, no es eso . . . (*Ríe nerviosamente*) Es que no me gusta que me sorprendan en esta facha tan espantosa . . . Usted podría pensar que no me importa.

DON HERNÁN —¿Puedo pasar?

MARTA —Pero, claro . . ., pase . . . ¡Qué tonta soy! ¡Siéntese! ¡Siéntese, por favor! (*Indica el sillón*) Ya vuelvo . . . (*Se toma el cuello de la blusa*) Voy a arreglarme un poco . . . Espéreme un ratito . . .

DON HERNÁN (*La retiene de un brazo*) Marta, por favor, me gusta como está. No se haga nada. Siéntese, por favor.

MARTA —No, no . . ., yo . . .

DON HERNÁN —Siéntese.

MARTA (*Accede, con expectación. Se sienta junto a él*) ¿Sí? Tiene usted una cara tan solemne que me asusta, Hernán . . .

DON HERNÁN —¿Por qué cree usted que he venido a esta hora? Porque sabía que la iba a encontrar justamente como me gusta verla, Marta . . .

MARTA (*Con duda, halagada, mimosa*) ¿De veras? (*Se levanta*) Pero yo no puedo estar con esta facha con usted, no es propio . . .

DON HERNÁN (*La retiene*) Con el pelo revuelto y ese brillo en los ojos . . .

MARTA —Corría mucho viento y yo estaba haciendo unos trasplantes . . . Pero esa mirada suya . . . No me dice nada bueno, Hernán. (*Ríe con un gesto indefinido*) Algo le pasa . . .

DON HERNÁN (*Solemne*) Vengo a llevármela, Marta.

MARTA (*Graciosa*) ¿Llevarme? ¿Y dónde? ¡Dios mío!

DON HERNÁN (*Con cuidado*) Oh Marta. Hoy día me siento más joven que un chiquillo de quince y usted sabe lo impulsiva que es la juventud . . .

MARTA —¡Oh!

DON HERNÁN —Desperté esta mañana y me sentí más liviano que una pluma, porque tenía un peso, Marta . . .

MARTA —¿Un peso?

DON HERNÁN (*Con leve solemnidad*) Marta, yo quiero que me acompañe usted a casa de . . . mi hermana Raquel.

MARTA —¿Su hermana Raquel?

DON HERNÁN —Le he hablado de ella, ¿recuerda? . . . Vive en el campo. Quiero que la conozca . . .

MARTA —¿A mí? . . . ¡Oh! . . . (*Se toca el cuello de la blusa*) Sí, pero en esta facha . . ., ¿y para qué? . . . ¿Cuándo quiere ir? . . .

DON HERNÁN —Ahora . . ., hoy día . . . en la mañana.

MARTA —¿Hoy en la mañana? Pero . . . ¿por qué tan rápido? . . . ¿Le ha pasado algo? (*Nerviosamente*) Por eso ese aire tan solemne, Hernán . . . En cuanto lo vi . . .

DON HERNÁN —Marta . . .

MARTA —Sí . . . (*Huyendo*) Cuando lo vi en la puerta, casi me mata del corazón, Hernán. Usted sabe . . ., en esta casa pasan tan pocas cosas que cuando sucede algo, perecemos todos del corazón . . . (*Ríe con un gesto difuso*)

DON HERNÁN —¡Marta! . . .

MARTA (*Detenida en su huida*) ¿Sí?

DON HERNÁN —Usted sabe lo que mi hermana Raquel significa para mí. Es mi hermana mayor, comparte todas mis decisiones . . .

MARTA —Sí, claro . . . Me encantaría conocerla . . .

DON HERNÁN —Entonces debe usted comprender cuál es mi . . . intención al llevarla donde ella, Marta . . . (*En ese momento entra Felipe desde el jardín. Viste overall. Viene acezando. Ha corrido hasta la casa*)

FELIPE (*Con entusiasmo. Acercándose desde la puerta*) Buenos días, don Hernán.

DON HERNÁN (*Dominando su incomodidad*) Buenos días, Felipe.

FELIPE (*Le da la mano*) Lo había visto entrar a la casa . . . Quise venir inmediatamente, pero . . . (*a Marta*) se cortó el eje de la rueda del carretón, mamá . . .

MARTA —¿Sí? (*Mira a don Hernán*)

FELIPE —Sí, recién no más. Estábamos cargando los troncos de los castaños . . .

MARTA —Seguramente cargaron mucho.

FELIPE —No, no . . . Fue la yegua que se espantó y trató de pasar la acequia. Como estaba cargado, no resistió el eje . . . Hay que comprar uno nuevo . . . Tengo que apurarme . . . ¿Dónde tienes la plata, mamá?

MARTA —¡Espera, hijo! . . . ¿No es posible tratar de soldarlo? ¿No hay otra manera?

FELIPE —Quiere soldar un eje quebrado . . .

MARTA -¿Y no se puede hacer?

FELIPE —Pero, mamá . . ., ¿cuánto nos duraría?

MARTA —¡Oh, sí, niño! ¡Qué torpe soy! Sé tan poco de estas cosas . . . La mecánica es un misterio para mí.

FELIPE —¿Dónde tienes la plata, mamá? ¿Está en la cómoda?

MARTA —Estos niños lo resuelven todo comprando.

FELIPE —Los hombres están esperando, mamá.

MARTA —Sí, Felipe, pero espera . . . Por qué no le cuentas a Hernán, cómo . . . cómo están sacando esos troncos; siéntate. Estos niños están siempre tan apurados . . .

FELIPE —Mamá, los hombres están a trato. Ya pusieron mala cara cuando se quebró el eje.

MARTA —Sí, hijo; tienes razón. Anda . . ., anda, no más.

FELIPE (*Va hacia la puerta y se vuelve*) ¿Por qué no le dices a Andrés que vaya?

MARTA —Bueno, que vaya él, entonces . . . Díselo tú, ¿quieres?

FELIPE —Si se lo digo yo se va a enojar.

MARTA —Dile que soy yo quien se lo pido.

FELIPE —Bueno, mamá. (*Sale*)

DON HERNÁN (*Inmediatamente después de salir Felipe*) Marta . . .

MARTA —Hernán . . . Venga a ver mis rosas de otoño. Las híbridas de té se están dando maravillosamente este año.

DON HERNÁN —¡Marta, escúcheme!

MARTA —Oh Hernán . . . Odio estas conversaciones serias . . . Venga, venga a ver mis rosas. (*Entra Pedro desde la cocina*)

PEDRO —Señora Martita . . . ¿Puede venir un rato?

MARTA (*Aliviada*) Sí, Pedro . . . ¿Qué pasa? . . . Discúlpeme, Hernán, ya vuelvo. (*Sale con Pedro. Don Hernán fuma en el living. Felipe asoma arriba en el dormitorio*)

FELIPE (*Después de corta duda*) Mi mamá quiere que vayas a comprar un eje . . . (*Silencio de Andrés; se vuelve en su cama y le da la espalda*) para el carretón.

ANDRÉS (*Sin volverse*) Estoy leyendo . . .

FELIPE —Mamá dijo que fueras.

ANDRÉS —Estoy leyendo, te digo . . ., ¿por qué no vas tú?

FELIPE (*Con rabia*) Porque tengo que hacer . . . (*Silencio de Andrés*) Bueno, tú sabrás . . . Si me pregunta la mamá le voy a decir que no quieres ir.

ANDRÉS (*Se vuelve*) ¿Por qué no me dejan en paz tú y la mamá? . . . Todo el día encima de mí . . . No soy esclavo de nadie.

FELIPE —Oye, Andrés, dime . . . ¿qué te pasa?

ANDRÉS —Nada me pasa . . . Lo que quiero es que me dejen tranquilo.

FELIPE —Bueno, no grites. ¿Sabes que está don Hernán? . . . Te puede oír.

ANDRÉS (*Volviéndose de nuevo*) ¿Don Hernán? ¿Y qué hace ese tipo, aquí? ¿A esta hora?

FELIPE —Vino a ver a mi mamá. ¿Vas a ir o no?

ANDRÉS —¿Por qué no se casa mi mamá con él de una vez por todas y nos deja tranquilos a todos?

FELIPE (*Con indignación*) ¿Quién te crees que eres para hablar así de mi mamá? . . . ¿Quién te crees que eres?

ANDRÉS —¡Cállate! (*Le vuelve la espalda*)

FELIPE —¡Eres un fracasado, Andrés! (*Andrés se vuelve*) Sí . . ., hace tiempo que quería decírtelo . . . No haces nada . . . Te llevas el día entero aquí en la pieza, leyendo, y no ves lo que pasa en tu casa . . . La mamá . . . ¿crees que no hace sacrificios para mantenernos?

ANDRÉS (*Sentándose en la cama*) Eso es justamente . . ., se muere por nosotros . . .

FELIPE —No tienes derecho de criticarle nada.

ANDRÉS —Sí, sí tengo. Vive apegada a nosotros como lapa. No hace nada en que no estemos incluidos, porque piensa que nos está robando . . . ternura. No resisto esa ternura, Felipe . . .

FELIPE —Bueno, yo no seré tan inteligente como tú, pero . . .

ANDRÉS (*Interrumpe*) No la resisto . . . Es demasiado . . . Me hace sentirme culpable . . .

FELIPE —Andrés, yo . . .

ANDRÉS —No quiero más . . . sensiblerías, ¿comprendes? ¡no más! . . . Las medias rotas que lleva puestas . . . La blusa vieja con que sale. Las flores . . . Y esa eterna simulación. Hablamos y hablamos y nunca llegamos a nada . . .

FELIPE —Pero . . .

ANDRÉS —Quiero vivir, Felipe . . . ¿Comprendes? Esta casa me asfixia . . . Grita culpabilidad por todos lados . . . Ella nos quiere perfectos . . . No soy perfecto, Felipe.

FELIPE (*Consternado ante la expresión de sincera rebelión de Andrés*) Tú lo tomas todo demasiado a pecho, Andrés . . .

ANDRÉS —¿Sabes lo que voy a hacer uno de estos días? Me voy a ir . . . (*Ante la expresión de perplejidad de Felipe*) ¡Sí, me voy a ir! ¡No me importa! . . . Me voy a buscar trabajo . . . Mozo para los mandados . . . Cualquier cosa . . . Quiero decir garabatos, meterme con mujeres. Saber cuándo una cosa es sí y cuándo es no, ¿comprendes? No quiero más flores . . . ¡Odio las flores!

FELIPE (*Grave*) Mi mamá se va a morir si haces eso . . .

ANDRÉS —¡Que se muera entonces! . . . Hasta cuándo vamos a seguir bailando al son de la flauta que nos toca, ¿eh?

FELIPE (*Tras pausa consternada*) La plata está en la cómoda de mi mamá. Voy a tomar las medidas del eje. (*Va a salir*)

ANDRÉS —¡Felipe! . . . No quise decir eso . . . Ella tiene una obsesión con nosotros . . . ¿No lo comprendes? . . . Algo le pasa . . . No sé qué es, pero algo le pasa . . . ¿Por qué vamos a pagar el pato nosotros? (*Felipe sale de la pieza. Andrés se tiende en la cama. Súbitamente se levanta, va a sacar un periódico del estante librero y lo recorre con avidez. Felipe aparece en el living y lo cruza en actitud consternada. Don Hernán lo ve pasar*)

MARTA (*Volviendo de la cocina*) Una tiene que estar en todo. Era el cobrador de la Compañía de Gas. Desde que Andrés le hizo un día un arreglo al medidor, sin mi consentimiento naturalmente, y ese hombre lo descubrió, se ha puesto terriblemente sospechoso y, a la menor disminución del consumo, exige un sinfín de explicaciones . . . Usted sabe . . ., los niños la oyen quejarse a una de las cuentas y quieren ayudar a su manera . . . Pero venga a ver mis rosas . . .

DON HERNÁN (*La retiene*) Marta, espere. Quiero que me comprenda. No vengo con el mismo ánimo de otros días. He tomado una decisión.

MARTA —No, Hernán, no lo diga . . .

DON HERNÁN —¿Usted comprende entonces?

MARTA —Sí, Hernán, pero no puede ser . . .

DON HERNÁN —Marta . . . Yo la quiero . . .

MARTA —Por favor . . .

DON HERNÁN —La quiero. No tengo otras palabras para decirlo. (*La toma de los hombros; Marta se aleja*) No crea que es algo impulsivo . . . Sé todo lo que puede separarnos . . . Usted tiene a sus hijos a los que se debe, pero no me podrá negar ahora lo que he visto en sus ojos . . .

MARTA —Sí sé . . . Sé que he sido demasiado confiada . . .

DON HERNÁN -¿No siente nada por mí entonces? Me he ilusionado tanto . . . Es usted tan diferente; tan fina . . . Al verla en su jardín es como un cuadro de lo que uno, como hombre, guarda en lo más hondo de su ideal.

MARTA —No puedo . . . No puedo . . .

DON HERNÁN —He pensado hasta dejar mis negocios en el extranjero, para estar cerca de . . .

MARTA —No, Hernán, no piense en eso siquiera . . . (*Pausa*) Es a su mujer a quien echa usted de menos . . .

DON HERNÁN —Mi mujer murió hace años. No he pensado en ella desde que pisé esta casa . . .

MARTA —Se siente solo, entonces . . .

DON HERNÁN —Claro que me siento solo. Es el único sentimiento vivo que he tenido hace años. Es por eso que la necesito tan desesperadamente, Marta. (*Se acerca nuevamente a ella*)

MARTA —Hernán, vamos a ver mis híbridas de té . . .

DON HERNÁN —¡Marta! (*La toma desde atrás*) Marta querida . . . (*Trata de besar sus sienes, su pelo*)

MARTA —No, Hernán. ¡Por favor, no me toque! . . . (*Zafándose de su abrazo con violento impulso*) ¡No me toque! ¡No me haga eso nunca más!

DON HERNÁN (*Tras larga pausa*) ¿Qué le pasa, Marta? ¿Tan atada se siente a sus hijos?

MARTA —¡No, no es eso! ¡Por favor, no piense eso! . . . Mis hijos . . . Esta tierra . . . ¡Es terrible! (*Se aleja estremecida*)

DON HERNÁN —¿Qué es lo que tiene? ¿Le teme a algo? . . . ¿Un recuerdo? . . . ¿Una sombra? ¿Qué es?

MARTA —¿Una sombra? No, no es eso. Soy la mujer más feliz del mundo . . .

DON HERNÁN —Entonces debe ser su marido que dejó en usted una huella imborrable . . . Debe haber sido todo un personaje . . .

MARTA —¿Mi marido . . . un personaje? . . . No, Hernán, un personaje no, pero sí un amante tierno y considerado . . . Quería que siempre fuese pura . . . Pura como una novia, ¿comprende? . . . Y yo no hacía más que desencantarlo . . . No estuve nunca a su altura . . .

DON HERNÁN —Estuvo a su altura, Marta.

MARTA —No, no . . . ¡Nunca! No lo crea . . . Era un hombre muy refinado . . . Nadie se podrá imaginar lo fino que era . . . (*Se acerca a él.*) ¿Pero qué estoy haciendo? . . . Lo estoy haciendo sufrir . . . Las palabras son nuestras peores enemigas y yo soy la peor de las mujeres . . .

DON HERNÁN —¿Por qué insiste en que piense lo peor de usted?

MARTA —Soy la peor, Hernán . . .

DON HERNÁN —Usted está deformando la realidad . . .

MARTA —No . . . Usted no me conoce. No sabe cómo soy . . .

DON HERNÁN —Usted quiere deshacerse de mí, ¿no es verdad, Marta?

MARTA —¿Deshacerme de usted? ¿Por qué?

DON HERNÁN —Por su afán de menospreciarse ante mis ojos . . .

MARTA —No, no piense eso; se lo suplico . . .

DON HERNÁN —¿Y qué quiere que piense? ¡Usted no ha ignorado todo este tiempo la razón de mis visitas, Marta!

MARTA —Lo he herido . . .

DON HERNÁN —¡Sí, me ha herido! . . . No lo puedo negar . . .

MARTA —¡Oh Hernán, perdóneme! (*Le va a tomar las manos.*) ¡Perdóneme, por favor!

DON HERNÁN —No. No la perdono. Usted comprenderá que para un hombre como yo un rechazo es doblemente doloroso. Con los años el orgullo es más sensible y no se puede jugar con los sentimientos.

MARTA —No he pretendido jugar con sus sentimientos, Hernán. ¡Por favor, créamelo! . . . ¡Venga! Tenga que contarle algo. (*Lo lleva de las manos hasta el sofá; se sientan.*) Usted verá . . . De niños . . . éramos vecinos en esta misma tierra, mi marido y yo. Nos criamos juntos, amando las mismas cosas . . . La vieja reja oxidada, con las garzas de patas largas . . . La turbina de madera carcomida, en la casa de aguas del fundo . . . Su abuelo la había instalado para hacer de estas tierras las más ricas de la región y usted ve: una tierra vieja recuerda un cementerio . . ., todo muere un día y estamos condenados a presenciar esa muerte, sin poder evitarla . . . (*A medida que habla, va creciendo en ella una extraña turbación; sus palabras brotan en forma atolondrada y nerviosa.*) Y la cubierta del reclinatorio de nuestra capilla . . . Sí, la cubierta . . . (*Interrumpiéndose súbitamente.*) Pero a usted no puede interesarle lo que estoy contando, ¿no es cierto? (*Andrés, arriba en su dormitorio, ha terminado de recorrer ávidamente el diario y se tiende a meditar en su cama.*)

DON HERNÁN —¡Por favor, Marta, cuénteme!

MARTA —No. Usted sólo muestra interés por cortesía . . .

DON HERNÁN —Necesito saber todo lo suyo, Marta . . .

MARTA (*Ávida de contar*) usted tiene que comprender . . . Nunca tengo ocasión de hablar con nadie de estas cosas . . . Una vive como prisionera de sus recuerdos . . . Sí, teníamos una capilla en el fundo . . . Una capillita así. (*Muestra algo pequeño con las manos.*) Cubierta de hiedra . . . Nos casamos en ella y el día de nuestra boda . . . yo tenía puesto un solitario de brillantes, que me había regalado mi madre para la boda . . . ¡Oh, es terrible! . . . ¡Usted no debe creerme! . . . Estábamos reclinados ante el sacerdote y él me tomó la mano y me la apretó . . . tan brutalmente . . . Yo no podía gritar . . ., simplemente no podía . . . Hasta que el anillo se me incrustó en el dedo y unas gotas de sangre mancharon el reclinatorio . . . (*Se tapa la boca con un puño y mira a don Hernán con ojos aterrados.*) No . . ., no . . ., no se forme usted una falsa impresión. ¡Lo veo en sus ojos! . . . Lo hizo por amor, ¿entiende? . . . Yo era la novia . . ., la más pura de las novias, y el sacerdote estaba diciendo palabras tan hermosas de la pureza y la inocencia del amor . . ., no pudo controlarse . . . Era el más encantador de los hombres

. . . Usted no debe pensar mal . . . No pudo controlarse, nada más . . .

DON HERNÁN (*Toma las manos de Marta, que no las retira; con cierta conmiseración.*) Sí, sí le creo . . ., le creo, ¡pero, cálmese!

MARTA —Quería que yo fuera pura, ¿entiende? . . . Como una novia . . . ¿Por qué me mira usted así? . . . Su mirada está llena de piedad . . . Soy muy feliz, Hernán . . . Éstos son sólo recuerdos; los recuerdos pueden ser tristes, pero el presente puede ser feliz.

DON HERNÁN —¡Si usted supiera cómo la comprendo en este momento!

MARTA. —Soy muy feliz, Hernán . . ., muy feliz. (*Oculta la cara entre las manos y ríe convulsivamente. Entra Pedro*)

PEDRO (*Ajeno a lo que acontece*) Señora, es el italiano de la carnicería, que quiere hablar con don Felipe . . .

MARTA (*Aterrada, levanta la cara*) ¡Dile, dile que no está!

PEDRO —Le dije, pero insiste que quiere hablar con usted.

MARTA —Dile que no estoy . . .

PEDRO —Le dije, pero él dice que la vio por sobre el muro. Dice que es para darle un jamón que le prometió a don Felipe . . .

MARTA —¿Un jamón? ¿Qué jamón? . . . Pedro, no dejes que ese hombre entre aquí . . . Dile . . . dile que . . . (*Entra Móttola. Viene radiante. Luce un amplio delantal de hule ensangrentado. En una mano bambolea un pernil de cerdo*)

MÓTTOLA —Buen día, signora . . . (*A don Hernán*) ¡Buen día! . . . Scúseme, signora . . ., le había promesso a Filipo un pernil, adobado a la manera de Móttola . . ., hecho por la Mariana, ma con la mia instruzione naturalmente . . . (*Sonríe con toda la cara. Le adelanta el pernil a Marta, que está paralogizada en su asiento. Se produce un momento de espera embarazoso. Marta no puede quitar los ojos del pernil. Móttola, entonces, se lo alcanza a Pedro, con ademán turbado. Trata de agraciarse*)

MÓTTOLA (*A don Hernán*) Lo traje io mismo del matadero, para el caro amigo . . .

DON HERNÁN —Ah, ¿sí?

MÓTTOLA (*A Marta*) Lo he elegido io mismo . . . El mejor pernil de tuttos . . . (*A don Hernán*) ¿Usted ha estado en el matadero, signore?

DON HERNÁN —No . . ., no he estado.

MÓTTOLA —¡Ah! E un espectáculo tremendo . . . ¡Debería verlo! . . . Nada para las mujeres . . . A un hombre no le hace ningún daño. Ma, ia la donna! Non cocinarían nunca si vieran eso . . . Tutto los puercos colgando de las patas, con el corte aquí en el cuello . . . (*Indica su cuello*) y la sangre goteando en una canal . . ., con los

ojos tiesos . . ., ¡cosi! (*Se abre los ojos con los dedos y los muestra. Ante este gesto, Marta, que ha estado oyendo horrorizada el relato de Móttola, se lleva las manos a la cara y sale con paso apresurado del aposento. Don Hernán trata de alcanzarla, pero no lo logra. Se vuelve con expresión de reproche. Móttola no atina a nada. Pedro observa la escena desde la puerta de la cocina*)

MÓTTOLA —¿Ma . . . ma . . . io qui è fatto? . . . ¿Qué pasa? . . . Le he promesso al ragazzo un pernile . . . ¡No entiendo! . . . ¿Qui le pasa a la donna? (*Ambos hombres se están mirando de frente*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Ha pasado una semana. Es día de trabajo. Marta y Felipe están sentados junto a una mesa situada en medio del invernadero. Marta viste un amplio delantal blanco; Felipe, un viejo overall. Están harneando semillas, que soplan en las cuencas de sus manos y avientan sobre pequeños cedazos. En un mesón largo, a su lado, está Pedro, el viejo jardinero de la familia. Está clasificando y limpiando unos bulbos. Luce un delantal blanco. La escena respira paz y quietud hogareñas. Del exterior irradia un sol brillante que proyecta sobre los objetos visos de verdegueante luz. Es esencial dar énfasis a la luminosidad de la escena. Es una luz de trigo seco; de verdes lagunas; de emparrados bajo el sol.

MARTA (*A Pedro*) Pedro, tráenos otro canasto de semillas, ¿quieres? (*A Felipe*) Hay que apurarse en harnearlas hoy día.

PEDRO —Sí, patrona . . . (*Sale*)

FELIPE (*Distraído*) ¿Van a pasar mañana por ellas?

MARTA —Sí, mañana . . ., así dijeron.

FELIPE —¿Quién?

MARTA —Alguien que tiene aún interés por flores evocadoras . . . La resedá es una flor de recuerdos.

FELIPE —Sí, ahora hay poco interés por ellas . . . Hoy se prefieren los claveles, porque con poca flor dan harto perfume. Total, qué más da. Las flores son todas iguales . . ., mientras den plata da lo mismo. (*Breve pausa. Felipe no ha entendido las palabras de Marta. Entra Pedro con un canasto, que deja a los pies de Marta*)

MARTA —Gracias, Pedro. (*Con tono de reconvención*) Las flores no son todas iguales, Felipe . . . Cada una tiene su propia leyenda y su propio significado.

FELIPE —¿Incluso si la gente compra las semillas, por kilos, para dárselas a los canarios? (*Pausa*) Nos pasamos cultivando flores que no se venden y cada medio año tenemos que vender una parte de la quinta, para subsistir . . . (*Continúan trabajando en silencio. Felipe sacude su harnero. Marta sopla en la cuenca de sus manos. Entra Andrés, desde la calle. Viste traje de salida. Trae un paquete. Está visiblemente nervioso y contrariado por algo que acaba de sucederle. Va a dirigirse al invernadero, cuando ve a Marta y se vuelve bruscamente y se encamina hacia la escalera*)

MARTA (*Que le ha oído entrar*) ¿Eres tú, Andrés?

ANDRÉS (*Con fastidio*) Sí, mamá . . .

MARTA —¿Trajiste mantequilla?

ANDRÉS —Sí . . . (*Va a dejar el paquete sobre la mesa del living y se vuelve hacia la escalera*)

MARTA —¿Cómo te fue, hijo? ¿No vas a contarme?

ANDRÉS —Me fue bien, mamá. Me voy a poner el overall. (*Se aleja hacia la escalera. Se le ve entrar arriba en el dormitorio, se pone un viejo overall y alpargatas*)

MARTA (*A Felipe*) Tu hermano está tan nervioso últimatemente . . . ¿Qué le pasa? ¿Sabes algo?

FELIPE —No, mamá . . ., nada.

MARTA —Sí . . ., son ideas mías, nada más . . . Debe ser el calor . . . Andrés ha sido siempre tan sensible al calor . . ., le afecta los nervios . . .

FELIPE —Está así desde que anda buscando trabajo.

MARTA —Felipe, ¿sabes? . . . Esta noche podrías tocar algo en el violín . . ., ¿qué te parece? Yo podría cantarles algo. (*Entona algo delicadamente*) O podríamos sacar el tablero chino y jugar un poco, ¿qué te parece?

FELIPE (*Indiferentemente*) Sí, mamá . . ., podríamos.

MARTA —¿Crees que le gustará a Andrés?

FELIPE —Sí, ¿por qué no?

MARTA —Sí, por qué no, ¿no es cierto? (*Andrés baja al living. Al entrar al invernadero va a sentarse en el sillón de mimbre que hay frente al gramófono. Lo prende. «La Princesa de Dólar». Corta el contacto con irritación. Se echa atrás en el sillón y mira el techo.*

MARTA —¿Cómo te fue, hijo?

ANDRÉS —Ahí te dejé la mantequilla . . . ¿No es eso lo que quieres saber? (*Toma una revista y se pone a hojearla indiferente*)

FELIPE —Ésa no es manera de contestar, Andrés.

MARTA —Déjalo, hijo. No tiene ganas de contarnos . . . (*Confusa*) ¿Mucho calor, hijo? (*A Felipe*) Aquí no se ha sentido nada, ¿no es cierto?

ANDRÉS (*Después de corta pausa*) ¡Me fue estupendo! . . . Les he hecho una gran impresión . . .

MARTA —No digas, Andrés. ¿Van a tomarte?

ANDRÉS —Lógico, ¿por qué no me iban a tomar? Les he hecho gran impresión, ya te dije.

MARTA (*Sin volverse hacia él y con emoción mal disimulada*) ¡Oh, qué bien! ¡Qué bueno! Me has tomado tan de sorpresa que no sé qué decirte.

ANDRÉS —¿Creíste que no sería capaz?

MARTA —No, no digas eso, Andrés. (*Con forzada jovialidad*) Bueno, creo que tendré que acostumbrarme a la idea de que te veré menos por aquí. ¿Cuándo comienzas? . . . (*A Felipe*) Para prepararle una pequeña fiesta de despedida, en familia, ¿no es cierto, Felipe?

ANDRÉS (*Ronco*) Me preguntaron qué sabía hacer . . .

MARTA —¿Sí? ¿Y qué les contestaste, hijo?

ANDRÉS —Les dije que sabía cultivar flores.

MARTA —¿Ah, sí? ¿Y qué te dijeron?

ANDRÉS (*Fríamente*) Se rieron.

MARTA —¿Se rieron? ¿Por qué? ¿Qué hay de risible en cultivar flores? (*Después de un rato de confusión*) ¡Oh! No debes preocuparte por eso, Andrés. Esos hombres no saben lo que quieren . . . Me los puedo imaginar . . . Hombres de metal sentados tras una mesa de metal, en una de esas jaulas de concreto que llaman oficinas . . . No saben apreciar lo que tú eres . . .

ANDRÉS —¿Y qué soy?

MARTA (*Con titubeo*) Bueno . . .

ANDRÉS (*Fríamente*) Buscaban a un tipo que pudiera servirles para algo y yo no era ese tipo . . . Eso es todo . . . No había tal jaula de concreto . . . (*Un instante de silencio embarazoso*) Me preguntaron si tenía alguna recomendación . . . «Pregúntenle al tata Pedro», les dije. «El tata Pedro es nuestro jardinero . . . Él me vio nacer» . . .

MARTA (*Espantada*) ¡Andrés!

ANDRÉS —¡Él me vio nacer! ¡Él sabe que yo existo! . . . La mejor garantía de que estoy vivo. (*Pausa llena de confusión. Andrés está yerto en su asiento. Mirando el techo, Felipe, de pronto, está sumamente ocupado con las semillas. Marta mira a Pedro con aprensión*)

MARTA —Pedro, llévate estas cosas y anda a ver esos magnolios . . ., deben estar secos; anda a ver que los rieguen, por favor . . .

PEDRO —Bueno, patrona. (*Sale*)

MARTA —No debiste decir eso delante de él, Andrés . . . ¿Qué te pasa, hijo? Esos hombres no te comprendieron, ya te dije. (*Silencio de Andrés; muy animosa y con ternura*) Al menos espero que esta experiencia te haga comprender que, después de todo, se está mejor aquí en casa . . ., todos juntos.

ANDRÉS —Pareces decirlo con gran satisfacción.

MARTA —Soy tu madre, Andrés, y lo natural es que desee tenerte lo más posible junto a mí.

ANDRÉS (*Acongojado*) ¡Oh mamá! Esos tipos acaban de reírse de mí. ¿No te das cuenta? Se han reído de mí por inútil . . .

MARTA —En tu casa eres muy útil, hijo . . .

ANDRÉS —¡Oh mamá! ¡En mi casa! . . . ¡en mi casa! (*Se levanta*)

MARTA (*Se lleva las manos a la boca y ríe histérica*) ¡Oh Andrés! ¡Qué tremendo eres! Ya estás poniendo nuevamente esa espantosa cara de gallo de pelea.

ANDRÉS —Mamá, yo estaba parado delante de esos tipos, como si fuera un tronco. (*Se vuelve hacia Marta*)

FELIPE —¡Andrés, no le grites a mamá!

ANDRÉS —No sabía qué contestarles . . . (*Imita*) «¿Qué recomendaciones puede usted indicarnos, joven?» . . . ¿Qué recomendaciones, mamá? ¿Cuáles? ¿De quién? ¿Quién nos conoce? ¿Dime? (*A medida que habla, Andrés se ha ido acercando a su madre*)

MARTA —Oh, esa cara tuya, Andrés. ¡Esa cara tuya! (*Ríe nerviosamente; leve pausa; repentino cambio de actitud; con terror*) Tú no puedes culparme de no haberte estimulado en ir a buscar ese trabajo, Andrés . . . Aunque se me parta el alma, no puedes culparme de haber sido egoísta contigo.

ANDRÉS —¿Estimular? Insistí y tuviste que aceptarlo, y fui como si estuviera haciendo algo mal hecho. ¿Por qué? (*Silencio de Marta*)

MARTA —Yo sé lo que quieres decirme . . ., que he sido una mala madre.

ANDRÉS —No es eso, mamá. (*Se sienta en la silla junto a Marta y le toma las manos; con paciencia*) Mamá, escúchame . . .

MARTA —Recién nada más estábamos planeando con Felipe sacar el tablero chino y jugar esta noche . . .

ANDRÉS -¡A quién le importa el maldito tablero chino, mamá! (*Dominándose*) Tú no entiendes . . . (*Persuasivo*) ¿Cómo puedo hacer que entiendas? Esto es demasiado importante . . . Mira . . ., esos tipos, hoy día, comenzaron a hacerme preguntas y yo no sabía que existía el mundo. ¿Y por qué? Mira, ¿qué ha sido del fundo vecino, mamá? Ahora es una población obrera . . . Y de la Quebrada del Helecho, ¿qué ha sido? Un canal de desperdicios y carretera para camiones . . . Es la ciudad que se nos mete dentro. ¿Has visto

cómo florecen las camelias este año? (*Silencio atribulado de Marta; a Felipe*) ¿Las has visto tú?

FELIPE (*A Marta*) —No te importe lo que te diga, mamá. Está furioso por lo del puesto . . .

ANDRÉS (*Toma de un brazo a Felipe y lo arrastra con violencia hacia el patio*) ¡Ven! ¡Ven a ver! (*Haciéndolo mirar hacia afuera*) ¿Ves? Llenas de flores, ¿no? Repletas de flores raquíticas y perfumadas. (*Vuelve hacia Marta*) ¿Tú sabes por qué? . . . Porque se están muriendo.

FELIPE (*Viniendo desde atrás*) No le hagas caso; está furioso por lo del puesto . . .

ANDRÉS (*Se sienta frente a Marta*) Se están muriendo y se defienden de la muerte, exhalando con toda su fuerza el resto de vida que les queda . . . (*Pausa*), como nosotros. Camelias que se mueren en perfume, detrás de una reja oxidada.

MARTA (*Acongojada*) ¿Y qué quieres que haga, Andrés?

ANDRÉS —No sé, mamá.

MARTA —¿Por qué me dices esas cosas terribles, hijo?

ANDRÉS —No sé, mamá; no sé.

MARTA (*Débil, humilde*) ¿He sido una egoísta con ustedes, hijos? ¿He sido?

FELIPE —Yo no me estoy quejando, mamá.

MARTA —Tú no, pero Andrés sí . . . (*A Andrés*) No te atreves a decirlo . . . (*Pausa*) ¿Crees que ha sido fácil para mi renunciar a todo por ustedes?

ANDRÉS (*La encara*) ¿Y por qué lo has hecho? (*Marta lo mira horrorizada*) Sí, sí . . . ¿Por qué lo has hecho? Nosotros no te lo hemos pedido . . . No te hemos exigido nada.

FELIPE —¡Cállate, tonto! No estoy de acuerdo con él, mamá. (*La abraza*)

ANDRÉS (*Se decide*) Mamá . . ., ¿por qué no vendemos la quinta y comenzamos una vida nueva, en alguna parte?

MARTA (*Aún en sueños*) ¿Vender la quinta?

ANDRÉS —Sí. Yo podría trabajar y mantenerte. Felipe podría trabajar también, como lo hace todo el mundo.

MARTA (*Con horror*) No . . .

ANDRÉS —¿Y por qué no? ¿A qué le tienes miedo, mamá? (*A Felipe*) Ella tiene algo . . . Tiene miedo a algo y no quiere decirnos.

MARTA —Debemos continuar, Andrés. Cuando tengas más edad vas a comprender que la vida es difícil . . . Es por eso que tiene que haber mucho amor. Lo único que nos queda es el amor. Es por eso que es tan importante . . . (*Marta queda mirando ante sí, invadida por una súbita quietud inefable. Andrés, indeciso, titubea un instante y luego se aleja bruscamente, dando la espalda al público.*

Felipe está abrazado a su madre y apoya su cabeza sobre uno de sus hombros. En medio del silencio se oyen surgir, desde lejos, las campanas del ángelus. Marta se repone; se pasa el pañuelo por los ojos)

MARTA —Felipe, anda a buscar mi rosario y lávate las manos . . . Andrés, anda a lavarte también. Vamos a rezar. (*Sale Felipe. Entra Pedro. Queda esperando con respeto en una esquina. Después de cierto titubeo, sale Andrés; con sonrisa blanda*) ¿Regaste los magnolios, Pedro?

PEDRO —Sí, patrona.

MARTA —Que no les falte nunca agua, Pedro . . . Hay que estar pendientes.

PEDRO —Bueno, patrona. (*Se establece entre ambos una íntima comunicación. Pedro, mudo y apesadumbrado, mira a Marta con cariño. Después de un breve lapso, Marta se levanta y va a abrazarse a él*)

PEDRO (*Emocionado, rudo*) ¡Niñita! ¡Niñita! No llore . . . (*Le acaricia torpemente la cabeza*)

MARTA —No me comprenden, Pedro . . . No me comprenden . . . Me siento tan sola . . .

PEDRO (*Pausa*) Martita . . . ¿Por qué no les cuenta a los niños? . . . La pena la está ahogando.

MARTA —No, Pedro, ¡nunca!

PEDRO —Algún día tendrán que saber . . .

MARTA —¡Nunca! Eres el único que queda de esos tiempos, pero yo sé que tú no les vas a decir nada. No lo dirás, ¿verdad? (*Pedro baja la cara*) Porque si ellos saben . . ., me muero, Pedro . . . Deben pensar siempre que su madre es buena y pura . . .

PEDRO —¿Usted qué es, por amor de Dios?

MARTA —No deben pensar en nada, Pedro. Hay que velar por ello. Que no piensen, que no duden . . . (*Entran Andrés y Felipe. Se han peinado y lavado. Felipe pasa el rosario a Marta, que se repone con esfuerzo, y se arrodilla a su lado, acostumbrado a la rutina de todos los días. Los demás le imitan; Andrés lejos, en una esquina. Marta y los demás, se persignan. Se oye una suave y atemperada música religiosa; preferentemente algún canto gregoriano*)

MARTA Y CORO. —Señor mío Jesucristo . . .
Dios y Hombre verdadero.
Creador, Padre y Redentor mío.
Por ser Vos quien sois
a Ti os amo sobre todas las cosas.
Me pesa, Señor, de haberos ofendido . . .

(*Las voces se esfuman en una suave melopea, con el acompañamiento de la música, cuando va cayendo el telón*)

ESCENA SEGUNDA

El domingo siguiente en la mañana. Andrés está tendido en su cama, visiblemente turbado por el canto de Eleonora, que en el jardín entona «Mamma». Es una versión intermitente y llena de sensual cadencia. Presa de un acceso de nervios, Andrés se levanta y va a cerrar violentamente la ventana. Vuelve a sentarse en la cama. El canto persiste en sordina. Después de un rato Andrés no puede más y se levanta de un salto, abre nuevamente la ventana y grita hacia afuera tratando de no quedar visible.

ANDRÉS —¡Oiga, señorita! Las flores no son para regalarlas. Haga el favor de dejarlas tranquilas . . . (*Vuelve a retirarse de la ventana, en estado de extrema excitación. Cae sobre la cama, apretados los dedos contra su boca; el canto se interrumpe. Leve pausa. Se escucha una voz de mujer que desde fuera llama con tono de divertida súplica*)

LA VOZ —¡Andrés! (*Silencio rígido de Andrés*) ¡Andrés, quiero hablar contigo! ¡Mal educado! ¡Cara de lechuza!

ANDRÉS (*Se acerca a la ventana, pero evita mirar por ella*) ¡Usted! ¿Usted cree que puede llegar y meterse en el jardín cuando se le da la gana?

LA VOZ (*Risas*) ¡No creo nada! ¡Mal educado! ¡Asómate! (*Andrés cierra la ventana con irritación. Leve pausa. Se abre la puerta de la galería, en la planta baja, y entra Eleonora, en una tenida similar a la que le vimos en la primera escena. Le gustan los colores de contraste, la ropa liviana, la acentuación en las formas; odia lo habitual, lo frecuente y lo razonable. La elección de su vestimenta obedece más a una inspiración que a una intención. Después de mirar con descaro los muebles y las decoraciones de la casa, va sobre el gramófono, le da cuerda y lo prende. Surgen las notas del vals de «La Princesa del Dólar». Eleonora hace un gesto de contrariedad, aumenta exageradamente el volumen de la música y se sienta a escuchar desfachatadamente en uno de los sillones. Arriba, Andrés se remueve en estado de pánico, no sabe qué hacer. Al final se decide y baja corriendo las escaleras. Se detiene en los primeros peldaños*)

ANDRÉS —¿Qué hace usted aquí? Usted no puede entrar en la casa.

ELEONORA —(*Baja el volumen del gramófono y se vuelve*) Dime . . ., ¿siempre eres tan mal educado con todo el mundo, Andrés?

ANDRÉS —Sólo con la gente que se mete a la casa sin que se le convide.

ELEONORA —Tu hermano Felipe me convidó a pasar a tu jardín. ¡Es mucho más amistoso que tú!

ANDRÉS —No hay nadie en casa. Usted no puede quedarse aquí.

ELEONORA —Y tú, ¿no eres nadie? Tu mamá salió. La vi salir con Felipe, que llevaba su caja de violín. El latero de Móttola se puso a jugar a las cartas con mi hermana y yo no los puedo aguantar cuando se ponen a hacer eso. Creen que ellos existen nada más . . . ¿A ti te gusta jugar a las cartas?

ANDRÉS —Mi mamá puede venir en cualquier momento.

ELEONORA —Tú me insultaste gritándome por la ventana y no pienso irme hasta que me pidas perdón. ¡Pídeme perdón! (*Ríe*)

ANDRÉS —¡Usted se ríe! Sí . . . Pero si mamá la pilla aquí, usted sabrá cómo arreglárselas. Usted no sabe cómo es ella. (*Vuelve a su pieza*)

ELEONORA (*Desde atrás; divertida*) ¿Vuelves al entretecho, lechuza?

ANDRÉS (*Se vuelve furioso*) ¡No me llames así!

ELEONORA —¡Ah! ¡Ah! Lo único que se ve de ti es tu cara de lechuza. ¿Qué haces todo el día encerrado en tu pieza? Crees que todo es terriblemente complicado, ¿no es cierto?

ANDRÉS —Sí, usted se ríe. Se ríe desde el día que pisó nuestra casa, porque piensa que somos ridículos . . .

ELEONORA (*Interrumpe*) ¿Tú no eres feliz, verdad?

ANDRÉS —¿Y a usted qué le importa?

ELEONORA —Te estoy preguntando . . . Quiero ser amiga tuya. A lo mejor tampoco yo soy feliz . . . No seas tan desconfiado . . . ¡Ven! ¡Siéntate aquí! (*Corta el contacto del gramófono*)

ANDRÉS (*Se acerca receloso*) ¿Y qué interés tiene usted en hablar conmigo?

ELEONORA —¡Siéntate! ¿Ves que no eres feliz? Sólo las gentes que no son felices hacen esas preguntas tontas . . . (*Pausa*) Te gusta hablar poco, ¿no es cierto?

ANDRÉS —No.

ELEONORA —¿Por qué no?

ANDRÉS —No tengo con quién.

ELEONORA —¿No tienes amigos? (*Andrés niega con la cabeza*) ¿Por qué no? (*Andrés se encoge de hombros*) Siempre creí que eras un bicho raro. Todos ustedes son bichos raros. Tu mamá . . . es muy parada, ¿no es cierto? No saluda a nadie.

ANDRÉS —¡No es parada!

ELEONORA —Bueno, bueno, no te enojes, No lo es, ya . . . Dime . . ., ¿qué hacen ustedes todo el día, tú y tu hermano? . . . (*Al hablar Eleonora se mueve mucho sobre su asiento; cruza las piernas; se*

sienta sobre ellas; se echa atrás; se mira las palmas de las manos; se peina con los dedos)

ANDRÉS —Ayudamos a mi mamá.

ELEONORA —Pero . . . ¿tú no sales a ninguna parte? (*Andrés niega con un movimiento de la cabeza*) ¿Por qué?

ANDRÉS —No conocemos a nadie.

ELEONORA —¿Y por qué no?

ANDRÉS (*Irritado*) ¡No pregunte tanto por qué! Si yo le pregunto por qué pregunta tanto por qué, ¿qué me va a contestar?

ELEONORA —Bueno, no te enojes.

ANDRÉS —Yo no sé ningún por qué. Vivo aquí desde que mi mamá me sacó del colegio a los doce años. Desde entonces, siempre que pregunto el porqué de algo, me contestan con una sonrisa y un cariño. No me pregunte ningún por qué. ¡Odio los por qué!

ELEONORA —¡Oh, qué terriblemente serio eres! ¿Tú nunca te ríes, dime? ¿Nunca? . . . Entonces tu problema es mayor que el mío, porque no ves manera de resolverlo . . . Yo me río, a veces, cuando me miro en el espejo . . . No puedo parar de reír. ¡Es tan cómico! ¡Ah! ¡Ah! (*Andrés sonríe rendido ante la simpatía de Eleonora; de sopetón*) ¡Di alguna cochinada! (*Andrés la mira extrañado*) Sí, una cochinada . . .¡Di algo! ¡Vieras cómo ayuda! . . . ¡Ah! ¡Ah! . . . (*Se acerca a Andrés*) ¡Di poto! Sí, sí . . ., poto . . . ¡Dilo!

ANDRÉS (*Con esfuerzo; alelado*) Poto.

ELEONORA —¡Ah! ¡Ah! Dilo de nuevo y ríete.

ANDRÉS (*Con más fuerza*) ¡Poto! (*La mira y comienza a reírse a su vez*)

ELEONORA (*Entre risas*) ¿Ves? ¿Ves que no era difícil?

ANDRÉS (*Con torpeza; encantado*) Poto . . ., poto . . ., poto . . ., poto . . ., poto . . .

ELEONORA —¡Uuh! . . . ¡Uuh! . . . No, no . . . ¡Para, para! . . . No debes repetirlo mucho. Dilo sólo cuando lo necesites . . . Guárdalo para cuando estés triste, cara de lechuza.

ANDRÉS (*Con naturalidad*) ¿Sabe? . . . Ya no me molesta que me diga eso.

ELEONORA —¿Cara de lechuza? ¿Alguien te lo había dicho antes?

ANDRÉS —No; sólo yo mismo . . . Se lo digo a mi mamá cuando me enojo . . . Que somos como las lechuzas del cuadro del desván . . ., llenas de polvo y aburridas.

ELEONORA —¿Y ahora? ¿Te sientes lleno de polvo y aburrido? (*Andrés niega*) ¿Siempre quieres que me vaya? (*Nueva negativa de Andrés*) ¿Y a tu madre qué es lo que le pasa? Siempre se ve tan preocupada . . . Móttola dice que tu madre es muy «signora» y «romántica». Dice que se corta delante de ella. Y que ustedes pertenecen a la aristocracia . . ., ¿es cierto?

ANDRÉS —No sé . . . No me importa.

ELEONORA —Hay gente a la que le importa. Yo creo que son cosas de antes. Hoy vale el que sabe hacer algo . . . Hay un perfume francés que se llama «Aristocrat» y que yo uso en ocasiones especiales . . .

ANDRÉS —¿Cuándo sale con su padre?

ELEONORA (*Con sorpresa*) ¿Con quién?

ANDRÉS —Con su padre.

ELEONORA —¿Con mi padre? . . . UUh . . . (*Ríe graciosa*) Me gustaría ver la cara de mis amigos. Mi padre es un viejo medio loco. Se pasa el día entero sentado en la escalera del edificio en que vivimos, mirando las piernas y metiéndoles conversa a las mujeres que pasan . . . (*Se levanta de un salto; se aleja y vuelve*) ¿Sabes que todos creen que soy . . . chiflada?

ANDRÉS —¡No! . . .

ELEONORA (*Se apoya en el mueble de arrimo*) Mmh . . . Chiflada . . . «Zeis una passa», me dice mi padre cuando salgo del baño con la cabeza llena de cachirulos. ¿Crees que tienen razón? (*Andrés se encoge de hombros; camina por el living*) A veces hablo como cotorra. Hablo y hablo y no sé lo que digo . . . ¿Y sabes? . . . Tienen razón. Algo me deja de funcionar, aquí, a veces. (*Se toca la cabeza; va sobre el gramófono y lo prende; se mueve al son de la música*) Como moverse sobre nubes . . ., nubes. (*Se detiene; habla en forma atolondrada*) Cuando Móttola se pasa a la cama de la Mariana y comienza a crujir el catre me pongo a gritar . . ., gritar . . . Tienen que mojarme la cabeza en el lavaplatos de la cocina para hacerme callar . . . Debo ser chiflada, ¿no?

ANDRÉS —Yo no sé la diferencia entre ser chiflado o no.

ELEONORA —Móttola también cree que lo soy, porque se ríe de todo lo que yo digo y hago. ¿Sabes que el otro día me quiso dar un beso?

ANDRÉS —No.

ELEONORA —Mmh . . . Un beso . . . Yo venía saliendo del baño. Me abrazó desde atrás, pero yo grité y vino la Mariana y le pegó con un pato pelado en la cabeza . . . ¡Ah! ¡Ah! ¡Es la cosa más cómica del mundo! Estaba pelando un pato en la cocina . . . ¡Ah! ¡Ah! . . . Y el pato hace ¡plap!, ¡plap!, ¡plap!, como una bolsa de agua. (*Se deja caer al lado de Andrés en el sofá*) Y el cuello se estiraba y estiraba . . . ¡uuh! ¡uuh! (*Con duda; en un súbito cambio de humor*) ¡Tú no me crees!

ANDRÉS (*Asustado; sorprendido*) Sí, sí le creo . . .

ELEONORA —¿Por qué me miras así, entonces? ¿Por qué no me preguntas nada?

ANDRÉS —No . . . no sé.

ELEONORA —¡No me crees! . . . ¡Nadie me cree! Todo el mundo es tan desconfiado. Todo tiene que ser verdad . . ., verdad . . ., verdad. ¡Los odio! (*Confidencial*) ¿Quieres que te cuente algo? No sé si deba contarte . . . Lo contaba en mi casa y no me creían.

ANDRÉS —Si cree que no le voy a creer, no me cuente nada.

ELEONORA —Me pasó en unas dunas abandonadas, cerca de Cartagena . . . Tenía doce años y me llevaron unos primos. Quisieron obligarme a hacer con ellos algo que me pareció horrible entonces . . . Grité, pero nadie me oyó. ¡Nadie! Desde entonces grito por cualquier cosa cuando no quiero saber nada de nada. (*Se levanta y se vuelve*) Pero tú no eres igual a ellos, ¿no es cierto? Te asustan las mujeres, ¿no? . . . Lo veo en tus ojos de lechuza . . .

ANDRÉS (*Con rabia*) ¿Cómo puedo asustarme de algo que no conozco?

ELEONORA —El amor no es tan complicado. Una vez que sabes, ya no te asustas más . . . Es como ir en auto a más de cien . . . Al principio te asustas y te agarras de donde puedes, pero después no quisieras que parara nunca . . ., nunca . . ., nunca. Pero yo no he querido a nadie . . . Sólo tengo mis amigos que me sacan a pasear en auto . . . Carlos, por ejemplo, me carga, me convida en su auto y me lleva al parque, donde tú ves las parejas haciendo cosas . . .

ANDRÉS (*Resentido*) ¿Qué cosas?

ELEONORA (*Se encoge de hombros*) Cosas . . .

ANDRÉS —¿Pero qué cosas? . . .

ELEONORA —Bueno . . . Dime, lechuza, ¿Tú no sabes?

ANDRÉS (*Grita*) Usted habla y habla y no escucha. Le dije que no sé nada. ¿Para qué me pregunta? Lo que pasa es que usted tampoco sabe nada.

ELEONORA —¡Uuh! ¿Nada de qué?

ANDRÉS —De eso que habla . . . De mujeres y hombres . . . De hacer el amor y todo eso . . . Yo sé que eso no es nada comparado con lo otro . . .

ELEONORA —¿Comparado con qué, por Dios? ¿De qué estás hablando, lechuza?

ANDRÉS (*Con ansiedad*) De lo que la gente hace en los lugares donde nadie sabe lo que pasa . . . Los he visto cuando salgo a repartir las flores. Se meten del brazo en sitios prohibidos . . . y hacen cosas que después se llaman pecado . . ., corrupción . . ., vicio . . . ¿Qué es lo que hacen? . . . ¿Usted cree que no sé? Lo que usted habla no es más que el lado animal del asunto, como las vacas y las gallinas, pero los hombres han inventado otros métodos . . . ¡yo sé! . . . (*Eleonora lo mira con los ojos abiertos*) Sí, usted puede mirarme así. No quiero que me engañen más, ¿entiende?

ELEONORA (*Enternecida*) ¿Y quieres saberlo todo?

ANDRÉS —¡Sí!

ELEONORA —Eres inocente como un niño . . .

ANDRÉS (*Se levanta*) ¡No me llame así!

ELEONORA —Te avergüenzas de algo que es tan raro y maravilloso.

ANDRÉS (*Dándole la espalda*) No me avergüenzo de nada. Usted ha venido a reírse de mí.

ELEONORA —Andrés . . .

ANDRÉS (*Yerto*) ¡Váyase! . . . Por favor, ¡váyase!

ELEONORA —Andrés, no seas niño . . . (*Andrés no responde y sale corriendo hacia su dormitorio. Eleonora le sigue. Al oír que ella va tras él, Andrés se detiene al pie de la escalera. Se cruza delante de ella*)

ANDRÉS (*Con pánico*) ¡Usted . . ., usted . . . no puede subir!

ELEONORA (*Lo hace a un lado y pasa*) ¿Por qué no? Quiero conocer el desván en que te escondes . . . Debe estar lleno de polvo y de plumas, lechuza . . .

ANDRÉS —Mamá puede llegar en cualquier momento . . .

ELEONORA (*Subiendo delante de él*) Duermes entre los esqueletos de tus ratones, ¿no es cierto? ¡Ah! ¡Ah!

ANDRÉS —Si mamá nos pilla aquí . . .

ELEONORA —Tienes que perderle el miedo, Andrés . . . (*Surge en el dormitorio*)

ANDRÉS (*Grita desde atrás*) No le tengo miedo. Lo que no quiero es que ella sufra. Usted no sabe cómo la afecta todo.

ELEONORA —Más va a sufrir si su hijo hace un día una locura, tratando de encontrar lo que no existe . . . (*Mirando la pieza; tratando de distraer su exaltación interior*) Tal como me lo imaginaba. Nada tuyo. Todo puesto por tu madre. (*Se para frente a un grabado*) Y éste, ¿quién es?

ANDRÉS -(*Atribulado; desde la puerta*) El Werther . . .

ELEONORA —¿Quién es! . . . Soy una persona muy ignorante, Andrés . . .

ANDRÉS (*Hosco*) Un hombre que murió de amor . . .

ELEONORA —¡Uuuh! ¿Un hombre que murió de amor? ¿Tú te morirías de amor? ¡Debe ser maravilloso! (*Se para frente al espejo y se mira*) ¡Ah, y tienes un espejo! Te miras en él a veces, ¿no es cierto? ¿Qué ves? . . . ¿Un hombre con cara asustada? ¡Ven! Ven a pararte a mi lado . . . Quiero ver cómo nos vemos juntos . . . ¡Ven! (*Lo va a buscar y lo conduce frente al espejo; se aprieta contra él, para que quepa la imagen de ambos; Andrés está yerto*) Sí . . . Tú no eres como los otros, que sólo buscan la pasión en la mujer. Los hombres son unos tontos, Andrés. (*Toma su cara*) No se dejan mirar al

fondo de los ojos . . . y no saben que ahí está lo mejor que el amor puede dar. En el fondo de sus ojos todo hombre es un niño. (*Se están mirando muy cerca; toma las manos de Andrés*) ¿Me dejarás mirarte siempre así? (*Andrés está inmóvil; Eleonora lo besa, muy leve, muy superficialmente*) Tus manos están heladas y tiemblas con todo el cuerpo. (*Toma las manos de Andrés y las pone en su cintura; se estrecha contra él*) ¿Qué sientes? ¿Mi cuerpo? Es blando y suave, ¿no es cierto? No hay nada fuera de eso, Andrés. Nada. Sólo una mujer y un hombre . . . y es tan hermoso porque es tan simple. Lo importante es hacerlo con gratitud . . . (*Se desprende*) porque cada sentimiento estará siempre lleno de novedad. Tienes que venir a verme a mi casa. A veces estoy sola. Cuando veas un pañuelo rojo colgado de mi ventana, quiere decir que puedes subir. Y tráeme unas pocas flores. Me gusta tanto tener mi pieza llena de flores . . . ¿Vas a venir? (*Andrés asiente; ella le da un nuevo beso delicado*) Tal vez te necesite tanto como tú a mí, lechuza . . . (*Mira hacia el cuadro del Werther*) ¡Mira, Andrés! ¡Mira tu Werther! Parece que nos sonriera ahora. (*En ese momento entra Marta desde la calle. Andrés y Eleonora oyen el ruido que hace la puerta de calle. Marta ve el sombrero de paja de Eleonora que ha quedado botado en el suelo y lo recoge con expresión espantada. Mira a su alrededor; se debate. Andrés arrastra a Eleonora hacia la puerta del cuarto en vana tentativa de huida*)

MARTA —(*Comprendiéndolo todo de pronto*) ¡Andrés! Andrés, ¿quién está contigo? ¿Quién está contigo, Andrés? (*Va hacia la escalera*)

ESCENA TERCERA

Han pasado algunos días. A través de los vidrios de la galería, irradia la luz amortiguada y melancólica de la hora del crepúsculo. Marta, de delantal, cose en el invernadero en una Singer de pedal. Da la espalda a la puerta que comunica con el living. Yacen, desparramados, lienzos y recortes de géneros. Los vasos están sin su habitual decoración de flores. Hay en sus gestos un fiero empecinamiento, como si cosiera contra el tiempo.

Felipe, en su dormitorio, ensaya escalas en su violín con intervalos de desaliento. Está de pie frente al atril, a todas luces no puede concentrarse en lo que hace. Va a cada instante hacia la ventana y mira con disimulo al patio vecino. Después de un breve lapso, se oyen ladrar los perros y suena la llave en la chapa de la puerta central del living. Entra Andrés, que trae un paquete y que deja sobre la mesa central del living. Observa con cara preocupada a Marta, que

permanece imperturbable en su labor. Titubea un instante, y va hacia la escalera, pero vuelve atrás. Se detiene en medio del living.

ANDRÉS —¡Buenas tardes, mamá! (*Silencio de Marta. Después de titubear un momento, Andrés se acerca desde atrás y se pone junto a su madre*)

ANDRÉS —¡Mamá! . . . Hasta cuándo . . . (*Marta se resiste, poniéndose fuera de su alcance, y se queda inmóvil en espera de que se retire*) ¿Cuánto tiempo vamos a seguir así, mamá? (*Marta sigue rígida fuera de su alcance*) ¿Por qué no me dices algo? ¿Por qué no me gritas . . . (*Su voz va subiendo de tono*) o me insultas . . . o me pegas? . . . No podemos seguir así, mamá, toda la vida . . . (*Espera un momento y se aleja abatido. Marta recupera de inmediato su posición ante la máquina y se pone a trabajar. Felipe arriba da unos raspidos impacientes a su violín y lo sacude desesperado. Luego va hacia la ventana y mira. Marta deja caer la cabeza; toma uno de los lienzos más a mano y se lo aprieta contra los ojos*)

ANDRÉS —Hace más de una semana que no me hablas ni me miras . . ., como si hubiera cometido un crimen . . . (*Se aleja y se acerca*) ¿Y si tuviera algo que contarte? ¿No crees que deberías oírme? . . . (*Silencio. Andrés acerca una silla y se sienta junto a ella*) Escúchame, mamá . . . (*Lleno de entusiasmo y gozo*) ¿Sabes? He descubierto algo maravilloso; algo que me hace pensar que hemos vivido todos estos años en un error . . . (*Marta se lleva las manos a los oídos. Andrés se detiene en su entusiasmo; con calma y dolor*) ¿Así que no me quieres oír? . . . (*Pausa*) Bueno, debo decirte algo, mamá: Cuando uno de repente ha descubierto que ya no tiene miedo . . ., que nada es espantoso, sino claro y lógico . . . y ese descubrimiento lo llena a uno de confianza . . ., no puede quedarse sin hacer nada. ¿Entiendes? . . . Soy joven y quiero vivir . . . Si mi casa me queda demasiado chica me busco la manera de hacerlo afuera, ¿entiendes? . . . Es algo que no se puede evitar . . (*Marta ha oído todo el parlamento con las manos apretadas sobre sus oídos. Andrés observa un rato con dolor y se aleja hacia la escalera*)

MARTA (*Cuando está por llegar a ella*) ¿Dónde estuviste hasta tan tarde, Andrés?

ANDRÉS (*Con tranquilidad*) Estuve donde los japoneses, recogiendo tus papas de jacintos, mamá.

MARTA —¿Hasta tan tarde, Andrés?

ANDRÉS —Me he vuelto caminando y pensando en muchas cosas . . .

MARTA (*Conturbada*) ¿Haciendo un acto de contrición?

ANDRÉS —No, mamá . . . El parque está lleno de flores en esta época y sopla una brisa tibia . . . Los niños juegan en los prados y todo el mundo parece feliz . . .

MARTA (*Limpiándose con el lienzo*) Para las flores tienes tu casa . . . (*Pausa; Andrés se acerca a su madre. Felipe reanuda su batalla con el violín*)

ANDRÉS —Mamá . . ., no ha sido como te imaginas. Yo no estaba haciendo nada . . ., nunca haría esas cosas en la casa.

MARTA (*Rápidamente*) Pero te has vuelto a ver con ella.

ANDRÉS —No, mamá.

MARTA —¡Sí, sí has ido! ¡No me mientas, Andrés! . . . El italiano me lo dijo . . . Vino y me lo contó como la cosa más graciosa del mundo, y no sabía que sus palabras me estaban matando . . .

ANDRÉS (*Desesperado*) ¡Mamá, por favor!

MARTA —¡Nunca creí que ibas a caer tan bajo, Andrés! (*Oculta la cara en el lienzo*)

ANDRÉS (*Pausa*) Mamá . . ., yo no estoy enamorado de esa mujer . . . (*Marta se lleva las manos a los oídos; habla acentuando cada frase, consciente de que Marta no le oye, pero con la íntima necesidad de reafirmar su posición*) Ambos lo hacemos por necesidad . . . (*Marta se levanta y sale corriendo hacia la escalera, por la que sube. Andrés la sigue y habla detrás de ella*) Ella me necesita, porque le doy algún sentido a lo que ha hecho toda su vida, y yo . . . porque necesitaba estar con una mujer para saber que todo es simple . . . (*Marta ha desaparecido escalera arriba*) No estoy enamorado, pero creo que ahora puedo entender lo que es el amor. Eso es lo que pensaba mientras venía por el parque . . . (*Mira escalera arriba un instante, como si esperara respuesta. Luego sube por ella con pasos lentos, asoma en su dormitorio, en el cual cruza para dejarse caer en su cama. Felipe aumenta deliberadamente los raspidos de su violín. Pedro cruza el living apretando un canasto contra su cadera*)

ANDRÉS (*Después de un rato*) ¡Felipe! . . . (*Felipe no oye*) ¡Felipe! . . . (*Felipe se vuelve. Andrés muestra el violín*) ¡Por favor! . . . (*Felipe se encoge de hombros y continúa impasible*) ¿Tienes que hacerlo justamente cuando yo estoy aquí?

FELIPE (*Se vuelve*) ¿Ah?

ANDRÉS —Deja eso, ¿quieres?

FELIPE (*Se encoge de hombros*) ¿Crees que a mí me gusta raspar el gato este?

ANDRÉS —Bueno, ¡deja entonces! ¡Vas a volver locos a todos!

FELIPE —¡Por mí . . .! (*Va hacia la ventana*) Antes voy a terminar por volver loco al viejo Salas y a la tonta de su mujer . . . El viejo dice que soy un desastre . . ., el peor caso de amusicalidad que le ha tocado conocer.

ANDRÉS —¿Para qué sigues entonces?

FELIPE (*Mira hacia el patio vecino; se sienta en el alféizar de la ventana*) Pregúntale a mi mamá . . .

ANDRÉS (*Con dolor*) Sí, ella . . .

FELIPE —No sé por qué insiste . . . Le he dicho mil veces: «Mamá, soy un desastre . . . No distingo una nota de la otra» . . . (*Muchos aspavientos con las manos*) Do, re, mi, fa . . . ¡Bah!

ANDRÉS —Cuando se le pone algo es terrible. (*Volviéndose hacia Felipe*) Simplemente no te escucha . . .

FELIPE —Lo que pasa es que al viejo ese le conviene que siga con las clases . . . Son cuatro mil al mes, que no le vienen mal . . . ¡Viejo sapo! Le jura a la mamá que tengo gran sentido de la armonía . . . (*Ha visto algo en el jardín*) ¡Mira, Andrés, ven! ¡Ven a ver! ¡Es la mujer de Móttola! Tiene puestos unos pantalones cortos y cuando se agacha muestro todo . . . ¡Ven a ver! . . . (*Andrés no reacciona, medita sentado al borde de la cama*) ¡Te apuesto que lo hace a propósito!

ANDRÉS —¿Quién?

FELIPE —¡La Mariana esa! . . . Para provocarnos . . . A las mujeres les gusta eso . . .

ANDRÉS —¿Sabes lo que eres para esa mujer? . . . Un mocoso ridículo. Se pone esos pantalones porque le da la gana y muestra el traste porque cuando se agacha tiene que mostrarlo hacia alguna parte, ¿no crees?

FELIPE (*Picado*) Cada uno es como es.

ANDRÉS —Sí, así parece.

FELIPE —A mí me gusta mirar mujeres . . ., otros hacen otras cosas.

ANDRÉS —Felipe, escucha . . . Alguien me contó que el otro día te pillaron mirando por unos tragaluces del gimnasio del Liceo de Niñas.

FELIPE (*Se aleja de la ventana y se detiene en medio de la pieza. Reanuda sus ensayos con el violín; con ironía*) ¿Alguien?

ANDRÉS —Sí, alguien . . . Me dijo también que si no hubieras saltado un muro de tres metros, que nadie se explica cómo pudiste hacerlo, te habrían pillado. ¿Qué sacas con hacer esas cosas?

FELIPE (*Interrumpiendo sus escalas y volviéndose con furor*) Ese alguien debe tener la boca bien sucia para haberte contado todo eso. Apuesto que es alguien que está muy al corriente de las cosas que pasan en la calle . . .

ANDRÉS —¿En la calle?

FELIPE —Sí, ahí en la calle. Donde te han visto con esa mujer; te olvidas que tienes una madre que respetar . . . (*Silencio*)

ANDRÉS —Así que fuiste tú quien le contó a la mamá.

FELIPE —No, no fui yo . . .

ANDRÉS —¡Sabías . . . sabías que la ibas a hacer sufrir y lo hiciste!

FELIPE (*Grita*) ¡Te digo que no fui yo! ¡Fue Móttola! . . . El tata Pedro estaba presente . . . Llegó fantocheándose que él se iba a encargar de enseñarnos algo de la vida . . .

ANDRÉS (*Acongojado*) ¿Y qué le importa a él?

FELIPE -Y lo peor de todo es que ella cree que andamos los dos en eso . . . Que nos estamos corrompiendo juntos.

ANDRÉS (*Con angustia*) ¿Quién? ¿Quién dice que me he estado corrompiendo, imbécil? ¿Crees que ha sido fácil para mí?

FELIPE —Bueno, me imagino que no tendrás el tupé de . . .

ANDRÉS —¿Crees que ha sido fácil para mí . . .

FELIPE —. . . de decir que he sido yo . . .

ANDRÉS —. . . soportar todos estos días de vergüenza y remordimiento? ¿Crees que me ha costado tan poco hacerlo, como a ti mirar por esa ventana? . . . ¿Cómo le llamas a eso? . . . ¿Cómo le llamas a tus sucios cateos por los tragaluces de los colegios? . . . ¿Y el día que te vi mirando por el hoyo de la llave cuando mi mamá se estaba bañando? ¿Cómo le llamas a eso?

FELIPE (*Pausa larga; se ha sentado sobre su cama, deja caer su violín con desaliento*) Yo . . . yo no la estaba mirando . . . No la estaba mirando a ella . . . ¡Te juro! . . . Ella . . . Yo . . . (*Queda en silencio mirando a Andrés con expresión atribulada*)

ANDRÉS (*Con emoción*) ¡No lo tomes así! . . . (*Felipe asiente, se sienta junto a él*) Sé que lo hiciste porque quieres saber, Felipe . . ., pero nada es como te lo imaginas . . . Todo es tan simple. ¿Sabes lo que hacemos cuando estamos juntos? . . . (*Felipe niega*) Conversamos . . . Ella me cuenta algo y yo me río y, después, le cuento yo y se ríe ella . . . Y entonces . . . pone la radio y oímos música y nos sentamos ante la ventana a mirar cómo anochece . . .

FELIPE —¿Cómo te atreviste a ir a verla? . . . La primera vez, digo . . .

ANDRÉS —Ella es tan amiga, tan comprensiva. Hace que todo resulte tan fácil . . .

FELIPE —Yo no me habría atrevido. Me habría muerto antes . . . ¿Qué es lo que le dices? ¿Cómo la entretienes? ¿Tienes que ser siempre muy chistoso, supongo?

ANDRÉS —¿Por qué?

FELIPE —Porque esas mujeres se aburren con uno, Andrés . . .

ANDRÉS —Pero ¿por qué?

FELIPE —Porque están acostumbradas a tratar con hombres que saben manejarlas. De igual a igual . . .

ANDRÉS —¿Y qué te hace pensar que tú no eres igual? (*Felipe mira a otro lado*) No, tú no eres inferior a los demás, Felipe. Te aseguro.

No hay nada que sea menos en nosotros. Tú ves que yo tengo ahora una amiga . . .

FELIPE —¡Sí, tú!

ANDRÉS —Y tú, ¿por qué no? Voy a hablar con la Eleonora. Ella tiene una vecina . . . La Silvia . . . Es muy simpática . . . Voy a decirle que te la presente . . .

FELIPE —¡No!

ANDRÉS —¿Por qué?

FELIPE —Porque no voy a saber qué decir . . . Va a notar que yo . . . (*Va hacia la ventana*)

ANDRÉS —¿Qué? (*Silencio de Felipe*) Mañana vas a venir conmigo, Felipe. Esta noche voy a hablar con la Eleonora.

FELIPE (*Se vuelve*) No, Andrés . . . ¡no! Estoy muy bien aquí. Déjame, ¿quieres? ¿Para qué voy a hacer eso? Me gusta estar en la casa . . . Mi mamá me entiende; tengo que hacerlo por respeto a ella . . . No me perdonaría nunca. Está muy herida por lo tuyo . . . Alguno de los dos tiene que quedarse junto a ella.

ANDRÉS —¿Hasta cuándo? (*Felipe se encoge de hombros*) ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que estés viejo y seco, como el tata Pedro?

FELIPE —Tenemos todo lo que queremos aquí en las casa, Andrés. ¿Qué más andas buscando? Ella te lo ha dicho . . . Te hace los platos que te gustan . . . Juega con nosotros . . . Nos cuida como nadie . . . Nos enseña a ser diferentes . . . En el fondo, esas mujeres son vulgares. ¿No es cierto? ¡Confiésalo! Y toda esa historia del amor es vulgar y sucia y desagradable, ¡confiésalo! ¡Confiésalo! ¡Confiésalo! (*Apremiando. Ambos hermanos se quedan un rato mirándose en silencio. Abajo, Marta pone el gramófono y se sienta a oír, con los ojos cerrados, «La Princesa del Dólar»*)

ANDRÉS —¿Dijiste que el tata Pedro estaba con mi mamá cuando llegó Móttola a contarte lo de la Eleonora?

FELIPE —Sí, ¿por qué?

ANDRÉS (*Se levanta y va hacia la ventana; mira hacia afuera; grita*) ¡Oye, tata! ¡Tata, ven! ¡Ven! ¡Tengo que hablar contigo! (*Regresa a la pieza*)

FELIPE —¿Para qué lo llamaste? (*Silencio de Andrés*) ¿Estás enojado por lo que te dije, Andrés? (*Silencio de Andrés; abajo, Marta corta el gramófono y se pasea por la pieza; pasa Pedro con la chupalla en la mano; sube; golpea*)

ANDRÉS —¡Pasa! (*Pedro entra y cierra la puerta tras sí*) Tú oíste lo que le dijo el italiano a la mamá, ¿no es cierto? (*Pedro baja la cabeza*) ¿Y estás enojado conmigo? ¿Por qué? (*Silencio de Pedro*)

FELIPE —Deja, Andrés . . .

ANDRÉS (*Se levanta y va hacia Pedro*) Te estoy preguntando . . . ¿Estás escandalizado también? ¿No lo hiciste nunca cuando eras joven?

PEDRO —Usted . . . no debería haberle hecho esto a la patrona . . .

ANDRÉS —¿Por qué? ¿Por qué no a ella?

PEDRO —Porque es una mujer que ha sufrido mucho . . .

ANDRÉS —Todo el mundo sufre . . .

PEDRO —Como ella, pocos . . .

ANDRÉS —¿Y por qué ella? ¿Cuál es ese sufrimiento suyo, tan especial?

PEDRO —La patrona es una mujer muy buena . . .

ANDRÉS —¡Ya sé que es buena, caramba! ¿Cómo no lo voy a saber cuando no puedo más con su bondad?

PEDRO —Ha sufrido mucho . . . Ustedes no saben . . .

ANDRÉS —¿Qué es lo que no sabemos? (*Silencio de Pedro*)

FELIPE —¡Andrés, déjalo!

ANDRÉS (*A Pedro*) Tú sabes algo y no nos quieres decir . . . Prefieres que me sienta culpable . . . ¿Qué es lo que ha hecho sufrir a mamá? ¡Te advierto que si no me lo dices, voy a ir yo mismo a preguntárselo de frentón! (*Hace ademán de salir; Pedro se cruza ante él y le tapa el acceso a la puerta*) ¡Déjame pasar! (*Pedro se niega*) ¡Déjame pasar, te digo!

PEDRO —¡No, Andresito, ahora no!

ANDRÉS (*Titubea; finalmente se va a sentar a su cama; Pedro permanece cabizbajo y yerto ante la puerta. Amenazándolo con el dedo, desde su cama*) ¡Viejo de mierda! ¡Vas a ver! Voy a ir a la casa de mi tía Laura . . . ¡Ella me va a contar! ¡Ella me va a contar lo que pasa en esta casa! Y si no . . . pesco mis cosas, ¿entiendes? ¡Las pesco y me mando cambiar a cualquier parte donde el mundo sea mundo y no un rincón de gentes apolilladas que temen hasta el aire que respiran! (*Pedro devuelve a Andrés una mirada llena de ansiedad*)

ESCENA CUARTA

Es el domingo siguiente a las cuatro de la tarde. Es un día de sol. Reinan las mismas tonalidades verde y naranja de la primera escena, que comunican una atmósfera de tenue irrealidad. Afuera se celebra una fiesta. Irrumpen gritos alborotados de niños y risas de mujeres. Se oye el estrépito de pitos y cornetas, triquitraques y matracas. Se supone que están corriendo en sacos o algo semejante. Todos gritan cuando uno de los pequeños concursantes cae. El interior de la casa permanece vacío y en silencio durante algunos segundos; luego entran Felipe y Pedro. Vienen desde la cocina y traen

grandes ramos de flores y hojas, que van colocando en los jarrones y floreros del living e invernadero. Son grandes atados de flores, esplendorosos y multicolores, que expresan con su presencia la ebullición y la fértil belleza de la vida.

FELIPE —Vamos a llenar la casa de flores . . . Flores por todas partes . . . Montones . . . A ver si la reanimamos un poco. (*Se acerca a los vidrios; un resplandor rojo aviva los rostros de ambos; se oyen unos truenos lejanos; griterío en el patio*) Ojalá no le arruine la fiesta a Móttola . . . Mira, Pedro . . . Ven a ver ese chiquillo como trata de encaramarse sobre la carreta. (*Se ríen*) ¡Ah! ¡Ah! (*Marta se ha acercado y se detiene detrás de ellos sin que ninguno de los dos se aperciba*)

MARTA (*Con voz cansada*) ¿Quién puso todas estas flores, Felipe?

FELIPE (*Se vuelve sorprendido*) ¡Ah, mamá . . ., las flores! . . . ¿Te gustan?

MARTA —Sí . . ., muy bonitas. Eres muy cariñoso, mi hijito . . . (*Se sienta en uno de los sillones de mimbre con la cara hacia los vidrios de la galería*) ¡Gracias! . . . Espero que esos niños no causen muchos destrozos. (*Pedro sale hacia el jardín. Truenos, relámpagos, gritos*)

FELIPE —Hemos tendido una alambrada delante de los prados y el resto lo hemos tapado con cartones, mamá. (*Alguien ha hecho una gracia afuera, se oyen el griterío y las risas de los niños*)

FELIPE (*Confundido ante la actitud abatida de Marta: tratando de distraerla, con forzada vivacidad*) Mira, mamá . . . ¡Mira a Móttola! ¡Mira cómo les hace cuchufletas a los niños! ¡Se ha puesto unos cuernos! ¡Mira! ¡Qué gracioso! (*Marta mira afuera y sonríe: se intensifican las risas; alguien toca una corneta en forma ensordecedora y Marta se encoge; truenos*)

FELIPE (*Sentándose en un sillón*) Los chiquillos se vuelven locos por él . . ., se le pegan como moscas . . . Un rato más va a venir a ponerse ese disfraz de conejo y va a salir a regalarles huevos y pastillas . . . Una especie de Pascua de los Negros, como se celebra en Europa. ¡Es para morirse de la risa! ¡Vieras la facha que tiene!

MARTA —¡Sí! Creo que lo que hace por esos pobres niños está realmente bien.

FELIPE —Les va a repartir disfraces y gorros y los va a llevar a dar una vuelta en camión . . . Se va a morir de la impresión . . .

MARTA —¿Su mujer está de acuerdo con eso?

FELIPE —¡Claro! . . . Tú sabes, como no han podido tener hijos propios se mueren por los ajenos . . . ¡Mamá, fue una gran cosa que les prestaras el jardín a esos niños! . . . Móttola no habría tenido dónde meterlos en su patio . . . (*Marta sonríe con mansedumbre: cierra los*

ojos y se reclina en el sillón; se produce un instante de silencio embarazoso; Felipe mira confundido a su madre y luego el jardín)

FELIPE —¡Mamái . . . ¿No, no puedes perdonarle? . . . ¿No puedes? . . . (*Silencio de Marta; silencio, más bien para sí*) Andrés haría mejor en irse de la casa, si piensas seguir así y no darle al menos una oportunidad de explicarse . . . (*Silencio de Marta; Felipe va impaciente hacia el gramófono y lo prende: «La Princesa del Dólar»; patea una pelusa, golpea con los dedos unos papeles sobre la mesa, tironea de unas flores. Es su temperamento extravertido que no le permite retener sus emociones*)

FELIPE (*Con rabia no contenida*) ¡Mamá! . . . ¿Quieres que deje esta música?

MARTA (*Quedamente*) Déjala, hijo . . .

FELIPE (*Con rabia*) Hoy en la tarde se cayó un pilar del parrón. Pedro dejó amarrada a la «Flora» y parece que la yegua se asustó con un peuco y arrancó con la parra y el pilar.

MARTA (*Después de una leve pausa; cansada*) Sé lo que quieres decirme, Felipe. Que todo está podrido y se viene abajo.

FELIPE —Yo no he dicho eso, mamá.

MARTA (*Después de breve pausa*) ¿Dónde está él ahora, Felipe?

FELIPE —¿Andrés? . . . No sé. Salió.

MARTA —Fue donde tu tía Laura, ¿no es cierto?

FELIPE —No sé.

MARTA (*Resentida*) Sí, sí sabes. Tuvieron una discusión. Oí que te gritaba.

FELIPE —Eso no es raro, mamá. Esta casa se ha vuelto pura pelea y discusión últimamente.

MARTA —Y tú esperando que le perdone . . . (*Ruido de truenos, gritos de niños*) ¡Oh, esos ruidos! . . . (*Se encoge asustada*) ¡Oh, esos ruidos! (*Se oyen unos golpes insistentes en los vidrios de la galería. Felipe acude a abrir, es Móttola. Luce pantalones ajustados de franela clara y llamativo jersey*)

MÓTTOLA (*Azorado*) Buenas tardes, signora . . ., buenas tardes. ¡Oh, qué ragazzi! . . . (*A Felipe*) ¿Dónde está el disfraz, Filipo?

FELIPE (*Saca el disfraz de un mueble*) ¡Aquí!

MÓTTOLA (*Procede*) Scuse, signora . . . (*El italiano se saca los pantalones y queda en calzón ajustado de algún género blanco que le llega hasta las pantorrillas. Se amarra a la cintura un gran pompón de pelo gris que simula una cola de conejo. Felipe le ayuda a ponerse una caperuza de largas orejas de paño, rellenas de algodón. El efecto es cómico y grotesco. Móttola adopta actitudes de conejo y ríe con Felipe; es la personificación viva de la alegría, de la alegría cándida y despreocupada. Marta mira a Móttola y no puede dejar de sonreír*)

MARTA —¡Oh! . . .

MÓTTOLA (*Avergonzado*) Ma . . . ¿no es un poco ridículo?

MARTA —No, está bien . . ., muy bien. ¡Muy gracioso!

MÓTTOLA —Ma ¡qué gracioso! . . . E ridículo . . . (*Disculpándose*) Es la Mariana que ha insistido . . .

FELIPE.—Vamos, vamos . . . ¡Quiero ver lo que van a decir los niños!

MARTA —Ah . . ., ha sido un bonito gesto el suyo, señor.

MÓTTOLA (*Rechazando*) ¿Gesto? . . . Ma non, signora . . . ¡E lo menos que se puede hacer! . . . Esos niños sone tan povere, parten il alma . . .

FELIPE (*Imitanto*) ¡Ya! . . . Andiamo! Andiamo! (*Desde la puerta al jardín*)

MÓTTOLA —¡Ah . . ., el ragazzo maledetto! (*Se persigna*) . . . ¡Voy! ¡Voy! (*Felipe le pasa un saco que se supone lleno de regalos. Móttola sale andando, bamboleando el pompón. Al salir se sumerge entre los gritos y la zalagarda de los niños. Felipe regresa eufórico junto a Marta*)

FELIPE —¿Y? . . . ¡Qué te parece ese tipo! Te diré que la grande se va a armar recién cuando abran los huevos con las lauchas . . . Móttola puso unas lauchas dentro de unos huevos de madera y se los va a dar a las profesoras ¡Ah! ¡Ah! (*Surge un niñito que luce un gorro con forma de cresta de gallo. Chupa un lollipop. Se acerca a Felipe y lo mira con descarada curiosidad. Felipe le hace una morisqueta y el niño sale corriendo espantado*)

MARTA (*Nerviosa*) Felipe, por favor, cierra esa puerta . . .

FELIPE (*Cierra la puerta y vuelve a sentarse junto a ella*) Mamá, deberías haber visto . . .

MARTA (*Interrumpe*) Por favor, hijo, no lo tomes a mal . . ., no me siento bien . . . Quiero estar sola un momento . . ., ¡por favor!

FELIPE —¡Pero, mamá!

MARTA —Por favor, Felipe. No te enojes . . . ¡Dame un beso!

FELIPE —Mamá, yo . . .

MARTA —Ven . . . Dame un beso . . . (*Felipe se reclina sobre ella y le da un beso en la frente. Marta le toma la cara entre las manos*)

MARTA (*Con atolondramiento; buscando su comprensión*) No me siento bien, hijo . . ., nada de bien . . . Estoy nerviosa e irritable. Déjame un rato sola, ¿quieres? . . . (*Felipe la mira un instante y luego sale. Después de un leve lapso entra Andrés. Viene de la calle y muestra en el rostro una expresión de exaltación. Va derecho donde Marta y se sienta frente a ella, mirándola fijamente, agitado por la emoción. La escena que sigue debe ser representada con el arrebato y la honda emoción contenida que es propia de la situación*)

ANDRÉS (*Después de un espacio de tiempo; lentamente y con voz temblorosa*) ¡Mamá! . . . ¡Mamá! . . . ¿Por qué nos has hecho esto?

(*Silencio de Marta; trata de levantarse; Andrés la retiene*) ¿Por qué nos has hecho esto, mamá? ¿Por qué nos has ocultado la verdad tanto tiempo? . . . (*Marta está petrificada; con dolor y calma apaciguadora*) Mamá, háblame . . . (*Acerca una silla y le toma las manos*)

MARTA (*Se suelta y trata de levantarse*) ¡Suéltame, Andrés!

ANDRÉS —Háblame, mamá . . . Acabo de saber algo. Tienes que explicarme . . .

MARTA (*Sin mirarle*) Me he propuesto no hablarte mientras no expíes todos tus pecados y desagravies la memoria de tu padre . . .

ANDRÉS (*Levantándose*) ¿Mi padre? (*Salvajemente*) ¿Qué padre? . . . (*Vuelve a sentarse apaciguadoramente*) Mamá, ahora entiendo . . ., te juro que te entiendo . . .

MARTA —¿Vas a hacer lo que te pido.

ANDRÉS (*Resignado*) ¿Qué quieres que haga?

MARTA (*Con ansiedad toma un brazo a Andrés*) Vas a ir donde esa mujer y le vas a pedir que divulgue en todas partes que no has tenido nada que ver con ella . . .

ANDRÉS —¡Mamá! ¡Yo no puedo hacer eso! ¡No voy a hacerlo!

MARTA (*Se levanta*) ¡Déjame pasar, Andrés!

ANDRÉS (*La retiene*) Mamá, yo no he hecho nada de malo . . . Somos amigos . . ., grandes amigos . . . He descubierto que dos personas pueden ser amigos más allá del pudor y la vergüenza . . .

MARTA (*Horrorizada*) ¡Cállate, Andrés! . . . No quiero saber nada de esas obscenidades que tienes sobre tu conciencia . . . ¡Soy tu madre! ¡Respétame!

ANDRÉS (*Exasperado*) Te estoy respetando, mamá . . . Mira . . . ¿Por qué crees que estoy tratando de hacer este esfuerzo y hablar contigo? ¿No comprendes que si no te respetara, estaría gritando por todo el vecindario que hemos sido un par de babosos tus hijos?

MARTA —¡Andrés!

ANDRÉS —¿Qué es lo que eres? ¿Una madre amante o . . . o . . . o un ser mezquino y egoísta? (*Resuenan gritos de niños y pitos; Marta se retrae estremecida*)

ANDRÉS (*Se toma la cabeza con las dos manos*) No quise decir eso, mamá ¡Perdóname! . . . Es tu porfía que me hace decir estas cosas.

MARTA (*Abatida*) Me has dicho mezquina y egoísta . . .

ANDRÉS —No quise decirlo, te dije . . .

MARTA —Pero ¿tú crees que lo soy . . ., que soy mala y egoísta.

ANDRÉS —Mamá, por favor . . .

MARTA —¿Lo soy, Andrés? ¿Lo soy? . . . (*Con un extraño giro confidencial en la voz*) ¿Sabes? He tratado de conservar la propiedad a pesar de perjudicarlos a ustedes.

ANDRÉS —¡Qué importa eso ahora, mamá!

MARTA (*Vivaz; arrebatada, hablando más para sí*) ¡Sí, sí . . ., sí importa! Importa mucho . . . Siempre he sido una egoísta . . ., desde niña. Mi mamá me retaba siempre; les quitaba las cintas y los lápices a mis hermanas. Me pegaban, pero era inútil. Mi padre acababa de comprar unos discos . . ., los primeros que aparecían en ese entonces . . ., para tocarlos en ese gramófono . . . (*Muestra el gramófono*) y yo los escondí . . . para tocarlos yo sola . . . ¡Sólo yo!

ANDRÉS —¡Mamá, esos recuerdos te hacen sufrir!

MARTA —Los recuerdos de tus maldades siempre te harán sufrir, mi hijito. Mi mamá le había regalado a mi hermana Laura unos frasquitos de perfume . . . (*Se interrumpe*) ¡Andrés! . . . ¿Vas a hacer lo que te pido? ¿Vas a ir donde esa mujer? . . . Me siento tan sola sin ti, mi hijito . . . ¿Qué puede darte esa mujer, que no pueda darte yo? . . . Si ella lo divulga, nadie va a creer que te has ensuciado y todo va a seguir igual que antes . . .

ANDRÉS (*Pone sus manos sobre los brazos de Marta*) Escúchame, soy tu hijo y te quiero . . . Todos te queremos. Eres lo más precioso que tenemos . . . Eres la mujer más buena del mundo, pero has sufrido y yo te entiendo y quiero ayudarte . . . Oye lo que voy a decirte . . .

MARTA (*Aterrada*) Andrés . . ., se me había olvidado decirte que hay que arreglar el parrón . . . «Flora» se llevó una parra y arrancó uno de los pilares . . .

ANDRÉS (*Sombrío, saca un papel del bolsillo de su vestón, lo desdobla y se lo muestra*) Mamá, ¿qué es esto?

MARTA —¿Qué? ¿Eso? . . . (*Lo toma con la punta de los dedos*) Nada . . .

ANDRÉS —Léelo, mamá . . . Es un informe del Hospital San Juan de Dios . . . Dice que fuiste internada por contusiones múltiples y quebraduras . . .

MARTA —Oh, ¿eso? . . . ¡Sí! . . . Me caí de un caballo, Andrés. De un caballo . . . (*Casual*) ¿No les había hablado nunca de eso? . . . Tuvimos una fiesta aquí en la propiedad. Había mucha gente; muchos amigos . . . Salimos a dar una vuelta en los caballos y el mío se espantó en el huerto de los almendros.

ANDRÉS —¿Tu te caíste?

MARTA —Sí . . ., me caí . . ., eso es . . . Me estrellé contra uno de los árboles . . .

ANDRÉS —¿Lo mismo que le pasó a Felipe el año pasado?

MARTA —Sí, lo mismo . . ., exactamente . . . ¡Fue terrible! Tu padre estaba ahí. Él mismo me recogió y me llevó al hospital . . .

ANDRÉS (*Grave*) Mamá . . .

MARTA —Sí, hijo . . .

ANDRÉS —No fue así . . . Por favor, afronta la realidad . . . Lo sé todo, la tía Laura me contó todo. Encontré este informe entre unos papeles, en el escritorio de papá, y le pregunté . . .

MARTA —¡Hablaste con Laura!

ANDRÉS —Mamá, ¿qué importa eso ahora? Hemos estado viviendo todo estos años en un engaño . . .

MARTA —¡Todas mentiras! . . . ¡Todo lo que Laura te puede haber dicho son mentiras!

ANDRÉS —Mamá, pero si ni siquiera sabes lo que me ha dicho . . .

MARTA —Tu padre fue siempre afectuoso y fino . . . ¿Sabes cómo me llamaba en esos días maravillosos en que de ser tan felices, nada nos parecía real? ¿Sabes?

ANDRÉS (*Leve pausa; directo, cortante*) Te llamaba «puta». (*Marta no puede resistir el impacto de esa revelación. Se queda muda y aterrada mirando a Andrés con los ojos abiertos. Súbitamente reacciona sin embargo y da a Andrés una cachetada, cayendo de inmediato sobre sí misma en estado de gran depresión sacudida por los sollozos. De afuera llegan los gritos y las risas. Alguien viene a la ventana y golpea los vidrios con insistencia*)

VOZ DE HOMBRE —¡Vengan! ¡Vengan a ver esto! . . . (*Gritos*) Es la cosa más divertida del mundo. (*Estalla un globo. Gran algarabía. En el aposento reina el silencio. Andrés ha caído de rodillas junto a Marta y procura encontrar su cara. Marta no se resiste, se abandona y Andrés toma la cara de Marta entre sus manos y la besa con arrebato en las mejillas*)

VOCES —¡Vengan a ver! ¡Es para morirse de la risa! ¡Vengan!

ANDRÉS —Mamá, mamita . . . Tuve que hacerlo . . . ¡Perdóname! . . . ¡Habríamos seguido eternamente así! (*Le acaricia la cabeza. Quedan finalmente cara a cara. Marta estremecida por los sollozos mira desolada a Andrés. Silencio en el exterior*)

ANDRÉS —Hemos vivido en un error, mamacita. Toda nuestra vida dedicada en mantener una ilusión . . ., la más destructiva de las ilusiones: creer que podíamos desafiar la realidad, ¡y tú ves! . . . No pudiste detenerla. Se cuela por todos los huecos.

MARTA (*Se separa de Andrés y le mira con ojos llorosos*) Has dicho que me llamaba eso . . . (*Temerosa*) Tú lo sabes y. . . ¿y no me desprecias?

ANDRÉS —¿Por qué había de despreciarte, mamá?

MARTA —¿No . . ., no me desprecias?

ANDRÉS —Eres lo más precioso que tengo, mamá . . . (*Marta cae en profundo estado de confusión*) Yo entiendo . . . Querías que

Epensáramos lo mejor de nuestro padre. ¡Cuánto habrás sufrido con él!

MARTA (*Levanta la cara y le mira*) ¿Sufrido? . . . No, Andrés . . . Todo lo contrario . . . Era muy feliz con él. Te equivocas . . . Tú no sabes los pormenores . . . Nunca fui digna de él . . . Tu padre tenía un alma delicada y yo le estaba recordando siempre los aspectos desagradables . . .

ANDRÉS —Eso no es cierto, mamá. Tienes que convencerte de que no lo es. Siempre fuiste una mujer amante y sumisa. Era él que estaba enfermo . . .

MARTA (*Con horror*) ¡No, no, hijo!

ANDRÉS —Sí, enfermo . . ., enfermo de la mente. Exigía de ti algo que ningún ser humano puede ser . . .

MARTA —Pero yo fracasé . . .

ANDRÉS —Eras sólo una mujer, mamá . . ., tenías que fracasar. Créeme: no hay nada mal en eso, ni vulgar . . .

MARTA (*Obstinada; recordando*) Era un hombre excepcional. Siempre me convidaba a alguna parte para nuestro aniversario de matrimonio y hacía poner orquídeas en la mesa . . .

ANDRÉS (*Hosco*) Y cuando volvías a casa, te insultaba porque te habías reído a carcajadas.

MARTA —No, Andrés . . ., no era por eso . . . No . . .

ANDRÉS —¿Por qué te pegó esa noche? . . . (*Marta mira hacia otro lado y no responde*) Porque había una fiesta en casa, ¿es cierto? . . . Y tú bailaste más de la cuenta, porque te gustaba pasarlo bien y eso te hizo traspirar y fuiste arriba a lavarte para que él no lo notara . . ., y él te vio . . . y te siguió . . . y te regañó . . . y te llamó como tantas otras veces . . . Y después de eso te pegó . . .

MARTA —¡No! ¡No!

ANDRÉS —. . . y tú te encerraste en el baño, hasta que se fue la última visita, y te llevaron al hospital, el tata Pedro y él . . . (*Marta niega con movimientos de cabeza*) O te llevaba a la leñera y te hacía picar leña hasta hacerte sudar y te humillaba después . . ., y los días en que volvía de cazar y dejaba los pájaros muertos ante tu vista, sabiendo lo mucho que eso te hacía sufrir . . . Y el hermano que perdimos, mamá . . . (*Marta levanta la cabeza*) Mamá, tengo que decirlo . . . Cuando nos tuviste a Felipe y a mí tu vida fue una tortura constante . . . Éramos los hijos de tu deseo . . . (*Marta comienza a asentir levemente*) No perdía oportunidad de recordártelo . . . Y entonces, cuando esperabas a nuestro hermano, lo perdiste porque tu pena te quitaba fuerzas para retenerlo. (*Marta asiente imperceptiblemente*) ¿Cómo pudo? Siendo como eres . . ., ¿Cómo pudo? Yo me habría matado por ti si hubiera sido tu marido . . . ¿Por qué no lo recluían en un sanatorio a un hombre así?

MARTA (*Con voz apenas perceptible*) Nadie supo nunca, hijo . . .

ANDRÉS —¿Cómo pudiste resistirlo, mamá? (*Marta lo mira y no puede hablar; algo se quiebra en ella; mueve la cabeza; balbucea; ríe; sus ojos se llenan de lágrimas de alegría y finalmente toma la cara de Andrés con sus manos temblorosas*) ¿Por qué no lo dejaste?

MARTA —¡Oh Andrés! ¡Hijito! . . . ¡Todos estos años y ahora sabes! ¡Qué peso horrible me estás quitando de encima! ¡Dame tus manos! (*Busca las manos de Andrés*) ¡Ahora lo sabes y no es necesario que siga simulando!

ANDRÉS —No, mamá, no es necesario . . .

MARTA —Todo se presenta, ahora, tan lleno de esperanzas, porque vamos a poder hablar, Andrés . . . ¡Pregúntame! ¡Pregúntame cualquier cosa! ¡Quiero contestarte todo! (*Con duda*) Porque tú . . . no me guardas rencor, ¿no es cierto?

ANDRÉS —No, mamá . . .

MARTA —¿Me quieres como soy?

ANDRÉS —¡Sí, mamá! . . .

MARTA —¿Felipe también me querrá como soy?

ANDRÉS —También, te lo prometo . . .

MARTA —¡Llámalo, hijo! ¡Oh, qué grandes amigos vamos a ser! ¡Qué liviano siento mi corazón! . . . Siento que se me va a volar fuera del cuerpo . . . Yo era muy bonita cuando joven, Andrés . . .

ANDRÉS —Sí, mamá . . . ¡Debes haber tenido muchos admiradores! . . .

MARTA —Muchos . . ., muchos, hijo . . . Muchos . . . La quinta, Andrés . . ., ¿crees que será necesario venderla? Quiero hacer lo que me pidas . . .

ANDRÉS —No, mamá . . . Voy a trabajar . . . Felipe también . . . Tú puedes quedarte aquí.

MARTA —Sí, hijo . . . Creo que te entiendo . . . Ya no es necesario, ¿no es cierto?

ANDRÉS —No, mamá; la vida está volviendo de nuevo a nuestra vieja tierra. ¿Oyes? (*Guarda silencio oyendo los gritos de los niños que prorrumpen desde afuera*)

MARTA —Andrés, abre la puerta, ¿quieres? . . . Llama a Felipe . . ., deja que entren esos niños. Quiero tenerlos a todos aquí, junto a mí . . . Deja que entre la luz de la tarde . . .

ANDRÉS —Sí, mamá . . . (*Andrés abre la puerta y llama a Felipe. Se oye una batahola y entra Felipe, seguido de Móttola y algunos niños, que tocan pitos y chicharras. Vienen todos envueltos en serpentina y con el cabello lleno de confetis. Uno de los niños arranca el pompón de la cola de Móttola y éste brinca tras él, sacudiendo las grandes orejas rellenas. La luz del atardecer es brillante y los niños visten disfraces*

de gran colorido. El atardecer de tormenta enciende los rostros dando a los objetos una vivacidad llena de esplendor. Marta sienta a uno de los niños sobre sus faldas cuando va cayendo lentamente el telón, en el momento en que comienzan a resonar desde lejos las notas melancólicas de la vieja canción criolla «La tarde está triste . . ., la nieve caía . . ., un blanco sudario la tierra cubría . . .»)

TELÓN

DISCÍPULOS DEL MIEDO

Obra en dos actos y un epílogo
1958

PERSONAJES:

Matilde
Juan
Sara
Jorge
Ricardo
Cora
Ester
Manuel

ACTO PRIMERO

Escena en el living de la casa. Decorado tradicional de familia de clase media, con algunos toques de presunción. A un lado del escenario, un rincón en el parque: un escaño, un árbol en flor. Es un domingo en la tarde. Juan baja del segundo piso y sale al patio. Se oye el canturreo desordenado de canarios.

VOZ DE MATILDE —¿Picaste el hielo para el ponche Juan?

JUAN —Sí, mujer. (*Canturreos de canarios*)

MATILDE —¿Cortaste los duraznos?

JUAN —¡Sí!

MATILDE —¿Y la basura, la entraste? (*Asoma Juan. Va hacia la puerta de calle*)

MATILDE —Juan, no has hecho nada. (*Asoma en el living*) ¿A dónde vas, hombre?

JUAN —A comprar alpiste para los canarios . . .

MATILDE —Se te olvidó que Jorge llega a las siete . . . Son las cinco y media. ¿No puedes dejar eso para mañana?

JUAN —¿No oyes cómo cantan esos pajaritos, mujer? . . . Tienen hambre . . . A ellos no les importa que tengamos una fiesta en casa . . . (*Se encamina hacia la puerta*)

MATILDE —Juan, ¿qué te pasa, hombre? Se trata de tu hijo Jorge . . . Trae a su novia para presentársela a sus padres.

JUAN —¿Pero que no oyes mujer, cómo cantan? Si no me preocupo de ellos se van a morir . . .

MATILDE —¿Qué te pasa? . . . ¿Te sientes mal?

JUAN —No. Estoy muy bien.

MATILDE —Hace días que te noto cambiado . . . No hablas con nadie. Andas por la casa como sonámbulo.

JUAN —¿Y qué quieres que diga?

MATILDE —¿Qué has vuelto a tener molestias al corazón?

JUAN —No, mujer. Estoy muy bien.

MATILDE —Anoche, a la hora de la comida, cuando comenté lo de la compra de la fábrica, estuviste mudo como una piedra.

JUAN —Tú te lo hablaste todo. ¿Qué más querías que dijera?

MATILDE —Comentar con tus hijos, Juan . . . Contarles del esfuerzo que sus padres están haciendo por ellos . . . ¡Que no te da orgullo pensar que en el futuro no tendrán que avergonzarse del boliche?

JUAN —No comiences de nuevo con tus exageraciones, mujer . . . Tú siempre olvidas las satisfacciones que hemos tenido.

MATILDE —Juan, ¿cuál de nuestros hijos va alguna vez a la tienda? No pasan semanas en que estamos solos y . . .

JUAN —Los niños tienen sus cosas, Matilde.

MATILDE —He visto a la Sara hacer un rodeo, para no pasar delante de ella.

JUAN —Le convendría ir por otra parte, mujer. No veas lo que no hay.

MATILDE —Treinta años detrás del mostrador dejan sus huellas.

JUAN —Pero hemos tenido satisfacciones . . . No puedes verlo todo tan oscuro.

MATILDE —Conozco tu manera de razonar, Juan.

JUAN —No le des tanta importancia a los bienes materiales, mujer, lo que importa es otra cosa. Siempre me ha gustado el patio de mi casa, porque tengo en él una mata de lilas y me gustan las lilas cuando están en flor. Gozo cuando veo contentos a los conejos y oigo cantar a los canarios. No veo por qué eso puede traer la infelicidad de nadie.

MATILDE —Uno no se puede dar esos lujos, cuando se tienen responsabilidades frente a otros, hombre.

JUAN —¿Pero qué responsabilidades? Los niños crecen de todas maneras. ¿En qué puede influir uno?

MATILDE —Ésa es tu típica manera de razonar; Juan, todo va a cambiar cuando tengamos la fábrica.

JUAN —Me voy a comprar ese alpiste. (*Se dirige hacia la puerta*)

MATILDE —¡Juan, espera! . . . ¡Escúchame! ¡Escúchame!

JUAN (*Se vuelve*) ¡Eso del negocio de la fábrica no va a resultar!

MATILDE —¿Pero por qué? Mañana lunes vamos a liquidar el negocio y no hay forma de hablar contigo.

JUAN —Hay que tener un talento especial para los negocios y nosotros no lo tenemos.

MATILDE —Pero tú comprendes que es una oportunidad, ¿no es cierto? Es la primera vez que estamos en condiciones de hacerlo.

JUAN —¡No va a resultar!

MATILDE —Resulta cuando uno pone en ello la cabeza, Juan. No es tan difícil. (*Juan sale. Matilde se vuelve perpleja y defraudada. Va hacia el patio pero vuelve hacia la escala; grita hacia arriba*) ¡Sara! ¡Sara!

SARA —¿Qué cosa, mamá?

MATILDE —¿Qué estás haciendo?

SARA —¡Me estoy pintando las uñas!

MATILDE —¿Vas a salir?

SARA —¡Sí!

MATILDE —¿Con Pancho?

SARA —¡No!

MATILDE —Entonces . . . Baja a ayudarme a hacer los sándwiches, niña. ¡Necesito tu ayuda!

SARA —No puedo, mamá. ¡Voy a salir, te dije!

MATILDE (*Impaciente*) Jorge dijo que llegaría a las siete y falta una hora.

SARA —¡Pero, mamá!

MATILDE —¡Te digo que bajes, Sara! ¿Me oíste? (*Sara baja la escala*)

SARA —Pero, mamá. Me las acabo de pintar. ¿Por qué no me dijiste antes?

MATILDE —Sara, ¿es necesario que te digan las cosas que tienes que hacer? ¿No ves que tu madre está sola?

SARA —¿Y por qué no le dijiste a la María que no saliera hoy día?

MATILDE —Ponte un delantal. Ven a ayudarme.

SARA —Pero mamá.

MATILDE —Hoy viene tu hermano con su novia, Sara. Eso no sucede todos los días.

SARA (*Se pone el delantal*) Pero yo conozco a Cora. ¿Para qué voy a tener que estar aquí, sentada toda la tarde, haciendo el papel de la hermanita aburrida? Ella va a creer que no tengo con quien salir.

MATILDE —Tienes con quien salir, pero sales poco con él, Sara. Eso es lo malo. ¿Te gustaría que Jorge hiciera lo mismo el día que venga Pancho a pedir tu mano?

SARA —¡Uuh! ¡Qué anticuada eres! ¡Quién pide la mano de nadie, hoy día, cuando después de la segunda salida los hombres se pasan del codo!

MATILDE —¡Sara! ¡Tienes cada idea! (*Sara se encoge de hombros*) ¿De dónde sacas esas cosas?

SARA —De la vida, mamá.

MATILDE —¿Ah, de la vida? No aprendimos la misma forma de vida entonces, porque a mí no me enseñaron eso.

SARA —Aprendiste de otra escuela entonces, mamá.

MATILDE —Oh, Sara, ¿por qué tienes ese modo conmigo? ¿Qué no eres feliz en tu casa? ¡Dime! Nunca hablamos nada.

SARA —No tengo nada que contarte. Me pasan tan pocas cosas.

MATILDE —¿Te acuerdas cuando eras una niña? Éramos amigas, entonces. ¿Las tardes que pasábamos juntas en invierno? Te hacía trenzas después que te secaba el pelo sobre la estufa . . . la vieja estufa de parafina. ¿Te acuerdas? Tenías lindo pelo, Sara. Me encantaba peinártelo y pensar en lo que sería de ti.

SARA —Te resultó muy diferente de lo que te habías soñado, ¿no es cierto?

MATILDE —¿Diferente? No, niña, ¿por qué? Quién más que yo puede saber que tan pocas cosas resultan como uno las desea, pero . . . es tu situación actual la que me preocupa . . . Antes eras una muchacha alegre. Recuerdo los grupos de muchachos que te esperaban en la calle y las risas que se oían los domingos en casa. Ahora . . . te pasas el día encerrada en tu pieza, oyendo esa música enfermante.

SARA —A mí me gusta.

MATILDE —Claro que te gusta. Si no, no la oirías. Pero es todo lo demás.

SARA —Que no le haga caso a Pancho, ¿no es cierto? Es eso lo que te preocupa.

MATILDE —Sí. Me preocupa. No te lo voy a negar porque te lo he dicho cien veces.

SARA —Mil veces.

MATILDE —Sí. Mil veces. Y te lo diré un millón de veces más. Ese niño es excelente.

SARA —Pero a mí no me gusta.

MATILDE —Te gustará. Ya verás. ¡Te gustará!

SARA —Con sólo ver su cara de idiota cada vez que le abro la puerta.

MATILDE —¡Te gustará! Sara, escúchame. Te lo digo yo, que tengo experiencia. A todo se acostumbra una. Aun a no querer, ¿entonces? El estar cerca todos los días y no poder evitarlo, junta. Tú tienes fiebre y él se acerca a tu cama y eso junta. Tú tienes un hijo de él y lo odias y lo necesitas y él te seca la frente y eso junta. Eso no puede faltar, porque entonces sí que la convivencia es intolerable.

SARA —Cada vez que me hablas así, parece como si fuera de tu propia vida que estuvieras hablando.

MATILDE (*Sara la mira extrañada*) ¿Crees acaso que todo lo que ves en esta pieza nos cayó del cielo? Ustedes los hijos reciben una vida hecha. No saben lo que ha costado ganarla. ¿Crees que a mí me gusta tener que impulsarte a que aceptes a ese niño, cuando es culpa mía no haberte dado los medios de elegir? (*Pausa*) Por eso es tan importante la compra de la fábrica; eso nos va a ayudar a resolver todo.

SARA —Hubo un día en que tuve la oportunidad de elegir.

MATILDE —¡Eso es otra cosa!

SARA —Pero fue por culpa tuya . . . que tuve que dejarlo. Desde entonces prefiero estar encerrada en mi pieza, oyendo esa «música enfermante».

MATILDE —Lo hice por tu bien. Tendrás que aceptar que lo hice por tu bien . . . No hubo mala intención en mí. ¿Es esa la razón de tu modo tan duro?

SARA —Mamá, haces tantas cosas por el bien de los demás, pero no piensas que una también tiene el derecho de equivocarse.

MATILDE —Es mi deber de madre evitar que ustedes se equivoquen.

SARA —Y ¿cómo puedes estar tan segura, mamá? Carlos era muy bueno. ¡No he conocido ningún otro hombre que se le acerque siquiera! (*Suena el timbre de calle*)

MATILDE —Anda a ver, Sara, quién es. Espero que no será Jorge, a esta hora. (*Sara acude a abrir. Matilde se asoma a mirar. Es Manuel. Trae un paquete. Matilde vuelve a su trabajo*)

MANUEL —Buenas tardes, Sarita, aquí traigo estos pastelitos para la «patrona».

SARA —Buenas tardes, don Manuel. Pase.

MANUEL —¡Uf! ¡Qué calor! ¡Me venía siguiendo una mosca. ¿La tengo por ahí?

SARA —No, don Manuel. No se le ve nada. (*Se ríe*)

MANUEL —¡Te ríes, niña! ¡Te ríes! Es que pasé a tomar un vinito añejo donde la Margarita y a lo mejor traigo su tufito! ¿Y la patrona?

SARA —Ahí está, preparando unas cosas para . . .

MANUEL —Sí sé; sí sé. Me dijo Juan. Toma. ¡Sírvete uno!

SARA —No, gracias.

MANUEL —¡Sírvete no más! Total, uno menos no se va a notar. (*Le da uno y Sara le da un mordisco; Manuel se come el resto*) Bueno, ¿y a ti qué te pasa, niña? (*Sara baja la cara*) Te veo la cara triste. No has seguido mi consejo. Buena cosa. La único que no tiene remedio es la vejez, niña. ¡No seas tonta! ¿Cómo está tu Pancho? Vi que sacó auto nuevo, ¿eh?

SARA (*Con rabia*) Sí, un Ford con cambio automático, estabilizadores hidráulicos, suspensión en las cuatro ruedas, frenos regulables.

MANUEL —¡Uuh! ¡Uuh! ¿De esas latas te habla? ¡Qué hombres los de hoy! ¡Si yo fuera joven! ¿Sabes una cosa, niña? Quiero que me hagas un favor.

SARA —¿Cuál, don Manuel?

MANUEL —Te vas a reír, niña, pero quiero que le pidas a tu Pancho que me lleve a dar una vuelta, ¿eh? Una, nada más.

SARA —¿A usted, don Manuel?

MANUEL —Quiero que pase frente al bar de José María. Una pasadita, nada más. Para taparle la boca a unos amigos, ¿sabes? Creen que sólo ellos tienen quién los saque a pasear en auto.

SARA (*Se ríe y le da un beso en la frente*) Se lo voy a pedir.

MANUEL —Una, nada más. Son como mulas para el dominó, pero para levantarse el tarro son mandados a hacer. (*Sara va hacia la dirección de Matilde, pero Manuel la retiene*) ¿Cómo está tu padre, niña?

SARA —¿Mi papá? Mal, don Manuel, No sé qué tiene. ¿Usted sabe algo?

MANUEL —¿Yo? No, niña, no. No sé nada.

SARA —Vaga por la casa como alma en pena. Se pasa recordando cosas pasadas. Uno le habla y no contesta.

MANUEL —¿Ah, sí? Raro, ¿no?

SARA —Ayer paso el día entero mirando un álbum viejo de fotografías y revolvió todos los cajones del entretecho para buscar un vestido celeste que me ponían cuando tenía tres años.

MANUEL —¡Viejo leso!

SARA —Vino a mi pieza, en la noche, y me habló dos horas de los tiempos en que ustedes eran profesores en el norte.

MANUEL —Grandes tiempos, niña. Grandes tiempos. ¡Vamos! ¡Vamos! Deja entregarle esto a tu madre.

SARA —¿Usted sabe algo?

MANUEL —Buenas tardes, Matilde.

MATILDE —¿Cómo está?

MANUEL (*Deja el paquete sobre la mesa*) Unos pastellitos para la fiesta de Jorgito, Matilde.

MATILDE —Gracias. No tenía por qué hacerlo.

MANUEL —No es nada. Fresquitos, recién sacados del horno. ¿Quiere que le ayude en algo?

MATILDE (*Con ironía*) No, sírvase no más, Manuel. Ahí tiene.

MANUEL (*A Sara*) Tu madre cree que he venido a comer. ¡Buena cosa! Bueno, y ¿qué tiene de bueno, por aquí? (*Se sirve un bocado de jamón*) Esta gastritis mía. No puedo dejar de comer. (*Se sirve otro*)

MATILDE —¿Y a usted qué lo trae por aquí, Manuel? ¿Se puede saber?

MANUEL —Usted lo ha estado pensando, Matilde. Soy como las moscas. Huelo comida y me cuelo por las puertas.

MATILDE —¡Ah! ¡Ah! ¿Estuvo con Juan, hoy día?

MANUEL —¿Con Juan? Mmn . . . No, no lo he visto. Qué rico está esto.

MATILDE —Me dijo que estuvo en su casa, hoy en la mañana.

MANUEL —¿En mi casa? ¡Ah, sí! En mi casa. ¡Qué desmemoriado estoy! (*A Sara*) ¿No ves, niña? ¡La vejez! ¡Estuvimos hablando de lo bien que marchaba ese proyecto de ustedes. ¡Muy interesante! ¡Muy interesante! Sírvase eso, niña. (*Le pasa un bocado a Sara*)

SARA —No, gracias.

MANUEL —Da gusto ver cómo progresa la gente, Matilde. De veras que da gusto. Es el destino de nuestra clase media. La clase media. ¡Ahí está la cosa! ¿No cree, Matilde? ¡Bonito proyecto el de la fábrica!

MATILDE —¿Fue en su casa que hablaron de eso?

MANUEL —En mi casa, sí . . . En mi casa . . .Le ayudo a preparar el ponche, Matilde. ¡Soy como mandado a hacer, para eso! (*Se pone a picar el hielo*)

MATILDE —Juan me dijo que habían hablado en el bar de don José María.

MANUEL —En el bar . . . Ah sí . . . Fue en el bar . . . ¡Ahora recuerdo! ¡Qué memoria! Quien mucho habla mucho yerra.

MATILDE —Sara, ¿quieres subir a buscarme un pañuelo, por favor? Están en el velador.

SARA —Bueno, mamá. (*Sale y sube*)

MATILDE (*En cuanto desaparece*) ¿Mire, Manuel. ¿Qué es lo que le pasa a Juan?

MANUEL —¿A Juan! . . . No sé. ¿Por qué?

MATILDE —Ud. sabe . . . lo noto en sus modos . . . ¿No le ha dicho nada?

MANUEL —Pero, no, ¡por Dios! Por la memoria de mi madre, le juro . . .

MATILDE —Ud. no cree en Dios ni en el Diablo, Manuel. Ud. puede jurar en vano . . . Hace tres días que no come casi nada . . . No hace más que hablar de sus canarios y sus conejos.

MANUEL —Pero a mí no me ha contado nada. ¿Qué me puede haber contado a mí que no sepa Ud., siendo su mujer, Matilde?

MATILDE —Yo creo que son las preocupaciones. Está asustado con la compra de la fábrica. No se cree capaz de afrontar esa responsabilidad.

MANUEL (*Con cautela*) Estos asuntos de los negocios es moneda de dos caras, ¿sabe? Traen plata por un lado y preocupaciones por el otro . . . ¿Están bien estos duraznos o más enteros?

MATILDE —Están bien así. Pero, ¿no cree Ud. que vale la pena afrontarlo?

MANUEL —Yo, para serle franco, prefiero mi pisito en un rincón del bar y mi partidita de dominó bien ganada. Pero es cosa de punto de vista, naturalmente . . . Cada loco con su tema, sabe.

MATILDE (*Con entusiasmo*) ¡Me imagino que Juan le habrá contado que mañana lunes cerramos negocio!

MANUEL —Sí, me ha contado.

MATILDE —Vamos a dar los $2.000.000 que tenemos ahorrado y una hipoteca sobre el boliche. El sueño de toda una vida, Manuel.

MANUEL —Sí. Todos soñamos de distinta manera. Yo sueño con que un día me paguen a tiempo la jubilación. ¿Y qué pasaría? digo yo. ¿Qué pasaría si no saliera todo como lo esperan? Quiero decir . . . ¿si se presentaran inconvenientes?

MATILDE —¿Inconvenientes? ¿Qué inconvenientes podrían presentarse?

MANUEL —No sé. Supongo, nada más, Matilde. No me haga caso. No hay mayor loca que la boca. Y cómo va a atender la tienda, me pregunta. ¡Qué ricos están estos chorizos!

MATILDE —¿La tienda? Hay que mantenerla para vender los productos de la fábrica, y cuando el negocio crezca nos mudamos a un barrio mejor. Lo tengo todo pensado.

MANUEL —Así veo. Y el matrimonio de Jorge calza en esto como anillo en el dedo, ¿no? (*Baja Sara con el pañuelo de Matilde. Se lo pasa*)

MATILDE. ¿En qué sentido?

MANUEL —Una mano lava la otra, y las dos lavan la cara, quiero decir. Entiendo que ella es hija de palogruesos, ¿eh? ¿Mhh?

SARA —Mamá, ¿pongo el queso en rebanadas chicas o lo pongo tal como está?

MATILDE —¿Vas a hacer sandwiches para un boliche de la estación o para una reunión en tu casa, niña?

SARA —¡Pero si yo no sé! ¡Qué me importa! (*Se va a sentar a un sillón del living y prende la radio*)

MANUEL —¡Conflicto! ¡Conflicto! (*Se ríe nervioso*) Jorge ha sabido siempre lo que quiere, ¿no es cierto, Matilde? Ese muchacho sabe las que se trae. Yo siempre lo he dicho. Ese muchacho. ¡Buena cosa!

MATILDE (*Mirando a Sara*) Sí. Hay gente que progresa, otros se estancan. Jorge progresa; va con el mundo. Estoy muy orgullosa de él.

MANUEL —Así me parece, debe estarlo.

MATILDE —Si se toma en cuenta la educación que ha recibido.

MANUEL —Era bien porro en la escuela el niño, es cierto.

MATILDE —¿Quién le ha dicho eso? Juan, supongo. No hay que ser injusto con ese niño. A Jorge hubo que sacarlo de la escuela para que ayudara a su padre en la tienda, pero eso no quita que sea un hijo de primera. Hoy se codea con lo mejor. Tiene amigos influyentes, auto propio y . . . y . . . ¿Por qué cree que se va a casar con él, esa niña? ¿Porque es un muerto de hambre?

MANUEL —No. Supongo que no. No se sulfure. A palabras necias oídos sordos, Matilde. Oídos sordos.

MATILDE —¡Estoy cansada con la injusticia que se hace con él! ¡Envidia, pura envidia! ¿Quién puede probar una sola palabra de todas las cosas que se le achacan? Es muy fácil calumniar, Manuel.

MANUEL —¿He dicho algo, Matilde? No he dicho nada. Estos pastelitos están de rechuparse.

MATILDE —¿No cree que sería bueno dejar algo para la visita?

MANUEL —Sí, claro. Claro. ¡Esta maldita gastritis mía! Me pongo a comer y no paro. No como más. (*Se va a sentar junto a Sara; cuando suena el timbre de calle Sara acude a abrir. Son Jorge y Cora. Juan se aleja del parque*)

JORGE —¡Hola! (*Presenta*) Mi novia . . . ¿Uds. se conocen verdad?

CORA —Buenas tardes.

SARA —¿Cómo está?

MATILDE (*Viniendo hacia ellos*) ¡Jorge! ¡A esta hora! ¿No dijiste que vendrías a las siete?

JORGE —Mi novia, mamá.

MATILDE —Buenas tardes . . .

JORGE —Cora estaba tan ansiosa de conocerlos, que nos adelantamos un poco.

MATILDE —Pero yo no me he cambiado. (*A Sara*) Y tu padre, ¿dónde está?

SARA —No ha vuelto, mamá.

MATILDE —No ha vuelto, ¿eh! Bueno. Subo a cambiarme, vuelvo ligerito. Pase . . . pase. Ofrécele asiento, Jorge. Usted tendrá que perdonarme. (*Sube*)

JORGE (*A Cora*) Pasa. (*A Manuel, que está preocupado en servirse un vaso de ponche*) ¡Hola, don Manuel!

MANUEL —¡Hola, niño! (*Se acerca a Cora*) ¿Tu novia? (*Le da la mano*) No soy de la familia, señorita. Soy un intruso, pero tan amigo de Juan, el padre de este niño, que creo tener el derecho de estar hoy día aquí, en esta ocasión tan especial. Tome asiento. ¿Se sirve un pastelito? Me habían ponderado tu ojo, Jorge, pero nunca creí que fuera tanto. (*Se sienta junto a Cora*) ¿No te darán celos, si este viejo descrépito le hace compañía a tu buenamoza, eh?

JORGE (*Que vuelve de haber ido a colgar su sombrero. A Sara a la pasada; Manuel conversa en silencio con Cora*) ¿Y el viejo, no está?

SARA —Salió. No ha vuelto.

JORGE —¿No ha vuelto? ¿Que no sabía que iba a venir con ella, hoy día? (*Sara se encoge de hombros*) ¿Y Ricardo? ¿Tampoco está?

SARA —Se fue al garage, esta mañana. Aún no ha vuelto.

JORGE —Tampoco, ¿eh? ¡Buena la que me han hecho!

SARA —¿Y qué me dices a mí? ¿No estoy aquí, acaso?

JORGE —Te obligó a quedarte la mamá, ¿supongo? ¡La laya de hermanos! (*Indicando a Cora. Sara hace un gesto despectivo. Jorge se acerca a Manuel*) Y usted, don Manuel, ¿cómo ha estado? ¿Cómo está la Margarita, eh? ¡Ah! ¡Ah!

MANUEL (*Confundido*) Como siempre, nada más. Muy bien. Hace días que no la veo.

JORGE —¿Ah, sí? ¿Y cómo ella nos acaba de decir que usted estuvo allá hoy en la tarde?

MANUEL —¿Dijo ella? Entonces ¿debe ser cierto, niño? ¡Qué memoria!

JORGE (*Con intención*) Ella siempre haciendo pasteles, ¿eh? ¡Ah! ¡Ah! (*A Cora*) ¡Viejo pirata!

MANUEL —Mucho ruido y pocas nueces, niño. Mucho ruido y pocas nueces. No creas lo que te cuentan.

JORGE —¿Y qué es lo que cuenta? Que a Ud. le gustan las viejas con plata. (*Le palmotea un hombro*) Dicen que tiene una quintita en Buin, ¿eh? Con diez cuadras de manzanos y buena casa. ¿Cuándo nos convida a dar una vuelta, eh? ¡No sea egoísta!

MANUEL —¡Tú no deberías andar repitiendo eso, Jorge! ¡Te he tenido en mis brazos!

JORGE —Pero, no se enoje, don Manuel. Será mucho ruido y pocas nueces, como usted mismo dice, ¿no cree?

MANUEL (*Con honda indignación de anciano*) ¡Para taparle la boca a las malas lenguas, te voy a decir que la Margarita es una mujer de primera!

JORGE —Le creo, don Manuel, le creo.

MANUEL (*Pescando aire*) Y . . . y si crees que ando tras su plata, te voy a decir que tiene una sobrina de doce años, que se quedará con la quinta y todo lo demás, mucho después que yo muera, que tengo sesenta años y no tengo necesidad de andar tras la plata de nadie, como hacen otros que yo conozco. (*Mira a Cora*)

SARA —Muy bien.

MANUEL (*A Cora*) ¡Me tengo bien ganada mi vejez, señorita! He sido profesor mal pagado durante treinta años. ¡Treinta años! ¡Serví en La Serena, Valparaíso, Osorno y la Capital! El Presidente me dio la mano y me felicitó en una concentración de profesores. Ahora tengo una gastritis crónica de tanto comer a deshora. ¡Me tengo bien ganada mi jubilación! No tengo necesidad de andar tras la plata de nadie.

JORGE —Ya, don Manuel, no se sulfure. Si estaba bromeando, nada más. (*A Matilde, que viene bajando la escalera, con un vestido llamativo y de barata elegancia*) Ven, mamá, baja, ¿quieres? (*Se levanta*) ¿A ver qué cosas nos tienes preparadas? (*Va hacia la mesa de los sándwiches*)

MANUEL (*Desde atrás*) Lo que pasa es que ustedes los jóvenes de ahora se ganan la plata de cualquier manera, por eso andan sospechando mala fe de todo el mundo.

JORGE (*Enojado ahora*) ¡Ya, don Manuel! Déjese, ¿quiere? ¡No se ponga pesado! (*Con risa forzada*) ¡Este viejo! (*A Matilde*) ¿Quién invitó a este viejo chiflado, mamá?

MANUEL —¡Dígame que me vaya, Matilde, y me voy!

MATILDE —Por Dios, don Manuel. (*Matilde se encoge de hombros*)

MANUEL —Me llevo mis pasteles, ¡entonces! (*Agarra el paquete de pasteles y va hacia la puerta; se vuelve a Cora*) Usted seguramente no conoce a su hermano Ricardo, que es una joya al lado de éste. ¡Una joya! Tienes mucho que aprender de él, Jorge. Aunque te rías, tienes mucho que aprender, porque es un hombre . . . ¡Un hombre! (*Sale con un portazo*)

JORGE —¡Ah! ¡Ah! ¡«Mucho ruido, pocas nueces»! Viejo chiflado. (*A Matilde*) ¿Cómo dejan entrar a casa a un bicho así, mamá?

SARA —No le deberías haber dicho eso.

JORGE —¿Y por qué? ¡Es el rico tipo del barrio! Todo el mundo sabe que anda tras la plata de esa vieja. ¡Que no me venga con cosas!

SARA —Eso será lo que tú pienses.

JORGE —¡Por Dios! ¿Estás histérica? (*A Matilde*) Mamá, diles lo que tú piensas. (*A Cora*) Ricos tipos todos los de mi casa, ¿eh? ¿No te lo advertí? (*Por Sara*) Esta le agarra cariño a alguien y es capaz de pararse en dos manos. (*Se produce un silencio embarazoso. Todos miran a Jorge*) ¡Ricos tipos todos! ¡Mmh! ¿No te lo decía? (*A Sara*) Bueno y ¿qué me miras?

MATILDE —Sara, ven a ayudarme con estas copas.

SARA (*Se levanta de su asiento*) ¡Pero, mamá! (*Indica el vestido de Matilde que, por estar largo tiempo guardado en un baúl, se ha abierto en las costuras en la espalda, tratando de que Cora no se entere*) ¡Tu vestido!

MATILDE —Que, ¿qué pasa? ¡Oh! (*A Cora que se ha enterado*) ¡Cómo he engordado, Dios mío! Pensar que hace un mes aún me quedaba bien. Vamos, Sara, ayúdame. (*Sube con Sara; en la sala queda reinando la confusión. Jorge se pasea y se sirve un ponche*)

SARA —Permiso.

JORGE —Bonita familia la mía, ¿eh? Yo te lo dije que no viniéramos. No teníamos para que apurar las cosas.

CORA —No le debiste decir eso a don Manuel.

JORGE (*Se para*) ¿Qué? ¿Ahora vas a comenzar tú también con la lesera?

CORA —¡Qué tienes, Jorge? Desde que me pasaste a buscar esta mañana eres otro. A la hora de almuerzo en mi casa no hiciste más que hablar y reírte a cada rato y ahora que estamos aquí . . .

JORGE —¿Qué?

CORA —Conozco a tu gente, Jorge. No tienes por qué preocuparte de nada.

JORGE —¿Y quién se está preocupando de nada?

CORA —Te burlaste de don Manuel por hacerte el despreocupado.

JORGE —Ese viejo es un rico tipo, ya te dije.

CORA —No cambies el tema, Jorge. Has estado preocupado todo el día de lo que yo pueda pensar de los de tu casa.

JORGE —¿Cómo se te ocurre?

CORA —Siempre te contradices cuando hablas de ellos; a veces me has dicho que tu madre es una gran mujer y tu padre un portento. Querías que yo pensará así. Pero otras veces sin darte cuenta me confesabas que desde niño tenías la idea de arrancarte de tu casa, y lo decías con mucho rencor.

JORGE —Pero Cora, son palabras del momento. ¿A qué darle más importancia de la que tienen?

CORA —Yo quería conocerlos y nunca me traías.

JORGE —Y no estamos aquí, ahora, acaso. Ya te habrás dado cuenta los ricos tipos que son. Espera conocer a Ricardo, mi hermano. Se las gana a todos.

CORA —Jorge.

JORGE —Mira, cortemos la lata, ¿quieres? Ven, salgamos un rato al patio. Está sofocante aquí dentro.

CORA —¡Jorge, ven! Siéntate aquí, ¿quieres? Hace mucho tiempo que te quiero decir algo. Ven.

JORGE —Lo que pasa es que ninguno de ustedes tiene sentido del humor. Me río un poco de ese viejo y arman una bolina.

CORA —¡Jorge! Yo sé lo que son ustedes. Todo lo que tienen se lo deben al trabajo.

JORGE —Y eso te hace sentirte defraudada, ¿eh?

CORA —No, mi amor. Al contrario.

JORGE —No comprendo a lo que quieres llegar con esto. Además creo que no es el momento.

CORA —Es el momento, Jorge. Tú no sabes la esperanza que tengo puesta en lo nuestro.

JORGE —Bueno, ¿y que no nos vamos a casar acaso? ¿Qué más quieres?

CORA —No me casaré contigo si no tengo la seguridad de que confías en mí.

JORGE —¡Vaya!

CORA —Jorge. Yo no quiero que terminemos como tantos matrimonios, que llegan a un acuerdo para conservar la apariencia. No quiero callar nada contigo y no quiero que me ocultes nada.

JORGE —Y yo, qué te he ocultado, ¿dime?

CORA —Pero te avergüenzas de algo ante mí, Jorge.

JORGE —¡Ah, vamos! Lo que pasa es que no me dejas de comparar con tu otro novio que parecía ser el hombre más indicado que yo para hacerte feliz.

CORA —No, Jorge, no es eso.

JORGE —Te pasas haciendo recuerdos de él.

CORA —Porque habíamos hecho de nuestro amor algo muy hermoso. Tú sabes que no le negué nada, Jorge. Porque tenía la seguridad de que era enteramente mío, ¿comprendes?

JORGE —A mí tampoco me has negado nada. Alguna confianza te merezco, ¿no crees?

CORA —No debiste decir eso. Cuando te conocí, no había salido con nadie, hacía tres años, desde el día en que murió Guillermo. Pero tú me convenciste de que estaba equivocada; creí ver en ti a alguien muy necesitado de cariño. La gente habla de tus negocios, dicen que no son limpios. Llevas una vida desordenada, y yo pienso que todo

eso es tu soledad. Eso me hizo entregarme a ti. Creo que volvería a hacerlo mil veces si mi cariño pudiera servirte de algo.

JORGE —No puedo ser como tú quieres. Has vivido mucho tiempo encerrada en ti misma. Sueñas demasiado. Quieres un príncipe azul. Ya no hay príncipes azules.

CORA —¿Te acuerdas cuando paramos tu auto en la Costanera para mirar el atardecer? Me contaste que no esperabas nada de la vida. Que todo te era igual.

JORGE —Cosas que uno dice, a veces, en momentos de debilidad, Cora.

CORA —Me pediste que te ayudara.

JORGE —¡Leseras! ¡No hables más de eso! ¿Adónde quieres llegar? Lo que pasa es que has tenido una vida demasiado fácil. Crees que todo se resuelve entre franqueza y mentiras. La verdad y toda esa jerigonza es una trampa en la clase de vida que tengo que llevar. ¿Quieres saber cómo hice mi primer negocio? Tenía catorce años, trabajaba en la tienda de mis padres. Un día llegó un muerto de hambre que vendía bolsas de papel. Me contó una historia triste y le compré el atado de bolsas, con plata de la caja. En la tarde volvió mi madre. Me armó una escena y me obligó a venderlas en las tiendas del barrio una por una. Las vendí, pero juré no caer más en sentimentalismos y me mantengo en mi línea.

CORA —¿Aun si se tratara de ayudar a tu propio padre?

JORGE —¿Qué tiene que ver el viejo con esto?

CORA —Cuando te vino a buscar a mi casa, el otro día, era para pedirte algo.

JORGE —Eso fue una chifladura del viejo, nada más. Anda detrás de mí para que le consiga una plata.

CORA —Parecía desesperado.

JORGE —Yo no le hago caso. Es mi mamá la que lo azuza. Se pasa la vida entusiasmando al viejo con sus grandes proyectos. Ahora tienen la idea de comprar una fábrica.

CORA —Y a ti no te importa, ¿no es cierto? Te deja indiferente . . . También con ellos, ¿evitas caer en sentimentalismos?

JORGE —No pierdo mi tiempo en chifladuras; eso es todo.

CORA —Es la primera vez que te veo tal como eres, Jorge . . . Soy ajena a ti, como te es ajeno todo lo que te rodea. No podría darte nada . . . (*Pausa*)

JORGE (*Frustrado*) Así que porque no me preocupo. Así que porque no estoy chiflado como ellos . . . Mira, Cora, te digo que no es más que una idea . . . un proyecto.

MATILDE (*Que viene bajando*) ¿Qué proyecto, hijo? ¿De qué están hablando?

JORGE (*Turbado, molesto*) Eso de la fábrica, mamá. Estamos hablando de eso.

MATILDE —¿Proyecto, Jorge? ¡Realidad, dirás! Eso de la fábrica de jerseys es ahora una realidad. Otra cosa es que no quieres ayudarnos. (*A Cora*) Se niega a hacerlo . . . ¿Qué es lo que le ha contado este niño de eso?

CORA (*Mirando a Jorge*) Muy poco, señora . . . No habrá creído necesario contármelo . . .

MATILDE —¡Sírvase! (*Le pasa la fuente con los dulces*)

CORA —No, gracias, señora.

MATILDE (*A Jorge*) Si vieras el vuelo que ha tomado Juan en estos últimos días. No lo creerías.

JORGE —Mamá, es ridículo ver al viejo en eso. ¡Ni siquiera sabe lo que es un valevista!

MATILDE —Espera que las cosas empiecen a marchar, hijo, y verás cómo sabe. (*A Cora*) Usted se encargará de que este ingrato vuelva junto a sus padres, ¿no es cierto? Vamos a necesitar su ayuda. ¿Puedo llamarla Cora?

CORA —Por supuesto, señora.

MATILDE —¡No, «señora», no! Llámeme Matilde. Eso de «señora» me hace sentirme vieja. Ustedes viven en el barrio alto, me ha contado este ingrato.

JORGE —Ya vas a empezar.

MATILDE (*A Cora. Risueña*) ¿Se nos pierde este niño, sabe? Sale en las mañanas y deja la casa pasada a su agua de colonia y no sabemos de él hasta la noche. Se aburre en la casa de sus padres.

JORGE —¡Mamá, por favor!

MATILDE (*Agitada pero sonriente*) . . . porque es fea y triste.

JORGE —Córtala, ¿quieres?

MATILDE —. . . y sus padres son unos viejos lateros, que siempre están exigiendo cosas y nunca dan nada. (*Se calma*) Pero yo estoy muy orgullosa de él, ¿sabe? (*A Jorge*) No le escuches a tu madre, hijo, es en el fondo sólo una vieja sentimental. (*Le acaricia la cabeza*) Lo mejor de la familia.

JORGE —¡Ya, mamá! ¡Por favor!

MATILDE (*A Cora*) Tendrá que tratármelo bien, ¿eh? Porque si no tendrá que vérselas conmigo. (*Se sonríe*) Me gusta tu novia, hijo. Muy callada, pero inteligente; se le ve en los ojos. Siempre le he temido a las mujeres calladas. (*Ríe*) ¿Usted vive en el barrio alto, me dijo, no? (*Asoma Ricardo en el banco del parque. Viste overall sucio. Trae una caja de herramientas. Se sienta a comer un pan*)

CORA —Sí.

MATILDE —¿Con su padre?

CORA —Sí, con él.

MATILDE —Ustedes dos, nada más, ¿no es cierto?

CORA —Sí. Mi padre y yo.

MATILDE —Dos, nada más. Eso permite ahorrar. Nosotros somos cinco, Jorge, la Sara y Ricardo, un hijo «oveja negra» que anda afuera y que me da mucho que hacer. La casa es tan chica. La de ustedes tiene jardín, seguramente.

CORA —Sí, adelante, hacia la calle.

MATILDE (*Saca una revista*) ¿Algo como esto? Le tengo echado el ojo hace tiempo. Esta casa me ahoga. El único verde que se ve son los árboles de la plaza. (*Asoma Ester en el parque. Se sienta junto a Ricardo. Se besan*)

RICARDO —¡Quiubo! ¿Por qué te atrasaste?

ESTER (*Baja la cara*) Me demoré pegándole unos botones a una camisa de papá. ¿Y tú? ¿Estuviste hasta ahora en el garage? ¿Vienes de allá? (*Ricardo asiente. Muerde su pan*) ¿Arreglando el auto del doctor? (*Ricardo asiente*) y ¿lo arreglaste?

RICARDO —Se lo llevé recién.

ESTER —¿Y cómo dijiste que echarías por lo menos una semana?

RICARDO —¡Ahí tienes!

ESTER —¿Qué dijo don Cícero? ¿Estaría feliz?

RICARDO —Estaba feliz. (*Con entusiasmo*) Desarmé la caja y la volví a armar en un día. Cícero corría a cada rato al teléfono a llamar al doctor. ¡Ah! ¡Ah! (*Imita*) «Fra poco, dotore». «Fra poco», decía Cícero.

ESTER —Esa flor te la regaló la Rina, la hija del Patrón, supongo. (*Con coquetería y celos simulados*)

RICARDO —¡Ah, tonta! Tú sabes que no le hago caso. «Fra poco». El auto tenía quebrado uno de los planetarios del diferencial. (*La mira*) ¿Bueno, y a ti qué te pasa? Parece que estuviste llorando. (*Ester baja la cara*) ¡A ver! ¡Déjame ver esa jetita! ¿Estuviste llorando, no es cierto? (*Ester niega con movimientos de cabeza*) Tienes colorada la nariz. (*Ester prorrumpe en sollozos*) ¿Tu papá? (*Ester asiente*) ¿Qué te hizo?

ESTER —¡Ricardo!

RICARDO —¡Ssh! ¡Ssh! ¡Qué es eso, tontita! ¡No sería para tanto! ¡A ver! ¡A ver! (*Le limpia la cara con su pañuelo sucio de grasa. Mancha la cara de Ester*) ¡Ja! ¡Ja! ¡Te dejé la cara llena de aceite!

ESTER —¡Tú te ríes! (*Ricardo saca un huaipe de su caja de herramientas y le limpia la cara*) Abrió la alcancía que me hiciste.

RICARDO —¿Y cómo lo hizo? ¡Ja! ¡Ja!

ESTER —¡Sí, tú te ríes!

RICARDO —¿Y cómo quieres que no me ría? ¿Cómo lo hizo?, cuéntame.

ESTER —¡La tenía escondida debajo de mi cama y esta mañana, cuando la fui a sacar para guardar la plata que me diste ayer, para pagar las sábanas . . .! estaba vacía.

RICARDO —¿Y cómo lo hizo?

ESTER —Parece que usó el tirabuzón, porque estaba sobre el velador. Y lo que es peor, ¿sabes lo que dejó junto a la alcancía, para reírse de mí?

RICARDO —¿Qué cosa?

ESTER —Dejó un pastel medio comido, con una nota en que decía: «Para mi hija amarrete». Trabajo todo el día en la farmacia; de noche cuando llego a la casa me duelen los brazos de hacer paquetes, para que él venga y gaste mi plata en pasteles. ¿Hasta cuándo voy a tener que aguantar?

RICARDO —Don Manuel es un gran hombre. Hay que tomarlo como es; son cosas de niño chico. No es la primera vez que te lo hace.

ESTER —Lo dices porque es amigo tuyo.

RICARDO —Tu viejo trabajó toda su vida, Ester.

ESTER —Y por eso cree que ahora me toca a mi mantenerlo, sí. Me lo dice todo el día. Ayer me exigió una camisa nueva; yo tengo que agenciármelas.

RICARDO —Pero tú sabes que te quiere. Se muere por ti, tonta . . . ¿Te acuerdas cuando te enfermaste hace dos años? El doctor te había desahuciado y él no lo quería dejar salir de tu casa. Estaba como loco.

ESTER (*Cobija la cabeza en su pecho*) ¡Oh, Ricardo!

RICARDO (*Después de leve pausa; mientras le acaricia la cabeza*) Todavía no me puedo casar contigo, Ester.

ESTER (*Lo mira a la cara*) No te lo decía por eso. Te juro que no te lo decía por eso.

RICARDO —Espérame un poco más. Dame un poco más tiempo.

ESTER —Te espero.

RICARDO —Quién más que yo querría sacarte de tu casa y darte lo que necesitas.

ESTER —¿Y por qué no podemos? Yo no te exijo nada. Tú sabes que he sido siempre más pobre que tú.

RICARDO —No es eso.

ESTER —Podríamos vivir en el garage de don Cícero. Él nos ha prometido arreglarnos el desván. No te pido más.

RICARDO —¡Con eso ni se comienza!

ESTER —Pero es algo, Ricardo. Tengo compradas las camas. Tú pones el ropero de tu pieza, y yo podría ir comprando las cosas para la cocina.

RICARDO —Sí, eso es para el primer año, pero cuando lleguen los niños . . . ¿entonces qué?

ESTER —Tendremos para ellos también.

RICARDO —¿Quién te lo dice? ¿Quién te dice que tendré siempre el trabajo donde Cícero? ¿Quién te dice que no estaré cesante, y . . .?

ESTER —¿Y por qué ibas a estar cesante, Ricardo?

RICARDO —¿Por qué? Porque las pegas se acaban. Al garage llegan tipos que andan de puerta en puerta. Deberías ver sus caras. Algunos hablan de que tienen chiquillos; cinco, seis.

ESTER —Pero tú siempre encontrarías trabajo.

RICARDO (*Violentamente*) ¿Cómo sabes? ¿Quién te asegura que siempre encontraré? ¡No soy más que un mecánico! ¿Qué es un mecánico? ¡Dime! Un patán, ¿no es cierto? No puedo mantener un hogar si no soy más que un patán, Ester.

ESTER —Ésas son palabras de tu madre. Tú sabes que yo no pienso así.

RICARDO —Sí. Y tiene razón.

ESTER —No tiene razón. Hay muchos que piensan como yo.

RICARDO —Pero es la opinión de los otros la que pesa. Mira a Jorge. Brilla como una joya cuando sale en las mañanas y eso es signo que va bien. En cambio yo, cada vez que vuelvo a casa con esto puesto (*Por el overall*) me parece que estoy cometiendo un crimen.

ESTER —Y por qué no piensas en lo que hiciste ayer y hoy. Arreglaste una panne en dos días, cuando todos creían que necesitarías una semana. ¿Por qué no le preguntas a don Cícero lo que piensa de ti?

RICARDO —El sólo me ha visto hacer lo único que sé hacer.

ESTER —Nadie te va a exigir más que eso, Ricardo.

RICARDO —Fui tan tonto de no oír nunca los consejos de mi madre. Cuando tenía quince años creí que era más inteligente que los demás y que no necesitaba estudiar más. Ya sabía todo lo que tenía que saber. Tuve varios empleos pero me gustaban los fierros y me fui donde Cícero, porque era mi amigo y le ganaba en armar una caja. Ahora tengo veintitrés años y no soy más que un mecánico. Hay miles de tipos que saben hacer lo mismo que yo.

ESTER —¿Y qué piensas hacer? (*Baja la cara*)

RICARDO —No sé, no he pensado. Creo que ya es muy tarde para hacer algo.

ESTER —¿Y nosotros? ¿No has pensado nada, tampoco?

RICARDO —Te he dicho que me esperes, Ester.

ESTER —No, Ricardo, no te espero. (*Pausa*) Anoche estuve pensando en eso. Hace dos años que nos vemos y no llegamos a nada. Tú tienes que resolver primero tu problema.

RICARDO —Pero, Ester.

ESTER —Ricardo, tú sabes que te quiero mucho, pero también tengo que pensar un poco en mí.

RICARDO —Deja que gane un poco de confianza en mí y . . .

ESTER —Eso es . . . Tienes que tener confianza. Hace dos años que te lo vengo diciendo.

RICARDO —Ester.

ESTER —¡No, Ricardo, por favor! ¡No quiero esperar más! Tal vez me voy a Temuco a la casa de una tía.

RICARDO —¿Y me dejarías solo?

ESTER —¡No! ¡No te dejo! ¡No me voy! Pero, no vengas más aquí porque no voy a estar. Y no me llames, hasta que no hagas algo por los dos. (*Se ha levantado, se aleja apresuradamente*)

RICARDO —¡Ester! . . . ¡Espera! . . . ¡Ester! . . . (*Quiere salir tras ella. Decide no hacerlo, se aleja lentamente. Vuelven a surgir las voces en el sector de la casa*)

MATILDE —. . . (*A Cora*) Esas casas, como la suya, dan un sentimiento de seguridad. Las calles son limpias. Los jardines bien cuidados. No hay nada que tape el cielo . . . Hacen que la vida sea más hermosa y agradable de vivir.

CORA —No todo lo que brilla es oro, señora . . .

MATILDE (*No escucha*) Una casa propia. Tener algo propio es lo único que da seguridad; lo demás es vegetar. (*Con nerviosidad*) Ubica una casa, cerca de tu novia, Jorge . . . No faltará mucho para que nos mudemos allá . . . Se podrán ver más seguido.

SARA (*Molesta*) Jorge, por qué no nos cuentas mejor cómo se conocieron. Nunca nos han contado . . .

JORGE —¡Ah!, vamos . . .

MATILDE (*A Sara*) Tú podrás invitar a Pancho y sus amigos a bailar en casa, Sara. Tendremos un living amplio.

SARA —Cuéntanos, Jorge . . . ¿Cómo se conocieron?

CORA —Fue un encuentro de lo más romántico, Sara . . . (*A Jorge*) ¿Por qué no le cuentas? Fue en el camino a Valparaíso. Habíamos quedado en panne en el auto de unas amigas y él se detuvo a ayudarnos. Lo conocí preocupado de los demás, desde el primer momento. (*Entra Juan de la calle. No ve a nadie. Pasa de largo*)

MATILDE —¡Juan! ¿Dónde vas? ¿No vienes a saludar a la novia de Jorge? . . .

JUAN (*Se vuelve*) ¿Tu novia? (*Se acerca a dar la mano a Cora. La detiene demasiado rato. La mira a los ojos*) Buenas tardes, señorita.

CORA —Buenas tardes.

JUAN —Así que usted quiere casarse con este niño, ¿eh? ¿Y usted cree que lo conoce bien?

MATILDE —Juan, ¿no crees que deberías darle una explicación a Cora por llegar tan tarde, antes de hacer esas preguntas?

JUAN —Fui a comprarle alpiste a los canarios, señorita.

CORA —Está bien, señor.

JUAN —Tengo también unos conejos.

CORA —¿De ésos de angora?

JUAN —De ésos. Los de los ojos colorados.

MATILDE —Juan, anda a ponerte al menos una corbata, hombre.

JUAN —¿Por qué (*A Cora*) ¿A usted le molesta que yo esté así, señorita?

CORA —No, señor. Por mí no se moleste.

JUAN —¿Ves? No le importa. (*Prueba un vaso de ponche*) ¿No ha venido Manuel?

MATILDE —Sí, estuvo un rato.

JUAN —¿Y no dijo nada?

MATILDE —¿Y qué iba a decir, hombre?

JORGE —Las tonterías de siempre.

JUAN —¡No digas eso, Jorge! Es un gran amigo mío.

JORGE —Ya sabemos.

JUAN (*A Cora*) Fuimos colegas en un Liceo del Norte.

CORA —¿Es usted profesor, Don Juan? (*A Jorge*) Jorge nunca me lo dijo.

JUAN —Fui, señorita. Fui hace mucho tiempo. Ya no soy. Bueno, tengo que ir a atender mis canarios. (*A Cora*) ¿No le gustaría venir a verlos?

MATILDE —¡Pero Juan! ¡Esta niña no ha venido a eso!

CORA —Está bien, señora. Me gustaría mucho verlos.

JUAN —Me gusta tu novia, Jorge. Es una muchacha de sentimientos. Se le ve en los ojos y eso es algo que no engaña. (*Toma del brazo a Cora. Entra Ricardo de la calle. Es evidente que para él es una sorpresa encontrarse con ese cuadro de reunión familiar y la presencia de Cora. Se acerca a saludar con timidez*)

JORGE (*Frío*) Ricardo, mi hermano menor.

RICARDO (*No sabe si dar la mano*) Buenas tardes, Cora. (*A todos*) Buenas. ¡Hola papá!

CORA (*Le alcanza la mano*) Buenas tardes, Ricardo.

JUAN —¡Hola, hijo! ¿Cómo te fue? ¿Vienes del garage?

RICARDO —Sí, papá.

JUAN —Bien, hijo. (*A Cora*) ¡Venga! ¡Vamos a ver eso! (*Se la lleva*) Usted me sujeta la puerta de la jaula, mientras yo le cambio el agua. (*Desaparecen. Ricardo se encamina hacia la escala*)

JORGE (*Desde atrás*) ¡Oye, Ricardo! ¿No te pudiste lavar la cara antes de venir aquí? (*Ricardo se vuelve*)

RICARDO —¿Qué dices?

JORGE —Digo: ¿No puedes lavarte la jeta cuando vienen visitas?

RICARDO —Siempre me vengo a lavar a la casa. ¿Qué te pasa?

SARA —¡No le hagas caso, Ricardo!

JORGE —Lo haces a propósito para torearme. ¡Yo sé!

RICARDO (*A Matilde*) ¿Y dónde quiere que me metiera, cuando entré? (*A Jorge*) ¿Querías que pasara sin saludar?

MATILDE —Jorge tiene razón. Deberías lavarte en el garage.

RICARDO —Pero, mamá, el garage no es un baño turco.

JORGE —Debería darte vergüenza que te vieran en esa facha. ¡Qué sea necesario que te lo digan!

RICARDO (*Con calma controlada*) ¿Vergüenza?

JORGE —¿A quién crees que vas a impresionar con eso? ¿A las chinas del barrio?

RICARDO —No quiero pelear contigo, Jorge.

MATILDE —Anda a cambiarte, Ricardo.

RICARDO —Sí, mamá, voy. (*Va hacia la escala y se vuelve*) Ayer estuvo en el garage el zorzal que te vendió el auto. Te anda buscando para hacerte tragar los chirimoyos que le endosaste. Eso dijo, y a mí me dolió mucho no poder sacar la cara por ti.

MATILDE —¡Ricardo, anda a cambiarte!

RICARDO —Sí, mamá. Voy. (*Sube*)

JORGE —Como si lo hiciera a propósito, mamá. Andar ostentando que no es más que un patán. Con lo que sabe de mecánica, podría tener su garage propio y estar ganando millones, el jetón.

RICARDO (*Desde arriba*) Cuando vas a entender que no quiero ganar tus millones, ¡mierda!

MATILDE —Déjalo, Jorge. Dime, hijo. ¿Es cierto eso que dice Ricardo?

JORGE —¿Qué cosa?

MATILDE —Que engañaste a ese hombre.

JORGE —¡Bah! ¡Mentiras, mamá! ¡Inventos de ese tarado! ¡Pura envidia!

SARA —¿Envidia a qué? ¿A tu auto?

JORGE —¿Y tú, qué te metes?

SARA —Pancho me contó algo parecido el otro día.

JORGE —A tu Pancho, su papi le regaló un auto el día que dejó el chupete, mijita. Es bien diferente.
MATILDE —Ésa no es una explicación para hacer una cosa así, hijo.
JORGE —¡Te estoy diciendo que no es cierto, mamá!
MATILDE (*A Sara*) ¿Qué fue lo que te contó Pancho?
JORGE —Mamá, ¿no quisiste siempre que tuviera mi propio auto?
MATILDE —Sí, hijo, pero . . .
JORGE —¿Qué quieres, entonces?
MATILDE —Pensaba que estabas delicado de tu pierna. No me gustaba que anduvieras tanto.
JORGE —Y cuando a los catorce años tenía que estar diez horas de pie tras el mesón, ¿pensabas en mi pierna también?
MATILDE —Necesitaba tu ayuda en la tienda, hijo.
JORGE —Te ahorraba un empleado, ¿no es cierto?
MATILDE —¡Jorge, no digas eso!
JORGE —Nunca me preguntaste si quería seguir estudiando, mamá.
MATILDE —Pero, hijo. Repetiste primer año. ¡Recuérdalo!
JORGE —A lo mejor sólo me faltó alguien que me impulsara a estudiar. Siempre te oí decir que el estudio era una pérdida de tiempo.
MATILDE —¿Cuándo he dicho eso, hijo?
JORGE —Cuando le decías al viejo que el sueldo de profesor no daba para vivir.
MATILDE —Eras más necesario en la tienda, hijo.
SARA —Para ti, pero no para él, mamá.
MATILDE —¿Y con qué habría comprado tus vestidos, Sara?
SARA —Ninguna familia de profesor se muere de hambre, mamá.
MATILDE (*Busca una respuesta. No encuentra. A Jorge*) Pero a ti te ha ido bien, hijo. No te puedes quejar.
JORGE —Eso depende.
MATILDE —Tienes todo lo que quieres, Jorge.
JORGE —¿Tú crees, mamá?
MATILDE —Tú tienes tus cosas, hijo, tienes tu auto ganado por tu trabajo. Porque tú no te preocupas de esas habladurías de la gente.
JORGE —No, mamá, no me preocupo.
MATILDE —Entonces, hijo. ¿Qué más quieres?
JORGE —Nada, mamá, nada. Tú no entenderías tampoco.
MATILDE —¿Qué, Jorge? ¿Qué te falta?
JORGE (*La mira. Sonríe*) Vieja sapa. Te quiero, ¿sabes? ¡Ven! ¡Dame un beso!
MATILDE —¡No estoy bromeando!

JORGE (*Le da un beso en la frente*) Ven, te quiero, vieja, porque eres de una línea. Pasarías por una pared para llegar donde quieres.

MATILDE (*Lo retiene*) Jorge, tú no me culpas de nada, ¿no es verdad? (*Regresan Cora y Juan*)

CORA —Son preciosos. Tienen la piel tan blanca y tan suave. Qué rica para hacerse un abrigo.

JUAN —¿Le gustaría, es cierto?

CORA —Claro.

JUAN —¡Hágaselo! se los regalo.

CORA —No, don Juan. ¿Cómo se le ocurre?

JUAN —Se los regalo; con jaula y todo. ¿Qué te parece que se los llevaras en tu auto, Jorge?

MATILDE —Pero, Juan, no sea insistente. Ella sólo lo decía en broma.

JUAN —Y yo lo digo en serio. ¿Para qué los quiero? (*A Cora*) No tiene más que darle zanahorias y un poco de verduras, de vez en cuando. Estarán mejor donde ella. ¿Los echamos en tu auto después, eh, Jorge?

MATILDE —A lo mejor Cora no tiene donde tenerlos.

JUAN —Se los regalo, ¿entiendes? ¡No me discutas! ¡Se los regalo y se acabó! (*Se calma. Todos lo miran*) Hay que saber deshacerse de las cosas, hijo. Es inútil aferrarse a nada. (*A Matilde*) Le estaba contando a esta niña lo de la operación de Jorge. Tenemos una fotografía del niño con la pierna enyesada. ¿No es verdad?

MATILDE —No me acuerdo.

JUAN —Sí, mujer. Es una en que el niño está sentado en una roca. Cuando lo llevamos a Cartagena a que se distrajera.

SARA —Ayer la pegaste en el álbum, papá.

JUAN —¿En el álbum, hija? Ah, sí, ahora recuerdo. (*A Cora*) Espere; ya se la traigo. (*Se levanta y va a sacar un álbum de uno de los muebles. Lo hojea*) ¡Aquí está! . . . ¡Mire! Arruga la cara con el sol.

CORA —De veras. Parece que tiene pecas.

JUAN —Sí, tenía pecas, entonces. Era un niño muy bonito. (*A Matilde*) Está bien que tengamos todas las fotografías de los niños en un álbum, mujer. Es el único recuerdo que no se puede perder. En la noche las voy a seguir ordenando. (*A Cora señalando la fotografía*) Ésta es mi mujer y ésta es la Sara. (*A Sara*) Siempre haciéndote rulos en la frente, Sara. (*A Matilde*) ¿Recuerdas que tenía esa manía nerviosa, la niña?

CORA —Y esta guagua rica que juega en la arena, ¿quién es?

JUAN —Es Ricardo. Siempre estaba aparte, jugando solo. (*Ricardo viene bajando la escalera. Se ha peinado superficialmente y se ha puesto un*

chaquetón de cuero. El nudo de la corbata es demasiado grande y puesto de manera descuidada)

JORGE (*Que se ha mantenido aparte y ha estado observando a Juan con curiosidad*) Dime, viejo. Quiero preguntarte algo.

JUAN (*Confiado*) ¿Qué, hijo? ¿Dime!

JORGE —Ayer me paró en la calle Simón. Pedro Simón.

JUAN —¿Simón? No lo conozco.

JORGE —Qué haces tú metido con un tipo de esa calaña.

MATILDE —¿Quién es ése?

JUAN —Te digo que no conozco a ese individuo, Matilde.

MATILDE —¿Qué te dijo, Jorge?

JORGE —Que el viejo le andaba sacando la vuelta.

MATILDE —¿Quién es ese hombre, Juan?

JUAN —Te digo que no lo conozco.

MATILDE (*A Jorge*) ¿Y lo conoces tú, Jorge?

JORGE —Un vivo. Presta plata a interés usurero.

RICARDO —¿Nombró a papá por su nombre, o qué?

JORGE —No. Sólo dijo «tu padre».

RICARDO —¿Y tú, que le hiciste?

JORGE —¿Y qué querías que le hiciera?

RICARDO —Cerrarle el hocico de un aletazo. Yo no aguantaría que dijeran eso de mi padre. ¡Y más aun si es un vivo!

MATILDE —¿Qué significa todo esto, Juan?

JUAN —Nada, te digo. Nada. (*A Cora. Nerviosamente*) ¡Mire! Aquí hay otra fotografía de los tres niños juntos. (*A Matilde*) Cuando Jorge hizo su primera comunión, mujer. ¿Recuerdas que a la vuelta de la iglesia les dimos chocolate, porque Jorge se quiso tomar el que le sirvió el cura? Están sentados los tres en esa mesa. (*Indica la mesa*) En el patio. Y Jorge y Ricardo están tomados de la mano. ¡Mira! ¡A ver! ¡Los tres! ¡Siéntense a la mesa! (*Se levanta y acomoda la mesa*)

JORGE —Pero, viejo.

JUAN —Siéntate, te digo. Ven, Ricardo, acerca esas sillas. ¿Cómo están sentados? (*A Cora*) Permítame. (*Le arrebata el álbum*) La Sara aquí. Jorge al medio y en ésta, Ricardo. ¡Siéntense! (*Se sientan con resistencia*)

RICARDO —Papá.

JUAN —¡Vamos! Quiero verlos. (*A Matilde*) ¿Qué te parece, mujer? Cuánto tiempo hace que no los vemos así? Vamos, Jorge, toma la mano de Ricardo.

JORGE (*Se levanta*) ¡Pero, viejo, déjate!

JUAN —¡Tómala, te digo!
JORGE (*Se sienta*) ¡Es ridículo!
JUAN (*Grita*) ¡Siéntate, te digo, caramba! ¡Tómala! (*La toma*) Así está bien. Así está bien. ¿Qué te parece, Matilde . . .? Bonita, ¿eh? ¡Los tres juntos . . .!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Es la hora del desayuno del día siguiente; en la casa está puesta la mesa del desayuno, a la cual están sentados Juan y Matilde. Juan sorbe su café en silencio.

MATILDE —¿No vas a comer más pan?
JUAN —No; está bien así.
MATILDE —No has comido más que un pedazo de marraqueta.
JUAN —No tengo hambre. Está bien.
MATILDE —¿Quieres que te haga unos huevos a la copa?
JUAN —No, mujer. Gracias.
MATILDE —No puedes ir a trabajar con el estómago vacío, hombre.
JUAN —No he dormido bien. Eso siempre me quita el hambre; tú sabes.
MATILDE —No es raro, entonces, que te vengan esos mareos y pierdas la cabeza a cada rato. Esta noche te vas a acostar temprano y yo te voy a hacer un agua de hojas de naranjo. Tienes que hacer algo por tus nervios.
JUAN —Sí, mujer.
MATILDE —Ahora tienes que cuidar tu salud, más que nunca . . . Hoy cerramos el negocio, Juan.
JUAN —Creo que fue la perra del vecino, que no me dejó dormir.
MATILDE —¿La perra? Yo no la oí. Eso que estuve un buen rato desvelada.
JUAN —El vecino me dijo que estaba por parir. Debe haber parido anoche. No dejó de gemir la pobre.
MATILDE —Esa perra es la tercera vez que pare en dos años. Esa gente la está matando.
JUAN —¿Y qué pueden hacer? No pueden impedir que se salga a la calle.
MATILDE —Los perros hacen nata en esta calle de casas pegadas. No puede ser que una perra que ladra te tenga despierto toda la noche.

Si no fuera porque te hace mal al corazón, te daría algún calmante. (*Pausa*) ¿Qué te pareció la novia de Jorge? No hemos hablado de eso.

JUAN —Me parece una muchacha muy buena.

MATILDE —¿Crees que le caímos en gracia?

JUAN —Sí; creo que sí. ¿Por qué no le ibamos a caer en gracia, mujer?

MATILDE —Al menos contigo, parecía estar encantada. No debiste chochear con tus conejos delante de ella. Se debe haber sentido incómoda.

JUAN —No, mujer; al contrario. Parecía feliz. Fui yo el que tuve que insistir que nos entráramos.

MATILDE —Todo iba muy bien, hasta que te dio por hacer esa escena con los niños. ¿Qué te pasó? ¿Y eso de Simón? ¿Qué tiene que ver conmigo ese hombre?

JUAN —No conozco a nadie de ese nombre, mujer, te repito . . . Perdí la cabeza, cuando oí pelear a los niños. Eso me desespera, mujer.

MATILDE —La culpa la tuvo Ricardo. Cometió una grosería con su hermano. No debió presentarse en esa facha.

JUAN —Pero, mujer . . . Ese niño venía de su trabajo. ¿En qué facha querías que anduviera?

MATILDE —Como persona decente, Juan.

JUAN —No le eches siempre la culpa a él.

MATILDE —Ese niño sabe muy bien que su hermano es más débil. Sin embargo, no pierde oportunidad de hacer ostentación de su fuerza. Jorge no se puede defender.

JUAN —No es por eso. No es por ostentación . . .

MATILDE —¿Y qué es, entonces?

JUAN —Es porque no es feliz. Se siente incomprendido en su casa.

MATILDE —Ya estamos con la eterna historia . . .

JUAN —Tú me preguntaste, mujer. (*Pausa*)

MATILDE —Incomprendido. Lo que tiene es necesidad de salirse del medio que lo rodea. Cuando nos mudemos de aquí y gane nuevos amigos, verás cómo se olvida de todo esto . . . de Cícero y su comparsa de inútiles.

JUAN —Todos ellos trabajan, mujer.

MATILDE —Sí, pero cuelgan de él como un lastre. Lo tiran hacia abajo. Esa gente no permite que nadie se les escape.

JUAN —Creo que estás volviendo a ver lo que no hay, Matilde.

MATILDE —Fue lo primero que conoció y cree que es la octava maravilla del mundo. Si ese niño no es más, se debe a nosotros, a ti y a mí, porque no hemos sabido darle otro ambiente . . . las casas chatas y llenas de tierra. Todos los que viven aquí se sienten asfixiados . . .

JUAN —Es el recuerdo de las palabras de tu madre lo que te hace hablar así.

MATILDE —Sí . . . Ella me hablaba de su vida de soltera. Una vida en que todo era más hermoso, porque no había nada que la ensuciara; una vida que ni tú ni yo hemos conocido nunca, Juan.

JUAN —No te dejes llevar por las apariencias, mujer. (*Jorge viene bajando la escala, trae el vestón colgado sobre el hombro, mientras trata de ajustarse una collera en el puño de la camisa*)

JORGE —Buenos días, mamá. Ponme esta collera, ¿quieres? ¡Hola, viejo!

JUAN —Buenos días, hijo.

MATILDE —¿Cómo dormiste, hijo?

JORGE —Bien.

MATILDE —¿Quieres que te prepare unos huevos, hijo? María fue al mercado. Te los puedo hacer yo misma.

JORGE —No, mamá; está bien. No tengo ganas. (*Sentándose a la mesa*) Dame un poco de café. (*Juan hace maquinalmente lo que le piden; mirándolo*) Tengo unas entradas para la Exposición de Industrias Metalúrgicas, viejo. ¿Quieres ir conmigo? Te convido. Vamos en la noche . . .

JUAN —No, hijo . . . No.

JORGE —¡No friegues, viejo! Podríamos pasar a alguna parte y conversar un rato. ¿Qué te parece?

JUAN —¿De qué quieres hablar conmigo?

JORGE —Bueno . . . tantas cosas. Todos tenemos problemas. No nos vemos nunca.

MATILDE —Acepta la invitación de tu hijo, Juan. Tiene razón. No se ven nunca.

JORGE —Pasamos al bar del Savoy, ¿eh? Haré que Silva te prepare un Juanito Libre.

JUAN —¿Quién es ese Silva?

JORGE —El barman. Amigo mío. Hace los mejores Juanitos Libres de Santiago. Se llama así porque libra de preocupaciones. ¡Leseras!

JUAN —¿Qué preocupaciones? ¡Yo no tengo preocupaciones!

JORGE —Bueno, viejo, es lo mismo . . . ¿Qué te parece, hoy a las diez?

JUAN —No sé.

JORGE —¿Mañana, entonces?

JUAN —No, tampoco . . .

JORGE —¿Cuándo, entonces? Di tú . . .

JUAN —No sé, ¡te digo! ¿De qué me quieres hablar? ¿Por qué no me dejas tranquilo?

MATILDE —¡Juan! ¡Jorge te estaba invitando!

JUAN —Sí, sí, hijo. (*Toma la mano de Jorge*) ¡Perdóname! No sé lo que digo. Esta noche . . . Está bien . . . Gracias, hijo.

JORGE (*Mirándolo con sospecha*) Bien, papá.

JUAN (*Se levanta*) Me voy . . .

MATILDE —Acuérdate que tienes que pasar donde el Notario, Juan . . . Tienes que encontrarte con el abogado de esa gente . . .

JUAN —Sí, mujer. Sí sé.

MATILDE —¿Llevas tu carnet y la boleta del impuesto cancelado?

JUAN —Sí.

MATILDE —No te olvides que quedamos de aumentar el haber de la tienda. No te vayas a equivocar y el contador diga una cosa y tú otra. Esa gente es muy desconfiada y tú te dejas embolinar luego.

JUAN (*Dirigiéndose hacia la puerta*) No me voy a equivocar, mujer. (*Suena el teléfono, atiende Jorge*)

JORGE —¡Aló! Sí . . . No, con Jorge . . . el hijo . . .

MATILDE —Parece que es para ti, Juan. Espera. (*Juan hace ademán de querer salir*)

JORGE —¿De parte de quién? ¿Simón . . .? ¡Hola! Sí, sí está. (*Tapa el auricular*) Es Pedro Simón, viejo . . . Quiere hablar contigo . . .

JUAN (*Agitado*) ¡Dile que no estoy!

MATILDE —¿Y por qué?

JORGE —¡Aló! Mire . . . Mi papá acaba de salir . . . (*Ante un gesto de Juan*) A ver, espérese . . . (*Juan le arrebata el fono*)

JUAN —Aló . . . señor Simón . . .

JORGE (*A Matilde*) ¿«Señor»?

JUAN —Sí . . . Con él . . . No, no es eso . . . no lo tome así . . . Sí . . . Sí, como guste. Sí . . . Está todo arreglado . . . No . . . Está todo arreglado, le digo. Le explicaré cuando nos encontremos . . . No, no trato de ganar tiempo . . . Sí . . . en una hora más . . . Hasta más rato. (*Cuelga*)

JORGE —¿Así que tu conocías a ese gallo, papá?

MATILDE —¿De qué quiere hablarte?

JUAN —Es por . . . un préstamo, mujer. Un préstamo.

JORGE —De ese sinvergüenza.

MATILDE —¿Y por qué no me habías dicho nada de eso? ¿Es para lo de la fábrica . . .? ¿Que no basta con lo ahorrado y la hipoteca?

JUAN —Sí, mujer . . . Es para eso . . . Para lo de la fábrica . . . Una cantidad muy pequeña. No vale la pena hacer gestión . . .

JORGE —Pero él dijo que no trataras de hacerte el vivo con él. ¿Qué quiso decir con eso? (*Baja Ricardo. Viene con overall*)

JUAN —Ese hombre es muy nervioso, Jorge. Me pone nervioso a mí también . . . Se le ha puesto que no le voy a devolver su plata porque me he atrasado algunos días . . .

JORGE —¿Y qué fue lo que te prestó?

JUAN —Me endorsó una letra, hijo. (*A Matilde*) Para cubrir la garantía. Te acuerdas que nos faltaba algo, mujer . . .

JORGE —Pero, viejo . . . ¿Y cómo fuiste a caer en él?

JUAN —Tú no me quisiste prestar . . .

JORGE —Pero, papá . . . De eso quería que habláramos . . . Si yo hubiera sabido que estabas en apuros . . .

JUAN —¿Qué? ¿Me habrías ayudado? ¿Necesitas que tu padre esté en apuros para que te acuerdes de él? (*A Matilde*) Es poca cosa, mujer. No es para alarmarse. Ese tipo es muy nervioso. Eso es todo.

MATILDE —¿Y para qué te llamó ahora?

JUAN —Para recordarme que tenemos que ir juntos al Banco. A las diez . . . Me tengo que ir . . . (*Se aleja*)

JORGE —¿La van a descontar?

JUAN —¿Qué cosa?

MATILDE —¡La letra, hombre!

JUAN —¡Oh, no! ¡Eso no! Me la pagarán, hijo. A mí no me descuentan nada.

JORGE —¿Te preguntó si te la van a descontar, viejo? Podrías pasarla a la cuenta de mi Banco.

JUAN —No me descontarán nada, ¡te digo! (*Va hacia la puerta*)

JORGE —Pero, papá . . .

JUAN (*Se vuelve*) ¿Qué crees que soy? ¿Un estúpido? Sé tratar a esa clase de gente. No necesito la ayuda de nadie.

JORGE —A las diez en el Savoy, papá. ¡Acuérdate! (*Sale Juan. Ricardo se ha acercado a la mesa; mordisquea un pan. Toma su café de pie*)

JORGE (*A Matilde*) ¿Y qué te parece?

MATILDE —¿Qué cosa, hijo?

JORGE —Bueno y que no te has dado cuenta, ¿entonces?

MATILDE —Claro que sí. Que tu padre está manejando el asunto como se debe y sin la ayuda de ustedes.

JORGE —Pero, mamá. Está metido en un lío. No hay más que verlo.

MATILDE —No exageres, Jorge. No veas lo que no hay. No pasa de estar un poco preocupado.

JORGE —Por Dios, mamá. Qué ceguera la tuya. ¿Que no te has dado cuenta que está deshecho?

MATILDE —Tu padre no tiene nada, Jorge. Lo conozco mejor que ustedes. Llevo más de treinta años viviendo con él. Cada vez que se le exige un sacrificio, agranda las cosas, porque le gusta hacerse la víctima. Ha sido así toda su vida.

RICARDO (*Ha escuchado la discusión sin perderse nada; con calma*) ¿Y quién le exige esos sacrificios, mamá? ¿Nosotros? ¿Sus hijos?

MATILDE —Anda a la cocina, Ricardo. ¡Te he dicho que en esa facha no comes aquí!

RICARDO —Es tan grande tu ambición, ¿qué tienes que meter a mi papá en líos?

MATILDE —Anda a la cocina, ¡te digo!

RICARDO —Puedes ganar toda la plata que quieras. No voy a tocar un cinco de eso. (*Pausa*)

MATILDE —Sé que tú no cuentas en esto. Desde niño sólo he sentido tu rencor, por todo lo que hago, Ricardo. ¡Anda a la cocina!

RICARDO —No, mamá; no me voy a ir a la cocina. Ésta es mi casa. En ella soy igual a cualquiera de ustedes. No importa lo que lleve puesto. (*Calmándose*) Mamá . . . ¿Por qué no te olvidas de ese asunto de la fábrica? (*A Jorge*) ¡Dile, dile tú, Jorge! Dile que estamos bien como estamos; que deje tranquilo a papá. (*Silencio de Jorge*) ¿Que tú necesitas su plata, acaso?

MATILDE —Tú mejor no opines en esto, Ricardo.

RICARDO —¿Por qué no, mamá?

MATILDE —Porque no tienes ambición.

RICARDO —¿Así que es necesario tener ambición para matar al viejo?

MATILDE —¿Y quién lo está matando? Tú no has estado durante veinte años detrás de un mostrador, Ricardo. Esto te habría enseñado a dejar a un lado muchas cosas, por conseguir otras.

RICARDO —He conocido gente que se pasa toda la vida en eso y no se queja, mamá.

MATILDE —Sólo porque no tienen oportunidad de quejarse.

RICARDO —Pero nosotros estamos grandes, mamá. ¡Esto es ridículo!

MATILDE —He esperado una vida. No voy a perder ahora esta oportunidad, porque tú no estás de acuerdo.

RICARDO —Pero yo no voy a tocar un cinco, ya te dije. Si estás pensando en mí, saca la quinta parte y guárdala para pagar el hospital a mi papá. La vas a necesitar.

MATILDE (*Trémula*) No seas insolente, ¡Ricardo! (*Se produce un instante de silencio. Matilde busca argumentos, pero no los encuentra. Está despejando la mesa; sale hacia la cocina*)

RICARDO (*A Jorge*) Y tú, no dices nada, ¿eh? Estás feliz de que mi papá se saque la mugre, ¿eh? Total, a ti te conviene. En la tienda

siempre han andado a tres cuartos de un repique. Ahora piensas que vas a tener un Banco en tu casa.

JORGE —Te equivocas, Ricardo. Justamente estoy tratando de ayudarle y convencerlo que no se meta en eso. Lo que pasa es que tú andas siempre con la cara tan llena de grasa que crees que todo hay que arreglarlo a la bruta; entre un sí y un no.

MATILDE (*Volviendo de la cocina*) Desde que eras un niño, supe lo que iba a ser de ti, Ricardo. Eras rebelde con los de tu casa. Te gustaba salir con la tuya.

RICARDO —Nunca me dejas explicarte nada, mamá.

MATILDE —Te codeabas con lo peor del barrio. Siempre andabas sucio y desarreglado. Dejaste la escuela porque querías trabajar y después no durabas en ningún empleo. Te peleabas con tus jefes.

RICARDO —Eso fue una vez, mamá. No siempre fue por eso y tú lo sabes. ¿Quién me obligó a dejar el trabajo en la barraca? ¿No fuiste tú?

MATILDE —Sólo te pagaban cinco días de la semana.

RICARDO —¿Y el trabajo en la imprenta?

MATILDE —Te tenían cortando cartones, ¿qué porvenir hay en eso?

RICARDO —Pero me habían prometido enseñarme la linotipia.

MATILDE —Te lo habían prometido pero no lo hacían. Si tú no velas por tus intereses, yo me siento en la obligación de hacerlo.

RICARDO —No es por eso, mamá.

MATILDE —¿Qué cosa?

RICARDO —No era para velar por mis intereses que te metías.

MATILDE —Y ¿por qué crees que era, entonces?

RICARDO —No son los intereses nuestros los que te importan.

MATILDE —¿Vas a volver a torcer las cosas en provecho tuyo?

RICARDO —No, mamá; no voy a torcer nada. Tú no has velado nunca por los intereses míos, porque si fuera por eso, me dejarías tranquilo. (*A Jorge*) Tampoco le interesan los tuyos, Jorge . . . (*A Matilde*) Lo haces porque te enferma pensar que yo gano poco y me puedan estar explotando.

MATILDE —¿Y que no lo están haciendo acaso? (*A Jorge*) ¿No crees tú, Jorge, que lo están explotando? (*A Ricardo*) ¿Cuánto te paga tu patrón?

RICARDO —Cícero no es mi patrón, es amigo mío.

JORGE —¿Pero cuánto te paga? ¡Dilo!

RICARDO —Me paga cuando puede . . .

JORGE —¿Cuánto?

RICARDO —Tú eres hijo de ella. Te preocupa la misma cosa.

JORGE —¿Pero cuánto te paga? Todavía no nos dices.

MATILDE —Confiesa que lo hace sólo a veces . . .

RICARDO (*Va creciendo su irritación*) Sí. ¡Cuándo puede! ¡Cuándo hay plata en caja! ¡Cuando le pagan sus clientes!

MATILDE —Y eso es nunca, ¿no es cierto?

JORGE —Todavía no nos dices cuánto.

RICARDO —¡Ochocientos! ¡Mil! ¡Mil quinientos! ¿Qué importa?

JORGE —¿Qué? ¿Ochocientos? ¿Por día?

RICARDO —Sí, por día. (*Jorge se ríe*) ¿De qué te ríes?

MATILDE —Tienes veintitrés años . . . Eres hijo de una familia de la mejor clase media . . . ¿y sólo ganas ochocientos pesos diarios?

RICARDO —¡Sí! ¿Y qué hay con eso?

JORGE —Te explotan, entonces, o eres un tarado. Una de dos.

RICARDO —¡Mira! Deja decirte. Nadie me explota, ¿entiendes? Estoy feliz con lo que hago . . . ¡Un día de trabajo en el garage me hace más feliz que un año tuyo de negocios y estafas! ¡Sí, estafas! ¿Con qué se paga eso? ¡Dime! ¿Con qué se paga?

JORGE —Se volvió loco.

RICARDO —No; no me he vuelto loco. Lo que pasa es que tienes miedo de que alguien pueda ganar más que ustedes o que se vayan a hacer ricos a costa de ustedes . . . Les aterra la idea de que se puedan quedar atrás . . . Tienen miedo de que mañana se puedan quedar sin nada y eso es como morirse. (*Se calma*) Tú no velas por nuestros intereses, mamá . . . Velas porque te ayudamos a salvarte de tu miedo.

MATILDE (*Tras breve pausa*) ¿Cómo te atreves a decirme una cosa así?

JORGE —Está completamente loco. No le hagas caso.

RICARDO (*Calmado ahora; tratando de convencer*) Mamá . . . entiende . . . tú no tienes derecho a exigirle a mi papá que se exponga por satisfacer una necesidad tuya . . . Al viejo no le importa lo que tengan los demás. Es feliz con lo que tiene . . . ¿No comprendes?

MATILDE —¿Quieres decirme, entonces, que todos mis sacrificios han sido en vano, Ricardo?

RICARDO —No, mamá, entiéndeme . . .

MATILDE —¿Si todo te parece tan mal en tu casa . . . por qué no te vas?

RICARDO (*Con emoción*) ¿Me lo estás preguntando o es que quieres, realmente, que me vaya, mamá?

MATILDE —Soy tu madre, Ricardo. No te puedo echar sin una buena razón.

RICARDO —Según tú, toda mi persona es una buena razón, mamá. No creo que necesites otra.

JORGE —Cuando te oigo hablar, me parece que no vivieras en esta tierra. ¿Dónde crees que vas a llegar con tus ideas? ¿Que no te has dado cuenta que los únicos que salen adelante en la vida son los que tienen plata?

RICARDO —No entendiste nada de lo que dije, ¿no es cierto?

JORGE —Lo que entendí es que eres uno de esos ilusos que andan con el paso cambiado. Son los jetones que viven de ideales y no tienen dónde caerse muertos. No doy un peso por ninguno de ellos.

RICARDO (*A Matilde*) ¿Sabes lo que voy a hacer uno de estos días, mamá? Voy a salir a la calle a cogotear al primer fulano que se me cruce . . . Cuando vuelva con los bolsillos llenos de billetes, voy a tener dónde caerme muerto . . . Voy a ser el hijo predilecto de esta casa . . .

JORGE —¿Lo dices por mí?

RICARDO —Contigo estoy hablando.

MATILDE —¡Ricardo!

JORGE —Lo que te pasa a ti es que te gusta revolcarte entre tus mugres, porque sabes que no eres capaz de ser una persona decente.

RICARDO —¿Y tú crees que basta andar con cuello y corbata y perfumado, para ser una persona decente?

MATILDE —¡Ricardo, no pelees!

RICARDO —El me insultó primero, mamá.

JORGE —¡Tarado!

RICARDO —¿Oíste, mamá? (*Se planta frente a Jorge*) Achutado, ¿qué te has imaginado llamarme así?

MATILDE —¡Déjalo, Ricardo!

RICARDO (*Lo zamarrea. Lo chasconea*) Te has mirado alguna vez al espejo, sin tu peinado a la gomina. A lo mejor no te ves tan decente.

JORGE —¡Suéltame, animal!

MATILDE (*Golpea el hombro de Ricardo*) ¿Te has vuelto loco, Ricardo?

RICARDO (*Lo suelta*) ¡Mírale la cara, mamá! ¡Tu hijo preferido! ¡Revísale el traje por si le dejé una mancha! (*Sara asoma en la escala*)

SARA —¡Ricardo, por favor!

RICARDO (*Se vuelve hacia Sara*) Él comenzó primero, Sara . . . ¡Me insultó!

JORGE (*Se derrumba ante la vergüenza de no haber sido capaz de cruzarse ante Ricardo*) Cobarde . . . (*Pausa; Ricardo mira a Jorge; se toma la cara*)

MATILDE —Tienes que irte a vivir por tu cuenta, ahora, Ricardo. Tienes que irte de esta casa. (*Ricardo la mira*) Después de esto, es lo único que debes hacer.

RICARDO (*Tras pausa*) ¿Quieres que me vaya, mamá?

MATILDE —Tú te lo has buscado . . .

SARA —¡Mamá . . . no!

MATILDE —¡No te metas, Sara!

RICARDO —Sí, mamá. Creo que estoy de más aquí. (*Jorge sube la escala*) ¿Por qué lo haría, mamá? Yo no lo odio . . . Lo comprendo . . . No lo odio . . .

MATILDE —Anda a buscar tus cosas, Ricardo.

RICARDO —¿Yo no encajo aquí, no es cierto? (*A Sara*) ¿Por qué? ¿Por qué pienso en una forma tan distinta a ti y a Jorge? Cuando estoy en el garage y me meto debajo de uno de esos autos, creo que estoy en lo cierto, ¿comprendes? Pero cuando llego a mi casa o voy por la calle y oigo lo que habla la gente, me viene la idea de que me estoy perdiendo algo. ¿Qué me estoy perdiendo, mamá?

MATILDE —He discutido demasiado contigo. No quiero discutir más.

RICARDO —Hay personas que son felices, y yo he pensado que es porque viven sin apremio. ¿No crees que es por eso?

MATILDE —No quiero discutir más, te digo.

RICARDO (*A Sara*) ¿Por qué hay personas como Cícero, por ejemplo? (*A Matilde*) ¿Sábes lo que hace en las tardes, después de cerrar el garage?

MATILDE —No quiero saber nada, Ricardo.

SARA —¡Pero, mamá, escúchale al menos!

RICARDO (*A Sara*) Se sienta debajo del parrón y toca su guitarra . . . Su mujer se pone a desgranar arvejas al lado de él. Y hablan de que . . . de que las parras van a dar ese año, pocas o muchas uvas. De que sería bueno azufrarlas . . . De que si las hubieran podado más, habrían dado menos sombra. Y cuando estoy con ellos, es como si se hubiera parado la tierra, de tan tranquilo que está . . . Y no es porque les sobre plata, mamá . . . El garage les da lo justo para vivir, pero entre ellos no hay esa tensión que hay entre nosotros, ¿comprendes?

MATILDE —Andate a vivir con ellos, entonces, si esa vida te gusta más.

RICARDO (*Tras pausa*) Sí, mamá; es lo que voy a hacer. Debería haberlo hecho hace tiempo.

SARA —No, Ricardo . . . No te vayas . . . ¿Qué voy a hacer yo?

RICARDO —Voy a vivir en el garage, Sara. No voy a estar muy lejos. (*A Matilde*) ¿Puedo venir a verte a veces, no es cierto?

MATILDE —Ésta sigue siendo tu casa, Ricardo.

RICARDO (*Va hacia la puerta; se vuelve*) Me voy a casar con la Ester, mamá.

MATILDE (*Sin mirarlo*) Haz lo que creas mejor.

RICARDO —Te digo para que lo sepas, no más.

MATILDE (*Siempre sin mirarlo*) Si crees que puedes arrastrarla a una vida de miserias, cásate con ella. Si no, no cometas ese error, porque la vas a amargar.

RICARDO —Eso no me preocupa. Ella piensa igual que yo.

MATILDE —Mejor así, entonces.

RICARDO —Voy a vivir en el entretecho del garage. Pasa a verme cuando quieras.

MATILDE —No voy a ir, hijo. No quiero verte sufrir.

SARA (*Un llamado lleno de simpatía*) Ricardo . . . (*Ricardo le hace un saludo con la mano y sale. En el cuarto se cierra el silencio. Matilde hace un movimiento, apenas perceptible, hacia la puerta por la que ha salido Ricardo. La mira fijamente*)

SARA (*Resentida*) No debías haber hecho eso.

MATILDE (*Se vuelve con apremio y urgencia*) ¿Y tú? ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué no estás trabajando en algo?

SARA —Tú sabes lo que lo quiere mi papá. No debiste hacerlo.

MATILDE —¿Tampoco tienes en qué ocuparte, dime? (*Sara va hacia la puerta de calle*) No voy a discutir contigo mis determinaciones. ¿A dónde vas?

SARA —No sé. A cualquier parte. No quiero saber nada.

MATILDE (*Ablandándose*) Sara, ese niño se fue porque quiso.

SARA —Bastaba una palabra tuya para que se hubiera quedado. Cuando estaba en la casa, me gustaba que estuviera Ricardo, me sentía acompañada. A veces venía a mi pieza y se sentaba al pie de mi cama y hablábamos. Ahora no va a volver y con él me has echado a mí también de la casa.

MATILDE —¡Tonterías, Sara! Para ti nada va a cambiar. Al contrario . . . vas a ser la más favorecida . . .

SARA —Pero, mamá ¿qué te pasa? ¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué andas siempre detrás de nosotros, cómo si estuviéramos ante un desastre?

MATILDE (*La va a buscar y la sienta junto a sí en el sillón*) Tú no comprendes; porque siempre lo has tenido todo . . . La pobreza es terrible, Sara . . . Ser pobre es lo peor que hay, porque es lo único que la gente no perdona. (*Toma las manos de Sara*) Tú sabes lo que fue mi niñez, hija.

SARA —Una vida llena de miserias . . . Pero eso no explica nada.

MATILDE —Explica, hija, claro que explica . . . Tú no sabes lo que es vivir quince años, tres personas, en una sola pieza . . . Con mi madre siempre enferma y mi padre . . .

SARA —Tomándose su jubilación en el bar de la esquina; ya sé . . .

MATILDE —¡Sí, hija, sólo dos mil quinientos pesos al año, hija! . . . ¡Dos mil quinientos pesos! Pero eso no era lo peor. Lo doloroso es a los extremos que puede llevar la pobreza. Deja contarte algo que no puedo olvidar, para que entiendas. Mi madre estaba enferma. De los pulmones, te he contado, Sara. Tosía todo el día . . . El día que murió mi padre no derramó una lágrima . . . No le importó nada . . . Parecía hasta contento . . . ¡Sí, hija . . . Contento! . . . Porque le quitaba un peso de encima . . . Los últimos meses, ni le compraba remedios . . . La dejaba sola . . . Se iba al bar . . . No le importaba . . . Porque hasta la muerte deja de tener importancia, cuando lo único que hay es miseria, hija. Por eso quiero que te cases bien, Sara. Con un muchacho con plata. Montones de plata . . . Para que tengas cosas . . . Eres bonita. Puedes salir adelante en lo que quieras.

SARA —No me interesa el matrimonio.

MATILDE —Lo que pasa es que no has tenido nunca las debidas relaciones. Conociste a ese muchacho y creíste que no podrías querer a otro. En el futuro será diferente. (*Sara niega con movimiento de cabeza*) ¿Que no ves que te estoy tratando de ayudar?

SARA —¡Oh, mamá! Tú me forzaste a dejarlo. ¿Qué clase de ayuda es ésa?

MATILDE —Sí, pero verás cómo en el futuro todo va a ser diferente. Lo único que tendrás que hacer es presentarte mejor ante los muchachos. Ahora, hay días en que te descuidas mucho, niña, y eso es la culpa de todo . . . Te vas a poner esos aros grandes que te vienen tanto y vas a arreglarte el pelo de otro modo. Tienes bonito pelo, Sara. (*Sara se levanta y sale casi corriendo hacia la calle*) ¡Sara! . . . Tienes bonito pelo, Sara . . . (*Su voz va bajando*) Nunca hablamos nada, Sara . . . Nunca hablamos nada . . . (*Se sienta; Jorge ha bajado y trata de cruzar tras ella hacia la calle; Matilde lo ve*) ¿Dónde vas, Jorge?

JORGE (*Se detiene*) Me tengo que ir, mamá.

MATILDE —¿A dónde, hijito? Quédate aquí un rato, conmigo, ¿quieres?

JORGE —Tengo que irme, te dije.

MATILDE —Te ha molestado algo que he dicho, Jorge.

JORGE —No, mamá, nada.

MATILDE —¿Te molestó lo que te hizo Ricardo?

JORGE —No, mamá.

MATILDE —¿Por qué ese apuro, entonces, tan de repente? Puedo contar contigo, ¿no es cierto?

JORGE —¿En qué?

MATILDE —Eres lo mejor de la familia. Entre los dos la vamos a sacar adelante, ¿no es cierto? (*Jorge trata de avanzar; Matilde lo retiene*) Estuve pensando. ¿Te parece bien que le digamos a Ricardo que vuelva a casa? ¿Que haga lo que quiera? (*Ante un gesto vago de Jorge*) ¿No crees?

JORGE —Mamá, tengo que hacer.

MATILDE —Sí, hijito, sí. ¡Anda! (*Se engancha de su brazo; va con él hacia la puerta de calle*) Es un alivio tenerte a mi lado. ¿Cómo van tus negocios?

JORGE (*Impaciente*) Bien, mamá.

MATILDE —Qué bueno, hijo. No tengo por qué preocuparme de ti . . . ¿No crees que si Ricardo conoce una vida mejor, se va a avergonzar de sus amistades de ahora?

JORGE —Mamá, hiciste lo que tenías que hacer. Sé consecuente con ello.

MATILDE —Pero yo puedo contar contigo para lo de la fábrica, ¿no es cierto? ¿Aunque te cases con Cora, no nos dejarás, a tu padre y a mí? Vamos a necesitar tu ayuda, hijo . . .

JORGE —No me voy a casar con ella.

MATILDE —¿No te vas a casar? ¿Y por qué?

JORGE —Lo decidimos anoche.

MATILDE —¿Anoche? ¿Y por qué, hijo? Parecía que eso iba tan bien.

JORGE —No tan bien, como ves.

MATILDE —¿Y qué pasó? ¿Qué ya no te gusta, niño?

JORGE —No, mamá. Fue ella quien me dejó. Me pedía más de lo que podía darle.

MATILDE —Pero . . . Y, ¿qué quiere esa mujer? ¡Si tú recién te estás formando!

JORGE —No es por eso.

MATILDE —¿Qué quería, entonces? No entiendo.

JORGE —Quería que fuera «franco y natural» . . . ¡Imagínate!

MATILDE —¿Y tú? ¿Que no lo eres, acaso?

JORGE —No te preocupes. Ya habrá otra.

MATILDE —Pero, Jorge . . .

JORGE —No te preocupes, te digo. Mujeres sobran . . . Ésa pedía demasiado; nada más . . . Ya encontraré otra . . .Franco y natural ¡Imagínate! ¡Las cosas que le exigen a uno, ahora! (*Sale. Cuando Matilde vuelve hacia el cuarto, muestra un rostro lleno de perplejidad y desconcierto. Está sola, ahora, en casa. Después de un rato cae el telón*)

TELÓN

Tras una breve interrupción, continúa la acción. Han pasado unos minutos. Juan y Manuel están sentados en el escaño del parque. A Juan lo anima una falsa exaltación. Es el ser que acaba de vencer un estado de gran tensión y en el cual el pasado y la vida irrealizada cobran una desesperada dimensión consoladora. Se acoge a una falsa realidad de los hechos.

MANUEL (*Después de un rato, con cautela. Juan mira ante sí*) ¿Y?, ¿qué piensas hacer?

JUAN (*Leve pausa*) Voy a la casa a contarle todo a Matilde. Ella va a comprender.

MANUEL —¿Y tus hijos? Tienes dos hijos hombres . . . Has tenido suerte en eso. Yo sólo tengo una hija mujer . . . Una mujer consuela pero no ayuda.

JUAN —He cometido un error muy grande en no contárselo a Matilde. En el fondo es una mujer comprensiva, Manuel. Sólo porque es dura en el modo, parece que no lo fuera. (*Ante la expresión de asombro de Manuel*) Bueno, y ¿qué clase de amigo eres, que no me crees?

MANUEL —Te creo, hombre. Claro que tu mujer a veces no ha sabido comprenderte.

JUAN —Y te voy a decir otra cosa. Hay una virtud en Matilde que no he sabido reconocer; su capacidad de acostumbrarse a todo. La he obligado a una vida difícil y no me ha fallado . . .

MANUEL —Pero tú siempre has sido un buen marido. No tienes nada que reprocharte.

JUAN —La primera vez que viniste a vernos, dormíamos en el suelo, sobre colchones, ¿te acuerdas?

MANUEL —Sí . . . Te acababas de casar.

JUAN —Comenzamos sin un centavo, Manuel. Mi padre se opuso al matrimonio y nos negó todo . . . Decía que Matilde se casaba conmigo para resolver su problema. (*Ante un gesto de Manuel*) No se pueden cerrar los ojos a ciertos hechos, hombre . . . Pero nunca me falló. ¡Nunca! Uno no debe olvidarse de eso . . . (*Con simpatía*) Dormíamos sobre colchones. Un día almorzaste con nosotros sentado en una maleta, ¿te acuerdas?

MANUEL —¡Sí! ¡Qué tiempos!

JUAN (*Con euforia*) Usabas bigotes, entonces, ¿eh? Todavía recuerdo cuando entraste a la pieza, con el calañé en una mano y un ramo de violetas para Matilde . . . No nos separamos nunca, desde entonces, los dos, ¿eh?

MANUEL —Siempre juntos en la buena y en la mala . . .

JUAN —Has sido un buen amigo. (*Le palmotea la rodilla con afecto*) ¡Es curioso! Siendo casi mudo en mi casa, contigo soy una cotorra. (*Ríe mansamente*) ¿Te acuerdas la rubia teñida del tren a Valparaíso? ¿Cuándo nos pegamos esa escapada, los dos?

MANUEL (*Asustado ante el exagerado entusiasmo de Juan*)

JUAN —¡Jurabas que era un ángel y tenía una cara, hecha a pellizcones! ¡Ja! ¡Oh, Dios mío! ¿Dónde quedó todo eso? (*Su risa se torna dolorosa*) Éramos chiquillos, entonces, ¿ah? ¿Qué edad tendríamos, Manuel?

MANUEL —No me acuerdo, hombre. Treinta años, tal vez.

JUAN —¡Treinta años! ¡Cómo pasa el tiempo! Tiempo amargo, Manuel, ¿eh? ¡Tiempo amargo! ¡Oh, Dios! (*Pausa brusca*) Ella va a comprenderlo todo, hombre. Las mujeres son así a veces. Parecen duras, pero no lo son en realidad. ¡No te preocupes!

MANUEL —No me preocupo, Juan.

JUAN —¿Por qué pones, entonces, esa cara?

MANUEL —No estoy preocupado, te digo.

JUAN (*Con incontrolada exasperación*) ¡Sí, lo estás! ¡Se te nota! Siempre lo ves todo demasiado negro, Manuel. Ésa es tu falta. Lo ves todo demasiado negro. ¡Te acoquinas! ¡No tienes carácter. Te echas el mundo encima, por nada!

MANUEL —¡Por Dios, Juan! ¿Qué te pasa?

JUAN (*Despierta; se derrumba. Pausa*) Manuel, dime . . . Bien sinceramente . . .¿Tengo yo la culpa, hombre? Honradamente . . .

MANUEL —Trataste de hacer lo mejor. No tienes nada que reprocharte. (*Matilde sale de la casa; en traje de calle*)

JUAN —No, Manuel, te equivocas. No somos nosotros los que contamos.

MANUEL —¡Sí, hombre, pero cálmate!

JUAN —No basta con echar hijos al mundo. Debemos darles algo cuando aún es tiempo . . . Me he sentado a esperar a que los niños aprendieran por su cuenta, Manuel.

MANUEL —Pero, si tú les has dado tu cariño y ellos te quieren, Juan . . .

JUAN —¿Qué les he dado? Nunca les dije nada. Cuando yo era joven, estaba lleno de ideas . . . Nunca les comuniqué ninguna. He sido débil . . . Ricardo me quiere, es cierto, pero, ¿qué le he dado a ese niño que le asegure su porvenir? No basta con echar hijos al mundo . . . Ahora tengo un dolor, aquí, en el pecho, Manuel. No voy a durar muchos más.

MANUEL —No digas leseras, hombre.

JUAN —Duele, viejo, duele. Cuando piensas que no has hecho nada. Duele. (*Se levanta*) Tengo que ir a hablar con Ricardo. Debí hacerlo hace tiempo. Tiene gran corazón ese niño. (*Se aleja*)

MANUEL —¿No quieres que te acompañe, hombre?

JUAN (*Se vuelve*) Te acuerdas los proyectos que teníamos? ¿La escuela para párvulos? ¿Las doctrinas de la buena fe? ¡Qué ideales!

MANUEL —¡Te espero en el bar, Juan! ¡Cómo quisiera tener algo para ayudarte, viejo!

JUAN —¿Qué te pasó a ti? Lo fuiste dejando todo por el camino, también, ¿eh? Te sentaste a esperar, ¿eh? (*Se aleja*) ¡Adiós, Manuel!

MANUEL (*Preocupado*) ¡Te espero en el bar de José María! (*Desaparece Juan; Manuel se aleja por el otro lado. En la casa, entra Sara desde la calle. Ha vagado sin rumbo fijo y ha resuelto volver. Muestra en sus gestos, desazón y desconcierto. Toca los objetos. Se sienta y prende la radio. Vuelve a apagarla. Se levanta. Prende un cigarillo. Después de un rato entra Juan. Desde la calle*)

SARA —Papá, ¿qué haces aquí, a esta hora?

JUAN —Buenas tardes, hija . . . La tarde estaba tan linda que me vine dando un paseo . . . ¿Has visto cómo comienzan a florecer los ciruelos del parque, hija?

SARA (*Preocupada*) No, papá.

JUAN —Todo está lleno de su fragancia. Me paré a mirar cómo hacía su nido un chincol. Salía del árbol y cada vez que volvía traía una hebra en el pico. Son realmente hacendosos esos pajaritos . . . Pero, ven, Sara . . . (*La toma de las manos y la conduce hacia el sofá, se sientan*) Tengo que contarte algo . . . Bueno, ¿qué te iba a contar? ¿Por qué estás aquí? ¿No saliste? ¿Me estabas esperando?

SARA —Pero, papá. Tú sabes que siempre estoy en casa a esta hora.

JUAN —Ah sí, de veras, hija. (*Se levanta bruscamente*) Tengo que hablar con tu madre. ¿Está aquí, también?

SARA —No, papá. Está en la tienda . . .

JUAN —La tienda, naturalmente . . . Y ¿Ricardo? ¿está?

SARA (*Baja la cara*) No está, papá.

JUAN —¿No está? ¿Por qué?

SARA —No sé . . .

JUAN —¡Qué lástima! Me siento muy bien, hija. Muy bien. Como nunca. Porque he estado bastante nervioso, últimamente, ¿no es cierto?

SARA —Sí, papá. No has estado muy bien.

JUAN —Sí. ¡Muy nervioso, hija! . . . ¿Cómo van tus cursos para modelo,Sara?

SARA —Pero, papá. Si nunca los seguí. ¡Fue sólo una idea! Y hace tanto tiempo . . .

JUAN —No los seguiste, ¿eh? Tanto mejor, hija. Las modelos no parecen mujeres felices. Se ponen demasiado color en la cara y eso es mala

seña . . . Cuando una mujer se pone demasiado colorete, es porque no es feliz.

SARA (*Alarmada*) Papá, ¿qué tienes? ¿Te sientes mal? (*En ese momento entra Jorge desde la calle: viene en estado de agitación*)

JUAN —Mejor que nunca. Mejor que nunca. (*Ve a Jorge*) ¡Ah, Jorge! Tú aquí, también. Los encuentro a todos reunidos . . . ¡Ven! Siéntate ahí, hijo. (*Le hace un lugar a su lado*) ¿Vienes a hablar a tu madre, también?

JORGE —No, viejo . . . ¿Por qué? (*Sara le hace señas detrás de Juan; Jorge la ordena calmarse*)

JUAN —Extraña mujer tu madre, Jorge. Ustedes no van a reconocer nunca lo que vale. (*Ante un gesto de Sara a Jorge*) No, Sara; no van a reconocerlo nunca, porque ustedes, los hijos, siempre saben todo demasiado tarde. (*Saca una matraca del bolsillo y la hace sonar; confidencial; casi socarrón*) Mira, Jorge . . . Traje esto para ti. La compré para unos niños en el parque . . . Estaban con su mamá muy seria que no les permitió recibirla de un desconocido. ¡Toma! Es para ti.

SARA (*Le toma las manos y apoya su cabeza sobre su pecho*) ¡Oh, papá!

JUAN (*Le acaricia la cabeza*) Siempre fuiste muy cariñosa, Sara. ¡Tú también, Jorge! Ahora estamos tan separados.

JORGE —Sara, lleva a mi papá a acostarse.

JUAN —Pero, ¿por qué, hijo? Me siento tan bien.

JORGE —Es mejor que descanses un poco, papá. Anda, Sara. ¡Acompáñalo!

JUAN (*Breve titubeo; mira sus ojos; ha leído la comprensión en su mirada*) Sí, Jorge. Tienes razón. Es mejor que me vaya a echar una pestañada. Estoy cansado . . . Muy cansado. (*Sara lo conduce hacia la escala; se vuelve*) Tu madre lo va a comprender todo, hijo. ¡Y será para mejor! La necesidad une a la gente. Los pobres son siempre más afectuosos, Jorge. No lo olvides nunca. (*A Sara, mientras ascienden*) Uno de los niños del parque me dijo que yo estaba muy pálido. ¿Es cierto? (*Sara no puede responder*) «Igual a mi tío Alfonso, dijo. Cuando lo acostaron a dormir en la pieza de las velas y las flores». (*Sonríe*) Los niños nunca saben lo que dicen. (*Suben la escala. Están por desaparecer en lo alto de la escala cuando aparece Matilde, que entra desde la calle; viene en estado de gran agitación*)

MATILDE (*A Jorge; no ve a Juan*) Y tu padre, ¿dónde está? (*Ve a Juan en la escala*) ¡Juan! (*Se acerca al pie de la escala y se aferra del pasamano*) ¿Qué fue lo que hiciste, Juan? (*Juan se vuelve*) Vinieron unos hombres a la tienda a levantar inventario de las cosas. Traían una orden de embargo, firmada por el juez.

JORGE —Mi papá se siente mal, mamá. Ayúdale a acostarse, Sara. (*Juan baja la escala a pesar de la presión de Sara*)

MATILDE —¿Acostarse? ¿Qué pasa aquí? ¿Se han vuelto locos? Juan, ¡dime que esos hombres están equivocados!

JUAN —No, Matilde. No están equivocados . . . Me metí a un negocio de minas, y Ferrás huyó con la plata.

MATILDE —¿Ferrás? ¿Qué Ferrás?

JUAN (*Se sienta en el sofá*) El vecino de La Serena . . . El del mechón blanco . . . Estaba escribiendo un libro sobre moral, ¿te acuerdas? Después se dedicó al negocio de minas.

MATILDE —Juan, tú te estás burlando de mí, ¿no es verdad?

JORGE —No, mamá, es cierto. Me acabo de encontrar con un amigo que trabaja en el juzgado. Me andaba buscando para prevenirme por lo del embargo.

MATILDE —¿Y dónde está ese Ferrás ahora?

JUAN —Pasó la frontera, Matilde. Tenía todos los documentos en orden. Era una mina de la mejor ley. Con estación de ferrocarril cerca y agua propia. Sólo se necesitaba dinero para pagar las faenas. Ferrás mismo puso el prestamista.

MATILDE —¿Qué prestamista?

JUAN —Pedro Simón. (*A Jorge*) La plata que me dio, se la pasé a Ferrás y me firmó un recibo.

JORGE —¡Pero un recibo, viejo! ¿Qué es un recibo?

JUAN —Creí que con eso era suficiente.

JORGE —¿Y no hay ningún otro documento, alguna escritura? ¿Cheques? ¿Algún acuerdo escrito?

JUAN —Nada, hijo.

JORGE —¿Así que le diste la plata en billetes, papá?

JUAN (*Desesperado*) ¡En billetes, sí! Para pagar las faenas, te dije. (*A Matilde*) Parecía honrado, mujer. (*A Sara*) Es un filósofo . . . Escribió un libro sobre moral. Esa clase de gente no roba, Jorge. Tiene una vida interior.

MATILDE —¿Cuánta plata se llevó ese hombre?

JUAN —Pagamos con los ahorros y la hipoteca de la tienda.

MATILDE —La plata de la fábrica . . .

JUAN —Tú comprendes, ¿no es cierto, mujer? Lo hice por ti . . . Lo hice por ustedes.

JORGE —Sara, anda a acostarlo. Aquí no hay nada más que decir.

JUAN —Lo hice por ti también, Jorge. Quería instalarte, al fin, en un negocio sólido y respetable. No me gusta que tengas que andar metido en esos enredos.

MATILDE —Pero, Juan. ¡Tienes que hacer algo! ¿Y cómo pudiste . . . cómo pudiste hacer esto, sin consultarme? Siempre fuiste un inútil. Tenías que echarlo todo a perder.

SARA —¡Mamá!

JUAN —No te lo dije, porque siempre has desconfiado de todo.

MATILDE —¿Así que voy a ser yo, después de todo, la culpable?

JUAN —Estoy cansado, mujer. Quiero ir a tenderme un rato. Tengo un dolor, aquí, en el pecho. (*Se levanta y se encamina hacia la escala*).

MATILDE (*Saliendo de su estupor*) Juan, no te vayas. Tienes que hacer algo. (*Se vuelve hacia Jorge*) ¿Qué pasa? Ustedes se están riendo de mí.

JORGE —¿Cómo crees que alguien pueda reírse de algo así?

MATILDE —Pero entonces . . . ¿qué va a ser de nosotros?

JUAN (*Ha llegado al pie de la escala, acompañado de Sara. Se vuelve*) Ya sabía yo que comprenderías, Matilde . . . Te afliges ahora, pero siempre te sucede cuando estás por comprender. Ustedes niños no deben olvidar nunca que todo lo que hay en esta casa lo hemos ido comprando, ella y yo, pieza por pieza. (*Toma un vaso junto a sí*) Este vaso, Matilde, ¿te acuerdas? (*A Sara*) Se lo compramos a la viuda del boticario Gómez, Juan Gómez. (*A Sara. Ajeno a la acusación que hay en sus palabras*) La mujer nos contó que se veía obligada a venderlo, por necesidad, pero tu madre le regateó el precio y nos quedamos con él . . . No volvió a saludarnos nunca más. Uno quisiera cambiar todos los vasos del mundo por uno solo de esos saludos, pero nunca lo hace . . . (*Desaparece*)

MATILDE (*Tras él*) ¡Juan!

JORGE —Déjelo, mamá. ¿No oíste lo que dijo? Te está agradecido porque comprendes. (*Transición*) ¡Es para morirse de la risa! Uno acumula la plata con la dedicación de un coleccionista y de repente . . . se presenta un carajo con un mechón blanco en la frente . . . que escribe libros de moral y se mete al bolsillo los billetes. Debe estar en este momento sentado en un bar, tomándose la plata a tu salud, mamá . . .

SARA (*En la escala*) ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ven! ¡Papá está muy mal! ¡Dice que quiere verte! ¡Apúrate! (*Desaparece. Jorge la sigue apresuradamente. Matilde se queda sola. Está de pie, con las manos empuñadas.*

MATILDE —Todo . . . Todo perdido. (*Asoma Jorge en la escala, baja*)

JORGE. (*Con emoción grave*) Mi papá se muere, mamá. Te está esperando . . . (*Descuelga su sombrero de la percha*) Voy a buscar a Ricardo. (*Sale. Matilde queda sola. Después de un rato cae el telón*)

EPÍLOGO

En el desván del garaje. En la pieza de Ricardo. Están Ester y Matilde sentadas ante una mesa.

ESTER —¿Por qué no me ayuda un poco, señora Matilde? ¿Le paso una camisa? Péguele este botón a este puño, ¿quiere? Yo le enhebro la aguja. Parece que Ricardo se engancha en todos los clavos del garage. Todos los días llega con un piquete.

MATILDE (*Abatida, ausente*) No, hija. Déjame.

ESTER —Pero señora Matilde, usted no puede pararse así todo el día.

MATILDE —Déjame, estoy bien así, niña.

ESTER —Tiene que distraer sus pensamientos en otra cosa. Se pasa todos los días pensando en lo mismo.

MATILDE —Mira, hija. Hazme un favor. Quiero pedirte algo.

ESTER —No, señora Matilde, no lo voy a hacer.

MATILDE —Tráeme esa caja, ¿quieres?

ESTER —No, señora.

MATILDE —Tú sabes donde la escondió Ricardo, ¡tráemela por favor!

ESTER —Ricardo me ordenó que no se la volviera a pasar. ¿Que no se da cuenta que ya no hay nada que hacer? ¿Hasta cuándo va a revisar esos papeles?

MATILDE —¡Tráemelos, por favor! Tú sabes donde los dejó ese niño. Sé buena. (*Ester titubea y luego hace lo que le pide*)

MATILDE (*Después de un rato*) ¿Ves? ¿Ves, niña? El informe del abogado lo dice bien claro. Ese Simón, el prestamista, estaba de acuerdo con el otro. Hay cheques que lo atestiguan. Uno le firmó cheques al otro. ¡Aquí dice! ¡Lee!

ESTER —Eso no prueba nada.

MATILDE —Prueba, niña. Prueba que esos hombres estaban de acuerdo y que Juan fue su víctima. Lo que pasa es que Ricardo no se ha movido bastante.

ESTER —Ricardo ha hecho todo lo que ha podido. Usted lo sabe.

MATILDE —No. Ese niño no conoce el valor del dinero. No pone verdadero empeño.

ESTER —Señora Matilde. El abogado se niega a continuar el caso. No hay nada que hacer.

MATILDE —Se niega porque sabe que no tenemos con qué pagarle.

ESTER —Tiene que conformarse, señora Matilde.

MATILDE —¡Pero es que yo no puedo, niña! ¡No puedo! Juan murió por esto.

ESTER —Por favor, sea buena, ¿quiere? Ayúdeme con esto. Mire. Busque usted misma el botón. ¡Aquí tiene!

MATILDE —Jorge ya no me viene a ver. La Sara tampoco. Les deprime venir aquí. Es la pobreza, Ester. La pobreza es una enfermedad contagiosa. Nadie se acerca al enfermo. Tú estás recién casada y ya te ha afectado también. Mira tus manos, mira tus uñas, mira tu pelo. No tuviste tiempo de peinarte esta mañana, ¿no es cierto? Porque Ricardo entra a las siete y media y tienes que preparar el desayuno.

ESTER —Soy feliz haciéndolo.

MATILDE —Ahora, hija. Pero ¿y después? Deja que tengas ese hijo que esperas, y después el otro y el otro, y que tu marido llegue a su casa y te encuentre pálida y desaliñada.

ESTER (*Se levanta*) ¡Usted sólo ve el lado negro de todo!

MATILDE —Porque comprendo lo que te espera, hija.

ESTER —Y me lo dice ahora, en el estado en que estoy. Hay que tener un poco de ilusión.

MATILDE —¿Qué ilusión, hija? Mira lo que te rodea. ¿Qué ilusión cabe? No te ciegues.

ESTER —¡Todo lo que hago por Ricardo lo hago por amor!

MATILDE —Ahora, hija, ahora, ¡Pero, espera! Espera. (*Ester sale. Matilde vuelve a revisar papeles. Entra Ricardo. Trae arbolito y paquete. Viste overall*)

RICARDO —Buenas tardes, mamá.

MATILDE —Buenas tardes, hijo. ¡Qué bueno que llegaste! ¿Por qué te demoraste tanto, hijo? No dejes tan sola a tu madre.

RICARDO —La Ester te pasó la caja, mamá.

MATILDE —Yo se la pedí. Estuve revisando.

RICARDO —Mamá, por favor. Te he pedido que no hagas esas cosas.

MATILDE —Sí, hijo. Nunca más. Nunca más. Es la última vez. ¿Qué me traes ahí, Ricardo?

RICARDO —Cosas de comer. ¿Dónde está la Ester?

MATILDE —Haciendo la comida. Y este arbolito, ¿lo traes para mí?

RICARDO —Sí, mamá. (*Ricardo va a la cocina. Matilde se para y bota el arbolito. Entra Ricardo al sentir el ruido*)

MATILDE —Se me cayó sin querer, hijo. Estaba mirando las cosas que trajiste. Estoy tan torpe.

RICARDO —Lo compré para celebrar la Pascua en familia, mamá.

MATILDE —Estaba mirando el paquete, hijo.

RICARDO —¿Viendo si Jorge te ha mandado algo?

MATILDE —No me manda nada. ¿No es cierto?

RICARDO —No.

MATILDE —¿La Sara tampoco?

RICARDO —No. Me llamó al garage. Me dijo que esta otra semana te va a venir a ver. Se va fuera de Santiago con Pancho.

MATILDE —Desde que volvió de su luna de miel me manda decir lo mismo. Le amarga venir aquí. No hay una silla buena. La última vez que estuvo vino por un cuarto de hora y porque Pancho lo obligó a venir. Ese niño es muy cariñoso. La Ester es muy cariñosa también. Una se ha desvelado tanto por sus hijos y resulta que después son los yernos los más cariñosos.

RICARDO —Te traje este arbolito y lo botas al suelo porque soy yo el que te lo traigo, ¿no es cierto? Lo único que haces es pensar en Jorge; pero sabes que Jorge está instalando una garconière para darle fiesta a sus amigas y terminar en parranda, hasta el día que se muera, ¿ah? Y que la Sara se casó con Pancho, con el que no será nunca feliz y que si no te viene a ver, no es por la pobreza sino por tu manera de ser. ¿No lo ignoras, no es cierto?

MATILDE —No, hijo.

RICARDO —Mejor así, mamá . . . Es bueno que lo sepas.

MATILDE —¡Qué cruel eres, Ricardo! ¡Qué cruel!

RICARDO —Mamá . . . mamá . . . Eres tú la que me obligas a hablarte así. Yo me canso. Desde el día en que te traje a vivir conmigo, te atiendo en lo que puedo para ayudarte a olvidar. No pienso más que en ti, porque sé lo que sufres.

MATILDE —Sufro, hijo . . . Sufro mucho.

RICARDO —Entonces, pues, mamá. ¿Por qué no tratas de comprenderme un poco? Soy feliz como soy. La Ester también. ¿Que no ves lo felices que somos? Pero eres tú con tus exigencias que no nos dejas vivir tranquilos.

MATILDE —Sí, hijo, pero . . .

RICARDO —Estoy haciendo un sacrificio, mamá. Tú comprendes que estoy haciendo un sacrificio, ¿no es cierto?

MATILDE —Sí, Ricardo. Eres el mejor de mis hijos. Pero yo quiero que te des cuenta que eso no basta.

RICARDO —¿Por qué?

MATILDE —Todo el mundo trata de progresar de alguna manera.

RICARDO —¿Progresar? ¿Cómo?

MATILDE —Ser alguien, hijo.

RICARDO —¿Yo no soy nadie, entonces, mamá?

MATILDE —Pero lo eres a tu manera.

RICARDO —Claro, a mi manera. La que creo mejor para mí. Ya te dije que me basta con ser así.

MATILDE —Sí, me lo has dicho cien veces.

RICARDO —Y tú no quieres entender.

MATILDE —He tratado de someterme, hijo. No podrás negarlo.

RICARDO —Pero yo no quiero que te sometas a nada. Quiero que entiendas. Perdiste todo lo que tenías. Deja decirte, mamá. Lo perdiste todo, porque te forzaste a una manera de vivir que no era la tuya. Forzaste a mi papá también.

MATILDE —¡Hijo!

RICARDO —Ya sé. Ya sé que lo hiciste sin mala intención. Nadie hace una cosa así, intencionadamente.

MATILDE —Juan cayó en esa estafa y eso fue la culpa de todo.

RICARDO —Algo así tenía que suceder algún día. Estaba escrito. Jorge te lo dijo tantas veces. Ustedes no nacieron para hacer negocios y yo tampoco. Por eso me conformo con lo que soy.

MATILDE —El día que te fuiste de la casa, no estabas tan conforme.

RICARDO —Porque creía que me estaba perdiendo algo. Ahora sé que no me pierdo nada. Hasta ese día vivía comparándome con los demás y me avergonzaba de ser lo que era. Por eso me peleé con Jorge y contigo. Pero cuando me casé con la Ester, tuve que pensar sólo en mi trabajo y me comenzó a gustar de verdad . . . porque lo que hacía me daba para vivir con ella para gozar estas cosas, mamá. Cosas sencillas pero que hacen gozar lo mismo, porque yo gozo con lo que hago en el garage. Saco piezas gastadas de los autos y las arreglo. Las lijo. Las ajusto. Les hago chavetas nuevas. Les pongo grasa y las dejo funcionando. Es un sentimiento que no tiene límites, porque uno se siente útil en todo lo que hace. Aunque no sea más que clavar un clavo, para impedir que algo se venga abajo. ¿Con qué se paga eso? ¿Entiendes?

MATILDE —Yo no pienso como tú, hijo. No tienes derecho a hacerme esto. El próximo invierno va a ser tan triste . . . Tienes que ganar más para comprarme una casa bonita y bonitos muebles . . . y una radio, Ricardo. Y una alfombra para cubrir estas tablas tan feas, y cortinas de gasa para poner en las ventanas y vestidos bonitos para tu mujer . . . y . . . ¿Dónde vas, hijo?

RICARDO —No tendremos ninguna de esas cosas, mamá.

MATILDE —¿Por qué, hijo? ¿Por qué?

RICARDO —Porque no entiendes. Tendrás que vivir conmigo hasta el día que entiendas. Puede que llegue el día que te sientes a esta mesa y le tomes el gusto a las cosas que te traigo: a esta cebolla, a estas papas, a este vino. Tengo la esperanza de que así sea. (*Sale*)

MATILDE —¿Dónde vas? ¡Ricardo . . .! ¿Dónde vas? No me dejes sola . . . ¡Tengo miedo, tengo miedo!

TELÓN

PAREJAS DE TRAPO

Obra en tres actos

1960

PERSONAJES (*por orden de aparición*):

Cristina Larraín de Mericet
Jaime Mericet del Pozo
Antonio Villanueva (Tolín)
Carlos Grace Alcalde (Charlie)
Mónica Silva
Jan Balik
Milena de Balik
Jorge Larraín Portales

El decorado representa una oficina moderna en un edificio moderno en pleno centro de Santiago. Es el mes de enero.

En la habitación, en la que pesa la luz clara y densa de esa tarde de verano, se ven distribuidos con gusto tres escritorios metálicos, con sus respectivas sillas; un sillón de cuero capitone, un chaiselongue cubierto por petate de color. Un mueble pick-up y, destacándose de todos, un mueble-bar, pesado, importante, funcional. En los muros cuelgan cuadros de inspiración moderna y, sobre los escritorios y unas repisas, algunas piezas decorativas de formas geométricas.

Todo el conjunto, que está dispuesto con gusto y elegancia, es sin embargo más una pieza de estar, un confortable lugar de reunión, que una oficina con objetivo comercial. Sólo los escritorios traicionan la impresión del decorado. Faltan el mueble vitrina que tradicionalmente se destina para guardar archivadores, prospectos, etc. Falta la caja de fondos. Los escritorios son, por otra parte, demasiado chicos para cumplir su objetivo, ya que apenas alcanzan para las tres máquinas de escribir que están dispuestas sobre cada uno de ellos. Se aprecia claramente que en esa habitación no se pretende trabajar, ni nada que

a eso se parezca. Sólo se ha puesto énfasis en el confort, la elegancia y la impresión externa de opulencia.

A la derecha está la puerta de entrada desde el corredor exterior. Al fondo, una ventana que muestra un trozo de cielo y una antena de radio de un edificio contiguo. A la izquierda, una puerta-ventana que da hacia un balcón o terraza exterior, desde donde se divisa la calle y hacia la cual acude el tráfico bullicioso y sordo de la ciudad. Son más o menos las seis de la tarde. Es un día domingo.

Al alzar el telón no se ve a nadie en el escenario. Después de un rato oímos voces que provienen desde el corredor. Se abre la puerta y entran, primero Cristina y después Jaime. Ella es una mujer de más o menos veintiocho años, alta, de facciones agradables, pero no exactamente hermosas. Luce modales desenvueltos aunque un poco duros. Sus cabellos son castaños y están bien peinados a la moda. Nunca parece observar más de lo necesario. Deja la impresión de que estima que nada ocurre a su alrededor. Siempre parece estar ocupada en algo que se relaciona a su persona y cuando mira clava sus ojos, en los que hay mucho de altiva dureza y desconfiado despego. Jaime, de su misma altura, bajo por ello, tiene alrededor de treinta y dos años. Su pelo castaño está ahora casi rubio, por efecto del sol y el agua de mar. Viste elegantemente su un poco afectada y pretenciosa tenida de playa. Es de modales nerviosos y rápidos en el decir. Siempre está en movimiento, discurriendo cosas, cambiando objetos de lugar. Cuando se dirige a alguien lo hace con insistencia, como tratando de convencer. Hay en él una simpatía de primera mano y una desenvoltura fácil que agradan, pero que, sin embargo, no fluye espontánea, sino un poco a presión, como a sacudones.

Si fuese necesario podría prestarse perfectamente para dejarse fotografiar para un afiche de propaganda de alguna marca de tabaco o colonia de hombre, con lo que causaría a la compañía anunciante buenos dividendos y amplia popularidad, ya que sus facciones, agradables y equilibradas, su fácil sonrisa, hacen de él lo que suele llamarse un tipo «liviano de sangre». Su sonrisa está sin embargo demasiado a menudo sobre sus labios, para ser real, y su desparpajo es demasiado asombrado y tajante para ser el resultado de una jovialidad que está bajo control. Parece que el mundo fuera para él una cómica casa de locos, cuyos habitantes no fueran dueños de sus risas y mordaces insolencias.

Ambos visten trajes de temporada. Vienen de la playa. Jaime viste mocasines de gamuza, pantalones de gabardina gris, vestón suelto de gamuza parda, pañuelo de seda amarillo y anteojos ahumados. Cristina, una tenida de playa, sobria y elegante.

Se abre la puerta que da al corredor y entra Jaime, que hace una reverencia clownesca a Cristina, que pasa de largo y va a sentarse en uno de los sillones confortables. Está visiblemente molesta. Enciende un cigarrillo. Jaime va hacia el bar. Se pone a mezclar tragos.

ACTO PRIMERO

JAIME (*Después de un rato, con socarronería, observándola*) Le sirvo un trago a su alteza? (*Silencio de Cristina*) Un Manhattan? . . . Un gin fizz? . . . Tengo de todo. No seas corta. Tú sabes que siempre tengo de todo.

CRISTINA —Jaime . . .

JAIME —Es mi especialidad, tú sabes. Preparar tragos. . .

CRISTINA —Te mataría cuando te pones así.

JAIME (*Riendo*) Y por qué no lo haces? Las reinas pueden matar impunemente . . . (*Se va a arrodillar junto a ella. Mezclando desfachatada agresividad con simpatía*) Te voy a hacer un trago nuevo que estuve inventando ayer, en las horas de trabajo. Tú sabes que es en las horas de trabajo cuando se me ocurren las mejores combinaciones, mis ideas más brillantes. Lo bauticé «Leche de Popea» . . . Se me ocurrió pensando en ti. Consiste en mezclar puros tragos de hombres . . . Cómico, no? . . . Que estuviera pensando justo en ti? A propósito de seco . . . Qué te pareció la vieja que nos vendió los melones en Curacaví? . . . Igual a tu tía Inés . . . Viste cómo contaba los billetes? . . . Te juro que no pude dejar de pensar en tu tía Inés cuando se pone a contar la plata.

CRISTINA —Jaime, ya te dijo que si estoy aquí es por necesidad de tu trabajo . . . Eso no te da derecho a insultarme.

JAIME (*Tiene un modo suelto, fácil, se mueve por la pieza, gesticula mucho, lo que hace parecer graciosas todas las insolencias que dice*) Por qué? Porque hablo de la vieja de mierda de tu tía Inés Correa. Tu tía tiene un modo de hablar de su plata que parece gallina clueca . . . Dice la palabra «pesos» y se le hinchan las alas como velamen. (*Imita*) Te juro que cuando murió tu abuelo Eleuterio la vi engordar . . . El abuelo Eleuterio la había trufado con una buena porción de fundos . . . Cuántos eran? . . . La Rinconada? . . . Las Lomas de Pelquén? . . . Y . . .

CRISTINA —Jaime, por favor . . .

JAIME —Y el otro? . . . Cómo se llama? . . . Qué chuña! . . . Les dejan fundos a los descendientes como si fueran pepas de sandía.

CRISTINA —Jaime, por favor, quieres callarte! (*Grita*)

JAIME —Apuesto que también guarda su plata en un velador con doble fondo. No sería nada de raro que también tuviera un sobrino que estará pensando como darle el bajo.

CRISTINA —Te refieres de nuevo a mi familia?

JAIME (*Con ironía, casi con risa*) No. Cómo me voy a estar refiriendo a tu hermano Aníbal? Tu hermano piensa modificar la Geografía de Chile, sabes? Con los fundos que Uds. tienen y los que les caerán, hará pasar una ley por el Congreso que modifique eso de «República de Chile». En adelante se llamara «República de Chile, con permiso de los Correa Portales».

CRISTINA —Ya no me vas a herir con tus alusiones a mi familia. Hace tiempo que sé que descargas sobre ellos tu rencor por mí.

JAIME —Por ti? No veo por qué va a ser rencor contra ti el que yo aluda a tu hermanito. Lo que me carga es la posición tabú en que los tienes colocados.

CRISTINA —Jaime . . . tratemos de hacer agradable esta reunión, quieres? Aunque nos sea cada día más difícil soportarnos hagamos un esfuerzo.

JAIME (*Se acerca a ella con un vaso*) Toma. Tu «Leche de Popea».

CRISTINA —No quiero, te dije.

JAIME (*Cristina se ha echado atrás en una posición rígida. Observándola*) Dime, Cristina . . . No te aburres de estar haciendo todo el día el papel de esfinge, la Greta Garbo? Cuidando que no se te formen arrugas?

CRISTINA (*Tras pausa*) Jaime . . . No será mejor que me vaya a la casa?

JAIME —Al verte así me dan ganas de meterte a traste pelado en una tina de agua helada . . . Por qué no te abandonas en el día como lo sabes hacer en las noches, cuando estamos juntos? He visto esa cara. Hasta sabes ser tierna cuando te entregas.

CRISTINA (*Se levanta*) Jaime . . .

JAIME —He visto tu cara . . . He oído lo que me has dicho . . . He sentido tus caricias. No puedes engañarme, Cristina.

CRISTINA —No quiero . . . no quiero que me hables de eso, Jaime!

JAIME —No soy yo? No soy yo el que despierto la mujer que hay en ti? Qué te hace renunciar a ratos a esta falsa frialdad? Es curioso, no entiendo. Tengo una mujer tierna en mis brazos en la noche. En el día camina por la casa convertida en piedra. Tu actitud, hoy en la playa, fue deliberada, no es verdad?

CRISTINA (*Se vuelve hacia él, con aspereza rápida*) Te dije que no quería ir!

JAIME —Pasaste todo el día arrimada a la carpa, sin hablar con nadie . . . Mirando el mar, como si nadie existiera fuera de ti.

CRISTINA (*Diálogo rápido*) Tú sabes que esa mujer me enferma. Me forzaste a ir, por razones de tu negocio, pero no puedes exigirme que sea amable con ella.

JAIME —Amable no, pero por lo menos educada. No me has dicho tantas veces que la educación es uno de los distintivos de tu clase?

CRISTINA —La educación no me obliga a juntarme con siúticas!

JAIME —Siútica? Quién es siútica?

CRISTINA —Pero, Jaime . . . mira la facha en que andaba! Cómo le llamas a eso?

JAIME —Qué pasa con su facha?

CRISTINA —Todo el mundo la miraba.

JAIME —Pero si eso es lo que ella quiere . . . Que la miren . . .

CRISTINA —Ya sé que no vamos a estar nunca de acuerdo en eso.

JAIME —Lo que pasa es que en las familias de Uds. el atractivo de las mujeres no es necesario . . . Ya están rematadas antes de hacer postura . . . Mónica, en cambio, tiene que ponerse plumas de colores para que la bandada de machos no pase de largo . . . Después de todo ha conseguido que Charlie esté chiflado por ella . . . No es eso lo que importa?

CRISTINA —Lo que me gusta es ver como defiendes a ciertas personas . . . Pero que tu mujer se muestre en público con gente desagradable no te importa.

JAIME —Qué más?

CRISTINA —Nunca has tenido noción de lo que es deber para con tu familia . . . (*Con nerviosa agitación*) Desde el día que te casaste conmigo, lo has tomado todo a la chacota . . . Como si yo y los niños no fuéramos más que una gran jugarreta. Una broma que puedes compartir con tus amigos . . . No te importa con quien se metan los niños . . . No te importa llevar a la casa toda clase de gente rara . . .

JAIME —Terminaste?

CRISTINA —A veces llego a pensar que lo haces como por desafío . . . Como si te gustara exhibirme en los lugares y circunstancias que puedan rebajarme . . . Fané y la Patricia.

JAIME —Fané! No llames Fané al eunuco de tu hermano, quieres? Se llama Aníbal . . . Fané no es nombre de hombre.

CRISTINA —Fané y la Patricia están todo el día con sus pullas de que, después de seis años de casados, podríamos tener casa propia.

JAIME —Que Aníbal tiene, naturalmente, porque la yegua de su mujer le puso la pistola al pecho recién casados. Además, como regalo de matrimonio, su papá le pasó un cheque por diez millones y yo me tuve que conformar con una juguera eléctrica.

CRISTINA —Lo que no has entendido nunca es que existen clases sociales. Cada uno debe hacer y actuar como le corresponde . . . (*Pausa*) A mí me criaron de otra manera.

JAIME (*Mirándola*) Cuando dices ciertas cosas me da la sensación de estar metido en una camisa de fuerza. Me dan ganas de aullar y rajar algo . . . (*Se pasea*) Por qué crees que hago esto? . . . Esta oficina? Estos muebles? Esta reunión que vamos a tener en un rato más con el gringo y su mujer? En día domingo? (*Controlándose*) Cuando me casé contigo me conformaba con mi sueldo. No necesitaba hacer figuras para conseguirme el medio millón o más que necesito ahora para mantener una situación social. Toma eso en cuenta. Ten paciencia . . . Lo hago por ti.

CRISTINA —Sí, ya sé, convencerás a medio mundo, pero seré yo, tu mujer, la que sabrá la verdad.

JAIME (*Con alegre ferocidad*) Tu viejo, que creyó que su hija se casaba con un infeliz. Claro! Qué soy para él? Sólo un Mericet del Pozo. Mezcla de arribismo gringo y español de segunda mano. No olvidaré nunca esa juguera eléctrica, Cristina. Fue un error de tu viejo y del eunuco de Fané . . . Creer que sólo ellos tienen la clave para hacer dinero . . . Deberían ser ministros todos tus parientes machos y Chile su propiedad. Seríamos el país más rico del mundo . . . Pero este negocio con el checo ni se lo sueñan. Ya verás! En menos que canta un gallo, me gano una fortuna.

CRISTINA (*Cortando bruscamente su euforia*) Jaime! Qué pasó con los tractores que te dejó mi papá?

JAIME —Los tractores? . . . No los he vendido todavía . . .

CRISTINA —Y qué esperas?

JAIME (*Se levanta*) Me voy a preparar un trago.

CRISTINA —Jaime . . . Los tractores. Qué pasó?

JAIME —No los he vendido todavía, te digo . . . (*Mezcla bebidas en el bar. Es experto en eso*)

CRISTINA —Y qué esperas, te pregunto?

JAIME —Sacarles mejor precio . . .

CRISTINA —Ahora que van a terminar las cosechas? . . . Mi papá se fue en septiembre a Europa . . . Era la mejor oportunidad . . .

JAIME —Viejo zorro, tu padre! Me dejó esos trastos porque sabía que tengo las mejores conexiones para sacarles buen precio.

CRISTINA —Tú sabes que eso no es cierto, Jaime. Mi papá conoce a todo el mundo.

JAIME —No estarás tratando de decirme que lo hizo para ayudarme, ah?

CRISTINA (*Grave, llena de intención*) Quieres, quieres realmente que te conteste esa pregunta, Jaime?

JAIME —Mira, Cristina, lo único que te pido ahora, es que disimules tu desprecio cuando llegue el checo y mis socios. Es necesario que seas amable con esa gente. Tu padre también hace negocios con gente que no convidaría a su mesa.

CRISTINA —Tú lo estás diciendo. No los convida a su mesa.

JAIME —Bueno, está bien . . . No sé distinguir a la gente por su olor. Para mí tienen una cara agradable o no. Eso me basta para ser su amigo.

CRISTINA —No es el olor lo que distingue a la gente. Es lo que hacen y la forma como lo hacen.

JAIME —Ya sé que para ti la gente sólo tiene una espina dorsal. Mientras más tiesa, más cerca de ellos te sientes. (*Pausa*) Lo gracioso en esto es que nos casamos por amor, recuerdas? Nos dio fuerzas para imponernos a la oposición de tu familia. Y aquí estamos ahora, uno frente al otro, como dos seres extraños. Qué pasó? Seis años y una familia de por medio. Cuál es el idioma que nos falta hablar para entendernos? (*Se abre la puerta y entra Tolín, cargado de paquetes. Es un muchacho de aspecto enfermizo y nervioso. Tiene más o menos veintiséis años. Es tímido y cuando habla parece hacerlo al impulso de un esfuerzo interior. Hay algo casi doloroso en esa superación de sí mismo. En cuanto lo ve Jaime, se opera en él un cambio visible. Retorna toda su fácil vivacidad del comienzo. Es una vez más el triunfador ajeno a toda depresión pesimista*)

JAIME (*Acertándose a él, con vivacidad*) Hola, boy scout! Trajiste todo?

TOLÍN (*Respetuoso*) Buenas tardes, Cristina. (*Cristina responde con una inclinación de cabeza*)

JAIME —Ponlo ahí, sobre el escritorio. Veamos que traes . . . Qué es esto? (*Abre un paquete*)

TOLÍN —Sándwiches de queso y . . . jamón.

JAIME (*Toma una botella envuelto*) Y éste es el whisky?

TOLÍN —No compré whisky, Jaime. Traje una botella de coñac.

JAIME —Tengo el bar lleno de botellas de coñac! (*Con dureza*) No te dije que trajeras whisky?

TOLÍN —Cuesta quince mil la botella, Jaime.

JAIME —Te dije que trajeras whisky! Qué le vamos a servir ahora al checo?

TOLÍN —Charlie me dijo que prepararía unos tragos . . .

JAIME —Charlie. Qué sabe ese jetón de atender gente? Qué idea se va a formar el gringo de nosotros?

TOLÍN (*Ultrajado, por lo bajo*) No me alcanzó la plata, Jaime . . .

JAIME —Y qué es esto? Sándwiches de queso . . . de jamón? Qué te pasa, dime? Lo haces para molestarme? Sabes que odio estos sándwiches de cocinería!

TOLÍN —No me alcanzó la plata, te digo!

JAIME —Y por qué no me pediste?

TOLÍN —Te pedí, pero me dijiste que no tenías . . . (*Cristina mira a Jaime con sonrisa llena de contenido*)

JAIME (*Mirando a Cristina*) No te dije eso . . . Te dije que te daría en la tarde . . .

TOLÍN (*Con insistencia herida*) Me dijiste que no tenías, Jaime. Todavía te enojaste conmigo porque te venía con «detalles».

JAIME —Y por qué no pusiste plata tuya, entonces?

TOLÍN —Siempre dices una cosa cuando estás conmigo y después te desdices ante los demás . . .

JAIME —Por qué no pusiste plata tuya, te pregunto.

TOLÍN —Te dije que no pondría un peso más . . . (*Con determinación*) Y no lo voy a poner . . .

JAIME (*Lo mira a los ojos*) Bueno. Está bien. (*Cambiando de humor*) No te enojes, boy scout . . . (*Le palmotea un hombro*) A ver, ayúdame a preparar un trago, será mejor . . . (*A Cristina que no ha dejado de observarlo*) Y tú . . . qué me miras? Crees que no tengo para comprar un par de leseras con qué festejar al gringo, eh? (*Saca un puñado de billetes del bolsillo y los tira al suelo*) Aquí tienes! . . . Cuéntalos! . . . A ver si no me alcanza para una botella de whisky! (*Se arrepiente. Abraza de nuevo a Tolín*) Vamos! No pongas esa cara agriada! Este boy scout! No te he dicho mil veces, Cristina, que este chiquillo es mi mejor amigo? Es una joya! Vale su peso en oro! (*Cristina, en señal de reprobación por el incidente de los billetes, abandona el cuarto y sale al balcón*) Tenías que decir delante de ella que estoy planchado?

TOLÍN —Me obligaste a decirlo.

JAIME —Te he dicho que no quiero que Cristina se entere de mis cosas.

TOLÍN —Me forzaste a decirlo . . . Además, tú no eres mi amigo.

JAIME —Ah no? Y qué soy?

TOLÍN —Dijiste que me pasarías a buscar . . . Te estuve esperando como una hora con los paquetes . . .

JAIME —Se me olvidó.

TOLÍN —Sí, ya sé. Ya estoy acostumbrado a que se te olviden los servicios que te pido.

JAIME —Para otra vez será, viejo . . . (*Va a sentarse al sillón con un trago en la mano. Recoge lo billetes del suelo*) Pasando a otra cosa . . . Tienes unos cincuenta mil que me prestes? . . . Gasté todo lo que

me quedaba, anoche en Viña . . . Lo que pasó fue que a la Mónica le dio por ir a comer langostas al Miramar . . . Fuimos y nos encontramos con el «chino Cruz», que andaba con un cuero . . . Nos sentamos a su mesa y a la hora del saltarín, el «chino» se corrió . . . (*Se ríe*) Dijo que lo estaba esperando una tía fuera del hotel . . . Tipo fresco! . . . Me costó como cincuenta mil, la broma . . . (*Viendo que Tolín no se ablanda aún*) Le hablé de ti a la ñata . . . Le dije «Tolín es mi mejor amigo» . . . Dijo que quería conocerte.

TOLÍN (*Lo interrumpe*) No dijo eso . . .

JAIME —Es cierto. Le hablé de ti . . . Hasta me dijo que tenía una amiga para ti . . . Me dio la dirección de su departamento para que la pasaras a ver . . . (*Busca en sus bolsillos*) Dónde la tengo?

TOLÍN —No me sigas insistiendo, Jaime! No te voy a prestar esa plata . . .

JAIME —Con treinta mil me basta. No tienes? Pídele a tu viejo. Estoy planchado, te digo. . .

TOLÍN —Dime primero que es mentira que le hablaste de mí a esa mujer.

JAIME —Pero, Tolín. Qué importa eso?

TOLÍN —Dime, es mentira, no es cierto?

JAIME —Bueno, ya está . . . (*Sincero ahora*) Necesito esa plata, viejo. Hace dos meses que le debo el sueldo a la cocinera . . . Tengo un lote de facturas en la casa . . . No sé qué hacer, viejo . . .

TOLÍN —Tenías que ir a Viña?

JAIME —No, pero . . . No me vas a pedir que me quede en Santiago cuando todos salen? Le debo estas salidas a Cristina. Todas sus amigas van . . . Son cosas que uno tiene que hacer, sino te liquidan . . .

TOLÍN —Quién te liquida?

JAIME —Todos . . . las amistades . . . El ambiente . . . Tú no eres de ese medio, por eso no sabes . . . Bueno, cabro . . . Me lo vas a prestar o no?

TOLÍN —Sí, pero . . . no me engañes de nuevo . . . Soy el único amigo que tienes . . . Tú mismo lo has dicho . . . Que mi amistad es lo único auténtico en medio de esta farsa que te rodea . . .

JAIME —Es cierto . . . Me lo prestas?

TOLÍN (*Va hacia uno de los escritorios y saca una caja de lata y la abre con una llave*) Te presto de mis dólares . . .

JAIME —Te levanto un monumento, boy scout. Sé lo que significan para ti esos ahorros. Aprovecha para prestarme unos cincuenta mil, quieres? Te los devuelvo mañana, sin falta. (*Tolín le pasa un fajo*) Gracias. Te voy a levantar un monumento, viejo . . . (*Guardándose el fajo*) Cristina! Cristina!

CRISTINA (*Asomando desde el balcón*) Qué?

JAIME —Oye. Salgamos a comer esta noche.

CRISTINA —No te ibas a acostar temprano?

JAIME —Cambié de idea. Quiero reírme un rato. Podríamos ir al Carrera. Llama a los Hurtado . . . Yo invito . . . Qué te parece? (*Pausa. A Tolín que lo mira con expresión dolorida*) Hombre . . . No hago esto porque sí, no creas. Los Hurtado le llevan el cuento a mi suegro y el viejo saca conclusiones . . . Si tengo para gastarme cincuenta mil en una noche, no me debe ir tan mal. (*En ese momento se abre la puerta y entra Charlie. Es un mocetón rubio, un poco mofletudo, buen mozo, blando. Parece un niño bien alimentado que ha crecido demasiado rápido. Hay algo lastimoso en sus maneras porque da la impresión de que no sabe qué hacer con su cuerpo demasiado grande y pesado. Viste bien, a la moda, su tenida es de sport*)

CHARLIE (*Saluda con la mano*) No han llegado todavía? (*Se va a sentar sobre uno de los escritorios, más bien se tiende sobre él*)

JAIME —Y la Mónica?

CHARLIE (*Con cierto malestar*) Ya viene.

JAIME (*Burlón*) Qué? Te peleaste con ella, de nuevo?

CHARLIE (*Con pesada indignación*) Lo hace al propio! Estoy seguro que lo hace a propósito!

JAIME (*Chanceando*) Qué?

CHARLIE —Me hace esperar. Cada vez que se sienta ante el espejo me tiene una hora conversando con su mamá. Lo hace a propósito, estoy seguro.

JAIME —Que no va a venir, entonces?

CHARLIE —Sí, ya viene . . . La señora goza hablando conmigo. Me encuentra tan educado. Hoy me tuvo una hora hablándome de las ventajas de ser hombre . . . Cuál es la ventaja de ser hombre? Tolín, estoy planchado! No tienes unos diez mil que me prestes? (*Al oír esto, Jaime se echa atrás riendo a carcajadas*) Qué te pasa? (*A Tolín*) Tienes?

TOLÍN —No, no tengo.

CHARLIE —Y qué voy a hacer? Le dejé lo último que tenía a la Mónica, para el taxi. (*A Jaime*) Y tú . . . de qué te ríes?

JAIME —De que ahora le vas a preguntar si le puede pedir a su padre . . .

CHARLIE (*A Tolín*) Sí, tu padre. No le puedes pedir algo? Estoy planchado. Tengo que llevar a la Mónica al Nuria, esta noche. Quiere ver los marinos americanos del portaaviones. Se le ha puesto que tengo que llevarla.

JAIME —Y qué papel juegas tú en eso? Le ayudas a mirar?

CHARLIE (*A Tolín*) Es cierto que no tienes? (*Tolín niega*) Qué voy a hacer? . . . Jaime . . . Por qué no vendemos una de estas máquinas de escribir, eh? Mi primo la pagaría bien.

JAIME —No digas leseras.

CHARLIE —Pero, por qué? De qué nos sirven? No las usamos nunca. Estoy seguro que nos pagaría, lo menos, cien mil . . . Treinta y tres para cada . . . uno . . . Qué te parece? Tendrías para ir a comer con Cristina esta noche. (*Jaime hace un gesto furioso indicando el balcón, le hace callar*) Está ahí? No sabía . . . (*Susurrando*) No nos sirven de nada. Con una que nos quedáramos.

JAIME (*Susurrando también*) Y qué crees que convenció al checo a meterse con nosotros, eh? Crees que lo hace por bolitas de dulce? Echó una mirada a este boliche y vio que aquí había organización. No te das cuenta?

CHARLIE —Sí, pero qué voy a hacer esta noche?

JAIME (*Susurrando siempre*) Dile que no puedes salir . . . Que estás con dolor de guata.

CHARLIE —Tú no conoces a la Mónica . . . Si no voy con ella, va sola!

JAIME —Que vaya sola, entonces! Para mirar a esos gringos no te necesita a ti . . .

CHARLIE —Tenemos tres máquinas que nadie usa . . . Esta oficina nos cuesta doscientos mil al mes. Muebles pagados a un año plazo . . . Dos teléfonos a falta de uno y todo para qué? Para impresionar al checo?

JAIME —Y para qué crees que es si no?

CHARLIE —No me hagas decirlo.

JAIME —Dilo! . . .

CHARLIE (*Indica al balcón*) Todos sabemos cuál es la madre del cordero . . .

JAIME —Dilo! Para qué?

CHARLIE —Para tirarte facha delante de la familia de tu mujer . . . El día que inauguramos este palacio trajiste la caravana de parientes a admirar lo bien que te iba yendo . . . Estoy oyendo a la tía Matilde: «Después de todo, este niño está lo más bien para la Cristinita»? Tolín, afuera, entreteniendo al cobrador de los muebles . . . Te juro que creí estar sentado sobre una bomba! . . .Claro que conseguiste lo que querías . . . Boleto de entrada libre a la Sociedad de Santiago.

JAIME (*Controlándose*) Mira, mal agradecido. Cuánto te hice ganar el año pasado en el negocio de las motonetas, eh? Sin que movieras un dedo?

TOLÍN —Jaime. No comiences de nuevo!

JAIME —Quién fue el que convenció al japonés de la lavandería que las comprara, eh? No fue acaso esta oficina y mi labia?

CHARLIE —Ah, sí . . . tu labia! La conozco!

JAIME —Mientras tú estabas en la piscina con tu amor. Preocupado de tostarte al sol!

CHARLIE —No digo que no.

JAIME —Entonces? Cuánto te dejó el asunto?

CHARLIE —Siempre he dicho que no sabes vivir . . . En cambio yo . . . Tú ves, echándome una siestecita en la oficina de mi cuñado conocí al checo Balik y eso resultó ser el mejor negocio que ha caído en nuestras manos. Siempre suceden las mejores cosas mientras dormimos . . .

JAIME —Sí. Tu padre debe haber pensado lo mismo. Te dejó arruinado mientras echaba sus pestañadas.

CHARLIE —Sí. Debe haber tenido el mismo talento mío para poder pasar sin trabajar. Hay que tener un talento especial para eso . . .

JAIME —Tolín, pásame la escritura. (*Tolín obedece*)

CHARLIE —La vida tiene un atractivo casi diabólico . . . Siempre te está llamando como una sirena, para que te zambullas en ella . . . Después te tritura con sus dientes . . . Yo me resisto a su canto. Ahí está mi talento . . . Puedo pasar horas oyendo el silencio que hay en el vuelo de las gaviotas . . . Es cuestión de mirarlas fijo y oír . . . Después de un rato están tan lejos que hasta el cotorreo humano te suena como coro de ángeles . . . Tú eres de los nerviosos, Jaime . . . (*Jaime está estudiando la escritura*) Te compadezco . . . Perteneces a la especie de los ulcerosos . . . Comienza a los veinte con una acidez al estómago . . . A los treinta el mundo se te ha arrugado al porte de una nuez . . . (*A Tolín*) Hasta se puede usar mi técnica para algo más práctico, Tolín. El traje de baño de las mujeres . . . no existe si concentras la atención . . . Te imaginas cada detalle . . . Es inmoral, si quieres, pero tremendamente divertido . . . Llegas a pensar que estás en un harem. Lo que cuesta es volver a la realidad. En verdad no tienes nada, viejo? Ni un cinco? Nada? (*Tolín no responde*) Ése es mi problema . . . sacarle plata a mi talento . . . Cuánto tienes ahorrado en tu caja, Tolín?

TOLÍN —No sé.

CHARLIE —Cómo no vas a saber? Crees que le haría algo si sacáramos unos veinte dólares? Nunca vas a usar esa plata en lo que piensas . . . Crees sinceramente que te vas a ir un día a Europa? A vivir ahí? Para siempre? Tu viejo no te va a soltar nunca. . . . Tu problema, boy scout, es que eres hijo único de padre viudo . . . Dónde piensas ir con esa plata? A Francia? A mirarle el ombligo a las bailarinas africanas? . . . A encontrar algo nuevo . . . Te

equivocas . . . El mundo es obsesionantemente redondo . . . Es igual en todas partes . . . Toma una pelota y dale vueltas. Ése es el mundo.

JAIME —Oh, cállate de una vez, quieres? Me mareas.

CHARLIE (*A Tolín*) Claro que a ti no te importa que tus amigos estén en apuros . . . (*A Jaime*) Hace años que mete dólares en esa maldita caja de lata. Siempre he pensado que cosa me obliga a respetársela.

TOLÍN —Atrévete a abrírmela.

CHARLIE —Qué? Crees que no podría? Tírame la llave. Vamos, pásamela! (*Tolín no se mueve. Charlie se levanta de un salto y corre a sacarla del escritorio y la levanta en alto, mientras Tolín trata de arrebatársela*)

TOLÍN —Pásamela!

CHARLIE —Si la dejo caer se rompe! Quítamela!

TOLÍN —Devuélvamela, imbécil!

CHARLIE —Dime primero cuánto tienes!

JAIME —Déjalo tranquilo, Charlie!

TOLÍN —Fuerza bruta. Pura fuerza bruta! Eso es lo que eres!

CHARLIE —Ja, ja . . . (*Se la devuelve*) Pero, coño . . . Te estaba haciendo una broma!

TOLÍN —No me digas eso! Nunca serás más que eso . . . Fuerza bruta!

CHARLIE —Este chiquillo pelotas no entiende de bromas! (*Volviendo a su asiento*) No te vas a librar nunca de tu viejo, boy scout . . . Apuesto que tienes bastante plata para ir a la luna y no te mueves. Sabes por qué? Porque eres un sentimental . . . Porque eres español . . . Tu padre está solo y crees que te necesita.

JAIME (*Mostrando la escritura*) Ya, cállate . . . Ves? Aquí tienes otro aporte mío a la sociedad, mientras miras tus gaviotas . . . Este negocio, sin poner un peso, nos dará una fortuna. El checo pone su fábrica. Nosotros vendemos y cobramos los diez millones que produce al mes . . . Me las arreglé para convencer a Balik a destinar un 30% de eso para propaganda, que administraremos nosotros . . . Propaganda que no haremos . . . Son tres millones limpios para nuestros bolsillos.

JAIME —Genial!

TOLÍN —Y si al checo le entran dudas, Jaime?

JAIME —No le entrarán. Ponemos algunos avisos en el diario . . . Digamos, trescientos mil al mes . . . Nos quedará el resto.

CHARLIE —Genial . . . Sencillamente genial . . .

JAIME —Sí, tú te ríes, pero después cuando recibamos la torta, serás el primero en ponerte en fila. Pero el negocio no está sólo en eso.

Con lo que le entregaremos al checo no podrá seguir financiando la fábrica por mucho tiempo . . . 30% es una buena sangría. Y ahí está la clave! Aquí dice que no se podrán recibir aportes de afuera. Sólo los socios pueden aportar. O sea, nosotros. Naturalmente, a mayor aporte, mayor utilidad . . . Balik se verá cada vez más arrinconado. En menos de un año la Fábrica de Cristales «Bohemia» será nuestra.

CHARLIE (*Irónico*) Y Balik, mientras tanto . . . en el limbo, eh?

JAIME —Estos gringos son todos idiotas. Ésa es la ventaja que les llevamos . . . Mientras van de ida, nosotros ya venimos de vuelta.

CHARLIE —Sí. Es por eso que en Europa todavía andan en pieles y prenden fuego frotando las piedras.

JAIME —Así será, pero cuando llegan a Chile, nos buscan a nosotros para formar sus sociedades. No será porque aún estemos tocando la trutruca.

TOLÍN —Y . . . Y si Balik cierra la fábrica, Jaime? La puede cerrar cuando vea que no es negocio.

JAIME —No puede . . . Impuse una cláusula que le impide dedicarse a otro negocio por dos años.

CHARLIE —Cláusula (*Irónico*) que también corre para nosotros.

JAIME —Y qué? Para qué necesitamos dedicarnos a otra cosa, cuando con esto nos vamos a hinchar de plata?

CHARLIE —Y puedes decirme, genio financiero . . . De dónde vamos a sacar para los aportes? Tus tres millones se nos irán entre los dedos, como arena. En eso tu talento es insuperable.

JAIME —Ya saldrá de alguna parte.

TOLÍN —Quién va a correr con la fábrica cuando sea nuestra?

JAIME —El checo, naturalmente. Lo pondremos de capataz.

TOLÍN —Y si no acepta? Mal que mal ha instalado la fábrica con su esfuerzo. No va a querer.

JAIME —Tendrá que querer . . . Al menos tendrá sueldo . . .

TOLÍN (*Cauteloso*) Será humillante para él.

JAIME —Dime. Tú quieres entrar en esto o no?

TOLÍN —Sí, quiero . . . Tú sabes que estoy contigo.

JAIME —No alegues, entonces . . . Siempre estás encontrando objeciones.

TOLÍN —No es eso, Jaime . . . Es que . . . El checo es un buen hombre. Te cree un amigo y a un amigo no se traiciona . . .

JAIME —Y?

TOLÍN —Decía nada más, Jaime . . . Lo perdieron todo en la guerra . . . Se han confiado tanto en nosotros.

CHARLIE —La conciencia es un lujo, boy scout. Te enseñaron eso en la brigada cuando andabas de pantalón corto . . . A tu edad, estorba . . .

TOLÍN —Es que esa gente ha pasado por una guerra . . .

JAIME (*Reventando*) Y a mí qué me importa que hayan pasado todas las guerras que les dé la gana! No se las fabricamos nosotros, no es cierto? . . . En Chile eso no cuenta! . . . Esos gringos vienen aquí a hacer la América; no tenemos por qué regalárselas! . . . Crees que habría tenido consideraciones con nosotros en caso contrario? . . . Métete eso en tu cabeza de niño regalón y no jodas! (*Tolín lo mira un rato con dolor y sorpresa y sale casi corriendo al balcón*)

CHARLIE —Esa insistencia tuya de meter a este chiquillo en todos nuestros negocios nos va a llevar un día a la ruina.

JAIME (*Se pasea*) Tengo mis razones.

CHARLIE —Es cierto que su viejo nos ha sacado de algunos apuros, pero . . .

JAIME —Charlie, te voy a pedir un solo favor . . . Que lo dejes en paz.

CHARLIE —Sí, ya sé que para hablar de él tengo que ponerme miel en la boca . . . Ésa es la diferencia entre nosotros. Lo usas y acto seguido, para ganar su indulgencia, lo proteges. Yo, en cambio, soy más franco. Le saco la plata y lo friego para que no crea en mí. Qué clase de relación es la de Uds. dos? O qué te pasa? (*Timbre. Entra Mónica desde el corredor. Es una muchacha de corte moderno en todo sentido, rostro, porte y vestido. Usa falda ajustada a la moda, que ciñe sin mezquindad, sus formas muy bien proporcionadas. Peina a la moderna con golpes de sol. A pesar de que consigue parecer mundana y desenvuelta, acusa, sin embargo, un desencanto interior en su manera de rematar sus gestos, rápidos, duros, como si el permanecer en ellos fuera a revelar su sensibilidad. Sin saludar a nadie va directamente sobre Charlie*)

MÓNICA (*Viva, consentida*) Por qué te fuiste sin esperarme?

CHARLIE —Porque después de una hora de conversación con tu madre, se me acaba el tema.

MÓNICA —Podrías haber subido, al menos, a decirme que te ibas.

CHARLIE —Tú sabes que no me gusta subir escaleras, me canso.

MÓNICA —Te advierto que no pensaba venir.

CHARLIE —Pero viniste. No importa el desaire que te hiciera. Sabía que vendrías. (*Con intención*) No es cierto, Jaime?

JAIME (*Mirando a Mónica, turbado*) Supongo que sí.

MÓNICA (*Cambiando de tema*) Quiubo! Y el checo, no ha venido?

CHARLIE —No los veo.

MÓNICA (*A Jaime*) Y tu mujer?

JAIME —Está ahí, adentro. (*Indica*)

MÓNICA —Qué hace ahí? Meditando? (*Charlie se ríe*) Cómo me queda este peinado con este vestido, Jaime. Combina?

CHARLIE —El árbitro de la moda.

MÓNICA —A ti no te pregunto porque todo lo que me pongo te parece mal.

JAIME —Te queda muy bien.

MÓNICA —De veras? Venía muy preocupada, porque mi hermana estuvo muy amable conmigo cuando salí. Siempre se pone hiriente cuando me veo bien . . . En la casa no tengo quién me aconseje con sinceridad. Mi mamá está por principio en contra de las modas de ahora . . . Cuándo llegarán esos gringos? Me hicieron perder un día de playa y ahora no vienen . . .

JAIME —Balik quedó de estar aquí a las seis.

MÓNICA —Me había aprontado para seguir el consejo de una amiga. Dice que tapándose la nariz con hojas de cardenal no se pone colorada. El sol de la playa me irrita tremendamente el cutis y los ojos. Cuándo irán a llegar? . . . Me revientan estos momentos de espera. Son como velorios. Me irritan los velorios. Pásame un trago, Tolín, quieres? (*Nadie habla. Todos no hacen más que mirarla mientras se mueve por la habitación*) El chofer del taxi era un fresco. Me cobró mil pesos . . . Como ven que una es mujer . . . Cuándo llegará esa gente?

CHARLIE —De qué te quejas? No tienes nada que hacer.

MÓNICA —Sí, pero odio esperar . . . Siento como si me estuviera perdiendo algo. En realidad una nunca se pierde nada . . . Esta noche vamos a ir a Nuria a ver a los marinos americanos. Ahora pienso que vale la pena verlos, pero después sé que los encontraré una lata. En la oficina, lo mismo. Llega un nuevo empleado y todas esperamos que sea un encanto y lo mismo de siempre; una lata. (*A Jaime*) Sabes lo que va a pedir Charlie en el Nuria? (*Sale Tolín*)

JAIME —Un Manhattan.

MÓNICA —Un Manhattan . . . Ya lo sé antes que venga el mozo. (*Imita con gracia*) «Tráigame un Manhattan. Tú qué quieres, Mónica? Un gin con gin. Muy bien señorita. Me encanta el gin con gin». Y después Charlie se echará atrás como un oso y se pondrá a desnudar a las mujeres con la mirada. (*Jaime ríe encantado*)

CHARLIE (*Irritado ante la risa de Jaime*) De qué te ríes tanto? Has inventado algo más entretenido que hacer en una boite? Mónica me está siempre comparando contigo.

MÓNICA —No te compares. Nunca hemos ido a ninguna parte sin que Jaime se consiga la mejor mesa. Se sabe el nombre de todos los mozos. Conoce a los músicos de las orquestas. Una se siente algo

así como . . . famosa, yendo con él . . . Hombres como Jaime no deberían casarse nunca. Lo complica todo. (*Mirándolo*)

CRISTINA (*Entrando desde el balcón*) Si se refiere a mí, no veo la complicación. Jaime tiene por parte mía toda la libertad que Ud. necesite. (*Timbre*)

TOLÍN —Jaime, ahí vienen, el checo y su mujer.

JAIME —Tolín, sal a recibirlos! Y no se olviden Uds. dos. (*A Tolín*) Tú eres mi secretario. No olvides de llamarme Sr. Mericet. (*A Charlie que sale al balcón*) Y tú, Charlie, eres el socio con plata, estás en esto sólo por deporte. Nadas en millones y parientes ricos. Tú, Mónica, coquetéale al gringo. Te encantan los hombres de trabajo, recuerda!

CRISTINA (*Con ironía*) Y yo? Qué papel represento?

JAIME —Tú? Para hacer la mujer de un frío hombre de negocios, eres mandada a hacer. No tienes por qué aparentar nada. (*Cristina sale al balcón. A Mónica*) Ella no entiende que uno tiene que hacer estas pequeñas comedias . . . (*Se acerca de pronto a Mónica*) Por qué me evitaste esta mañana en la playa, Mónica?

MÓNICA —Jaime, tu mujer está ahí, adentro . . .

JAIME —Traté en todo momento de estar solo contigo . . .

MÓNICA (*Lo elude*) Jaime, te he dicho . . . Te he dicho que lo nuestro no puede seguir así . . .

JAIME —Porque te mandé ese anillo?

MÓNICA —Por eso y todo lo demás . . . Jaime, tú no debes seguir gastando en mí . . . Me comprometes . . .

JAIME —Pero, qué compromiso hay en eso? Me gusta regalarte cosas. No me gusta que creas que soy un pobre diablo como Charlie . . .

MÓNICA Tú eres casado . . . Lo nuestro ha llegado demasiado lejos . . . Tengo miedo . . . No quiero seguir contigo.

JAIME —No te entiendo. Has cambiado. Antes eras menos prudente. Con los demás sigues la misma. Hablas por mil . . . A veces puras leseras, y conmigo tan llena de complicaciones.

MÓNICA —Es que me he dado cuenta que tú sólo me buscas como un escape para los problemas con tu mujer. Basta que tengas un cambio de palabras con ella para que te pongas más insistente. Es a ella a quien quieres, Jaime. No me comprometas. (*Se abre la puerta y asoma Tolín seguido de Balik y detrás, muy apegada a él, su mujer. El contraste de sus vestimentas con las de los que ha estado en escena es notorio. Son ropas sencillas y opacas de continuos lavados. Milena viste falda de percal florido y un chaleco de lana. Tiene el cabello amarrado con una cinta. Balik, un hombre delgado aunque de aspecto firme, bordea los cuarenta años. Fue moreno pero ahora luce canas. Sus gestos rudos ocultan una naturaleza afectuosa*

y espontánea. Su acento, marcadamente extranjero, es gangoso y brusco. Milena es de una timidez que sobrecoge. Trae un paquete bajo el brazo. Los del balcón regresan)

JAIME (*Acercándose a ellos en pleno despliegue de efusión*) Cómo le va, Sr. Balik? Pase! . . . Pase, señora . . . Uds. se conocen, no es cierto?

BALIK (*A todos con jovialidad infantil*) Buenos días, caballeros.

JAIME (*Presentando a Cristina que es la única que ha tomado asiento. Balik acude hacia ella*) Mi mujer.

BALIK (*Inclina la cabeza*) Jan Balik. (*A Milena que no se separa de él, con cariño*) Milena, saluda a la señora. (*Milena adelanta una mano tímida)*

CRISTINA (*Fríamente*) Buenas tardes.

JAIME (*Frente a Mónica*) La novia del señor Grace.

BALIK (*Inclinación de cabeza*) Jan Balik . . . Milena, saluda a la señorita. (*Mónica aprieta las manos que se le ofrecen y mira con imperturbable curiosidad. Balik va a saludar a Charlie, que hace un ademán vago de levantarse de su asiento. Milena se refugia tras Balik. De repente se pone a reír silenciosamente, casi con un gemido*)

MILENA —Nemuto to techivo . . .

BALIK —Milena, qué haces? (*Le habla en voz baja, en checo. Milena le pasa el paquete*) No, entrégalos tú. (*A todos*) Está nerviosa. Milena hizo unos pasteles para los caballeros. (*A Milena. Reconviniéndola suavemente*) Has pensado en ello toda la semana y ahora te portas como una niña. (*Le pasa el paquete a Cristina*)

JAIME —Gracias. Para qué se fue a molestar?

BALIK —Oh, no es ninguna molestia. Todo lo contrario. (*Momento de nueva confusión*) En Checoslovaquia la mujer siempre hace pasteles los domingos.

MÓNICA (*Inesperadamente*) Y qué hace el marido con los pasteles?

BALIK —Cómo dice la señorita?

JAIME —Mónica pregunta qué hace el marido con los pasteles.

BALIK —Oh, se los come, naturalmente. (*Divertido*)

MÓNICA —Le pregunto porque aquí, en Chile, si una mujer le hace pasteles al marido, éste se los lleva y se los come con la otra.

BALIK —Qué otra? (*Acto seguido cae y se ríe estrepitosamente, con todo el corazón*) Oh, la otra! Muy gracioso! Muy chistoso!

MÓNICA (*A Milena que ha sonreído calladamente*) Y qué piensa Ud. de eso?

BALIK —Milena no habla castellano . . .

MÓNICA (*Entretenida*) Tradúzcale Ud. pues . . .

BALIK —A Milena no le gustan estos temas. Es muy delicada en eso. Sufrió mucho en la guerra . . . (*Para superar el embarazo que se produce*) El chiste de la señorita me recuerda nuestra fábrica en Jablonetz. Mi tío Lazlo, el dueño de la fábrica . . . un hombre muy serio . . . puso un tabique para separar a los hombres de las mujeres en la sección al lado del cristal . . . En la Pascua, hombres y mujeres le regalaron un gran espejo a mi tío y lo colgaron del techo sobre el tabique para poder mirarse . . . Después mi tío hizo sacar el tabique . . . (*Se ríe estrepitosamente*) No más separación de hombres y mujeres. (*Abraza a Milena*) La vida es muy fea cuando deben separarse.

MÓNICA —Aquí en cambio la vida es fea cuando hombres y mujeres están juntos. Yo rompería todos los espejos.

BALIK —En Chile . . . Marido y mujer casi nunca están abrazados. Por qué?

JAIME —En realidad . . . En público se abrazan poco.

BALIK —Por qué en público? . . . Cuál es la diferencia? Ud. no abraza a su señora en público?

CRISTINA —Algunos lo hacen, señor. Pero es vulgar. (*Mira a Jaime*)

BALIK (*Percibiendo el sentido de estas palabras*) Marido y mujer dejan de quererse, cuando se ocultan cosas . . . Verdad, Milena? (*Se acerca a ella y le habla por lo bajo en checo. Ambos se sonríen con entendimiento*) En la luna de miel los novios están desnudos . . . Nunca el amor es más profundo . . .

MÓNICA (*Interesada. Una súbita seriedad en los ademanes*) Por qué?

BALIK (*Dirigiéndose a ella*) Porque el hombre es débil. En la luna de miel no oculta su debilidad. Puede amar tranquilamente.

CHARLIE —Las mujeres prefieren al hombre fuerte . . . (*Mirando intensamente a Mónica*)

BALIK —No . . . Le temen más y se someten . . . (*Pausa*) Lo vi en la guerra . . . Las mujeres quieren más al hombre herido . . .

MÓNICA —Ella . . . piensa así también.

BALIK (*Sonriendo a Milena*) Ella curó mis heridas . . .

MILENA —Jan, ne sapche moder dat penenku . . .

BALIK (*Saca de su bolsillo interior una muñeca de trapo. Representa una pequeña aldeana holandesa. Tiene el pelo y parte de sus ropas chamuscadas*) Oh, sí! Casi se me olvida. Milena, mi hija, me dio esto para Ud. (*A Jaime*) Ella lo quiere mucho. Dice que Ud. es nuestro salvador. (*Tolín mira a Jaime con horror. Charlie no puede reprimir una risa sardónica. Mirándolo*) No se atreve a dársela a Ud. en persona. Es muy tímida . . .

JAIME —Pero . . . por qué? . . . cómo? . . . no puedo recibirla.

BALIK —Por favor, acéptela! Es un regalo especial porque lo quiere mucho . . . La salvó de entre las llamas de nuestra casa en Jablonetz . . . Una bomba incendió nuestra casa, pero la niña corrió adentro a salvar su muñeca . . . Tómela . . .

CRISTINA (*Con voz fría. Con sorna*) Acéptala, Jaime . . . No te compremete en nada. . . . No es más que el regalo de una niña . . .

JAIME (*La recibe ofuscado*) No tenía por qué hacerlo . . . Muchas gracias. (*Milena dice algo al oído de Balik*)

CHARLIE —Tiene un gran sentido de la oportunidad la niñita, verdad, Jaime?

MILENA —Próne dem prószlo . . .

BALIK —Y ahora quiero decir unas pocas palabras, caballeros. (*Saca un papel de su vestón*) Unas pocas palabras de agradecimiento . . . Lo escribí porque soy muy mal orador. (*A Milena que se ha situado detrás de él*) Milena, por favor . . . Tú sabes que no puedo leer si alguien mira el papel . . .

MÓNICA —Venga, siéntese a mi lado.

BALIK (*Con voz que va creciendo en emoción. Al final apenas puede hablar*) Quise comenzar diciendo caballeros, pero puse . . . amigos. (*Lee*) Amigos . . . Milena, la niña, Peter y yo, estamos agradecidos con Uds. . . . Llegamos solos a este hermoso país . . . No conocíamos a nadie . . . No sabíamos qué sería con nosotros. Sólo nos guiaba una gran esperanza . . . Cuando vimos el mar de Chile, la gran cordillera, nuestra esperanza creció . . . Cuando los conocimos a Uds. supimos que sería cierto todo lo que soñábamos . . . Uds. con gente buena . . . No están sucios de la guerra . . . (*Temblor en la voz*) Esa bestia feroz! . . . Milena, la niña, Peter y yo, tenemos ahora un nuevo hogar, una nueva patria . . . La gran patria de Uds., caballeros! . . . Les agradecemos de habernos dado la mano para producir cristales de Bohemia para Chile! . . . No los vamos a desilusionar! . . . Gracias. (*Se produce un instante de silencio, todos se miran. De pronto un gemido. Es Tolín que abandona, casi corriendo, el cuarto*)

CHARLIE (*Lo felicita y aplaude*) Muy bien, Sr. Balik! . . . Muy bien!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Han pasado seis meses. La misma oficina del primer acto. El mismo decorado, con la diferencia de que no quedan ahora más que una máquina de escribir, dos escritorios y el mueble-bar. Reina un cierto abandono. Se ha caído y cuelga una de las persianas de la ventana. Sobre una mesa lateral hay un conjunto de objetos de cristal. Son muestras de la fábrica. Es una mañana fría y lluviosa de invierno. Jaime está sentado ante uno de los escritorios. Está ocupado en dibujar algo sobre una revista . . . Se distrae. Sin embargo, está nervioso. Abre una de las gavetas y saca unos papeles que revisa con torpeza. Los tira, con fastidio. Va hacia el bar y quiere servirse un trago pero encuentra que las botellas están vacías. Entonces va hacia el teléfono con ira. Marca un número.

JAIME —Aló? . . . Cuándo piensan mandarme el pedido de tragos que les hice hace más de una semana? . . . Cómo? . . . Jaime Mericet! . . . Tres Coñac . . . Dos Ron Bacardi y dos botellas de Gin, parece . . . (*Espera*) Bueno y qué esperan en mandar el cobrador? . . . Que venga de nuevo entonces! . . . (*Ablandándose*) Bueno, señor, mire . . . uno pasa por apuros . . . Mira, imbécil. Puedo pedir tus tragos en otra parte, entiendes? . . . Aló? . . . (*Golpea al aparato. Cuelga con rabia. Se revisa los bolsillos. Saca un puñado de billetes. Los cuenta. Entra Charlie desde la calle, el cuello del abrigo levantado. Se refriega las manos, va a sentarse en uno de los sillones. Se echa atrás y pone los pies sobre el radiador de la calefacción. Se saca el abrigo y se cubre con él. Jaime no ha dejado de observar sus movimientos*)

CHARLIE —Hola! . . . Hace frío! . . .

JAIME (*Después de breve espera*) De dónde vienes?

CHARLIE —De por ahí. (*Se levanta. Se dirige entumecido hacia el bar*)

JAIME —No quedan tragos . . . No nos mandan tragos porque no temenos cómo pagarlos. Les debemos dos entregas.

CHARLIE (*Se sienta*) Lástima. Qué mundo materialista! . . . Vengo helado hasta los huesos. (*Se vuelve a tender*)

JAIME (*Vuelve a marcar el teléfono*) La señora, está? . . . Salió? . . . Dígale que me llame cuando llegue. (*Cuelga. A Charlie*) Por qué no has venido en todo el día?

CHARLIE (*Que comprende el sentido de la pregunta*) Sí . . . Pasé toda la noche remoliendo con la Brigitte Bardot . . . Está totalmente enamorada de mí . . . No podía conseguir que me soltara . . .

JAIME —Qué te dijo tu tía?

CHARLIE —A ella no le gusta la idea. Dice que prefiere una niña de familia.

JAIME —Dijiste que tenías una tía relacionada con los dueños de una tienda. Ibas a tratar de que nos colocaran algunos de estos tiestos. (*Indica los objetos de cristal*)

CHARLIE —Te dije? . . . Se me olvidó . . . Iré mañana . . .

JAIME —Sabes cuántos tiestos llevamos colocados este mes?

CHARLIE —No muchos, me imagino . . .

JAIME —Cuatro. Los que Tolín colocó en la Ferretería.

CHARLIE —No es mucho, en realidad. Dime, me llamó la Mónica, hoy en la mañana?

JAIME —No.

CHARLIE —Es una lástima. Esa mujer no sabe lo que se pierde . . . (*Se arrellena en el sillón*) Y ahora que nadie me molesta . . . Echaré una pestañada . . . (*Se cubre la cara con el sombrero*)

JAIME —Dime, Charlie. Cuándo piensas empezar a moverte?

CHARLIE —Cuando comiences tú, ya te dije.

JAIME —Estoy en la oficina desde las nueve de la mañana. Son las seis.

CHARLIE —Para hacer palabras cruzadas me quedo en la cama.

JAIME —Hago eso para entretenerme mientras espero las llamadas de Tolín o de los clientes.

CHARLIE (*Con sorna y reacomodándose*) Qué cliente? . . . Estás muy mal, viejo. Estás viendo visiones. Es inútil, no vas a conseguir que trabaje para ti . . . No soy Tolín. (*Otro tono*) He pasado una noche perra. Un hermano mío se enfermó . . . Estuve toda la noche con él. No se calmaba con nada, el pobre chiquillo . . . Déjame tranquilo, quieres?

JAIME —Balik está saltón. El negocio no se mueve . . .

CHARLIE —Ya lo sé que no se mueve. No hay más que ver esta oficina. Y qué quieres que haga?

JAIME —Charlie, no comprendes que estamos metidos en esto hasta el cuello?

CHARLIE (*Con cansancio*) Estoy cansado . . . Ni tú ni yo podemos hacer nada.

JAIME —Tú no podrás pero yo puedo.

CHARLIE (*Siempre cubierto por su sombrero*) Qué puedes hacer? Métele lápiz. En cuántos negocios te has metido que no has sabido terminar? Cuántos fracasos? . . . Todas grandes oportunidades. Terminaron en nada.

JAIME —Cuáles, por ejemplo?

CHARLIE —La venta de los sitios . . .

JAIME —El dueño se desistió de vender a última hora . . .

CHARLIE —No fue por eso. Fue porque había que levantar planos, tramitar permisos municipales, trazar urbanizaciones, conseguir créditos . . . Había que hacer cosas . . . Cobrar . . . pelear . . . incomodarse. No, mi amigo. No estamos hechos para eso. Se necesita tener empuje . . . perseverancia . . . fe. Nosotros no tenemos fe. No creemos ni en nosotros mismos y vamos a creer en lo que hacemos?

JAIME (*Se levanta*) Te gusta revolcarte en tu propio fracaso. No conseguirás arrastrarme contigo.

CHARLIE —Arrastrarte conmigo? . . . No seas ingenuo . . . Que no ves que estás metido hasta el cuello en el tuyo? . . . Eso es lo que me gusta en ti . . . Tienes el optimismo de una solterona rezándole a San Antonio. (*Se ríe*) Cuando me acuerdo cómo me convenciste el día que te conocí . . . Te juro que te creí todo. Me acuerdo que al separarnos de ti le dije a Mónica, «Este tipo es grande» . . .

JAIME —Cállate!

CHARLIE —No, no . . . Déjame . . . Ya estoy entrando en calor! . . .Con el pobre Balik sí que estuviste grande! . . . Carlos Grace Alcalde . . . «Descendiente directo de los Rockefeller de U.S.A.» . . . Primo hermano de los Grace de Boston . . . el tipo cansado de gastar millones . . . El deportista de la finanzas!» . . . Ah! . . . Ah! . . .

JAIME (*Yendo hacia la puerta y abriéndole*) Si no quieres trabajar no vengas más a la oficina!

CHARLIE —Ah, y ahora el gran gesto teatral! «No vengas más a la oficina» . . . Qué harías sin mí, dime?

JAIME —No me haces falta para nada.

CHARLIE —Claro que te hago falta. Tolín también te hace falta. La Mónica también . . . Todos . . . Quién te va a fortalecer oyendo el cuento de tus éxitos? . . . Tu mujer ya no te escucha.

JAIME —Si piensas así, qué te detiene aquí? Por qué no te vas?

CHARLIE —Adónde?

JAIME —Eso es cosa tuya.

CHARLIE —No tengo dónde . . . Si tuviera, me iría . . . El error fue tuyo . . . No debiste buscarme como socio . . . No seas trágico!

JAIME (*Con desazón*) Tú no tienes mujer ni hijos. No pesa sobre ti una familia. Puedes especular sobre estas cosas. Yo no puedo.

CHARLIE —Eso está mejor. Es la primera palabra sincera que te oigo pronunciar . . . Si me hablaras siempre así, no necesitaría ser tan franco contigo . . . Podría usar mentiras piadosas.

JAIME (*Levantándose de un salto como impulsado por un resorte*) Charlie, tenemos que hacer algo! . . . No me puedo dar el lujo de estar

aquí, hablando, te digo! . . . Tengo más de medio millón de gastos fijos en mi casa y no me está entrando un cinco.

CHARLIE —Qué vas a hacer? . . . Salir a ofrecer esos «tiestos»? . . . Ir con la maleta de tienda en tienda? Regatear? Humillarte? . . . «Señor, tengo mujer aristócrata y tres niños aristócratas . . . No puedo alimentarlos con chuchoca» . . .

JAIME —Oh, cállate!

CHARLIE —La calle está llena de tipos que dan vueltas a la manzana, porque no se pueden quedar tranquilos en sus oficinas . . . (*Divertido lo observa pasearse*) Dime . . . Te acuerdas cómo nos conocimos? . . . Fue en el Club de Golf? . . . Estabas con tu mujer, aburridos como ostras! . . . Oh, Dios mío, cómo se aburrían . . . Tú y tu Cristina parecían de palo . . . (*Con otro tono, rápido*) Después te pusiste a mirar a la Mónica, recuerdas?

JAIME —Eso es algo que nunca te has sacado de la cabeza, eh?

CHARLIE —No, porque la miraste . . . O fue ella que te miró primero?

JAIME —Vas a comenzar de nuevo con eso . . .

CHARLIE —Ávida como era de esas cosas, en cuanto te vio me dijo: Ves, ese tipo sí que es distinguido! . . . Y yo me piqué y entonces hice esa tentativa estúpida de provocarte . . . Recuerdas? Me traicionó mi sangre escocesa . . . Llevabas el pelo largo. Y de atrás casi parecías una mujer . . . Es curioso, cómo las mujeres se pueden enamorar de la melena de los hombres.

JAIME —La Mónica no se enamoró de mí.

CHARLIE —Ha estado siempre enamorada, desde ese día. Para qué echarse tierra a los ojos? Te quise ir a pegar y representaste tu primer gesto dramático . . . Me convidaste a tomar un trago con Uds., recuerdas? El loco que hice. Después de eso, la Mónica, naturalmente, estaba fascinada contigo . . . (*Ante un gesto de Jaime*) No, espera . . . Yo también me fasciné, no creas . . . Te salías de lo corriente . . . Qué manera de convencer!

JAIME —Hasta que te dije «eso» que no me has perdonado nunca.

CHARLIE —Exacto. Hasta que me dijiste «eso» que, entre otras cosas, no te he perdonado nunca.

JAIME —Eres rencoroso.

CHARLIE —No es sólo rencor. Hay ciertas palabras que aclaran una idea vaga. La Mónica había ido formándose una idea vaga de mí y tú se la aclaraste con tu palabra. Cuál fue?

JAIME —No me acuerdo.

CHARLIE —Sí te acuerdas. «Monigote» . . . La percha que trajean a la moda. El figurín al que le peinan chasquilla. El tipo que fue atlético y que ahora no sabe qué hacer con las manos.

JAIME —Fue una broma.

CHARLIE —Sí. Una de tus bromas, que dan en el clavo . . . (*Pausa. Trémulo*) Sabes que la Mónica ya ni me quiere ver? . . . Me hace el quite.

JAIME —Y todo porque esa vez te dije «eso».

CHARLIE —Cuando lo conocí era una mocosa ingenua. Le hablé en un trolley. Me tomó por un turista argentino o algo así. Estaba liquidado y encontré a un ser que me miraba para arriba. Chitas, qué bien lo pasábamos!

JAIME —Y por qué entonces la llevaste a sitios donde cualquiera iba a tratar de quitártela?

CHARLIE —Sabes que ahora último, cuando peleamos, me grita esa palabra tuya? Podría matarte, a veces, con estas manos . . . (*Suena el teléfono*)

JAIME —Aló? sí? . . . Ah, eres tú! (*Le pasa el auricular a Charlie*) La Mónica.

CHARLIE —Mónica? Qué te pasa? (*Entra Tolín*) Ahora? . . . Sí. Te paso a buscar luego. (*Cuelga. Se pone el abrigo. Se detiene en la puerta*) No tienes algo que me prestes?

JAIME (*Saca dos billetes del bolsillo*) Toma.

CHARLIE —No te he pedido tanto. Con mil tengo para el taxi.

JAIME —Toma, te digo. Pero . . . ven a trabajar. Te necesito.

CHARLIE —Sí. Deja resolver esto de la Mónica y trabajaré . . . Te lo juro. Adiós. (*Se tropieza en la puerta con Tolín que entra*)

JAIME —Adónde fuiste?

TOLÍN —A la fábrica.

JAIME —Y qué tenía que hacer allá? Estuviste con el checo? (*Tolín asiente*) Tenías una cita con el gerente de la Distribuidora del Sur. Fue?

TOLÍN —Sí.

JAIME —Qué te dijeron?

TOLÍN —No me recibió.

JAIME —Es la tercera vez que vas . . . No insistes suficientemente!

TOLÍN —Sí insisto. Me manda decir que está en reunión.

JAIME —Y qué le pasa a ese tipo? . . . Que no le gusta el negocio que le ofrecemos?

TOLÍN —La secretaria me dijo que encontraba muy difícil la venta de esta clase de mercaderías.

JAIME —Y qué quiere? La Virgen amarrada en un trapito? Todo es difícil al comienzo. Y qué piensas hacer?

TOLÍN —No sé.

JAIME —Piensas que debería ir yo, no es cierto?

TOLÍN —Tú tienes más . . . labia, Jaime. Yo soy tímido. Me corto . . .

JAIME —Sí, sí sé. El resultado es que en esta oficina tengo que hacerlo todo yo. Dame su teléfono. (*Tolín le pasa un papel que saca de su libreta. Jaime va a marcar pero se desiste*) No me siento bien hoy día. Para discutir con estos tipos hay que estar en forma. Llamaré mañana.

TOLÍN —Bueno, Jaime.

JAIME —Qué cosa, «Bueno, Jaime». Que no me crees?

TOLÍN —Sí, te creo . . .

JAIME —Llamaré mañana, te digo. Lo convenceré . . . Sé el tono en que hay que hablarle a estos «gerentes». Me los echo al bolsillo cuando quiero. Tú me has visto. Soy mandado a hacer para eso, no es cierto?

TOLÍN —Sí, Jaime.

JAIME —Recuerdo el día que le metí cinco camiones a un fulano . . . Tú no me conocías todavía. Comencé por convencerlo que sus camiones eran fierro viejo. El fulano se me corría . . . No quería oírme. (*Se va exaltando*) Pero yo, dale que dale . . . Saqué cifras . . . Economía en repuestos y esas leseras. Después de una hora le tenía metido uno . . . Luego dos y tres. El fulano sacó una botella de whisky . . . Ya me decía Jaimito. Jaimito, imagínate! . . . A las cuatro horas llamó a su mujer . . . Una morena gorda como zapallo . . . Salimos a comer juntos . . . Terminamos abrazados los tres . . . Cuando los dejé en su casa, el fulano me firmó el pedido . . . Cinco camiones! . . . Le habría metido diez si los hubiera tenido . . . Me habría acostado con el zapallo si me hubiera dado la gana. Qué cosa!

TOLÍN (*Bruscamente*) Jaime, Balik está preocupado.

JAIME —Deja contarte . . .

TOLÍN —Balik está preocupado, Jaime. No me cuentes nada! No me mientas!

JAIME —Le metí cinco camiones al fulano, te digo. No me gusta que dudes de lo que te cuento. (*Transición*) Es tal el montón de problemas que tengo en mi casa que no sé por dónde comenzar. Me siento amarrado de pies y manos . . .

TOLÍN —Yo te voy a ayudar, Jaime . . . (*Se miran*) Yo te he dicho que si tienes . . . problemas . . . si estás corto de . . . Tengo esos ahorros . . . pídeme . . . (*Ante la mirada de Jaime, Tolín baja la vista*) Tengo pensada una nueva posibilidad en una tienda, frente a mi casa. Un negocio de antigüedades. Puede ser que se interesen por tomar algo . . .

JAIME — Sí, anda . . . Puede que se interesen . . . Y pasa a ver de nuevo al fulano de la Distribuidora, quieres? Tal vez te reciba mejor

ahora. Si voy yo parecería algo raro, no crees? . . . Yo tengo treinta y tres años y . . . Bueno, entrar con esas muestras . . . El fulano pensaría. Y este tipo, qué ha estado haciendo? . . . A los treinta y tres años tipos como yo son Gerentes o dueños de una empresa . . . Mueven gente . . . Arreglan esta clase de negocios desde su escritorio . . . Comprendes, no es cierto? (*Tolín asiente*)

TOLÍN —Sí.

JAIME —Por qué haces esto, Tolín, dime? Lo haces por mí? . . . Tú tienes tu plata, esto no te ha dejado nada aún.

TOLÍN —Comprendo lo que te pasa.

JAIME —Oye, odio que me hables en ese tono, como si viviera de tu caridad. A mí no me pasa nada que no pueda solucionar, es sólo una racha de mala suerte.

TOLÍN —Jaime . . . yo sé que vives una vida falsa que te angustia . . . Lo sé porque recurres a mí . . . un tipo sin importancia . . . Me he sentido siempre tan insignificante . . . No me quites la alegría de sentirme necesario . . . (*Quiere decir más pero no puede. Sale*)

JAIME —Tolín, qué te pasa? . . . Espera! . . . (*Jaime se levanta. Va hacia el bar. Recuerda que las botellas están vacías. Va a buscar su abrigo. Se lo pone y va a salir cuando se encuentra con Mónica que llega*) Y tú, qué haces aquí? No tenías que encontrarte con Charlie?

MÓNICA —Lo llamé porque tenía que hablar a solas contigo. (*Le pasa un paquete que trae bajo el brazo*) Vengo a devolverte esto.

JAIME —Qué es eso?

MÓNICA —Tú sabes lo que es. La estola de pieles que me mandaste. Jaime, te he dicho que entre nosotros ya no puede haber nada.

JAIME —Pero yo te la quiero regalar. No puedo hacerlo acaso? Andaba con un poco de torta y pensé en ti. No hay más.

MÓNICA —Pero es absurdo. Tú tienes familia . . . No necesitan cosas tus niños . . . tu mujer?

JAIME —No andan desnudos. Gano bastante para todos.

MÓNICA —Crees que no sé de tus apuros? . . . Te juro que no comprendo por qué lo haces.

JAIME —Uds. las mujeres siempre tienen que saber el porqué de las cosas.

MÓNICA —No seas niño. Lo que pasa es que yo he madurado. Ahora pienso en forma muy diferente . . . Antes te admiraba. Todo lo que hacías y decías lo encontraba maravilloso . . . Me habría desmayado con este regalo.

JAIME —Y ahora, me rechazas?

MÓNICA —No lo tomes a mal, pero te tengo lástima. Te veo tan confundido, tan inseguro . . . Haces tonterías . . . Llevo seis meses rechazándote regalos y tú insistes . . .

JAIME (*Seco*) Para decirme estas cosas es que tenías que hablar conmigo?

MÓNICA —Venía a devolverte esto y a pedirte un favor respecto a Charlie.

JAIME (*Se le acerca*) Es para pedirme favores que necesitas este encuentro a solas?

MÓNICA —Jaime, es en serio, escúchame.

JAIME —Por qué tienes puesta esa blusa que yo te di? Y el anillo?

MÓNICA —Por favor, escúchame.

JAIME —Recuerdas que te lo di el día que fuimos a la casa de Pepe, a las Rocas?

MÓNICA —Eso fue una locura mía, de la que ahora me arrepiento.

JAIME (*La toma*) Niega que te he hecho sentirte una reina en mis brazos. (*La asedia*) Quieres que repita lo que dijiste esa vez?

MÓNICA —Fue una locura, ya te dije!

JAIME —Locura? Llamas locura el que te hiciera sentirte mujer, por primera vez en tu vida? . . . Cristina se va a Buenos Aires la próxima semana. Le pido prestada la casa a Pepe otra vez? Nos vamos, de nuevo los dos?

MÓNICA (*Rígida, fría*) Suéltame! No seas pretencioso. Tú no me quieres ni me has querido nunca. Lo nuestro nunca ha sido serio. Sólo una ofuscación de mi parte . . . y un nombre más en tu lista.

JAIME —Bonita manera de resumir un amor . . .

MÓNICA —Ya no te quiero, Jaime, como te quería entonces. Déjame. Ya no significas nada para mí, sentimentalmente. No eres más que un buen amigo. (*Pausa*)

JAIME —Entonces . . . ya no me quieres ver más? . . . Me dejas así, como cualquier cosa . . .

MÓNICA —No hagas teatro, Jaime . . . Tú sabes que no es así . . .

JAIME —Sin embargo crees que puedes contar conmigo para un servicio, eh?

MÓNICA (*Irritada*) A un amigo le puedo pedir un servicio . . . A un hombre que sólo me quiere para la cama, no! . . . A veces pienso que deberías haber pasado por pruebas tremendas, como Balik y su mujer, para ser más sencillo y no vivir aparentando.

JAIME —De todos modos la vida es un circo . . . Te regalo cosas porque me agrada y me dices que no sea ridículo . . . La regalo a mi mujer y me dice que tengo mal gusto . . . Le llevo cosas a mis hijos y viene mi suegra y se las quita porque dice que no son niños para jugar con juguetes de palo . . . Qué puedo hacer por ti?

MÓNICA —No sé cómo explicarte . . . Tú sabes que me he hecho muy amiga de Milena, la mujer de Balik?

JAIME —Así he oído.

MÓNICA —Voy a su casa casi todos los días . . . Y estoy sorprendida, Jaime. He cambiado. Estoy empezando a ver las cosas de otra manera.

JAIME —Sí? Te ha contagiado su aire de hermanita de los pobres.

MÓNICA —Tú no sabes lo que es Milena. No has conocido nunca a nadie tan alegre. Es como estar con una niña. Y al mismo tiempo es tan sabia.

JAIME —Ah, vamos! No me vas a decir que «eso» es un ideal de mujer. Mira su facha . . . Mira cómo se viste!

MÓNICA —Milena engaña con su aspecto insignificante. Es de esas personas que actúan calladamente. Conoce a Jan por dentro y por fuera y lo apoya con un tacto que emociona.

JAIME —Y eso ha impresionado tu instinto maternal hasta las lágrimas, eh?

MÓNICA —Por qué te ríes de eso, Jaime? Crees que la forma como tú vives con Cristina es mejor acaso? Podrías esperar tú de ella que te acompañara por una guerra y diez años de privaciones?

JAIME —La guerra no se ha hecho para el mundo de Cristina. Nadie sabría qué hacer con ella. Se la lanzarían uno al otro como un fierro al rojo. Bueno, todavía no entiendo qué tiene todo esto que ver con Charlie o conmigo? Fue la checa la que te aconsejó dejarme, no es cierto?

MÓNICA —No le he hablado sobre eso. Me daría vergüenza. El trato con ella me ha dado la capacidad de poner decidirlo por mí misma.

JAIME —Y qué te pasa, entonces?

MÓNICA (*Angustiada*) No sé qué hacer con Charlie . . . Está cada día más angustiado . . . Me cela y se aferra a mí como un niño necesitado . . . No me deja ni a sol ni a sombra. Pasa las noches parado frente a mi casa, mirando mi ventana . . . Me sigue por las calles. El otro día llegó borracho a la oficina y se puso a gritar como un loco porque yo estaba tomando un dictado y no podía salir a verlo.

JAIME —Y qué quieres que haga?

MÓNICA —Que le hables. Hacer que me entienda, que no me exija tanto, porque me confunde. Milena dice que tiene por mí una obsesión enfermiza, porque siente que va decayendo.

JAIME —Y qué te dice? Que lo dejes?

MÓNICA —No. Me aconseja que siga con él, que le dé confianza. Dice que ahora no estamos en estado de decidir lo que es mejor para él y para mí.

JAIME —Y por qué no lo haces?

MÓNICA —Oh, Jaime, porque hay que ser tan fuerte para eso! (*Sorpresivamente entra Charlie*) Charlie!

CHARLIE —Y tú . . . qué haces aquí? (*Un instante de ofuscación*) Uds. dos tramaron esto, no es verdad? Se pusieron de acuerdo.

MÓNICA —Charlie . . . Yo tenía que hablar a solas con Jaime . . .

CHARLIE —Ya veo que tenías que estar a solas con él! (*A Jaime indicando el cuarto contiguo*) Por qué no te la llevas ahí dentro, desgraciado! No pusiste un diván para eso?

MÓNICA —Charlie, escucha . . .

CHARLIE (*A Mónica*) Y yo, el estúpido, corriendo para llegar luego a tu casa! Cómo te habrás reído, eh?

MÓNICA —No, Charlie . . . Óyeme! . . .

CHARLIE —Qué te ofrece esta porquería que te atrae tanto? . . .

MÓNICA —Óyeme, Charlie . . .

CHARLIE —No te he entregado . . . No he tirado a tus pies lo poco que soy?

MÓNICA —Sí, Charlie . . .

CHARLIE —Limpiamente? . . . Me he sacado la camisa ante ti . . . Y lo cambias por esa mierda.

MÓNICA —Sólo tenía que hablar con Jaime . . .

CHARLIE —Qué hay que hacer para gustarle a Uds. las mujeres? . . . Qué hay que hacer, eh?

JAIME —Ya, vamos, hombre . . . Estás equivocado . . .

CHARLIE —Y tú, cállate! . . . Cállate mejor! . . . Da gracias a Dios que no te pego . . . porque si llego a pegarte . . . te mato!

MÓNICA —Charlie, escúchame! . . .

CHARLIE —He sido un ingenuo en creer en ti . . . Espero que al menos tu vanidad de mujer sacará algún provecho de esto . . . tendrás algo que contarle a tus amigas . . . Dales mi teléfono . . . No tengo inconveniente en confirmarles que te quiero . . . (*Sale*)

MÓNICA (*Corre tras él*) Charlie, espera! . . . (*Sale tras él. Jaime queda solo. Cierra la puerta que Mónica ha dejado abierta. Se dirige al bar a tomar un trago. Se acuerda que no hay y cierra la puerta de un manotazo. Se dirige hacia su escritorio, lentamente, sin saber qué hacer. Al pasar al lado de la radio la enciende. Anuncia el locutor la transmisión inmediata de un concierto, pero Charlie da violenta vuelta a la perilla y sintoniza una agradable música bailable de sones tropicales. Se dirige ahora al escritorio, pero se arrepiente antes de sentarse y se vuelve a mirar por el ventanal que da a la calle. Luego se vuelve, repara en el fono y le viene la idea de llamar*)

JAIME (*Espera*) Aló? Tito? Cómo te va, mi viejo? (*Cariñoso*) No, no pude ir . . . Jugaron? . . . Sí, ese jetón es como mula para el bridge . . . Mira, Tito . . . Tú te acuerdas de los tractores de mi suegro que Uds. vendieron, no es cierto? . . . Sí, eso . . . Bueno resulta que

. . . estoy esperando que me abonen la comisión, Uds. dan un uno por ciento al que les lleva el negocio, no es así? Paso mañana a buscar el cheque . . . Qué? Las letras que nos dieron por los tractores? . . . No, no las tengo. Las di en parte de pago para un negocio . . . Paso mañana por el cheque . . . Adiós, mi viejo. (*Entra súbitamente Balik. Confuso, afectuoso*) Señor Balik, buenos días! . . . Gusto de verlo. Qué lo trae por aquí? Pase . . . Tome asiento.

BALIK (*Parado*) Ud. no vende mis cristales, señor Mericet!

JAIME (*Tomado de sorpresa*) Pero, señor Balik. Qué me quiere decir con eso?

BALIK —Digo que Ud. no vende mis cristales. Yo estoy todo el día en la fábrica, no puedo controlar las ventas, pero sé que Ud. no vende porque no me pide cristales a mí.

JAIME —Pero, señor Balik, Ud. se equivoca. Estamos vendiendo. Le aseguro . . . Poco a poco, pero vendemos.

BALIK —Ud. está obligado por contrato a vender diez millones y vende sólo medio millón. Yo en cambio produzco toda mi obligación.

JAIME —El mes pasado . . .

BALIK —Y dónde está el medio millón que vendió? . . . Su socio, señor Villanueva, dice que Ud. lo ha gastado en propaganda . . . Dónde está esa propaganda? He comprado todos los diarios . . . He oído la radio . . . Ud. no vende ni hace propaganda! . . . Tampoco me paga a mí . . . (*En ese momento entra Cristina. Se detiene en la puerta*)

JAIME (*Aliviado*) Entre, m'hijita! . . . Pase. (*Balik se levanta y saluda a Cristina con una inclinación de cabeza. Cristina responde*) Qué se le ofrece, mi linda? (*Va y da un beso a Cristina*)

CRISTINA —Creí que estabas solo. Tengo que hablar unas palabras contigo. Te espero al lado.

JAIME —Por qué no bajas al bar del Waldorf, mejor. Yo ya voy.

CRISTINA —No, aquí estoy bien. (*A Balik*) Con permiso . . . (*Sale hacia la oficina interior*)

JAIME —Señor Balik . . . Puedo ir mañana temprano a la fábrica . . .

BALIK —No, señor! Yo tengo que hablar con Ud. . . . ahora. No puedo esperar más. La sociedad lleva seis meses . . .

JAIME —Pero señor, todo toma su tiempo . . . Hay que dar a conocer primero la calidad de la mercadería. La clientela no se convence de inmediato.

BALIK —Y sus amistades? Ud. dice que está relacionado con todo el mundo.

JAIME —Tenemos las mejores conexiones, le aseguro. Mi socio es uno de los hombres más ricos de Chile. Mi mujer . . . Ud. la ve . . . es de la mejor sociedad, me abre todas las puertas . . . Pero la clientela

es dura. Tome el caso de uno de nuestros clientes, una tienda de antigüedades . . . íntimos amigos del señor Villanueva. El dueño pide regularmente, pero se resistió al comienzo.

BALIK —Por qué?

JAIME —Decía que los modelos eran demasiado estilizados.

BALIK —Estilizados? Ahora se usa así.

JAIME —De acuerdo, pero . . . hay que convencer . . . Ud. ve. La culpa no es sola nuestra. Ud. crea modelos demasiado originales. Chile se inclina más a la tradición. Somos un país reaccionario en materia de cultura. Ud. ve el caso de la pintura. En el Renacimiento se pintaban motivos espirituales . . .

BALIK (*Interrumpiendo*) Señor Mericet, yo tengo gastos en mi fábrica, Ud. no me da el producto de las ventas . . . No puedo continuar produciendo.

JAIME —Pero, señor . . . También tenemos gastos . . . Cuánto cree Ud. que vale el arriendo de esta oficina?

BALIK —A mí eso no me importa! . . . A mí me importa que Ud. venda para que yo pueda producir . . . Ud. no necesita esta oficina.

JAIME —Cómo que no, señor?

BALIK —Ud. no vende aquí.

JAIME —Señor Balik, permítame que le diga que Ud. no entiende el problema, porque no conoce nuestra manera de ser. Sin una oficina bien presentada, Ud. no hace negocios.

BALIK —Nadie puede exigir a Ud. una oficina con tres piezas.

JAIME —Somos tres socios.

BALIK —Que Uds. duermen aquí?

JAIME —No, pero . . . es lo que se estila . . . Es lo que hacen todos . . . Una oficina por socio.

BALIK —No importa lo que hacen todos. A Ud. debe importar lo que haga Ud. En Bohemia, en la fábrica de mi tío, yo no tenía oficina. Tenía una mesa grande en la mañana. En la tarde la usaba el contador. Tampoco tenía bar en la oficina. El alcohol no sirve para trabajar . . .

JAIME (*Ya molesto*) Eso será en Bohemia, señor Balik, pero estamos en Chile y aquí vivimos mejor así.

BALIK —No, señor . . . no vive mejor. Vive con más gastos, eso sí . . . Ud. no puede pagar esto y por eso vive siempre preocupado. Tiene aquí este alcohol para matar sus preocupaciones. Ud. no puede pagar esto con medio millón al mes, por eso no me puede pagar a mí.

JAIME (*Cansado*) Bueno, señor . . . le pido que tenga paciencia . . . Le aseguro que en medio año más estamos vendiendo toda su producción del mes. Mi palabra de honor.

BALIK —Yo no puedo seguir produciendo medio año más sin capital. Ud. tiene que pagarme . . . Mi mujer está sin plata para la casa. La niña está enferma y no puedo pagarle la operación . . . Ud. me paga o no produzco más!

JAIME —Le pagaré, señor Balik. Le pagaré cuando pueda.

BALIK —Yo quiero ver los libros en el futuro, señor Mericet. Ud. me manda los libros con el señor Villanueva. Todo anotado, bien claro, entiende! . . . Gastos propaganda, gastos oficina, todo. Yo soy artista, pero sé de números. (*Indica el mesón con las muestras*) Dónde está el jarrón grande amarillo?

JAIME (*Cansado*) Cuál jarrón grande amarillo, señor?

BALIK —El jarrón con forma de caballo de mar. Ud. mismo me lo pidió especial para muestra.

JAIME —Como muestra fue entregado.

BALIK —Dónde?

JAIME —En la tienda «Virio».

BALIK —Dónde está? Anote aquí! (*Le pasa papel y lápiz*)

JAIME (*Se resiste*) Señor Balik . . . Me parece que no vamos a poder seguir así, si Ud. desconfía.

BALIK —Sí, señor. Yo desconfío. Ud. me anota aquí o yo no produzco más.

JAIME (*Agresivo*) Me parece que Ud. se equivoca en eso, señor. Ud. ha firmado un contrato de sociedad, que lo compromete por dos años.

BALIK —El contrato no habla de mi obligación de producir. Contrato sólo habla de su obligación de vender . . . Ud. no lee bien, señor Mericet. Yo dejé que Ud. redactara el contrato y fue Ud. quien cometió el error . . . Ud. está obligado, yo no . . . Anote! (*Jaime perplejo y anonadado anota y pasa el papel a Balik*) Ud. me manda la plata y los libros mañana, con el señor Villanueva. Yo iré a ver ese jarrón. (*Sale. Jaime saca apresuradamente la escritura del cajón y relee con nerviosidad. Cristina entra desde la oficina. Se instala en un sillón*)

CRISTINA (*Después de un rato*) Puedo hablar ahora una palabra contigo?

JAIME (*Sin dejar de leer*) Di.

CRISTINA —Jaime, vengo del colegio de la niña. Las monjas me mandaron llamar porque aún les debemos el año . . . He pasado una vergüenza tremenda . . . Creí que era algo relacionado con la conducta de la niña y me salen con eso . . . Por qué no has pagado todavía?

JAIME (*La mira sorprendido*) Que por qué no les he pagado todavía? . . . (*Se ríe*) Déjame reírme un poco! . . . A pesar de todo tiene gracia. Tienes la cara más seria para preguntar las cosas más

estúpidas. (*Se calma*) No he pagado porque es el Colegio más caro de Santiago y no tengo los pesos que me cuesta.

CRISTINA (*Imperturbable*) Pagué con cheque mío. Me debes esa plata.

JAIME —Te le devolveré. (*Sigue leyendo*)

CRISTINA —Puedes prestarme un momento de atención? (*Jaime la mira*) Con esto me debes ya cerca de un millón.

JAIME —Sí, sí sé. Deja que todo este lío se organice un poco más y tendré para devolverte todo de un golpe. (*Se levanta, se pasea nervioso*) Estás de ánimo para salir esta noche? Te invito a comer . . . Te invito a comer y nos vamos a bailar a alguna parte . . .

CRISTINA —Solos?

JAIME —Como quieras . . . Tengo ganas de reírme un poco . . . Ir a cualquier parte donde algún jetón te cuente desde un escenario que la vida es Jauja . . . Qué me dices? Vamos? . . .

CRISTINA (*Se levanta y va hacia el escritorio sobre el cual ha quedado el paquete medio abierto con el abrigo de piel*) Podríamos convidar a Charlie y su niña . . . la con nombre de bataclana.

JAIME —Mónica?

CRISTINA —Sí, Mónica. No encuentras que suena a bataclana?

JAIME —No me parece . . . Tú tienes muchas amigas que se llaman así.

CRISTINA (*Tensa, agitada*) A lo mejor tiene alguna otra bataclana amiga. Manón o Colette, que quiera convidar a su amante. Seríamos seis. Seis meten más ruido que dos . . . No crees? . . . Podríamos pedirles que se pusieran blusas amarillas y faldas de raso morado, y los hombres corbatas de gitano . . . (*Casi grita*) Cosas chillonas . . . Gritos! . . . Risas! . . . Para no pensar en nada . . . Idiotizarse . . . Volverse locos! . . . (*Toma le paquete*) Y esto, qué es? (*Saca la estola*)

JAIME —Una estola. La compré para ti . . . La acaban de traer. Te la iba a llevar a casa.

CRISTINA —Para mí? (*Lo observa por todos lados, tensa*) Una compra de ocasión?

JAIME —Y por qué habría de ser una compra de ocasión?

CRISTINA —Muy elegante. Quién te ayudó a elegirlo?

JAIME —La empleada de la tienda.

CRISTINA —Ya me parecía. Es gusto de mujer . . . Cuánto te costó?

JAIME —Es un regalo.

CRISTINA —Pero, cuánto te costó? Me gustaría saber.

JAIME —Tú sabes lo que vale.

CRISTINA —Cuánto? Quinientos? Seiscientos mil?

JAIME —Más o menos. Cristina, no me has dicho aún si quieres acompañarme esta noche.

CRISTINA —Me gustaría saber exactamente cuánto te costó. Tú sabes que llevo mi libro de gastos . . . Como tú me debes cerca de un millón, sería como una compra mía . . . no crees? Una compra un tanto involuntaria por cierto . . .

JAIME —Y qué te pasa hoy día?

CRISTINA (*Con rabia y despecho*) Dile a esa niña . . . la del nombre de bataclana, que tiene muy buen gusto. Ella te ayudó a elegirlo, no es cierto?

JAIME —Te digo que fue la empleada de la tienda. Qué tratas de insinuar? . . . Si es por la plata que te debo, te la voy a devolver . . . (*Se pasea*) Eso lo has heredado también de tu clan . . . Todos Uds. tienen alma de caja registradora . . . En cuanto sale una chaucha, suena la campanilla . . . El maricón de Fané es campeón mundial en eso . . . Debería andar con una campanilla al cuello, como vaca madrina . . . de raza naturalmente . . . (*Pausa*)

CRISTINA (*Se vuelve hacia él, su fortaleza se ha derrumbado*) Jaime. Puedo resistir todos tus insultos, pero te pido que te organices . . . No podemos seguir así.

JAIME —Te voy a devolver tu plata, te digo.

CRISTINA —No se trata sólo de eso.

JAIME —Es por lo del Colegio de la niña, entonces?

CRISTINA —Es por todo! . . . toda nuestra vida . . . Que no comprendes? Hace seis años . . . desde que nos casamos . . . que no salimos de la mentira, un mentira constante. No puedo más, Jaime.

JAIME —Cristina . . . Estoy organizando este negocio . . . Deja que lo tenga en mis manos y verás.

CRISTINA —No pasará nada, Jaime.

JAIME —Por qué? Cómo puedes predecir . . .

CRISTINA —Oí tu discusión con el checo . . . Es igual que tantas otras veces. No pasará nada.

JAIME —Y sabiendo el lío en que estoy metido, me vienes a pedir plata?

CRISTINA —Tú contrajiste una obligación al casarte, Jaime. Yo y los niños estamos sufriendo porque no has sabido cumplirla. No puedo tolerarlo, entiendes?

JAIME —Pero . . . yo hago todo lo posible, tú ves . . .

CRISTINA —Es el resultado el que importa.

JAIME —Lo que se ve, dirás.

CRISTINA —Sí. Lo que se ve . . . Todo el mundo vive para lo que se ve . . . Que tú vives acaso en el desierto? Mira esta oficina . . . Hay en ella algo que esté puesto con otro objeto?

JAIME —Y te ha faltado algo, alguna vez, dime?

CRISTINA —Me ha faltado todo! . . . Seguridad, confianza, respetabilidad. (*Pausa*)

JAIME —No está la niña acaso en el mejor Colegio? . . . No vivimos en una casa decente? . . . No te vistes con lo mejor? . . . No arriendo una casa en la costa todos los veranos y te rodeo de un ejército de empleadas? Qué más te puedo dar?

CRISTINA —Sí, pero a costa de qué? Piensa en tu vida diaria, en los años que llevamos de casados . . . Siempre con la vida pendiente de un hilo . . .

JAIME —He hecho lo que debo. Cómo lo he hecho, es cosa mía . . . Qué más quieres, por amor de Dios? Que te baje una estrella del cielo? (*Pausa*)

CRISTINA —Acepta la oferta que te ha hecho mi papá!

JAIME —Para qué me pides eso cuando sabes que no lo voy a aceptar?

CRISTINA —Tienes que aceptarlo. Te voy a obligar a que lo aceptes.

JAIME —Así que tú prefieres que tu marido viva de la limosna de tu padre a que sea un hombre libre?

CRISTINA —Administrar un fundo también es un trabajo honrado.

JAIME —Pero cuando no se sabe nada de eso, es una limosna.

CRISTINA (*Se acerca a él*) Aprendes. En un año serás dueño y señor . . . Él me lo ha dicho . . . Te dejaría libre de hacer lo que quisieras. No necesitamos vivir siquiera en el fundo. Podremos tener nuestra casa en Santiago e ir de diciembre a marzo.

JAIME —Como un veraneo?

CRISTINA —El fundo se administra solo.

JAIME —Y te atreves a decir que no es limosna?

CRISTINA —Es el orgullo que no te permite aceptar.

JAIME —Sí, eso . . . Aún no lo he perdido del todo. Tu padre se opuso a nuestro matrimonio. No lo olvides.

CRISTINA —De eso ya nadie se acuerda.

JAIME —Yo me acuerdo, no creas. No lo olvido ni un solo día.

CRISTINA (*Serena. Segura*) Cuando me casé contigo lo hice con orgullo, porque pensé que iba a formar una familia digna, a la altura de nuestra clase. Ahora no soy sólo yo la que cuento. Están los niños. Tengo que velar porque no decaigan. Es algo que les debo a ellos y a mis padres.

JAIME —Yo, lo único que lo debo a mis padres es el recuerdo de una vida sencilla.

CRISTINA —Sin embargo, tú conoces las ventajas del dinero . . . Por algo te empeñas en ganarlo.

JAIME —Sí, eso es algo que nunca he comprendido . . . Qué fuerza me impulsa a hacer lo que todos hacen? Es una idiotez colectiva que

me contagia? . . . O una locura? Aspiro a que tengas auto propio, por ejemplo . . . Porque tus amigas lo tienen . . . Y después, cuando las veo paseándose por ahí, como osas enjauladas, mirando el aire con sus ojos vagos, aburridas de ociosidad, pienso . . . Qué soberana estupidez!

CRISTINA —Si tú supieras que eso que llamas ociosidad es en verdad un sacrificio.

JAIME —Oh, Dios mío, bonito sacrificio! . . . Tres millones de mujeres chilenas quisieran estar en tu lugar.

CRISTINA —No aceptarás jamás, entonces?

JAIME —Antes prefiero morirme de hambre, contigo y los niños.

CRISTINA —Muy bien, pero debo decirte, sin embargo, que tienes un orgullo bien limitado.

JAIME —Qué quieres decir?

CRISTINA —Usaste la plata de la venta de los tractores sabiendo que mi papá no te iba a pedir cuentas. No es ésa también una forma de limosna?

JAIME —Qué dices? Qué sabes tú de eso?

CRISTINA —Él me dijo antes de irse, «Sé que tu marido hará uso de esa plata. Ojalá que esta vez la aproveche bien».

JAIME —Y tú, qué le contestaste?

CRISTINA —Qué le iba a contestar? (*Con ácida ironía*) Estaba feliz. Tendría indirectamente cómo pagar otros dos meses a la cocinera y la cuenta de la luz. (*Pausa*) Tú sabías que te estaba ofreciendo plata indirectamente, no es cierto?

JAIME (*Con estupor*) Así que permitiste que a tu marido lo llamaran ladrón?

CRISTINA (*Con fuerza*) Tuve que permitirlo! . . . (*Pausa*)

JAIME —Tú estás loca! Completamente loca!

CRISTINA —Por qué? Qué importa, por último?

JAIME —Cómo, qué importa? Mujer, piensa lo que dices!

CRISTINA —Nadie se va a dar cuenta, Jaime. Esto queda entre mi papá y nosotros.

JAIME —Nadie se va a dar cuenta? . . . Cristina, si no fueras mi mujer, te echaría de esta oficina, comprendes?

CRISTINA —Pero, Jaime . . . Desde cuándo esos principios tan sólidos? . . . No es este negocio con el checo una especie de traición a ellos?

JAIME (*Espantado*) Pero, Cristina . . . lo hago por ti! . . . No comprendes que lo hago por ti!

CRISTINA —Si es cierto que lo haces sólo por mí, como dices . . . acepta ir al fundo . . . Al menos ahí corremos menos riesgos . . . Mi padre

no te va a exigir cuentas . . . Y si las cosas resultan mal, tenemos tres fundos más que dan para todo.

JAIME —Y eres tú . . . Tú . . . que te atreves a decirme eso tan descaradamente.

CRISTINA —Sí, yo . . . Te lo digo. No me importa . . . para qué mentirte? . . . (*Más en tono de súplica que de agresión*) Jaime . . . No me importa, siempre que nada nos saque de nuestro ambiente . . . Me espanta el trato con gente de otra clase . . . No comprendo sus problemas . . . sus preocupaciones de dinero . . . Sólo sé vivir como siempre he vivido. (*Pausa*) Cualquier cosa, Jaime, comprendes? . . . Cualquier cosa, con tal que mi familia no tenga nada que sacarme en cara. . . . Con tal de que no me dé vergüenza de haberme casado contigo . . . (*Se abre la puerta. Entra Balik blandiendo indignado un jarrón de cristal amarillo*)

BALIK —Ud. miente, Sr. Mericet! . . . El jarrón amarillo fue vendido a la tienda por veinte mil pesos . . . Ud. vende las muestras y se guarda el dinero . . . Ud. redactó el contrato a su favor, pero yo lo volveré contra Ud. . . . Pararé la producción! (*Sale cerrando bruscamente la puerta*)

TELÓN

ACTO TERCERO

Han pasado tres meses. La oficina acusa aún mayor abandono. El canasto de papeles está volcado. Un calendario cuelga oblicuamente de una tachuela. No queda máquina de escribir ni el teléfono. Es una mañana de primavera. Un sol débil irradia a través de la ventana sin cortinas. Sobre el bar se amontonan botellas vacías de cerveza y varios vasos sucios. Jaime está tendido entre dos sillones. Se ha tapado la cara con un diario. Está durmiendo, después de un rato entra Mónica. Trae un paquete bajo el brazo. Se para junto a Jaime y lo mira. Toma el abrigo de Jaime que ha resbalado al suelo y lo cubre con cuidado. Eso hace despertar a Jaime.

MÓNICA —Está durmiendo?

TOLÍN —Parece que sí. (*Se acerca a arreglar frazadas*)

MÓNICA —Déjame a mí.

TOLÍN (*Coge cartapacios*) Me voy a trabajar al lado.

JAIME —Qué? . . .Ah, eres tú. Qué hora es?

MÓNICA (*Lo cubre*) Las nueve.

JAIME (*La mira hacer*) (*Se refriega los ojos. Mira el cielo raso*) Me quedé dormido mirando el cielo raso. La ciudad no se oye de noche. Parece que estuvieras solo en una gran mole de silencio.

MÓNICA —Jaime, hace dos noches que no vas a dormir a tu casa.

JAIME (*Siempre mirando el techo*) Ésta es mi casa.

MÓNICA —Tu mujer está desesperada. Fue a verme anoche.

JAIME —A ti? Qué sacrificio! . . .

MÓNICA —Fue a pedirme que hablara contigo. No resuelves nada con tu actitud, Jaime.

JAIME —Y qué resuelvo yendo a lo que llamas mi casa? Ver la cara afligida de Cristina? Los niños ya no corren . . . andan en puntillas . . . Les ha dicho que el papá tiene un grave problema y no hay que molestarlo . . . He atentado contra la moral de la sociedad, Mónica; he fracasado económicamente . . . (*Se levanta y se va a lavar. Vuelve secándose con la toalla*)

MÓNICA —Tu mujer sabe . . . tu situación?

JAIME —Lo desesperado de mi situación quieres decir? Sí, sí sabe.

MÓNICA —No crees que deberías haber hablado todo con ella?

JAIME —Estos temas no se tocan. Es demasiado grave. Ella no te insinuó nada, no es cierto?

MÓNICA —No.

JAIME —Ves?

MÓNICA —Y qué piensas hacer? No puede seguir así indefinidamente.

JAIME —No sé . . . Ahora comprendo más a Charlie. Envidio su talento para escaparse.

MÓNICA —Habla con ella, Jaime. Háblalo todo! No ocultes nada . . . Ella va a comprender . . . Nada hay que ocultarse, cuando hay amor . . .

JAIME —No seas inocente, Mónica. Te digo que con Cristina no se habla de eso. En su familia puedes enfermarte y dicen que es mala suerte. Puedes ser tarado y dirán que es exceso de sangre azul. Hasta puedes ser borracho y será por exceso de espíritu. Pero . . . fallar en lo económico? Es la muerte!

MÓNICA —Nada hay que ocultarse cuando hay amor.

JAIME —Y eso? Es otra enseñanza de tu amiga?

MÓNICA —Creo que eres tú el que te impides decirle todo. Es tu orgullo!

JAIME (*Se levanta*) Ya lo creo que es orgullo! . . . Crees acaso que no tengo derecho a tenerlo, sabiendo cómo es Cristina?

MÓNICA —A mí me rogó que viniera a verte.

JAIME —Y por qué no viene ella, personalmente?

MÓNICA —Ella no sabe cómo la vas a recibir . . . Recuerda que hace tres días que no llegas a tu casa . . . Piensa que ella está allá tan sola como tú, aquí . . . Deberías estar junto a ella.

JAIME —Pero contigo puedo hablar . . . No tengo dificultades en presentarme como soy . . . Me siento confiado . . . Podríamos hacer una buena pareja . . .

MÓNICA —Se necesita más que eso para hacer una buena pareja.

JAIME —Por qué no probamos? . . . Vivir juntos un tiempo? Irnos de Chile?

MÓNICA —Jaime . . .

JAIME (*Sin creer mucho en ello. Débilmente*) Irnos a Venezuela, Mónica. Me pongo a trabajar en lo que sea. Dicen que allá hay un montón de posibilidades.

MÓNICA —Esa no es la manera de enfrentar la realidad.

JAIME —Pero cuál es MI REALIDAD?

MÓNICA —Tu realidad es tu mujer.

JAIME —No te irías conmigo por ningún motivo, no es verdad?

MÓNICA —No . . . Y me parece tan absurdo que sigas insistiendo.

JAIME —No sé vivir solo, Mónica. He estado siempre tan rodeado de gente que . . . Qué voy a hacer solo en una pensión? . . . No sé ni siquiera hacer una taza de té. (*Levantando la cara*) Es por Charlie que no quieres irte conmigo? He oído que lo sigues viendo . . . Hace más de un mes que no se aparece por aquí . . .

MÓNICA —He vuelto con él.

JAIME —Después que no lo podías soportar? . . . Es otra intervención de tu amiga Milena?

MÓNICA —Sí. Hablando con ella me he dado cuenta que es el único ser que he querido. Le debo todo lo que soy . . . Si pensé que no lo quería es porque . . . aún me daba vueltas en el torbellino en que tú me metiste . . . Llegué a pensar que sólo valía la pena el amor de hombres brillantes . . .

JAIME —Y ahora qué quieres? Ayudarle? Compartir su realidad?

MÓNICA —Sí.

JAIME —Qué vas a hacer si fracasa?

MÓNICA —Si fracasa en qué?

JAIME —Bueno . . . en mantenerte . . . En darte bienestar. En rodearte de lujos. No se casan para eso, las mujeres?

MÓNICA —No le pido eso.

JAIME —Y qué le pides, entonces, por amor a Dios? Sólo pan y cebollas, me vas a decir?

MÓNICA —Por qué he de pedirle nada? . . . Me pide él algo a mí, acaso?

JAIME —Todas las mujeres llegan al matrimonio con un saco de exigencias.

MÓNICA —Si se casan con un triunfador o que aparenta serlo, sí. Pero Charlie ha llegado a mi casa y se ha vaciado los bolsillos ante mí. Me ha mostrado una caja de fósforos, una peineta de hueso, un cortauñas y dos cordones de zapatos y me ha dicho: Es todo lo que tengo . . . quieres comenzar con esto?

JAIME —Es fácil para él hablar así. Ni él ni tú, nunca han tenido nada.

MÓNICA —Cuando hay cariño . . .

JAIME (*La interrumpe, grita*) Qué cariño! No me vengas con pamplinas! No creo esa jerigonza! . . . Amor! . . . Sinceridad! . . . Entrega! . . . Uds. las mujeres saben muy bien lo que quieren cuando se casan! . . . Sólo buscan bienestar! . . . Y si el pobre diablo fracasa, lo dejan por otro, o corren donde la mamá.

MÓNICA —Es muy triste que pienses así. Sólo te puedo asegurar que hay mujeres que no abandonan a sus maridos. Tal vez todo depende un poco del hombre. Sabías que Milena está saliendo a vender los cristales? . . . Se da a entender con dificultad, pero se las arregla. Como ves, ella no ha abandonado a Balik. (*Entra Charlie. Se produce una breve paralogización*)

CHARLIE —Hola . . . socio . . .

JAIME —Quiubo . . .

CHARLIE —Hace tiempo que no venía al boliche. (*Toma la bata de Jaime*) Veo que has instalado aquí tu . . . cuartel general . . . Qué pasa? Que ya no te recibe tu mujer en casa?

MÓNICA —Charlie . . .

CHARLIE —Sí . . . ya sé. Me pediste ayer que te viniera a buscar aquí y fuera amable con él.

MÓNICA —Charlie . . .

CHARLIE —Está bien. No diré nada más. Lo hablaron todo? Quedó todo claro?

MÓNICA —Sí.

CHARLIE —Nos vamos, entonces?

MÓNICA —Primero quiero que le digas lo que me prometiste ayer, Charlie.

JAIME —No es necesario que me diga nada, Mónica. Aquí no hay nada que decir . . . Uds. las mujeres lo complican todo con su sentimentalismo. Él tiene todo el derecho de odiarme, eso es todo. Entre hombres entendemos así las cosas, no es cierto, Charlie? . . . Llévatela no más . . .

MÓNICA —Antes, dile lo que me prometiste . . .

CHARLIE (*Después de breve titubeo. Indicando a Mónica*) Le prometí decirte que te perdono . . . Pero viéndote me he dado cuenta que no te perdono. (*Ante un gesto de Mónica*) No, Mónica . . . No . . . No somos tan hermosos los seres humanos . . . Ayer te lo prometí

porque estaba feliz contigo . . . Pero no lo perdono. (*A Jaime*) Entre los hombres entendemos así las cosas, no es cierto? . . . Puede que algún día . . . Quién sabe . . . (*A Mónica*) Vamos?

MÓNICA (*Desde la puerta*) Charlie se va a Quilpué, mañana, Jaime . . . A trabajar en el molino de un amigo. Y en cuanto pueda nos casaremos.

JAIME (*Turbado*) Qué bien. Los felicito.

CHARLIE —Vamos, te digo!

JAIME (*A Charlie*) Te felicito, viejo . . . sinceramente . . .

MÓNICA (*Con dolor*) Adiós, Jaime . . .

JAIME —Adiós . . . Que les vaya bien. (*Salen y se topan en la puerta con don Jorge, el suegro de Jaime, que entra. Sorprendido*) Don Jorge . . . Buenos días . . . Pase.

DON JORGE —Buenos días, Jaime. (*Pasa. Mira la oficina*) Hace casi un año que no venía a tu oficina. Vi un montón de oficinas durante mi estada en Europa . . . También lo resuelven todo con mucha luz . . . grandes ventanales . . . Vistas que descansan la mente . . . Sin embargo, la gente trabaja duro allá . . . (*Mirando los cuadros. Endereza un cuadro torcido. Trata de arreglar la persiana caída*) Todo el mundo trata de aprender una profesión . . . Hay competencia en todos los campos . . . Cómo te está yendo a' ti, Jaime? Traté de hablar contigo en mi casa, pero me pareció que me evitabas.

JAIME (*Que ha estado tratando de arreglar su presencia descuidada*) Traté de hablar con Ud. también, don Jorge, pero . . . Me va yendo bien.

DON JORGE (*Se sienta*) Siempre asociado con ese checo?

JAIME —Sí, con él.

DON JORGE —Y . . . (*Mira las muestras*) Se venden estos cristales? (*Le ofrece cigarrillos*) Quieres?

JAIME —Sí, un lote . . . Han entrado mucho. Se venden por miles . . . (*Se prende su cigarrillo y se olvida de encender el de don Jorge*) Oh, perdone! (*Se lo prende*) En realidad, no da abasto la producción.

DON JORGE —Mmm . . . Dime, Jaime qué edad tienes ahora?

JAIME —Treinta y tres . . . por qué?

DON JORGE —Llevas seis años de casado, no es así?

JAIME —Sí, seis . . .

DON JORGE —Cuántos años lleva casado Fané?

JAIME —Se casaron dos años antes que nosotros, me parece . . .

DON JORGE —Sabes que Fané y la Patricia van a Europa el año próximo? . . . Le ha ido tan bien en su firma de Corretajes que le puede ofrecer un viaje a la Patricia y a los niños . . . Piensan llegar hasta El Cairo . . . Es el segundo viaje que hacen, me parece, no?

JAIME —Sí, fueron hace tres años.

DON JORGE —Sí . . . No le ha ido mal a ese niño. Piensa gastar cinco o seis millones en este viaje . . . Yo le he ayudado un poco, naturalmente, pero el resto es obra suya. Sin ayuda, es difícil . . . Sobre todo en los tiempos actuales. He oído que la Margarita, la cocinera, piensa abandonar a Cristina . . . Es cierto eso?

JAIME —Así me ha dicho Cristina.

DON JORGE —Por qué? Después de estar veinte años con la familia?

JAIME —No sé . . . Me parece que se quiere casar, o algo así . . .

DON JORGE (*Con intención*) Tú comprendes que Cristina no se puede quedar sin cocinera, no es cierto?

JAIME —Yo no digo que deba quedarse sin ella. Buscaremos otra.

DON JORGE —Jaime . . . Tú comprendes que estas cosas no le deben ocurrir a Cristina, no es así? No tienes derecho a causarle estas molestias . . .

JAIME —Le digo, don Jorge . . . Buscaremos otra.

DON JORGE —La Margarita se va porque le debes cinco meses de sueldo. Estas cosas no deben pasar, Jaime. Es tu deber el preocuparte que no pasen. He vuelto de Europa y encuentro que Cristina ha tenido que despedir sus sirvientes antiguos . . . Está sobregirada en el Banco . . . Mi mujer está preocupada por el aspecto cansado de la niña . . . Tú comprendes que no la he criado para eso, no es cierto?

JAIME —Cualquiera puede pasar por un mal momento.

DON JORGE —Pero es el caso que tu mal momento se viene prolongando desde el día de tu matrimonio. Cuándo piensas sentar cabeza?

JAIME —Siempre he procurado que a su hija no le falte nada. Me parece que Ud. no me puede acusar de eso.

DON JORGE (*Cínico, duro, definitivo*) Pero le está faltando ahora y eso no lo puedo tolerar . . . Jaime, es probable que no entiendas lo que te quiero decir, porque te falta la solidez de los principios que se adquieren en ciertas cunas . . . Tú eres un farandulero . . . Haces malabarismos y te procuras plata saltando en la cuerda floja . . . No hay nada sólido en ti . . . (*Ante un gesto de Jaime. Serio y áspero*) No me interrumpas . . . No me interesan las razones que puedas darme . . . Me basta con el resultado de tus seis años de matrimonio.

JAIME (*Se levanta*) No tengo por qué seguirle escuchando.

DON JORGE —Tendrás que escucharme. Quiero que veas claro y aceptes mi ayuda.

JAIME —No voy a aceptar ayuda de Ud. ni de nadie . . .

DON JORGE —No seas torpe, Jaime . . . Yo me opuse cerradamente al matrimonio de Cristina contigo . . . Usé en ello toda mi influencia, porque sospeché lo que iba a suceder . . . No se pueden conciliar con armonía dos orígenes diferentes . . . Tú no estás acostumbrado ni a ganar ni a gastar la plata . . . Cristina, en cambio, tiene la escuela. Para ponerte a su altura tenías que recurrir al manipuleo . . . Y ya ves el resultado . . . Pero yo aún soy su padre y voy a arreglar esto.

JAIME —Ya que estamos en tren de franquezas, quiero decirle algo que tengo guardado hace mucho tiempo.

DON JORGE —Dilo. No tengo reparos en recibir incluso insultos, si van a servir para limpiar la cara de tu matrimonio . . .

JAIME —Uds. han hecho siempre alusiones a mi origen, con un tono de condenación . . . Como si tuviera una marca de fábrica . . . una cayana, diferente a la de Uds. Aunque me pare en las manos, estoy marcado, eh?

DON JORGE —Es cierto. Es cruel, y poco cristiano . . . Pero es el caso que las cosas están establecidas así y no las cambiaremos ni tú ni yo . . . Cuánto necesitas para saldar tus deudas?

JAIME —Así . . . tan simple? . . . De una plumada? . . . Ud. cree que puede venir a arreglarlo todo de una plumada?

DON JORGE (*Con naturalidad*) Naturalmente . . . Así . . . Cómo crees que se arreglan estas cosas entonces?

JAIME —Con respeto! . . . Se arreglan con respeto! . . . Ud. no tiene derecho de venir a lanzarme todas esas ofensas a la cara!

DON JORGE —Tengo todo el derecho que se me da la gana, cuando mi hija se ha casado con un pelafustán que no le cumple, caramba!

JAIME (*Amenazador*) Y Ud. quién se cree que es, para venir a juzgarme así?

DON JORGE —Qué quieres decir?

JAIME —Ud. ha fracasado en toda la línea, de otra manera . . . pero ha fracasado.

DON JORGE (*Ácido. Irónico. Triunfador*) Ah! Ahora vienen los insultos, Jaime. Pero ya te dije que estoy dispuesto a aceptarlos . . . A ver, en qué crees que he fracasado?

JAIME —En todo! . . . Quién cree que lo soporta de los que viven a su lado?

DON JORGE —A quién te refieres?

JAIME —A su mujer, por ejemplo . . .

DON JORGE —No metas a mi mujer en esto!

JAIME —Ud. cree que lo quiere? La ha empapelado en plata, pero vive junto a Ud. como una sombra. Ocultando sus sentimientos más

íntimos. Totalmente ajena a Ud. . . . Tolerando el ejército de queridas . . .

DON JORGE —Te prohíbo . . .

JAIME —. . . que Ud. mantiene a sus espaldas.

DON JORGE —Te prohíbo seguir hablándome de esa manera!

JAIME —No, señor . . . Ud. ya no me prohíbe nada. Es Ud. el que ha venido a provocarme. Desde que me casé con su hija no ha hecho otra cosa que ofenderme con su actitud y sus palabras.

DON JORGE —Tú te callas!

JAIME (*Grita más fuerta*) No me callo! . . . Ahora me toca a mí! . . . Ud. me acusa de que soy un farandulero . . . Que no tengo moral . . . Que no sé de principios . . . Y Ud.! . . . Qué cree que es? Cómo le llama a sus manejos en la Bolsa? . . . Sus arreglos con el Banco? . . . Sus combinaciones con la política? . . . Qué me dice de los administradores que ha echado de sus fundos, cuando sus participaciones salían demasiado altas? . . . De los ganados pasados de contrabando de la Argentina? . . . De sus fiestas en el fundo, cuando no está su señora y llegan las ñatitas forradas en piel? . . . Todo hecho con dignidad, naturalmente . . . Con distinción . . . No, señor, Ud. no tiene derecho a decirme ni esto, porque entre los dos no hay más diferencia que un par de pesos! . . . Hay algo a mi favor al menos: que Cristina y yo nos casamos por amor.

DON JORGE (*Tras un momento de silencio. Trémulo. Controlado*) Esta conversación queda entre tú y yo, entiendes? . . . Sólo la tolero porque no hay testigos . . . No tienes clase, Jaime . . . No sabes vivir . . . Cristina no debió casarse jamás contigo . . . Te voy a ayudar, sin embargo. Te vas a ir a administrar «Las Lomas de Pelquén». Tengo allá un buen administrador que hará el trabajo por ti.

JAIME —En qué idioma hay que decirle a Ud. que no voy a aceptar nada?

DON JORGE —No estarás pensando en abandonar a Cristina?

JAIME —No estoy pensando nada.

DON JORGE —Porque tú comprendes que no voy a aceptar escándalos. En mi familia nadie se ha separado jamás. Me vi forzado a darte a la Cristina, pero no permitiré que un siútico me la devuelva cuando se le dé la gana. No tienen hijas para eso los hombres de mi clase . . . Tú seguirás junto a ella y le darás el bienestar que le corresponde . . . Te puedo forzar a ello, Jaime.

JAIME —Ud. no me puede forzar a nada.

DON JORGE —Sí, sí puedo. Tú todavía me debes lo de la venta de mis tractores.

JAIME —La plata de los tractores? Se la voy a devolver!

DON JORGE —Cómo? . . . Cristina está sobregirada. No podrá salvarte.

DON JORGE —Cómo? . . . Cristina está sobregirada. No podrá salvarte.

JAIME —Es cosa mía . . . No de Cristina . . . Se la voy a devolver toda, le digo.

DON JORGE —Bien, pero . . . mientras tanto me permitirás que te llame . . . ladrón.

JAIME —Voy a devolver su plata, le digo! . . . Qué quiere?

DON JORGE —Un ladrón de menor cuantía. Un ladrón de gallinas. Eres un estúpido y obstinado. Tienes un orgullo totalmente fuera de lugar. Es probable que tu incapacidad tenga que ver con esto . . . (*Desde la puerta*) Te prevengo, Jaime . . . Si no vuelves junto a mi hija, te seco en la cárcel, como que estoy aquí!

JAIME —Le voy a devolver todo! . . .Peso por peso! (*Sale don Jorge*) Para que empapele su mundo de momias! . . . No quiero deberle nada! (*Jaime se sienta. Se pasa la mano por la cara. Se refriega con la toalla. Medita febrilmente. Luego se levanta de un salto y va hacia el escritorio y saca la caja de Tolín. Titubea un instante y luego se decide y la descerraja con el abrecartas. Saca y guarda los billetes. Se pone el vestón y sale casi corriendo. La caja descerrajada queda en el suelo. El escenario queda vacío un instante. Luego entra Tolín. Ve la caja. La toma y se va a sentar al escritorio. Apoya la frente sobre ella y llora en silencio. Entra Cristina. Avanza.*)

CRISTINA —No está Jaime? (*Tolín no le contesta y sale, con su caja bajo el brazo. Cristina recoge algunos papeles que diseminara Jaime al buscar el abrecartas. Mientras intenta un elemental orden en el escritorio, suena la chicarra. Va a abrir*) Es Balik.

BALIK —Buenos días, señora.

CRISTINA —Buenos días . . . Pase . . . Siéntese, por favor . . . (*Balik se sienta y la observa mientras se pasea, no sabe cómo comenzar*) Ud. se extrañará por mi llamada, señor Balik. Tenía que hablar con Ud.

BALIK —Diga, señora . . . la escucho . . .

CRISTINA —Por qué no aceptó la cita en mi casa? . . . De un momento a otro puede llegar Jaime . . . Habríamos hablado con más tranquilidad.

BALIK —Porque yo no piso su casa, señora.

CRISTINA —Jaime está muy preocupado, señor.

BALIK —Yo también.

CRISTINA —No duerme en casa. Los niños no lo ven. (*Lo enfrenta*) Ud. comprende que no puedo seguir tolerando esto. Que tengo que velar por mi familia.

BALIK —Comprendo, señora . . . Yo también tengo que velar por la mía.

CRISTINA (*Nerviosa. Contenida*) Para no perder tiempo, creo que en esto está procediendo Ud. . . . injustamente. (*Balik calla*) No se puede

tratar así a una persona, por el solo hecho de haber fracasado en un negocio. Por lo demás, sus cristales no los quiere nadie. Son todos defectuosos . . . De mala calidad.

BALIK —Eso es mentira . . . Ud. no sabe la verdad, señora . . .

CRISTINA —Sé todo lo que mi marido me cuenta, señor.

BALIK —Su marido no le cuenta nada. Uds. no se hablan, y cuando se hablan no se dicen la verdad.

CRISTINA —Quién es Ud. para juzgar eso? . . . Sé mucho más de Jaime de lo que Ud. supone.

BALIK —No comprendo entonces cómo me puede decir esa mentira de mis cristales. Aprendí mi oficio en Bohemia, donde se fabrican hace más de 500 años . . . Tampoco comprendo cómo me puede tratar de injusto. Ud. parece que no entiende que su marido ha hecho perder a mí y mi familia, un año de vida. Sin hablar del dinero.

CRISTINA —Y qué tendría que hacer Jaime para que Ud. lo dejara tranquilo? . . . Entiendo que Ud. tiene documentos que lo comprometen y por otra parte, por contrato, le impide dedicarse a otra cosa.

BALIK —Así es.

CRISTINA —Qué es lo que Ud. pretende?

BALIK —Salvar mi trabajo y castigarlo.

CRISTINA —Y Ud. piensa que ésa es una actitud cristiana? Se ve que a Ud. lo contagió el odio de la guerra.

BALIK —No meta a Cristo en esto. Soy sólo un hombre. Tampoco es cristiano abusar de la necesidad de unos refugiados . . . Todos nosotros, los refugiados, andamos de país en país, buscando un hogar, amigos . . . Dinero es mucho, sí, pero más importante es sentir que nos quieren . . . Su marido ha vuelto a mostrarme la frontera.

CRISTINA —No creo en sus palabras. En el fondo sé tras lo que Ud. anda. (*Saca un cheque de su cartera*) Aquí tiene . . . Esto pagará con creces su año perdido. (*Se lo alcanza con decisión*)

BALIK —Ud. no entiende . . .

CRISTINA —Sí, entiendo. Tome!

BALIK (*Sin tomarlo*) Ud. lo tomaría en mi lugar?

CRISTINA —No me puedo poner en su lugar, porque en Chile no se odia a los demás . . . Si pensara como Ud. lo aceptaría, sin dudas. Va a recibirlo al fin o no?

BALIK —Ese cheque es de su padre, no es cierto?

CRISTINA —Sí, es de él, y eso qué importa? . . . Lo que a Ud. debe interesarle es la cantidad, supongo?

BALIK —Ud. cree que con dinero se arregla todo, eh? . . . Está acostumbrada a arreglarlo todo así.

CRISTINA —Señor . . . Va a tomar el cheque o no?

BALIK —Así como Ud. me lo ofrece . . . ni por todo el oro del mundo.

CRISTINA (*Irritada*) Mire, señor Balik . . . No voy a aceptar que un capricho suyo arruine a mi familia . . . En el fondo Uds. los extranjeros vienen a Chile para esto! . . . Lo demás son frases. Acéptelo y deje tranquilo a Jaime!

BALIK (*Lentamente. Mirándola*) Ahora que la veo así, comprendo cuál es el problema de su marido . . . Ud. es una mujer cara, señora. De la clase que exige al hombre y le mete en los peores enredos.

CRISTINA (*Agitada*) No he venido a filosofar con Ud., señor.

BALIK —Ud. cree que su marido está en deuda con su elegancia, su cara, su nombre. Perdone mi rudeza, señora, pero yo he estado en la guerra y he visto lo que un par de soldados embrutecidos puede hacer con el orgullo de una mujer . . . He visto mujeres aristócratas convertidas en fantasmas, vagando por las ciudades, llorando por un pedazo de pan . . . He visto lo que vale el orgullo de una mujer . . . Y le puedo decir que, a pesar del hambre y la destrucción, hay una sola cosa que la guerra no puede destruir en las mujeres . . . El amor . . . El amor a un hombre . . . El deseo de ser amada.

CRISTINA (*Agitada. Trémula*) Pero aquí estamos en Chile, señor. Lejos. A salvo de su mundo brutal . . . Aquí el hombre debe bienestar a su mujer . . .

BALIK —Sólo en tanto ella le da amor y comprensión . . .

CRISTINA —Y por qué cree que estoy haciendo esto? . . . No es por amor a Jaime, acaso?

BALIK —No. Es por amor a Ud. . . . Si fuera por él, Ud. habría pasado ese cheque a su marido . . . Le había evitado la humillación de saber que su mujer lo está tratando de arreglar todo a sus espaldas.

CRISTINA (*Sus fuerzas se quiebran*) Para Ud. es fácil hablar . . . No ha nacido en un hogar como el mío . . . A Ud. la guerra le ha quitado todo . . . No pierde nada en realidad . . .

BALIK —Y Ud.? . . . Qué tiene en este momento? . . . Guarde ese cheque. No lo voy a aceptar.

CRISTINA —Y . . . qué puedo hacer, señor Balik? . . . Quiero a Jaime y veo que esta situación terminará por separarnos.

BALIK —Deje que su marido pague sus deudas, señora. No pague Ud. por él.

CRISTINA —Pero . . . y con qué quiere que pague Jaime, ahora?

BALIK (*Con naturalidad*) Con trabajo. (*Ante la mirada desconcertada de Cristina*) Es mucho más capaz de lo que Ud. piensa. En verdad es tan capaz como cualquiera . . . Su marido está confundido porque

cree que sólo puede ganar su amor con dinero . . . mucho dinero . . . Y eso no se gana fácilmente en trabajos honrados.

CRISTINA —Nunca le he dado motivos para que proceda así.

BALIK —Toda su persona es una provocación para un hombre sin fortuna, señora. Los hombres somos siempre niños. Queremos conquistar estrellas . . . (*Desde la puerta*) Baje del cielo . . . Deje que él descubra que Ud. es una mujer . . .

CRISTINA —Qué debo hacer para eso, señor Balik?

BALIK —Eso es algo que toda mujer debe descubrir por sí sola. Si hay amor, no es difícil. Adiós, señora.

CRISTINA —Y Ud., señor . . . qué va a hacer?

BALIK —Yo? . . . Todavía tengo mis manos . . . Es lo único que no perdí en seis años de guerra y diez años sin patria. Cuando estaba en las trincheras pensé en ellos «mientras te dejen tus manos, Jan—me dije—siempre habrá una esperanza» . . . Su marido podría pensar así, señora . . . Sería muy bien para él . . . Dígale que si quiere aprender a fabricar cristales, yo puedo enseñar. Una vez que aprenda no querrá hacer otra cosa . . . Necesitaré ayuda para levantar la fábrica. Sería una manera de pagar su deuda conmigo también. Adiós, señora. (*Sale. Cristina queda sola en el cuarto. Se lleva las manos a la cabeza. Queda un largo rato en actitud meditabunda. Guarda el cheque. Mira su reloj. Piensa un instante y súbitamente se dirige al teléfono.*)

CRISTINA: —Aló? Cristinita? Su papá no ha ido en la mañana? Bueno . . . sí . . . voy enseguida. (*Se siente el golpe de la puerta exterior y entra Jaime*)

JAIME (*Pasando a su lado. Con frialdad*) Tú . . . aquí?

CRISTINA (*Con suavidad*) Vine a hablar contigo, Jaime . . . (*Cautelosa*) Hace tres días que no te veo.

JAIME —Sí, hace tres días . . . (*Se sienta ante el escritorio y hojea cosas inútilmente*)

CRISTINA (*Con dolor*) Por qué no querías . . . venir a la casa?

JAIME —Para qué? . . . Aparentemente no tenemos nada que decirnos . . .

CRISTINA —Nunca hemos tenido tanto de qué hablar, Jaime . . . Tú lo sabes.

JAIME —A mí me parece que no, al menos.

CRISTINA —Pero algo tenemos que hacer . . . No podemos seguir así indefinidamente.

JAIME —En esto estoy . . . Asaltaré un banco . . . Mataré a un prestamista . . . Saldré a cogotear . . . Algo haré; no te preocupes . . . De alguna manera te llevaré la mesada . . . Es mi obligación

como padre de familia, ya sé . . . Ahora ándate y cuida a los niños . . .

CRISTINA (*Tras breve pausa*) Jaime . . . acabo de hablar con el checo. Me aseguró que te dejará tranquilo, si le pagas lo que le debes.

JAIME —Balik? . . .Tú hablaste con él? . . . Para qué?

CRISTINA —Algo hay que hacer, Jaime.

JAIME —Pero tú? . . . Por qué te metes? . . . Soy yo el que tengo que arreglar esto! . . . No tú!

CRISTINA —Como no haces nada.

JAIME —Pero lo voy a hacer, te digo! . . . Hasta cuándo crees que puedes disponer de mí? . . . Manejarme a tu antojo? . . . No me vendí a tu familia cuando me casé contigo . . . Yo soy el hombre de la casa! No te metas a arreglar estas cosas a mis espaldas!

CRISTINA —Comprendo que estés . . . herido por tu situación, pero no me grites así. También yo estoy tratando de que todo se arregle lo mejor posible.

JAIME —A tu manera . . .

CRISTINA —Sí, a mi manera. Pero lo hago con la mejor voluntad . . . Balik está dispuesto a aceptar el cheque siempre que tú se lo entregues.

JAIME (*Tras pausa*) Qué cheque?

CRISTINA (*Lo muestra*) Éste! . . . Lo paga todo con creces . . .

JAIME —De quién es ese cheque, Cristina?

CRISTINA —Qué importa, Jaime? . . . Nos dejará tranquilos . . .

JAIME —De quién es ese cheque, te pregunto?

CRISTINA —Está tratando de ayudarnos, Jaime . . . Depositó cinco millones en mi cuenta.

JAIME (*Desaforado*) Quién, te pregunto? . . . Quién?

CRISTINA —Te vuelve a ofrecer la administración de «Las Lomas», Jaime! Me prometió pagarnos un viaje a Europa el próximo año . . . Se arreglarán todos nuestros problemas . . . Viviremos en paz.

JAIME (*Estallando*) Qué paz? . . . Paz para quién? . . .Paz para ti? . . . Paz para tu conciencia? . . . Cómo te atreves a ir donde tu padre a tirarte a sus pies, sin tomar en cuenta mis sentimientos?

CRISTINA —Lo hice porque te quiero, Jaime . . .

JAIME —Pero qué clase de amor sientes por mí, si crees que me puedes hacer eso? . . . Para qué te sirve un marido así? . . . Para calentarte la cama?

CRISTINA —No sé arreglar estas cosas de otra manera.

JAIME —Cristina, entiende . . . Tu padre acaba de estar aquí y me ha vuelto a lanzar a la cara cuanta ofensa se le vino a la cabeza . . . Me dijo siútico con todas sus letras . . . Y también farandulero y

ladrón. No entiendes que no puedo aceptar nada de él? (*Cristina baja la cabeza*) Cristina . . . por qué crees que he robado?

CRISTINA —No sé . . .

JAIME —Cristina, por Dios . . . No ves que la única mujer que he querido realmente has sido tú? . . . Desde que nos casamos contra tu familia, te admiraba por tu lucha contra ellos. Me habría dejado matar por ti en ese tiempo . . .

CRISTINA —Y qué nos pasó entonces? . . . No me casé contigo sólo por orgullo, como dice mi papá . . . Lo hice porque te quería . . . Llegué a imaginarme que seríamos una de esas parejas admirables que, cuando viejos, mueren tomados de la mano . . . Qué nos pasó?

JAIME —Debe ser que te perdí el respeto . . . Desde que comencé a verte cómo vagabas ociosa por la casa . . . sin hacer nada útil . . . Exigiendo el bienestar que creías natural, sin contribuir en nada a mi vida . . . Vivías tu vida; yo la mía . . . No se me hizo difícil engañarte.

CRISTINA —Fui educada para eso, Jaime . . . No se me habría ocurrido que debía ser de otra manera.

JAIME —Algo debe estar mal en tu educación que, queriéndote, haya terminado por rechazarte . . . Traté de asimilarme a tu mundo porque me fascinaba . . . Ahora sé que no hay nada fascinante en Uds. . . . Lo comprendí cuando vi la ansiedad de tu padre por «limpiar» la cara de nuestro matrimonio . . . con terror al que dirán.

CRISTINA —Y ahora, Jaime . . . qué vamos a hacer?

JAIME —Yo tengo bien claro lo que voy a hacer.

CRISTINA —Irte de la casa? . . . Piensas dejarme?

JAIME —No he pensado en eso . . . Sólo sé que en adelante viviré más de acuerdo a lo que soy . . . a lo que pueda dar . . .

CRISTINA —Y eso qué es? . . . Qué crees que eres?

JAIME —Sólo un tipo corriente, supongo . . . Nada brillante . . . No soy ni siquiera un hombre de carácter, tú ves . . . Si lo fuera estaría en algún lugar creando algo . . . No me habría dejado deslumbrar por tu vida, porque tendría la mía. Hay una sola cosa que sé con toda seguridad, Cristina. Que no daré un solo paso más en el sentido que puedan volver a llamarme ladrón . . . (*En ese momento entra Tolín. Se detiene en la puerta. Mira fijamente a Jaime*)

TOLÍN (*Sin moverse de la puerta*) He estado más de una hora en un banco del Parque, tratando de explicarme lo que me has hecho. No quería volver . . . pero no pude dejar de venir a decirte que eres el tipo más infame que he conocido . . .

JAIME (*Acude a él. Afligido*) No, Tolín . . . deja explicarte . . .

TOLÍN (*Sin oírle*) No te voy a creer nada de lo que me digas . . . No me mientas más . . . Nunca me engañaron tus farsanteos. Sólo me dejé engañar por tu soledad. Pero tú no sabes lo que es estar solo . . . Eres un hipócrita.

JAIME —No. Tolín. Espera . . . Aquí tienes tu plata . . .

TOLÍN —No quiero esa plata. Quédate con ella si te hace feliz . . . No quiero saber más de ti . . . No me llames más. No te necesito . . . (*Desde la puerta*) Pensar . . . pensar que he llegado a sufrir por no saber si sentía por ti sólo amistad . . . o algo más. (*Jaime se queda mirando los billetes que tiene en la mano. Los bota. Se produce un largo silencio. Jaime se va a sentar al escritorio. Mira ante sí.*)

JAIME —Le saqué sus ahorros para pagarle a tu padre . . . Tu padre me dejó con los billetes en la mano . . . Dijo que no recibía plata robada . . . Qué he hecho, oh Dios mío?

CRISTINA (*Tras breve pausa*) No sólo tú tienes la culpa de esto, Jaime. Yo también. (*Jaime la mira*) Puede ser mi familia, como tú crees, o tal vez sólo tu debilidad . . . o la mía. Razones hay miles. Sólo sé que algo está mal en nuestra manera de vivir, porque me separa de ti cuando te quiero . . . (*Pausa*) Tampoco quiero pensar que el amor no existe o no es tan hermoso como lo imaginamos . . . Supongo que los dos debemos meditar esto a fondo . . . (*Se levanta*)

JAIME —Dónde vas? . . . Qué vas a hacer?

CRISTINA —No sé . . .Pensar . . . Revisar mi vida . . . Encontrar una salida a esta confusión . . . Me iré a Europa por un tiempo.

JAIME —Y nuestro matrimonio?

CRISTINA —No sé, Jaime. No sé nada. . . . Sólo sé que es terrible querer y no poder querer . . . Será porque sólo nos preparan a medias para el amor, Jaime? . . . Será que primero hay que . . . merecerlo . . . Me siento tan débil, ahora . . . Tan desconcertada . . .

JAIME —Terminamos como tantos otros, entonces . . .

CRISTINA —Para qué engañarme, Jaime . . . Vivir junto a ti, ahora, sería un error de mi parte . . . No sería sincero . . . No podría darte nada.

JAIME —Por qué?

CRISTINA —Porque tampoco te respeto ya . . . Siento que sólo podría renunciar a mi mundo que me aprisiona, si te respetara si te admirara intensamente . . . Necesitarías ser tan fuerte que yo pudiera cobijarme en ti contra los otros . . . Pero ahora no veo en ti más que un niño . . . Un niño tan desconcertado como yo . . .

JAIME —Te he dicho que reharé mi vida de otra manera . . . Trabajaré . . .

CRISTINA —Sí . . . No lo dudo . . . Sé que eres capaz de cambiar, pero soy yo la que aún no puedo acompañarte . . . Tal vez es eso lo que necesitamos: separarnos . . . Sentir soledad . . . Verdadera soledad . . . Para hacernos más fuertes . . . Más necesitados el uno del otro . . . (*Desde la puerta*) Adiós, Jaime . . . El checo quiere que vayas a trabajar con él . . . Quiere enseñarte a fabricar cristales . . . (*Sale. Jaime queda solo en el cuarto. Se sienta en uno de los sillones.*)

TELÓN

NIÑAMADRE
1962

PERSONAJES:

Ana
Paulina
Hans Potte
Aníbal Crespo
Pablo
Polla
Rufo
Víctor

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Fue en su tiempo, a comienzos de siglo, una buena propiedad de un promisorio barrio de arrabal residencial. Los antojos urbanísticos desviaron, sin embargo, el cauce del crecimiento de la ciudad y lo que prometió ser el refugio de una pudiente burguesía es hoy tan sólo un rincón de adobe y polvo que resiste difícilmente el abandono de la civilización.

Está ubicada en medio de una calle sin salida, donde la civilización sólo entra diez metros, lo justo para apretar el freno y conectar el cambio de marcha atrás. Sólo los vendedores ambulantes penetran a veces en esa quietud, para ir a contar a la sombra de su línea de acacios, el producto de su venta diaria.

Como decíamos, el diseño de una ciudad tiene, sin embargo, sus caprichos. En medio de esas zonas de olvido surgen islas de progreso que se agrupan generalmente alrededor de algún edificio moderno o una plaza pública y que confieren a todo el ámbito una apariencia

mundana, ajena a la atmósfera de siesta y sueño que la rodea. Nuestra casa está situada peligrosamente a dos cuadras de uno de esos centros, justo donde termina su ruido.

A las seis de la tarde abren las puertas de las fábricas de bomboneras plásticas y persianas de aluminio que hay por ahí cerca y una muchedumbre de obreros y obreras invaden el ámbito. Es la hora en que comienza a oírse sobre los techos la voz de la discorola automática y las risas y gritos intermitentes de los grupos que deambulan. Chirrean frenos; suenan cláxones. Hasta los gatos lacios de sueño, se encaraman sobre los techos para ver qué pasa.

Nuestra casa no puede evitar ni ignorar nada de eso, está escrito en el espacio del tiempo.

Ése es el espíritu que debe reinar en esta representación; ese aire que refleja la intromisión violenta de lo moderno.

La acción se desarrolla en el patio de la casa, de lo que fue hace años el jardín residencial, no queda hoy verdor alguno. El suelo ha sido cubierto de baldosas. Al fondo, se ha erigido una construcción de material liviano, de dos pisos. Al de arriba se llega por medio de una escalera de tablones, que termina frente a una puerta siempre cerrada, junto a la cual, clavada en el muro de tablas, se ve una placa de bronce. La pieza de abajo abre al patio una puerta y una ventana en cuyo alféizar hay siempre expuesta alguna pieza de vestir de hombre.

Las tablas de esa construcción contrastan con el alero entejado de la derecha, del cual caen hacia el patio las últimas ramas de una plumaria. Bajo el entejado, que cubre la puerta de acceso a la casa habitación, se ve una pila de trípodes con macetas de helechos, aralias, etc. . . . Una barrica de roble recibe el agua que cae del entejado en días de lluvia.

Bien a la derecha, al final del entejado, y cerca de las candilejas, un portón de dos hojas comunica el patio con la calle bordeada de acacios. Todo el sector descrito está pulcramente dispuesto. Reina en él siempre limpieza y orden.

Al lado izquierdo del escenario reina, en cambio, el desorden.

Una antigua cochera ha sido habilitada como pieza de renta. Todo revela pobreza y desorden. Hay dos catres de bronce, un velador común, un ropero de estilo indefinido, con espejo y hornacina. Chiches imposibles de feos en las repisas adosadas al muro. Dos velas arden ante la imagen de yeso de una virgen. El muro está tapizado de fotografías de artistas de cine y litografías de paisajes multicolores. Hay ropa en todas partes, por el suelo, en las sillas, sobre las camas. Sobre el velador se ve una fotografía de señora de edad, en marco

cromado. Una puerta comunica al fondo de la pieza, con lo que se supone es la cocina y el baño.

Bien a la izquierda, cerca de las candilejas, y separado del patio por un tabique de tablas de media altura, hay un rincón habilitado como taller mecánico. Aquí el desorden y la suciedad son totales. Se ven dispersos: restos de viejas máquinas de coser, latas bencineras, chatarras, herramientas. Los muros están salpicados de pintura multicolor y manchas de aceite. Sobre el pequeño banco de mecánico vemos algunas máquinas de coser desarmadas.

La acción comienza un sábado por la tarde de un día de octubre. La plumaria está en flor. Es la hora de la siesta.

Ana, Paulina, Aníbal Crespo, y Hans Potte juegan canasta en una mesa que han colocado bajo la plumaria. Hans Potte luce polera de jersey a rayas, chupalla de paja, zapatillas de tenis y gastados y deslucidos blue jeans. Es robusto, floreciente, saludable. Aníbal Crespo, de vestón, camisa y corbata. Es enjuto, seco. Ana y Paulina, de 40-50 años, visten de oscuro.

En una mesita hay un jarro que contiene sorbete y unos vasos.

Pablo, en camiseta, trabaja en el taller, en una máquina de coser. Tiene alrededor de treinta años. No se ha afeitado. Sus brazos están manchados de grasa. Junto a la mesa de trabajo, hay un cajón con botellas de cerveza. A veces saca una; la destapa en el borde de la mesa y bebe a grandes sorbos. Su actitud al trabajar es concentrada y tensa. Mueve los objetos con ademanes bruscos.

HANS (*Súbitamente y después de un lapso en que sólo hemos visto los gestos del juego; a Aníbal Crespo, dándole un palmetazo en el hombro*) ¡Ja, Donner-wetter, homgre, por Dios! ¿Cuándo se va a sacar esa corbata, homgre? ¿No se ahoga así?

ANA (*Mirando sus cartas*) Con este calor.

HANS —¡No sea corto de genio, homgre, ja! ¡No va a quedar desnudo!

ANÍBAL C. (*Seco*) Gracias. Estoy bien así.

HANS —«Estos esclavos de la ciudad». Andan con la soga al cuello . . . listos para colgarse de un poste. (*Se ríe de su chiste; golpea la mesa: a Paulina*) ¿No es cierto? (*Paulina se sonríe débilmente*) ¡Ha! ¡Ha! Diez, yaco y dama de pic. (*Tiende las cartas. A Paulina que juega de compañera*) ¿Qué me dice? ¿eh? . . . ¡Escalega! . . . ¡ha! ¡ha! ¡Esclavos de la ciudad! (*Sorbe de su vaso de guindado; todos sus chistes han sido hechos como a sí mismo; goza con ellos*)

ANA (*Nerviosa*) ¡Pss! (*Ácida*) Menos comentarios . . . (*Ante un gesto de Hans, que trata de enterarse con los ojos si Paulina tiene las cartas que faltan*) A pololear a otra parte . . .

HANS —¡Paco! . . . ¡Hu! ¡Hu! . . . ¡Paca! (*A Aníbal. En chunga*) A ver, homgre, ¿por qué no se saca esa corbata, homgre? (*Le pasa sorbete*) ¡Tome!

ANÍBAL C. —No, gracias . . . (*Lo rechaza con indisimulado disgusto*)

HANS —¿No le da calor, homgre? . . . Yo me puse corbata una sola vez en mi vida . . . El día que me casé con mi Lotte . . . Después, nunca más . . . (*Golpea con rudo afecto la espalda de Aníbal. Nadie sigue su euforia espontánea. Todos están o simulan estar empeñados en el juego*)

ANÍBAL C. (*De pronto, después de un lapso de silencio*) A mí me enseñaron que la corbata es uno de los atributos del caballero y no pienso dejarlo porque hace un poco de calor . . .

HANS —¿Un poco de calor? (*A los demás*) ¿Qué les parece? Lo que pasa es que Uds., los esclavos de la ciudad, no sudan bastante, porque no trabajan bastante . . . como yo, cuando le doy de comer a mis gallinas. (*A todos*) «Mis señoritas» . . . las llamo «mis señoritas» . . . Cacarean enamoradas cuanto me ven venir por el parrón con el balde de afrecho . . .

ANA (*Seca*) Cacarean de hambre . . . ¡Canasta de siete! (*Se tiende*) ¿Así que «sus señoritas» lo hacen sudar, eh? (*Con intención*)

HANS (*Sin notar la ironía*) ¡Sí! ¡Sudar! . . . Después cuando vengo a Santiago, en el camino, a repartir los huevos (*Levanta los brazos*) y siento el viento en las axilas, me siento feliz . . . ¡Libre! (*A Paulina*) y joven . . .

ANA (*Irónica siempre*) Se siente como un pollo polígamo, ya sabemos. (*A Aníbal*) Veamos si podemos hacer algo con los nuevos . . .

HANS (*Topetea a Aníbal C.*) En uno de esos viajes conocí a las señoritas, ¿sabe? . . . (*A Paulina, nostálgico*) ¿Recuerda?

ANA (*Seca*) Sí, recordamos . . .

HANS —Los tiempos eran malos . . . Nadie compraba huevos . . . así que pensé: «Pongo un aviso en el diario y . . .»

ANA —«A veinte pesos la unidad . . . en cajones por ciento . . . Reparto domicilio . . . La docena, no» . . . Nadie entendía lo que quería decir.

HANS (*Enojado*) No hablo bien el español. Pero Ud. no habla nada de alemán . . .

ANÍBAL C. (*Fríamente*) Le gana dos por uno.

HANS —¡Lo que quería decir se entendía perfectamente, si no, no estaría aquí!

ANA —Sí. Aún recuerdo el día que entró en este patio, como un remolino, con su cajón con huevos . . . Gritando como un carretonero.

PAULINA (*Con voz cansada*) Canasta de reyes . . . (*Los tiende*)

HANS (*A Aníbal C., indicando a Ana*) Nunca me ha querido, ¿sabe? Dice que he venido aquí a hacer un «Anschluss» . . . ¡Ha! ¡Ha! ¡Una anexión de territorio!

PAULINA —Hans . . .

HANS (*A Aníbal C.*) Dice que los alemanes son un pueblo de oprimidos, que andan buscando espacio vital . . .

ANÍBAL C. —No me interesa esta conversación, señor. No tengo por qué meterme en lo que no me incumbe.

PAULINA (*Afligida por el tono tenso de la conversación*) ¿Ana, puedo tomar el pozo con una carta y comodín?

ANA (*Con dureza*) Sabes que no puedes, Paula.

HANS —Puede, Paulinita.

ANA (*Tensa*) No puede.

HANS —¡Puede! ¡Siempre lo hemos jugado así! . . . ¡Paca! (*Insiste a Aníbal C.*) ¿Ve? No me quiere nada . . . Piensa que voy a ocupar esta pensión que ha sido de ella desde hace veinte años . . .

PAULINA —¡Hans, por favor!

HANS —Desde el primer día, cuando entré aquí con el cajón con huevos . . . Me miró con malos ojos . . . (*Paulina se levanta bruscamente y se encamina hacia la casa*)

PAULINA —Ya vuelvo. No me esperen . . .

ANA (*Se levanta*) Paula, ¿qué te pasa?

PAULINA —No me siento bien . . . Ya vuelvo.

ANA (*Sale tras ella*) Voy contigo.

ANÍBAL C. (*Con reproche*) Esas eternas pullas entre Uds. . . . ¿Que no ven que la hacen sufrir?

HANS —Ella comenzó . . .

ANÍBAL C. —No voy a discutir con Ud., señor. (*Se levanta, se pasea*)

HANS —Esa gallina la ha dominado toda su vida . . . Desde que cayó sobre ella, hace veinte años, en esa oficina fiscal, le ha estado chupando la plata como una sabandija. No tiene un cinco . . . Paulina es la dueña de todo esto. (*Indica la casa*) ¿Por qué la aguanta?

ANÍBAL C. (*Digno*) Sin embargo, considero, señor, que es necesario hacer las cosas con cierta dignidad. Sin aspavientos . . .

HANS —¿Qué aspavientos? . . . ¿Qué quiere decir? . . .

ANÍBAL C. —También trabajé en una oficina fiscal, hasta el día que me imaginé que tenía vocación para la pintura . . . Desde entonces pinto . . . afiches. No exactamente lo que soñé, pero lo hago con dignidad, señor . . . Sin aspavientos . . . Sin pelearme por la plata de nadie . . .

HANS —¡No tengo interés en la plata de Paulina!

ANÍBAL C. —No discuto con Ud., señor, ya le dije . . .

HANS (*Insistiendo*) Me produce . . . compasión, esa mujer . . . Eso es todo. Si vengo es sólo porque esa pobre mujer se entretiene conmigo . . . Si a veces soy . . . amable con ella, es porque . . .

ANÍBAL C. — . . . Siente compasión, ya lo dijo . . . Lindo sentimiento, la compasión. Hace mequetrefes de los hijos y ogros de las madres . . . Deme un puro, ¿quiere? . . . Hace tiempo que no fumo . . . De repente me han venido ganas . . . ¡Dios mío!, ¡la vida que uno lleva! (*Hans le pasa un cigarro, se lo prende. Aníbal C. se atora, tose. Pablo sale a la calle por el portón, ambos lo siguen con la vista*) Mi madre, que en paz descanse, tuvo compasión por mí toda mi vida . . . Conozco ese sentimiento . . . ¡Me encontraba tan pequeño, tan frágil! . . . ¡Las aguas de manzanilla, las cataplasmas que me hizo! ¡Me cargaba con toneladas de frazadas al menor resfrío! . . . (*Con indignación creciente*) Y Ud. ve . . . Ud. lo dijo . . . No soy más que un raquítico «esclavo de la ciudad» . . . He tenido dos ataques de cálculo biliar, señor . . . Uno de apendicitis . . . Una hernia en la columna y un catarro bronquial crónico . . . Eso me impide ser un saludable criador de gallinas, señor . . . Ni andar luciendo mi pecho de orangután, ni ventilando mis axilas . . .

HANS (*Ofuscado*) Hombre . . .

ANÍBAL C. —Ni andar tirándome facha delante de dos solteronas . . .

HANS —No quise ofenderlo . . .

ANÍBAL C. —¡Pues me ha ofendido, señor! Me ha ofendido . . . soy un hombre muy solo y sensible . . .

HANS —A veces digo cosas porque no las puedo callar . . .

ANÍBAL C. —Tendrá que callarlas, conmigo, señor . . . (*Se le acerca*) Ahora que no están ellas, le voy a decir algo que guardo hace tiempo . . . Ud. cree tener derecho de tomarme a la chacota, señor, pero le he de decir que, débil y flaco como me veo, tengo mi dignidad. Provengo de los Crespo de Talca. Me enseñaron a no andar con melindres, ni simular sentimientos que a nadie engañan.

HANS —Mire, hombge . . . Yo . . .

ANÍBAL C. —¡No discuto con Ud!

HANS (*Se levanta, confundido, y le va a palmotear un hombro*) Hombge, venga . . . siéntese. ¡Hombge, por Dios!

ANÍBAL C. (*Sentándose*) Débil y flaco, me gano la vida honradamente, pintando garabatos . . . Me meto sólo en lo que me incumbe . . . (*Se oyen gritos dentro de la casa: «Paulina. ¡No corras! ¡No corras!»*)

HANS —¡Cálmese, hombre! ¡No lo tome así! . . . Yo tampoco soy feliz, ¿sabe? Nosotros los alemanes . . . caramba . . . somos un poco así . . . Ofendemos, pero no queremos ofender . . . (*Le sirve sorbete*) ¡Tome! (*Aníbal Crespo bebe*) Cuando murió mi Lotte, que no me

dio hijos . . . yo me dije «Hans . . . te quedaste solo. Nadie te va a ayudar a cuidar tus gallinas . . . Hacerte el repollo morado» . . . Me puse triste. Uno se pone a pensar tonteras, sabe, y eso no está bien . . . Entonces un día puse un aviso en el diario y . . .

ANÍBAL C. (*Sin ablandarse aún*) . . . y se topó con la dueña de esta propiedad, que además tenía una buena porción de acciones y porcelanas antiguas . . .

HANS —Bueno . . . ¿Y qué hay de malo en eso? . . . ¿Ud. insinúa que yo me quiero casar con Paulina por la plata?

ANÍBAL C. —Sí, señor.

HANS (*Pensando en la posibilidad*) Bueno . . . Si ella quiere, ¿por qué no? . . . Alguien tiene que trabajar ese capital . . . Lo metería en mis gallineros . . . Esa Ana, en cambio, ¿qué haría? . . . Darle la plata a Víctor . . . ¡Ese sinvergüenza! ¡Esa pieza de sobrino! . . . ¿Qué no comprende Ud. que es todo lo que ella quiere? Heredar de Paulina para dejárselo a ese sinvergüenza . . .

ANÍBAL C. —No me meto en lo que no me incumbe, señor, pero creo mi deber recordarle que la señorita Paulina tiene una dolencia al corazón. Conviene evitarle cualquier emoción violenta, a menos que se tenga el deseo preconcebido de . . . despacharla.

HANS —¡Qué desconfiado es! ¡Es demasiado solterón!

ANÍBAL C. —He visto cosas, señor. He visto cosas . . . (*Vuelve Paulina, que se pasa rápidamente un pañuelo por los ojos. Viene seguida de Ana, que la conduce sujeta de los hombros*)

ANA (*Ayudando a sentarse a Paulina*) No vuelvas a hacerlo nunca más, Paula. Uno de estos días te pasa algo y no habrá quién te ayude. (*A los hombres*) Subió corriendo la escala, ¡imagínense! . . . Con su corazón enfermo . . .

PAULINA —Eres muy cariñosa conmigo. Te lo agradezco mucho.

ANA —¿Tomaste tus píldoras?

PAULINA —No, Ana, no te molestes. Estoy cansada . . . eso es todo.

ANA —¡Por Dios, Paula! ¡Es el colmo! ¡Que tenga que estar en todo! Las voy a buscar . . . (*Sale*)

HANS (*Siguiéndola con la vista*) Si tuviera que vivir un solo día con esa mujer, no habría puertas en las casa . . . Las tendría que echar todas abajo para agarrarme . . .

PAULINA —No sea duro con ella, Hans . . . es buena a su manera . . . (*Tras breve pausa*) Sufro mucho de oírlo hablar así . . .

HANS —Pero . . .

PAULINA —Una está siempre deseando que los seres queridos se aprecien entre sí. Es doloroso . . . más aun si una sabe que tras esa dureza aparente de Ana hay sólo un mal entendido . . .

HANS —¿Un mal entendido? ¡Herrgott! . . . ¡Ud. es demasiado buena! Esa mujer ha destruido su juventud . . . ¡veinte años de su vida!

PAULINA —Ud. no estuvo junto a mí ese primer día que Ana entró a la oficina en que yo trabajaba . . . Se sentó ante su escritorio . . . Hizo su trabajo con esmero exagerado, pero en la tarde, al final de la jornada . . . se abandonó. Fue porque derramó un tintero o porque todos la mirábamos, no sé . . . El hecho es que, sin anuncio alguno, se puso a llorar . . . Miraba a cada uno de nosotros y lloraba . . . La alcancé en la calle y la tomé de un brazo . . . Ese día comenzó nuestra amistad. (*Pausa*) Y ha durado veinte años . . .

HANS (*Desechando la emoción del relato enternecido de Paulina*) ¡Kwatsch!* Ud. no puede sacrificar su vida por el egoísmo de esa mujer . . . Ella no la quiere a Ud. Al único que quiere es a ese Víctor, que no es siquiera su sobrino.

PAULINA —¡Hans! . . .

HANS —¡No es su sobrino! . . . Es sólo un patán . . .

PAULINA (*Agitada*) ¡Ud. no puede juzgarle! . . . ¡Nadie puede juzgar a nadie! . . . ¡No tenemos derecho! . . . ¡Sólo debemos aprender a ser comprensivos y perdonar . . . No se exige perfección del ser que una quiere . . . (*Hans mira desconcertado a Aníbal Crespo, que quita la mirada. Entra Ana con un vaso de agua y el frasco de píldoras*)

ANA (*Pasándole el vaso y abriendo el frasco*) Toma . . .

PAULINA —A la hora de comida, Anita . . . Ahora no tengo ganas . . .

ANA —Tome . . .

PAULINA —Cuando me acueste . . .

ANA —¡Toma! . . . (*Paulina hace finalmente lo que le ordenan. En ese momento se abre la puerta que da al baño, en el cuarto de la izquierda, y aparece Polla. Es una mujer que bordea los 35 años. Su piel ajada, en una cara blanda de rasgos infantiles, la hacen parecer mayor; en sus ojos brilla una mirada de niña, generosa y confiada. Al verla se debe intuir la tibieza de su carne gorda y suelta, que cobija, a pesar de la impresión infantil exterior, una oculta e ignorada reserva de erotismo. Es una posibilidad de placer que Polla ignora y que se repliega en lo más profundo de su tibieza. Polla viste chillonamente. En verdad, no sabe vestir. Su pelo demasiado teñido parece estopa. Su bata ajada, de raso verde nilo, es demasiado grande. Sus aros, propios de una negra de Senegal. Juega a pintarse; sólo logra embadurnarse las facciones. Toda ella parece, en realidad, un poco de clown que mueve a simpatía, porque es torpe de movimientos, desamparada en su alegría, dolorosa en su risa. Polla se ha estado*

(*)¡Tontería!

arreglando en el baño. En cuanto entra al cuarto, prende la radio y termina de vestirse. Se prueba cosas y las va dejando dispersas. Abre el armario y caen cajas y ropas sueltas. Bota cosas a la pasada. Las repone a medias en su lugar. Lucha con la faja, se pega un rizo con saliva, etc. . . . Los de la mesa han reiniciado el juego.

ANÍBAL C. (*Siguiendo la mirada de Hans, que busca el lugar de donde brota la música*) Es esa mujer. (*Nervioso*) Todo el día con esa radio prendida . . .

ANA (*Mientras reparte los naipes*) Tendremos que subirle la cuenta de la luz, Paula . . . Gasta una fortuna en corriente con esa radio . . .

ANÍBAL C. (*Indicando hacia la pieza*) No lo hace más que para llamar la atención . . . (*Se levanta nerviosamente y se pasea*) Torean a los hombres con sus manejos . . .

HANS —¡Ha! ¡Ha! Homgre, Ud. no sabe nada . . . ¡Las mujeres casadas no necesitan torear a los hombres! . . . ¡Ha! ¡Ha! (*Tose, se atora*) ¡Porque andan todo el día con el togo detrás! ¡Ha! ¡Ha! . . .

ANÍBAL C. (*Se sienta fríamente*) Muy gracioso, señor . . .

HANS —. . . ¡Hu! ¡Hu! . . . Con el togo detrás . . . (*Le golpea violentamente el hombro*)

ANA —¡Grosero! . . .

PAULINA —¡Hans, por Dios! . . .

ANA (*Producida la calma*) ¿Y quién dice que esos dos están casados, señor?

HANS —Ella . . .

ANA —Ella, sí, pero él no dice nada.

PAULINA —No los habríamos recibido si no lo estuvieran, Anita . . . Esta es una casa decente . . .

ANA —¿Casa decente? . . . No seas ridícula, niña . . . Esos dos pagan bien . . . Pagan puntualmente. (*Mira a Aníbal C.*) No hay más decencia que ésa.

ANÍBAL C. —Si Ud. se refería a mí con eso del pago puntual, señorita, debo decirle que pagaré mañana . . . Me deben aún el último afiche . . .

ANA —No me refería a Ud., pero si se siente aludido . . . (*Polla, en tanto, ha sacado del armario, a tirones, un vestido amarillo, imitación piel de leopardo, con cuello de piel, que se calza con dificultad frente al espejo*)

POLLA (*Mientras hace así*) ¡Pablo! (*Baja el volumen de la radio*) ¡Negro! . . . (*Al no oír respuesta se encoge de hombros. Todos miran en esa dirección*)

ANÍBAL C. (*Se levanta*) ¡Ahora va a comenzar a ponerle apodos!

HANS —¡Siéntese, homgre! (*Dando las cartas*)

POLLA —¡Negro! . . . Pablo . . .

ANA —La culpa de todo la tengo yo. Insistí en recibirlos, pero cuando llegaron esa tarde, comprendí el error. Lo recordaré toda mi vida . . . La carretela atiborrada de pilchas . . . La maleta a medio cerrar, botando camisas y enaguas por el camino . . . Y esa mujer, como una caturra, gritando por el patio . . . arrastrando los sacos harineros llenos de trapos . . . ¡Qué horror!

POLLA —¡Negro! ¡Lindo! . . . ¡Ya voy a estar lista!

ANA —Cuando los vi entrar al patio, pensé que llegaban los gitanos.

HANS —¿Y por qué los recibieron?

ANA —La necesidad tiene cara de hereje . . . Teníamos esa cochera vieja, sin ningún provecho . . . Martillamos unas tablas y le pasamos un poco de pintura . . . Para sacarle renta a un rincón perdido . . .

HANS —¿Y qué hace el marido? . . . ¿Arregla máquinas de coser?

PAULINA —Es chofer de micro . . . Arregla esas máquinas en las horas libres . . .

POLLA —Negro . . . Se nos va a hacer tarde . . . (*Escucha*) ¡Negro! ¡Ya voy a estar lista!

ANÍBAL C. (*No puede más, se levanta, grita*) No está. ¡Acaba de salir! ¡No está! (*Se vuelve a sentar avergonzado de su abandono*)

ANA —¿Para qué hizo eso? Ahora va a venir a meternos conversa y llenarnos la cabeza con sus sandeces . . .

POLLA (*Sale de la pieza; alarmada*) ¿Se fue Pablo? ¿A dónde se fue? ¿Dejó dicho dónde iba?

ANA (*A Aníbal C.*) ¿Ve?

ANÍBAL C. —No dijo nada. Salió nada más . . .

POLLAO —Saldría a comprarme claveles . . . Siempre que me saca a pasear me trae claveles . . . ¿Cómo me queda el vestido, Paulinita?

PAULINA —Muy bien, niña. . .

POLLA —Me veo «pituca», ¿no es cierto? (*Sin esperar contestación*) Pablo me va a llevar a la quinta «Las Golondrinas» . . . a bailar . . . «Vístete, me dijo, porque vamos a ir a festejar un asunto muy importante» . . . No sé de qué asunto se trate, pero yendo con él, voy feliz . . . (*A Aníbal C.*) ¿Ud. conoce la quinta «Las Golondrinas»?

ANÍBAL C. —No, no la conozco.

POLLA —¿No la conoce? . . . (*Ana deja de jugar ostensiblemente, se acomoda para oírla*) Abotóneme la espalda, Paulinita, ¿quiere? (*Se sitúa ante Paulina, que procede como le piden*) Es una quinta sólo para «gente mejor» . . . Mi «esposo» es muy amigo del dueño . . . Se llama José, pero todos le dicen Mario, porque se parece a Mario Moreno, el futbolista . . . Yo no encuentro que se parezca . . . Más bien se parece a San Judas Tadeo, porque tiene el pelo crespo . . .

Es tan linda la quinta; va sólo gente «pituca». Una vez llegó un tipo con unas mujeres todas ordinarias, que movían el traste al andar . . . ¡así! Unos hombres se pusieron a chiflarlo y el tipo se puso a repartir patadas y silletazos. Pero vino Mario y los sacó a todos a empujones . . . Es un lugar sólo para gente tranquila . . . Mujeres casadas como yo . . . Mi «esposo» juró que no me llevaría más si había otra rosca.

ANA (*Fríamente*) Sin embargo, la lleva, ahora . . .

POLLA —Porque el dueño le juró que no volvería a pasar . . . Pablo es muy cuidadoso que esas cosas no sucedan delante de mí . . . Una mujer casada tiene que hacerse respetar, ¿no es cierto, Paulinita?

PAULINA —Así es, niña . . .

POLLA (*Le acaricia el rostro*) Me dice «niña». Sólo las monjitas me decían así . . . después nadie . . . Me llamo María del Carmen de los Dolores, pero todos me dicen «Polla» . . . ¿Se me nota, Paulinita . . . con este vestido?

PAULINA —Un poco . . .

POLLA (*A todos*) Voy a tener un hijo . . .

ANA —Se nota. No es necesario que lo diga . . .

POLLA —Después de cuatro años de casados, voy a tener un hijo . . . Un hombre . . . Me va a querer mucho . . . Vamos a salir a pasear juntos y me va a decir «mamá» delante de todos y yo me voy a morir de orgullo . . . Es bonito eso, Paulinita, ¿no es cierto?

ANA —¿Y cómo estás tan segura que será varón?

POLLA —Porque es hijo de Pablo. (*Pausa, se le ocurre en ese momento*) ¡Eso es lo que vamos a ir a celebrar! Pablo está tan feliz de que yo esté esperando que me convida . . . Mejor me apuro para que me encuentre lista cuando vuelva . . . ¿Se me nota mucho, Paulinita?

PAULINA —Sólo un poco, niña . . .

POLLA —A veces no sé si quiero que se me note o no . . . Una se pone tan fea, pero es tan bonito que sepan que una está «encinta» . . . Sigan jugando nomás . . . No se molesten por mí . . . (*Vuelve a la pieza en el momento que regresa Pablo desde la calle. Trae botellas de cerveza. Se instala en el taller*)

ANA (*Después de un breve lapso de desconcierto*) Bueno . . . ¿qué me dicen de eso? Quiere tener un hijo . . . ¡la mosca muerta!

PAULINA —Pobre niña . . .

ANÍBAL C. —Quiere tener un hijo para que la saque a pasear . . . Conozco esas madres egoístas. ¡Crían a sus hijos como si fueran juguetes! ¡Ositos que chillan cuando se les aprieta la guatita!

HANS —¿Y por qué le dicen «Polla»? . . . No se parece en nada . . .

ANÍBAL C. —Yo doy . . . (*Reparte los naipes. En ese momento asoma Rufo en el portón. Mira con cautela mientras cruza el patio hacia el taller.*

Saluda con timidez. Bordea los treinta y cinco. Trae un paquete. Su rostro pálido refleja agotamiento)

RUFO (*Parado en el umbral del taller*) Buenas . . .

PABLO —¡Hola! (*Le pasa una cerveza mientras Rufo se sienta sobre un cajón*) ¡Sírvete!

RUFO —Pasé a comprar estas guindas . . . (*Le adelanta el paquete. Se produce un largo momento de silencio entre ambos. Mientras beben cerveza y comen guindas*) No andan la cerveza con las guindas, ¿no es cierto?

PABLO (*Después de un nuevo intervalo de silencio*) Bueno, dilo de una vez . . . Soy un desgraciado . . . ¿Es eso?

RUFO —Yo no te digo nada. Sólo me vine a comerme estas guindas contigo . . . (*Escupe unos huesos al patio*)

PABLO —No escupas al patio . . . La vieja flaca va a poner el grito en el cielo . . . Está convencida que este caserón es el Palacio Cousiño . . .

RUFO (*Barre las pepas hacia dentro con el pie*) Es la Rosa que me calentó la cabeza . . . (*Pausa*) «Anda a cantarle claras» —me dijo—. Está enojada contigo . . . Mejor no te apareces por mi casa algunos días . . .

PABLO —¿Dice que no soy tu amigo, eh?

RUFO —Me calentó la cabeza. Yo te comprendo . . . Claro que son veinte mil . . . ¡Qué diantre!

PABLO —Ya te dije que prefiero darte de mi sueldo antes de que esos imbéciles . . . me empujen.

RUFO —Nadie te está empujando.

PABLO —Me empujan, te digo . . . Me meten los codos . . . No me dejan tranquilo.

RUFO (*Pausa*) Hace meses que ando tras ese puesto en la Cooperativa . . . Sacarle unos 20.000 más, fuera del sueldo de chofer . . . Justo cuando iban a votar por mí . . . te fuiste. Todos iban a votar por el que tú dijeras . . .

PABLO (*Saca un puñado de billetes del bolsillo*) ¡Toma!

RUFO —No es eso . . .

PABLO —Toma, te digo . . . (*Le mete los billetes en el bolsillo de la camisa*)

RUFO (*Devolviendo la plata, con tranquilidad, sobre la mesa*) No acepto limosnas . . . No te estoy sacando nada en cara, eres mi amigo. Es la Rosa . . . Me tiene así, la cabeza . . . Todo el día . . . «Muévete» . . . «¡Métete!» . . . «No te dejes pasar a llevar» . . . ¡Puchas! . . . Justo cuando todos iban a votar por el que tú dijeras, te fuiste . . . Era mi ocasión para que la Rosa me dejara tranquilo. Con esos 20.000 le tapo la boca . . .

PABLO —Te digo que lo siento, viejo . . . pero es que no me gusta que me empujen . . .

RUFO —La culpa es tuya. Tienes pasta de líder . . . Los compañeros de la cooperativa dicen que . . .

PABLO —¡Qué tengo cara de jetón, sí!

RUFO —Dicen que eres . . . firmeza. Que eres de los que sacan la cara.

PABLO —Pero sí es eso lo que necesitan . . . Un zorzal que meta el ruido y le lleguen los tiros, mientras ellos agarran su lonja . . . Te empalican con palabras bonitas.

RUFO —No sé, pero hay que creer en algo.

PABLO —¿Creer? Yo creo en mí.

RUFO —¿Qué hay con esa mujer que vive contigo? Te quiere . . .

PABLO —Soy el zorzal que le paga el cuarto . . .

RUFO (*Breve pausa, con cautela*) Hay otros que podrían hacerlo . . .

PABLO —Cualquiera . . .

RUFO —Se mira en tus ojos . . .

PABLO —¿Qué mira? . . . Hoy soy yo . . . Mañana será otro. Somos así, Rufo . . . Yo la recogí a ella y ella me agradece la cama, preparándome el desayuno, parchándome las camisas . . .

RUFO —¿Y por qué no la dejas, entonces, si piensas así?

PABLO —¡Con otra sería igual! . . . Un hombre necesita mujer . . . (*Polla aparece en la pieza. Viene del baño*)

POLLA —¡Negro! . . .¿Estás ahí? ¡Negro!

PABLO —Estoy aquí . . . ¡No grites!

POLLA —Ya voy a estar lista. ¡Apúrate!

PABLO —Está convencida que voy a salir con ella.

POLLA —¿Qué camisa te vas a poner, Negro? ¿La azul a rayas? . . . ¿La de cuadros? (*Tiende sobre la cama, prolijamente, un terno azul, camisa y calcetines*)

PABLO (*Se levanta de un salto y va hacia la pieza; abre la puerta*) ¡Te he dicho que no voy a ir a ninguna parte! ¿Hasta cuándo me jodes? (*Vuelve al taller; de pasada ve la mirada estupefacta de los de la mesa*) ¿Y ustedes? ¿Qué miran?

ANA (*Se para*) ¡Estoy en mi casa y miro lo que se me da la gana, joven! ¡Éste no es un convetillo! (*Pablo se da cuenta de lo absurdo de su situación y se aleja hacia el taller. Se sienta*)

ANÍBAL C. —En momentos como éste es cuando agradezco la educación que se me ha dado . . .

ANA —Ésta es la gentuza que tú proteges, Paula . . .

RUFO (*Se levanta*) Me voy . . .

PABLO (*Lo retiene con suavidad*) ¡Quédate, viejo! . . . ¡Por favor! (*Rufo se sienta. Polla, en la pieza, se ha sentado en la cama y acaricia el oso teté amarillo con gestos de compulsivo cariño. Los de la mesa reanudan el juego*) ¿Qué me pasa, Rufo? . . . ¿Me estoy volviendo loco? . . . Hace tiempo que no hago más que leseras . . . Comienzo en la mañana cuando llego a la garita . . . Me digo: ¡Contrólate! . . . Sonríele a la gente . . . Pero entonces, durante el día, cuando comienzo a ver las caras de la gente . . . Preocupada sólo de sí mismas . . . Comienzo a sentirme solo, ¿comprendes? . . . (*Pausa*) Cuando termina el día y voy a entregar el turno, odio todo lo que miro . . . incluso a mí . . .

RUFO —Hay que vivir de cualquier manera. No es bueno pensar . . . Antes no eras así . . . Te reías . . . Eras alegre . . . Ahora, andas todo jodío . . . (*Pausa*) ¿Recuerdas cuando fuimos con la Polla a San Antonio?. . .

PABLO —Mmmh . . .

RUFO —¿Cuándo sacamos del Restorán al viejo curao de la guitarra y lo llevamos a dar una vuelta en bote a la bahía? . . . (*Ríe*) Y al viejo, de puro curao que estaba, le dio con que el botero era su vieja, y dale besos con él . . .

PABLO (*Que se ha ido soltando; ríe a su vez*) Y a vos te dio con agarrar los remos y casi nos fuimos contra el malecón . . .

RUFO —¡Y la gallada en el malecón gritando como locos! . . . ¡Buena cosa! . . . ¡Puchas que lo pasamos bien, eh! . . . La Polla casi se nos cae del bote de pura risa . . .

PABLO (*Detenido bruscamente en su alegría*) Sí . . . Eso se acabó ahora . . . Ya no reímos más . . . Es por culpa de ella. Me tiene loco . . . Me ha colgado un hijo . . .

RUFO —¿Por qué no lo aborta si tú no quieres tenerlo?

PABLO —¡Porque no puede! El doctor le dijo que si volvía a abortar, se moría . . . Es por ahí que me tiene pescado . . .

RUFO —Demasiados abortos, ¿eh?

PABLO —Mmmh . . .

RUFO —¿Y que vos no quieres tener hijos?

PABLO —¿Para qué? . . . ¿Para criar guachos que odien la vida?

RUFO —Cásate con ella, entonces . . .

PABLO —¿Estas loco?

RUFO —¿Por qué?

PABLO —¿Con ésa?

RUFO —¿Qué tiene? . . . Me parece una buena mujer y te quiere . . .

PABLO —¿Me estás tomando el pelo? . . . Sé muy bien lo que piensas . . . Sé muy bien lo que piensan todos . . . (*Ante la cara sin*

expresión de Rufo) ¡Vamos! . . . ¡Dilo! No pongas esa cara . . . Es una cualquiera, ¿no es así? . . . Todos se preguntan qué hago yo viviendo con una mujer como ésa . . . Vamos, dilo de una vez.

RUFO —A mí me parece una buena mujer, ya te dije . . .

PABLO —¿Y los de la garita . . . que se quedan hociconeando cuando ella ha andado por allá y lo deja todo pasado a pachulí? . . . ¿Mmmh? . . . ¿Crees que no he oído los comentarios?

RUFO —Hablan por hablar . . . ¿Por qué no la dejas, entonces, si piensas así?

PABLO —Porque un hijo sin padre es un paria . . . No seré yo quien cargue con esa culpa . . . Yo sé lo que es eso . . . Lo he sufrido en carne propia . . .

RUFO (*Baja la cara*) Sí . . . me lo has contado . . .

PABLO —Que los cabros del barrio te griten «guacho» . . . El «guacho Pablo» . . . Y la pieza de tu madre pase llena de «tíos» . . . Los he oído reírse de noche en la pieza del lado a esos «tíos» . . . A veces mi madre reía más fuerte que ellos . . . Y al otro día todo eso se limpiaba con una caricia . . . Son todas iguales . . . todas las mujeres . . . Todas unas cualquieras . . . Lo arreglan todo con la disculpa de ser madres . . .

RUFO —La Polla es otra cosa . . . Ella quiere de veras a ese niño . . .

PABLO —¿También te ha hecho a ti tragarte eso, eh? . . . ¿Qué no oíste lo que dijo el doctor? . . . Sólo lo quiere tener para salvar su pellejo . . . y agarrarme a mí, a la pasada . . .

RUFO —No entiendo cómo has podido vivir tanto tiempo con ella si pensabas así . . .

PABLO —Porque mientras éramos nada más que amigos, lo pasábamos bien . . . Éramos ella y yo, nada más . . . El día que queríamos nos podíamos ir, el uno o el otro, sin armar líos . . . Ahora, me obliga a tener sentimientos que no tengo . . . A respetarla y confiar en ella, porque va a ser madre . . . Si hasta se ha puesto a hacer el papel de madre . . . Teje chalequitos . . . Se pone cintas rosadas en el pelo . . . Pasa tirada en cama «cuidándose» todo el día . . .

RUFO (*Tras pausa*) Ésa no es la verdadera razón de que sigas viviendo con ella.

PABLO —¿Ah, no? . . . ¿Y cuál es, según tú?

RUFO —Que la quieres . . .

PABLO —¿Y de dónde sacas esa idea estúpida?

RUFO —No se vive cuatro años con una mujer, sólo para pasarlo bien con ella . . .

PABLO —Te estoy diciendo que no la puedo dejar por el niño . . .

RUFO —No es eso. . .

PABLO (*Con ira*) Me está engañando con lo del niño porque tiene miedo de morirse, te digo . . . ¿Cómo puedo querer a una mujer que me quiere hacer pagar el crío?

RUFO —La quieres . . . Sólo te estás haciendo mala sangre . . .

PABLO —¡Mujeres! . . . ¡Todas iguales! . . . Te engañan si vuelves la espalda . . . Pero ésta no me engaña . . . Yo le haré tragarse sus melindres . . . Le mostraré lo que es . . . (*En ese momento se presenta, ante él, Polla. Ha dado los últimos toques a su vestido. Cuando pasa frente a los de la mesa, muestra una sonrisa brillante. Da una vuelta sobre sí misma, para que aprecien su «elegancia», y se presenta frente a Pablo. Sus carnes gordas tienden a salirse de madres de ese vestido muy estrecho y muy corto rematado por unas hombreras imposibles, que se alzan como alitas de mariposas. Se empina sobre zapatos de tacones demasiado altos y de su mano pende una carterita ridícula de pequeña*)

POLLA —Estoy lista, Pablo . . . ¿Vamos?

PABLO (*Después de considerarla un rato*) Te dije que no iríamos a ninguna parte . . .

POLLA —Me puse el vestido que te gusta, Negro . . .

PABLO —No vamos a ir a ninguna parte . . . ¡Anda a sacártelo!

POLLA —¿No tienes tiempo?

PABLO —No tengo ganas.

POLLA —El otro día dijiste que me sacarías a pasear . . .

PPABLO —Eso fue el otro día . . . Hoy no tengo ganas.

POLLA —Te dejé una camisa limpia sobre la cama, Negro . . . Y tu terno azul . . . ¡Te queda tan bien! ¡El terno azul! . . . No vamos nunca a ninguna parte, Negro . . . (*Silencio de Pablo*) Te lustré tus zapatos . . . ¿No vas a salir conmigo?

PABLO —Anda a sacarte ese estropajo, te digo . . .

POLLA —¿No te gusta?

PABLO (*A Rufo*) ¿Hay en tu casa algún rincón, donde a uno lo dejen tranquilo?

POLLA —¿No me vas a sacar a pasear?

PABLO —Vamos, Rufo . . . Vamos a tu casa . . . (*Se levanta, Rufo queda sentado, reprueba la actitud de Pablo*) ¿No vienes? . . . Me voy solo, entonces . . . (*Sale del patio*)

POLLA —Negro . . . (*Lo sigue por el patio*) . . . Me pongo el vestido blanco, el vestido de señorita que a ti te gusta . . . ¿Te espero sentada en la cama . . .? (*Polla se vuelve por el patio. Ve la lástima con que la mira Paulina. Sonríe desamparada, desorientada. Animándose*) Va a volver . . . Volverá en la noche y me llevará a «Las Golondrinas» . . . Sólo fue a comprar algo . . . Algunos

claveles para mí . . . Vamos a celebrar el niño . . . (*Se dirige hacia su pieza*) Mejor me voy a mi pieza a esperarlo . . . Me voy a mi pieza y me siento, a esperarlo. A lo mejor vuelve . . . (*Se sienta en la cama y acaricia el oso teté cuando cae el telón*)

ESCENA SEGUNDA

Ha pasado una semana. Es la primera hora de la mañana. Pablo, con la cara enjabonada y en camiseta, se afeita en el baño. Sólo se le ve cuando surge en la pieza. Polla, en su bata verde-nilo, prepara el desayuno en la cocina. Aníbal C., sentado ante el atril, pinta un afiche en el patio. Es un motivo vistoso, de alguna tienda de camisas, que representa un auto de carrera lanzado a velocidad desorbitada, mientras se anuncia: «Una loca carrera hacia la muerte de los precios». Paulina, de falda negra y delantal, barre el patio con una escoba. Se oye música en la radio de Polla)

PABLO (*Después de un rato*) Bueno . . . qué pasa con ese desayuno.

POLLA —Ya, Negro . . . ya va a estar.

PABLO —No puedo esperar toda la mañana.

POLLA —Ya voy . . . (*Entra a la pieza portando tazas, que deja sobre el velador. Mira hacia el baño*) Te hice el café bien cargado, Negro . . . como a ti te gusta. (*Silencio de Pablo*) ¿Vas a llegar tarde hoy, Negro?

PABLO —Mmh . . .

POLLA —Siempre te gusta llegar tarde para que no se crean tan macanudos tus patrones, ¿no es cierto? (*Va hacia la cocina*) . . . ¿Creen que porque te pagan te pueden manejar a su antojo, eh? (*Son sus palabras*) No a ti. Eres un hombre libre . . . (*Regresa de la cocina llevando una cafetera. Sirve*) Anoche soñé que te regalaban un camión . . . Era grande y colorado . . . Soñé que salíamos los dos a recorrer los campos, como antes . . . a acariciar los terneros, ¿recuerdas?

PABLO —Corta la radio.

POLLA —Bueno, Negro . . . (*La corta*) ¿Crees que nos irán a regalar un camión?

PABLO —No preguntes leseras. (*Mientras se sienta en la cama junto al velador*)

POLLA (*No sabe qué hacer. Toma el oso teté y lo escobilla*) Sería bonito, ¿no es cierto? . . . ¿Está bien el café? . . . ¿Está como te gusta?

PABLO —Está bien . . . ¿Dónde está el pan?

POLLA —Oh, de veras . . . ¡Voy! (*Corre a la cocina y vuelve con un pan*)

PABLO —¿No hay mantequilla?

POLLA —Se me olvidó también. (*Corre y regresa con la mantequilla*) Se me olvida todo . . . Un día voy a dejar la cabeza en alguna parte. (*Se ríe de su chiste. Pablo bebe su café, no la mira*) No se perdería mucho . . . (*Toma un paquete que hay sobre la cama. Lo mira por todos lados. Lo abre. Saca un elegante sombrero de mujer de terciopelo negro con una pluma celeste. Se lo va a poner ante el espejo cuando Pablo se apercibe de lo que está haciendo*)

PABLO —¿Qué estás haciendo? ¡Deja eso!

POLLA —Sólo me lo estaba probando . . .

PABLO —Ese sombrero no es tuyo . . . Eres como una niña chica . . . ¿Tienes que agarrarlo todo?

POLLA —Debe de ser una señora muy pituca . . .

PABLO —¡Guárdalo, te digo!

POLLA —¡Me gusta tocarlo! . . . Es tan suave . . . tan lindo . . . No tengo cara para un sombrero de señora, ¿no es cierto?

PABLO —Dame el paquete . . . (*Se lo arrebata y lo pone junto a sí*)

POLLA —¿Es cierto que lo dejaron abandonado anoche en el bus?

PABLO —Eso te dije.

POLLA —Lo dejó abandonado el mensajero de la tienda, ¿no es cierto?

PABLO —Anoche me preguntaste eso mismo tres veces . . . ¿Qué más quieres que te diga?

POLLA —Me gusta todo lo que me cuentas, Negro. ¿Recuerdas el paquete de medias que encontraste en el bus una vez? . . . Era de mi número y no me las quisiste dar. (*Silencio de Pablo*) También dijiste que tenías que devolverlas . . . ¿Qué dijo esa señora?

PABLO —¿Qué señora?

POLLAo —¿A la que le regalaste esas medias?

PABLO —¿A quien le he regalado medias?

POLLA —A esa señora, Negro . . .

PABLO —¿Qué señora?

POLLA —La de las medias . . .

PABLO —¿Te falla o qué? . . . Te dije que se las di al inspector . . . ¿No te dije que se las entregué al inspector?

POLLA —Sí, eso me dijiste, pero . . . ¿Qué te dijo? . . . ¿La señora? . . . ¡No te enojes! . . . Eran de color café y tenían una línea negra, ¿recuerdas? (*Pablo bebe su café*) . . . Son de las que hacen verse más llenas las piernas . . . A los hombres les gustan las piernas llenas. (*Se mira las piernas*) No como las mías. Las tengo muy flacas para el cuerpo . . . (*Pausa*) ¿Qué va a decir la señora cuando le des el sombrero? ¿Te va a invitar a pasar? . . . ¿Te dará un beso en

agradecimiento? (*Silencio de Pablo*) ¿Cómo besan las señoras «pitucas», Negro? (*Pausa*) Puse un ramito de violetas a tu Virgen de Lourdes . . . ¿viste? (*Sale Ana desde la casa hacia la calle por el portón, va de compras. Lleva una bolsa de malla*)

PABLO —Mmh . . .

POLLA —Me preocuparé que nunca le falten violetas a tu Virgen.

PABLO (*Irritado, duro*) No existen las vírgenes mías ni tuyas . . . La Virgen es de todos.

POLLA —Pero la tuya es diferente, Negro . . . Porque es tuya . . . (*Se arrima a él y la acaricia la nuca*) ¿Me quieres?

PABLO —Déjame terminar el desayuno.

POLLA —Dímelo sólo una vez.

PABLO (*Desabrido*) Te quiero.

POLLA —¿Mucho?

PABLO —Déjame terminar mi desayuno.

POLLA —Te vas en la mañana y no te veo hasta la noche . . . Cuando no te veo tanto rato, creo que no te acuerdas de mí. (*Pausa, con alarma*) Creo que estás pensando mal de mí, nuevamente . . . Tenía que trabajar para ese hombre, Negro . . .

PABLO —Polla, hemos discutido eso mil veces.

POLLA —Pero nunca me has perdonado . . . Ese hombre puso un precio a mi trabajo . . . Al día siguiente de contratarme, me dijo: «Tu trabajo tiene un precio» y el precio era que tenía que acompañarlo a su departamento . . .

PABLO (*Rápidamente, acusatoriamente*) ¡Ninguna mujer tiene que hacerlo, si no quiere!

POLLA —¡Tenía que hacerlo, Negro! . . . Yo no quería, pero no sabía qué hacer . . . Le tenía terror . . . Cuando se es pobre hay que hacer a veces cosas que asustan . . . Uno no sabe si lo que hace está bien o está mal, porque no hay otra cosa que hacer . . .

PABLO —Una mujer decente sabe siempre hasta dónde debe llegar . . .

POLLA —Pero yo no sabía . . . ¡Te juro! . . . Soy tan tonta . . . Ese hombre me tenía atontada, mirándome todo el día . . . Para poder observarme mejor me puso en la Caja . . . A mí, que no sé contar hasta cuatro. Y cuando me llevaba a su departamento . . . (*Se cubre la cara*)

PABLO —Ya sé lo que te hacía cuando te llevaba a su departamento.

POLLA —¡Bajaba las persianas y prendía todas las luces!

PABLO —¡Ya sé, te dije!

POLLA —Pero nunca me lo has perdonado verdaderamente . . . Me sentía la más inmunda de las mujeres, Negro . . . ¡Te juro! . . . No podía

andar por las calles, porque sentía que todos me miraban como si anduviera desnuda . . .

PABLO (*Se levanta*) Tendré que irme sin terminar mi desayuno.

POLLA —Pero esa mañana, cuando entraste a la Fuente de Soda y vi tus ojos, sentí como si Dios me hubiera perdonado de repente, todos mis pecados . . . (*Pablo se mete en el baño y cierra la puerta*) . . . Negro . . . ¿Me oyes? (*No hay respuesta. Golpea suavemente*) Negro . . . (*Se sienta en la cama con ademán desamparado; habla un soliloquio como una niña que conversa con una muñeca, sin esperar respuesta, toma el oso teté y lo peina*) Eso duró años, pero ahora andas siempre amurrado . . . Ya no me quieres, porque me he puesto vieja y fea . . . No me sacas a ninguna parte . . . Tienes vergüenza de que te vean conmigo . . . Ni siquiera me hablas como antes . . . Siempre sí y no . . . ¡Sí y no! . . . ¡Sí y no! ¡Sí y no! (*Tironea el oso*) Cuando estás con Rufo hablas como loro, pero conmigo . . . sí y no . . . ¡Sí y no! . . . (*Gruñe*) ¡Mmh! . . . Mmh! . . . (*Sacude el oso, le tira los pelos de la cara; imita los movimientos de un oso grande y torpe*) Como si fuera esa cama . . . esa silla . . . ¡Mmh! ¡Mmh! . . . (*Le gruñe al oso y su naturaleza jovial y confiada, sorprendida de súbito por lo absurdo de la situación, cae en un estado de risa dolorosa. Finalmente besa al oso en la nariz. Sale Pablo del baño, poniéndose su chaquetón de cuero, sin mirar a Polla*) ¿Te vas?

PABLO (*Ablandado súbitamente por el aspecto desalentado de Polla, sentada en la cama acariciando el oso y por su voz desvalida*) . . . Polla . . . (*Se sienta junto a ella*) . . . Escúchame . . . Por favor, trata de entenderme . . . No me importa lo que hayas hecho anteriormente . . .

POLLA —Lo hice sin querer, te juro . . .

PABLO —Sí. Sí sé . . . Lo hiciste sin querer . . . Yo tampoco soy de oro puro . . . (*Breve pausa*) Ven, dame un beso . . . (*Se besan*)

POLLA (*Apretándose contra él*) Cuando me besas así, se me olvida todo . . . Tienes una manera de apretarme que me hace perder la cabeza . . . (*Pablo besa su nuca*) Oh, me vuelves loca . . . No, Pablo, no . . . Deja . . . (*Trata de tomar su cara, pero Pablo agarra sus manos; se ríen*) Oh, Negro . . . ¡Mi negro lindo! . . . Soy tan feliz cuando te veo así. Es como era antes . . .

PABLO (*Soltándola*) Soy así cuando eres como eres, ¿entiendes? . . . Lo que me vuelve loco es cuando tratas de impresionarme . . .

POLLA —¿Impresionarte?

PABLO —Sí, cuando pretendes ser algo que no eres. Antes, todo era diferente. Vivíamos juntos . . . No me pedías nada. Lo pasábamos bien . . . Me contaste desde el primer día tu asunto con ese tipo y

yo . . . ¿te pregunté alguna vez por qué lo habías hecho o qué habías hecho antes de eso?

POLLA —Me preguntaste muchas veces . . .

PABLO —Sí, pero sólo cuando tratabas de impresionarme . . . Polla, ni siquiera me importa que te hayas vendido alguna vez . . .

POLLA —Nunca lo he hecho . . . Te juro . . . ¡Nunca!

PABLO —¿Ves lo que quiero decir? . . . Tratas de impresionarme . . . Quieres engañarme . . .

POLLA —¡Nunca he hecho eso que dices! . . . Nunca ha recibido un pago de nadie!

PABLO —¿Pero te has . . . metido con otros hombres? ¡Confiésalo!

POLLA —Sólo porque creía que los quería . . .

PABLO —¿Y qué es eso sí no es venderse? Ellos te mantenían, ¿no es cierto?

POLLA —Vivía con ellos . . .

PABLO —Comías con la plata que ellos te daban.

POLLA —Tenía que comer algo . . .

PABLO —¿Ves? . . . ¿Y dormías en la pieza que ellos pagaban?

POLLA —Me llevaban a sus piezas . . . No podía dormir en la calle . . .

PABLO —¿Ves lo que quiero decir? . . . Te vendías.

POLLA —¡Nunca me han pagado un centavo!

PABLO —¿Y cuál es la diferencia, según tú?

POLLA —Que yo pensaba que los quería . . . Basta que una persona me sonría para que la quiera . . . Ando queriendo a todo el mundo.

PABLO —Eso no importa . . . Es lo que uno haga con su vida lo que importa. Para mí, tú te has vendido y eso basta.

POLLA —No me he vendido . . .

PABLO (*Molesto al fin con violencia*) ¿No? . . . ¿Y esa bata que te pones? ¿A qué corresponde?

POLLA —¿Mi bata? . . . ¿Por qué?

PABLO —¿Y tu pelo? ¡Mira tu pelo! . . . Duele la vista mirarlo . . . ¿Qué color tiene? . . . ¿Rojo? . . . ¿Amarillo? . . . ¿Verde? . . . (*Se levanta*) Y los vestidos que te pones. ¿A qué corresponden? Se ve todo.

POLLA —¿No te gustan?

PABLO —¡No, no me gustan! . . . ¿No me vas a decir que no te los pones para provocar a los hombres?

POLLA —Nadie me ha enseñado a vestirme, Negro. No tuve madre que me enseñara . . . Las monjitas nos hacían andar con delantales . . .

PABLO —¿Y dónde has aprendido tan rápido esa manera de vestir si no es en tu trato con tus amigas? . . .

POLLA —Cómprame tú la ropa que quieras, Negro . . . Me la pondré feliz.

PABLO —No tengo tiempo para eso . . .

POLLA —Nadie ha tenido tiempo . . . Aprendí a vestirme sola . . .

PABLO (*Se encamina hacia la puerta*) Está bien . . . Siempre encontrarás una salida, pero a mí no me quitas lo que pienso . . .

POLLA (*Desesperada*) Estás así desde que espero al niño . . .

PABLO —¡Tenlo! No te digo que no . . . ¡Tenlo, pero no cuentes conmigo!

POLLA —¿Me dejarás por otra mujer? (*Toma el paquete del sombrero y lo oculta tras sus espaldas*)

PABLO —¡Dame eso!

POLLA —¡No vayas donde esa señora, Negro! (*Sale Paulina al patio a tender unos lienzos*)

PABLO —¡Dame ese sombrero, te dicen!

POLLA —Te va a engatusar . . . ¡No vayas! . . . Esas mujeres saben cómo engatusar a los hombres.

PABLO —¿Qué estás hablando? ¿Te has vuelto loca? Dame ese paquete.

POLLA —¡No te va a cuidar como yo te cuido!

PABLO (*Se inclina sobre ella*) ¡Dámelo, te digo!

POLLA —¡Cuando te pongas viejo, no te cuidará como yo lo haré!

PABLO —¡Dámelo! ¡Dame! (*Le arranca el bolso, que se halla en las manos de Polla. Se queda con un puñado de plumas entre los dedos*) ¡Mira, mira, estúpida, lo que has hecho! . . . ¿Crees que te voy a respetar más por esto? . . . (*Le tira su parte del sombrero*) ¡Toma, ahí tienes el resto! ¡Póntelo y sale a hacer el mamarracho! (*Sale por el patio*)

POLLA (*Suavemente, con voz baja, como para no provocar más su violencia*) No te cuidará, Negro . . . Yo, en cambio, estaré siempre contigo, en la buena o en la mala. (*Ha salido hasta el patio sin percibirlo; recién nota la presencia de Aníbal C. y Paulina; a Aníbal C.*) Me va a llevar a «Las Golondrinas», esta noche . . . Vamos a bailar . . . para celebrar al niño . . . (*Mirando a Paulina*) No es cierto . . .

PAULINA (*Va y la abraza*) Niña . . .

POLLA —Soy tan tonta . . . Nada me sale bien.

PAULINA (*Se la lleva a la pieza*) Cálmate, Niña . . . No es que seas tonta, estás enamorada . . .

POLLA —Sí, ¡lo quiero tanto! . . . ¿Qué puedo hacer?

PAULINA —Quererlo más, niña . . . Es el único recurso que nos queda a las mujeres . . . Querer hasta el dolor . . .

POLLA —Es tan solo, Paulinita . . . Lo siento aquí. (*Se toca el corazón*) No sé cómo consolarlo . . . ¿Qué es lo que lo entristece?

PAULINA —Tal vez sea sólo preocupaciones del trabajo . . .

POLLA —No, soy yo . . . (*Se sienta en la cama*) Es algo en mí que lo trastorna. (*Saca una fotografía del velador*) Mire . . . Ésa soy yo y ése es él . . . Es en la terraza del San Cristóbal . . . Esos zapatos me los regaló él . . . Siempre me regalaba algo . . . ¿Encuentra muy horrible mi pelo, Paulinita?

PAULINA —No, niña, ¿por qué?

POLLA —Pablo dice que duele la vista mirarlo . . . (*Un gesto vago huidizo, persiguiendo una imagen fugaz de felicidad*) ¡Oh, Dios mío! Eso que les dije el otro día, que me había convidado a salir . . . no es cierto . . .

PAULINA —Lo sé, niña . . .

POLLA —A usted se lo puedo contar, Paulinita . . . Siempre tan callada, pero parece comprenderlo todo . . .

PAULINA —Sólo te comprendo a ti, porque también he sufrido . . . También quise a alguien hace tiempo . . . pero pensé que ese amor era mezquino . . . que había uno más importante, que exigía mi entrega . . . el amor a Dios.

POLLA —¿Sí? ¿Y qué pasó? ¿Dejó el primero?

PAULINA —Sí, lo dejé . . . En la puerta de una iglesia, vestida de blanco, llevando un cirio encendido en una mano. Era una hermosa mañana de otoño . . . Los árboles brillaban con la lluvia reciente . . . el aire parecía estar lleno de campanas y palomas . . . Y había tanta, tanta confusión en mi alma . . .

POLLA —¿Y qué pasó con el otro? ¿Lo dejó también?

PAULINA —¿Cuál otro, niña?

POLLA —El segundo . . . El amor más importante . . .

PAULINA —No, niña, ése es un amor que no se deja . . . Está en todas partes, no sólo en las iglesias. Su amor consuela mis días y los tuyos y los de todo el mundo. Sin embargo paso siempre como en una constante espera . . .

POLLA —¿A que regrese algún día?

PAULINA —A mi edad nadie regresa de ninguna parte . . . Sólo se vive de recuerdos. (*Le aferra un brazo*) Es por eso que debes querer, niña . . . No pensar en nada; ¡sólo en querer! . . . ¡Ten tu hijo, Polla! . . . ¡Cuídalo! . . . Tócalo todos los días y dale las gracias al Señor por el regalo que te manda, porque los niños son como la vida de una que renace . . .

POLLA —¡Oh, Paulinita! ¡Las cosas lindas que dice! No entiendo nada, pero me gustan tanto . . . Nunca dice esas cosas cuando está la otra señorita . . . Está siempre tan calladita . . . Cuando tenga ganas de hablar, me viene a ver, ¿quiere? . . . ¡Podría oírla toda mi vida!

PAULINA —Vendré, niña . . . Pero tendrás que contarme de ti . . . ¿Tus padres viven?

POLLA —Mi mamá murió . . . Mi padre era violinista de una orquesta de café. Dejó a mi mamá cuando yo era niña . . . Se fue con otra.

PAULINA —¿Te criaste sola, entonces?

POLLA —Me cuidó una tía. Ella me puso donde las monjitas . . . ¿Por qué será que tiene que haber siempre otra mujer?

PAULINA —No siempre hay, niña . . .

POLLA —¡Siempre! Sobre todo cuando el hombre anda afuera todo el día. Antes, Pablo, me llevaba en el bus . . . Me sentaba adelante, junto a él . . . Me encantaba mirar como manejaba con sus manazas grandes . . . ¡Hoy, no me quiere llevar! (*Se levanta, se retuerce las manos*) Paulinita, tengo que contarle un secreto . . . No se lo cuente a nadie, ¿quiere?

PAULINA —¿Qué secreto, niña?

POLLA —Por la Virgen de Lourdes que me mira (*La indica*) que lo he hecho sin maldad.

PAULINA —¿Qué cosa, Polla?

POLLA —¡Le he mentido a Pablo con lo del niño! ¡Tengo clavada esa mentira, aquí, en el pecho!

PAULINA —¿Qué mentira, niña?

POLLA —Le he dicho que si pierdo el niño, me muero . . .

PAULINA —Y eso . . . ¿no es verdad?

POLLA —No, por Dios. (*Se tapa la cara con las manos*)

PAULINA —¿Qué te dijo el doctor?

POLLA —Que si volvía a perder, no podría tener más hijos . . . He estado por decírselo a Ud. tantas veces, pero no me atrevía . . . ¿qué va a pensar Ud. ahora de mí?

PAULINA —¿Qué puedo pensar de ti? Sólo lo mejor . . . Pero, dime, ¿por qué le ocultas la verdad a él?

POLLA (*Pausa*) Porque quiero tener un hijo . . . y él no quiere. Siempre quise tenerlo, pero no me atrevía por miedo a perder a Pablo . . . Ahora sé que los hombres siempre dejan a las mujeres como yo . . .

PAULINA —No, niña, no digas eso . . .

POLLA (*Afligida*) Sí, las dejan . . . Las tienen para comprarles ropa, las visten, las pintan . . . Las tienen para llevárselas a sus piezas y cuando ya no les queda cuerpo que vestir, ni cara que pintar, las dejan, las botan. (*Cae sobre sí misma*)

PAULINA —Cálmate, niña . . . Todas tenemos que llevar nuestra cruz . . .

POLLA —¡Pero eso no, Paulinita! Antes prefiero morir . . . Ud. se acuerda de la China, ¿no es cierto?

PAULINA —¿Tu amiga que te viene a ver?

POLLA —Sí . . . Está vieja y enferma . . . una ruina que se va a morir cualquier noche, botada en cualquier calle . . . ¡No quiero llegar a eso! (*Pausa*) Por eso cierro los ojos esperando el día que nazca el niño. En cuanto lo vea, Pablo, comprenderá que sirvo para algo . . . Me respetará y querrá al niño . . . ¿No cree, Paulinita?

PAULINA —Estoy segura que sí, niña . . .

POLLA —Y cómo sabe . . . ¿cómo sabe, si un día, hasta quiera casarse conmigo? ¿No cree? (*Recién acaba de pasar Ana por el patio, viene desde la calle portando una malla en que trae legumbres y un paquete. Se oyen unos gritos desde el interior de la casa llamando a Paulina*)

ANA —¡Paulina! . . . ¡Paula! (*Sale al patio; a Aníbal C.*) ¿No ha visto a la Paula? (*Aníbal C. indica hacia la pieza de Polla*) ¿Qué? ¿Qué hace ella ahí? (*Aníbal C. se encoge de hombros*) ¿Está con esa mujer?

ANÍBAL C. —Así parece . . . Tuvo un altercado con el hombre . . . La debe estar consolando . . .

ANA —¡Esa mujerzuela! . . . ¡Va a terminar enredando a esa inocente en su vida viciosa! . . . (*Se dirige con decisión hacia la pieza de Polla, pero se arrepiente y se acerca en puntillas a la puerta y escucha; está en eso cuando se oyen en la calle unos frenos de auto y entra al patio Víctor. Viste afectadamente con gran precisión de los detalles, bordea los veintiocho años. Trae una maleta y abrigo doblado sobre el brazo. Observa a Ana con divertida curiosidad*)

VÍCTOR —¡Tía! . . . (*Se ríe*) ¿Qué está haciendo?

ANA (*Se vuelve sorprendida*) ¡Ah, eres tú! (*Irritada*) ¿Por qué no anuncias tu llegada para otra vez?

VÍCTOR —Le escribí que llegaba hoy día . . .

ANA —Esperaba que llegaras en el tren de la tarde . . . ¡Pero, ven, dame un beso! (*Víctor hace lo que le piden*) No se puede llegar y entrar así a una casa, niño . . . ¿A qué hueles? (*Lo retiene abrazada; lo mira y le habla con coquetería pura y llena de sugerencias de afecto*)

VÍCTOR —Es la colonia que me regaló para mi día . . .

ANA —¡Zalamero! . . . ¡No la usas nunca! . . . Sólo te la has puesto porque vienes a verme. (*Lo sacude, lo estrecha*) Pareces una mata de jazmín . . .

VÍCTOR —¿No le gusta?

ANA —Sabes que me gusta todo lo que te pones . . .

VÍCTOR —¡Ah! . . . ¡Ah! . . . ¿Y qué esuchaba? (*Se la lleva por el patio hacia la casa*) ¿Quién vive ahí?

ANA —Hijo, sabes que es la única manera de enterarse de ciertas cosas . . .

VÍCTOR —No me dé explicaciones. Pensé que estaría en la estación esperándome, como una novia, con un ramo de flores . . .

ANA —Pensaba hacerlo, niño, pero . . . te esperaba para la tarde . . . Por otra parte, tú sabes que no me gusta recibirte con las manos vacías . . . Salí a comprarte esta pequeñez. (*Saca el paquete de su bolso*)

VÍCTOR (*Exagerando la sorpresa*) ¡Pero, tía! . . . ¿Para qué fue a hacer esto? . . . ¿Qué es? . . .

ANA —Una pequeñez, niño . . . Espero que te guste . . .

VÍCTOR —¿Un traje de baño? (*Abre el paquete, saca el pantalón de baño*) ¡Oh, tía, justo lo que necesitaba! (*Le besa la frente*) ¡Es Ud. un ángel! . . . ¡Gracias!

ANA —Tu pantalón de baño del año pasado estaba muy mal . . . Por eso pensé: Ese niño, con la facha regia que tiene, se merece lo mejor . . .

VÍCTOR —Pero tía . . .

ANA —Es cierto. Claro que tú no lo sabes porque eres un niño . . . Mejor te ves en verano cuando se te tuesta el cuerpo con el sol . . . Debes lucir tu cuerpo, niño . . . Podré acompañarte este verano a la piscina, ¿no es verdad?

VÍCTOR —Y por qué no, tía . . .

ANA —Que todas las muchachas se mueran de envidia por mí.

VÍCTOR —¡Ha! ¡Ha!

ANA (*Con resentimiento coqueto*) ¿Te ríes, eh? ¿Quién va a tener envidia de una vieja como yo, eh? ¡Te sorprenderías si me vieras como era hace veinte años, niño! . . . Brillaba en los salones . . . Ninguna de esas niñas de ahora, de rostros cuadrados y cuerpos de espantapájaros, sospecha siquiera lo que era una belleza de esos años . . . Una mujer era el centro del mundo en esos días, niño. (*Bocina insistente de auto en la calle*)

VÍCTOR —¡Ay, tía! Me está esperando afuera. Me quedé sin sencillo para pagar el taxi . . . Me presta unos mil pesos . . .

ANA (*Le pasa un billete de diez mil*) Toma . . .

VÍCTOR —Sólo le pedí mil, tía . . .

ANA —Guárdate el vuelto . . .

VÍCTOR (*Saliendo a la calle*) Gracias . . .

ANA (*A Aníbal C.*) Es mi sobrino Víctor . . . Un muchacho excelente; muy aprovechado en sus estudios . . .

ANÍBAL C. (*Por cortesía*) ¿Qué estudia?

ANA —Arquitectura. Todo financiado por mí . . . No tengo empacho en decirlo porque es todo mi orgullo . . . Ojalá tuviera cómo darle más . . . El pobre se queja tanto de la falta de medios . . .

ANÍBAL C. —A todos nos aprieta el zapato en la misma parte . . .

ANA —Pero ese muchacho sabe cómo agenciarse las cosas . . . Está empeñado en no sé qué gran proyecto de construcción . . . Grandes edificios, de metal . . . De cobre, creo . . . Ud. debería oírle explayarse en sus ideas . . .

ANÍBAL C. —Sí . . . Admiro a los hombres de grandes ideas, porque nos hacen sentirnos protegidos a los pobres diablos que no las tenemos . . .

VÍCTOR (*Volviendo de la calle*) Rico tipo el fulano del taxi . . . Me venía contando que tiene en su casa un criadero de catas australianas para no oír los chillidos de su mujer . . . (*Se ríe*) Vamos adentro, tía . . .

ANA (*Yendo con él*) También tenemos una cata en esta casa . . .

VÍCTOR —¿Sí? ¿Dónde?

ANA —En esa pieza . . . la Paula está con ella . . .

VÍCTOR —¿Ah, sí? . . . ¿Y cómo es la cata esa?

ANA —De lo peor, niño . . . Vive con un hombre que la sacó de algún prostíbulo o algo así . . . Se pasea por la casa con sus ropas chillonas y su pelo teñido . . . Lo peor de todo, niño, es que está engatusando a la Paula con sus melindres hipócritas . . .

VÍCTOR —¿A la Paula?

ANA (*Le toma un brazo*) Tú sabes que he estado veinte años junto a ella. Cuidándola . . . Atendiéndola como una enfermera . . . Alguna gratitud podré esperar, ¿no crees?

VÍCTOR —Cómo no, tía . . . ¿Pero, en qué forma ha sido ingrata con Ud.?

ANA —Me abandona por esa mujer, niño . . .

VÍCTOR —¿No está exagerando?

ANA —Están juntas lo menos dos horas al día y tú sabes lo débil que es la Paula . . .

VÍCTOR —Pero veinte años, tía . . . No se olvida eso tan fácilmente . . .

ANA —Hijo . . . Tú comprendes que lo hago por ti, ¿no es cierto? . . . Por ti, no por mí . . .

VÍCTOR —¿Qué cosa?

ANA —Cuidarla . . .

VÍCTOR —Pero, tía . . .

ANA —¿Qué? . . . ¿Qué hay de feo en que lo diga?. . . Sólo espero que me devuelva lo que le he dado en cuidados y atenciones . . . Me lo he ganado . . . ¡Para ti, hijo! . . . Para que realices tus planes . . . Yo misma no he llegado a nada, pero tú . . . Tienes la vida por delante . . . (*Ante un gesto de Víctor*) . . . Por último, en la vida, es eso lo que importa . . . (*Lo toma de un brazo*) Es por eso, hijo, que ahora tienes que ayudarme . . . Acércate a esa mujer . . . Conócela

y sonsácale los proyectos que tiene, ¿eh? . . . Como que no quiere la cosa, ¿eh? . . . Quiero saber si tiene los ojos puestos en la plata de Paulina, mmh . . . En su herencia, ¿mmh?

VÍCTOR —Yo creo que Ud. se está preocupando demasiado.

ANA —Esa gitana trama algo . . . te digo . . .

VÍCTOR —La Paula no puede ignorar sus sacrificios . . .

ANA —Los está ignorando . . . Tiene actitudes conmigo que no tenía antes . . .

VÍCTOR —¿Ah, sí? ¿Cómo qué?

ANA —No me dice dónde va, cuando sale . . .

VÍCTOR —¿Y cómo es la cata esa? . . . (*Mira la pieza de Polla*) ¿Es joven?

ANA —Mucho más vieja de lo que aparenta . . . Un poco menos que mi edad . . . ¿Lo harás, hijo? . . . (*Se van hacia la casa*)

VÍCTOR —Trataré . . .

ANA (*Lo estrecha*) Ahora, cuéntame . . . ¿Cómo van tus edificios de cobre, niño?

VÍCTOR —No hago más que soñar con ellos, tía . . .

ANA —¡Qué bueno! . . . ¿Qué has soñado, cuéntame? . . . (*Desaparecen dentro de la casa. Polla, en tanto, se ha estado desplazando continuamente entre la cocina y el cuarto, sirviendo a Paulina una tacita de té; galletas, etc. Paulina ha tomado la fotografía del velador y la observa. Polla se sienta junto a ella con su taza servida*)

POLLA —Es la mamá de Pablo . . . Bonita, ¿no es cierto?

PAULINA —Muy hermosa . . .

POLLA —¡Es tan señora!

PAULINA —Sí. . . Pero se parece poco a tu marido . . .

POLLA (*Sonriendo*) Lo mismo le digo yo, pero Pablo se enoja . . . La quiere mucho . . . La va a ver casi todos los días . . . Está enfermita, la pobre . . .

PAULINA —¿Ah, sí? . . . ¿Qué tiene?

POLLA —Está paralítica, la pobre . . .

PAULINA —¡Qué pena! . . . ¿Eres . . . amiga de ella? ¿Te quiere?

POLLA (*Baja la vista*) No me conoce . . .

PAULINA —¿No te conoce? ¿Después de tantos años?

POLLA —Pablo no me lleva a verla . . . Nunca ha querido ni poner siquiera una fotografía mía junto a la de ella . . . Pero yo la quiero. Cuando estoy afligida, la consulto y ella me contesta . . . Creo que cuando me conozca, me querrá . . . (*Se levanta de un salto*) ¡Ay, casi se me olvida de nuevo! (*Va hacia el armario y lo abre; remueve*

nerviosamente en los cajones; saca finalmente una medalla; va y se la pone a Paulina alrededor del cuello)

PAULINA —Niña . . . ¿qué haces?

POLLA —La tenía junto a la plata para que no se me olvidara. Es Santa Gemita . . . Me la dejo mi mamá. Ahora quiero que la lleve Ud.

PAULINA —Pero, niña . . .

POLLA —Sí, para que no se olvide de la Polla . . . Si mi mamá viviera sería igual a Ud. . . . Menudita . . . Blanquita de canas . . . (*Le da un beso en la mejilla*)

PAULINA —Gracias, niña . . . No sé qué decirte . . .

POLLA (*Va al armario*) Y aquí está la plata de este mes . . . Dos mil . . . ¿Cuánto tengo con esto?

PAULINA —No recuerdo, niña . . . Tendría que ver . . .

POLLA —¿Unos veinte mil?

PAULINA —Más o menos . . . Lo tengo anotado . . .

POLLA —Un poco más y podré comprar ese sillón para Pablo. Cuando vuelva a casa, se sentará en él a leer el diario. ¿Qué cree que va a decir cuando vea el mueble?

PAULINA —Le gustará, niña.

POLLA —. . . Una vez se lo oí a un curita . . . Dijo que las mujeres debíamos velar por que la casa del hombre fuera un hogar . . . Que era la única manera de retenerlos . . . Lo nuestro, no es un hogar, ¿no es cierto?

PAULINA —Lo será cuando tengan casa propia . . .

POLLA —Todo está siempre . . . patas arriba . . . No sé cómo hacerlo . . . Se me cae todo . . . Todo se me revuelve . . . Después de su silla, le comprará una radio . . . Y después un servicio de loza . . . Ud. me seguirá guardando la plata, ¿no es cierto?

PAULINA —Sí, niña . . .

POLLA —Porque si la guardo yo, la gasto en trapos . . . Nunca sé qué hacer . . . Si arreglarme para parecerle bien al Pablo o gastar en cosas para la casa . . . (*Desde la casa han comenzado a surgir los gritos de Ana llamando a Paulina, sale al patio*)

ANA —¡Paula! . . . ¡Paula! . . . ¿Hasta cuándo vas a estar encerrada ahí? (*Se produce revuelo en la pieza de Polla*)

PAULINA —Tendré que irme, niña . . .

ANA —¡Acaba de llegar mi sobrino, Paula! . . . ¿No vas a venir a saludarlo?

PAULINA —¡Voy, Anita! . . . (*A Polla*) Gracias por la medallita, niña . . . Te veré más rato . . . (*Toma las manos de Polla*) Y cuéntame tus penas . . . Me gusta sentir que . . . me necesitas, niña . . . Me siento siempre muy sola . . .

POLLA —Bueno, Paulinita . . .

ANA —¿No vas a venir, Paula? ¡El niño tiene que salir! ¡No te va a esperar toda la mañana!

PAULINA —Voy . . . (*Sale al patio y se aleja hacia la casa seguida de Ana*)

ANA —¿Qué mentiras te estaba contando, esa gitana? (*Desaparecen. Polla gira sobre sí misma en la pieza. Está feliz por una razón que no comprende. Cualquier cosa nimia la vuelve feliz. Abraza la fotografía de la madre y el oso teté mientras gira bailando sobre sí misma, cuando Palo y Rufo entran al patio*)

RUFO (*Agitado, irritado*) ¡Te digo que eso no se puede hacer! . . . ¡Nada bueno saldrá de eso!

PABLO (*Se encamina hacia la pieza*) Espérame en el taller . . . Tengo que recoger unas herramientas que me pidió el jefe . . . (*Rufo va hacia el taller*)

POLLA (*Sorprendida de verlo llegar*) ¿Negro? . . . ¿Qué te pasa?

PABLO —¿Dónde está el sombrero que rompiste?

POLLA (*Se lo pasa*) Aquí está, Negro . . .

PABLO —Se lo tengo que mostrar al inspector para que no crea que me lo he robado . . . La dueña vino esta mañana a reclamarlo . . .

POLLA —¿Te harán pagarlo?

PABLO —Anda, hazme al almuerzo . . . No vendré a almorzar hoy día . . .

POLLA —Bueno, Negro . . . (*Desaparece en la cocina. Pablo va hacia el taller*)

RUFO (*Mientras Pablo recoge las herramientas*) No puedes hacer eso, Pablo . . . No se le hace una cosa así a una mujer . . . Encajarle un tipo para ver si te falta . . .

PABLO (*Torvo*) No aguanto que se venga a reír de mí . . .

RUFO —¿Todo porque te rompió ese sombrero?

PABLO —No seas imbécil . . . ¿Cómo va a ser por eso? . . . Tengo que demostrarle que es una cualquiera . . . Que ante un par de pantalones pierde la cabeza . . . A mí no me engaña ninguna mujer . . .

RUFO —Tú estás enfermo . . . Tú sabes que eso no es cierto . . .

PABLO —Está bien, estoy enfermo . . . tampoco te estoy pidiendo permiso a ti para hacerlo . . .

RUFO —¿Y qué vas a ganar haciendo eso? ¿Has pensado en eso? . . . ¿La vas a dejar si llegas a pillarla en falta? . . . No, no puedes, tú mismo me lo has dicho . . . Lleva un hijo tuyo . . .

PABLO —Sé lo que hago, te digo . . .

RUFO —Pero piensa, hombre . . . ¿Qué va a pasar si te es fiel? ¿Vas a ser capaz de mirarle a la cara?. . .

PABLO —Me las jugará . . .

RUFO —No creo que estés tan chiflado de hacerle una cosa así, sólo para demostrarle que es una cualquiera . . . Tú no crees en nadie . . . No se puede pasar la vida dudando de todo . . . (*Pablo lo toma de la camisa*)

PABLO (*Lo suelta*) Tengo que saber, Rufo . . . Tengo que saber . . .

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Son la cuatro de la tarde del mismo día. El afiche de Aníbal Crespo está aún en el patio. Polla ha sacado una silla y se seca el pelo recién lavado. Tiene puesta su bata de raso verde. Ha puesto la radio en la pieza. Surge una suave melodía sentimental. Después de breve lapso, surge Víctor desde la casa. Se ha puesto una camisa deportiva. Ve a Polla y titubea cómo abordarla. Finalmente saca una silla de reposo de la casa y la sitúa lo más cerca posible de ella.

VÍCTOR (*Después de un rato; con intención*) Buenas tardes . . . ¿Secándose el pelo? . . . (*Polla cambia de posición; le vuelve a medias la espalda*) . . . Se demora en secarse, ¿no? Con este aire de la ciudad tan lleno de hollín . . . (*Silencio de Polla*) No le molesta que me siente aquí, ¿no es cierto? (*Hace ademán de levantarse; Polla no responde; vuelve a sentarse*) El sol de la playa seca y pone rubio . . . Es por el yodo que hay en el agua de mar . . . Vivo en Valparaíso . . . Hay mucho mar en Valparaíso . . . Mucho sol . . . Se llena de gente que va a la playa en verano . . . ¿Quiere que me vaya . . .?

POLLA —No acostumbro hablar con gente que no conozco.

VÍCTOR —¡Oh! (*Pausa*) Podría ir donde mi tía a decirle que nos presente. Voy donde mi tía entonces . . . ¿Sabe lo que va a hacer? . . . Le dirá: Éste es mi sobrino Víctor . . . la señorita . . . ¿La señorita?

POLLA —Señora . . .

VÍCTOR —¡Oh! perdone . . . ¿La señora? . . . (*Silencio de Polla*) ¿No le parece que si fuera donde mi tía, vendría a ser lo mismo que si habláramos así no más?

POLLA —No sería lo mismo, Ud. no pensaría lo mismo de mí . . .

VÍCTOR (*Alentado*) Por ahora lo único que pienso es que Ud. debe tener muy bonitos ojos, ya que los esconde tanto . . . ¿Los tiene color verde . . . como su bata, supongo?

POLLA —Castaños . . .

VÍCTOR —Y yo le apuesto que los tiene verdes . . .

POLLA —Castaños . . .

VÍCTOR —Verdes . . . Su marido le diría que son castaños, porque no se los ha mirado bien . . .

POLLA (*Siempre sin mirarlo*) ¿Cómo lo sabe, si no me los ha visto?

VÍCTOR —Tengo un instinto para eso . . . Además, cuando se casan las mujeres cambian el color de los ojos . . . como los camaleones.

POLLA —¿Camaleones?

VÍCTOR —Claro, camaleones . . . Toman el color verde . . . Verde esperanza . . . La esperanza de ser amada siempre, intensamente . . .

POLLA —No todas las mujeres casadas tienen los ojos verdes.

VÍCTOR —Será porque no todas son amadas siempre . . . intensamente . . .

POLLA —Mi esposo me ama . . . (*El «ama» de Polla tiene casi un sentido épico; encierra todo un mundo de poesía y majestad*)

VÍCTOR (*Dueño ya de la situación*) No le digo que no, pero . . . ¿Cómo lo sabe? . . . No conviene estar tan segura.

POLLA (*A estas alturas su insistencia en darle siempre las espaldas comienza a parecer ridícula; es rígida y antinatural; con temor en la voz*) Estoy segura . . . El me «ama».

VÍCTOR —¿Cómo puede estar tan segura? ¿Que está con usted, acaso en este momento? ¿Lo está viendo?

POLLA —Ud. sabe que no.

VÍCTOR —Podría estar con otra, ¿no cree?

POLLA —Le dije que no hablo con extraños . . . (*Se vuelve aun más de él*)

VÍCTOR (*Insistiendo*) ¿Dónde está? ¿Trabajando?

POLLA —Es chofer de bus . . .

VÍCTOR —¡Oh! chofer de bus, ¿eh? . . . Se ve a una serie de gente en ese oficio . . . Mujeres sobre todo . . . (*Polla se revuelve en su silla*) Yo pienso en forma diferente . . . Creo que la felicidad es un derecho de todo el mundo . . . Aun de las esposas engañadas . . . Hablar con un extraño las hace olvidar sus penas . . .

POLLA (*Lo mira por primera vez*) No tengo penas . . . Mi esposo es un hombre serio . . . No se mete con nadie.

VÍCTOR —¿Ve? ¿Ve que tiene los ojos verdes? . . . ¿Como los del camaleón?

POLLA (*Incierta*) Ud. se ríe de mí . . . ¿Qué es eso que me dice, señor . . . un insulto?

VÍCTOR —¿Qué cosa?

POLLA —¿Eso del . . . camaleón?

VÍCTOR —¿Insulto? . . . ¡Oh! (*Se ríe*) ¿Qué no conoce el animalito ése? (*Polla sacude la cabeza*) Es un animalito que vive en el trópico . . . Tiene una lengua muy larga con la que caza sus presas a distancia . . . Moscas . . . Insectos . . . Bichitos inocentes . . . Los enrolla así. (*Hace el gesto con las manos*) Como Ana, ¿eh? . . . Enrolla a sus víctimas con la lengua . . . ¿eh?

POLLA —¿Por qué dice eso?

VÍCTOR —¿No piensa Ud. que tiene la lengua larga?

POLLA (*Inocente*) No se la he visto.

VÍCTOR —¿No pela su poco? . . . ¿Pone mal a la gente? ¿No le ha pasado?

POLLA (*Confusa, desagradada*) Ud. se está riendo de mí. No le entiendo nada. (*Se vuelve nuevamente*) Mi esposo va a llegar luego.

VÍCTOR —No se haga la mosca muerta, preciosura . . . Conmigo puede ser franca . . . ¿Sabe lo que me contó la histérica de mi tía esta mañana? Que Ud. le pedía plata prestada a la Paula . . . Que la Paula no le quería recibir de vuelta, ¿es cierto?

POLLA —¡Nunca le he pedido nada!

VÍCTOR —No le haga caso a mi tía. Tiene la lengua larga, ya se lo dije . . . ¿Quiere un cigarrillo?

POLLA (*Molesta*) No, gracias . . . Pablo no quiere que fume.

VÍCTOR —¿Pablo? . . . ¿Su marido? (*Polla asiente un poco orgullosa*) Es raro . . . A los maridos, generalmente, les gusta que fumen sus mujeres, porque en ellas es elegante . . . Sólo se lo prohíben a sus queridas . . . Fumar es un vicio sólo en los que parecen viciosos . . . ¿No quiere uno?

POLLA —¡Deme!

VÍCTOR —Son rubios . . . ¿Le importa? (*Le pasa el paquete*)

POLLA —Me da lo mismo . . .

VÍCTOR —Siempre fumo rubios. Son más aromáticos . . . El humo de un cigarrillo aromático envuelve a dos personas como una sábana caliente. No, ¡ése no! . . . ¡Fume éste! . . . (*Se lo enciende; Polla aspira con afectado donaire y se atora; tose, vuelve a aspirar y, de pronto, el cigarrillo explota en su boca con gran chasquido*) ¡Uhu! ¡Uhuu! ¡Ha! ¡Ha! (*Víctor no puede contener la risa*)

POLLA (*Confusa, asustada, incierta; ríe y tose*) ¡Ay! ¡Estúpido! ¿Por qué lo ha hecho?

VÍCTOR —¡Uhu! ¡Huu! . . . ¡La cara que puso! . . . ¡Ha! ¡ha! ¡La cara que pone la gente! . . . Es para hacerse de la risa . . . ¡Uhu! ¡uhu!

POLLA —Ud. se ríe de todo el mundo. (*Asustada, ofendida*)

VÍCTOR —¿Sabe lo que haré después? ¡Le pasaré un cigarrillo a mi tía! ¡Ha! ¡Ha! . . . No fuma, pero si yo se lo pido, lo hará . . . ¡Cómo va a correr! (*Carcajadas*)

POLLA —¡Qué manera de tratarla! . . . A ella que parece quererlo tanto . . .

VÍCTOR —Claro, cómo no me va a querer, cuando soy la viva imagen de mi padre . . . Estaba enamorada de él, pero liquidó el asunto cuando él le hizo una proposición deshonorable . . . Después se quedó para vestir santos . . .

POLLA —¡Qué manera de hablar de ella!

VÍCTOR —¿Por qué?

POLLA —Es su tía . . .

VÍCTOR —¡Qué tía ni que ocho cuartos! . . . Es tan parienta mía como Ud. . . . Me quiere porque le recuerdo algo y yo dejo que me regalonee. El año pasado me regaló un jockey. Imagínese . . . ¡Un jockey como los que usaba mi padre! . . . ¡Lo tiré a un canal! . . . (*En ese momento entra Aníbal Crespo desde la calle. Trae un rollo de cartulina, que deja junto al afiche. Va a su pieza y luego vuelve a salir*)

POLLA (*Molesta del giro de la conversación, la posee un súbito terror*) Me tengo que entrar . . .

VÍCTOR —¡Espere!

POLLA —Mi esposo es muy celoso . . . no quiero que nos vea juntos . . .

VÍCTOR —¿Y cuándo nos volveremos a encontrar? . . .

POLLA —Mejor que no me hable más . . .

VÍCTOR —¡Espere! . . . ¿Está bromeando? . . . (*La toma de un brazo*) ¿Cuándo nos vemos de nuevo, te digo? Mañana . . . Te sales a secar el pelo de nuevo, ¿eh? . . . Tu hombre no vuelve hasta la noche . . .

POLLA —¿Por qué me tutea?

VÍCTOR (*Se ríe*) ¿Crees que me tragué todas tus leseras? . . . Vivo ahí, en el segundo piso, en la pieza de la esquina . . .

POLLA (*Ultrajada*) ¿Por qué me tutea? . . . ¿Qué se cree que soy?

VÍCTOR —No hagas teatro conmigo . . .

POLLA —¡Soy una mujer . . . casada!

VÍCTOR (*Realmente sorprendido; casi divertido*) ¿Y por qué te pones entonces, esa ropa? ¿Esa bata? ¿Esos zapatos? . . . (*Ante el gesto de horror*) Ah, eres de las arrepentidas, ¿eh? . . . Te cansaste de practicar gimnasia, ¿eh? . . . (*Polla no resiste más y sale corriendo*

hacia la pieza. En ese momento regresa Aníbal Crespo hacia el atril. Se ha puesto cotona. Trae su estuche de pinturas)

VÍCTOR (*Consternado aún; levanta los brazos, acercándose a Aníbal Crespo*) ¡Bueno! . . . ¿Qué me dice? . . . ¡Esa pollona!

ANÍBAL C. (*Fríamente*) ¿Cómo dice, señor?

VÍCTOR —Esa pollona . . . ¡Hay cada loca! . . . (*Ante el frío silencio de Aníbal, que obviamente lo rechaza*) ¿Qué hace? ¿Pinta?

ANÍBAL C. —Así parece, ¿no?

VÍCTOR (*Picado*) Es que no veo bien . . . (*Se acerca al cuadro*) ¡Ah! . . . Un auto de carrera . . . (*Lee*) «La loca carrera hacia la muerte de los precios» . . . ¿Muerte de los precios? . . . ¿Idea suya? . . .

ANÍBAL C. —Mía.

VÍCTOR —Cosas curiosas las ideas, ¿no? ¿Qué quiere decir?

ANÍBAL C. —Esto lo entiende hasta un niño.

VÍCTOR —Significa que ese auto corre contra los precios . . . ¿o en favor de los precios? . . . ¿o va a pasar encima de los precios, o qué? . . . Porque mirándolo bien, parece que va a pasar de largo, pero si se mira mejor, parece que va a chocar; que va a haber una reventazón . . . ¿Es eso lo que quiere decir . . .?

ANÍBAL C. (*Con paciencia*) Ésa es la idea.

VÍCTOR —Tendrá que explicarlo mejor, entonces . . . Pinte, por ejemplo, unos pollos que salen volando . . . Plumas que vuelan . . .

ANÍBAL C. (*Mirándolo por primera vez*) ¿Y a Ud. joven . . . le interesa que se entienda?

VÍCTOR (*Siguiendo la chanza*) A mí no, pero al público, a la gente que paga por eso, me parece que sí . . .

ANÍBAL C. —La gente que contrata mis servicios quiere algo vistoso; algo que atraiga la atención del público . . . lo que diga, les importa bien poco . . . No creen en ello de ninguna manera . . .

VÍCTOR —¿Y por qué lo hace, entonces? (*Con cara inocente*)

ANÍBAL C. —¿Y por qué vive Ud. joven, se le puede preguntar?

VÍCTOR —¿Yo? Para acostarme con mujeres.

ANÍBAL C. —Lo hago porque no tengo la suerte de depender de alguien, como hacen otros que conozco . . . El año pasado pinté un gallo cayendo de una azotea, gritando «Eureka». La marca de un desodorante . . . Después pinté un percherón bailando cuadrilla con una dama de sociedad . . . Nada de eso tiene lógica, pero me da para vivir . . . Y ahora excúseme, joven, tengo que trabajar . . .

VÍCTOR —¿Quiere un cigarrillo, señor? (*Acerca una silla; se sienta*)

ANÍBAL C. —No, gracias . . . no fumo.

VÍCTOR —Uno no le hará mal.

ANÍBAL C. —Para intoxicarme tengo el aire de la ciudad . . .

VÍCTOR —Vamos, uno, ¿qué más da? . . . (*Espalda de Aníbal*) Se escapó . . . ¿Por qué, sabe? . . . Hay algunos que tienen petardos . . . Le acabo de pasar uno a la ñata que vive en esa pieza y le explotó en la cara . . . ¡Ha! . . . ¡Ha! . . .

ANÍBAL C. —¿Se da Ud. la gran vida, eh?

VÍCTOR —Bueno, lo paso bien . . . Lo del petardo me permite clasificar a las mujeres . . . Las que se enojan, como ésa, son dato fijo . . . las otras, las tontas graves, son las que creen que tienen mucho que perder, cuando todo eso del amor no es más que un poco de gimnasia, ¿no cree?

ANÍBAL C. —Le ruego, señor, que me deje trabajar. (*Ninguno de los dos ha visto a Pablo que entra desde la calle; al oír las palabras de Víctor, se escurre tras el tablado y escucha*)

VÍCTOR —La fulana esa, la de la pieza, es dato fijo; no se enojó por lo del petardo . . . De mañana no pasa.

ANÍBAL C. —Nadie podrá decir que no es Ud. todo un don Juan, señor . . .

VÍCTOR —Sí. Me gustan las pollonas, ¿sabe? . . . Son tan fieles y tan tontas cuando se enamoran . . .

ANÍBAL C. —Parece que los estudios le quitan poco tiempo para dedicárselo a ellas, ¿eh?

VÍCTOR —¿Estudios? . . . ¿Mi tía habló de eso?

ANÍBAL C. —Dice que Ud. estudia arquitectura . . . ¿Qué clase de arquitectura estudia Ud., joven?

VÍCTOR —Es lo que le cuento a ella . . . Ocupo mi tiempo en cosas mejores . . . Cuando necesite cosas de nylon . . . Corbatas de Italia, cerveza alemana. Hable conmigo . . . Acabo de recibir una colección de tarjetas postales francesas . . . ¿No quiere que le muestre algunas?

ANÍBAL C. —No me interesan. (*Con temblor en la voz*)

VÍCTOR —No le cobro nada.

ANÍBAL C. —Déjeme trabajar, le digo . . .

VÍCTOR —¿Está seguro?

ANÍBAL C. —¿Qué tienen de particular esas tarjetas? (*Incierto*)

VÍCTOR —¿Que no las ha visto nunca?

ANÍBAL C. —¡Claro que las he visto! ¿Qué cree que soy? ¿Un beato?

VÍCTOR —Todas pollonas apasionadas . . . en colores naturales . . .

ANÍBAL C. —Podría ver algunas. No pierdo nada, ¿no es cierto?

VÍCTOR —¿Qué va a perder?

ANÍBAL C. —Por último me sirve para . . . repasar un poco mis cursos de anatomía . . . Pero no me las muestre aquí . . . Podrían venir algunas de las señoritas . . .

VÍCTOR —Espéreme en su pieza . . . Voy a buscarlas.

ANÍBAL C. (*Indiferente de pronto*) Está bien, pero . . . encuentro que no está bien que engañe así a su tía . . .

VÍCTOR (*Regresa*) ¿Por qué me dice eso? . . .

ANÍBAL C. —Vaya, vaya . . . busque luego esos diapositivos. ¿Será necesario que prenda las luces para verlas mejor? . . . Tengo un clarete . . . ¿Le gusta a Ud. el clarete, joven? . . . Podríamos servirnos un poco, mientras las vemos . . . (*Aníbal se mete en su pieza. Pablo sale del taller, alcanza a Víctor*)

PABLO —Oiga, joven. (*Víctor se vuelve*) Tengo que hablar una palabra con Ud.

VÍCTOR —¿Conmigo? . . . ¿Sobre qué?

PABLO —Oí que Ud. estuvo hablando con la mujer que vive ahí . . . (*Señala la pieza de la Polla*)

VÍCTOR (*Asustado*) ¿Yo? . . . No . . . porque la iba . . .

PABLO —Oí lo que le contaba al fulano de los afiches . . .

VÍCTOR —¿Yo? . . . No . . . No la conozco . . .

PABLO —¿De quién estaba hablando, entonces? . . . La de la bata verde . . . ¿El dato fijo, eh? . . .

VÍCTOR —Son cosas que uno dice . . . Además . . . Soy el sobrino de la dueña de esta casa . . . Tengo el derecho de hablar con cualquiera de los inquilinos . . .

PABLO —No . . . No lo tiene . . . Pero eso no importa . . . Lo que quiero decirle, es otra cosa . . .

VÍCTOR —Salí a tomar un poco de sol y ella estaba sacándose el pelo y hablamos. ¿Qué hay de malo en eso? ¿Quién es Ud. por lo demás? ¿Qué le importa?

PABLO —Ella vive conmigo . . .

VÍCTOR —¿Por qué no la cuida más entonces, si le importa tanto? . . . (*Se quiere ir*)

PABLO (*Lo toma de un brazo*) Eh, un momento . . . No he terminado . . . ¿Quién habló primero? . . . ¿Ud. o ella?

VÍCTOR —Ella . . .

PABLO —¿Qué le dijo? (*Lo ha llevado al taller y ahora le pasa una botella de cerveza; abre la suya*) Tome . . .

VÍCTOR —(*Bebiendo*) Lo que hacen todas . . . Quejarse.

PABLO —¿Quejarse? . . . ¿De qué . . .?

VÍCTOR —Que se aburría . . .

PABLO —¿De qué?

VÍCTOR —De estar sola todo el día . . . Dijo que necesitaba compañía . . . Que Ud. pasaba todo el día fuera y que . . .

PABLO —¿Y qué?

VÍCTOR —Y que ella estaba acostumbrada a estar siempre con alguien . . . Que no sabía estar sola . . .

PABLO —Entonces Ud. se ofreció a hacerle compañía, ¿no es cierto?

VÍCTOR —No, yo no . . .

PABLO —Sí. Ud. se ofreció . . . Es lo que le quedaba por hacer . . . Ud. se lo ofreció, ¿no es cierto?

VÍCTOR —Bueno . . .

PABLO —Se quedaron de encontrar de nuevo, ¿no es cierto?

VÍCTOR —¿Adónde quiere ir con esas preguntas?

PABLO —Ud. no estaba hablando con ella para puro hablar . . . Vamos, dígalo . . . ¿Para mañana . . . a qué hora? . . .

VÍCTOR (*Se levanta*) No quiero que me metan en enredos . . . No soy tan jetón . . . No me meto . . .

PABLO (*Se levanta también*) ¿Qué le pasa? . . . ¿Que no le interesan las mujeres . . .?

VÍCTOR —¡Claro que me interesan! . . . Pero no la suya . . .

PABLO —¿Y si yo le dijera que se la dejo? . . . (*Ante la incredulidad de Víctor*) Me tiene aburrido . . . Hace cuatro años que vivo con ella . . . A los cuatro años, a uno le molesta hasta el aire que respiran . . . He estado pensando en hacerlo hace mucho tiempo, pero no se me había presentado la oportunidad.

VÍCTOR —¿Me está tomando el pelo? . . . ¿Lo dice en serio?

PABLO —Le estoy diciendo . . . Quédese con ella . . . No vuelvo esta noche . . .

VÍCTOR —Créame . . . Nunca comprendí cómo Ud. . . . con la facha que tiene . . . Tipos como Ud., siempre se gastan las mejores pollonas . . .

PABLO —Bueno, ¿acepta o no?

VÍCTOR —Como voy a estar aquí sólo algunos días . . . No es mala idea, ¿sabe? . . . Le dije que nos encontráramos a las 7. Dijo que Ud. estaba de turno a esa hora.

PABLO (*Con esfuerzo*) A las 7, entonces . . .

VÍCTOR —Después, si te he visto no me acuerdo . . .

PABLO (*Le toma un brazo*) A las siete, entonces . . . No se olvide . . .

VÍCTOR —No me voy a olvidar, amigo. Descuide . . .

PABLO —Gracias por el favor que me hace . . . Así no se me hará problema dejarla . . .

VÍCTOR —Bueno, esto hay que regarlo . . . ¡Salud! ¡Estas pollonas! (*Le palmotea un hombro*) Y pensar que cuando me habló hace un rato, pensé que habría rosca . . .

PABLO —¡Salud! (*Le golpea el hombro con tal fuerza que lo tumba de la silla. Víctor ríe desde el suelo. Pablo le responde*) ¡Salud! . . .

VÍCTOR —¡Ha! ¡Ha! (*En ese momento sale Aníbal Crespo de su pieza. Va hacia la casa; se asoma a través de la puerta*)

ANÍBAL C. —¡Joven! . . . ¡Víctor! . . . ¡Lo estoy esperando! . . . ¿Qué pasa con esas postales? . . . ¿Que no las encuentra . . . ? (*Polla, en tanto, ha salido del baño, se sienta en la cama y se pone a acariciar el oso. Lo peina, lo escobilla. Su mirada vaga por la pieza*)

TELÓN

ESCENA SEGUNDA

La tarde del día siguiente. Polla lava en la artesa, al lado del taller. De la pieza surgen las notas de una música, como siempre, y que Polla sigue con leves movimientos del cuerpo. Está feliz. Canturrea mientras friega la ropa toda embadurnada de jabón. Está despeinada, una media desenrollada cae sobre un zapato, va y viene entre la pieza y la artesa llevando piezas por lavar.

PAULINA (*Saliendo desde la casa; recoge de la cuerda de tender una pieza de encaje*) ¿Qué te pasa, niña, que te veo tan contenta?

POLLA —Es que estoy tan feliz, Paulinita . . . El Negro me va a llevar donde su mamá . . .

PAULINA —No digas, niña, ¿cuándo?

POLLA —Esta noche . . . Después de tres años, imagínese . . .

PAULINA —Todo se arregla, niña, ¿ves? . . . Todo se arregla al fin . . .

POLLA —Me dijo que no me moviera de aquí, porque podría pasar a buscarme en cualquier momento . . . Estoy tan asustada . . .

PAULINA —Te querrá, niña . . . Estoy segura que te querrá . . . (*Vuelve a desaparecer en la casa. Polla sigue canturreando. Ruido de frenos, afuera. Aparece Hans Potte. Viene arreglado y pulido, cuello y corbata que le aprietan, un viejo sombrero de fieltro de ala suelta. Trae dificultosamente un cajón de huevos. Va a pasar hacia la casa, pero lo detiene la voz de Polla*)

POLLA —Buenas tardes, señor . . . La Paulinita ya va a estar . . . ¿Qué trae?

HANS —Manzanas . . . con permiso . . . (*Sigue*)

POLLA —Está feliz de salir con Ud. . . . Es tan sola la pobre . . .

HANS —Este cajón pesa quince kilos . . . Perdóneme . . .

POLLA —¿Sabe por qué estoy tan contenta?. . .

HANS —Está chorreando la lavaza . . . Está ensuciando el suelo . . .

POLLA —¡Oh, de veras! . . . que torpe soy . . . Mi esposo me convidó a visitar a su mamá . . . Estamos tres años casados y no la conozco, ¡figúrese! . . . ¡Estoy tan contenta que podría besar a todo el mundo! . . . (*Pero ya Hans Potte ha desaparecido dentro de la casa. Al ver que no la escuchan, se encoge, contenta, de hombros y va cantando hacia la pieza. Desde el interior de la casa se escuchan voces de discusión. Después de un rato salen Paulina, con mantilla, y Hans Potte al patio, detrás viene Ana*)

ANA (*Agitada*) ¡Paula, tú no me avisaste! . . . No puedes salir hoy día! . . .

HANS —Y yo le pregunto por décima vez . . . ¿por qué?

ANA (*A Paulina*) Víctor está aquí . . . ¿Qué va a pensar ese niño?

PAULINA —Pero, Anita . . . El hecho que esté Víctor en casa, no quiere decir que . . .

ANA —Íbamos a darle una comida al niño . . . ¿No recuerdas que le íbamos a dar una comida esta noche . . .

PAULINA —Volvermos a las ocho . . .

HANS —Y si me da la gana, volveremos a las diez . . . ¡caramba!

ANA —¿Dónde van . . .?

PAULINA —Vamos a la Iglesia, Anita . . .

ANA (*Alarmada*) ¿A la iglesia . . .? ¿Qué van a hacer ahí . . .?

HANS —¡Nos vamos a casar!

PAULINA (*Con reproche*) Hans, por favor . . . (*A Ana*) Vamos a la Iglesia de San Ignacio, Anita . . .

HANS —. . .de San Ignacio . . . Donde el padre Anselmo.

ANA —¿El Padre Anselmo, tu confesor? . . . ¿Con este hereje, a qué?

HANS —Nos vamos a casar, le digo . . .

PAULINA —Hans, acuérdese . . . Hoy está en Estado de Gracia . . .

ANA —¿Estado de Gracia . . .? ¿Qué están tramando, Paula . . .?

PAULINA (*A Hans, con tierno afecto*) ¿Qué estamos tramando, Hans . . .?

HANS (*Sin poder retener cierto pudor*) Me voy a bautizar.

ANA —¿Ud.? . . . ¿Bautizarse? ¡A Ud. no lo salvan ni aunque se duche en agua bendita! . . . Paula, te prevengo . . . Este hombre . . .

PAULINA —Anita, ¿para qué discutir? . . . Tú nunca vas a comprender esto.

ANA —¡No les creo! . . . Uds. dos traman algo y no me lo quieren decir . . . Has pensado también en mí, supongo, al tomar este paso . . .

PAULINA —¿Qué paso? . . . Hans ha vivido sin fe durante mucho tiempo . . . Ahora ha encontrado a Dios . . . No he hecho más que mediar entre él y el Señor.

ANA —¿A los cincuenta y cinco años? . . . ¡No lo creo!

PAULINA —No hay edad para eso, Anita . . .

ANA —No lo creo . . . Este hombre te está engatusando, Paula . . .

PAULINA —Anita . . .

ANA —Te está engatusando, te digo . . . Con el pretexto de la fe, te . . .

PAULINA —Hans, vamos . . .

HANS —Sí, vamos . . . Cada momento se me hace más difícil seguir en este Estado de Gracia . . . Estoy que blasfemo . . .

ANA —Paula . . . Paula . . . ¡Espera, te digo! . . . ¡Paula! (*Paulina sale con Hans hacia la calle; se vuelve hacia la casa*) ¡Víctor! . . . Víctor, niño . . . (*Desaparece en el momento en que sale Polla desde la pieza. Sigue lavando. Después de un rato aparece Aníbal Crespo desde su pieza. Trae un rollo de cartulina bajo el brazo. Va a pasar de largo, pero Polla lo retiene . . .*)

POLLA —Buenas tardes, señor Crespo . . .

ANÍBAL C. (*Corto*) Buenas tardes . . . (*Sigue*)

POLLA (*Trata de retenerlo*) Eso que lleva bajo el brazo . . . ¿es lo que estaba pintando ayer? . . .

ANÍBAL C. —Sí . . .

POLLA —A ver . . . ¿por qué no me lo muestra? (*Aníbal obedece con reticencia*) ¡Oh, qué bonita! . . . ¿No se le cansa la mano? . . . Lo veo todo el día, pintando y pintando . . . Creo que toma su trabajo demasiado en serio . . .

ANÍBAL C. (*Un poco desarmado ante la tierna solicitud de Polla*) Uno se acostumbra a todo . . . Buenas tardes . . .

POLLA (*Discurriendo rápidamente*) Es la ropa de mi esposo . . . (*Muestra la ropa en la artesa*) La estoy lavando porque vamos a salir esta noche . . . Vamos a ir a comer donde su mamá . . . No la conozco después de tres años de casados . . . Parece increíble, ¿no? (*Aníbal, embarazado, trata de alejarse*) Señor . . . Me llamo María del Carmen, pero me dicen Polla . . . Ud. nunca me dirige la palabra . . . (*Con titubeo incierto y risa nerviosa*)

ANÍBAL C. —No soy muy sociable, señora . . .

POLLAO —¿Cómo me dijo? . . .

ANÍBAL C. —Señora . . .

POLLA (*Con gozo y excitación*) ¡Oh! . . . No sé vestirme, pero soy muy tentada en gastar en ropa . . . Hoy mismo pensaba salir para comprarme un vestido bonito para la ocasión, pero Pablo me dijo

que no saliera. Tendré que ponerme el vestido amarillo, que a Pablo no le gusta. ¿Lo encuentra muy feo?

ANÍBAL C. —No lo recuerdo, señora . . .

POLLA —Pablo dice que es muy provocativo . . .

ANÍBAL C. —Buenas tardes, señora . . . Tengo que hacer . . .

POLLA —Señor . . . ¿Qué hay que hacer para ser amiga suya? (*Momento de embarazo*) Ud. pensará que soy una intrusa, pero Ud. pasa a mi lado como si fuera una silla . . . ¿Le caigo mal? . . .

ANÍBAL C. —No soy muy sociable, ya le dije . . .

POLLA —A veces lo observo desde mi pieza y me digo: «Ese caballero pinta que pinta y siempre tan callado, tan tranquilo . . . ¿No tendrá necesidad de estar con alguien?» . . . ¿No tiene necesidad? . . .

ANÍBAL C. —Todos tenemos, pero hay amistades que no son posibles . . .

POLLA (*Gesto infantil*) Me teñí el pelo una vez, y ahora tengo que seguir tiñéndome, pero no es que a mí me guste andar así . . ., toda teñida . . . (*Aníbal hace ademán de alejarse*)

ANÍBAL C. (*Tenso*) Señora . . . Ud. es casada . . .

POLLA —Pero es tan tonto que Ud. y yo estemos solos, aquí en el patio, sin hablarnos. Podríamos conversar . . . Contarle algo mientras trabajo . . . (*Pero Aníbal ya se ha alejado a grandes pasos; Polla se encoge de hombros con desaliento. Reanuda su labor, cuando asoma Víctor desde la calle. Polla lo ve y quita la cara. Víctor entra a la casa. Pero vuelve a asomar*)

VÍCTOR (*Con falsa constricción; melodramático*) Señora . . . Vengo a pedirle perdón . . . Humildemente . . . Me confieso que no supe con quién estaba hablando . . . (*Lastimero*) ¡Soy un bruto! Perdóneme . . . (*Se arrodilla*) ¿No me perdona? . . . ¡Me voy a matar! . . . Esta misma noche . . . ¡No puedo seguir ofendiendo a las gentes! (*Cae sobre sí mismo*)

POLLA (*Entre ofendida aún y crédula*) Ud. se ríe de mí . . . (*Sin mirarlo*)

VÍCTOR (*Gran gesto trágico*) Ud. no sabe . . . Ud. no sabe, señora, lo que es la soledad . . .

POLLA —Levántese . . . ¿Por qué me dijo todas esas cosas tan feas?

VÍCTOR (*Siempre arrodillado, exagerando el melodrama*) Ud. no sabe lo que es la soledad de las almas . . . El cuarto solitario . . . las noches interminables . . . uno llega a meterse con cualquiera por otra voz humana . . . ¿Y cuál es la compañía obligada del solitario? . . . Las ratas de la calle. El basural humano . . . No sé tratar con gente, señora . . . ¡Perdóneme! . . . (*Con profundo aliento*) Le juro que no volverá a suceder.

POLLA (*Apiadada*) Levántese, por favor . . . (*Víctor se levanta*) ¿Es cierto? ¿Lo dice Ud. en serio? . . .

VÍCTOR (*Se vuelve a arrodillar*) Señora . . . ¿Tengo cara de charlatán? . . .

POLLA (*Apiadada*) No . . .

VÍCTOR —Me perdona, ¿entonces?

POLLA —Conozco las almas que sufren . . . Levántese, por favor . . .

VÍCTOR —¡Gracias! . . . Se ve que es Ud. un alma generosa. (*Se levanta*)

POLLA —El otro día transmitieron por la radio una pieza con un caso igual al suyo . . . Un pobre hombre que perdió a su madre . . . Cayó en el arroyo . . . Lloré como tonta . . . Igual que una amiga mía . . . Era empleada en una Fuente de Soda . . . La pobre tenía un problema terrible, porque tenía . . . bigotes . . . Unos bigotes grandes y tupidos como los de hombre, fíjese . . . Un día se estaba afeitando y se cortó la pobre, y su novio, tenía novio, un hombre muy bueno . . . el hombre se enojó con ella y le dijo que no la sacaría a pasear ese domingo y ella se quiso suicidar . . . ¡Con un cuchillo de cocina, fíjese! Se quiso cortar las venas . . . Terrible, ¿no? Y se cortó las venas, pero su novio le dijo que estaba equivocado y ahora tienen tres niños . . . Y ella no es nada de feliz porque él la golpea a cada rato . . . Ahora ella ya ni se afeita más, porque a él no le importa como ande, porque tiene a otra mujer . . . Yo sufrí mucho con la pobre . . . Lloré por ella toda una noche . . .

VÍCTOR —Terrible, señora, terrible . . . Es terrible la soledad . . . Convierte en fieras a los hombres . . . (*Se sienta junto a ella*) ¿Qué está lavando?

POLLA —Camisas de mi esposo.

VÍCTOR (*Saca un calzón de la lavaza*) Y esto . . . ¿es también una camisa de su esposo? . . .

POLLA —¡Deje eso! . . . No sea travieso . . .

VÍCTOR (*Saca un corpiño*) ¿Y esto? . . .

POLLA —¡Señor! . . . (*Se lo arrebata*) Ud. se está riendo de mí . . .

VÍCTOR —Nada más ajeno a mi espíritu . . . Es que soy bromista por naturaleza . . . ¿Sabe que soy un experto en lavar esta clase de cosas? Tengo una amiga . . . A veces me llama para que la ayude a lavar su ropa, porque le gusta la manera como la estrujo . . . Dice que lo hago con una suavidad muy especial . . . Nunca he roto ninguno de esos trapitos delicados, porque tenerlos en la mano es para mí como una . . . ceremonia . . . la ceremonia de la iniciación de algo . . .

POLLA —Señor . . . ¡oh!

VÍCTOR —Siempre me sorprende que un trocito de seda pueda cubrir tanto . . . misterio . . . tanto calor . . .

POLLA —¡Señor, por Dios! . . .

VÍCTOR —Y por otra parte pienso que son tan delicados, que no cuesta nada . . . rasgarlos, ¿eh? . . .

POLLA —¡Oh! . . . ¡Las cosas que dice! . . .

VÍCTOR —¿No quiere que la ayude? . . . ¿Verdaderamente? . . . ¿Para que vea cómo lo hago? . . .

POLLA —No se me acerque tanto, señor . . . ¿Qué le pasa?

VÍCTOR —¡Ven! ¡Dame un beso! . . .

POLLA —¡Ud. no me gusta! ¡Déjeme! . . .

VÍCTOR —¿Cómo hay que tratarte, dime? . . . ¿Qué clase de hombres les gustan a las mujeres? . . .

POLLA —¡Ud. no me gusta nada . . . Nada! (*Corre a su pieza y cierra la puerta tras sí. Víctor no puede ocultar su impaciencia, su rabia. Discurre febrilmente. Después de un rato va hacia la puerta. Trata de abrirle. Polla la ha cerrado por dentro*)

VÍCTOR —¡Señora! . . . ¡Señora! . . . (*Silencio*) Venía a mostrarle algo que le interesa y Ud. me cierra la puerta en las narices . . . ¡Es algo que tiene que ver con su esposo! . . . (*No puede dejar de imitar a Polla en la manera de decir «esposo»*) Ud. cree que es maravilloso, ¿no es cierto? . . . Su esposo . . . ¡Una joya! . . . Si Ud. supiera la maravilla que es . . . ¡Le pone el gorro hasta el cuello! . . . ¿No me cree? . . . (*Deja pasar un rato*) ¡Aquí lo tengo! . . . Es suave, de terciopelo . . . Me lo entregó ayer para que se lo escondiera . . . ¡Para una morena, me dijo! . . . ¡Engañarla a Ud., una mujer sola! . . . ¿No quiere verlo? . . . (*Polla, que se ha sentado en la cama, mira la puerta. Se debate en la duda*)

POLLA (*Desde adentro*) ¡Ud es un hombre malo! . . . ¡Muy malo!

VÍCTOR —¿Que no me cree? ¡Yo no estaría tan tranquila! . . .

POLLA —¿Qué le he hecho? ¿Por qué no me deja tranquila? . . .

VÍCTOR —Se lo va a regalar esta noche . . .

POLLA —Esta noche va a salir conmigo . . .

VÍCTOR —Eso es lo que le dice a Ud. . . . Tiene esta amiga desde hace mucho tiempo . . . ¡Dice que tiene un hijo de ella! . . . Se llama Pablo . . . ¡Le dicen Pablito! . . . Hasta piensa casarse con ella . . .

POLLA (*Hay en su voz una nota de súplica; de terror, de angustia*) Eso no es cierto . . .

VÍCTOR —¿Ah, no? . . . Y esto que tengo en mis manos, ¿qué es? . . .

POLLA) ¿Qué tiene? ¿Qué es? . . .

VÍCTOR —¡Una cosa!

POLLA —¿Qué cosa? . . . ¿Un sombrero? . . .

VÍCTOR —Sí . . . Un sombrero . . . ¡Un sombrero de terciopelo negro! (*A la voz de esto, Polla se levanta y abre la puerta, se detiene en el llano y lo mira con ojos turbios*)

POLLA —¿Qué le dijo? . . . ¿Que quería irse? . . . ¿Con una morena? . . .

VÍCTOR —¡Eso dijo! (*Pasa a la pieza. Polla no opone resistencia*) ¡Oh! ¡Un nido de amor! . . . ¡Un verdadero nido de amor! . . .

POLLA (*Desolada*) Siempre me dijo que prefería las rubias . . .

VÍCTOR (*Mirando la pieza*) ¿Me puedo sentar? (*Se sienta en la cama; oculta bajo la cama lo que estaba simulando tras sus espaldas*) ¿No tiene algo que tomar? . . . (*Polla le sirve mecánicamente una copa de vino*)

POLLA (*Atontado*) Yo era morena . . . (*Se toca el cabello con un gesto vago*) Me teñí porque dijo que prefería las rubias . . . (*Ida*) Cuando era joven, tenía el pelo negro . . . largo y negro y una cara tersa . . . Las monjitas me decían que siempre sería bonita . . . Ahora tengo arrugas y me cuelga la piel en el cuello . . .

VÍCTOR —Venga . . . ¡Siéntese aquí! (*Polla obedece maquinalmente*)

POLLA —¿La otra es joven? . . .

VÍCTOR —Veinte años, me dijo . . .

POLLA —Sale con ella, ¿no es cierto?

VÍCTOR —Seguramente, pero, ¿por qué no hablamos de nosotros, quiere? . . .

POLLA —¿Le dijo por qué quería irse? . . .

VÍCTOR (*Un poco impaciente*) Estará cansado. El amor es flor de una noche . . . Venga . . . (*La atrae*) Hablemos de nosotros . . . ¿Cómo besa su Pablo? . . .

POLLA —¿Es feliz con ella? . . . ¿Le dijo que ella lo hacía feliz?

VÍCTOR —¿Y quién es feliz en el amor? . . . Una amiga me decía: «El amor no es más que una dulce cosquillita por la espalda» . . . ¡Venga! . . . Veamos si tenía razón . . . (*Pretende besarla*)

POLLA —¡Déjeme! . . .

VÍCTOR —¡Vamos! . . . ¿Ya te dio de nuevo? . . . ¿Que te gusta más, así, con jugueteo?

POLLA (*Se debate*) Déjeme, ¡le digo! . . .

VÍCTOR —Ah, eres viciosilla, ¿eh? . . .

POLLA —Déjeme . . . ¡Suélteme, le digo! . . . (*Se zafa*)

VÍCTOR —¿Qué te pasa? . . . (*En ese momento sale Ana desde la casa, sale a tender una carpeta sobre la mesa bajo el emparrado. Escucha las voces en la pieza de Polla. Después de un rato vuelve a entrarse sacudiendo la cabeza con ultrajada indignación*)

POLLA —¡Salga! . . . ¡Salga de mi pieza!

VÍCTOR —¿Que me vas a decir ahora que me dejaste entrar sólo para armarme esta comedia? . . . Te estoy haciendo el favor de estar contigo . . .

POLLA —¡Lo dejé entrar porque creí que era sincero! ¡Déjeme! No me gusta que me toque . . . (*Se zafa*) ¡Ud. no es un hombre! . . .

VÍCTOR (*Tras largo momento*) ¿Qué quieres decir? . . . ¿Que no soy un hombre? . . .

POLLA (*Después de una breve paralogización y reprimiendo gemidos, toma todas las prendas de ropa que pilla a mano y se las lanza a Víctor al rostro. Víctor cae de rodillas sobre la cama y se tapa la cabeza con los brazos*) Váyase, ¡Váyase! . . . (*Exhausta*) Espere que venga mi esposo, y verá . . .

VÍCTOR —¡Ah, sí! . . . «Tu esposo» . . . ¿Crees que te respeta, eh? Te voy a contar algo para que despiertes . . . ¿Sabes quién me pidió . . . me rogó que viniera a tu pieza? . . . ¡Tu rey! . . . ¿No me crees? . . . No es capaz de hacer algo . . . tan malo, ¿eh? . . .

POLLA —¡Por favor . . . váyase! . . .

VÍCTOR (*En ese momento regresan Paulina y Hans. Pasan por el patio y entran a la casa*) «Tómala, me dijo . . . Tómala para que no se sienta sola cuando la deje» . . .

POLLA —Eso no es cierto . . .

VÍCTOR —Ahora entiendo . . . Quiere tener un motivo para dejarte . . . Te quiso pillar conmigo . . . (*Lentamente*) No te diré nada más . . . Tu «hombre» vendrá a las siete y abrirá esa puerta de una patada, porque es lo que corresponde hacer en esos casos . . . Vendrá a las siete y abrirá esa puerta de una patada, y verás si vale la pena ser una tonta fiel . . .

POLLA (*Después de una pausa, sentada en la cama, aturdida*) ¿Por qué me hace esto? Nunca le hice daño . . .

VÍCTOR (*Consciente de su bajeza y de su eror; molesto; confuso*) Ese tipo debe tener cuentas pendientes con las mujeres . . . Hay tipos que creen y otros que no creen en esos cuentos del amor, eso es todo . . . Ud. . . . se equivocó de amigo . . . (*Va hacia la puerta de la pieza. Paulina y Hans entran desde la calle y se encaminan hacia la casa*)

POLLA —Por favor, no se vaya . . . Ud. que es hombre . . . Dígame . . . ¿Qué hay que hacer para que a una la quieran? . . .

VÍCTOR —¡Qué sé yo! . . .

POLLA —¿Ser fría con Uds? ¿Indiferente? . . .

VÍCTOR —Ya le dije que no sé . . . ¡Qué sé yo lo que hay que hacer! . . . ¡Qué sé yo lo que Ud. y nadie debe hacer! . . . No me importa . . . Sólo sé que en este mundo carajo, gente como Ud. se llevan la peor parte . . . Nunca sé qué hacer cuando me encuentro con alguien como Ud. . . . Siempre lo complican todo . . . (*Se queda un instante apoyado en la puerta. En ese instante ha salido Ana de la casa, seguida por Paulina. Detrás viene Hans*)

ANA (*Excitada*) Te digo, Paulina . . . ¡Esa mujer ha metido a un hombre en su pieza! . . . ¡Oí que peleaban! . . . (*A Hans*) ¿Qué espera Ud.? . . . ¡Sáquelo de ahí! . . .

PAULINA —Pero, Anita, puede que sea su marido . . .

ANA —Te digo que no es, ¡porque lo vi salir a su trabajo! . . . ¡Es otro hombre! . . . ¡El pintor de afiches! . . .

HANS —O su sobrino . . . ¿Por qué no podría ser él? . . .

ANA —Víctor no haría eso, señor, porque es un caballero . . . Nunca se metería a una misma pieza con una mujer como ésa . . . Además, se fue a tratar un negocio . . . Paulina, ¡hay que echar a la calle a esa mujer! . . . ¡Está convirtiendo esta casa en un prostíbulo! (*En ese momento Víctor en la pieza, abre la puerta y sale; Ana ve la cara de risa de Hans y gira sobre sí misma. Ve, con horror, a Víctor*) ¡Tú! . . . ¿Qué estabas haciendo ahí, niño? . . .

VÍCTOR —Nada, tía . . . Conversando . . .

ANA —¿Qué hacías con esa mujer, niño? . . . (*Lo toma*)

VÍCTOR —¿No oyó lo que le dije? . . . Estaba conversando . . .

ANA —Víctor . . . (*Víctor se detiene*) Dile, Paula, dile que eso está mal hecho . . . ¡Que no lo toleraremos!

VÍCTOR —¿Y para qué arma tanta bolina, tía? . . . ¿No fue Ud. misma la que me pidió que me hiciera amigo de esa mujer? ¿Que averiguara lo que pasaba entre ella y la Paulina?

ANA —Niño, ¿qué estás diciendo? . . . (*A Paulina*) Te juro que eso no es cierto . . .

VÍCTOR —Es verdad, y Ud. lo sabe . . .

ANA —Es un invento de este niño, Paula, no le creas . . .

PAULINA (*Firme*) ¡No sigas, Víctor! . . . ¡Anda a tu pieza!

VÍCTOR (*Irritado*) Está bueno, ¿sabe? . . . Me saca los choros del canasto . . . Ud. sí que es cahuinera, tía . . . ¡Arma enredos y después mete a otros en el lío! . . . Primero me manda donde esa mujer y después viene a armarme calumnias delante de la Paula . . . Ud. siempre anda diciendo que me quiere tanto . . . ¿Dónde está ese gran amor que me tiene, eh? . . . ¿Dónde está? . . . (*Se aleja*)

ANA (*Tras él*) ¡Me debes una explicación, Víctor! . . . ¡Me debes una explicación aquí, delante de la Paula! . . . (*Desaparecen dentro de la casa. La escena queda sola un instante. Polla se sienta en la cama y mira la fotografía de la madre de Pablo. Le habla en voz baja, cuando entra Pablo al patio, lo cruza sigilosamente y se acerca a la puerta. Escucha y luego da una patada a la puerta. En alguna parte, el reloj cucú da las siete campanadas. Polla lo mira aterrada*)

TELÓN

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Pablo está sentado ante su mesón de trabajo, es la hora del almuerzo. Algunos días después. Entre herramientas y partes de máquinas de coser desarmadas, humea un plato de sopa. Hay además una panera, una alcuza, y una botella de vino. En el patio, Aníbal Crespo pinta un retrato de Paulina, que posa, mientras borda. Junto al taller, en el patio, hay una bergère nueva, tapizada con una cretona florida.

ANÍBAL C. (*Después de un rato, con desaliento*) ¡No puedo! . . . ¡Sencillamente, no puedo! . . . No, no es Ud. . . . Es que no me sale nada . . . ¡Me tiembla el pulso! (*Vuelve el lienzo*) ¡Mire! . . . ¡Dígame si no es un mamarracho! . . .

PAULINA —Encuentro que está muy bien . . .

ANÍBAL C. —¡Es un mamarracho! . . . ¡Un adefesio! . . . Hace tres días que muevo el pincel . . . Mecánicamente . . . No me puedo concentrar . . . (*Cierra la caja; lo guarda todo*) No pose más, señorita Paulina; es inútil. No la terminaría ni en mil años . . .

PAULINA —Señor Crespo . . . Hans está tan entusiasmado con lo que lleva hecho . . . Si hasta tiene dispuesto un sitio en el comedor de su casa . . .

ANÍBAL C. —Para colgarlo entre las fotografías de sus gallinas y los bigotes del kaiser . . .

PAULINA —Si a él le gusta . . .

ANÍBAL C. —Hans es un buen tipo, pero no sabe nada de pinturas.

PAULINA —Él no exige perfección. Sólo quiere un buen retrato mío . . . ¿Está seguro que no podremos darle ese gusto? . . .

ANÍBAL C. —Señorita Paulina, he hecho otras tentativas, pero todo es inútil . . . No tengo imaginación. Todo me sale chato . . . ¡Qué su alemán se busque un artista! . . .

PABLO (*Con calma, cordialmente casi con ternura*) ¿Me permite una observación, señor? . . .

ANÍBAL C. —No . . . diga.

PAULINA —Ud. vive demasiado solo . . .

ANÍBAL C. —Todos vivimos así . . . La soledad es la condición humana . . .

PAULINA —Para los solitarios, sí, pero Ud. además piensa demasiado . . .

ANÍBAL C. —Prefiero pensar que ladrar . . .

PAULINA —Recuerde, señor Crespo, que también soy soltera . . . Sé lo que pasa por su mente, todos los días . . . Estoy segura que . . . a pesar de eso, todo el mundo está lleno de pequeñas capacidades . . .

ANÍBAL C. (*Sin mirarla*) ¿Y cuál cree Ud. que es la mía, por ejemplo? . . .

PAULINA (*Con naturalidad*) Pintar, podría ser una . . .

ANÍBAL C. —Pintar mal . . .

PAULINA —Pero pintar, por último . . .

ANÍBAL C. —¡Vaya consuelo! . . . El cielo ha sido siempre de un mismo color azul . . . Tengo esa caja llena de colores y no he sido capaz de pintar, una sola vez, ese azul del cielo . . .

PAULINA —Eso entra en los designios de Dios. No es asunto nuestro . . .

ANÍBAL C. —¡Oh, qué filosofía! . . . ¡Qué simpleza! . . . Le juro que la envidio . . . Lo que es a mí, déme el azul del cielo, pero en esta mano, ¿comprende? . . . ¡En esta mano! . . . Dios es una imagen para consolar nuestros fracasos . . .

PAULINA —Sin embargo, procura serenidad . . .

ANÍBAL C. (*Grave, ahora sincero*) Señorita Paulina . . . Aún soy joven . . . Tengo apenas 45 años. ¿Y qué soy? . . . El joven maniático de la pieza dos . . . Gasta una toalla cada día . . .No come rabanitos . . . Tose en los días de frío . . . Nada más . . . ¡Es espantoso! ¿Para qué me parieron? . . . ¿Para qué? . . . (*Ante el silencio meditabundo de Paulina*) ¿Sabe lo que me pasó hace algunos días? . . . Iba en un tranvía . . . Miraba a la gente a mi alrededor y de pronto . . . Es terrible . . . Me asaltó una idea . . . Una idea monstruosa . . .

PAULINA (*Como del fondo de su ser*) Que estaba Ud. demás en ese tranvía . . .

ANÍBAL C. (*Extrañado*) ¿Cómo lo sabe? . . .

PAULINA —Pensó que estaba . . . usurpado un espacio que pertenecía a otro . . .

ANÍBAL C. —Sí, y llegué a cometer la barbaridad de bajarme del tranvía. ¡Imagínese! . . . A la carrera . . . ¡como un loco! . . . Como si un fantasma me mordiera la espalda . . .

PAULINA —Y el tranvía siguió igual . . . Sin Ud. . . . Con las mismas caras pegadas a los vidrios . . .

ANÍBAL C. —Con las mismas caras de idiotas . . . ¡Pegadas a los vidrios!

PAULINA —Gente como Ud. o yo, señor . . . Gente tan sola como Ud. o yo . . . ¿Sabe acaso por qué se bajó a la carrera el siguiente pasajero? ¿Se lo preguntó Ud.?

ANÍBAL C. —Iría a ver a su novia o a comprar un salchichón . . .

PAULINA —O seguido por su fantasma, tal vez . . .

ANÍBAL C. —Pero, dígame . . . ¿Cómo sabe Ud. todo esto? . . .

PAULINA —Nunca estamos realmente solos, señor Crespo . . . No hay un solo lugar del mundo en que no haya estado ya una persona . . . (*Sueña*) En mi caso no fue un tranvía . . . Estaba parada en un puente y una mujer lavaba ropa en el arroyo . . . Pensé que podía estar a mil millas de esa mujer pero ella estaría haciendo esa labor, a esa misma hora . . . sin mí. Iba a comenzar a angustiarme, cuando pensé de pronto: «¿Y esa mujer?» ¿No podría pensar acaso? «Esa señora en el puente . . . ¿En qué cambia mi situación . . .? ¿Tengo que lavar la ropa de todas maneras, aunque no estuviera ahí?» . . . ¿Ve Ud.? . . . La soledad no es exclusiva de nadie; en ella todos nos encontramos . . .

ANÍBAL C. (*Alentado por su sinceridad*) Sí, eso está bien, pero dígame . . . Bien honradamente . . . ¿No ha pensado Ud. alguna vez en . . . eliminarse? . . . ¡Y no me diga Ud. que no, porque cree en Dios!

PAULINAIL —Efectivamente, señor . . . No, porque creo en Dios . . .

ANÍBAL C. —Le he hecho una pregunta inteligente, porque quiero una respuesta inteligente, señorita . . . ¡No meta a Dios en eso! . . . Me refiero a Ud. . . . Sus huesos . . . su carne . . . lo que se palpa . . . ¡Su pulso! Ese pulso que repugna a veces . . . ¡Eliminarlo! ¡Borrarlo! . . . ¿No lo ha pensado nunca? . . .

PAULINA —¿Cómo puede haber dejado de pensar en ello, señor? . . . No creo que haya nadie que no lo haya pensado . . .

ANÍBAL C. (*Ansioso*) ¿Y? . . .

PAULINA —Creo en Dios, le digo . . . Eso responde por todo.

ANÍBAL C. (*Exasperado*) ¿Y qué tiene que ver su Dios, con su carne que la molesta, señorita? . . .

PAULINA —Dios es mi carne, señor Crespo . . .

ANÍBAL C. —Ah, ¡ese conformismo beato que me sofoca! Mi madre pensaba igual que Ud. . . . Lo que es yo, señorita, sudo por mis huesos . . . Es un sudor sólido . . . bien sólido . . . Siento que si no hago algo con ellos pronto . . . ¡Oh, qué vida tan inútil!

PAULINA —Pruebe, señor . . . Vuelva a probar; no piense . . . Ud. ve, yo bordo . . .

ANÍBAL C. —Sí, entre la angustia y el tedio, prefiero la angustia. (*Vuelve a abrir la caja*) A ver esa sonrisa . . . Haga como si pensara en su Dios . . . (*Polla sale de su pieza. Titubea, frente al taller, entra finalmente la bergère*)

POLLA (*Débilmente*) Negro . . . ¿Por qué no te sientas en esto mejor? . . .

PABLO —Estoy bien así . . .

POLLA —Estarás más cómodo . . .

PABLO —Estoy bien, te digo . . .

POLLA (*Vacilando*) Te lo dejo, entonces . . . Lo compré para que te sentaras en la pieza, pero no te quieres sentar en la pieza . . . ¿Por qué no te sientas nunca en la pieza, Negro? . . . (*Silencio de Pablo. Sale Polla. Regresa a la pieza. Después de un rato, Pablo se levanta y lanza la bergère con fuerza fuera del taller. La bergère se tumba en el patio. Paulina y Aníbal observan consternados . . .*)

PAULINA —¡Pobre niña! . . .

ANÍBAL C. —¡Ese bruto! . . . ¡Bestia!

PAULINA —Se lo compró con sus ahorros, centavo a centavo . . . Para darle un gusto . . .

ANÍBAL C. —Una cuerda debería haber comprado para colgarlo al miserable . . . ¡Sonría por favor!

PAULINA —Lo peor es que, en parte, me siento responsable . . . Aconsejé a esa pobre niña que había que querer a toda costa . . . Ahora se aferra a mis palabras . . .

ANÍBAL C. (*Exasperado*) . . . ¡Sonría, por favor! . . .

PAULINA —El día que llegó el mueble, estaba radiante . . . Pero él, que estaba bebido, se lo tumbó de una patada . . . No hace más que tomar desde el día que lo echaron del trabajo . . .

ANÍBAL C. —Uno de estos días va a salir a trabajar curado y se va a estrellar con el bus . . . ¡Tamaña pérdida! . . . (*Sofocado*) ¡No puedo seguir! . . . ¡Esa impotencia de uno! . . . ¡No poder abofetearle la cara al miserable! . . .

PAULINA —Hasta hace poco no pensaba Ud. así . . .

ANÍBAL C. (*Se sienta, se pasa la mano por el rostro*) Es esa mujer; me parece una coneja metida en su madriguera . . . Una coneja tibia y gorda, que arma su nido . . . Que ahueca la tierra . . . Y entibia el lecho del macho . . . Sin saber que, afuera, aguarda el águila . . . Es tonta la comparación, pero . . . Uno tiene ganas de actuar . . . Le tiembla a uno el pulso . . .

PAULINA —Tiene uno ganas de dejar de estar solo . . .

ANÍBAL C. (*Sorprendido*) ¿Cómo dice? . . .

PAULINA —Digo que tiene uno ganas de dejar de estar solo . . . de ayudar . . .

ANÍBAL C. —Sí . . . Ayudar . . . Eso es . . . Es una pobre mujer . . . He visto esos ojos en alguna parte . . . En la cara de una vieja de un cuadro . . . En la mirada de un poeta . . . Son ojos que tienen risa en las pupilas . . . Pero, de una cosa estoy cierto, señorita . . . ¡Un día, endeble como soy, le voy a dar una trompada a ese bruto que lo voy a dejar tieso! ¡Aunque, después, me arrastre por este patio o me estrelle contra ese muro!

PAULINA —Si eso lo alivia . . .

ANÍBAL C. —¿Qué? . . . (*Trémulo*) ¿Que no me cree Ud. capaz de hacerlo?

PAULINA —Sí, señor, lo creo capaz . . . Dios quiera que logre hacerlo . . . supongo que desde ese día viajaría acompañado en los tranvías. No se sentirá más solo . . .

ANÍBAL C. —Sí, pero mientras no lo haga . . . no puedo trabajar . . . Voy a dar una vuelta a la manzana . . . Necesito calmarme . . . (*Se aleja; se vuelve*) Es una ironía, señorita . . . (*Indica hacia el taller*) Esos machos . . . los quieren . . . Sin embargo, a tipos como yo . . . Anónimos . . . Insignificantes . . . Pero llenos de ternura . . . (*Alza los brazos y sale. Pablo despeja el mesón y se pone a pintar unas piezas a pistola, con esmalte rojo. Sale Polla y se acerca al taller*)

POLLA —¿Qué te pasa, Negro? . . . ¿Qué te pasa, Dios mío? . . . No sé cómo tratarte . . . ¿Cómo te debo tratar? . . .

PABLO —Como si estuvieras en la China, y yo aquí . . .

POLLA (*Triste, dolorida, desolada*) Antes te gustaba estar conmigo . . . Íbamos a Cartagena, a las rocas, a tirarle pancito a las jaibas, andábamos en carrusel . . . Te tomabas fotografías conmigo . . . (*Pablo se tapa la cabeza; Polla entiende el gesto y se aleja; se detiene una vez más*) Cuando nazca el niño, me voy a poner flaca . . . Ahora tengo la cara hinchada . . . (*Silencio de Pablo*) ¿Quieres que me muera, Negro? . . . ¿Quieres que me muera? . . .

PABLO (*Mirándola por primera vez, intensamente*) Te das tú mañas, ¿eh? . . .

POLLA (*Inocentemente*) ¿Qué mañas? . . . ¿De qué?

PABLO —«¿Quieres que me muera, Negro?» . . . ¿También quieres que me trague eso? . . .

POLLA —No sé lo que quieres decir . . . A veces pienso que el niño y yo somos unos intrusos . . . De noche, cuando estás durmiendo, me toco el vientre y siento que el niño y yo somos unos intrusos y que, a lo mejor, preferirías que nos muriéramos . . . ¿Eso quieres, Negro? ¿Que nos muramos? (*Polla sale hacia su pieza. Se sienta en la cama y acaricia el oso con ansiedad. Se para, se sienta, medita. Gestos de desaliento. Se prueba ropa ante el espejo. Mira la fotografía de la madre. La imita ante el espejo. Se toca el vientre. De pronto sale corriendo de la pieza. Pablo, en tanto, no puede concentrase en su trabajo. Bebe vino. Polla se arrodilla junto a Paulina, le aprieta las piernas*)

POLLA —Paulinita . . . ¡Por favor, sea buena! . . .

PAULINA —¿Qué te pasa, niña? . . . ¡Levántate!

POLLA —Deme la plata que me tiene guardada, ¿quiere? . . . Sea buena . . .

PAULINA —Pero, niña, por Dios . . . (*Con cariño*) ¿Qué disparate quieres hacer ahora? . . . Vamos, levántate . . . No te voy a escuchar ni una sola palabra si sigues así . . .

POLLA (*Sigue arrodillada. La aferra*) Quiero ayudarle, Paulinita . . . En su trabajo . . . ¿No encuentra que es una solución maravillosa? . . .

PAULINA —¿Ayudarle? . . . ¿Pero de qué manera, niña? . . .

POLLA (*Pausa. Triunfante. Exaltada*) ¡Ud. verá! ¡Ud. verá!

PAULINA —Niña . . . no es el hecho de que le ayudes o no . . . lo que te realzará ante sus ojos . . .

POLLA —¿No? . . .

PAULINA —Eres tú . . . Eres tú la que tienes que estar segura que mereces su cariño.

POLLA —No entiendo, Paulinita . . .

PAULINA —Polla . . . Voy a hacerte una pregunta muy personal . . . ¿Crees sinceramente, en el fondo de tu alma, que eres pura? . . .

PAULINA (*Baja la cabeza*) He sido de otros hombres . . .

PAULINA —¿Y crees que eso te ha ensuciado? . . . (*Silencio de Polla*) ¿Es por eso que te humillas ante él? . . .

POLLA —No sé . . . No sé.

PAULINA (*Le toma la cabeza entre las manos y la mira a los ojos*) Niña, ¿echas de menos el placer que te dieron esos hombres? . . . (*Polla niega con sucesivas sacudidas de cabeza*) ¿Sólo lo deseas a él? . . .

POLLA —Sólo a él . . .

PAULINA —¿Como si fuera siempre la primera vez? . . .

POLLA —Nací el día en que él me miró . . .

PAULINA —Entonces, eres pura, Polla . . . Tienes que demostrárselo . . .

POLLA —¿Y si ya no me quiere? . . . Sólo siento que no he sido nunca su mujer . . . ¡Déme esa plata, por favor! . . .

PAULINA —¿Qué se puede hacer contigo, niña? . . .

POLLA —Por favor . . .

PAULINA (*Acariciando suavemente su cabeza. Sabe que habla a un ser que no puede comprenderla*) Eres vulnerable como una flor . . . Tu fuerza está, sin embargo, en la obstinación con que buscas ternura . . . No seré yo la que te lo impida. Espérame . . . (*Se levanta. Paulina desaparece. Polla corre hacia su pieza. Está feliz. Se empolva la cara ante el espejo, baila con el oso. Vuelve al patio en el momento en que Aníbal Crespo entra desde la calle. Trae un paquete de manzanas*)

POLLA (*Yendo sobre él, le toma las manos y lo hace girar, bailando. Las manzanas caen al suelo*) ¡Ahora todo se va a arreglar, señor Crespo! . . . ¡Todo se va a arreglar! . . . (*Lo suelta y va sobre Paulina que*

le alcanza un fajo de billetes. Polla le besa las manos y sale corriendo, hacia la calle) ¡Gracias, Paulinita! . . . Gracias! . . .

ANÍBAL C. (*Sin respiración, aturdido*) ¿Qué le pasa? . . . ¿Se volvió loca? . . .

PAULINA —Pobre niña . . . Me parte el alma . . . (*En ese momento acuden desde la casa, agudas exclamaciones de protesta. Sale Ana al patio. Trae un paquete*)

ANA (*Alterada, ahogada*) ¡Paula! . . . ¡Paula! . . . El niño se ha encerrado en el baño . . . ¡No me deja entrar! . . . (*Cae sobre una silla, con hondo desaliento*) . . .Tampoco lo de la arquitectura, es cierto . . . No ha estado estudiando nada . . . (*Sale Víctor al patio*)

VÍCTOR —Tía . . . Lo dije en un momento de arrebato . . . Claro que he estado estudiando . . . Tiíta, no me crea . . .

ANA —¿Y por qué no me querías dejar entrar a tu pieza?. . .

VÍCTOR —Me estaba vistiendo . . .

ANA —Hace tres días que ando detrás de ti para que te retractes ante la Paula de esas cosas horribles que dijiste el otro día . . .

PAULINA —Anita . . . Ya te dije que no me importaba . . .

ANA —¡Ven, retráctate! . . . ¡Di que no son ciertas! . . .

PAULINA —Anita, deja . . .

ANA —Paula, este niño me debe eso y mucho más . . . Vamos, di que no es cierto . . .

VÍCTOR (*Cortándola, con mirada turbia, tenso*) ¿Qué es lo que le debo, tía?

ANA —Me debes tu vida . . .

VÍCTOR (*Con calma, agresivo*) Mi vida se la debo a mi madre . . .

PAULINA —Niño . . .

ANA (*Ultrajada*) Paula . . . Dile a ese niño . . . Dile todo lo que he sacrificado por él . . . (*A Víctor*) Desde que te tuve en mis brazos no he tenido otra preocupación que tu felicidad . . .

VÍCTOR (*Cada vez con más ira*) Yo . . . yo nunca le he pedido nada, tía . . .

ANA —¿Qué nunca me has pedido? . . . No has hecho otra cosa . . . Te he dado una fortuna . . . (*Aníbal Crespo se retira prudentemente*)

VÍCTOR —¿Y ahora me lo está cobrando?

ANA —No te cobro nada . . . Sólo quiero que hagas justicia . . .

VÍCTOR —¿Justicia? . . . No sea ridícula, señorita, ¿quiere?

ANA (*Tras pausa, paralogizada*) ¿Qué? . . . (*A Paulina*) ¿Qué dijo? ¿Qué dijiste? . . . ¿Dijiste, «señorita»? . . .

VÍCTOR —¿Y que Ud. no lo es, acaso? . . .

ANA —¡Tía Ana! . . . ¡Dime, tía Ana! . . .

VÍCTOR —No se lo diré, porque Ud. no es mi tía . . . No es tía de nadie . . . (*Pausa*)

ANA —¡Niño! . . .

VÍCTOR —Yo no tengo la culpa que haya perdido su oportunidad con mi padre . . .

PAULINA (*Avanza y le da un bofetón en la cara. Se produce una paralogización general*)

VÍCTOR (*Restregándose la cara*) Está bien . . . Ud. me pegó . . . No tengo nada que decir . . . Me voy. (*A Ana*) Ud. nunca me quiso en verdad . . . Ud. nunca ha querido a nadie más que a sí misma . . . (*Ana trata de hablar*) No, déjeme terminar . . . Si hubiera pensado que Ud. me quiere de verdad, podría haberla querido un poco también . . . Porque lo necesito . . . No me gusta eso de andar por ahí haciendo el payaso ante todo el mundo . . . Uno llega a cansarse de eso . . . La cosa es que, para ganarse amigos, uno tiene que ser simpático, ¿sabe? . . . Pero termina por exagerar la nota . . . Si tuviera alguien en quien confiar, tal vez no necesitaría ser tan «simpático». Quédese con su maldita plata . . . No me sirve . . . Ud. no me puede ayudar a mí, ni yo la puedo ayudar a Ud. . . . (*Entra en la casa*)

ANA (*Aturdida, a Paulina*) ¿Oíste lo que dijo? . . . ¿Que nunca lo quise? . . . ¿Crees que se irá? . . . Si hasta he llegado a robarte dinero para mandárselo, Paulina . . . (*Ante la estupefacción dolorosa de Paulina*) Sí, te he robado . . . ¿Recuerdas ese camafeo de oro y marfil que desapareció un día de tu escritorio? . . .

PAULINA —No, Ana . . . No recuerdo . . . No tiene importancia . . .

ANA —¡Fui yo! . . . Si hasta fue la razón de que echáramos a la Rosa, la cocinera, ¿recuerdas? . . . ¡Fui yo, Paula! . . . El niño me había escrito diciéndome que necesitaba dinero para unos materiales de estudio . . .

PAULINA —No quiero oír nada más . . .

ANA —Tengo que decirlo . . . Lo tengo sobre mi conciencia . . .

PAULINA —Olvídalo, niña . . .

ANA (*Como en sueños, sin mirar*) Olvidar . . . Recordar . . . Perdonar . . .Son palabras . . . (*Se levanta*) No puede haberlo dicho en serio . . . Voy a hablar con él . . .

PAULINA —No, Anita . . .

ANA (*Sale hacia la casa*) Sería todo tan absurdo . . . Tan absurdo . . . Víctor . . . ¡Víctor, niño! . . . (*Su voz se pierde dentro de la casa. Paulina vuelve a sentarse en el momento que regresa Polla desde la calle. Viene radiante de felicidad. Trae un paquete que desenvuelve a la pasada*)

POLLA (*Desplegando el overall, demasiado grande, sobre su cuerpo*) ¿Cómo me queda, Paulinita? . . . (*Sin esperar respuesta*) ¿Y estos guantes de cuero? . . . También me compré un manual de mecánica, ¿ve? (*Lo hojea*) Cómo manejar una lima . . . ¿Qué es un cigüeñal? . . . (*Con un mohín*) Lo leeré después . . . (*Se aleja corriendo hacia su pieza. Todo esto ha sido dicho con el mayor nerviosismo. Se le ha caído el paquete con los guantes al desplegar el overall, mientras hojea el libro, etc. . . . Se mete en el baño. Oímos que tararea una canción. Del interior de la casa acuden voces. Después de un lapso sale Ana, cae abatida junto a Paulina, sobre una silla*)

ANA —Está haciendo su maleta para irse . . . No me ha dejado entrar . . . ¿Qué le habré hecho a ese niño? . . . ¿Que no basta con querer, entonces? . . . (*Oyendo el canto de Polla. Reaparece su capacidad de agresión*) ¡Es esa mujer, Paula! . . . ¡Esa gitana! . . . Le ha emponzoñado el alma . . . (*Le toma un brazo*) Hay que echarla hoy mismo . . . ¡Va a terminar por emponzoñarnos a todos! . . .

PAULINA —Esa pobre niña no tiene nada que ver con esto . . .

ANA —¿Cómo que no tiene? . . . Ha hechizado a ese niño contra mí . . .

PAULINA —¡Anita, por Dios! . . .

ANA —¿Cómo explicas, sino, ese cambio tan repentino? . . .

PAULINA —Pero, Anita, ¿qué dices? . . . ¿Cómo puedes creer en ese absurdo . . .

ANA —Soy tu amiga de toda la vida y estoy sufriendo por culpa de esa arpía . . . ¿No te basta con eso? . . .

PAULINA (*Firme*) No voy a echar a nadie, Ana . . .

ANA (*Pausa. Airada*) Dime . . . ¿Tú me quieres o no? . . . (*Silencio de Paulina*)

PAULINA (*Con calma*) Anita, cálmate y sé razonable . . . Sabes muy bien que te quiero . . . ese niño no ha hecho más que decirte la verdad, no eres la tía de él . . .

ANA —¡Pero decírmelo de esa manera! . . .

PAULINA —Es un engaño que no podía durar . . . Te posesionaste de él, desde el comienzo, como una cosa tuya . . . Nunca . . . le preguntaste si quería tu cariño . . .

ANA —Porque no podía detenerme a dudar siquiera si le quería . . . Siempre pensé que con sólo dar, borraba las dudas . . .

PAULINA —Deja, entonces que se vaya . . . Si vuelve será para bien . . .

ANA —No va a volver . . . Eso es algo que nunca entenderás . . . Tú tienes un . . . reposo, una falta de pasión ante las cosas, que te hace feliz . . . Yo no . . . No me puedo conformar con una pérdida . . . (*Se levanta, con calma absoluta ahora*) Tengo que volver a hablar con ese . . . «joven» . . . (*Asoma Polla en su pieza. Se ha puesto el*

overall, el conjunto, la talla demasiado grande, las mangas y piernas demasiado largas. El paño, demasiado nuevo y limpio, es grotesco. Polla se arremanga y se da los últimos toques ante el espejo. Se pone los guantes y sale al patio. Al pasar frente a Paulina, da una vuelta sobre sí misma)

POLLA —¿Qué le parece, Paulinita? ¿Cómo me veo? . . . (*Se presenta dichosa, expectante, ante Pablo*) . . . ¡Negro! . . . Vengo a ayudarte . . . (*Sigue un largo momento de pausa embarazosa. Pablo, que ha estado bebiendo, la mira con ojos turbios. En el primer momento parece no comprender lo que ve y luego, pasado el primer estupor, lo comienza a invadir la risa*)

PABLO —¿Qué? . . . ¿Qué te pasa? ¿Te volviste loca? . . .

POLLA (*Sobre la risa de Pablo*) Lo compré crecedor para que dure, Negro . . .

PABLO —«¡Crecedor para que dure!» . . . ¡Ha! ¡Ha!

POLLA (*Grita sobre su risa*) ¿Qué te pasa? ¿De qué te ríes? ¡No te rías! . . . ¡No!

PABLO (*Cortando bruscamente la risa*) ¡Espera! Tengo una idea. ¡El toque final! . . . (*Conecta la pistola y dispara niebla roja sobre ella*) ¡Te voy a ayudar a terminar el decorado! . . . ¡El toque final! . . . ¡Ha! ¡Ha!

POLLA (*Sin moverse, bajo la niebla de pintura*) No deberías hacerme eso . . . (*Suelta el gatillo*) Tendré mi hijo. Lo criaré yo misma . . . ¡Nadie lo va a impedir! . . . Nadie . . . (*Está erguida, por primera vez, ante él*)

TELÓN

ESCENA SEGUNDA

Algunos días después. Una tarde de sábado. Sobre la mesa del patio hay papeles y una máquina de escribir que Polla teclea con gestos torpes y concentrados. Sentado junto a ella está Aníbal Crespo. Pablo, en la pieza, está tendido en su cama . . . Tiene vendada la cabeza, no se ha afeitado.

ANÍBAL C. (*Dicta leyendo un libro*) «Pero yo le vi a Platero» . . .

POLLA (*Teclea dificultosamente*) ¿Pla . . . te . . . ro? . . .

ANÍBAL C. —. . . «de sangre» . . .

POLLA —¡Pobre burrito!

ANÍBAL C. —¡Siga!

POLLA —. . .Sangre gre . . .

ANÍBAL C. —Ahí no dice sangre . . .

POLLA (*Lee*) Sangra . . . ¡Oh!

ANÍBAL C. —Tiene que concentrarse . . . No ha hecho más que faltas . . . (*Impaciente*) La «e» se escribe con el dedo anular . . . ¡Con el dedo anular! (*Le toma el dedo indicado y lo apoya sobre la tecla*) No olvide que debe usar todos los dedos . . . Siga.

POLLA —No aprenderé nunca . . . (*Desolada*)

ANÍBAL C. —Sí aprenderá . . . Todos aprenden . . . ¡Siga!

POLLA (*Con furor*) Sí, ¡sigo! . . . Sigo, aunque se me gasten los dedos . . .

ANÍBAL C. (*Lee*) «Eché pie a tierra» . . .

POLLA —¡Qué bueno es Ud.!

ANÍBAL C. (*Cerrando los ojos*) «Eché pie a tierra» . . .

POLLA —¿Por qué hace esto?

ANÍBAL C. —No se distraiga . . . Es Ud. la que tiene que aprender . . . No yo . . . ¡Siga! . . . «Eché pie a tierra» . . .

POLLA —. . .Eché . . . p . . . i . . . e . . . tier . . . ¡Oh, estoy tan cansada! . . . Llevamos más de dos horas . . . Se me confunde todo . . . Pero tengo que seguir . . . ¡Tengo! . . . (*Teclea*) . . . «tierra» . . .

PABLO (*Desde la pieza. Se ha estado debatiendo de impaciencia*) ¡Polla! . . . ¡Polla! . . .

ANÍBAL C. (*Deteniendo a Polla que se ha levantado de un salto*) No vaya . . . Es para pedirle un vaso de agua que no se va a servir . . .

POLLA —A lo mejor lo necesita . . .

ANÍBAL C. —No se lo va a tomar, le digo . . . Hace dos semanas que hace lo mismo . . .

POLLA —¡Oh, Dios, sí! . . . ¿Qué haría si no los tuviera a Ud. y a la Paulinita? . . . ¡Estoy tan confundida! . . . Hace dos semanas, después del accidente, que está así . . . No habla . . . Apenas come . . . Pasa mirando ante sí . . . Y cuando me llama es para pedirme cosas inútiles, como si sólo lo hiciera para tenerme a su lado . . . No me quita la vista de encima . . .

PABLO —¡Polla! . . . ¡Polla! . . .

POLLA —¡Oh! . . .

ANÍBAL C. —¡Siga escribiendo! . . . No le haga caso . . . Recuerde que luego tendrá un empleo donde mi amigo . . . Pero para eso, tendrá que aprender a dominar esto . . . (*Toca la máquina*) ¡Siga! . . . «y con una espina» . . .

POLLA (*Con apremio*) . . . Con . . . u . . . na . . . es . . . p . . .

PABLO) —¡Polla! . . .

POLLA —¡Oh! . . .

ANÍBAL C. (*Contenido*) ¡Cállese! . . .

PABLO —¡Polla! . . . ¡Poollla! . . . (*Más fuerte, más desgarrador*)

ANÍBAL C. (*No puede más; se abalanza sobre la puerta de la pieza*) Mire, señor . . . esa mujer, Ud. no la merece . . . ¡No la moleste más! . . . Hay que ser hombre para tener un hijo . . . ¡Hombre! . . . ¡No un monigote! . . . (*Ante la actitud pasiva de Pablo que lo mira con ojos vacíos, se apacigua*) Está aprendiendo a escribir a máquina para mantener el hijo que Ud. le colgó . . . No es llegar y tener hijos . . . (*Más calmo aun*) Póngase a dormir, será mejor . . . con esa cara que tiene . . . ¡Vaya! . . . (*Sale. Con autorreproche*) Este hombre está enfermo . . .

POLLA (*Con piedad*) Lo sacaron de entre los fierros del bus y su primera pregunta fue por mí . . . Le dijo al Rufo: «¿Dónde está la Polla? . . .»

ANÍBAL C. —¿Y por eso Ud. cree que ese . . . «individuo» siente por Ud. . . . amor, no es verdad? . . .

POLLA —No sé si es amor, pero . . . fue porque le dolió lo que me hizo . . . fue el día que me ensució con la pintura . . . Salió como loco . . . Terminó estrellándose contra una botica . . .

ANÍBAL C. —Se había zampado dos botellas de vino . . .

PABLO —¡Polla! . . . ¡Pooollla! . . . (*Casi lastimero*)

ANÍBAL C. (*Deteniendo a Polla*) ¡Se lo prohíbo! . . . ¡Si va, vuelvo a vender la máquina, y se acabó!. . .

POLLA —Sólo un momento . . .

ANÍBAL C. —¡Ud. va y se acabó, le digo! . . . El amor está basado en respeto mutuo . . . Ese individuo no la respeta . . . ¡Tome esa máquina y venga a mi pieza! . . . De ahí no oirá sus gritos . . .

POLLA —Algo se ha roto en él . . . Algo se ha roto . . . (*Lo sigue con la máquina*)

PABLO —¡Pooolla! . . . (*Se abre la puerta del cuarto de Aníbal. Sale Polla. Aníbal la retiene de un brazo*)

POLLA —¡Déjeme! . . . Déjeme, por favor . . . Tengo que verlo . . . Ya vuelvo . . . (*Entra en la pieza*) ¿Qué quieres?

PABLO —Pásame agua . . .

POLLA (*Entra al baño. Regresa con un vaso de agua. Pablo rechaza el vaso*)

PABLO —¿Por qué no viniste en cuanto te llamé? . . .

POLLA —No . . . no te oí . . .

PABLO (*La toma de un brazo*) Con esos gritos, tenías que oírme . . . ¿Que no quieres estar conmigo? . . . ¿Qué estás haciendo? . . .

POLLA —Tú sabes lo que estoy haciendo . . .

PABLO —Dímelo de nuevo . . . ¿Qué estás haciendo?

POLLA —Aprendiendo a escribir a máquina, Negro . . .

PABLO —¿Sí? . . . ¿Y por qué tienes abierto el escote? . . .

POLLA (*Tocándose el cuello*) No sé . . . Estaba acalorada . . .

PABLO —¿Acalorada? . . . ¿Por qué? . . . No hace calor . . . Hay alguien que yo no veo desde aquí, que te está dando calor . . .

POLLA (*Se zafa*) Negro . . .

PABLO —Yo también sé dar ese calor . . . ¿No te acuerdas del calor que yo te he dado?. . .

POLLA (*Cansada*) Te dejo el agua sobre el velador . . . No me llames más, porque no voy a venir . . .

PABLO —¡Sí! ¡Anda a practicar con tu amigo! . . . Déjame solo . . . ¿Qué te importa? . . . (*Polla sale de la pieza. Pablo se paralogiza en el acto. Se muerde los labios*) Polla . . . (*Polla entra en el cuarto de Aníbal Crespo. Éste nota su cara de aflicción*)

ANÍBAL C. —¿Qué le pasó? . . . (*Silencio afligido de Polla*) ¿La volvió a insultar? . . . (*Esto lo decide. Se presenta ante Pablo*) Con esta mano . . . Con esta mano le golpearé el rostro el día que se levante . . . ¡No lo golpeo ahora, porque soy muy hombre para hacerlo con un enfermo! . . . Muy hombre, ¿entiende? . . . ¡Muy hombre! . . . (*Sale al patio*) ¡Muy hombre! . . . Eso es . . . ¡Muy hombre! . . . (*La expresión llena por entero su naturaleza; la mastica, la digiere; es el nacimiento de una nueva visión de sí mismo. Se cierra la puerta de la pieza de Aníbal Crespo y sale al patio Hans Potte seguido de Paulina y de Ana. Hans Potte viene agitado. Gesticula*)

HANS —¡Me voy! . . . ¡Me voy inmediatamente! . . .

PAULINA —Hans, por favor . . . no se vaya así . . . Esto hay que hablarlo con calma . . .

HANS —¡Con usted! . . . ¡No con ella! (*Por Ana*)

ANA (*Gira alrededor de ellos*) Esto me atañe tanto a mí como a la Paula . . . Hace 20 años que vivimos juntas . . .

HANS —¡Pero yo no puedo casarme con las dos al mismo tiempo! . . .

PAULINA (*Razonando, aquietando*) Hans, tal vez en otra ocasión podamos hablar . . . tranquilamente.

HANS —Nunca un hombre ha tenido que hablar de estas cosas, ante testigos . . . Hace años que vengo a esta casa por Ud., Paulina . . . No vendré más si no se decide ahora . . .

ANA —Son palabras para tentarte, Paula . . . Su vida es aburrida, tosca . . . vulgar . . . No tiene tus hábitos, tus costumbres . . .

PAULINA —Ana . . .

ANA —No tiene siquiera tu misma fe . . .

HANS —Nunca . . . ¡nunca me habían ofendido de esta manera! . . .

PAULINA —Anita . . . ¿Quieres dejarme un rato, a solas, con Hans?

ANA —¡No te comprometas! . . . Paula . . . Sería una ingratitud, ¿comprendes? . . .

PAULINA (*Firme*) Déjame a solas con él . . . No haré nada que te perjudique . . .

ANA (*La lleva aparte*) Tú eres fuerte . . . Yo no lo soy . . . No sabría qué hacer sola . . . Haz conmigo lo que quieras, pero no me dejes . . . (*Sale*)

HANS (*A Paulina que se sienta*) Mi vida no es tosca, ni vulgar, Paulina . . . Parezco un campesino, pero toco la flauta en las tardes . . . Me siento bajo el tilo a mirar las estrellas . . . y . . . y . . . estoy robusto aún . . . Puedo tener mujer . . . ¿Quiere Ud. ser mi mujer, Paulina? . . .

PAULINAl —Ud. no es tosco ni vulgar, Hans . . . Al contrario, es el más fino de los hombres . . . Estoy segura que podría ser muy feliz junto a Ud., pero . . .

HANS —¿Qué? . . .

PAULINA —No puede ser, Hans . . .

HANS —¿Y por qué no? . . .

PAULINA —Es difícil decirle . . . Ud. podría pensar que es tozudez de mi parte, pero . . . En cierto modo debo mi vida a Ana . . .

HANS —¿Ana? . . . No comprendo. (*Ultrajado*) Yo no le ofrezco cambiarme a mí por ella, tampoco . . . Le ofrezco un marido . . .

PAULINA —Comprendo, Hans, no se enoje . . .

HANSnN —Esa mujer ha vivido de Ud. toda su vida . . .

PAULINA —Ana es uno de esos seres heridos que necesita el rencor a otros para soportarse . . .

HANS —¿Y por qué tiene que hacer Ud. ese sacrificio? . . .

PAULINA —Porque le doy su única oportunidad de amar, que es cuando descubre que no puede odiar tanto como quisiera . . . A veces ha llegado a ser muy cruel, es cierto . . . Pero yo he visto brillar sus ojos bañados en lágrimas . . .

HANS —No comprendo . . . ¡No comprendo nada! . . .

PAULINA —Hans, ella me necesita mucho, mucho más que Ud. . . . Sé que vivir con Ud., debe ser mucho más alegre, ¿pero y ella? . . . No podría ignorarla . . .

HANS —Es su religión, ¿ve? . . . Es su religión que la hace pensar locuras . . .

PAULINA (*Cariñosa, resueña*) Sí, Hans, es mi religión . . . (*Tomándole de un brazo*) Además, estoy tan acostumbrada a vivir sola . . . que sencillamente no sabría qué hacer viviendo con un hombre . . . Las solteronas nos ponemos un poco . . . cobardes, ¿sabe? . . .

HANS —No comprendo, pero me doy por vencido . . . ¿Qué le voy a hacer?

PAULINA —Esta será siempre su casa . . . No deje nunca de venir, porque necesito su presencia . . . Y sea cariñoso con Ana, ¿quiere? Agradece tanto cuando siente que no la rechazan . . .

HANS —Si Ud. me lo pide . . .

PAULINA —Vaya a convidarla a jugar una manito de póker, ¿quiere? . . . La hará feliz . . .

HANS (*Le toma las manos*) Si Ud. me lo pide, Paulina . . . Ud. es tan . . . tan . . .

PAULINA —Vaya . . . Yo tengo que hacer . . . Luego me juntaré a Uds. . . . (*Hans se aleja hacia la casa. Paulina lo observa con ternura y se vuelve hacia el cuarto de Pablo. Golpea la puerta delicadamente. Pablo ha estado mirando el techo con ojos inexpresivos. No responde a la llamada. Paulina vuelve a golpear y entra con cautela . . .*) ¿Y cómo se siente ahora, señor? . . .

PABLO (*Confundido, áspero*) Estoy bien, gracias . . .

PAULINA —¿Le duele la pierna? . . .

PABLO —Menos . . .

PAULINA —Parece que está incómodo . . . Le arreglaré la almohada. (*Procede sin resistencia de Pablo*) ¿Un poco de agua?

PABLO (*Bebe, mirando a Paulina*) . . .Gracias . . .

PAULINAl —Qué bendición para Ud. tener a alguien como la Polla que lo cuide, ¿no le parece? . . . Imagínese lo que hubiera sido para Ud., si esto le hubiera pasado estando solo . . .(*Toma la fotografía del velador*) ¿Su madre?

PABLO (*Parco*) Sí . . .

PAULINA —Encantadora . . . Parece una reina . . . La reina suave y tierna de los cuentos de hadas . . . La clase de madre que todo hombre desea, ¿no cree?

PABLO —Puede . . .

PAULINA —La clase de mujer abnegada que lo da todo y no pide nada en cambio, ¿no le parece? . . . La compañía que le conviene a los hombres . . . Ud. debe quererla mucho, ¿no?

PABLO (*Incómodo*) Sí . . . ¿Qué quiere decir con eso? . . . ¿Por qué me pregunta?

PAULINA (*Decidida*) Veo todas esas cualidades en esta cara . . . Ud. debió pensar en esa clase de devoción ciega cuando cortó esta fotografía de una revista.

PABLO —¿De qué está hablando? . . . Es mi madre . . .

PAULINA —No, no lo es . . . Es el rostro de una vieja actriz europea . . .

PABLO (*Mira hacia otro lado*) Déjeme . . .

PAULINA —¿Por qué ha hecho esto? . . .

PABLO —¡Déjeme, le digo! . . . (*Silencio de Paulina; lo mira*) ¡Y qué! . . . ¿Y qué si no es mi madre? . . . (*Vuelve a mirar hacia otro lado*)

PAULINA —¿Qué objeto tenía engañar a otros con esto? . . .

PABLO —¡No sé! Corté eso de una revista, es cierto . . . Lo llevo conmigo desde el día en que me arranqué de la pieza de la mujer que decía ser mi madre . . . Tenía doce años . . . Casi toda la noche sin poder olvidar esa risa suya en la pieza del lado . . . con el cliente de turno . . . Terminé agotado y me dormí en un camión en que estaba esa revista . . .

PAULINA —¿Y qué quiere ahora? . . . ¿Castigar a todas las mujeres?

PABLO —La Polla no es para madre . . . La recogí en la calle . . .

PAULINA —¡Y Ud. no es digno de ser padre! . . .Qué egoísmo el suyo de retener a una mujer para echar sobre ella todo su rencor . . . Y cuando llega el momento en que ella lo necesita . . . ¡correrse cobardemente con una justificación mezquina! . . . ¿Qué clase de hombre es Ud. que no se puede sobreponer a su dolor? . . . ¿O qué le pasa? ¿Tiene miedo de enfrentar a una mujer decente? . . .

PABLO (*Dejándose caer, débil*) Será mejor de lo que yo creo . . . pero eso no quita que sólo quiere tener a ese niño por razones mezquinas . . . Para salvar su pellejo miserable.

PAULINA (*Con calma, midiendo sus palabras*) Esa niña no tiene a su hijo por miedo a morir . . . Lo desea sabiendo que es el último que Dios le ofrece . . . (*Pablo la mira*) Sí . . . Ud. no había pensado en eso, ¿no es verdad? . . . Es lo que le dijo el doctor . . . Que no podía tener otro . . .

PABLO —¿Qué? . . . ¿Cómo? . . .

PAULINA —Esa pobre mujer lo está arriesgando todo, incluso perderlo a Ud., por tener a esa criatura . . .

PABLO —¡Eso no es verdad!

PAULINA —Siento gran piedad por Ud. joven . . . Ha estado viviendo cuatro años con una mujer llena de ternura . . .un hermoso ser humano . . . y no ha podido ver en ella más que a una cualquiera . . . ¡Qué pérdida de tiempo! . . .

PABLO —¿Por qué me mintió la Polla? . . . ¿Por qué me fue a mentir así? . . .

PAULINA —Por miedo de perderlo . . . ¿perder qué? . . . Ud., tal como es, no puede ser padre de nadie . . . (*Se levanta para irse*)

PABLO —¿Adónde va? . . . No, no me deje ahora . . .

PAULINA —Es ahora que Ud. tiene que estar más solo que nunca . . . (*Sale de la pieza y se encuentra con Ana que viene desde la casa*)

ANA —Paula . . . ¡Tu alemán está tan cariñoso conmigo! . . . ¡Me ha ofrecido asiento a su lado y me ha servido guindado! . . .¿Será que le estoy cayendo simpática? ¿No tengo la dureza de antes, no crees?

. . . Estaba pensando . . . ¿Por qué no me traes tú misma el tilo esta noche? . . . ¿Me lo traerás a la cama?

PAULINA —Yo te lo llevaré, Anita . . . ¿Invitaste a Hans a jugar al póker?

ANA —Sí, Paula . . .

PAULINA —¿Convidemos a don Aníbal, también?

ANA —Déjame a mí. (*Golpea la puerta. Sale Aníbal C.*) ¿Nos acompaña a una mano de póker, señor?

ANÍBAL C. —¡Cómo no . . . con mucho gusto! (*Entra y sale poniéndose el vestón y la corbata*) Debo manifestarles que hoy le he dado una lección a ese troglodita . . . ¡Le ofrecí golpearle el día que se levante y juro por mi madre, que en paz descanse, que lo haré! . . . ¡Aunque se me quiebre la mano! (*Desaparecen dentro de la casa. Ha avanzado la tarde. Una leve oscuridad ha invalidado la escena. La luz se concentra en dos lugares de acción: el cuarto donde yace Pablo y el cuarto de Aníbal, del que acude el tecleo furioso de la máquina de escribir*)

PABLO (*Debatiéndose en extrema angustia. Con voz que crece en intensidad*) Polla . . . Polla . . . Poolla . . . Poooolla! . . . ¡Pooooollaaaaa! . . . (*El tecleo se interrumpe un instante. Luego continúa más furioso. Un momento sólo llenan el escenario los gritos de Pablo, cortados por intermitencias del ruido de la máquina. Finalmente Pablo no puede más. Saca dolorosamente sus piernas vendadas de la cama y emprende la travesía del patio, apoyado en su bastón. Apenas alcanza a aferrarse del marco de la puerta del cuarto de Aníbal. Casi cae dentro de la pieza. Bajo un rayo de luz está la Polla inclinada sobre la máquina, tecleando con torpe determinación*)

POLLA —(*Se levanta de un salto, lo sujeta*) ¡Negro! ¿Qué te pasa? ¿Qué estás haciendo? ¡Dios mío! (*Pablo cae a sus pies, se abraza de sus piernas*) ¿Qué te pasa, Negro? . . . ¡Levántate, Negro! . . . ¡Levántate! (*Lo ayuda a incorporarse*)

PABLO —Te llamé, pero no viniste . . . ¿Por qué no viniste cuando te llamé?

POLLA —¡Las locuras que haces! ¡Se te van a abrir todas las heridas! ¡Vuelve a tu cama! . . . Ven . . . Despacio. (*Lo conduce hacia la pieza*)

PABLO (*Sin dejar de mirarla*) ¿Por qué no viniste cuando te llamé? . . .

POLLA —Me has llamado tantas veces para nada . . . (*Ayudando a meter sus piernas en la cama*) Así . . . ¡Despacio . . . Con cuidado! . . . ¿Por que has hecho esto, Negro? . . . ¡Quieres pasar toda tu vida en cama . . .!

PABLO —¿Por qué me mentiste? . . . Me mentiste sobre lo que te dijo el doctor . . . (*Ante la mirada de temor de Polla*) ¿Por qué me mentiste? . . . ¿Crees que podría haber llegado a hacerte perder a ese niño, sabiendo que no podrías tener otro? . . . (*Polla baja la cabeza*) Y ahora, ¿te ibas a ir? . . .

POLLA —Aunque se me hubiera partido el alma . . . En cuanto te mejoraras . . .

PABLO —¿Y qué habrías hecho? . . . ¿Dónde ibas a ir? . . .

POLLA —No sé . . . Lo que viniera . . .

PABLO —¡Oh, Polla! . . . ¡Dios mío! . . .

POLLA —¿Qué? . . . ¿Qué he hecho? . . .

PABLO —Abrázame . . . (*La abraza*)

POLLA (*Sin explicarse el cambio de actitud*) ¿Qué te pasa, Negro? . . . ¿Te vas a enojar conmigo, de nuevo? . . . No te habría dejado si no fuera por el niño . . . (*Rendida*) Tú no me haces daño, porque te quiero, Negro . . .

PABLO —No me digas nada . . . Lo comprendo todo . . .

POLLAo —Negro . . . ¿Es cierto? . . . ¿Es cierto que vuelves a quererme?

PABLO (*La toma las manos. Polla está muda. Se ha llevado las manos a la cara y lo mira conturbada*) Nos casaremos . . . Ese niño debe nacer con padre y madre . . . Conseguiré trabajo . . . Mis muñecas están firmes todavía, ¿ves? . . . Iremos al sur los tres . . .

POLLA —¡Oh, Negro! . . .

PABLO —Le enseñaré a manejar camiones al niño. (*Silencio de Polla*)

POLLA (*Después de un silencio que se prolonga como una agonía*) Dijiste . . . ¿dijiste que te querías casar conmigo, Negro? . . .

PABLO —Sí, ¿por qué? . . . ¿Qué te pasa? . . . ¿Por qué lloras? . . .

POLLA —Oh, Negro . . .

PABLO —¿Qué te pasa? . . . ¿Por qué lloras? . . . ¿Por qué estás llorando? ¿Qué te pasa? . . . ¿Qué te pasa, mujer? . . . (*Polla va resbalando a los pies de la cama, mirando a Pablo, muda. De dentro surgen voces*)

PAULINA (*Adentro*) El té ya va a estar listo . . . (*Salen al patio*)

ANA —Sirvámoslo aquí afuera, Paulina . . .

HANS —¡Uuf! . . . Hace calor aquí . . .

ANÍBAL C. —Podríamos jugar afuera, también . . .

ANA —Sí, ¿por qué no? . . . Buena idea . . . Traeré una lámpara . . .

HANS —Sí, pero primero, ¿por qué no se saca esa corbata, homgre? ¿No se ahoga así? . . . ¡Qué homgre! ¡Qué homgre éste!

TELÓN

LOS INVASORES

Obra en dos actos,
el primero dividido en dos cuadros
1963

PERSONAJES:

Pietá
Meyer
China
Toletole
Marcela
Bobby
Alí Babá
El Cojo

ACTO PRIMERO

Cuadro I

Escenario: Un living de alta burguesía. Cualquiera; son todos iguales. Lo importante es que nada de lo que ahí se ve sea barato.

A la izquierda, un porche a mayor nivel, con la puerta de entrada de la calle. Al fondo, la escalera de subida al segundo piso. A la derecha, una puerta que da a la cocina y una ventana que mira al parque.

Cuando se alza el telón, está en penumbra. Es de noche. Después de un rato, ruido de voces en el exterior, llaves en la cerradura, y luego, una mano que prende las luces.

Entran Lucas Meyer y Pietá, su mujer. Visten de etiqueta, con sobria elegancia.

En cuanto se prenden las luces, Pietá se lanza al medio de la habitación. Abre los brazos. Gira sobre sí misma.

PIETÁ (*Radiante*) —¡Oh, Lucas, es maravilloso . . ., es maravilloso! (*Gira*) ¡La vida es un sueño . . . , un sueño! (*Se lleva las manos a las sienes y mira hacia el cielo*) ¡Ven! (*Meyer se acerca a ella y la abraza por detrás; ella, sin mirarlo, siempre con los ojos en el cielo*) Alguna vez, ¿algún . . . «ruido» entre nosotros? . . . ¿Uno de esos ruidos terribles, sordos . . ., como entre los otros? (*Meyer niega mudo*) ¿Sólo pequeños ruidos? (*Meyer afirma. Pietá gira y lo besa con fuerza*) ¿Por qué? . . .¿Porque somos ricos? . . .

MEYER —Puede . . .

PIETÁ —Ricos . . ., ricos . . ., ricos . . ., ricos . . ., ricos . . ., ¿Qué significa? . . . ¡Ricos! (*Ambos ríen*) ¿Qué significa?

MEYER —Felicidad . . .

PIETÁ —Sí . . . Libres como pájaros . . . Doce horas para llenarse le piel de sol . . . Y, en la noche, perfume . . . Pero ¿es sólido todo eso?

MEYER —¿Sólido? ¿Y por qué no?

PIETÁ —No sé . . . Me asusta . . . Cuando todo sale bien, me asusto.

MEYER —He gozado la noche, mirándote . . . Irradias. (*La besa)*

PIETÁ —Sí, soy hermosa . . . Me siento hermosa . . . Eres tú, Lucas . . . Todo lo que pones a mi alrededor me embellece.

MEYER (*Oprime su talle*) El talle fino . . . (*Toca sus caderas. Besa su cuello*) Eres mujer, Pietá . . . Mujer, con mayúscula . . . Mi mujer . . . Me haces olvidar que envejezco. Eso no está bien; es contra natura.

PIETÁ(*Con sensual coquetería*) ¿Me lo reprochas?

MEYER —Sabes que no, pero . . . son cincuenta años, mujer.

PIETÁ (*Toca la punta de su nariz con su dedo enguantado*) Durante el día en tu fábrica, cuando le dictas a tu secretaria y te pones grave, tal vez; pero de noche, eres eterno . . . Soy yo quien te lo aseguro . . . (*Lo chasconea levemente*) Vientidós años casada contigo, Lucas, y no me has aburrido . . . ¡Gracias!

MEYER —Te compraría el mundo, si eso te entretuviera . . .

PIETÁ —Lo sé . . ., y eso me asusta un poco.

MEYER —¿Te asusta?

PIETÁ (*Alejándose un poco de él*) Susto o temor, no sé. En todo este aire de cosas resueltas con que me rodeas, esa sombra de tu . . . invulnerabilidad . . .

MEYER —Invulnerable . . ., ¿yo?

PIETÁ —Nunca una duda, nunca un fracaso . . . Pones tus ojos en algo y vas y te lo consigues. Simplemente te lo consigues. Nunca has dejado de hacerlo . . . Tal vez hasta me conseguiste a mí de esa manera.

MEYER (*La abraza*) Oh, vamos . . .

PIETÁ —Es verdad . . . Te temo . . . Para qué lo voy a negar; o temo por ti, no sé . . . Cuando nos casamos tuve que preocuparme del porvenir como cualquier mujer; partimos con tan poco . . . Pero muy pronto, poco a poco, cada inversión, la justa; cada disposición, la precisa, y al fin, esta mansión, «la mansión de los Meyer», y tu posición de ahora, inviolable . . .

MEYER —No todo me ha resultado tan fácil, como suena dicho por ti.

PIETÁ —¿Y por qué tengo, entonces, esa sensación de . . . vértigo, eh? ¿de peligroso desequilibrio? . . . Creo en la justicia divina . . . Sí, sí, tal vez sea una supersticiosa, una primitiva, pero no todo les puede resultar siempre bien a los mismos.

MEYER (*Riendo*) Les llegó el turno a los otros, ¿eh?

PIETÁ —No te rías.

MEYER —¿No es ése el pánico del día? ¿También llegó a ti la cháchara idiota?

PIETÁ —No es eso . . .

MEYER —¿Por qué mencionas todo esto, entonces? Nunca hablamos de estas cosas.

PIETÁ —No sé . . . Tal vez la gente de esta noche. Al verlos a todos tan . . . desfachatados. ¡Insolentes, sí! . . . (*Como recolectando recuerdos*) De repente, pensé que era el fin. Risas que celebraban el fin. Una perfección corrupta. (*Se vuelve hacia él*) Tengo miedo, Lucas.

MEYER —¿Miedo? . . . Pero ¿de qué?

PIETÁ —No sé . . . Miedo, simplemente. Un miedo animal. Esta noche donde los Andreani, rodeada como estaba de toda esa gente, sentí de pronto un escalofrío. Una sensación de vacío, como si me hundiera en un lago helado . . ., en un panorama de niebla y chillidos de pájaros.

MEYER —¡Absurdo!

PIETÁ —Sí, absurdo, pero ¿qué es ese miedo? Existe. Es como un presagio.

MEYER (*Cortante, de pronto*) No sé de qué estás hablando . . . Deben ser tus insomnios.

PIETÁ (*Alarmada*) No sufro de insomnios, Lucas.

MEYER —¡Niebla y chillidos de pájaros! ¿Cómo puedo interpretar yo tamaña tontería? . . .

PIETÁ —Tú sabes. ¿Has sentido lo mismo? . . . ¿Qué es?

MEYER —Te digo que no sé de qué estás hablando.

PIETÁ —Sí, sí sabes . . . Esta noche estabas insolente, lo mismo que ellos . . ., la misma rudeza . . ., la misma risa dolorosa . . . ¿Qué va a pasar, Lucas?

MEYER (*Lentamente, midiendo las palabras*) Ayer en la tarde estuvieron unas monjas de la Caridad en mi oficina y les hice un cheque por una suma desmesurada; por poco hipoteco la fábrica a su favor . . . He estado pensando mucho sobre eso, desde ayer . . . ¿Qué me impulsó a ello? . . . Lo curioso es que ni siquiera abogaron mucho por mi ayuda . . . Simplemente se colaron en mi oficina como salidas del muro y se plantaron ante mí con las manos extendidas, y yo les hice el cheque . . ., como si estuviera previsto que no me iba a negar. Después se retiraron haciendo pequeñas reverencias y sonriendo con ironía, casi con mofa . . . como si toda la escena hubiera estado prevista.

PIETÁ —¿Fue miedo lo que sentiste?

MEYER —No . . . Lo hice simplemente como si fuera lo natural. En el fondo, sentí que, si no lo hubiera hecho, esas monjas se habrían puesto a llorar por mí . . .

PIETÁ —¿Llorar por ti?

MEYER —Sí. Creo que quise evitarles ese trance . . . penoso. Extraño . . .

PIETÁ —Paralización . . . Como lo que le sucedió a Bobby el otro día, el día helado y húmedo de la semana pasada, ¿recuerdas? (*Lucas asiente*) Ese día le quemaron su chamarra de cuero a Bobby en el patio de la Universidad.

MEYER —¿Quemaron? . . . ¿Su chamarra de cuero?

PIETÁ —Sí, no te lo quise contar entonces para evitarte molestias. Sucedió cuando los muchachos salieron de clases por la tarde y pasaron por al guardarropía a recoger sus abrigos . . . No había abrigos en ese guardarropía . . .

MEYER —¿Qué habían hecho con ellos?

PIETÁ —Gran Jefe Blanco, el viejo portero albino, del que hacen burla los muchachos, porque con el frío del invierno se le hinchan las articulaciones de los dedos y gime de dolor tras su puerta, había hecho una pira en el patio con los abrigos y se calentaba las manos sobre la lumbre . . .

MEYER (*Ultrajado*) ¡Pero eso no es posible! ¿Qué hacían las autoridades de esa Universidad para impedir ese atropello?

PIETÁ —Nada. Estaban todos, el Rector y el Consejo, mirando el espectáculo desde las galerías . . . Algunos hasta aplaudían . . .

MEYER —Imposible.

PIETÁ —Así fue . . .

MEYER —¿Dónde vamos a parar? ¿Si no paramos esas insolencias? ¿Por qué no echaron a patadas a ese depravado?

PIETÁ —Por la misma razón que hiciste tu cheque.

MEYER —¡Pero si es idiota! ¿Dónde vamos a parar, repito? Echarlos a patadas . . . ¡Es lo que voy a hacer con esas monjas si se vuelven a colar en mi oficina! . . .

PIETÁ —Fue absolutamente de mal gusto de parte de la Renée salir a bailar con el *garçon*, hoy, durante la fiesta, ¿no te parece? Se veía que lo hacía con repugnancia . . . Su condición de dueña de casa no la obligaba a ello, ¿no crees?

MEYER —La gente ha perdido sus nervios . . . Ha habido tanto palabreo, últimamente, de la plebe alborotada, que todos hemos perdido un poco el juicio . . . El mundo está perfectamente bien en sus casillas.

PIETÁ —Sí . . . Flota un espanto fácil, como el de los culpables. No somos culpables de nada, ¿no es cierto?

MEYER —Ya lo creo que no.

PIETÁ —Tu fábrica . . ., esta casa, no las hemos robado, ¿no es verdad?

MEYER —Todo ganado honestamente, en libre competencia.

PIETÁ —¿Qué, entonces?

MEYER —Te digo que es estúpido . . . Nadie puede perturbar el orden establecido, porque todos están interesados en mantenerlo . . . Es el premio de los más capaces.

PIETÁ —Por otra parte, Lucas . . . nuestros hijos. Al verlos, ¿a quién le cabrían dudas de que son hijos perfectos de una vida perfecta, no crees?

MEYER —Evidentemente. Marcela crece como una bella mujer . . . Bobby, un poco loco de ideas, pero . . . Está bien . . . No más amenazas, entonces, ¿eh? . . .

PIETÁ —Pobre niño . . . Me ha prometido ayudarme en mi jardín . . . Odia podar las rosas, el pobre. ¿Has visto cómo cubren ya mi glorieta?

MEYER (*Besa sus manos*) Sí . . . Tus manos milagrosas.

PIETÁ —Es un hermoso jardín . . . Estoy orgullosa.

MEYER —Y yo de ti. (*La besa*) Vamos, es tarde. Mañana es un día de mucho trabajo . . . (*Se encaminan hacia la escalera, abrazados*)

PIETÁ (*Deteniéndolo al pie de la escalera*) Dime . . . ¿Tú viste también a esa gente extraña que andaba por las calles mientras veníamos a casa?

MEYER —¿Gente extraña?

PIETÁ —Sí . . . Como sombras, moviéndose a saltos entre los arbustos.

MEYER —Ah, ¿quieres decir los harapientos de los basurales del otro lado del río?

PIETÁ —¿Eran ellos?

PIETÁ —Podría jurar que vi a dos de ellos trepando al balcón de los Andreani, como ladrones en la noche.

MEYER (*Algo impaciente al fin*) ¡Oh, vamos, Pietá! Esa gente es inofensiva; ninguno se atrevería a cruzar una verja y menos a trepar a un balcón. ¿Para qué crees que les dejamos nuestros tarros en las aceras? . . . Mientras tengan donde hozar, estarán tranquilos. ¿Vamos?

PIETÁ —Esta noche me dejarás dormir contigo, ¿quieres?

MEYER —¡Oh, vamos! Creo que exageras un poco. Si alguno de esos infelices se atreviera a entrar en esta casa, Nerón daría buena cuenta de él con sus dientes afilados . . .

PIETÁ —Sí, pero . . . me dejarás dormir contigo, ¿no es verdad? (*Se cobija contra él, mientras desaparecen ascendiendo por la escalera. De pasada Meyer apaga las luces y la habitación queda a obscuras; sólo una débil luz ilumina la ventana que da al jardín. Después de un rato, se proyectan unas sombras a través de ella y luego una mano manipula torpemente la ventana, por fuera. Un golpe y cae un vidrio quebrado. La mano abre el picaporte y por la ventana cae China dentro de la habitación. Viste harapos. Forra sus pies con arpillera, y de sombrero luce un colero sucio, con un clavel en la cinta desteñida. Contradice sus andrajos un cuello blanco y tieso, inmaculadamente limpio. Desde el suelo observa la habitación con detenimiento. Arriba se oyen pasos.*)

VOZ DE MEYER —¿Qué hay? ¿Quién anda? . . . ¿Quién anda ahí? (*Se prende la luz y asoma Meyer en lo alto de la escalera. Desciende cautelosamente. Ve a China y corre hacia la consola, de la cual saca un revólver que apunta sobre el intruso*) ¿Y usted? . . . ¿Qué hace aquí? ¿Qué hace dentro de mi casa?

CHINA (*Lastimero*) Un pan . . . Un pedazo de pan . . .

MEYER —¿Qué?

CHINA —Un pedazo de pan, ¡por amor de Dios!

MEYER —¿Qué te pasa? ¿Estás loco? ¡Entrar a mi casa rompiendo las ventanas! ¡Fuera de esta casa! . . . ¡Fuera de esta casa, inmediatamente! (*Ante la impasividad del otro*) ¡Fuera, te digo! . . . ¿No me oyes? . . . ¿O quieres que llame a la policía? (*Pausa penosa*) ¿Qué te pasa, hombre? ¿Eres sordo? . . .

CHINA —Un pedazo de pan . . .

MEYER —Te descerrajo un tiro si no sales de inmediato. (*Apunta*)

CHINA —Era inevitable . . .

MEYER —¿Qué dices?

MEYER —¿Qué dices?

CHINA —Que era inevitable que dijera «te descerrajo un tiro», y que tuviera uno de ésos (*Indica el revólver*) escondido en alguna parte por ahí . . . Se lo dije al Mariscal . . .

MEYER —¡Te doy diez segundos! Cuento . . .Uno . . . Dos . . . Tres.

CHINA —¿Todo por un pedazo de pan?

MEYER —Cuatro . . . Cinco . . .

CHINA —Una bala de eso cuesta más que el pan que le pido. El Mariscal discutió que era seguro que tendría «eso» (*el revólver*) en casa, pero que sería práctico . . . y lógico. Aunque fuera tan sólo pan duro; no me quejo.

MEYER —Está bien; te doy el pan, pero te vas de inmediato por donde entraste, ¿entiendes? (*Sale hacia la cocina y vuelve con un pan que lanza al otro*) Y ahora, ¡fuera!

CHINA —¿Ve? . . . El Mariscal tenía razón. (*Sonriendo candorosamente*) Total . . . un harapiento. Nadie cambia un harapiento por una conciencia culpable. (*Masca el pan*) La culpa de todo la tiene su empleada. No había más que papeles sucios y restos de sardina en el tarro . . . No como sardinas; me producen urticaria. (*Lanza un eructo fuerte*)

MEYER —Seis . . . Siete . . . Ocho . . .

CHINA —Es inútil; no se exponga al ridículo . . .

MEYER —¿Oué es lo que es inútil?

CHINA —Que pretenda contar hasta diez . . .

MEYER —¿Por qué?

CHINA (*Sonriendo ampliamente*) Todos sabemos que sabe contar hasta diez y más de eso . . .

MEYER (*Rugiendo*) ¡Nueve!

CHINA —¡No siga! . . . ¡No va a disparar! . . . Es mejor que no siga . . . Evitemos la vergüenza . . .

MEYER —¡Diez! (*El revólver tirita en su mano al apuntar a China; no dispara*)

CHINA —¿Ve? . . . Es una lástima . . . Ahora nos será más difícil entendernos . . . Ahora usted ya me odia . . . (*Con fingida desazón*) Yo sabía que no dispararía. En cuanto dijo «te descerrajaré un tiro», lo supe. Los que saben matar no le ponen nombre al acto. Simplemente aprietan el gatillo, y alguien muere. Uno les pone nombre a las cosas para ganar tiempo. (*Saborea el pan*)

MEYER (*Algo perplejo*) ¿Quién es usted?

CHINA —Sí, eso es lo que se hace acto seguido: averiguar el nombre. Parece que con saber el nombre de nuestros enemigos se nos hace más fácil dar en el blanco. Me llaman «China», y usted es Lucas

Meyer, el industrial . . . (*Se acomoda en el suelo*) Y ahora que hemos cumplido con esta primera formalidad, puede irse a la cama, si quiere . . . Comprendo que es suficiente para usted para ser el primer encuentro. Que Dios acompañe a usted y a su bella esposa en su sueño . . . Buenas noches.

MEYER (*Ultrajado*) ¿Qué se ha imaginado? . . . ¡Salga de esta casa de inmediato! ¿Me oye? (*China duerme impasible*) ¿Me oye? . . . ¡Fuera, digo! (*Pausa*) Está bien; puede dormir aquí esta noche, pero mañana, al alba, antes que nadie mueva un dedo en esta casa, usted sale por el mismo lugar por el que se coló, ¿entiende? ¡Que no lo encuentre dentro de la casa! (*Se dirige hacia la escalera*)

CHINA (*Sin levantar la cabeza*) Ya le decía yo al Mariscal que usted era un buen hombre . . . Un hombre que da trabajo a tanta gente en su fábrica no puede ser otra cosa que un buen hombre . . . ¿Cómo iba a permitir que un harapiento muriera de frío, al dormir bajo el rocío helado? . . . ¡Gracias, buen hombre! (*Meyer va a apagar las luces, cuando se oyen pasos arriba*)

VOZ DE PIETÁ —Lucas, ¿por qué te demoras tanto? ¿Qué pasa?

MEYER —¡Nada, mujer! . . . ¡Un gato que entró por la ventana! ¡Ya lo eché a la calle!

CHINA (*Antes de los gestos de Meyer que lo conminan a hablar más bajo*) ¡Eso fue inteligente! . . . ¡Muy inteligente! ¡Nadie habría sabido encontrar salida más honorable a la situación! . . . ¡Estupendo!

VOZ DE PIETÁ —¿Qué pasa, Lucas?

MEYER —Voy, mujer, voy. (*Sube y apaga la luz. La escena sigue un rato a obscuras. Luego se ve otra mano que asoma por fuera, en medio del haz de luz. Palpa el cerrojo. Tamborilea contra los vidrios*)

VOZ DE TOLETOLE —¡China! ¡Abre, China! (*China muge*) ¡China, sé bueno! ¡Hace frío! (*Sigue tamborileando los vidrios, débil e intermitentemente*) ¡Ay, ay! ¡Chinita!

CHINA (*Levantándose, al fin, con mucho trabajo. Abre la ventana. Gruñe*) Te dije que no entraras hasta mañana . . .

TOLETOLE (*Sólo su cara asoma afuera; plañidera*) Hace frío afuera, China.

CHINA —Con dos de repente, se va a asustar . . .

TOLETOLE (*Tirita*) ¡Ay! ¡Ay! . . . ¡Por Diosito!

CHINA —Está bien, entra . . . ¡Rápido!

TOLETOLE (*Entrando torpemente*) Dos no caben en la casucha del perro. (*Casi llorando*) Alí Babá se coló primero . . . Traté de meterme, pero me pateó la cara. ¡China! ¡Mira!

CHINA —¡Chist! ¡Cállate! ¿Quieres que nos oiga, estúpida? . . . No quiero que se nos asuste . . . Con uno bastaba para la primera noche. Tiéndete ahí (*indica*) y calla la boca. (*Toletole se acurruca donde le*

encarnada de raso en el pelo desgreñado. Se cubre con un enorme vestón de hombre deshilachado. Los bolsillos abolsados están llenos de cosas. Se ovilla como un animal junto a China)

TOLETOLE (*Después de permanecer un rato yerta y como a la expectativa, respirando ruidosamente y tiritando*) ¿Cómo lo tomó, China?

CHINA —Duerme . . .

TOLETOLE (*Después de un rato*) ¿Sacó revólver y te amenazó con la autoridad, China?

CHINA —Mmm . . . Es práctico; mostró misericordia . . .

TOLETOLE —El primer día es fácil; vamos a ver mañana, ¿no es cierto?

CHINA —¡Cierra la jeta! ¡Duerme!

TOLETOLE (*Tras pausa*) ¿Cómo es la casa? . . . ¡Bonita! Está tan obscuro; no se ve nada. (*Al no recibir respuesta*) Tengo salame . . ., ¿quieres? (*Saca de un bolsillo un trozo de salame, junto a dos girasoles de paño atados a tallos de alambre, unas herramientas nuevas de carpintería, escofina, etc., unas matracas multicolores y un calendario doblado en cuatro que representa un desnudo de mujer. Amontona todo cuidadosamente junto a sí. El desnudo lo cuelga sobre un cuadro del muro. Mientras, observa cada objeto con interés infantil*) Para cuando te instales . . ., te arranches . . . Flores para mi pieza . . . Una mona desnuda para Alí Babá . . . Se la quise dar en la casucha del perro, pero me pateó la cara. (*Toma las matracas*) Y esto, para los críos, si alguna vez quieres que te los dé . . . (*Hace girar las matracas, que suenan con gran algazara*)

CHINA (*Incorporándose de un salto; se las arrebata*) ¿Qué estás haciendo, estúpida? ¿No te dije que no hicieras ruido? ¡Ahora se va a asustar! . . . (*Mira las matracas*) ¿Y esto? ¿De dónde las sacaste?

TOLETOLE (*Aterrada*) De los Almacenes Generales de Plaza Victoria.

CHINA —Saqueo . . . ¿No te dije que no saquearas?

TOLETOLE —Estaba abierto, China . . . Habían arrancado las puertas. Todos se metían . . .

CHINA —¡Imbéciles!

TOLETOLE —Yo no quise, pero me arrastraron dentro . . . Y entonces, era llegar y agarrar . . . Trenes eléctricos, China . . . Así, un montón . . . Y batas . . . Batas de todos colores . . . Y muñecas, ¡así de grandes! Me amarré las manos, pero no pude, China; agarré.

CHINA —Ahora tendrán ellos la última palabra . . .

TOLETOLE —Pero todo el mundo estaba feliz; eso también es bueno. Había gente en todas partes . . ., sentados en los mesones . . ., resbalando por las escaleras . . . Riendo y riendo, con la boca así de grande. ¿Sabes lo que hizo el Tísico? Salió a la calle, bailando abrazado de un maniquí desnudo. Todo el mundo le hizo rueda, mientras bailaba, mordiéndole los pechos de palo. (*Ríe*)

abrazado de un maniquí desnudo. Todo el mundo le hizo rueda, mientras bailaba, mordiéndole los pechos de palo. (*Ríe*)

CHINA (*Se ablanda; sonríe*) Lo malo es que ahora serán ellos los ultrajados . . . Saqueo, dirán, e invocarán la legitimidad del orden. (*Como para sí, sabiendo que ella no entiende*) Quisiera que al final todo se hubiera hecho como envuelto en sábanas blancas . . ., limpio como el corazón de uno de nuestros muertos, pero . . . tal vez no es justo. (*Se oyen pasos en la escalera. Es Meyer, que se ha puesto bata. Se prende la luz*)

MEYER (*Perplejo*) Y esto . . . ¿qué significa? (*En sordina*) ¿Quién es esta mujer?

CHINA (*Imitándole, también en sordina*) Toletole . . . (*A Toletole*) Saluda al señor. (*Toletole se alza y saluda, como una niñita educada, con una genuflexión hasta el suelo; asustada*)

MEYER —¿No pensará que además deberé soportar esto? (*Toletole comienza a vagar por la habitación, mirando arrobada los objetos. Los toca con la punta de los dedos y lanza pequeñas exclamaciones de estupor y encanto*)

CHINA (*En sordina*) Claro que no. ¿Por qué iba usted a tener que soportarlo? Es demasiado.

MEYER —¿Entonces?

CHINA —Se lo advertí a ella, pero dijo que tenía frío afuera . . ., así que, si usted lo desea, la echamos fuera, con o sin frío, ¿eh?

MEYER —Bueno, es decir . . .

CHINA (*Confidencialmente*) Así, confidencialmente, le aseguro que no tiene nada puesto debajo del vestido, la sinvergüenza. Nada. Sólo la mitad de un traje de baño que se «levantó» por ahí. (*Más confidencial aun*) Eso le pone la carne azul, sobre todo en noches heladas como ésta. No es muy estimulante, pero ¿qué quiere usted? . . . Uno tiene que conformarse con lo que le toca, ¿no le parece? . . .

MEYER (*Sin saber qué decir*) Así me parece . . .

CHINA (*Chanceándose*) A veces uno llega a creer que está acostado con un cadáver. (*Se ríe*) ¿La echamos fuera?

MEYER —Usted sabe muy bien que no puedo hacerlo . . .

CHINA —¿Por qué no? Después de todo, ésta es su casa, caballero . . .

MEYER —Y después ustedes pueden decir que somos unos desalmados, ¿eh? No le daré ese gusto. Usted se queda con ella esta noche, y de madrugada, salen por ahí, ¿entiende?

CHINA —Ya lo decía yo, en cuanto vi lo limpios que tenía los vidrios de las ventanas: usted es un caballero. Sólo un caballero se preocupa de tenerlos tan limpios . . . Sin embargo, usted no debería pensar así.

CHINA —También existimos las agradecidos . . ., los que sabemos lo que cuesta amasar todo esto. (*Muestra la casa*) Es una bendición que, de vez en cuando, derramen algo sobre nosotros . . ., los irresponsables.

MEYER (*Extrañado*) ¿Usted, en verdad, piensa así?

CHINA (*Se levanta; pone un puño cerrado sobre su pecho*) Mi palabra de honor, si eso vale algo para usted.

MEYER —¡Psch! ¡Mi mujer duerme arriba! (*En ese momento, Toletole deja caer una porcelana que ha estado admirando; se quiebra con estruendo*)

CHINA —¡Mira, estúpida, lo que has hecho! ¿Cómo se lo vamos a pagar ahora?

MEYER —¡Psch! . . . No es nada . . . Es sólo una de tantas . . .

CHINA —Babosa . . .

TOLETOLE —Pero, China . . . ¿para qué te enojas? Tenemos tantas más . . . (*Muestra la porcelana rota*) De todos modos, ésa no me gustaba tanto . . . (*Meyer mira, estupefacto, a China*) ¿No me dijiste que todo esto sería mío? ¿Desde ahora?

MEYER —¿De qué está hablando esta niña?

CHINA —¡Baila, Toletole, baila! ¡Paguemos la hospitalidad del caballero! (*Resuena una música danzarina, de ritmo rápido, tocada en un solo instrumento de viento, a cuyo compás Toletole comienza a ejecutar una danza desabrida y triste; deja caer los brazos, con la mirada fija en algún punto lejano. Sólo los pies se mueven*) ¡Es nuestro número! Lo efectuábamos, por ahí, en las plazas . . ., por unas monedas. ¡Bonito, eh! . . . (*Casual*) ¿No tiene algún vinito en casa? (*Meyer hace ademán de moverse*) No, no se moleste . . . ¿Por dónde? (*Meyer indica, sale hacia la cocina*) Con permiso . . . (*Meyer, de pie paralizado, observa el ritual miserable de Toletole, que sigue bailando*)

MEYER (*Después de un rato, sin poder contenerse ya, enervado*) ¡Basta! ¡Basta ya! (*Toletole se detiene bruscamente y llora en silencio, en el momento en que China regresa, cargando una fuente con medio pollo y dos botellas de vino bajo los brazos*)

CHINA —Por favor . . . (*Indica las botellas, que Meyer toma, ya que Toletole no puede hacerlo, y las pone sobre la mesa*) Oí que no le gustó el número al caballero. (*Va sobre Toletole*) ¡Babosa! ¡Manera de agradecer la hospitalidad! (*A Meyer*) Debe perdonarla . . ., perdió todo donaire después de la neumonía del año pasado . . . ¡Imagine locura igual! Estar dos horas en el canal helado, todo por agarrar una coliflor que pasaba flotando . . . La sacamos, azul, de las mismas barbas de la alcantarilla . . . No es un espectáculo muy atractivo, es cierto. Le ruego perdonarla. (*A Toletole, que acude presurosa*) ¡Ven a servirte! (*A Meyer*) Usted nos acompaña, supongo.

MEYER —No, gracias . . . Los acompañaré desde aquí. (*Se sienta en uno de los sofás, prende un cigarrillo*)

CHINA —Naturalmente . . . (*Acariciando el pelo a Toletole, que masca el pollo con voracidad*) Antes era rubia . . ., hermosa. ¡Maldita coliflor! . . . (*Mostrando la comida*) Usted perdonará, ¿no es cierto? No pensaba hacer esto, pero dada su hospitalidad tan natural . . .

MEYER —Usted ya se sirvió.

CHINA —Es verdad . . . Urbanidad; eso es algo que suele irse con los harapos. (*Con la boca llena*) Lo mismo que la paciencia. (*Pausa*) No le molesta nuestra . . . pestilencia, ¿no es verdad? (*Ante un gesto de protesta de Meyer*) No, no . . . No disimule . . . Nosotros entendemos . . . El tufo de esto (*Tironea sus mangas*) es horrible. ¿Sabe lo que es bueno para contrarrestarlo?

MEYER —No.

CHINA (*Sonriendo con la cara llena*) El humo del cigarrillo. (*Indica el cigarrillo de Meyer*) Yo creí que usted sabía. El Mariscal dice que es la razón de los perfumes: espantar el olor de la miseria; sin duda, es un exagerado.

MEYER —Ese . . . Mariscal . . ., ¿es uno de ustedes?

CHINA —¿Uno del otro lado del río, quiere decir? (*Meyer asiente*) Sí; es un extravagante. Por él, les cortaría el pescuezo a todos los ricos.

TOLETOLE —Es un mal hombre . . ., un mal hombre . . .

CHINA —Calla y come. (*A Meyer*) Lo dice porque la asusta su ferocidad. Cuando habla de los ricos, se pone morado . . . ¿Ha visto el color de las betarragas?

MEYER —¿Betarragas?

CHINA —Ese color. Es un nihilista. Cree que con los ricos no hay caso. Sufren una especie de fiebre incurable . . . y contagiosa. Hay que gasificarlos, dice . . . ¡Extravagante! . . . No sabe que la riqueza es una especie de . . . martirio.

MEYER —De cierto modo . . .

CHINA —No sea modesto . . . De todos modos; absolutamente de todos. Vamos, dígale aquí a Toletole con qué esfuerzo montó todo esto . . . (*Ante un gesto evasivo de Meyer*) Vamos, no sea delicado . . . Cuéntele . . . Y tú (*A Toletole*), aguza el oído. Es algo que vale la pena oír . . .

MEYER —Bueno . . . Trabajé.

CHINA (*A Toletole, acercando su cara a la de ella*) ¿Oíste? . . . Trabajó, dice, ¿ves? . . . ¿Qué más?

MEYER —Evité despilfarros . . .

CHINA (*Blande la pechuga de pollo*) Sacrificios . . . Privaciones . . . Eso es lo que el Mariscal no se quiere meter en su cabeza dura, ¿ves? . . . (*Bebe vino, se va entusiasmando*) ¿Y?

MEYER —Ahorré . . .

CHINA (*Grita*) ¿Ves? . . . ¡Ahorró, dice! ¿Oíste? (*Con excitada ferocidad*) ¡Cada centavo! . . . ¡Cada maldito centavo lo ahorró con santa paciencia! ¡Cada maldito centavo que pasaba por sus manos o las manos de sus empleados, lo ponía a salvo! No había centavo que pasara por su vecindad al que no le pusiera sus manos encima . . . En cambio nosotros: botar y botar . . . ¡Siga por favor, siga!

MEYER (*Entusiasmándose a su vez, ante la euforia admirativa del otro*) Bueno . . ., no creía que esto pudiera verse por ese ángulo, pero . . . tiene razón, ¿sabe? Hay mérito en ello . . .

CHINA (*Come cada vez con mayor rabia*) ¿Mérito? . . . ¡Virtud, caballero, virtud! ¿Hasta cuándo vamos a estar con eso de que la codicia es un pecado? . . . Es lo que opinamos nosotros, los frustrados . . ., los que por exceso de humanidad o muchos escrúpulos terminamos filosofando ante una lata vacía de sardinas . . . ¡Son ustedes los que obran con justicia!

TOLETOLE (*Bostezando*) China, ¿no sería hora ya de subir? Tengo sueño . . .

MEYER —¿Subir?

CHINA (*Golpea con la palma de la mano la frente de Toletole*) Se le ha metido la idea de que su señora esposa tal vez consentiría en cederle un lugarcito en su cama. De tanto desearlo, se le ha vuelto obsesión. ¡Pobrecita! (*La acaricia*) ¡Vamos, estúpida, come! (*A Meyer*) Siga, por favor . . .

MEYER —Bueno . . ., no crea que es oro todo lo que brilla. También esto de la riqueza tiene su lado ingrato . . .

CHINA (*Rompe un huevo duro y se lo come*) ¿Cómo así?

MEYER —Se está en continuo conflicto con ciertas nociones románticas que persisten . . .

CHINA —¿Tales como?

MEYER —Gente que lo acusa a uno de quitarles lo que es de ellos . . . De darles menos de lo que esperaban . . . Pequeñas obreras feas con gesto de odio . . . Hombrecitos que no dan la cara . . . Manos pedigüeñas . . . Marañas de incriminaciones que roban el sabor de lo ganado . . .

CHINA —Comprendo . . .

MEYER —Y después . . ., la eterna preocupación por conservar lo adquirido . . . Es como estar sentado . . . sobre un cedazo, ¿comprende?

CHINA —¿En que los demás caen por los hoyitos y sólo usted queda sobre la malla?

MEYER —Hablo del dinero . . .

CHINA —Ah, el dinero . . .

MEYER —Es arena. Se escurre por los bolsillos como arena. Con el gobierno, los impuestos, las instituciones de caridad, picoteando las manos . . . Hay que poseerlo para conocer esa angustia . . .

CHINA —¿Te das cuenta, Toletole, lo difícil que es? Y después hay gente que aspira a ser rica . . .

MEYER —A usted, que parece tener comprensión, le contaré un caso para que aprecie . . .

CHINA —Cuente . . ., cuente . . .

MEYER —Hace años tuve un socio; instalamos una industria. Él puso el capital; yo administraría. El día que inauguramos ardió todo. Un desastre. ¿Sabe lo que hizo el tipo?

CHINA (*Con la mayor naturalidad*) Se colgó de una viga de acero del galpón quemado, con una liga elástica azul estampada de flores de lis blancas.

MEYER —¿Cómo lo sabe?

CHINA —Porque es inevitable que un tipo que ve arder su fábrica el día de la inauguración, cuando ha puesto en ello su vida y su esperanza, tendrá que colgarse con una liga de flores de lis blancas, de una viga o algo semejante. . .

MEYER —Y dejando al socio cargado con las más absurdas incriminaciones . . .

CHINA —Que usted ocasionó la muerte para quedarse con el molido.

MEYER —¡Eso no es verdad! . . . ¡Eso nunca fue verdad!

CHINA —Que usted torciera las cosas de tal manera que el seguro de la fábrica quedara a su nombre.

MEYER —¡Eso no es verdad!

CHINA —O que la mujer y los tres niños (dos hombres y una niña) vivieron, de ahí en adelante, en un infierno de necesidades y miserias.

MEYER —¿Cómo podía saberlo? . . . (*Ha estado retrocediendo*) ¿Quién es usted? ¿Cómo sabe esto?

CHINA (*Con intensidad*) Porque son el género de imputaciones que se hacen a los tipos que, de la noche a la mañana, después de la muerte de un amigo, aparecen dueños de la empresa . . . ¡Papanatas de ayer, con tragaderas de pirata y un alma podrida!

MEYER —¿Quién es usted?

CHINA —Un hombre que merodea . . .

MEYER (*Aterrado*) ¡El hermano que juró vengarse!

CHINA (*Con frío en la voz por primera vez*) Usted se equivoca . . . Usted ve lo que no hay . . . Me llaman «China»; uno de entre miles. Entre

nosotros no hay sentimientos de venganza; sólo una gran calma en acecho . . .

MEYER —Mirelis . . . ¿Qué es lo que deseas de mí?

CHINA (*Cambiando súbitamente a la voz anterior, pedigüeña*) Un techo para protegernos del frío, patroncito, y un poco de pan . . .

MEYER —¡No bromees conmigo, Mirelis! . . . ¡Fuera! . . . ¡No le ofrezco mi techo a un asesino!

CHINA —Paciencia, patroncito, paciencia . . .

MEYER —¡Fuera, he dicho! . . . ¡Fuera, o te saco fuera! . . . (*Va a dirigirse a la consola en que guarda el revólver, cuando, con gran estrépito, se abre la puerta de calle y entra Marcela, la hija de Meyer. Es una hermosa muchacha de un poco más de veinte años, resoluta y firme. Hay en ella un gesto insolente y algo que la hace distinta del resto de su familia. Viste un elegante traje de noche*)

MARCELA (*Entra arrastrando el abrigo de piel que alguien ha arrancado de sus hombros*) Papá, ¿qué pasa? . . . ¡La calle está llena de harapientos! ¡Hay dos hombres tendidos, aquí, en el mismo zaguán de la casa! ¡Uno trató de arrancarme el abrigo a la pasada!

TOLETOLE —Alí Babá . . .

MARCELA —Han colgado a Nerón de un pilar de la verja . . . ¿Qué pasa, papá?

MEYER (*Mirando a China*) Una visita que hace tiempo había dejado de esperar . . .

MARCELA —Pero, papá, han colgado a Nerón . . .¿Qué es esto? . . . (*Pausa; percibiendo la amenaza*) Papá, llama a la policía . . . Llama a la policía, papá, ¿qué te pasa? (*Ante la actitud de Meyer, va resuelta sobre el teléfono; marca*) ¿Aló? ¿Cuartel de policía? Hablo de la casa de Lucas Meyer . . . Insurgentes 241 . . . Se han entrado unos vagabundos a la casa y no hay forma de sacarlos . . . ¿Aló? . . . ¿Por qué silba? . . . ¿Por qué silba, policía? . . . Aló, ¿qué pasa? ¿Quién habla?

TOLETOLE —«El Manigua» . . . Le dejaron media lengua en una pelea; ahora sólo sabe silbar . . (*Marcela deja caer el fono y mira, atónita, al grupo. Por el fono, que cuelga, se oye un silbido insistente*)

MEYER (*Tras breve pausa*) Ven, niña . . . Vamos a dormir . . . Es tarde.

MARCELA —Pero, papá . . ., ¿qué haces? ¡Echa fuera a esta gente! . . . ¡Haz que salga de la casa!

MEYER —Vamos, niña, no grites . . . No despiertes a tu madre . . . Te explicaré . . . (*La toma de los hombros y la lleva hacia arriba*)

CHINA (*Una vez solos*) Se asustaron, ¿ves? . . . Es lo que me temía. Hay que tener toda clase de consideraciones con ellos; viven al borde mismo del susto . . . (*Va a buscar una alfombra, con la que cubre a Toletole y a sí mismo*) De todos modos, hay que reconocerlo: nos

ofreció su casa con bastante dignidad . . . Ven, vamos a dormir un poco . . . (*Toletole apaga la luz y se tiende a su lado*) Mañana va a ser un poco más duro.

Cuadro II

La mañana siguiente. La misma habitación. Al lado de la alfombra doblada se ven platos con restos de comida y botellas vacías. Pasa un rato y baja Lucas Meyer, en bata; baja cautelosamente y se aproxima a la ventana. Mira afuera. Afuera resuenan ahora risas y gritos. Lejos, un clamoreo de voces y guitarreo. Está en eso cuando baja Pietá, en negligé.

PIETÁ (*Bajando la escalara*) Lucas, ¿qué pasa? . . . ¿Quiénes son esa gente que está en el jardín? Me levanto y lo primero que veo por la ventana es esa gentuza . . . ¿Qué hacen aquí?

MEYER (*Se acerca a ella; toma sus manos*) Calma, mujer . . . Por favor, tienes que tener calma.

PIETÁ —¿Calma? ¿Tú los dejaste entrar?

MEYER —Mujer, te explicaré, pero cálmate . . .

PIETÁ (*Va hacia la ventana y mira al jardín*) ¡Mira, mi glorieta! ¡Mira cómo rompen mi glorieta! . . . ¡Y mis flores! . . . ¡Bailan sobre mis anémonas! (*Se vuelve, espantada*) ¿Qué hace esa gente en nuestro jardín?

MEYER —Ven, deja explicarte . . . (*La lleva hacia un sillón*)

PIETÁ —¡Échalos fuera, Lucas! . . . ¿Qué estás esperando?

MEYER —No puedo, mujer . . .

PIETÁ —¿No puedes? . . . Qué . . .

MEYER —Tendrás que ser muy valiente, mujer . . . Escucha . . .

PIETÁ —¿Quién es esa gente, Lucas?

MEYER —Los invasores, Pietá. (*Pausa*) Los hombres que tiran abrigos a la fogata . . . Que mandan monjas a meterse por los muros . . . Nos han hecho zancadillas con sus bastones de ciego. Nos han metido a tirones flores en las solapas . . .

PIETÁ —Lucas, ¿qué te pasa? ¿Te has vuelto loco?

MEYER —Llegaron finalmente, Pietá . . . Ya golpearon nuestra puerta. (*Afuera aumenta el canto con tamboreo*) No he dormido una pestañada, esperando que a la mañana todo esto no sería más que un sueño horrible, pero los ruidos aumentaron durante la noche. (*Mira a Pietá*) Cruzaron el río, al fin . . . Ya no los podemos parar.

PIETÁ —Pero ¿y la policía? ¿Qué hacen?

MEYER —«El Manigua» está sentado en la silla del prefecto . . . Lo han cubierto todo, como un ejército de termitas . . . Dejamos que su número creciera demasiado . . ., demasiado.

PIETÁ —¿Y qué vamos a hacer? ¿Nos vamos a entregar, así?

MEYER —No sé aún. ¡No puedo pensar! Todo ha sido demasiado aturdidor . . . (*De súbito*) ¡La fábrica! Deben de haber dejado intacto ese sector . . . Está lejos del río; para llegar a él, hay que cruzar toda la ciudad. (*Corre hacia el teléfono; marca*) ¿Aló, Camilo? El patrón . . . ¿Cómo está todo allá? . . . ¿No ha pasado nada? . . . (*Suspiro de alivio*) Por nada, nada . . . Escucha, Camilo, pon candado doble en los portones, ¿entiendes? . . . ¡Doble! Y no abras a nadie hasta que yo llegue, ¿entiendes? . . . ¿Cómo dices? . . . ¿Los obreros? . . . ¡A los obreros ábreles, idiota, ésos tienen que trabajar! ¿Qué quieres hacer con mi fábrica? (*Cuelga*) Camilo no ha visto nada, eso quiere decir que no es más que pillaje . . . No hay que ofrecer resistencia, ¿entiendes? Por ningún motivo; ¡ninguna resistencia!

PIETÁ —Pero ¿y la casa . . ., mis cosas?

MEYER —No importa la casa, mujer . . . Esto pasará . . . Sólo vienen a saciar sus estómagos hambrientos; démosles lo que quieren y se irán.

PIETÁE —¿Con Marcela, tu hija, y esos brutos en la casa?

MEYER —La niña no sale de su pieza, por ningún motivo . . . No existe, simplemente . . . A Dios gracias, Bobby aloja afuera . . . No hay problema por ese lado . . . (*Marcela baja la escalera. Viste bata de levantarse*)

MARCELA —¿Qué quieres decir con eso, que no salga de mi pieza, papá? ¿No creerás que les tengo miedo a esos animales?

PIETÁ —¡Marcela, vuelve a tu pieza, de inmediato!

MARCELA —No seas ridícula, mamá. Ésta no es la Edad Media. (*A Meyer*) ¿Qué te pasa, papá? ¿Tienes miedo? . . . Está bien, son saqueadores, ¿y qué? Algún día tenían que venir, más aun si nosotros nos arrinconamos como conejos asustados . . . (*Se vuelve hacia la puerta que da al jardín*)

PIETÁ —Marcela, ¿qué haces?

MARCELA —Voy a arreglar esto . . . (*Toma un látigo, que cuelga como decorado en un rincón de la habitación*)

MEYER —¡Deja eso!

MARCELA (*Desde la puerta del jardín*) En tu fábrica te he visto mandar. ¿Será que ésos, allá, tienen que obedecerte? (*Sale, se oye su voz afuera*) ¡A ver, ustedes, mugrientos! ¿Qué hacen en esta casa? ¡Fuera! (*El tamboreo se acalla; cae un silencio amenazador*) ¡Fuera, he dicho! . . . ¡A juntar esas tiras inmundas y a la calle!

VOZ DE CHINA —¡Quieto, Alí Babá!

MARCELA —¿No me oyen? . . . ¡Voy a usar este látigo!

VOZ DE CHINA —No haga eso, señorita . . . ¡Quieto, Alí Babá! (*Se oye un látigo afuera y un gemido. Luego, un grito asustado de Marcela y un clamoreo de voces*)

VOZ DE CHINA —¡Dejen, imbéciles, dejen! ¡Suéltala, alí Babá! ¡Suéltala! (*Meyer, que había permanecido en la habitación, corre fuera. Pietá llora y se tapa la cara. Afuera ceden los gritos y vuelve a caer el silencio. Regresa Meyer con Marcela en sus brazos. Sangra de la cara. Tras ellos entra China y, luego, Alí Babá, un muchachote huesudo, desgarbado. También sangra de la mejilla. Pietá corre a recibir a Marcela, que solloza*)

PIETÁ —¡Brutos! . . . ¡Brutos! ¿Qué le han hecho a mi niña? (*Se la lleva escalera arriba*)

MEYER (*En cuanto desaparecen, tembloroso, pálido*) Está bien, Mirelis, te entiendo . . . Quieres vengarte . . . ¿Qué debo hacer?

CHINA (*Mirando el látigo en sus manos; duro*) Nuestra piel se ha puesto muy sensible al toque de esa clase de . . . juguetes. (*Lo quiebra en pedazos*) Ella no debió usarlo . . .

MEYER —Te he preguntado . . ., ¿qué debo hacer?

CHINA —Conservar un poco de modales y tener prudencia, caballero . . . Ya verá que, a la postre, todo será mucho más simple de lo que parece ahora . . . (*Tira los restos del látigo*) Esto sólo entorpece el entendimiento . . .

MEYER —Ustedes han invadido mi casa . . .

CHINA —Sí, la situación es insólita, pero usted debe usar la cabeza . . . Siempre da lugar a tener que usarla . . . Ni más ni menos, como usted la ha usado para desembarazarse de competidores . . .

MEYER —Los negocios son juego limpio . . . Esto es saqueo.

CHINA —Nombres, ¿ve usted? . . . Lo mismo que «te descerrajo un tiro». Negocios, saqueo . . ., nombres . . . ¿Quién establece la diferencia?

MEYER —No quiero argumentar con ustedes . . . Te he preguntado . . .

CHINA (*A Alí Babá, que, después de vagar por la habitación, revolviendo los objetos, se ha acercado a la escalera y pretende subir por ella*) Por ahí no, Alí Babá. Nadie sube por ahí. Ese es el recinto privado de los caballeros. (*Alí Babá sale al jardín*) Dígale a su hija que en el futuro evite otra de esas provocaciones. Ese muchacho no sabe controlar su genio.

MEYER —¡Bestia!

CHINA —Yo no usaría ese término. Es un torpe calificativo para definir a un muchacho que no conoce otro techo que el cuerpo de otros niños, ni otro calor que el aliento de su perro . . .

MEYER —Eso no evita que si esa bestia trata de tocar a Marcela, lo acribillo a balazos . . .

CHINA (*Sentándose cansadamente; ríe*) Usted me hace reír . . . «Acribillo a balazos» . . . Es incurable . . . ¿Cuántas de esas palabras caben en una cabeza como la suya? . . . ¿Qué harían ustedes, si no tuvieran los nombres, para darle armado a todo esto? (*Muestra la casa*) Usted tiene el caso de lo que acaba de suceder entre ese muchacho y su hija . . . Used lo llama «crimen» y con eso ya la cosa tiene nombre y usted tiene de dónde agarrarse . . . ¿Ha pensado alguna vez que el crimen es una consecuencia, y que sin causa no tiene nombre?

MEYER —No me interesan tus retruécanos, Mirelis . . . Quiero que me digas . . .

CHINA —Causa y consecuencia . . . Todo lo que hay aquí es consecuencia. (*Muestra la pieza*) Estos muebles hermosos . . ., la comodidad . . ., la hermosa piel blanca de su hija . . . Las causas están ahí, afuera, haciendo ruidos . . . Parece que ha llegado el día de las causas . . . ¿Entiende lo que eso quiere decir? . . . No piense más en su honor, no se perturbe . . . Eso es sólo una consecuencia más . . . Las causas de hoy día ya no conducen a eso . . .

MEYER —Manda a tu gente salir de mi casa, Mirelis . . . ¿Qué debo darte?

CHINA —Paciencia . . .

MEYER —No permitiré que un atado de desalmados destruya lo que he juntado con trabajo y esfuerzo . . . Además, esto es un asunto que debemos arreglar tú y yo, ¿no es así? . . . (*Se oye un estruendo afuera. Meyer corre a mirar por la ventana*) ¿Qué están haciendo con mis árboles?

CHINA —Las noches van a ser largas y heladas; cortan ramas para calentarse el cuerpo . . .

MEYER —Pero diles que no sigan . . .

CHINA —Entre nosotros nadie da órdenes . . .

MEYER (*Va a sacar un fajo de billetes que oculta tras los libros de la biblioteca*) Tengo sólo estos cien mil en casa . . . Hablando de causas, ésta es la mejor de todas . . . ¡Toma y fuera! (*Afuera cae otro árbol*)

CHINA (*Toma los billetes*) Cien mil, dice, ¿eh?

MEYER ¡Sí . . ., y despejen! . . . Eso les hará entender . . .

CHINA (*Ladinamente, con súbita codicia*) ¿Usted cree . . . que sus vecinos, nos darán otro tanto?

MEYER —Supongo. (*Cae otro árbol*) Di a tu gente que no siga destruyendo mi propiedad . . .

CHINA —Bonita suma; cien mil, ¿eh? . . . (*Lo sopesa*) Tiempo hace que no estaba tan cerca de tanto molido . . . ¿Cuántos son? . . . Quiero decir: ¿qué significa cien mil? . . . ¿Puedo comprarme, por ejemplo, un camión cargado de . . . coliflores con cien mil?

MEYER —Naturalmente . . ., dos y medio camiones, más o menos.

CHINA (*Sonriendo*) ¡Admirable! ¡Usted tiene una máquina en la cabeza! ¿Cómo puede calcular tan rápido?

MEYER —Práctica . . .

CHINA —Dos y medio, ¿eh? (*Grita*) ¡Toletole! (*Entra Toletole*) Aquí hay algo que vale la pena ver . . . ¿Sabes lo que este caballero tiene en la cabeza?

TOLETOLE —¿Qué, China?

CHINA —Una máquina calculadora . . . Deberías ver cómo tira números . . . Hace los cálculos más increíbles en menos tiempo que tú te pillas una pulga . . . (*A Meyer*) Por favor, caballero, ¿por qué no hace una demostración, quiere?

MEYER —No estoy para bromas, Mirelis . . .

CHINA (*Alcanza los billetes a Toletole*) El caballero nos ha dado esto . . . Pregúntale cuánto se puede comprar con esto . . ., son cien mil . . ., él te lo dirá . . . Pregúntale cuántas coliflores te puedes comprar . . . Vamos . . . ¡Vamos, pregunta! . . .

TOLETOLE (*Confundida*) ¿Coliflores?

CHINA —Sí, coliflores . . ., que tanto te gustan . . . (*Toletole hace un gesto desolado a Meyer*) ¡Dos y medio camiones llenos, mujer! (*Acentúa la importancia de la revelación*)

TOLETOLE (*No puede creerlo*) Dos y medio . . .

CHINA —Dos y medio, ni más ni menos . . . Si él lo dice, debe estar bien, porque él no se equivoca. ¿Qué me dices, eh? ¿Qué me dices de comprarte dos y medio camiones llenos de coliflores y tirarlas al canal, eh? Para ver cómo se las lleva la corriente. (*Toletole da un brinco de alegría, aumentando su ferocidad feliz*) Todo el inmundo canal cubierto de coliflores, ¿eh? (*Ambos ríen*) Dando tumbos corriente abajo . . ., saltando los puentes, los tajamares . . . Atascándose en las alcantarillas como cráneos cortados, ¿eh? (*Salta hacia la ventana*) ¡Eh, ustedes! ¡Acérquense! ¡El señor Meyer, aquí presente, ha sido tan generoso de regalarnos *cien mil pesos*! (*Los sacude*) ¿Quiere alguno preguntarle lo que se puede comprar con esto? . . . ¡Es un técnico estupendo en la materia! (*Rugido afuera*) ¡A ver, tú, Cojo! ¿Qué te gustaría comprar con esto? . . . ¡Habla!

VOZ DEL EL COJO —¡Una pierna de verdad! (*Risas afuera*)

CHINA —¡El señor te va a decir si te puedes comprar una pierna con cien mil! (*Se vuelve hacia Meyer*) ¿Puede?

MEYER —No voy a responder esa broma de mal gusto.

CHINA (*Grita afuera*) ¡El señor Meyer dice que no! (*Desilusión afuera*) Le robó un momento de alegría al pobre hombre . . . Perdió su pierna de una gangrena que pescó en las minas de sal . . . Los patrones alegaron que no podían financiar una policlínica . . . Fueron ellos mismos los que lo convirtieron en cesante consuetudinario. Fue de mal gusto preguntarle eso, es cierto . . . (*Grita*) ¡A ver, tú, Dulzura! ¿Qué te gustaría comprarte?

VOZ DE DULZURA (*Ronca, aguardentosa*) ¡Botones! ¡Un saco lleno de botones de nácar! (*Risas*)

CHINA (*A Meyer*) ¿Cuántos se puede comprar con esta cantidad? (*Muestra los billetes*)

MEYER —¡Me niego a seguir esta chanza idiota!

CHINA —Vamos, déle el gusto al pobre . . . Nunca ha tenido un botón en sus tiras . . . ¿Se imagina la alegría? Vamos . . . (*Grita*) Espera, Dulzura, su cerebro está comenzando a funcionar . . . ¡Luego te dirá!

MEYER (*De mala gana*) A treinta pesos el botón, son . . . tres mil trescientos treinta y tres coma treinta y tres botones . . .

CHINA —¡Notable! (*Grita*) ¿Oíste, Dulzura? ¡Tres mil trescientos treinta y tres botones! (*Gritos de alegría afuera*) ¡Aquí tienes, toma! (*Tira algunos billetes*) ¡Compra! (*Hurras afuera*) ¡Y tú, Roosevelt! (*Se vuelve*) ¡Tiene la obsesión de que se parece al Presidente! (*Grita*) ¿Qué deseas?

VOZ DE ROOSEVELT —¡Paz! (*Abucheo; silencio*)

CHINA (*Tira billetes*) ¡Compra lo que te haga falta! ¡Toma!

OTRAS VOCES (*Envalentonadas*) ¡Para mí, una camionada de mujeres! (*Alaridos*) ¡Para mí, una jaula de canarios! (*Abucheo; China sigue tirando billetes y ríe feliz, es festín de jocosidad*) ¡Un salchichón! . . . ¡Un salchichón de un metro de largo! ¡Dos metros! ¡Cien metros! . . . ¡Un kilómetro!

CHINA (*Se vuelve hacia Meyer*) ¿Ve? ¿Ve lo fácil que es hacerlos felices?

VOCES —¡Un salchichón que dé la vuelta al mundo! . . . ¡Dos vueltas! ¡Cien vueltas! ¡Un salchichón que llegue a la luna! (*Cada nueva ocurrencia va acompañada de nuevas risas; todo termina en un estruendo infernal*)

CHINA (*A Meyer, que finalmente también ha caído contagiado con la infantil alegría de las ocurrencias*) ¿No tiene unos pocos más de estos . . . papelitos? (*Muestra los últimos billetes*)

MEYER —Pero . . . usted se los lleva lejos de mi casa . . .

CHINA —Eso depende de cuánto logre . . . entusiasmarlos, ¿comprende?

MEYER (*Aliviado*) Sabía que a la larga llegaríamos a entendernos. ¡Espere! (*Corre hacia la escalera. Grita*) ¡Pietá! . . . ¡Pietá! (*Asoma Pietá*) ¡Mujer, junta la plata que haya en casa y tráemela! (*Ante un*

gesto de duda de Pietá) ¡Tráemela, te digo! (*Desaparece Pietá*) Ustedes están haciendo todo esto sólo para . . . asustar a la burguesía indiferente, ¿no es verdad?

CHINA —Un poco, sí . . .

MEYER —Y en unos cuantos días de . . . desahogo, de expansión . . ., se van, ¿eh? Ése es el plan, ¿eh?

CHINA —De algunos, sí . . .

MEYER (*Amistoso*) Lo sabía. Y no puedo culparlos, ¿sabe? Hasta les encuentro su poco de razón, si me pregunta mi opinión. No es vida esa del otro lado del río . . . Siempre se lo estoy diciendo a mis amigos . . . «Hay que hacer algo por esa gente». (*China asiente*) Pero usted sabe . . ., el egoísmo . . .

CHINA —Cómo no . . .

MEYER (*Más amistoso aun*) «Los barrigones», como les dicen ustedes. (*Ríe*)

CHINA —Les damos otros nombres . . .

MEYER —Sí, sí sé . . .

CHINA —Hijos de puta, los llamamos, y otros nombres . . .

MEYER —Sí, son un atado de piojosos, si se me pregunta mi opinión . . . Le meten a uno la mano en el bolsillo si se descuida . . .

CHINA —Sí, lamentable . . .

MEYER —¿Qué?

CHINA —Que tenga que alternar con ellos, si piensa así. Tremendo sacrificio. Siempre le estoy diciendo a Toletole: «Estos ricos llevan su cruz» . . .

MEYER —¡Me lo dice a mí! Pero yo, al menos, tengo mi conciencia tranquila . . . Jamás me he dejado arrastrar a ninguno de sus negocios sucios, y no crea que me ha faltado ocasión. (*Afuera cae otro árbol*) ¡Pero diga a esa gente que no bote mis árboles!

CHINA (*Va a la ventana*) ¡Dejen eso! . . . El señor Meyer está rasguñando todo el molido que tiene en casa para que dejemos en paz su propiedad . . . ¡De modo que se acabó!

MEYER —¡Eso es tener poder! Un silbido suyo y . . . (*Hace sonar sus dedos*) Eso mueve al mundo . . ., los líderes. Toda la sociopolítica y los buscapleitos que hurgan los libros de Historia están equivocados. Cristo se dejó clavar en vano. El hombre no ama a su prójimo; eso es pasto para las ovejas; lo que siempre importa a la postre es: talento . . ., agallas . . ., materia gris. ¿No cree?

CHINA —Si mira hacia atrás, sí, pero la Historia también es futuro . . .

MEYER —¿Lo dice por este negocio de cruzar el río? Eso siempre ha sucedido y volverá a suceder. Son convulsiones del cuerpo social que en nada afectan la imperturbable salud del mundo. (*Baja Pietá*) ¡A

ver, a ver, pasa! (*Le arrebata el dinero de las manos*) ¡Aquí tiene! (*Se lo pasa a China*) ¿Y esta vez no lo reparta todo, eh? . . . (*Saca una tarjeta*) Y si alguna vez usted necesita algo, aquí está donde puede encontrarlo . . . Mi dirección . . . Sin que ellos tengan por qué saberlo . . ., ¿mmm? . . .

CHINA —Se lo agradecerán . . .

MEYER —Deje, no quiero sentimentalismos. Vaya y diga a esa buena gente que apaguen esas fogatas y levanten esa glorieta, ¿quiere? . . . Que arreglen un poco el desorden que han dejado, ¿eh? (*Lo empuja, casi, hacia la puerta del jardín*) Y dígales que Lucas Meyer será siempre su amigo . . . De ahora en adelante me ocuparé personalmente de ustedes . . .

CHINA —Usted es un alma generosa. Lo supe en el momento que vi el porte de su hielera, caballero . . .(*Sale*)

PIETÁ —Y esto . . ., ¿qué es? ¿Qué tratos son éstos . . . con esa gente?

MEYER —¿Por qué?

PIETÁ —¡Esos monstruos! ¿Cómo puedes hablar siquiera con ellos?

MEYER —¿Qué? ¿Esos infelices? . . . Vamos, mujer, no exageres . . . Esos pobres diablos; son completamente inofensivos.

PIETÁ —Lucas, tu hija . . . ¿No viste cómo le dejaron la cara?

MEYER —Ella golpeó primero.

PIETÁ (*Grita casi*) ¡La pobre está arriba, en cama, con ataque histérico! ¡Se quiere matar! ¡Está arruinada con esa cicatriz!

MEYER —Ella golpeó primero. (*Acentúa las palabras*) Esos tiempos han pasado, Pietá . . . La piel de esa gente se ha vuelto sensible a esa clase de . . . juguetes. Tienen privilegios, ahora, que debemos respetar. (*Ante la perplejidad de Pietá*) Además, desde un punto de vista cristiano . . ., merecen nuestros cuidados, ¿no te parece?

PIETÁ —Lucas, tú tienes miedo.

MEYER —¿Miedo, yo?

PIETÁ —Cualquier cosa, menos eso, ¿entiendes? De ti, cualquier cosa, menos eso . . . Si nos dejas solos . . .

MEYER —Pero, mujer, ¿qué te pasa? ¿No oíste los gritos de alegría de esos inocentes porque les repartía unos míseros pesos? Creo que deberíamos ir de vez en cuando al otro lado del río . . . Podría resultar educativo.

PIETÁ —No puedes ser tú quien habla así . . .

MEYER —¿Dónde vamos con ese pesimismo, mujer? . . . Un poco más de buena fe . . . (*Con ironía*) ¿No perteneces tú a una docena de instituciones de caridad? ¿Qué caridad les enseñan en esas instituciones?

PIETÁ (*Sin poder contenerse ya, grita*) ¡Lucas, esos monstruos destruirán tu casa!

MEYER —¡Tonterías! Ésta no es más que una . . . incursión inocente, producto de su curiosidad infantil . . . Ya verás cómo vuelven a sus cuevas; les di una razón incuestionable . . . (*En ese momento se oye un ruido en la puerta de calle. Es Bobby, el hijo. Trae valija y raqueta de tenis. Tenida de sport. Es un muchacho fuerte, franco, saludable*)

PIETÁ (*Abalanzándose sobre él, lo abraza y besa con angustiado frenesí*) ¡Niño, mi niño! (*Palpa su cara*) ¿Nada? . . . ¿No te han hecho nada?

BOBBY (*Casi zafándose*) Pero, mamá . . . ¿Qué te pasa?

PIETÁ —¿Estás bien? . . .

BOBBY —Claro que sí, mamá . . . ¿Por qué? . . . (*Mirando a Meyer*) ¿Qué le pasa?

PIETÁ —Ha pasado algo espantoso, hijo . . .

MEYER —No le oigas a tu madre; va a exagerarlo todo.

PIETÁ (*Grita*) ¡Tú, mejor te callas! (*A Bobby*) Algo espantoso, hijo . . . Anoche ha caído una horda de vándalos sobre nuestra casa . . . Una horda de forajidos que abusan de tu hermana . . ., destruyen mi jardín . . .

MEYER —Vamos, mujer, contrólate . . .

PIETÁ —Una manada de harapientos de la peor clase, Bobby . . . Crápulas del bajo mundo . . . ¡Bestias!

BOBBY (*A Meyer*) ¿De qué está hablando? (*Con naturalidad*) ¿De los del otro lado del río?

PIETÁ —Sí, ésos, Bobby . . . Están ahí en el jardín. (*Indica*) Y tu padre no hace nada.

BOBBY —Ésos no son crápulas. Son los pobres de tu ciudad.

PIETÁ —Bobby, éste no es el momento para tus ideas disparatadas.

BOBBY (*Grita*) ¡Entonces no los llames crápulas, mamá! (*Pietá enmudece, abismada, con brillo en los ojos*) Los vi llegar, anoche. Caminando . . . Casi flotando, en grupos de marcha compacta, cruzando potreros, saltando alambradas. Cientos de ellos. Miles. (*A Meyer*) Cantaban mientras venían cruzando las carreteras, papá. ¡Un enorme hormigueo de alegría! ¡Hombres! ¡Mujeres! ¡Niños! (*Abraza a Meyer*) ¡Al fin, papá! ¡Al fin! ¡Nadie podía detener esto!

PIETÁ —Ni siquiera el honor de tu familia . . .

BOBBY (*Sin oírla*) ¿No te decía que esto no había manera de impedirlo, papá? . . . Siglos de abuso borrados de una plumada . . . ¿Creías, en verdad, que iban a poder soportar mucho tiempo más el régimen de explotación en que vivían?

PIETÁ (*Temblando*) No creas que tú mismo vivías tan al margen de ese régimen, Bobby . . .

BOBBY (*Mirando su raqueta de tenis*) Sí, estas cosas . . . Restos de una cultura de ostentación que terminó . . . Ayer sentí vergüenza por esto . . . Estábamos jugando en casa de Julián, y, de pronto, esa gente comenzó a meterse al parque . . .

PIETÁ (*A Meyer, espantada*) Lucas, también a la casa de los Van Duron . . . El hombre con más influencias de la ciudad . . . ¿Aún sigues llamando a esto un juego inocente?

BOBBY —Al rato rodeaban la cancha y seguían el juego con gritos de aprobación . . . Corrían tras las pelotas, tropezando con sus harapos, y las devolvían con los ojos radiantes . . . Como niños que tratan de ser útiles. (*Sincero*) Era tierno y terrible, papá . . . Ha llegado el momento de reparar el daño hecho . . .

PIETÁ —Ese momento también se volverá realidad para ti. Te quitarán tu ropa fina, tu comida de todos los días.

MEYER —Mujer, vamos . . .

PIETÁ —Te llevarán a vivir en barracones, abrazado de sacos con piojos. ¡Comerás de pailas grasientas! ¡Te volverán un bruto! (*Se ha ido alternado*) No te crié para eso . . ., no para eso. (*Cae sobre sí misma y llora; Meyer acude a ella*)

BOBBY (*Angustiado*) No entiende . . . Ella no entiende . . .

MEYER —Vamos, mujer . . . No dejemos que este asunto nos tome los nervios . . . Conservemos la calma . . .

PIETÁ —¿Pero cómo puedo yo, cuando nuestro propio hijo . . .?

MEYER —En este momento, lo importante es mantener la unidad de la familia.

BOBBY —Ella sólo ve el lado personal del asunto.

MEYER —¡Y tú, te callas! . . . Le has faltado al respeto a tu madre. (*Calmándose; es el hombre que ha recuperado el mando de su casa; patronal; torpe*) Esta gente sólo quiere . . . divertirse, Bobby; distraerse un rato . . . Una vez saciado su instinto, se irán . . . (*Retórico casi*) Son ellos los primeros en sentirse mal en este ambiente . . . Tendrán ansias de volver a la promiscuidad . . . Todo pasará, como todo pasa alguna vez . . . Anda a estudiar . . . Y tú, Pietá, sube a tu pieza y descansa . . . Voy a mi trabajo. (*Descuelga su abrigo de la perchera. En ese momento se oye afuera un estruendo. Es un muro que cae. Todos van hacia la ventana*)

PIETÁ (*Demudada*) ¡El muro! ¡Echan abajo el muro de los Andreani! Mira cómo entra más gente por el boquete. (*Se vuelve hacia Meyer*) ¿Qué significa esto, Lucas? ¡Oh Dios mío!, ¿qué quiere decir esto? (*Afuera se oyen gritos de saludo, vivas y risas*)

MEYER (*Pálido*) Cientos . . . Miles . . .

BOBBY (*Exaltado*) El ocaso de la propiedad privada. (*Se mueve como iluminado hacia la puerta del jardín*)

PIETÁ (*Reteniéndolo*) ¿Dónde vas, Bobby?

BOBBY (*La mira, no la ve*) A decirles lo que siento . . .

PIETÁ —Tú te quedas . . .

MEYER (*Se adelanta, ansioso*) No, déjalo . . . Anda, hijo, anda . . . Tú sabes hablar el idioma de esta gente; te comprenderán. Anda y diles que Lucas Meyer es su amigo . . . Que no les deseo ningún mal . . . Diles eso, con la convicción que tú posees, hijo.

PIETÁ (*Espantada*) ¡Lucas!

MEYER —Y que respeten a tu madre, Bobby. Diles eso también. (*Sale Bobby*)

MEYER —Somos viejos, Pietá, nos hemos quedado atrás . . . Estos niños nos dan lección.

PIETÁ (*Segura ahora*) Tienes miedo.

MEYER —Ya me decía yo que esas monjas no eran irreales . . . El mundo cambia y hemos estado demasiado preocupados de nosotros mismos. Ahora el piso tiembla a mis pies. (*Afuera se oye la voz de Bobby que arenga a la multitud con frases de bienvenida*) Escucha a ese muchacho . . . Escucha cómo está a la altura de los tiempos. (*Gritos de aclamación afuera*) Escucha. (*Se encoge de pronto*) Sin embargo, yo tendré que pagar más que los otros. (*Cae sentado*)

PIETÁ (*Aún no entiende*) ¿Qué significa esto, Lucas? Ayer, nada más, estábamos tan bien . . . Todo parecía tan normal.

MEYER (*Admirativo*) Escucha . . . ¡Escúchalo! (*Sigue oyéndose la voz de Bobby. Llegan retazos de frases, que lentamente van perdiendo ilación y lógica . . . Al final surgen como voces de mando. Secas, cortantes, rotundas, como ladridos. Las aclamaciones que siguen las palabras también van perdiendo su cualidad cálida y se tornan en ladridos*)

VOZ DE BOBBY —Estudiantes con conciencia de clase. (*Aclamaciones*) Bien venidos a esta casa. (*Aclamaciones*) Dictadura del proletariado . . . (*Aclamaciones*) Igualdad, libertad y fraternidad . . . (*Gritos*) Fraternidad, libertad e igualdad . . . (*Gritos más secos*) Iguales en igualdad . . . (*Gritos*) Igualdad en iguales . . . (*Gritos*) Igualización . . ., igualizando . . ., igualicemos . . ., alicemos . . ., licemos . . ., emos . . ., os . . ., sss . . . ss . . . s . . . (*Y de pronto cae el silencio. Un largo silencio. Y luego, nuevamente, la voz ahora incierta de Bobby*) ¿Qué . . ., no están de acuerdo conmigo? . . . ¿No sienten lo mismo? . . . ¿Desconfían de mí? . . . (*Luego, alterado*) ¿Qué hacen? . . ., ¡No, déjenme! . . . ¡Suéltenme! . . . ¡Papá! . . . ¡Papacito! . . . ¡SOCORRO!

MEYER (*Que ha saltado hasta la puerta del jardín*) ¿Qué están haciendo con el muchacho? . . . ¡Suéltenlo! . . . ¡Tú, depravado, diles que suelten a mi hijo! (*Aparece China, junto a Meyer*)

MEYER —¡Maldito! . . . Diles que dejen tranquilo a mi hijo!

CHINA —¿Cuántas ligas azules estampadas con flores de lis blancas se pueden comprar con cien mil pesos, señor Meyer? (*Saca unas ligas y se las muestra. Afuera se cierne, ahora, el silencio. Entra Toletole. Luce una corona hecha de flores*)

MEYER (*En medio del mayor silencio*) Hice eso en juego limpio, Mirelis. Tu hermano no era inocente . . . No puedes castigar a mi familia por eso . . . (*Va y lo toma de la solapa*) Te lo doy todo . . ., todo, ¿entiences? . . ., pero déjame en paz.

CHINA —Ya no hay nada que se pueda pagar.

MEYER —Mi fábrica, todo, ¿entiences? . . . ¡Lo que me pidas!

CHINA —¡Llame!

MEYER —Sí, llamaré . . . Daré instrucciones para que te entreguen lo que se te ocurra . . . Todo es tuyo. (*Marca el fono*) Aló, Camilo, aló . . . ¿Qué? ¡Hable más fuerte! . . . Más fuerte, le digo . . . ¿Quién habla? . . . Aló, ¿quién habla? . . . ¡Más fuerte, no le entiendo!

TOLETOLE —El Benito Juárez . . .

MEYER (*Se vuelve espantado hacia China*) ¡Oh Dios mío, ten piedad de mi familia! (*Deja caer el fono, a través del cual sigue surgiendo una voz*)

CHINA (*Con fraseo lento y sin expresión, del que las palabras se van desgranando implacables*) El Benito Juárez habla despacio porque le tiene horror a la violencia . . . Es un mestizo alto, casi gigantesco, de facciones toscas y pelo negro, que, a pesar de su exterior brutal, tiene el alma de un niño . . . Puede estrangular a un perro con dos dedos, o quebrarle el espinazo a un ternero con sólo doblar su antebrazo, pero entre nosotros es conocido porque cuida párvulos, cuando sus madres tienen que salir a trabajar . . . En sus grandes brazos, los niños se duermen como en una cuna . . . Mientras hace así, canta canciones . . . Suavemente, delicadamente, se pone a entonar canciones . . . Canciones tontas . . . Canciones ilusas . . . Canciones que hablan de la bondad entre los hombres . . . Canciones que todos se acercan a oír en silencio, porque la esperanza es un alimento necesario de los hambrientos . . . Nadie puede cantar así, con esa suavidad y esa ternura, si no tiene frío en los pies y barro entre los dedos . . ., el cielo estrellado como testigo. (*Saca de su bolsillo una cantidad de palomitas de papel que han sido hechas con los billetes de Meyer*) Aquí están sus cien mil, caballero. (*Caen al suelo*) No falta ninguno . . .

MEYER —Mirelis . . ., ¿qué va a pasar con nosotros?

CHINA —No sé, todo sucederá a su debido tiempo. Ya le dije; tenga paciencia.

MEYER —Pero ustedes deben tener un plan . . . ¿Cuál es ese plan que tienen?

CHINA —Nuestro plan es el futuro . . . Lo improvisaremos.

PIETÁ —¿Y Bobby? ¿Qué harán con él?

CHINA —Es un buen muchacho . . . Será un buen compañero. (*En ese momento entra Bobby del jardín, impulsado por varias manos que lo empujan dentro de la habitación. Le han amarrado, fuertemente atado con cuerdas, un cartel, que oprime su pecho y que dice, garabateado con letras inciertas: «Palabras»; un instante trastabilla por la habitación, y luego cae en el medio de ella*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Madrugada. Cuatro días después. La habitación está ahora desmantelada. Hay orden. Afuera se oyen voces y ruidos de martilleo. Bobby, de tosco overall hecho de lona vieja, rompe sistemáticamente uno de los muebles de estilo que aún están en la habitación. De pronto se oye arriba un grito. Es Marcela, que baja despavorida, corriendo escalera abajo. Luce sobre el rostro una emplástica.

MARCELA (*Se abraza a él*) ¡Oh Bobby! ¡Socorro!

BOBBY (*Indiferente*) ¿Qué te pasa ahora?

MARCELA —¡Los hombres, Bobby! . . . ¡Los espectros!

BOBBY —¿Qué hombres? ¿Qué espectros?

MARCELA —¡Están en mi pieza!

BOBBY —¿Quién?

MARCELA —¡Las caras! . . . Las mismas caras que ayer se asomaron por la ventana. Ahora se metieron a mi pieza, por el muro, Bobby . . ., y se pusieron a bailar . . . Bailaron alrededor de mi cama . . ., un baile espantoso . . ., rodando los ojos . . ., sonando la lengua como espantapájaros del infierno . . . ¡Bobby, ayúdame, no te separes más de mí!

BOBBY —Trabaja, haz algo y te dejarán tranquila . . . Encerrada todo el día en tu pieza, tu cabeza se llena de fantasmas. (*Sigue hachando*) Afronta los hechos.

MARCELA (*Se derrumba*) No puedo . . . Todo esto es demasiado espantoso.

BOBBY —Tienes que poder . . . No habrá otro mundo en el futuro.

MARCELA —Estoy como paralizada. Nadie me había dicho que esto pudiera suceder. Se hablaba, es cierto, pero era tan increíble que nadie perdía un minuto en pensar en ello. Bobby, no podemos hacer nada. Arrasarán con nosotros . . .

BOBBY —No es como tú crees. (*Mueve la cabeza*)

MARCELA —¿Que no ves cómo trabajan como hormigas rabiosas?

BOBBY —Sí, precisamente . . . Como hormigas rabiosas para recuperar el tiempo perdido . . . Únete a ellos, entonces . . . Aún es tiempo; eres joven . . . (*Marcela niega con la cabeza*) Marcela, ¿no sientes, no te es claro ahora, que hemos estado como . . . enterrados vivos? ¿Que ahora se están abriendo nuestras tumbas?

MARCELA —Tengo miedo.

BOBBY —¿Que la vida esté volviendo?

MARCELA (*Comienza a monologar*) ¡No estamos con ellos! . . . No puedo . . .

BOBBY (*Se pone a trabajar intensamente*) El tiempo es corto para expiar la injusticia que hemos cometido.

MARCELA —Nos resienten . . ., lo presiento . . .

BOBBY —Me han ordenado llevar esta leña para calentar el desayuno de la gente . . .

MARCELA —Bobby, ¿qué nos va a pasar? (*Lo mira*)

BOBBY (*Saliendo hacia el jardín con un atado de leña*) Hoy llegarán las máquinas y cien hombres para levantar el ladrillar . . . «Que no falte el desayuno para el escuadrón», me ordenaron . . .

MARCELA (*Tratando de seguirlo*) ¡Bobby! ¿Qué es esto? ¿Qué significa? ¿Qué hago, Bobby?

BOBBY (*Se detiene*) Trabaja . . . (*Sale. En el momento en que sale Bobby, por los muros se deslizan y reptan tres extrañas figuras. Son Toletole, Alí Babá y el Cojo, que se han adornado con ramas secas y tiznado la cara, y que, al compás de la música incidental, bailan un ritual distorsionado y grotesco, cerrando un círculo alrededor de Marcela*)

MARCELA —¿Qué . . ., qué quieren? ¿Quiénes son ustedes?

TOLETOLE —¡Espectros del hambre!

MARCELA —¡Déjenme! No les he hecho nada . . .

TODOS —Nada . . ., nada . . ., nada . . ., nada . . .

MARCELA —¿Qué es lo que quieren?

TOLETOLE —¡Darle unos regalos!

EL COJO —¡Para que no se asuste!

ALÍ BABÁ —¡Para que el susto no le salga por el susto! (*Ríen. Se detienen, bruscamente*)

TOLETOLE —Para que comprenda nuestra buena voluntad.

EL COJO (*Sacando un esqueleto seco de perro del saco que carga sobre sus espaldas, se lo presenta serio*) ¿Has visto alguna vez un perro muerto en un charco de barro a la luz de la luna? (*Lo sacude ante ella*)

TOLETOLE (*Saca un estropajo amarillo, que es un viejo vestido ajado de mujer pobre. Y se lo pone sobre la falda*) ¿O una mariposa amarilla aleteando en una botella de cerveza?

ALÍ BABÁ (*Saca una pata de palo quebrada*) ¿O un puño de esclavo revolviendo una torta de crema?

EL COJO —¡Mi pata! . . . ¡Mi linda patita! ¡Devuélveme mi pata! (*Corre tras Alí Babá y tras ellos Toletole. Los tres saltan y ríen. Aprovechando el aparente descuido de los otros, Marcela se desliza hacia las escaleras, pero antes que llegue a ella la vuelven a rodear*)

TODOS —¿Que no le gustan nuestros regalos a la linda princesa?

MARCELA —Por el amor de Dios, déjenme . . .

TODOS —¿No le gustan?

MARCELA —Por favor . . . (*Gime*)

ALÍ BABÁ (*Decepcionado*) No le gustan.

EL COJO (*Triste*) Malo . . . Malo . . .

TOLETOLE —Raro . . , habiendo tostado al sol su cuerpo toda la vida.

MARCELA —Por favor . . .

ALÍ BABÁ (*Poniendo ante su cara su manaza extendida*) Tengo una mano de cinco dedos . . . Con cada uno de estos dedos podría tatuarte . . . Sacar toda la cerveza que tienes en tu blanco cuerpo . . . (*Marcela lanza un grito y corre escalera arriba. No se lo impiden*)

TOLETOLE (*Triste*) Se asustó. Es una lástima, pero se asustó . . .

EL COJO —Tal vez fue demasiado; no debimos llegar a tanto . . . Se nos pudo haber quebrado . . .

ALÍ BABÁ —Sus caras de pánico se caen a pedazos . . . Es como ver trizarse un vidrio . . . Podría asustarlos tanto, que todo el suelo crujiera de vidrios rotos . . .

TOLETOLE —Esto no le va a gustar al China . . .

ALÍ BABÁ (*Grita*) ¡A la mierda tu China!

EL COJO —Nos estamos cansando de esperar . . . que entiendan. Otros se nos unen sin tanta espera.

ALÍ BABÁ —Sí; quisiera quebrar, al fin, algunos pescuezos . . .

TOLETOLE —De todos modos, no le va a gustar al China. Dice que si debía haber violencia, que viniera de ellos . . . «Si la violencia viniera de nosotros, dice, no bastarían siglos para lavar tanta sangre».

ALÍ BABÁ —De modo que . . . esperar, ¿eh? ¿Eso es lo que quiere?

TOLETOLE —Sí, eso . . . «Aún no han comprendido, dice, debemos tener paciencia».

EL COJO —Total, mientras nos divertimos . . . Cuanto más rápido camina Meyer en su piezas, más divertido es . . . Parece que cada vez que pasa frente a la ventana va más agachado. ¡Pobre! . . . No tiene sentido del humor. (*En ese momento entra China, portando unas maderas*)

CHINA —¿Y ustedes cómo entraron?

TOLETOLE —Por el muro, China . . .

CHINA —Para divertirse un rato, ¿eh?

ALÍ BABÁ (*Desafiante*) No, para asustarlos . . .

EL COJO —Sí, para hacer saltar un poco la liebre . . . ¡Y cómo salta! (*Imita*) ¡Oooh! . . . ¡Uuuh! . . . ¡Déjenme! ¡No les he hecho nada! . . . ¡No les he hecho nada! (*Ríen*)

CHINA —Bueno, ese juego se acabó ahora . . . Hay mucho que hacer afuera.

ALÍ BABÁ —¿Sí? ¿Qué hay por hacer, China? ¿Lustrar los zapatos a Meyer? ¿Calentarle la camisa?

EL COJO —Hace cuatro días que esperamos y nada le pasa.

CHINA —Nada le pasará que tú puedas ver . . . Hay que esperar . . .

ALÍ BABÁ —¿Hasta que todos se te camuflen? El hijo ya anda entre nosotros, como uno de los nuestros . . . Esconde su pescuezo bajo el cuello de un overall . . .

CHINA (*Lo mira por primera vez*) Para ti, Alí Babá, todo parece ser cuestión de pescuezos, ¿eh?

ALÍ BABÁ —Todos tienen uno y todos se cortan . . .

EL COJO —Ayer, cuando volvía del Gran Almacén de buscar el estofado, vi a algunos de ellos, clavados con chuzos a las puertas de sus casas . . . «Por resistirse», decían unos carteles que les colgaban del cuello . . . En el canal hay otros, atados a las aspas de la turbina . . . Hace cuatro días que dan vueltas, entregando luz a la ciudad . . .

ALÍ BABÁ —No hociconees más, Cojo . . . Se te caerán los dientes, pero él no entenderá . . . Es de los pacíficos . . .

CHINA —Una venganza trae otra . . . A la cabeza que corta el hacha le crece un nuevo cuerpo . . .

ALÍ BABÁ (*Hace un gesto despectivo con la mano*) ¡Ah! ¡Vámos, Cojo! . . . Yo me voy de esta casa . . . Me voy a trabajar con los otros . . . (*Se aleja hacia la puerta del jardín*)

CHINA —Mira, chiquillo, yo he hecho esto igual que tú . . . Tanto como tú, me he alzado, sin palabras, porque también pienso que las ideas se han agotado . . . Creo tanto como ustedes en eso, pero . . . yo no quiero muertes . . . ¡Para ellos quiero *vida*! . . . ¿Comprendes? . . . Una vida lenta, larga y lúcida . . . Tan larga y lúcida como la han llevado hasta ahora, pero a la inversa . . . ¡Con todo el horror

de la certeza de no poder saquear más! (*Se calma*) Reclamo a Meyer para eso . . .

ALÍ BABÁ —Ésas son tus ideas. Para mí los cambios que valen se tocan o se quiebran . . .

CHINA —No puedo retenerlos aquí.

ALÍ BABÁ —Se te irá entre los dedos . . . Espera y verás cómo se te va . . .

CHINA (*Se acerca a él*) No se me irá, no temas . . . Está todo previsto . . . Aún hay soberbia en él . . . Aún tiene muchas cosas que alegar . . . Muchas actitudes que adoptar . . . Muchas revelaciones que recibir . . . Yo sabré cuándo sea el momento . . .

ALÍ BABÁ —Y eso . . . ¿Cuándo será?

CHINA —Por lo mismo que es doloroso, será muy simple . . . Más simple de lo que él se imagina, en verdad. Ahora sólo ve terror en lo que pasa y levanta muros de resistencia . . . Esperemos que venga la calma para que descubra la buena fe. Y ahora, déjenme solo . . . (*Sólo Toletole queda. Los otros salen*)

TOLETOLE —Están reclutando mujeres para ir a arar las colinas, pero yo quiero quedarme aquí contigo.

CHINA —Anda . . . Todos tenemos que servir a nuestra manera.

TOLETOLE —Pero yo quiero quedarme aquí contigo, China.

CHINA —Quédate, entonces.

TOLETOLE —Pero parece que tú no me necesitaras.

CHINA —Te necesito.

TOLETOLE —Me quedo, entonces. En las plazas están enseñando a leer a los que no saben. ¿Aprendo a leer, China?

CHINA —Aprende.

TOLETOLE —¿Crees que podré?

CHINA —Todos podemos.

TOLETOLE —¿Puedo llevar estos libros?

CHINA —Llévalos. (*Toletole va a buscar los libros*)

TOLETOLE —Te los leeré algún día. Todos. (*Sale. China trabaja con sus maderos. Después de un rato, entra Bobby*)

BOBBY —Las fogatas están prendidas . . . ¿Qué hago ahora?

CHINA (*Sin mirarlo*) Todo lo que hay de metal en la casa debe ser mandado a la fundición . . . Necesitamos herramientas de trabajo. Mañana no quiero ver un objeto de metal en esta casa . . .

BOBBY —Bien . . . (*Comienza a recoger objetos de metal*)

CHINA (*Después de un rato*) También el servicio de plata . . . y los candelabros de oro.

BOBBY —¿El oro?

CHINA —¡No es un metal el oro? (*Bobby saca los candelabros de una consola*) Consigue también las joyas de tu madre . . .

BOBBY —¿Las joyas?

CHINA —Sí, las joyas . . .

BOBBY —Si eso ya no tendrá valor en el futuro . . ., ¿qué importa dejarle, al menos, ese gusto?

CHINA —¿Crees que tu madre tendrá algún placer en conservar lo que en el futuro no serán más que piedras de color? ¿O tú piensas que no son eso las joyas . . ., piedras de color?

BOBBY —Ella no piensa así . . .

CHINA —Haz que comprenda, entonces.

BOBBY (*Va hacia la escalera; se detiene*) Estoy feliz de poder trabajar por ustedes . . . Estoy aprendiendo.

CHINA —Nadie trabaja para nadie ahora, hijo . . . Trabajas para ti mismo, porque tú mismo somos todos . . .

BOBBY —Sí . . .(*Va a subir*)

CHINA —El problema que tienes es que quieres a tu madre y no te gusta verla sufrir, ¿eh?

BOBBY —Creo que se puede evitar el sufrimiento . . .

CHINA —Es tarde para eso ahora . . .

BOBBY —De lo que ustedes han hecho, yo deduzco que el amor está comenzando . . .

CHINA —Entonces piensa que cada partícula de esas joyas fue hecha con el dolor de un negro o de un malayo, que ahora cobran su premio a través de nosotros . . . Ése es el amor que comienza . . . Piensa en eso y te será fácil endurecerte . . . (*Bobby asciende la escalera*) Y dile a la cabeza hueca de tu hermana que tiene veinticuatro horas para integrarse a nuestro movimiento. No hemos hecho esto para alimentar taimados . . . Están enrolando mujeres para arar las colinas . . . (*Bobby desaparece. Luego se oyen voces arriba*)

VOZ DE PIETÁ —¿Bobby, qué haces? ¿Qué estás haciendo, niño?

VOZ DE BOBBY —Déjame, mamá . . . ¡tengo que hacerlo!

PIETÁ —¡Pero no mis joyas! . . . ¿Por qué mis joyas?

BOBBY —¡Deja, mamá . . ., por favor!

PIETÁ —¡Bobby! (*Viene bajando tras él la escalera*) ¡Bobby, dame! ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás haciendo con nosotros? (*Bobby ha llegado frente a China con las joyas, que pone ante su cara*) ¡Usted! . . . (*Va sobre China y golpea su pecho con los puños*) ¡Bandido! . . . ¡Criminal! . . . ¡Bandido! (*Golpea a China, que permanece inmóvil, mirando un punto ante sí*) . . . ¡Criminal! . . . (*Su voz se va debilitando*) Bandido . . . Bandido . . . (*Cae finalmente a sus pies*)

Bandido . . . Bandido . . . (*Meyer, que ha seguido a Pietá, asoma al pie de la escalera*)

CHINA (*Después de una pausa; afectado sinceramente por la escena*) Sí, señora . . ., es cruel, y difícil. (*Pietá solloza*) La riqueza se mete en uno con raíces muy profundas . . . Llega a ser una segunda naturaleza, que deforma toda la realidad . . . Pero guarde fuerzas; aún queda un largo camino que recorrer . . . Mañana entregará a su hijo sus tapados y pieles; hay gente que los necesita. Sólo se quedará con lo necesario. La próxima semana usted tendrá que estar trabajando en algo.

PIETÁ (*Lo mira hacia arriba*) ¿Qué les hemos hecho a ustedes para que nos traten así? . . . Ustedes vivían sus vidas; nosotros, las nuestras. Nunca les hemos deseado ningún mal . . . (*China mira a Meyer*)

MEYER —Bobby, lleva arriba a tu madre.

PIETÁ (*Resistiendo a que Bobby la lleve*) Diles, Lucas, diles que nosotros hacíamos labor social . . . Diles que siempre hemos estado preocupados de los pobres . . . (*A Bobby*) Anda y haz venir a las empleadas, hijo; que ellas den testimonio por nosotros . . . Ellas dirán que en esta casa han sido tratadas con la mayor consideración . . . (*Bobby titubea*) Anda, hijo, ¿qué esperas?

BOBBY (*Con ansiedad y dolor*) Ya no hay más empleados en esta casa, mamá . . .

PIETÁ —¿Que no hay más? ¿Cómo es eso? ¿Dónde están?

MEYER —Lleva arriba a tu madre, Bobby.

BOBBY —Se fueron, mamá.

PIETÁ —¿Se fueron? . . . ¿Dónde?

BOBBY (*Ahogado*) No volverán, más, mamá . . .

PIETÁ —¿La Sara? ¿No volver más? ¡Imposible! Ha estado al servicio de esta casa desde que yo era niña.

BOBBY —Se fue con las otras a trabajar a las colinas.

PIETÁ —¡A la Sara han debido arrastrarla a eso! . . . ¡No sería así no más!

BOBBY (*Casi gritando ahora*) Las vi cómo se iban ayer por la tarde, mamá . . ., cantando por la calle, del brazo de otras mujeres . . . ¡Por favor, sube a tu pieza! ¡No compliques más las cosas!

PIETÁ (*Pausa, anonadada*) ¿Qué es esto, Lucas? Nunca me dijo una palabra . . . Nunca una queja. ¿Cómo pudo disimular tanto su rencor? (*Se deja llevar ahora; ya desde la escalera, a China*) Siempre habíamos creído que habría pobres y ricos, señor . . . Siempre creíamos que ustedes se conformaban con eso. (*Medio se desprende del brazo de Bobby*) Y después de todo, ¿no eran ustedes los culpables de su condición? ¿No eran ustedes los culpables? ¿No eran ustedes? (*Se deja llevar por Bobby escalera arriba*)

MEYER (*Una vez solos con China*) Bien, Mirelis . . . (*Se planta frente a él*) Esto se acabó. ¿Qué es lo que quieres? Dilo de una vez. ¡Mi cabeza! Por mi ventana he visto cómo se trabaja en el vecindario. De aquí al Puente Mayor, no queda una casa en pie. Sólo tú y tu atado de harapientos haraganeas aún en mi jardín . . ., amenazando a mi hija . . ., robando a mi mujer . . . ¿Qué es lo que esperas?

CHINA —Espero . . .

MEYER —¿Esperas qué?

CHINA —Que llegue el momento.

MEYER —¿El momento para qué? ¿Para que pase qué? Puedo aguantar mucho, más de lo que tú crees . . . Arrasarán toda la ciudad, pero yo podré seguir aquí, firme como un roble. He demostrado firmeza antes y podré volver a hacerlo. ¿O esperabas acaso que caería a tus pies, iluso? ¿Suelto y fofo como un pañuelo? ¿Es eso lo que esperabas? (*China sigue impasible en su labor*) Lo fraguaste todo para que este atado de piojosos te hicieran este motín para poder venir a meterte a mi casa y hacerme gatear lloriqueando a tus pies, ¿eh? . . . ¿Era ése el plan? . . . (*Se acerca más a él*) ¿Por qué no fuiste a mi fábrica en todos estos años? Pudiste venir y meterme un tiro . . . ¿por qué no lo hiciste? Al principio, en verdad, te estuve esperando . . . (*Casi cara a cara ahora*) Porque meter una bala no produce . . . placer, ¿eh? ¡Canalla! ¿Quieres que ellos te hagan el trabajo sucio? . . . ¿Eh? . . . ¡Contéstame! ¿Es lo que tenías en mente? . . . ¿Es eso lo que reinaba en tu sucia cabeza? . . . (*Le toca la sien con su índice; China sigue impertérrito; se aleja bruscamente de él, se pasea*) Firme como un roble, así es como voy a resistirte . . . Arrasarán la ciudad, pero yo estaré aquí . . . esperando. No podrán contra mí; la vida me ha endurecido . . . (*Gira hacia China*) Soy Lucas Meyer, ¿entiendes lo que eso quiere decir? Eso quiere decir que he debido tomar decisiones, tremendas decisiones que me han endurecido . . . Llegué a tener doscientos hombres a mi cargo, ¿entiendes lo que eso quiere decir? Doscientos hombres con sus familias y sus vidas. ¡Todo aquí, en esta mano! Los he tomado y cambiado de un lugar a otro. Los he subido y bajado a mi antojo. Les he dado salario y ellos han comido. (*Se acerca a él de nuevo*) Y les he dado . . . felicidad. La clase de felicidad que nunca has podido dar a nadie. Una vez tomé a los doscientos con sus críos y paquetes y los trasladé a la playa . . . Todos juntos en un atado . . . Debiste ver sus caras, cómo sonreían, mientras la prole retozaba al sol y las viejas se llenaban los pulmones de brisa marina . . . (*Cara a cara*) Ésa es mi creación: ¡hacer vidas! . . . La tuya, ¿cuál ha sido, patán, eh? . . . ¿Rascarte los piojos? . . . ¿Rumiar destrucciones? . . . ¿Cuántos niños andan por ahí, porque TÚ les diste ocasión a sus padres a tenerlos y alimentarlos? ¿Cuántas madres han alumbrado en paz, porque TÚ tranquilizaste

su temor con un salario? ¿Cuántos veteranos descansan sus huesos porque tú les diste derecho de aspirar a un descanso? . . . ¿Eh? . . . ¿Cuántos? . . . ¡Contéstame! . . . ¡Háblame, canalla! *¡Háblame!* (*Pausa. Se va a sentar ante él*) ¿Que me gustan los pesos? Claro que me gustan . . . ¿A quién no? . . . Tú, en mi caso, habrías hecho lo mismo, Mirelis . . . Si toda la sociedad en que vives premia el fruto de tu codicia, ¿por qué iba a ser yo de otra manera? . . . Comenzar sin nada ha sido siempre mi proeza más espectacular. (*Sonríe, casi desvalido*) Hace seis meses festejamos los veinticinco años de mi fábrica y mis empleados vienen y me regalan una placa . . . ¿Sabes lo que decía en esa placa? . . . «1937. Capital: mil pesos y una esperanza. 1961. Capital: trescientos millones y una realización . . . Gracias, señor Meyer». Al final se acercaron dos obreras con un ramo de flores y una de ellas me dio un beso en la mejilla . . . ¿Quién iba a dudar de una sociedad en que todo el mundo vivía contento? . . . Eh, Mirelis, ¿quién iba a dudar, eh? . . . ¿Qué significa todo esto que ustedes están haciendo, eh? . . . ¿Una venganza? . . . ¿Una sucia venganza de los frustrados? . . . ¿Hay alguna razón para todo esto? . . . Contéstame . . . ¡Contéstame, miserable! . . . ¡Háblame! *¡Háblame, reptil!* . . . ¿Qué te pasa, hijo de puta, te tragaste la lengua? (*Pausa, en voz baja, angustiado*) ¿Qué quiere decir todo esto, Mirelis? Por favor, dime . . . ¿Qué hacen en mi casa?

CHINA —Esperamos . . .

MEYER —¿Esperan qué, por amor de Dios?

CHINA —Que llegue el momento.

MEYER (*Se levanta espantado*) ¡Estás hablando en círculos! Hablas por hablar. Ni siquiera escuchas.

CHINA —No, no escucho, en verdad.

MEYER —¿Qué pretendes, entonces? . . . ¡Soy Lucas Meyer! Soy un hombre que creó una industria. Merezco al menos que se me explique. (*Va y le arrebata la herramienta que tiene en la mano y la dispara lejos*) ¡Habla!

CHINA —Hable usted. A usted le toca ahora . . . Yo escucharé.

MEYER (*Retrocede*) ¿Están decididos, entonces, eh? ¿Van derecho a su meta?

CHINA —Derecho como una línea . . . Ahora las palabras son inútiles, porque sabemos todas las respuestas y todas las justificaciones. Pero hable, caballero . . ., hace miles de años que oímos el sonido de esas palabras. Nunca dejan de ejercer una extraña fascinación a nuestros oídos. Hable usted, hasta que se canse. Yo estaré aquí oyendo.

MEYER (*Después de retroceder, sin despegar la vista de China*) ¿Y si te doy los nombres? ¿Todos los nombres, Mirelis? De los más apetecidos

por ustedes . . . Los conozco a todos. ¡Todos han estado aquí, en esta casa! ¿Te gustaría?

CHINA —¿Qué ganaría usted con eso?

MEYER —Deja tranquila a mi familia, Mirelis . . . (*Ansioso*) El nombre de todos los implicados . . ., los arreglos torcidos . . .

CHINA —¿Haría usted eso? ¿Realmente?

MEYER —Pregunta, Mirelis . . .

CHINA —(*Rápido*) ¿Quién ideó el acaparamiento de harina el año pasado?

MEYER —Bonelli, el industrial molinero, en unión con Cordobés, el curtidor. La guardaron en las bodegas de los hermanos Schwartz.

CHINA —Increíble la memoria suya . . . Debe odiarlos mucho para tener tan a flor de piel el recuerdo de sus crímenes. (*Súbitamente*) ¿Quién fraguó el aumento artificial del precio de los antibióticos durante el invierno de este año?

MEYER —Hoffman, el farmacéutico, en contubernio con un grupo de médicos.

CHINA —Espere, necesito testigos para esta confesión. (*Se acerca a la ventana, grita*) . . . ¡LAS PREGUNTAS! . . . (*Murmullos de aprobación afuera*) Ya está listo para las preguntas . . . (*Gritos de alegría*) Uno por uno . . . No se aglomeren . . . ¡A ver tú, Desolación, comienza tú!

VOZ (*Aguardentosa*) ¿Quién dictó las leyes de la educación que enseñan al conejo a correr menos que la metralla?

MEYER (*Mira a China con estupor*) No entiendo . . .

CHINA —Dice que no entiende . . . Quiere preguntas concretas . . .

VOZ DE MUJER —¿Quién alzó el precio de la leche a tal punto que el año pasado mi hijo se me cayera seco de los pezones?

MEYER (*De inmediato*) Caldas, el hacendado, con el voto de los demócratas. (*Gritos de algazara infantil. ¡Viva el señor Meyer! Y otros*)

CHINA —¿Ven? Eso es lo que quiere . . . Preguntas concretas . . .

VOZ DE VIEJO —¿Quién botó la basura frente a la casa del pobre?

MEYER (*Piensa*) No recuerdo su nombre . . .

CHINA —¿No oyeron? ¿No se dan cuenta de que se siente perdido ante esa clase de preguntas? . . . Es un hombre sincero, directamente . . . ¡Pregunten sincero!

VOZ DE HOMBRE —¿Quién nos acusa de ser flojos?

MEYER —Todos . . . Todo el mundo, un poco . . .

CHINA —No, eso no . . . Cosas que pueda responder . . . Preguntan ¿quién roba los dientes del pobre?, por ejemplo.

VOZ (*Chillido sin dientes*) ¡Sí, mis dientes! ¿Quién robó mis dientes?

MEYER (*Desesperándose*) Concreto . . .

VOZ DE MUJER —¿Quién nos acusa de ser feos?

VOZ DE VIEJO —¿Quién nos acusa der ser borrachos?

MEYER —Esas preguntas . . . no puedo responderlas . . . ¡Quiero dar nombres! ¡Sé los nombres!

VOZ DE NIÑO —¿Quién nos acusa de ser ladrones?

MEYER (*Fuera de sí por los gritos que se han ido poniendo cada vez más insistentes*) ¡Todos! . . . ¡Todo el mundo, un poco! . . . ¿Qué no hay acaso ladrones entre ustedes?

CHINA —Cuidado, señor Meyer, podrían no entender eso . . .

MEYER —Pero es que yo no entiendo esas preguntas . . . Después de todo, ustedes vivían al otro lado del río . . . ¿Por qué me iba a tener que fastidiar con estas cosas? (*Bruscamente se interrumpe. Afuera, todo ruido. Cae un profundo silencio, y de pronto, lenta y muy suavemente, unos niños comienzan a recitar. Como contando un cuento sin asunto. A medida que cunden las palabras, las voces se van magnificando, hasta que todo el ámbito resuena de ellas*)

NIÑO 1.° —Porque no hay nada como el miedo para matar las pulgas.

NIÑO 2.° —Porque un patito feo se come a un patito bonito.

NIÑO 3.° —Porque es mejor no saber leer para comer almendras.

NIÑO 4.° —Porque no hay nada como esperar para que a uno se lo lleve el viento.

MEYER —Quién . . ., ¿quiénes son esos niños?

NIÑITA —Juanito, ¿te cuento el cuento de todos los árboles?

NIÑITO —Cuenta . . .

NIÑITA —Todos los árboles tenían tanto miedo de las hormigas que cuando las vieron venir, se quedaron parados . . ., tiesecitos, esperando que les caminaran encima . . .

MEYER —¿Quiénes son esos niños, Mirelis?

CHINA —Dos niños que nacieron de los hongos de una ruca . . . Hasta los cinco años jugaban con cucarachas y garrapatas. Después descubrieron que con las tripas frescas de perro se pueden hacer globos de inflar . . . Hoy tienen una extraña fantasía.

NIÑITO —¿Ves aquellos pájaros negros en la torre del campanario, Juanita?

NIÑITA —Sí . . .

NIÑITO —¿Vamos a matarlos a campanazos?

NIÑITA —Vamos . . .

OTROS NIÑOS —Vamos . . ., vamos . . . (*Junto a estas voces comienzan a resonar campanas, cada vez más fuertes. Al final, ensordecedoras. Súbitamente callan las campanas. Pietá baja la escalera y pasa frente a Meyer. Saliendo*)

PIETÁ —Es inútil, Lucas . . . Ya nada se puede hacer. Habrá entre ellos un lugar para nosotros . . . (*Pietá se mueve hacia la puerta como impulsada por una fuerza que la arrastra a pesar de ella. Sale*)

MARCELA (*Baja y pasa también frente a Meyer*) Ven con nosotros, papá . . . Nadie te lo impide . . . (*Sale*)

BOBBY (*Baja la escalera*) ¿Por qué no vas, papá? Es verdad. Nadie te lo impide . . .

MEYER —¡Todo, hijo! . . . Todo me lo impide. (*Se alza*) No hay tal pueblo hambriento y con sed de justicia . . . Es sólo un pretexto de ese China, que los incita contra *mí* . . .

BOBBY —No, papá. Ve lo que está pasando . . . Por favor, mira lo que sucede a tu alrededor. (*Lo toma de los brazos*) Es tu última ocasión . . . Después de eso, tendrás que desaparecer en la soledad . . . Para los que no entiendan sólo queda en el futuro . . . soledad . . . No la muerte que tú temes . . . Soledad y amargura . . .

MEYER —Bobby, ¿tú verdaderamente crees en eso?

BOBBY —Sí, papá . . ., creo.

MEYER (*Toma su cara*) Entonces, hijo, mete esto en tu cabeza . . . La codicia es el motor que mueve el mundo . . . Nunca, ¿entiendes?, nunca desaparecerá entre los hombres . . . (*Se aleja de él*) Ahora veo lo que está pasando: estamos en manos de niños locos . . . Harán cenizas de la tierra . . . (*Bobby se mueve hacia la puerta*) ¿Y ahora tú también te vas? . . .

BOBBY —Sí, papá. Soy joven. Quiero olvidar y aprender. (*Sale. Meyer gira por la pieza*)

MEYER —Oh Mirelis, ¿dónde estás? . . . ¿Dónde estás, Mirelis? . . . ¿Qué cosa horrible están haciendo ustedes de la vida? (*Aparece China, que permanece en la sombra*) ¿Tú también te haces la ilusión de estar creando algo? Esa sucia recua de hombres feos, esa manada de mujeres tristes que andan por ahí, arrastrando sus críos . . ., ¿crees que tolerarán mucho tiempo la vida fea que ustedes les están haciendo? Sal a ver el cortejo maloliente, Mirelis . . . La hermosa ciudad convertida en cantera . . . Los grandes museos en Cocinas del Pueblo, la catedrales en barracas . . . ¿Dudas que un día se alzarán contra los responsables de tanta fealdad y entonces la tierra se volverá polvo? (*Está ahí. Casi con las brazos abiertos, ante China, que permanece siempre en la obscuridad. Comienza una música furtiva y danzarina. Como de pasos precipitados en el momento que surgen dos monjas, que caminan una junto a la otra, y van a situarse ante Meyer, con las manos extendidas en actitud suplicante*)

MEYER —¿Qué es lo que quieren? ¿Quiénes son ustedes?

MONJA 1 —Soy Carmen, la pequeña obrera fea.

MONJA 2 —Soy María, la pequeña obrera fea.

MEYER —Sí. Siempre con las greñas en la cara sucia. Las desahucié a las dos.

AMBS (*En coro, alejándose*) No había lugar para mujeres feas en la fábrica. No había lugar. (*Salen. En los muros aparecen proyecciones que representan ojos que miran . . ., rostros de ancianos . . ., manos cruzadas . . ., manos suplicantes . . ., pies en zapatos rotos . . ., platos de magra comida . . ., etc. De otra parte surge el Cojo, de obrero viejo. Cruza cojeando el escenario*)

MEYER (*Lo sigue, señalándolo con el dedo*) Y tú, Miguel Santana, el viejo tornero . . . ¿Qué haces aquí, Santana? ¿No moriste un día sobre tu torno?

EL COJO (*Sigue rengueando; refunfuña. Ante él, pasa sin mirarlo*) Sí . . . Nadie torneaba válvulas como yo. Quería descansar, pero nadie torneaba las malditas válvulas como yo. Esa fue mi perdición. Entonces, un día mordí el acero . . . Malditas válvulas. (*Sale. Aparece Toletole, de viuda*)

TOLETOLE (*Gira por la habitación, mirando los muros*) Aquí, en este mismo lugar, estaba mi casa . . . La casa que me dejó mi marido . . . (*Los toca*) Los muebles . . ., las balaustradas . . . Un día tuve que vender . . . Tuve urgencia de vender y encontré a un hombre que me la compró por una bagatela . . .

MEYER —Sí, una bagatela . . . En verdad, era una ganga . . .

TOLETOLE (*Mira fijo a Meyer al salir*) Mi marido quería mucho esta casa . . . (*Sale. Proyecciones*)

MEYER —Oh Mirelis, detén el cortejo. ¿No me has hecho ya bastante? ¿Quieres que confiese? Sí, maté a tu hermano. Pero no toda la culpa es mía. Tu hermano llegó a mí con los ojos bien abiertos. Lo vencí de igual a igual; lo mismo pudo él liquidarme a mí. (*Súbitamente se interrumpen la música y las proyecciones. Se detiene toda acción. Luego surge Alí Babá, de joven obrero. Cruza el escenario, con fuertes zancadas, y se va a plantar frente a Meyer*)

ALÍ BABÁ (*Serio*) Soy el obrero joven que un día voló de su fábrica cuando desapareció una lima del taller mecánico . . . Yo no robé esa lima, pero usted me expulsó igual. Usted sabía que yo no la había robado, pero había que encontrar un culpable.

MEYER —Un culpable, sí.

ALÍ BABÁ —Eso fue el 26 de julio de 1948 y yo crucé su cara con una bofetada. Nunca nadie había alzado una mano contra usted en su fábrica. Mi ficha era la 12374 y mi nombre es . . . *Esteban Mirelis*. (*Sale*)

MEYER —Sí . . . Te llamabas Esteban Mirelis, recuerdo. (*Gira hacia China*) ¡Perro! Quieres confundirme nuevamente, ¿eh? Volverme loco . . . Esteban Mirelis se llamaba el hombre que murió hace

treinta años colgado de una viga . . . Lo sé porque yo mismo le prendí fuego . . . Se colgó con una liga estampada de flores de lis blancas, hasta que dejaron de humear los restos . . . (*China sale de la sombra*)

CHINA —Curioso el daño que usted se hace a sí mismo. ¿Quemar fábricas? ¿Robar dinero? ¿Colgar a un hombre? ¡Qué imaginación la suya! Usted nunca llegaría a esos extremos, señor Meyer. Son menores los crímenes. Sólo las consecuencias son mayores.

MEYER —Y si ese muchacho no es Esteban Mirelis, ¿quién eres tú, entonces?

CHINA —Me llaman «China», ya le dije. Soy un hombre que merodea. Me he sentado en cada piedra del camino. Cada puente solitario me ha servido de techo. He mirado el rostro de millones de vagabundos, y he visto el dolor cara a cara. (*Va hacia la ventana*) Hay mucha tristeza en el mundo, señor Meyer . . ., pero hoy día la estamos venciendo . . . (*Indica afuera*) Ese muchacho, Esteban Mirelis, trabaja ahora como tractorista en el ladrillar; le queda poco tiempo para pensar en la ofensa. La viuda teje en las grandes Tejedurías de lana; ha encontrado un nuevo oficio, y Toletole canta ahí, en lo alto de las colinas, siguiendo su arado. Todo el mundo trabaja afuera; es una lástima, en verdad, señor Meyer, que usted no entienda . . . (*Gira hacia él; con calma*) El pueblo no se ha alzado contra usted; esa obsesión le viene de creer que su vida tiene alguna importancia . . . ¿Es tan difícil pensar que eso, ahí afuera, es sólo una cruzada de buena fe? ¿Un juego ingenuo de la justicia? ¡Venga! Lo invito a mirar la realidad. Es un espectáculo que recrea el espíritu. (*Meyer está clavado al suelo*) Venga, únase a nosotros. Venga. Sígame.

MEYER —¡No te creo, perro! Me has quitado mi casa, mi familia . . . Me has humillado ante todos. ¡No creo en esa mansedumbre tuya! ¡Sólo estás aquí por un deseo de venganza!

CHINA —Es una lástima . . . En verdad, es una lástima.

MEYER —¡Dime que yo maté a Mirelis y que ésa es la razón de que estés aquí!

CHINA —Tremenda imaginación la suya, señor Meyer . . .

MEYER —*¡Dime! . . . ¡Yo maté a Mirelis! . . . ¡Dime!*

CHINA —(*Desde la puerta*) Son menores los crímenes . . .

MEYER —*¡Dime, perro! . . . ¡Yo maté a Mirelis! . . . ¡Yo lo maté! . . .* (*Sale China. Súbitamente se apagan todas las luces y se enciende suave, lentamente, un canto general*)

CORO—Adán y Eva tuvieron a Caín y Abel . . .
Caín engendró a Irad y de Irad se
multiplicaron hasta Matusael . . .

Matusael engendró a Henoc y de Henoc
adelante, la raza humana comenzó a rebasar . . .
Y cuando Noé engendró a Sem, Cam y
Jafet, la raza humana ya era masa . . .
Porque los hijos de Jafet fueron Gomer,
Magog y Madai . . .
Y Javán y Tubal . . .
Y Mosoc y Tiras y Asanes . . .
Y Rifat y Elisa y Tarsis . . .
Y Gus y Fut y Mesraím . . .
Y cada uno de ellos tuvieron miles de hijos,
y la tierra se pobló de rostros . . .
Tuvieron millones de hijos cada uno, y la
tierra se pobló de miserias . . .
(*Silencio total, y, de pronto, muy desvalido*)

NIÑITA —Juanito, ¿te cuento el cuento de todos los árboles?

NIÑITO —Cuenta . . .

NIÑITA —Todos los árboles tenían tanto miedo de las hormigas . . . (*Surge la voz de Meyer, desde arriba*)

MEYER (*Arriba*) ¡Basta! . . . ¡Basta! . . . ¡Yo lo maté! . . . ¡Yo lo maté!

PIETÁ (*Arriba*) Lucas, ¿qué te pasa?

MEYER —¿Qué . . . qué pasa? ¡Yo lo maté, mujer! ¡Rompen toda la casa! . . . Están en todas partes . . .

PIETÁ —¿Quiénes, Lucas? . . . Despierta, hombre. Descansa. Has tenido una pesadilla . . .

MEYER (*Se oye movimiento arriba*) ¿Una pesadilla? ¡Oh! . . . Los niños, ¿dónde están? . . .

PIETÁ —En sus piezas, durmiendo, hombre . . . ¿Dónde vas?

MEYER (*Se abre una puerta*) Bobby, ¿estás ahí, niño?

BOBBY —¿Qué pasa, papá?

MEYER —¡Oh Dios! . . . (*Se abre otra puerta*) ¿Marcela?

MARCELA —¿Papá?

MEYER —¡Oh!

PIETÁ —¿Qué cosa terrible soñaste, hombre? Ven, vuelve a tu cama . . . ¿Dónde vas, Lucas? . . . (*Meyer baja la escalera. Enciende la luz y mira con cautela por todos lados. Va hacia la ventana y la abre. Mira afuera. Pietá lo sigue. También vienen Marcela y Bobby, poniéndose una bata*)

MEYER —Oh hijos . . . Vengan . . . (*Los abraza*) Llenaban toda la casa, hijos. Estaban en todas partes, rompiendo todo, llevándose todo . . . ¡Oh Dios mío! Te ibas a las colinas, mujer. Tú también, hija.

MARCELA (*Ríe*) ¿A las colinas, papá? ¿A hacer qué? ¡Qué ridículo!

MEYER —A arar . . . A arar, hija . . . Y tú, mujer, me dejabas . . .

PIETÁ —¿Yo, dejarte? . . . (*Ríe. Todos ríen*) ¡Qué tonterías, Lucas!

MEYER (*Riendo*) Sí, Pietá, me dejabas.

PIETÁ —¿Quién era esa gente que se llevaba todo, Lucas?

MEYER —Nadie . . . Nada, mujer. Sueños, nada más. Ya pasó todo.

PIETÁ —Sí, ya pasó todo. Ven a acostarte.

MEYER —Sí . . . (*La sigue hacia la escalera*) Sin embargo, todo seguía una lógica tan precisa, un plan tan bien trazado. Como si en caso que sucediera . . .

PIETÁ —¿Sucediera qué? . . .

MEYER —Creo que una vez tuvimos a un obrero de apellido Mirelis en la fábrica . . . Sí, se llamaba Mirelis . . . Esteban Mirelis, ahora lo recuerdo . . . Voló porque se robó una lima . . . Tal vez procedimos con ligereza en ese asunto.

MARCELA —¿Y quién era Esteban Mirelis en tu pesadilla, papá?

MEYER —¡Oh, no importa, hija! Un pirata griego . . . Un salvaje que merodea los mares, con su pata de palo y sus mástiles cargados de buitres . . . (*La abraza*) Lo importante es que nada ha pasado y estamos todos juntos otra vez. (*Toma del brazo a Bobby*) Imagínate, hijo, que en el sueño de tu padre, Gran Jefe Blanco, el portero albino de tu Universidad, quemaba tu chamarra de cuero en una gran pira de fuego en medio del patio y todo el mundo miraba, sin hacer nada . . . Cosas que sueña tu padre . . . (*Lo chasconea*) Vamos . . .

BOBBY (*Se detiene*) Papá . . .

MEYER — —¿Sí, hijo? . . .

BOBBY —Eso sucedió ayer . . . Eso fue cierto . . .

MEYER —¿Qué, hijo?

BOBBY —Gran Jefe Blanco . . . Ayer . . . Cuando salíamos de clases . . . Estaba en el patio de la Universidad, calentándose las manos artríticas sobre una pira hecha de la ropa de mis compañeros . . . Estaba parado, en medio del patio, mirando arriba, a los pasillos, sin que nadie se atreviera a moverse, papá. Su mirada era tan desafiante que nadie se movió . . . Rector, profesores, nadie. ¿Fue eso lo que soñaste? . . . ¿Fue eso lo que soñaste, papá? Eso fue cierto. ¿Fue eso? ¿Fue eso, papá? (*Los cuatro están ahí, en medio de la habitación, mirándose, cuando, al fondo, en la ventana que da al jardín, cae un vidrio con gran estruendo y una mano penetra, abriendo el picaporte*)

TELÓN

EL SIGNO DE CAÍN
1969

PERSONAJES:

Portus
Charito
Joaquín Icaza
Leonor de Icaza

ESCENA PRIMERA

Una habitación pobre y estrecha, en el tercer piso de una casa antigua de clase media modesta.

Para llegar a ella hay que ascender dos pisos por la escala interior de la casa, salir al exterior hacia una galería que mira hacia un patio y volver a ascender un piso por una escala de tablones. Desde la galería se ve un horizonte de techos de tejas y planchas de cinc. Un muro alto de adobe al frente por el cual trepa una enredadera magra y reseca, y abajo, un patio embaldosado con algunas plantas, una artesa, juguetes de niños, aves en sus jaulas y gatos.

La habitación no tiene otro decorado que un par de muebles pobres de ocasión: una mesa, un par de sillas, un sillón de respaldo alto de cuero sucio, un sofa-cama, un velador, un ropero. En los muros, un par de cuadros, repisas con libros.

Sobre la mesa, una radio anticuada, un balde de jardín.

Además de la puerta de entrada desde la galería, hay una puerta que da al baño y otra, cubierta por una cortina desteñida, que cubre el rincón de la cocina. A la derecha, una ventana, cubierta por una cortina de primoroso encaje, que contrasta con el pobre decorado general. Por la ventana se divisa el mismo panorama de techos, antenas, chimeneas.

Es la mañana asoleada y un poco fría de un día temprano de otoño.

Sentado en el sillón de respaldo alto, ante la mesa, anotando algo en un cuaderno, está Portus Sanjuán, 35 años, delgado, pálido, de pelo lacio y largo caído sobre sus hombros, denota descuido y desaliño. No se ha afeitado. Apenas se ha pasado una peineta. Sobre el pijama se ha puesto su vieja chaqueta de casa, raída en los codos. Se forra las piernas con una frazada.

Ante él humea una taza de té y de sus labios cuelga un cigarrillo apagado. Es un detalle importante. Portus fuma incansablemente. Prende un cigarillo con otro. Todo su ser está cubierto, de pies a cabeza, por la pátina amarillenta y opaca del humo del tabaco.

Su aspecto apenas contrasta con el desorden total que reina en la habitación. La cama sin hacer, la ropa tirada por ahí, bajo la cama una bacinica, de la llave del ropero cuelgan un par de medias de mujer, un corpiño.

La radio, con demasiado volumen, toca una melodía sentimental. Por un instante, Portus trata de concentrarse en su trabajo, pero luego la música no lo deja y corta el contacto.

Después de un rato.

VOZ DE IDA —¡Portus! . . . ¡Oye, Portus!

PORTUS (*Casi un gruñido*) ¿Mmmh! . . .

VOZ DE IDA —¡No lo cortes! . . . ¡No seas malo! . . .

PORTUS —¡No me deja trabajar!

VOZ DE IDA —¡Ay, tú trabajando! ¡Qué miedo me da! ¿No vaya a ser el día del Juicio Final? (*Portus sonríe*) Ponlo, ¿quieres? ¡No seas malo! ¡Es Rafael! . . . (*Breve pausa*) ¡Le estoy escribiendo a mi madre y no puedo hacerlo si no oigo música sentimental . . .! (*Portus vuelve a conectar, ahora a mayor volumen. Otro grito*)

VOZ DE MUJER —¡Señor Sanjuán . . .! ¡Señor Sanjuán! (*Portus baja el volumen*)

PORTUS —¿Sí?

VOZ DE MUJER —Baje esa radio, ¿quiere? ¡El capitán amaneció con jaqueca! ¡Dice que así, la cabeza le estalla!

VOZ DE IDA —¡Dígale que se la corte, pues! ¡Que para ponerse la gorra le queda la otra . . .!

VOZ DE MUJER —¡Ay, señora Ida! (*Portus ríe*)

PORTUS —¿Bueno! ¿y qué hago?

VOZ DE IDA —¡Corta, pues! ¡Ya oíste! ¡¡Al capitán le duele la sombrerera . . .!! (*Portus vuelve a cortar. Trabaja. Bebe el té. Luego entra Charito. Baja, más bien gorda, bordea los cuarenta. Ropa de mal gusto, muy ajustada. Su aire ramplón, de gestos desenvueltos y un*

poco bruscos, donde uno de cada dos movimientos es inútil y a despropósito, acusan su origen de poca escuela y poca contención. La pintura exagerada y el pelo mal teñido delatan su preocupación con los años que ya asoman en las arrugas de los ojos y la frente. Todo ello no impide, sin embargo, que el conjunto la muestre como un ser de bonachona simpatía, con disposición positiva ante la vida y proyectada sobre los demás con generosa ternura. Entra llevando una bolsa con paquetes)

CHARITO (*Yendo directamente hacia la cocina*) ¿Oíste a la Ida? ¡Qué lengua! Uno de estos días, don Aldo le pide la pieza. (*Deja una botella de leche sobre la mesa*) Aquí tienes tu leche para tu úlcera. Ya hace tres días que dejas media botella. Si no estoy encima de ti . . . (*Ha ido a la cocina y ha vuelto con un vaso. Sirve.*) ¡Toma . . .!

PORTUS —Después . . .

CHARITO —¡No, ahora . . . Toma . . .! (*Portus bebe resignado*) Y sin calcetines . . . Y te volviste a levantar sin calcetines . . . (*Va hacia el ropero y vuelve con un par*) ¡No digo yo! ¡Si yo no estoy . . .! ¡Toma, póntelos . . .! (*Le ayuda a ponérselos*) Tú sabes que te resfrías por los pies helados . . . ¡Bueno con el hombre éste . . .! (*Lo peina con los dedos. Le abotona el cuello de la chaqueta del pijama. Luego va hacia la cocina. Desempaqueta*) ¿Oíste la noticia?

PORTUS (*Trabajando*) ¿Qué noticia?

CHARITO —¿Que renuncia el Papa?

PORTUS —¿Qué Papa?

CHARITO —¡Pablo Sexto, pues? ¿Quién va a ser?

PORTUS (*Distraído*) ¿Tú crees . . .?

CHARITO —Puede ser. Yo siempre lo dije. El pobre no tiene cara para Papa. Coleccionista de estampillas, tal vez, pero Papa, no . . . Lo digo porque cerca de mi casa, cuando niña, había un italiano igual a él . . . coleccionista de estampillas. Se sentaba bajo el plátano en la calle a pegar sus sellos y los niños, al pasar de la escuela, le botaban la mesa . . . ¡Un día casi mató a uno a pedradas . . .! En cuanto vi su fotografía me acordé de él, el pobre . . .

PORTUS (*Siempre distraído*) ¿De quién . . .? ¿Del coleccionista . . .?

CHARITO —¡No, del cura . . .! ¡Toma tu leche! (*Portus bebe*) Lo mismo que él . . . Flaco, así . . . Tristón . . . No hablaba con nadie . . . ¿Y cómo va tu trabajo?

PORTUS —Bien.

CHARITO —Comenzaste temprano hoy, ¿eh . . .? (*Charito sale de la cocina secándose las manos con un paño*) Don Aldo estaba molesto por el ruido que armamos anoche.

PORTUS —¿Ah, sí?

CHARITO —Lo vi a la pasada cuando salí a las compras. Para mí, que me estaba esperando. (*Comienza a sacarse el vestido junto al ropero*)

PORTUS —¿Esperando?

CHARITO —Tú sabes cómo es. Medio disimulado para sus cosas. Medio cobarde. Estaba al pie de la escala, leyendo el diario y cuando me ve pasar, me dice: «Oiga, señora Charito . . .» Me gustó lo de señora; nunca sabe cómo dirigirse a mí . . . Me dice . . . «Oiga, señora Charito», me dice . . . (*Imite*) «Mi hermana, la . . .»? ¿Cómo se llama la solterona?

PORTUS —Emperatriz.

CHARITO —«Mi hermana, la Emperatriz . . .» ¿Oye, será hijo de ella el chiquillo flaco ese, que acaba de llegar del campo . . .? Anoche estuve pensando. Es igual a ella. ¿Te imaginas el escándalo? ¿Te imaginas la que armaría la Ida si se diera cuenta?

PORTUS —¿Qué te dijo?

CHARITO —Que a su hermana le parecía poco . . . «propio . . .». Sí, esa fue la palabra que usó . . . Que a su hermana le parecía poco «propio» de una vecindad como ésta, el que gente que «habitaba» en su casa, fuera tan «descomedida . . .». «Descomedida». ¡Fíjate . . .! Tan descomedida y «bullanguera».

PORTUS —¿Y tú? ¿Qué le contestaste?

CHARITO —Que éramos gente joven, y que como tal, creíamos estar en nuestro derecho de (*Ridiculiza*) i«disfrutar un poco de la vida . . .»! (*Ríen ambos*) La peor de todos es la Ida, con esa risa tan fuerte que tiene. Y Patricio, que no sabe cantar en voz baja. (*Ya en enaguas le sirve otro vaso de leche*) ¡Toma . . . (*Muestra la enagua*) ¿Te gusta? (*Portus asiente con gesto vago*) La compré ayer en el supermercado. Ahorré en carne y me compré una enagua. ¿Te diste cuenta que no comimos carne en toda la semana . . .? ¡Toma tu leche!

PORTUS —¡Ay, ya! Déjame, ¿quieres? ¿Me crees ternero?

CHARITO (*Poniéndose un delantal*) ¿Crees que vas a poder entregar el sábado? ¿Para irnos al campo?

PORTUS (*Con simpatía*) Si no me hablas tanto . . .

CHARITO —Oye, viejo, ¿será hijo de la Emperatriz, el flaco ese? ¿Te imaginas el escándalo?

PORTUS —Haz las camas de una vez y cierra el pico, ¿quieres?

VOZ DE IDA —¡Charito! ¡Oye, Charo . . .!

CHARITO (*Asomándose a la ventana*) ¿Sí? ¿Qué pasa?

VOZ DE IDA —¿Tienen algo que hacer esta noche?

CHARITO (*A Portus*) ¿Tenemos?

PORTUS —Yo no.

CHARITO (*A Ida*) No. ¿Por qué?

VOZ DE IDA —Alberto me acaba de llamar que trae un guitarrista panameño a casa. ¡Vendrá con dos acompañantes! ¡Uno que hace espiritismo! ¿Quieren pasar a conocerlos?

PORTUS —Dile que nosotros ponemos los erizos! (*Muestra el balde*)

CHARITO —¡Portus compró erizos anoche! ¡Dice que nosotros los ponemos!

VOZ DE IDA —¡Hecho! Oye, Charo, ¿te queda del Ron que tenían?

CHARITO —Sí, queda.

VOZ DE IDA —Tráelo también, ¿quieres? ¡Mira que Alberto convida gente y ni sabe si queda trago o no! ¡Tú sabes cómo son los hombres!

CHARITO —¡Bueno . . .! (*Vuelve al quehacer. Limpia el baño. Hace la cama, etc. . . .*) Guitarrista panameño. Creí que los panameños sólo tocaban maracas y el bongó . . . ¿Entretenidos los Berenguer, no . . .? Uno conoce toda clase de gente entretenida en su casa, ¿no crees . . .? ¿Te acuerdas cuando convidaron al yoga . . .? ¿Cuando el fulano se paró en la cabeza, en medio de la fiesta, y la Maité se largó a reír y no la podíamos parar . . .? ¿Tonta la Maité, a veces, no crees . . .? ¿Tienes frío . . .? ¿Te prendo la estufa . . .?

PORTUS —No.

CHARITO —Uno, en casa de ellos, no se siente como . . . bueno, como en otras partes. Que la miren a una en menos porque . . . una no es casada. En casa de los Berenguer, como que a nadie le importa . . . (*Está limpiando el velador. Recoge un libro*) ¿Terminaste de leer «Rayuela» . . .?

PORTUS —No.

CHARITO —¿Te gusta?

PORTUS —Bueno, sí.

CHARITO —Pensar que yo no entendí nada. (*Después de otro rato*) ¿Crees que la Maga habría sido feliz viviendo con el ruso?

PORTUS —La Maga es feliz.

CHARITO —¿Pero, por qué parece como que siempre pasara . . . como buscando algo? ¿Como que nada la llenara . . .? Como esos días cuando una se mete en la cocina y levanta todas las tapas de las ollas, y no sabe por dónde comenzar . . . (*Ríe*) A veces pienso que tú deberías vivir en París, en alguna buhardilla . . . mascando tus libros, bebiendo tu té, y llenando la pieza de humo . . . Creo que ahí estarías como perro con su hueso . . . A lo mejor, si te encontraras una mujer como la Maga, no te diría nada que te pasaras el día entero fumando . . . (*Vacía la bacinica en el baño*) ¿Sabes que Ernesto me dijo el otro día que le gustaría hacerle una autopsia a tus pulmones? «Debe ser como explorar una coquera»,

me dijo . . . Dijo que un día ibas a arder por combustión espontánea . . .

VOZ DE MUJER —¡Señora Charo! (*Charito se asoma a la ventana*)

CHARITO —¿Qué?

VOZ DE MUJER —¡A don Portus lo busca un señor! (*Charito y Portus se miran*)

CHARITO —¿Quién es?

VOZ DE MUJER —¡No sé. Le dije que subiera!

CHARITO (*A Portus*) ¿Quién podrá ser? ¿A esta hora?

PORTUS —Arregla un poco la pieza. (*Charito arregla el desorden frenéticamente. No es mucho lo que mejora. Se pasa la mano por el pelo. Hace lo mismo con Portus. Le arregla la solapa de la chaqueta. Golpean la puerta. Portus le hace señas a Charito que abra. Lo hace. En el vano está Joaquín Icaza. La misma edad de Portus. Viste elegantemente. Aire desenvuelto, casi arrogante. Su apostura está nublada, sin embargo, por una sonrisa característica en él; una sonrisa rápida, que viene y se va, casi una mueca de sus labios. Otra nota: sus ojos nunca están quietos. Siempre en busca de algo vago e indefinido, siempre en movimiento. Ríe con risa seca, casi un ladrido, echando la cabeza atrás. Joaquín y Portus se miran un rato casi demasiado largo*)

PORTUS (*Por lo bajo*) Joaco . . .

JOAQUÍN —¡Harry Haller . . .! ¡Así que aquí te encuentro, viejo lobo estepario! (*Después de breve paralogización*)

CHARITO —Cuánto tiempo, Joaco.

JOAQUÍN (*A Charito*) ¿Sí . . . cuánto tiempo?

CHARITO —Estás más delgado.

JOAQUÍN (*Mirando a Portus*) Sí . . . más delgado. Tú también.

CHARITO —Donde no quiere comer. No come nada. ¡Pero, pasa! ¡Pasa! (*Joaquín pasa. Charito corre a acercar una silla*)

PORTUS —¡Oh, Dios! Juro que no soñaba con volver a verte.

CHARITO —Si supieras lo mucho que te echaba de menos. Pero, ¡siéntate! ¡Siéntate! (*Literalmente lo sienta en la silla*) Hasta hace un par de años no pasaba un día sin que hablara de ti. Después ya, eso se fue enfriando. Habíamos perdido la esperanza de volverte a ver. ¿Cómo fue que diste con nosotros?

JOAQUÍN (*A Portus*) Patricio Faust me dio tu dirección.

PORTUS (*Sacudiendo la cabeza*) ¡Oh, Dios! ¿Es verdad? (*Lo toca*) Deja pellizcarte. (*Ríen. Aprieta con firmeza el brazo de Joaquín*) ¿Ocho años?

JOAQUÍN —Siete y ocho meses. El 22 de agosto de 1959, día de mi aniversario de matrimonio, ¿recuerdas? (*Portus asiente*)

PORTUS —¿Y tu mujer, como está?
JOAQUÍN —Bien.
CHARITO —¿Y los niños?
JOAQUÍN —Bien también. Muy bien.
CHARITO —¿Siempre los dos?
JOAQUÍN —Cuatro, ahora. Dos hombres y dos mujeres.
CHARITO —¡Oh, Dios mío, qué preciosos han de ser! ¡Con lo linda que es la madre! Pensar que no los conocemos. (*Leve situación de embarazo*)
PORTUS (*Que no le ha soltado el brazo*) ¿Quieres un café?
CHARITO (*Despertando de su admiración aletargada*) ¡Oh, sí! ¡Café! (*Se moviliza hacia la cocina*)
PORTUS (*Íntimamente*) ¿Y? ¿Qué te pasó? ¿Te molestaste por mi insistencia ese día, eh? Te fuiste y no supe más de ti.
JOAQUÍN —Más o menos.
PORTUS —¿Te molestaste, mh? Entiendo. Creo que no fue prudente de mi parte . . .
JOAQUÍN —Olvidemos eso, ahora. (*Sonríe*) Después de todo ya somos adultos, ¿no?
PORTUS —Oh, sí . . . Adultos . . . (*Regresa Charito con una taza sin aro y saltada, y una tetera de aluminio*)
CHARITO (*Mientras le sirve a Joaquín*) Perdona la taza. De un servicio completo de mi mamá. Sólo me queda ésta, toda rota . . . Es que no hemos tenido tiempo de . . .
JOAQUÍN —Está bien así. Gracias.
CHARITO —A las visitas que llegan aquí, no les importa.
JOAQUÍN —A mí tampoco. (*Gira su mirada por la habitación*) ¿De modo que aquí es donde te escondes, lobo, eh?
CHARITO —¡Sírvete!
PORTUS (*Con una sonrisa vaga*) La madriguera.
CHARITO (*Siguiendo con su arreglo de la pieza*) Nosotros nunca hemos dejado de saber de ti, por lo que sale en los diarios. Estás de lo más importante, ¿sabes? En un comienzo Portus recordaba los artículos y los guardábamos. Después, con lo mucho que se te veía, nos faltó caja. (*Ha sacado una caja de cartón del ropero y le muestra los recortes*) ¿Ves? Cuando te nombraron Secretario General de la Federación de Industriales que viajará próximamente a la Convención en Bogotá . . . (*Muestra una que la emociona especialmente*) Y esta otra . . . «El señor Joaquín Icaza colocando la primera plancha de cinc acanalado, en la población de emergencia que INDETEC dona a los afectados por el terremoto de mayo pasado . . .» Lloré cuando vimos ésta. (*A Portus*) ¿No es verdad,

viejo? Le dije: «Ahí está tu mano, viejo», le dije: «En ese gesto está un poco la mano tuya». ¿No es así, Joaco? Confiésalo . . . ¡Confiesa que en ese gesto tuyo está un poco la mano del viejo!

JOAQUÍN —En todo el mundo está un poco «la mano» de todo el mundo. Nacemos para aprender.

CHARITO —Sí, eso le dije. (*Va a guardar la caja*) Este hombre, con tanta bondad que derrocha, tiene que ir dejando una enseñanza. (*Desde el ropero*) ¿Sabes lo que me hizo el otro día? Me llega una tarde sin su chaqueta, y cuando le pregunto . . .

PORTUS —Ya, Charo . . .

CHARITO —. . . que dónde la dejó, me contesta que la olvidó por ahí en un banco del parque, que no se acuerda. ¿Y sabes dónde la había dejado en verdad, cuando fui averiguando el asunto . . .? ¡Se la había dado a una mujer que pide limosna en la puerta de San Francisco! Una borracha sinvergüenza que . . .

PORTUS (*Con suave reproche*) Nadie te está preguntando, mujer . . .

CHARITO —. . .No se orea, y que ya la debe haber empeñado por ahí, para agarrarse otra mona.

PORTUS (*Sonriendo, a Joaquín*) Ella no entiende.

CHARITO —El problema me lo pasa a mí, que ya no sé con qué vestirlo cuando tiene que ir a ver a alguien importante.

PORTUS (*Ríe*) ¡Oh, alguien importante! . . . no entiende, ¿ves?

JOAQUÍN —Tu madre, ¿cómo está?

PORTUS —¿Mamá Colibrí? Viviendo.

JOAQUÍN —¿Siempre con tu hermana?

PORTUS —No. Ahora está con mi hermano Martín . . . Desde que la Chita se divorció . . .

JOAQUÍN —¿La Chita? ¿Divorciada? No lo sabía.

PORTUS —Las cosas fueron de mal en peor con Adrián. Tú sabes como es ella, y Adrián tampoco lo hace mal. Terminaron odiándose.

JOAQUÍN —¿Mamá Colibrí, siempre con la cítara?

PORTUS —No sé . . . La veo tan poco, últimamente . . . Supongo que sí. (*Charito, pasando cerca de la mesa con el escobillón*)

CHARITO —¡Culpa de su hermano Martín! ¡Hermanito ése! ¿Dónde se ha visto que a un hijo se le impida ver a su madre?

PORTUS —No me lo impide, Charo.

CHARITO —¡No, claro! ¡No te recibe con una ametralladora! ¿Me creerás, Joaco, que para los santos de su madre, ni siquiera se acuerda de invitar al viejo? Lo supimos por casualidad. Su hermano Martín da fiestas enormes, con docenas de invitados, pero al viejo . . . inada!

PORTUS —El sabrá por qué lo hace. No lo juzguemos.

CHARITO —¿Y la maldad más grande es que manda a decir que mamá pasará su día fuera de Santiago, para que Portus no se aparezca . . . ¿Te das cuenta? . . . (*Breve pausa embarazosa*)

JOAQUÍN —¿Recuerdas la cítara bajo el magnolio? (*Portus asiente*) La mesa de mimbre cubierta de hojas secas . . . el agua del canal sonando contra el puente . . . el jarro de guindado . . . y tu madre . . . con su pelo largo, amarrado con una cinta . . . y sus manos tan finas y tan blancas . . . cantando:

ENTONA.

«Allá en las playas, lejos muy lejos,
do arrastra el Cauca su hondo caudal . . .
crecen hermosos los limoneros,
dora sus frutos el platanal. . . .

PORTUS —«Y en medio de los bosques de cocoteros,
se arrastran cristalinos los arroyuelos . . .
y en su carrera . . .
(*Joaquín y Portus a coro*)
. . . y en su carrera
riegan las frescas flores de la pradera . . .

JOAQUÍN —«Y en sus orillas de verde grana . . .

PORTUS —«luce la garza sus blancas plumas . . .
(*Ambos a coro nuevamente*)
«vuelan tranquilas las mariposas
libando mieles entre las rosas
que deshojadas cayendo van» . . .
(*Ríen ambos. Charito, detenida en su quehacer, ha oído arrobada, apoyada en su escobillón*)

JOAQUÍN —¿Y esta otra, recuerdas? «A Belén, a Belén, pastores venid y veréis . . .» (*Portus asiente*) ¿La quinta? ¿Todavía la tienen?

PORTUS —No sé. Supongo que sí.

JOAQUÍN —¿Que no has vuelto a ir?

PORTUS —No.

JOAQUÍN —Carlitos, el profesor de cítara. ¿Recuerdas cómo lo llamábamos?

PORTUS —Petronio.

JOAQUÍN —¡El árbitro de la moda! ¡Oh, Dios, qué días! (*Ríe*) ¡Cuándo le dimos a tomar jugo de pomelos, sin azúcar, y no se atrevió a reclamar! ¡Oh, Dios! ¿Y Portus, recuerdas . . .? (*Recita*) ¡«Una hora de alegría y de locura! ¡Oh, furiosa alegría! ¡Oh, no me retengáis! ¡Corazón de tempestades! ¿Qué es lo que late en ti para desencadenarte en mi ser de esta suerte? (*Se levanta y sigue declamando cada vez con gestos más ampulosos, más peripatéticos, más sin sentido*) ¿Qué son mis clamores en medio de los relámpagos

y de los vendavales? ¡Ah, beber el delirio místico más que hombre alguno!» (*Al final sólo Joaquín se divierte con esto. Portus se ha ido recogiendo sobre sí mismo. Joaquín quita el escobillón a Charito y continúa*) i«Oh, abandonarse a vos, quienquiere que seáis! ¡Abandonaros a mí, que desprecio del mundo! ¡Oh, la vuelta al paraíso! ¡Oh, atraeros hacia mí, imprimir en vuestra boca virgen los labios de un hombre resuelto! ¡Oh, el enigma! ¡El triple enigma!»

PORTUS (*Casi un grita*) ¡Calla! ¡Deja eso! ¿Quieres? ¡Deja . . . Oh, perdóname. A veces se me hacen insoportables los recuerdos . . . (*Breve pausa incómoda. Joaquín devuelve el escobillón a Charito*) ¿Cómo . . . cómo te va en tu trabajo? Estás de lo más importante. Te hemos visto mucho en los periódicos. Muy importante. No se puede decir que no. Aquí, con la Charo, guardamos un montón de recortes de tus . . . actuaciones . . . (*Otro momento incómodo*)

JOAQUÍN (*Indica el cuaderno de Portus*) ¿Y tú, que haces?

PORTUS —¡Oh, esto! Unas traducciones. Un trabajo que me encargó Germain, ¿recuerdas? Carlos Germain. El que trabaja en la Shell . . .

CHARITO (*Desde la cocina*) ¡Trabajo por el que le pagan con migas de pan! ¡Para mí que el tal Germain, el «tan amigo» ese, cobra las traducciones como hechas por él, y al viejo le pasa las sobras!

PORTUS (*Sonriendo*) Para ella, todo el mundo engaña al pobre Sanjuán, ¿ves?

JOAQUÍN (*Por lo bajo*) ¿No puedes mandarla a algún lugar?

PORTUS (*Sin entender*) ¿A quién? (*Joaquín indica hacia la cocina*)

JOAQUÍN —Tengo que hablar un asunto contigo. Mándala con algún pretexto.

PORTUS —¿Y por qué? Dime delante de ella lo que tengas que decirme.

JOAQUÍN (*Con cierta impaciencia*) Pero no podemos hablar así, ¿no te das cuenta?

PORTUS —Bueno, si lo deseas . . . ¡Charo!

CHARITO (*Siempre desde la cocina*) ¿Sí, viejo?

PORTUS —Anda a comprarme cigarrillos a la esquina, ¿quieres?

CHARITO —¡Pero si anoche te traje!

PORTUS —Se me acabaron.

CHARITO (*Saliendo de la cocina, a Joaquín*) ¡Por Dios! ¿Te das cuenta? ¡Tres cajetillas diarias! ¡Prende un pucho con otro! ¡Y cuando, por alguna razón, se le acaban, fuma sus cachimbas inmundas, y las va dejando por ahí, apestando todo! ¡La cosa es tener algo en la boca! ¡Chupa que chupa! ¡Un médico amigo dice que este hombre, un día, va a arder por combustión espontánea! ¡Va a explotar en grisú, dice . . .! ¡Puf . . .! ¡Puro humo . . .! (*Se ha puesto su chaqueta y sale*)

PORTUS —¿Y? ¿Qué querías decirme? (*Joaquín se levanta. Se pasea. Se vuelve*)

JOAQUÍN —Bueno . . . ¿Es que es necesario que te diga?

PORTUS —¿Qué cosa? (*Muestra la habitación*) Bueno, esto. ¿Es necesario que me obligues a preguntarte? ¿Qué te ha pasado? (*Portus lo mira con ojos inexpresivos*) ¿Estas a gusto aquí?

PORTUS —Sí, ¿por qué?

JOAQUÍN —¡Pero, hombre, echa una mirada! ¿No me vas a decir que lo encuentras bien?

PORTUS —La pobreza, ¿dices?

JOAQUÍN —Sí, eso . . . ¡Todo!

PORTUS —Bueno, vivo aquí. Supongo que tendré que encontrarlo bien. ¿No te parece?

JOAQUÍN —No tú, hombre.

PORTUS (*Sonriendo*) ¿Y por qué no yo?

JOAQUÍN —¡Porque en ti no es posible! Había oído que vivías así, me llegaban rumores, pero no creí que fuera posible . . . Hasta que Germain me contó lo de las traducciones y todo eso, y decidí venir . . . ¿Qué te ha pasado?

PORTUS (*Siempre divertido*) ¿En qué sentido?

JOAQUÍN (*Francamente impaciente ya*) En sentido de todo esto, hombre. ¡Vives como un gitano!

PORTUS (*Con calma; casi con dulzura*) Bueno, quiere decir que soy sólo eso: un gitano. ¿Qué hay con eso?

JOAQUÍN (*Excitado*) ¡Que no has estudiado para llegar a esto! ¡Que no eres el genio matemático que conocí en la Universidad para conformarte con sólo esto. ¡Un pordiosero! ¡Un ratón de buhardilla! (*Portus lo mira imperturbable*) Perdóname. No debí decirte eso. (*Se sienta frente a él. Íntimamente*) ¿Qué te pasó? ¿Te trató mal alguien?

PORTUS —Nadie.

JOAQUÍN —Esa cosa del Sindicato . . . te derrumbó, ¿eh?

PORTUS —Oh, eso . . . Cosas que pasan.

JOAQUÍN —¿Cómo fue? Formaste el Sindicato de Empleados de IZETA, y cuando la cosa se puso fea te volvieron la espalda tus compañeros y te costó el puesto, ¿eh? ¿No fue así?

PORTUS —Más o menos.

JOAQUÍN —Eso pasa, Portus. Eso no debe amilanarte.

PORTUS —No me amilanó. Comencé a ver más claro, nada más.

JOAQUÍN —Y entonces decidiste que lo mejor era venir a refugiarte aquí . . . buscarte una mujer que te acompañara en tu . . . desilusión. No saber nada del cochino mundo, ¿mmh?

PORTUS (*Sonriendo*) Si ya le encontraste la explicación, ¿para qué me preguntas?

JOAQUÍN (*Le toma un brazo, íntimamente*) ¿Qué es Harry Haller? ¿La vida bella? ¿El ser trascendental? ¿El espíritu liberado . . .? ¿El signo de Caín?

PORTUS —¿No has olvidado, eh?

JOAQUÍN —¿Cómo iba a olvidar? (*Declama*) «Hay hombres que llevan en la frente el signo de Caín. La señal que los demás interpretan y temen como signo del mal, pero que en verdad no es más que la seña de una clara mente analítica, de un espíritu inquietante, de hombres sin miedo». Pensaste que podías romperle la jeta al feo mundo, y te devolvieron tu gesto con un golpe en el vientre, ¿eh, viejo? ¿No fue así, Pitágoras?

PORTUS —Dicho de una manera simple . . .

JOAQUÍN —No hay caso, viejo. Soñaste, y te dieron tu merecido. Debes volver. Esto no es para ti. ¿Qué estas haciendo aquí?

PORTUS (*Riendo ahora*) Casi te encuentro divertido, ¿sabes? No te entiendo. ¿Qué te preocupa?

JOAQUÍN (*Sincero*) Me preocupa que te estés perdiendo. Ya oíste: ni siquiera para una taza tienes. ¿Qué es esto, viejo? ¿Qué leseras estás haciendo? (*Portus lo mira a los ojos un rato*)

PORTUS —El ansioso de siempre, ¿eh?

JOAQUÍN —¿Quién? ¿Yo?

PORTUS —Siempre corriendo, siempre llegando antes a las citas. Siempre primero. (*Ríe*) ¿Recuerdas cuando Emilia, la bella Emilia, te llevó a su casa en la playa, a pasar un fin de semana con ella, y volviste quejándote del tiempo perdido? Realmente creí entonces que eras un caso perdido.

JOAQUÍN —Estamos hablando de ti.

PORTUS —Oh, sí. ¿Yo? ¿Qué pasa conmigo?

JOAQUÍN —Germain me ofreció su apoyo . . . y también Barreiro, Faust, los Unzueta. Toda la vieja guardia. Nos juntamos todos el otro día en mi casa y nos pusimos de acuerdo . . . ¿Qué necesitas, Portus? ¿Por dónde hay que darte el empujón?

PORTUS —Se juntaron . . . todos, ¿eh?

JOAQUÍN —Menos Gibbs. No pudo ir, pero dijo que se cuadraba.

PORTUS —Ah, sí. Gibbs. El «Gordo-Gibbs». Me conmueve. Verdaderamente. Me conmueve la . . . preocupación. (*Sonríe*) Menos mal que no me convidaron a mí a esa reunión de . . . «salvataje». (*Por su ropa*) Haber ido con esto, habría resultado lo más embarazoso. Llegar con la chaqueta del pijama. (*El chiste es malo. No se ríen*) Gracias, viejo. En verdad, estoy aquí por una decisión voluntaria. Tengo todo lo que necesito.

JOAQUÍN —No lo creo.

PORTUS (*Resignado*) Es un país democrático. (*Joaquín vuelve a levantarse. Duda un rato. Luego*)

JOAQUÍN —El otro día estuve con Valentina. Estupenda como siempre. Un cuadro de mujer. Aun con los cuatro hijos que ha tenido manda una figura que es de pararse y no dejar de mirar . . . Fue en una recepción de matrimonio. Ahí estaba con su pelo rojizo y su frente alta, llenando el ambiente . . . Hablamos de ti . . . Ella me puso el tema . . . No le dije nada. (*Portus lo mira sin intervenir. Mirándolo*) Esa reina hace un rey del hombre que toca. Hizo de su marido el potentado que hoy es.

PORTUS —Los felicito a los dos. Bonita faena.

JOAQUÍN —No estoy bromeando, Portus.

PORTUS (*Serio por primera vez*) ¿Y para qué me cuentas eso?

JOAQUÍN —Para que te des cuenta la cadena de estupideces que has estado haciendo.

PORTUS —Yo no te lo he pedido.

JOAQUÍN —Pudiste ser ese rey, Portus. Ella aún te quiere.

PORTUS —¡Oh, qué horror!

JOAQUÍN —No quieres darte cuenta que hablo en serio.

PORTUS —Es que con todo el esfuerzo de mi imaginación, no me es posible verme como adúltero. ¿Me ves tú levantándole su mujer a nadie? (*Joaquín mira la cara sonriente, tranquila de Portus*)

JOAQUÍN (*Deja caer cada palabra*) Me gustaría poner juntas a Valentina y a tu Charo, para que comprendas lo que quiero decir. (*Breve pausa*)

PORTUS (*Lento; acusando el golpe*) Eso lo dijiste sin pensar, Joaco. (*Firme*) Agredezco sinceramente tu preocupación y la de los otros amigos por mí. Creo que de estar como ustedes, habría actuado igual . . . En verdad, Joaco. No necesito nada. La Charo me da todo lo que hace falta. Vivimos muy bien así, los dos. (*Sonríe*) Saca como conclusión que tu amigo se ha, algo así como . . . retirado de la vida. Un mal escritor diría: «amarró su bote a la orilla del río y se tendió de espaldas a mirar el sol» . . . Es mala, pero plausible como imagen, ¿no crees? (*Voz de Charito, desde abajo, desde el patio*)

CHARITO —¡Oye, Portus! ¡Oye, viejo!

PORTUS —¿Sí? ¿Qué cosa? (*A Joaquín*) El citófono de la casa.

CHARITO —La Ida me dice ¿qué por qué no convidamos al Joaco y su mujer a la fiesta de esta noche? ¡Pregúntale si pueden venir! (*Portus mira a Joaquín. Joaquín va a hablar, pero Portus se le adelanta*)

PORTUS —¡No, Charo! ¡No puede! ¡Ya tiene un compromiso para esta noche!

CHARITO —¡Qué lástima! ¡Fíjate que uno de los panameños es ventrílocuo!

PORTUS —¡Sí, pero no puede! (*A Joaquín*) ¿Quieres otra taza de café?

JOAQUÍN —No, gracias. Me voy ahora . . . (*Se aleja unos pasos hacia la puerta. Se vuelve*) ¿Recuerdas esa vez que fuimos a buscar a mi hermana a la Academia de Ballet y estábamos sentados en la sala de espera, viendo pasar a las alumnas que entraban a clases? ¿Recuerdas lo que me dijiste? (*Silencio de Portus*) «Escucha», me dijiste. «Cierra los ojos y escucha bien, y después mira, pero mira bien» . . . ¿Recuerdas?

PORTUS —Sí.

JOAQUÍN —«No dejes que los instintos te cieguen los ojos», me dijiste, y lo hice. Cerré los ojos y oí las risas, el cuchicheo, la respiración anhelante. Cuando volví a abrirlos, vi las caras. Por primera vez las vi realmente. No ya ese vago anhelo atemorizado, esa ansiedad casi estúpida, que no me permitía reconocer rostros, ni nombres . . . ¡Me entregué a la sensación de ver! (*Exaltándose*) ¡Había aquella que fumaba a escondidas! ¡Esa otra que miraba una fotografía y reía y bromeaba! ¡Y esa otra que llegaba tarde y miraba asustada y desafiante! ¡Caras frescas! ¡Ojos risueños en que cabía una malicia inocente! ¡Recuerdo que a poco de mirar me fui sumergiendo en una fiesta de vitalidad y juventud! ¡Rodeado de ojos chispeantes, de largas caballeras sueltas, de cuellos graciosos, ¡yo no estaba ahí! ¡Eso estaba ahí, sin mí! ¡Vital, bello, eterno, y yo, ausente, chapoteando en la esencia de la sensación, para siempre libre, para siempre liberado! . . . Cuando te miré, estabas a mi lado, con los ojos cerrados también, y había en tu cara una expresión que nunca olvidaré . . . ¿Recuerdas? (*Portus lo mira simplemente con una sonrisa*) Una vez más te agradecí que me enseñaras a usar mis sentidos. Te volví a admirar por ello. En la noche hablamos y me dijiste que por un momento habíamos estado «perdidos en la belleza» . . . ¿No fue así?

PORTUS —Debe haber sido así.

JOAQUÍN —¿Dónde está aquí, en esta pieza, esa belleza, Harry Haller?

PORTUS —Tú no recuerdas el hilo de nuestra conversación.

JOAQUÍN —¿No? ¿Y cómo fue?

PORTUS —Tú me preguntaste: «¿Por qué uno no ve comúnmente lo que vi hoy día?» Y yo te contesté: «Porque esta mañana, por un momento te ayudé a sacar de escena al lobo codicioso y atemorizado que hay en ti. Restablecí en ti la calma de poder ver sin temer el desafío, ¿recuerdas? Tú mismo acabas de decirlo . . . Te liberé . . . No las niñas, Joaco . . . *Tu* belleza; la que andas

trayendo desde que naces . . . Aun si estás en una trinchera con el barro en los tobillos, ¿recuerdas? . . .

JOAQUÍN —Y aquí . . . crees que estás . . . libre, ¿eh?

PORTUS —Digamos que estoy . . . tranquilo.

JOAQUÍN —No te creo, ¿sabes?

PORTUS —Ya te dije: es un país democrático.

JOAQUÍN —Volveré . . .

PORTUS —La próxima vez trae taza, ¿eh? . . .

JOAQUÍN —Volveré . . . (*Sale*)

TELÓN

ESCENA SEGUNDA

Un mes después. Charito, en bata, asea la habitación. Mientras hace así tararea una canción al unísono de la radio.

CHARITO —«Bonnie and Clyde . . . La, la, la, la, la, la! . . . ¡Tirarirarira! . . . Bonnie and . . .» (*Está en eso cuando golpean la puerta. Charito corre hacia el baño. Se pasa la mano por el pelo, se retoca los labios a la carrera. Golpean de nuevo. Va a abrir. Son Joaquín y Leonor que están en el vano de la puerta. Leonor, alrededor de los treinta, viste con sobria elegancia. Luce el aplomo propio de aquellas mujeres que han heredado la vida sin ganársela; ese aplomo, arrogante casi, que roza la sospecha. Y que las reviste con un aire que parece majestad, pero que en verdad no es otra cosa que un recelo hacia los demás, en cada uno de los cuales ven un impugnador de su posición.*) ¡Oh, Dios mío, Joaco! ¡La facha en que me encuentran!

JOAQUÍN —Mi señora, Charito. (*Charito da la mano a Leonor*)

CHARITO —Sí, ya sé . . . ¿Cómo está? . . .Tanto gusto . . . ¡Pasen! ¡Pasen! (*Joaquín y Leonor pasan. Leonor recorre la pieza con la mirada. Charito coloca sillas torpemente*) ¡Pasen! ¡Siéntense! . . . (*A Leonor*) Siempre quise conocerla . . . La conocía por fotografías . . . El día que se casaron . . . ¡Siéntese! . . .

LEONOR (*Sentándose*) Gracias.

JOAQUÍN —¿Portus! ¿No está?

CHARITO —Salió esta mañana a entregar unos trabajos. Ya debería haber vuelto . . . ¿Qué les sirvo? . . .

LEONOR —Nada. Está muy bien.

CHARITO —¿Un tecito? ¿Un poco de vino?

LEONOR —No, gracias. Nada, en verdad.

CHARITO —Me voy a ir a peinar un poco. (*Va hacia el baño. Desde allá*) ¡Podrías haber anunciado tu visita, Joaco! ¡Habría arreglado esto un poco! ¡Siempre lo pillas todo patas arriba! ¡Es cuando una no espera a nadie! ¡Aquí nunca viene nadie! ¡Amigos, claro, pero . . . nadie! . . . ¡Nadie con quien a una le importe! . . . (*Vuelve a salir*) No es disculpa, claro . . .

JOAQUÍN —¿Cómo les fue en el campo, Charo?

CHARITO —Bien. ¿Cómo sabes que estuvimos?

JOAQUÍN —Portus me dijo.

CHARITO —¿Que lo has visto?

JOAQUÍN —Nos hemos mantenido en contacto.

CHARITO —¿Tú y el viejo? ¡Qué raro! No me había dicho nada.

JOAQUÍN —¿Dónde estuvieron?

CHARITO —Como siempre. En la quinta de mi hermana, la Maité, ¿recuerdas?

JOAQUÍN —¡Ah, sí! ¿Qué es de ella?

CHARITO —Siempre con su paquetería. Luchando por mantener los tres chiquillos que le dejó Roberto. (*A Leonor*) Mi hermana es viuda . . . de un infarto a los cuarenta años, ¡imagínese! ¡Bueno y sano, y de repente . . . zas! . . . ¡Estaba en el baño! . . . ¡Hubo que echar abajo la puerta para sacarlo! . . . ¡Nunca se encerraba con llave, y justo ese día! . . . ¡Cómo si presintiera lo que iba a pasarle! . . .

JOAQUÍN —¿Y cómo va el negocio?

CHARITO —Mal. Tú sabes lo mala que es la Maité para los negocios . . . (*A Leonor*) Yo la ayudo por las tardes. (*Ríe*) Y tampoco lo hago mejor que ella. Imagínate, Joaco, que el otro día llega un sinvergüenza a nombre de un Colegio, y me paga la compra de más de un millón, ¡con cheque falso! ¡Estuvimos dos días llorando las dos!

JOAQUÍN —¿Ella tiene a Juanito? (*La pregunta embaraza obviamente a Charito*)

CHARITO —Ella. (*A Leonor*) Mi hijo.

LEONOR —Sí. Joaquín me ha contado.

CHARITO —Aquí no puede estar. Usted comprende, ¿no es cierto? (*Leonor comprende*) Hay que darle un buen ejemplo, y en casa de la Maité al menos hay otros niños . . . y son hijos de matrimonio. No es que el Juancho no hubiera nacido como se debe . . . (*A Joaquín*) Ella sabe, ¿no es cierto?

JOAQUÍN —Le he contado.

CHARITO (*A Leonor*) Yo estaba de novia con el padre del niño. Con anillo comprado y velo para la novia y todo, cuando descubrí que

había otra. Ni entonces ni nunca le he perdonado el engaño . . . No quise saber más de él.

LEONOR —Y entonces fue cuando decidió abandonar a su hijo y venir a vivir con . . . el amigo de Joaquín, ¿mh?

CHARITO —No. No inmediatamente . . . Pasaron un montón de cosas . . . Un montón de tiempo . . . (*Se ve que el tema le es penoso. A Joaquín*) ¿En verdad, no quieres que te sirva alguna cosa? ¿Un cafecito? ¿Una cerveza?

JOAQUÍN —Bueno, una cerveza te la recibo. Vine a hablar con Portus y mejor me hago el ánimo de esperarle. (*Charito va hacia la cocina. Leonor muestra su reloj a Joaquín y éste le hace seña de que espere*)

CHARITO (*Desde la cocina*) ¿Y los niños? ¿Cómo están?

JOAQUÍN —¡Bien! ¡Muy bien, gracias!

CHARITO —¡Pobrecitos! ¡Con lo preciosos que han de ser! ¡Con un padre y una madre así!

JOAQUÍN —¿Oye, Charo, y los diplomas y los premios de Portus . . . dónde están?

CHARITO —Los guardó. (*Sale de la cocina con un vaso y una botella*) Tú sabes como es el viejo. De repente le vienen los arrebatos. Un día, hace algunos años, los sacó todos de las paredes y los guardó en una caja. Después, un día que necesitó vidrios para una pecera para el Juancho, los desarmó y tiró los marcos . . . Y con los diplomas forró unos libros . . . Me enojé tanto con él, pero me dijo que no me preocupara, que esa etapa ya la había superado . . . Nunca entendí lo que quiso decir con eso . . . (*Se sienta junto a ellos, junto a la mesa*) Me encantaba verlos todos ahí, llenando la pared, pero tú sabes como es el viejo, Joaco . . . «Nada de bulla, gorda», me decía . . . «Tranquilos» . . . (*Suspira*) ¡No sé dónde lo va a llevar esa modestia suya!

LEONOR —¿Usted no está de acuerdo con eso?

CHARITO —Bueno, usted sabe . . . una es más de este mundo, ¿comprende? Bueno, ¿y de qué vienes a hablar con él?

JOAQUÍN (*Mirando furtivamente a Leonor antes de hablar*) Mira, Charo, tú eres una buena mujer y vas a comprender lo que te voy a decir.

CHARITO —¡Ay, Dios mío, Joaco! ¡No me asustes!

JOAQUÍN —No, si no es nada. Es sólo esto: Dime, ¿tú crees que Portus está en lo suyo . . . en lo que debería estar?

CHARITO —¿Ay, no sé? ¿En qué cosa, Joaco?

JOAQUÍN —Bueno, en todo. ¿Tú crees que esto es vida para él? ¿Este estado en que vive ahora?

CHARITO —No sé . . . Tiene todo lo que necesita . . . Es lo que él me dice . . . ¿Que a ti te ha dicho que no es feliz?

JOAQUÍN —No, no se trata de eso, es que . . .

LEONOR —Dile finalmente lo del puesto, Joaquín. ¿No crees que le va a ser más fácil entenderte?

CHARITO —¿Puesto? ¿Qué puesto?

JOAQUÍN —Resulta que se acaba de producir una vacante para un cargo de gran importancia en una de nuestras agencias en el Sur y le hemos reservado el puesto a Portus . . .

CHARITO —¡Ay, pero . . . ay, qué bien!

JOAQUÍN —Es un cargo que tiene muchas posibilidades de un gran futuro para él. Se trata de un puesto de Gerente Técnico de una gran fábrica de productos químicos. Lo hará ocupar de inmediato una posición importante en la comunidad . . . (*Charito se lleva las manos a la boca*) ¿Qué te parece?

CHARITO —¡Dios mío! ¿Qué va a decir el viejo? ¿Quién le consiguió eso, Joaco?

JOAQUÍN —Eso no importa ahora. Digamos que Portus se lo merece, y con eso basta. ¿Qué te parece? ¿Crees que lo va a aceptar?

CHARITO —No sé. El viejo es tan raro. ¡Qué susto me has dado! ¿El viejo, Gerente . . .? ¿Qué hace un Gerente?

JOAQUÍN —Ocupar un cargo representativo, Charo. Ver gente. Visitarse con gente de igual importancia. Tienes que comprender la clase de hombre que tenemos retenido aquí . . .

CHARITO —¿Retenido? Yo no lo retengo, Joaco . . .

JOAQUÍN —En cierto modo, sí . . .

CHARITO —Yo no le exijo nada . . . (*A Leonor*) Sé que es distinto . . . Es un hombre distinto al resto . . . Dice cosas que no entiendo . . . Me lee partes de libros y yo hago como que comprendo . . . Pero, es un hombre que parece contento. Me dice a veces: «Gorda, ¿vamos al campo?» . . . Y vamos . . . A veces llevamos al Juancho y nos estamos la tarde entera . . . tendidos bajo los castaños . . . Portus lleva un libro y lee . . . Después se pone a pescar con el niño y, ya muy tarde, cuando está por oscurecerse, hace un fuego y se pone a freír los pescados . . . y se pone a cantar . . . Siempre volvemos cantando, él, el niño y yo, por el camino que va a la estación . . . Parece un hombre contento.

JOAQUÍN —¿Tanto que te atreverías a impedirle que aceptara el puesto que le ofrecen?

CHARITO —¡Ay, no, por Dios! ¡Dios no lo quiera!

JOAQUÍN —Entonces . . .

CHARITO —Pero es que yo . . . ¿En qué podría impedirle yo? (*Comprende al fin. Se lleva la mano a la frente. Se alisa el pelo nerviosamente. No puede hablar. Un sollozo de aflicción acude a su garganta*)

JOAQUÍN —El problema es que Portus no quiere aceptar, Charo. (*Charito lo mira desolada*) He hablado varias veces con él. Sólo me quedaba hablar contigo.

CHARITO —Yo no le impediría nada, Joaco. ¡Tú sabes que yo no podría impedirle nada que lo perjudicara!

JOAQUÍN —Ya me lo suponía así. (*Charito solloza en silencio*)

CHARITO (*Entre sollozos*) ¿No podría ir conmigo a un puesto como ése, no es cierto? ¿No es eso lo que me quieres decir? Siempre supe que yo era una carga para él. ¡No quería pensarlo, pero siempre supe que yo no era mujer para él! . . . Muchas veces me he preguntado: ¿Qué hace ese hombre tan bueno, ese hombre tan inteligente contigo, Charo? . . . ¡Qué suerte tienes! (*A Leonor, con lágrimas en los ojos*) No tengo educación, pero no soy una mala mujer. ¡El que tenga un hijo que no tiene padre, no quiere decir que sea una mala mujer!

JOAQUÍN —Nadie dice eso, Charo. No lo tomes así.

CHARITO —¡El problema es que él no quiere casarse conmigo! (*Mira a Leonor y a Joaquín alternativamente*) ¡No quiere! ¡Se lo he pedido tantas veces. Por el niño. ¡Dice que tal como él está, no es para casarse con nadie! (*A Leonor*) ¿Usted entiende eso? ¿Usted que es mujer, entiende eso? ¿Qué puede tener un hombre que sea tan fuerte, tan importante, que le impida casarse con la mujer que quiere y que se lo pide de tanto corazón? (*En ese momento se abre la puerta y entra Portus. De una mirada se da cuenta de la situación. Ve que Charito ha llorado. Mira a Joaquín y a Leonor con una corta mirada fulminante. Charito se limpia apresuradamente la cara. Joaquín se levanta con vivacidad exagerada*)

JOAQUÍN —¡Pitágoras! ¿Cómo te va, viejo? ¿Recuerdas a mi mujer? (*Acerca a Portus a Leonor. A Leonor*) ¿Te acuerdas de él?

PORTUS (*Da la mano a Leonor*) Buenos días. (*Cruzan una mirada fría*)

JOAQUÍN (*Siempre a Leonor*) ¿Y? ¿Era así como lo recordabas? Un poco más canoso tal vez, ¿no? Pero siempre el mismo. Una cruza entre vendedor viajero en retiro y genio distraído, ¿no te parece? (*Ríe*)

LEONOR —Lo vi tan de pasada.

PORTUS —Sí. ¿El día de su matrimonio, no? La muchedumbre me había aprisionado contra los barrotes de una ventana y tuve que salir a tomar aire. Después, cuando quise volver a entrar, me aplastaron las señoras que subían a escarbar entre los regalos. Al final desistí y recuperé mi abrigo. Fue lo único que logré hacer.

LEONOR (*Siempre fría, irónica*) Sí. Agradecí mucho el suyo.

PORTUS —¿Mi regalo? No mandé. Siempre supe que Joaco me entendería. (*Se da vuelta y mira*) ¿Y Charo? (*Charito se ha encerrado mientras tanto en el baño*) ¡Charo!

CHARITO (*Desde el baño*) Sí, viejo. ¡Ya voy!

PORTUS —¿Por qué no sirves algo?

CHARITO —¡Ya voy! (*Sale del baño. Portus la mira preocupado. La abraza*) ¿Y, cómo has estado?

CHARITO —Bien, viejo . . . ¿Qué te sirvo?

PORTUS —Ofrécele a la señora.

CHARITO —No quiere. ¿Qué te sirvo?

PORTUS —Una cerveza . . . ¿Te pasa algo?

CHARITO —No, nada . . . Nada. (*Oculta la cara. Va hacia la cocina, siempre seguida de la mirada inquisitiva y preocupada de Portus. Cuando Portus se vuelve hacia la mesa, algo ha cambiado en su rostro. Hay en él ahora un ceño duro, irritado.*)

PORTUS (*A Joaquín que sigue parado*) ¿Y? ¿Qué te trae por aquí? ¡Siéntate! . . . (*Se sientan ambos a la mesa. Portus tieso. En espera*)

JOAQUÍN —Pareces caballo ensillado. Por qué no te pones tu chaqueta de casa. Sé que te gusta ponerte cómodo.

PORTUS —Estoy muy bien así.

JOAQUÍN (*Incómodo*) ¿Estuviste con Germain?

PORTUS —De allá vengo.

JOAQUÍN —¿Y? ¿Cómo van las cosas?

PORTUS —Mal. Me dijo que en el futuro las traducciones las harían en Inglaterra. Mandarían el material en español.

JOAQUÍN —¿Y? ¿Qué vas a hacer?

PORTUS —No faltará. Ya buscaré.

JOAQUÍN —¿No quieres aceptar, entonces? (*Pausa*)

PORTUS —Te dije que no.

JOAQUÍN —Es que no lo puedo creer. ¡No lo puedo creer! ¡Que estés a la caza de traducciones mal pagadas y rechaces la oferta que te hago! . . . ¿Qué te pasa? ¿Es algo que tienes contra mí?

PORTUS —¿Contra ti? ¿Por qué iba a tener algo contra ti?

JOAQUÍN —¿Y, qué es, entonces?

PORTUS —No me interesa, ya te dije . . .

JOAQUÍN (*A Leonor*) ¿Te das cuenta? (*A Portus*) ¿Sabes que en el país hay varios cientos de ingenieros que treparían muros por ese puesto?

PORTUS —Que trepen. ¡Ojalá la caída no les quiebre el espinazo a los pobres diablos! (*Sonríe. Charito vuelve con la cerveza. La sirve*)

JOAQUÍN —¿Que no te hayas capaz?

PORTUS —¿Quién sabe si lo sería?

JOAQUÍN —No tienes práctica en puestos de ese calibre, ya sé, pero para ti es cosa de días.

PORTUS —Tal vez sí; tal vez no.

JOAQUÍN —Mira, mi suegro está dispuesto a proponerle al Directorio una participación tuya sobre las utilidades. Un porcentaje sobre producción o utilidad, como tú propongas. ¡Es cosa que tú digas y la cosa está hecha! Tú sabes que mi suegro es la última y primera palabra de la Compañía . . . ¿Sabes cuánto fue la utilidad en el ejercicio del último año? . . . ¡Más de dos millones de escudos! Creo que se podría arreglar con un cinco por ciento para ti . . . ¿Mh? ¿Qué te parece? . . . ¡Además está la nueva perspectiva de los yacimientos de carbonatos que comienzan a explotarse! ¡Y el proyecto de la planta de Soda! ¡Y el convenio que acabamos de cerrar con Kalber de Alemania, para ampliar la planta de Sulfonados! . . . ¡Todo un terreno para revolcarte en él! . . . ¿Mh? . . . ¿Qué me dices? (*Charito realiza uno que otro trabajo inútil a la distancia. Se mantiene en escucha. Portus ha estado escuchando toda la exposición con mirada vaga, perdida a la distancia. Al final ha clavado los ojos en los ojos de Joaquín. Sonríe*)

PORTUS —Aprendiste el dialecto, ¿eh? Siempre aprendes todo muy rápidamente. «El convenio que acabamos de cerrar» . . . «Nueva perspectiva» . . . Suenas impresionante, ¿sabes? . . . Por algo te ponen al medio de esas fotografías . . . (*Gira su mirada hacia Leonor*) ¿Usted que cree? ¿Cree que debería aceptar?

LEONOR —¿Quiere mi opinión? ¿Mi verdadera opinión?

PORTUS —Diga . . .

LEONOR —Pienso que si no acepta es: o un tonto o un acomplejado. Cualquiera de los dos sería igualmente triste.

PORTUS —Supuse que pensaría así. (*Pone una mano amistosa sobre el brazo de Joaquín. Íntimo*) No, Joaco. Por última vez, no. Tú me conoces. Hay ciertas cosas que son sagradas para mí. Ciertas chifladuras; ponles como quieras . . . Tú me comprendes, ¿no es cierto? . . . Te lo agradezco de todo corazón. Encuéntrate a otro que se quiera quebrar el cuello. Déjame así como estoy, que estoy muy bien. En verdad . . . Muy bien.

JOAQUÍN (*Frío, con intención*) Si esas cosas se interponen entre tu persona y la realización de ti mismo, debes hacerlas a un lado. ¡Por último le debes eso al país! . . . (*Breve silencio, durante el cual se oye un sollozo medio reprimido de Charito. Portus gira hacia ella y la mira. Luego vuelve sus ojos sobre Joaquín. Algo se ha quebrado en él*)

PORTUS (*Con ira*) ¿Qué le dijiste?

JOAQUÍN —Nada. No le he dicho nada.

PORTUS —¡Charo! ¿Qué te dijo Joaco? ¿Por qué lloras?

CHARITO (*Con voz quebrada*) Nada, viejo. No me dijo nada.

PORTUS (*A Joaquín, tenso, contenido*) ¿Qué no te basta con todas las razones que te he dado, para que vengas a seguir jodiendo?

JOAQUÍN —Pero, viejo . . .

PORTUS —¡No quiero tu pega! ¿No entiendes? ¡Dásela a algún otro muerto de hambre! . . . ¡No le demos más vueltas al asunto!

JOAQUÍN —Sólo lo hacía por tu bien . . .

PORTUS —¡No lo creo!

JOAQUÍN —¿Qué quieres decir con eso?

CHARITO (*Desde lejos*) ¡Viejo, por Dios! ¡No lo tomes así! (*Joaquín se levanta*)

JOAQUÍN —¿Que crees que lo hago por mí, acaso? (*Portus no responde*) Tus ideas eran papel picado, después de todo, ¿no? ¡Dos o tres fracasos y dejaste caer las alas! Me equivoqué contigo . . . Creí que eras más fuerte.

PORTUS —Sí, no endorsé mi vida en un cheque de cien millones.

LEONOR —¿Qué, exactamente, quiere usted decir con eso? . . .

JOAQUÍN (*Despechado*) No importa, mujer. El asunto ya no tiene vuelta. No quiere, sencillamente . . . ¿Que no ves que prefiere quedarse aquí, sorbiendo su té? . . . ¡Vamos!

PORTUS —Joaco, no terminemos así . . . Tú con tu vida, yo con la mía. ¿No puede ser? . . .

JOAQUÍN —No podría volver aquí y verte en este estado.

PORTUS (*Sincero*) Pero, ¿por qué no? ¿Por qué no, Joaco?

JOAQUÍN (*Casi un grito*) ¡Porque eres una ruina! ¡Vamos, cómprate un espejo y mírate en él y recuerda esos años nuestros! ¡Tus sueños de belleza! ¡Oh, Dios! ¡Cómo un tipo puede desperdiciar todo ese fuego, toda esa energía, para terminar arrumbado en una buhardilla de mala muerte, cuchareando tecito y masturbándose con sus sueños de pureza! (*A Leonor*) ¡Vamos! ¡Este asunto se terminó! (*Charito solloza ahora francamente en su rincón. Por un instante sólo se oyen sus sollozos*)

PORTUS (*Muy quedamente, con intensidad*) Yo no te pedí que vinieras aquí a insultarme. Has perturbado la paz que me había hecho para mí y mi mujer. Ahora nunca más volveré a recuperar lo que me había costado tanto conquistarme. (*Pausa*) Vas a pagar por esto, Joaco.

LEONOR (*Altiva*) ¿Sí? ¿Y de qué manera? ¿Se podría saber?

PORTUS —El signo de Caín, Joaco, ¿recuerdas?

JOAQUÍN —¡Esto no tiene nada que ver con eso!

PORTUS —¿Y por qué no? ¿Por qué tú sí y yo no? Después que termina el bien, comienza el mal, y ambos son igual de poderosos, ¿recuerdas? (*Joaquín y Portus se miran a los ojos. Charito mira atónita a Portus. Descubre un hombre que no conoce*)

LEONOR —Usted es ridículo. Ahora veo que no sólo es un resentido como creí, sino además es ridículo. ¿Qué cree que es? ¿Una especie de mago o algo así? (*A Joaquín*) Nunca me dijiste que tu amigo era hechicero. Llegué a creer muchas de las maravillas que me contabas, pero hechicero, ¡jamás! . . . ¡Creí que eso se había acabado con la última quema de brujas!

PORTUS (*A Leonor*) Usted cree que lo tiene muy seguro, ¿eh? . . .

JOAQUÍN —Portus, ideja eso!

LEONOR —Me quiere y es un buen padre de sus hijos, si es a eso a qué se refiere.

PORTUS —Y eso la hace imaginar que está todo concluido, ¿eh? Que ha terminado la operación y todo el producto está bien embalado y calientito, etiquetado e inventariado en su bolsillo, ¿eh? . . .

LEONOR (*Con fastidio*) ¡No sé de qué está hablando! . . . (*Se acerca a Charito y le da un beso en la mejilla*) Adiós, querida. Lo siento por usted.

PORTUS (*Salvajemente*) ¡Joaco! ¿Qué será de tu amigo Aníbal? (*Joaquín lo mira paralizado. Muy rápidamente, atropellando las palabras*) La última vez que lo vi, fue en el foyer de un hotel con un par de maletas en las manos. Listo para emprender una vez más otro de sus viajes en busca de la paz perdida. Recuerdo que me dijo que ahora iba a Grecia, en busca de un pueblecito perdido por ahí en una isla, donde le habían dicho que era el único lugar del mundo donde aún no habían desembarcado sus fantasmas. Dijo que había elegido un sitio bajo un acacio, en una plaza con vista al Egeo, para sentarse a mirar el cielo y olvidar . . . Es el mismo romántico incorregible. Piensa que el pasado puede olvidarse en el presente, con sólo pensar en el futuro. Piensa que el Egeo puede algo así como tragarse sus penas y devolverle un panorama azul, idiota, libre de desilusiones . . . (*Pausa*) ¿Has sabido algo de él? . . . ¿O es que has perdido completamente todo contacto con él? . . .

JOAQUÍN (*Logra articular finalmente*) No lo he visto.

PORTUS —¿No lo has visto? . . . ¿Qué clase de ingratitud es ésa? . . . El, que durante un tiempo, un tiempo demasiado corto y violento es cierto, ¿apenas respiraba para no quitarte el aire? (*A Leonor*) ¿Ha visto usted alguna vez hermanos gemelos, señora? Una de esas parejas de hermanos absolutamente iguales entre sí, que van por ahí, pegados de alguna parte del cuerpo, hombro con pecho, cadera con cadera, respirando el mismo aire, pensando las mismas ideas, camina que camina. (*Hace con los dedos sobre la mesa*) ¡Trac, trac! ¡Trac, trac! . . . ¿Como una verdad y una apariencia pegados uno sobre el otro? . . . ¿Como dos yoos, unidos por un mismo cordón umbilical? ¡Eso eran Aníbal y Joaco! . . . ¡Dos faunos sobre la misma fuente! . . . ¡Dos ángeles en un mismo palio! . . . ¿Y ahora?

(*Falsamente desolado*) ¡Dice que no se han vuelto a ver! . . . ¿Entiende usted tanta calamidad? (*Espera un rato alguna reacción de Leonor que no viene, y luego*) Tal vez fue en el día de tu matrimonio. Tal vez fue en ese mismo día en que la quimera de cristal que ustedes habían conseguido fabricarse, en sus interminables caminatas por los parques, se vino abajo . . . Se fracturó . . . Se trizó en miles de pequeños trozos irreconocibles . . . Feas astillas de una hermosa imagen. Y ¿qué quedó de todo ello? . . . Un traidor que arrestaban en la entrada de una iglesia, y un pobre muchacho traicionado, en un rincón de su pieza, botado por ahí . . . ¿Sabes en qué lo sorprendí, el día que lo desertaste? . . . Estaba en su cama, hecho un ovillo; no quería saber de razones . . . Estuve sentado a su lado, durante horas, hasta que se quedó dormido . . . Parece que mi compañía muda terminó por calmarle . . .

Ésa es la historia del pequeño Aníbal, señora. Una historia bastante triste, ¿no le parece? ¿Cree usted que habría para un novelón sentimental?

LEONOR —Usted es el tipo más . . . infame que he conocido. Sólo ahora comprendo el peligro a que Joaquín estaba expuesto.

PORTUS —Eso depende de puntos de vista diferentes. Yo pienso, por ejemplo, que el peligro a que él está expuesto con usted es mayor que el mío, pero sobre eso el mundo no se ha puesto de acuerdo en cuatro mil años . . . Tampoco vamos a ponernos de acuerdo nosotros.

JOAQUÍN (*Como saliendo de un letargo*) Mi amistad con Aníbal era limpia . . . No había nada entre él y yo que no fuera limpio como un cristal . . . ¿Qué estabas tratando de insinuar?

LEONOR —Deja, Joaco . . . ¡Vamos!

JOAQUÍN —Vamos, idilo! ¿Qué estabas tratando de insinuar? (*Espera*) ¿Qué estabas tratando de dar a entender, desgraciado? (*Grita*) ¡Vamos, dilo, mierda! ¿Qué estabas tratando de decir? (*Charito da un grito. Se encierra en el baño*)

PORTUS —Si tú no sabes, ¿cómo voy a saber yo, Joaco?

JOAQUÍN —¿Saber qué? . . . ¿Qué es lo que no sé? . . .

LEONOR —Joaco, ¡no sigas!

JOAQUÍN —¡Qué es lo que no sé, mierda! (*Va sobre él y lo sacude*) ¿Qué quieres decir? . . . ¡Dile, aquí, a Leonor, que es mentira! Vamos, dile que es mentira lo que insinuaste. (*Se vuelve. A Leonor*) Nunca hubo nada, Leonor.

LEONOR —Lo sé . . . Vamos.

JOAQUÍN —¡No me voy de aquí antes de que me digas que no crees lo que él ha tratado de insinuar!

LEONOR —No lo creo.

JOAQUÍN —Sólo una gran amistad . . . Una obsesión sentimental entre estudiantes. Es todo lo que hubo . . . A todos los jóvenes les pasa. (*Leonor sale. Se vuelve, ronco*) ¡Oh, Dios! ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho, desgraciado? . . .

PORTUS (*Frío; metálico*) El signo de Caín, Joaco.

JOAQUÍN —¿Pero, tú estás loco? . . . ¡No esto! . . . No tenías derecho de hacerme esto. Yo, que he venido a tenderte una mano.

PORTUS —Abel sintió el poder de Caín y tuvo miedo. Caín sintió su fuerza y tuvo espanto de su mal, pero no pudo dejar de golpear . . . En cada cara hermosa hay una profunda arruga de la perversidad . . . Yo quiero a la Charo. No tenías derecho de venir a herirla.

JOAQUÍN —¡Pero mira lo que me has hecho a mí! ¿Habrá palabra capaz de sacarle, ahora, de su cabeza, lo que tu insinuación ha puesto en ella? ¡Tú sabes que entre Aníbal y yo no hubo nada! (*Portus lo mira intensamente, casi con pena*)

PORTUS —¿Nada, Joaco?

JOAQUÍN (*Rotundo*) ¡Nada! ¡Absolutamente nada!

PORTUS —Oh, Dios, ¿qué han hecho contigo? (*Afuera suena una bocina de auto, insistentemente*)

JOAQUÍN (*Amenazándolo con un dedo*) ¡Hay sólo una cosa que quiero decirte! Si por alguna razón tus palabras alteran, aunque sea en un dedo, la tranquilidad de mi casa, ¡te liquido! ¡te arruino! ¡Te persigo hasta el día que pagues el mal que me has hecho! ¿Me entiendes?

PORTUS (*Con tranquilidad*) Ya te has puesto en campaña, Joaco. Yo sé que las traducciones no se harán en Inglaterra. Germain miente muy mal. (*Otra vez la bocina*) Anda. Apúrate. No hagas esperar a tu mujer, que se puede impacientar . . . (*Sale Joaquín. Portus se saca la chaqueta y los zapatos. Se pone las pantuflas. Está en eso cuando sale Charito del baño*)

CHARITO —Ay, viejo, ¿qué hiciste? ¿Para qué fuiste a decirle eso? . . . Nunca te había visto así, viejo . . . Te pones tremendo cuando te enojas . . . (*Rearregla inútilmente la cerveza y el vaso sobre la mesa*) Si no venía más que a ofrecerte un trabajo. (*Pausa*) Ella te sacó de quicio, ¿no es cierto? ¡Tonta pesada! . . . Decirte resentido a ti . . . (*Le da un beso a Charito*)

PORTUS —Prepara el almuerzo.

CHARITO —Bueno, viejo.

PORTUS —Hoy día hazme albóndigas, ¿quieres? Y en la noche vamos al básquetbol, ¿eh? ¿Te gustaría ir?

CHARITO —Ya, pues.

PORTUS —Podríamos llevar al Juancho.

CHARITO —Tiene que acostarse temprano, viejo. (*Van lentamente recobrando el aire íntimo, despreocupado de antes*)

PORTUS —¡Lo llevamos no más! ¿Una vez qué le va a hacer? Antes pasamos a la pastelería y le compramos berlines, ¿mh? ¿Los que a él le gustan?

CHARITO —Lo llevamos con su abrigo nuevo.

PORTUS —Eso es. Manos a la obra, entonces. (*La empuja hacia la cocina*)

CHARITO —¿Oye, viejo?

PORTUS —¿Qué?

CHARITO —¿Por qué no . . . por qué no aceptas la pega que te ofrece Joaco? Aunque sea a prueba, viejo . . .

PORTUS —¿No te dije que te olvidaras?

CHARITO —Podrías irte por un tiempo al Sur y probar . . . Yo me quedaría aquí, esperándote (*Portus la mira*) con el Juancho, viejo. El Juancho no podría irse al Sur con nosotros . . . Para ver cómo te va. (*Portus la sigue mirando*) A lo mejor te va bien y te acostumbras, y . . .

PORTUS —¿Y?

CHARITO —Te quedas, pues, viejo . . . Quién sabe, ¿no crees?

PORTUS (*Con cariño*) No quiero . . . ¿No comprendes que no quiero?

CHARITO —Sí, pero . . .

PORTUS —Pero, ¿qué?

CHARITO —Que no vaya a ser por culpa mía, viejo. No vaya a ser que por culpa mía . . . (*Portus la mira*) ¿Es por culpa mía?

PORTUS —Sí, por culpa tuya es que no soy Presidente de la República. (*Ríe. Charito también ríe pero sin ganas*) Ya, pues. ¿Vamos a hacer esas albóndigas o no?

CHARITO (*Siempre mirándolo*) Bueno, viejo . . .

PORTUS —Ya pues. Manos a la obra. (*Le da un palmotazo en las nalgas. Se besan*)

TELÓN

ESCENA TERCERA

Ha pasado otro mes. Un día cualquiera, en la tarde. La habitación, en relativo orden, está vacía. En alguna parte se oye una radio. La ventana está abierta. Por ella se ve el azul-gris arrebolado de la tarde de fin de otoño. Luego se oyen pasos en la escala exterior y voces.

VOZ DE IDA —¡Oye, Charo!

VOZ DE CHARITO —¿Sí?

VOZ DE IDA —¡Mira la planta que me trajo Alberto!

VOZ DE CHARITO —¡Qué linda!

VOZ DE IDA —¿Qué será, digo yo? ¿Tú sabes?

VOZ DE LEONOR —Cyclamen.

VOZ DE IDA —¡Ay, cyclamen! ¡Qué lindo nombre! ¿Y da flores?

VOZ DE LEONOR —Sí. De todos colores.

VOZ DE IDA —¡Ay, que lindo! ¡La pondré sobre la mesa del comedor! Dice Alberto que se la compró a un tipo que pasó, mientras esperaba el bus. (*Se oyen unos gruñidos*) ¡Ay, sí capitán! ¡Sí ya voy a callar! ¿Usted para qué necesita tanto sueño? . . . ¡Qué milico tan pelotas! . . . (*Se abre la puerta y entran Charito y Leonor. Ambas llevan paquetes y bolsas de papel*)

CHARITO —¡Aquí nomás! ¡Déjelos aquí! (*Deja sus paquetes sobre la mesa y toma los de Leonor*) ¡No tenía por qué venir a molestarse así . . .! (*Afuera sigue el argumento*)

VOZ DE IDA —¡Ay, bueno! ¡Bueno, pues, mi general! . . . ¡Grito todo lo que se me da la gana! . . . ¿Quiere que le diga una cosa, General . . . ? ¡No me explico cómo lo aguantaban en el ejército, y no lo largaron de sargento! (*Charito cierra la ventana*)

CHARITO —¡Estos vecinos! Aquí todos vivimos como en familia . . . (*Leonor sonríe*) Ida, es matrona titulada, pero no ejerce . . . Su marido no quiere que trabaje . . . (*Leonor toca la cortina, con manos de entendedor*) Muselina de seda . . . La compré con mis ahorros de tres años. ¿Le gusta?

LEONOR —Preciosa.

CHARITO —Usted sabe, una tiene sus caprichos.

LEONOR —Así es.

CHARITO —Él viejo no entiende . . . Cuando las traje a casa, se encogió de hombros . . . Pero me deja hacer . . . Suerte que no me preguntó con qué las había comprado. (*Confidencial*) Cada semana, abulto un poco el gasto de las compras, comprende?

LEONOR —Todas lo hacemos.

CHARITO (*Genuinamente sorprendida*) ¿Usted también?

LEONOR —Todos los hombres sufren del horror a los gastos pequeños. Son cosas que todas debemos hacer para mantener la armonía en nuestras casas.

CHARITO —¿Prendo la estufa? ¿Tiene frío?

LEONOR —No, estoy muy bien.

CHARITO (*Llevando los paquetes a la cocina*) Al viejo nada le importa. Tenga o no tenga cortinas . . . creo que podría vender todos los muebles y no se daría cuenta . . . En tanto tenga donde sentarse . . . A veces creo que si no me preocupo de vestirlo cuando sale, saldría desnudo . . . Vive como en el limbo . . . ¿Le sirvo un tecito?

LEONOR —No gracias, ya me voy. ¿Va a pensar lo que le propongo?

CHARITO —Sí, lo voy a pensar.

LEONOR —Pero no le consulte a él. Es una cosa que debe decidirla usted por sí sola.

CHARITO —Ay, no sé . . .

LEONOR —Después de todo, el niño es suyo, ¿no?

CHARITO —Es que no hago nada sin consultarle a él . . .

LEONOR —Él no va a estar de acuerdo. Ya le di las razones que tendrá.

CHARITO —Ay, usted es tan cariñosa conmigo, pero no sé.

LEONOR —Piénselo.

CHARITO —Sí.

LEONOR —¿Me avisa?

CHARITO —Sí, le aviso. (*Muestra un broche que tiene puesto*) Gracias por el broche. (*Leonor le da un beso en la mejilla*)

LEONOR —Adiós . . . Y cuando tenga que ir al mercado, llámeme. No me cuesta nada pasar a buscarla. (*Sincera*) Créame; me hace un favor.

CHARITO —Adiós. (*Sale Leonor. Charito se pone a desempacar. Pone la radio. Está en eso cuando, después de un rato, entra Portus. Trae un cartapacio. Casual; casi demasiado*) ¡Hola, viejo! ¡Volviste temprano! ¿Cómo te fue con Germain? (*Le ayuda a sacarse la chaqueta*)

PORTUS —¿Era de aquí que salía la mujer de Joaco?

CHARITO (*Sin poder disimular cierta confusión*) Sí, viejo, de aquí. Me ayudó a traer unas compras.

PORTUS —¿A ti?

CHARITO —Sí. Del supermercado del Parque.

PORTUS —¿Y qué hacía ella allí?

CHARITO (*Yendo a colgar la chaqueta*) No sé. Es la segunda vez que la topo. Dice que ha descubierto que comprando allí le sale más barato . . . Vieras lo cariñosa que se pone cuando me ve . . . Me compra cosas. ¿Sabes, viejo?

PORTUS —¿Qué?

CHARITO —Me parece que quiere hacerse amiga de nosotros. (*Le ayuda a ponerse la chaqueta de casa y las pantuflas*) A lo mejor el Joaco le ha hablado bien de nosotros . . . No me parece una mujer feliz, ¿sabes? Tiene una tristeza, aquí, alrededor de los ojos. Al menos en

su casa, parece como un alma en pena. Es una casa triste, sin ruidos . . . silenciosa.

PORTUS (*Que no ha dejado de seguirla con la vista mientras ella le habla*) ¿Casa? ¿Te llevó a su casa?

CHARITO —Hoy día. Del supermercado. Dijo que había olvidado su libreto de cheques, pero para mí que quería mostrármela. Cuando llegamos a su casa, estuvimos viendo la pieza de los niños, su pieza privada, el jardín . . . Me mostró su álbum de fotografías del matrimonio . . . ¿Sabes que perdió su primera guagua? (*Portus se ha sentado al borde de la cama. Se calza las pantuflas*)

PORTUS —No, no sabía.

CHARITO —A los cuatro meses. La tuvieron en cama todo el tiempo, pero fue inútil. Dice que lloró una semana; casi murió de pena. Se le puso la idea de que no podría tener otro . . . (*Sale y entra a la cocina acarreando paquetes*) ¡Cosas de las primerizas! El niñito mayor es un príncipe . . . ¡Estábamos en el living mirando el álbum cuando llegaron del colegio y los dos mayorcitos van y se me acercan y me dan un beso en la mejilla . . . y me llaman . . . tía. ¡Imagínate! ¡Yo tía de esos ángeles! ¡Quizás por quién me habrán tomado! ¡Son tan educados! ¡Tan caballeritos! ¡La chiquitita viene y saca un cuaderno de su bolsón y me muestra una composición sobre la zanahoria! ¡Vieras la maravilla! ¡Todo limpio! ¡Todo ordenado! ¡Tan distinto a los cuadernos del Juancho, llenos de borrones y manchas de tinta! (*Desde el vano de la puerta de la cocina, pelando papas*) ¡Y vieras esa casa, viejo! ¡Sabes que tienen hasta un bar en el sótano! Todo cubierto de . . . ¿cómo se llama esa madera media rojiza, viejo? ¿Esa madera con vetas rojizas y la orilla amarilla? (*Portus se está cambiando sus pantalones por los del pijama*)

PORTUS —Hay miles de maderas rojizas. ¿Cómo voy a saber cuál es?

CHARITO —Y todo acolchado de cuero color pasto viejo. ¿Y sabes lo que tienen en vez de sillas? (*Portus no responde*) Barricas, viejo. ¡Figúrate! Barricas viejas de una cervecería. ¡Tú vieras! Las hicieron raspar y barnizar opaco y les hicieron cojines de cuero de pasto viejo, y en cada una de las duelas . . .

PORTUS —¿Pasto viejo?

CHARITO —Sí. Pasto viejo. Ese fue el nombre que me dijo ella.

PORTUS —¿Y cuál es el color del pasto viejo? ¿Cuál pasto viejo? ¿Pasto de qué? ¿Trébol? ¿Alfalfa? ¿Avena? ¿Qué?

CHARITO —Bueno, no sé. Fue el nombre que me dijo ella. ¿Sabes lo que le pusieron en las duelas?

PORTUS —No me importa. (*Charito lo mira*) No me importa lo que le hicieron poner en cada una de las duelas . . . Prepárame una taza de té, ¿quieres?

CHARITO —Bueno, viejo . . . (*Va y vuelve de la cocina con una taza de té. Portus se sienta a la mesa, forrándose las piernas con una manta. Saca papeles del cartapacio, los ordena*)

PORTUS —Mañana, pasa a avisarle a la Maité que lleve al Juancho donde tu tío Manuel, como pensaba hacerlo. No vamos a ir al campo.

CHARITO (*Desencantada*) ¿No vamos a ir?

PORTUS —No hay plata.

CHARITO —¿No te pagó Germain?

PORTUS —No me dio el trabajo.

CHARITO —¿Pero si te había prometido?

PORTUS —Ya lo oíste. Se arrepintió.

CHARITO —¿Y por qué? (*Portus no responde. Charito lo mira y luego va a la cocina. Portus trabaja. Momento de silencioso embarazo entre ambos. Charito emerge de la cocina*)

PORTUS —Cuando te encuentres de nuevo con esa mujer, vas a tratar de evitarla, ¿eh?

CHARITO (*Tras pausa*) ¿Y por qué, viejo?

PORTUS —Porque es mejor así.

CHARITO —¿Y si ella me busca?

PORTUS —La evitas. Haces como que no la ves.

CHARITO —¿Qué te pasa, viejo? Nunca me habías prohibido nada.

PORTUS —Bueno, ahora te lo prohibo. (*Pausa*)

CHARITO —Ella no es como tú piensas. No tiene amigas. (*Silencio de Portus*) Me dijo que no tenía amigas . . . Yo tampoco tengo amigas . . . La Ida y todas ésas son sólo para pasar el rato . . . Está muy bien estar aquí contigo, todo el día, pero una mujer deber tener amigas . . . Hay cosas que una mujer conversa mejor con otra mujer . . . (*Sigue el silencio de Portus*) Para mí que tú estás . . . celoso. ¿Estás . . . celoso? (*Se acerca a él*) Tontito. Lo quieres todo para ti, ¿eh? (*Le toma la cabeza; se la aprieta contra su cuerpo*) Tú sabes que tu gorda es sólo para ti . . . ¿Sabes que me dijo que no era feliz con Joaco? (*Portus la mira*) Me dijo que entre los dos no andaban bien las cosas.

PORTUS —¿Hoy día? ¿La primera vez que la ves?

CHARITO —Es la segunda.

PORTUS —¿Y tú le crees? ¿Le crees que te va a contar una cosa así tan íntima, simplemente porque quiere ser amiga tuya?

CHARITO —Bueno, sí. ¿Y por qué no?

PORTUS —Porque cosas así no se cuentan así de buenas a primeras, si no es con una intención. (*Charito hace un gesto vago; no comprende por qué*) Después te preguntó cómo iban las cosas conmigo, apuesto.

CHARITO —Sí. Me preguntó.

PORTUS —¿Y qué le dijiste?

CHARITO (*Lo mira; sin expresión*) Que andaban bien.

PORTUS —¿Y qué? ¿Que no andan bien, acaso? (*Charito baja la vista*) Vamos, dime. ¿Que no andan bien?

CHARITO (*Lo mira*) Tú eres egoísta, viejo. (*Pausa*)

PORTUS —Ella te dijo, apuesto.

CHARITO —Sí, ella. Pero yo también lo digo, viejo. Yo le conté lo nuestro y ella me dijo la palabra. (*Bajando aún más la cabeza*) Siempre lo he sentido, pero no sabía cómo decirlo.

PORTUS —¿Y por qué soy egoísta? A ver . . .

CHARITO (*Tras titubeo*) No quieres casarte conmigo.

PORTUS —Te he dado mis razones.

CHARITO —Las tuyas . . . no las mías.

PORTUS —Si quieres un papel firmado, te lo firmo, ya te dije; pero el día que quiera dejarte, o tú me quieras dejar a mí, va a ser igual, con o sin papel . . . ¿Para qué tener firmado nada entonces . . .?

CHARITO (*Débilmente*) Yo quiero.

PORTUS —¿Para crear una obligación y terminar odiándonos como Joaco y su mujer? ¿Que tenemos algún problema, así? ¿No lo pasamos bien?

CHARITO —Sí, viejo, pero . . .

PORTUS —Lo nuestro es una amistad, no un contrato . . . La lealtad sólo tiene un valor si es libre . . . En cuanto pones tu firma en un papel, es el papel el que vale, no la firma. Seguiremos como estamos. (*Retorna a su trabajo. Charito duda un rato, luego*)

CHARITO —Viejo . . . la Leonor me ofrece una beca para el Juancho en el colegio de los niños de ella. (*Portus la mira*) Su papá es accionista . . . Dice que no tendría problema en conseguirlo.

PORTUS —¿Tú quieres? (*Charito afirma con movimiento de cabeza*) Hazlo entonces.

CHARITO —¿Pero a ti te parece bien?

PORTUS —Lo que a mí me parezca no importa. Después de todo el niño es tuyo, ¿no?

CHARITO —Es que yo no haría nada sin tu consentimiento, viejo.

PORTUS (*Cortante*) Ya te dije. Tienes mi consentimiento.

CHARITO (*Afligida*) ¡Pero es que a ti todo te parece mal! (*Portus la encara*)

PORTUS —¿Pero es que no te das cuenta?

CHARITO (*Más afligida*) ¿Qué cosa?

PORTUS —Que todo esto no es cierto.

CHARITO —¿Qué es lo que no es cierto, viejo?

PORTUS —Todo esto. Esta repentina «amistad» contigo. Ese encontrarse contigo «casualmente» en el Mercado y convidarte a su casa. ¿Que no te das cuenta que tras todo eso hay una trama?

CHARITO —¿Pero por qué, viejo? ¿Trama por qué?

PORTUS —¡Porque no puede ser! ¡Porque nosotros y ellos no cabemos en la misma alcuza! ¿No te das cuenta?

CHARITO (*Llorando*) ¡Lo que pasa es que tú te niegas a todo! ¡Todo te parece demasiado para nosotros!

PORTUS (*Fastidiado*) ¡Bueno, pon tu chiquillo en el colegio pituco ese! ¡A mí qué me viene!

CHARITO (*Grita igual que él*) ¡Así no quiero, viejo! ¡Así no! (*Pausa*)

PORTUS —¿Ya estamos peleando, ves? ¿Ves lo que ella busca? Meter una brecha entre nosotros. (*Suavizándose*) Mira, Charo. Nosotros somo de aquí . . . de esta pieza . . . de esta pobreza sencilla . . . sin ruidos. Esa gente es de otro mundo. Gente simuladora, engañosa, que nada hace por lo que vale. Si ella te busca, por algo será, ¿no crees? A ella bien poco puede importarle el Juancho.

CHARITO (*Limpiándose los ojos*) A ti tampoco.

PORTUS —¿Te parece?

CHARITO —Ella me dijo que te opondrías . . . que hombres como tú se oponen a todo, porque envidian el progreso de los demás. (*Charito baja la mirada*)

PORTUS —¿Y tú crees eso?

CHARITO (*Siempre sin mirarle*) Siempre tienes razones para todo, pero podríamos estar en una situación muy diferente si no te empecinaras en negarte a todo. A veces pienso que la culpa la tengo yo. Que yo soy el lastre. Si no vivieras conmigo, no tendrías que andarte escondiendo. (*Lo mira*) Tú también perteneces al mundo de ellos.

PORTUS —No digas eso. Tú eres mi mundo. Soy muy feliz contigo.

CHARITO —Tienes que serlo. ¿Qué otra cosa te queda? (*Se miran un rato a los ojos. Luego Charito no resiste y va hacia el baño. Se encierra en él. Golpes en la puerta. Portus va a abrir. Es Joaquín. Se miran un rato*)

PORTUS (*Cortante, seco, sin ofrecerle la pasada*) ¿Qué es lo que quieres?

JOAQUÍN (*Altivo, teatral*) ¡Vengo a llevarte a mi casa para que te desdigas delante de mi mujer de la calumnia que me tiraste el otro día! (*Portus lo mira*) ¡Vamos! ¡Vístete! ¡Vas a venir conmigo a retractarte! (*Portus aún lo mira*) ¿No me oíste? ¡Vístete!

PORTUS (*Se mira las pantorrillas*) ¿Podría ir así, no crees? ¿No crees que sería más dramático? Hasta podrías decir que me sacaste a tirones

de la cama. Que me agarraste del pelo y me sacaste a tirones por las calles. ¿No crees?

JOAQUÍN (*Trémulo, temblando*) ¡No estoy bromeando! ¡Vístete!

PORTUS —¡Ah! no estás bromeando, ¿eh? (*Con violencia creciente*) No estás bromeando, dices, ¿eh? ¿Qué te has imaginado, ridículo, que puedes venir a mi casa a darme órdenes? ¿Qué crees que soy, imbécil? ¿Uno de tus esclavos en tu fábrica? (*Con voz quebrada*) ¡Da gracias a Dios que aún recuerdo que soy tu amigo, y no te echo a patadas, ahora mismo, como mereces! (*Joaquín lo mira paralogizado ante la violencia inesperada de él*) Si quieres venir a hablar conmigo, vas a venir mansamente, ¿me entiendes? Esos exabruptos patéticos déjalos para tus esclavos . . .

JOAQUÍN —Pitágoras . . . estoy liquidado. (*Portus lo mira. Luego se hace a un lado*)

PORTUS —Pasa. (*Joaquín pasa. Le muestra una silla*) ¡Siéntate! . . . ¿Qué te pasa?

JOAQUÍN —¿Estás solo?

PORTUS (*Siempre frío*) La Charo está ahí.

JOAQUÍN —Tengo que hablar a solas contigo. (*Portus va hacia el baño*)

PORTUS —¡Charo!

CHARITO (*Desde adentro*) ¿Qué cosa, viejo?

PORTUS —Anda un rato donde la Ida, ¿quieres? Tengo que hablar con Joaco. (*Sale Charito del baño*)

CHARITO —¡Hola, Joaco!

JOAQUÍN —¡Hola! . . .

CHARITO —Me voy a llevar este tejido . . . (*Toma un tejido que está sobre la cama y sale, tímidamente. Portus gira hacia Joaquín y lo mira. Espera*)

JOAQUÍN —Eso que dijiste el otro día ha sido como el broche final. Mi mujer y yo andamos uno alrededor del otro, como dos perros que se acechan . . . ¡Oh, Dios, qué dijiste! . . . ¿Por qué fuiste a decir eso?

PORTUS (*Seco*) Porque es la verdad.

JOAQUÍN (*Desesperado*) Es que no es . . . ¡Nunca fue! ¡Eso era cosa de niños! ¿Para qué fuiste a meter esa cosa entre mi mujer y yo?

PORTUS —Porque soy un tipo perverso. Ya te dije. No le tengo asco a la verdad, aunque sea una verdad sucia. (*Siempre cortante*) ¿Bueno, y qué quieres que haga, ahora?

JOAQUÍN —Portus . . . yo no quise ofender a tu amiga.

PORTUS —Mi mujer, querrás decir.

JOAQUÍN —Tu mujer.

PORTUS —No la has ofendido. La has herido, que es peor. El daño ya está hecho. Ahora duda. Pero eso no importa, ¿no es cierto? ¿Qué quieres?

JOAQUÍN —Oh, Dios, Portus, ¿qué te pasa? ¿Qué diablos se te ha metido en el cuerpo?

PORTUS —Vivía en paz con ella, y ahora tú y tu mujer han venido a romper una tranquilidad . . . (*Gira hacia él*) ¿Por qué vinieron a meter aquí sus sucias narices ambiciosas, si yo no les pedí que vinieran? . . . ¡Vamos, dime! ¿Qué quieres que le diga a tu mujer? ¿Que entre Aníbal y tú, no había una ligazón homosexual? ¿Que no te metiste a la cama con él? ¿Es eso lo que necesita oír tu mujer, para volver a respetarte? (*Ríe con sarcasmo*) ¡Ah, sí! Se me había olvidado. Es verdad que a los de la clase de ustedes les hacen falta definiciones precisas para que no se les desmoronen los castillos de naipes que con tanto cuidado se fabrican! ¡Castillos de naipes más o menos frágiles, diría yo! ¡Te metes a la cama y es horror! ¡No te metes a la cama y es neurosis, fijación infantil, vacaciones para los nervios o curiosidad sentimental o cualquiera de esos nombres con que bautizan sus inclinaciones refrenadas! ¿Ésa es la seguridad que quiere tu mujer? ¡Se la puedo dar! Con sólo contarle que tus interminables paseos por el parque con Aníbal terminaban en una triste regata con veleritos de papel en la laguna del parque, o en juegos al gato, en la grava del paseo, tal vez le vuelva la inocencia, ¿no crees? ¿No crees que eso la reconstruiría? (*Joaquín no responde. Sólo se limita a mirar al piso*) ¿O tal vez deba decirle que tú y Aníbal era un par de pervertidos? Una pareja de libidinosos que se pasaban las noches del sábado haciéndose mutuos strip-tease a cámara lenta, para despertar en ella toda la santa repugnancia de que es capaz su alma de mujer pura, y justificar el espanto que siente por ti, por otra cosa.

JOAQUÍN —Te dije que siento lo de la Charo. (*Eso calma a Portus. Va a meterse en la cama. Se tapa con una frazada. Se acurruca contra el respaldo de la cama*)

PORTUS (*Después de un rato, sin mirarlo*) Y ¿qué te pasa?

JOAQUÍN —No es mi mujer. Soy yo, Pitágoras. Yo, que estoy que estallo. A veces creo que voy a tocar fondo.

PORTUS —Te lo advertí, ¿recuerdas?

JOAQUÍN —Sí.

PORTUS —Eso de Aníbal no es más que el remate . . .

JOAQUÍN —Sí.

PORTUS —Esa cosa está abortada desde mucho antes. . .

JOAQUÍN (*Que ha estado sacudiendo la cabeza*) Sí, sí, sí, sí. ¡Lo sé . . .! Ha roto nuestra capacidad de disimulo, pero ¿qué hago? ¿Qué hago, Pitágoras? ¿Cómo me suelto? ¿Cómo me escapo?

PORTUS —Te lo aconsejé una vez y dejé de verte durante ocho años . . . Bájate del carro. (*Joaquín se levanta. Se pasea*)

JOAQUÍN —No puedo. La Leonor, los niños, toda una maraña de obligaciones que te atan los brazos. (*Se vuelve, lo mira*) ¿Sabes que a pesar de todo aún la quiero? ¡Es lo que han hecho de ella lo que odio! ¡Lo que tengo que hacer para mantenerla a mi lado, lo que me está haciendo tiras! . . . ¡El padre! . . . ¡Los hermanos! . . . ¡Oh, cómo los odio a los desgraciados! (*Se aleja de Portus. Le da la espalda. Se cruza de brazos. Hay en su voz un cierto patetismo casi ridículo; una sutil insinceridad que suena a estéril; un debatirse en el vacío*) Pasan a tu lado y no existes. Sencillamente, no existes. Eres eficiente o no eficiente, nada más. Te asignan un trabajo. En el silencioso concilábulo de la familia te asignan un trabajo y tienes que cumplirlo, porque se subentiende que si eres de la familia tienes calificaciones suficientes para hacerlo . . . o no eres de la familia, simplemente. Porque se subentiende que todos los que han tenido la dicha de entrar al clan deben tener una misma manera de apreciar las cosas y darles solución. Ni siquiera te permiten que tengas tu propia manera de pensar! ¡No! ¡La menor duda, la menor vacilación, la detectan con sus narices de radar y te echan encima todo el peso de su condenación! (*Se vuelve*) ¿Es una especie, me entiendes? ¡Una especie de coleópteros que tienen todos el caparazón del mismo grueso y porte, y la misma cantidad de patas y antenas! ¡Detectan al coleóptero de otro clan y lo aniquilan con sus tenazas trituradoras! (*Se acerca a él*)

PORTUS (*Que lo ha estado oyendo y mirando con ojos impávidos, hablando sin expresión*) ¿Cuánto ganas, Joaco? (*Ante la expresión perpleja de Joaquín*) Sí. ¿Cuánto ganas? ¿Cuánto te pagan?

JOAQUÍN —¿Por qué?

PORTUS —Porque quiero saber. Dime, sin asco . . . No me voy a escandalizar . . .

JOAQUÍN —No entiendo la pregunta . . . (*Portus espera*) Me pagan . . . bastante.

PORTUS —¿Cuánto? ¿Diez mil? ¿Veinte? He perdido la noción de lo que pagan por ahí por pegas como las tuyas . . .

JOAQUÍN —Estoy participando en las utilidades.

PORTUS —Estás participando en las utilidades, ¿eh? ¿Y cómo te pagan? ¿En billetes nuevos o billetes viejos? Apuesto que en billetes nuevos y crujientes, ¿eh? ¿Recién salidos del horno?

JOAQUÍN —¿Por qué me preguntas?

PORTUS —Porque eres injusto, viejo. (*Lo escudriña; lee en su cara la reacción de sus palabras, con una fijación insolente de la mirada*) Sí, injusto . . . El mismo Joaquín de siempre, ¿eh? . . . Quiere todas

las tajadas del queique, ¿eh? . . . Siempre el mismo insaciable, queriendo gozar todas las sensaciones, sin dejar nada de propina a cambio, ¿eh?

JOAQUÍN —¿Qué quieres decir con eso?

PORTUS (*Su indignación va creciendo*) Siempre queriendo estar aquí y allá, donde esté la repartiña de placer, ¿eh? . . . ¡Claro que todo medido! ¡Todo calibrado! ¿Todo nítidamente calculado, para no perderse nada, sin arriesgar nada, ¿eh? Placer de siete a ocho de la mañana, porque a esa hora es la hora de los mariscos frescos en el mercado y había que estar ahí para gozarlos, ¿eh? . . . Placer de ocho a nueve porque era la hora de impresionar a profesores y alumnos con su inmensa sabiduría, ¿eh? . . . Placer de doce a una, porque a esa hora María Teresa convidaba a un plato de helados de frutilla, hecho por sus preciosas manos . . . junto a la piscina perfumada de alicantos, ¿eh? . . . Placer en las tardes, porque entonces se le podía sacar al pobre Aníbal todo su tesoro de dolor y tristeza que era capaz de dar su espíritu sensible e imaginativo, ¿eh? . . . Y placer en las noches donde mamá Colibrí, la madre del imbécil de Portus, porque a esa hora era la hora en que hablaba de viajes imaginarios y sonetos del Dante, y vinos añejos en exquisitas jabas de loza china, y románticas ensoñaciones, ¿eh?

JOAQUÍN —He venido a pedirte consejo y no a que me ofendas.

PORTUS (*Ya lanzado en plena ferocidad*) ¡Y placer con tu encantadora esposa rica que debe darte de todo! ¡Apellido, dinero, prestigio, posición, pega, sueldo! . . . pero a condición de que nadie te toque una pluma, ¿eh? . . .

JOAQUÍN —¿Qué te . . .?

PORTUS —¡Todo entregado a domicilio, sin cargo de flete ni molestias de ninguna especie!

JOAQUÍN —¿Qué te pasa, mierda?

PORTUS —¡Lo que me pasa, mi querido príncipe encantado, es que me dan asco tus aspiraciones de llevar una vida a salvo de virulencias! Te has construido un hermoso castillo encantado a prueba de dolores y contratiempos molestos, ¿eh? (*Joaquín se aleja hacia la puerta. Le grita*) ¿Qué crees que es la vida, pingüino? ¿Un transatlántico de primera clase, sin tercera? . . . ¡Eres un homosexual en potencia y de la más exquisita madera! ¡Eso es lo que eres! ¿Cuándo te vas a poner a la tarea de descubrirte? (*Joaquín se detiene. Lo mira estupefacto*) Sí. Un homosexual. Esa fea palabra. (*Espera un rato la reacción de sus palabras*) Y un heterosexual también. Un polisexual, en verdad. Multisexual . . . ¿Te consuela eso? . . . Todas las «anormalidades» y «desviaciones» están en ti, mi príncipe encantado, porque tu espíritu rico, abundante, es como la semilla del Palmacristi . . . ¡Has visto cómo explota el capullo de Palmacristi, tirando sus semillas al viento, cuando me

vienes y me dices que te vendiste por veinte mil billetes nuevos, y que «mamá-yo-quiero» te mira las manos si tienes limpias las uñas, me dan ganas de vomitar! . . .

JOAQUÍN (*Con hondo rencor*) Tú metiste en mí todas esas cosas, y ahora me vienes a culpar. (*Portus lo mira con ojos abiertos*)

PORTUS —¿Yo metí?

JOAQUÍN —Todo ese romanticismo enfermizo . . . esa imaginación extraviada . . . Si no fuera por ti, yo sería un tipo adaptado, en vez de lo que soy ahora; ni esto, ni lo otro . . .

PORTUS —¡Oh, Dios! no puedo creer que tú pienses eso . . .

JOAQUÍN (*Grita*) ¡Yo lo pienso! ¿Qué te pasa? ¿Que no crees que pueda tener alguna opinión mía?

PORTUS —Es que no puede ser que seas tan inocente . . . Joaco, yo te recibí como un niño magnífico . . . Como un padre exaltado, te recibí como una criatura limpia, llena de ardor . . . El joven de provincia, de mejillas brillantes . . . ¡Oh, Dios, la primera vez que vi el brillo de tus ojos, creí que me iba a desmayar! . . . (*Se acerca a él*) Hice de ti un hermoso potrillo, lleno de imaginación. Lleno de vida. No puedes negar eso . . .

JOAQUÍN (*Muy por lo bajo*) No quiero eso . . .

PORTUS —¿Qué dices?

JOAQUÍN —Que no quiero eso . . .

PORTUS —¿No lo quieres? . . . ¿Y qué quieres, entonces?

JOAQUÍN —No quiero sufrir . . .

PORTUS —No quieres sufrir . . . (*Lo mira. Escudriña su cara*)

JOAQUÍN —Quiero llevar una vida normal. Realizarme plenamente; sin escrúpulos, sin dudas . . . ¿Que no puedes dejarme en paz? Todas esas historias que me contabas de Caín y Abel. Abel, el sacrificado inocente de su pasión de bondad, y Caín, el santo perverso, el conocedor risueño de las debilidades del hombre, al jugador divertido con su propia capacidad de maldad . . . todas esas locuras . . . me han estado persiguiendo todos estos años. (*Mira a Portus*) Yo no necesitaba conocer la razón de mis actos para vivir. No necesitaba conocer cada una de mis propias contradicciones. Quise ser simple como una línea. Ir de mi nacimiento hasta mi muerte, sin titubeos . . . El gozo por el gozo también existe, Portus. ¿No me pudiste dejar que lo gozara? (*Portus se aleja de él. Va hacia la cocina y sirve dos vasos de vino. Le pasa uno a Joaquín y se bebe el suyo de un empellón. Va hacia las luces. De espalda a Joaquín*)

PORTUS —Lo siento, Joaco. Te juro que lo siento. Veo que estos años no han pasado en vano. Tu instinto de adaptación al medio ha hecho en ti una bonita labor. Ha hecho de tu tronco sano un buen pedazo de leño blando y fofo, comido de termitas . . . (*Va hacia la*

izquierda) Todos estos años, cuando veía tu foto en los diarios, encabezando delegaciones de cartón-piedra, primero sentía cólera . . . una cólera que me daban ganas de arrancar las tablas del piso. Después sentía alivio . . . (*Se vuelve hacia él*) Sí, alivio. Tu sonrisa que no decía nada me devolvía, en cierta manera, la fe en la candorosa imbecilidad de la vida. Pensaba que si alguien como tú se prestaba para ese sainete, debía haber una inteligente organización del mundo para los inocentes, que les permitía tomarse de las manos y bailar rondas. Entonces era yo el que estaba equivocado, ¿me entiendes? (*Se pasea*) Después llegué a pensar que la explicación no podía ser tan simple. Que tipos como tú, en cierto modo, participaban de esa inteligencia, inteligentemente, ¿me comprendes? Cínicos que se reían de sus fotos, a las que se prestaban de buen grado para no quebrar las reglas del juego . . . Pero, ahora que veo que sufres, que quieres ser y no quieres ser, no entiendo nada . . . (*Frente a Joaquín*) Te juro que creí que finalmente te habías adaptado a tu doble condición de reproductor de críos de fina sangre y fabricante de ilusiones, pero inteligentemente, ¿me comprendes? Ahora, no sé qué hacer por ti . . . Sencillamente, veo que quieres seguir jugando con trampas . . . (*Lo mira intensamente*) No puedes ocultar una carta en este juego, Joaco. Tu espíritu te llena el cuerpo; quiere reventarte por las orejas . . . Yo, lo único que hice fue mostrarte donde estaba . . . Si elegiste esta forma de vida, juega tu juego, pero juégalo bien, con todas las reglas . . . aunque sea a costa de escupirte la cara, a veces . . .

JOAQUÍN (*Lo mira lleno de rencor*) Es cómodo para ti, ¿eh?

PORTUS —¿Cómodo?

JOAQUÍN —Tú, que has venido a esconderte aquí. A echar por la borda todas tus responsabilidades . . . ¿Puedes venir a dictar cátedra, eh? . . . Si hasta podría decir que te la gozas . . .

PORTUS —¿De modo que tú dices que la pobreza es fácil, eh?

JOAQUÍN —Claro que lo es . . . para los cobardes. (*Portus se aleja de él. Con sarcasmo*) ¡Portus Sanjuán, el genio! ¡Metía números en un sombrero y sacaba genialidades! ¡No me hagas reír! ¿En qué te has convertido? (*Tras él. Muy cerca*) Tú también te has construido tu castillo encantado, mi gran mago, y pretendes hacerte una vidita a prueba de dolores . . . Al final, ¿qué diferencia hay entre los dos? (*Se oye la voz de Charito, afuera*)

CHARITO —¡Portus! ¡Viejo!

JOAQUÍN (*Riendo*) ¿Mh? . . . ¿Qué diferencia hay entre los dos?

CHARITO —¡Portuuuus! . . . ¡Vieeeejo! . . . (*Portus se acerca a la ventana*)

PORTUS —¿Sí?

CHARITO —¡La Leonor me viene a buscar para llevarme con el Juancho a ver lechar las vacas! ¡Quiere que el Juancho vea como se lechan! ¿Voy, viejo? (*Silencio de Portus*) ¿Viejo? . . . ¿Voooy?

PORTUS (*Se vuelve, tenso*) ¡Joaco, dile a tu mujer que deje tranquila a la Charito! ¿Me entiendes? . . . ¡Le vas a decir hoy día mismo, que la deje tranquila!

CHARITO —¿Vooy, viejo? . . .

JOAQUÍN (*Sonríe; triunfador*) ¿Por qué, viejo? . . . ¿Por qué no quieres que te levanten a tu Charo? . . . ¿Dime, por qué?

CHARITO —¡Es por un rato, nada más, viejo! . . . ¡Dice que volveremos a comer! . . . ¡Vooooy!

TELÓN

ESCENA CUARTA

Han pasado otros dos meses. Es fin de invierno. En la habitación reina un nuevo orden. Una nueva cubrecama de estampados de buen gusto tapa la cama. En la pared cuelga un óleo de calidad. Además hay reproducciones de fino marco. Sobre la mesa hay un juego de té sobre su bandeja de plaqué bien lustroso. Portus, envueltas las piernas en su frazada, escribe. Charito cose un vestido y lo prueba sobre un maniquí. La radio toca ahora una suave melodía. La ventana está cerrada. A los pies de Portus hay encendida una estufa eléctrica. Ambos trabajan en silencio, un rato.

VOZ DE IDA —¡Chaaaaro! . . . ¡Chaaaaroooo! (*Charito hace como si no oyera*) ¡Chaaaaroooo!

PORTUS —¿Bueno, no vas a contestar? (*Charito, de mala gana, va hacia la ventana. La abre*)

CHARITO —¿Qué?

VOZ DE IDA —¡Oye, Charo! Alberto me llama para saber si van a ir a la chacra del Rolo, el domingo. ¡Dice que consiguió auto con un compañero de oficina y que hay lugar para dos! ¡Dice que Carlos . . . ¡Carlos es el dueño del auto! . . . ¡Dice que pone un cordero y que lleva a Marcuse, el locutor de radio, a animar la fiesta! . . . ¡Dice que Marcuse le debe unos favores, de una hermana que Alberto le colocó en la oficina, y que no va a fallar! . . . ¿Vienen? . . . ¡Ustedes pondrían el borgoña! . . .

CHARITO —Ay, no sé, Ida . . .

VOZ DE IDA —Bueno, y ¿qué te pasa a ti? ¡Hace días que te haces de rogar!

PORTUS —Dile que bueno. (*Charito gira hacia él y lo mira*) ¡Vamos, dile que bueno! . . . ¿Que no oíste que va Marcuse? . . . ¡Nos reiremos un rato!

CHARITO (*A Ida*) Más rato te contesto . . .

VOZ DE IDA —¡Que no sea después de la salida de oficina! . . . ¡Ah, oye, y si van, dile a Portus que lleve caña! ¡Dicen que en el tranque hay pejerreyes! . . .

CHARITO (*Débilmente*) Bueno . . . (*Cierra la ventana*)

PORTUS —Pudiste darle las gracias, al menos. (*Charito vuelve al maniquí*) ¿Por qué no quieres ir?

CHARITO —Fiestas ordinarias. Todo el mundo grita. (*Portus la mira con cierto estupor por un instante. Luego prosigue con su trabajo*) Además, no es manera de andar gritando por la casa. Éste no es un conventillo.

PORTUS —Antes no te molestaba. (*Pausa*) ¿Si quieres no vamos? Puedes decirle a la Ida que ibas a salir con el Juancho.

CHARITO (*Por lo bajo*) Tú quieres ir.

PORTUS —¿Te estoy diciendo que si quieres no vamos?

CHARITO —Si tú quieres ir, vamos a ir. (*Pausa embarazosa*)

PORTUS —Bueno, ¿y a ti qué te pasa? (*Silencio de Charito*) Hace días que estás como si te hubieras tragado un fierro. (*Otro silencio. Sonriendo*) ¿Qué estas haciendo?

CHARITO —Un vestido.

PORTUS —¿Para ti?

CHARITO —Para mí. (*Otra pausa*)

PORTUS (*Recogiendo un diario que está sobre la mesa*) Aquí dice que están dando una película de Raphael en el Normandie. ¿Quieres ir esta noche?

CHARITO —No tengo ganas. (*Después de un rato*) Oye, el Juancho quiere saber si le vamos a comprar el traje de arquero para la Olimpiada del Colegio. Se lo prometí para el sábado.

PORTUS —Yo no le prometí nada.

CHARITO —Pero yo sí.

PORTUS —Mal hecho. Le dije al niño que no estaba en condiciones de entrar en esos gastos, y me pareció que me entendía . . . Al menos que tú o tu «amiga» Leonor le hayan dicho otra cosa.

CHARITO —La Leonor no le ha dicho nada.

PORTUS —Mejor así.

CHARITO —En el Colegio hay una Olimpiada y creo que el niño tiene el derecho de tomar parte . . . Si no se lo compramos, se va a acomplejar . . . (*Pausa tensa*)

PORTUS —Dile a tu amiga que se lo compre. Una cosa más, no se va a notar . . . Yo no lo puedo hacer. (*Charito lo medita un rato. Luego. Sin darle la cara*) Tú no lo «quieres» hacer. Si quisieras, podrías. Siempre haces tu santa voluntad . . .(*Portus no levanta la cara de su trabajo*) El pobrecito no tiene por qué pagar por nuestros . . . egoísmos. (*Silencio de Portus*) El niño de la Leonor va a actuar de arquero.

PORTUS —Yo no puse a ese niño en ese Colegio.

CHARITO (*Ahora se vuelve hacia él*) ¡Pero yo sí! ¡Yo lo puse! ¡Porque yo quiero lo mejor para él! ¡Lo que pasa es que a ti no te importa! ¡Ojalá todo el mundo anduviera con ojotas! . . . (*Portus madura un rato sus palabras y luego, a la manera usual en él, va remontando en una lenta cólera, que concluye en un barbotear intenso de palabras, desordenado, casi ininteligible*

PORTUS —Anda donde ella, pues, y llévale al niño, que le recite una poesía y le cante la Marsellesa . . . ¡Ponle una cinta en el pelo y un delantalcito almidonado y le enseñas a hacer saludos al público como al mono titi! . . . ¡A ver si consigues ablandarle el corazón y le sacas una propina para el disfraz ese! . . . ¡Dicen que a ella le fascinan los niños bobos, especialmente los de traje de marinero y el pelo partido al medio! . . . ¡El «sí, señora», y el «no, señora» no fallan nunca! . . . ¡Les hacen latir de orgullo el ombligo a esas creídas! . . .

CHARITO —A la Leonor le encanta el Juancho.

PORTUS (*Se levanta*) ¡Oh, le encanta! ¡A veces, tú, con tu ingenuidad, me sacas los choros del canasto! ¡Me dan ganas de pescar esta pieza y metértela entera en la cabeza, para que bajes a tierra, y te des cuenta cuál es la realidad! . . . (*Charito lo mira, con la mirada en blanco*) Bueno, le encanta . . . ¿Ves, lo fácil que es? . . . A mí, me encanta . . . A todo el mundo le encanta. (*Levanta los brazos y aletea*) ¡Qué niño tan encantador!

CHARITO —¡Contigo ya no se puede hablar! ¡De aquí, hace un tiempo, todo te parece mal!

PORTUS —Sí . . . Todo me parece mal . . . Es fácil, ¿ves? . . . Me encanta, y todo me parece mal . . . Dos maneras de decir . . . y listo . . . ¡Éste es un mundo de quita y pon! . . .

CHARITO (*Afligida, lloriqueando*) ¡Es tan distinto a como era antes!

PORTUS —¡Sí, antes! ¡Cuando la Ida no te parecía tan «ordinaria» y no teníamos la pieza llena de chucherías ridículas! ¡Pero *yo* soy el que ha cambiado! . . .

CHARITO —¡La Leonor tiene razón! . . . Es tu resentimiento contra los demás el que te hace odiar a todo el mundo. (*Estas palabras*

quiebran algo en Portus. Algo que había estado esperando y temiendo)

PORTUS —¿Te das cuenta lo que acabas de decir, Charo? Tú sabes que yo no odio a nadie.

CHARITO —Yo no sé.

PORTUS —¿A quién odio yo?

CHARITO (*Rápidamente, sin mirarle*) A todo el que le va bien.

PORTUS —¿Bien? ¿Bien en qué?

CHARITO —Que gana plata.

PORTUS —Pero si yo podría tener toda la plata que quisiera.

CHARITO —No sé.

PORTUS —¿No viste la oferta del Joaco que rechacé . . . y otras ofertas?

CHARITO —Yo no sé.

PORTUS —¿No sabes qué?

CHARITO —¿Cuál podría ser la razón?

PORTUS —La razón te la he dado muchas veces. No tengo ambiciones, a la manera como lo entiende la gente . . . ¿Cómo podría odiar yo al que las tiene? (*Charo guarda silencio*) Yo podría estar como el Joaco o mucho mejor que él. Dinero tampoco me faltaría; soy de una familia mucho más rica que la de él . . . Pero es que yo no quiero. ¿No entiendes que puede haber alguien que no quiera? (*Silencio de Charito*) ¿Todavía estás con esa idea tonta que es porque vivo contigo? (*Charito mira el suelo*) ¡Charo, mírame! (*Charito lo mira*) Soy muz feliz contigo. Lo juro . . . No aspiro a la vida del Joaco, porque para mí el Joaco está muerto. Ha matado lo mejor que hay en él por perseguir una quimera. Dinero, poder, prestigio, y no sé qué otros espejismos más . . . Está ciego . . . Corre ciego por la vida, y yo eso lo encuentro atroz . . . Encuentro atroz, por ejemplo, que él le discuta su salario a un obrero que gana cien veces menos que él, y que piense que eso es justo . . . Estoy seguro que el Joaco tiene que hacer ese sucio trabajo todos los días, porque es parte de la vida que él se ha elegido . . . Está muerto, porque ya no ve ni siente el dolor de otros, ¿me entiendes? Yo no quiero caer en eso . . . Quiero vivir libre de culpa y condenación, al menos en lo que yo pueda evitarlo, ¿me comprendes? Creo que soy un ser demasiado insignificante como para herir a otros . . . ¿Para qué matar y morir, si me puedo apagar mañana? . . . ¿Por qué no gozar la vida, tranquilamente . . . modestamente? . . . ¿Sabes lo que es la vida para mí? (*Charito no pregunta*) Una de tus sonrisas es la vida . . . Estar pescando con el Juancho y oírlo gritar cuando pica, eso es vida . . . Enseñarle a hacer volantines . . . Comer uno de tus platos que haces, cantando . . . Oír cantar al panameño . . . Mirar los dientes blancos de la

Ida cuando ríe . . . Oír cómo cuchichean y se besa con Alberto, detrás de un árbol. ¿Me crees ahora? (*Espera alguna reacción*) ¿Qué te pasa? ¿Que no me crees?

CHARITO (*Lo mira con ojos llorosos*) Tú sólo hablas de ti. (*Portus la contempla perplejo*) El Joaco también quiere a su mujer . . . No está muerto . . . Le regala cosas que ella quiere.

PORTUS (*Se aleja de ella; aprieta contra sus dientes los nudillos de sus manos*) ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿Qué pasa para que nadie quiera ver lo que yo veo? . . . (*Se da vuelta hacia ella y grita*) ¡Claro! ¡Le regala cosas, porque es el precio que paga por el martillo! ¿O es que no sabes, acaso, que al Joaco lo remataron? . . . ¡Llegó el viejo marullero acostumbrado a rematar mercandería en liquidación, se lo adjudicó a la hija por cinco monedas o exidadas, y ahora ella cobra el derecho a martillo! ¿O que no sabes, acaso, que eso existe también? ¿La adquisición de hombres? (*Excitado, de ahí en adelante lanza el chorro de palabras, ya sin intención de que Charito lo entienda. Es casi un monólogo consigo mismo, febril, inconexo a ratos*) ¡Claro que existen, naturalmente, las circunstancias atenuantes! ¡Las mil y una cortapisas que permiten envolver la vida con cintitas de color! Toda la gran confabulación de los imbéciles . . . de los imbéciles inteligentes, naturalmente . . . ique se meten en los baños a evacuar sus desgracias privadamente, pero que a la cara del mundo muestran sus mejores sonrisas! Caballeros de metal inoxidable, a prueba de óxidos y abolladuras, pulidos como un piso recién encerado, ¡pero que en la intimidad revisan aturdidos su ropa interior y descubren que está llena de remiendos y orificios! ¡Señoras empavesadas como un velero entrando a puerto, pero que menstruan a solas su tristeza y su incomunicación . . . ¡Todos felices, naturalmente! ¡Todos haciéndose regalos con los dientes apretados! . . . (*Ahora directamente a Charito*) ¡Tu Joaco es la etiqueta en el paquete! . . . ¡El toque de crema de la torta! . . . ¿Qué es lo que quieres? . . . ¿Que te regale un visón y te lo refriegue por la cara?

CHARITO (*Después de breve pausa*) No te entiendo. No sé lo que quieres.

PORTUS —Querernos. Nada más, sin que nadie se meta.

CHARITO —No estamos solos. (*Pausa*)

PORTUS —¿No quieres seguir, así, conmigo . . . Es eso?

CHARITO —No es que no quiera . . .

PORTUS —¿Y qué es, entonces? (*Pausa*) Dime . . . ¿Qué es? (*Charito baja la cara. Quiere decir algo. No puede. Repentinamente va hacia el baño y se encierra en él. Portus espera un rato y luego se sienta a la mesa y trata de reanudar su trabajo. No puede. Charito vuelve a salir del baño*)

CHARITO (*Desde el umbral de la puerta, con voz llorosa*) El papá de Leonor me ha conseguido un empleo en la fábrica . . . en Concepción. (*Cae un silencio entre ambos*)

PORTUS —¿Y tú quieres ir?

CHARITO (*Atolondradamente, como a pesar de ella*) Al Juancho lo becarían allá en Concepción . . . La misma beca que en Santiago . . . Después que se reciba entraría a trabajar conmigo . . . Con el trabajo podría pagarse los estudios en la Universidad . . . El papá de Leonor le daría trabajo en la fábrica . . .

PORTUS —Muy bien . . . Suena muy bien . . .

CHARITO —¡Viejo! ¿Por qué no aceptas ese puesto que te ofrecen? . . . ¡Estaríamos juntos! (*Portus la mira*)

PORTUS —Anda tú. Tienes que pensar en tu hijo.

CHARITO —¡Pero es que yo no quiero ir sin ti!

PORTUS —En esto, se elige un camino u otro, Charo . . .

CHARITO —¿Por qué no? ¿Por qué no? . . . ¿Por qué no eres diferente?

PORTUS —No lo soy, nada más . . . No te atormentes más . . . Dile que aceptas.

CHARITO —¿Y tú? ¿Qué harías tú?

PORTUS —¿Yo? . . . Arroparme con una frazada, como un viejo reumático . . . como he hecho siempre, supongo . . . Fumar mis cigarrillos. . . . Beber mi té . . . Siempre habrá una pieza para llenarla de humo . . .

CHARITO —¡Oh, Dios! . . .

VOZ DE IDA —¡Chaaro! . . . ¡Chaaaaaro! (*Ante la paralización de Charito, Portus va a la ventana y la abre*)

PORTUS —¿Sí?

VOZ DE IDA —¿Oye, está la Charo?

PORTUS —¡Sí, aquí está! . . . ¿Por qué?

VOZ DE IDA —¡Dile que esa amiga suya está afuera, en el auto! ¡Dile que la viene a buscar!

PORTUS —Bueno . . . (*Vuelve a cerrar la ventana*)

CHARITO —¿Qué hago, viejo? ¿Qué hago? ¿Qué le digo?

PORTUS —¿Tienes que contestarle ahora?

CHARITO —Me pregunta todos los días . . . Dice que si no me decido luego, no me puede guardar el puesto . . .

PORTUS —Baja y dile que quiero hablar con ella.

CHARITO —¿Tú? ¿Con ella? ¿Qué le vas a decir?

PORTUS —Baja y dile eso . . .

CHARITO —¿Qué le vas a decir? (*Portus no responde*) Péinate, al menos . . . No puedes recibirla así . . . (*Va hacia el baño y vuelve con una*

peineta, lo peina) No la vayas a ofender, viejo . . . No te vayas a poner grosero . . .

PORTUS —Anda, ya . . . Te está esperando . . . (*Sale Charito. Después de un rato se oyen los pasos de Leonor en la escala exterior. Golpes en la puerta*) ¡Pase! (*Aparece Leonor. Muy elegante, como siempre. Gesto altivo, casi desafiante*)

LEONOR —¿Usted quería hablar conmigo?

PORTUS —Pase . . .

LEONOR —No tengo mucho tiempo. ¿Qué es lo que quiere? (*Permanece siempre en el umbral de la puerta*)

PORTUS —De modo que, al fin, salió con la suya, ¿eh?

LEONOR —No sé de qué está hablando.

PORTUS —Sí, sí sabe de qué estoy hablando. ¿Que no sabe que somos los dos de la misma madera? (*Leonor lo mira en blanco*) Consentidos . . . dominantes . . . intrigantes, si es necesario. ¿Mmh? Con la diferencia que yo colgué los guantes y usted aún sigue dando golpes . . . (*Leonor lo sigue mirando*) ¿De qué parte de Joaco cree usted que es dueña, mmh? ¿La cabeza? ¿El estómago? ¿El sexo? . . . ¿Su alma? . . .

LEONOR —Insolente . . .

PORTUS —No sea estúpida. Le estoy hablando de igual a igual. ¿No se da cuenta que le estoy dando esa oportunidad? . . . ¿Cuántas veces se le presenta una ocasión así?

LEONOR —Además de insolente es usted un fatuo, ¿eh? . . .

PORTUS —Vamos, dígame, ¿qué partes de Joaco cree usted que posee? ¿Todo él o sólo sus estertores? . . . ¿Lo deja resollar o le va cortando el aire de sus pulmones, de a poco . . . para que no expire tan rápidamente? (*Leonor pasa a su lado, mirándole. Se va a sentar en la cama. Prende un cigarrillo*)

LEONOR —Siempre supe que usted estaría entre él y yo. En cuanto le oí contar las primeras cosas suyas.

PORTUS —Sí, sí sé. Lo tuve el tiempo necesario para ir despertando el héroe que había en él. Sólo lo descuidé un par de meses; el tiempo necesario para que asomara usted con sus trenzas largas . . . ¿Sabía usted que su marido, un día, escribió poesías?

LEONOR —¿Qué va a hacer ahora? ¿Emocionarme?

PORTUS —No, no la clase de poesías romanticonas que usted ya se debe estar imaginando. Poesías verdaderas. Poesías desgarradas. ¿Usted sabe de qué estoy hablando, no?

LEONOR —No, no sé de qué está hablando.

PORTUS —Vamos. Esas ojeras suyas no se ganan tejiendo cadenetas. Sé hace tiempo que usted se da de golpes contra los barrotes. (*Leonor*

lo mira) Usted, cuando habla, se delata. Tiene un temblor en la voz demasiado ronca que es muy mal síntoma . . . Además (*Por el cigarrillo*) chupa eso como si saliera leche . . . No lo muerda . . . El tabaco tiene muy mal gusto. (*Se miran largamente*) Estoy hablando de poesías desesperadas. Balbuceos de palabras incoherentes . . . Manoteos verbales . . . ¿Me entiende ahora? . . . Joaquín, sí, su marido . . . El mismo que todas las mañanas le tira sobre la mesa del desayuno su estampita con cara de niño bueno . . .

LEONOR —Usted, verdaderamente, cree que lo sabe todo, ¿no?

PORTUS —Al menos de lo que le sucedió al niño Joaquín, que se perdió en el bosque, sí. (*La mira fijamente*) Deje en paz a la Charo. Ella no le ha hecho nada.

LEONOR (*Tan fríamente como él*) Ella no, pero usted a ella, sí. (*Sonríe*) Estoy tratando de ayudarle.

PORTUS (*Con más emoción que él quisiera demostrar*) ¡Usted sabe que eso no es cierto!

LEONOR (*Inmediatamente*) ¡Pruébelo! Pruébese a sí mismo, pruébele a ella que no es conveniente para el niño lo que le ofrezco. (*Con triunfante socarronería*) Charito es una mujer con sentido común. No me costó mucho convencerla.

PORTUS —Usted sabe que el niño va a sufrir en ese . . .

LEONOR (*Lo corta*) Lo sé, pero pruébeselo a ella, ahora. No ha pasado por la experiencia. No lo sabe. (*Pausa*)

PORTUS —Lo tiene todo pensado, ¿eh?

LEONOR —Sí, ahora me tocó el turno a mí. ¿Cómo le llama usted? ¿El signo de Caín? No es mucho lo que usted pueda hacer. ¿No ve? Con su increíble egoísmo, le ha facilitado la decisión a Charito. ¿Porque qué otra cosa podría pensar, que con usted lleva todas las de perder?

PORTUS —Usted, en verdad, me odia, ¿eh?

LEONOR —Sí, lo odio.

PORTUS —¿Nunca ha pensado que lo que yo sentía por Joaco era una amistad genuina? ¿Un afecto hondo, sincero?

LEONOR —No, nunca lo he pensado, porque no es eso.

PORTUS —¿Y qué es, entonces, según usted? (*Leonor se levanta, va hacia la puerta*)

LEONOR —El dominio de un fatuo, lleno de ideas de grandeza sobre el mismo, sobre un hombre débil de carácter. Lo monstruoso es que tipos como usted nunca miden el daño que hacen. Tal vez, porque en el fondo les importa un bledo, en tanto que les halaguen su egolatría . . . (*Pasa al lado de Portus*) Yo misma me llevaré a Charito a Concepción. (*Portus, a la pasada, la retiene de un brazo*)

PORTUS —Usted sabe que Joaco nunca la ha querido, ¿no es verdad? ¿Es eso lo que la hace tan dura, tan amarga? (*Leonor no quita su brazo de la mano que la sujeta*) Una mujer que da hijos, que decora el hogar, pero que no da ni recibe amor. ¿Es ése su problema?

LEONOR —¡Suélteme! (*Portus no la suelta*)

PORTUS (*Insistente, provocativo*) No sabe ser tierna . . . Hacerse un ovillo en sus brazos y decirle que se siente suya . . . Que sin sus brazos se siente desamparada . . . (*Leonor se suelta de su mano y le da una bofetada corta, impulsiva*)

LEONOR —¡Porque desde el primer día estuvo usted entre nosotros, maldito! (*Rápida, atolondradamente*) ¡Desde el primer día, su nombre odioso, ensuciándolo todo! . . . ¡Usted ha destruido mi vida, porque quiero a Joaco con toda mi alma! . . . ¡Oh, cómo lo odio! . . . ¡Cómo lo odio, maldito homosexual frustrado! ¡Maldito corrompido! (*Va hacia la puerta*) ¡Estoy feliz de quitarle a Charito! ¡Que pague de una vez todo el daño que ha hecho! (*Va a tomar la manilla, pero Portus ha dado un salto y se pone ante la puerta*)

PORTUS —¿Homosexual?

LEONOR —¡Déjeme salir!

PORTUS —¿Homosexual, ha dicho? ¿Qué es lo que sabe usted de eso? ¿Qué es lo que sabe usted, con su mundo elemental de pequeñas alegrías a cinco centavos, lo que eso significa? . . .

LEONOR —¡Déjeme salir, le digo! (*Portus ronda alrededor de ella*)

PORTUS —¿Usted cree que el único amor que el hombre puede concebir es el amor a la mujer en la cama, mmh? ¿No es eso lo que piensa? ¿Ese amor mezquino, hecho de pequeñas formalidades de alcoba, a la imagen de la cópula? ¿No es eso? . . . ¿Es eso lo que las hace tan glotonas a ustedes, las mujeres? . . . Abren el sexo y creen que tienen derecho de guardar en sus vientres, hasta las entrañas del hombre, ¿mh? . . . ¡Lo atesoran, lo calientan, lo apaciguan como a un gran gusano ínfimo, y ahí lo tienen bajo el ombligo, retorciéndose de angustia, pero abrigado y propio! . . . Aun si se ahogara de asco y desesperación, ¿mh? . . . (*Se calma. Desde el otro extremo de la habitación*) No. Nunca he ido a la cama con un hombre. Puede guardarse su horror para otra ocasión. Nunca fui a la cama con Joaquín, si eso le sirve de desahogo. Quiero demasiado a Joaco para haber reducido lo nuestro sólo a eso. Tampoco Joaco fue a la cama con Aníbal, ni nadie fue a la cama con nadie . . . Eran sólo dos muchachos perdidos . . . como estoy perdido yo . . . como está perdida usted . . . tratando de hacer contacto . . . (*Ha caído sentado sobre la cama. Habla ante sí*) Porque eso es lo maravilloso del amor . . . Una manera de engañarnos de que a través de él podemos hacer eso: tocarnos . . . Pero es lo que pasa con las almas ordenadas como la suya: Creer que un pan es un pan

. . . Un homosexual es un homosexual . . . Juan es Juan . . . Cuando la realidad es que todo se va disipando . . . diluyendo . . . en un interminable fundirse de una cosa en otra . . . Un terrible mareo . . . de sufrir y vivir y sufrir de tener que seguir . . . Un dolor. (*La mira desolado*)

LEONOR (*Con voz quebrada*) Déjeme salir . . .

PORTUS —¿Sabe cuál es el único mal que yo le hice a Joaco? Haberlo dejado en manos suyas, antes de tiempo . . . Antes de haber terminado mi labor en él . . . porque usted es como el otro niño asustado, que le toma a uno la mano, cuando está oscuro . . .

LEONOR —Quiero irme . . .

PORTUS —¿Quiere un consejo?

LEONOR (*Débilmente*) No quiero consejos. Quiero que me deje salir.

PORTUS —Llore. Llore hasta que la última lágrima se le seque en la mejilla . . .

LEONOR —Déjeme a Joaco . . . Se lo ruego. (*Leonor está ante la puerta, sin moverse. Portus la mira. Luego va hacia la consola, saca dos vasos y una botella de vino. Sirve y le pasa un vaso a Leonor. Se bebe el suyo de un empellón. Vuelve a sentarse sobre la cama*)

PORTUS —Aquí tiene una historia para Joaco. No necesita decirle que yo se la conté. Dígale que la supo por ahí . . . (*Sonríe débilmente*) Tal vez esto restituya al viejo Portus al lugar que le corresponde . . . (*Leonor lee en sus ojos*) Joaco cree que yo fui despedido de IZETA por un problema sindical, por viejo heroico, por fidelidad a mis ideales, y que la traición de mis compañeros terminó por derrumbarme . . . (*Ríe*) ¡Oh, Dios! ¿Qué haría nuestro Joaco si no pudiera atarle a la cola del mono los problemas humanos, y decir que cada desgracia es culpa de un determinado cascabel? . . . (*Mira a Leonor*) No fue así. (*Le cuesta hablar. Saca cada palabra a empellones*) La Gerencia me había encomendado el diseño de la nueva planta de agua oxigenada, y por un error de cálculo mío se vino abajo un día toda un ala de la estructura . . . Murió quemado un obrero . . . Yo, naturalmente, no acepté la responsabilidad . . . Culpé de ello a uno de mis ayudantes . . . un muchacho nuevo, recién salido de la Universidad . . . Fue expulsado en mi lugar. (*Se sirve otro vaso. Vuelve a sentarse en la cama*) Después de eso, la situación en la fábrica se me hizo insostenible y renuncié . . . no por traición de mis compañeros . . . Al final, creo que sólo me sonreía el viejo calderero de la fábrica . . . porque era sordo y mudo, el pobre . . . Yo inventé eso del Sindicato . . . Fui de Poncio a Pilato contando la triste historia, y ya ve usted cómo dio sus dividendos . . . Hasta Joaco se dejó deslumbrar por mi imagen heroica . . . (*Sonríe débilmente*) Como ve, todos especulamos . . . Lo que es, no es, y lo que no es, es . . . (*Se impacienta*) ¡Oh, qué aburrimiento!

. . . (*Violentándose*) ¡Vuelva! ¡Vaya donde su Joaco, y dígale que su amigo es un desgraciado, lo que quiera! . . . No me importa . . . ¡Déjeme solo con mi mujer!

LEONOR —Él lo sabe. (*Portus la mira perplejo*) Joaco lo sabe todo. La primera vez que vinimos aquí, aun subiendo por esa escala, me venía recordando que no fuera a decir nada . . . «Ahora, necesita todo nuestro apoyo», me venía diciendo . . . «Todos podemos caer alguna vez» . . . (*Portus no puede hablar*) ¿Ve usted, que eso lo hace todo mucho peor? Ni esa verdad nos es útil ya . . . Usted es para Joaco una imagen necesaria . . . ¿Me deja salir ahora? (*Portus se levanta y va a abrirle con paso de sonámbulo. Antes de salir*) De todos modos, se lo agradezco. No creí que fuera capaz de confesarlo. (*Sale. Portus aún está de pie en medio de la habitación, cuando regresa Charito. Viene anonadada, perpleja*)

CHARITO —¿Portus, viejo, que le dijiste a Leonor? ¿Qué pasó? (*Portus la mira*) ¿Qué pasó? . . . Leonor pasó a mi lado sin siquiera saludarme . . . Siguió de largo hacia la calle y se subió al auto, y partió . . . ¡Ni siquiera me miró! . . . ¿Qué pasó, viejo? . . . ¿No va a volver?

TELÓN

FLORES DE PAPEL
1970

PERSONAJES:

«El Merluza»
Eva

ESCENA PRIMERA

Living de pequeño departamento suburbano, arreglado con esmero, con mano femenina, confortable, íntimo. Dos puertas, además de la de entrada, una al dormitorio, la otra a la cocina. Una ventana. En una jaula, un canario. En algún lugar, un caballete con un lienzo a medio pintar. Caja de óleos. En otro, figuras hechas de paja: peces, cabezas de animales diversos (burros, cerdos, gallos, etc. . . .). La escena está vacía.

Luego entran Eva y «El Merluza». Eva, 40, bien vestida, con medida elegancia. «El Merluza», 30, zarrapastroso, sucio, despeinado, flaco, pálido.

Eva, que abre la puerta, entra resueltamente. Va hacia la cocina. «El Merluza» queda en la puerta, titubeando entrar. Trae dos grandes bolsas de papel. Tirita con todo el cuerpo. Mira la habitación con tímida curiosidad.

EVA (*Volviendo de la cocina*) Bueno, pase. ¡Pase! ¡Déjelos ahí, en la cocina! (*«El Merluza» entra con respetuosa cautela, sin dejar de mirar los objetos. Deja las bolsas en el suelo, en medio de la habitación*) ¡Ahí no! En la cocina. Al lado del horno, por favor. (*«El Merluza» hace como le dicen. Vuelve a salir sin las bolsas. Eva ha entrado al dormitorio. Sale peinándose con una escobilla. Saca un billete de su cartera y se lo pasa*) Aquí tiene, y gracias. (*«El Merluza» no toma el billete que le pasan*) ¡Tome! ¿No me va a decir que me trajo los paquetes por nada? (*«El Merluza» la mira fijo*) Bueno, entonces,

muchas gracias. Ha sido muy amable. (*«El Merluza» no le quita la vista*) Muy amable. No tenía por qué hacerlo. Mucha gracias.

MERLUZA (*Con voz impersonal; dolida*) Preferiría que me diera una taza de té.

EVA (*Un poco sorprendida*) ¿Té?

MERLUZA —Usted tiene, ¿no es cierto?

EVA —Claro que sí, pero . . . no tengo tiempo. Voy a prepararme el almuerzo y luego tendré que salir. (*Vuelve a ofrecerle el billete*) Con esto puede servirse una taza en cualquier parte. En la esquina hay una fuente de soda.

MERLUZA —Cualquier parte no sería lo mismo.

EVA (*Interesada*) Ah, ¿no? ¿Y por qué?

MERLUZA —No sería lo mismo. (*Siempre con su mirada fija en ella*)

EVA —Bueno, pero . . . no tengo tiempo, ya le dije. Tome y váyase, que tengo que hacer.

MERLUZA —Abajo me están esperando.

EVA —¿Quién lo está esperando?

MERLUZA —El Miguel y el «Pajarito».

Ev —¿Los dos que nos venían siguiendo? (*«El Merluza» asiente*) ¿Y? ¿Qué quieren? ¿Para qué lo esperan?

MERLUZA —Para «pincharme».

EVA —Y ¿qué quiere que le haga yo? De modo que era esa la razón de querer traerme los paquetes, ¿eh? Viniendo conmigo no podrían cargar contra usted, ¿eh? (*Molesta*) Tome, y no me moleste más. ¡Tengo que hacer!

MERLUZA —Van a matarme.

EVA —Es es asunto suyo. No me moleste más, le digo. ¡Váyase!

MERLUZA —Nunca creí que fuera tan dura. No tiene cara.

EVA —Bueno, se equivocó, entonces.

MERLUZA —Desde que la vi, el año pasado, pintando esas flores en el Jardín Botánico, pensé que era distinta. (*Pausa*)

EVA —¿Jardín Botánico? ¿Usted me vio allí?

MERLUZA —Estaba detrás de la jaula de los loros, pintando unas matas de laureles. (*Siempre mirándola fijo*) Tenía puesto un sombrero de paja clara, con una cinta verde . . . y un pañuelo con unas vistas de Venecia.

EVA —¡Vaya! ¿Es un buen observador, eh?

MERLUZA (*Baja la vista*) Observo ciertas cosas.

EVA —De modo que su oferta de llevarme los paquetes . . . (*Turbada*) ¿Qué me dijo que quería? Apuesto que no ha comido hoy día.

MERLUZA —Una taza de té.

EVA —¿No quiere mejor un plato de sopa?

MERLUZA —Lo que quiera darme.

EVA —Tengo una sopa de anoche. ¿Se la caliento?

MERLUZA —Como usted quiera.

EVA —Bien; siéntese, mientras yo trabajo. (*Entra en la cocina. Se oye cómo se afana con las ollas. «El Merluza», en tanto, queda parado donde está. No se mueve. Eva vuelve a salir después de un rato*) Pero siéntese. No va a estar parado, ahí, todo el día.

MERLUZA —No con esta ropa.

EVA —No creo que a los muebles les importe. (*«El Merluza» saca un periódico de algún bolsillo y lo desdobla cuidadosamente, minuciosamente, y lo pone sobre uno de los sillones. Se sienta sobre él. Eva ve el gesto y se sonríe. Afirma la puerta de la cocina con una silla para que no cierre y poder hablar a través de ella. Desde la cocina*) ¿Va mucho al Jardín Botánico?

MERLUZA —A veces.

EVA —¿A ver las flores?

MERLUZA —No. A darles maní a los monos.

EVA —¿Le gustan los monos? (*«El Merluza» se encoge de hombros*) Yo los encuentro sucios, groseros. ¡No los resisto! Verlos, ahí, sacándose los piojos, ¡ante todo el mundo!

MERLUZA —Hacen lo que pueden.

EVA —Y ¿tiene tiempo para eso?

MERLUZA —¿Para qué?

EVA —¡Ir al Jardín?

MERLUZA —Me las arreglo.

EVA —¡Yo quisiera tener más! (*En ese momento «El Merluza» cae bajo los efectos de calambres que no puede controlar. Recorren todo su cuerpo. Tiene que aferrarse de la mesa para poder mantenerse en posición. Le preocupa que Eva lo vea en ese estado. Vuelve su espalda hacia la puerta de la cocina y aprieta sus brazos entre las piernas. Eva ha visto, sin embargo. Finalmente logra dominarlos*) Y ¿cómo le va ahí, en el Supermercado? Clientela, ¿encuentra?

MERLUZA —Siempre hay alguien que le pesan los paquetes. (*Eva sale de la cocina con un plato servido con sopa y servicio para él y para ella. Pone todo sobre le mesita. «El Merluza» se levanta en el acto*)

EVA —No está muy caliente, pero supuse que le gustaría más así. ¡Siéntese!

MERLUZA —Está muy bien, así.

EVA —¡Sírvase! (*«El Merluza» toma el plato y comienza a cucharear de pie*) Pero, ¡siéntese, hombre, por Dios! (*Retorna a la cocina y vuelve a*

salir con un huevo duro y un tomate y un vaso de leche. Los pone sobre la mesa) No me voy a servir si usted sigue ahí, de pie.

MERLUZA —Es bastante . . . consideración la suya de convidarme con esto, para que me tome la confianza de sentarme junto a usted . . . donde no me corresponde.

EVA (*Francamente*) ¿Y si yo le digo que no me importa?

MERLUZA —Creí que lo decía por parecer . . . natural. (*Se sienta*) No está bien abusar de la confianza. (*Indicando el plato de Eva*) ¿Es por la «línea»?

EVA (*Ríe*) Ah, ¡sí! ¡Por la «línea»! ¡Si no fuera por esto, estaría como un globo! Tengo una tendencia terrible a engordar. Como un pan y engordo un kilo.

MERLUZA —Es una lástima.

EVA —Sí. Y una molestia.

MERLUZA (*Cuchareando*) Es justo al revés del Mario.

EVA —¿Y quién es el Mario?

MERLUZA —Un amigo. Cada vez que come un pan enflaquece medio kilo. Ya está en los huesos. De porfiado le viene. Los doctores le dicen que coma más, pero es porfiado. (*La mira a los ojos, con mirada inexpresiva, concentrada*) No debería hacer eso.

EVA —¿Qué cosa?

MERLUZA —Comer tan poco. No le vaya a hacer mal. No se vaya a morir.

EVA —Y si pasara, ¿a quién le importa?

MERLUZA (*Baja la cara*) A mí me importa. (*Siguen comiendo un instante en silencio, cada uno pendiente de su plato. «El Merluza» cucharea, pero no le quita los ojos de encima. Después de un rato, Eva se levanta nerviosamente*)

EVA (*Media en risa*) De modo que en eso mata el tiempo, ¿eh? ¿En ir al Botánico a ver como una solterona mata su tiempo, pintando laureles en flor? (*Va hacia la cocina. Vuelve con sal y servilleta*) Porque es lo que le parezco, ¿no es cierto? ¿Una solterona que mata su tiempo? (*«El Merluza» la mira; no responde*) A ver, ¡diga! ¿Qué cree que soy?

MERLUZA —Una mujer.

EVA —No, ¡no! Lo que digo es: ¿soltera o casada?

MERLUZA —Casada.

EVA —A ver, ¿por qué?

MERLUZA —Por la manera como cruza las piernas.

EVA (*Ríe*) ¡Qué divertido! ¿Y por qué? ¿Cómo cruzan las piernas las solteras?

MERLUZA (*Inexpresivo*) No las cruzan.

EVA (*Ríe nerviosamente*) ¡Qué divertido es usted! Diga . . . ¿siempre mira tan fijo a la gente? (*«El Merluza» baja inmediatamente la mirada. Eva enternecida; estimulada*) Bueno, acertó. Soy casada. ¿No le preocupa eso? ¿Que, de repente, entre el marido y me encuentre, aquí, con usted?

MERLUZA (*Por lo bajo*) ¿Qué podría pensar?

EVA (*Coqueta*) ¿Y por qué?

MERLUZA —No se divierta a costa de la pobreza. (*Momento de embarazo. A «El Merluza» le sobreviene otro acceso de temblores, que apenas logra reprimir*)

EVA (*No sabe qué hacer*) Coma, hombre. No ha comido nada. (*«El Merluza» hace un gesto que no importa*) El trago, ¿eh? (*Pausa*) ¿Necesita un trago para calmar eso? (*«El Merluza» hace un gesto vago. Eva va hacia la cocina y vuelve con un vaso con vino, que «El Merluza» le arrebata y bebe ávidamente. Eso termina por calmarle*) Casi, ¿eh?

MERLUZA —¿Casi qué?

EVA —Bueno . . . casi. No quise ofenderlo. No me estaba divirtiendo a costa suya; es que me parece tan . . . bueno, tan raro, que usted me recuerde, entre tantas otras. Hay otra gente que pinta en el Jardín. El viejo del sombrero de diablo fuerte azul, por ejemplo. ¿Lo ha visto? El que llega con su pisito de mimbre. A veces con un perro; otras sin él. (*Ríe*) Un día se enojó conmigo por la forma como uso los tonos verdes. Casi me gritó que no era académico. Nunca supe qué quería decir con eso. Daba vueltas alrededor mío, agitando su bastón. Creí que me iba a botar el cabellete. (*Durante todo el monólogo, «El Merluza» está como doblado sobre sí mismo*) ¿Le duele algo?

MERLUZA —No.

EVA —Y, entonces, ¿qué le pasa?

MERLUZA —Después del «baile», siempre se me encoge el estómago.

EVA —Tengo calmantes. ¿Quiere?

MERLUZA —No, gracias.

EVA —Y ¿tiene que beber? (*«El Merluza» la mira*) Digo . . . ¿esto de los temblores le viene por eso, no es cierto? (*No hay respuesta. Momento embarazoso. Eva va hacia la cocina*) Bueno, mejor se apura porque luego tengo que salir. Abro la tienda a las dos. (*«El Merluza» reanuda el lento cucharreo. Eva retorna con dos duraznos pelados. Pone uno ante «El Merluza». Come el suyo*) Estos duraznos no tienen el sabor de antes. No sé qué les hacen ahora. Recuerdo cuando niña. Ibamos con papá y mamá a una quinta cerca del río, donde, por un precio insignificante, nos dejaban entrar al huerto a llenarnos con duraznos y frutillas. Lo que fuéramos capaces de

echarnos al estómago. ¡Esos duraznos sí que tenían sabor! Hoy, exportan los mejores y nos dejan la basura. Recuerdo que mientras papá y mamá se sentaban a comer alrededor de las mesas que habían puesto bajo unos árboles. Alfredo y yo . . . Alfredo es mi hermano . . . nos íbamos a jugar a un granero que había cerca. A montarnos sobre la enfardadora. ¡Mi hermano Alfredo! Tenía verdadera obsesión por los hechos heroicos. Recuerdo que enarbolaba un pañuelo a modo de estandarte y jugábamos a la toma del bergantín. (*Ríe con el recuerdo*) Él era el glorioso capitán y yo el malvado corsario. ¡Oh, qué tiempos! Qué tontos, pero ¡qué felices éramos!

MERLUZA —Si usted me echa afuera, el Miguel y el «Pajarito» me van a matar.

EVA —Y ¿qué quiere que haga? ¿Dejarlo aquí?

MERLUZA —Me están esperando a la vuelta de la esquina, detrás de la Farmacia. (*Eva va hacia la ventana y mira, levantando apenas la cortina*)

EVA —¡Ahí están! ¡Están mirando hacia acá! (*Se vuelve hacia él*) Bueno, ¿y qué hacemos? ¡No puedo dejarlo aquí! (*Haciéndose fuerte*) Tengo que ir a la tienda luego, ya le dije. (*«El Merluza» explota súbitamente en un borboteo agitado de palabras. El tono es monocorde, lastimero, casi una letanía. Al final, cae bajo un nuevo acceso de temblores*)

MERLUZA —¡El «Pajarito» tiene un gancho de carnicero bajo el vestón! ¡Tiene un gancho de carnicero y me ha estado esperando, toda la mañana, para matarme! Todo porque anoche le gané unos pesos jugando a los dados ¡y él dice que le hice trampas! ¡Y no es verdad! No es verdad, porque se los gané limpiamente. Llegó hasta la casa de la Julia a buscarme esta mañana, pero yo lo alcancé a ver como se escondía detrás del horno, y me vine arrancando por el río. ¡Toda la mañana estuve escondido detrás de los matorrales de la Curtiembre, hasta que me fui al supermercado, y si no es por usted, me mata! ¡Me mata! Si no es por usted que me esconde, ¡me mata! Si no es por usted que me esconde, me muero, y ¡yo no quiero morir! ¡No quiero morir! ¡No quiero morir!

EVA —Ya, ¡está bien! ¡Está bien! ¡Cálmese! Nadie le va a hacer nada. (*No sabe qué hacer*) ¿Puedo avisar a la policía, si quiere, para que detengan a esos hombres? (*«El Merluza» sacude la cabeza en señal de negativa*) Ah, sí, es verdad. El código de honor, ¿eh? Ustedes no se denuncian. (*«El Merluza» está encogido sobre sí mismo. Tirita. Tras considerar un rato la situación*) Tendré que encerrarlo aquí dentro. (*«El Merluza» la mira*) Porque usted comprende, ¿no? No lo conozco. Además de la chapa hay, por fuera, un candado. Tendré que encerrarlo aquí dentro, hasta que vuelva.

MERLUZA —Comprendo.

EVA —Cerraré también las demás piezas. Tendrá que esperarme, aquí.

MERLUZA —Más que lógico.

EVA —Ahí tiene revistas. El diario de hoy . . .

MERLUZA —Gracias. (*Sonríe por primera vez con su sonrisa amplia, abierta, que no dice nada*) Es como si todo hubiese estado como . . . preparado. Como . . . dispuesto. Los diarios, digo, y las revistas. No se puede pedir más, en verdad. Lo demás sería ser como . . . mal agradecido, digo yo. (*Eva retira los platos. Va hacia el baño y luego circula peinándose. «El Merluza» come un poco de durazno. Luego se levanta y va hacia la jaula del canario*) Bonito el pajarito. ¿Cómo se llama?

EVA —Pepito.

MERLUZA —Pepito, ¿eh? (*Le hace fiestas*) Ps, ps, ps, ps. (*Le da durazno*) Te gusta, ¿eh? Ps, ps, ps, ps. ¿Te gusta comer frutillitas bajo los árboles, eh, glotoncito? (*Le da otro pedazo*) Aquí, toma. Eso es. (*Eva cierra la puerta del baño. «El Merluza» queda solo*) Tienes buenas tragaderas, ¿eh, mariconcito? (*Su voz va adquiriendo un tono de dureza*) ¿Sabías que yo soy el malvado capitán y tú el glorioso corsario? ¿No lo sabías pelotudo? (*Sacude la jaula*) ¿No lo sabías? ¿Qué yo soy el malvado capitán y tú el glorioso corsario, pájaro maricón? (*Con voz herida*) Tendré que encerrarte aquí dentro, porque no te conozco, ¡pájaro hijo de puta! ¡Tendré que ponerte candado! (*Eva sale del baño, lista para salir*) Ps, ps, ps, ps. ¡Canarito! (*Eva prende la radio*)

EVA —Le dejaré esto. Si quiere, cambia.

MERLUZA —Gracias. (*Eva va hacia la puerta*) ¡Señora!

EVA (*Se vuelve*) ¿Sí?

MERLUZA —Yo sabía. Las mil veces que la he visto, yo sabía que usted era lo que dicen sus ojos que es.

EVA —Vuelvo a las seis. (*Indica la cocina*) Si quiere servirse algo . . . (*Sale. Afuera se oye el ruido del cerrojo y la cadena del candado. «El Merluza» sacude la jaula*)

MERLUZA —Come duraznitos. ¡Come, mierda! ¡Corsario maricón! (*Está sacudiendo la jaula cuando cae el telón*)

ESCENA SEGUNDA

Está tarde a las seis pasado. «El Merluza» está haciendo una cesta de papel, a base de tiras de papel de diarios doblados. De la lámpara cuelga un ave de papel, una especie de gaviota, en el suelo, un montón de diarios dispersos, desordenados; entre ellos, de rodillas,

«El Merluza». La radio toca un bailable. Afuera se oyen los frenos de un auto y una puerta de coche que se cierra. «El Merluza» acude a la ventana a atisbar tras la cortina. Luego vuelve a su quehacer. Se oye la llave en la cerradura y la cadena del candado y entra Eva. Trae una bolsa de papel, de la que sobresale un cuello de botella.

EVA (*Nerviosa; pareciendo casual*) ¿Ve? Las seis y tres minutos. ¡Ni uno más, ni uno menos! (*Cierra la puerta. Se encuentra con el ave*) ¿Y esto? ¿Qué es? ¿Usted lo hizo?

MERLUZA —Nadie ha entrado aquí.

EVA —¡Qué precioso! Es todo un artista, ¿sabe? ¿Qué es? ¿Una gaviota?

MERLUZA —¿Usted cree que es?

EVA —Sí claro. ¡Una gaviota! ¡Es preciosa!

MERLUZA —Entonces, es.

EVA (*Por la cesta*) ¿Y eso? ¿Una cesta? (*«El Merluza» asiente*) ¡Preciosa también! ¿Dónde aprendió ese arte?

MERLUZA —Es para usted.

EVA —¿Qué cosa? ¿La cesta?

MERLUZA —Todo.

EVA —¡Oh, gracias!

MERLUZA —Siempre que no le moleste . . .

EVA —No, ¿cómo me va a molestar?

MERLUZA —Los diarios, digo . . . Que tenga todos los diarios, así, todos dispersos, todos desordenados. (*Se pone a ordenar los diarios apresuradamente. Los dobla con cuidado*)

EVA —No, no me importa. Mejor uso tienen así que guardados en una alacena. (*Va hacia la cocina*) Pero ¿dónde aprendió esto?

MERLUZA —Por ahí. Trabajé un tiempo para un fulano que trabajaba el mimbre. Pero era un torpe. Sólo sabía hacer sillas. También sé hacer flores.

EVA —¿Flores?

MERLUZA —Camelias.

EVA (*Desde la cocina*) Pero, ¡por Dios! Y los platos, ¿quién los lavó? (*«El Merluza» no responde. Eva sale de la cocina*) No tenía por qué hacerlo. (*«El Merluza» se encoge de hombros*) ¿Apuesto que el piso también lo fregó? No estaba tan brillante cuando me fui.

MERLUZA —Había un tarro de cera, por ahí, y pensé que no le vendría mal una manito de brillo.

EVA —No me atrevo a entrar al dormitorio. ¿Quizás qué encuentre?

MERLUZA —Nada, pues. ¿Cómo voy a pasar ahí, sin permiso? (*Eva vuelve a la cocina y regresa con un salame y queso y algunos paquetes de cigarrillos*)

EVA —Hablando de atenciones, no crea que yo me olvidé de usted. Pensé que las noches son frías y que «un estómago lleno es el mejor amigo». Un poco de mortadela. Un poco de paté. Y queso. Gruyère. Muy rico. Recomendado especialmente por la dueña de la tienda, que es amiga mía. (*«El Merluza» apenas mira lo que Eva le va mostrando. Ha terminado de reunir los diarios en un atado bien doblado y va a partir hacia la cocina con ellos, pero se topa con Eva y se produce un breve juego de cuerpos que se obstruye el paso*) ¿Dónde va?

MERLUZA (*Por los diarios*) Los saqué de la cocina.

EVA —Deje. No importa.

MERLUZA —Se va a ver todo desordenado.

EVA (*Un poco impaciente*) No importa, le digo. (*Sonríe*) Déjelos por ahí. (*Siempre con una sonrisa breve y nerviosa que le es peculiar, casi como riendo para sí*) Cuando entré a la tienda, lo hice tan como caballo desbocado, con la idea de comprarle esto, que se me olvidó completamente inventar una disculpa, porque la pregunta tenía que venir, y vino. «¿Para quién compra todo esto, querida? ¿No me va a decir que es todo para usted?» En un comienzo no supe qué decir. Tartamudeé un par de cosas tontas y finalmente, cuando ya me faltaba el resuello (*Ríe*) se me ocurrió decir ¡que eran para un picnic! Un picnic con unos amigos, imagínese. ¡Yo haciendo un picnic! (*«El Merluza», de rodillas en el suelo, dobla y plancha los atados de diarios con prolija atención*) Porque si le cuento la verdad . . . ¿Quién me hubiera creído, no le parece?

MERLUZA —Nadie.

EVA —Eso es lo que pensé también.

MERLUZA —En estos casos siempre se ofrece sólo un plato de sopa caliente. Eso (*Por los salames*) no se le ocurre a nadie. No es necesario.

EVA (*Ríe nerviosamente*) ¿A usted le gusta?

MERLUZA —¿Qué?

EVA —¿El salame? ¿El queso?

MERLUZA —Usted pregunta siempre dos cosas a la vez; nunca sé cuál responder primero.

EVA (*Confundida*) ¿El salame?

MERLUZA —Me revuelve el estómago.

EVA —¿No le gusta?

MERLUZA —No es eso. Debe ser donde mi estómago no está acostumbrado. Donde a uno le da sólo sopas con arroz y cosas así, se pone melindre. Una vez las monjitas del Convento del Carmen me dieron carne asada con callampas; estuve vomitando dos días.

EVA —Debí haber pensado en eso; no debí comprarlo.

MERLUZA (*La mira por primera vez, con esa mirada muy propia en él, que no dice nada*) Cómaselo con sus amigos en el picnic.

EVA —¿Qué amigos? No tengo amigos.

MERLUZA —Malo para usted. (*Reanuda su trabajo*)

EVA (*Vivas*) Bueno, creo que debo comenzar a preparar la comida. (*Va hacia la cocina*) Eso es mi vida. Comer y comer. Comida en la mañana; comida a mediodía; ¡comida en la noche! A veces llego a pensar que la vida es sólo eso: una gran comida permanente, con una que otra pausa entremedio para el aburrimiento, y vamos comiendo otra vez. Y alegría también, ¡naturalmente! ¡Como un muy delgado espolvoreo de azúcar en polvo sobre todo el conjunto! (*Mientras habla ha ido de la cocina al dormitorio, poniéndose y sacándose un chaleco de lana, poniéndose y sacándose unas pantuflas; abriendo y cerrando closets, siempre con la mirada imperturbable de «El Merluza» sobre ella*) Qué tontería hace una, ¿no? ¡Abrir y cerrar closets! ¡Poner y sacarse ropa! Si una sumara las horas que pierde en el día, haciendo cosas sin asunto. (*Va hacia la cocina, donde se la oye funcionar con las ollas. Cae un vaso. Ruido de vidrio que se quiebra*) ¡Ay, qué torpe estoy! ¡Qué me pasa hoy día! (*Sale de la cocina envolviéndose su pañuelo alrededor del dedo lastimado. Va hacia el dormitorio*) ¡Me corté! ¡No pasa un día que no tenga que recurrir al botiquín!

MERLUZA (*Se levanta*) ¿La ayudo?

EVA (*Desde el dormitorio*) No, ¡deje no más! Ya estoy acostumbrada, ya le digo. ¡Tengo los dedos llenos de cicatrices! ¡Los litros de sangre que he perdido! ¡Ni que lo hiciera a propósito! (*Sale del dormitorio*) ¿Pero cómo va una a hacer una cosa así a propósito, no le parece? (*Le pasa una tijera*) Corte aquí, ¿quiere? (*«El Merluza» corta la gasa con destreza*)

MERLUZA —Yodo, ¿tiene?

EVA —Sí (*Va hacia el dormitorio y retorna con una botellita de yodo, que «El Merluza» emplea con agilidad y destreza. Le tiñe la herida, le coloca la gasa y la afirma con esparadrapo. Eva observa sus movimientos. «El Merluza» ostensiblemente evita todo contacto físico con ella. La rehúye con delicada cautela. Eva, en cambio, no muestra la misma reticencia. Más bien, curiosa simpatía ante la timidez de él. Cuando termina, «El Merluza» comienza a temblar de nuevo. Se sienta. Aprieta sus brazos entre las rodillas. Eva va hacia la cocina y vuelve con un vaso de vino, que «El Merluza» bebe con avidez. Se calma*) ¿Mejor? (*«El Merluza» asiente. Se mira el dedo vendado*) Mejor no pudo quedar. ¿Dónde aprendió a hacer esto tan bien?

MERLUZA —Por ahí.

EVA —Parece que ha aprendido de todo un poco «por ahí», ¿eh? Lo único que no parece haber aprendido es a hablar. ¿Siempre es tan parco para hablar?

MERLUZA —Donde vivo no hay mucho interés por escuchar.

EVA —No crea que «donde yo vivo» lo hay más.

MERLUZA —Póngase el chaleco.

EVA —¿Cómo dice?

MERLUZA —El chaleco y las pantuflas.

EVA —¡Ah, eso! No, estoy muy bien así.

MERLUZA —Usted se los iba a poner.

EVA —Sí, pero estoy muy bien.

MERLUZA —Pero, se los iba a poner.

EVA —Sí, pero ahora ya no. (*Ríe nerviosamente*) Y no me mire así. No me mire tanto, Dios mío, ¿qué hombre tan mirón! ¿Siempre mira así? ¡Dígame! (*«El Merluza» baja la mirada*) Es capaz de ponerla a una totalmente . . . (*Hace un gesto. Va hacia la cocina*) A ver, ¡pero yo quiero oír ese cuento! ¡A ver, dígame! ¿Dónde aprendió a usar tan bien esas manos suyas? En el manejo de gasas y esparadrapos, ¿digo? (*Desde la cocina*) ¡Da la impresión que tiene gran familiaridad con ellos!

MERLUZA —Aprendí con un sargento enfermero.

EVA —¿Estuvo en el ejército?

MERLUZA —En el hospital.

EVA —¿Enfermo?

MERLUZA —Algo así como eso.

EVA —¿Cómo qué? ¿Qué tuvo?

MERLUZA —No puedo hablar así. (*Eva sale de la cocina*) No puedo hablar así, con usted en la cocina y yo, aquí, gritando. No puedo hablar si no le veo la cara a la otra persona. Usted perdone, no, pero creo que no se da usted suficiente . . . reposo.

EVA (*Con picada curiosidad*) ¿Y por qué dice eso?

MERLUZA —Porque está siempre yendo de acá para allá, de arriba abajo, moviendo cosas, cambiando cosas de lugar, sin asunto aparente. Desde que entró aquí, no ha parado de moverse. ¿Ha mirado, por ejemplo, la cesta que estoy haciendo?

EVA —La miré, sí.

MERLUZA —No, pero . . . mirarla . . . ¿realmente?

EVA —Sí, la miré, ya le dije.

MERLUZA —¿Pensar en ella?

EVA —Bueno . . .

MERLUZA —¿Le gusta?

EVA —Sí. Me gusta, ya le dije.

MERLUZA —¿Por qué?

EVA —Es sólo una cesta, ¿no?

MERLUZA —Es más que eso. (*Momento de embarazo*)

EVA —Tiene razón, perdóneme. (*Desolada*) Ya le dije: soy una máquina. Creo que es por la clase de vida que tengo que llevar.

MERLUZA —Podría enseñarle cómo hago las flores, por ejemplo . . . Flores de papel.

EVA (*Más interesada de lo necesario*) Ah, a ver, ¡enséñeme! (*Se encuclilla junto a él*)

MERLUZA (*Toma una hoja de diario*) Usted toma una hoja de diario, así, y la dobla desde la esquina, ¿ve? Así. (*La hace*) Y no es una hoja de papel corriente, como usted verá. Se toma una cara de la hoja que tenga mucho impreso en letras, o una gran fotografía, o gran cantidad de fotografías sin letra alguna, ¿ve? Como ésta. Para que la flor tenga algún sentido. Alguna continuidad. Alguna belleza . . . (*Mientras trabaja y habla, algo se va transfigurando en él. Algo que lo posee y absorbe*) Para algunos el papel de diarios es simplemente eso; una tira de papel despreciable que sólo sirve para envolver carne, tapar agujeros o taponar maletas. Pero no es eso. Los que piensan así, claro está, están marcados y uno los reconoce por otras superficialidades. El papel de diarios tiene un mundo de cosas que decir. Toma las formas que uno quiere darle. Se pliega sumisamente. Se deja manejar sin resistencias. Ocupa poco lugar en el bolsillo, y es el fiel compañero de las noches de invierno . . . Acompaña . . . tranquilamente . . . calladamente . . . siempre listo, está ahí, para cualquier uso . . . (*La flor está lista*) Y está . . . Una camelia, ¿ve? (*Se la pone a Eva a un lado de la sien*) Para adornar a las bellas.

EVA —¿Quién es usted?

MERLUZA —También sé hacer claveles y crisantemos, pero eso ya es cosa un poco más difícil, porque hay que tener tijeras, y tijeras no es una cosa que a uno le permiten tener corrientemente . . . Menos aún en las noches de invierno junto al río . . . (*Su excitación va en aumento*) ¡También sé hacer peces y mariposas de papel! Pero eso es mucho más difícil aun, porque cuando uno los tiene hechos, inadie los quiere! ¡Porque los peces todo el mundo los desea en bonitas peceras iluminadas! ¡Y las mariposas, todo el mundo las desea, ensartadas en cajitas de caoba! Pero hechas de sucio papel de diario, que sólo sirve para taponar maletas, ¡no! Nadie quiere sucias mariposas de papel, sucias de carne, ensartadas en cajas de caoba iluminadas. Ni nadie quiere ensuciarse las sienes ensartándose sucias flores de sucio papel. (*Termina acezando*) ¡Al menos, es lo que dicen los burgueses . . . que son los árbitros de la moda en

todo . . . incluso en la manera de trabajar . . . el papel . . . de diarios! (*Breve pausa*)

EVA —¿Quién es usted?

MERLUZA —Me llaman «El Merluza».

EVA —Digo, ¿su nombre?

MERLUZA —No sé. El nombre uno lo va perdiendo por ahí, por las calles, caído en alguna grieta.

EVA —Pero algún nombre debe tener. No puedo llamarle «Merluza».

MERLUZA (*Con cara impávida*) ¿Por qué no?

EVA —Bueno . . . porque . . .

MERLUZA (*Con la misma impavidez*) ¿Porque es nombre del hampa?

EVA —No es un nombre cristiano.

MERLUZA —Y usted no es del hampa.

EVA (*Con cierto desafío*) No, no lo soy, si quiere decirlo así. Entre mis amigos nos llamamos con nombres cristianos.

MERLUZA —¿Creí que me dijo que no tenía amigos?

EVA —Es una manera de decir.

MERLUZA —Debe ser, entonces, que entre nosotros, que no somos amigos, nos llamamos con nombres no cristianos. (*Sonríe apaciguadoramente*) Mi madre me llamaba Roberto.

EVA —Eso es mejor. Lo llamaré Roberto, entonces.

MERLUZA —Beto . . .

EVA —¿Beto?

MERLUZA —Y cabrón. Cabrón antes de comer; Beto, después. Yo tenía dos madres. Una, antes de comer, la otra después de.

EVA —¿Murió?

MERLUZA —Algo así como eso. (*Eva se levanta y con exagerada vivacidad va hacia un mueble y saca una tijera y se la pasa*)

EVA —¡Bueno! Aquí no estamos a orillas del río: ¡tenemos tijera! ¡Muéstreme cómo hace sus crisantemos! ¿Le importa que yo, mientras tanto, teja? Le prometí un chaleco a una empleada de mi tienda.

MERLUZA —Es su casa. (*Eva se instala con un tejido que trae del dormitorio. Se sienta junto a él, a mirar lo que hace, en actitud de una persona que se siente a gusto, que quiere demostrar interés*)

EVA —¿A ver?

MERLUZA (*Se levanta*) Creo que es hora de que parta.

EVA (*No había pensado en ello*) ¡Oh, sí, claro! Pero ¿esos hombres? ¿No cree que aún corre peligro? (*Eva se levanta y va hacia la ventana*) ¡Ahí están todavía! ¡Lo siguen esperando!

MERLUZA —Y, ¿qué cree? ¿Qué están jugando?

EVA —Pero, ¿qué quieren? ¡Usted no ha hecho más que ganarle un par de pesos a los dados! ¿Qué no está permitido, entre ustedes, ganar?

MERLUZA —Está permitido, pero se paga.

EVA —No entiendo, ¿cómo pueden ser tan vengativos?

MERLUZA —De ver a los perros como se pelean por la carne.

EVA —De manera que, en cuanto sale del edificio, lo asaltan, ¿eh?

MERLUZA —Sin que les tirite el pulso.

EVA —No puedo permitir que le hagan eso.

MERLUZA —¿Le enseño cómo hago crisantemos de papel?

EVA —Usted se queda aquí, hasta que esos hombres desaparezcan. (*«El Merluza» comienza a tijeretear el papel. Lo va haciendo con furor creciente, contenido al comienzo*)

MERLUZA —Se toma una hoja de papel y se tijeretea desde las puntas. ¿Ve? Se le da unos cortes largos, a lo largo de las líneas de imprenta, ¿ve? Hasta formar tiras de papel, lo más finas posible, lo más filudas. Hasta que toda la hoja de papel que, originalmente, era un diario, no parezca más que un gran pedazo de papel hecho tiras. ¡Cómo si un perro hubiera hecho presa de él! ¡O un cernícalo! ¡O cualquier animal rabioso! ¡Cómo cuando en los microbuses alguien pasa una gilette a lo largo de los asientos, y deja ahí su marca de estupor y de rabia! ¡O como cuando en el hospital el sargento enfermero pone tintura de yodo en la espalda hecha tiras a latigazos!

EVA —Beto . . . (*«El Merluza» la mira*) ¿Le importa que lo llame . . . Beto? (*«El Merluza» la sigue mirando con ojos que no expresan nada*) ¿Le parece bien dormir aquí? ¿Esta noche? ¿En ese sillón? Le presto mantas . . . A mí no me importa.

MERLUZA —Pero usted me trajo queso y salame para que me fuera.

EVA —Ya no, Beto. No puede irse así.

MERLUZA —Si me quedo, ¿tendré que . . . bañarme, naturalmente?

EVA —¿Le he dicho eso? (*«El Merluza» ríe y le busca la risa en la cara a Eva*)

MERLUZA (*Riendo*) ¡No, no, pero dígalo! «¡Sería mejor que se bañara, Beto!»

EVA —Ya le he dicho: a mí me da lo mismo.

MERLUZA (*Siempre riendo*) ¡No, no! ¡No le da lo mismo! A ver, dígalo. ¡Confiéselo! ¡Quiero oír cómo lo dice! «Sería mejor que se bañara, Beto, porque así, con esa ropa, esa mugre . . . ¿mmh?» ¿A ver?

EVA —Bueno, si insiste. «Sería mejor que se bañara, Beto».

MERLUZA (*Serio súbitamente*) Pero, yo no puedo usar su baño. ¿Cómo se me pudo ocurrir una cosa así?

EVA —¡Úselo! ¿Le he dicho que no?

MERLUZA —No, naturalmente que no. En verdad, no me lo ha dicho. ¡Qué ideas las mías! ¿Cómo me lo iba a decir? (*Súbitamente*) ¿Le enseño cómo hago crisantemos de papel?

EVA —Ya me mostró.

MERLUZA (*Siempre sin quitarle los ojos de encima*) Pero usted no miró.

EVA (*Protesta*) Sí miré . . .

MERLUZA —¡No! Usted no quitó los ojos de encima de ese tejido.

EVA —Bueno, enséñeme. (*«El Merluza» toma otra hoja de papel y se pone a cortarla de igual manera como anteriormente.*)

MERLUZA —Se toma una hoja de papel y se tijeretea desde las puntas, ¿ve? Se le da unos cortes largos, a lo largo de las líneas de imprenta, hasta formar tiras de papel, lo más finas posible . . . lo más filudas . . . hasta que toda la hoja de papel, que originariamente era un diario . . . no parezca más que un gran pedazo de papel hecho tiras! ¡Cómo si un perro hubiese hecho presa de él! . . . ¡O un cernícalo! . . . ¡O cualquier animal rabioso! (*Su voz se ha puesto tensa. Las palabras salen apretadas de su boca*) Como cuando en los microbuses alguien pasa una gilette . . .

ESCENA TERCERA

El día siguiente, muy de mañana. «El Merluza» ya se ha levantado. Se ve que se ha bañado y peinado. Su ropa está doblada sobre una silla. Junto a ella, sus zapatos. Se ha puesto una bata de Eva, que evidentemente le queda corta y estrecha. Se desplaza por la habitación haciendo aseo con un escobillón y un paño de sacudir. Corre las cortinas. Pasa un paño a los muebles. Desde la cocina se oye el ruido de una tetera. Tararea una canción mientras barre. Entra el sol a raudales. Ya no están las figuras de paja. En cambio cuelgan ahora de las paredes y de hilos tendidos de muro a muro algunas flores de papel, y algunas mariposas. Después de un rato.

EVA (*Desde el dormitorio*) ¡Buenos días!

MERLUZA —¡Buenos días!

EVA —¿Cómo durmió?

MERLUZA —¡Imposible mejor!

EVA —¿Levantado tan temprano?

MERLUZA —¡Está linda la mañana!

EVA —¿Qué está haciendo?

MERLUZA —¡Un poco de aseo!

EVA —Pero, ¿por qué . . .? (*Se abre la puerta del dormitorio que obviamente ha estado cerrada con llave. Sale Eva, en bata, peinándose*) No tenía por qué hacerlo . . . (*Ve la facha de «El Merluza» y no puede reprimir una expresión de divertido estupor*)

MERLUZA (*Por la bata*) Estaba en el baño. ¿No le molesta, supongo?

EVA —No, no. ¿Por qué me iba a molestar?

MERLUZA —La espuma del jabón estaba tan aromática que se me debe haber ido a la cabeza; no supe lo que hacía. Hoy en la mañana, amanecí con esto puesto . . .

EVA —Está muy bien.

MERLUZA —Y entonces me dije: «Merluza, hay que hacer algo útil, hoy día». Miré afuera y vi las flores de los aromos y las bellas golondrinas dándose caza en torno a la cabeza del general, y me dije: «¡Merluza, hay que hacer algo útil!» (*Ríe con su risa característica; con risa que le llena toda la cara, pero que no dice nada*) ¡En una mañana así, hasta a las ratas del río les gustaría salir vestidas de encaje! ¿Cómo le gustan los huevos?

EVA —¿Huevos?

MERLUZA —Sí, huevos. ¿Cómo le gustan?

EVA —Pero, Beto, no . . .

MERLUZA —¿Fritos o a la copa?

EVA (*Gratamente resignada*) A la copa.

MERLUZA —¡Acerté! Ya están hirviendo . . . ¿No le molesta supongo?

EVA —¿Qué cosa?

MERLUZA —¿Que haya tomado los huevos, así, sin autorización?

EVA —¿Por qué me iba a molestar?

MERLUZA —Ayer me dijo lo mismo.

EVA —¿Qué le dije?

MERLUZA —«Por qué me iba a molestar». Curioso cómo uno se repite continuamente, ¿no? (*Mientras habla ha estado arreglando su cama improvisada. Junta las mantas. Las dobla cuidadosamente. Eva entra al baño*) Yo tenía un amigo, por allá por un aserradero en el Sur, donde estuve trabajando un tiempo. También tenía una muletilla: «Soy inocente», decía continuamente. A la hora de levantarse; a la hora del desayuno; durante la faena. Persistentemente. Era como una obsesión que tenía y que lo martirizaba: «Soy inocente». «Soy inocente». ¡Nos sacaba a todos de quicio! Un día lo agarramos entre varios y lo colgamos de los pies, para que no siguiera hablando. ¡Inútil! Aún así colgado seguía: «¡Soy inocente!» «¡Soy inocente!» ¡Nunca nadie supo de qué era inocente! Simplemente, el pobre infeliz creía que era inocente de algo y eso le daba fuerza

para seguir viviendo. Curiosas las muletillas, ¿no? ¡Parecen tan sin sentido, a veces! (*Eva sale del baño, peinada, poniéndose un cintillo*)

EVA —Despertó locuaz esta mañana, ¿eh? Anoche no estaba así. Me encanta verlo así. (*«El Merluza» se encoge de hombros. Levanta la alfombra. Barre*)

MERLUZA —Ya la dije: los aromos en flor. (*Eva lo mira*)

EVA —Lo mismo su cara. Tiene otra cara hoy día.

MERLUZA (*Sonríe feliz*) El baño . . . (*Eva ve que no están las figuras de paja*)

EVA —¿Y mis figuras?

MERLUZA —¿Mmh?

EVA —¿Mis figuras de paja? ¿La cabeza de burro? ¿El gallo?

MERLUZA —Las puse ahí, en un mueble de la cocina.

EVA (*Sorprendida*) Y ¿por qué?

MERLUZA —Creí que eso (*por las flores*) se vería mejor.

EVA —Oh . . . sí.

MERLUZA (*Rápidamente*) ¿No le molesta, supongo? (*Ambos, en coro*)

AMBOS —«No, ¿por qué me iba a molestar?» (*«El Merluza» ríe. Eva ríe después*)

EVA —De todos modos, uno de estos días los iba a quitar de ahí; no hizo más que ahorrarme el trabajo.

MERLUZA —¿Por qué? ¿No le gustaban?

EVA —¡Horribles!

MERLUZA —¿Por qué? Yo no los encontraba nada de feos.

EVA —¿Y por qué los sacó, entonces?

MERLUZA —Porque creí que eso se vería mejor. ¿No cree?

EVA —Oh, sí . . .

MERLUZA —Usted no debe despreciar su propio trabajo. Porque . . . usted misma los hizo, ¿no es así?

EVA —En un momento de ofuscación.

MERLUZA —Malo que se exija tanto. (*Da un salto hacia la cocina*) ¡Esos huevos! ¡Ya deben estar buenos! (*Desde la cocina*) ¡Entre paréntesis! Al canarito le puse alpiste. ¿Está bien así?

EVA (*Va hacia la jaula, juguetea con el canario*) Sí, ¡muy bien!

MERLUZA —Le iba a poner pan remojado, pero me recordé a tiempo que es un pajarito de dormitorio. ¡La costumbre de alimentar los gorriones!

EVA —¡Beto!

MERLUZA (*Siempre desde la cocina*) ¿Sí?

EVA —¡Anoche oí unas voces!

MERLUZA —¿Voces?

EVA —¡Discusiones! Me pareció que venían desde el pasillo. ¿Oyó usted algo?

MERLUZA —¿Discusiones? ¡No!

EVA —¡Como de gente que discutía acaloradamente!

MERLUZA —¡Dormí como un leño! ¡No pude oír nada!

EVA —Qué raro. Después oí como una puerta que se cerraba de un portazo. Deben haber sido los vecinos. Unos italianos que trabajan en un cabaret. A veces llegan en medio de la noche, ¡con amigos! Se olvidan que éste es un edificio de gente . . .

MERLUZA —¡Recatada!

EVA —¿Cómo dice?

MERLUZA —¡Recatada! ¡De gente recatada!

EVA —Bueno, sí . . . ¡algo así! ¡Usted siempre me roba las palabras de la boca!

MERLUZA —¡Gente que no sabe vivir! Yo siempre lo digo. ¡Deberían ir a vivir junto al río, para aprender cómo *no* hay que hacerlo! (*Sale de la cocina con una bandeja sobre la cual, muy bien dispuesto, van dos copas con huevos, dos tazas, tetera, lechera, mantequillera, servilletas, al estilo limpio y nítido de un hotel de categoría. Sobre el brazo se ha doblado un paño blanco a modo de servilleta. Deposita todo con gran destreza y elegancia*)

EVA (*Sorprendida*) ¿No me va a decir que también trabajó en un hotel?

MERLUZA (*Muy eficiente, con una reverencia*) Comment dites vous madame? (*Eva ríe. «El Merluza» serio*) Preférez vous le beurre salé ou sans sel, madame? (*Eva ríe de buena gana*)

EVA —¿Quién es usted, Beto? ¿De dónde sacó eso? ¡Usted es múltiple! ¡Realmente múltiple!

MERLUZA (*Siempre serio*) Se hace lo que se puede. (*Ambos comen los huevos*)

EVA —¿Trabajó en un hotel? ¿Verdaderamente?

MERLUZA —Mmh.

EVA —De . . . ¿mozo?

MERLUZA (*Con la boca llean*) De ladrón. (*Eva ríe*) Cierto. Era un Hotel de categoría; por eso tuve que entrar por la puerta trasera; para que no me viera el público, usted comprende, ¿no? (*Eva comprende*) Me contraté de lavador. Lavador de vajilla. En verdad no era un verdadero contrato. Solamente un palmotazo en la espalda del tipo gordete que corría con la cocina. Un tipo que se daba importancia. (*Imita*) «Bueno, estúpido, ¡anda a pararte detrás de esos lavatorios, a ver si sabes lavar un plato!» . . . Me dijo que me daban cien pesos por plato lavado . . . Pero era un tramposo

. . . No me advirtió que me descontaría los que quebraba . . . En la tarde cuando fui a cobrar, le debía dos mil . . .

EVA —¿Usted a él?

MERLUZA —Yo a él.

EVA —¿Y el francés?

MERLUZA —¿Qué hay con eso?

EVA —¿Dónde aprendió? ¿Ahí?

MERLUZA —Tuve que quedarme seis días para pagar la deuda. En verdad no llegué a pagarla nunca, porque día que pasaba, mi deuda iba creciendo. Usted comprende, ¿no es verdad? (*Eva comprende*) A la semana me di cuenta que así no andaba el negocio. Fue cuando decidí robar una máquina de calcular, y apreté . . .

EVA —Me parece justo.

MERLUZA —¿Le parece? A ellos no.

EVA —Pero, ¿y el francés, dónde aprendió? ¿En el Hotel . . . ? ¿En otro Hotel?

MERLUZA —Pintando las incubadoras de un tipo en San Andrés.

EVA —¿Era francés?

MERLUZA —No, yugoslavo . . . ¿Sabe que sé hacer siluetas con las manos?

EVA —¿Siluetas?

MERLUZA (*Cucharea el fondo de la copa*) Perros . . . zorros . . .

EVA —A ver. (*«El Merluza» va a correr las cortinas. Enciende la lámpara de mesa. Para una revista sobre sus hojas. Proyecta una silueta sobre ella*)

MERLUZA —¿Ve? . . . ¿Qué ve?

EVA (*Vivas*) ¡Un perro!

MERLUZA —Y ¿ahora?

EVA —¡Un conejo!

MERLUZA —¿Y esto?

EVA —¡Un ciervo! A ver, ¡déjeme hacer a mí! (*Ensaya*) No. No resulta. ¿Cómo se hace?

MERLUZA —El índice arriba. El pulgar así . . .

EVA (*Le adelanta sus manos*) ¡Muéstreme usted! (*«El Merluza» titubea en tomarle las manos*) ¡Vamos!

MERLUZA (*Tomando sus manos con cuidado*) Así. No, ¡así no! Este dedo estirado.

EVA —¡Un ciervo! (*Entusiasmada*) ¡A ver, otro! (*«El Merluza» está junto a ella. Le retiene las manos. Se produce una breve paralogización embarazosa en que, por un breve instante, se miran a la cara.*

Finalmente «El Merluza», confundido, va hacia la ventana y descorre las cortinas. Apaga la lámpara)

EVA —Beto, no tiene por qué ser tan . . . tímido conmigo. (*Ríe*) No me lo voy a comer, ¿no? (*Agitada*) Después de todo, habiendo pasado, aquí, la noche juntos, nos da derecho a cierta familiaridad, ¿no cree?

MERLUZA —No juegue conmigo, por favor.

EVA —Pero, Beto, es ridículo. No porque usted me roza una mano. A mí no me importa.

MERLUZA —Uno debe saber conservar la distancia.

EVA —¿Qué distancia?

MERLUZA (*Muestra la bata*) Es porque usted me ve en esto, y bañado, que olvida.

EVA —¿Qué he olvidado? (*«El Merluza» muestra su ropa*) No sea ridículo. ¿Le he demostrado que eso me importa?

MERLUZA —Es que no puede ser.

EVA —Si insiste.

MERLUZA —Tendré que irme ahora mismo.

EVA —Yo no le estoy diciendo que se vaya. (*«El Merluza» se levanta y se aleja de ella. Le da la espalda*)

MERLUZA (*Con sospecha*) ¿Para qué?

EVA —¿Para qué, qué?

MERLUZA —¿Para qué quiere que me quede?

EVA —Yo no le he dicho que se quede. Sólo le he dicho que no tiene por qué irse.

MERLUZA (*Lamentándose*) ¿Qué culpa tiene uno, digo yo?

EVA —Pero, Beto . . .

MERLUZA —¿Qué culpa tiene uno de haber nacido como nació? ¡Yo no le pedí a mi madre que me diera la vida donde lo hizo! (*Eva se levanta*)

EVA —Pero, Beto, ¡por Dios!

MERLUZA —Soy un hombre simple, ¡pero tengo mi orgullo!

EVA —Claro que lo tiene. ¿Quién se lo niega? (*Se acerca a él. A sus espaldas*) Beto, yo no soy la mujer que usted ve. Soy una pobre mujer llena de necesidad de cariño. Tal vez no lo parezca, ¡porque se me ve tan . . . decidida, tan . . . realizada! (*Sonríe*) Pero usted ve: pinto sola, laureles en flor, un sábado por la tarde, en el Jardín Botánico. ¿No le parece eso . . . sospechoso?

MERLUZA —Voy a necesitar pantalones nuevos. Si me quedo aquí un tiempo más, necesitaré pantalones nuevos. No podré volver a meterme en ésos. (*Eva lo mira sin responder*) Porque con ésos puestos, no podré quedarme, ¿no es cierto?

EVA —No había pensado en eso.

MERLUZA (*Siempre sin mirarla*) Pero ahora lo piensa, ¿no es verdad?

EVA —Bueno . . . tal vez . . .

MERLUZA (*Su tono cambia, vuelve su forma de hablar ansiosa, intensa*) Porque si, de repente, alguien entra aquí. Si, de repente, alguna amistad suya entra aquí, ¿qué explicaciones podríamos darle? Si me ve aquí, con esto puesto (*Por la bata*) o con eso (*Por sus pantalones*) y sentado en uno de sus sillones, como Pedro por su casa. Podría pensar que soy un pordiosero de junto al río que usted ha recogido por lástima, para evitar que el pobre diablo estire las patas antes que Dios lo ordene, dándole alguna cosa . . . una sopa caliente o un salame . . . No sería muy correcto, ¿no cree? Más bien triste, ¿no le parece? Una situación triste e irremediable, que ni usted ni yo podríamos resistir durante mucho tiempo, ¿no cree? Porque da el caso que tanto usted como yo, sabríamos . . . y ¿cómo podríamos evitarlo? ¿Que tanto usted como yo supiéramos la triste realidad? Establecería entre nosotros una situación de miseria moral, que difícilmente podríamos . . . disimular, ¿no cree?

EVA —Y usted cree que con un par de pantalones nuevos ¿eso cambiaría?

MERLUZA —Podríamos jugar un poco a eso: a engañarnos, ¿no le parece?

EVA —Usted tendrá que superar esa obsesión, Beto. He notado que lo hace sufrir. (*«El Merluza» gira ahora sobre sí mismo. Una amplia sonrisa ilumina su rostro*)

MERLUZA —Pantalones azules con una rayita blanca. Una rayita blanca por centímetro, ni más ni menos. Esos son con los que siempre he soñado.

EVA —Buscaremos algo a su gusto.

MERLUZA (*Como un niño feliz*) ¿Usted lo hará? ¿En verdad? ¿Usted misma va a ir de tienda en tienda, buscando lo que le pido?

EVA —¿Y por qué no? (*«El Merluza» le toma las manos y la hace girar*)

MERLUZA —¿Usted es un ángel! ¡Un ángel! ¿Un ángel!

EVA —¡Ay, pero Beto, por Dios! (*Se detienen. Ahogada*) Lo que quería decirle es que lo encuentro inútil. ¡Realmente inútil. Beto! Yo no me fijo en esas cosas.

MERLUZA (*Riendo; divertido; socarrón*) Sí, ¡así se fija!

EVA —No, realmente no.

MERLUZA (*La reprende con un dedo*) Sí, ¡se fija! ¡Se fija!

EVA —¿Por qué lo dice? ¿Por qué se ríe? (*«El Merluza» ríe como si estuviera contando un cuento muy gracioso y algo embarazoso*)

MERLUZA —¡Ayer, cuando llegó en la tarde, la trajo una amiga en auto y usted no la quiso hacer pasar!

EVA (*Niega efusivamente*) No . . .

MERLUZA —¡Sí, sí! Yo vi cómo ella hacía ademanes como queriendo acompañarla arriba, pero usted le decía, con señas también, que estaba bien, que no hacía falta, o algo así. Era divertido, divertidísimo, observar cómo usted ideaba . . . discurría aceleradamente . . . casi desesperadamente, alguna explicación. (*Siempre ahogado por la risa*) Moviendo sus brazos, así.

MERLUZA —¡Tragando aire!

EVA —¡No, no! No fue por eso . . .

MERLUZA —¡Sí, sí! ¡Pero no se altere! ¡Yo entiendo! ¡Si usted supiera lo bien que entiendo! (*Serio súbitamente*) ¿Qué le dijo a la amiga?

EVA —Le dije que . . .

MERLUZA —Con pantalones nuevos, nos libramos del embarazo, ¿ve? Le podremos decir que soy su primo, un primo lejano que acaba de dejarse caer de la provincia, ¿qué le parece? ¿Un primo o un tío? ¿Qué le parece mejor, más plausible? (*Pausa*)

EVA —Usted va a tener que sacarse de encima esa obsesión, Beto. (*«El Merluza» deja caer los brazos con desaliento*)

MERLUZA —Sí. Tal vez eso me venga de tanto andar a orillas del río, buscando cosas bajo las piedras. De tanto andar en cuatro patas, buscando cosas, escarbando comida, a uno, finalmente, el mundo se le encoge a la altura de los tobillos. Es un mundillo así, pequeño, el que uno ve, dentro de ese mundo pequeñísimo, uno mismo es más chico aún. ¡Ni siquiera a la altura de un sapo! Se adquiere una naturaleza . . . subalterna. Sub, de algo al menos es. (*Sonríe nuevamente con su sonrisa hueca, radiante, sin sentido*) Una naturaleza «sub». ¡Subdesarrollada . . . Subordinada . . . Subyugada . . . Sublevada! (*Está ante ella, sonriendo, feliz*) Una raya blanca por centímetro. Ni más ni menos. ¿Me los comprará como yo le pido?

EVA (*Con pena ahora*) Haré lo que pueda. (*«El Merluza» le besa las manos*)

MERLUZA —¡Es un ángel! (*Eva se sirve café*)

EVA —Si esto le sirve de algo, Beto, quiero decirle que le he tomado un gran afecto. Pienso que hay en usted una buena base para hacer de usted un hombre . . . realizado. (*«El Merluza» comienza a temblar de nuevo. Eva quiere ayudarle, pero la aleja con un gesto de su mano. Se vuelve a calmar*) No sé qué lo mortifica. (*«El Merluza» retoma los papeles y se pone a hacer nuevamente las flores*) Tome su café. (*Eva va hacia la cocina. De súbito, un grito. Vuelve a salir con el gallo y el burro de paja. Ambos cuelgan grotescamente de cada mano; tienen el cuello quebrado*) ¿Y esto? ¿Por qué los tiró al tarro de la basura? ¿Y el cuello? . . . ¿Por qué se los quebró?

MERLUZA —No cabían en el tarro.

EVA —Pero, ¿tirarlos? Usted mismo me dijo que los había puesto en el closet.

MERLUZA —Tampoco cabían. (*Reclamando con inocencia*) ¡Pero si usted misma me dijo que los encontraba horribles!

EVA —Sí, pero . . .

MERLUZA —¡Le haré unos de papel! ¡Le juro que cuando vuelva en la tarde, le tengo hechos un gallo y un burro de papel! ¿Mmh? ¿Qué me dice? ¡Con patas firmes y rojas y una gran cresta dorada! ¡Un gallo fuerte y poderoso! ¿Mmh? ¿Le parece bien?

EVA (*No sabe qué decir*) Bueno, yo . . .

MERLUZA (*Con sonrisa amplia, juguetona, hueca*) ¿No le molesta que lo haga, no es cierto?

AMBOS (*Al unísono*) «No, ¿por qué me iba a molestar?» (*«El Merluza» ríe. Eva entra en coro. Ambos ríen. «El Merluza», al final, exageradamente. Casi destempladamente, cubriendo la risa de Eva con la suya*)

ESCENA CUARTA

La tarde de ese mismo día. Todos los muebles están cambiados de lugar. La jaula del canario, con la puerta abierta, está vacía.

La pantalla de la lámpara de pie ha sido sacada. Sirve ahora de florero para tres enormes flores de papel, ensartadas en alambres. Además hay flores colgadas de las paredes, de la lámpara. «El Merluza», con las piernas forradas en una manta y una botella de coñac a su lado, está arrellanado en el sillón mirando la televisión. Se acaba de lavar el pelo. Tiene una toalla envuelta alrededor de la cabeza. Está contento. La televisión lo entretiene a morir. En la pantalla, que no se ve, suenan unos disparos; gritos de indios. «El Merluza» va poco a poco absorbiéndose en la acción. Imita los movimientos que ve. Se esconde tras el sillón. Dispara hacia el aparato. Salta por encima del sillón. Vuelve a disparar. Lo alcanza una bala imaginaria. «Muere» aparatosamente en medio del living. Está crucificado, así, en el suelo, cuando se abre la puerta, y entra Eva. Trae paquetes bajo el brazo.

EVA —¡Beto! (*«El Merluza» no se mueve*) ¡Beto! ¿Qué le pasa? (*Deja los paquetes en el suelo. Se arrodilla junto a él*) ¿Qué le pasa? (*Lo toca*) ¡Beto, Dios mío! (*Le toca la cara*) ¡Beto, despierte! ¿Qué le pasa, Dios mío? (*Busca desesperadamente algo a su alrededor. Va a la cocina y retorna con un vaso de agua. Le da de beber, mientras le sostiene la cabeza. «El Merluza» abre un ojo*)

MERLUZA —¿Trajo los pantalones?

EVA —¡Oh, Beto, Dios mío, el susto que me hizo pasar! ¿Por qué hizo eso?

MERLUZA —¿Azul? ¿Con rayitas blancas? (*Eva le pasa un paquete que «El Merluza» abre ávidamente. Un grito de estupor*) ¡Son grises!

EVA —Sí. No encontré lo que usted quería.

MERLUZA —¡Pero yo le pedí azules!

EVA —Le digo. No encontré como usted quería.

MERLUZA (*Grita*) ¡Azules con una raya blanca! ¡Una por centímetro! ¿Y usted me trae grises! ¿Qué quiere que haga con éstos?

EVA —Busqué en todas las tiendas, pero . . .

MERLUZA —¡No buscó! ¡No buscó bastante!

EVA —Sí lo hice, Beto, pero . . .

MERLUZA —No buscó. Ayer vi tres pares en diferentes tiendas. (*Mantiene los pantalones en alto*) ¿Qué voy a parecer en éstos? ¿Qué me va a decir el Mario cuando me vea en éstos? Que soy uno de esos pijes de la Plaza España; ¡eso me va a decir que parezco! Uno de esos pijes de los Departamentos de la Plaza de España, que sólo sirven para calentarles la cama a sus hembras. Pijes de pollera. Pijes de gusta blanda. ¡Eso va a decir que parezco! (*Los lanza lejos*) ¡No los quiero! (*Eva los recoge con un gesto de desaliento. Los vuelve a envolver*)

EVA —No creí que importara tanto.

MERLUZA —No, claro, para un tipo que anda en harapos, cualquier cosa es buena.

EVA —No lo hice pensando así. (*Larga pausa embarazosa. «El Merluza» apaga la televisión*)

MERLUZA —¿Le gusta el arreglo que hice con los muebles?

EVA (*Distraída*) Oh, sí . . . muy bien.

MERLUZA —¿Está mejor así?

EVA —Mejor, sí.

MERLUZA —¿Y las flores, le gustan?

EVA —Bonitas, sí.

MERLUZA —El canario se escapó. (*Eva se vuelve hacia la jaula*)

EVA —¿Pepito? ¡Oh, Dios! ¿Y cómo fue?

MERLUZA (*En medio de la habitación; la viva imagen de la inocencia*) Abrí la puerta para darle alpiste y zas, ¡se largó!

EVA —¿Y dónde está?

MERLUZA —No sé . . . (*Eva va hacia la ventana y mira afuera*) Fue cuando abrí la puerta para darle alpiste que se largó. Voló un rato por la pieza, se metió al dormitorio, a la cocina y volvió a pasar por

encima de mi cabeza. Traté de agarrarlo con una toalla. Pesqué una toalla del baño y traté de agarrarlo. Por un momento creí que le tenía pescado. Fue cuando se paró sobre el marco de ese cuadro. Me paré frente a él, esperando el momento de tirarle encima la toalla, pero fue ahí cuando me di cuenta que no quería que lo agarrara. (*Eva se vuelve hacia él*) Estaba todo de parte mía. No podia fallar. Era cuestión de tirar la cosa esa y zas, ¡habría sido mío! Pero fue ahí que me di cuenta que no quería que lo agarrara. Algo que había en su actitud, ¿me comprende?

EVA —¿De modo que lo dejó ire?

MERLUZA —No sé. Simplemente, por un momento, no pude hacer nada. Creo que fue ahí que volvió a emprender vuelo, dio una vuelta por todo el departamento y, finalmente, salió por esa ventana . . . hacia los aromos en flor. Debe ser por culpa mía. Creo que nunca le caí en gracia al pajarito ése. Desde el primer día observé que me miraba de reojo, como con recelo. Debe ser que él, antes que yo mismo, se dio cuenta que los dos no cabíamos en una misma habitación. (*Vuelve su sonrisa que no dice nada*) Los animalitos tienen una tremenda perspicacia para estas cosas. Es una suerte que él partió primero, porque si no, a lo mejor, me toca a mí . . . (*Eva desaparece en el dormitorio. Grita tras ella*) ¿Sabe que hasta alcancé a ponerle apodo? . . . ¡«Corsario» le puse! Un nombre raro para un canario, ya sé, pero es que a mí ese nombre me recuerda algo. ¡Qué tal vez es necesario ser muy valiente para soportar una jaula! «Corsario». ¡Pobrecito! (*Espera un rato*) ¿Quiere que me vaya? (*Eva sale poniéndose la bata sobre el vestido. No puede dejar de sonreír de ver la facha de «El Merluza», parado en medio de la habitación, los brazos caídos, envuelto en la manta, la cabeza envuelta con la toalla, las piernas desnudas, culpable, compungido, contrito*)

EVA —¿Y por qué voy a querer que se vaya?

MERLUZA —Por lo del pajarito. Desde que llegué no he hecho otra cosa que armar líos.

EVA —Usted no es más que un niño consentido, Beto.

MERLUZA —Rechazarle con tanta grosería los lindos pantalones que me compró. (*Eva lo toma de una mano*)

EVA —Venga, niño consentido. Hace tiempo que creo que debemos hablar algo. Poner algo en claro.

MERLUZA —Con todo el cariño con que usted me ha recibido. (*Eva lo sienta a su lado en el sillón. Le pone un dedo sobre los labios*)

EVA —¿Qué estabas haciendo en el Jardín Botánico el día que yo pintaba laureles, niño regalón?

MERLUZA —Bueno . . . andaba por ahí . . .

EVA —Vamos, dime la verdad . . . (*«El Merluza» se mantiene alejado de ella*)

MERLUZA —Usted me tutea.

EVA —Hazlo tú también, si lo deseas. ¿No me voy a quebrar, por eso, no crees?

MERLUZA —Ahí la tenemos otra vez, riéndose de mí.

EVA (*Impaciente*) Oh, Beto, vamos, déjate de cosas, ¿quieres? No vamos a pasar una vida, tú con tus susceptibilidades y yo, aquí sin saber cómo tomarte. Yo sé que no eres lo que pareces o lo que pretendes parecer. Algún desliz, alguna resbalada por la pendiente de la vida (*Hace un gesto como divertida de su propio cliché*) te llevó donde te hallas ahora, pero yo sé que no eres lo que pareces . . . o no pareces lo que eres. A mí nada de eso me importa; ya ves que ni siquiera te pregunto. ¿Me puedes culpar de eso: de haberte preguntado? (*«El Merluza» niega con movimientos de cabeza*) No, ¿no es cierto? Entonces, ¿por qué no te pones a tono? ¿Hablamos de igual a igual?

MERLUZA —¿De igual a qué?

EVA —Bueno, de igual a igual, ya te dije.

MERLUZA —Y si yo no fuera lo que pareciere o no pareciere lo que fuera, no podríamos hablar así, ¿no es cierto? ¿De igual a igual?

EVA —Bueno, tal vez, no . . .

MERLUZA —¿Por qué?

EVA —Porque ahí estarían tus susceptibilidades, impidiéndolo. (*Se acerca un poco más a él*) Vamos, tontito, dime . . . ¿Qué hacías en el Jardín?

MERLUZA —Mirando los loritos.

EVA —No, en verdad . . . ¿qué hacías?

MERLUZA (*Con ritmo acelerado*) El Mario me había mandado a recoger puchitos frente al quiosco del orfeón, para hacer tabaco molido, para ir a venderlo al prostíbulo de «La Marquesa». (*Pausa*)

EVA —No quieres confesarlo, ¿eh?

MERLUZA —También la Chencha, la vieja sorda que vende diarios frente al Congreso, me había pedido que le fuera a tirar las plumas a la cola de los loros, para hacerse un adorno para el sombrero.

EVA —Ayer, recién llegado, me dijiste que hace un año me recordabas pintando laureles en flor en el Jardín, con mi sombrero de paja de cintas verdes. A menos que seas muy observador y tengas una memoria muy especial, nadie podría creerte que pudieras guardar esos detalles durante tanto tiempo, si no fuera por una razón muy especial, también . . .

MERLUZA —¿Razón especial?

EVA —Inclinación especial . . .

MERLUZA —¿Inclinación especial? (*Está de espaldas a ella, alejado de ella*)

EVA —Oh, Beto, ¡no seas tan . . . tímido! (*«El Merluza» se levanta*)

MERLUZA —Es que no puede ser.

EVA (*Desde su lugar*) ¿Por qué?

MERLUZA —¿A dónde conduciría eso?

EVA —¿Y a quién le importa? Es raro que tú, con la vida que llevas, te estés preocupando del mañana. Como si toda tu vida te hubieras pasado previendo cosas. Apuesto que en tu vida te has preocupado de nada. ¿Por qué te preocupas ahora, entonces? ¿Estoy preocupada yo, acaso?

MERLUZA —Con usted es diferente.

EVA —¿Por qué conmigo?

MERLUZA —¡Porque usted sabe lo que yo no sé!

EVA —¿Qué es lo que sé?

MERLUZA —Que yo no soy lo que parezco o no parezco lo que soy. En cambio yo sólo sé que soy lo que parezco y no que no soy lo que no parezco. En otras palabras, usted tiene su fantasía y yo sólo mi realidad, que es mucho más pobre, mucho más triste, mucho más desilusionante. (*Con voz entrecortada*) Esa es la ventaja que usted me lleva, aunque usted diga que no me preocupo. Lo que pasa es que uno se preocupa tanto de preocuparse, que al final, ya no se preocupa más de preocuparse.

EVA —Beto . . . Beto, ¡vuélvete! (*«El Merluza» se vuelve. Baja la vista*) Si fueras sólo el pobre vagabundo que aparentas ser, no podríamos siquiera entablar esta conversación, ¿no te parece? Ya lo nuestro habría terminado hace mucho tiempo. Ayer mismo tal vez; después de darte la sopa caliente, te habría largado, porque es muy seguro que habrías terminado por aburrirme. No hay nada más aburrido que la conversación de los pobres cuando se autoconduelen, ¿no te parece? (*Al «Merluza» le parece. Asiente con la cabeza, siempre mirando al suelo. Eva se acerca a él. Le toma de un brazo*) Desde el primer momento que te vi, supe quién eras. Comprendo que tu timidez debe ser consecuencia del mal trato que te ha dado la vida. Cosas que te han sucedido han terminado por acoquinarte. Quiero que me creas muy sincera cuando te digo que a mí no me importa. No pongo barreras falsas entre nosotros, ¿me comprendes? (*«El Merluza» comprende*) ¿Crees que soy tu amiga, Beto? (*«El Merluza» cree*) ¿Entonces?

MERLUZA —Entonces vamos a tener que cambiar los muebles que hay aquí.

EVA —¿Los muebles? ¿Por qué?

MERLUZA —No me gustan.

EVA —¿No te gustan?

MERLUZA —Es lo que dije.

EVA —Bueno . . . qué tiene que ver . . .

MERLUZA —No tienen clase.

EVA —¿Clase?

MERLUZA —Estilo . . . no tienen estilo. (*Con irritación*) ¡Trastos que uno encuentra por miles, por ahí, en cualquier negociucho de adefesios de segunda mano! ¡De sólo verlos dan ganas de gritar! ¡No tienen imaginación, ni fantasía, ni ensueño de ninguna especie! (*«El Merluza» gira hacia Eva*) A ver, ¿cuánto tiempo demoró en elegirlos?

EVA —Bueno, yo . . .

MERLUZA —¡Ni cinco minutos, apuesto! Entró a la tienda como quien entra a comprar una aspirina y marcó, con el dedo, el primer trasto que se le vino a los ojos. Cualquier cosa que sirviera para tirar el cuerpo y quedarse dormido. Bueno, ¡usted está equivocada! Se necesita ser un poeta para elegir un mueble y darle la categoría que se merece. Todas las células nerviosas del refinamiento deben ser puestas en tensión, cuando ha llegado el momento de decidir. Usted es como Fabián, el loco que vive al otro lado del estero, que agarra cualquier cosa donde poner el culo . . . un tarro de parafina viejo . . . una maleta desvencijada . . . sus zapatos . . . el pecho del Sandilla, un vago sifilítico que anda por ahí con él, robando durmientes del ferrocarril . . . ¡cualquier cosa! ¡Como si con eso estuviera resuelto el problema! ¡La elección de un mueble es un acto de liturgia! (*Hace lo que va describiendo. A medida que lo hace así su excitación va en aumento. Su concentración en lo que va diciendo lo absorbe enteramente. Termina como arguyendo con otro ser que hay dentro de sí mismo, y a quien debe convencer*) Hay que levantarle las polleras y ver si tiene los largueros de álamo o de caoba, porque nunca falta algún desgraciado que quiere meterle a uno gato por liebre y hacerle pasar álamo por caoba, y eso no estaría bien, porque podrían enterarse las visitas. Después, también es importante que estén todos los clavos en su lugar. Todos los clavos, o más bien, toda la cola, porque podría resultar que no fueran flecos de raso sino simples borlas de paño ordinaria, las que aquel hijo de puta le quiere meter a uno. Y también es importante, importantísimo, de primera importancia, preocuparse de la forma, del color, del diseño, de si es brocato o terciopelo, de si está hoy de moda la silueta oblonga o el diseño recto, de si son tarugos de corte cóncavo o convexo, de si le han puesto clavos los hijos de puta, ¡clavos y no tornillos! Porque las visitas al sentarse no deben caer simplemente en los sillones, sino que al doblar las rodillas deben

más bien encontrarse . . . ¡eso es! . . . encontrarse con la anatomía del asiento ajustada a sus posaderas. ¡Todo eso debe tomarse en cuenta! ¡Todo eso debe considerarse con el mayor cuidado! ¡Porque todo ello es de máxima importancia! ¡De primera importancia! ¡De primerísima importancia! (*Termina extenuado*) Hay que poner en ello la vida, si fuera necesario. ¡Eso es lo que no quiere comprender el loco Fabián! (*Pausa*) Tendremos que cambiar estos muebles. Se lo debemos a las visitas.

EVA —Bien, los cambiaremos. ¿Tú eliges? ¿Estás conforme?

MERLUZA —¿Cuándo?

EVA —¿Mañana?

MERLUZA —Mañana ya no estaré aquí.

EVA —¿No te das cuenta, tontito, que a contar de hoy estarás aquí mañana y todos los días que quieras?

MERLUZA —Tendremos que salir a la calle.

EVA —¿Para qué?

MERLUZA —Para eligir los muebles.

EVA —¿Y qué hay con eso? Saldremos pues.

MERLUZA —¿Con qué ropa?

EVA —Te compraré un traje.

MERLUZA —Gris.

EVA —Creí que lo querías azul con rayas blancas.

MERLUZA —Ese es el pantalón. El traje lo quiero gris. Gris con pequeños lunares blancos, apenas visibles; más bien invisibles que visibles . . . más bien . . .

EVA —Cómo tú digas. ¿Estás conforme? (*«El Merluza» la mira de reojo. Receloso. Glacial*)

MERLUZA —No, sin antes decirme cómo va a ser.

EVA —¿Cómo va a ser qué?

MERLUZA —¿Esa marcha por la calle?

EVA —No te entiendo.

MERLUZA —¿Voy a ir delante o detrás de usted?

EVA —Ya estamos de nuevo. A mi lado, si quieres.

MERLUZA —¿A qué distancia? ¿Un metro? ¿Dos? ¿Lo ha pensado? (*Eva no responde*) ¿Y? ¿Qué le vamos a decir al tendero? . . . Porque hay tipos suspicaces, tremendamente suspicaces; ven un andrajo y deducen un mundo de cosas. A la simple vista de un andrajo, se les despierta toda una fantasía mitológica. (*Se vuelve hacia Eva*) ¿Entiende lo que quiero decir? Tendremos que tener el mayor cuidado. (*Con la cara en blanco*) ¿Cree que resultará si le decimos que juego . . . tenis?

EVA —¿Tenis? ¿Y por qué eso?

MERLUZA —¿Su marido no juega tenis?

EVA —Sí. ¿Y cómo lo sabes?

MERLUZA (*Indica hacia el dormitorio*) Los pantalones y la polera, ahí, en el closet. ¿Cree que podría pasar?

EVA —Tu podrías «pasar» por cualquier cosa. (*La sonrisa en blanco de «El Merluza»*)

MERLUZA (*Inocente*) ¿Hasta por gigoló? (*Ríe. Una risa dolorosa, entrecortada*)

EVA (*Se acerca a él*) Esta noche vas a volver a dormir aquí, en el sillón, pero yo no cerraré la puerta de mi dormitorio . . . Ya no desconfío, ¿ves? (*Toma las manos de «El Merluza»*) Si te sientes . . . solo, no dudes en llamarme. Tengo el sueño liviano. (*Muy cerca de él*) Al menos que no sientas atracción por solteronas de más de cuarenta, que pintan por desesperación, o guarden por nostalgia la ropa del hombre que dejó el nido hace siglos. Una solterona que ni siquiera sabe comprar muebles apropiados . . .

MERLUZA (*Rígido*) ¿Tendré que . . . bañarme, de nuevo? (*Eva apoya su cabeza en el pecho de él*)

EVA —¡Oh, Beto, ¡entrégate! Descansa . . . (*Después de un rato*) Apoyar la cabeza en tu pecho es como apoyarla en una roca. ¿Qué te ha hecho la vida que te ha dejado así?

MERLUZA —Comment dites vous, madame? (*Lo mira; lo besa en la mejilla*) Oh, mi amor . . . (*«El Merluza» mira de frente. Es una roca, una esfinge*) Sí. Es de la mayor importancia, de primerísima importancia, elegir las palabras apropiadas para decir lo que uno quiere decir. Hay en ello todo un proceso de selección cuidadosamente prearreglado por el espíritu. Proceso en el cual nada tiene que ver la propia voluntad. Lo fundamental es creer en la belleza de sus propias expresiones, ya que sin el aporte de la entrega de uno, las palabras, lanzadas a su propio capricho, adquieren una falsa dimensión, en que ni siquiera uno mismo, y mucho menos los demás, pueden hallar nada que les evoque ni siquiera una mentira. Lo importante, entonces, es decir lo que uno quiere decir, sin decirlo, para que los demás aporten todo el peso de su propio . . . engaño. Sólo así podrá uno ser feliz.

EVA —¡Oh Dios! (*«El Merluza» comienza a hacer figuritas con las manos, que se proyecten en el muro, al frente*)

MERLUZA —Un conejo, ¿ve? . . . Una lechuza . . . Un niño . . . Un niño asustado. (*Mira a Eva*) ¿Tiene un hacha?

EVA —Sí . . .

MERLUZA —¿Y un serrucho? ¿Y martillo?

EVA —Sí.

MERLUZA —Démelos. Esta noche haré unos muebles como a mí me gustan.

EVA —Están en la cocina. (*Eva va hacia la cocina. Se oye un grito*) ¿Y esto? ¿Qué le pasó a Pepito? (*Sale con el canario muerto colgado de su mano*) ¿Quién le hizo esto?

MERLUZA (*Desconsolado, atropelladamente, como niño sorprendido en falta*) ¡Ya le dije! ¡Quise cazarlo, pero él no me dejó que lo cazara! ¡Desde el comienzo me tomó inquina! Desde la primera mirada, me miró de reojo. Lo seguí por toda la pieza. ¡Le rogué, le imploré que se dejara cazar, pero insistía en seguir volando! ¡No quiso oír mis ruegos! (*Pausa*) Cuando finalmente ya no pudo seguir volando, estaba demasiado agotado para entender el sentido de mis súplicas. Expiró sin haberme dado siquiera la ocasión de darle una explicación. (*Otra pausa*) Pude haber querido a ese pajarito . . . (*Sollozo*) Pude haberlo querido verdaderamente . . . si sólo me hubiera dejado . . . (*Mira a Eva*) ¡Pobre Pepito! ¡Pobre Corsario maricón!

ESCENA QUINTA

En la radio tocan «El vals de las libélulas». «El Merluza» en tenida de tenis, de rodillas en medio del living, clava una silla rústica, o más bien lo que parece una silla, con los restos de un sillón desarmado. Del sillón no queda más que un montón disperso de algodones y plumas, resortes y tela desgarrada. El maderamen también ha sido deshecho violentamente, como si un ave de rapiña hubiese hecho presa de todo.

Tampoco están los cuadros. En lugar de ellos cuelgan ahora páginas de periódicos. Hay más flores de papel dispersas en diversos lugares. Son ahora flores de mayor tamaño, hechas con menos cuidado; simulacros de flores, como hechas sólo a base de páginas enteras de periódicos, arrugadas, atadas en su base con alambres. «El Merluza» tararea feliz la música mientras trabaja. Después de un rato aparece Eva, en bata, en el vano de la puerta del dormitorio. Por un momento mira cómo «El Merluza» trabaja; luego . . .

EVA —Te oí trabajar toda la noche; como si un gran raton se hubiese colado en mi departamento. (*Mira la habitación*) No se puede decir que no te ha cundido.

MERLUZA —¿Le gusta?

EVA —Buen trabajo.

MERLUZA —Me pescó la fiebre. Cuando pesco la fiebre es como si viera doble. Veo una cosa por hacer y ya está la otra, ahí, por hacerse.

Cuando ataco la otra, ya hay una nueva pidiendo que le ponga empeño, y así, sucesivamente . . . El Mario nunca me ha dado crédito como carpintero.

EVA —Debería venir, ahora, a ver.

MERLUZA —Dice que soy bueno para desarmar cosas; romperlas. Pero que para hacer carpintería, verdadera carpintería . . . hacerla verdaderamente . . . ¿me comprende usted?

EVA —Sí.

MERLUZA —Dice que no sirvo. «Eres un vándalo», me dice. Me lo pasa diciendo continuamente. Tal vez porque siempre me ha visto sólo en esto: reuniendo un todo de piezas dispersas; armando puzzles de deshechos . . . ¿me comprende usted? (*Eva ha ido a sentarse en el único sillón que queda*)

EVA —Debe ser por eso.

MERLUZA —Eso es lo malo con el Mario. Sólo tiene imaginación para las cosas a posteriori. No tiene imaginación para las cosas a priori. Pienso que ahora debería verme en esto, ¿no cree?

EVA —Ya lo dije.

MERLUZA —Esto le cerraría la jeta al mal hablado, ¿no cree usted? (*No espera respuesta. Levanta en alto, en triunfo, la silla que acaba de terminar*) ¡Luis XV! ¿Qué le parece? ¿O Luis XVI tal vez?

EVA —Restauración.

MERLUZA (*La idea le cae en gracia. Ríe*) ¡Restauración! Tiene gracia, ¿sabe? ¡Restauración! ¡No había pensado en ello! (*Siempre riendo*) Eso es lo que me gusta en usted, ¿sabe? Que tiene sentido del humor. Desde el primer momento que metí mis sucias gambas en su reino. Entro aquí y le rompo todos los muebles, le suelto el canario, le revuelvo todo el closet, le lleno la pieza de horribles flores de papel y usted siempre . . . complaciente. Siempre sonriendo.

EVA —¿Y qué otra cosa me queda por hacer?

MERLUZA —Sí. La fuerza de las circunstancias, ¿no?

EVA —«Del destino» . . . (*«El Merluza» se pone serio bruscamente*)

MERLUZA —El destino es la cirrosis o un pulmón agujereado por una vida estúpida perdida en borracheras. No lo confunda con otra cosa. Yo estoy aquí, estrictamente, por culpa de una sopa caliente, no lo olvide. (*«El Merluza» le muestra la silla en la cual ha estado trabajando nuevamente*) ¿Le gusta ahora?

EVA (*Seria*) ¡Beto! Dejé abierta la puerta anoche . . . No entraste. (*«El Merluza» se concentra en su trabajo*) Te esperé . . . (*Pausa; sonrisa incierta*) Y ya que no entraste, tampoco pudiste darte cuenta que hasta me puse, anoche, una camisa de dormir especial . . . La camisa que usé en mi primera noche de . . . (*Ríe vagamente*)

«amor». Después, mi marido me la hacía poner en nuestros aniversarios. Un camisón largo, celeste, con dos rosetas, aquí, sobre el escote . . . Un camisón que mantiene el olor de los pinos de San Esteban . . . Mi marido opinaba así, al menos . . . Que guardaba el aroma de nuestra primera noche bajo los pinos de San Esteban . . . con las olas del mar rompiendo muy cerca, casi a nuestros pies . . . y la luna . . . la luna eterna, (*Sonríe*) una luna intrusa y amiga, presenciando nuestra . . . «pasión» . . . (*Espera*) ¿Lo creerías tú, Beto? ¿Que yo sería capaz de eso? ¿De una noche de pasión bajo los pinos, con sólo la luna de testigo, y el camisón celeste de almohada? (*Se lleva la mano a la frente*) No parecería, ¿no es cierto? Eso es lo que te hace tan injusto: que no crees que eso es posible, o que ya no sea posible. ¿Porque tú crees que *ya* no es posible, no es cierto? (*«El Merluza» trabaja. Un gesto vago, huidizo; una sonrisa incierta; un breve desvanecimiento*) Que una solterona como yo, oh Dios, se despoje de su pudor y abra sus brazos al amor . . . con sólo el aroma de los pinos de testigo . . . y la luna intrusa . . . (*Lo mira*) ¡Contéstame! . . . ¡Ni oyes lo que digo! (*Va sobre la radio y la corta con un ademán nervioso*) ¡Contéstame! ¿Lo crees posible?

MERLUZA (*«El Merluza» ha terminado su silla. La levanta en el aire. La sacude en triunfo*) ¡La terminé! ¡La terminé! ¡Ahora me gustaría invitar al Mario a que viera esto! ¡Le cerraría la jeta al pesimista! ¡Largueros firmes, bien ensamblados! ¡Respaldo duro, como se pide! ¡Firmeza en toda la línea! ¡Siempre se lo dije a Fabián! Lo que pasa con nosotros, loco—le dije—es que no sabemos comprar. Nos quejamos. Nos lamentamos. Partimos siempre de la base que no podremos comprar nunca lo que queremos. Nos pasamos todo el día . . . ¿Cómo dijo usted ayer? ¡«Autocondoliéndonos»! ¡Eso es! «Autocondoliéndonos». Tiene gracia, ¿sabe? . . . «Autocondoliéndonos». (*Sentencioso de pronto. Pomposo*) ¡Para el que no sabe comprar, nada bueno le cabe esperar! Para el que no sabe adquirir, sólo le cabe . . . morir! (*Ríe*) ¡Me salió verso, sin esfuerzo! (*Muestra la silla a Eva*) ¿Le gusta?

EVA —Me gusta.

MERLUZA —¡Mentira! Lo dice por una motivación secreta encerrada ahí, en esa cabeza suya. Lo dice por compasión. Conozco los síntomas en la voz. Conozco cada inflexión de la voz; cuando alguien habla por misericordia. Es la voz del que baja la mano para dar algo, que es distinta a la voz del que sube la mano para recibir. A ver, diga: «Me gusta tu silla» . . .

EVA —Me gusta tu silla. (*«El Merluza» da un grito, de triunfo*)

MERLUZA —¿Ve? ¡Ahí está! ¡Ese temblor incierto! ¡Usted me tiene compasión! (*«El Merluza» sacude la silla*) Esta silla es horrible. Mal

gusto. Mal armada. Los largueros no juntan. El respaldo se desarma. (*Comienza a desarmarla*) Las piezas no ajustan. Se ve la mano sin clase. (*A cada ocurrencia va soltando una pieza de la silla hechiza*) ¡Sin refinamiento . . . chata . . . primitiva . . . ordinaria . . . de una concepción hecha por un hombre . . . del PUEBLO! (*Bota al suelo los restos que queden*) Esa silla merecía estar junto a un fogón de trapos sucios a la orilla del río, y no en un bonito departamento de la Plaza España. (*Descansa*) El fin de una quimera. (*Mira a Eva*) Debió haberlo dicho, sin embargo.

EVA (*Tras pausa, con naturalidad*) ¿Por qué iba a decirte algo que no siento?

MERLUZA —Porque esto establece un abismo entre usted y yo, ¿comprende? Un abismo que es tan ancho como una vuelta a la tierra entera. (*Declamatorio, impersonal, sentencioso nuevamente*) La piedad es el puente colgante roto que une la ira con una guata contenta. (*Sonríe con su sonrisa vacía en toda la cara*) ¿Le gustó eso?

EVA —¡Oh, Dios, Beto! ¿Cómo debo tomarte? (*«El Merluza» la mira desolado*) Te juro que no sé. Desde que llegaste te abrí la puerta de mi casa; te recibí en ella, con todo mi cariño. Procuré darte todo lo que tengo, pero tú persistes en . . . ignorarme. (*Durante todo el parlamento siguiente, «El Merluza» está ahí, en medio de la habitación, y mientras Eva habla, todo en él va tomando un aire desolado, como de niño culpable que recibe una reprimenda por una falta que ya no puede reparar*) Te hablo con cariño y me respondes con una ironía. Quiero ser sincera contigo y me rechazas diciendo que miento. Hago lo posible por borrar entre nosotros todo signo que te recuerde tu pobreza, pero insistes en recordártelo . . . (*«El Merluza» comienza a temblar. Es el niño desamparado que tiene frío, que tiene miedo. La mínima expresión, disminuida y triste, del niño de las ruinas, hambriento, desvalido*) No soy esa mujer rica, desalmada y frívola que pareces ver en mí. Soy una pobre mujer sola. Muy sola, Beto . . . Una mujer ávida de amistad y cariño . . . Te ofrezco mi corazón, Beto. (*Va sobre él y le toma la cara. «El Merluza» tiembla. Un temblor que lo estremece y que no puede controlar*) ¡Oh, mi amor, cálmate! ¡Tu mujercita está aquí contigo y te va a dar todo el calor que te han negado! (*«El Merluza» mira ante sí al vacío*) ¡Beto, mírame! ¡Estoy aquí! . . . Te quiero, ¿me oyes? Te quiero . . . (*Lo sacude*) ¡Mírame! ¡Por amor a Dios, mírame! (*Lo sacude más violentamente*) ¡Te estoy hablando! ¡Escúchame! (*Lo estremece*) ¡Escúchame, maldito! (*Nada, cae a sus pies. Lentamente «El Merluza» deja de temblar. Están así un largo rato. Sigue sonando «El vals de las libélulas», en el vacío*)

MERLUZA (*Después de pausa*) Todavía no me ha dicho cómo me queda la tenida de tenis. (*Lo dice sin mirarla, con los ojos clavados en el vacío. Eva lanza un grito*)

EVA —¡Ohhh! ¡Tu soberbia es tan grande que no quieres que te ayuden! (*Eva se levanta. Iracunda*) ¿Nadie se puede acercar a tu preciosa persona, eh? ¡Bueno, yo te voy a decir lo que pareces en esa tenida! (*Toma las flores de papel y los demás objetos de papel y se los lanza a medida que habla*) ¿Sabes lo que pareces? ¡Un monigote ridículo y grotesco! ¡Ni siquiera pecho tienes! Ni siquiera espalda tienes. (*Espera su reacción, que no se produce*) ¡Tú no tienes espalda. Tienes joroba! (*Espera. Con voz desfallecida*) ¡Tú no tienes músculos! Tienes . . . ganchos . . . (*Larga pausa*)

MERLUZA (*Lejano, muy tenuemente, como recitando*) Y entonces desde la espesura, salió volando un pajarillo. Voló un instante sobre el verde follaje . . .

EVA —Oh . . .

MERLUZA —. . . Sobre las escenas llenas de luz. Vuela, pequeño Corsario, le dije (*Eva se tapa los oídos*) . . . vuela pajarillo . . . (*«El Merluza» la mira con sonrisa misericordiosa. Se sienta junto a ella. Sentencioso*) El amor es la tregua entre dos agotamientos. El amor es la dentadura rota en una boca hambrienta . . . ¿Qué me dice? ¿Le gustó?

EVA (*Lo mira con ojos llorosos*) Quiero que te vayas. (*«El Merluza» la mira perplejo*)

MERLUZA —¿Me está echando afuera?

EVA —Sí.

MERLUZA —¿Y qué voy a hacer?

EVA —¡No me importa! ¡Ándate!

MERLUZA —Se lo dije al Mario . . . Le dije . . . Esa gente que vive en los departamentos de la Plaza España, a la primera contrariedad, se escabullen en una buena sinfonía o en la procesión del Carmen. (*Se levanta*) ¿Sabe lo que vi hacer una vez a un mono en el circo? Ese mono trataba de llegar donde su mona, pero no podía, porque los habían separado en jaulas diferentes y se lo impedían los barrotes. Sería como la una de la tarde cuando lo vi tratar de allegarse junto a ella por primera vez. En la noche todavía no lo había conseguido, pero seguía tratando. Tenía el pecho todo sanguinolento y los dientes mellados contra los fierros, pero aún persistía. Cuando al fin lo consiguió, fue al día siguiente, cuando llevaron a la mona al sepelio de su compañero . . . Triste, ¿no? . . . (*Tiene ganas de conversar. Se sienta a los pies de Eva. Cruza las piernas en actitud hindú*) Ése es amor, ¿ve? Eso, naturalmente, siempre que el amor aún exista. San Simeón, el tonto del Puente

de la Constitución, dice que no. En verdad, tampoco lo dice, siquiera. Uno no hace más que deducirlo, dada su actitud tan . . . peculiar. ¿Sabe lo que hace, o lo que no hace? Se está sentado noche y día, sobre el pretil del Puente, mirando el agua que pasa. Si una le habla: nada. Si uno lo puncetea: nada. Si uno le grita: ¡Uuuuuh!: nada. Simplemente ya no le interesa nada. Ha llegado a ese estado de absoluto renunciamiento a la vida donde ya ni siquiera la lucha es posible. Dicen que un día una paloma hizo nido en su sombrero y que no se dio cuenta. Es leyenda, naturalmente, pero ilustra la situación, ¿no cree?

EVA —¿No oíste lo que pedí?

MERLUZA —¿Qué?

EVA —Que te fueras . . .

MERLUZA —¿Usted cree eso? ¿Qué hemos llegado a ese punto de desnutrición espiritual, donde ya ni siquiera la lucha es posible? (*Eva se levanta. Da un grito y huye hacia el dormitorio. Se encierra en él. «El Merluza» la mira huir. Se acerca a la jaula*) ¿Lo crees tú, Corsario? (*La columpia a manotazos*) ¿Que hemos llegado a ese punto de desamor donde ya ni siquiera el amor es posible? (*Le da golpes más violentos. La jaula casi golpea el techo. Como en una entrevista, ridiculizando los clichés*) «¿Lo cree usted, señor Caricontento? ¿Que el alma humana se encuentra en un lamentable estado de postración espiritual donde ya ni siquiera la confianza mutua es posible? ¿Lo cree usted, señorita Sonrisa?» (*Da un manotón a la jaula*) ¿Lo crees tú, pájaro maricón? ¿Ah? ¿Qué dices? ¿No crees tú, que volarte, así, de la pieza, sin despedirte siquiera, fue una mariconada muy grande, pájaro cabrón? ¿Qué dices? ¿Ah? (*La jaula se destroza contra la pared*)

ESCENA SEXTA

La noche de ese día. Ya en la habitación no queda nada del decorado inicial. Todo está revuelto. Todo patas arriba. La cortina ya no está. En vez de ella, cuelgan pantalones de hombre. De esquina a esquina cuelgan guirnaldas hechas de camisas de hombre atadas de las mangas, entrelazadas de otras, hechas de enaguas y corpiños atados. Muebles han sido compuestos con trozos de los muebles primitivos, unidos por retazos de chalecos de lana, frazadas y colchas desgarradas. Las lámparas que colgaban están de pie. Las que estaban de pie cuelgan. Los muros están cubiertos de dibujos y figuras infantiles hechas con tizones de corcho quemado: «El Gato», «El Malo», «La Mano», etc. . . . También hay dichos: «Yo soy bueno»,

«Cristo es Rey», «Dios está a mi diestra», «Viva yo». En esencia, nada está en su lugar. Lo único que guarda alguna apariencia de arreglo premeditado son las flores de papel. Grandes flores de papel, nuevas y más numerosas, que cuelgan profusamente de las guirnaldas, de los muros, que cubren los rincones. Eva, de pie en medio del desorden, se deja probar un vestido de novia, que «El Merluza» acomoda sobre su cuerpo con solícito cuidado.

MERLUZA (*Clavando alfileres; sujetando ganchos*) ¿Ve usted? ¿Ve usted cómo con un poco de esperanza, un poco de buena voluntad, valía la pena escarbar el viejo baúl? Un poco apretado estaba, es cierto, un poco arrugado, pero debemos concederle que nunca sospechó que alguna vez le tocaría . . . una segunda oportunidad, ¿no cree? (*Se aleja. Mira su obra*) ¿O fue por una primera que nunca fue? (*Ubica un pliegue*) ¡Ahí está! ¡Eso es! Un poco apretado en las caderas, tal vez. Por culpa de las féculas, o los años . . . o los descuidos; pero pasa la prueba, ¿no? (*Ubica otro pliegue. El sastre que habla a su cliente, íntima, sugestivamente*) No debimos meterlo tan hondo en el baúl. Yo entiendo: por un tranvía que pasa, una mano sugestiva que saluda a la huida, o una palabra que no se dijo, o toda, toda, toda la imaginación que se fue por la alcantarilla, lo condenamos a la hondura del baúl, pero ¿y las campanas? ¿Las pequeñas campanas? . . . ¿Y las risas a la entrada de la iglesia? . . . ¿Y el beso furtivo en la mejilla? «Adiós, María, ¡que seas muy feliz!» «¡Que te vaya bien!» ¿No cuenta eso también? . . . No debemos ser tan rotundos con el tiempo; los objetos también tienen derecho de tomar venganza. No podemos esperar que todo tome su justa ubicación, si no le ayudamos un poco, ¿no cree? (*Se aleja nuevamente. Algo no le gusta en el conjunto. Rasga un costado del vestido*) Tal vez es cuestión de rasgar un poco la tela, para ver la carne. (*Rompe un trozo de la cretona del sillón, y parcha con ella el trozo de tela desgarrada. Sonríe*) ¡Las noviecitas! Las he observado. Metido bajo el arbusto del crespón, en el parque, al frente de la iglesia, las he visto . . . las he mirado. Ni que tuviera algún sentimiento torcido, parecido a la envidia, o algo así, ¡no! ¿Por qué iba a tenerlo, cuando tenía bastante papel y tijeras a mano? (*Rasga otra parte del vestido y le parcha otro trozo de tela de cretona*) Vienen caminando por la hierba alta, casi sin poner los pies, como si flotaran sobre las espigas de las teatinas . . . como si vinieran vibrando por sobre la pradera húmeda. Un paso cadencioso, todas radiantes, en suaves ondulaciones blancas, serpenteando entre los troncos de las encinas . . . Directo, hacia las gradas irradiadas de sol . . . Directo hacia la mano enguantada . . . (*Le habla al oído*) Y ahí, en ese mismo momento, ante las miradas lascivas de todos los enanos horribles, escondidos tras los ladrillos de los muros, ocultos

bajo el atrio en sombras, las he visto . . . ¡las he visto! (*Se ahoga. Tiembla*) ¡Las he visto . . . abrir . . . los pétalos de sus cuerpos . . . y ofrecer! ¡Imagínese! ¡Ofrecer! ¡Ofrecer! . . . (*Se calma*) . . . sus corolas vírgenes a la consumación del amor! (*Un grito ahogado*) ¡Oh Dios! (*Se controla, vuelve a su tono de chanza. Desgarra una manga. La reemplaza por otra manga que hace de una tira de papel*) Hay algunos que tienen otra visión del asunto, naturalmente. Fabián, por ejemplo. Un día estaba con él, bajo el arbusto. Se acababa de levantar, por ahí, unas latas de erizos y nos disponíamos a tomarle el gusto . . . (*Recorta el ruedo de la falda a tijeretazos*) Debo advertir que Fabián tiene una manera especialmente ruidosa de mover la boca cuando come. ¡Una manera, así, arrastrada de mascar, como si tuviera miedo de que los alimentos se fueran demasiado rápido hacia los intestinos y se le terminara demasiado pronto el placer de la de-gus-ta-ción! El hecho es que yo no sé si fue esa manera suya de mascar, digo, o mi particular estado tenso, ese día . . . o la piedra bajo el codo . . . porque se me había metido una piedra bajo el codo . . . ¡una maldita piedra! El hecho es que yo no sé si fue esa manera de mascar suya, como ya dije, o la piedra, o mi particular estado tenso, ¡el hecho es que Fabián me irrita! ¡Me irrita hasta la locura, debo confesarlo! No sé si sería eso, digo, o lo otro . . . la insolencia del tipo, ¿me comprende? . . . Su brutal, su bestial insensibilidad, o su manera de mascar, o la piedra, o mi particular estado tenso . . . El hecho es que mirando hacia la iglesia, digo de pronto: «¡Mira!» . . . Y él me contesta: «¡Esas zorras!» . . . «Esas zorras», ¡imagínese! . . . Recuerdo que miré su jeta y vi el jugo de los erizos que bajaba de las comisuras de su boca . . . y sus ojos inyectados en sangre, ¿me comprende? Y su ruidosa, desagradable, bochornosa manera de mascar. El hecho es que algo se produjo dentro de mí, ¿me comprende? un particular estado de tensión incontrolable . . . y agarré la otra lata de erizos que estaba abierta, pero no comida . . . ¡y se la estampé . . . se la grabé, se la atornillé, con lenguas de erizos y todo, en su sucia jeta! (*Esto último a gritos. Se calma. Casi angelical*) En ese momento sonaron las campanas de la iglesia y sentí que había hecho lo que debía hacer, ¿me comprende? Que había cumplido con mi deber . . . Porque tipos como Fabián no conocen, no intuyen, no conciben el alcance . . . la totalidad maravillosa que significa la en-tre-ga de la vir-gi-ni-dad. (*Acentuando las palabras con falsa fonética, vacía enteramente de sentido*) La más espléndida . . . Oferta . . . al . . . AMOR. (*Ríe. Divertido*) ¡Amor, que es un puente roto, con un diente roto, con una manivela rota, que gira por los cuatro confines, rompiendo cráneos! . . . Amor, ¡que es un perro con tres patas! . . . Que es un vagabundo con una sola mano y dos plátanos . . . (*Ha roto gran parte de la falda y la está reemplazando con trozos de la*

cortina y pedazos de su propia camisa, que ha desgarrado. La mira. Preocupado) ¿Qué le pasa? ¿Está tiritando? (*Eva tirita, con el mismo temblor de «El Merluza»*) ¿Tiene frío? ¿Tiene calor? ¿Qué es? (*Pausa. Espera*) ¿Tiene deseos de dar una caminata con el novio feliz, por la playa? ¿Recogiendo conchitas? ¿Tomados de la mano, recogiendo vírgenes blancas? . . . Discutiendo el número y el sexo, y el número y el nombre, y el número y el sexo de los hijos que la espléndida oferta les va a dar . . . Discutiendo la posición de los muebles . . . de las cretonas . . . de los colores . . . de los «nomejoraquí» «nomejorallá» . . . de las formas . . . de las cretonas . . . de los muebles . . . (*su voz va en crescendo, en aceleración incontenible*) . . . de las posiciones de las cretonas, de las formas, de los números, de los hijos, de los muebles . . . de las formas . . . Hablando del amor . . . Amor con A, con M, con R, con U, con lengua, con todo, con fuerza, sin fuerza . . . Las posibilidades de ser, de alcanzar, de huir, del amor, de la soledad . . . de la muerte. ¡Con lengua! (*Grita*) ¡Llegar! ¡Llegar! . . . ¡Llegaaar! (*Pausa. Frío*) ¿Es ese el secreto que guarda la hielera? (*Del vestido de novia, sólo queda ahora el velo. El resto son guiñapos*) Ahora somos dos hermanitos. (*Se arranca del cuerpo el resto de camisa. Se cubre la cabeza con una roseta de papel, de la que cuelgan largas tiras a modo de corona y que le llegan hasta la cintura. Toma una madera de mueble a manera de lanza y la blande*) ¡Soy «Ukelele», el guerrero simba! (*Gira alrededor de Eva haciendo muecas divertidas*) ¡Akú! ¡Azahamba! ¡Humbe! . . . ¡Tekeke! . . . ¡Takamba! . . . ¡Tumba! (*La mira como un orangután curioso podría mirar a su presa. Acerca la cara a la de Eva*) Comment allez vous, madame? . . . (*Eva trata de hablar*) ¿Sí?

EVA (*Con esfuerzo*) Yo . . .

MERLUZA —¿Sí?

EVA —Yo . . .

MERLUZA —¿Sí?

EVA —Yo sólo . . .

MERLUZA —¿Usted sólo, sí?

EVA —Yo sólo . . .

MERLUZA —¿Sí?

EVA —Yo sólo . . . (*Trata. No puede. Desiste*)

MERLUZA —Usted sólo quería quererme y que yo la quisiera. ¿Es eso? (*Eva asiente débilmente*) Sí, pero es tarde para eso. «Ukelele» tiene sus tripas en las manos y ya no sabe qué hacer con ellas . . . (*Pone una de las grandes flores de papel en el escote de Eva, que le cubre casi toda la cara. Enlaza su brazo en el de ella*) ¿Vamos? (*Suenan golpes en la puerta. Grita*) Sí. ¡Ya vamos! (*Mira a Eva con solícito*

cuidado, como novio muy considerado) ¿Está lista? (*Eva asiente. De nuevo con su modo de hablar rimbombante, vacío, sentencioso*) Como ve, es de la mayor importancia haber entendido el juego. Creer el uno en el otro. Confiar mutuamente. Renunciar a su propia identidad en beneficio de la identidad del prójimo, hasta que la identidad propia y la identidad del otro y la propia identidad . . . propia . . . identidad . . . del prójimo . . . identidad . . . propia . . . ¿no cree? (*Eva asiente. Resuenan los sones de la Marcha Nupcial de Mendelssohn. Inician la marcha; «Ukelele», muy tieso, patético casi en su dignidad, desnudo, cubierto sólo de tiras, en la cabeza la gran corona de tiras de papel. Eva, a su lado, tomada de su brazo, ausente, bajo su inmensa flor de papel, sólo el velo hermoso es real en ella*) Antes que lleguemos allá, creo que debo ponerla al corriente de la geografía del río, de los peligros que ella ofrece. Hay, por ahí, unos bajos engañosos por los cuales, en las noches de plenilunio, cuando el río viene cuajado de muebles rotos, mucha gente al caer, se ha roto el espinazo . . . (*Salen. En la habitación reina ahora el desorden total. Nada está como era. Sólo queda en ella la nueva belleza . . . las toscas, enormes, casi deformes flores de papel*)

TELÓN

KINDERGARTEN
1977

PERSONAJES:

Toño
Mico
Meche

Una salita de estar, en la trastienda de un negocio de venta de paraguas.

Puesta con la sofocante meticulosidad con que se decoran las habitaciones cuando sólo se cuenta para ello con recuerdos familiares y objetos heredados, luce muebles antiguos de variados estilos, alfombras gastadas, vitrinas llenas de bibelots y antiguallas, carpetitas, grandes marcos dorados que contienen pequeños óleos oscuros, y mucho olor a hebra vieja, a esperma, a moho y tabaco rancio.

Al fondo, al centro, una puerta abierta deja ver parte del mesón y un extremo de una vitrina de exhibición de la paragüería. También se alcanza a ver una caja registradora. A la derecha, los primeros escalones de una escala que conduce al segundo piso. A la izquierda, el pequeño porch de acceso que comunica con la calle y con el corredor que lleva a la cocina.

Es de mañana, una hora antes de abrir la tienda. Una luz tenue se filtra por una ventanilla alta de vitreaux. Otra luz proviene de la tienda.

Enterrado al fondo de un sillón antiguo de respaldo alto, «Toño» lee incómodamente un diario. Los brazos altos apenas le dejan accionar sus manos. De un poco más de 60, luce, sin embargo un físico cuidado. Dentro de la pobreza de su pijama viejo, su bata de satén deshilachada, sus zapatillas deformes, se ha afeitado con esmero y engominado su escaso pelo. Hay algo de peripatético en la manera como trata de conservar permanentemente, dignidad y compostura. Frente a él, hay puesta una mesita con un magro desayuno. En la

tienda, se vislumbra, a ratos, la silueta de «Miguel», su hermano, que barre con una escoba.

«Toño» no logra concentrarse en la lectura. Ruidos que provienen del segundo piso lo distraen y lo inquietan. De pronto, recuerda que debe beber su desayuno, sorbe de la taza, pero lo rechaza con repugnancia. Devuelve el sorbo en la misma taza.

TOÑO —¡Puaah! ¡Qué asco! ¡Agua de lavaplatos! (*Se limpia la boca. Exclama hacia la tienda*) ¡Eh, Mico! . . . ¡El café está sin azúcar! (*Espera; no hay respuesta*) ¿No oíste? . . . ¡Te digo que me serviste el café, sin azúcar! (*Como no recibe respuesta, se levanta trabajosamente desde el fondo del sillón y se desplaza, refunfuñando, hacia la cocina. Se oyen ruidos de ollas y tiestos, y luego reaparece y va hacia la puerta de la tienda. Le habla a Mico, invisible*)

TOÑO —¿Dónde dejaste el azúcar? (*No hay respuesta. Da un golpe feroz contra la puerta*) ¿No oíste? Te pregunto, ¿dónde dejaste el azúcar? (*Sigue el silencio*) ¿Qué? ¿Nos levantamos con ganas de jugar, esta mañana? ¿No esperarás que me tome ese café amargo, eh? (*Asoma Miguel, más delgado que su hermano, de facciones agudas y expresión ascética, viste una larga cotona contra el polvo, sobre pantalones de pana y pantuflas. De ademanes medidos y nerviosos, tiene un año menos que su hermano. Pasa a su lado con escoba y pala para el polvo. Como le obstruye el paso, lo empuja con un codo. Se pone a barrer la alfombra de la salita*)

MICO —Había . . . y mucho . . ., pero como te pasaste la noche cuchareando café, lo acabaste. A ti, todo hay que comprártelo por arrobas.

TOÑO (*Refunfuñando*) —Arrobas, sí, arrobas . . . ¿y? ¿No vas a comprar más?

MICO —¡No . . . Éste no es el Fisco, y yo no dispongo del Presupuesto Nacional! . . . Tendrás que tragártelo como está.

TOÑO —¡Tacaño! (*Se deja caer al fondo del sillón. Procura beber, pero no consigue pasar el brebaje. Aleja la taza de sí. Procura leer*) ¿Y? ¿Qué vas a hacer? ¿También vas a obligar a la Meche a tomar de esto? . . .¿Qué va a pensar, me pregunto yo? . . . ¡Viene a verlo a uno una hermana, una vez cada mil años, y ya comenzamos cicateándole el azúcar! ¡Va a pensar que ha venido a dar directamente a un hospicio!

MICO —Meche se va a dar cuenta, muy luego, quién es el depredador en esta casa . . . No te preocupes de eso . . . En cuanto vea cómo te echas sobre la comida, va a comenzar a sentir pena por mí . . . (*Para de barrer. Enfrenta a Toño*) ¿Qué buscas, me pregunto yo? . . . ¡Qué esperas? . . . Cuchareando café toda la noche . . .¿Qué esperas encontrar al fondo de esa taza? . . .

TOÑO —¡Me gusta! . . . ¡Me gusta, y ya está! . . . ¡Me gusta sentarme cómodamente ante una mesa y platicar la amistad, cuando me visita una hermana! . . . ¡No como tú, que te acurrucas al borde de la silla, todo cagado de ansiedad, todo aterrado que te consuman tus viandas, sin darte tiempo de disfrutar nada! . . . ¡Viejo tacaño!

MICO —¡Bueno, entonces . . . Si te gusta tanto eso, ese azúcar está ahora en tu vejiga! . . . ¡Cómetela, y disfruta la vida! . . . (*Continúa barriendo. Toño intenta leer. La presencia de su hermano haciendo el aseo junto a él lo perturba visiblemente. Después de un rato Mico vuelve a desaparecer en la tienda, con un paño de sacudir. Entonces, a Toño se le ocurre algo. Se levanta y sale presuroso hacia la cocina. Regresa con un tarro de miel, parte de la cual vierte en el café. Coloca el tarro en el centro de la mesita, donde nadie pueda dejar de verlo. Agita el café y se sienta a beberlo, con fruición. Retorna al diario. Un ruido que acude del segundo piso lo distrae, sin embargo. Escucha intrigado. Se vacía un escusado. Alguien hace gárgaras y luego se oye el zumbido de una máquina de afeitar. Esto lo desconcierta. Se levanta y acude hacia la puerta de la tienda*)

TOÑO (*Cuchichea*) —¡Eh! ¡Mico . . . escuchas? ¡Está usando una máquina de afeitar!

VOZ DE MICO —¿Qué dices?

TOÑO —¡Qué está usando máquina de afeitar! . . . ¿Qué estará haciendo con eso?

VOZ DE MICO —¡No te oigo! ¡Levanta la voz! ¡No te oigo cuando cuchicucheas así!

TOÑO (*Con rabia*) —Bueno, entonces, ¿por qué no dejas de mover esa escoba? ¿Qué tratas de hacer? ¿Gastar el piso? (*Baja la voz, de nuevo*) ¡Te digo que se está afeitando, o algo así! (*Asoma Mico. Ambos escuchan*) ¿Oyes? (*La máquina suena a toda intensidad. Ocurrente*) ¿Sabes? ¡Se nos coló un hombre! ¡Durante la noche, mientras dormíamos, sufrió metamorfosis! ¡Le creció un pirulí! . . . ¡Apuesto que se está afeitando el pecho, o algo así!

MICO (*Siguiendo la diversión*) ¿Pequeños menesteres secretos, eh? ¿Sería gracioso, sabes? . . . Tal vez les crezcan . . .

TOÑO —¿Qué cosa?

MICO —Pequeñas verrugas misteriosas . . .¿Cómo sabes? Las mujeres son mucho más vitales que nosotros . . .

TOÑO —¿Metabolismos vergonzosos, eh?

MICO —Nunca he tenido una mujer en casa. ¿Será interesante, no crees? Toda una experiencia . . . Ropa interior colgada de los picaportes . . . Potes de crema en las alacenas . . . Y esa larga actividad en los baños . . . ¿Qué harán, me pregunto? . . . Siempre he querido saberlo . . .¿Qué hacen las mujeres, tanto rato, en los baños?

TOÑO —Inspeccionar sus repliegues íntimos, supongo. (*Desinteresado en el tema, vuelve a sentarse en el sillón*)

MICO —¡Oh, mente cochina! ¿Tienes que convertirlo todo en cochinadas?

TOÑO (*Desde el fondo del sillón*) ¿Por qué? ¿Qué te pasa? . . . Un momento sumergido en el lodo, y de pronto angelical, ¿eh? . . . ¿En qué estamos ahora? ¿En la etapa del púlpito?

MICO —¿Es nuestra hermana, no?

TOÑO —¿Y qué? Sólo estaba siguiendo tus insinuaciones . . . ¿Que tiene que ser asexuada, acaso, por ser de nuestra estirpe? (*Mico lo rechaza con un gesto y quiere reiniciar su labor, pero ve de súbito el tarro de miel. Lo toma violentamente y lo lleva a la cocina*)

MICO —¡Y no me gastes *mi* miel! ¡Nadie te ha dado permiso!

(*Vuelve a reaparecer. Se pone a limpiar los bibelots con un paño*)

TOÑO (*Mirándolo pasar*) —¿Qué? Nos levantamos mandones esta mañana, ¿eh? ¡Sargento Primero! (*Procura leer, pero la humillación que acaba de sufrir ha agitado en él su deseo de alguna reparación. Señala el diario*) ¿Sabes lo que dice aquí, en el informe meteorológico? (*Lee*) «Onda polar que se abate sobre todo el Hemisferio Sur hace prever un largo invierno, sin lluvia . . . En verdad, no sólo para este año, se puede aventurar este pronóstico . . . Es una condición que modificará el clima, por un período lo menos de diez años . . . que serán todos de la máxima sequía» . . . ¿Oíste? . . . ¡Diez años! «Máxima sequía». ¡No más paraguas para nadie, mi amigo! . . . ¡Sigue entonces restregando tu piso! . . . ¡Tal vez, como sabes, te salga reptando de pronto, un japonesito! . . . (*Espera un rato la reacción del hermano, que no se produce*) Con este informe lapidario, más bien empiezas a cambiar el giro, ¿no crees? . . . ¡Tal vez pipetas! . . . ¡Pipetas y gotarios! . . . ¡O algún invento, para chupar el barro seco de los ríos! ¡Una goma, o algo así! . . . ¡Un tubo de goma, como ésos que se usan para las lavativas! . . . ¿Hasta te veo sabes? . . . (*Ríe*) En cuatro patas ante el pozón seco . . . exhibiendo tu invento con el poto al aire . . . y todos los medio-cadáveres, muertos de sed . . . imirándote las nalgas! . . .

MICO —¡Oh, Dios! ¡Qué pedazo de payaso estúpido eres!

TOÑO (*Sacude el diario*) —¡Aquí, dice! . . . ¡Dice!

MICO —Sí, claro . . . ¡«Aquí dice»!

TOÑO —¡Y dice otra cosa, además . . . escucha! (*Lee*) «Es tal la gravedad de la situación que el Gobierno, en prevención de lo que pueda acontecer, ha promulgado un decreto que prohíbe el uso, exhibición y venta de paraguas . . . toldos . . . baldaquines . . . sombrillas . . . doseles . . . pabellones . . . marquesinas, y todos los otros ornamentos fálicos . . .»

MICO —Oh, Dios . . .

TOÑO —¡Fálicos! . . . ¿Aquí dice, ves? . . . «Ornamentos fálicos» . . . ¿O es que me vas a decir que tus paraguas no son símbolos fálicos reprimidos, acaso . . . Con la punta eréctil, y todo eso, mh?

MICO —No sé cómo te soporto . . .

TOÑO (*Gozando la situación; ocurrente*) ¡La culpa no es mía! ¿Para qué te buscas ese comercio? . . . ¡Tú mismo das la pauta! . . . Y como a ti, por otra parte, todo hay que buscártelo por el lado reprimido . . . Si alguien te levantara la tapa del cráneo, ¡saldrían volando vampiros y murciélagos! . . . (*Arriba vuelve a oírse la máquina. Toño escucha. Cuchichea*) ¿Oyes? . . . ¡Comenzó de nuevo! . . . ¿Qué estará haciendo? . . . ¿Talando un bosque? (*Escucha otro rato. Cesa el zumbido. Con alarma súbita*) ¡Esa mujer no se está afeitando, Mico! ¡Esa mujer nos está aserrando los fundamentos de la casa! . . . ¡Se nos metió una manga de termitas! . . . ¡Vas a ver cómo, a la larga, nos vamos a arrepentir de haberle dado entrada! ¡Ya verás! . . . ¡Esa mujer nos embrollará la tranquilidad doméstica, Mico!

MICO —Eres majadero, ¿eh? Una vez que pones el disco, tocas hasta que se te melle la aguja, ¿eh?

TOÑO (*Simulando agravio*) —¿Qué quieres decir?

MICO —Días que estás con esa canción . . . Se me instaló una avispa en el oído . . .

TOÑO —«¿Avispa en el oído?» Habla sin sofismas . . . No soy bastante inteligente para seguir tus laberintos mentales.

MICO —Nunca fuiste a esa terminal de bus. (*Toño gira y medio se alza desde el sillón*)

TOÑO —Esa sí que es . . .

MICO —Nunca tuviste la intención de traer a Meche a casa . . .

TOÑO —¡Esa sí que es una acusación maricona! ¡Te exijo pruebas!

MICO —Al parque fuiste, o a tirarle pelotillas de pan a las palomas . . . o paraste, por ahí, en algún bar, pero a la terminal, no fuiste . . . Meche esperó una hora a que te presentaras . . .

TOÑO —¡Te dije! ¿Te lo dije, creo, no? . . . ¡Te dije que me puse a mirar las cubiertas de una revista en el puesto de diarios! . . . ¡Charles de Gaulle revistando unas tropas en Túnez!

MICO —La terminal no es la Catedral de San Pedro. Es imposible que deje de verse a una persona que se busca . . . Al final, la pobre tuvo que pasear en taxi por toda la ciudad, antes de dar con la casa. (*Mico desaparece en la tienda*)

TOÑO (*Grita tras él*) ¡Bueno, entonces, perdóname pues . . . Alfred Einstein! ¡No tengo tu capacidad de concentración! . . . ¡Me distraigo a veces! . . . ¡Le encuentro el sabor a la vida! . . . ¡No puedo ser infalible, como tú! (*Mico regresa de la tienda*)

MICO —Nunca tuviste la intención de traer a esa mujer a casa. (*Toño agarra el diario y se sume en él. Suena el teléfono. Mico se adelanta a atenderlo, pero Toño se le interpone*)

TOÑO —¡No, deja, deja! ¡Yo atiendo! (*Mico lo mira sorprendido, y lo escucha. Toño levanta el fono*) ¿Sí? . . . Sí, con él . . . ¿Le dije que estoy haciendo todo lo posible, no? (*La presencia de Mico escuchando lo incomoda; sigue en voz baja*) Sí, pero hoy no puedo . . . Sí, pero no puedo, ¡le digo! . . . Y qué quiere que . . . Sí . . . Sí, pero . . . Oiga, pero . . . (*Le han colgado. Cuelga a su voz*) ¡Cristo! (*A Mico que lo mira*) Bueno, ¿tú que me miras? No soy ningún ternero de dos cabezas, ¿no?

MICO —¿Con quién estabas hablando?

TOÑO —Con un amigo.

MICO —¿Sí, pero . . . quién? (*Impasible*) Hace tres días que tomas ese fono como si estuviera electrocutado.

TOÑO —¿Te he dicho, no? . . . Te lo he dicho, pero no me quieres creer . . . Es ese sastre, ese Maldonado . . . ese hombre de las cavernas . . . Me anda siguiendo por esos tres mugrientos pesos que le debo por la virada. (*Acentúa las palabras*) . . . ¡y que no he podido pagarle, porque el miserable de mi hermano me mantiene una mesada, que ni un indigente se agacharía a recoger! . . . ¿Me crees, ahora, o aún te lo impide tu conciencia culpable?

MICO (*Riguroso; frío*) Yo no entro en compromisos que no puedo cumplir.

TOÑO —Claro, y andar, entonces, por ahí, con taparrabos y una pluma en la cabeza, ¿eh? . . . Como un zombie cualquiera, ¿mh? . . . Te gustaría eso, ¿eh? . . . Alimentaría tu ego, ¿mh? . . . Ver a tu hermano, andando como Viernes y tú . . . Robinson Crusoe, alcanzándome un plátano, ¿mh? . . .

MICO —De todos modos, no te creo.

TOÑO —¿Qué es lo que no crees?

MICO —Ese cuento de Maldonado el sastre. Tú estás metido en algo, otra vez.

TOÑO —¡Oh, «otra vez»! ¡Cómo odio, ese «otra vez»! ¿Quién crees que eres? ¡Catón el Censor? (*Mico sale hacia la cocina*)

MICO —Bueno, te lo he advertido. No volveré a sacarte de ninguno de tus líos. Cualquier cosa que hagas, serás tú y tu pellejo . . .

TOÑO (*Grita tras él*) ¡Bueno, pues . . . Pío XII! (*Toño queda sumido en honda ansiedad. Se muerde los nudillos. Ve las llaves que cuelgan de la cerradura, en la puerta de la tienda, y acude hacia ellas. Mico lo sorprende en plena faena, tratando de apoderarse de ellas, sin ruido*)

MICO —Oh, Dios mío, por el recuerdo de mi madre, deja de ser un niño chico, ¿quieres? Ese llavero y yo, estamos unidos por un cordón umbilical. ¿Cuándo vas a entender eso? (*Toma las llaves y las*

guarda en el bolsillo de la cotona) Sí lo cortas, yo muero. Tan unidos estamos . . .

TOÑO —¡Oh, tú . . . cernícalo cruel!

MICO —Sabes muy bien que si no soy yo quien cuide los tres pesos que tenemos, paramos los dos en el hospicio, ¿no? (*Mico se detiene. Lo mira*)

MICO —En verdad, Toño . . . ¿Quién lo haría? (*Mico se sienta a la mesa. Se sirve café. Ha traído el azucarero de la cocina, y se sirve azúcar, ostentosamente*)

TOÑO —¡Dios Todopoderoso, o el Niño de Praga, o quién quieras, pero no puedes seguir teniéndome en la inopia! . . . ¡Oh, Cristo, Mico, necesito que me des más! (*Mico bebe café. No lo mira. Toño se pasea nerviosamente*) ¡Te advierto que un día robaré un Banco! ¡Me haré el Hombre Invisible! ¡Entraré a las bóvedas por una cañería del agua, o los alambres eléctricos, o no sé qué, pero robaré un Banco! (*Se deja caer abatido junto a Mico*) ¡Oh, Dios mío, por qué todo tendrá que ver siempre con la maldita plata!

MICO (*Filosófico*) Para el que no la tiene.

TOÑO —¡Oh, tú y tus filosofeos de parapléjico! (*Melodramático*) El dinero es cosa sólida! ¡Sangrienta y sólida! (*Señala algún lugar de la casa*) ¡Esa maldita caja de fondos, llena de billetes! ¡Dos cajas de habanos hasta reventar de dinero, y me tienes con propinas, que una vendedora de pinches despreciaría! ¡Te lo advierto, Mico! ¡No puedes estirar tanto la cuerda, conmigo! (*Mico le palmotea una mano con amistosa indulgencia*)

TOÑO (*Quitando la mano*) ¡Oh, deja ya de palmotearme con tus dedos babosos! No te importa un bledo lo que me pasa. (*Pausa*) Y, a propósito de eso, no le vayas a contar a la Meche que me das mesada, ¿eh? Nada de deslizar siquiera, insinuaciones, ¿mh?

MICO —Heriría tu ego, ¿mh?

TOÑO —Claro que sí. ¿Cómo puedes preguntar? Con bellos grises hasta en los hombros, bonita figura hago yo, recibiendo mesada de mi hermano menor . . . Hazlo, y te aplasto como a una cucuna, preñada . . . (*Mira el reloj de la casa*) Bueno, y esa hermana nuestra, ¿irá a bajar algún día? (*Jocoso de nuevo*) Debe haber encontrado un hombre entre las sábanas. Se metió de noche. Tal vez sea él quien se está afeitando. (*Mico, en tanto, ha trozado un pan y untándolo en el café, lo saborea con la boca llena. Toño observa asqueado lo que hace*) ¡Oh, Dios mío! ¿y no sopees, quieres? ¡No soporto esa bazofia, corriéndote de la boca, como a un viejo apopléjico! (*Mico hace caso omiso de su protesta. Sigue sopeando. Toño lo observa, cada vez más repugnado*) ¡Ahógate en tu baba!

MICO (*Con la boca llena*) Tienes una bonita técnica en eso, ¿sabes? En eso de lloriquear. Muestras sólo el lado negativo de las cosas, para que se te cuelgen del cuello.

TOÑO —¿Lado negativo? ¿Y cuál crees tú que es el positivo?

MICO —Estuviste casado, ¿no? Eso también tiene sus ventajas.

TOÑO —¿Ventajas? ¿Qué ventajas?

MICO —Guaguas metidas en tu cama. Querubines de sobaquitos blandos en tu tina de baño. El arbolito de Pascuas, y todos los chiquitines gateando en el chocolate derretido y mandándote besitos por los regalos . . . Eso también cuenta, ¿no?

TOÑO —Dos hijos tuve. Sólo dos.

MICO —Bueno, dos, pero tuviste la dicha. En cambio yo . . . haría un pacto con el diablo, por haber podido casarme alguna vez.

TOÑO (*Siempre observando a distancia y con asco la faena de Mico con su pan*) Menudo negocio haría el diablo, pactando contigo.

MICO —Tú, que siempre has ido por ahí, luciendo tu vida de casado como una condecoración, no sabes lo que es llevar a cuestas tu soltería. Las eternas suspicacias. (*Imita*) «¿Qué le pasa a ese Mico Sánchez?» «Tan buen niño que parece ser, tan hombre, y sin embargo . . .» (*Sopea*) Todas las insinuaciones tortuosas que encierra ése «y, sin embargo» . . .

TOÑO —De eso, a cada uno nos toca su ración.

MICO —Sí, pero la del solterón es la peor. Siempre haciendo el número impar en fiestas y reuniones. Siempre solo, o el tercero, o el quinto. (*Imita otra vez*) «¿Qué ha hecho de su pareja, señor Sánchez?» «¡No me diga que ha venido solo!»

TOÑO —¡Oh, Dios mío, no sigas, que me vas a hacer llorar! ¡Si sigues con ese aire lúgubre, corro a una agencia matrimonial, y vuelvo con una descaderada para ti!

MICO (*Inconmovible*) Lo más triste es que te ves metido en esto de viejo, cuando ya nadie te lo reconoce. Es como mirarse a un espejo y ver a un imbécil, por el resto de tu vida . . .

TOÑO —¡Vaya, vaya, la percepción! ¿No lo digo yo? ¡Una de las virtudes capitales del hombre!

MICO —Sí, tú puedes reírte. (*Breve pausa*) Tú y tus amiguitas. Te veo aún, entrando y saliendo con ellas de la casa, como una colmena enloquecida . . . mientras yo velaba junto al lecho de nuestra madre enferma.

TOÑO —Sí . . . La tejedorcita laboriosa, ¿eh?

MICO —Ni siquiera el cáncer haciendo presa de sus pobres entrañas, te impedían salir a tus puteríos. Ojos en blanco y sufrimientos agónicos es todo lo que tuve, mientras tú corrías por la casa con tus raquetas de tenis. (*Con dolor*) Quién puede darse el tiempo para salir a

buscar novia en estas circunstancias, ¿eh? (*Toño se levanta impaciente. Se pasea*)

TOÑO —¡Oh, Cristo, me ahogo! ¿Creo que si te sigo oyendo un segundo más, se me llena el cuerpo de impétigos! (*Imita*) «¡Junto al lecho!» «¡Pobres entrañas!» ¿Por qué usas siempre ese tono pomposo cuando hablas de mamá? ¡Pareces un obispo dispéptico, despidiendo los restos de una Presidenta Honoraria! ¿Qué te pasa? ¿Que no crees en tus propias palabras?

MICO —¿Qué quieres decir?

TOÑO —¡Amigdalitis histérica, de eso sufría ella! ¡Nada más! Usabas su enfermedad imaginaria para esconderte entre sus sábanas. ¡Bonita pareja hacían ustedes dos!

MICO —¡Eso es mentira! ¡Mentira! ¡Mentira! (*Se alza en su asiento. Se golpea los muslos como un niño frenético. Y de pronto, altivo; patético*) ¡Sé que nunca . . . nunca . . . nunca podré contar con tu reconocimiento y tu gratitud!

TOÑO —¡Amén! (*Mico vuelve a caer sentado. Toño le pone una mano sobre un hombro*) Esta vez, te pasaste. Estuviste realmente magnífico. (*Otro palmoteo amistoso*) Hamletiano, Mico. Hamletiano. (*Cordial; íntimo*) A veces estamos realmente trágicos, ¿eh? Se te ocurre que Meche querrá entrar en esto, también? Digo, en esto de arrancarnos la piel, como hacemos los dos. Sería un magnífico «ménage a trois», ¿no te parece? (*Pausa*) El sarcasmo de los Sánchez-Uriarte. (*Pensativo*) ¿Sabes?

MICO —¿Qué?

TOÑO —En cuanto baje, la pondré a prueba.

MICO —No. No harás nada de eso.

TOÑO —¿Y por qué no?

MICO —No le harás desagradable su estadía en mi casa.

TOÑO (*Sorprendido*) ¿Desagradable? Siempre creí que te divertías.

MICO —Tenemos que pelear para poder seguir adelante, pero no se puede decir que es . . . edificante, ¿no?

TOÑO (*Incrédulo*) ¿Qué es? ¿Cayendo nuevamente en filosofías?

MICO —No sé. Será que en el fondo me mantengo . . . puro. Cuestión de pureza, ¿sabes? Saber separar el bien del mal. Tú, en cambio, te entregas simplemente a la diversión, como bataclana estúpida . . . sin vacilaciones.

TOÑO (*Ríe*) ¡Oh, Dios mío, pureza! ¡No me hagas reír, que se me cae la prótesis! ¡Te sentirás puro cuando sales a tu misa dominical, con las nalgas apretadas, pero en tu interior fermenta el guano, mi querido hermano! ¡Fermenta el guano!

MICO (*Impávido*) No tienes una sola prueba que apoye una acusación tan liviana. Suposiciones de tu mente afiebrada, nada más. (*Arriba, se escucha una puerta que se cierra, y luego, pasos en la escala*)

TOÑO (*Por lo bajo*) ¡Se acabó el serrucho! Ahora, en un rato más, baja la Reina Cristina, con manto de armiño, y a pata pelada . . . (*Efectivamente, la que baja es Meche. Con rasgos, en que una vida de desvaríos ha marcado su huellas. Con arrugas, que una gruesa capa de polvos y crema, apenas logra disimular, está coronada con una peluca rubia. Luce camisa de dormir vaporosa bajo el gastado negligé. Se detiene, un instante, en el primer escalón, a contemplar la escena que ve. Habla al fin, después de una pausa deliberadamente larga*)

MECHE —Tierno . . . Enternecedor . . . Como un grabado antiguo . . . Los dos hermanitos reunidos junto a la mesa familiar . . . El tiempo no ha pasado.

TOÑO (*A Mico*) Debimos ponernos nuestros trajes de marinero. (*A Meche, casual*) ¿Y? ¿Cómo pasamos la noche, hermana? ¿Dormimos bien? (*Meche gira en torno a la mesa*)

MECHE —Bastante bien. Mejor hubiera sido, sin embargo, sin esos crujidos horribles que no dejaron de sonar en toda la noche. ¿Qué era eso, Dios mío? Me hacían sentirme de espanto. (*Toño no deja de observarla en todo el rato, con una mezcla de divertida curiosidad*)

TOÑO —Artillería de los muebles, querida. Quejidos de todos los trastos viejos que este hermano tuyo (*Por Mico*) acumula en los rincones. Ya te debes haber dado cuenta que esta casa es una catacumba, ¿no? Levantas una alfombra y salen reptando insectos prehistóricos.

MECHE —Bueno, yo no diría tanto, ¿no? A mí me parece una casita muy mona. ¿Quién eligió estas cortinas tan lindas, por ejemplo?

TOÑO (*Por Mico*) Él fue. Todo lo que hay aquí ha sido gestado por él.

MECHE —¡Y, oh, por Dios, el desayuno! ¡No saben lo que esto me enternece! ¡El pan! ¡El pan familiar!

TOÑO —Escuálido, diría yo. Digo que, en verdad, debe parecerte más bien escuálido. Algo así como el refrigerio de un cartujo. Café puro, sin azúcar, y un pan viejo. ¿Qué te sirvo?

MECHE (*Distraída; mirando la habitación*) Sólo un poco de café, por favor. (*Mico sirve café en la taza destinada a Meche. Toño le levanta la cafetera, forzándolo a servir más cantidad; gesto que Meche no ve, porque está entretenida en inspeccionar el decorado*) De modo que es aquí donde han estado escondidos, todos estos años. Anoche llegué tan cansada de dar vueltas en taxi que veía todo a borrones. (*Toño se echa atrás en su silla, dispuesto a seguir gozando burlonamente la situación. Gira los pulgares*) ¡Oh, por Dios! ¡La vieja mecedora del tío Ismael! ¡El tríptico de madreperla, y la

colección de abanicos de mamá! ¡Creo que me voy a poner a llorar! (*Va hacia una mesita de arrimo y recoge una cajita*) ¡Y la cajita de música de la abuelita Sara! (*La abre. Surge una versión afónica, estropeada, del «Vals sobre las olas». Cae en una especie de arrobamiento*) ¡Oh, la abuelita Sara! ¡Pobre viejita linda! (*Gira hacia sus hermanos*) ¡La recuerdo . . . toda envuelta en su mañanita rosada, apenas un montoncito de huesos . . . recorriendo el rosario con sus manitas arrugadas! ¡Apenas un suspiro entre las sábanas! ¿Recuerdas, Toño? ¿Recuerdas la vez que la sacamos a dar una vuelta al pueblo, en el landó del abuelo? ¿Cómo se divertía, recuerdas? ¿Apenas un atadito de ropa, en el fondo de la butaca? ¿Cuándo pasamos por el parque, y arrancaste esas ramas de aromo florido, y la abanicamos, recuerdas? ¡La Reina de Saba! Tú, encaramado en el pescante, abanicando su cabecita blanca con las flores, y ella . . . ¡ahogada de risa! ¿Eras Kong, recuerdas? ¡Kong, el esclavo de las Antillas! (*Súbitamente*) ¿Dónde se ha quedado todo eso?

TOÑO (*Demoledor*) La última vez que vi ese landó, lo habían arrinconado en el fondo de una bodega. Las gallinas lo usaban de perchero. Los resortes del asiento estaban tapados de guano. Los ratones habían hecho nido en el terciopelo. Le habían arrancado las ruedas. Era toda una ruina el artefacto. (*Meche no lo escucha. Acciona la cajita. Vuelve a surgir el vals. Escucha embelesada. Impaciente*) Oh, vamos, deja eso, ¿quieres? ¡Vas a terminar matándonos a todos, con arsénico y encaje antiguo! (*Meche deja la cajita. Mira a Toño. Luego, en un tono nuevo en ella*)

MECHE —¿Qué te pasa? ¿Estamos en la vena amnésica? ¿Nada del pasado, con tal que el presente sea un lago sin viento?

TOÑO (*Da un grito; exaltado. A Mico*) ¿Oíste? Es de nuestra sangre, después de todo, ¿ves?

MECHE (*A Mico*) ¿Qué quiere decir con eso?

TOÑO —Juego de palabras. Pequeños pellizcones verbales, que practicamos, entre los dos. Para hacer más llevadera al vida, supongo. El viejo ingenio mordaz de los Sánchez-Uriarte. Veo que también heredaste los genes. (*Meche vuelve a sentarse junto a ellos*)

MECHE —Como, por ejemplo: «Meche, después de estos diez años que no la vemos parece una mujer caída de un tranvía, ¿mh?» ¿Algo así?

TOÑO (*A Mico*) ¿Ves lo que te digo?

MECHE —Y tú, después de estos diez años, me pareces como un chaquet usado. (*Toño ríe entusiasmado*) La gastada solapa de un smoking. (*Le acaricia la cara a Toño*) ¿Y qué has hecho con tu cutis, Dios mío? Parece la yema de los dedos de una lavandera. ¿Es ésa la idea?

TOÑO —Ésa es.

MECHE (*A Mico*) ¿Y a ti . . . se te aparece el fantasma de Torquemada, de noche? (*Toño emite un aullido de risa*)

TOÑO —¡Eso es! ¡Eso es! ¡Parece que nos vamos a divertir, después de todo! (*Por Mico*) ¡Deberías verlo, cuando sale a misa los domingos! ¡Flotando sobre los adoquines, con un chuzo en la espalda, y la boca en punta! ¡Así! (*Ahogado*) ¡Oh, Dios, deberías ver eso! (*Serio de pronto*) ¿Sabes que este hermano tuyo, que ves ahí, mantiene . . . que digo? . . . «¿Financia», un convento, con sus propios medios? (*Ante un gesto airado de Mico*) ¡Está bien, está bien . . . Me propasé . . . Perdón! . . . Lo guardaré para otra vez . . .

MICO (*A Meche*) Lo dice por una mujer . . . y su hijita, a quien ayudo a veces. Ella trabaja en un convento. Por eso lo dice.

TOÑO —Un asunto verdaderamente emocionante . . .

MICO (*Siempre a Meche*) Tiempo que perdí la esperanza, que comprenda alguna vez.

TOÑO (*También a Meche*) ¡Pan de Pascuas les lleva para Pascuas! ¡Margarita se llama, y Panchita, la niña! ¡Les acarrea canastos de alimentos! ¡Chocolates y golosinas, que la mocosa esa deglute como una pala mecánica! ¡Gasta toda su plata en esas mujeres!

MICO —Mi plata, después de todo, ¿no? ¡Mi plata! ¡Y no es tampoco «todo el convento», como dices!

TOÑO (*Fríamente*) ¡No, pero a juzgar por la fortuna que derrochas en ese par de sanguijuelas, se diría que mantienes toda la Curia de Roma! . . . (*Meche ha estado mirando al uno y al otro, compasivamente, sin tomar partido*)

MECHE —¿Esto es lo que hacen todo el día? Pobre performance, diría yo.

TOÑO —Tienes razón. Lo hacemos mejor, otras veces.

MECHE —Suena penoso.

MICO —*Es* penoso.

MECHE —Y amargo, también.

TOÑO —También. Penoso y amargo, pero divertido. (*Por Mico*) Este hombre vende paraguas, por ejemplo. ¿Qué harías tú, si vivieras con un hombre que vende paraguas? ¡A ver, confiésate! ¿No te morirías de la risa? (*Mico ha vuelto a sopear pan. Señala a Toño con una cuchuz*)

MICO —Lo dice porque está arruinado. Ni una escobilla para los dientes propia, tiene. Es un gran saco lleno de resentimientos. (*Toño acusa el golpe. Vuelve su espalda a Mico. Enfrenta a Meche*)

TOÑO —Entiendes tú, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra? Yo no. No soy lo bastante brillante para seguir el centelleo de su mente

privilegiada. (*Exageradamente solícito*) Pero, a ver, Meche, conversemos los dos ahora. ¿Cómo te va, mujer? ¡A ver, cuéntame!

MECHE —¿Estás realmente interesado?

TOÑO —¿Te estoy preguntando, no?

MECHE —Me caí del tranvía.

TOÑO —¿Bueno, eso se ve, pero . . . cómo? ¡Cuéntame!

MECHE —Prefiero no hablar de eso.

TOÑO (*Medio dirigiéndose a Mico*) Prefiere no hablar de eso, dice. ¿De qué quieres hablar, entonces? ¿De la tala del bosque? ¿A propósito, qué hacías esta mañana, con esa máquina de afeitar? Creí que nos estabas aserrando los fundamentos de la casa.

MECHE —Consejos que no seguí. Me afeité un día las piernas, y hoy tengo verdaderos cañones . . .

TOÑO ¡Repugnante! ¡No sigas! Tendrás que guardar la maquinita esa. Tal vez esta casa no resista el esfuerzo. Podrían derrumbarse los pilares, con las vibraciones. (*Meche se levanta de pronto, nerviosamente, da unos pasos inciertos. Toma la caja de música. Escucha un rato sus sonidos. Vuelve a cerrarla. Toma un abanico de la vitrina. Se abanica. Gira hacia los hermanos*)

MECHE —¡Oh, el tiempo! ¿Dios mío, que ha hecho con nosotros? (*Con la misma agitación, va hacia la tienda. Atisba a través de la puerta abierta. A Mico*) ¿De modo que aquí es donde te ganas la vida? ¡Paraguas! ¿Qué puedes saber tú de paraguas, Dios mío? ¿Que puede un Sánchez-Uriarte saber de comercio? ¡Nada, supongo! ¡Todo impuesto por la brutalidad de la vida! ¡Me recuerdo, de repente, a la tía Inés! Vendía delantalcitos hechos por ella, para subsistir, ¿recuerdan?

TOÑO —Parece que estamos más o menos deprimidos, esta mañana, ¿eh? Te advierto que otro Mico Sánchez funerario no lo resistiría.

MICO —Te dije que no esperaras ninguna clase de comprensión, de parte de él.

TOÑO (*Siempre de espaldas a él*) ¡Oh, cállate, Menina! ¡Esta conversación es entre reyes! (*A Meche*) A ver, cuéntame . . . ¿qué fue de ese cajerito con que partiste a Venezuela? (*Meche regresa a su asiento, junto a los hermanos*)

MECHE —¿Es lo último que supiste de mí?

TOÑO —Directamente, sí. Indirectamente, mucho más. Recuerdo cómo me contaste lo del cajerito.

MECHE —No era cajero; era diplomático. Lo confundes todo.

TOÑO —Bueno, da lo mismo. En todo caso, era un tipo que se gastaba la plata de otros. ¿Qué fue de él? ¿Se ahogó en el Orinoco?

MECHE —¡Oh, no te imaginas por las que me hizo pasar!

TOÑO —¡Cuenta, pues! Comienzas a sonar siniestra, hermana.

MECHE —Me engañó. Se burló de mí. Toda mi vida con él no fue otra cosa que una gran patraña. ¡Diplomático! ¡Jugador era, y de la peor especie! Un puestecito de cuarta categoría en el Cuerpo Consular de su país le permitía viajar gratis en los cruceros de placer y embaucar a los pasajeros. ¡Me robó lo poco que tenía! ¡Una vez, en un viaje por el Caribe, llegó a encerrarme en el camarote! ¡Me vació la cartera y se jugó hasta mi último cinco, y no me permitió salir a cubierta hasta nuestro próximo atraque . . . para que las gentes no vieran mis ojos hinchados de llanto! (*Toño mantiene un aire de incrédula curiosidad*) El fin se produjo en Miami. Me había llevado ahí con el falso pretexto de «revivir» nuestro matrimonio. Cajitas de orquídeas al desayuno, y todas esas cosas, tú sabes . . . ¡Y lo que hizo en verdad, fue jugarme a mí!

TOÑO —¡Oh, Dios mío!

MECHE —Vengo saliendo del baño, una mañana, y me encuentro a boca de jarro con un tipo en la pieza. Con una sonrisa de imbécil de hipopótamo en celo, y una cajita de flores, bajo el brazo. Naturalmente, me pongo a gritar, y el tipo viene y quiere arrastrarme a la cama. No sé cómo agarré un florero, y se lo reventé en su carota. Y el animal ése, entre sangre y sollozos, se pone a gritarme que no entiendo. Que desde la noche anterior, soy su propiedad, y que viene a cobrar lo suyo. (*Pausa*) ¡No sé cómo hice mis maletas, y corrí al aeropuerto! (*Mico va hacia el secreter y saca una cajita con marshmallows, que ofrece a su hermana. Ella se sirve mecánicamente. Mico se sirve otro, y luego cierra la caja, ostentosamente, ante las narices de Toño, sin ofrecerle*)

TOÑO (*Aparentando ignorar el gesto*) Ese tipo sí que tenía nervios. ¿Y qué pasó, después?

MECHE —Me fui al Brasil, a vivir con una amiga.

TOÑO —¿Qué te pasó un ramito de violetas, y te mandó a venderlas a la salida de la Opera, para que te ganaras la vida, eh?

MECHE (*A Mico*) ¿Qué le pasa? ¿No cree en nada? ¿No puede tomar nada en serio?

MICO —Te lo advertí. Puedes contarle las cosas más tristes, pero no lo vas a conmover. Su mente es tan enmarañada que no entra un rayo de luz. (*Comiendo otro marshmallow*) Del primer momento que pisaste esta casa, sólo lo persigue un pensamiento. En verdad, desde que llegó tu carta, anunciando que venías. (*Toño se levanta*)

TOÑO (*Airado*) ¡Me voy! ¡No estoy dispuesto a oír las calumnias que ya oigo venir! (*Avanza hacia la escala, pero se vuelve*) ¡No! ¡Prefiero quedarme a oír tus infamias! ¡Así, al menos no habrá pelambres a mi espalda!

MICO (*Impasible*) Llega tu carta, y lo primero que hace es esconderla.

TOÑO —¡Mentira!

MICO —Y cuando al fin decide mostrarla, porque sus escrúpulos lo delatan a ojos vistas, entrega una papilla de papel en que hay que deletrear las palabras, una a una . . .

TOÑO (*A Meche*) ¿Oyes eso? ¿Oyes eso?

MICO —. . . Semanas debió tenerlas bajo un sobaco, para que estuviera tan estropeada. Y todo eso, ¿sabes por qué?

TOÑO —¡Ahora viene la gran final! (*A Meche*) ¡Escucha, ahora! ¡Este hombre se droga! ¡Este hombre toma atropina! ¡Tiene dilatada la pupila, por medio de la cual, como buzo fantasma, incursiona por los vericuetos más secretos del cerebro! ¡Escúchalo bien!

MICO (*Siempre con la misma impasibilidad*) Porque no quería que vinieras a *mi* casa.

TOÑO —¡Ataxia locomotriz! ¡Este hombre sufre la sífilis, y se le fue a la masa encefálica!

MICO —¿Y sabes por qué?

TOÑO —¡Uhuuu! ¡Ahora, la gran zambullida! ¡Otelo matando a Desdémona! ¡Ricardo III, muriendo en Bosworth! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!

MICO —Porque teme que tu presencia, en esta casa, signifique que *mi* plata, que por una extraña razón, que no logro descifrar, también cree que es suya . . . pase a tus manos.

TOÑO —¡Zas! ¡Bum! ¡Directo al polvorín!

MICO —Todo es tan simple como eso.

TOÑO (*Grita desde el otro extremo de la salida*) ¡Con esto, más bien me caigo muerto! (*Se acerca a Meche*) ¿Sabes lo que pasa? ¡Todo se reduce a lo que este pingüino con muletas entiende por plata! ¡Dos pesos cuarenta, en el interior ahuecado de un melón, y se cree Creso! ¡Eso es lo que cree que yo codicio! ¿Has visto algo más ridículo?

MECHE —¿Monedas en un melón ahuecado?

TOÑO —¡En un melón, sí! ¿Él lo hizo! Increíble, ¿no?

MICO —Inventos que tengo que idear, para que no me vacíe la casa.

TOÑO —¡Oh, Cristo! ¡«Vacíe la casa»!

MECHE (*Sentida, a Toño*) Así es que, en verdad . . . ¿no querías que viniera a estar con ustedes? (*Toño se sienta a su lado. Le toma las manos*)

TOÑO —Sangre de mi sangre, ¿cómo puedes creer una cosa igual? ¿Podría yo codiciar la fortuna de un indigente? Porque eso es lo que somos, los tres: un trío de indigentes. No hay que hacerse ilusiones. Triste epílogo de los Sánchez-Uriarte. Sería como vernos la suerte entre gitanos, ¿no crees?

MICO —Tan poco quería que vinieras que ni siquiera te fue a buscar a la terminal de bus. En un intento vano y estúpido, quería que te extraviaras en la ciudad . . .

TOÑO —¡Oh, Señor, desciende sobre mí! ¡Las cosas que uno tiene que oír! (*Va hacia la puerta de la tienda y la cierra. Luego regresa junto a Meche y le susurra en voz baja*) Desde el fondo de tu corazón, Meche, ¿crees que esta ratonera, esta . . . madriguera, pasada a polillas y naftalina, es una manera Sánchez-Uriarte, de vivir? Llegaste recién anoche, pero ya te debes haber formado una impresión . . . ¡A ver, sácalo afuera, con franqueza!

MECHE —Descorazonador.

TOÑO (*Triunfal*) ¿Ves? ¿Ves? (*Por Mico*) ¡Pero él no! ¡Él no está de acuerdo! ¡El chapalea de felicidad en sus calzoncillos parchados, sus . . . sus camisetas con hoyos, sus gilettes oxidadas! ¡No hay una llave de agua en la casa que no gotee! ¡Usas un enchufe y produces un cortocircuito! ¡Pero él, no! Él se siente en éxtasis en su casa, como novicia a la hora del ayuno! Todo frugal y ascético, para mayor gloria de Dios. ¡Por él, sólo viviéramos de hostias machacadas, y agua bendita!

MICO (*Sentido*) Es todo lo que logro producir con mis «malditos» paraguas. No te puedo ofrecer más.

TOÑO —Ahí lo tenemos de nuevo, ¿ves? ¡La pobre monjita! ¡Se persigna tres veces, pone los ojos en blanco, y ya se cree San Francisco alimentando los gorriones! (*Pausa*) Ni siquiera me atrevo a que Eduardo y la Tere me visiten aquí. (*Mico y Meche cambian una mirada, que Toño capta*) ¡Sí! ¡Mis hijos! ¿Qué se miran? ¿Es contranatura, acaso, que los hijos visiten a su padre?

MICO (*Levanta las manos al techo*) ¡Oh, Dios mío! ¿Existirá el pecado original, después de oír esto? ¡No, no existe!

TOÑO (*Titubeando*) Bueno . . . visitan, no, tal vez . . . pero, ¡me ven! ¡Me ven!

MICO (*A Meche*) Eduardo, hace doce años que vive en Francia, y sólo sabe de él por la tarjeta de Pascuas de todos los años: «Hola, papá, aquí estamos hundidos hasta el cuello en la nieve, ¿Cómo va todo, por allá?» . . . y cosas así. La Tere, que vive en Buenos Aires, cuando viene a casa, da un rodeo para no pasar por este barrio.

TOÑO —¡Eso no es verdad! Él no sabe que nos encontramos en . . . lugares secretos.

MICO —Oh ¡«Lugares secretos»!

TOÑO —Sacristías, plazas públicas, y sitios así. Lo que pasa es que esa muchacha no quiere que este hurón se entere. Tiene su orgullo, después de todo, y sabiendo como éste (*Por Mico*) les podría criticar una reconciliación conmigo . . . es más que comprensible, ¿no crees? (*Mico pone los ojos en blanco*) Me trae los niños . . . dos niñas y

un niñito . . . Angelitos los tres . . . Pelito rubio, boquitas de fresa . . .

MICO —¡Uuuuh!

TOÑO (*Siempre explicando sólo a Meche*) Vamos al zoológico. Les hacemos chistes a los monos. Tiramos maní a las focas. Andamos en carrousel. Les lleno sus boquitas con algodón de azúcar . . .

MICO (*Ahogado, ahora de risa*) ¡Uuh! «¡Algodón de azúcar!» «¡Algodón de azúcar!» (*Toño gira violentamente hacia él*)

TOÑO (*Grita*) ¡Sí! ¡Algodón de azúcar, que en la jeta tuya parecería espuma de alcantarilla!

MICO (*Sin caer en el insulto*) Dos niñas y un niñito, ¿eh? (*Intempestivamente*) ¿Y, cómo se supone que se llaman, los angelitos esos?

TOÑO —Bueno . . . yo . . . bueno (*Con súbita violencia*) Bueno, no se supone que uno tenga que saber el nombre de toda su progenie, ¿no?

MICO (*A Meche*) Ninguno de los dos ve a su padre, lo menos hace diez años.

TOÑO —¡Es lo que él quisiera. Tenerme en el suelo! ¡El «hombre-alfombra»! Pero se equivoca en eso. Su padre pecó una vez, pero mis hijos saben perdonar . . . (*Señala a Mico*) Para tipos como éste, a Cristo lo martirizaron poco. ¡Debieron matarlo en el potro de las torturas! (*Suena el teléfono. Toño da un brinco. Mico va a tomar el fono, pero Toño lo detiene*) ¡No! ¡No contestes!

MICO —¿Por qué? ¿Qué pasa?

TOÑO —¡No contestes, te digo! (*El timbre sigue sonando insistentemente*)

MICO —Toño, esa cosa va a seguir sonando toda la mañana. (*Sigue un instante de titubeo, pero al fin, Mico toma el fono*) ¿Aló?

TOÑO (*Cuchichea*) ¡No estoy! ¡Si preguntan por mí, no estoy!

MICO (*Al fono*) ¿Sí? ¿Diga?

TOÑO —¡Ya salí! ¡Si preguntan por mí, ya salí!

MICO (*Tapa el fono*) Oh, Cristo, ¿quieres dejarme oír? (*Al fono*) ¿Sí? ¡Toño? No, no está . . . Con un hermano . . . ¡Pero si no está, le digo! (*Toño se derrumba sobre una silla. Mico escucha*) ¿Cómo? . . . ¿Qué dice? . . . Oiga, pero . . . Oiga, pero ¿qué está diciendo? . . . Sí, pero . . . (*Al otro lado cuelgan; mira a Toño*) Por amor a la Virgen . . . (*Deja el auricular*) ¿Quién es ese hombre, Toño?

TOÑO —¡Maldonado, pues! . . . ¡Maldonado!

MICO (*Lo interrumpe con un grito*) Toño, ese tipo te llamó «hijo de puta».

TOÑO (*Reponiéndose tras breve aturdimiento*) Es un mal hablado. (*A Meche*) Mi sastre. Le di a que virara un traje viejo de mi padre, y ahora me persigue por sus tres mugrientos pesos. ¡Esos hampones!

Les das la mano, los pones a tu altura, y te toman el codo, esos mal nacidos.

MICO (*Alarmado*) ¡Toño, ese hombre no era Maldonado! ¡Un sastre de esa categoría jamás usaría esas palabras!

TOÑO —Bueno, tienen sus deslices, ¿no? . . . ¡También tienen su deslices? ¡No todos tienen la lengua atada, como tú! (*Ante la expresión incrédula que persiste en Mico*) Bueno, y ¿quién crees que podría ser, si no? ¿Gengis Khan? (*A Meche*) ¡Tiene una imaginación que Dios nos ampare! En su mente afiebrada, yo ya estoy metido con la mafia . . . fabricando coca, ¡o algo así!

MICO (*Perentorio*) Ese hombre no era Maldonado.

TOÑO —¡Bueno, entonces, era Jack «el Destripador», y ya está! (*Mico sigue esperando una explicación plausible. Breve pausa, en que Toño se debate en su propia inconsistencia. Al fin*) ¡Y bueno . . . no era Maldonado! Era otra persona, ¡pero eso ya es cosa mía!

MICO (*Implacable*) Toño . . . ¿quién era ese hombre?

TOÑO —¡Oh, Dios, tener que arrodillarme ante este hurón! (*A Meche*) Un hombre tira una cana al aire . . . quiere darse un poco de vuelo . . . encumbrarse un poco de este mundo chato . . . ¡y tiene que pedirle permiso al Papa en Roma! ¿Qué libre albedrío le dejan a uno, me pregunto yo?

MICO —¿Toño, quién era? (*Mico lo mira impasible. Espera. Al fin Toño emite un gemido. Se restriega las manos. Pide ayuda a Meche con la mirada, que ella no le concede. Y luego . . .*)

TOÑO —¡Oh, Mico . . . jugué!

MICO —«¿Jugué?» . . . ¿Qué jugaste?

TOÑO —A los naipes. (*Ante la expresión atónita de Mico*) ¡Jugué a los naipes pues, mono asmático! ¡Póker! ¡Naipes! ¡Perdí a los naipes, y ahora esos gorilas quieren que les pague! ¿Es tan difícil entender eso? (*Mico mira a Meche; la consulta con la mirada*)

MECHE —Bueno, como ustedes pasan en esto de jugar a decirse cosas, una ya no sabe lo que es verdad o mentira.

MICO —Lo que no entiendo son todos esos insultos. Por tres pesos, ¿taparte de groserías? (*Toño se sienta*)

TOÑO (*Conturbado*) Es que tú no te imaginas, el garito que era. Ya ni sé cómo fui a caer en él. Creo que fue Roberto Lira, que me agarró a la salida de no sé dónde, y me arrastró consigo. Era una cueva. Un antro de humo espeso, como batido de huevo. Tipos en manga de camisa, echados sobre las mesas. Muchachas en pantaloncitos sirviendo copetines, y cosas así. Había un tipo con una camisa amarilla y un orzuelo sobre un ojo que me picó el amor propio. Me llamó «piedra azul», que si no tenía con qué jugar, para qué estaba ahí . . . ¡Y yo caí! No anduve mal en las primeras

manos, pero después . . . ¡Oh, Dios mío! ¡La suerte se me iba como si agonizara! ¡A cada mano nueva, sentía cómo se me iba la vida! ¡Cómo estaría de mal, que la última me la ganó con un par de ochos, Mico! (*Suspira, pausa*) Le firmé un pagaré. (*Mira a Mico a los ojos*) ¿Estás satisfecho, ahora?

MECHE —¿Cuánto le debes?

MICO —¡Lo conozco! ¡Sé lo débil que es! ¡Apuesto que se jugó su alma, el recuerdo de su madre, y el descanso eterno de todos sus antepasados!

MICO —¡Di, pues! ¿Cuánto les quedaste debiendo?

TOÑO (*Apenas audible*) Veinte mil . . .

MICO —¿Qué? ¡Veinte mil! ¿Veinte mil, qué?

TOÑO —¡Pesos, pues! ¡Pesos! ¿Qué crees? Veinte mil pesos en el traste, tal vez. (*Mico se levanta*)

MICO —¡Oh, Jesús, esto nos arruina! ¡Esto nos eclipsa! (*Descarga su virulencia sobre Toño*) ¡Payaso ridículo! ¡Viejo varicoso mofletudo y charchiento! ¡Tiene mil años, y se comporta como un muchacho de quince! ¡Veinte mil, Dios mío! ¿Qué vamos a hacer?

TOÑO (*Desde su asiente*) ¿«Vamos», dices? . . . ¿«Vamos»? . . .

MICO —¡Vamos, sí! ¡Tú y yo! Vives bajo *mi* techo, ¿no? Sabes que a la postre tendré que ayudarte, ¿no? Por eso es que . . . (*Se detiene bruscamente*) ¡No! ¡Esta vez, no! ¡Esta vez, no lo voy a hacer!

TOÑO (*A Meche*) ¿Ves? ¡Lo sabía!

MICO —Toño, esta deuda la pagas tú, peso por peso. (*A Meche*) ¡Me gasto los dedos en esa maldita tienda para que venga este farandulero, y me lo despilfarre todo, en una noche de . . . orgía! Ofrezco a Dios cada día que paso tras ese mesón; no hay gloria en eso. Tener que soportar a las viejas, cuando entran con sus caras compuestas . . . (*Imita*) «¡Mire como me quedaron estos tirantes, el primer día de lluvia!» «¡Parece un trabajito bien chapucero el suyo. Debería tener más cuidado con esos brutos que tiene en el taller!» ¡Y eso, día tras día! ¡No! ¡No te sacaré de ésta!

TOÑO —¡Está bien. No te excites . . . Frater Anselmo!

MICO (*Pedante*) —Ser responsable . . . es una cruz que uno carga toda su vida. Nadie te lo agradece, pero uno tiene al menos el derecho de resarcirse alguna vez, ¿no?

MECHE —Claro que sí. (*Se levanta y se compone la peluca*) Yo también tengo derecho a eso. En verdad, es a eso a que he venido . . . (*Ambos hermanos se miran*) . . . a que me devuelvan lo que me han quitado. A mí también me tienen que compensar por el daño que me han hecho. Me tienen que devolver mi juventud.

TOÑO —¡Oh, Dios mío, devolver la juventud! ¡Cada vez que oigo eso, me dan vahídos! ¡Me marea el sólo pensar, lo lejano, que eso debe ser ¡Algún lugar perdido en la niebla de la historia!

MICO (*Que ha quedado mirando, extrañado, a su hermana*) ¿Que quién te ha quitado, Meche?

MECHE —Fernando, pues . . . mi marido . . . y el ogro peludo de su madre. Ninguno de ustedes estuvo ahí, y no supieron la grosería con que me trataron. Envolvieron a la niña en su ropita, y se la llevaron ante mi vista, en medio de la noche. ¡El ogro peludo, abriéndose paso a carterazos, y el abogado de la familia . . . ese sinvergüenza, ese corrompido . . . sacudiendo ante mis ojos de chiquilla inexperta la resolución del juez! ¡Aún veo la cara pintarrajeada de mi suegra, mostrándome a la niña como un trofeo, y gritándome «adúltera»! ¡Desde el pie de la escala! ¡Me habría caído muerta, ahí mismo! (*Se sienta. Se suena. Se pasa el pañuelo por la cara*) Me acusaron de abandono del hogar. A mí, que no respiraba por no quitarle el aire a mi hija. (*Ante una cuchufleta incrédula y burlesca de Toño*) ¡Pregúntale a la Mama María! ¡Ella podrá contarte!

TOÑO —¡Está bien! ¡Te creo! ¡Te creo!

MECHE —¡Ella podrá decirte las noches que pasé en vela, junto a su camita, cuando le dio ese tifus que casi la mata! (*Pausa*) —¡Pobre Mama María! Espero que aún esté viva, la pobre . . .

TOÑO —Está. En un asilo. (*Meche lo mira*) Lo último que supe de ella es que la tenían clavando clavitos en una tabla.

MECHE —En el fondo, todo fue una gran trama de mi suegro. ¡Viejo libidinoso! Me tomó tirria desde el día mismo de mi matrimonio, cuando le vacié un vaso de vino sobre su chaquet, porque quiso arrinconarme tras una puerta. Estaba loco por mí. Decía que lo mareaba mi carne joven, bajo el traje de novia. (*Pausa*) Era hermosa en esos días. (*A Mico*) ¿Recuerdas lo bonita que era? ¿Cómo me llamabas?

MICO —Rapuncel.

MECHE —¡Oh, sí! ¡Oh, Jesús, Rapuncel! Qué atroz suena, ahora, ¿no? ¡Me robaron mi juventud y mi belleza, Mico! Yo era todo confianza y amor a la gente, y cometí muchas tonterías . . . muchos disparates.

TOÑO —¿Y? ¿Me vas a decir que vienes a . . . recuperar a tu hija, o algo así?

MECHE —¡Sí! ¡Tendrán que devolvérmela! ¡Era muy niña, entonces, y no me sabía defender, pero ahora sí sé! ¡Ya verán?

TOÑO —Y . . . ¿cómo piensas hacerlo?

MECHE —No lo sé. Raptarla, tal vez, si es necesario. (*Ambos hermanos vuelven a mirarse incrédulos*) Lo único que sé es que Angelita vuelve junto a mí.

TOÑO —¡Madre de Dios! (*A Mico*) ¿Te hubieras imaginado esto?

MECHE (*A Mico señalando a Toño*) ¿Por qué? ¿Qué le pasa?

MICO —Meche . . . tu hija . . . ya no es la niña que recuerdas. Es toda una mujer ahora . . .

MECHE —¡Ya sé!

MICO —Está casada, ahora . . .

MECHE —¡Sé eso, también! Sé que no anda en pañales, pero es siempre mi hija, ¿no?

MICO —Pero, tal vez, ella no quiera recibirte . . . después de todo este tiempo. ¿Has pensado en eso?

MECHE —Una hija y una madre son siempre madre e hija, ¿no?

MICO —Sé, pero . . . tal vez ella se ha hecho una vida en que ya no tengas cabida . . .

MECHE —La cambiará. Habrá un hueco para su madre en su corazón.

MICO —Sí . . . tal vez.

TOÑO —¡Oh, Cristo! ¡Esto cierra el ciclo de la locura! (*A Mico*) ¡Tu aventurilla con las jovencitas del convento se acabó, mi amigo! ¡De ahora en adelante, a vender paraguas que te las pelas! ¡Porque vas a tener que mantener a una familia muy peculiar! Con un hermano corriendo tras las monjitas, y la otra encaramada al palo de la bandera, ¿qué cosas me esperan, Dios mío! (*Toño se ahoga de risa*) ¡Ausente veinte años! ¡La familia dispersa como la tribu de Josué, y ahora regresa y quiere recuperar a la hija «casada en pañales»! ¡Qué familia la nuestra! ¿Tendrán caso los Sánchez-Uriarte? (*A Mico*) Podría usarse como epitafio de la familia ¿no crees? ¡Para colocarlo en el dintel de la tumba! «Aquí yace la estirpe de los Sánchez-Uriarte, bueno . . . ¿y qué los sorprende?» (*Ríe*) ¡Oh, Jesús. Esto me da el golpe de gracia!

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Cerca del mediodía de esa misma mañana. La mesa del desayuno aún no ha sido despejada. Toño, en la misma bata roñosa con una toalla al cuello, baja la escala. Se ha afeitado. Luce un peinado impecable. Durante la acción que sigue, se tijeretea las

patillas y se aplica colonia y masajea el cuello y mejillas, ante un espejo de mano que instala contra algún objeto, en el mueble librero. Después de proceder durante un rato con prolijidad pretenciosa, habla de pronto, hacia la tienda.

TOÑO —¡Oye, Mico! Sabes que esta mañana me corté la cara, ¿por culpa tuya? ¡Tu avaricia me tiene francamente preocupado . . .! ¡Algo para hacerle una autopsia a tu cerebro! (*Pausa*) ¿Quién crees que se puede lavar la cara con una tapa de cerveza, ¿mh? . . . Está bien ahorrar y sacarle el jugo al maldito jabón, pero eso de lavarse con la tapa de cerveza que usas de imán . . . es como demasiada tacañería, ¿no crees? (*Inspecciona un corte bajo un ojo*) ¡Casi me corté un ojo con la lata ondulada! ¡Para tipos como tú deberían inventar jabones que no se consumen! ¡Jabones perpetuum mobile! ¡Espuma de guardar, para un segundo uso! (*Se restriega crema, en las patas de gallo*) ¿No oíste lo que te dije? (*Escucha*) ¿Mico? . . . ¿Estás ahí? (*Silencio*) ¿Qué te pasa? ¿Jugando a la gallina ciega? . . . ¿Mico? (*Silencio. Toño va a la tienda y descubre que no está su hermano. Eso le da una idea. Comienza a remover el mobiliario en busca de algo. Revisa el relleno de los sillones. Golpea las tablas del piso. Urguetea entre los libros en las repisas. De pronto, llegan ruidos desde la tienda. Eso lo hace retornar rápidamente ante el espejo. Continúa la faena con sus patillas. Entra Mico. Trae una bolsa con mercaderías bajo un brazo. Se detiene y mira a Toño*)

MICO —¿Y a ti, qué te pasa?

TOÑO (*Pendiente sólo de su cara*) ¿Mh?

MICO —¿Estás enfermo, o algo?

TOÑO —No, ¿por qué?

MICO —¿Por qué? ¿Por qué? Porque son ya las doce y media, ¡y aún estás en bata, hombre!

TOÑO —Sí, son las doce y media y aún estoy en bata. No entiendo la relación. ¿Qué te pasa? ¿Empleando un mensaje en clave?

MICO (*Gritando de súbito*) ¡Te pedí! Te pedí que te quedaras atendiendo al negocio, ¿no?

TOÑO —¿Sí, y qué? Aún no te entiendo.

MICO —¡Estás en bata, hombre! ¡Estás en bata!

TOÑO —Comienzas a sonar como un loquito del hospicio. Si te sigues repitiendo, te tendremos que aplicar unas pinzas en las sienes, y descargarte diez mil voltios . . . a ver, si comienzas a decir algo cuerdo.

MICO —¿Así que la tienda estuvo sola durante todo el rato que anduve en el supermercado?

TOÑO —Sabía que nadie vendría a esta hora del almuerzo, y nadie vino . . .

MICO (*Chilla*) ¿Y cómo sabes? ¿Cómo sabes?

TOÑO (*Se tapa los oídos*) ¡Oh, por favor! Tus chillidos descuajeringan mis tímpanos. Puedo soportarlos de día, pero en las mañanas, mis membranas aún están sin lubricar . . . (*Mico parte a trancos hacia la cocina*)

MICO —¡Egoísta! ¡No puedo contar contigo para nada! ¡Todo, todo tengo que hacerlo yo! (*Su voz se pierde*) Desde la mañana a la noche, fregando, limpiando, arreglándote la casa, para que no añores tu vida de lujos! (*Reaparece con un paquete de galletas, que lanza a los pies de Toño*) Y todavía le compró estas galletitas de limón, ¡porque sé que a él le gustan! ¡Toma! ¡Aquí tienes! ¡Métetelas donde mejor te quepan! ¡No soy ningún criado tuyo! (*Cruza a grandes zancadas hacia la escala. Toño apenas logra contener la risa, viendo la exageración de sus ademanes*)

TOÑO (*A duras penas*) Oye, Mico . . .

MICO (*Deteniéndose*) ¿Qué?

TOÑO (*Señala las galletas*) Están hechas añicos. Apuesto que dentro de ese paquete, no queda otra cosa, ahora, que un puñado de bizcocho hecho polvo . . .

MICO —¡Y todavía te ríes!

TOÑO (*Imita*) Oh, Dios . . . ¡«galletitas de limón»! ¡Qué actor podrido eres! Si actuaras muy cerca de las luces, fijo que te llega un escupo en un ojo. Pareces molino de Holanda, cuando mueves los brazos. ¿Estás enojado conmigo, de verdad? ¡Es lo que querías que creyera?

MICO —¡Estoy enojado!

TOÑO —Bueno, no grites . . . Oh, Cristo, Mico . . . ¡Eres un encanto!

MICO (*Grazna, en el colmo de su impotencia*) Estoy enojado contigo, ¡te digo! (*Tiembla y tirita de furor. Toño pone el espejo ante su cara*)

TOÑO —Oh, vamos . . . toma . . . mirate al espejo. No me digas que no pareces uno de esos peces del trópico . . . de ésos que se inflan cuando sienten que los van a pinchar. ¡Puf! Todo erizado y con cianuro en las puntas. (*De a poco va cediendo la ira de Mico, ante la comicidad de lo que le dicen; sonríe débilmente*) ¡Y tu modo de caminar, oh, Jesús! ¿Cómo le llaman? ¿Anestesia caudal? Como un conejo al que le hubieran volado la cola de un escopetazo. Deberías vigilarte. Tu patetismo cae francamente en el melodrama. (*Ya sin real ira, Mico bota el espejo de un manotazo. Recogiéndolo*) En verdad, me conmueves. ¿Es verdad que compraste esas galletas para mí?

MICO —Oh, Toño, por una sola vez . . . Por una vez . . . ¿No es posible que me respetes un poco?

TOÑO —Mientras te pasees delante de mí, impunemente, levantando tu anestesia caudal ante mi cara, y tirando al suelo paquetitos de galletas, ¿cómo quieres que te respete? No puedes hacerme eso, ni siquiera en la intimidad. (*Abre el paquete y muestra el bizcocho molido*) ¡Mira lo que has hecho!

MICO (*Sincero*) Te necesito, Toño. No puedo hacerlo yo, todo solo.

TOÑO (*Sincero también*) Ahí es donde falla tu intuición psicológica, hombre. ¿No me has echado nunca una buena mirada? ¿Cómo esperas que *yo* pueda ayudarte en la tienda?

MICO —Oh, Dios, ¿es tan difícil, pararse diez minutos tras ese mesón, y responder a tres preguntas tontas?

TOÑO (*Volviendo a su quehacer ante el espejo*) ¿Y hacer qué? ¿Regatear con las clientes sobre precios y calidades? ¿Yo?

MICO —¡Defender el trabajo que nos da para el pan que comemos, hombre!

TOÑO (*Sin mirarlo, concentrado en un punto negro bajo su barbilla*) ¿Yo? ¿Concentrarme en algo? ¿No te das cuenta que mi mente se va continuamente hacia los extramuros . . . a flotar entre trasparencias? ¿Sabes qué pasaría si entrara una cliente? Si fuera una pasa vieja, terminaría piropeándola y pellizcándole los cachetes. Si fuera una ranita joven, le haría ojos, y le sacaría una cita. Me enamoro siempre de las eventualidades, Mico. Amo demasiado la vida. Tengo demasiada imaginación. (*Mico, que se ha estado paseando impacientemente, se detiene bruscamente y cubre a Toño con una mirada suspicaz*)

MICO —Lo que yo diría es que nos levantamos hoy con una gran dosis de prestancia falsa, ¿eh? Nos fuimos llenando de dignidad, a medida que pasaba la mañana, ¿mh?

TOÑO (*Lo mira*) ¿Qué quieres decir con eso? (*Mico va a la cocina y regresa con la cajita de marshmallows, que se sienta a comer con exagerada delectación*)

MICO —Nos cortamos la cara, afeitándonos, supongo, ¿mh?

TOÑO —No. Me la corté con una tapa de cerveza.

MICO —¿Ah, sí, eh? ¿Tapitas de cerveza, eh? ¿No sería más bien, un cortecito, que nos hicimos en un arrebato de pavor y angustia?

TOÑO (*Vuelve al espejo*) Aclara el misterio, Nostradamus. Estamos viajando de nuevo por los espacios siderales . . .

MICO —Salimos del baño y nos fuimos llenando de falso orgullo, ¿mh? Dispuestos a mostrarle al imbécil del Mico, que no le tememos a nada, ¿eh? No limpio nada, no cuido nada, no hago nada, me dejo atender, ¿mh?

TOÑO —¡Ahora que hablen las bancas de la oposición, señor presidente del Senado!

MICO (*Rotundo*) ¡Lo que pasa es que está cagado de miedo!

TOÑO —¡Decreto con Fuerza de Ley Número 208! (*Mico lo semblantea. Observa sus reacciones. Mastica marshmallows haciendo sonar la boca. Con repugnancia*) ¡Oh, Jesús, y ahora volvemos de nuevo con eso! Sé que tienes plata para comprarte todas las malditas sustancias que quieras. . . . ¿pero tienes que hacer exhibición de eso?

MICO (*Midiendo el efecto de su anuncio*) Toño . . . Ahora, volviendo a casa desde el supermercado . . . me topé con unos amigos tuyos . . .

TOÑO —Sé que estás esperando que te pregunte quiénes eran, puedes estar todo el día sentado en esa silla.

MICO —Dos eran, y bastante estrafalarios, diría yo. Uno lucía un par de anteojos de espejo, y el otro una horrible cicatriz que le cruzaba de oreja a yugular. ¿Te dice algo? (*Observa la reacción*) Pasé junto a ellos. Como no sabían que era tu hermano, no cuidaron sus palabras. (*Otra pausa; con cierta fruición*) Están ahí, ahora, parados frente a la tienda. (*Por un momento, Toño pierde la forzada compostura que ha tratado de mantener, pero se repone*)

TOÑO —¿Y qué? Serán un par de vagos que salieron a pasear por el barrio. (*En su salsa nuevamente*) Deben haber quedado turulatos ante la visión de tu tienda . . . imaginándose el mago de Oz que hay tras la exhibición de tu escaparate. Vitrinas con arbolitos de Pascua, del que cuelgan querubines de potitos rosados. ¿Quién cuelga querubines de carey en un árbol de Pascua, Dios mío?

MICO —Toño . . . esos tipos hablaban de ti.

TOÑO —¿De mí? ¿Y qué te extraña? Todo el mundo me conoce, ya te dije . . . Soy famoso.

MICO —Decían que te iban a marcar a fuego, vejete ridículo. (*Toño pierde al aplomo*)

TOÑO —Oh, deja de bromear, ¿quieres?

MICO —No estoy bromeando. ¡Anda! ¡Échales un vistazo! ¡Tal vez los reconozcas! (*En vista de que Toño aparenta no mostrar interés, Mico va hacia la tienda y mira por el hueco abierto de la puerta*) ¿Ahí están, ves?

TOÑO (*Siseando*) ¡Quítate de ahí!

MICO —¿Qué? . . . ¿Por qué me he de quitar?

TOÑO —¡Porque te quites, te digo! ¡Oh, Jesús, que podrían verme, Mico!

MICO (*Inocente*) ¿Verte? ¿Creí que no los conocías?

TOÑO —¡Claro que los conozco, y tú sabes muy bien que los conozco, rana venenosa! (*Susurra*) ¡Anda! ¡Corre las cortinas de la tienda!

MICO —¿Las cortinas? ¿Estás loco? Aún no es hora de cerrar.

TOÑO (*Desesperado*) ¡Pero yo te digo que las corras, caramba! ¡Anda, apúrate, que podrían verme a través de los querubines!

MICO —Debes estar completamente chiflado. (*Toño no resiste más. Lo hace a un lado de un empellón y cierra la puerta, procurando ocultarse de la calle*)

TOÑO —¡Rana babosa! Te gusta verme gateando, ¿eh? Planchado en el suelo, ¿eh? El «hombre-alfombra», ¿eh?

MICO (*Simpre con la misma inocencia*) Pero . . . ¿qué clase de acusaciones destempladas son ésas? Dijiste que debían ser sólo un par de vagos. ¿Quién es el de los anteojos plateados? Roberto Lira, ¿el tahúr? Bastante venido a menos diría yo que está, para ser un Lira, ¿no? ¿Es el que te arrastró al garito? Porque Maldonado, el sastre, no es. A Maldonado lo conozco. Es mucho más ancho de caderas y usa bisogné . . .

TOÑO —¡Oh tú . . . marsupial maligno! ¡Sabes muy bien que esos tipos no son lo que dices que yo dije que eran!

MICO —«Antro con humo espeso como batido de huevo» . . . «Muchachitas de pantaloncitos cortos, sirviendo copetines» . . . ¡Agonías con un par de ochos en la mano! (*Serio repentinamente*) ¿Quiénes son esos patibularios, Toño? ¿Es ésa la clase de gentuza con que te metes a jugar?

TOÑO —¡Oh, por Dios, tú no eres mi padre! ¡No tengo por qué darte cuenta de nada! ¡Oh, si por algún maravilloso milagro se me apareciera mi hijo Eduardo! ¡Él me sacaría de este antro asfixiante! ¡Él me pagaría una pensión en alguna parte, para zafarme de tus garras! (*Mico acusa el golpe*)

MICO —¿De modo que es eso lo que queremos, eh?

TOÑO —¡Sí, sí, sí, y sí! ¡A veces no sé si deseo más eso que irme al cielo después de muerto!

MICO —Está bien. Lo dijiste. (*Sentido*) Lo tomaré muy en cuenta. No hay peor loca que la boca.

TOÑO (*Arrepentido*) Oh, Mico . . . es que eres tú, hombre. Me pones nervioso. No hago más que mover un dedo, y ya estás sobre mí.

MICO —Lo dijiste . . .

TOÑO —¡Oh, Mico . . . por amor a Dios! (*Suena la campanilla en la tienda. Toño da un grito. Se aterra*) ¡Padre Nuestro que estás en los Cielos! ¿Ves? ¿Ves? ¿Ves que te dije que me iban a ver? (*Mico se levanta a responder al llamado. Sisea*) ¡No estoy! ¡Si preguntan por mí, no estoy! ¡Por favor! (*Sale Mico. Toño queda a la expectativa, escuchando. Después de un rato reaparece Mico. Se sienta y reanuda el mastiqueo de los marshmallows, indiferente a la reacción de Toño. Éste espera. Al fin*) Y bueno . . . ¿Quién era?

MICO —Una cliente.

TOÑO —¡Ohhh! ¿Y me has tenido todo este rato . . . cagado?

MICO —¿No sabía que Maldonado, el sastre, te inspiraría tanto terror?

TOÑO —¡Ohhh! ¡Sabes que no es Maldonado y que no puede ser! ¡No me pinches más! (*Mico se encoge de hombros. Toño vuelve ante el espejo*) Deberías tener más consideración con mis sufrimientos. Sabes que no soporto deberle un peso a nadie. (*Mico casi se ahoga con el marshmallow que está mascando*) ¿Sabes? En un rato más, vas a terminar ahogado en un moco de ese marshmallow. Vas a terminar pataleando, agitando los brazos, boqueando, hundido hasta el cuello en esa baba relajante. ¡Y no seré yo quién te rescate! (*Acentúa, enfático, cada palabra*) Te repito: «*¡No soporto tener deudas con nadie, y eso te incluye a ti!*» ¡Créelo o no! (*Continúa cortándose con cuidado los pelos en la nariz. Como de pasada*) Pensar que me crucifiqué a ti, de pura buena persona. Pude desligarme un día de tu presencia malévola, pero . . . primó en mí, la obligación cristiana al hermano que vivía solo, y ahí me tienes ahora . . . atado por vida a un tallo de apio. (*Mico aparenta no oír. Se levanta, va a la cocina y vuelve después de un rato, con una malla llena de papas, una fuente honda, y cuchillo de pelar. Se sienta y se pone a mondar las papas*) Eduardo, mi hijo, usó toda clase de argumentos para que trabajara con él. Pero yo no; me mantuve inconmovible. Nada de viajar al extranjero y dejar a mi hermano, abandonado a su soledad. Me tentó con las mejores perspectivas. Negocio de camarones en la desembocadura del Guayas. Los íbamos a enlatar, lo mismo que sardinas. También íbamos a filetear atunes. Simplemente no se concebía capaz de hacer nada, sin mi ayuda. (*Pausa*) Quiso tentarme hasta ir con él al Amazonas. Amazonas, río ancho, maderas exóticas. Las íbamos a fletar en yate propio, hasta California. Era grito y plata. Cosa de llegar y llevar. ¡Pero no! Venció en mí el instinto atávico, la lealtad a la sangre . . . y aquí me tienes ahora . . . atado a esta paragüería decrépita. Damo de compañía de un monaguillo extreñido. Moriré un día, asfixiado en uno de tus flatos ascéticos, o en esa . . . baba que masticas. (*Pausa*) ¡Sé que ése será mi fin!

MICO (*Sin entrar en su juego*) ¿Y para qué decías que te necesitaba tu hijo?

TOÑO —¿Cómo, para qué? ¡Consejo, pues! ¡Quinto sentido comercial! Y compañía. ¡Por si no sabes, que los hijos suelen desear la compañía de sus padres!

MICO —Curioso, ¿no?

TOÑO —¿Qué es curioso?

MICO —Camarones del Guayas . . . Maderas exóticas del Amazonas . . . ¿No es ése el negocio de nuestro primo Andrés?

TOÑO —Coincidencia. Mera coincidencia. No se puede evitar que surjan plagios, ¿no?

MICO —No, claro que no.

TOÑO —¿Cómo? ¿Qué no me crees? Hasta te puedo decir cómo pensábamos bautizar el yate del Amazonas «Osa Mayor», le íbamos a poner . . .

MICO —Curioso de nuevo, ¿no? «Osa Mayor». ¿No era el nombre del remolcador de la Gobernación de Puerto, cuando de niños vivíamos en Valparaíso? (*Toño amenaza a Mico con el espejo*)

TOÑO —¡Mira, macaco asmático, no soporto más esa mueca desconfiada en tu cara de babuino! Hoy estaré disminuido, más que nada por tener que . . . mimetizarme con el enano que me da techo, pero en mis días, yo era alguien en los negocios! ¡Chilla de envidia si quieres, pero es un hecho que *yo* organicé la Feria Ganadera del Sur del 48! ¡Recibí al Presidente Aguirre! ¡Corté con él, la cinta inaugural!

MICO —¡Qué fue, más o menos, lo único de cierta importancia que te tocó hacer en vida!, pero . . . ¡Oh, Dios mío, cómo abandona a los hombres la memoria!

TOÑO —¿Y ahora, qué quieres decir con eso?

MICO —Recuerdos de nuestras miserias, que los borre la niebla del olvido. (*Sin alzar la vista de la papa que está pelando*) ¿Qué fue lo que pasó en esa Feria, Toño?

TOÑO (*Desafiante*) ¿Que pasó? ¿Qué, qué pasó? Dímelo tú, porque no me acuerdo.

MICO —¿Qué pasó en el corral de los carneros champion, Toño?

TOÑO (*Más inseguro ya*) ¿Qué, qué pasó? . . .

MICO —¡Sí, eso! Los carneros premiados chapaleando en la mierda de los chanchos, porque a alguien se le había olvidado ponerles alcantarilla . . .

TOÑO —¡Oh, tú . . . víbora insidiosa!

MICO —Pensó que los puercos no cagaban, ¿eh? Especie de criaturas celestiales, sin orificios de salida, ¿eh?

TOÑO —Te gusta . . . te gusta chapotear en mis desdichas, ¿mh?

MICO —Tengo que hacerlo, a veces, para bajarte del pedestal.

TOÑO (*Al borde de las lágrimas*) ¡Oh, Jesús . . . con esos gorilas ahí afuera, y yo todo jodido . . . dame respiro, Mico! ¡No te das cuenta que no resisto más presión? (*Se derrumba junto a Mico, quien duda un instante, pero luego pone afectuosamente una mano sobre el hombro de su hermano. Sacudiéndose de ella*) ¡Oh, déjame, ponzoña! ¡Todos estamos hechos de pecados y equivocaciones, pero él no! ¡Él, está hecho de roca! ¡Él, es el Himalaya! ¡Oh, Dios, como to odio, a veces! (*Se arrepiente de inmediato*) ¡Oh, no, Mico, no quise decir eso! ¡Es que estoy tan confundido! ¡Me siento tan abandonado! ¡Eduardo, ese muchacho, lo crié demasiado en algodones. Fue todo mi error. (*Llorando casi*) ¿No habrá alguien que se apiade de mí?

MICO (*Sin saber que hacer con él*) Vamos . . . vamos.

TOÑO —Criado en algodones, desde el primer día. En verdad no fue todo culpa mía. También Isabel, mi mujer, tuvo que ver con eso. Buena mujer, era Isabel; un ángel de mujer en verdad, pero orgullosa. Hizo traer agua de rosas de Francia para bañar al niño, cuando aún olía a meconio. (*Pausa*) Botaba los juguetes que yo le traía, porque decía que eran ordinarios. (*Otra pausa*) Había una cosa helada en ella . . . distante. (*Mira a Mico*) Esa mujer, literalmente, me empujó a los brazos de las otras mujeres, Mico. (*Se suena las narices*) Ya en la misma noche de nuestra luna de miel, comenzó congelándome. Aún me veo . . . ardiente y lleno de anhelo, en la suite del Hotel. Desnudo como un bebé, sin poder contener los tiritones, y ella, en el baño . . . ¿Apuesto que no sospechas cómo salió finalmente de ese maldito excusado? (*Toma una mano de Mico*) Nunca le hablé a nadie de esto . . .

MICO (*Retirando su mano*) Estábamos hablando de tu hijo Eduardo.

TOÑO —Con sombrero puesto y maleta en mano . . . alegando que había cucarachas en la tina . . . exigiendo que la llevara a otro Hotel. Lo hice, pero ya mi pasión estaba rota.

MICO (*Choqueado ante las revelaciones íntimas que le transmite*) Conmovedor . . . (*La cara de Toño se ilumina de pronto*)

TOÑO —Mango de paragua . . . Es la explicación que tuve que darle al Conserje del Hotel, por salir tan repentinamente . . . (*Ríe*) Mango de paragua. (*Hace el gesto con un dedo flácido*) ¡Oh, Jesús, y el tipo entendió! ¡Casi se cayó de risa, tras el mesón de la Conserjería. (*Ríe*) ¡Oh, Cristo! (*Mico tercia en la risa con desgana*) Aún estoy viendo la procesión, cruzando por el porch! Ella delante, maleta en mano, la imagen viva de una Hermana de los Testigos de Jehová, y yo detrás . . . ¡Mango de paragua! ¡Oh, Cristo! (*Ambos ríen ahora. Mico, que no sabe reír, casi se ahoga en un hipo. Sirve marshmallow a Toño*)

MICO —¡Toma, sírvete! . . . ¡Mango de paragua! . . . ¡Cañamito! . . . ¡Cañería de plomo!

TOÑO (*Riendo aún*) ¡Esa mujer . . . Dios la ampare . . . Isabel! . . . ¡Me empujó! ¡Literalmente terminó por empujarme en los brazos de las otras mujeres!

MICO (*Ahogado aún con la risa*) ¡No necesitó empujar mucho, sin embargo! ¡No necesitó empujarte mucho! . . . ¿No?

TOÑO —¡Ah, no! . . . ¡No, no! . . . ¡En verdad! . . . ¡Siempre fui un tentado de la risa, lo confieso! (*Toma ambas manos de Mico*) ¡Y todavía me pasa, Mico!

MICO —Ah, te pasa, ¿eh?

TOÑO —¡Sí, todavía! ¡Veo una cara bonita, y de inmediato se me iza la bandera! ¡Aleteando en la punta del mástil! . . . En verdad, me gustan, ¿sabes? . . . ¡Es mi virtud y mi condenación! Veo a una

mujercita hecha un ovillo sobre una cama, y comienzan las campanas, ¿me entiendes? (*Ríe; ensueña*) ¡No hay nada como una carnecita blanca y tibia! . . . (*Mira a Mico de pronto*) ¿Y tú . . .? ¿No te gusta eso?

MICO (*Poniéndose serio de inmediato*) ¿A qué viene esa pregunta?

TOÑO —¡Vamos, lárgala! ¿Sólo te satisface ojear monjitas, viejo sátiro?

MICO —No es como tú piensas.

TOÑO —No, claro que no, pero . . . qué hacemos cuando estamos con ellas, ¿mh? ¿Finteos en las sombras? ¿Ojitos van y ojitos vienen, a espaldas de la Superiora? ¿No les levantamos, a veces, las polleritas?

MICO —Oh, corta eso, ¿quieres?

TOÑO —Entiendo, entiendo. Es una carne muy especial, esa carne. Extrañas vibraciones de lo prohibido. Eres un tipo refinado, después de todo, ¿sabes? ¡Delicatessen! (*Con cuidado*) Dime . . . ¿puedo preguntarte algo que me inquieta hace tiempo?

MICO —Dime.

TOÑO —¿Cómo fue ese cuento que se corría en la familia . . . eso que, un día, quisiste castrarte con un chuchillo de cocina? (*Mico se demuda*)

MICO —¿Cómo te atreves? . . . ¿Cómo te . . .?

TOÑO —Creí que estábamos de confidencias . . .

MICO —Sí, ¿pero me meto yo, acaso . . . me meto en tus sordideces? (*Silencio embarazoso*)

TOÑO —Cosa torcida, tu vida, sin embargo; eso debes aceptarlo. Novio que rompió dos noviazgos. Seminarista que colgó de pronto los hábitos. Y esa historia de la sirvientita . . . (*Mico se levanta bruscamente. Se aleja de la mesa*) . . . Correr desnudo tras ella por las azoteas, no es exactamente un cuento para hacer dormir a los niños, ¿no? Oír relatos de tu vida, daría lugar, que hasta al Dr. Jekyl le diera carne de gallina. Debes aceptar eso, ¿no?

MICO —¡Cuervo perverso! ¿Tenías que sacar eso a luz? (*Masculla*) Cuarenta años tratando de enterrar eso en el pasado, y ahora me vienes tú, con tu picota infame. Siempre luché contra mi naturaleza, pero eso es algo que tú no entenderías. Tú, que te has entregado a la lujuria.

TOÑO (*Picado*) Camino recto el uno; el otro, torcido. Nada más. Ambos llegan a la misma meta final.

MICO —¿Ves que no entiendes? Sentí el ardor de mi carne, cuando tú aún jugabas con soldaditos de plomo. Ya de niño, no podía ver un muslo de mujer, sin que me treparan duendes. Siempre fui un niño muy desgraciado . . .

TOÑO —Cilicio y ramas de espino en vinagre, y todo eso, ¿eh?

MICO —Recuerdo a la tía Adela, cuando alojaba en el fundo. Sus corsés apretados y el resuello de su aliento, cuando mordía las sandías, me hacían correr a mi pieza y meterme entre las sábanas . . .

TOÑO —Y, ta, ta, tu, tu . . . los ríos comenzaban a fluir, ¿eh?

MICO —Un día . . . me encaramé a un tragaluz, ¡a espiar cómo hacía el amor con el tío Abdón! Cien veces morí ese día, ¡pegado a esa mampara! ¡Juré arrancarme esa obsesión! ¡Comencé a bañarme en el agua helada del estero! ¡De noche, dormía con un crucifijo sobre el pecho! . . . Y fui criando un odio jurado a la familia!

TOÑO —¿Familia? ¿Qué tiene eso que ver con tus duendes nocturnos?

MICO —¡Nuestro ancestro colonial! ¡Nuestro maldito ancestro colonial, hipócrita e intolerante! ¡Las misas en sordina y el olor a santidad! ¡Toda la galería de antepasados! (*Con ira*) ¡Son ellos los que en verdad me castraron en vida! (*Casi llorando*) ¡Y aún hay vida, en mis pobres arterias, Toño!

TOÑO —¡Oh, Jesús!

MICO —¿Me miro al espejo y qué veo, Toño? ¡Un monje severo, pero aún hay lujuria acechando en cada una de mis arrugas!

TOÑO —¡Oh, Cristo, qué desagradable! (*Mica aferra un brazo de su hermano*)

MICO —¡Tengo un alma joven en un envoltorio viejo! ¡Me echo colonia, de noche! ¡Beso mi brazos! ¡Valseo con la almohada! (*Un grito; casi un estertor*) ¡Y, oh, Jesús y María, Toño! ¡Aún me satisfago yo mismo! ¡Aún lo hago, Toño! ¡Lo hago, y después me golpeo el pecho con el rosario empuñado!

TOÑO (*En el colmo del asco*) ¡Oh . . . creo que voy a vomitar! (*Mico se derrumba. Llora en silencio*)

MICO —¡Oh, qué vida tan desperdiciada! Grandes sueños, en medio de la exaltación, y después . . . ¿qué? ¿Qué? ¿Qué? (*Toño observa a su hermano. Está conturbado y confundido. No es hombre para estas situaciones. No sabe enfrentar ni el dolor propio, ni el ajeno*)

TOÑO (*Sospechoso*) Oye, Mico . . . hablando en serio. ¿Qué fue, teatro o verdad? (*Espera alguna reacción que no se produce*) Porque si fue teatro, te aseguro que Lawrence Olivier se pondría frambuesa de envidia, viendo tu Ofelia. (*Espera otro poco; luego, impaciente*) ¡Oh, vamos! ¡No sé qué hacer con esas sensiblerías! ¿Qué crees que soy: Sigmund Freud o alguien así? (*Mico se levanta bruscamente. Va hacia la escala*)

MICO —¡Oh, tú . . . monstruo varicoso! ¡Tú no sientes nada! ¡Estás muerto por dentro! (*Desde la escala*) ¡Y ahora, ponte a atender la tienda! ¡No trabajo más para ti! (*Desaparece escala arriba, pero vuelve a asomar casi de inmediato*) ¡Y pela tú las malditas papas! ¡Tampoco cocino más para ti! (*Vuelve a desaparecer. Toño masculla*

algo por lo bajo, pero luego se recobra y va hacia la escala. Grita hacia arriba

TOÑO —¡Te digo que no sé qué hacer con tus sensiblerías! ¡No soy más que un tipo común y corriente! (*Grita más fuerte*) ¡Ta, ta, tu, tu, María Cristina! ¡Viejo gagá y lloricón! ¿Para qué me metes en tus penas? ¿Te meto yo, acaso, en las mías? (*Más fuerte*) ¡Todos tenemos piedras en el zapato! ¡Pero hay que saber andar con la frente en alto! En alto, ¿me escuchas? (*Espera un rato; asciende en parte la escala*) ¡Y tampoco pienso atender tu tienda piojosa, porque es hora de almorzar! ¿Oíste, oíste . . . cazador de sirvientitas? (*Silencio, Toño gira sobre sí mismo. Y al verse súbitamente solo, cae en un estado de pánico. Va hacia la tienda, atisba hacia afuera. Se retrae de inmediato con terror. Se pega a un muro. Musita*) Oye, Mico . . . yo no . . . yo no sé consolar a nadie. ¡No me pidas lo que no sé hacer! ¡Y no me dejes sólo, aquí, tampoco! ¡Girando como un trompo! (*Está en eso, cuando resuenen golpes dados contra el escaparate. Toño escucha aterrado. La escena se oscurece*)

ESCENA SEGUNDA

Toño aún está pegado a un muro, cuando se escucha la voz de Meche, afuera.

MECHE —¡Eh, Mico! ¡Toño! ¡Vengan a ayudarme! (*Toño no atina a nada. Escucha paralizado el ruido que hace un objeto pesado al ser arrastrado por el piso de la tienda. Aún está así, cuando asoma Meche, despeinada, descompuesta, jadeante. Sin poner sacar la voz*) ¿Y tú? ¡No oíste que te llamaba? ¿Qué te pasa? ¡Ven! ¡Necesito fuerzas de hombre para entrar una cosa! (*Toño no se mueve*) Bueno, y a ti, ¿qué te pasa? ¡Ven, pues!

TOÑO (*Cuchichea*) No puedo asomarme . . .

MECHE —¿Qué?

TOÑO —Que no puedo asomarme, te digo . . . Hay unos tipos ahí, afuera . . .

MECHE —¿Y qué hay con ellos! (*Mira hacia afuera*) ¿Esos dos que parecen bollitos de crema? ¿Quiénes son ese par de estampas de la maldad? ¿Amigos tuyos?

TOÑO (*Siempre susurrando*) ¡Acreedores de Mico! ¡Les vendió una sombrilla agujereada, y se les llovió el puesto de pasteles! ¡Ahora vienen a cobrárselo!

MECHE (*Susurra también*) ¿Y Mico, dónde está?

TOÑO —¡Escondido arriba! ¡Vamos, a ti que no te conocen . . . anda, y baja las cortinas! (*Meche hace lo que le piden. Se escucha el ruido de las cortinas que se cierran. Regresa Meche*)

MECHE —¿Y ahora, podrías darme una manito? (*Toño la sigue a la tienda. Se oye el pesado arrastrarse del objeto, y luego asoman ambos tirando de un pesado baúl*)

TOÑO (*Jadeando*) ¿Oh, Dios mío, que traes en este sarcófago? Parece lleno de plomo. ¿Qué hay en él? ¿Tus herramientas cosméticas? ¿Qué te pasó? ¿Se te fosilizaron tus cremas? (*Meche se deja caer sobre una silla. Se acomoda la peluca. Se limpia el sudor del cuello y la frente*)

MECHE —¡Uf! ¡Creí que no llegaría nunca! (*Toño se sienta a su lado*) Bueno, ¿y tú? ¿Qué haces en casa a esta hora?

TOÑO —Trabajando.

MECHE —¿En qué? ¿Aquí?

TOÑO —Trabajo . . . intelectual, y cosas así.

MECHE —No pareces demasiado agotado. ¿Y esas papas?

TOÑO —Mico las estaba pelando, cuando se presentaron esos tipos.

MICO (*Suspira*) Ah, bueno . . . ¡Qué agotamiento! ¡Cómo pesa la grasa y los años!

TOÑO —¿Qué traes en ese baúl?

MECHE —Anda y ábrelo, ¿quieres? Encima de todo, vas a encontrar unas botellas. Pásamelas! ¡Me muero de sed! (*Toño lucha un rato con las aldabas trabadas por el óxido. Al fin logra levantar la tapa. Mira el contenido*)

TOÑO —Bueno, ¿y esto . . . qué es?

MECHE —Limítate a pasarme una botella, ¿quieres? (*Toño escarba en el contenido y extrae un disfraz de Pierrot*)

TOÑO —¿Y esto?

MECHE —¡Deja eso! (*Se lo arrebata de las manos. Vuelve a meterlo en el baúl. Extrae dos botellas y cierra con fuerza la tapa*) ¡Nadie tiene que meter sus narices en mis cosas! (*Por las botellas*) Esto, en cambio, ya no me pertenece. (*Va a la cocina y regresa con dos vasos. Toño inspecciona las botellas*)

TOÑO —¡Eperney 1925! ¿De dónde sacaste estas antiguallas? (*Meche le quita una botella y comienza a sacar el corcho*)

MECHE —Del tío Ismael. Su aporte en la celebración de mi confirmación. Escondí dos botellas entre mis enaguas para celebrar algún día la confirmación de mi propia hija, pero las cosas no resultaron como yo quería. Demasiadas cosas no resultaron como yo hubiera deseado. (*Salta el corcho; salta la espuma; Meche sirve en los vasos*) ¡Toma! ¡Bebamos! (*Beben*) ¡Por todas las cosas que no resultaron!

TOÑO —Bueno, ¿vamos a mirar al fin lo que contiene ese maldito baúl?

MECHE —Déjalo como está. Bien cerradito y entero. Me gusta mirarlo así. Hace tanto tiempo que no tengo algo que sea enteramente mío, que quiero que eso se me meta adentro.

TOÑO —¿Qué hay en él, además de tus ornamentos fosilizados?

MECHE —Despojos. Cosas que se me han ido callando por el camino. Mi vida es eso, ¿sabes? Una maleta abierta . . . amigos, amores . . . todo botado en el polvo . . . (*Estalla de pronto*) ¡Oh, Toño, qué vida tan estúpida, la mía!

TOÑO —Oh, vamos . . . nada de morbideces, ¿quieres?

MECHE —¡No, déjame contarte! Sé que no escuchas, porque estás demasiado preocupado de ti mismo, pero haz como que me oyes, ¿quieres? ¡Esta mañana volvieron a humillarme, Toño!

TOÑO —¿Quién te humilló?

MECHE —¡Mi suegra, pues! ¿Quién podía ser? Encontré al ogro, viviendo en el mismo palacio. Nido de murciélagos con cortinados de brocato. (*Bebe mientras habla*) Cuando tiré de la campana, me salió a abrir la misma vieja que la cuida, desde los tiempos de la Conquista, supongo. Verme y entrar a la casa, babeando, fue una sola cosa. Al poco rato comenzaron adentro los gritos: «¡Qué no entre esa mujer!» «¡Qué no entre esa puta!»

TOÑO —¿Y qué hiciste?

MECHE —Fui donde un abogado y volví con él. La forcé a que me dijera donde tenía escondida a la niña, y a entregarme mis cosas. ¡Debías haber visto el cuadro de la vieja! ¡Echada en cama, entre compresas y emplastos! ¡Una nuez grisácea, toda cubierta de polvo y colonia rancia!

TOÑO —Y a tu hija, ¿la encontraste?

MECHE —No me quiso dar la dirección. El abogado quedó de ubicarla y darle mi recado. ¡Sólo salvé este baúl! (*Pausa*) Triste, ¿no crees? Mujer de mi sangre, toda una Sánchez-Uriarte, y tener que colarme por entradas de servicio para poder abrazar a mi hijita. ¿No crees que es como para romper el corazón?

TOÑO (*Bebiendo también*) Siempre te queda la posibilidad de ahogar a la vieja con una almohada, y sacarte ese peso del alma.

MECHE —¡Oh, no me des la idea! (*Pausa*) ¡No me derrotarán! Pelearé con todos mis pocos medios, pero volverá junto a mí, lo que me pertenece . . . aunque me lleve en eso, diez años. (*Toño la mira con alarma*)

TOÑO —¿Diez años, dices? ¿Y dónde se supone que vas a vivir esos . . . diez años?

MECHE —Mico, seguro que tendrá un huequito para mí.

TOÑO —¿Huequito? ¡Es qué no hay tal «huequito»! ¿Dónde piensas dormir? ¿En el canal de desagüe?

MECHE —Dormí aquí esta noche, ¿no?

TOÑO —¡Sí, pero eso era provisorio! ¿No pensarás vivir diez años en el cuarto de los trastos viejos, entre colchones meados y jaulas sucias de canario, no?

MECHE —¿Y por qué no? ¿Te inquieta a ti, acaso?

TOÑO —Bueno, porque no es lugar para una Sánchez-Uriarte, ¿no?

MECHE —Tal vez tú, entonces, me cederías gentilmente un hueco en tu pieza. ¿No harías eso por mí?

TOÑO —¡Eso, ni te lo sueñes! ¿Oye, qué tienes entre ojos? ¿Veo en ellos una chispita maligna? ¡No estarás pensando que puedes hacerme a un lado!, ¿no? ¡Eso no sería tan fácil, mi princesita del Nilo!

MECHE —Esta casa necesita una dueña de casa. Ustedes dos viven como un par de aves embalsamadas. Te ahogas con el polvo y las telarañas.

TOÑO —¿Ah, sí, eh? ¿De modo que era eso lo que teníamos en mente, eh? Meter aquí su culito gordo y hacerse un nidito, ¿eh? (*Se acerca a ella, para susurrarle al oído y evitar que se escuche arriba*) ¡Pues, el que lleva diez años haciendo méritos soy yo, mi angelito angelical! ¡Es una prioridad que estoy pagando con sudor, mi botellita potona! Tú te quedas con nosotros un par de días, portándote como una niñita buena, no tengo objeción a eso, pero después . . . elevamos plumas, ¿eh? Encumbramos el vuelo, ¿mh? (*Meche saca un marshmallow y lo masca*)

MECHE —Soy tan hermana de Mico como tú.

TOÑO (*Con ferocidad*) ¡Sí, pero mientras tú paseabas por el Brasil tus usufructos carnales, yo, aquí, sudaba la gota gorda, mi linda! ¡Eso hace la gran diferencia!

MECHE —¿«Usufructos carnales»?

TOÑO —¡Fuegos artificiales! ¡Centellas! ¿O qué crees que eres? ¿Una especie de Virgen de Fátima? Ya desde mocosa llevabas un viento de cola que te elevaba la proa, ¡mi linda! De modo que, ahora, a jugar al contador honrado y hacer balance de nuestras vidas, ¿eh? ¡A pagar por lo hecho!

MECHE (*Masca otro marshmallow*) Fue por eso, entonces, que no quisiste encontrarme en la terminal de bus, ¿mh?

TOÑO —¡Sí, por eso, y bien hecho que estuvo!

MECHE —Estrategia inútil, entonces, mi amor. Si Mico no lo hace, tú no me vas a sacar de aquí, arrastrándome del pelo, ¿no es cierto?

TOÑO —¿Por qué no?

MECHE —Porque un Sánchez-Uriarte no le hace eso a otra Sánchez-Uriarte. Soy una mujer quebrada, mi amor. Quemé casi todas mis

naves. No tengo un cinco, ni partido por la mitad, y a una Sánchez-Uriarte, simplemente, no se la deja morir en la calle, ¿no te parece? Ni tú ni Mico lo permitirían.

TOÑO —¡Haré tu vida imposible, aquí!

MECHE —Eso puede ser, pero yo tampoco tengo los dientes mellados, mi amor. Y un día, como lo sabes, hasta te acostumbrarás a mí, porque . . . a pesar que te haces un nudo por no confesarlo, tú me adoras, mi amor. Soy tu sangre. De niños, me tirabas las trenzas y te montabas sobre mí a jugar a Rocinante, ¿te acuerdas? (*Sonríe angelicalmente*) Y eso es algo que ni ese polvo que tienes sobre la nariz (*Se la toca*) puede borrar . . . (*Pausa*) Esto será, de aquí en adelante, un bonito concierto para tres, mi amor. ¿Nos vamos haciendo el ánimo? (*Invita a beber a Toño con un gesto de almibarada dulzura. Está bebiendo en su vaso cuando de súbito resuenan unos golpes repetidos contra la cortina de la tienda. Toño de un salto*) Dios mío, ¿qué es eso?

TOÑO —¡Jesús y María! ¡Los tipos! (*Continúa una seguidilla de golpes insistentes*) ¡Pero qué tipos más impertinentes! ¿Has visto patudez igual? (*Mico baja corriendo la escala*)

MICO ¿Qué es esto? ¿Quién está golpeando de esa manera?

MECHE —Son los fulanos que vienen por lo de la sombrilla rota.

MICO —¿Sombrilla rota? ¿Qué sombrilla rota?

TOÑO —¿Los pasteles, Mico, recuerdas? ¿Todos mojados? ¿El huevo Moll chorreando por la reja de la alcantarilla? ¿El pavimiento pegajoso de merengue?

MICO (*A Meche*) ¿De qué está hablando este loco? (*Golpes más violentos. Breve vacilación de todos*)

MECHE —Bueno, ¿no va a ir alguien, al fin, a ver de qué se trata?

TOÑO (*A Mico*) ¡Anda tú! ¿Es a ti a quien buscan, no?

MICO (*Cayendo al fin*) Oh, tú . . . embustero . . .

TOÑO (*A Meche*) Anda tú, entonces. (*Con restos de su última dignidad*) Yo me voy a mi dormitorio. (*Comienza a movilizarse hacia la escala. Lo detiene un grito autoritario de Mico*)

MICO —¡Tú no vas a ninguna parte!

MECHE —Bueno, voy yo, entonces. (*Meche desaparece en la tienda*)

MICO —¿Qué le contaste, mentiroso? (*Gesto evasivo, culpable de Toño*) ¿En qué estás metido? ¡Habla, al fin!

TOÑO (*Se toma la cabeza*) ¡Oh, déjame! (*Chilla*) ¡Que no ves que me enredas todo! ¡Me haces ver todo borroniento! ¡Ya ni sé cómo me llamo! (*Grita al cielo*) ¿Cómo me llamo, Señor? (*Meche regresa de la tienda. Ambos esperan su informe*)

TOÑO —¡Bueno, habla al fin! ¿Qué dijeron?

MECHE —Esta vez sí que las aguas del diluvio inundaron la tierra. (*A Toño*) Lindo lío en que debes estar metido.

TOÑO —¿Qué dijeron?

MECHE —Que te daban plazo hasta las diez de esta noche para que les dieras lo que tú sabes . . . (*Toño se derrumba*) Que tenían las copias hechas, y que, después de esa hora, procederían a repartirlas. Además, dijeron algo bastante más siniestro . . . (*Toño la mira, sin poder hablar*) Dijeron que además de todo eso te sacarían el útero.

TOÑO (*Apenas audible*) ¡Oh, Dios! . . .

MICO —¿Copias? ¿Qué copias? (*Toño se toma la cabeza*) ¿Copias de qué, Toño?

TOÑO (*Abatido*) Oh, déjame . . . Siempre soñé con sacarle a la vida lo mejor que tenía . . . (*A Meche*) Imagínate . . . ¿Sabes cuáles fueron los planes que obsesionaron mi vida? Comprarme una isla en el Pacífico Sur y llenarla de seres hermosos . . . Mujeres maravillosas, hombres de primera línea . . . y ¿qué tengo, ahora? Una urraca momificada que no me quita los ojos de encima, y un negro, negro porvenir. Tú tienes cómo ayudarme, pero te emperras en no hacerlo. (*A Meche*) Esta urraca tiene escondida en algún lugar de la casa, esa caja de terciopelo en que mamá guardaba sus alhajas, ¿recuerdas? (*Meche asiente*) Dejando que la flor de lis de esmeraldas y el Señor de las Agonías de platino se los coman la roña. ¡No suelta nada! ¿Qué es lo que espera, me pregunto yo? ¿Para qué creerá que mamá nos dejó todo eso, si no es para sacarnos de apuros?

MICO —¿«Nos» dejó, dices? ¡«Me» dejó, deberías decir! ¡«Me», a mí! ¡Las tomé yo, justo a tiempo para salvarlas de tus garras! (*A Meche*) Porque mamá aún no exhalaba su último suspiro, cuando ya éste tenía listas sus manotas . . .

TOÑO —¡Eso no es verdad!

MICO —¡Bueno, verdad o no verdad, lo he dicho en todos los idiomas del léxico! ¡Esas joyas no salen de esta casa! ¡Al menos mientras yo viva! ¿Está claro?

TOÑO —¡Pero . . . pero Meche también tiene derecho a ellas! (*A Meche*) ¡Vamos, dile que esas joyas también son tuyas!

MECHE (*Saboreando su carta de triunfo*) ¿Yo? Yo no necesito nada. No he hecho méritos. Si Mico quiere conservarlas, en recuerdo de mi madre querida, que lo haga. (*Enlaza un brazo de Mico*) Es más. Desde este mismo momento, renuncio formalmente a mi parte. Esas joyas no pueden estar en mejores manos. (*A Mico; mimosa*) ¿Quieres que te firme algo?

MICO —No creo que sea necesario. Agradezco tu gesto. Veo que, a diferencia de otros, la vida dura no ha embotado tus sentimientos.

Creo que los dos, nos llevaremos muy bien.(*Meche se aprieta contra él*)

MECHE —Oh, hermanito, cómo te he echado de menos, todos estos años. (*Le besa en una mejilla*)

MICO —¡Mi querida Rapuncel! ¡Cuánto tiempo he echado de menos a una mujer en esta casa! (*Por Toño*) A veces, esa carota metida en casa todo el día me tenía al borde de la locura. Rincón demasiado estrecho para compartirlo solo, con un hombre enfermo.

TOÑO —¡Oh, Jesús y María! ¡Si mi hijo Eduardo pudiera aparecerse, de pronto! (*Mico y Meche, firmemente enlazados, se enfrentan a Toño*)

MICO —Porque en verdad este hogar no es un hogar desde que lo tengo en casa. Fonda de marineros es, o algún bar del barrio chino, pero ¿hogar? ¿Un hogar tranquilo y ordenado? ¡Eso no!

TOÑO —¿Terminaron al fin par de cuervos desalmados? Haciendo astillas del tronco caído, ¿mh?

MICO —Todos tenemos «piedras en el zapato», pero hay que «andar con la frente en alto». ¿No es eso lo que me recomendaste, mi querido hermano?

TOÑO (*A Meche*) Le gusta enfangarse en mi desgracia, porque, en verdad, siempre me ha tenido envidia. (*Toño acaba de tocar un punto ultrasensible de Mico*)

MICO (*Tras pausa*) Lo dijiste, al fin, ¿eh?

TOÑO —Oh, olvídalo. Lo dije sin querer decirlo, en verdad.

MICO —Pero lo piensas. Siempre lo has pensado. (*Afectado aún, Mico se ha puesto a pelar las papas, pero reacciona casi de inmediato, y aleja la malla con fastidio*) ¿Oh, hasta cuándo? ¡No hago nada más, caramba! ¡No les pelo nada más tampoco! ¡Tomen! ¡Háganlo ustedes, si tienen hambre! ¡Hagan algo ustedes también, alguna vez! (*Mecha y Toño se miran con cara alarmada*) Debo haber nacido imbécil nato. (*A Toño*) Haciendo tus lecciones del colegio, para que tuvieras tiempo de pavonearte con tus amigas! (*A Meche*) ¡Y a ti! ¡Escondiendo tus cigarrillos en mi bolsón, para recibir el castigo por ti!

MICO —Siempre fuiste una flor de hermano en nuestra juventud . . . (*Meche le sirve un vaso de champaña. Mico bebe mecánicamente, sin saber lo que hace*)

MICO —¿Juventud? Yo no tuve juventud. Miedo tuve, y tristezas, y angustias. Eso tuve. Una madre enferma, y días y noches junto a ella, en la soledad de su pieza, eso tuve. Cuando nuestro padre la dejó para irse con ese pelele pintarrajeado, y tú (*Toño*) estabas demasiado preocupado de tu cuerpo para pensar en otra cosa, y tú (*Meche*) comenzabas a lanzarle sexo a los muchachos, por todos tus poros, me dije: De ahora en adelante, serás sólo tú y tu madre. Sólo

tendrás una razón de ser: cuidarla. (*Bebe*) Una mujer corajuda, mi madre. La vi marchitarse, día a día. Convertirse en una gaza, un velo. Al final no era más que un par de manos que sudaban y un par de ojos que miraban. (*Con los dientes apretados*) Y me hablas de envidia. ¡Claro que te tengo envidia! ¡Siempre la tuve! ¿Y cómo no podría tenerla? Yo, un ermitaño, metido siempre entre cuatro paredes, y tú, un buque empavesado, flameando de banderas! ¡Fuiste la presencia permanente de mi desdicha! ¡Siempre!

TOÑO —¿No me vas a ayudar, entonces?

MICO —¡No, no y no! (*Meche se levanta. Busca manera de salir del giro embarazoso y peligroso que ha tomado la situación*)

MECHE —¿Mico, te acuerdas? Había una broma que a nuestro hermanito, aquí. (*Por Toño*) Le producía un goce muy especial. La broma de los vasos de agua. ¿No me digas que te has olvidado de eso?

TOÑO —¡Víbora!

MECHE —Si asfixiaba en sus propias carcajadas, cada vez que te hacía ponerte en el potro, ¿te recuerdas?

MICO —Hay cosas en la vida que nunca se olvidan. Meche, ¡trae vasos!

MECHE —¡Encantada! (*Sale hacia la cocina a paso vivo*)

TOÑO —¿Mico, qué te pasa? ¿No te das cuenta que te está tomando el pelo? ¡Sólo está tratando de ganarte con engaños! (*Meche regresa con dos vasos llenos de agua*)

MECHE (*A Toño*) ¿Recuerdas las reglas, no es cierto? (*Mico le arrebata los vasos a Meche y se los presenta a Toño*)

MICO —¡Si te deshaces de este par de vasos, sin derramar una gota, te juro que te pago todas tus deudas! ¡Por el recuerdo de mi madre querida que lo hago! ¡Si no lo haces, juro también que no cuentes conmigo para nada! ¡Elige!

TOÑO —Ustedes, par de . . .

MICO —¡Elige!

TOÑO (*Desesperado*) ¡Oh, Dios, sabes . . . sabes que es imposible hacerlo!

MICO —¡Nada es imposible! (*Le adelanta los vasos con gesto perentorio*)

TOÑO —¡Oh, Cristo! (*A Meche*) ¡Me las pagarás! ¡Ya verás que me las pagarás!

MICO —¡Vamos! ¡Al potro! (*Toño va a tomar los vasos, pero Meche detiene su gesto*)

MECHE —¡Espera! (*Revuelve el interior del baúl y saca un gorro de pirata, una camiseta de pirata pintarrajeada, simulando sangre, un parche negro para el ojo, y un látigo. A Mico*) Las torturas del Pirata Morgan, ¿recuerdas?

MICO (*Exaltado*) ¡Oh, sí! ¡Dame, dame! (*Mico se pone la gorra, la camiseta sobre el vestón, el parche en el ojo, y empuña el látigo. La*

camiseta le queda estrecha y se ve grotesca. Da un latigazo) ¿No era así cómo lo hacías? (*A Meche*) ¡Ponle los vasos!

TOÑO (*Un último acto inútil de rebeldía*) ¡No lo voy a hacer!

MICO —¡Juro que pago tus deudas, hasta el último centavo, y te doy veinte mil pesos más!

TOÑO —¡Hiena! ¡Chacal! ¡Miserable gorrión! ¡Vas a pagar por esto!

MICO (*Latigazo*) ¡Hazlo o muere! (*A regañadientes, Toño se inclina hacia adelante, apoyando ambas manos sobre una mesa. Meche coloca ambos vasos, con cuidado, sobre los dorsos. Otro latigazo*) ¡Vamos, lombriz pringosa! ¡Soy el Pirata Morgan! ¡Derrama una sola gota, y te desuello vivo! (*A regañadientes Toño procura dejar inútilmente los vasos sobre la mesa, sin derramar su contenido. Sólo consigue, sin embargo, que oscilen peligrosamente sobre sus dorsos. No puede moverse siquiera*)

TOÑO (*Gimiendo*) ¡No puedo! ¿Que no ves que no puedo? ¡Sáquenme esto!

MICO (*Otro latigazo*) ¡Trata, miserable! ¡Trata! ¿Cómo me decías? ¿«Pepino albino»? ¡Trata, pepino albino! (*Meche ha sacado del baúl una corneta de carnaval y otros cachivaches de feria, que hace sonar en los oídos de Toño*)

TOÑO (*Un grito; casi un estertor*) ¡No puedo! ¡No puedo!

MICO (*Calmándose bruscamente*) ¡Está bien! ¡Con eso basta! (*Mico se saca los atuendos*) ¡Meche, quítale los vasos! (*Meche hace lo que le ordenan*)

TOÑO (*Incorporándose; se restriega las muñecas adoloridas*) Podré estar arrugado y agujereado, como uno de esos paraguas ordinarios que vendes, ¡pero mi corazón . . . Oh! ¡Y no me arrepiento de nada de lo que he hecho! ¡Trágate eso, con hueso y pellejo! . . . ¡No me arrepiento de nada de lo que he hecho! (*Observa un rato la falta de reacción de Mico. Luego . . . Alarmado*) ¿Qué? ¿Vas a faltar a tu juramento? (*A Meche*) Esta rata traicionera es capaz de hacerlo, ¿sabes? Lo ha hecho otras veces. (*Mico se echa atrás en una silla. Cierra los ojos*)

MICO (*Suspira*) Desde el fondo más recóndito de mi alma inmortal, no sabes . . . nunca sabrás, el gozo intenso que me ha dado este momento. Déjame disfrutarlo en paz. (*Breve pausa. Luego, abriendo un ojo repentinamente*) Y . . . Meche . . .

MECHE (*Presurosa; ansiosa*) ¿Sí, hermano?

MICO —¿No tendrás aún, guardado por ahí, ese disfraz de colibrí que te divertía tanto?

MECHE (*Preocupada por el tono amenazante de su voz*) ¿Colibrí? Oh, no, creo que ya no lo tengo.

MICO —Sí. Yo creo que aún lo tienes. Tanto te divertía verlo puesto en otras personas que me parece imposible que lo dejaras irse. Recuerdos alegres, siempre se atesoran, Meche. (*Por el baúl*) Vamos, búscalo, por ahí ha de estar. (*Toño se adelanta y abre el baúl, que Meche cierra, tras un breve forcejeo con él*)

MECHE —¡Te digo que no lo tengo ya! ¡Cierto!

MICO —No lo creo . . . (*Con los ojos cerrados; la cara al cielo*) Además, si pretendemos vivir bajo el techo de «papá», mejor comenzamos por hacer lo que él manda, ¿no te parece?

TOÑO (*A Meche*) Todo parte del mismo concierto, mi bomboncito de azúcar. ¿No te parece? (*Toño comienza a remover todo el contenido del baúl. Aparecen toda clase de recuerdos. Vestidos de la época, mantillas, sombreros, bric a brac de toda especie. Toño exhibe un corset, que Meche le arrebata. Por fin encuentra lo que busca. Separa un par de alitas de terciopelo y un gorro del mismo material, al cual se ha cosido un largo pico de cartulina café*)

MICO —¿Ves que lo tenías? No se separa uno de algo tan placentero. ¡A ver pongámoslo!

MECHE —¡Vamos, no seas infantil!

MICO (*A Toño*) «¿Infantil?« ¿Pero, qué le pasa? ¿Qué no entiende? Claro que es «infantil», querida, ¿pero no se trata de eso? ¿Remorar nuestras penas de la infancia? (*A Meche*) ¡Póntelo! (*Meche se calza las alitas y el gorro, con renuencia. Mico, aplaudiendo*) ¡Primoroso! (*A Toño*) ¿Encantador, no crees? ¡Soy una especie de mago, querida! ¡Deberías agradecérmelo! ¡De un plumazo, te hago retroceder cincuenta años de tu vida! (*Meche pretende sacarse el traje*) ¡Ah, no! ¡Todavía, no, mi amor! ¡Ahora vamos a volar un poco, como te gustaba que yo hiciera! ¿No recuerdas? ¡Vamos, vuela! ¡No seas tímida! ¡Apuesto que lo harás mejor que yo lo hacía! (*Meche da dos o tres saltitos torpes, desganados, moviendo los brazos, tratando de ganar altura. Toño empuña el látigo y da latigazos junto a sus piernas. Mico toca cornetas*) ¡Eso es! ¡Así, así! (*Aplaude. Meche se arranca el disfraz a tirones. Mico se sirve otro poco de champaña. Se saborea. Desde la tienda, llega el estruendo de la cortina metálica que se desploma y de vidrios que se quiebran. Los tres se contemplan, aterrados. Finalmente*) ¿Qué . . . qué fue eso, por amor a Dios? (*Meche se asoma a la tienda*)

MECHE —¡Rompieron la cortina! ¡Está todo lleno de vidrios! Mico . . . creo que habría que llamar a los carabineros . . .

TOÑO (*Ahogado*) ¡No; carabineros, no! . . . ¡No, eso no! ¡Por favor! (*Acorralado. Pausa; Mico espera*) Esa chica, Mico . . . Esa niña . . . era una cosa tan suave, tan dulce . . . Tenía toda su pieza cubierta con posters de gaviotas. ¡Juan Salvador Gaviota, en todos

las poses! . . . ¡Me engañó, me aseguró que le gustaban los hombes maduros! ¡Tipos Ives Montand! ¡Ives Montand era su tipo! ¡Dijo que yo le recordaba a Ives Montand! (*Desolado*) ¡Le creí, Mico! ¡Caí en la trampa! (*Mico lo sigue mirando, tratando de desentrañar lo que hay en sus palabras*) ¡Estaba todo montado! La cubrecama de piel, la música suave, el perfume que salía del baño . . . ¡La máquina tras un tabique! ¡Oh, Dios!

MICO —¿Qué estaba montado, Toño?

TOÑO —¡La máquina, pues! ¡La fotografía! ¿Que no entiendes? ¡Me peinaba los cabellos . . . se desmayaba en mis brazos . . . realmente llegué a creerle que me amaba! (*Mico no cede en su mirada inquisitiva, inexpresiva*) ¿Oh, por Dios, qué me miras así? . . . ¡No puedo ser todo el día un pepino albino como tú! . . . ¡Me gustan las chiquillas! . . . ¡Me gustan las cosas frescas, caramba! . . . ¡Me gusta vivir! (*Ahora capta también los ojos de Meche que no han dejado de mirarlo*) ¡Y ella también! . . . ¡Ella también no deja de mirarme con sus ojos de . . . ¡Oh, Cristo, Mico, que no ves que no puedo hablar estando ella presente!

MICO (*Con la mayor naturalidad*) ¿Qué te pasa? ¿Crees que nací ayer? Caíste en una trampa que te tendieron unos chantajistas, y ahora te tienen del cuello. ¿Es eso, no? (*Toño sólo atina a mover la cabeza afirmativamente*)

MICO (*Comprendiendo al fin*) ¡Oh . . . entiendo! ¡Viejo libidinoso!

TOÑO (*Se levanta*) ¡Oh, no, Mico! ¡Libidinoso, no! . . . ¡Amor era! ¡Un renacer lleno de cariño y pasión pura! . . . ¡Esa chica tenía el don de despertar el vigor de mi alma! ¡Me hacía sentir que la edad no importaba! . . . Tienen fotos . . . Fotos de todas clases . . . Van a inundar con ellas la ciudad. (*Pero Mico ya no puede oír sus palabras, porque ha desaparecido en la tienda. Desolado, a Meche*) ¡Repartirlas donde nuestros primos, los Sánchez Fabres . . . los Uriarte Menchaca . . . Al Directorio del Club de la Unión en pleno! (*Gime*) ¡Se me paran los pelos, en sólo pensar la cara que pondrá la tía Pancha! Cien generaciones de Sánchez caerán sobre mi cabeza. (*Meche se sienta junto a él. Lo abraza. Le peina un cabello de la frente*)

MECHE —Sé cómo te sientes. (*Pausa*) Pero no podemos culpar a nadie, los dos, ¿no crees? (*Toño mueve la cabeza; está de acuerdo que no pueden culpar a nadie*) Tal vez queremos demasiado la vida, y nos educaron sin ningún freno para vivirla. ¿Cuándo nos hablaron de límites, Toño? ¿Qué límites teníamos? (*Pausa*) Yo, al menos, lo confieso: Soy capaz de cualquier locura por un poco de amor, un poco de felicidad. Soy como un lagarto: no me canso nunca del sol. (*Desde la tienda acuden ruidos. Es Mico que remueve los escombros*)

TOÑO —¡Oh, si al menos tuviera a alguien de quién aferrarme! (*Meche lo mira con ternura y comprensión*) ¡Y, por amor a Dios, no me mires así! ¡Soy demasiado orgulloso para resistir esa mirada! ¿Por qué somos tan débiles, oh Dios? (*De la tienda acuden otros ruidos*) ¡Escucha! ¡Mira como escarba! ¿No es cómo para perecer de ternura? Todo lo que hace parece ridículo y patético. Es lo único que tengo. Verás un rato más que nos sacamos los ojos, pero a pesar de su jeta linfática y sus mañas, ¡lo quiero a ese mojigato! (*Más ruidos. Con voz muy baja y sentida*) Lo que más me apena, es que estoy arrastrando a ese pobre avaro en mi desgracia . . . y ya no sé como evitarlo. (*Mico asoma ahora de la tienda. Está despeinado. Su chaqueta sucia, polvorienta, muestra un gran siete en la manga*)

MICO —¡Ido! ¡Todo ido! ¡Todo hecho añicos! (*Tironea la manga*) ¿Y mira esto? ¡Mira este siete! ¿Cómo voy a arreglar todo esto? . . . ¿Cómo voy a poder pagar todos los destrozos?

TOÑO (*Desfalleciente*) ¡Oh, hermano, me estás quemando vivo! ¿Qué crees que estuve haciendo todos estos años . . . desde que abandoné a Isabel? ¿Durmiendo en un nido de plata? No tomé un cinco de lo suyo, así que, ¿qué crees que estuve haciendo? ¡Trabajar tuve! Revolcarme en la vida, y uno no sale inmaculado y limpio de eso, ¿sabes? (*Toño cae de rodillas*) Oh, Mico, por favor . . . (*Le cuesta sacarlo*) . . . ¡Ayúdame! (*Esta escena es demasiado para Mico. Contempla a su hermano, de rodillas, y con los brazos en cruz ante él*)

MICO (*A Meche*) ¿Ves eso? ¿Ves lo mismo que estoy viendo? ¡Toño . . . de rodillas ante mí! (*Cae sentado*) Son demasiadas emociones para un solo día. Y sabes, Meche, por primera vez también. creo que ahora habla en serio. (*Se impacienta*) ¡Oh, pero, vamos, levántate de una vez! ¡No seas ridículo! ¿No vas a estar ahí todo el día, como María Magdalena! (*Toño, sin embargo, prefiere esperar en la misma posición*)

MICO (*Duda. Camina por la habitación, medita, al fin se vuelve hacia Toño que sigue de rodillas*) ¡Te voy a ayudar! ¡Te sacaré del lío, pero, de ahora en adelante: ¡cinturón de castidad!

TOÑO —¡Lo que digas, Mico! ¡Lo que ordenes!

MICO —¡De ahora en adelante: arneses! ¡Juro, por la memoria de mi santa madre, que te haré renegar de todos tus sentidos! ¡Vas a pedir a gritos, haber nacido ciego, sordo y mudo, ya verás! ¡Y ahora, levántate de una vez! (*Toño se incorpora. Mico levanta la alfombra, remueve unas tablas del piso y extrae una cajita de terciopelo, roñosa*)

TOÑO (*Con despecho*) Sabía . . . sabía que esa caja roñosa estaba escondida en algún lugar de esta pieza, pero ¿quién hubiera creído

que estaba justo bajo los pies de uno? (*Mico extrae un collar de perlas y algunos broches. Los contempla y luego se los pasa a Meche*)

MICO —¡Toma! ¡Envuelve esto! ¡Ni siquiera quiero saber por qué lo hago! Esta misma tarde vamos a salir juntos a venderlas. (*A Toño*) Mientras tú te quedas cuidando el negocio, ¿entiendes?

TOÑO —¡Átame a un pilar, Mico! Conviérteme en fósil junto a esos paraguas.

MICO (*A Meche, que se ha quedado contemplando las joyas*) Bueno, y tú, ¿qué esperas? De aquí en adelante, todos vamos a comenzar a movernos un poco, ¿eh? (*A Toño*) ¡Vamos, pela esa papas! (*Toño se sienta de inmediato y procede torpemente con el cuchillo. Meche busca papel y envuelve las joyas. Mico se sienta a contemplar cómo ambos trabajan*)

TOÑO (*Cuidadosamente, después de un rato, intentando volver al tono habitual. Pausa; súbitamente*) ¿Sabe? ¿Por qué no te comes ese flan de fresas que quedó de anoche? Sólo quedó mi parte, pero te la cedo con gusto. ¿No crees, Meche, que sería toda una alegría acompañar a nuestro hermano, a ver cómo se da un gusto?

MECHE —Ya lo creo que sí.

TOÑO —Bueno entonces, ¿qué estamos esperando? Tráelo . . . y de pasada, abre un tarro de crema. Mico adora el flan de fresas con crema.

TOÑO —¿Pero sabes una cosa? ¿Si lo haces, quiero que comas a tu manera, quieres? ¿Qué la jalea esa, te corra, mh? ¿No harías eso por mí?

MICO (*Mirando a uno y otro*) ¿Hablando en serio?

TOÑO —Imposible más, Mico. Quiero hacer una especie de . . . penitencia. ¿Me comprendes la idea?

MICO (*Sospechoso siempre*) ¿No se van a reír?

TOÑO (*A Meche*) ¡Trae! ¡Trae el maldito flan! (*Meche va hacia la cocina*) Para hacer honor a la verdad, Mico. He sido un canalla contigo. Te he hecho sufrir. Lo veo ahora. ¿Quién ha sido en verdad el triunfador entre los dos? ¡Tú! Sin tu ayuda, ¿quién sería yo? ¡Nada!

MICO —¡Oh, Dios mío! ¿Por qué será que nunca sé si está simulando conmigo? (*Meche regresa con el flan, sobre el cual vierte la crema. Toño le señala a Mico un lugar ante la mesa*)

TOÑO —Por favor . . . (*Reticente aún, Mico se sienta. Deja que Toño le anude una servilleta al cuello*) ¡Eso es! ¡Y ahora, a gozarlo! ¡Cucharada por cucharada! (*Mico prueba un poco. Mesuradamente*) ¡No, así no! ¡Más fogosamente, tal como tú sabes hacerlo! ¡Quiero que comas verdaderamente! ¡Que la cosa nos saque de quicio! ¡Tiene que pegarnos, aquí, en medio de los ojos! ¿Comprendes?

(*Mico toma confianza. Un gran bocado desaparece en su boca*) ¡Eso es! ¡Así, así! ¡Pero más ruidosamente! (*Mico comienza a divertirse. Come ahora a boca llena. Eufórico*) ¡Eso es! ¡Eso es! (*A Meche*) ¡Mira, Meche! ¿Habías visto nunca nada igual? ¡Oh, Jesús, mira cómo este hombre muele, machaca y tritura! ¿No es un encanto? ¿No es la cosa más asquerosa que hayas visto en tu vida? (*Mico, que al final se ha prestado feliz al juego, comiendo a carrillos inflados. Termina el último resto, se pasa la lengua por las encías, se limpia la boca y se echa atrás en la silla*)

MICO —¡El mejor flan de mi vida! (*Luego, con súbita fiereza*) ¡Ah, malditos embaucadores! Creen que con agitar un poco la cola, y hacer un par de piruetas, el hermanito va a caer de hocico al suelo, ¿eh? (*A Toño*) ¿Estás realmente arrepentido?

TOÑO —¿Oh, qué quieres que haga, para que me creas? ¿Quieres que me coma todos esos paraguas que tienes en la tienda?

MICO —¡Entonces vas a hacer el ornitorrinco, para mí! ¿Recuerdas eso, no es verdad?

TOÑO —¡Ah, no! ¡El ornitorrinco, no! (*Mico va hacia el baúl y extrae un extraño disfraz hecho de retazos de géneros que no representa nada en verdad, un esperpento, en suma. Se lo muestra a Toño*) ¡Hasta aquí nada más, llegamos! ¡No, no lo haré! ¡Muerto o desplumado, todo hombre tiene su dignidad! No permitiré que trafiques más con mi fatalidad . . . ¡*Solterón*! (*La palabra «solterón» desata una tempestad en el corazón de Mico. Deja caer el disfraz y se lleva las manos al pecho, luego al cuello. Toma aire. Parece ahogarse. Trastabilla un poco, emite gruñidos, y cae al suelo. Queda exánime. Breve paralogización de los hermanos. Puede hablar al fin*) ¿Qué está haciendo? ¿Bromeando? (*Pausa*) Mico, ¿qué te pasa? (*Meche se inclina sobre él*)

MECHE —¡Mira lo que has hecho! Mico, ¿qué te pasa, hombre? (*Le abre el cuello de la camisa*)

TOÑO (*Aterrado*) ¿Respira? ¿Respira? (*Meche escucha su corazón*)

MECHE -¡Sí, respira, pero hay cosas que no se puede decir! (*Trémula*) Ataque al corazón. A este hombre le ha dado un ataque al corazón. (*Toño la hace violentamente a un lado. Pega su oreja al pecho de Mico*)

TOÑO —¿Mico?

MECHE —Hay que llamar a un doctor.

TOÑO —¿Qué estás haciendo, hombre? (*Lo acude*) Mira tonto, ¿qué broma tonta me estás haciendo? (*Ante la inmovilidad de Mico, gime*) ¡Oh, Cristo! (*Le abre la camisa a tirones, comienza a hacerle masajes al corazón, frenética, desesperadamente*) ¡Mico, viejo . . . despierta! (*A Meche*) ¡Pero ayúdame, ayúdame! ¿Qué estás

mirando? ¡Estírale las piernas! ¡Pónselas sobre un cojín! (*Meche pone un cojín bajo las piernas inmóviles de Mico*) ¡Más alto! ¡Más arriba! (*Sigue masajeando su corazón; se olvida de la presencia de Meche*) ¡Oh, viejo! ¡Oh no, mi viejo! ¿No te estás muriendo, no es cierto? ¡No puedes hacerme esto, mi viejo lindo! (*Ante la inutilidad de su esfuerzo se detiene*) ¡Oh, Cristo y Barrabás! ¿Qué he hecho? (*A Meche; desolado*) Si se muere, yo me muero, Meche . . . No podría vivir sin este hombre . . . (*Mico abre un ojo*)

MICO —¿Desesperado, eh? En la vena trágica, eh? «Arriba esa frente, hombre». «Todos tenemos piedras en el zapato» . . . (*Toño se alza*)

TOÑO —¡Oh! ¡Solterón albino! ¡Pepino mojigato! ¡Me engañaste! ¡Me engañaste! ¡Tú no morirás, feliz y acompañado, en el calor de un hogar! ¡El día que lo hagas, exhalarás solo y triste, como un velón de iglesia, en alguna oscura sacristía! ¡Y espero, espero que ardas hasta la consumación de la cera! (*Mico se sienta en el piso*)

MICO —No estuvo nada de mal la escenita, sin embargo, ¿no crees?

TOÑO —Sí, pero si crees que por un momento he sido sincero en lo que dije . . . ¡olvídalo! ¡Bórralo de tus meollos! Lo digo y lo repito: *¡No hallo la hora en que alguien me saque de esta casa! ¡Lejos de ti y tus prótesis sueltas!* (*Mico se levanta y le da un beso en una mejilla. Toño manotea*) ¡Oh, quita! ¡Deja! ¡Quita tus lombrices pringosas! (*Suena el teléfono. Meche acude presurosa a atenderlo*)

MECHE —¿Aló? . . . ¿Angelita? ¡Sí, tu madre, mi linda! ¡Oh, sí! ¡No, nunca más! ¡Sí, en casa de tu tío Miguel! ¡Sí, con ellos, viviré con ellos, no te preocupes! (*Toño mira a Mico*)

TOÑO —¿Oíste eso?

MECHE —¡No, nunca más! ¿Tú quieres eso? Entonces, ¡nunca más, mi linda!

TOÑO —¡Oh, Cristo, esto parece irrevocable!

MECHE —¡Sí, mi hijita . . . Sí!

TOÑO —¡Tres Sánchez-Uriarte bajo un mismo techo! (*Meche se acurruca en una silla y continúa balbuceando cosas al fono. No oímos lo que dice. Toño cae sobre una silla*) Esto cierra el círculo infernal. ¡Dos, ya era insoportable, y ahora, tres! ¡Esto nos sume para siempre en el caos!

MICO —A lo mejor, no. ¿Cómo sabes? A lo mejor, su mano femenina da un poco de calor a esta huesera. Paz y flores, ¿no es eso todo lo que necesitan un par de viejos? (*Toño se alza en toda su majestad*)

TOÑO —¡«Viejos»! ¡Tú serás «viejo»! ¿Qué pasa? ¿Adoptando de nuevo ese tonillo franciscano? ¿Los ojos en blanco y las palmas al cielo, y oyendo a los jilgueros chivateando en las orejas? Todo sacrosanto y perdonador, ¿eh? ¡Bueno, pues, a mí tú no me vienes con ésas!

¡A mí, tú no me vas a pasar gato por libre! . . . A mí, tú no . . .
(*Pero ya su voz no se escucha, porque cae el telón, mientras Meche, al fondo, balbucea cosas en el auricular del fono*)

TELÓN

EL SOBRE AZUL

Farsa en dos actos inútiles,
sobre el inútil acto de escribir farsa
1978

PERSONAJES:

El Gerente
Sebastián Cereceda - Sub-Gerente
Sebastián Recereda - El otro Sub-Gerente

Instrucciones para el montaje: Todo lo que aquí acontece es muy serio e importante. Debe ser montado con el espíritu de que aquí se juega el destino del mundo. Que quede desterrada toda complacencia.

ACTO PRIMERO

Una oficina. Decorado: escritorio funcional, mueble archivero, sillones, un gomero náufrago en una maceta. En alguna parte, un panel de arpillera, de esos que se emplean para clavar comunicaciones al personal. Un biombo.

Tres puertas: La del «Gerente», la del «Sub-Gerente» Recereda, la del escusado. Al fondo, una ventana abierta a un cielo contaminado de alambres y chimeneas.

En los muros: gráficos. Unos gráficos inmensos, que señalan gruesas y zigzagueantes líneas rojas descendentes.

Estamos en la oficina del sub-Gerente Cereceda.

Ante la ventana abierta, está sentado el Gerente. Echado en la silla, con los brazos caídos a ambos costados, mira hacia afuera.

Toda su actitud denota un estado de profundo abatimiento. Suspira a ratos.

Después de un buen rato, se escucha el ruido del silencioso en el escusado, y luego sale Cereceda, abotonándose el pantalón. Ve al Gerente. Se sienta ante su escritorio, dispuesto a trabajar, pero lo perturba la presencia de su superior. Al final, decide ir a mirar. Lo que ve es suficientemente interesante como para acercar una silla y sentarse al lado de él. Ambos miran durante un rato.

GERENTE (*Abatido; resignado*) Espantoso!

CERECEDA —En efecto.

GERENTE —Dónde iremos a parar?

CERECEDA —A este paso, al despeñadero.

GERENTE —Qué gran azote!

CERECEDA —La Peste Negra.

GERENTE —La Peste Negra, en efecto. (*Siguen mirando con aturdida estupefacción. Después de un rato*) Mire eso, Cereceda! Habría podido imaginar usted, ni en su más florida imaginación, que esto fuera a suceder alguna vez, en su país?

CERECEDA —Nunca.

GERENTE —Tampoco las autoridades, le aseguro a usted.

CERECEDA —Y qué vamos a hacer, señor Gerente?

GERENTE —Usted y yo? Rezarle a Dios. Que otra cosa nos queda? (*Cereceda suspira resignado. Siguen mirando. Después de otro rato*) Quién es ese hombre, Cereceda?

CERECEDA —Segovia, el Tornero Segundo.

GERENTE —Qué está haciendo, cree usted?

CERECEDA —No es que lo crea, señor. Estoy seguro. Lee el resultado de las carreras.

GERENTE —Exactamente . . . Y ese otro?

CERECEDA —Quién, señor?

GERENTE —Aquél que dormita, echado sobre esos sacos?

CERECEDA —Mancilla, el Matricero Tercero, señor. Duerme su siesta diaria, de diez a once de la mañana.

GERENTE (*Cada vez más triste, resignado*) Y esas mujeres? Qué hacen?

CERECEDA —Intercambian estampitas de cantantes de moda, señor.

GERENTE —Eso es . . . Y si su mirada tuviera la virtud de traspasar muros, Cereceda, vería usted, ahora mismo, diez pares de pantalones caídos en los diez escusados de la fábrica. Están ahí hace una hora, y no me va a decir usted que sufrimos de una epidemia de colitis en la Empresa.

CERECEDA —Desde luego que no, señor.

GERENTE (*Suspira*) Todos sacando la vuelta.

CERECEDA (*Suspira también*) Así es. (*El gerente señala, sin mirarlos, los gráficos a su espalda*)

GERENTE —Y mientras tanto, yo . . . eso! Zigzagues rojos que me hunden en la profundidad de los abismos! Guarismos fatídicos que me sumergen en la ignominia! (*Pausa*) Mi esposa ha empezado a dudar de mí, Cereceda. Ha abandonado el lecho conyugal. Y mis hijos . . . ya ni me atrevo a mirarles a la cara . . . Comienzo a andar en mi propia casa como alma en pena.

CERECEDA —Pero usted no debe culparse de nada, señor. Todo es culpa del maldito Sistema . . .

GERENTE —Ah! El Sistema! El Sistema! Maldita mujer que lo parió!

CERECEDA —Quién lo hubiera pensado!

GERENTE —Nadie! . . . Pero el daño está hecho . . . Les dimos demasiado, y mire ahora cómo nos pagan! (*Ambos siguen contemplando mudos lo que acontece en el patio de la fábrica*)

CERECEDA —De aquí hasta la cordillera, un solo techo de fábricas. Industrias hasta en el lecho de los ríos. Chimeneas que oscurecen el cielo.

GERENTE —Y mire cómo nos pagan!

CERECEDA —Muller, el Molinero, dicen que no encuentra personal para su nueva planta. Piensa importar refugiados de Cambodia para llenar las nuevas vacantes.

GERENTE —Ve usted?

CERECEDA —Fleck, el Tintorero, sobrevuela las poblaciones en helicóptero, y ofrece un viaje al carnaval de Río a quién quiera ir a trabajar a su industria.

GERENTE —Se imagina?

CERECEDA —Hoy, cuando un obrero pone aviso en busca de empleo, son los empleadores los que hacen cola ante sus casas . . .

GERENTE —Qué horror!

CERECEDA —Por primera vez, el país señala índices de cesantía negativos. Hay más gente laborando que habitantes en el país . . . Claro que eso se debe, seguramente, a que hoy se incluye a los políticos en las estadísticas. Esos nunca han estado en las nóminas de los que trabajan . . .

GERENTE —Les dimos demasiado, Cereceda. Nos dejamos llevar por nuestra generosidad innata . . . derramamos trabajo y bienestar por doquier . . . y así es cómo nos pagan.

CERECEDA —Sacavueltas ingratos!

GERENTE —Idos están los buenos tiempos en que uno podía aplicar saludables medidas coercitivas. Un buen barómetro de rendimiento

personal, era una buena medicina para la perezosa naturaleza humana . . . Al hombre, criatura bíblica, hay que condenarlo al sudor, Cereceda.

CERECEDA —Así es, señor.

GERENTE —En cambio, hoy flota una molicie corruptora. La gente se siente tan segura que nadie quiere trabajar . . .

CERECEDA (*Suspira*) Dios mío! (*Siguen contemplando ambos el espectáculo de indisciplina que se realiza afuera*)

GERENTE —Y eso que en adoctrinamiento no ha faltado . . .

CERECEDA —No, señor.

GERENTE —Las autoridades del gobierno han sido bien específicas en eso.

CERECEDA —Así es.

GERENTE —Se les ha pedido su concurso en todos los pronunciamientos públicos, y a juzgar por los aplausos, uno cree que entendieron.

CERECEDA —En una escuela pública, un profesor puso como tema de composición «Las maravillas de la Libre Empresa», y ganó un niñito que pintó un corazón rojo, enorme, atravesado por una flecha . . .

GERENTE —Pero ni así, reaccionan, Cereceda. Es angustiador! A veces, pienso, para qué estamos, Cereceda? (*Lo mira*) He sido un mal Gerente para ellos? Dígamelo con toda franqueza.

CERECEDA —De ningún modo, señor.

GERENTE —Y entonces?

CERECEDA —Es la Patria misma la que está en juego, señor! (*Afuera se escucha el estruendo de una estructura de maderas que se derrumba*)

GERENTE —Oh, Dios!

CERECEDA —Echaron abajo el tabique divisorio de la sala de calderas, señor! Lo arrastran hacia el muro de la calle!

GERENTE —Dios mío, otra vez?

CERECEDA —Y ahora, lo levantan junto al muro, y se encaraman encima!

GERENTE —Oh! Otra vez, esa maldita banda! Ese circo, pregonando todos los días frente a la fábrica, nos arruina, Cereceda! (*Suenan las notas de una banda circense que se aproxima. Es una música bullanguera, ensordecedora, que tiene mucho de marcha militar. Cruzan carteles y banderas, bajo los vítores del personal que acompaña su paso con gritos y aplausos. Finalmente el desfile se aleja. La música calla. El Gerente ha permanecido inmóvil, abatido, mirando el espectáculo. Cereceda, en cambio, se ha dejado llevar algo por el entusiasmo general. Se ha levantado y bate palmas*)

CERECEDA (*Componiéndose*) No hay duda que este . . . fervor candoroso de la gente termina por contagiarlo a uno . . . Sin embargo, se hace

necesario . . . tomar esto con la debida mesura . . . (*Se sienta nuevamente*)

GERENTE —Yo no puedo dejarme llevar por entusiasmo alguno. A mí, estas distracciones del personal me cuestan la cabeza.

CERECEDA —Sin embargo, es bueno que aún manifiesten alegría ante ciertos estímulos, señor. Quiere decir que no todo está perdido.

GERENTE —El único estímulo que entiende la Presidencia de la Empresa, son esas líneas rojas descendentes, que le crispan a uno, la espalda, Cereceda. Es un catecismo muy fácil de entender. Si no levanto luego esta Compañía, me cuesta el cuello. Y ya, francamente, no sé qué hacer. Mi autoridad está tocando fondo. (*Cereceda se levanta. Se pasea. Medita un rato, y luego . . .*)

CERECEDA —A ese respecto, hace tiempo que ando con una idea, señor.

GERENTE (*Desesperanzado*) Idea? Las ideas se han agotado, Cereceda.

CERECEDA —No la mía, señor. Es un proyecto que puede parecer cruel en la superficie, pero de tremenda eficacia en el meollo. El problema está en que no sé si usted estará dispuesto a . . . respaldarlo, señor.

GERENTE —Nada me conmueve ya. Nada me perturba. Todo me es igual.

CERECEDA —Ando con la idea del Sobre Azul, señor! (*Espera el efecto de su frase rotunda*)

GERENTE —Sobre Azul? Qué Sobre Azul?

CERECEDA —La exhortación escrita a fuego en el terror de los hombres, señor! La advertencia grabada a sangre en su alma!

GERENTE —No lo capto. Sea más explícito, por favor. (*Cereceda se aleja de él. Lo enfrenta. Solemne*)

CERECEDA —Propongo emitir un Sobre Azul contra todo el personal, señor! (*El Gerente no entiende*) Un mandato de destitución que los incluya a todos y a ninguno, señor!

GERENTE —No entiendo.

CERECEDA —Muy simple. Usted emite un Sobre Azul, sin remitente ni destinatario, y lo hace clavar en ese panel, a la vista de todo el mundo. Ya verá usted la reacción.

GERENTE —Sigo sin entender.

CERECEDA —Pero, señor . . . No comprende usted que un Sobre Azul, en la constelación de terrores que acosan al hombre moderno, tiene, por su sola presencia, una significación . . . esotérica, diría yo? Su sola aparición despierta todos los temores arquetípicos de la raza. Qué selvas, ni alimañas, ni criaturas viscosas en los fangos tropicales! Nada se asemeja a un Sobre Azul, en dimenión de espanto! El Sobre Azul es el dedo acusador que remite al hombre a su origen animal! Lo excluye de la sociedad y lo lanza al desamparo de

su desnudez y su vergüenza! (*El Gerente aún no entiende*) Pero, señor . . . Una serpiente, por qué cree usted que espanta? O una araña? Por qué cree usted que criaturillas tan inocentes pueden inflamar en el hombre miedos que no se puede explicar? Porque son simples terrores arquetípicos que remiten al hombre al período boscoso de su cultura, cuando se hallaba expuesto al peligro . . . Lo mismo el Sobre Azul . . . El Sobre Azul es el equivalente moderno de la Serpiente. Lanza al individuo sobre quién recae a la oscuridad amenazante, fuera de la cueva humana protectora! No lo entiende usted? (*Un guiño de comprensión comienza a asomar en el Gerente*) Emita usted un sobre de ese color, y por muy seguros que se sientan, y muy protegidos por el Sistema, sentirán que están expulsándolos de la cueva, y se pondrán a trabajar como posesos. (*Confidencial*) Comprenda usted que todo el mundo tiene una conciencia, y toda conciencia se siente culpable . . . Me comprende usted? . . . Nadie sabrá a quién le calce el guante . . . (*El Gerente ha comprendido*)

GERENTE (*Sofocado, casi sin poder sacar la voz*) Pero . . . Cereceda . . . usted está loco?

CERECEDA —Una idea cruel, ya le dije, pero eficaz y necesaria.

GERENTE —Y usted cree que yo me voy a prestar para una monstruosidad así? Quién cree que soy? Un negrero?

CERECEDA —Fue lo que más me costó a mí también: acostumbrarme a la idea.

GERENTE —Es increíble! Decirme eso, a mí! Yo! Que he hecho de la protección de mi gente la religión de mi vida! Usted no sabe la ofensa que me ha infligido, Cereceda! Proponerme a mí, una artimaña así, que en la inauguración de los nuevos hornos, le prometí al personal, bajo la bandera de mi patria, que les entregaba mi sangre y mi vida! En que quedan los globos multicolores, el coro de los niños, las bellas escarapelas? No puede ser! (*Se pasea nerviosamente. Cereceda espera*) Aunque bien miradas las cosas . . . tal vez se merezcan un poco, los mal agradecidos . . . pero no! No! Aléjense de mí los malos pensamientos! . . . Dejarme mal ante la Presidencia, los ingratos . . . Una mano lava la otra . . . (*Se detiene. Mira a Cereceda*) Parecería un imbécil, el que muestre la otra mejilla, no cree usted? (*Cereceda asiente mudo*) Buena la idea, Cereceda! Genial casi! Pero, no! Libre Dios a mis hijos, de tener un padre así! (*Vuelve a detenerse*) A ver . . . ¿cómo decía usted que habría que hacerlo?

CERECEDA (*Impasible*) Usted emite un sobre, sin remitente ni destinatario, y lo hace clavar en ese panel. Eso es todo.
(*El Gerente reinicia la marcha nerviosa*)

GERENTE —No! Ni cien tempestades me obligarían hacer una cosa así! Definitivamente, no! (*Se detiene*) Lo haría usted por mí?

CERECEDA —Qué cosa, señor?

GERENTE —Escribir esa cosa, y clavarla ahí?

CERECEDA —No hay que escribir nada, ya le dije. Sin remitente, ni destinatario. Un simple Sobre Azul.

GERENTE —Genial! Genial! No me comprometería en nada, no es cierto? Ésa es la idea?

CERECEDA —Ésa.

GERENTE —Genial! Si llevara mi firma, sería una infamia, pero así . . . nada! Es usted un Halcón, Cereceda! Un buitre! Un buitre genial!

CERECEDA —Mi imperturbable lealtad a usted y a la Empresa, señor. (*El gerente lo abraza*)

GERENTE —Qué hombre! Qué hombre! Para serle franco, yo nunca habría supuesto de parte suya un gesto así, sabe? Venir con esa idea genial, en rescate mío. (*Cereceda es la imagen perfecta de la contrición dichosa*) Yo siempre había imaginado de parte suya una especie de . . . hostilidad celosa, si me permite la expresión. Los ejecutivos, reducidos a tener que vivir aislados en nuestros recintos prominentes, lejos del personal y de la verdadera vida . . . creamos una especie de fobia persecutoria, me comprende usted? (*Cereceda comprende bajo su abrazo*) . . . Una manía contra aquellos que nos acompañan en nuestro aislamiento . . . como los escaladores en la montaña, que terminan por odiarse los unos a los otros . . . Por eso, le digo: no habría supuesto nunca una nobleza así.

CERECEDA (*Bajando la mirada*) Ya ve usted . . .

GERENTE —Su gesto me dice que hemos superado, al fin, esa odiosa beligerancia, no le parece?

CERECEDA —Cómo interpretarlo de otra manera?

GERENTE (*Impaciente*) Bueno, bueno, pero . . . veamos, al fin! Tiene usted por ahí uno de esos papelillos? Veamos qué pasa? Qué perdemos, al fin? (*Cereceda extrae prontamente un sobre azul, muy azul, muy grande, de una gaveta de su escritorio. Se lo pasa*)

CERECEDA —Aquí está! (*El gerente retira, sin embargo, su mano, como si se tratara de una alimaña perversa. No lo toma*)

GERENTE —No, no! Clávelo usted mismo, si me hace el favor! (*Cereceda procede, con naturalidad, a hacer lo que le piden*) Aterrador! Espeluznante! Un dedo clavado en la espina dorsal del personal! Dios mío, no habría imaginado nunca lo divinamente perverso que usted puede ser!

CERECEDA (*Beatífico*) La mano en el festín de Baltazar. El rostro de Bancuo en la conciencia del asalariado. Ni más ni menos.

GERENTE (*Impaciente*) Bueno, bueno, me gustaría ver el efecto que produce! Aunque sea sólo por verlo! Llame a alguien, a cualquiera, con el pretexto que se le ocurra, mientras yo me escondo aquí, tras este biombo! (*Se mete tras el biombo*)

CERECEDA —Pero, señor. . .

GERENTE (*Asomándose*) Qué pasa?

CERECEDA —No le parece frívolo designar al primero que pasa para exponerlo a la prueba? No lo parece liviano, perder la ocasión de ensayar con la persona más adecuada para el sacrificio? La que más acuse el golpe?

GERENTE —Y esa cuál sería, cree usted?

CERECEDA —Recereda, señor. El otro Sub-Gerente, mi colega. El que siempre anda pensando despedir gente. (*Como el gerente no entiende*) Nerón el sanguinario, le temía a las moscas, señor. Calígula, temblaba ante la visión de su propia sangre. Entiende lo que quiero decir?

GERENTE —A decir verdad, no.

CERECEDA —El sadismo va siempre acompañado de su réplica; el masoquismo. Sufre más aquél que hiere, sobre todo si es con el mismo puñal con que mata. Sería como bañarle con su propia salsa, señor. (*El Gerente entiende, al fin*)

GERENTE —Genial! Otra vez, absolutamente genial! Calígula chapoteando en su sangre! Es eso, no?

CERECEDA —Más o menos. . .

GERENTE —Genial! Pero, bueno, veamos! Quiero ver la cara que pone ese intrigante que siempre me anda indisponiendo ante la Presidencia! Llámelo! (*Vuelve a meterse tras el biombo*)

CERECEDA —Señor . . .

GERENTE (*Vuelve a asomarse, ahora con más impaciencia*) Qué pasa, ahora?

CERECEDA —Otro pequeño detalle técnico. Es importante que usted no sienta nada, mientras ve el sobre. No vaya a manifestar la menor emoción tras ese biombo. Que no se escucha ni siquera el más mínimo resuello suyo, porque se perdería el efecto dramático de la situación. El asalariado que es despedido no debe percibir de parte del ejecutante el menor signo de compasión, para que el impacto sea trágico. Debe sentirse en la más total orfandad afectiva, para que quede de manifiesto su desamparo. De otro modo sería una rutina más, como hay muchas en esta oficina. Me entiende usted?

GERENTE —Me quedaré mudo como una marsopa. (*Desaparece tras el biombo. Cereceda va a golpear la puerta de Recereda*)

CERECEDA —Recereda!

VOZ —Sí?

CERECEDA —Quiere venir un momento, por favor?

VOZ —Y por qué no viene usted con lo suyo? Aquí somos tan Sub-Gerentes tanto usted como yo!

CERECEDA —Pues, esta vez le ruego hacer una excepción! Mañana, entro yo a la suya, si le parece! (*Recereda abre. Es la réplica perfecta de Cereceda. Mismo aspecto. Mismo vestuario, El funcionario ascético, adusto, penumbroso*)

RECEREDA (*Agrio, desconfiado*) Y bien? Qué se le ofrece? (*Cereceda conduce a Recereda a su escritorio y lo sitúa de modo que no pueda dejar de ver el sobre en el panel*)

CERECEDA (*Tomando un papel de su escritorio*) Quiero que revise conmigo esta lista de promoción de los operarios. La Presidencia, emocionada por los aplausos que se le prodigaron a la señora Presidenta cuando rompió el champaña en la inauguración del nuevo horno, quiere que se premie a aquellos que más se distinguieron en la manifestación.

RECEREDA (*Hosco*) Si fuera por mí, no promovía a nadie. Ya sabe usted mi opinión, al respecto. Vi a muchos de esos que aplaudían, haciendo signos soeces con sus manos, en cuanto la señora les volvía su espalda . . .

CERECEDA —Rictus nerviosos de intenso placer, debieron ser. Usted confunde el gesto, Recereda . . . (*Recereda, en tanto, ha visto el sobre. Lo desclava. Lo inspecciona con desconfianza*)

RECEREDA —Y esto . . . qué es?

CERECEDA (*Indiferente*) Un Sobre Azul.

RECEREDA —Ya veo que es un Sobre Azul, pero quién lo clavó ahí?

CERECEDA —No sé. Apareció ahí, esta mañana.

RECEREDA —Qué extraño. Sin remitente, ni destinatario. (*Vuelve a clavarlo*) Algún irresponsable, que desperdicia el papel de la Empresa. Habría que ubicar al culpable y despedirlo de inmediato. A ver esa lista. La revisaré con calma. Más tarde le entrego mi comentario. (*Desaparece en su oficina. El Gerente sale ante el biombo*)

GERENTE —No pasó nada. Qué sangre de horchata! Cómo puede un tipo quedar tan impasible ante un Sobre Azul, sin que se agiten en el convulsiones de espanto? Falló su teoría! O es que ese tipo, impresionado por el cuadro de prosperidad general que respira el país, también siente asegurado su puesto aquí en la Empresa?

CERECEDA (*Calma; racional; frío*) Nada de eso. En este caso, es algo muy diferente.

GERENTE —Qué podrá ser?

CERECEDA —Es el Sobre mismo que, como una madre que alberga al crío, lleva en su seno la semilla de su propia inoperancia.

GERENTE —Cómo así?

CERECEDA —Muy simple. El hecho que lo emitiera usted sin remitente ni destinatario, además de dejarlo a merced de las más diversas críticas, le quita todo poder, como pudimos observar en la reacción tan indiferente de Recereda.

GERENTE —Pero, cómo puede ser? Si usted mismo me dio la idea!

CERECEDA —Deduzco por el resultado, nada más. No hay duda que en algo hemos fallado . . . Veamos . . . (*Se sienta ante el escritorio. Pone sus pies sobre él. El Gerente observa atónito su atrevimiento*) Pensemos qué pasa . . . Por una parte, está el hecho que el Sobre no indica remitente. Eso, para cualquier empleado, susceptible de expulsión, sólo puede significar dos cosas: PRIMERO! Que se trata de un aviso emitido por una Gerencia que, por alguna razón sospechosa, procura esconderse tras el anonimato. Una Gerencia que no tiene coraje de dar la cara . . .

GERENTE —Oiga, pero si usted . . .

CERECEDA —SEGUNDO! Que si no es así, y sólo se ha omitido usar un Sobre con el logotipo de la Empresa, se trata de una Gerencia que incurre en una falta tan grave como la anterior. Una Gerencia que denota descuido en la conducción del negocio. (*El Gerente quiere hablar. Un gesto perentorio de Cereceda lo hace callar*) El hecho que tampoco indique destinatario significa también dos cosas, tan ambiguas, tan chapuceras, tan condenables como las anteriores. PRIMERO! Que se trata de una Gerencia que, predispuesta contra todo el personal, en forma global, pretende adjudicarse una Carta Blanca de expulsión general, en contra de todos y cada uno de los empleados de la Empresa. Una Gerencia ruin y vengativa.

GERENTE —Pero si usted mismo me . . .

CERECEDA —SEGUNDO! Que si no es así, y no estamos ante una Gerencia ruin y vengativa, estamos en cambio ante una Gerencia vacilante e inestable. Una Gerencia que, titubeando sobre quién descargar el golpe, emite un Sobre que cada cual puede tomar a su manera.

GERENTE —Oiga, pero si yo no he dirigido ese maldito Sobre en contra de nadie! Fue usted mismo quién me dio la idea!

CERECEDA —Sólo estoy interpretando las diversas especulaciones a que el Sobre dará lugar. En este país, donde todo se da ahora en forma tan rectilínea, toda ambigüedad puede ser sospechosa de desorden. El orden es una línea recta. Dejemos las curvas para los sediciosos. (*El Gerente se precipita sobre el panel y arranca el sobre*)

GERENTE —A mí, nadie me va a culpar de nada!

CERECEDA (*Impasible*) Yo no haría eso. (*El Gerente detiene el gesto. Queda con una mano en el aire*) Arrancar eso de ahí, y mucho menos desgarrarlo.

GERENTE (*Desafiante*) Y por qué no?

CERECEDA —Porque Recereda ya lo vio clavado ahí.

GERENTE —Y qué, si lo vio?

CERECEDA —Hacerlo desaparecer ahora, lo dejaría a usted muy mal parado.

GERENTE —A mí? No me haga reír! En qué sentido?

CERECEDA (*Siempre con la mayor impasibilidad*) En que daría lugar, también, a dos interpretaciones. PRIMERO! Que Recereda pensaría que ese Sobre estuvo destinado a él.

GERENTE —A él? Por qué a él?

CERECEDA —SEGUNDO! Que ese Sobre estuvo destinado a usted! (*El Gerente ríe ahora sarcásticamente*)

GERENTE —Oh, vamos, Cereceda! Ahora sí que se puso usted francamente divertido!

CERECEDA —A usted . . .

GERENTE —Y cómo iba a dirigir ese Sobre en contra de mí mismo, hombre? Si fui yo mismo quién lo emití! Ahora sí que se me puso usted francamente lírico!

CERECEDA (*Factual; frío; implacable*) Él no lo sabe. (*El Gerente se congela. Comprende. Deja caer los brazos*)

GERENTE —Es cierto. Oh, me recorre un escalofrío!

CERECEDA —Si el Sobre estuviese destinado a él, sólo podría ser usted quien lo hubiese emitido, por ser el Gerente. Es facultad privativa de los Gerentes, actuar de verdugos. Al no verlo clavado, ahora, pensaría que es usted un canalla. Un canalla que, habiendo resuelto eliminarlo, juega con él como el gato con el ratón, postergando cruelmente la notificación de una decisión ya adoptada.

GERENTE —Oh, Dios mío!

CERECEDA —De estar destinato a usted, pensaría que fue usted mismo que, en un intento desesperado por postergar lo impostergable, lo hubiera desclavado.

GERENTE —Pero, podría estar dirigido en contra de cualquier persona de la Empresa!

CERECEDA (*De inmediato*) Podría, sí, podría. Ya había pensado que usted alegaría eso. Podría, pero de ser así, y haberlo desclavado ahora, quedaría usted de inmediato ante sus ojos, con cualquiera de los reproches ya enumerados: Vacilación! Inoperancia! Ruindad!

GERENTE —Es cierto! Es cierto! Oh, Dios mío, Cereceda, en qué lío me ha metido! Qué hago ahora?

CERECEDA —Tengo una idea. Yo lo metí en esto; yo lo vuelvo a sacar.

GERENTE —Oh, sí, diga por Dios!

CERECEDA (*Levantándose, se pasea un rato, luego encara al Gerente*) Ese Sobre debe tener un destino.

GERENTE —No comprendo.

CERECEDA —Es necesario anotar un nombre en él.

GERENTE —Un nombre? Qué nombre? (*Entiende al fin*) Dios mío! No supondrá que yo, su Gerente, me preste para una atrocidad así? Emitir un Sobre Azul sin destinatario, ya era bastante cruel en sí, pero ahora pedirme que fije, que clave a un pobre inocente en ese panel, como quién ensarta a un coleóptero, es pasarse de la raya, no cree? Tenemos una obligación sagrada ante el personal puesto a nuestro cuidado, Cereceda! Por si no lo sabe! La Gerencia es una gran teta, de la cual mama mucha gente! (*Ha dicho esto con aire agraviado, solemne*)

CERECEDA —Como usted quiera. Usted sabrá. Lo único que le advierto es que la cosa va a cundir. De Recereda pasa al Contador Jefe. Del Contador Jefe al Contralor. Del Contralor a la Presidencia. Se dirá que esta Empresa es dirigida por un déspota, un Gerente malévolo que juega con la angustia de la gente, y en los tiempos que corren, con el aire de justicia social que ahora impera, no creo que caiga sobre rescoldo frío. Las leyes actuales envuelven al asalariado en una molicie de seguridad. No lo olvide. Y si lo duda, vaya a las poblaciones obreras, a ver a los hombres sentados ante las puertas de sus casas. El rebalse del empleo pleno permite que dediquen las mejores horas al cuidado de su salud, tomando un sol que los reconforta. Pasados están los tiempos de Gerentes déspotas, señor, cuando el obrero malvendía su trabajo. (*Se repantiga de nuevo en su silla*) Le repito. Se hace necesario evitar malos entendidos. Hay que precisar el Sobre! (*El Gerente se debate en la angustia*)

GERENTE —La situación, ya me tiene todo confundido! Ya ni sé si pensar o no pensar vale la pena! De todos modos, no resuelvo nada!

CERECEDA —Clavando un nombre, usted puntualiza el asunto, señor.

GERENTE (*Desesperado*) Y a quién quiere usted que clave, por Dios?

CERECEDA —Pienso en un nombre que haría sus delicias, señor.

GERENTE —Quién, hombre, quién? Dígalo, de una vez!

CERECEDA —Recereda, señor.

GERENTE —Ay, Dios mío, ahora usted me mata, Cereceda! Me sume cada vez más en la desesperación! (*Cereceda levanta las manos, en actitud de santidad franciscana. En el Gerente van cundiendo paulatinamente las sabrosas posibilidades de la idea. Finalmente, de un grito*) Genial! Prodigiosamente genial, una vez más! Teratológicamente siniestro! (*Confidencial de pronto*) Pero no cree usted, Cereceda, que sería como . . . demasiado? (*Cereceda vuelve a levantar las manos*) No! Qué va a ser! Absolutamente maravilloso!

CERECEDA —No le decía yo que le iba a gustar?

GERENTE (*Exultante*) Se imagina usted su cara! Se imagina esa jeta! Su horrible mueca de murciélago en celo, retorcida por el espanto de la repentina percepción! (*Va a clavar el sobre*) Esto no me lo pierdo por ninguna plata! «Mane, Tecel, Fares»! Las palabras escritas en el muro, el día del festín! «Dios te ha puesto en su balanza y dividirá tu reino»! (*Súbita sospecha*) Y por qué él?

CERECEDA —Muy simple. Para que no se lo cuente al Contador. (*El Gerente se demora en caer, pero al fin . . .*)

GERENTE —Nadie cuenta sus desgracias . . . en eso pensó usted, no es cierto?

CERECEDA —Precisamente.

GERENTE —Oh, Dios mío, qué zorro astuto es usted! (*Nueva súbita sospecha*) Pero . . . qué va a pasar cuando sepa que fue broma? Cómo podremos evitar que, furioso por el mal gusto, se lo cuente de todos modos?

CERECEDA —No lo hará.

GERENTE —Y por qué?

CERECEDA —Porque, aunque chiste, no cree que se agitaría en su conciencia la leve sospecha de que tal vez haya caído en desgracia? En toda broma sopla un aire de verdad, dicen.

GERENTE —Oh, qué maravilloso canalla es usted, Cereceda!

CERECEDA (*Angelical*) Mi imperturbable lealtad a usted y a la Empresa, señor.

GERENTE —Entiendo, entonces! Ponemos su hombre, y él callado como una momia.

CERECEDA —Tutmosis I. (*El Gerente le presenta el sobre*)

GERENTE (*Agitadamente*) A ver, a ver, apenas tengo paciencia por ver qué pasa! Escriba!

CERECEDA —Yo? Usted, señor. Usted es el Gerente.

GERENTE —Ay, Cereceda! No lo haría usted por mí? Aunque sólo fuera por esta vez? Es sólo una broma.

CERECEDA —Perdón, pero ésta es *su* responsabilidad.

GERENTE —Ay, Dios! Qué carga tan pesada! Las miles de promesas se hacen carne en uno! Qué difícil se hace traicionarlas! Cómo pesa esta cruz! (*Se sienta a escribir en el sobre*) Re . . . ce . . . re . . . da. Ya está! Un poco temblorosa la letra, pero igual de pavorosa. Ahora, lo clavo y me escondo?

CERECEDA —Exacto. (*El Gerente clava el sobre y va hacia el biombo. Se vuelve*)

GERENTE —Esta vez, me pondré más a la vista, para no perderme nada. Si se desmaya, usted lo recibe, naturalmente. (*Cereceda se ubica al lado del panel*)

CERECEDA —Me ubicaré aquí.

GERENTE —Sí, porque estos trances tienen a veces consecuencias imprevisibles. Recuerda a Martínez? Con su sobre azul en una mano, encaramado tres días en lo alto de la chimenea? Costó dos compañías de bomberos y tres escuadrones de policías el poder desmontarlo finalmente, antes que el infeliz cometiera el disparate de suicidarse . . . (*Se escurre tras el biombo*) Bien, llámelo ahora! Estoy preparado!

CERECEDA —No hace falta que lo llame. A estas alturas, su mala conciencia ya debe estar produciendo efecto. Verá usted que saldrá en cualquier momento . . . (*Así es, efectivamente. Sale Recereda de su oficina con la lista*)

RECEREDA —Tome, Cereceda! Aquí está su lista. La revisé cuidadosamente, ya he tarjado todos los nombres, porque . . . (*Ve el sobre y lanza una carcajada sonora. El Gerente se agita tras el biombo. Ahogado*) Claro! Tal como lo pensé! Ese chapucero! Ese cretino increíble!

CERECEDA —Pero, qué le pasa? De qué se ríe usted?

RECEREDA —Tal como me lo suponía! Mi nombre escrito en ese sobre! Qué otra cosa iba a hacer, el palurdo? (*Más agitaciones del Gerente tras el biombo*)

CERECEDA —Pero, de qué está hablando usted?

RECEREDA —Vamos, Cereceda, no se me haga el tonto! (*Por el sobre*) Eso, usted lo tiene que haber visto, naturalmente, cuando vino a clavarlo!

CERECEDA —Le juro que no sé de qué está hablando.

RECEREDA —De un acto cometido por el único cretino que hay en esta Empresa, pues! De nuestro Gerente! (*El biombo se bambolea*)

CERECEDA —Sí . . . pasó por aquí, pero . . .

RECEREDA —Vamos! «Pasó por aquí»! «Pasó por aquí»! No se me haga la mosca muerta, hombre! Sé muy bien lo que usted piensa de él!

CERECEDA (*La imagen misma del pundonor*) Le ruego que mida sus calificaciones, Recereda. No estoy de acuerdo, en absoluto, con sus palabras. Pienso que la persona que rige los destinos de la Empresa merece de parte nuestra todo nuestro respeto. No se puede hablar de él como quién sacude unos trapos sucios.

RECEREDA —Pamplinas! Quién lo oye, y quién lo oyera! Pero, en fin, no es ése el punto importante. (*Desclava el sobre*) Lo que importa es la simpleza increíble que acusa este papel. Pobre hombre! Esto prueba hasta qué grado hace agua, el pobre diablo! (*Cereceda le arrebata el sobre*)

CERECEDA —Creo que no debemos entregarnos a subjetividades! Lo invito a dejar el tema para otra vez! (*Recereda vuelve a arrebatárselo a su vez*)

RECEREDA —Y yo lo invito a otra cosa! Lo invito a limpiar el aire de esta Empresa! Hay hechos que, de tanto ocultarlos, fermentan, y se vuelven carroña! Sabe usted por qué el babieca escribió mi nombre en este sobre?

CERECEDA —No me importa! No me interesa!

RECEREDA (*Persiguiéndolo*) Porque soy el único testigo mudo de su inoperancia. (*Cereceda se vuelve. Lo encara*) Tal como lo oye. Y yo le voy a decir por qué! (*Le habla con aire de confabulado. El Gerente saca medio cuerpo fuera del biombo, para escuchar mejor*) La Empresa se le escapa de las manos; ése es un hecho. Ya ve usted el desorden que reina aquí. Esta mañana, al tomar la manilla del portón de entrada, se me quedó pegada entre los dedos media porción de gelatina de pollo que el portero había estado comiendo durante el turno de noche. Una operaria trajo los pañales de la guagua a secar sobre el emparrillado del horno. Y en la sección Filtros, apareció toda una camada de gatitos nuevos, entre los sacos del caolín. Y a una telefonista . . . sabe en qué la sorprendieron ayer? (*A Cereceda poco la falta por taparse los oídos para no seguir escuchando*) Sabe en qué? . . . (*Ruge*) Pintando aureolitas de flores en torno a una foto de su Exelencia, nuestro querido Almirante . . . mientras los teléfonos se desgañitaban tocando! Qué le parece? Mh? Toda la maldita fábrica vuelta un saco de gatos! Y sabe lo que decide hacer, entonces, el cretino? (*Cereceda lanza miradas desesperadas hacia el biombo*) Porque la Presidencia lo tiene agarrado del ombligo, al babieca, y se lo está retorciendo; eso se lo aseguro! Sabe lo que hace? (*Camina tras Cereceda por toda la habitación*) Emite un sobre! Con el objeto de expulsar a alguien! Pero a quién? A quién? No lo sabe el baboso! Oh, qué confusión! Y entonces, se le ocurre la idea! La gran idea! Idea demasiado genial, como para que sea de su cabeza, diría yo! Emitir un sobre en blanco! Pero no pasa nada! Nada! Oh, qué espanto! Entonces, qué hacer? Y se le ocurre la otra idea! Más genial que la anterior! Poner el nombre de alguien, naturalmente! Pero a quién? Otro momento de espantosa angustia! Y a quién se le ocurre, al fin? A mí! A mí, naturalmente! Al único testigo mudo de su inoperancia! Entiende usted? (*Cereceda se vuelve. Lo mira en blanco. No entiende*) Pero, hombre! No entiende usted que si escribe el nombre de Pérez, por ejemplo . . . el Superintendente, la cosa corre . . . y usted sabe . . . y yo sé que usted sabe . . . y usted sabe que yo sé . . . que no es cierto. Me entiende? (*Cereceda entiende*) No resulta, ve? Ahora, si pone a Carvallo, el ayudante del Superintendente, mucho más vul-

nerable—mucho menos riesgoso, por lo tanto—Pérez sabe que usted sabe . . . y yo sé que Pérez sabe que usted sabe . . . y usted sabe que yo sé que Pérez sabe que usted sabe . . . que no es cierto . . . (*Pausa*) Me entiende? (*Cereceda entiende todo*) Qué le queda, entonces? Poner el hombre suyo? Tampoco! Porque aún quedo yo, que sé que no es cierto. Entonces, qué hace, el infeliz? Pone el nombre mío, y se queda durmiendo el sueño de los justos, el pobre hombre . . . Qué pena, no?

CERECEDA —Pero aún quedo yo, que tambien sé que no es cierto . . .

RECEREDA —Ya sé! Ya sé! Pero con ese cuento, porque sé que usted es el autor de la idea. (*El Gerente salta adelante y se presenta*)

GERENTE —Un momento! Qué se ha imaginado! Le exigo que diga que la idea fue mía!

RECEREDA (*Sin sorprenderse de su presencia; con calma*) Tanto peor. Porque entonces la Presidencia lo acusará de negrero.

GERENTE —Usted sabía que yo estaba escondido ahí?

RECEREDA —Naturalmente. La bastilla de su pantalón asomaba tras el biombo. Además que a los Gerentes les encanta esconderse tras los biombos. Son infantilismos propios del cargo. Es mi norma: busca tras un biombo, y encontrarás un Gerente.

GERENTE —Y usted ha tenido la osadía, qué digo . . . el descaro de lanzar todas esas ofensas en mi cara?

RECEREDA (*Impasible*) Y qué? Ya es vox-populi en la Empresa: usted no idea cómo arreglar el desorden. Lo sabe Cereceda. Lo sé yo . . . y, lo que es peor, lo sabe usted . . . (*El Gerente se derrumba. Cae sobre una silla*)

GERENTE —Ah, sí! Oh, qué hacer? (*A Cereceda*) Qué hacer, Cereceda? Usted es mi amigo.

RECEREDA —Sí. Usted es su amigo. Usted lo metió en esto. A usted le corresponde sacarlo, ahora. (*Señala el sobre*) Y no me venga con subterfugios fáciles, de hacerlo desaparecer. Soy un testigo incorruptible. Es el destino cruel de los hechos: una vez producidos, se fijan en la conciencia, no hay Cristo que los borre. (*Se cruza de brazos. Espera*)

CERECEDA (*Súbitamente*) Tengo una idea!

GERENTE —Ay, Cereceda, esas ideas suyas! Cada vez que menciona que se le ha ocurrido algo, me comienzan las tercianas! Pero, diga! A lo mejor, esta vez acierta con algo.

CERECEDA (*Al Gerente*) Es *su* nombre el que hay que escribir en ese sobre!

GERENTE —Qué?

CERECEDA —El suyo, sí . . . lo siento.

GERENTE —Pero, es absurdo! (*A Recereda, buscando apoyo*) Este hombre se nos ha vuelto completamente loco! Qué disparates dice? Un Gerente no se expulsa a sí mismo, no?

CERECEDA (*Impasible*) Qué otro camino queda? Porque, ha considerado usted lo que la Presidencia va a pensar de todo esto?

GERENTE —Qué va a pensar?

CERECEDA —Primero, aparece un sobre, sin remitente ni destinatario, con el objeto de sembrar confusión en la Empresa . . . y expoliar al personal, de un modo muy poco humano . . . Y quién podría ser el causante.

RECEREDA —Solamente una persona.

CERECEDA —El Gerente, que tiene el poder de hacerlo. Y con qué maldito propósito?

RECEREDA —Solamente uno. (*La cara del Gerente, durante todas estas acusaciones, va de uno al otro*)

CERECEDA —Sí, sólo uno . . .

RECEREDA —Apoderarse de la Empresa!

GERENTE (*Grita*) Pero si yo no . . . si yo no pretendo apoderarme de nada!

CERECEDA —Lo saben ellos?

RECEREDA —No. No lo saben.

GERENTE —Oh, Dios!

CERECEDA —Está claro. Un Gerente inepto, totalmente incapaz de conducir la Empresa, emite un sobre con el oculto propósito de implicar a todos, en una amenaza de destitución general, y para ello, se vale de un documento que siembra la confusión en dos sentidos . . .

GERENTE —Dos?

CERECEDA —DOS! Tanto en los que podrían considerarse remitentes, como los que podrían considerarse destinatarios del documento. (*A Recereda*) Las consecuencias del irresponsable acto no se harán esperar, no cree usted?

RECEREDA —No se harán.

CERECEDA —Porque tanto los remitentes culpables, como los remitentes inocentes, como así también los destinatarios culpables y los destinatarios inocentes, se lanzarán en una campaña de acusaciones mutuas que convergerán en un clima de indescriptible intranquilidad, cuyas consecuencias es fácil de imaginar.

RECEREDA —Y todos sabemos lo mal dispuesta que está la Presidencia contra cualquier aire de confusión. No importa si bien o mal inspirado, toda agitación tiene para ella un sospechoso aire de motín gremialista.

CERECEDA —Pluma que vuela, la sopla un político! (*La mirada del Gerente sigue de uno en otro*)

RECEREDA —Y, en la paz social y el contentamiento general que ahora reina en el país, es fácil de pensar el curso que seguirán sus razonamientos.

CERECEDA —Si hasta hoy día, rezar un Padrenuestro, es considerado un acto sedicioso.

RECEREDA —Está claro, entonces.

CERECEDA —Un Gerente inepto usa un subterfugio barato para sembrar el caos y, a río revuelto, tomar el poder.

GERENTE (*Gime*) Ahora veo que ambos están en contra mía!

CERECEDA —No creo que sea justo decir eso, señor.

RECEREDA —Ni verdadero.

CERECEDA —Sólo velamos por sus intereses y los de la Empresa.

GERENTE (*Grita*) Pero si ambos . . . ambos saben que yo no he escrito eso!

RECEREDA —Mal argumento para la Presidencia.

GERENTE (*Casi llora*) Y por qué? A ver, por qué? Por qué?!

RECEREDA —Por qué puede un Gerente apto ignorar el origen de un documento que sólo incumbre a sus prerrogativas?

CERECEDA —En qué estaba mientras usurpaban su poder? (*El Gerente reconoce lo desesperado de su situación. Vuelve a derrumbarse*)

GERENTE —Oh, Dios! No me queda otra camino, entonces?

CERECEDA —Sólo escribiendo su nombre en ese sobre puede borrar toda traza de sospecha.

RECEREDA —Porque usted mismo le dijo: Puede un Gerente que no sea un total cretino destituirse a sí mismo?

CERECEDA —Imposible.

RECEREDA —Sólo queda, entonces, que haya sido otra persona . . . que luego será desenmascarada. (*Silencio. Ambos esperan. El Gerente escribe su nombre con aire resignado, mientras ambos lo observan hacer, con actitud de sepultureros*)

GERENTE (*Mira el efecto de su nombre sobre el papel*) Oh, Dios! Si fuese culpable, escribiría mi nombre casi con alegría, como una especie de expiación, pero así . . . Oh, Dios mío, cómo pesa la inocencia! Pienso con dolor en todos aquellos que se han encontrado en el trance fatídico de recibir una comunicación como ésta . . . sin tener culpa! Qué desconsuelo, Dios mío! Qué impotencia! (*Cereceda le arrebata el sobre y lo clava ansiosamente en el panel*)

CERECEDA —Bello y redondo! Majestuoso casi! (*Lo contempla un rato; suspira*) Bueno, y ahora, el gesto necesario! (*Empuja a Recereda tras el biombo*) Ahora, usted y yo nos ocultamos tras el biombo, y

usted (*por el Gerente*) . . . entra, lo ve, se acerca, lo lee . . . y se desmaya!

GERENTE (*Cansado*) Es necesario eso?

CERECEDA —En esta Empresa, actos como éste nunca han dejado de rodearse de un ceremonial dramático. Es necesario poner cuidado en el aspecto histriónico de las cosas. La Presidencia es puntillosa en eso, recuerde. Cuando los tiempos eran mejores, y se podía expulsar gente, sabiamente, con fin educativo, la Presidencia cuidaba el protocolo de estos actos. Recuerdo cuando se expulsó a esos cincuenta y nueve operarios. Como se les condecoró previamente y luego se le entregó a cada viuda . . . esposa, digo . . . un canasto de vituallas, que contenía hasta una botella de whisky escocés . . . y legítimo todavía.

GERENTE —Recuerdo.

CERECEDA —Así deben hacerse las cosas.

RECEREDA —Además, nuestra gente está bien entrenada en eso. Saben desmayarse bellamente. No seremos nosotros, los ejecutivos, que iremos a defraudarlos, no?

GERENTE —Ustedes están pensando en Martínez, encaramado en la chimenea, no es así?

AMBOS A LA VEZ —Exactamente.

GERENTE —Oh, Dios mío! Qué carga más pesada! (*Se deja llevar por Cereceda, que le enlaza un brazo, hasta su oficina*)

CERECEDA —Entonces, usted sale y nuestros nos paramos, ahí, tras el biombo. A una voz mía, usted aparece, y ya veremos lo bien que le hace. Sucederá lo que tenga que suceder, no tema. (*Empuja gentilmente al Gerente y cierra la puerta tras él. Luego señala a Recereda un lugar tras el biombo*) Nosotros, en tanto, esperamos allí, calladitos y apretando los dientes. Nada de ponerse sentimental! (*Desaparecen tras el biombo*) Se supone que él no debe saber que nosotros estamos aquí, al acecho. Ésa es la técnica. (*Luego, tras breve pausa, grita . . .*) Ya! (*El Gerente sale, se acerca al panel, mira de reojo, luego más francamente. Y se desmaya. Cereceda y Recereda salen tras el biombo. Aplauden, la perfecta actuación del Gerente, que está tendido, exánime, en el piso*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Dos minutos después. El Gerente aún está tendido en el piso. Cereceda y Recereda, de rodillas junto a él, tratan de reanimarlo. Le echan aire. Intentan respiración artificial. Le hacen masaje cardíaco.

CERECEDA (*Cachetadas, que crecen en intensidad y agresividad contenida*) Ya, pues! Ya! Despierte, pues! Despierte! Que era sólo un simulacro! (*No hay reacción*) Dios mío, qué hombre tan sensible! En verdad, creí que la fuerza de la costumbre lo habría endurecido contra esta clase de impresiones!

RECEREDA —Nada de extraño. He oído de matarifes que se desmayan ante la visión de su propia sangre.

CERECEDA (*Abofeteándolo una vez más*) Sin embargo, creo que esta vez se le pasó la mano. Vamos, hombre, anímese! No es para tanto! (*Se detiene. Lo contempla*) Sin embargo, es casi hermoso, así, no cree? Tendido así, como Ofelia el día de su muerte, casi parece humano, no cree? Es curioso cómo el sueño puede embellecer! Me recuerda a mi mujer. Durmiendo así por la mañana, contemplo su rostro plácido, y su belleza me hace olvidar todas las rencillas ácidas con que me amarga el día. Quién lo hubiera creído? Que en este rostro . . . dulce se oculta un alma perversa . . . Puedo calificarlo así, Recereda? . . . Perverso? . . . Cree que exagero? (*Cachetea al Gerente una vez más. De súbito, Recereda tiene una idea*)

RECEREDA —Cereceda!

CERECEDA —Sí?

RECEREDA —Me asalta una preocupación.

CERECEDA —Y ésa, cuál es?

RECEREDA —Supongo que este espectáculo de hermoso desvallecimiento, con que nos ha regalado este hombre, no le impedirá pensar en las insospechadas consecuencias que éste puede tener . . . tanto para usted como para mí, no?

CERECEDA —Consecuencias?

RECEREDA (*Frío; factual*) Que este perfecto acto histriónico nos coloca, tanto a usted como a mí, en la inmediata sucesión del cargo. No lo había pensado, no es cierto?

CERECEDA (*Aturdido*) Cómo así?

RECEREDA —Y en un ángulo sumamente ingrato ante la Presidencia.

CERECEDA —Qué quiere usted decir?

RECEREDA —Pero querido Cereceda, use su cabeza, use su cabeza! Si uno pretende ser Sub-Gerente de algo, lo menos que se le puede

exigir es que domine el «know-how» del puesto. Un buen Sub-Gerente, como los buenos meteorólogos, debe anticiparse al tiempo y prever futuras tempestades. (*Señala el sobre*) Que no ve que este sobre nos crucifica a ambos? (*El Gerente se mueve. Cruje. Cereceda lo abanica frenéticamente*) Y no lo sofoque, hombre! No es necesario que lo mate!

CERECEDA (*Dejando de abanicarle*) Qué hombre más tozudo! Bueno, diga de una vez: a qué se refiere?

RECEREDA —Muy simple. En verdad, amigo colega, desde que propuse lo del sobre, y ni siquiera fue capaz de pispar sus consecuencias, acentúa mi idea de lo limitados que son sus medios, porque . . . yo lo pregunto: puede un Gerente, en buena ley, expulsarse a sí mismo?

CERECEDA —Ya dije eso! Ya dije eso!

RECEREDA —Bien, y entonces? (*Se pasea*) De ser así, no cree que la Presidencia tendrá el mismo razonamiento?

CERECEDA —Claro que sí! Ya dije eso, no?

RECEREDA (*Se detiene*) Y entonces . . . qué va a pensar, Cereceda? No cree que ese sobre puede ser interpretado como el último intento desesperado de un Gerente leal que, incapaz de conseguir la colaboración del personal, se . . . sacrifica, se . . . auto-inmola, por así decirlo . . . expulsándose del cargo? Como un alacrán que, viéndose perdido y enfrentado a su muerte, se auto-elimina, clavándose su lanceta? (*Cereceda va comprendiendo*) Y que, viendo en ese gesto, la tremenda capacidad de sacrificio del individuo le brinde toda su simpatía, todo su apoyo? (*Toma el sobre*) Ya habrá visto que este sobre no tiene remitente. Y eso, qué significa, Cereceda?

CERECEDA (*Levemente alarmado ya*) No lo sé.

RECEREDA —No lo sabe? No lo sabe? Pero qué clase de palmípedo efervescente es usted, hombre? Pues, yo se le voy a decir! (*Señala al Gerente en el piso*) No comprende que, además del gesto heroico, este sobre sin remitente puede ser interpretado como una noble tentativa del individuo de querer liberar a la Presidencia de toda ulterior responsabilidad? (*Encuentra la mirada en blanco de Cereceda*) No comprende que, sin remitente, no es la Empresa la que expulsa? (*Cereceda abre la boca*)

CERECEDA —Oh, pero qué zorro astuto es usted!

RECEREDA (*Sin acusar recibo*) Y yo le pregunto: habrá manera más eficaz de ganarse el afecto de la Presidencia que auto-expulsándose sin remitente . . . en una época en que expulsar gesto se ha vuelto un gesto tan odioso, tan inusitado? Usted habrá visto lo inflada que está la Administración Pública! Todo repleto de gente! Los Ferrocarriles, la Salud Pública, el Magisterio! Todo rebalsando de gente que no tiene trabajo real y que, sin embargo, una autoridad tierna y

preocupada mantiene en sus puestos! No olvide que estamos en la era del Pleno Empleo, Cereceda! Expulsar gente es, hoy en día, un traspié de mal gusto! (*Vuelve a clavar el sobre en el panel. Algo se le ocurre de pronto a Cereceda. Salta adelante, va a tomar el sobre, pero lo detiene la voz de Recereda*) Qué va a hacer?

CERECEDA —Pues, marcarlo! Grabarle a fuego! Ponerle el logotipo de la Empresa!

RECEREDA —Pero, hombre, qué infantil es usted! Qué va a ganar con eso?

CERECEDA (*Perentorio*) Pues, expulsarle *con* remitente!

RECEREDA —Es increíble! Es algo como para perder, realmente, la fe en la humanidad! (*Con infinita paciencia*) No se da cuenta, hombre, que si su auto-expulsión *sin* remitente nos cargaba a usted y a mí, con una fuerte dosis de culpa, su auto-expulsa *con* remitente nos echa encima, definitivamente, el amor de la Presidencia? Y adiós, ascenso, adiós mojera; adiós vejez serena . . .

CERECEDA (*Realmente angustiado*) Ahora no entiendo nada.

RECEREDA —No se da cuenta que, *con* remitente, sería ella, la Presidencia, la que le estaría expulsando? A un hombre que, por culpa nuestra y todo el personal, ha fracasado en su misión? La conciencia es un burro de patas muy débiles, querido colega. Se dobla ante la menor carga y luego hay que echar los bultos a otros.

CERECEDA —Y qué podemos hacer, entonces?

RECEREDA —Yo tengo la solución. (*Va a sentarse cómodamente ante el escritorio. Se toma su tiempo. Pone los pies encima y gira los pulgares. Mira a Cereceda con aire satisfecho*)

CERECEDA —Pero, apúrese, hombre, apúrese, que este hombre se nos va a despertar!

RECEREDA —Es justamente lo que necesitamos: que se despierte. (*Va sobre el Gerente, y se arrodilla junto a él. Le habla al oído*) Vamos, hombre, despierte! (*Lo sacude*) Despierte! (*Nada*) Su esposa está al teléfono! (*Nada*) Su suegra está al teléfono! (*Nada*) Se nos está quemando una bodega! (*Nada*) Este tipo es realmente un simplón. (*Lo sacude nuevamente. Nada*) (*Va hacia la puerta de entrada y la abre*) Sí, señor Presidente . . . entre usted! (*El Gerente se levanta de un salto*)

GERENTE —Qué? Qué fue? Qué pasó? (*Se toma la frente*) Oh, qué susto! Oí que alguien mencionaba al señor Presidente . . .

RECEREDA —Lo debe haber soñado.

GERENTE —Sueño? . . . Sí, tuve un sueño . . . terrible. (*Se sienta*) Iba en un bote . . . por un canal bordeado de palacios de mármol, como en Venecia. Iba feliz, remando en medio del agua y de una música que surgía desde los balcones, cuando . . . de repente . . .

tras un recodo . . . veo que se asoma, a una de las terrazas del canal, un enano . . . con una horrible cara desfigurada . . . que lanza una cosa al agua. Al comienzo no supe lo que era, pero cuando lo miré un poco mejor, vi que era un papel azul . . . de un azul muy fuerte, casi deslumbrante . . . Entonces, cuando levanté la vista, vi a otros enanos, tan horribles como el anterior, que también lanzaban papeles azules al agua . . . y se reían . . . Se reían con unas muecas espantosas . . . Al poco rato, todo el canal estaba cubierto de papeles . . . y los enanos . . . haciéndome señas que se los devolviera . . . Traté de hacerlo, pero no podía moverme! . . . Entonces, de repente, uno de esos seres asquerosos se lanzó al agua . . . y luego otro, y otro . . . y todos nadaban hacia mi bote . . . mientras se metían en sus bocas . . . los papeles azules! . . . y los masticaban golosamente! Traté de alejarme de ahí, remando desesperadamente, pero el maldito bote no se movía! . . . Recuerdo que mis remos sólo conseguían golpear sordamente esas . . . cabezas, que se hundían en el agua . . . con un crujido! (*Pausa*) Alguien mencionando a nuestro Presidente me salvó de esa pesadilla . . . Qué horror! Qué sueño más idiota!

CERECEDA —Un Sobre Azul es un pesadilla demasiado espantosa, incluso para un hombre acostumbrado a otorgarlos. (*A Recereda*) Debimos prever eso, Recereda. (*El Gerente se limpia el sudor de su frente y cuello*)

GERENTE —Un sobre? (*Saliendo de su azoramiento*) Ah, sí, el Sobre Azul! (*Lo ve en el panel*) Oh, qué pesadilla! Ya ni sé si sueño o realidad son más soportables! Qué vamos a hacer, ahora?

RECEREDA —Vamos, dice usted? Voy, dirá mejor.

GERENTE —Ay, Dios mío, no me sigan crucificando!

RECEREDA —Le estaba proponiendo a Cereceda una posible solución. Espero que esté de acuerdo con ella.

GERENTE —Solución? Oh, Dios! Siento que me hundo cada vez más! A qué profundidades iré a parar?

RECEREDA —No lo tome tan a pecho. Lo peor es perder la calma. (*Se aleja. Mira al Gerente. Habla con forzada solemnidad*) Le advierto que es un recurso que, por parte suya, exigirá una gran dosis de coraje.

GERENTE —Ay, Santo Dios!

RECEREDA (*A Cereceda*) . . . y, por la suya, otra dosis grande de humildad y honestidad, a prueba de toda clase de tentaciones. (*El Gerente y Cereceda se miran extrañados y alarmados. Impasible*) Mi solución requiere que usted (*Gerente*) ceda por una tiempo su cargo a Cereceda, y usted (*Cereceda*) asuma la Gerencia de la Empresa. (*El Gerente cae sobre su silla*)

GERENTE (*Anonadado*) Me están destituyendo! Con eufemismos, me están diciendo que me vaya! (*Recereda, se pasea inmutable, pulgares en el chaleco*)

RECEREDA —Mi proposición se basa en los siguientes considerandos. (*Al Gerente*) Ya vimos como la medida de hacerle aparecer a Usted como beneficiario del sobre emitido por usted mismo, lo ponía a cubierto de sospechas, por parecer del todo improbable que un Gerente, en pleno uso de sus medios, se expulse a sí mismo. Estamos? (*Sin esperar respuesta y en el mismo tono prosopopéyico*) Ahora bien! Por muy extravagante que parezca la medida, subsiste sin embargo la posibilidad que usted, a pesar de todo . . . pueda ser realmente el autor oculto de ella.

GERENTE (*A Cereceda*) Oculto? Se da cuenta? Permití que pusieran mi nombre en eso . . .

CERECEDA —Efectivamente, Recereda. Sería bueno aclarar eso. Este hombre está al borde de su ruina personal. No cree posible seguir jugando con su paciencia.

RECEREDA —Terminaron? Par de marmotas? (*Reanuda su paseo*) Decía que puede usted parecer el autor oculto de ese sobre, y sabe usted por qué?

GERENTE (*Sumiso; entregado, impotente; plañidero*) Por qué?

RECEREDA —Por la más simple de las razones: Porque no creo que a usted le guste, *no* parecer el autor de él. Estamos? (*El Gerente no entiende*) No entiende? No comprende nada? Nada se despeja en su mente estreñida? (*Hace sonar sus labios con un dedo*) Pues yo le voy a decir por qué. PRIMERO!

GERENTE —Oh, Dios mío!

RECEREDA —PRIMERO! Porque si usted *no lo es*, podría interpretarse como que usted ha perdido el control de la Empresa, y ya no sabe quién emite qué. Estamos?

GERENTE (*Triunfante*) Eso ya lo dijo! Eso ya lo dijo! Lo pillé! Lo pillé! (*A Cereceda*) Ve usted? Ve usted como ya no le queda argumento?

RECEREDA (*Imperturbable*) SEGUNDO! Que si ese sobre *no es suyo*, podría ser entonces el mensaje velado de algún subalterno que, de un modo indirecto, le está diciendo que debe irse. (*El Gerente le mira boquiabierto*) Y eso, no le gustaría a usted que la Presidencia lo pensara, no? (*Al Gerente eso no le gustaría*)

RECEREDA —TERCERO! Que si *no lo es*, podría serlo, sin embargo, inconscientemente, ya que parece del todo extraño que un Gerente cuerdo se auto-elimine . . . conscientemente, no le parece? (*El Gerente se va hundiendo en su silla*) Nada impide, sin embargo, que ese mismo Gerente, en un acto de desesperada honestidad, sintiéndose incapaz del cargo, tome la pluma y se auto-elimine . . .

inconscientemente, no le parece? Se han visto raros casos de Gerentes honestos . . .

CERECEDA —Verdaderos Juanas de Arco de los negocios . . .

RECEREDA (*Desoyendo esa observación*) CUARTO! (*El Gerente se hunde otro poco*) Que si no fuese un subalterno vigilante, ni usted consciente ni inconscientemente, sólo quedaría la posibilidad que lo hubiese sido la Presidencia misma que, en un gesto de extrema delicadeza, empleara este método indirecto para decirle a usted . . . que ya no lo necesita. (*Espera el efecto devastador de sus palabras*)

GERENTE (*Finalmente*) Pero si eso no puede ser, porque yo sé y usted sabe y Cereceda sabe que no ha sido ella . . .

RECEREDA (*Maligno*) Lo sabe usted . . . realmente? (*Pausa*) No se nos desmayó, hace un rato, al ver su nombre escrito en ése? (*Por el sobre*) Qué temía? Qué terrores ocultos se retorcían en su conciencia? No temía usted, acaso, que la Presidencia estuviera usando nuestras manos, la de Cereceda y la mía, para mandarle a usted a las antípodas? Que se cree usted a salvo, en este clima de salud social que reina en el país? (*Espera el efecto de sus palabras, luego . . .*) QUINTO!

GERENTE —Oh, Dios! No es suficiente ya, con cuatro?

RECEREDA —QUINTO! Por todas estas razones, no es mejor que usted parezca ser el autor del sobre?

GERENTE —No lo entiendo! No me dijo usted mismo, hace un rato, que era mejor que *no* lo pareciera?

RECEREDA —Eso mismo! Eso mismo, pues! Que lo parezca y no lo parezca! Ambos a un mismo tiempo! (*Ante la desolación del Gerente*) Pero, hombre, no se da cuenta que eso, en cierto modo, le anula a usted mismo? Le anula a usted recíprocamente, por así decirlo? (*El Gerente toma las manos de Cereceda, en busca de protección*)

GERENTE —Oh! No lo entiendo! No entiendo nada! Ayúdeme, usted, por Dios!

RECEREDA (*Frío; factual*) En eso baso mi argumentación. Si usted aparece emitiendo el sobre, y al mismo tiempo, aparece *no* emitiéndolo, usted no tiene escapatoria. Ambas posibilidades le condenan. (*Se sienta frente a él. Lo mira*) No le queda otra salida que entregarle el mando a Cereceda, me comprende?

CERECEDA (*Desconfiado*) Y qué ganaríamos con eso?

RECEREDA —Muy simple. Siendo usted un Gerente que no lo es, no puede emitir un sobre expulsando a nadie. El sobre resulta apócrifo, y todo mundo queda libre. (*El rostro del Gerente se ilumina*)

GERENTE —Entiendo! Entiendo! Aparecería Cereceda expulsándome, pero Cereceda no es Gerente, luego . . . ese sobre no me afecta, y quedo libre de cargo . . .

RECEREDA —Ni más ni menos. Inocente como un cesante.

GERENTE (*Va a abrazarlo*) Oh, Dios, usted es mi Salvador!

RECEREDA —Cuidado! Cuidado con esa palabra!

CERECEDA (*Desconfiado siempre*) Pero si yo, nunca, he expulsado a nadie!

RECEREDA —Aprenderá! Aprenderá! Destituir gente es un instinto inherente al cargo, amigo colega. Se le termina por ejercer con la misma espontaneidad intuitiva con que el infante mama. Ya verá usted como, una vez iniciado en el hábito, le tomará el gusto. Habrá que quitar ante su vista las listas del personal.

GERENTE (*Impaciente por la intervención molesta de Cereceda, lo hace a un lado*) Siga, hombre, siga! Qué debo hacer!

RECEREDA —Muy simple. (*Señala el sobre*) Ahí tenemos un sobre con su nombre escrito por su mano. Todo lo que necesitamos es un sobre con su nombre, pero escrito por Cereceda.

GERENTE —No me conviene.

RECEREDA —Por qué?

GERENTE —Porque a pesar de que las circunstancias descarten la posibilidad que un Gerente que no lo es expulse a uno que lo es . . . quién me garantiza que Cereceda, en posesión del cargo, lo tome en serio, se crea Gerente, y me desplace efectivamente?

RECEREDA —Tiene razón. (*Piensa un rato. Luego . . .*) Muy simple. Hacemos otro sobre con el nombre de Cereceda, pero escrito por usted, a modo de anulación mutua, me entiende? Como un cheque en blanco que cubre a otro, a menor fecha . . .

GERENTE —Es decir, yo guardo el sobre de Cereceda, a modo de garantía de futuras tentaciones, uh?

RECEREDA —Eso es.

GERENTE (*A Cereceda*) Me parece clarísimo! Usted qué cree?

CERECEDA (*No muy convencido*) De acuerdo.

GERENTE —Manos a la obra, entonces! (*Desclava el sobre, borra su nombre y se lo pasa a Cereceda*) Escriba! (*Cereceda escribe el hombre del Gerente y se lo devuelve, preciso solemne*) Muy bien! Ahora, usted me pasa otro sobre, y yo escribo su nombre en él. (*A Recereda*) Es eso?

RECEREDA —Eso es. (*Cereceda extrae un enorme sobre azul, de en medio de un alto impresionante de sobres iguales, y se lo pasa. El Gerente escribe y se lo devuelve*)

GERENTE —Ya está! Tome! (*Ambos clavan simultáneamente sus respectivos sobres. En ese momento Recereda emite un grito de triunfo*)

RECEREDA —Ya está! Ya está! Ahora lo tengo! Se acabaron, al fin, sus intrigas tramposas! Ahora, veremos quién ríe mejor!

GERENTE —Pero . . . qué le pasa a este hombre? (*Recereda desclava ambos sobres y los sacude ante la cara de Cereceda, que, con ademán impasible y dueño súbito de la escena, va a sentarse ante el escritorio, con ambos pies sobre él*)

RECEREDA (*Al Gerente*) Miren la pachorra! Miren la sangre fría del tipo! (*Sacudiendo ambos sobres ante la cara de Cereceda*) Que no comprende, pedazo de estafermo ridículo, que con estos dos sobres lo mando para siempre al Círculo Boreal Ártico?

CERECEDA (*Inmutable*) En qué sentido, paquidermo?

RECEREDA (*Sacude un sobre*) En que con éste, dispongo de un instrumento de expulsión en contra suya, extendido por el legítimo Gerente! Habrá quién impugne la autenticidad del documento?

CERECEDA (*Con la misma inmutabilidad*) Y el otro, gliptodonte?

RECEREDA (*Sacudiendo el otro*) El otro, querido «ex-colega», es un sobre emitido por un Sub-Gerente intrigante que, sabiéndose expulsado por el legítimo Gerente, en un último y desesperado intento, trata de sorprender a la Presidencia, atribuyéndose un poder que no tiene! Habrá quién dude que se trata del acto de un sinvergüenza? (*El Gerente asiente. Ha comprendido. Cereceda, en cambio, sólo se limita a mirar a Recereda, con sonrisa burlesca*) Pero, y a éste, qué le pasa? (*Al Gerente*) No comprende nuestro idioma?

CERECEDA (*Mortal*) Es usted y no yo quién está muerto, querido «ex-colega».

RECEREDA (*Al Gerente*) Oyó usted eso? «Ex-colega»! Ja! Habráse visto patudez igual?

CERECEDA —Me temo que acaba de lanzar un boomerang que rebanará su propio cuello, Recereda.

RECEREDA (*Desafiante*) A ver, por qué? (*Cereceda le quita tranquilamente los sobres. Arma un castillo con ellos y los sopa. Caen*)

CERECEDA —Hay algo que usted no ha tomado en cuenta, querido «ex-colega». La Presidencia es un cuerpo deliberante de gran sensibilidad. Consciente de su tremenda responsabilidad frente a cada uno de sus subalternos, como una madre amorosa, afina su perspicacia para preservarlos del mal.

GERENTE (*Aplaude*) Bravo! Bravo! Muy bien dicho!

CERECEDA (*Impertérrito*) En ese predicamento, estoy viendo en estos dos sobres, como en una bola de cristal, exactamente . . . lo que va a pensar. (*Exhibe uno*) En éste, verá la expresión fiel del más leal de sus colaboradores, yo, Sebastián Cereceda, quien, . . . angustiado de ver el mal gobierno de la Empresa, emite un sobre contra el Gerente inútil . . . (*Alza el otro*) . . . y en éste, la natural respuesta del Gerente expulsado, tratando de eliminar al subalterno que le impugna . . . y yo me pregunto, querido «ex-colega» . . . Habrá

alguien, en toda la Presidencia, que evite premiar el gesto del buen colaborador, frente a aquel otro? (*Señala a Recereda*) El cómodo, el cobarde, el acomodaticio, que permanece impasible ante el desastre? De un obrero se puede esperar que no reaccione. Están tan saciados, viven en una pulencia tan entorpecedora, que nadie espera de ellos que aún sepan distinguir el bien del mal. Tampoco los romanos le esperaban de Calígula. Pero de un ejecutivo, que vive sumergido en el escuálido orden de las cosas, cuyo juicio debe armarse en medio del caos de las decisiones contradictorias y la agonía de cada día, sólo se debe esperar . . . justicia! La justicia que nace de sentir el dolor de la vida! Ellos sabrán permitar el gesto! (*Ahora es el turno del Gerente. Aplaude de una manera estrepitosa y exagerada. Ambos Sub-Gerentes lo miran extrañados*)

GERENTE —Par de presumidos! Les miro a ambos, y me pregunto cómo he podido manejar este buque con un par de payasos de colaboradores! Creían realmente que me tenían en el saco? Pues yo les voy a decir quién está jodido en verdad! (*Arrebata ambos sobres de las manos de Cereceda. Se sube a una silla y los agita sobre sus cabezas*) He aquí el certificado de defunción de ambos! El suyo, Cereceda, por ser el testimonio de un ambicioso, que, lleno de rencor sordo, garabatea el nombre de quien impide su ascenso. Un espejismo por fiado de la mente, me comprende usted? De qué otro modo podría interpretarse, que empleara un sobre sin remitente . . . mh? (*Ahora a Recereda*) Y usted, Recereda? El hecho que su nombre no figure en ninguno de los dos, no le da que pensar? No podría, acaso, interpretarse que está enteramente al margen en la lucha de jerarquías? Una demostración de marginalidad? Cree usted que a la Presidencia le gustará eso? Un Sub-Gerente pusilánime? En un Sistema en que ser manso le remite a uno, automáticamente, a las poblaciones obreras? (*Ambos Sub-Gerentes lo miran con terror*)

RECEREDA (*Puede hablar al fin*) Estamos empantanados . . .

CERECEDA —Nos hemos cortado el cuello, mutuamente, los tres . . .

RECEREDA —Qué hacemos? (*Los tres se sientan a meditar. De pronto, se ilumina el rostro de Cereceda. Habla en sordina, como confabulado, como para que nadie lo escuche*)

CERECEDA —Por qué no los rompemos? (*Los otros dos se miran. Susurrando; al Gerente*) Si usted no dice nada (*A Recereda*), y usted tampoco, yo tampoco lo haré. Nadie se enteraría.

GERENTE (*Susurrando también*) Y qué seguridad tendría yo que usted, por aprovecharse de mi silencio, no hablara al fin, torciendo los hechos a su conveniencia?

RECEREDA (*Complotando también*) Y si llegara a saberse, cómo sabría yo si fue usted o usted el que habló? (*Al Gerente*) Y usted, cómo sabría? (*A Cereceda*) O usted?

CERECEDA —Podríamos hacer un juramento.

RECEREDA —Usted cree en juramentos?

CERECEDA —No.

RECEREDA —Entonces?

GERENTE —Seguimos empantanados. (*Pausa atribulada*)

RECEREDA (*De pronto*) Hay, sin embargo, un hecho que quisiera corregir. Llamo su atención sobre ello. Tenemos un sobre con su nombre. (*El Gerente*) Y otro con el suyo. (*Cereceda*) Pero ninguno con el mío. Reclamo mi derecho de ser expulsado!

GERENTE —Y qué propone usted?

RECEREDA —Emitir un sobre con *mi* nombre, escrito por su puño y letra. Eso nos pone a los tres a un mismo nivel. No les parece justo?

GERENTE (*A Cereceda*) Me parece justo. Tiene razón.

CERECEDA —Si lo desea . . . (*Extrae otro sobre y se lo pasa al Gerente*) Escriba usted. (*A Recereda*) Y usted sale, luego vuelve, lee el sobre y se desmaya.

RECEREDA —De nuevo? Pero, es ridículo! Ya hemos pasado por ese trámite!

CERECEDA —Quiero acaso que el acto sea tildado de ilegítimo?

RECEREDA —No, claro que no.

CERECEDA —Sométase entonces al ritual! Cada destitución genuina exige su respectivo desmayo!

RECEREDA —Bien, si no puede ser de otra manera . . . (*Sale. El Gerente escribe. Cereceda clava el sobre. Ambos van a esconderse tras el biombo. El Gerente lo empuja*)

GERENTE —Vamos, vamos, apúrese! No hallo la hora de ver cómo lo toma! A estos solterones, la continencia forzada le desarrolla a veces una excitabilidad muy especial! Uno nunca sabe de qué manera casi erótica pueden llegar a reaccionar! (*Desaparecen tras el biombo. Cereceda grita*)

CERECEDA —Ya! (*Sale Recereda. Se acerca al panel. Lee. Se desmaya. Cereceda y el Gerente salen y se acercan. Lo miran en el suelo*) Ahora estamos iguales. Ya puede levantarse, Recereda. No exagere la actuación. (*Recereda se levanta en el acto. Se sacude la ropa*)

RECEREDA —Mientras estuve en mi oficina, me hice el firme propósito de no perder el control. Salí apretando los dientes. Pero, en honor a la verdad, esto es más fuerte que uno.

CERECEDA —Efectivamente. Uno puede ver su nombre escrito en mil formularios. Siempre, es como si se tratara de otra persona. Pero verle en uno de estos malditos sobres, es como si, por primera vez, se tratara de uno mismo. (*Ayuda a limpiar su ropa a Recereda*) En

todo caso, se desmayó usted muy brevemente. Refleja una naturaleza fuerte, con pasta de ejecutivo. (*Se sienta ante el escritorio. Pone sus pies encima*) Bien, señores, y ahora, qué? Hay algo que me perturba, sin embargo. Un problema de equiparidades que quisiera corregir. No sé si ustedes se habrán dado cuenta que ahora estamos con dos sobres emitidos por usted (*El Gerente*), en contra de uno sólo de cada uno de nosotros. (*Señala a Recereda*)

GERENTE —Y qué quiere?

CERECEDA —Pues, destituirnos usted (*Por Recereda*) a mí, y yo a usted, con un sobre cada uno, para quedar igualados a dos, los tres.

GERENTE —Por mí . . .

CERECEDA —Pues, manos a la obra! (*Saca dos sobres y alcanza uno a Recereda*) Escriba usted y escribo yo . . . de acuerdo? (*Ambos toman posición para escribir, pero ninguno lo hace. Ambos se acechan desconfiadamente*) Bien, pues . . . comience!

RECEREDA —No, usted primero!

CERECEDA (*Exasperado*) Oh, Dios! Los dos al mismo tiempo, entonces! (*Al Gerente*) Usted cuenta hasta tres y comenzamos . . . (*Se ponen en posición*) Cuente!

GERENTE —Uno! Dos! Tres! (*Ambos escribe con la mayor celeridad, con el objeto de terminar primero*)

RECEREDA —Listo!

CERECEDA (*Casi de inmediato*) Listo! (*Se quedan mirando, aturdidos, con el sobre en sus manos*) Y, ahora, qué?

RECEREDA (*Espantado*) Estamos iguales de nuevo!

GERENTE (*Gime*) Llegados al punto de partida! Igual que al comienzo! (*Se miran. Afuera, desde el patio, acuden los sones de la marcha circense-militar que pasa. Los tres acuden a mirar*) Otra vez a las poblaciones, a publicitar su espectáculo!

CERECEDA —No, no! Ya vienen de vuelta! No ve como van más desanimados?

GERENTE —Miren aquella obrera, como acude con un ramo de flores!

RECEREDA —No hay duda que les encanta la farándula! (*Aplausos afuera. Gritos. Entusiasmo general*) Nosotros, en cambio, qué podemos ofrecerlos?

CERECEDA (*Apesadumbrado*) Sólo orden y disciplina.

GERENTE —Nos hemos quedado aislados . . . (*Observan un rato con desencantado silencio, mientras afuera la banda se aleja y suena cada vez más lejana. Luego silencio total. De súbito, el Gerente, como impulsado por una repentina inspiración, va al escritorio y extrae un sobre*)

CERECEDA —Qué hace, señor?

GERENTE —Algo que debí hacer hace mucho tiempo; dirigir el sobre en contra de quienes siempre debí hacerlo. Demasiada sensiblería social, nos ha vuelto débiles. Sobre o no sobre, la gente agradece una mano dura. Ya verán como de un soplo se restituye, aquí, la autoridad. (*Lanza el sobre por la ventana, con un amplio gesto histriónico. Los otros acuden a apreciar el efecto que produce. Después de un rato . . .*)

RECEREDA —Nada . . .

GERENTE —No, no! Mire! Miren como el Tercer Calderero lo mira . . . lo inspecciona . . . comienza a preocuparse, y . . . (*Desencantado*) . . . envuelve su queso en él . . . (*Va en busca de otro sobre*) Ensayemos con otro! Ese tipo siempre me pareció un cretino! (*La lanza afuera con igual histrionismo*)

RECEREDA —Nada . . .

GERENTE —No, no! Miren! Miren como ese individuo, que no sé quién es, lo recoge . . . le inspecciona . . . le entra el habla, y . . . (*Desencantado*) . . . hace una palomita! (*De pronto da un salto y se esconde, pegado al muro*) Me está saludando! (*Los otros dos lo imitan. Quedan los tres pegados el muro. Afuera resuenan exclamaciones de saludo*) Y esto, qué significa? (*Cereceda va a asomarse a mirar. El Gerente lo retiene*) No, no! No se asome! No nos vayan a ver!

CERECEDA —Solo quieren saludarnos . . .

RECEREDA —Sí, asomémonos! No les hagamos un desaire! (*Abajo comienzan los gritos: «¡Viva el Señor Gerente!» «¡Viva la autoridad!» «¡Viva la Gorda Pela!»*)

GERENTE (*Frustrado*) Se están riendo de mí!

CERECEDA —No lo creo. En verdad, sólo quieren saludarnos. Son almas generosas, después de todo. Es raro, pero están felices con lo que les damos, y sólo quieren expresarnos su gratitud! (*El Gerente se arriesga y se asoma. De inmediato surgen los gritos y el jolgorio general. Titubea un instante, y luego responde con un tímido gesto de la mano. Gran respuesta afuera*)

GERENTE —Son almas generosas, en verdad! Usted tenía razón! (*Los otros dos se asoman también. Pandemonio de saludos. Respuesta entusiasta de los tres, ahora. Exclaman, por ahí: «¡Hola Carvallo!» «¡Hola Mardones!»*) (*Lírico*) Es la autoridad que triunfa, señores, ven? (*De pronto, Cereceda, llevado por el entusiasmo general, corre al escritorio, extrae un manojo de sobres y lanza algunos afuera, uno por uno, juguetona, casi coquetamente. De inmediato respuesta afuera: «¡Más!» «¡Más!» Recereda, ante eso, decide imitarlo. Comienza un juego de quién lanza más sobres afuera, en más cantidad y más*

rápidamente. Sólo el Gerente mantiene la sangre fría) Pero, señores! Qué hacen? Qué están haciendo?

CERECEDA —Únase a nosotros, señor!

RECEREDA —Sí! No sea aguafiestas!

CERECEDA —Qué gente más simpática! Vio a ése, Recereda? Vio a ése, como se hace una pelotilla con el sobre y se le mete en la boca?

RECEREDA —Y usted, vio a aquél? Vio como se le ensartó en un dedo y lo usa como espada?! (*Cereceda empuja a Recereda*)

CERECEDA —Sí! Todo está muy bien, pero no se ocupe toda la ventana! (*De pronto, abajo, la chunga general adquiere un tonillo amenazante. El griterío se convierte en una especie de gruñido sonido. Los tres vuelven a esconderse, pegados el muro*)

GERENTE —Se ríen de nosotros!

RECEREDA —Así parece . . . Qué hacemos?

GERENTE —Me tomo que a partir de este momento, mal que nos pese, debemos permanecer unidos, señores.

CERECEDA —Sí, pero habrá que idear un arreglo.

RECEREDA —Sí, pero cuál?

CERECEDA —Porque sin destituciones, nos quedamos con las manos vacías. Qué solución le ofrecemos a la Presidencia?

RECEREDA —Sin embargo, no todo me parece negativo.

CERECEDA —Ah, sí? Y cuál lado positivo le ve usted? Se puede saber?

RECEREDA (*Pegado al muro*) El pleno empleo disminuye el desgasto del parquet en las salas de espera. Reduce el gasto de formularios en las agencias de empleo . . . y si quieren hilar más fino, señores . . . disminuye el riesgo de suicidios, el gasto de venenos, de cuerdas de colgar . . . y si quieren hilar más fino aun . . . de suciedad en los rieles del Metro . . .

CERECEDA —Ah! Cállese, hombre! Qué tipo ponerse más mórbido, ante la menor dificultad! (*El Gerente emprende el camino, como autómata, hacia su oficina*)

RECEREDA —Y usted, adónde va? (*No recibe respuesta. El Gerente desaparece sin hablar*) Este hombre se nos suicida. . .

CERECEDA —Suicidar ése? Qué va, hombre! El final de un Gerente inepto no es nunca el suicidio, sino un cargo mejor en otra parte. La Gerencia es una enfermedad contagiosa, pero nunca fatal, querido colega. (*Recereda pega el oído a la puerta del Gerente*)

RECEREDA —Sin embargo, a cada rato, me parece que escucho un tiro . . . Y, entonces, qué haríamos, Cereceda? Lo ha pensado usted? Porque, ido éste, quién heredaría el cargo?

CERECEDA —De eso despreocúpese, amigo. Ni usted ni yo vamos a heredar nada. Ya verá como ese inepto no toma ninguna resolución

dramática. Muy por el contrario. Le apuesto que, en un momento más, nos regala con uno de sus viejos trucos, y se nos mimetiza en el anonimato. Es un especialista en usar su imbecilidad como un arma. Ya verá usted! (*Dicho y hecho, porque en ese momento se abre la puerta y aparece el Gerente, vestido con un nuevo e inmaculado mameluco de obrero. Se planta ante ellos*)

GERENTE —Ya está! Lo hice al fin! (*Eufórico*) Me degradé a obrero! No me cabe duda que soy el primer Gerente de la Historia que se hace justicia, pero así es, señores! (*Se tironea del mameluco*) Y? Qué les parece? No creen que es una preciosidad? Ay, señores, las delicias de la irresponsabilidad! Ya sospechaba yo que el mundo se ve de un ángulo muy diferente, metido en uno de éstos! Lo invade a uno una nueva energía, una nueva vitalidad! Como el Ave Fénix, recién nacida, señores! (*Ruge*) Con esto puesto, les encasqueto un día una huelga de Padre y Señor mío, que les hará crujir toda la vieja estructura! (*Los otros dos apenas logran salir de su estupor*)

CERECEDA —No le decía yo, Recereda, que este bribón se nos iba a mimetizar en el anonimato? Cargar el bulto a otros? (*Al Gerente*) Pero no! Esta vez, no! Esta vez, usted asume toda la responsabilidad, o que se lo lleve el Diablo!

GERENTE (*A Recereda*) Cómo? Qué quiere decir?

CERECEDA (*Punceteando su nariz, en apoyo de cada frase*) Puedo leer la trama y urdimbre de cada uno de sus razonamientos! Una vez en conocimiento de la Presidencia, del fracaso de los sobres azules, con que un Gerente afanoso trató en vano de movilizar al personal, se encuentra con ese mismo Gerente, traicionado por todos, autoinmolándose a la condición de obrero, para demostrar su lealtad a la Empresa. No es ésa su especulación?

RECEREDA —Exacto! El Primer Mártir de la Organización!

CERECEDA —Exponiéndose, de pasada, a los rigores que la condición de obrero implica!

RECEREDA —Y recibiendo, por ello, un premio de la Presidencia, por tan tremendo sacrificio! (*Salta adelante*) Queda usted desenmascarado! (*El Gerente ríe*)

GERENTE —Ciegos! Obtusos! Que no ven, simpletes, que de ser como ustedes dicen, en vez de llorar como un par de comadronas, deberían estar felices de su suerte?

AMBOS A LA VEZ —A ver, por qué?

GERENTE —Porque de ser como ustedes dicen, y existir una persona que reaccione al sobre . . . no creen que eso restablece, de una plumada, toda la justificación del poder? (*Es obvio que ambos Sub-Gerentes no entienden. El Gerente toma las cabezas de ambos y las junta*) Porque si las cosas se llevan a un extremo, con Gerentes y Sub-Gerentes destituyéndose en vano, y el personal riendo en nuestras

barbas, no creen que se vendría abajo toda la estructura de jerarquías? Cayendo en un pandemonio bolchevique, en que todos terminaríamos siendo iguales a igual? (*Ambos Sub-Gerentes pispan simultáneamente algo de la idea*)

RECEREDA (*Tentativamente*) Quiere usted decir que . . . si alguno de nosotros le envía a usted un sobre . . . usted, como obrero . . . le aceptaría? (*El Gerente les suelta las cabezas*)

GERENTE —Parece que al fin entendieron.

RECEREDA (*A Cereceda*) Este hombre es nuestro Salvador! (*De un beso al Gerente en la frente*) Nunca habría sospechado en usted tanta nobleza! (*Corre al escritorio y extrae un sobre, mayor aun de porte que los anteriores. Ya casi no lo puede sostener*) A ver, a ver como resulta! (*Al Gerente*) Cómo dice usted? Quién escribe el sobre? Cereceda o yo?

GERENTE —Usted elija. Da lo mismo.

RECEREDA —Yo, entonces! (*Se apresta a escribir, pero se detiene*) No resulta.

CERECEDA (*Alarmado*) A ver, por qué?

RECEREDA —Porque yo estoy destituido. No puedo destituir a mi vez. (*Cereceda le arrebata el sobre*)

CERECEDA —A ver, déme a mí, entonces! Usted no hace otra cosa que poner dificultades!

RECEREDA (*Implacable*) Tampoco resulta.

CERECEDA (*Furioso*) A ver, por qué?!

RECEREDA —Porque usted también ya está destituido.

CERECEDA —De veras . . .

RECEREDA —Pero yo tengo la solución. (*Señala al Gerente*) Que el se destituya a sí mismo, entonces.

CERECEDA —Es decir . . . que el Gerente que hay en él destituya al obrero que hay en él?

RECEREDA —Eso es.

CERECEDA —Genial! (*Le pasa el sobre al Gerente, que se apresta a escribir, pero tan bien se detiene*)

GERENTE —Tampoco resulta.

AMBOS A LA VEZ (*Con fastidio*) A ver, por qué?

GER (*Señala a Cereceda*) Porque yo también ya he sido destituido por él.

RECEREDA (*Desencantado*) Es verdad.

CERECEDA —Qué hacemos, entonces?

GERENTE —Pensemos! Hagamos un «brain-storming», pero efectivo. (*Los tres se sientan a pensar, intensamente. De pronto, el Gerente levanta la cabeza*) Tengo la solución! Que ambos se degraden a obreros, y se auto-destituyan a su vez. Sólo así se restablecería el equilibrio.

RECEREDA —Genial! (*A Cereceda*) Tiene usted algún inconveniente?

CERECEDA —Ninguno.

RECEREDA —Manos a la obra, entonces! (*Recereda desaparece en su oficina. Cereceda extrae un mameluco tan nuevo, tan inmaculado como el anterior, de su escritorio. Se lo pone*)

GERENTE —Vaya! Si casi parece como si lo tenía preparado!

CERECEDA —Efectivamente. Siempre conviene tener uno de éstos a mano, por lo que pudiera suceder. Una nunca termina por maravillarse lo vulnerable que son estos cargos de ejecutivos. (*Recereda sale de su oficina, de mameluco. Flecta las piernas. Hace ejercicios*)

RECEREDA —Como el Ave Fénix! Tenía usted razón! Como recién nacido, y con ánimos de romper el mundo! (*El Gerente pasa un sobre a cada uno*)

GERENTE —Tomen! Escriban! (*Ambos Sub-Gerentes escriben en sus respectivos sobres y se los pasan al Gerente*) Muy bien! (*Les pasa otro juego de sobres*) Y ahora, para que todo quede en regla, cada uno se auto-expulsa como obrero. (*Ambos escriben. El Gerente recoge*) Bien! Los felicito, señores! Hay que ser muy valientes para exponerse a la experiencia! La Presidencia sabrá premiar su hazaña! (*De pronto, los tres perciben, espantados, que nada ha cambiado en verdad. Miran sus respectivos sobres*)

CERECEDA (*Horrorizado; es el primer que puede hablar*) Tampoco!

RECEREDA —Como al comienzo!

CERECEDA —Tres sobres cada uno y un mameluco!

RECEREDA (*Casi llorando*) Qué hacemos, Dios mío?!

GERENTE —Nada de perder la calma, señores! Siempre con fe, adelante! Lo importante es permanecer unidos! Uno para todos; todos para uno! (*De abajo brotan de nuevo las notas de la banda circense. Los tres acuden a mirar*)

RECEREDA —Oh, Dios! (*Cereceda corre al escritorio. Saca un sobre*)

GERENTE —Qué va a hacer, Cereceda? (*Cereceda escribe febrilmente*)

CERECEDA —Expulsarme de obrero a Sub-Gerente! No quiero tener nada que ver con todo esto! (*Recereda se precipita también. Escribe*)

RECEREDA —De obrero a Sub-Gerente, dice usted?

CERECEDA —Efectivamente, pero apúrese! Le voy ganando por uno!

GERENTE (*Un grito*) NO! Nooo! No, por Dios! Que no ven que con eso, todo comencerá de nuevo, y quedaremos como al principio?! (*Los otros dos se asustan, ante ese grito desgarrado. Se detienen*)

CERECEDA —Es verdad . . .

RECEREDA —Qué hacemos? (*Los tres se miran. El Gerente va hacia el escritorio y saca un papel blanco, con el membrete de la firma. Se lo pasa a Cereceda*)

GERENTE —Yo tengo la solución definitiva, señores. Es muy simple. La más simple de todas las soluciones, en verdad. Como Gerente que soy de esta Empresa, y en uso y goce de la plena autoridad de mi poder, que a pesar de todos los esfuerzos no ha podido ser desmentido, les invito a despojarse de toda piel de vanidad y orgullo, y bajar conmigo al patio, a mezclarse entre las gente y ocupar un lugar digno en medio del verdadero meollo de esta Empresa, que son las fuerzas vivas de la producción. Es el puesto que nos hemos ganado, señores, seamos sinceros. Hagamos penitencia. Tal vez, sumidos en la serenidad que ganemos, por enfrentar nuestra realidad, recuperemos la paz del alma que hemos perdido. Tome! Redacte usted mismo mi renuncia. La firmaré en este acto! (*Saca otros dos papeles y los pone ante ellos*) Espero que tengan la sabiduría de imitarme . . . (*En ese momento cae en medio de la habitación un ladrillo de construcción*)

CERECEDA —Qué fue eso? (*Acuden a mirar por la ventana, y se esconden, pegados al muro*)

RECEREDA —Nos miran con aire amenazador . . .

CERECEDA —Tal vez se impacientan ante nuestra . . . indecisión.

RECEREDA —Tampoco es eso, entonces . . .

CERECEDA —Exacto. Qué hacemos?

RECEREDA —Sí . . . Qué hacemos?

GERENTE —Ya lo he dicho, señores. Les dimos demasiado. Se han puesto intolerablemente exigentes. Hace falta encontrar algo que los conmueva. (*Cereceda se despoja del mameluco*) Qué hace usted?

CERECEDA —Yo encontré la solución. Es dura, la más dura de todas tal vez, por lo simple que es. (*Se sienta ante el escritorio. Despliega un libro*) Es ponerme a trabajar. Trabajar, señores, trabajar! Tal vez, dando el ejemplo de nuestro sacrificio y entrega, el tiempo se olvide de nosotros y pasen sobre nuestras cabezas estos negros nubarrones. No hay otra solución. Trabajar! Hasta que le sangre se nos licue en las venas . . . Trabajar, señores! Trabajar! Tal vez, logremos impresionarles . . . (*Se pone a escribir*)

RECEREDA —Tiene razón . . .

GERENTE —Sí . . . tal vez. A trabajar, entonces . . .

RECEREDA —Eso es . . . A trabajar. (*Se despojan de sus respectivos mamelucos y se van a sus oficinas. Se cierran las puertas tras ellos. Surge el sonido de máquinas de escribir, cuya intensidad asciende.*

Cereceda escribe desaforadamente. El tecleo de las máquinas llena el ambiente)

TELÓN

ESPEJISMOS
1978

PERSONAJES:

Maité
Martín
Inés
Alfredo

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Living-comedor de un departamento, en el segundo piso de una construcción moderna, en un barrio de clase media. Decorado funcionalmente, denota cierto mal gusto: muebles cromados tal vez, o una alfombra de colores demasiado fuertes, etc. . . . En los muros, posters turísticos de España, el clásico impreso de la fiesta taurina, con el nombre «Martín Sierra» en destacado, un mantón sevillano tal vez. Una bota gallega . . .

A la izquierda, la puerta al pasillo exterior y la comunicación con los dormitorios. A la derecha, el comedor, la puerta a la cocina y una puerta-ventana al balcón exterior.

Es la mañana, temprano, de un domingo de primavera. El sol entra a raudales.

Un instante la escena está vacía. Alguien bate huevos en un bolo en la cocina. Es Maité, que entra batiendo, después de un rato. De alrededor de 48 años, viste bata rosada, se acerca a la puerta-ventana y se abstrae observando lo que sucede, abajo, en la calle. La «despierta» un grito que surge desde los dormitorios.

VOZ DE MARTIN —¡Maité!
MAITÉ —¿Sí?

VOZ —¡La toalla está mojada! ¡Tráeme toalla seca!

MAITÉ —¡Voy! (*Deja el bolo; acude al interior; desaparece; se escucha su voz*) ¡Pero, baja la voz . . . vas a despertar a la niña! . . . ¡No tienes que despertar toda la casa, no? . . . ¡Vamos, deja secarte yo! . . . ¡Estás helado de frío! (*Ruido de forcejeo; risas*) ¡Pero, qué haces? . . . ¡Deja! . . . ¡No, hombre, deja! (*Entra Maité corriendo. Risas. Tras ella Martín*) ¡Ya, deja! . . . ¡Mira cómo me dejaste el pelo! (*Martín la abraza desde atras*) ¡Ya! . . . ¡Oh, esas manos tuyas! . . . ¿Con quién estoy casada? ¿Con un pulpo?

MARTÍN —Si entras al baño con esa bata abierta, y yo en cueros . . .

MAITÉ —¡Ya, hombre! (*Logra zafarse de él. Martín se seca con la toalla. De alrededor de 50 años, grueso, saludable, luce camiseta sobre el torso desnudo. Se pone a hacer flexiones con brazos y piernas, Maité va a la cocina y pone un desayuno abundante*)

MARTÍN —Y ¿qué vamos a tener para el desayuno?

MAITÉ (*Desde la cocina*) ¡Prietas! . . . ¡Las que trajiste anoche!

MARTÍN —Y ¿cómo están?

MAITÉ (*Entrando con una ensaladera con lechugas*) Bien, parece; como todas las muestras que te traen los vendedores . . . ¿Oíste el viento, anoche?

MARTÍN (*Siempre haciendo ejercicios*) No . . .

MAITÉ —No, claro, cómo ibas a oír, si dormías como un oso. Nunca he podido comprender como alguien puede dormir tan profundamente.

MARTÍN —La conciencia tranquila.

MAITÉ —¡Ah, sí, claro . . . la conciencia tranquila! (*Desaparece en la cocina. Martín quiere entrar, pero Maité se lo impide desde dentro*) No. ¡Fuera!

MARTÍN —¡Déjame entrar!

MAITÉ —¡No, tú a tus ejercicios! ¡Yo, en la cocina! (*Forcejean riendo a ambos lados de la puerta*) ¡Te digo que no, hombre! ¡Si entras, te rompo la sartén en tu cabezota!

MARTÍN (*Desistiendo aparentemente*) Está bien, mujer sátrapa. ¡Yegua dominante!

MAITÉ —¡En la cocina reino yo! ¡Además . . . te estoy haciendo algo que te va a gustar!

MARTÍN —¿Ah, sí? ¿Qué es? (*Logra meterse en un descuido de ella. Salen ambos forcejeando. Maité tratando de no derramar el contenido del bolo de batir*)

MAITÉ —¡No, deja! ¡Deja ya, hombre! ¡Mira, que vas a derramar esto!

MARTÍN —¿Ah, sí? ¿Y en qué estamos? ¿En qué estamos las yeguas dominantes, a ver? (*Caen ambos acezando y riendo, abrazados, sobre el sofá*)

MAITÉ (*Ahogada*) ¡Ya, hombre! ¡Mira! . . . ¡Ya, bruto!
MARTÍN (*Metiendo un dedo en el merengue*) ¿Y esto, qué es?
MAITÉ (*Bajo él, ahogada*) ¡Merengue!
MARTÍN (*Metiendo ambas manos bajo su bata, y agarrando ambos pechos*) ¿Ah, sí? ¿Merengue? ¿Y cómo están estos merenguitos?
MAITÉ —¡Ya, hombre, ya! (*Angustiada al fin*) Ya, imira como me dejaste la bata! ¡Mira como derramaste el batido! (*Martín se levanta de un salto. Abre los brazos ante la ventana*)
MARTÍN (*Respirando hondo*) ¡Oh, qué gran día!
MAITÉ (*Recuperándose, vuelve a la cocina, limpia el batido en su falda, se arregla las greñas sueltas*) ¡Tú estás loco! ¡Completamente loco!
MARTÍN (*Siempre con los brazos abiertos en cruz ante la ventana*) ¡En un día así, después de la lluvia de ayer, todo luce tan limpio, tan. . . luminoso! ¡Le salta a uno el corazón en el pecho! . . . (*Entra Maité con un plato de prietas humeantes, que pone sobre la mesa*)
MAITÉ —Si hubieras oído el viento de anoche, cómo volaban las planchas de zinc por el barrio, estarías pensando otra cosa . . . Claro que tú no podías oír nada . . . Oírte dormir, es saber toda la salud que cabe en ese corpachón tuyo . . . ¡Toma, sírvete! (*Martín se sienta ante la mesa. Inicia el ataque a las prietas. Lo alterna vorazmente con rebanadas de pan, porciones de lechuga y pickles en abundancia. Goza lo que come. Maité se sienta ante él sorbiendo de una taza de té que trae*)
MARTÍN —No está mal esto . . . (*Con la boca llena*) . . . Demasiado ajo . . . Siempre lo mismo con estos tipos: se ahorran la carne buena, y te duermen el paladar con condimentos . . . (*Pausa, en que Maité lo contempla comer*) ¿Así que, merengue, eh?
MAITÉ —Sí. Pensé que te gustaría . . . Nadie lleva merengue a un paseo, pero pensé que sería original, ¿no crees? (*Martín está de acuerdo con la boca llena*) ¿Sabes? Tengo ganas de ir a ese paseo . . . Cuando me invitaste, no tuve, pero ahora tengo . . . Estoy nerviosa . . . Como nunca salgo de este departamento, es toda una aventura . . . (*Sonríe incierta*) ¿Por qué me invitaste?
MARTÍN —Bueno, porque quería que fueras. ¿Qué hay de extraño en eso?
MAITÉ —Antes nunca lo hacías.
MARTÍN —Bueno, ahora lo hago. (*Pausa*)
MAITÉ —¿Sabes? . . . Anoche, en medio de mis desvelos, tuve un sueño . . . Un sueño de los más extraño . . . (*Martín la mira*) Sí, ya sé que no te gusta que te cuente mis sueños, pero deja contarte éste . . . Íbamos tú y yo, en un bote, ¿sabes? . . . En un lago o una laguna, no sé . . . Era un agua así, muy grande y muy lisa . . . Tú remabas . . . Íbamos de lo más tranquilos, cuando de repente, algo comenzó

a mover el bote, a tratar de darle vueltas, ¿me entiendes? (*Gruñido de Martín, que come*) . . . Yo no sabía qué era . . . Sólo atinaba a agarrarme del borde, para no caer . . . y en un momento, cuando me di vuelta hacia tu lado, a pedirte ayuda, no eras tú el que remaba, sabes, sino un señor alto así, muy alto y muy canoso, muy distinguido . . . que me miraba con pena, y no hacía nada por detener el movimiento del bote . . . (*Pausa*) Y ahí viene lo extraño, Matute . . . Cuando al final estaba por caerme al agua, pude ver al fin quién movía el bote . . . ¡y eras tú! . . . ¿Habías visto un sueño más estúpido?

MARTÍN —Bien estúpido era, pues . . . Oye, tú sí que eres todo un personaje, ¿sabes? ¡Siempre estás con esto y con lo otro . . . tus sueños, y tus cosas raras! . . . ¿Es domingo hoy día, no? . . . ¿Por qué no lo disfrutas?

MAITÉ —Lo estoy disfrutando . . .

MARTÍN —No. No lo estás . . . Ese sueño o algo te ha nublado la cara . . . Vamos a ir a ese paseo con mis amigos, y lo vamos a pasar bien, ¿no? . . .

MAITÉ —Sí . . .

MARTÍN —¡Bueno, disfrútalo, entonces! (*Le ofrece*) ¿Quieres prieta?

MAITÉ —No . . .

MARTÍN —Disfruta tu té, entonces . . . ¡Sueños estúpidos! (*Breve silencio*)

MAITÉ (*Cuidadosamente*) Tal vez sea que, mientras vivimos así, un día tras otro, sin que nada diferente pase, nada me intranquiliza, pero en cuanto algo interrumpe esa especie de rutina, se me hace claro que sólo somos tú y yo, ¿me entiendes? Tal vez sea porque somos la única pareja sola, entre tus amigos . . . los únicos que van sin hijos.

MARTÍN —¿Y qué quieres que haga yo?

MAITÉ —Nada, Matute . . . nada.

MARTÍN —¿Y para qué me lo planteas, entonces? (*Con súbita irritación*) ¡Vamos, anda a esa escuela de la esquina, y párate en medio del patio, a la hora del recreo! ¡Ahí estarás rodeada de chiquillos! ¡Si quieres estar rodeada de chiquillos, anda a esa escuela! (*Breve silencio*) ¡Está bien, no tenemos hijos! ¿A qué darle más vueltas? . . . ¿Qué quieres? ¿Que te los saque de un sombrero?

MAITÉ —No te enojes.

MARTÍN —Además, «dos hacen una humanidad», como decía el cura Viaplana. (*Otro silencio*)

MAITÉ —Es que cuesta acostumbrarse. A veces creo que nunca me acostumbraré . . . (*Martín come en silencio. Ella sorbe su té*)

MARTÍN —¿Qué estás tomando?

MAITÉ —Té.

MARTÍN (*Pellizcándola bajo el brazo*) A mí me gustan esas carnes bien rellenas, ya sabes. Si a mí me gustan las carnes gorditas, ¿a qué enflaquecer? (*Maité se retira. Martín comprende que no es momento de bromas*) Cuesta acostumbrarse, sí . . . Un domingo igual al otro. (*Otra pausa embarazosa*) Bueno, ¿y qué le pasa a esa niña? ¿Se va a levantar al fin, o no?

MAITÉ —Déjala dormir, hombre.

MARTÍN —¿Por qué? Anoche no la oí acostarse tarde.

MAITÉ —Sí, pero déjala. Le tengo preparado el desayuno. Podrá vestirse en diez minutos.

MARTÍN —Van a ser las ocho. Antonio quedó de pasar a buscarnos a las ocho y media.

MAITÉ —Va a estar; no te preocupes. (*Martín ha terminado de comer. Empuja el plato. Eructa*)

MARTÍN —¡Esto es vida! Para mí, un día que no comienza con un desayuno abundante es un día en que todo me sale mal . . . Me debe venir de mi padre . . . Le tiritaban las piernas, si no le servían un pernil entero. (*Maité va a la cocina; se escucha la explosión de un califón y el agua de una ducha. Martín va y abre la puerta a la cocina*) Maité, esa chiquilla recién se está metiendo bajo la ducha. ¿Tiene que ducharse ahora, con tan poco tiempo?

MAITÉ —Déjala, hombre. Te digo que va a estar . . .

MARTÍN —¡Esa muchacha me pone nervioso! (*Maité regresa a la mesa con una cafetera. Sirve. Se sientan*)

MAITÉ —¿Qué te pone nervioso, hombre?

MARTÍN —No sé, su modo de ser. Esa manera suya de estar siempre como vuelta hacia adentro. ¿No me digas que no es extraño que pase todo el día metida en su pieza, sin ver a nadie?

MAITÉ —Sus razones tendrá pues, hombre.

MARTÍN —Una niña que se sonríe sola, de repente, sin motivo alguno, ¿no te parece extraño? ¿Quién se sonríe sola?

MAITÉ —Yo la encuentro una muchacha muy normal. Y si quieres una explicación, tal vez está así, un poco triste, desde que perdió a su padre.

MARTÍN —No lo creo. Yo también eché de menos al mío, cuando murió, pero por eso no me paso una vida soñando, ¿no?

MAITÉ —Vaya, hombre, ¡qué manera de razonar la tuya! ¡Es bien distinto el caso, no? . . . Tenías treinta años cuando perdiste el tuyo, y ella sólo diez y siete . . . Además, eres todo un gran pedazo de bruto, y ella una niña delicada . . . ¿Hay algún punto de comparación?

MARTÍN —¡Pero estarse sentada tres horas en esa silla, sin moverse!

MAITÉ —¡Psst! ¡No grites, que va oírte!

MARTÍN —¡Y entonces, ese cariño repentino! Puede estar horas enterrada en sus sueños, y de pronto, viene y te da un beso, y te abraza . . . ¡No la entiendo! . . . ¡Esa niña necesita algo! . . . ¡Me pone nervioso! (*Se escuchan ruidos en el pasillo. Se cierra una puerta*)

MAITÉ (*Susurro*) Se levantó, ¿ves? ¡Ahora, cierra tu bocaza! (*Martín mira su reloj. Bebe café en silencio. Luego . . .*)

MARTÍN —Antonio nos llevará a un lugar nuevo que descubrió el domingo pasado; donde el estero de San Pedro se une al río . . . Dice que hay una gran pradera y unos maitenes, y una playa de arena para que se bañen los niños . . . Van a estar las hermanas de Manolo Estévez . . . Tendrán un bonito lugar, ustedes las mujeres, donde ponerse a cotorrear . . .

MAITÉ —¡Oh, Dios, mientras la Rogelia no se le ocurra llevar guitarra! ¡Con sólo ver que agarra el instrumento, se me pone carne de gallina!

MARTÍN (*Ríe*) ¡Rómpesela en la cabeza, pues! ¡Tírasela al río! (*Ríen ambos. Se cierra otra puerta. Maité va a la cocina. Martín queda solo escuchando los ruidos, con nerviosa inquietud. Aparece Inés. De rostro fino y maneras delicadas, se viene peinando el cabello suelto. Viste salida de cama sobre el camisón. Da un beso en la frente a Martín*)

INÉS —¡Buenos días, tío!

MARTÍN (*Con falsa jovialidad*) ¡Hola, chiquilla! Y a ti, ¿qué te pasa? ¿No deberías estar vestida a esta hora? (*Inés le sonríe débilmente, no responde y pasa a la cocina. Se escucha su voz y la de Maité; ambas asoman después de un rato*)

MAITÉ —Matute, la niña dice que no va.

MARTÍN —¿Cómo . . . no va? No entiendo . . .

MAITÉ —No va al paseo.

MARTÍN —¡Vaya! ¿Y por qué? ¿Se puede saber?

INÉS —No tengo ganas, tío. Anoche tenía, ahora no . . .

MARTÍN —¡Vaya! (*A Maité*) ¿Y nosotros? ¿Vamos solos, entonces?

MAITÉ —No, Matute, me parece que ya no.

MARTÍN (*Siempre estupefacto*) Eso sí que está bueno . . . (*A Inés*) Y tú, ¿qué vas a hacer?

INÉS —Quedarme en casa, tío.

MARTÍN —¿Aquí?

INÉS —Sí, tengo que ordenar unas cosas . . . Papeles de mi trabajo.

MARTÍN —¿Qué? ¿Me vas a decir que Sebastián Ríos te da trabajo en los domingos? (*A Maité*) Recomendé a esta muchacha a ese bribón, pero eso no le da derecho a explotarla, ¿no?

INÉS —No es don Sebastián, tío. Soy yo la que quiere hacerlo.

MAITÉ —¡Vamos, hombre! ¡No quiere ir, y eso es todo! ¡No te quedes mirándola con esos ojos de buey, que la vas a confundir! Sólo lo siento por esos merengues . . . (*Inés se va, peinándose, a su habitación*)

MARTÍN (*Antes que desaparezca del todo*) ¿Qué le pasa?

MAITÉ —¡No quiere ir, hombre, por Dios! ¿A qué armar tanto lío? (*En vista de la espera incrédula de él*) Supongo que será un poco por esos amigos nuestros . . .

MARTÍN —¿Qué pasa con mis amigos?

MAITÉ —Bueno . . . ese Bartolo Alcázar besuqueándose con su amiguita ante todo el mundo, y esos niños de Pepe Reiná, correteando desnudos alrededor de la mesa del picnic, no son exactamente un espectáculo muy agradable para sus ojos, ¿no?

MARTÍN —¿Ella te dijo eso?

MAITÉ —No, hombre, pero es fácil suponerlo, ¿no? ¡Oh, vamos, Matute! Esa niña tiene apenas diez y siete años, y de alguna manera la perturban esos amigos tuyos, metiendo las manos bajo las polleras de sus queridas, a esos niños corriendo por ahí, con pelitos sobre la cosa, y mostrando las nalgas, ¿no?

MARTÍN —Yo no le encuentro nada a mis amigos.

MAITÉ —Bueno, pero ella, sí. Por eso, tal vez, prefiere quedarse en casa, leyendo un poco, o . . . escribiendo poesías, ¡o qué se yo!

MARTÍN —¿Poesías? ¿Ella escribe poesías?

MAITÉ —Sí, ella. ¿Qué hay de malo en eso? (*Martín queda atónito*)

MARTÍN —No entiendo a esa muchacha . . . Poesías, dices, ¿mh? . . . ¿Y por qué no me lo había contado? . . . Claro, ¿quién le habla de poesías a un tipo que se pasa la vida parado tras el mesón de una fiambrería? ¿Qué clase de poesías escribe?

MAITÉ —Bueno, tú sabes . . . Esas cosas extrañas.

MARTÍN —¿Te las ha dado a leer?

MAITÉ —Algunas . . .

MARTÍN —¿Y de qué tratan?

MAITÉ —Bueno . . . amor, y esas cosas.

MARTÍN —¿Amor, ¿eh?

MAITÉ —Sí. Las garabatea en papeles sueltos, que después guarda en una cajita. Es todo su mundo secreto.

MARTÍN —Poesías, de amor, ¿eh? (*De pronto comprende*) ¡Claro! ¿Cómo no nos dimos cuenta antes? ¡Esa muchacha está enamorada!

MAITÉ —¡Vaya! ¡Tú sí que eres pitoniso! (*Le empuja la taza*) ¡Toma tu café, hombre!

MARTÍN —¡Esa muchacha está enamorada, te digo! ¡Esa pobre niña ha estado sufriendo penas, bajo nuestro mismo techo, y nosotros en la

berlina! ¿Cómo es posible que tú, siendo mujer, no te hayas dado cuenta? ¿Quién es el tipo?

MAITÉ —¡Pero, hombre! ¿Cómo voy a saber quién es, si ni siquiera sé si hay tal tipo?

MARTÍN —¿Y qué otra cosa podría ser? ¡A ver, vamos, dime! . . . Esa muchacha proviene de una familia sana, está en una casa sana, y rodeada de un ambiente sano. ¿Qué otro problema podría tener? . . . Ahora me explico todos esos romanticismos . . . ¡Anda por ahí, un mal nacido, que se está regodeando con esa muchacha, y haciéndola sufrir! (*Maité se levanta y va a la cocina*)

MAITÉ —¡Oh, vamos, hombre, tú estás loco! (*Regresa con unas galletas*) Todo eso de las poesías es propio de la edad. Es tan sólo una muchacha sentimental, nada más.

MARTÍN —¿Sentimental, dices? ¿En este mundo de hoy, donde todas las de su edad se consiguen todo lo que quieren, y andan por ahí con un desparpajo que da susto? ¿Me vas a decir que cabe ahí algo sentimental? Esa muchacha quiere a alguien y no es comprendida. Eso es todo lo que hay.

MAITÉ —¡Oh, Dios mío! Y supón que fuera así, supón que todo eso que estas elucubrando fuera cierto . . . ¿qué podemos hacer nosotros al respecto?

MARTÍN —¡Pues, ayudarla! En las familias españolas, los hijos no andan como cabras en el monte, ¿no? (*Ante un gesto de impaciencia de ella*) ¿Qué te pasa? ¿Qué no quieres a esa niña?

MAITÉ —¡Claro que la quiero! ¡No digas tonterías!

MARTÍN —Bueno, ¿entonces?

MAITÉ —Matute, por Dios . . . ¿no es más que nuestra sobrina, no?

MARTÍN —¿Y qué quieres, ahora, decir con eso? Está bajo mi techo, no? ¿O no está acaso bajo mi techo?

MAITÉ —Claro que lo está, hombre.

MARTÍN —¿Bueno, entonces? ¡Lo que está bajo mi techo, es *mi* preocupación! ¡Así me criaron, y no seré yo quien rompa la regla! ¡Esa muchacha está triste porque está enamorada, y no le corresponden, y eso es!

MAITÉ (*Resignada*) Bueno, si tú lo dices . . .

MARTÍN (*Tras una pausa de meditación*) ¿Sabes lo que vamos a hacer? Tú hablarás con ella, y le sonsacas quién es el canalla . . .

MAITÉ —¿Y tú que harás? ¿Le vas a fusilar?

MARTÍN —Yo arreglo el asunto, ya verás . . . Tú haz lo tuyo, que yo haré lo mío.

MAITÉ (*Preocupada por primera vez*) ¿Oye, dime, a ti qué bicho te ha picado? Nunca te había visto así . . .

MARTÍN (*Ablandando su dureza*) Imagínate por un momento que sea así, mujer. Ponte, por un momento, que yo tenga razón y tú estés equivocada . . . Esa chiquilla, sola en su habitación, con toda su pena, sin tener en quién confiar, y de repente . . . viene este par de tíos, de quiénes nada espera, y le dan la mano . . . (*Le toma un brazo*) No crees que sería toda una oportunidad . . . Porque, en verdad, ¿qué somos, mujer? ¿Qué tenemos? . . . Seamos sinceros . . . Los dos estamos muy bien, pero, en verdad, ¿qué tenemos? . . . ¿A quién le importamos? . . . ¿Y quién nos importa? . . . ¿Mh? (*Pausa*) Los dos solos, de la mañana a la noche; comer, y a la cama; trabajar, y a la cama . . . ¿Mh? . . . ¿Quién nos importa, mujer? ¿Ese sol que entra a raudales, a quién ilumina? . . . ¿No crees que sería toda una nueva razón de ser? (*Maité le sirve más café, ella bebe, pensativa*) Tal vez esté equivocada, ¿pero y si no? . . . ¿No crees que sería toda una fiesta? (*Ambos beben un momento en silencio*) No hay nada más lindo que ver brillar el amor en un par de ojos jóvenes . . . Habla con ella tal vez podamos hacer algo . . . (*Afuera suena una bocina de automóvil*) Ése debe ser Antonio. Se me pasó la hora; ni siquiera terminé de vestirme . . . ¿Qué hacemos?

MAITÉ —Anda tú, yo ya no puedo ir. No podemos dejar a la niña sola en casa, ¿no?

MARTÍN —Entonces, yo tampoco voy. Solo, sin ustedes, ¿qué hago ahí? . . . (*Va hacia la puerta*) Le diré que esta vez no vamos. Siempre me queda la posibilidad de ir al fútbol, para matar el domingo. (*La escena se oscurece*)

ESCENA SEGUNDA

La tarde del mismo día. Maité teje. Entra Inés con una toalla, secándose el pelo recién lavado. Se sienta en el sofá.

MAITÉ (*Después de un rato*) Tienes bonito pelo. Te viene de mi familia, ¿sabes? Tu madre, mi hermana, tenía ese mismo pelo, de niña. También tu tía Carolina . . . ¿Usas bálsamo?

INÉS —A veces . . .

MAITÉ (*No sabiendo como abordarla*) ¿Por qué dejas el domingo para hacer eso? Para lavarte el pelo, digo. No parece el día más lógico . . .

INÉS —¿Por qué?

MAITÉ —Bueno . . . porque te obliga a quedarte en casa, y el domingo es día para hacer otras cosas, ¿crees?

INÉS —A mí me parece como un día cualquiera.

MAITÉ —Sí, tal vez, pero el domingo se deja generalmente para salir a pasear. ¿Qué hará tu amiga Isabel, por ejemplo? Apuesto que tiene panorama . . .

INÉS —Sale con su pololo.

MAITÉ —¿Ves? . . . ¿Y ellos, no te convidan? ¿No se estila hoy formar grupos? ¿Salir juntas tú y la Isabel, y ese muchacho con un amigo? ¿No te gustaría eso? (*Inés se encoge de hombros*) Tal vez el problema está en que ella pololea y tú no, ¿es eso? . . . Tal vez si tú también pololearas . . .

INÉS —¿Está preocupada de eso, tía?

MAITÉ —¿De qué, niña?

INÉS —Hay gente que pololea, tía, y otros no . . . Como hay gente que hace deportes y otros no . . . o gente que cree en Dios y otros no creen . . . ¿No le parece?

MAITÉ —Oh, sí, claro, no todos somos iguales . . . Lo que sí me preocupa, es decir, nos tiene preocupados a tu tío y a mí, es que . . . no se te conoce ninguna amistad duradera . . . ¿No te preocupa eso?

INÉS —Sí . . .

MAITÉ —¿Y a qué crees que se debe? Tu tío y yo hemos hablado sobre eso . . .

INÉS —No consigo interesarme por nada . . . verdaderamente. (*Por un momento Maité no sabe qué hacer con esa información que acaba de recibir. Luego*)

MAITÉ (*Con forzada vivacidad*) ¿A ti, nunca te ha gustado alguien en especial, alguien del barrio, por ejemplo?

INÉS —¿Gustado? . . . Sí, algunos, pero después ya no me interesan. Siempre andan como a la carrera, con la mirada perdida, como buscando algo que no existe, ¿me entiende? . . . Nunca miran en verdad . . .

MAITÉ —No sé qué andas buscando . . . A mí me parece que hay muchachos muy sanos en el barrio . . . Buenos muchachos.

INÉS —Oh, sí, tía, muy buenos, pero ninguno mira en verdad.

MAITÉ (*Entendiendo cada vez menos*) Pero, debe haber alguno que te ha interesado más que los otros . . .

INÉS —Siempre hay alguno.

MAITÉ —¿Recuerdas alguien en especial?

INÉS (*Casualmente*) Bueno, sí . . . Alfredo . . . Alfredo Urrutia, ¿recuerda? El que un día de lluvia ayudó a empujar la camioneta del tío, hasta acá, y la estuvo arreglando en la calle . . . El que después entró todo mojado y usted le ofreció el baño para que se secara.

MAITÉ —Oh, sí, el de las manos partidas . . . ¿Y qué pasó? ¿Lo has vuelto a ver?

INÉS —Salimos un par de veces.

MAITÉ —¿Y?

INÉS —Fuimos al cine, el primer día . . . El segundo, fuimos al parque . . . El tercero fuimos al cine otra vez, y cuando quiso llevarme al parque otra vez, no le acepté . . .

MAITÉ —¿Y por qué?

INÉS —Porque al parque otra vez, no. (*Sonríe al observar la consternación de Maité*) No se preocupe, tía; soy rara . . . Tal vez pido demasiado, no sé. Además no dejé de verlo sólo por eso . . . Fue un poco también porque me dijo que era dueño del garage donde trabajaba, y no lo era . . .

MAITÉ —Pero, niña, por Dios . . .

INÉS —No, si no es por lo que usted está pensando . . . Es por la mentira, ¿me comprende? . . . Antes ya lo había pillado en otra. Me contó que había estado en Sao Pablo, en Brasil, y no había estado, porque no sabía que Sao Pablo no tiene mar . . . Además, cuando estuvimos en el parque, nunca estuvo quieto . . . Trataba de besarme cuando no venía al caso; a veces en medio de una conversación . . . como si eso fuera parte de lo que le correspondía hacer, ¿me comprende? . . . Me hacía pensar que, en verdad, no le importaba lo que estábamos hablando.

MAITÉ —Bueno, niña, no todos son perfectos, pero no por eso . . .

INÉS —. . . «¡vas a dejar de quererlos!» (*Maité la mira sorprendida*) ¿Eso es lo que me iba a decir, no es verdad, tía: «vas a dejar de quererlos»?

MAITÉ —Sí, eso es . . . Martín también tiene sus defectos, pero no por eso . . .

INÉS —El tío Martín no tiene defectos. (*Breve paralogización sorprendida de Maité, ante el exabrupto de Inés*)

MAITÉ (*Reponiéndose*) ¡Vaya, ya lo creo que los tiene!

INÉS —No, no tiene. Nunca le diría a usted una mentira . . . Sabe exactamente lo que quiere, y lo hace . . . Y mira lo que está mirando . . . ¡El tío Martín es el hombre más hombre que he conocido!

MAITÉ —¡Vaya! ¡Que no vaya a oír eso! ¡Como se pondría de vanidoso! (*Inés ha terminado de secarse. Se levanta para irse*)

INÉS —Me gustaría que mi padre hubiese sido como el tío Martín . . . (*Desaparece hacia los dormitorios. Maité queda perpleja. Retoma su tejido. Después de un rato se escucha la llave en la cerradura. Maité va a la cocina. Entra Martín, con el vestón doblado sobre un brazo. Se seca la transpiración*)

MARTÍN (*Grita*) ¡Maité! ¿Estás ahí?

MAITÉ (*Desde la cocina*) ¡Te estoy sirviendo una cerveza! (*Gruñido de Martín. Desaparece hacia los dormitorios. Maité regresa con cerveza*

y vaso, Martín luego secándose la cara. Se instala a beber del vaso que ella le sirve)

MARTÍN —Mejor hubiera ido a ese paseo. El estadio parecía baño turco. Además el partido estuvo podrido . . . Ese vago de González parecía clavado al pasto. ¡Les pagan demasiado a esos vagos! ¡Deberían retenerles el sueldo, si no saben dar espectáculo! (*Bebe*) Hoy me pasó algo raro en el estadio.

MAITÉ —¿Qué te pasó?

MARTÍN —Tal vez fue el calor, o lo malo del partido, no sé, pero de repente, todo comenzó a aburrirme . . . como si lo que estaba viendo, lo hubiese visto mil veces . . . y lo iría a ver igual, mil veces más . . . Alguien estaba montando eso, para burlarse de mí, ¿me entiendes? . . . Lo único que quería era volverme a casa; fui el primero que abandonó las tribunas . . . Corrí a la camioneta . . . ¿Extraño, no? . . . Nunca me había pasado. (*Señala hacia los dormitorios*) ¿Le hablaste? (*Maité asiente*) ¿Qué te dijo?

MAITÉ —Es una muchacha muy rara, Matute.

MARTÍN —¿Por qué? ¿Qué te djo?

MAITÉ —Hay en ella como una . . . distancia, una ironía . . . Dice cosas que no se entienden. No es una niña feliz.

MARTÍN —¿Pero, por qué? ¿Qué te contó? ¿Te nombró a alguien?

MAITÉ —Sí, nombró y no nombró. (*Ante la espera sorprendida de él*) Me habló de Alfredo, ¿te acuerdas? El muchacho que te arregló la panne, el día de lluvia.

MARTÍN —Ah, sí, ya me acuerdo. ¿Qué hay con él?

MAITÉ —Bueno, parece que salieron un par de veces, pero después a ella no le gustaron unas mentiras que dijo, y no lo vio más . . .

MARTÍN —¿Mentiras? ¿Qué mentiras?

MAITÉ —Que había ido a Brasil, y no había ido . . . Que era dueño del garage y no lo era. (*Martín la mira sin comprender*) Te dije que era una niña rara, ¿no?

MARTÍN —¿Te das cuenta que estás hablando puros disparates?

MAITÉ —¡Oh, háblale tú, si te crees tan listo . . . y te interesa tanto!

MARTÍN —Ya lo creo que le vaya a hablar. Si tú, como mujer, no eres capaz de sincerarla, tendré que hacerlo yo. (*Maité le hace señas que baje la voz*) ¡Pobre niña! ¡Casi puedo oler las engañiflas que le pasó ese vago! ¿Mentiras, dices, eh? ¡Son todos iguales, esos tipos de garage! ¡Creen que el mundo es sólo un gran burdel, y las mujeres todas putas! . . . ¿Crees que la pobre alcanzó a enamorarse de verdad?

MAITÉ —Pero, Martín . . .

MARTÍN —¿Crees o no?

MAITÉ (*Resignada*) No lo sé.

MARTÍN —Claro, no te lo va a confesar a ti, naturalmente . . . ¿Salió?

MAITÉ —Está en su pieza.

MARTÍN —¿Sola?

MAITÉ —¡A lo mejor quiere ir al cine, hombre! ¿Por qué no la invitas? ¡A lo mejor quiere ir contigo!

MARTÍN —¿Por qué me dices eso?

MAITÉ —¡Dijo de ti unas cosas, que si las hubieras oído!

MARTÍN (*Halagado, interesado*) ¿Ah, sí? ¿Qué dijo?

MAITÉ —¿Ah, te interesa, eh? . . . ¡Cree que eres «el hombre más hombre» que ha conocido! ¡Eso dijo! . . . ¡Vaya cosa, hombre! ¡Nunca pensé que aún podías romper corazones!

MARTÍN —¡Ah, no digas tonterías, mujer! ¡Tú sí que tienes la boca grande! . . . ¿Sabes lo que voy a hacer?

MAITÉ —¿Qué?

MARTÍN —Voy a invitar a ese vago a la casa. (*A Maité se le acaba la diversión*)

MAITÉ —¡Pero, Matute, tú estás loco!

MARTÍN —¿Y por qué? A la chica le gusta el tipo ese; podemos facilitarle la cosa, ¿no? (*Gesto impaciente de Maité*) ¡Vamos, mujer! ¡Esa niña está aquí y ese tipo está allá! A ella le gusta el bicho ese, ¿y qué puede hacer? ¿Ir a gatas donde él? ¡No, no es cierto! ¿Entonces? . . .

MAITÉ —Pero, Matute, si nosotros ni siquiera sabemos.

MARTÍN —¡No te lo va a confesar a ti, mujer! A la chica esa, le gusta el tipo y más aún si el bicho ese se hace de rogar, ¿no?

MAITÉ —No sé, pero tengo la sensación que nos estamos metiendo en algo que no nos incumbe.

MARTÍN —¡Déjame eso a mí! (*Le palmotea una mano. Inés viene desde los dormitorios. Viste un muy asentador vestido floreado. Besa a Martín en la frente*)

INÉS —¡Buenas tardes, tío! ¿Cómo estuvo el fútbol?

MARTÍN —Podrido, niña. Tarde perdida . . . ¿Vas a alguna parte?

INÉS —Sí, al cine.

MARTÍN —La próxima vez, tal vez me acompañas al fútbol, ¿mh?

INÉS —Me encantaría, tío. (*A Maité*) No se preocupe por mí, tía; yo mismo me preparo algo de comer, cuando vuelva . . . ¡Adiós! (*Sale*)

MARTÍN —¿Viste eso? ¡Va convertida en un ramillete de flores, y esos hijos de puta! ¡Pobre chica! Tan dije, tan comedida! ¿Qué tendrán en sus cabezotas, esos tarados? (*La escena se oscurece*)

ESCENA TERCERA

Han pasado algunos días. Maité en bata, pela unas papas cocidas. El televisor trasmite un programa de enseñanza culinaria. Maité anota la receta en una libreta

VOZ DE MUJER —«. . . entonces, para hoy, le vamos a echar una miradita a esta rica receta, para hacer unos ricos «Macarrones a la diabla» . . . Para ello les explicaré primero cómo se prepara la salsa: Se toman dos cebollas cortadas a lo largo, cuatro pimentones, cortados a lo largo también, tres cabezas de ajo, picadas . . .»

MAITÉ (*Anotando*) . . . tres cabezas de ajo, picadas . . . (*Su concentración no le permite notar la presencia de Martín, que entra seguido por Alfredo, que viste overall. Alfredo le muestra sus manos sucias a Martín, y éste le señala el camino hacia el baño. La televisión sigue trasmitiendo*)

VOZ —«. . . dos cucharaditas de salsa de tomate, perejil, pimienta y sal a gusto . . .» (*Ahora Maité ha oído un ruido y alcanza a ver a Alfredo cuando desaparece por el pasillo. Interroga a Martín con la mirada*)

MARTÍN —Alfredo . . . (*Maité corta la televisión*) Alfred, el mecánico . . . Viene a almorzar.

MAITÉ —¿Almorzar? . . . Pero, ¿tú estás loco?

MARTÍN —Me estaba arreglando la camioneta . . . Estuvo toda la mañana bajo los fierros, y tuvo la amabilidad de acompañarme a la casa. ¿No querrás que lo deje parado, ahí, en la calle, no?

MAITÉ (*Controlando su voz*) ¿Pero, traerlo a almorzar, hombre? ¡Mira! ¡Mira la facha en que me pilla!

MARTÍN —Está bien tu facha.

MAITÉ —¡Oh, Dios! (*Se pasa la mano por el pelo*)

MARTÍN —¿Bueno, estás en tu casa, no? Él no piensa que ha venido a ver a la Reina de España, ¿no? (*Ante la agitación confundida de Maité*) ¡Está bien, sírvele cualquier cosa! . . . Ese tipo está muerto de hambre. Cualquier cosa que pongas ante su cara, te la va a agradecer.

MAITÉ (*Desapareciendo en la cocina*) ¡Tú siempre te sales con la tuya!

MARTÍN (*Tras ella*) Además, tampoco te viene a ver a ti, ¿no? (*Maité retorna con algunos cubiertos que pone en la mesa*)

MAITÉ —¿Qué tiene tu camioneta?

MARTÍN —Problemas con el dínamo . . . cosas.

MAITÉ —Tu camioneta no tiene nada. Pannes que inventas para atraer a casa a ese muchacho.

MARTÍN —Bueno, está bien; ¡lo traje a almorzar! ¿No vamos a hacer una montaña de eso, no? . . . ¿La Inesita, llegó?

MAITÉ —No, no ha llegado.

MARTÍN —¿No ha llegado? . . . ¿No va a almorzar aquí?

MAITÉ —¡Hombre, la cara que pones! Ni que te hubieran anunciado una muerte en la familia . . . Claro que almorzará aquí. Tú sabes que los viernes siempre viene. (*Ha terminado de poner la mesa, va hacia los dormitorios*) Por Dios, hombre, nunca pensé que lo harías. Tú, cuando te propones algo . . . (*Se topa en el pasillo con Alfredo, que viene del baño. Breve saludo incómodo*)

MAITÉ —Buenas tardes . . . (*Alfredo pasa al living. Se ha peinado y lavado. Martín hojea una revista. Señala a Alfredo un sillón*)

MARTÍN (*Distraídamente*) ¡Siéntese! ¡Está en su casa!

ALFREDO (*Al borde del sillón*) Bonito departamento . . . ¿Suyo?

MARTÍN (*Sin levantar la vista de la revista*) Mío. Pagado hasta el último centavo.

ALFREDO —¿Toda la propiedad es suya, creo, no? Digo, ¿el departamento del lado, las tiendas a la calle, el patio?

MARTÍN —Todo.

ALFREDO —Sí, la Inesita me contó. (*Pausa*) Debe ser gran cosa, tener casa propia . . . hacerle cosas, clavarles clavos . . . (*Ríe confundido*) En las piezas arrendadas, uno nunca sabe si clavar clavos, o usar los que están . . . En una pieza que arrendé en Recoleta, clavé un clavo, y con el temblor se vino abajo la cortina del baño. Después, cuando quise afirmar la cortina, se me cayó parte del enyesado . . . Desde entonces le doy gran importancia a eso: a la posibilidad de clavar clavos . . . no causar problemas. (*Silencio embarazoso, en que Alfredo circula la mirada, por el poster*) ¿De Sevilla? . . . ¿Ha estado en Sevilla?

MARTÍN —¿De modo que conoce a «la Inesita», eh?

ALFREDO —Oh, sí . . . Desde el día que entré a secarme, ¿recuerda?

MARTÍN —Es mi sobrina.

ALFREDO —Sí, lo sé. ¡Y vaya la opinión que tiene de usted! ¡Si fuera por ella, le levanta un altar! (*Ríe*)

MARTÍN —Sí, ya sé, y es por eso que tengo que seguir velando por ella . . . Porque usted sabe que soy yo el que velo por ella, ¿no? (*Alfredo asiente*) Es sólo mi sobrina política, pero como soy el hombre de la casa tengo que velar por las mujeres que viven en ella . . . Al menos, es lo que se estila en España, y fui educado español.

ALFREDO —Es bueno que así sea.

MARTÍN —Sí, es bueno, y le doy gran importancia que eso se sepa. (*Se levanta de pronto con exagerada vivacidad*) ¿No se serviría un trago antes de almorzar?

ALFREDO —Bueno. (*Martín va y regresa con una botella que saca de una alacena. Sirve dos copas, una de las cuales pasa a Alfredo*)

MARTÍN —Licor de ajenjo, lo preparo yo mismo . . . ¡Salud!

ALFREDO —¡Salud!

MARTÍN —¿Qué le parece? (*Antes que Alfredo pueda responder*) ¿De modo que conoce a mi sobrina, eh?

ALFREDO (*Levemente incómodo ya*) Sí.

MARTÍN —¿Ha salido con ella?

ALFREDO —Salimos, sí.

MARTÍN —¿Y, qué hicieron? ¿Digo . . . dónde fueron?

ALFREDO —Al cine.

MARTÍN —¿Al cine, eh? . . . ¿Y qué opinión se ha formado de ella?

ALFREDO —¿Yo?

MARTÍN —Sí, usted, sí.

ALFREDO —Bueno, me parece . . . me pareció una . . .

MARTÍN —«Un buen cuero» . . .

ALFREDO —¿Cómo dice?

MARTÍN (*Con forzada jovialidad*) Digo que le pareció «un buen cuero» . . . ¿O es que no la encuentra buenamoza?

ALFREDO —Sí, claro.

MARTÍN —Me gusta eso, ¿sabe? «Buen cuero» . . . No es que yo la use . . . ¡No, como la voy a usar yo, que ya ando por los cincuenta, y no camino por esas pistas! (*Risueño, pero agresivo*) ¡«Cuero» . . . «Mina» . . . «Panizo»! Buenas palabras; dicen un montón de cosas . . . ¿No es esa la manera como se expresan los jóvenes de hoy, cuando se encuentran ante un «buen cuero»?

ALFREDO (*Levemente picado, captando la intención*) Algunos, sí. Otros, sabemos cuándo tratamos con una señorita, y entonces decimos lo mismo que usted: «buenamoza» . . .

MARTÍN —¡Oh, sí, claro, algunos! (*Ambos beben*) Lo malo está en que les decimos nombres bonitos, mientras se resisten a nuestros engaños. Después, cuando caen al fin, les decimos «putas» . . . Los hombres somos así; vamos de un extremo al otro. (*Bebe*) Yo tenía un tío que opinaba así. La diferencia que hay entre una señorita y una puta, decía, no es más que una membranita. (*Entra Maité. Se ha puesto su mejor vestido, y arreglado el pelo. Avanza hacia Alfredo y le da la mano*)

MAITÉ —Ahora lo puedo saludar.

MARTÍN —¡Pero, miren a esta mujer! ¿No viene hecha una flor? . . . Eso le dirá las pocas visitas que recibimos en casa. ¡Viene alguien a un simple almuerzo, y revolvimos el baúl! (*Maité va hacia la cocina*)

MAITÉ —Con permiso.

MARTÍN —¡Pero, hombre, vamos, no se esté parado, ahí! ¡Siéntese! ¡Siéntese! (*Por la copa que tiene en la mano*) Buena costumbre española, ¿no le parece? Un licorcito cordial antes del almuerzo. (*Maité que trae un platito con fiambres*) ¿Sabes que el señor Urrutia me estaba contando que anda en busca de un local donde instalarse por su cuenta? (*A Alfredo*) ¿Puedo contarle, no es cierto?

ALFREDO —Sí, claro.

MARTÍN —Tiene problemas con su patrón, y ya no le ve futuro a su trabajo. Por eso, anda buscando un local donde instalarse solo, y quedarse con la clientela de su patrón, que se irían todos con él, dice . . .

ALFREDO —Bueno, lo que dije fue que sólo me llevaría algunos los que ya eran clientes míos, antes de trabajar con él.

MARTÍN —Sí, claro. De todos modos, me parece una muy buena idea. ¿No crees, mujer? (*Maité no responde, va hacia la cocina*) Siempre hay que partir con algo. Y es bueno tener ambiciones. Yo mismo, si no me hubiese decidido, un día, dejar la viña de mi tío, todavía estaría marcando tarjeta, y pleiteando cada fin de mes, sobre mi sueldo . . . (*Maité regresa con unas papitas fritas*) El problema está en que el señor Urrutia tiene poco capital de trabajo. Sólo le alcanza para un local en un barrio apartado, donde teme que sus clientes no le sigan . . . y eso me ha hecho pensar en una solución, mujer . . . Tenemos ese galpón, al fondo del patio . . . ¿No te parece una buena idea ofrecérselo? . . . Una especie de sociedad, ¿me entiendes? (*A Alfredo*) Yo pongo el local, y usted el trabajo, y como sabe si hasta le puedo dar, a veces, una manito . . . (*A Maité, que apenas logra disimular su molestia*) ¿Qué me dices, mujer? . . . Sólo sería cosa de hacer unos acomodos, sacar algunos trastos guardados, ¿no crees? (*Jovial, a Maité, que vuelve a alejarse hasta la cocina*) ¡Tendrás que acostumbrarte a mis manos sucias! ¡Qué engrase tus toallas! (*Ríe, a Alfredo*) ¿Qué me dice?

ALFREDO —Bueno, ha sido todo tan de sorpresa.

MARTÍN —Así soy yo para todas mis decisiones, amigo.

ALFREDO —Tendría que pensarlo, pero así, de primeras, me parece . . .

MARTÍN —¿. . . conveniente?

ALFREDO —Sí. ¡Más que conveniente! (*Ríe*)

MARTÍN —Sí, piénselo, amigo! Tal vez, después del almuerzo, le echamos un vistazo al local, ¿mh? Verá lo conveniente que es. (*A Maité que*

pone vino en la mesa) Y a ti, ¿qué te parece todo esto? (*A Alfredo*) De repente se quedó muda.

MAITÉ —Son cosas que tú decides. Tú sabes lo que conviene hacer.

MARTÍN —Sí, ¿pero tú le ves algún inconveniente? (*A Alfredo*) Aquí, en casa, todo se decide democráticamente.

MAITÉ —No, ninguno. Sólo que en ese galpón está mi telar, mi piano, y los baúles con mis cosas. (*Con intención*) Pero eso no es inconveniente para ti.

MARTÍN —Construiremos un cobertizo, por ahí. Con tres tablas y un par de planchas de zinc. (*A Alfredo*) Esta mujer, que usted ve tan tranquila, es todo un hormiguero de actividad, ¿sabe? Piano en su juventud, y después, telares. Tejía unos cubrecamas que eran la envidia de todo el mundo . . . ¡Y ahora, cocinera! ¡Ya verá lo que es eso! (*En ese momento entra Inés desde la calle. Se paraliza al ver a Alfredo*)

INÉS (*Sobreponiéndose*) ¡Hola, Alfredo!

ALFREDO —¡Hola! (*Se dan la mano, ante la mirada atenta de Martín*)

MARTÍN —¿Qué te parece la sorpresa que te tengo, niña? ¿Te hubieras imaginado? (*Recibe un beso de Inés en la mejilla*) ¿Cómo te fue en tu trabajo?

INÉS —Bien, tío. (*Da un beso a Maité*) ¡Hola tía! . . . Con permiso. (*Sale hacia los dormitorios, seguida por la mirada de Martín*)

MARTÍN —Una flor de niña, ¿no? (*Sale de su ensimismamiento*) ¡Bueno, pero, vamos viendo como está ese almuerzo! (*Empuja a Alfredo hacia la mesa*) ¡Ahora verá lo que es la mano de una mujer que sabe de cocina! ¡Y que no come, porque le ha dado por conservar la línea! (*Se sientan a la mesa. Se les une Inés. Maité sirve. A Inés*) ¿Y cómo estuvo el día? ¿Mucho trabajo?

INÉS —Más o menos, tío.

MARTÍN —¡Eso es! ¡Mantente alerta, niña! ¡No dejes que ese bribón de Sebastián te explote! (*Ríe exaltado*) Porque tal vez, en un futuro no muy lejano, necesitemos a una secretaria por estos lados, y le hacemos una mejor oferta que ese bribón, no es así, señor Urrutia? ¿Qué dice usted? ¿Podemos hacer el anuncio?

MAITÉ —¿Por qué no dejas que el señor lo piense primero?

MARTÍN —¡Lo está pensando, mujer! ¡Lo está pensando!

INÉS —¿De qué se trata? (*Maité espera que su marido responda, pero en vista de que no lo hace, habla ella*)

MAITÉ —De una oferta que tu tío le ha hecho al señor, de arrendarle el galpón del patio para que instale un garage . . . Pero pienso que tal vez debió esperar primero su respuesta, antes de lanzar el anuncio a los cuatro vientos, ¿no?

MARTÍN —¡Pero, para qué, si la cosa está clara, mujer! El señor Urrutia tiene que independizarse y no tiene plata para hacerlo. Yo tengo. ¿Por qué no limpiar ese galpón de todos esos trastos viejos, y ofrecerle una oportunidad? Será como encontrarse con el nido hecho, ¿no le parece, amigo? (*Dueño de la mesa, mira a Inés*) ¿Qué te parece la idea, Inés?

INÉS —Si a él le conviene . . .

MARTÍN (*A Alfredo*) Porque usted es libre para decidir por su cuenta, supongo, ¿no? ¿No es casado?

ALFREDO —No.

MARTÍN —¿Bueno, entonces? ¡Libre como un ave! ¡Libre para tomar decisiones, y ser amado! (*Sirve vino, disfruta la comida, palmotea a Alfredo en un hombro*) ¡Y si alguna vez necesita a alguien que le levante un auto, porque se le echó a perder el tecle, hable conmigo! . . . ¿Qué? . . . ¿Qué no me cree? . . . ¡No me cree, mujer! . . . ¡Cuéntale como cuando yo tenía su edad, por ganar una apuesta, le quebré el espinazo a un ternero, agarrándolo de los cachos! ¿Me cree eso?

ALFREDO —Tendría que verlo.

MARTÍN —¡No me cree, de nuevo!

MAITÉ —Es verdad.

MARTÍN —¡Apuesto que tampoco me cree que soy capaz de levantarlo, ahora, aquí mismo, con su silla! ¡Con estas dos manos! (*Alfredo sonríe incrédulo, Martín se levanta*) ¡Despeja la mesa, mujer!

MAITÉ —¡Oh, vamos, hombre! ¡No creo que esto sea necesario! ¡Puedes botar al señor!

MARTÍN (*A Alfredo*) ¿Todavía no me cree? (*Impaciente*) ¡A ver, Maité, despeja las cosas! (*A Alfredo*) ¿Usted se halla capaz de hacerlo conmigo? (*Se sienta*) ¡Tome mi silla! . . . ¿Que no se encuentra capaz?

ALI —No, creo que no.

MARTÍN —Bueno, ¡obsérveme a mí, entonces! (*Alfredo se levanta*) ¡No! ¡Quédese sentado! (*Ayuda a Maité e Inés a despejar un sector de la mesa, y luego toma la silla de Alfredo de dos patas. Logra levantarla con gran esfuerzo y ponerla sobre la mesa. Alfredo, de inmediato, salta al piso. Jadeando*) ¿Y? ¿Qué me dice? ¿Lo hice o no lo hice? (*Mira sobre todo a Inés*)

MAITÉ —¿Y qué probaste con eso?

MARTÍN (*A Inés siempre*) Pero, lo hice, ¿no? ¡Lo hice! (*La escena se oscurece*)

ESCENA CUARTA

Dos semanas después. Un sábado por la tarde. Martín, con chaqueta de casa nueva y aspecto general cuidado, limpia una escopeta. Después de un rato entra Maité. Acarrea objetos decorativos en un canasto, que después de pasarles un paño distribuye por el living. Martín observa su actitud agraviada.

MARTÍN —Bonito florero es. ¿Fue el que compramos en Miami, hace dos años? (*Maité abandona la habitación sin responderle, regresa luego con otros objetos*) ¿Por qué lo tenías guardado?

MAITÉ (*Con frialdad*) ¿Qué cosa?

MARTÍN —El florero ese.

MAITÉ (*Dura*) No podemos tener en casa todas las cosas que hemos ido comprando.

MARTÍN —Sí, es cierto. (*Otra pausa*) ¿Mucho polvo en esa bodega?

MAITÉ (*Por unos libros*) ¿Y esto? ¿Dónde quieres que lo ponga?

MARTÍN —¡Ah, la enciclopedia! ¡Me había olvidado de eso! ¡Creo que nunca le alcancé a echar una mirada!

MAITÉ —¿Dónde la pongo?

MARTÍN —Métela en el closet.

MAITÉ —Ya no queda espacio en el closet.

MARTÍN —Bueno, ponlo bajo mi cama, entonces. Ya le encontraré sitio. (*Maité desaparece con los libros. Se cruza con Inés, que renguea tratando que no se le salga una bota suelta*)

INÉS —¡Tío, sea bueno! ¿Por qué no me ve este cierre que no funciona?

MARTÍN —¡A ver, niña! ¡Pon tu pie, aquí! (*Pone el pie de Inés sobre su rodilla*) Pero, ¿qué le hiciste a este cierre? ¡Mira que manera de forzarlo! ¡No dejaste un solo diente en su lugar!

INÉS (*Con ternura*) Canas . . . (*Le toca la cabeza*) ¿Más canas que las que mostramos, cuando damos la cara, mh?

MARTÍN —¡Vamos, niña! ¡Mantén firme el pie!

INÉS —¿Y una tonsurita también, eh? . . . ¿Y esa cicatriz tan fea? . . . ¿Huellas de alguna batalla?

MARTÍN —¡Te digo que afirmes el pie! ¿Cómo quieres que te arregle este lío que dejaste? (*Maité pasa con el canasto vacío hacia el exterior. Al pasar, observa la escena. Sale*)

INÉS —¿Qué le pasa a la tía? Hace días que anda enojada. Creo que está molesta porque tiene que despejar ese galpón.

MARTÍN —A ver, creo que mejor te sacas esa bota. No me dejas trabajar así. (*Ayuda a Inés a sacarse la bota. Ella se sienta a su lado y lo mira trabajar. No hay duda que se siente a gusto a su lado*)

INÉS —Tío . . . ¿Alguien le ha dicho, alguna vez, que usted ronronea?

MARTÍN —¡Oh, vamos! ¿Qué estás diciendo?

INÉS (*Muy cerca de él*) Es cierto, ronronea . . . Como los gatos, cuando están al sol. O como el río cuando pasa bajo el puente . . . O como los troncos de los árboles, cuando los mece el viento . . . En verdad, no es sólo un ronroneo; es más bien un rumor . . . Un rumor sordo y profundo . . . Yo, al menos, lo escucho . . . ¿Cree que estoy loca, por decirle esto?

MARTÍN —¡Más chiflada de lo que te imaginas! (*Riendo*) Por algo, Maité me cuenta que escribes poesías . . .

INÉS —Hay hombres que silban . . . otros crujen . . . otros chirrían que dan ganas de taparse los oídos . . . Usted ronronea . . . Siempre he pensado que usted debería manejar locomotoras (*Le toma las manos que él quita*) . . . con esas manos grandotas y firmes, sujetando las palancas.

MARTÍN —¡Oh, niña, déjame trabajar! ¡Qué cosas dices! ¡Nunca he oído nada más increíble!

INÉS —Hay hombres que me hacen pensar que deberían ser . . . bailarines . . . o guaripolas . . . o encantadores de serpiente . . . Alfredo, por ejemplo, es un afilador de cuchillos, con un pito agudo . . . Alfredo emitie pitos.

MARTÍN (*Con dificultad*) ¿Te gusta?

INÉS —Me gusta y no me gusta . . . Me entretiene.

MARTÍN —¿Lo quieres?

INÉS —No.

MARTÍN —¿Te gusta algún otro? (*Silencio de Inés*) En verdad, siempre creí que te gustaba calladamente, pero que te habías . . . desengañado.

INÉS —A mí no me gustan los muchachos de mi edad, tío. (*Le toma la cara impulsivamente*) ¡A mí me gustan los tíos maduros! ¡Los hombres que manejan locomotoras!

MARTÍN —¡Pero, niña!

INÉS (*Tomando sus dedos uno por uno, mientras habla alborotadamente*) ¡Alfredo siempre se está moviendo, de allá para acá, como un gallo que agita las alas! . . . ¡Quiquiriquí! . . . ¡Cacaracá! . . . ¡Y siempre está dudando de todo! . . . ¡En cambio usted es seguro, y torpe, terriblemente torpe, con esos dedos torpes que ni siquiera saben arreglar un cierre-eclair! (*Le arrebata la bota*)

MARTÍN —¡Vamos, niña! ¿Qué haces? ¡Si aún no he terminado! (*Inés corre con la bota por la habitación. Renguea*)

INÉS —¡Usted no sabe! ¡Usted no sabe! . . . ¡Usted no sabe nada! (*Martín le da caza y recupera la bota*)

MARTÍN —¡Vamos, tú si que eres, a veces, más loca que una cabra! (*Vuelven a sentarse jadeando. Maité, que ha aparecido en la puerta al exterior con el canasto lleno de otros objetos, observa la escena, sin ser vista. Ha arreglado al fin el cierre*) ¡Ya está! ¿Cómo andamos ahora? ¡Dame tu pie! (*Inés deposita un pie triunfador sobre la rodilla de Martín, que le calza la bota. El cierre funciona*)

INÉS (*Dándole un beso sonoro en la frente*) ¡Gracias! (*Le toca la cabeza*) ¡Canitas! (*Sale vivazmente. Martín la sigue con la vista. Reanuda la limpieza de su escopeta. Maité regresa con un fumigador de jardín*)

MAITÉ (*Alterada*) ¿Dónde pongo esto?

MARTÍN —¿Y eso, qué es?

MAITÉ —Un fumigador. ¿Es obvio, no?

MARTÍN —Ponlo en el garage. No nos servirá de mucho ahora.

MAITÉ —Así es. Una vez pensamos tener casa con jardín, pero lo cambiamos por un patio de cemento . . . como hemos cambiado muchos de nuestros planes . . . (*Va a salir*)

MARTÍN —¿Y a ti, qué te pasa? ¿Por qué me hablas en ese tono? ¿Parece que me culparas de algo?

MAITÉ —¿Te parece?

MARTÍN —¿Por lo clavos de Cristo, qué te pasa?

ME (*Enfrentándolo*) ¡Ni siquiera me preguntaste si estaba de acuerdo que ese hombre viniera a ocupar nuestro patio! ¿Me preguntaste? ¿Me preguntaste acaso? (*Ante la expresión de sorpresa de él*) ¡Hasta ahora, siempre discutíamos, al menos, las cosas! ¡Ahora, lo decides todo por ti solo!

MARTÍN —¿No estás de acuerdo, entonces?

MAITÉ —¡No! También soy parte de esta casa, no? (*Martín le hace señas que baje la voz*) ¡Oh! ¡Qué fastidio! ¡Tener que hablar siempre en voz baja, por culpa de esa muchacha! . . . ¡Ese patio ya está todo lleno de grasa, de huaipes sucios y de aceite! ¡En unos días más, tendré que colgar mi ropa entre la chatarra!

MARTÍN —¡Pero, Maité, por Dios, lo hago todo por la niña!

MAITÉ —De eso, ya no estoy tan segura . . .

MARTÍN —¿Qué quieres decir? (*Maité va a salir, pero él la detiene con su voz*) ¡Maité! ¡Ven! (*Ella titubea*) ¡Ven aquí, te digo! ¡Siéntate! (*Ella obedece a regañadientes, no lo mira*) ¿No has notado que la niña anda más contenta? Parece otra. Un poco de grasa en el patio, no es mucho precio para darle esa felicidad, ¿no crees?

MAITÉ (*Lo mira ahora*) No me gusta esto, Matute.

MARTÍN —¿Qué es lo que no te gusta?

MAITÉ —Ten cuidado, hombre. No dejes que esto se te vuelva una obsesión.

MARTÍN —¿Obsesión? ¿De qué estás hablando?

MAITÉ —La niña es sólo tu sobrina . . . No dejes que te crezcan sentimientos de los que podrías arrepentirte. (*Aparece Inés luciendo un vestido nuevo. Gira sobre sí misma*)

INÉS —¡Miren! ¿Qué les parece este vestido nuevo que me compré?

MAITÉ —Bonito. Te queda muy bien. (*Maité sale. No puede resistir la situación*)

INÉS (*Mirándola salir*) La vendedora me convenció que me asienta el verde. ¿Cree que me asienta, tío?

MARTÍN —A ti, todo te asienta. ¿Dónde vas?

INÉS —A un concierto, al parque.

MARTÍN —¿Con Alfredo?

INÉS (*Sentándose a su lado*) ¿Qué le pasa, tío? Se ve preocupado.

MARTÍN —Nada, niña.

INÉS (*Le enlaza un brazo*) ¡Sí, sí! ¡Está preocupado! ¡Está triste! . . . ¡Yo no quiero que esté triste! ¡Si lo está, me pongo a llorar!

MARTÍN —Oh, vamos, es sólo una pequeña pena pasajera.

INÉS (*Acurrucada a él*) ¡Es qué yo no quiero que sea ni siquiera «una pequeña pena pasajera»!

MARTÍN ¡Oh, niña, niña, qué cosas dices! (*Ahogado*) Dime . . . ¿Si te pregunto vas a ser bien franca? (*Inés asiente*) ¿Qué soy para ti?

INÉS —Mi tío.

MARTÍN —Sí, pero, lo que quiero decir . . . ¿podría ser para ti, también, como un . . . padre?

INÉS —Usted es mi padre.

MARTÍN —Sí, pero, los padres podemos ponernos a veces terriblemente exigentes . . . Quiero decir, podemos exigir un cariño que no nos pueden dar. ¿No tienes miedo de eso? (*Ella niega*) Tú, nunca me haces cariño . . . ¿Me darías un beso, por ejemplo? (*Inés le da un rápido beso en la mejilla*) ¡Oh! ¿Y por qué nunca lo habías hecho antes? Me has dado besos de saludo o de despedida, pero besos así, nunca . . . ¿Qué te pasa? ¿Me tienes miedo?

INÉS (*Juega con sus manos*) No sé . . . Será porque está la tía.

MARTÍN —¿La tía? . . . Y ella te avergüenza? (*Silencio de Inés*) Vamos, dime . . . ¿te avergüenza ella?

INÉS —No sé. Sólo sé que a veces tengo ganas de pasar abrazada a usted.

MARTÍN —¡Oh, vamos! . . . No vaya a ser que te tome en serio eso.

INÉS —¡Es verdad! ¡Es verdad! (*En un impulso irrefrenable, Inés lo abraza del cuello y apreta su cara contra la de él. En un gesto cuidadoso, luego más confiado, él pone sus brazos en torno a sus hombros. En*

un nuevo impulso, ella besa su cara y él, por un momento fugaz imperceptible casi, busca su boca para responder a ese beso. Ella se desprende de él, con juvenil inocencia, y se levanta de un salto) ¿Ve? ¿Ve como también sé ser cariñosa?

MARTÍN (*Ahogado*) Niña, Dios mío, ¿no tienes miedo que este tío, este viejo gruñón, pueda salir un día . . . enamorándose de ti?

INÉS (*Le da otro beso*) ¡Oh, vamos, no sea tontito!

MARTÍN —También soy un hombre, Inés.

INÉS (*Le toma las manos y habla mientras cuenta los dedos*) ¡Este oso tiene demasiado grandes las manos, demasiado gruñona la voz, demasiado dura la barba, para que lo quiera nadie! (*Gira una vez más ante él*) ¿Así que no le gusta mi vestido? ¡No me ha dicho nada . . . No le gusta! . . . ¡No le gusta! (*Se aleja corriendo y feliz hacia los dormitorios. Martín queda de un palmo. Asoma Maité cargando un colchón, que transporta trabajosamente a través de la puerta demasiado estrecha*)

MARTÍN (*Con fastidio*) ¿Y tú, qué llevas ahí, ahora? ¿No crees que ya está bueno de mudanzas? (*Maité se detiene*) ¿No crees que ya estaría bueno, que te pusieras a hacer las cosas de comer para el paseo de mañana?

MAITÉ —No creo que vaya a ese paseo.

MARTÍN —Vamos, ¿y me lo dices, ahora, que ya estamos encima?

MAITÉ —¡Anda tú, pues! Después de todo, la cacería es cosa de hombres, no? ¿No creo que me necesites a mí para eso, no? ¿No te parece que yo estaría demás ahí? (*La escena se oscurece*)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Una tarde calurosa de verano, un mes después. Martín, luciendo fumoir nuevo y pañuelo de seda al cuello, arregla una juguera descompuesta. Sin embargo, no puede concentrarse en su trabajo. Lo distraen gritos y risas de Inés y Alfredo, y chapoteo de agua, que acuden desde afuera. Después de un rato, va al balcón y atisba a través de la cortina entreabierta. Lo sorprende Maité, que entra con un canastillo y calcetines por zurcir. Se sienta con expresión preocupada.

MARTÍN (*Viéndola*) ¡Mira, ven a ver! ¡Ven a ver cómo se divierte esa chiquilla! (*Maité no responde*) ¡Pero ven, pues! ¡Ven a ver! (*Maité,*

acude de mala gana, mira también) ¿No parece una flor esa niña? ¡Hay que ser joven para reírse así! . . . ¿Y tiene sus formas también, no? ¡Quién se hubiera imaginado que tenía tan bonito cuerpo! (*Maité vuelve a sentarse; más risas afuera*) Pero . . . ¿qué hace ese tipo? ¡Le está secando la espalda! (*A Maité*) ¿No se puede secar ella sola? ¡Esa muchacha le está permitiendo demasiadas libertades!

MAITÉ —¡Ven, hombre, termina de arreglar esa juguera! ¡Ocúpate de lo tuyo! (*Martín regresa a su asiento. Procura trabajar*)

MARTÍN —Esa muchacha es una inocente. Deja que el vago ese le pase la toalla, y no se da cuenta la intención que tiene. (*Los gritos y risas se aproximan. De pronto se abre la puerta e Inés entra, perseguida por Alfredo. Ella luce traje de baño y él, pantalón de mezclilla recortado. Él la alcanza y la levanta en vilo. Pretende volverla al agua*)

INÉS —¡Ay, no! ¡Pero, déjame! ¡Déjame, bruto! . . . ¡Mire, tío, mire lo que me hace!

ALFREDO —¡Tú vienes! . . . ¡Te vas a venir conmigo!

INÉS —¡No! ¡Pero, no! . . . ¡Ay! (*Vuelve a salir riendo. Alfredo la arrastra en vilo. Martín puede salir al fin de su estupor. Se encamina decidido hacia la puerta*)

MAITÉ —¿Qué vas a hacer, hombre? ¿Adónde vas?

MARTÍN —¡Yo voy a arreglar a ese bruto!

MAITÉ (*Levántandose*) ¡Pero, hombre, por Dios!

MARTÍN —¿Que no viste que esa niña no quiere volver al agua? ¿No viste que ese vago no la deja tranquila?

MAITÉ —¡Pero, hombre, si es sólo un juego! ¿Qué vas a hacer?

MARTÍN —¡Me voy a arreglar a ese patán! (*Sale*)

MAITÉ (*Ahogada*) ¡Deja que esa niña haga su vida, hombre! (*Pero ya Martín no la puede escuchar. Afuera, risas y gritos y ruidos de agua de una manguera. Luego la voz de Martín*)

MARTÍN —¡Pero, ¿qué hacen? . . . ¡Miren lo que hicieron! . . . ¡Miren cómo me han dejado! (*Nuevas risas. Maité se sienta. Martín aparece con la cara, los pantalones y el fumoir mojado*) Se rió de mí . . . Se rió de mí, en mi propia cara . . . (*Desaparece en el interior de la casa. Regresa en calzoncillos, poniéndose una camisa seca. Tiende a Maité el pantalón mojado*) ¡Echaré a ese vago de mi casa! ¡Lo echaré a patadas! ¡Nadie viene a reírse de mí, en mi propia casa! . . . Lo peor de todo es que ella también se rió . . . Tomó la manguera y me mojó!

MAITÉ (*Cuelga los pantalones sobre una silla*) ¿Y qué esperabas, hombre? Los jóvenes pueden ser a veces muy crueles. Nadie sospecha lo crueles que pueden ser a veces, muchachas de esa edad.

MARTÍN —Se rió . . . Tomó la manguera y también me mojó. (*Se pone pantalones secos. Se sienta a arreglar la juguera. De pronto, se interrumpe y lanza lejos el artefacto. Con fastidio*) ¿Qué cresta tiene esta maldita juguera? ¡Le he cambiado todos los contactos, le he revisado todos los cables, y no le hallo nada!

MAITÉ —Anoche no funcionaba.

MARTÍN (*Enchufándola*) Pero, ahora, funciona, ¿ves? ¿Para qué me haces arreglar lo que no está roto? (*Va a la cocina y regresa con una cerveza. Bebiendo*) ¡Nunca debí permitir que jugaran en ese patio! ¡Uno les da la mano, les permite jugar un poco con la manguera para que se refresquen un poco, y vienen y te toman el codo! (*Bebe*) ¡Ese vago lo hizo a propósito! . . . ¡Se ha metido en nuestra casa, ancho como una locomotora, y se va apropiando de todo! (*Otra pausa. Bebe*) ¿Sabes lo que hizo el otro día? ¡Se metió en la fiambrería, y sin decir agua va, se cortó una lonja de jamón! ¡En mis propias barbas! ¿Qué me dices a eso? . . . ¡Me costó un esfuerzo sobrehumano no agarrar al tipo del culo y lanzarlo de cabeza a la calle! (*Otra pausa*) Lo que más me desconcierta, es la Inesita . . . A veces, no sé como tomarla. ¡El tipo le tiene trastornado el seso! . . .

MAITÉ (*Aventurándose*) Te ocupas demasiado de ella, Matute.

MARTÍN —¿Cómo, qué me ocupo demasiado?

MAITÉ —Tu trajiste a ese joven a la casa. ¿Qué quieres ahora? ¿Que las cosas ocurran sólo como tú lo deseas?

MARTÍN —¿Y eso, qué significa? ¿Que estás de acuerdo que ella también se ría de mí?

MAITÉ —Es joven. Sólo juega el juego que tú le provocaste.

MARTÍN —Mira, a ti, parece que ella no te gusta nada, ¿eh? (*Silencio de Maité*) ¡Vamos, dime! ¿Tienes alguna queja contra ella? Hace tiempo que la mantienes como congelada . . . ¿La culpas de algo?

MAITÉ (*Afligida*) ¡Oh, Matute . . . es que tengo miedo!

MARTÍN —¿Miedo? ¿Miedo de qué?

MAITÉ —¿Que no ves que están sucediendo cosas que nunca nos habían pasado? . . . ¿Que no ves que es como si algo que estaba muy ordenado se estuviera desordenando?

MARTÍN —No te entiendo.

MAITÉ —¡Tú me preguntaste, Martín! ¡Tú me preguntaste!

MARTÍN (*Perplejo*) ¿Qué pasa? . . . ¿Que crees, acaso, que esa niña ha tenido alguna clase de enredo con el tipo? (*Maité niega con movimientos de cabeza*) ¡Bueno, dime, entonces, por la cresta! ¿Qué mierda es? ¡No soy adivino!

MAITÉ —Oh, Martín, ¿qué estás diciendo? ¿Qué no ves que piensas demasiado en ella? (*Pausa*)

MARTÍN —¿Pienso? (*Se levanta*) Pero, ¿que no entiendes, entonces? Esa muchacha está allí abajo, dejándose manosear por el tipo, ¿y quieres que no me preocupe por ella? . . . ¿Qué clase de tía eres? . . . ¿Es tu sobrina, no? . . . ¿O no es, acaso, *tu* sobrina?

MAITÉ —¡Oh, Martín, tú los juntaste! ¡Tú forzaste toda esta situación! ¿Qué es lo que quieres, ahora? (*Sale hacia la cocina. De afuera llegan nuevas risas. Se escuchan pasos precipitados. Es Inés que entra excitada, jadeando. Pasa corriendo hacia su habitación*)

INÉS —¡Mire, tío! ¡Mire cómo me ha dejado ese bruto! (*Les muestra el pelo desordenado*) ¡Quería atarme las manos a la espalda, con la toalla! (*Desaparece. Regresa casi de inmediato con cigarrillos, que muestra a la pasada*) ¡Nos quedamos sin cigarrillos!

MARTÍN —¡Inés!

INÉS (*Deteniéndose*) ¿Sí, tío?

MARTÍN —¿No te parece que no deberías correr así por la casa?

INÉS —¿Así, cómo, tío?

MARTÍN —¡En traje de baño! . . . Hay hombres en la casa vecina. La escala se ve de toda la cuadra.

INÉS —¿Y qué tiene? ¿Cree que no han visto nunca una mujer en traje de baño? (*Se acerca a él*) ¿A usted le importa?

MARTÍN —No, niña, a mí no, es que . . .

INÉS (*Dándole un beso fugaz en la frente*) No importándole al oso gruñón. (*Sale corriendo tan feliz y despreocupada como entró. Martín grita hacia la cocina*)

MARTÍN —¡Maité! (*Sale Maité secando unos platos*)

MAITÉ —¿Sí?

MARTÍN —¿Has visto como anda por la casa, esa sobrina tuya? ¡Exhibiéndose en esa tirilla, como si esto fuese la playa! ¿Quién le compró esa cosa?

MAITÉ —Yo . . . Inés y yo. Fuimos juntas.

MARTÍN —¿Y a ti te parece bien? . . . ¿Comprarle esa indecencia, para que se ventile como una perdida cualquiera?

MAITÉ (*Después de considerarlo un breve lapso*) No voy a discutir contigo mientras estés en ese estado. (*Quiere encaminar hacia la cocina, pero la detiene el grito de Martín*)

MARTÍN —¡Se está volviendo a reír de mí! ¡Anda en esa facha, cuando sabe que a mí me molesta! ¡Oblígale a mostrarme un mínimo de respeto!

MAITÉ —Martín, ¿serías capaz de escucharme y no gritar, si te digo lo que te está pasando? . . . ¿No te das cuenta que te estás dejando arrastrar a sentimientos que no te corresponden? . . . ¿Cómo esperas no sufrir humillaciones, si la persigues todo el día? . . .

Pasas haciéndote presente; quieres ser uno más en la comparsa, y . . .

MARTÍN —Tú estás celosa.

MAITÉ —¡Oh, no!

MARTÍN —Sí, lo estás. Dices todos esos disparates sólo porque me preocupo un poco por esa niña.

MAITÉ —¡Lo que quiero es no verte sufrir, hombre!

MARTÍN —¿Sufrir? ¿Cómo puedo sufrir si estoy haciendo la felicidad de esa muchacha? ¿Cómo puede alguien sufrir por eso? . . . Con la Inesita ha entrado la luz en esta casa . . . ¡Es la luz, para ti y para mí! (*Maité se va desesperando*) ¡No, mujer! ¡No te desesperes! ¡Vas a ver! Vas a ver como pongo a ese tipo en su lugar, y volverá a reinar el orden en este hogar.

MAITÉ —¡Oh, Martín, tú no quieres ver! (*Sale alterada*)

MARTÍN —Oh, vamos, mujer, ¿qué haces? ¿Por qué te vas? ¡Háblame! (*Maité entra en la cocina, grita tras ella*) ¡Contéstame! ¿Qué mierda pasa? (*Entra Inés. Se ha puesto una salida de baño. Se deja caer junto a Martín. Apoya la cabeza contra el respaldo*)

INÉS —¡Oh, estoy agotada! ¡Alfredo es un loco!

MARTÍN (*Junto a ella, mirando su cuerpo, que se muestra bajo la salida entreabierta*) No deberías correr tanto, niña . . . Con eso que comes, que es para un pajarito, no eres la más robusta.

INÉS —¿Sabes que me estaba contando que lo había secuestrado un ovni? ¡Tiene unas quemaduras en un muslo, y dice que se lo hicieron los marcianos! ¡Es un tonto, y tan divertido!

MARTÍN (*Torpe, conturbado*) Creí que no te gustaba que te mintiera.

INÉS —A veces me gusta, a veces es bueno que a una le mientan . . . Hay mentiras que son un alivio.

MARTÍN —Desde que permití que usaran esa manguera en el patio, ese muchacho abandona su trabajo. Se está convirtiendo en un vago.

INÉS —¡Sí! ¡Es tan loco! ¿Sabes en qué anda ahora? Fue a dejarle el auto a una cliente a su casa, y se volverá en traje de baño, por la calle.

MARTÍN —Esa es una falta de respeto. Yo no permitiría que llegaran en esa facha a mi casa.

INÉS —¿Qué sabe él de eso?

MARTÍN —¿Te gusta ese muchacho, no es cierto?

INÉS —¡No es la primera vez que me pregunta eso!

MARTÍN —La otra vez no me contestaste. ¿Te gusta o no?

INÉS —Mmh . . . digamos que «me divierte» . . .

MARTÍN —Lo que yo me pregunto es: ¿Cómo puedes pasar todo el día con alguien que sólo «te divierte»?

INÉS —¿Qué pasa? ¿Está celoso?

MARTÍN —Es la segunda vez que me preguntas eso. No bromees con eso.

INÉS —¡Oh, qué susto me da! (*Quiere tomar la cara de Martín, pero éste la rehusa y le toma las manos*) ¡Oh, el oso está celoso! ¡El oso está celoso! (*Riendo*) ¡Tío Matute está celoso!

MARTÍN —¡Vamos, no me llames así! ¡Sólo permito a Maité que me llame así!

INÉS —¡Oh, y está enojado también! ¡Tío Matute está enojado!

MARTÍN (*Sujetándola más firme*) ¡Te digo que no bromees! (*Breve forcejeo, en que asoma de a poco el susto en Inés*) También te estás «divirtiendo» con esto, ¿mh? . . . Vamos, dime, te «diviertes» con todo, ¿eh? . . . Te «diviertes» con ese tipo, te «diviertes» conmigo, y «te diviertes» con todo el mundo, ¿eh? . . . ¿No crees que podría llegar el día en que alguien quisiera «divertirse» contigo, niña?

INÉS —Pero, tío.

MARTÍN (*Más forcejeo*) ¡Ya no eres una niña, Inés! ¿No crees que andar por ahí, en esa facha, podría traerte problemas con los hombres?

INÉS —Pero, tío.

MARTÍN —¿O es que no sabes que existe esa cosa llamada «hombre»? ¡Eres una niña extraña, Inés. Tratas con un hombre, y haces como si no existiera! . . . ¿Qué pasa contigo? (*Los ojos de Inés recorren, ahora, locamente su cara*) ¿Qué no te das cuenta que para mí, tampoco eres ya una niñita? . . . ¿Qué soy para ti, dime?

INÉS (*Debilmente*) Mi tío.

MARTÍN —«Tu tío», ¿eh? . . . Ese gordo bonachón, medio idiota, medio blandenque, que anda por ahí en pantuflas, y que se deja llamar «Matute», ¿eh? ¡¿Eso soy para ti?!

INÉS —¡Yo lo quiero mucho, tío!

MARTÍN —Ah, sí, eh? ¡¿Me quieres mucho?! ¿Pero quieres mucho más a Alfredo, eh?

INÉS —¡No, tío, no! (*El forcejeo se ha convertido ahora en una lucha de parte de ella por zafarse de esas manos que la aprisionan*)

MARTÍN —¿Por qué? . . . ¿Porque es joven? . . . ¡¿Porque es joven y te hace sentir cosas jóvenes?! . . . ¿Porque es un amor posible? . . . ¡¿Porque es un amor posible, y el de un tío viejo como yo, no es posible?!

INÉS (*Un grito ahora*) ¡Yo no quiero a Alfredo!

MARTÍN —¡Entonces tal vez me quieras a mí! (*Breve paralogización. Ambos se miran, se escrutan*)

INÉS —No, tío . . .

MARTÍN (*Busca su boca para besarla*) Entonces, tal vez.

INÉS —¡No, tío!

MARTÍN —Tal vez lo que quieres es un beso de alguien . . .

INÉS (*Caen sobre el sofá. Ruedan al piso*) ¡No, tío! ¿Qué está haciendo?

MARTÍN —Tal vez yo también tengo derecho a . . .

INÉS —¡Tío! ¿Qué está haciendo? ¡Déjeme! (*Se zafa de él, se levanta*) ¡No haga eso conmigo! (*Se aleja de él con horror*) ¿Qué es lo que ha hecho, por Dios? . . . ¡¿Que no ve que soy su sobrina?! (*Sale corriendo hacia el interior de la casa*)

MARTÍN (*Se levanta, la sigue*) ¡No, niña! ¡Ven! ¿Pero qué haces? . . . (*Se escucha una voz, una puerta se cierra violentamente*) Sólo estaba tratando de . . . ¿Qué estás haciendo, niña? (*Golpes en la puerta*) ¡Ábreme! . . . ¡Vamos, abre! ¡Déjame explicarte! . . . (*Más golpes*) ¿Qué estás haciendo? . . . Niña . . . (*Después de un rato asoma Martín. Desolado. Abatido. Casi de inmediato lo sigue Maité*)

MAITÉ —¿Qué pasa? ¿Qué le hiciste a la niña, Matute?

MARTÍN (*Con ferocidad y dolor*) ¡No me llames «Matute»! . . . ¡No soy ningún «Matute» blandengue o idiota! . . . ¡¿Qué están tratando de hacerme en esta casa?! . . . ¡¿Por la puta, que ya no hay nadie que me respete?! (*La escena se oscurece*)

ESCENA SEGUNDA

La mañana siguiente. Es la hora del desayuno. Maité, en bata, cose un vestido ante la mesa del comedor. Después de un rato, entra Inés, en bata también. A ambas las afecta una sensación de embarazo. Inés va a la cocina.

INÉS —Buenos días, tía . . .

MAITÉ —Buenos días. (*Inés retorna con una taza de café. Se sienta ante la mesa*) ¿No me vas a dar un beso? (*Inés le da un beso*) Son más de las ocho. ¿No vas a llegar tarde a tu oficina? (*Inés responde con un gesto vago. De pronto se pone a llorar silenciosamente*) ¡Oh, vamos, niña . . . no es para tanto!

INÉS —¡Oh, tía! ¡Soy mala! ¡Muy mala! . . . ¡Nunca pensé que lo tomaría así!

MAITÉ (*Esperando que se calme un poco*) Sí, nunca pensaste, pero son cosas que pasan, niña.

INÉS —¡Si hubiera pensado que el tío lo iba a tomar así, nunca, nunca le hubiera hecho cariño!

MAITÉ —Tal vez eso habría sido mucho peor, ¿no crees? (*Inés se limpia las lágrimas en la manga, Maité le pasa un pañuelo*) ¡Vamos, suénate! (*Inés se suena*)

INÉS —Siempre quise ser sólo . . . afectuosa con él . . . ¡Oh, usted debe odiarme! (*Maité guarda silencio*) ¡Pasando todas esas cosas en presencia suya!

MAITÉ (*Tras pausa*) Sí . . . He sentido rabia, no lo puedo negar . . . Tampoco te puedo culpar a ti, por todo, pero en cierto modo, has actuado mal, Inés. (*Inés no la mira. Enreda el pañuelo*) No puedes ser tan desaprensiva con lo que provocas. Nada de lo que haces deja de tener efecto en los demás, Inés.

INÉS —¡Pero, el tío! Nunca pensé que lo tomaría de esa manera!

MAITÉ —¿Y por qué no? (*Inés la mira*) ¿Sí, por qué no? . . . Tu tío es un hombre muy solo, Inés. Sale en las mañanas y se mete en esa tienda durante todo el día; siempre solo entre cuatro paredes. Una vida sin estímulos, ni compromisos . . . Una rutina sin más horizonte que volver a su casa en las tardes, igual que todos los días . . . ¿No crees que en un hombre así pueden formarse necesidades que no sospechamos? (*Inés asiente*) Has herido a ese hombre, Inés . . . y, por eso, tendrás que irte . . . ¿Tú comprendes eso, no? . . . ¿No queremos que el hombre siga sufriendo, no te parece? (*Inés comprende*) Tengo una amiga que tiene una pensión para estudiantes. Le escribiré a tu madre, dándole alguna explicación; ya encontraré que decirle.

INÉS —¡Nunca! ¡Nunca más confiaré en nadie!

MAITÉ —Al contrario, Inés; tienes que seguir confiando, pero en un hombre que pueda ser tu compañero.

INÉS —¡No! ¡Nunca, nunca más lo haré! (*En ese momento aparece Alfredo. Viste overall sucio de grasa y un gorro de lana que se saca al entrar*)

ALFREDO (*Alterado*) ¿Qué le pasa a don Martín?

MAITÉ —¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

ALFREDO —¡Está hecho un loco . . . retando a todo el mundo! ¡Acaba de sacar a gritos a un fulano de la fiambrería! ¡A mí mismo, me subió y me bajó ante unos clientes! ¿Qué le pasa?

MAITÉ —Ha tenido algunos problemas, Alfredo. Habrá que tener paciencia.

ALFREDO —¿Pero por qué carga conmigo? ¿Qué le he hecho yo?

MAITÉ —¿Qué te pasó?

ALFREDO —¡Viene y entra a mi taller, y sin fijarse con quién estoy, me lanza a la cara que le robé un alicate! Yo no le he robado ningún maldito alicate! ¡Tampoco tiene por qué venir a ofenderme ante mis clientes!

MAITÉ —Ya se le pasará . . . Ya te pedirá disculpas por lo que ha hecho.

ALFREDO —No. Eso ya no tiene arreglo.

MAITÉ —¿Por qué? ¿Qué pasa?

ALFREDO (*Sentándose maquinalmente*) Me dijo que se acabó el convenio. Me pidió el taller . . . Nos fuimos de palabras . . . Me gritó que estaba cansado de ver como le llenaba todo de grasa; que su patio parecía una chanchera . . . Después me acusó de vago; que no hacía nada en todo el día, que estaba cansado de alimentar zánganos . . . (*Va hacia Inés*) Y luego me acusó que te he estado molestando . . . ¿Es verdad eso? (*Inés esquiva su mirada*) Dime, pues . . . Te he estado molestando?

MAITÉ —Cuando un hombre tiene problemas, dice cosas que se le vienen a la mente, Alfredo; no tienes que tomar sus palabras al pie de la letra.

ALFREDO —¿Pero por qué dice que la he estado molestando? (*A Inés*) ¡Dime, pues! ¡Aquí, delante de tu tía!

INÉS —Tú sabes que no.

ALFREDO —¡No! ¡No lo sé! Si lo dice, por algo será . . . ¿Te han estado molestando mis bromas? (*A Maité*) Nunca le he faltado el respeto, señora Maité.

MAITÉ —Sabemos eso, Alfredo; no te preocupes . . . Aquí ha sucedido algo que nada tiene que ver contigo. Vuelve tranquilo a tu taller, que yo hablaré con Martín.

ALFREDO —Eso no será tan fácil. Me llamó ladrón ante todo el mundo. ¿Quién me lavará la cara ante mis clientes?

MAITÉ —Hablaré con Martín, ya te dije . . . Él te pedirá disculpas, ya verás.

ALFREDO —Señora Maité, ¿puedo pedirle una cosa?

MAITÉ —Dime.

ALFREDO —¿Me deja solo un rato con la Inesita?

MAITÉ —Si tú me lo pides. (*Sale hacia los dormitorios*)

ALFREDO (*En cuanto quedan solos*) Tu tío, ¿ves? . . . ¡Pasó lo que yo temía! . . . ¿Te lo dije, ves? ¿No te lo dije? ¿Que te estabas pasando de cariñosa con él? . . . ¿Que tuvieras cuidado?

INÉS —Es que yo nunca pensé.

ALFREDO —¡Claro! ¡Tú nunca piensas! ¡Vives, nada más! ¡Dejas que las cosas te lleguen del cielo, y las gozas, y no te das cuenta del dolor que vas dejando! . . . ¿No te dije eso, también? ¿Que era malsano alimentar esperanzas? (*Inés ha estado eludiendo su mirada, lo mira ahora*) Yo mismo . . . Me engañé por la forma como actuabas conmigo; me formé ideas que después no llegaron a nada.

INÉS (*Desesperada*) ¡Es que yo te quiero a ti, y quiero al tío, y quiero la vida! Quiero a todo el mundo! ¡¿Por qué hay que querer con ese amor tan posesivo, para que acepten que una quiere de verdad?!

ALFREDO —¡Porque el amor no es lo que tú crees, Inés! ¡Esa tarde agradable, ese picnic en el campo! . . . ¡El amor es un compromiso muy

fuerte, muy entero! ¡Hay que comprometerse para querer! (*Se calma*) Tú crees que con un coqueteo lo dices todo, ¿pero dónde estás tú, tu persona, en ese beso que regalas tan de pasada? . . . (*Inés llora*) ¿Dónde estás tú, de verdad? (*Larga pausa, Alfredo la sienta en un sillón, se pone a su lado*) ¿Y qué vas a hacer ahora? . . . Tendrás que irte, supongo . . . Tu tía quiere que te vayas, ¿no es cierto? (*Inés asiente muda*) ¿Te puedo ayudar en algo? . . . ¿Cuándo te vas? (*Inés se encoge de hombros y cae en un llanto desesperado; él la acoge con sus brazos*) ¡Ya . . . ya, niñita, si no es para tanto . . . Ya verás como el vivir sola te va a hacer bien . . . Lavarte tu misma tus pañales, te hará mujer . . . Yo no te quitaré mi cariño por lo que ha pasado; cuenta conmigo . . . (*Inés se calma, se aprieta contra él*) Bueno, tengo que irme, ahora . . . (*Se levanta van abrazados hacia la puerta*) Cuando te vayas, avísame, ¿mh? (*Ella asiente*) Te llevo tus cosas . . . (*Le da un beso en la cara y sale. Inés va hacia los dormitorios. Luego entra Martín. No ve a nadie. Grita*)

MARTÍN —¡Maité! . . . ¡Maitéee! ¿Dónde estás? (*Aparece Maité en el pasillo*) ¿Qué hacía ese vago en casa? ¿Te vino a llorar?

MAITÉ (*Con naturalidad*) Vino a contarme que le habías pedido el taller.

MARTÍN —¿«Pedido»? ¡Echarle afuera, eso es lo que hice! . . . ¡Fuera, con cajas destempladas! ¡Me cansé de alimentar vagos! . . . ¿Hay cerveza en casa? (*Se dirige hacia la cocina. Maité se le adelanta*)

MAITÉ —Yo te traeré. (*Martín se sienta ante la mesa. Maité regresa con botella y vaso. Sirve. El bebe*)

MARTÍN —¡Hay un montón de cosas que van a tener que cambiar, aquí! ¡En menos que canta un gallo, se te arma un despelote en tu propia casa! (*Bebe. Maité reanuda su costura*) ¡Nadie respeta a nadie, ya! ¡Todo el mundo hace lo que quiere! . . . ¿Sabes qué me pasó recién, mujer? . . . ¡Viene un imbécil y me acusa ante un montón de clientes que le vendí una malaya podrida! . . . Compró esa cosa en alguna parte, y me la quiso endorsar a mí, el muy sinvergüenza! . . . ¡Lo lancé de cabeza a la calle! (*Escucha una puerta que se cierra*) ¿Quién anda ahí?

MAITÉ —La niña.

MARTÍN —¿Qué está haciendo en casa? ¿No tiene oficina, a esta hora?

MAITÉ —No va a ir, hoy día.

MARTÍN —¿Y por qué?

MAITÉ —No se siente bien.

MARTÍN —Todos abusan de nosotros, mujer; sobre todo esos jóvenes . . . Creen que porque uno ya ha hecho su vida, ya no queda nada por esperar. Pues yo no he terminado con nada, mujer; tengo aún un montón de cosas que pedirle a la vida . . . (*Se levanta*) Vamos, te

invito a dar un paseo. Cerré el negocio, por hoy día. (*Maité no se mueve*) ¿Quieres ir o no?

MAITÉ —Martín, la niña se va de la casa.

MARTÍN —¿Qué dices?

MAITÉ —Que la niña se va de la casa, Martín.

MARTÍN —¿Quién dice eso?

MAITÉ —Yo lo digo, se va a una pensión. (*Martín la mira estupefacto*) Está decidido, ya hablé con ella . . . Está de acuerdo.

MARTÍN —¿La Inesita, de acuerdo? . . . ¿Y por qué? ¿Por eso que pasó ayer, y que no fue otra cosa que la ofuscación de un momento?

MAITÉ —Te digo que está de acuerdo . . . ¿Qué más necesitas?

MARTÍN —¡Pues, que ella me lo confirme! ¡No puede ser! (*Se encamina hacia los dormitorios*)

MAITÉ —Martín, ¿qué vas a hacer?

MARTÍN —Hablar con esa chiquilla. ¡Arreglaremos esto, entre los tres!

MAITÉ —¡Pero, por Dios, hombre! ¡Por una vez, actúa razonablemente!

MARTÍN —¡Al contrario! ¡Por una vez, no actuaré «razonablemente»! (*Desaparece. Se escucha su voz*) ¡Inés! (*Golpes en una puerta*) ¡Abre! ¡Tengo que hablar una palabra contigo! (*Se abre la puerta*)

VOZ —¿Sí, tío?

MARTÍN —¡Ven! Quiero que aclares una cosa, aquí, delante de la Maité.

VOZ —¡Oh, tío, por favor! Dejemos las cosas como están, ¿quiere?

MARTÍN —¡Vas a venir! ¡Es la primera cosa que te ordeno hacer! (*Aparecen Inés y Martín*) ¡Tu tía me dice que te vas de la casa, y que estás de acuerdo! ¡Quiero que confirmes, aquí, delante de ella, que eres *tú* la que quieres irte!

INÉS —¡Oh, tío, por favor!

MARTÍN —¡Vamos, dilo! ¿Eres tú . . . o sólo obedeces órdenes de tu tía?

INÉS —Soy yo, tío; yo que me quiero ir. . .

MARTÍN (*Tras breve estupor dolido*) ¿Y por qué? ¿Que no eres feliz en esta casa? ¿No te hemos tratado, la Maité y yo, con todo cariño?

INÉS —Sí, tío, claro que sí.

MARTÍN —¿Y, entonces? (*Espera*) ¿Hay algo . . . o alguien que te esté forzando a tomar una decisión que no has madurado, Inés? (*Maité se mueve para irse; la detiene la voz autoritaria de Martín*) ¡Tú te quedas aquí! (*A Inés*) ¡Vamos, dilo! . . . ¿Hay alguien que está influyendo en ti?

MAITÉ —¡Oh, Martín, por favor! ¿No te das cuenta que sólo te estás haciendo daño?

INÉS —Lo que pasa, tío, es que yo no siento por usted lo que usted quiere que sienta. (*Pausa. Los ojos de Martín van erráticamente de Inés a Maité y viceversa. Finalmente*)

MARTÍN —¿Qué? . . . (*A Maité*) ¿Qué es lo que dijo? (*Finalmente con pasión*) ¿Y qué sabes tú, chiquilla, lo que realmente sientes? . . . Siendo una mocosa, ¿sabes, puedes saber, cuándo en verdad quieres a un hombre?

INÉS —¡Oh, tío, por favor!

MARTÍN —¿Es que quieres a ese patán? ¿Es eso? ¿Crees en verdad que quieres a ese patán? . . . ¿Te está obligando a que pienses así? (*A pausa*) ¿O es que en verdad . . . me quieres a mí . . . y no te atreves a confesarlo?

INÉS —¡Oh, tío!, ¿cómo puede decir eso, estando la tía presente? (*Corre hacia su pieza. Martín pretende seguirla*)

MAITÉ —¡Oh, Martín, Dios mío! ¡Termina con esto de una vez! ¡Déjala tranquila! ¡Ya te lo dijo! . . . ¡No siente por ti lo que tú quieres que sienta! (*Martín la amenaza con un dedo*)

MARTÍN —¡Tú, cállate! ¡No te metas! ¡No puedes retenerme una vida a tu lado! . . . ¿Qué tienes tú? ¿Qué tienes tú que sea tan maravilloso, que quieras retenerme tanto? (*Un grito de Maité de la profundidad de su ser*)

MAITÉ —¿Y tú, qué tienes? . . . ¿Qué tienes, tú? (*Llora*) ¡Oh, Dios! . . . (*Pero ya Martín no puede oírla, porque ha desaparecido por el pasillo. Se escucha su voz. Golpes en una puerta*)

MARTÍN —¡Inés, abre! ¡Abre, chiquilla! ¡Quiero hablar contigo! . . . (*Más golpes*) ¡Vamos, abre! ¿Qué estás haciendo? . . . (*Más golpes*) ¡Niña! . . . (*Silencio breve*) ¿Qué pasa? . . . ¿Estabas jugando? . . . ¿Sólo estabas jugando conmigo? (*Otro golpe*) ¿Riéndote de mí? . . . ¿Riéndote de este viejo que te hacía la corte? . . . ¿Chiquilla? . . . ¿Chiquilla? (*Larga pausa. Aparece Martín. Mira a Maité. Se deja caer en un sillón. Conturbado. Ausente. Maité lo mira. Llora en silencio. La escena se oscurece*)

ESCENA TERCERA

La mañana del domingo siguiente. Maité bate el bolo en la cocina. Sale, va a abrir la ventana, pero un súbito desaliento la desanima. Apoya la cabeza en el vidrio. Deja de batir. Luego aparece Inés, con abrigo al brazo y dos maletas y un atado de libros. Se miran. Deja todo en el suelo.

MAITÉ —¿Estás lista? (*Inés asiente, con tristeza*) ¿A qué hora quedó de pasar Alfredo?

INÉS —A las nueve.

MAITÉ (*Mira su reloj*) Entonces, ya va a estar. ¿Fuiste a ver la pensión?

INÉS —Sí.

MAITÉ —¿Te gustó? (*Inés se encoge de hombros*) ¿Crees que te hallarás? (*Inés no sabe*) ¿No tomas esto como un . . . castigo, no es cierto? ¿Entiendes por qué lo hacemos?

INÉS —El tío, desde el otro día, que no aloja aquí, ¿no es cierto?

MAITÉ —Así es. Se ha instalado catre en la tienda.

INÉS —No quiere encontrarse conmigo.

MAITÉ —Por eso, y otras razones.

INÉS —¡Oh, tía, yo no quise provocar todo esto!

MAITÉ —Pero, lo provocaste, y de eso no puedes escapar.

INÉS —Yo quiero al tío . . . ¿Por qué tuvo que tomarlo así?

MAITÉ —Porque actuaste como una niña muy irresponsable, Inés. (*Ambas se han sentado en el sofá*)

INÉS —¡Pero, tía, es que yo no soy una . . . coqueta . . . una suelta! ¡Lo que pasa es que quiero a las personas, y todos me entienden mal!

MAITÉ (*Muy tranquila y segura*) No, Inés . . . Tú no quieres a las personas. (*Inés la mira espantada*) Lo que tú quieres es la imagen de las personas, lo que te imaginas de ellas . . . Pero nunca dejas de ser tú, ¿entiendes? . . . Los hombres son para ti imágenes para llenar tu fantasía . . . ¿Alguna vez, has pensado en verdad lo que ellos necesitan de ti? ¿Lo que puedes darles? (*Inés llora*) El amor es entrega, Inés.

INÉS (*Estalla, en medio de sus lágrimas*) ¿Entrega? ¿Y para qué? ¿Para que pase lo que a usted le acaba de pasar?

MAITÉ —¿A mí? ¿Qué me ha pasado? . . . Tengo veinticinco años de estar unida a tu tío, en las duras y las maduras . . . ¿Crees que eso es poca cosa? . . . Tu irresponsabilidad ha venido a proyectar la primera sombra, pero ya veremos por qué sucedió . . . y cómo ponerle remedio.

INÉS —¿Y yo? ¿Qué haré? ¿Qué será de mí?

MAITÉ —Tú vivirás . . . Y aprenderás . . . No hay nada irremediable en ti.

INÉS —¡Oh, tía, que confuso es todo!

MAITÉ —Lo es, sí . . . pero a la postre, todo se aclara. Siempre aprendemos algo . . . Nos hacemos más sabios, y más . . . tristes. (*Acaricia ahora la cabeza de Inés. Se escuchan ruidos de frenos*) Ese debe ser Alfredo. Ahora, arréglate ese pelo y sécate esas lágrimas, que

ese niño no te vea así. (*Entra Alfredo, de overall, como siempre. Alegre, expresivo, va a dar la mano a Maité*)

ALFREDO —Buenos días, señora Maité. (*A Inés*) ¿Y estamos? (*Por las maletas*) ¿Éstas son tus cosas?

INÉS —Eso . . .

ALFREDO (*Agarra las maletas*) Bueno, nos vamos, entonces . . . Dejé el motor en marcha; ando sin batería. (*Por los libros*) Esto lo llevas tú. (*Inés mira a Maité con una mirada cargada de nostalgia. Llevada por un impulso abraza a Maité*)

MAITÉ (*Acariciándola*) ¡Cuídate, chiquilla! Te pasaré a ver a la pensión. (*Inés saca un sobrecito de su cartera*)

INÉS (*Se lo pasa*) ¡Y tome! . . . Aquí le dejo esto, como un recuerdo.

MAITÉ (*Abriéndolo*) Por Dios, niña, suena como si te estuvieras despidiendo por el resto de tu vida. (*Saca un cadejo de cabello*) ¿Y esto, qué es?

INÉS —Me lo corté anoche . . . Para que no se olvide de mí.

MAITÉ —¡Gracias! ¿Pero no te vas al otro lado del mundo, no? (*La toma de los hombros*) Bueno, pero anda, ahora; no dejes esperando a ese niño. (*La escolta a la puerta*) Y a ti, ¿cómo te va? ¿Bien?

ALFREDO —Me instalé con un taller cerca del Hipódromo. Poquita cosa, pero ya tengo amañados tres clientes fijos . . . ¿Con algo se comienza, no?

MAITÉ —Así es. (*Alfredo deja las maletas para dar la mano a Maité*)

ALFREDO —Solo quería decirle una cosa, señora Maité. Quería decirle lo buena persona que es usted. No había tenido ocasión de decírselo . . . Siento mucho lo que ha pasado; en verdad, lo siento mucho.

MAITÉ —Son cosas que pasan, Alfredo. (*Alfredo retoma las maletas, cuando aparece Martín en el vano de la puerta. Luce pálido, cansado, descuidado. Clava los ojos en Inés, no ve a nadie más. Alfredo aprovecha para escurrirse con las maletas*)

ALFREDO (*A Inés*) Te espero en el auto. (*Breve situación de embarazo*)

MARTÍN (*Al fin*) ¿Te vas ya?

INÉS —Sí, tío.

MARTÍN —¿No te falta nada? . . . ¿No te hace falta nada?

INÉS —Nada, tío.

MARTÍN —¡Oh! ¡Creí que me moría, si no podía decirte, al menos, adiós! Te vamos a echar de menos, chiquilla.

INÉS —Sí, tío . . . Yo también.

MARTÍN (*A Maité*) La vamos a echar de menos, ¿no es cierto, mujer? (*Momento de embarazoso silencio*)

INÉS —Bueno, tío . . . me voy.

MARTÍN —Sí, claro. (*Ambos titubean un rato, pero luego se abrazan casi convulsivamente*) ¡Cuídate, niña . . . cuídate! ¿Te vas a cuidar, no es cierto? (*Inés no resiste más la emoción, se desprende de su abrazo y sale casi a la carrera, sin despedirse de Maité. Martín va de inmediato hacia la ventana y mira hacia afuera. Se escucha el ruido del motor que parte y se aleja. Maité se ha sentado. Sin dejar de mirar por la ventana*) Ahí va . . . ¿Qué ira a pasarle? . . . ¿Cómo la tratará la vida? . . . Casi puedo escuchar el silencio que queda, tras esa muchacha. (*Va a sentarse al lado de Maité. Pausa*) . . . ¿Y nosotros, ahora? . . . Cómo iremos . . . Crees que podremos . . .

MAITÉ —No sé.

MARTÍN —¿Perdonarme?

MAITÉ —No sé.

MARTÍN —¿Te herí, eh?

MAITÉ —Sí, me heriste.

MARTÍN —¿Y qué puedo hacer para que me . . . perdones? ¿Tú sabes que sin ti, yo no podría vivir, no es cierto? (*Maité se encoge de hombros*) ¿Lo sabes . . . o lo dudas?

MAITÉ —Ya no sé nada . . . Lo único que sé es que yo también te debo haber fallado en algo . . . Sino no me habrías hecho lo que me hiciste; pero yo no sé en qué . . . Si fuera por mí, pescaría todas mis cosas y me iría, lejos de ti . . . a pensar . . . a meditar, en todo lo que nos ha pasado . . . Entender mi parte de culpa . . . Pero sé también que eso no es la solución.

MARTÍN —¿Y qué vamos a hacer?

MAITÉ —No sé . . . Dame tiempo. (*Pausa*)

MARTÍN —¿Qué fue, mujer? . . . ¿Una locura?

MAITÉ —No sé.

MARTÍN —Un ansia desesperada por . . .

MAITÉ —No sé, Martín, no sé . . . ¡No busques más! . . . ¡Pasó, y eso es todo!

MARTÍN —¿Crees que es porque no tenemos hijos? . . . ¿De haberlos tenido, tal vez no habría actuado así?

MAITÉ —No lo sé . . . ¡Por eso, y por todo, y por nada! Tal vez ha sido por lo mezquino de nuestras vidas . . . Tú mismo lo has dicho: vivimos encerrados en nosotros mismos, en estas cuatro paredes, y eso achica la vida . . . Entonces, uno se pone a buscar ilusiones, espejismos, para llenarla de algo . . . (*Pausa*) Yo tampoco estoy libre de eso . . . (*Pausa*) . . . Debemos buscar modo de abrir las puertas de esta casa.

MARTÍN —Yo, lo único que sé es que debemos mantenernos unidos, para darle un sentido a todo esto . . . Porque si sé que hoy es domingo,

y mañana lunes, y pasado mañana martes, y sólo habrá la tienda . . . y después la cama, y luego la tienda otra vez . . . y tú no estás . . . No sé si lo resista, mujer . . .

MAITÉ —Veremos, Martín . . . veremos.

MARTÍN —¿Quieres ir al campo? . . . ¿Quieres que hagamos un paseo al campo? . . . ¿Los dos solos, esta vez; como cuando recién casados?

MAITÉ (*Tras breve pausa, con esfuerzo*) Bueno, Martín . . .

MARTÍN —Ya verás como . . . (*Maité le pone una mano sobre las suyas*)

MAITÉ —Sólo vamos al campo, Martín . . .

MARTÍN (*Entiende*) Sí, mujer . . . (*Por el bolo*) Bate esa cosa, ¿quieres? . . . Quiero oír el ruido de esta casa . . . Quiero oír el ruido que haces. (*Maité bate el bolo, primero lentamente, luego con mayor vigor, mientras cae el telón. El batido del bolo debe permanecer en la sala oscura, durante un rato, antes de que se enciendan las luces*)

TELÓN

JOSÉ
1980

PERSONAJES (*por orden de aparición*):

El abuelo
Trini, la hermana menor
Isabel, la madre
Graciela, la empleada
Estela, la hermana mayor
Raúl, el cuñado
José

ESCENA PRIMERA

Living convencional, puesto con exhibicionismo. Formal y cierto mal gusto. A la derecha, una puerta vidriera comunica a una terraza y al jardín. Al fondo, centro, puerta a despensa y cocina interior. Fondo, izquierda, escala al segundo piso, y porch de puerta de entrada de la calle, o más bien del jardín exterior.

Mediodía de una asoleada mañana de otoño.

El abuelo está sentado en una silla de jardín, frente a la puerta vidriera. Viste terno gastado. Lima una horqueta de jardín. Tiene puesto un sombrero viejo. Voces femeninas desde la cocina.

Después de un rato, entra Trini desde la cocina. 20 años. Alegre, vivaz. Viste delantal, sobre tenida juvenil. Pone crema de queso sobre un canapé de cocktail. Ve al abuelo. Algo la perturba en lo que ve. Va a la escala. Llama.

TRINI —Mamá! (*Silencio*) Mamaaaá! (*Nuevo silencio. Va hacia el abuelo*) Abuelo, no cree que eso lo puede hacer el jardinero?

ABUELO (*Gruñe*) Esos inútiles no saben usar una lima.

TRINI —Y el sombrero! Tiene que estar con el sombrero puesto? Aquí no le va a dar el sol, no? (*El abuelo sigue limando. Isabel baja la escala. 59 años. Aire cansado. Sobría elegancia*)

ISABEL —Trini, por Dios! Tienes que gritar por toda la casa, como si esto fuera la Vega?

TRINI (*Señalando al abuelo con un gesto de fastidio*) Graciela quiere saber si se le pone salsa curry a la mayonesa.

ISABEL —Anda a la cocina. Ya voy. (*Va sobre el abuelo*) Papá! Por qué no deja que eso lo haga el jardinero?

ABUELO —Porque ya le dije a tu hija . . . Esos inútiles agarran una lima, y se les quiebran los dedos.

ISABEL (*Quitándole el sombrero*) Bueno, bueno, pero esta vez vamos a dejar que lo haga él, quiere? . . . Y nos vamos a sacar el sombrero . . . (*Lo levanta gentilmente y lo empuja hacia el jardín*) . . . Y nos vamos a poner en la terraza, al solcito . . . que aquí, afuera, nada le hará mal . . . Vamos . . .

ABUELO —Hace frío, ahí, afuera!

ISABEL —Nada de eso. No nos vamos a pasar todo el día encerrados entre cuatro paredes, no? (*Salen al jardín. Se escucha su voz*) Y aquí se va a estar . . . y se va a cubrir con esta frazada . . . y le vamos a traer el álbum de fotografías de la familia . . . y nos vamos a estar quietecitos, mh? Ya verá lo bien que se va a sentir! (*Isabel aparece en la puerta vidriera*) Le traeré un vaso de leche!

ABUELO (*Su voz*) No quiero leche! Y no quiero mirar más esas malditas fotografías! Ya me tiene guatón, mirar chiquillos a poto pelado! (*Isabel cruza hacia la cocina. No hace más que desaparecer, cuando el abuelo vuelve a entrar con la silla, la horqueta y el sombrero puesto. Se instala a limar, en el mismo sitio. Refunfuñando*) Estoy con el sombrero puesto, porque me da la gana, y si me da la gana, estoy con el sombrero puesto, y ya está, mierda! Y, qué fué? (*Lima con rabia. Regresa Isabel con un vaso de leche*)

ISABEL —Pero, papá, por Dios! Qué porfiado es usted, no? Tome! (*Le ofrece el vaso*)

ABUELO —No quiero leche, te dije!

ISABEL —Papá, por favor . . .

ABUELO —No quiero, te dicen! Qué crees que soy? Un loquito del hospicio, que se mea en los calzones, y que hay que tratar como a un niño? Estoy perfectamente en mis cabales! Quiero estar aquí, con el sombrero puesto, y limar esta horqueta! Quiero estar aquí, esperando a mi nieto, caramba! Y, ahora, déjame tranquilo! O es que te avergüenza mi presencia, aquí? (*Mira fijo a su hija. Isabel se retira con el vaso. Comienza una actividad febril entre Trini, Graciela*

e Isabel, poniendo la mesa. Entran y salen de la cocina con las viandas y las bebidas. El abuelo lima)

TRINI —No, Graciela! Las copas altas atrás! Las chicas, adelante! Y no todo tan apelotonado! Los erizos junto a los langostinos! Y trae perejil, para los petit-bouchet de anchoas! (*A Isabel*) Oh mamá! Estoy tan nerviosa!

ISABEL —Eso, no tienes para qué decirlo . . .

TRINI —Oh, mamá! Cómo vendrá?

ISABEL —Cómo vendrá qué, niña?

TRINI —Coté, pués! Son siete años que no lo veo! Vendrá muy feo?

ISABEL —Oh, niña! Qué disparates dices!

TRINI —Porque si viene feo, creo que me pongo a llorar! Casi no lo recuerdo . . . Era buen mozo cuando se fue?

ISABEL —Bueno . . . no diría que tu hermano era un actor de cine, pero . . . no estaba mal.

TRINI —Crees que le gustará esta casa? A veces, creo que aunque estemos tan bien, nos va a encontrar terriblemente provincianos! Hay que tomar en cuenta que vivió en ciudades como Chicago! Oh, Chicago! Chicago! . . . Volver a una ciudad dormida, con afiladores de cuchillos y carretelas por las calles . . . Qué horror!

ISABEL —Nada de eso. Ese niño, a juzgar por sus cartas, viene muerto de nostalgia . . .

TRINI —Crees que le gustaré?

ISABEL —Claro que le vas a gustar!

TRINI —Una lolita estúpida, con las piernas flacas. Crees que sólo verá eso en mí? Crees que le gustará Cristián? Le he dicho a Cristián que, en cuanto lo vea, le hable en inglés! Oh, mamá! Creo que me voy a morir de ver a Coté hablando en Inglés con Cristián! Te imaginas? «Oh, dear Christian!» «¿Do you like my petit-bouchet de anchoas?» «No, I only smoke . . . Parliament!» (*Ríe, abraza a Isabel*) Te das cuenta, mamá, que voy a volver a tener un hermano? (*El abuelo se ha cansado de mirar a su nieta de reojo. Se levanta, ahora, y cruza hacia la escala*)

ISABEL —Adónde va, papá?

ABUELO —A mear! (*Desaparece escala arriba*)

TRINI —Oh, mamá! Tiene que ser así?

ISABEL —Es un hombre viejo, Trini. Hay que tener paciencia.

TRINI —Sí, pero tiene que ser así? Sentado en medio del living, con ese horrible sombrero puesto, y limando esa horqueta, como diciendo: «Miren aquí!» «Aquí estoy, y no soy más que un campesino ordinario, y qué!»

ISABEL —Tu abuelo nunca fue otra cosa que un campesio. Qué quieres que haga?

TRINI —No tiene por qué tirárselo a todo el mundo a la cara, no? Creo que odia esta casa!

ISABEL —Está nervioso, eso es todo. Viene su nieto, a quien siempre quiso tanto, y lo sacamos del asilo, por el día . . . Eso le produjo toda una conmoción. Ten paciencia.

TRINI —Yo no creo que sea sólo eso. Creo que le tiene envidia a esta casa!

ISABEL —Anda, niña! No digas tonterías! Vamos, apúrate! Raúl y la Estela, ya están por llegar con ese niño, y nos van a pillar con la mesa a medio poner! (*Trini va hacia la cocina. El abuelo baja la escala*)

ABUELO (*De pasada, cruzando hacia su silla*) La sopapa del water está mala. Tuve que meter la mano al agua para que levantara. Muy jai será esta casa, pero también le fallan los artefactos, como a cualquier rancho de mierda. (*Isabel se le acerca*)

ISABEL —Mire como se ha dejado es ropa, papá! Todo lleno de barro y pasto seco! (*Lo limpia. Él se defiende*)

ABUELO —Ya, deja, deja! Te da que hacer esta familia tuya, eh? «Canapés de langostinos!» «Petit-bouchet de anchoas!» Cuándo se había visto? Qué están haciendo contigo, niña?

ISABEL (*Sentándolo*) Estése callado, papá, quiere?

ABUELO —Uno de estos días te van a rociar de pachulí, y te van a envolver en una bata de raso, y entonces, qué vas a hacer? A ver, déjame ver esas manos! (*Le toma una mano, que ella quita de inmediato*) Lisa como culo de monja, apuesto! Si crees que ese hijo tuyo va a estar feliz de volver a esta casa, te equivocas. Va a vomitar todas esas cremas que le tienen preparadas. No, mi Coté! Recuerdo a ese chiquillo! Le gustaba mear contra el viento, y que se le mojaran los pantalones! Ese es mi chiquillo! No un alfeñique blando que mastica «petit bouchet de anchoas»! (*Pausa*) Tienes que hacerlo, ya comprendo. Qué puedes hacer? Lo que uno hace por un techo, y una sopa caliente, no?

ISABEL —No siga, papá, quiere?!

ABUELO (*Masculla, abatido*) Yo tengo la culpa de eso. Nunca debí vender esas tierras!

ISABEL —Ay, papá! No vuelva a eso, quiere?

ABUELO —Tu madre tenía toda la razón! «No vendas esa tierra», me aconsejó. Pero yo hice puras leseras! Te dejé a ti, ya a toda mi familia, a poto pelado! Qué otra cosa puedes hacer, ahora? Aceptar todas esas chucherías de nuevo rico de tu yerno, o morirte de

hambre! (*Isabel hace un gesto de desaliento. Quiere irse, pero la retiene una mano del abuelo*) Quién va a recibir a ese niño?

ISABEL —Raúl y la Estela, ya sabe. Fueron a buscarlo al aeropuerto.

ABUELO —Y la familia? Dónde está su familia, para recibirlo? Tu tía Emilia? Tu tía Rosa? Manuel, tu hermano? Tus primas Aguirre? Todas muy pobres para esta casa?

ISABEL —Oh, papá!

ABUELO —Ese niño se va a helar de frío en esta casa. (*Un revuelo. Trini entra corriendo de la cocina*)

TRINI —Ahí viene! Ahí viene! Son ellos! (*Isabel se agita, emocionada, un poco sin ton ni son. El abuelo acude a la puerta de entrada. Trini corre afuera. Voces*)

ABUELO (*Mirando hacia afuera*) Mira! Mira! Mira mi chiquillo! (*Trini regresa*)

TRINI (*A Isabel, con estupor e incredulidad*) Ése es él? (*Entra Estela. 30 años. Porta un viejo maletín de cuero sucio. Viste con sobria elegancia. Tras ella, entra Raúl. 40 años. Lleva una bolsa de lona vieja. Hace pasar a José. 28 años. Viste pantalón largo. Barba. Ve a Isabel y la abraza largamente*)

JOSÉ —Mamá! (*Ve a Trini. Toma sus manos. La contempla de lejos*) Y esto . . . eres tú? (*Trini, emocionada, sólo atina a mover su cabeza afirmativamente. Le señala el pecho*) Y esto? Qué te salió ahí? (*Todos ríen*) Cuánto es cuatro por cuatro?

TRINI (*Entre lágrimas y risas*) Quince!

JOSÉ —Quién conquistó al Perú?

TRINI —Pedro de Valdivia!

JOSÉ —Mal! Muy mal! Vamos de mal en peor! (*Todos ríen. A ella, de nuevo, ahora íntimamente*) Cómo estás?

TRINI —Bien . . . muy bien.

JOSÉ (*A todos, que no dejan de mirarlo*) Sí! Éste es Coté! (*Por la barba*) Esto no estaba cuando partí, pero . . . no es sintético. (*El abuelo asoma en la puerta del jardín. Lo llama con el grito de la codorniz. José lo ve. Va a abrazarlo. El abuelo gime de emoción*) Camiseta! Un poco más chico! Ahora me cabes bajo el brazo, viejo, ves?

ABUELO —Dónde no me dan alfalfa, niño! Dónde no me dan alfalfa! (*José mira la casa, siempre abrazando al viejo*)

JOSÉ —Oh! Estar de nuevo en casa! (*A Raúl*) Y qué casa, eh? (*Trini corre hacia la mesa. Toma bandeja y ofrece*)

TRINI —Mira lo que te tenemos! Petit bouchet de anchoas! Toma, sírvete!

JOSÉ (*Apreciativo; burlón*) Oh! «Petit bouchet de anchoas!»

ISABEL —No lo mires en menos, hijo. Si vieras lo que se ha esmerado. (*Raúl se ha sentado. Observa a José con aire reticente, crítico. Estela se sienta junto a él. Trini ofrece bocados y bebidas*)

ESTELA —Sabes lo que nos pasó en el aeropuerto, mamá? No reconocimos a Coté. Ni Raúl ni yo. Qué te parece? Nos paramos a la salida de la Aduana, y vemos salir a todos los pasajeros, y no lo reconocemos. Al final, veo a un señor con barba que me mira sonriendo, y quién crees que era? (*José ríe*) Por qué hiciste eso? Por qué no te acercaste, cuando me viste? Me habrías evitado un papelón.

JOSÉ —Estaba gozando tu cara. Además, con esta ropa, y esta barba, no te culpo. (*A Isabel*) Te acuerdas que me disfrazaste de caballero, cuando me fui?

ABUELO —Yo te habría reconocido! A mí, tu barba no me despista, porque el parentesco es cosa de olor! Uno huele a la familia! Quise ir a recibirte al aeropuerto, pero dijeron que era mucha emoción para mí, pero eso son huevadas! No sabré yo lo firme que estoy! (*Breve paralogización incómoda*)

ISABEL —Lo hicimos por tu bien, papá . . .

ABUELO —Huevadas! (*A José*) Lo que pasa es que no quisieron mostrarse en público conmigo! Con estas ropas del asilo!

ISABEL —Pero, papá, por Dios! (*El Abuelo sigue mascullando por lo bajo. Trini, que ha estado observando a José, no puede contener sus emociones, y sale corriendo escala arriba. Todos la miran*)

ISABEL —Estamos todos emocionados, hijo, como ves. Pero, a ver, cuéntanos. Por qué decidiste venirte a casa, de pronto?

JOSÉ —Asilo? El abuelo vive en un asilo?

ISABEL —Las Teresianas, hijo. Un lugar muy agradable . . .

ABUELO —Agradable? Huevadas! Un lugar lleno de moscas, obscuro como un mausoleo! (*Pesca la horqueta y sale al jardín. De pasada, se cala con furia el sombrero*) Salgo afuera a limar esta horqueta, será mejor! (*Isabel toma a José de un brazo y lo sienta junto a ella*)

ISABEL —Pero, cuenta! Hoy, *tú* eres el centro de la casa!

JOSÉ —Qué quieres que te cuente?

ESTELA —Las razones que tuviste para volverte de los Estados Unidos, pues. Después de haber estado siete años en esa maravilla de país, debes tener razones muy poderosas. A mí, al menos, no me hacen volver cien bueyes, si hubiera tenido tu oportunidad . . .

RAÚL —Es una mujer muy desgraciada, como ves . . .

ESTELA (*Desoyendo la ironía*) Vienes directamente de Chicago?

JOSÉ —No. Tomé al avión en Nueva York.

ESTELA —Pero . . . no estabas viviendo en Chicago?

JOSÉ —Sí, pero ya no.

ESTELA —Y tu departamento . . . qué hiciste? Porque tenías un departamento en Chicago, no? Al menos, es lo que escribiste, cuando aún escribías.

JOSÉ —Sí, tuve, pero . . . vendí. En verdad, se lo . . . di a un amigo. Especie de . . . dar, comprendes? Ahora último estaba viviendo en California.

ESTELA —«Dar»? No se «da» un departamento, no? (*Pausa*) Y ese trabajo que tenías en la fábrica de helicópteros? Era en Chicago, no?

JOSÉ —Sí.

ESTELA —Qué pasó?

JOSÉ —Renuncié a eso. Lo dejé. Hace bastante tiempo (*José abraza a Isabel y la mantiene abrazada*)

ESTELA —Y . . . qué has estado haciendo últimamente, entonces? (*Ríe nerviosamente*) No se puede decir que nos tenías muy informados, no?

JOSÉ —Sí. Soy un escritor podrido. (*Isabel se levanta*)

ISABEL —Bueno! Se acabó este interrogatorio! Ven, niño! Quiero que le eches un vistazo a la pieza que te preparó la Trini. Si supieras como trabajó en eso! (*La lleva de la mano*)

ESTELA —Pero, mamá! Acaba de llegar, y ya te lo llevas . . . (*Isabel se lo lleva. José la sigue con gesto de divertida resignación*)

ISABEL (*Subiendo*) Es una habitación que Raúl usa a veces, para sacar cuentas, y Estela y yo, para coser. Trini le cambió los papeles, le puso cortinas nuevas, y repisas para tus libros. Ha estado obsesionada con que no eches de menos tus comodidades norteamericanas. (*Desaparecen. Raúl se pone a reír*)

ESTELA —Y tú, de qué te ríes?

RAÚL —Oh, Dios mío . . . de tu cara en el aeropuerto! Si hubieras podido vértela! Se te caía a pedazos! (*Se calma*) De modo que ese es tu hermano, eh?

ESTELA —No veo que tiene eso de risible.

RAÚL —Qué vamos a hacer con él?

ESTELA —Qué quieres decir?

RAÚL —Porque tu hermano es un vago. Supongo que ya te habrás dado cuenta, no? En esta casa, al menos, no vamos a tener a un vago. Eso está claro, no? (*Estela se pasea nerviosamente. Con sorna*) Oh, cresta! «Superintendente» en una fábrica de helicópteros! Te juro que he tenido que hacer el esfuerzo de mi vida para no cagarme de la risa! Un hippie de mierda, como hay miles en los Estados Unidos, eso es lo que es!

ESTELA —No seas ridículo. Los hippies ya no existen.

RAÚL —Bueno, bueno, así será, pero mejor le dices de inmediato que agarre sus bultos y se mande a cambiar, antes que se acostumbre a la idea que aquí se va a encontrar un nido, porque aquí, en esta casa, no se va a quedar. Está claro!

ESTELA —Déjame pensar! No me presiones! (*Isabel y José bajan la escala. Tras ellos viene Trini*)

ISABEL —Le encanta. Está encantado con todos los arreglos. Encantado de la vista maravillosa. No es cierto, niño?

JOSÉ —Sí. (*A Raúl*) Lindo jardín. Linda piscina. Qué es lo que se ve detrás? Ese parque?

RAÚL —El Club de Golf. (*Isabel y Trini se sientan a ambos lados de José*)

ISABEL —Colindamos con el Club. Raúl es socio. Eso nos permite usar sus terrenos . . . pasear entre los árboles, por las tardes . . . Si vieras lo lindo que es, hijo!

TRINI —Sí. Y a veces encontramos pelotas de golf en nuestra piscina. Yo me puedo bañar en ambas. En la del Club y en la nuestra. A veces atravieso la cancha en traje de baño y me baño en la otra . . . sólo para bañarme en las dos. Así siento que tengo dos piscinas. La de los Water tiene luces azules bajo el agua.

ISABEL —Los Water, recuerdas? Si vieras lo ricos que están . . .

TRINI —Sí. Tienen una piscina con luces que se prenden junto a las de la terraza. Prendes las luces de la terraza, y toda la piscina se pone azul! (*Breve silencio embarazoso. Después de esa tirada excitada, José sólo se limita a sonreír, asintiendo levemente*)

JOSÉ (*A Estela*) Todo un cambio, eh? De ese quinto piso en que tú y Raúl vivían, cuando recién casados, recuerdas? Comían sobre la tabla de planchar . . . Se cubrían con la alfombra . . . (*Risas*)

RAÚL (*Con cierta agresividad contenida*) Sí, ha habido cambios, como dices. Claro que hemos trabajado duro, para eso. Estas cosas no caen del cielo. Claro que a ti, todos estos «lujos» no te deben hacer cosquillas. Con toda esa gente rica con que te codeabas, esto te debe parecer . . . una bicoca, no? (*A los otros*) Es lo que escribía, no? Que se codeaba con puros palogruesos. Como esa actriz de cine, por ejemplo. Cómo se llamaba? Bueno, no importa! Vivía en una palacio, supongo, mh? Beverly Hills, y los árboles plásticos! (*Busca la risa de los demás*) La parranda del Año Nuevo, bailando cumbias en la piscina! Iban a realizar un crucero en yate a las Bahamas, no? Al menos, es lo que escribías!

JOSÉ —Sí . . . íbamos.

RAÚL —Y, qué pasó? Una crisis de heroína . . . un traslado al sanatorio . . . y el viaje que se fue al tacho, mh?

JOSÉ —No. No fue eso. Fue que cuando llegó el día de partir, yo ya no era su chofer. (*A Isabel*) Sí. Su chofer. Nunca te lo conté, porque

entonces era importante para mí que creyeran eso: que era su amigo. (*A Raúl*) Fui su chofer, y en cierta manera también fui su amigo. Y aunque tal vez no lo creas, era una mujer muy sola . . . y muy triste.

RAÚL —Triste? Oh, Dios! Con el millón de dólares que cobra por película?

JOSÉ —Por eso. (*Breve paralogización embarazosa. Trini, más bien por interrumpirla, se levanta de un salto y va hacia el saco de lona*)

TRINI —Bueno, pero vamos a ver qué hay en esto! Apuesto que hay, aquí, las cosas más interesantes!

ISABEL —Pero, Trini, por Dios!

TRINI —Por qué? No sean hipócritas! Hace rato que no le quitan la vista al saco, para ver los regalos que nos trae Coté! Vamos, a ver, abre! Yo, al menos, me muero de curiosidad! (*José abre el saco, riendo*)

ISABEL —Hace una semana que no habla de otra cosa.

JOSÉ —Desilusión que te vas a llevar, entonces.

TRINI —Vamos, vamos! Menos palabras y más acción! (*José va sacando lo que ofrece*)

JOSÉ —Toma, mamá! Para ti.

ISABEL —Y esto . . . qué es?

JOSÉ —Un chal. Lo tejió una amiga. Me pidió que te diera un beso en su nombre. (*Le besa una mejilla*)

ISABEL —Qué bonito!

JOSÉ (*A Raúl*) Y esto, para ti. Una petaca de cuero de reno, hecha por indios del Canadá. (*A Estela*) Un collar de cuentas de calabaza. De México . . . Tijuana. Y este refajo, para la tía Emilia. Y esta falda, para la tía Rosa. (*Saca prendas de escaso valor, usadas tal vez*)

ISABEL —No pudieron venir, hijo. Quisimos invitarlos, pero tu tío Manuel tiene una ciática, que lo tiene atado a la cama . . . y a tu tía Emilia hay que ir a buscarla a San Antonio, y ya sabes lo lejos que es eso . . .

ABUELO (*Que ha entrado hace un rato, sin ser visto*) Y a Ramón? Y a la Clara Aguirre? Y a los Robles? Hay que ir a buscarlos a San Antonio también? Manuel está más sano que yo y tú, juntos, y tú lo sabes! (*José saca un palo y una flauta rústica*)

JOSÉ —Y esto, para usted, Camiseta. Palo de raíz de rosa silvestre . . . Para tallar una flauta como ésta, ¿ve? (*Saca unas notas de la flauta*) Yo le enseñaré cómo las hacen . . .

TRINI —Y, para mí? Para mí, nada? (*José escarba unos mocasines de cuero. Se los pasa*)

JOSÉ —Los usaba mi hermana. Quiso que tú los usaras. Te los manda con todo su amor. (*Trini apenas logra disimular su desencanto. Sólo*

atina, finalmente, darle la espalda a José, para que no vea su expresión)

ESTELA —«Hermana»? Qué «hermana» tuviste allá?

JOSÉ —Es sólo una manera de decir. Nos tratábamos así. (*Raúl se levanta*)

RAÚL —Bueno! Me voy! Tengo que volver a la fábrica. (*De pasada, a José, por la petaca*) Gracias, «hermano»! Ponte cómodo! Siéntete como en tu casa! (*Desde la puerta, a Estela*) Vienes? (*Estela se levanta*)

ISABEL —Pero, Estela, tú también te vas?

ESTELA —Tengo que hacer, mamá. La fábrica no espera. (*A José*) Nos veremos en la tarde. (*Saludo vago*) Espero que te sientas como en tu casa . . . (*Sale con Raúl*)

ISABEL (*Confundida*) Es una mujer muy trabajadora. Ambos, son muy trabajadores. Lleva todo lo que tiene que ver con los clientes. Ventas, publicidad, envases, tú sabes . . . Raúl lleva el resto . . . Tienen una fábrica, que si la vieras! Como cien obreros . . . (*Pausa*) Han trabajado duro. Los primeros años, casi no llegaban a casa. Trabajaban hasta los domingos . . . Ahora están un poco más calmados . . . Tal vez no debieron haberse ido . . . (*Durante toda esta tirada, José ha seguido sus palabras con cálida y comprensiva simpatía*)

JOSÉ (*Sonriendo*) Y . . . son felices?

ISABEL —Bueno . . . yo no sé. No sé que quieres decir?

JOSÉ —Felices. Sólo hay un significado para eso.

ISABEL —Bueno . . . creo que sí. Sí, por qué no?

JOSÉ —No tienen hijos?

ISABEL —No.

JOSÉ —Por qué? (*Riendo*) Porque trabajaban tan duro que no encontraron el momento para acostarse?

ISABEL —Hijo, por Dios! Lo que pasa es que Estela tuvo esa complicación con sus ovarios, tú recuerdas . . . Desde entonces algo le pasa, no sé. Sufre mucho por eso.

JOSÉ —No han visto doctor?

ISABEL —Oh, sí, muchos. Han visto todos los que se pueden ver en eso, pero . . . Es un tema que no se puede tocar. (*Trini se levanta. Ha estado probándose los mocasines. Va hacia la escala*) Dónde vas?

TRINI —A mi pieza. Ya vuelvo. (*Sube*)

ISABEL —Tu llegada ha sido toda una emoción para ella . . . para todos. (*Toma las manos de José*) Qué bueno tenerte en casa, al fin, hijo! (*Llora*)

JOSÉ —Pero, mamá, no llores! Por qué lloras?

ISABEL —Nada, hijo. Chocherías de vieja, nada más. De la felicidad de verte, será. (*Toma su cara*) Sólo me preocupa que estés tan flaco, hijo. Bajo esa barba no se ve nada, pero lo que se ve es que tienes hundidas las mejillas . . . Y ese cuerpo . . . No te daban de comer, allá?

JOSÉ —Oh, sí, mamá . . .

ISABEL —Sin embargo, tienes una tristeza en los ojos. Por qué es eso? Pareces un Lázaro.

JOSÉ —No sé, mamá. Será el viaje. Estoy cansado . . . La sensación de volver a casa, tú sabes . . .

ISABEL —Crees que te acostumbrarás aquí?

JOSÉ —Es mi casa, no? Y estás tú! (*Toma la cara de su madre*)

ISABEL (*Emocionada*) Bueno, creo que tengo que ponerme a . . . hacer las cosas! La vida sigue! Te dejo con tu abuelo. Y sale a dar una vuelta al jardín. Verás lo lindo que está! (*Sale hacia la cocina. El abuelo, en tanto en su silla frente a la puerta vidriera, ha estado tratando de sacar notas a la flauta. José lo mira*)

ABUELO —Endiablada cosa esta. Vamos, ven! Tócame algo tú, será mejor! (*José se sienta junto a él. Improvisa algunas notas*) Así, con ese aire en los cachetes, cualquiera! (*José ríe. De pronto, el abuelo toma convulsivamente sus manos*) Me tiraron a la huesera, niño! Mientras estabas en el extranjero, vinieron y agarraron mis cosas, me echaron al fondo de una camioneta, y me fueron a tirar entre ese montón de huesos viejos, niño! Y ni siquiera me preguntaron! Un día, vino ese cuñado tuyo, me agarró de la manga, y me dijo que había unas enfermeras que me iban a hacer la vida mejor, y es pura huevada, niño! Pura huevada! (*Pausa*) Las cosas han cambiado mucho en esta casa! Hay un frío que cala los huesos! Tu cuñado es puro trabajar y armar boches, y hacerle la vida imposible a tu hermana! Y tu pobre madre, sufre! Sufre callada, la pobre, pero no puede contra tu cuñado! Vas a tener que hacer algo, niño! Ahora que estás tú, vas a tener que hacer algo!

JOSÉ —Sí, abuelo . . . cálmese.

ABUELO —Tú te le vas a cruzar a ese tipo, no es cierto?

JOSÉ —Sí, abuelo . . .

ABUELO —Entre tú y yo, le vamos a romper la jeta a la tristeza, niño, no es cierto?

JOSÉ —Sí, Camiseta . . . Estése tranquilo.

ABUELO —Lo sabía. Es lo que siempre dije: aquí, en esta casa, hace falta un corazón. Un corazón!

JOSÉ —Sí, abuelo.

ABUELO —Vendrás a verme al asilo, niño?

JOSÉ —Claro que sí.

ABUELO —Lo sabía . . . Y, ahora, tócame algo en esa cosa, niño! (*José improvisa en par de acordes*) Eso es! Eso es! Te acuerdas cuando salíamos a cazar codornices, niño? (*Ríe alborozado*) Tú le ponías el lazo, y cuando las ibas a agarrar, se te soltaban de las manos, recuerdas? Bueno, qué eras torpe! Eras muy recontra torpe, niño! (*Ríe. José toca la flauta. El abuelo se golpea las rodillas*)

ESCENA SEGUNDA

Una mañana, tres días después. El mismo escenario. Isabel, vestida para salir, anota algo en una libreta. Baja Trini en pijama y bata. Cruza hacia la cocina. Sale con un vaso de leche. Se sienta, mirando lo que hace su madre, con aire ausente)

ISABEL (*Luego de un rato, Sin mirarla*) Y tú? Qué haces en casa a esta hora? No tenías prueba en la Universidad?

TRINI —No voy a ir.

ISABEL —Por qué? (*Trini se encoge de hombros*) Vi que pasaban más de las siete, pero no me atreví a despertarte.

TRINI —Adónde vas?

ISABEL —A la lavandería de la esquina. Anoto las ropas que llevo. (*Pausa*)

TRINI —Anoche apenas pude dormir. Fuimos estúpidos el otro día. Todos. Fuimos de lo más estúpidos. Sobre todo yo. Salir así, corriendo. No me lo puedo sacar de encima . . . Me ha estado persiguiendo todos estos días.

ISABEL —Todos hemos estado un poco nerviosos, estos días.

TRINI —Supongo que pensé que iba a llegar una especie de «príncipe azul». Y no llegó un «príncipe azul». Estúpida! Me da una tristeza! (*Isabel la mira por primera vez*)

ISABEL —Coté está muy feliz en casa.

TRINI —No! No lo está, y tú lo sabes! Tengo una sensación que, de alguna manera, le hemos fallado. Viste la manera estúpida como le recibimos sus regalos?

ISABEL —Lo quieres mucho, y deseas lo mejor para él, eso es lo que te pasa. Pero yo te aseguro que él se encuentra muy bien en casa. El sólo estar aquí lo tiene feliz.

TRINI —No. No lo está! Lo siento! Lo presiento! (*Isabel se levanta*)

ISABEL —Bueno, me tengo que ir, ahora . . .

TRINI —Viste lo que ha estado haciendo, todos estos días que lleva en casa? Viste su pieza? Viste la ropa que lleva? El otro día, entré a su pieza y estaba echado en su cama, en calzoncillos . . . esas cosas

largas, así, floreadas, como hechas de cortinas viejas . . . Flaco, así . . . En medio de un montón de sus ropas pobres . . . Me dio pena! No te da pena, mamá? (*Isabel va hacia la puerta de calle*) No quieres hablar de él, no es cierto? (*Isabel hace un gesto indefinido y sale. Baja José. Viste pantalón de mezclilla y una vieja camisa a cuadros. Trae un atado de ropa. Ve a Trini*)

JOSÉ —Hola! Estoy buscando a alguien que me lave estas ropas. (*Trini las toma con exagerada vivacidad*)

TRINI —Dame! Graciela te las lavará! (*Sale con ellas. José mira la habitación. Regresa Trini. Agitada*) Tomaste desayuno?

JOO —No.

TRINI —Quieres? Qué te sirvo?

JOSÉ —Café.

TRINI —Ya vuelvo! (*Sale y retorna luego*) Graciela te va a servir! Sólo quieres café? No quieres también un huevo? O jamón? Jamón y huevo?

JOSÉ —No. Está bien así.

TRINI (*Con la misma confundida ansiedad*) Y? Dormise bien? (*Sin esperar respuesta*) Pensé que dormirías mal! Siempre estuve muy preocupada que dormirías mal, porque . . . como la pieza da a la calle, y con el tráfico que hay, y . . . Yo, una vez, dormí ahí, y no pude dormir en toda la noche por el ruido de los autos, y la gente que pasaba. Aunque ahora hay menos ruido, por el toque de queda . . . A mamá, le encanta el toque de queda . . . Bonita la casa, no te parece?

JOSÉ (*Que no le ha quitado los ojos*) Un mausoleo.

TRINI —Por qué dices eso?

JOSÉ —Puedes oír los muertos como se mueven. (*Risa nerviosa de Trini*) Por qué estás nerviosa?

TRINI —No estoy!

JOSÉ —Sí, lo estás. Soy tu hermano, no? Estás olvidando eso?

TRINI —No. Por qué dices eso? Es que tú tampoco tienes que mirarme así! Qué me ves, qué me miras así? Es que me encuentras muy cambiada?

JOSÉ —Estás cambiada, y es natural, no?

TRINI —Y . . . no te gusta lo que ves?

JOSÉ —Tiene que gustarme? Lo que encuentro que ha cambiado es tu mirada . . .

TRINI —Ah, sí? Y cómo miro, ahora?

JOSÉ —No miras. (*Entra Graciela con taza en bandeja de plata. Le sirve el café. José la sigue con la mirada cuando sale. Trini capta esa mirada*)

TRINI —En eso, pierdes tu tiempo, porque es casada.

JOSÉ —Estaba mirando la bandeja de plata.

TRINI —Es Estela. Lo cambió todo por plata, hace un tiempo. Ese servicio es todo su orgullo, y Graciela está tan fascinada que lo quiso lucir delante de ti.

JOSÉ —Parece que mi llegada ha sido un trastorno para mucha gente en esta casa, no?

TRINI —No. Por qué dices eso? (*José se limita a mirarla*) Bueno, ahora me voy! Había pensado no ir a la Universidad, pero creo que todavía llegaré a tiempo a clases! (*Se aleja con paso vivo hacia la escala. La detiene la voz de José*)

JOSÉ —Trini!

TRINI (*Volviéndose*) Sí?

JOSÉ (*Tranquilo; íntimamente*) Te quiero . . . Por qué te asustas conmigo? Soy tu Coté . . . No vengo de otro planeta. (*Tras pausa, Trini va a sentarse junto a él*)

TRINI —Estás tan cambiado.

JOSÉ —Dame tus manos . . . Vamos, dame tus manos! (*Trini obedece*) Tócame las mías! (*Ante un nuevo titubeo de Trini*) Vamos, tócalas! Siénteme! (*Toma las manos de su hermana y recorre sus yemas sobre sus dorsos*) Me sientes? (*Trini retira bruscamente las suyas*) Por qué las quitas?

TRINI —Es que no sé . . .

JOSÉ —Qué hay en mí, que te asuste? Tocarías una mesa, la arena en la playa, no es cierto? (*Vuelve a tomar sus manos, que ahora ella entrega más confiadamente*) Vamos, quiero que por un momento no pienses en nada. Sólo piensa en que me estás sintiendo . . . Vamos! (*Trini recorre, primero tímidamente, luego más confiadamente, las manos y los brazos de su hermano*) Ahora mi cara . . . (*Ella recorre su cara*) Ves? . . . Me sientes ahora? . . . (*Ella asiente*) No ha pasado el tiempo, ves? Hemos estado separados un tiempo, y se ha metido un sentimiento de . . . recelo, de . . . desconfianza, entre nosotros, pero . . . no ha habido nada nuevo. Sólo estamos tú y yo, ves? He vuelto. (*Trini se incorpora bruscamente y se aleja de él*)

TRINI —No quiero que me hagas estas cosas! Déjame tranquila! Estás tan cambiado! No te reconozco . . . (*De pronto, como impulsada por una reacción repentina, va a sentarse al otro extremo de la habitación*) Qué te pasó en los Estados Unidos?

JOSÉ (*Con la mayor naturalidad, después de pensarlo un rato*) Encontré a Dios . . . El Dios del barro y la misericordia . . .

TRINI (*Sin saber como tomar esas palabras*) Recuerdo al hermano que fui a dejar al aeropuerto. Partiste tan confiando, tan . . . feliz. Abrazaste a todo el mundo. Me tomaste la cara y me diste un beso,

que me quemó durante días. Estaba tan orgullosa; hablé tanto de ti, a mis compañeras de curso, que dijeron que parecía enamorada de ti . . . Y, ahora . . .? Qué pasó? (*Pausa*)

JOSÉ —Quieres a Cristián?

TRINI —Claro que lo quiero!

JOSÉ (*De inmediato*) Por qué? Sí, por qué? . . . Porque te besa, y no dejas que otros lo hagan? Porque huele bien, y usa la colonia que a ti te gusta que use? Porque viste, como a ti te gusta que vista? Por eso? (*Pausa*) Vas a Suecia con él, no es cierto? En cuanto se casen? Y él deja, aquí, sola, a su madre enferma y viuda, no? No volverán en cinco años, porque es lo que obliga el contrato que firmó, no es así? (*Pausa*) Qué vas a hacer en Suecia? (*Trini se levanta bruscamente y se encamina hacia la escala*)

TRINI —No me gusta este interrogatorio!

JOSÉ —Qué vas a hacer en Suecia, te pregunto?? Qué crees que vas a hacer?

TRINI (*Se vuelve, grita*) Estar con él! Estar con mi marido!

JOSÉ —Te vas a morir, allá . . . No sabes de qué estoy hablando, no es cierto?

TRINI —NO!

JOSÉ —Cristián deja sola a su madre, en Chile, porque así lo exigen las condiciones del contrato, no es cierto?

TRINI —Es lo que te dije, no?

JOSÉ —Entonces, algún día, también te dejará sola a ti. Sólo es cuestión de plazos y circunstancias.

TRINI —Tú estás loco! (*Hace un nuevo ademán de alejarse hacia la escala*)

JOSÉ —Trini! No te vayas! Escúchame! (*Ella se detiene*) Tienes una sola oportunidad . . . esta oportunidad . . . y yo te la estoy dando. Vengo de eso, Trini! Escúchame! (*Trini cede. Escucha*) Qué vas a hacer allá? Sabes a qué vas? Vas a meterte en un cubo de cemento, y te irás muriendo lentamente. Ya verás! Primero, claro, vas a partir muy contenta, muy feliz, del brazo de tu marido! Le tirarás besos a todo el mundo, en el aeropuerto, pero después . . . Cuando él, por su trabajo, te deje sola en el cubo de cemento, y busques una cara amiga en quién refugiarte, porque estás acostumbrada de aquí a hacerlo . . . qué encontrarás? Caras cerradas. Un mundo hostil. Y qué harás? Te irás recogiendo dentro de ti, como una ardilla herida, y lo de ustedes se irá rompiendo . . . muriendo lentamente . . . día a día. No estás preparada para enfrentar eso . . . (*Trini lo mira en blanco*) Ten cuidado, Trini. No cambies tu vida por un contrato conveniente. Vales mucho más que eso.

TRINI —Y qué quieres que haga?

JOSÉ —Quédate aquí! Busquen algo, aquí, donde tengan el calor de una familia. No vayas allá, a extraviarte. Y si Cristián no quiere, no te cases con él . . . (*Trini ya no escucha esto. Sube corriendo por la escala. José queda solo. Entra Graciela, a retirar el desayuno. Ve que José no ha probado nada. Lo mira*) No, llévese eso, por favor . . . No voy a tomar nada. (*Sale Graciela con la bandeja. Entra Isabel desde la calle. Trae ropa de la tintorería. Ve a José*)

ISABEL —Pero, hijo, qué estás haciendo? Te vas a pescar un resfriado, andando así, por la casa! (*Desaparece en la cocina; regresa*) Toma! te compré estas galletas de chocolate, que a ti te gustan tanto!

JOSÉ —Gracias . . . (*Se sirve. Ofrece a su madre*)

JOSÉ —Quieres?

ISABEL —No, gracias. (*Ordenando la habitación*) Qué vas a hacer hoy día, hijo?

JOSÉ —Nada. No tengo ropa. Le di mis cosas a la Graciela. Ella me las va a lavar. (*Mira a su madre como se mueve por la habitación*) Antes me las lavabas tú. Recuerdo que me encantaba que me lavaras mi ropa. En el lavadero de nuestra casa en Peñaflor, recuerdas? Todo lleno de lavaza, y tú, parada ahí, en la tabla que te cortó el abuelo, y con los brazos llenos de espuma . . . Un monumento, parada ahí junto al montón de ropa . . . Nunca te diste cuenta cómo yo me acurrucaba en cualquier rincón a observarte?

ISABEL (*Sonriendo*) Mucho tiempo ha pasado desde entonces, hijo.

JOSÉ —Sí, mucho . . . Muchas cosas . . . Hoy tienes a la Graciela que lo haga . . . Te gusta que lo haga la Graciela, mamá? No te gustaría hacerlo tú, de vez en cuando? Meter las manos en la lavaza?

ISABEL —Estoy muy vieja para eso, hijo.

JOSÉ —No. No estás vieja.

ISABEL —Oh, sí. (*Riendo*) Soy una «anciana» de cincuenta y nueve años, recuerda!

JOSÉ —No. No eres vieja. Eres aún una mujer «apetecible». No lo sabías? (*Isabel ríe*) Bonita y «apetecible»! Casi había perdido el recuerdo de cómo eras. Allá, en los Estados Unidos, trataba de recordar tu cara, a veces . . . Me decía: tiene una nariz un poco ancha, así, y pecas . . . pecas en toda la frente . . . (*Pausa*) En verdad, ya tienes cincuenta y nueve?

ISABEL —Oh, sí, hijo! Ni uno menos!

JOSÉ —No lo pareces. Un tipo podría venir a apretarte contra una pared, y darte un beso sonoro . . . No sabías eso?

ISABEL —Oh, hijo! No digas tonterías!

JOSÉ —Nunca pensaste en volver a casarte?

ISABEL —Yo? Pero qué cosas dices, hijo?

JOSÉ —Y por qué no?

ISABEL —Pués, porque tengo aún a Trini . . . y a la Estela, a quién cuidar.

JOSÉ —Ésa no es respuesta. Además, Estela tiene a su Onassis que cuide por ella.

ISABEL —No te gusta nada él, no?

JOSÉ —Quién? Raúl? Yo ya no juzgo a la gente, mamá. A su manera, me parece un buen tipo.

ISABEL —*Es* un buen tipo.

JOSÉ —Le debes un montón de cosas, eh? (*Isabel guarda silencio. Va hacia la cocina y retorna con una malla con arvejas y un canasto donde echar las vainas vacías. Se pone a desgranar*)

JOSÉ —Ayer fui a ver el abuelo. Lo tenían en una pieza del asilo, con otros ocho viejos, mirando la televisión. Era una pieza pelada, hedionda a humedad y deprimente. Ni un cuadrito, ni una flor. Nada. Sólo unos muebles duros, tapizados de plástico, y esos ocho viejos, medio atontados, mirando la pantalla. Al menos, el abuelo tenía algo que hacer con el palo que le traje. Tenía todo hecho un enredo. Jamás saldrá una flauta de eso . . . Terminé viendo la tele con ellos . . . (*Pausa, sonríe*) Uno de los viejos, cuando supo que venía de Estados Unidos, quiso que sacara las tropas yanquis del territorio chileno. (*Otra pausa*) Tenemos que sacarlo de ahí, mamá . . . (*Se sienta a ayudar a su madre*)

ISABEL —Lo tuvimos en casa un tiempo, pero molestaba mucho. Cortaba la radio, cuando Trini tenía fiesta en casa. Le vaciaba los potes de crema a la Estela, porque decía que le estropearían el cutis. Llenaba de herramientas del jardín, el garage de Raúl, y cosas así . . .

JOSÉ —El abuelo no inventó eso. Tu abuelo también molestaba a mi papá, pero era el centro de la casa.

ISABEL —Así será, hijo, pero no pudimos tenerlo más.

JOSÉ —En México viví una vez en una casa. Estaba el abuelo y el bisabuelo. Tenían al tatarabuelo enterrado en el patio, y le ponían flores frescas todos los días. Hasta el último nieto, un chiquilín así, de dos años, iba a tropezones a poner su ramo de claveles . . .

ISABEL —Esto no es México, hijo. Aquí están cambiando mucho las costumbres.

JOSÉ —Se queja que lo van a ver poco. Quién lo va a ver, en verdad? Sólo tú, a veces, pero nadie más. Trini, por ejemplo, no lo ha ido a ver nunca.

ISABEL —Trini tiene mucho que hacer. Además, él viene a veces, los domingos. Lo sacamos a pasear en auto. (*Silencio de José*) No puedo pedirle a Raúl que haga más . . .

JOSÉ —Es él, no es cierto? Raúl, que te exige que lo tengas allá? (*Isabel no responde*) Yo no puedo aceptar eso, mamá.

ISABEL —Qué es lo que no puedes aceptar?

JOSÉ —Que tengan a Camiseta en ese hoyo.

ISABEL —Y qué vas a hacer?

JOSÉ —Sacarlo, y traerlo acá. Darle un techo. Devolverle el cariño de su familia. (*Ante la estupefacción de su madre*) Tomaré un taxi, y lo traeré acá, con sus cosas. Tan simple como eso, mamá. Lo alojaré en mi pieza. Ya fui donde el tío Manuel y me conseguí catre.

ISABEL —Pero . . . tú estás loco? Cómo piensas . . .? Ésta no es tu casa!

JOSÉ —No, pero es la casa de mi hermana, y ella es la nieta de ese pobre viejo, y eso es.

ISABEL —Ella no te lo va a permitir!

JOSÉ —Claro que lo hará, mamá! Ya verás! Ha estado equivocada en eso, nada más. Se dará cuenta.

ISABEL —No estás hablando en serio, no es verdad?

JOSÉ —Claro que sí, mamá! (*Le toma las manos*) No tienes por qué tenerle tanto miedo. Él no se ha comprado a la Estela.

ISABEL —Es que tú no sabes! Has estado lejos demasiado tiempo! Si lo haces, le vas a crear un gran problema a tu hermana!

JOSÉ —Mamá . . . (*Le sujeta las manos*) Voy a meter al abuelo en un taxi, y lo traeré a casa, y todos le vamos a dar a ese pobre viejo el cariño que merece, entiendes? No va a pasar nada! Es de nuestra sangre, después de todo, no? Qué nos va a pasar, si dejamos que nuestros viejos se pudran abandonados? Podemos darle la espalda a eso? No, no es cierto? Este problema te ha estado persiguiendo, no es verdad? Bueno, ahora le pondremos arreglo. (*Le busca la cara; sonríe*) Vamos, dame una sonrisa! Una de esas sonrisas tuyas, que tanto me gustan!

ISABEL —No vas a ocasionar otra cosa que problemas, niño.

JOSÉ —Ningún problema, ya verás. A ver, esa sonrisa! (*Isabel sonríe débilmente*) Cómo le sonreías a papá, cuando estabas enamorada? Cuando te decía que eras la niña más linda del mundo, y te besaba, así? (*Le besa la frente*) Cómo te decía? Cuando estaban solos, y tenías que sujetarle las manos? Mh?

ISABEL (*Entrando en el juego*) Ya, niño, deja!

JOSÉ —Vamos! Cómo te decía? Mi «dulcecito de crema»?

ISABEL —Ya, niño! Eres realmente insoportable, sabes?

JOSÉ —Sabe que me podría enamorar de usted, señora, si fuera soltera?

ISABEL —Oh, niño, qué cosas dices! (*Termina el jugueteo entre ambos. Quedan extenuados*)

JOSÉ (*Va hacia la escala*) Ningún problema, mamá! Ahora que llegué yo, a casa . . . todo arreglado ! Ya verás! (*Sube la escala. Se topa con Trini, que baja vestida para ir a la Universidad. Ella pasa a su lado, sin mirarle. Isabel percibe el gesto evasivo de ella*)

ISABEL —Adónde vas?

TRINI —A la Universidad.

ISABEL —No dijiste que no irías?

TRINI —Cambié de idea.

ISABEL —Qué te pasa?

TRINI —Nada.

ISABEL —Vuelves a almorzar?

TRINI —No sé. Ya veré. (*Se topa en la puerta con Estela. Sale Trini. Estela va directo hacia su madre*)

ESTELA (*Conteniendo una agitación*) Está él en casa?

ISABEL —Quién?

ESTELA —Coté, pues!

ISABEL —Está arriba, vistiéndose. (*Estela se sienta, presa de gran agitación. Por un momento no puede hablar*) Qué te pasa? Por qué volviste a casa, tan temprano?

ESTELA —Coté estuvo ayer en la fábrica!

ISABEL —Y qué hay con eso?

ESTELA —Ese ocioso!

ISABEL —Pero, Estela, por Dios!

ESTELA —Ocioso! Ocioso! Ocioso!

ISABEL —Pero, qué te pasa?

ESTELA —Estuvo ayer en la fábrica, levantándonos a la gente! Qué derecho tiene?

ISABEL —Pero, qué hizo? Si no me dices, cómo quieres que te comprenda?

ESTELA —Recuerdas que lo invité a visitarnos, no es cierto?

ISABEL —Sí. Antenoche, a la hora de la comida.

ESTELA —Bueno, pues . . . fue! Y yo, la muy tonta, voy y le muestro todo! Lo paseo por todas las secciones, le presento al personal, y cuando vuelvo la espalda, la muy ingenua, sabes lo que hace? Va donde Samuel Cortés, el portero, y le dice que lo explotamos! Va a la sección Envases, le pregunta a las operarias cuánto ganan, y les dice que en los Estados Unidos, nadie trabajaría un día por eso! Y les dice que deberían protestar! Que no es raro que, con un salario así, no alimenten bien a sus hijos y vivan sin alegrías! Cómo lo encuentras?

ISABEL —Raúl sabe eso?

ESTELA —No sé. Espero que aún no. Fue Amelita, la jefe de las envasadoras, que me puso sobre aviso, y tuvo el buen tino de no hacerlo ante Raúl! Pero lo va a saber, y verás! (*Breve pausa*) Hizo otras cosas además.

ISABEL —Qué cosas?

ESTELA —Fue a la casa de uno de los obreros! (*Ante la expresión incrédula de su madre*) Sí! Lo esperó a la salida de la fábrica, y se fue con él, poco menos que del brazo!

ISABEL —Alguna razón tendría, hija.

ESTELA —Pero, mamá! Son obreros nuestros! No puede llegar y partir a casa de ellos, en la cara de su patrón! Cómo quieres que se interprete eso? (*Otra pausa*) Por algo tuve vergüenza de presentarlo.

ISABEL —Pero, hija, por Dios!

ESTELA —Sí, vergüenza tuve! Para qué negarlo? (*Se levanta; se pasea*) Raúl tuvo razón en eso. Se molestó conmigo porque lo había invitado. Me advirtió que nada bueno saldría de eso. Oh, mamá! Qué le pasa a Coté? Por qué nos salió un hermano así?

ISABEL —Ese niño ha pasado por situaciones que no comprendemos. Déjalo que se acostumbre en casa, y . . .

ESTELA —Cuando partió a los Estados Unidos, no parecía tener problemas. Se fue feliz y tranquilo, lleno de posibilidades. Ahora parece un patán! (*Pausa*) Raúl dice que se droga, mamá.

ISABEL —Oh, hija! Cómo puedes decir una cosa así?

ESTELA —Sí lo hace, qué sacamos con meter la cabeza en un hoyo, mamá?

ISABEL —No quiero hablar de eso!

ESTELA —Raúl dice que va a investigar. (*Isabel se vuelve hacia ella*)

ISABEL —Investigar qué?

ESTELA —Investigar . . . Y que si es verdad, tomará medidas.

ISABEL —Medidas? Qué medidas?

ESTELA —No lo sé. Pero dice que lo hará, duela a quién le duela.

ISABEL —A nadie le consta eso! Y aun si lo fuera, tú no vas a permitir que nadie le haga daño!

ESTELA —Metes la cabeza en un hoyo, mamá.

ISABEL —Sí! Meto la cabeza en un hoyo, pero déjalo tranquilo! Es mi hijo y está sufriendo, y no quiero que nadie le haga daño, entiendes? (*Raúl entra desde la calle*)

RAÚL (*A Estela*) Y a ti, qué te pasó? Por qué te viniste antes a la casa?

ESTELA —Nada . . . Solo una jaqueca, nada más. Ya se me pasará.

RAÚL (*Percibiendo la tensión entre ambas*) Qué pasa?

ESTELA —Nada. No pasa nada. Tuve un repentino dolor de cabeza, y me vine sola, a descansar un rato. Eso es todo.

RAÚL —Podrías haber pasado a avisarme. Me dejaste preocupado. Sabes que tu hermano estuvo anoche en casa de Orellana?

ESTELA —Coté?

RAÚL —Sí, Coté. Lo acompañó a la Posta, a verle el ojo enfermo a una de sus hijas. Y después pasó con él a la fábrica, y le exigió a Cortés que le diera plata de la caja chica, para comprarle remedios. Qué le pasa? No tenemos una visitadora social para eso? Qué tiene que ir a meterse a la casa de uno de nuestros obreros, a hacer lo que otros deben hacer? Qué se cree? Una hermana samaritana o un salvador de los pobres, o algo así? Tú lo sabías, no es cierto? Nos está creando un buen montón de problemas, tu hermanito! (*En ese momento baja José. Viste un viejo pantalón de pana, jersey y una bufanda de lana, al cuello. Besa a su madre*)

JOSÉ —Hola, mamá! (*A los otros*) Hola!

ISABEL (*Con esfuerzo*) Dónde vas, niño?

JOSÉ —A buscar al abuelo, mamá. Después nos iremos a ver al tío Manuel. (*Saluda a todos*) Vuelvo a comer, mamá. (*Va hacia la puerta. Lo detiene la voz de Raúl*)

RAÚL —Oye, Coté!

JOSÉ (*Volviéndose*) Sí?

RAÚL (*Con rabia contenida*) En la fábrica tenemos a una visitadora a sueldo que se encarga de la salud del personal. No tenemos por qué meter a la familia en esas cosas. Además, la plata de la caja chica la manejo yo! No está a disposición de cualquiera que pase!

JOSÉ (*Lentamente*) No creo que a esa pobre niña le interese de donde sale la plata que le cure su ojo enfermo. Creo que, en verdad, eso no interesa para nada. Lo importante es que ya lo perdió, por falta de atención a tiempo. Así que no te preocupes. Sólo le queda un ojo. Tienes un problema menos . . . (*Sale. Todos se miran*)

ESCENA TERCERA

La tarde del mismo día. José abre la puerta de calle y cruza hacia la escala, con los largueros y respaldo de un viejo catre de bronce. Viste igual a la escena anterior. Sube el catre. Luego baja por una vieja cajuela de cuero. También la va a subir, cuando entra Isabel desde el jardín. Ella cose un vestido. Luce delantal sobre el vestido de la escena previa.

ISABEL —Qué estás haciendo?

JOSÉ —Trayendo las cosas del abuelo. El tío Manuel me dio esta cajuela. Del fundo del abuelo en Chimbarongo. Ves este hoyo? Dice que lo hizo una bala en la revolución del 91. Estaba arrumbada, por ahí. Guardaba los títulos y planos de la propiedad . . . (*Despliega una colcha tejida, que estaba en su interior*) Esto era de tu madre. La reconoces? El tío la tenía en naftalina. Apesta, pero servirá. Necesitamos frazadas, mamá . . . y sábanas. De dónde saco?

ISABEL (*Paralizada*) Yo no puedo darte nada.

JOSÉ —Y por qué?

ISABEL (*Agitadamente*) Oh, hijo! No sé que decirte! Tú no puedes llegar y traer a mi padre, porque a ti se te ocurre!

JOSÉ —Y por qué no?

ISABEL —Pues, porque no puede ser . . . No puede ser!

JOSÉ —Que tú no quieres a tu padre?

ISABEL —Claro que lo quiero! Qué tonterías preguntas! Pero es que no puede ser, hijo! (*Se sienta desolada. José se sienta junto a ella*)

JOSÉ —Mamá, tú no puedes llegar y meterte tus sentimientos al bolsillo y hacer como que te olvidas. Qué clase de vida es esa?

ISABEL —Las cosas no son como tú crees, hijo.

JOSÉ —Y cómo son las cosas, mamá? (*Pausa, en que Isabel no logra calmar su agitación*)

JOSÉ —No pensaste, eso es todo. Te olvidaste. Pero debes estar de acuerdo conmigo que no se puede tener a un padre viejo viviendo en esa soledad mientras uno esté vivo, mamá, no crees? No se puede, simplemente . . .

ISABEL —Raúl se va a volver loco.

JOSÉ —No. No se va a volver loco, ya verás. Sólo ha estado equivocado también. Él ya no tiene a su padre, ya lo sé, pero el tampoco lo tendría viviendo así, si lo tuviera. (*Le palmotea las manos*) No va a pasar nada, ya verás. Todos nos vamos a sentir mucho mejor . . . Dónde están las frazadas? (*Isabel señala hacia la cocina. José le acaricia la cabeza. Sale hacia la cocina y retorna con unas frazadas. Las sube junto al bulto de la colcha. Lo alcanza a ver Estela, que viene llegando de la fábrica. José la saluda con la mano*) Hola! (*Desaparece escala arriba. Estela lo sigue con la mirada*)

ESTELA —Qué es eso, mamá? Dónde va con esas frazadas? (*Isabel se limita a mirarla*) Mamá, te estoy preguntando: dónde va con esas frazadas?

ISABEL —Trae al abuelo a vivir con nosotros.

ESTELA —Qué cosa?

ISABEL —Digo que trae al abuelo a vivir en casa.

ESTELA —Al abuelo! (*Lee en la expresión de su madre*) Está loco?

ISABEL —Es lo que te digo . . . Ya trajo catre. Catre y colcha, y una cajuela de la casa de Manuel. Lo está instalando en su pieza . . .

ESTELA —Y quién le dio permiso? Tú le diste esas frazadas?

ISABEL —Qué podía hacer, Estela? Está tan decidido, que . . .

ESTELA —Y por qué lo hace?

ISABEL —Cree que mi papá debería vivir aquí, con nosotros.

ESTELA —Y tú, qué le dijiste? (*Como no recibe respuesta*) Ah, no! A mí no me hace esto! Ya verás, como a mí no me la hace! (*Sube decidida. Arriba se escucha su voz airada. Después de un rato baja con las frazadas. Las devuelve a la cocina. De pasada*) La próxima vez, seré yo quien decida estas cosas, mamá! Y a ti, aunque te obliguen, no te sacan nada sin mi permiso, entiendes? (*Regresa al living. Se pasea nerviosamente. Saca cigarrillos de su cartera. Prende uno*) Hubiera sido mucho mejor que Coté se hubiera quedado allá! Hasta ahora, su venida ha sido puro problema! (*Después de pasearse un rato*) Vamos, dilo! Crees que soy una desalmada, no es cierto? Vamos, dilo, que no me voy a morir! (*Dice eso en el momento que José baja la escala. Va a sentarse en el sofá. Fija su mirada en su hermana*)

ESTELA (*Después de un rato, sin poder resistir esa mirada fija, escrutadora*) Vamos, dilo tú, entonces! Crees que soy una desalmada, no es cierto? (*Silencio de José*) Lo que sí te voy a decir, es que en mi casa nadie hace lo que se le dé la gana, desalmada o no, entiendes? (*Pausa*) Vamos, di algo! No te quedes, ahí, mirándome como buda estúpido!

JOSÉ —Eres carne y alma, nada más. Una pobre mujer, con dos pechos que ya ni son firmes, y un cuerpo débil. Sin embargo, no hay nada perdido en ti. (*Expresión atónita de Estela. Cruza miradas con su madre*) El miedo golpea tus noches, pero te paras, ahí, como una roca. A quién crees que vas a engañar? El amor es lo único que cuenta. Sin él, tu vergüenza no te deja vivir . . . (*Estela puede decir algo, al fin*)

ESTELA (*Grita*) Mamá, qué le pasa? Dile que se calle!

JOSÉ —El viejo es tu cariño! (*Estela se repone*)

ESTELA —Di lo que quieras! Habla lo que se te dé la gana, pero el abuelo no se viene a vivir aquí!

JOSÉ (*En tono punzante*) Eres tú, realmente, la que habla?

ESTELA —Sí, soy yo! Qué te pasa?

JOSÉ —Recordaba a la hermana que un día me lloró que se sentía tan fea, que nadie iría a quererla nunca.

ISABEL —Coté! No sigas!

JOSÉ —Recordaba a la hermana que se pintarrajeaba la cara con cualquier cosa, y después ensuciaba con lágrimas esa máscara, ante el espejo . . .

ESTELA —Mamá! Dile que no siga!

JOSÉ —Amor! Amor! No hay nada más grande que eso! (*Estela, fuera de sí, va sobre él y lo cachetea*)

ESTELA —Deja ya! Deja de mirarme así, que me vuelves loca!

JOSÉ (*Impasible*) Tu ser tiembla . . . Todo tu ser se estremece del amor que quiere salir . . . (*Estela no puede más. Sale corriendo escala arriba. José cae en un estado de hondo abatimiento. Isabel primero no sabe qué hacer. Luego, en un impulso irrefrenable, lo abraza. Refugia su cabeza entre sus brazos*)

ISABEL —Ya, niño! Ya pasó todo! Todo pasó. (*Están así, unidos en un largo abrazo. Ella lo acaricia. Luego . . .*) No estuvo bien, decirle esas cosas tan duras a tu hermana, niño.

JOSÉ —Al contrario. Estaba tratando de despertar lo que se está durmiendo en ella.

ISABEL —Qué cosas te han pasado, niño? Me rompes el corazón de verte así. (*Pausa. Luego, José, como saliendo de su ensimismamiento, habla muy lenta, muy íntimamente*)

JOSÉ —Allá abrieron mis venas, y vi correr mi sangre, mamá. Tal vez no lo entiendes, pero si vas allá, y vives donde yo viví, sientes que te parten de arriba abajo, como una sandía, y sangras . . . cómo sangras! (*Pausa*) No hay ningún lugar en que te hagan sentir más lo que es la soledad. Son especialistas en eso. Te metes en la vida de ellos, y muy luego, te toman y te desgarran, y de tus partes hacen un amasijo hueco y triste, donde ya ni reconoces tu propio ser. Se ha hablado mucho de eso, mamá, pero es verdad todo lo que se dice. Vives allá, solo, en uno de esos inmensos cementerios de cemento que ellos llaman sus ciudades, y te puedes morir de pena, de soledad, y de tristeza, y nadie viene y rompe un huevo por ti. Eres nada, simplemente. Sólo un atado de huesos para la muerte. (*Mira a su madre*) De eso huí. Tal vez soy demasiado sensible, y siento lo que otros no sienten, no sé, pero es así . . . y aquí estoy. (*Sonríe débilmente*)

ISABEL —Nunca dijiste nada de eso en tus cartas, hijo.

JOSÉ —Mis cartas, mamá! Qué podía decirte en mis cartas? Decirte que me moría lentamente? Crees que quería que tú también sangraras? Sin poder hacer nada por mí?

ISABEL —Al menos hubiera querido . . . saber.

JOSÉ —Ah, sí, saber! Ustedes las madres, siempre quieren saber, pero qué son en verdad? Mujeres solas, nada más. Qué pueden hacer por un hijo que siente que lo crucifican?

ISABEL —Pero, qué fue lo que te pasó, que fuera tan . . . espantoso?

JOSÉ —Nada, mamá. Nada y todo. Está ahí, simplemente, en todo lo que tocas o quieres tocar, entiendes? Comienza con la primera persona que te abre una puerta. En mi caso fue en un alojamiento. Uno de esos hoteluchos baratos que hay miles, en una calle sucia, entre tarros de basura, desperdicios, y gente gris que circula. Recuerdo que me abrió una mujer gorda, con una mueca horrible, que entre desconfiada y despectiva me gruñó que ella conocía bien a esos «latinoamericanos hijos de puta» que no pagaban el arriendo y se arrancaban por las ventanas, y como yo, seguramente, iba a ser otro de esos carajos, le pagara seis meses por adelantado, o me fuera, ahí mismo, a sentar mi culo hediondo en un guater público, o donde me diera la puta gana! Así fue! O fue tal vez, en mi segunda experiencia, en la tarde del día en que llegué. Fui a un restaurante a comer un sandwich y tomar una taza de café, entiendes? (*La madre asiente*) Y por descuido, porque acababa de llegar y me mareaban las voces y los ruidos, me paré en un pasillo por no más de dos segundos, y viene un mozo, y me lanza de un empujón contra las mesas, y me llama: «Joe»! Que quitara de ahí mi culo, el «Joe» que le estaba molestando la pasada! Sabes quién es «Joe» allá, mamá? «Joe» es todo aquel que se atrevió a nacer! «Joe» es todo aquel que ocupa un espacio, que respira el aire que uno quiere respirar! «Joe» es el pelota a quien uno mete la mano al bolsillo, o le roba una paga! «Joe» es nada, me entiendes? «Joe» no existe! «Joe» es cosa! (*Pausa*) Están los otros, naturalmente. Los mansos. Gente magnífica. Pero ésos no cuentan. Ésos viven marginados, y observan, y se construyen sus pequeñas vidas insignificantes y felices, si pueden. Entiendes eso, no es cierto, mamá?

ISABEL —Es duro en todas partes, hijo.

JOSÉ —Sí, si lo permitimos, mamá. Aquí, en Chile, eso está llegando, y no debemos descuidarnos. (*Sonríe*) Pero tú todavía quieres saber qué me pasó, no es cierto? (*Isabel asiente*) Bueno . . . comencé «bien», mamá. Me fui a trabajar a Chicago, y «progresé». Llegué a comprarme ese departamento de que hablaba Estela. Ganaba un buen sueldo, y mis jefes me consideraban. Hasta me habían ofrecido un ascenso. Pero, entonces, toda esa vida me fue minando el ánimo, lentamente, y un día decidí terminar con todo. Fue, tal vez, el día en que murió un amigo . . . un soldado que habían herido en Vietnam, y que murió a mi lado, solo como un perro, porque sus hermanos no encontraron el tiempo para ir a acompañarlo, o no quisieron gastar la plata que les costaba la bencina, no sé . . . pero ahí, se me rompió todo . . . (*Pausa*) El pobre tipo, medio ciego, botado ahí en su cama, sin un pariente que le tomara sus manos, me hizo rebelarme contra esa sociedad estúpida y brutal. (*Otra pausa*) Fui el único que lo acompañó al cementerio! El único, me

entiendes? El único! (*Se calma; pausa*) Después de eso, renuncié. Terminé con ascensos, mejor paga, y todo eso. Regalé el departamento no me acuerdo a quién . . . y me fui a un convento. Pedí los trabajos más sucios, más despreciados por otros . . . lavé letrinas . . . fregué pisos en un hospital . . . e hice otras cosas. Quería como lavar de mí mismo, tanta mugre, tanto egoísmo, me entiendes? (*Mira a su madre*) Nunca más pude volver a esa vida, mamá, y nunca más podré. Entiendes eso, no es cierto?

ISABEL —Y qué vas a hacer ahora, hijo? Ya es que, aquí, ya tienes problemas?

JOSÉ —No sé, mamá. Por ahora, Camiseta se viene a vivir con nosotros. Después, ya veremos. Y otra cosa, mamá . . .

ISABEL —Sí?

JOSÉ —Hay que evitar que Trini se ofrezca.

ISABEL —Ofrezca?

JOSÉ —Ella no está enamorada, mamá. Sólo lo está de un contrato conveniente, y de un tipo que le gusta a sus amigas. No va a ser feliz . . .

ISABEL —No crees que estás dando por sentado, algo que no te consta?

JOSÉ —Nunca «consta», mamá, pero después es tarde. Lo sé, lo siento, y me vuelve loco que no lo evitemos . . . (*Estela baja la escala, con el rostro compuesto*)

ESTELA (*A José, con digna y serena severidad*) No sé qué te propones con tu actitud ridícula y absurda, pero en esta casa, no vas a hacer lo que te dé la gana, Coté. Te ordeno que devuelvas, de inmediato, ese catre y le digas al abuelo que se va a quedar donde está. (*José clava su mirada en ella*) Y no me mires así, que no me vas a conmover! (*A su madre que trata de acallarla con un gesto*) Y tú, mamá, deja de una vez el querer aplacarlo todo, que me vuelves loca! (*A José*) Tú no te has ganado esta casa, ladrillo por ladrillo! Mientras tú estabas allá, gozando de la vida, yo ayudé a levantar esto, peso por peso, y no te pedí a ti que me ayudaras! No necesito, ahora, a nadie que me venga a decir lo que debo hacer, me entiendes?

JOSÉ —Quién te posee, Estela? De quién eres?

ESTELA —Qué clase de pregunta estúpida es ésa?

JOSÉ —Quién es tu dueño?

ESTELA —Mi marido, naturalmente! Mi marido es mi dueño!

JOSÉ —(*Por Isabel*) Y a ella? Quién es su dueño? Quién la posee?

ESTELA —Raúl, naturalmente! La plata de Raúl! Y quién sino? El posee todo lo que hay en esta casa! (*Grita*) Incluyéndote a ti, hoy día, por si no lo has pensado! (*Isabel no puede resistir más la pugna entre*

hermanos. Se aleja hacia la cocina. Ellos, enfrascados en su enfrentamiento, no perciben su salida)

JOSÉ —Amor, es un cuerpo partido en dos, como una sandía que sangra!

ESTELA (*Con energía desfalleciente*) Por favor . . .

JOSÉ —Quién eres? Eres aún una mujer? (*Estela lo mira. Cae sentada en una silla. Esconde su cara entre sus manos. Con tono íntimo, tranquilo ahora*) Estás segura que aún te quieres, Estela? Eres bonita. No dejes que nadie te convenza de lo contrario. Alguien podría quererte aún . . . mucho. (*Pausa*) Hay mucho amor que quiere salir de ti . . . (*Le acaricia la cabeza a su hermana*)

ESTELA (*Sollozando; tras pausa*) Si supieras lo desgraciada que soy. Nunca me ha perdonado que no le diera hijos.

JOSÉ (*Con humildad*) Puedes querer, y si quieres, floreces. Si no, mueres. Los hijos no tienen nada que ver en esto. El abuelo es tu amor. Dale tu techo, dale tu afecto. Tienes una sola oportunidad en la vida.

ESTELA (*Apenas audible*) No puedo. Tengo miedo.

JOSÉ —Viene, de todos modos. Ya empaquetó sus cosas. Le mentí que *tú* lo invitabas. Tendrás que enfrentar eso.

ESTELA (*Cansada*) Es una locura. Raúl no te lo perdonará.

JOSÉ —No importa. He caído muchas veces entre las patas de los caballos.

ESTELA —Voy a tener que enfrentarte. A su lado, voy a tener que ponerme junto a él.

JOSÉ —Lo sé.

ESTELA —Te quiero, Coté. Te quiero y te entiendo.

JOSÉ —Lo sé. (*En ese momento se escuchan voces afuera, y luego asoma el abuelo, radiante de felicidad. Lleva una vieja maleta. Se saca el sombrero y saluda a Estela con una sonrisa feliz*)

ESTELA —Oh, Dios mío!

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

La mañana de un domingo, algunos días después. Graciela hace el aseo en el living. El abuelo baja la escala. Espera que ella salga hacia la cocina, luego cruza en puntilla al jardín. Baja Isabel y entra a la cocina. El abuelo aparece con una pala y un chuzo y cruza a hurtadillas, escondiendo las herramientas. Lo sorprende Isabel que sale de la cocina.

ISABEL —Adónde va con eso, papá?
ABUELO —Con qué?
ISABEL —Con esa pala y ese chuzo?
ABUELO —Cuál pala?
ISABEL —Papá, por Dios!
ABUELO —A afilarlas . . .
ISABEL —Dónde? En la calle? En día domingo?
ABUELO —Sí. (*Procura seguir su camino*)
ISABEL —Adónde va con eso, papá?
ABUELO —Puchas!
ISABEL —Usted sabe que no puede sacar las herramientas sin pedir permiso.
ABUELO —Ya está! Me voy con Coté a trabajar a la casa de Orellana! Me voy con el niño a levantarle unas chancheras a Orellana, y qué hubo? Me voy, ya está, no más!
ISABEL —Papá! No haga eso!
ABUELO —Puchas! Cuando yo tenía mi casa, tenía diez palas y diez chuzos, y no tenía que pedirle permiso a nadie para sacarlas!
ISABEL —Sí, pero ésta no es su casa, papá. (*El abuelo le entrega las herramientas a su hija y retorna al jardín*)
ABUELO —Toma! Así, prefiero volverme al asilo!
ISABEL —Tómelas, papá. Diré que yo las saqué, pero no vuelva a hacerlo sin hablar antes conmigo, quiere? (*El abuelo toma las herramientas*)
ABUELO (*En tono íntimo*) Te estoy creando problemas, eh?
ISABEL —Mientras se porte tranquilo, no habrá problemas.
ABUELO —Yo le dije a ese niño que esto no funcionaría! Oh, cresta! Si no hubiera vendido esas tierras! Maldito el hijo de puta que me arruinó! (*José viene bajando la escala. Besa a su madre*)
JOSÉ —Hola, mamá!
ISABEL —No vas a tomar desayuno, antes de irte?
JOSÉ —Tomaré, por ahí, con el abuelo. (*Al abuelo*) Vamos? (*El abuelo le muestra las herramientas, con un gesto de triunfo infantil y picardía*)
ISABEL —Adónde van, niño?
JOSÉ —A construirle unas chancheras a un obrero de la fábrica.
ABUELO —Tiene una niña enferma. Necesita ayudarse con eso. (*Salen ambos*)
ISABEL —Cuide esas herramientas, papá! (*Baja Estela, en bata*)
ESTELA —Raúl está que echa chispas con Coté.
ISABEL —Por qué? Qué pasó?

ESTELA —Quiso entrar al baño, y estaba Coté. Que no sabe que a esta hora se levanta Raúl? Tiene que ocupar nuestro baño, justo a la misma hora? (*Mira hacia afuera*) Adónde van?

ISABEL —A construirle unas chancheras a . . . alguien. No sé. Cosas del abuelo.

ESTELA —Chancheras?

ISABEL —Es lo que dijeron.

ESTELA —Ay, mamá, aquí se va a armar luego una muy gorda! Raúl ya no aguanta a Coté. Cuándo va a trabajar en algo?

ISABEL —Pero si está apenas una semana en casa. Dale tiempo.

ESTELA —Yo no sé cómo calmarlo. Qué explicación darle. (*Baja Trini, con una toalla en torno a la cabeza. También viste bata. Isabel aprovecha su presencia, para escurrirse escala arriba. Trini entra y luego sale de la cocina, con medio limón en un plato*)

TRINI (*De pasada*) Te saqué tintura . . . te importa? (*Sin esperar respuesta*) Voy con Cristián a un almuerzo latero con unos clientes japoneses. Me carga, pero igual me obligó a acompañarlo! En venganza, no abriré la boca, para que crean que se casa con una idiota! (*Sube la escala. Se topa con Raúl, que baja en buzo de tenis. Apenas demuestran notar la mutua presencia*)

RAÚL (*A Estela*) Hay desayuno?

ESTELA —Ya te traigo. (*Estela desparece en la cocina. Raúl se ejercita con la raqueta. Se impacienta. Grita hacia la cocina*)

RAÚL —Estela! (*Estela reaparece*) Qué estás haciendo ahí?

ESTELA —Ayudo a Graciela a prepararte el desayuno. . .

RAÚL —Bueno, yo quiero que estés aquí! La cocina es para las empleadas! Qué te pasa? Te estás escondiendo? (*Estela se sienta a su lado. Graciela trae el desayuno. Le sirve. Sale Graciela. Raúl come. Estela espera. Silencio embarazoso*)

ESTELA —Vas al tenis?

RAÚL —Es obvio, no? (*Otra pausa*) Vas a tener que decirle al chascón de tu hermano que a la hora que yo ocupo mi baño, él puede ir a lavarse sus chascas a otra parte, me entiendes? (*Silencio de Estela*) He oído que sigue frecuentando a los obreros de la fábrica. Ayer, me informó Cortés que lo vieron husmeando por ahí. Andaba con unos exámenes médicos de una de las operarias. En qué es lo que anda?

ESTELA (*Cansada*) Yo no sé en que anda mi hermano.

RAÚL —Deberías saberlo! Lo que sí te voy a decir, es que si sigue así, le voy a prohibir la entrada a la fábrica! Ya le ordené a Cortés que me informe cada vez que tu hermanito se presente. Si no me gusta la razón, no lo dejo entrar, entiendes? No necesito a nadie que me

enseñe cómo debo manejar mis negocios! Salí de la escuela hace un buen tiempo! (*Otro silencio. Acumula rabia*) De repente, las operarias que envasan las colonias exigen que se les dé leche! Han trabajado así, hace años, y ahora, de repente, se pone exigentes!

ESTELA —Y tú crees que fue mi hermano que les metió eso?

RAÚL —Yo no sé quién fue, pero es una coincidencia muy rara, no te parece? Cortés me informó que el otro día almorzó con ellos, en el restaurant donde almuerzan. Qué crees que les dice, mh? (*Estela se levanta*) Dónde vas?

ESTELA —Esta mañana te levantaste con el dedo en el gatillo. Ya sé que quieres pelear, pero yo no quiero, Raúl.

RAÚL —Siéntate . . .

ESTELA —Ay, Raúl, no nos hagamos la vida más difícil.

RAÚL —Siéntate! (*Estela se sienta*) Yo no tengo la culpa que tengas un hermano comunista, no? Tengo yo la culpa de eso?

ESTELA (*Casi sollozando*) Oh, Raúl, si quieres atacarme, atácame a mí, pero no uses a mi hermano como pretexto, quieres?

RAÚL —Cómo? Qué? (*Estela esconde la cara*) Lo que sí sé, es que ese hermanito tuyo me está cayendo cada día más gordo! Y no veo a nadie que le ponga atajo! Todos, aquí, puros mimos con él, y él en la berlina el flojo de mierda! (*Estela solloza en silencio*) Por qué dijiste eso?

ESTELA (*Entre ahogos*) Tú sabes que es así . . . Tú sabes que es así . . .

RAÚL —Cómo? De qué estás hablando?

ESTELA (*Lo mira*) Hasta cuándo vas a castigarme?

RAÚL —Castigarte? Por qué dices eso?

ESTELA (*Estalla, entre lágrimas*) Ayer volviste pasado a perfume de esa mujer! Volviste a comprarle ropa y regalos! Revisé tu chequera y volviste a comprarle cosas! Cuánto tiempo quieres que lo siga soportando? (*Raúl se levanta*)

RAÚL —Por la cresta! Tienes que arreglártelas, que cada vez que llegamos a esto, me sienta un culpable de mierda? Hicimos un trato en eso, no?

ESTELA —Tú habrás hecho un trato! Tú habrás hecho un trato, pero yo no!

RAÚL —Putas! (*Se aleja y luego se vuelve hacia ella*) Acaso no te doy todo lo que necesitas? No te doy casa, trabajo, plata y bienestar? A ti y a los tuyos? Qué más quieres, entonces? (*Como no recibe respuesta*) Anda a la cresta!

ESTELA (*Por lo bajo*) No es eso lo que quiero . . . Lo que quiero es que no me sigas castigando. (*Pausa*) Rechazas a mi hermano, porque lo único que te interesa es decirme que, por mucho que te moleste, lo recibes como otro favor que me haces . . .

RAÚL —Estás enferma?

ESTELA —Cada cosa que hay en esta casa, me la refriegas . . .

RAÚL —Así que me vas a decir que tu hermanito no es un caso? Me llena la casa de pilchas, me mete gente que no quiero, va a la fábrica y me levanta al personal, y aún quieres que me vuelva loco por él! (*Pausa*) He trabajado duro! Me he ganado cada peso que tengo! No le voy a pedir permiso a los demás por las cosas que quiero!

ESTELA (*Con fiereza*) Y yo?! No te he trabajado duro también? Quién mierda crees que soy?! (*Esta fiereza apacigua a Raúl*)

RAÚL (*Complaciente, calmado*) Bueno, qué cosa quieres, entonces? Que lo tenga para siempre bajo mi techo? Porque ese hermanito tuyo, se nos va a pegar, te advierte. Tipos como ése, cuando encuentran una cama caliente, hay que echarlos con los pacos! (*Pausa*)

ESTELA —Tú no lo entiendes. (*Raúl la mira, sin comprender*) Ninguno de nosotros lo entiende. Está lleno de buenas intenciones que no comprendemos . . .

RAÚL —Ah, sí, claro! Somos unos simples fabricantes de champú! Cómo vamos a comprender tanta sofisticación? Demasiado complicado para estas mentes toscas! Bueno . . . Yo te voy a contar algo que no quería contarte . . . para que te formes un cuadro lo que es tu hermano, en verdad! (*Titubea un rato*) Sabes en compañía de quién lo han visto últimamente? (*Pausa*) Con Gaby, tu amiga. Tu compañera de curso . . . Uno más en la cola, para recibir lo que ella regala tan . . . gustosamente.

ESTELA —Qué desagradable!

RAÚL —Qué? Que él lo haga, o yo te lo cuente?

ESTELA —No te creo.

RAÚL —Ah, no? Anda, entonces! Anda a pararte frente a su casa! Cualquier tarde! Lo verás entrar en medio de la leva!

ESTELA —Cómo puedes contar una cosa así?

RAÚL —Que tu hermanito se ande con cuidado! (*Trini, que baja la escala, se detiene a escuchar, al oír estas últimas palabras*)

ESTELA —Qué quieres decir con eso?

RAÚL —Que se ande con cuidado, nada más. (*Estela espera*) He revisado sus ropas, y me he encontrado con unas . . . yerbas. No declaró esas cosas en la aduana, no?

ESTELA (*Con disgusto*) Tú? Revolviendo entre sus cosas? Bueno, y qué vas a hacer? Denunciarlo?

RAÚL —Que se ande con cuidado, nada más.

ESTELA —Dios mío, por qué lo odias tanto? (*Raúl se levanta*)

RAÚL —Porque me cargan esos chascones intelectuales, que se creen tan inteligentes y tan buenos! No han tenido que pasarse una vida tras

un mesón! Tipos que lo único que hacen es revolver el gallinero! No dejar trabajar tranquilos a los demás! Claro! Se dan la gran vida, mientras nosotros somos los culpables! Les encanta regalar la plata de los demás, a los huevones! Bueno, yo quiero una casa limpia! Nada de chascones amargados, y tú, más que nadie, debería comprenderlo! (*Toma su equipo de tenis*) Bueno, de todos modos, me carga hablar de esto! No me amarges el domingo! (*Desde la puerta*) Si insistes en tenerlo en casa, llegará el día en que tendrás que elegir entre él o yo, me entiendes? Vuelvo a almorzar! (*Sale con un portazo. Trini baja de inmediato*)

TRINI —Qué es lo que encontró Raúl en las ropas de Coté?

ESTELA —Estuviste escuchando.

TRINI —Él no lo va a denunciar! Yo no le voy a permitir que lo haga!

ESTELA —No te pongas histérica. Aún no lo ha hecho.

TRINI —Sí, pero es capaz de hacerlo! Con lo que lo odia! Por qué lo odia tanto?

ESTELA —Raúl no lo odia. No exageres las cosas. Lo que pasa es que Coté ha hecho todo lo posible por atacarnos los nervios a todos.

TRINI —Con quién estás tú? Con o contra tu hermano?

ESTELA —Estoy con mi marido. Coté ha sido un problema, desde que llegó.

TRINI —Para mí, no! (*Baja Isabel. Percibe la tensión que hay*)

ISABEL —Qué es lo que pasa?

TRINI —Raúl dice que va a acusar a Coté por tener droga, y yo no lo voy a permitir, mamá!

ISABEL —Qué estás diciendo?

ESTELA —Es sólo una manera de decir, mamá.

TRINI —Ah, sí? Y por qué lo dice, entonces? (*A Isabel*) Lo que pasa, mamá, es que Raúl odia a Coté. Tiene celos del cariño que le tenemos!

ESTELA —Eso no es así.

TRINI —Raúl haría bien en saber que no puede pedir lo que no da!

ESTELA —Qué quieres decir con eso?

TRINI —Raúl no nos posee a todos en esta casa!

ISABEL —Trini!

TRINI —Ella lo defiende, mamá! Y Coté es mi hermano! Yo lo defiendo a él!

ESTELA (*Con veneno*) Aunque tu Cristián tampoco lo aguante?

ISABEL —Estela, no sigas!

ESTELA —Sabes lo que dijo el otro día?

TRINI —A ver! Dilo!

ESTELA —Que le daba vergüenza tener un futuro cuñado así!

TRINI —Eso no es verdad!

ESTELA —Ah, no? Lo dijo en una fiesta, a un amigo de Raúl. No te lo va a decir a ti, naturalmente! Y sabes qué más?

ISABEL —Les ordenó que terminen con esto!

ESTELA —Sabes con quién anda, ahora, tu tan querido hermano?

TRINI —Mamá, dile que está hablando de Coté!

ESTELA —Con Gaby! Sí, con Gaby! Mi amiga del colegio! Sabes quién es Gaby, no? (*Isabel no resiste más. Sale apresuradamente escala arriba*) La que ya en el colegio era famosa, porque en los paseos se mostraba desnuda a los muchachos. Hoy recibe a quién quiera meterse en su cama! Y tu hermanito, tu tan querido hermano, se puso en fila! A recibir lo que cualquier patán recibe por una sonrisa! Qué me dices ahora? Vale la pena, defender tanto a ÉSE?!

TRINI (*Fuera de sí*) Lo único que sé, es que si Raúl acusa a mi hermano por tener droga, yo lo acuso a él por todas las ventas negras que hacen en la fábrica! De las esencias caras que esconden en las bodegas, como mercadería sin valor! De las facturas falsas que comprán! Tengo quién me dé los recibos fuleros! (*Ambas perciben al mismo tiempo la situación absurda a que las ha llevado su pasión. Caen en brazos, la una de la otra*) Oh, Estelita, no! Yo no haría eso! Qué tonta soy! Cómo pude decirte una cosa así?

ESTELA —De lo aterradas que estamos ambas . . .

TRINI —Yo no estoy . . .

ESTELA —Pero yo sí, Trini. Siento como si algo se estuviera rompiendo. Una inseguridad . . . (*En súbito arrebato*) Tienes que ayudarme, que nada pase!

TRINI —Pero, qué puede pasar?

ESTELA —No sé . . . que Coté provoque a Raúl . . . y Raúl nos deje. (*Trini la mira extrañada*) Ya sabes . . . sin Raúl, qué seríamos? (*Ante un gesto de rechazo de Trini*) Crees que sin Raúl tendrías todo lo que tienes? Crees que se fijaría en ti, un tipo ambicioso como Cristián? (*Se arrepiente de inmediato de lo que ha dicho. Trini se aleja de ella*) Oh, perdóname! Ya ni sé lo que digo!

TRINI (*Contemplándola*) Tú si que le tienes terror a Raúl.

ESTELA (*De inmediato*) Y tú? Tú no? No le tienes?

TRINI —No.

ESTELA —Mentira! Tú sabes que si él, algún día, decide dejarnos, nos quedaríamos en la calle. O qué crees? Que tu bienestar lo sacas del aire?

TRINI —Ahora veo que todo eso que has dicho de Coté con la Gaby es mentira! Inventado de puro miedo que tienes!

ESTELA —Ah, sí? Anda, entonces! (*Trini se aleja de ella hacia la escala. Estela la sigue. La acosa*) Anda en las tardes! Cualquier tarde! Lo verás haciendo cola! (*Trini desparece escala arriba. Le grita*) Yo quiero que Coté se vaya! No quiero que nos siga molestando! Y tú también lo quieres . . . hipócrita! Para qué lo disimulas . . . (*Más débilmente*) . . . hipócrita. . . (*Queda sola. Se vuelve sobre sí misma*)

ESCENA SEGUNDA

Dos días después. José, sentado en un sillón, toca la flauta, ensimismado. Es una música triste, reconcentrada. Está en eso cuando entra Trini desde la calle. Viene de clases. Va a José. Va a la cocina y regresa con un vaso de leche. Se sienta frente a él. Espera alguna reacción que no se produce. Luego . . .

TRINI —Coté . . . Estoy aquí. (*Él sigue tocando*) Siempre hablas que hay que comunicarse . . . Con quién te estás comunicando ahora? (*Pausa*) El abuelo tenía que irse a ese asilo. No es que Raúl estuviera tratando de demostrar su poder . . . En verdad, estaba molestando . . . Aquí, viviendo en la casa, se estaba topando con Raúl a cada rato, y . . . (*Observa un rato la falta de reacción de su hermano*) Sólo trato que comprendas lo que pasa . . .

JOSÉ (*De pronto*) Circulas y circulas . . . Siseas y siseas . . . Ruido que hace ruido, nada más . . .

TRINI —Qué quieres que te diga, entonces? Cómo quieres que me porte?

JOSÉ —Sólo un gran atado de mezquinos y miserables egoístas . . . eso es lo que son. (*La mira*) Eso es lo que estoy tratando que me diga, la hermana que recuerdo. (*Toca de nuevo*)

TRINI —Coté, por favor . . . deja eso! Deja de tocar, por favor! (*Él la ignora*) Sólo vas a conseguir que yo también quiera que te vayas.

JOSÉ (*Dejando de tocar*) También tú ayudaste a acarrear sus cosas?

TRINI —Sí! Qué quieres que hiciera? (*Pausa. José insinúa un par de notas, y luego . . .*)

JOSÉ —En un edificio en que viví en Nueva York, una vieja mató a su gato, porque no podía conversar con él . . . La sacamos fuera, y la pusimos en la ambulancia, y aún gritaba: «¡Quiero que me hable ese maldito gato!» «¡Quiero que me hable ese gato hija de puta!» (*Pausa*) Antes de hacerlo, había roto toda su pieza. Es eso lo que quieres? (*Trini se sienta a su lado*) En otro edificio, un tipo, un viejo marinero jubilado, tenía un maniquí de Indonesia . . . una reproducción en yeso, horrible y mal hecha, de una diosa desnuda. Ponía un disco y bailaba con ella. Todas las tardes, cuando volvía

del bar, borracho . . . Un día me convidó a su pieza, y me pidió que también bailara con ella . . . Mientras lo hacía, el tipo aplaudía . . . como un niño . . . «Esto es fiesta!», gritaba . . . «Esto es fiesta!» También quieres eso?

TRINI —Y qué tiene todo eso que ver con nosotros?

JOSÉ —No lo sabes?

TRINI (*Angustiada*) NO! No lo sé! Explícame! (*José vuelve a insinuar algunas notas. Trini, en un impulso incontrolado, le arrebata el instrumento y lo arroja lejos*) Cristián tiene razón! Lo que pasa es que eres un amargado, y nos quieres salpicar a todos con tu amargura! (*Arrepentida de inmediato, se abraza a él*) Oh, no! No quise decir eso! Perdóname!

JOSÉ (*Con pausada determinación, dejando caer cada frase*) Sí. Cristián está bien. Cristián es un buen niño. No está amargado. No, cómo lo iba a estar, si cuando lo bautizaron, no se sacudió el agua bendita, y le sonrió al rayo de sol que le daba en la cara? (*Pausa*) Cristián fue bueno desde niño. Casi ya no sabe cuándo comenzó a serlo. Fue esa clase de niños que aprenden a poner las manos sobre la mesa y a decirle las buenas noches a los adultos. En clase aprendió rápidamente a ponerse en fila, y a estar de acuerdo que los más altos encabezaran la cola. Estudió siempre todo lo que le ponían por delante, y no dudó nada. Y entró a la Universidad! Eso dio lugar a que hubiera una fiesta en casa, y cuando el abuelo le puso una mano en su hombro, Cristián sintió que lo felicitaban todos los cadáveres de la familia, por lo bien que lo estaba haciendo! (*Pausa*) Hoy tenemos a Cristián convertido en un hombre. Va embalado en directo en la selva de los negocios, y se siente bien aperado para el viaje. Tiene título, linda cara y buena estampa. Chapurrea varios idiomas; domina la jerga del comercio; cultiva las amistades que conviene, y las otras, las olvida; y sabe que un dólar abre ciertas puertas, y diez mil, otras, que son las que le interesan! Cristián tiene un solo problema: Que nació en Chile! Que aquí, fastidiosamente, aún se le da cierta importancia a las cosas inútiles; como querer a un amigo, por ejemplo, y eso lo hace parecer duro, a veces, e inhumano, y teme que se le note! Pero para suerte de él, las cosas van cambiando! El chileno de hoy se está volviendo práctico, también, y realista! Abrió una ventana a los Estados Unidos, y está recibiendo de allá todas sus fetideces, y le están oliendo a perfume! Hoy, el chileno está aprendiendo a parecerse al americano, y eso le alegra el corazón! Van apareciendo los Cristianes, a millares, y Cristián ya no se siente tan raro! Si hasta tiene una noviecita que piensa igual, imagínate! Y una familia de la novia! Qué más puede pedir? Hoy, al abuelo se le relega a un asilo, la familia pobre no se visita, nadie pierde el tiempo en nada, y nada se hace que no tenga un objeto! (*Pausa*) Sabes que la cuna en que se crió la Estela fue

hecha por el abuelo de las ruedas y varas de una carreta vieja? Habías visto inocencia igual? (*Trini se levanta. Se aleja*) Pero, no te preocupes, Trini! El abuelo vendió sus tierras para comprar acciones y parecer más civilizado, y se arruinó! Hoy, vive sumergido, y soñando, el pobre, en lo que pudo ser, y que se parece al modelo que ustedes le hicieron! En cambio, Raúl le quita de la boca el pan de sus obreros, y con esa plata se compra una casa en un barrio pituco, para que Cristián sienta que se puede enamorar de ti! (*Trini llega al pie de la escala. Sincero ahora. Sin sarcasmo*) Trini! No lo hagas! Cristián no es la clase de tipo que te hará feliz! (*Pausa. Trini se limita a mirarlo*) Tienes esta única oportunidad . . . Después será tarde. . .

TRINI (*Con cierto desafío*) Tú pareces saberlo todo, eh? Sabes también que se pasa muy bien donde la Gaby?

JOSÉ —Oh, no! Trini! No caigas en eso!

TRINI —No puedo casarme contigo, si es eso lo que quieres . . . Soy una mujer . . . Me voy a casar con Cristián . . . Tengo que descubrir por mí misma . . .

JOSÉ (*Con ira impotente*) Bueno, hazlo, entonces! Tírate a los brazos de tu «plan para el futuro»! Púdrete en algún hoyo de cuatro paredes, donde no valgas más que el gato que viva contigo! (*Sus últimas palabras caen en el vacío, porque ya Trini ha desaparecido escala arriba*) . . . Lo matarás algún día . . . No te quepa la menor duda . . . (*José cae en hondo abatimiento. Está en eso cuando el abuelo entra desde el jardín. Se limpia las manos con un pañuelo. Ve a José y se sienta junto a él*)

ABUELO (*Después de un rato*) Nos están dando duro, eh? (*Le da de oler sus manos*) Mira, huele! Olor a pino, es? Estuve podando unas macrocarpas que se le estaban metiendo bajo el techo . . . (*Después de otro rato*) . . . No estoy mal en ese cuarto, niño . . . Después de todo, siempre he vivido entre guadañas oxidadas y maletas viejas . . . Después de todo, un viejo no es otra cosa que un poco de chatarra . . . Vamos, tócame algo en eso . . . (*José recoge la flauta y toca algo*) No, no! Eso es demasiado triste! Quiero algo más alegre! *José acelera el ritmo de la música*)

ABUELO —Eso es! Eso está mejor! Hay tipos que tienen dolor del mundo. Les duele el mundo, y eso no está bien, niño. No soy más que un viejo chocho y estúpido, pero sé que eso no está bien. Tú no puedes cambiar la vida de nadie, porque nadie la pide prestada. Yo, sencillamente, ya codeo a la gente; mis codos ya no caben . . . (*Pausa*) Tu familia ha enriquecido demasiado rápido. No han madurado el dinero. El dinero, como todo, debe madurar. Tampoco podrás cambiar eso ya . . . (*Otra pausa, en que José se limita a escuchar*) Viste muchas cosas feas en ese país, eh? Perro come

perro, eh? (*José asiente*) Me imagino . . . (*José improvisa algo en la flauta*) Y qué vas a hacer con tu vida, niño? No puedes seguir así. Tendrás que hacer algo; ganarte la vida . . .

JOSÉ —Qué vida?

ABUELO —La que tú te hagas, niño. Hay gente que quiere vivir mal. Te arañarían la cara, si les quitas su servicio de plata. Tampoco podrías cambiar eso. (*Pausa*) Viste a Orellana. Quiere esas chancheras para progresar. Él dice que es para darle de comer a sus hijos, pero es para progresar. Que después se vayan metiendo en la mierda, es el precio que se paga. Yo mismo. Si no me hubiera dejado enbaucar por ese sinvergüenza, tu madre y tú tendrían otra vida. No más feliz, pero . . . otra. (*José le sonríe. Le pasa la flauta*)

JOSÉ —Toque usted, ahora . . .

ABUELO (*Sin tomarla*) No me crees, eh?

JOSÉ —No. No le creo. No puedo creerle.

ABUELO —Y qué es lo que quieres, niño?

JOSÉ —En Estados Unidos, una negra moribunda me dio un día un beso. Sólo puedo vivir para ese beso, abuelo . . . (*El abuelo improvisa algo. Sólo unas notas destempladas. De repente, deja de tocar*)

ABUELO —Tendré que volverme al asilo. Le estoy creando muchos problemas a tu madre.

JOSÉ —La negra moribunda tenía un hijo que improvisaba pantomimas. A veces, cuando no había pan, improvisaba la pantomima del «gusano furioso» . Toque, abuelo! Voy a improvisar la pantomima del «gusano furioso» mientras toca . . . (*El abuelo toca, cualquier cosa. José realiza la pantomima. Es una realización triste y desarticulada. Está en eso cuando aparece Estela. Viene de la calle. El abuelo deja de tocar. Estela ve el final del acto de José, que no la ve al comienzo*)

ESTELA —Abuelo, tengo que hablar con Coté. Quiere dejarnos solos un rato?

ABUELO (*Levántándose*) Ya me iba . . . (*Sale al jardín. Estela se sienta junto a José*)

ESTELA (*Cansadamente*) No sé lo que pretendes, Coté, pero en verdad, te estás volviendo una pesadilla. (*Pausa*) Sé que no nos perdonas, porque hemos echado al abuelo al taller, y por todo lo demás, pero . . . yo no puedo soportar más la culpa que quieres cargar sobre mí. (*Pausa*) Quiero que te vayas . . . (*Pausa*) Sé que odias que les mezquinemos a los obreros, que ostentemos lo que no somos, que hemos dejado de ser la familia sencilla que dejaste, pero . . . déjanos ser como somos. No todos podemos ser como tú. Tú has tenido toda la libertad del mundo, mientras yo he tenido que estar aquí, a cargo de mi familia . . . soportando a un marido que me

engaña . . . (*José la mira*) No habías pensado en eso, mh? Sabes que por culpa tuya, hemos vuelto a distanciarnos? Anoche no alojó en casa. No lo sabías, no es cierto? (*Pausa*) Tú vas y vienes, Coté. Yo quedo. Tú no vas a resolver el problema de mamá, ni el mío. Sé lo que quieres comunicarnos con tu actitud . . . Crees que no sé que en esta casa ya no queda casi nada . . . verdadero? Pero yo te pregunto: Has encontrado tú algo «verdadero» en las pocilgas en que pareces haber vivido?

JOSÉ —Sí . . . Lo encontré.

ESTELA —Ah, sí? Dónde?

JOSÉ —En el beso de una vieja y cirrótica negra moribunda. En sus manos que me tocaban. En su pelo. En su bendito y escaso pelo negro. No había nada que no fuera verdad en eso. (*Estela lo mira un rato. Luego . . .*)

ESTELA —Ándate . . .

JOSÉ —Es como una infección, Estela. Una vez que comienza a quemarte, no te puedes detener. Principia el día en que alguien te hace cariño cuando estás triste . . . o se quita de la boca el último cigarrillo, sólo por el gusto de verte fumar. Después de eso, ya nada tiene sentido. (*Pausa*) Pero, parece que tengo que irme, no? Sólo te pido que dejes vivir aquí al viejo. Él no sabe vivir solo. (*Espera alguna reacción de su hermana, que no se produce*) Gaby dice que podría recibirlo. Dice que le hará un hueco. (*Estela se vuelve violentamente hacia él*)

ESTELA —Eso no es verdad! Sólo lo dices para mortificarme!

JOSÉ —Es cierto.

ESTELA —Pero, cómo puede ella, con lo enferma que está?

JOSÉ —Lo sabías, entonces?

ESTELA —Claro que lo sé. Soy su amiga,no?

JOSÉ —Y si sabías que estaba enferma, porque no has ido a verla? Gaby dice que no la visitas hace ocho años. Por qué? (*Pausa*) Porque eres hoy una respetable burguesa, y hay amistades que comprometen? No crees que, ahora que anda en boca de todo el mundo, necesita mucho más tu amistad? (*Pausa*) Supe todo por Camiseta, que siempre ha ido a verla. Son grandes amigos. Ella dice que si no lo queremos aquí, lo recibirá con gusto. Será para ella una gran compañía. (*La entrada de Raúl interrumpe sus palabras. Tira aparatosamente su chaqueta sobre un sillón*)

RAÚL —Bueno, mi amigo . . . se acabó! La cosa está resuelta! Usted se me marcha, hoy mismo, de mi casa! Usted, aquí, ya no tiene nada que hacer! (*A Estela, que lo mira muda de espanto*)

RAÚL —Bueno, y tú, qué me miras? El nunca fue de esta casa, no? Si pudiera le prendería fuego. Para qué darle más vueltas? (*A José, de*

nuevo) Estamos? Ya pasé a un hotel y le reservé pieza para un mes! De modo que se me va ahora mismo a recoger sus cosas, y se me larga! (*Chasquea los dedos*) Ya, vamos! (*Nada pasa*) Bueno, y . . .? (*José va hacia la escala. Desaparece. A Estela*) Y? No dijo nada . . .

ESTELA —Te odio.

RAÚL (*Con legítima perplejidad*) Pero, por qué? En el fondo, sólo le estoy haciendo un favor, no? A él le carga esta casa. Desde que llegó, no ha hecho otra cosa que criticar y amargarle la vida a los demás. (*Estela va hacia la escala*)

ESTELA —Odio tu maldita plata!

RAÚL —Pero . . . por qué?

ESTELA (*Grita*) Porque tú no puedes manejarme como te da la gana! Yo también soy un ser humano, no?! Mi opinión también cuenta! (*Sube la escala*)

RAÚL (*Tras ella*) Oye, pero . . . pero . . . (*Va hacia el centro del living. Desconcertado*) Por la cresta, familia! Maldita familia de mierda!

ESCENA TERCERA

La mañana del día siguiente. Raúl, con chaleco, sin vestón, está sentado ante la mesa del desayuno. Entra Graciela con el diario. Le sirve el desayuno. Raúl observa su cara compungida.

RAÚL —Bueno, y a ti, qué te pasa? (*Graciela se encoge de hombros*) Cómo qué nada? Desde anoche, sólo veo caras largas en esta casa . . . (*Graciela se retira. Raúl trata de leer, pero desiste al fin. Cierra el diario. Baja Estela en bata. Él ve como ella entra a la cocina y vuelve a salir con una taza de café. Se encamina hacia la escala*) Bueno, y qué pasa? No me va a acompañar nadie a tomar desayuno? (*Estela va a sentarse junto a él. Bebe café. Fuma. Tras un rato*) No vas a la fábrica?

ESTELA —No. Tengo jaqueca. (*Otro silencio*)

RAÚL —Bueno, y qué pasa? El hecho que tu hermano tenga que irse no quiere decir que el viejo también tenga que hacerlo, no? Yo no lo he echado.

ESTELA —Se le arrinconó en el peor cuartucho de la casa, como una pala vieja. Qué quieres que hiciera?

RAÚL —Bueno, si quieres tanto a tu abuelo, mételo en tu cama, y se acabó el problema.

ESTELA —No se trata de eso.

RAÚL —Y de qué se trata, entonces? (*Silencio de Estela, que mira su taza. Al fin*) Por la cresta, ustedes sí que son una familia! Familita que son! Quieres que tu hermano siga viviendo aquí, entonces? Dilo, pues! Si lo piensas, dilo! (*Pausa*) No se puede estar con Dios y con el Diablo! Tú sabes que no se puede vivir con un tipo como tu hermano bajo un mismo techo. O es él, o somos nosotros! (*Otra pausa. Más calmado*) Sé que nosotros estamos . . . mal. Que no vivimos lo que se dice . . . cristianamente, pero . . . qué quieres? Si comienzo a hacer concesiones, a pagarle fortunas a todo el mundo, quiebro. Tú quieres eso: que quiebre? (*Otra pausa*) En cierto modo, uno se mantiene en base de eso. Es la vida. O son ellos, o nosotros. (*Pausa*) Crees que a mí me gusta cuando entran a la oficina una de esas obreras y me pide aumento, o que le resuelva este o el otro problema, y las veo, ahí, todas jodidas, temblándoles las manos, y que tenga que decirles que no? Crees que no me duele? Claro que me duele! Pero qué quieres que haga? Mh? Crees que mis competidores tienen más consideraciones? Es un mundo cruel! Una mierda de mundo! (*Señala la casa*) Toda esta «cosa», en cierto modo, se apoya en eso. Para qué echarnos tierra a los ojos? Yo lo sé, y tú lo sabes, y si no lo sabes, más bien comienzas a abrir los ojos, ahora. Tipos como tu hermano sólo vienen a complicarlo todo. Viven en un mundo de fantasía. Quieren que todo el mundo ande abrazados, pero eso no funciona. (*Pausa*) Por eso tiene que irse . . . (*Siguen otro rato en silencio. Luego . . .*) Y si no lo ves así, míralo así, entonces . . . Últimamente, los dos hemos estado bastante . . . mal. Ya sé que entre nosotros hay cosas . . . no sé, la vida . . . cosas que pasan. Pero, con tu hermano, aquí, las cosas seguirán mucho peor. Entiendes eso, no es cierto? (*Estela asiente*) Es tu hermano. Tú lo defenderás y yo lo atacaré, y las cosas se seguirán agriando. Y eso, a ti, no te gustaría, no es cierto? Hay que ser práctico, Estela. Es duro, pero hay que ser práctico . . . Me entiendes, no es cierto? (*Estela entiende*) Se va, entonces?

ESTELA —Me hubiera gustado que todo hubiera sido tan diferente . . .

RAÚL —Sí, pero no lo es. (*Le acaricia el pelo*) Todo va a volver a lo normal, no te preocupes. (*Raúl sube la escala. Estela queda sola un rato, luego baja Isabel con una maleta y tenida de calle. Tras ella el abuelo, con sus mejores ropas y su sombrero. También trae una bolsa. Estela ve la maleta que lleva Isabel y se levanta alarmada*)

ESTELA —Y tú, dónde vas?

ISABEL —A dejar a mi papá, a casa de la Gaby.

ESTELA —Y esa maleta?

ABUELO —Voy al taller a recoger mi pala. (*El abuelo sale al jardín*)

ESTELA (*Insiste*) Y esa maleta, mamá?

ISABEL (*Con dificultad*) Me voy por un tiempo, hija. Acompaño a mi papá.

ESTELA —Cómo . . . «por un tiempo»? No entiendo.

ISABEL —Quiero estar . . . un tiempo . . . acompañándolo. Gaby me ha ofrecido muy cariñosamente una pieza desocupada, y tu abuelo se va a sentir un poco solo, al comienzo, y . . . quiero acompañarlo.

ESTELA —No puede ser!

ISABEL —Es verdad, hija. Quiero estar un tiempo con él. Además, no creo que me echarás tanto de menos . . . por un tiempo.

ESTELA —No puede ser! (*Desesperada*) Usted no se puede ir, mamá!

ISABEL —Oh, hija, pero si es sólo por unos pocos días . . .

ESTELA —No, no! Ni siquiera «por unos pocos días»! (*Sin poder controlarse*) Hoy, usted me dice que es sólo por unos pocos días, y después se me va para siempre!

ISABEL —Pero, hija, qué estás diciendo?

ESTELA (*Le arrebata su maleta*) No, mamá! Usted no se me va! Usted no se me mueve de esta casa!

ISABEL —Pero, niña! (*Estela, abrazando la maleta, va a sentarse en el sofá*)

ESTELA (*Histérica*) Yo no la dejo irse! Usted no me puede hacer esto! (*Solloza*) Nadie quiere estar en esta casa! Todo el mundo quiere abandonarme! (*Isabel va a sentarse junto a ella*)

ISABEL —Pero, Estela, por Dios! No lo tomes así!

ESTELA —No, no! Usted no se me va, entiende? Porque si usted se va, yo me muero, me entiende? Sólo soporto esta casa porque usted está aquí!

ISABEL —Pero niña, contrólate!

ESTELA —No, no! No quiero controlarme! No quiero tragarme más nada! Si usted me deja, yo me muero! Y se lo digo en serio, mamá!

ISABEL —Ya, niña, ya. No me voy, entonces . . .

ESTELA —Porque yo odio esta casa! (*Se va calmando*) La odio! Usted sabe lo que es eso? Odiarla?

ISABEL —Ya, niña. Si sólo pensaba irme por algunos días . . . a meditar un poco. Estar un poco sola conmigo. Soy tan cobarde, tan . . . (*Toma las manos de su hija*) Pero si lo tomas así, no me voy . . . No te dejo. (*El abuelo entra desde el jardín*)

ABUELO —Me compré esta pala para tener algo mío, y viene un hijo de puta y me la ensucia con guano! (*Percibe lo que hay entre madre e hija*)

ISABEL —No lo voy a acompañar, papá. Por ahora, sólo lo iré a dejar . . .

ESTELA —No, no! Ni siquiera «a dejar»! Después usted se va, y no vuelve!

ABUELO —Ya lo sabía.

ISABEL —Irá Coté, entonces . . . (*Baja Trini. Ve la escena familiar. Ve la maleta del abuelo y de su madre. Mira a ésta interrogadoramente*) Es tu abuelo que se va . . . A la casa de Gaby . . . Iba a acompañarlo, pero prefiere que Coté lo haga.

TRINI —Dónde está Coté?

ISABEL —Arriba, juntando sus cosas.

TRINI (*Dura; agresiva*) Quién más se va de esta casa? (*A todos*) No hay alguien más que quiera irse? (*A Estela*) A quién más quiere echar de la casa, tu marido?

ISABEL —Trini!

TRINI —Yo me casaré luego, de modo que por ahí, no tendrá problema. (*A su madre*) Yo no quiero que el abuelo se vaya. Tampoco quiero que Coté lo haga. Que no vale para nada mi opinión? Qué estoy haciendo en esta casa? Viviendo de prestado?

ESTELA —Ya está todo decidido, Trini.

TRINI —Decidido? Quién le decidió? Yo? Yo no he decidido nada! Quién mierda soy?

ISABEL —Pero, Trini, por Dios!

TRINI —No me voy a casar con Cristián, mamá! Se van todos a la mierda! (*Va hacia la escala; se vuelve hacia ellos*) Me cansé de hacer la niña buena, entienden? Trini es la niña buena! Trini hace esto! Trini hace esto otro, y si Trini hace esto, lo damos un carmelo, y nos sentimos orgullosos de ella! (*Isabel se acerca a ella. Un quiebre emocional*) Oh, mamá, por qué siento que todos están dirigiendo mi vida? Anoche peleé con Cristián. Y todo fue culpa mía. No podía estar más cariñoso. Le dije puras pesadeces. Al final, no quería que me tocara! Qué me pasa, mamá? Por qué, hace un tiempo, siento como que no estoy viviendo mi vida? (*José baja la escala. Viene vestido como en la primera escena. Deja los bultos al pie de la escala*)

JOSÉ —Bueno, mamá. Desnudo como llegaste, desnudo vuelves a irte . . . (*Sonríe. Nadie lo sigue. Ve las maletas*) Y eso?

ISABEL —Anoche estuve pensando que mejor acompañaba a tu abuelo por un tiempo, pero . . . cambié de idea, hijo . . .

JOSÉ —Acompañarlo dónde?

ISABEL —A casa de la Gaby. Se va a vivir con ella . . . por un tiempo.

ABUELO —Cosa mía, chiquillo. Pensé que si tú te ibas, qué más hacía yo aquí? Me estaría dando de cabezazos en ese taller. (*José mira a su madre*)

ESTELA —Nadie se lo ha pedido, Coté . . .

ISABEL —Va a estar muy bien. Tendrá pieza propia, con linda vista a un jardín vecino, y baño propio. Y podrá hacer compañía a esa pobre mujer . . .

JOSÉ —Claro! Como dos varados que se acompañan. Total, le ponemos lacre, lo sellamos, y el asunto está arreglado . . . (*Raúl, que viene bajando, escucha estas últimas palabras*)

RAÚL —Y qué? Y qué, te pregunto? A ti, esta casa te apesta, y ya te fuiste! Qué más la sigues revolviendo? (*Pausa*) Yo no quiero que tú vivas en esta casa, y el abuelo no puede vivir si no es contigo, así que . . . qué fue? Me puedo dar el lujo de exigirlo, no? (*Todo el mundo está paralogizado. Raúl ve las miradas de todos sobre él*) Soy egoísta, y ya está! Qué fué? Me gusta vivir la clase de vida que a mí me gusta, y a ustedes también! Si no, estarían repartiendo las tres cosas que tienen . . . (*Pausa*) Así que, mi amigo . . . usted se me va ahora, y que le vaya bien adonde vaya! (*Va hacia la puerta de salida. Se vuelve*) Cuando vuelva al almuerzo, quiero ver mi casa . . . despejada . . . y a todo el mundo sonriendo! Chao! (*Sale. Trini va hacia José. Lo abraza*)

TRINI —Coté, yo no . . .

JOSÉ (*Le acaricia la cabeza*) Sí, ya sé . . . ya sé . . . (*El abuelo interrumpe, al fin, el embarazo. Toma su maleta*)

ABUELO —Bueno, chiquillo, me parece que aquí no hay donde perderse. Ya oíste de qué se trata. A freír monos a otra parte.

TRINI (*A José*) Iré a verte todos los días, vayas donde vayas!

JOSÉ (*Acariciándola siempre*) Sí, claro . . . (*A Isabel, que no le quita la mirada*) Y usted, no se preocupe, mamá. Ya estoy acostumbrado a esto. Ya había oído discursos parecidos, sólo que en inglés . . . (*Sonríe*)

ISABEL —Y qué vas a hacer, niño?

JOSÉ —«Hacer»? «Hacer», no sé si haré nada, mamá . . . (*Ante la desorientación de su madre*) No sé . . . De veras, no se preocupe . . . (*Sonríe*) Por ahora, tal vez me vaya a los trapenses . . . a plantar hortalizas . . . Quiero «hacer» muchas cosas, mamá, pero que sea un «hacer» diferente . . . (*Con real sinceridad, ante el estupor temeroso de su madre*) Es cierto, mamá . . . Quiero ir a los hospitales, a ver a los enfermos . . . Hablarles . . . Escucharlos . . . Quiero pasar una vida escuchando . . . (*Besa su frente*) Tengo estas dos manos. No me moriré de hambre, si es eso lo que le preocupa . . . (*Le toma la barbilla*) Dios está en todas partes. Lo creemos o no lo creemos? (*A Estela*) Cuando vuelva tu marido, dile que no se preocupe. Entiendo su punto de vista. Creo que está equivocado, pero él no sabe ser de otra manera. (*A Trini*) Y tú . . . quiere a tu Cristián. Dale todo tu cariño. Lo necesitará. (*Pensativo*) Tal vez yo

estaba equivocado. Tal vez es lo que tienes que hacer. (*Toma del brazo al abuelo*) Ya, viejo, vamos! (*Recoge su maleta y se echa el bolso al hombro. Van ambos a la puerta. José a la madre*) Ya, mamá, qué pasa? A ver, esa sonrisa. Cómo me voy a ir así? (*Isabel fuerza una sonrisa*) Eso es! Así está mejor! En verdad, mamá . . . soy bastante feliz. (*Trini lo abraza, pero él se desprende*)

ESTELA —Llamaré un taxi . . .

JOSÉ —No, deja! Nos iremos caminando los dos, verdad, abuelo? Tenemos todo el día! (*Saluda a todos con la mano. Salen ambos. Tras ellos quedan solas en la habitación Isabel, Estela y Trini, en tanto la oscuridad se cierra lentamente sobre ellas*)

TELÓN

ÁLAMOS EN LA AZOTEA

Comedia
1981

PERSONAJES:

Moncho
Ángela
Roberto
Wanda

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Una habitación en la mansarda de una casa de pensión, en un barrio residencial venido a menos, en la periferia cercana al centro de la capital.

El recinto, que en algún lado está comprimido por un techo inclinado, contiene un catre de bronce, una cómoda antigua con lavatorio (jofaina) y jarra enlozada, una mesa redonda manchada, un par de sillas de Viena, un sillón desvencijado y, al lado del catre, un velador. Sobre él, una radio antigua de ésas de madera con pantalla de género.

En un estante, libros y revistas. En las paredes posters con propaganda de cosméticos con rostros de modelos hermosas y algunos diplomas enmarcados. En un muro, un closet separado por una cortina estampada.

A la derecha, bajo el techo inclinado, una ventana. A la izquierda, la puerta de entrada. Al fondo, al centro, la cocinilla separada por una cortina. A su lado, la puerta del baño.

Reina un desorden propio de la vivienda de un hombre que vive solo, que no tiene quien le ordene, y a quien esto poco le importa.

La acción se inicia un día cualquiera, a comienzos del invierno, en alguna hora de la mañana.

Ante la mesa está «Moncho», «Valentino» para el comercio. Bordea los 65. Con una bata deshilachada y vieja sobre el pijama, un par de pantuflas en los pies desnudos y una frazada echada sobre los hombros, recorta cuidadosamente servilletas de grandes pliegues de papel. Las dobla y va poniendo en una caja de cartón. Lleva de ello una cuenta, prolija, que anota en una libreta. La radio cascarrea una melodía. A sus pies, una estufa eléctrica apagada. Tirita de frío mientras trabaja.

MONCHO —¡Ocho . . . nueve . . . diez . . . once . . . doce! (*Anota*) ¡Docena catorce! (*Revisa el contenido de la caja*) ¡Esta maldita cosa no cunde! ¿Habrá un hoyo? ¡Algún ratón se debe estar comiendo mi trabajo! (*Tirita*) ¡Cresta, el frío carajo que hace! (*A la estufa*) ¿Quieres que te encienda, eh? ¡No, no lo haré, porque conozco tu truco, traidora! ¡Te enciendo y comienzas a girar el disco! (*Va al closet y regresa con un atado de diarios; procura forrarse las piernas con ellos, pero todos sus intentos fracasan; patea las hojas arrugadas*) ¡Quince pesos! Quince pesos, y ¿qué te dan a cambio? ¡Mentiras! ¡Puras mentiras, y ni siquiera un poco de calor! (*Va a la cocina y regresa con un tarro de café y una tetera; destapa el tarro; no hay café; bota el tarro al piso y de inmediato responden, desde abajo, unos golpes insistentes, histéricos. Contesta golpeando el piso con el mismo tarro*) ¡No, no me la vas a ganar, desgraciado! (*De abajo cesan las respuestas*) ¿Ves? ¡Te gané! ¡Te gané, marinero de agua dulce! (*Entusiasmado, prende la estufa*) ¡Bah. A la cresta! ¡Si quieren arruinarme, que me arruinen! ¡No lloraré si no me llevan flores al cementerio! (*Pone la estufa encendida bajo sus piernas; suspira reconfortado; sigue trabajando; súbitamente unos golpes en la puerta de entrada. Sin levantar la vista de su labor*) ¿Quién es? (*Un murmullo, afuera*) ¡Hable más fuerte! . . . ¿Eres tú, Lolo? . . . Porque si eres tú, media vuelta y marrr. ¡Hoy no hay plata! . . . ¡Anda a buscarte desayuno a otra parte! (*Por lo bajo*) ¡Este pelotas cree que esto es el Banco Central! (*Otro par de golpes, ahora con voz más clara*)

VOZ DE MUJER —¡Soy yo, Tata!

MONCHO —¿Yo? ¿Quién «yo»?

VOZ —¡Yo, Ángela! ¡Su nuera!

MONCHO (*Sin moverse*) ¿Tú? ¿Y qué haces aquí?

VOZ —¡Vengo a verlo!

MONCHO —¿Hoy martes? ¿Para qué?

VOZ —¡Para verlo, pues! Bueno, ¿va a abrirme o no?

MONCHO —Espera. (*Reúne los materiales de trabajo y va a guardarlos en el closet, del cual saca un gran plano de construcción y lo coloca sobre la mesa. Se saca la bata y se pone un fumoir de raso, que extrae de la cómoda, y un pañuelo de seda al cuello. Se peina, se echa colonia. Aprecia el efecto final frente al espejo. Sólo entonces va a abrir. Aparece Ángela. 30 años. Bien cortado traje de calle y elegante abrigo. Trae un paquete de supermercado*)

ÁNGELA (*Con suave ironía*) ¿Puedo entrar?

MONCHO (*Poniéndole una mejilla que ella besa*) Ya estás adentro. ¿Qué estás haciendo aquí? (*Ángela avanza hacia la mesa seguida por la mirada inspectiva de Moncho*)

ÁNGELA —¿Cómo está, Tata?

MONCHO —Mal, pues. ¿Cómo voy a estar? Si tú no estás conmigo . . . jodido.

ÁNGELA —Con este frío que hace aquí, no es raro que se sienta incómodo.

MONCHO —¿Incómodo? ¿Quién habla de eso? (*Se acerca demasiado a ella*) Ansioso, dirás. (*Se instala junto a ella. La mira con ojos capotudos*)

ÁNGELA —Ya, Tata, déjese de eso, ¿quiere? (*Le toca la nariz con los paquetes que describe*) Le traje quáker, ¿ve? . . . y levadura de cerveza . . . y un poco de chocolate, para que se fortifique. Usted, que no come nada.

MONCHO —¡Vamos, dame un beso!

ÁNGELA —¡Oh, Tata!

MONCHO —Uno solo. Me calmo al tiro. Te lo juro. (*Ángela le da un beso en la frente, cercanía que él aprovecha para abrazarla. Ella se escabulle*) ¡Bueno, de lo bueno poco! Pero, cualquier día que le venga la ansiedad, aquí está este pecho para consolarla. No dudes en usarme.

ÁNGELA —Lo haré, Tata.

MONCHO (*En parodia de enamorado*) ¡Júramelo! (*Ríen en corriente de mutua simpatía. Serio de nuevo*) En verdad, ¿a qué viniste? ¿Hablaste con Paolo?

ÁNGELA —Le traje quáker y levadura, y usted ni siquiera lo agradece.

MONCHO —¡Al diablo con tu quáker! ¡No soy un caballo! ¿Hablaste con Paolo?

ÁNGELA —No. No hablé.

MONCHO (*Con sospecha*) ¿Y a qué viniste, entonces?

ÁNGELA —A visitarlo, pues. ¿Es tan extraño eso?

MONCHO —Sí, extraño. Hoy no es sábado.

ÁNGELA —No, no es. Es martes, pero tenía ganas de verlo. ¿O es que no se puede sentir ganas de verlo un martes?

MONCHO —Sí, se puede, pero es extraño. No es lo que acostumbran, tú y tu marido.

ÁNGELA —Su hijo.

MONCHO —¡Oh! ¡Qué va a ser hijo mío ese! ¡Yo no estuve ahí, cuando concibieron a ese pepino elefantiásico!

ÁNGELA —¿Cómo que no estuvo?

MONCHO —¡No estuve! . . . Cuando esos animalejos se colaron al vientre de su madre y le fecundaron el útero, yo no estuve ahí para dirigir sus pasos . . . Se metieron subrepticiamente, a espaldas mías . . . Sabiendo lo que iba a pasar, si hubiera podido desviarlos a una playa neutra, donde no le hicieran daño a nadie, ese velón de iglesia no habría nacido. Así es que no me vengas a colgar falsas paternidades. (*Ángela se ha estado movilizando entre el cuarto y la cocina, llevando y guardando paquetes, haciendo orden, arreglando la cama. Regresa ahora con un vaso de leche*)

ÁNGELA —Y yo no estaría aquí. ¡Tome!

MONCHO —¡No quiero leche!

ÁNGELA —¡Tome! Usted está en los huesos. (*Moncho capitula ante su insistencia. Bebe con gesto de asco*)

MONCHO —¡Buuf! ¡Qué asco! . . . Bueno, ¿hablaste al fin con Paolo, o no? No te creo que no lo hayas hecho. Una mujer que es capaz de casarse con un hijo como el mío, es capaz de cualquier cosa.

ÁNGELA —Hablé.

MONCHO —¿Y? ¿Qué te dijo? (*La radio se pone a chirriar. Moncho la golpea*) ¿Qué le pasa a esta cuestión? (*La golpea demasiado rudamente; la radio «muere»*) ¡Está muerta! ¡Las mugres que fabrican hoy en día! (*La deja*) Bueno, ¿qué te dijo?

ÁNGELA —Que no hay negocio.

MONCHO (*Siguiéndola por la habitación mientras ella hace aseo*) ¿Cómo que no hay? Por qué?

ÁNGELA —Dijo que era mucho riesgo invertir en el arreglo del local, para convertirlo en salón.

MONCHO —¿Riesgo? ¡Claro que hay riesgo! ¡En todo hay riesgo! ¿Qué quiere ese lagartijón? ¿Que las viejas vengan a hacerse los rulos, echadas sobre el mesón?

ÁNGELA —Dijo que la confitería, así como era, le rentaba más.

MONCHO —Bueno, ¿y para qué me hizo perder todo este tiempo, entonces?

ÁNGELA —Dice que lo pensó mejor.

MONCHO —¿Pensar? ¡Ese meloso nunca ha pensado en nada! (*Con súbita sospecha*) ¿Quieres que te diga qué pasa?

ÁNGELA —¿Qué cosa?

MONCHO —Ese mañoso anda pensando hacer el negocio con la Marta Astorga. ¡Los vi ayer, del brazo por la Ahumada! ¡Y esa urraca nunca pierde su tiempo en nada!

ÁNGELA —¡Pero, Tata! ¡Usted sabe lo amigos que son!

MONCHO —¿Amigos? . . . ¡Nadie es amigo de la Marta Astorga!

ÁNGELA —Esa mujer ya tiene cuatro salones. ¿Para qué querría otro?

MONCHO —¿Para qué? Esa avara instalaría un salón de belleza en el atrio de la catedral, si eso le dejara plata! ¡Para eso los quiere! (*Lee en la cara de Ángela*) ¡Vamos! ¡Tú sabes algo! . . . ¡Canta! (*Ángela va a la cocina*)

ÁNGELA —Le haré unos huevos fritos. ¡Apuesto que ni tomó desayuno esta mañana, y si lo hizo fue con café puro y ni un pan! (*Moncho la retiene de un brazo*)

MONCHO —¡No quiero huevos fritos! ¡Lo que quiero es que me digas qué sabes!

ÁNGELA —Yo no sé nada.

MONCHO —¡Sí, sí sabes! . . . ¿Qué te dijo? . . . ¡Que no le gustó mi actuación del otro día! . . . ¿Fue eso, no es cierto?

ÁNGELA (*Desde la cocina*) ¿Le hago uno o dos?

MONCHO —¿Te habló de la peluca de esa vieja, no es cierto?

ÁNGELA (*Al fin*) Sí . . . me habló.

MONCHO —¿Ves? ¡Lo sabía! . . . ¡Sabía que haría una montaña de eso! . . . ¿Qué te dijo?

ÁNGELA (*A regañadientes*) Oh, Tata, ¿tenemos que hablar de eso?

MONCHO —¿Qué te dijo?

ÁNGELA —Que usted debió saber que era peluca.

MONCHO —¿Cómo? ¡Claro que sabía! ¿Quién no iba a saber?

ÁNGELA —¿Y para qué le puso champú, entonces, Tata?

MONCHO —¿Cómo para qué? . . . Porque la vieja puso su cabeza en el lavatorio, para que le lavaran el pelo. ¿Qué iba a saber yo? . . . ¿Acaso las pelucas no se lavan?

ÁNGELA —Pero, ¿puestas en la cabeza, Tata?

MONCHO —Hay viejas locas para todo. Una vez, cuando aún teníamos el salón en el Ritz con tu suegra, llegó una vieja con una piel de hurón . . . o algo así . . . un animalejo peludo de ésos que hay en el trópico . . . y ¿sabes para qué?

ÁNGELA —¿Para qué?

MONCHO —¡Para que le hiciéramos la permanente! (*Ríe*) ¿Habías visto? A un mozo que teníamos, un tipo divertido, se le ocurrió que, como la vieja era medio pelada, se lo ponía en la cabeza para engatusar a su amante, que era medio ciego. (*Ríen ambos, luego, silencio embarazoso*) Bueno . . . está bien . . . no me di cuenta. ¿Qué iba a saber yo? Después de estar diez años alejado del oficio, ¿qué iba a saber yo las cosas nuevas que han aparecido? Hoy en día, hay pelucas que dan ganas de ser pelado. (*Pausa*) Me puse nervioso . . . Cuando le vieja puso su cabeza al borde de ese lavatorio, hice lo primero que se me vino a la mente . . . No me di cuenta que me estaban tendiendo una trampa. (*Indignándose*) Bueno, y ¿que tenía que ponerme a prueba ese pinganilla? ¿No soy acaso aún «Valentino»? ¡Ya lo era cuando ese sapo aún andaba en pañales!

ÁNGELA —¿Y para qué lo hizo, Tata? ¿Por qué permitió eso?

MONCHO —El hombre iba a poner su plata; tenía derecho a saber qué mercadería estaba comprando. (*Se mira las manos*) Un viejo peluquero como yo sabe que con las años se pierde el pulso, la práctica. Y habría hecho lo mismo. Después de todos estos años, uno puede estar más que torpe, ¿no?

ÁNGELA —Al menos, el lavado pudo hacerlo una de las niñas . . .

MONCHO —Sí, esa es otra de mis faltas; siempre estoy compitiendo conmigo mismo . . . Quise probar un hecho . . . Demostrarle, desde el comienzo, con qué clase de profesional se estaba asociando . . . (*Ángela sale con los huevos fritos en un plato. Los pone, con tenedor y sal, sobre la mesa*)

ÁNGELA —¡Tome, Tata, sírvase! (*Moncho se sienta a comer mecánicamente. Ángela ve sus pies desnudos*) ¡Pero, mire, Tata! ¡Mire cómo está! ¡Con los pies desnudos! ¡Con el frío que hace!

MONCHO —¿Frío? ¿Quién habla de frío? (*Ángela va hacia la cómoda y extrae un par de calcetines llenos de hoyos*)

ÁNGELA —¡Mire! ¡Mire como tiene estos calcetines, Tata! ¡Usted es como un niño chico!

MONCHO —¿Y qué quieres? ¡Que además me ponga a zurcir, ahora? (*Ángela se arrodilla ante él y procura ponérselos. Él la esquiva*) ¡Ya, deja! ¡Deja ya! ¡Cuidado, niña! ¡Cuidado, que me haces cosquillas! ¡Estás pasando peligro!

ÁNGELA (*Ha terminado*) ¡De puro flojo que es, andaría desnudo por la casa, si no contara con que alguien lo puede venir a ver!

MONCHO —Al contrario, niña. Me visto sólo porque no sé que vas a venir. (*Ambos ríen*) Así que ese farsante no se quiere asociar conmigo por lo de la peluca, ¿eh?

ÁNGELA (*Casi a pesar de ella*) Por eso, y otras cosas más.

MONCHO —¿Qué cosas?

ÁNGELA —Tata, tengo que decirle esto: se ha corrido la voz de sus mala pulgas . . . que usted siempre quiere salirse con la suya . . .

MONCHO —¿Quién dice eso?

ÁNGELA —La gente. Las peluquerías donde usted trabajó; después que se separó de mi suegra.

MONCHO (*Después de decantar lo que acaba de oír*) Así que es eso lo que dicen, ¿mh? . . . ¿Y qué es lo que quieren? ¿Que trabaje en un sótano? Me habían dado un recoveco oscuro donde trabajar; las clientes se asfixiaban en el aire caliente . . . Yo mismo no puedo trabajar si no tengo aire fresco . . . De modo que prendí un ventilador, y una cliente salió chueca, con un ataque de tortícolis, y me cargaron a mí con la culpa. (*Pausa breve*) Otro caso . . . Me pusieron a una ayudante que tenía un olor a las axilas que daban mareos . . . ¿Podrías tú permitir que la cliente se ahogara en el tufo? No proveen de tubos de oxígeno en los salones, ¿no? . . . Mandé a esa chica a que se lavara, y armó un escándalo . . . ¿Esas son mis malas pulgas?

ÁNGELA —Todos esos problemas se van a terminar ahora, Tata, con algo que su hijo viene a comunicarle.

MONCHO —¿Roberto?

ÁNGELA —Vendrá en un rato. (*Ángela se agacha a recoger el tarro vacío de café que ha quedado al pie de la mesa. Moncho la detiene*)

MONCHO —¡No, deja eso, que lo uso como proyectil! (*Ángela no entiende*) Es para el tipo que vive abajo. ¿Quieres saber para qué es? (*Le quita el tarro y golpea el piso. De inmediato vienen las réplicas, insistentes, furiosas*) Para eso, ¿ves? . . . Es un marino jubilado, un ratón esquizofrénico que vive en el cuchitril de abajo, y con quién me comunico en este morse. (*Abre el tarro*) Además está vacío, ¿ves? (*Revisa el contenido del paquete, que ha quedado sobre la mesa*) No trajiste café. La próxima vez, trae. Será mejor venido que tus alimentos para ganado. (*Le adelanta el vaso de leche*) ¡Y ahora, tú! ¡Bébete esto! Yo ya tengo los conductos oxidados para esta clase de brebajes . . . Y ahora, dime: ¿qué me viene a comunicar ese rorro carilampiño?

ÁNGELA —Él mismo se lo dirá . . .

MONCHO —Suena misterioso. ¿Qué me vienen a ordenar? ¿Que construya un arca?

ÁNGELA —El le dirá . . .

MONCHO (*Tomándola de los hombros*) Y nosotros mientras tanto, ¿qué me dices? ¿Alcanzamos a tirarnos un rato en ese catre? ¿Para que nos pille haciendo cositas cuando llegue?

ÁNGELA —¡Ay, Tata!

MONCHO (*Se recuesta en la cama*) Me tiro solo, entonces . . . (*En ese momento suena la llave en la puerta de entrada. Se abre y deja paso a Roberto. 40 años. Viste abrigo elegante sobre traje bien cortado. Trae un diario bajo el brazo. Va hacia su padre y lo besa en la frente*)

ROBERTO —Hola, viejo . . .

MONCHO (*De inmediato*) ¿Qué pasa?

ROBERTO (*A Ángela*) ¿Ves? ¡Vengo entrando . . . hace cuatro días que no lo veo, y me recibe con un «qué pasa»!

MONCHO —Hoy es martes; tú vienes los sábados. Si vienes en martes y no en sábado, rompiendo una rutina de diez años, tengo derecho de asustarme un poco, ¿no?

ROBERTO (*Siempre a Ángela*) ¿Te das cuenta? . . . Soy su hijo, vengo entrando, le doy un beso, con todo cariño, y él no encuentra nada mejor que recibirme con un «qué pasa». (*A Moncho*) ¡Además de mí, tengo un trabajo, salud y tres hijos! ¿No me vas a preguntar por ellos?

MONCHO —¿Y qué quieres? ¿Que te los enumere, uno por uno?

ROBERTO (*A Ángela*) No le interesa como están, ¿ves?

MONCHO —¡Está bien! Te pregunto: ¿cómo están tus hijos?

ROBERTO (*Grita*) ¡Bien!

MONCHO (*Responde más fuerte*) ¡Magnífico!

ÁNGELA —Ya, ya . . . está bueno, ¿no? (*Roberto lanza el diario sobre el catre*)

ROBERTO —¡Le traje el diario!

MONCHO —No veo que me trajiste el libro que te pedí.

ROBERTO —No lo encontré.

MONCHO (*Excitado; a Ángela*) ¡No lo encontró, dice . . . ¡Las librerías están tapizadas con ese libro! ¡Derraman de las vidrierías hacia la calle, y él dice que no lo encontró! (*Roberto va a grandes trancadas hacia la puerta*)

ROBERTO —¡Está bien! ¡Me voy, se acabó la visita! (*A Ángela*) ¡Y después no vengas a decirme que no traté!

ÁNGELA —¡Roberto! . . . ¡Tata! . . . ¡Por favor! . . . No sean niños chicos, ¿quieren? (*Roberto va a sentarse con rabia ante la mesa. Moncho se sienta frente a él*)

MONCHO (*Después de un rato*) Bueno . . . ¿me vas a decir al fin? ¿Cómo están tus críos? ¿Carola, Robertito y Carlitos?

ROBERTO —Carola, Robertito y Alfonso . . .

MONCHO (*A Ángela*) ¿No iban a ponerle Carlitos, al menor?

ROBERTO —No, papá. No le íbamos a poner «Carlitos». Usted propuso, pero yo insistí en ponerle *su* nombre: Alfonso . . .

MONCHO —¡Lo cagaron, entonces! Marcaron por vida a esa pobre criatura. Nadie tiene suerte en la vida, si se llama Alfonso. Se lo previne. No me culpen después que no lo hice.

ROBERTO (*Subiéndose el cuello del abrigo*) Papá, esta casa es un páramo. No sé cómo no se hiela aquí . . .

MONCHO (*Señala la estufa*) Tengo esa cosa, pero me muerde los bolsillos. Si tú me pagas le cuenta de la luz, la tengo encendida todo el día, y me río de los peces de colores . . .

ROBERTO —Para qué dice eso, si todos sabemos que usted no quiere que le pague nada . . .

MONCHO —Eso es. No me pagues nada, y pasamos frío los dos, ¿está bien así? (*Pausa*) Bueno, ¿pero me vas a soltar, al fin, a qué viniste? . . . Aquí, con tu mujer, estábamos hablando de Paolo, ese farsante. No se quiere asociar conmigo, ¿y sabes por qué? . . . Porque le lavé la peluca a una vieja. ¿Habías visto una razón más tirada de las mechas, para sacarse el bulto, y no hacer negocios conmigo? ¡Pero no importa! (*Empuja hacia Roberto el plano que está sobre la mesa*) ¿Ves ese plano que tienes ante la vista? ¡Échale una buena mirada! ¿Sabes lo que es? ¡Un Centro Comercial en Vitacura! ¡Original!, ¿no crees? ¿A quién se le habría ocurrido? . . . La nueva obra que estamos por iniciar con mi hermano Juan. Ahí donde ves ese círculo, por si no sabes interpretar un plano, se contempla la construcción de una gran pérgola, con las tiendas ubicadas; todas en forma radiada, ¿ves? Irá una fuente iluminada, que se verá de todas las tiendas . . . Mi hermano Juan estuvo discutiendo con ingenieros, arquitectos e inspectores municipales, cómo lo íbamos a bautizar, ¿y a quién crees que se le ocurrió el nombre? ¡A este pecho! . . . ¡Centro *Arturo Prat*! ¿Qué te parece? . . . ¡Construiremos un gran monumento al prócer, rodeado por la fuente! . . . ¡Con chorros de agua azul y roja, surgiendo de la misma base! . . . ¿Qué te parece la idea de construirlo como una gran proa . . .? ¡Una gran proa de piedra, la «Esmeralda», con ninfas y sirenas encaramadas arriba, y un gran Neptuno, chorreando algas y abrazando a Arturo Prat! . . . ¿Qué te parece? . . . Vamos a aplastar todo el barrio alto con esa construcción, ¿no crees?

ROBERTO —¡Papá . . . usted es un forro!

MONCHO (*A Ángela*) ¿Qué le pasa?

ROBERTO —¿A quién cree que está engañando? . . . ¡No hay tal Centro Comercial!

MONCHO (*Siempre a Ángela*) Tu marido se sale de madre . . . ¿No lo has llevado a un siquiatra?

ROBERTO —¡No hay tal Centro Comercial, papá! ¡Usted acaba de inventar todo eso! (*A Ángela*) ¿Qué se puede hacer con él?

MONCHO —Te estoy diciendo que tu tío Juan me tiene metido en ese negocio . . .

ROBERTO —¡No, papá! ¡El tío Juan no lo tiene metido en ese negocio, porque hace tiempo que no quiere saber nada de usted en cuestión de negocios, porque en eso usted es un forro, papá! ¿Que no se da cuenta que yo sé, que Ángela sabe, y que todo el mundo sabe?

MONCHO (*A Ángela*) Se repite, ¿ves? Como un viejo del hospicio. Este muchacho está definitivamente cuco.

ÁNGELA —Tata, lo que Roberto quiere decirle, es que . . .

ROBERTO —Papá . . . este plano es de una obra terminada hace ocho años. Ya tienen intención de echarla abajo, de puro vieja que está . . . El sótano ya es un nido de ratones, y hasta crecen álamos en la azotea.

MONCHO (*A Ángela*) ¿Oíste eso? ¡Álamos en la azotea! Definitivamente incurable . . . ¿Qué le has hecho a la mente de mi hijo? (*Roberto va a grandes trancadas hacia el closet y vuelve con un atado de servilletas recién cortadas*)

ROBERTO (*Mostrándoselas*) Papá . . . ¿qué es esto?

MONCHO —Bueno, si tú no lo sabes, ¿cómo te lo voy a explicar yo?

ROBERTO —¡Servilletas de papel!

MONCHO (*A Ángela*) ¡Uy, este niño es un genio!

ROBERTO —Papá, usted corta estas horribles servilletas de papel y las vende por ahí, en restaurantes y cafés, porque no tiene un peso. ¡Se muere de frío en esta covacha y no come lo suficiente, porque no es más que un viejo pelotudo, muerto de un orgullo enfermizo! ¡Eso es lo que es! (*Se sienta agotado*) Se pone esa chaqueta sólo cuando venimos nosotros, porque es la única ropa decente que le queda. (*Recoge el tarro de café*) Y apuesto que aquí ya no hay ni café. (*Lo abre*) ¿Ve? (*Pausa*) ¿Cuándo nos vamos a dejar de jugar jueguitos?

MONCHO (*Conmovido*) Eso no es enteramente cierto. Vivo del arriendo de esa cité . . .

ROBERTO —¡Falso! ¡Falso también! Usted no vive del arriendo de ninguna cosa, porque de las seis piezas que tiene la cité, sólo cobra una . . . y eso sólo porque el arrendatario paga por planilla de la Dirección de Obras Municipales . . . Los otros no pagan, porque son un atado de sinvergüenzas que se aprovechan de su bondad . . . El uno, porque siempre acaba de enfermarse el hijo que no tiene. El otro, porque ya son como quince las vesículas que le han extirpado. El tercero, porque no le pagan el montepío, y en verdad el único que cobra, es el dueño del bar de la esquina . . .

MONCHO —Bueno, si soy tan espantoso, ¿por qué no me tiras a un pozo y me echas cal? Así desaparezco para siempre de tu vida.

ROBERTO (*A Ángela*) Y todavía, lo poco que gana con esas ridículas servilletas, lo comparte con ese vago . . . ese Lolo. Un vago borracho e inútil que vive de él, como una sabandija. (*A Moncho*) Muy peluquero será, muy amigo suyo, pero le juro que cuando lo veo, sentado junto a usted, en ese banco del parque, me dan ganas de estrangularlo.

MONCHO —Mal harías, porque esa amistad no me es tan inútil como crees.

ROBERTO —¿Ah, sí? ¿Y en qué cosa le sirve ese vago inútil?

MONCHO —Me calienta mi cadera . . . Cuando es invierno y me viene el reuma, nos pegamos el uno al otro, y yo le caliento su cadera izquierda, y el mi derecha.

ROBERTO (*Levanta los brazos en señal de impotencia*) ¡Oh, Dios! (*Ángela va hacia el catre, se sienta y le toma las manos a Moncho*)

ÁNGELA —Tata . . .

MONCHO —¿Sí, amorcito?

ÁNGELA —Roberto ha venido a hacerle una proposición.

MONCHO —¿Una proposición? Así que ese es el secreto del martes, ¿mh? Ya me decía yo que esta visita traía gato encerrado.

ÁNGELA (*A Roberto*) ¡Dile, pues!

ROBERTO (*Paseándose nerviosamente*) ¡Dile tú! ¡Yo estoy demasiado alterado!

ÁNGELA (*Con cuidado*) Tata . . .

MONCHO —¿Sí?

ÁNGELA —La señora Wanda quiere que regrese junto a ella. (*Moncho se levanta como impulsado por un resorte*)

MONCHO —¡Se acabó la entrevista!

ÁNGELA —Tata . . . ¡Déjeme terminar!

MONCHO —¿Cómo vas a terminar algo que nunca comenzaste? ¡Nunca me dijiste eso que me acabas de decir!

ÁNGELA (*Cruzando con su marido miradas desesperadas*) Tata . . . ¡no se trata que vuelva a la casa! ¡Sólo que regrese al salón!

MONCHO —¡Tanto peor! ¡Oídos sordos, nunca oyeron lo que oyeron! (*Toma los paquetes de la mesa*) ¡Toma! ¡Aquí tienes tus quákeres y tus levaduras! ¡Dáselos a tu perro! ¡Él lo sabrá aprovechar mejor que yo! (*Abre la puerta*) ¡Y ahora, a volar!

ROBERTO (*Yendo hacia la puerta; a Ángela*) Te lo advertí, ¿ves?

ÁNGELA —¡No, espera! (*A Moncho*) Tata . . . ¡Ella lo necesita!

MONCHO —¿Wanda? ¿Necesitarme? ¿Para qué? ¿Para quebrarme todos los dedos?

ÁNGELA —No, en serio, Tata. La señora Wanda ha cambiado mucho.

MONCHO —¿Ella? ¿Cambiar? ¿Qué le pasó? ¿Se hizo una operación y se volvió hembra?

ROBERTO —¡Yo no aguanto más!

ÁNGELA —¡No, Roberto, espera! ¡Si te vas ahora, no habrá otra ocasión!

MONCHO —Ya lo creo que no la habrá. No, en verdad, niños; les agradezco mucho todos sus desvelos . . . Denles mi saludo cariñoso a Carola, Robertito y Carlitos, y ahora, váyanse que tengo que vestirme . . . No se preocupen de cerrar, porque la puerta se cierra por dentro . . . (*Les señala el pasillo exterior*)

ÁNGELA —Tata . . . ¿en verdad la odia tanto?

ROBERTO —No discutas con él. Convencer a esa mula es más difícil que hacer hablar a esa mesa. (*Dedo amanazante a Moncho*) ¡Y no vuelva a llamarle Carlitos a mi hijo! ¡Se llama Alfonso, igual que usted, de lo cual nunca terminaré de arrepentirme!

MONCHO —Yo tampoco.

ÁNGELA —Tata, no ha contestado mi pregunta . . .

MONCHO —¿Edelmira? ¿Odiarla? . . . No . . . Ese feo sentimiento no cabe en mi pecho . . . Yo no odio a nadie . . . Lo que sí siento es un deseo que no se me ha quitado en quince años, y es darle a esa mujer una patada que la mande a dar sesenta y dos vueltas en torno a la tierra, y que aterrice en el Polo Norte . . . Yo estaré en el Polo Sur, con los pingüinos.

ROBERTO —¡Vámonos!

ÁNGELA (*Desprendiéndose de la mano que la aferra*) Tata, en verdad . . . quisiera saber . . . ¿Qué pasó? . . . ¿Cómo puede ser tanto su rencor?

ROBERTO —¡Bueno, me voy solo, entonces! (*A Ángela*) ¡Pero te lo advierto! Ahora te va a cantar la Cumparsita. Es campeón en eso. Pone sus ojos en blanco, mira al cielo, y es la Virgen sufriente . . . ¡Nunca nadie ha tenido que sufrir tanta injusticia!

ÁNGELA —¡Roberto! ¡Compórtate, por favor! Después de todo es tu padre, ¿no?

MONCHO —¿Yo? ¿Padre es ese pepino elefantiásico? (*A Ángela*) ¿No le has visto el porte que tiene? ¿Crees que yo podría engendrar a ese gigantón, y todavía lampiño?

ROBERTO (*Va sobre él*) ¡No soy lampiño! Tengo esta barba, y bien negra, ¿ve?

MONCHO —¡Uy, no me asustes con tu bosque oscuro! (*A Ángela*) Lo que pasa es que no me puedo sacar de encima su imagen en la cuna. Era una guagua inmensa, toda redonda y desnuda. Cuando tenía un año, ya era de mi porte. Hubo días en que pensé que tendríamos que cambiarnos de casa, para que cupiera.

ÁNGELA —Tata, usted todavía no me contesta. (*Ángela se echa sobre el catre y al hacerlo muestra más muslo de lo conveniente. Moncho la toma de un brazo y la sienta ante la mesa*)

MONCHO —Sí, mi linda, ahora le voy a contestar, pero mejor se sienta aquí, quiere, que de la otra manera me podrían venir ideas. (*Se sienta ante ella*) Dime algo. Quiero que me respondas bien sinceramente . . . ¿Podrías trabajar tú, veinticinco años, junto a una persona que, al hablar de la ondulación natural del pelo, dice que el pelo . . . «culebrea»? (*Espera su reacción, que no se produce*) ¿Qué te pasa? ¿No me oíste? Un pelo «ondula» . . . «riza» . . . «sinúa» . . . «ondea», pero «culebrea». ¿No es demasiado eso? (*Ángela cambia miradas con Roberto*)

ÁNGELA (*Sin convicción*) En verdad . . .

MONCHO —En cambio, no resistía que yo hablara de la «sinuosidad» del cabello. Le daban histéricos. En una ocasión le vació un pote de tintura a una cliente en la falda . . . Y otra cosa . . . ¿Es tan difícil entender que a una cliente que entra al salón, se puede decir que viene «saliendo»? (*Ángela busca en la cara de su marido la explicación del enigma*) ¡«Saliendo»! ¡«Saliendo del feo mundo de afuera»! ¿«Saliendo» de la ordinariez, el ruido, la violencia? . . . ¿Y «entrando» al remanso del salón? . . . Siempre quise que mi salón fuese un descanso; por eso lo revestía de colores suaves, de flores, de música ambiental . . . Pero ella no entendía. ¡Insistía que «salir» es «salir», y que «entrar» es «entrar»! ¿Es eso tan difícil de entender?

ÁNGELA —No . . . En verdad, no . . .

MONCHO —Debí instalarme contigo; habríamos hecho una fortuna. (*En serio, ahora*) No, en verdad, lo que pasa es que siempre tuve una idea muy distinta del negocio. Para mí el peinar es un arte. Sufría de tener que cobrar cuando me quedaba bonita una cabeza. Debí heredarlo de mi padre, que era un poeta en el oficio . . . Para tu suegra, en cambio, un peinado era, simplemente, otro campanilleo en la caja registradora. Nunca encontraré a una mujer con menos imaginación . . .

ÁNGELA —Y ahora ¿qué?

MONCHO —¿Ahora qué, qué?

ÁNGELA —¿Me va a decir que porque decía «culebreo» no quiere volver con ella?

MONCHO (*Levantándose*) Había otras cosas . . .

ÁNGELA —¿Qué cosas, Tata?

MONCHO (*Finalmente*) Esa mujer me vejó.

ROBERTO —¿Ves? ¿No te lo dije?

ÁNGELA —¿En qué lo «vejó» la señora Wanda, Tata?

MONCHO —¡Edelmira! ¡No le sigas poniendo ese mote absurdo! ¡Ella es Edelmira! ¡Edelmira Veloso! ¡De Chillán! ¡Hija de un guardavía del ferrocarril a Cabrero! ¡Nieta de un peón de fundo de Yumbel! ¡Por eso (*Por Roberto*) ese hasta salió parecido a San Sebastián!

ÁNGELA —¿Qué es lo que hizo?

MONCHO (*Solemne*) Marcó mi ropa.

ÁNGELA —¿Marcó su ropa?

MONCHO —Ponía dos jabones en el baño; uno para ella, el otro para mí . . . Envolvía mi ropa en bolsas plásticas, como si estuvieran apestadas . . . Me hacía tomar el vino en un vaso distinto, y lo que es peor . . .

ÁNGELA —¿Sí?

MONCHO —¡Puso llave a sus joyas!

ÁNGELA —Pero, Tata, eso me parece lo más natural. Tal vez temía que se las robaran.

MONCHO —¿Robarle? ¿A Edelmira? ¡Pobres los dedos del infeliz que esa mujer pillara entre sus cosas! Jamás nadie robó nada en el barrio en que vivíamos; los vecinos jubilaron a todos sus perros . . .

ÁNGELA —¿Y por qué cree que lo hacía, entonces?

MONCHO —Temía que yo se las robara, seguramente . . .

ROBERTO —¡Fantasmas que comenzó a ver, el mismo día en que mamá recibió esa herencia!

MONCHO —¡Eso no es verdad!

ROBERTO —¡Tan verdad es, que vivían en la mejor armonía, durante veintisiete años, y de repente comenzó a ver que le marcaban los calzoncillos!

MONCHO —¡Ella los marcó! ¡Ella los marcó! ¡Como para decirme: esto es tuyo, y esto es mío! . . . ¿Qué era yo? ¿Un extraño en la casa? (*Se calma*) Trabajé para esa mujer, honradamente, durante veintisiete años. ¡Cuando escondió sus joyas, abandoné su casa, y no la volveré a pisar, aunque me lleven tieso, convertido en piedra!

ÁNGELA —¿Y qué vamos hacer, ahora? (*Un ruego sincero y sentido*) Mi suegra quiere que regrese, Tata. Ella lo necesita. Se siente sola . . . ¡Es verdad! . . . Ya no es la más joven de las mujeres . . . Los años comienzan a pesarle; igual que a usted . . . (*Moncho se pasea un rato. Luego . . .*)

MONCHO —¿Y cuáles serían las condiciones?

ÁNGELA —Ninguna. Usted regresa al salón, y retoma su silla. Eso es todo.

MONCHO (*De espaldas a ella*) ¿Cuál silla?

ÁNGELA —¿Cómo . . . cuál silla?

MONCHO —La primera de la izquierda, al lado de la vitrina.

ÁNGELA —Si lo desea . . .

MONCHO —Ella siempre se la acaparaba. Me dejaba a mí la primera de la derecha, bajo el gometo. Tenía que trabajar metido en la selva. Las clientes creían que en cualquier momento saltaría un tigre . . . Y los pies de las clientes, ¿cómo irían?

ÁNGELA —No entiendo.

MONCHO —Vueltos hacia el pasillo. Edelmira me hacía trabajar vuelto hacia el espejo, para que no mirara las piernas de las que pasaban . . . ¿Y el ventilador?

ÁNGELA —¿Qué hay con eso?

MONCHO —¿Podré usar? No puedo trabajar en el olor del pelo caliente. Me produce asma.

ÁNGELA —Si eso le hace bien . . .

MONCHO —Sí. Me hace. Lo mismo que las hojas de eucalipto. ¿Podré hervir una?

ÁNGELA —No creo que ella tenga inconveniente.

MONCHO —Le tenía. Decía que apestaba el local; me hacía botarlas . . . Y ¿cuál sería mi parte?

ÁNGELA (*Mirando a Roberto*) Bueno . . . Cincuenta, cincuenta, como antes, supongo.

MONCHO —Supones mal. Cuarenta, sesenta. Cuarenta para ella, sesenta para mí. Yo tengo ahora trece años más de experiencia.

ROBERTO —¡Qué ella también tiene!

MONCHO —Te equivocas en eso. Práctica tendrá. Trece años más de práctica. La experiencia la tengo yo. He tenido trece años metido en este hoyo para meditar. Ella, en cambio, sólo ha trabajado con sus manos. No ha tenido tiempo de pensar. (*Sospechoso*) ¿De modo que ella aceptaría todas mis condiciones, mh?

ÁNGELA —Así creo.

MONCHO —¡Yo no! ¡Aquí hay gato encerrado! ¿Qué le pasó? ¿La abandonó, al fin, ese falso gabacho que tomó como socio?

ÁNGELA —Puso salón aparte hace dos meses.

MONCHO (*Triunfal*) ¿Ves? ¡Lo sabía! ¡Esa mujer está quebrada, y necesita a alguien que le salve el negocio! (*Roberto va a grandes trancos hacia la puerta*)

ROBERTO (*Ruge*) ¡Yo no aguanto más! (*A Moncho*) ¡Lo que pasa, pedazo de cabeza dura, es que ella, por alguna razón que no entiendo, aún lo quiere! ¡Pero usted no quiere entender! . . . ¿Sabe lo que es usted, papá? . . . ¡Un gorrión! . . . ¿Has visto los gorriones? . . . ¡Siempre chascones y muertos de hambre, armando boche, metiendo ruido, dejando la crema en los nidos de otros! ¡Eso es usted! (*Sale con un portazo*)

MONCHO —¡Vaya! . . . ¡Gorrión! . . . ¿Has visto? . . . Ese muchacho nunca ha sabido controlar su impaciencia. (*Va a sentarse en el catre*) ¿Un forro, eh?

ÁNGELA (*Le enlaza un brazo*) Sí, Tata, a veces . . . ¿Volverá?

MONCHO —Como MacArthur, si tú me lo pides, chiquilla . . . Pero sólo al salón. Después del trabajo, vuelvo a mi cueva. (*Ángela la da un beso, y va hacia la puerta*)

ÁNGELA —¡Lo sabía! ¡Usted es un amor!

MONCHO —¿A dónde vas?

ÁNGELA —A darle la buena nueva.

MONCHO —Pero que esa mujer no me juegue sucio. La conozco. Primero se contenta con el salón, y luego se mete en mi vida privada, y comienza a vejarme . . . ¡Ah, y otra cosa!

ÁNGELA —¿Sí?

MONCHO —¡Cuando digo «sinuoso» es «sinuoso»!

ÁNGELA (*Desde la puerta*) ¡Muy bien!

MONCHO —¡Y si dice, aunque sea una vez, «culebrear», pesco mis maletas y que asegure todos los vidrios de su puerta, porque no le dejaré ninguno!

ÁNGELA —¿Algo más?

MONCHO —Sí . . . Que Edelmira nunca se lave los brazos en presencia mía. (*Ángela no entiende*) ¿Nunca has visto eso?

ÁNGELA —No me he fijado.

MONCHO —Bueno, mejor lo haces, porque es algo que sólo verás una vez en tu vida . . . Cuando Edelmira se lava las manos, se para el mundo . . . Toma posición frente al lavatorio como si enfrentara un toro . . . Echa atrás los codos, se arremanga la blusa, larga el chorro como si fuese el Niágara, agarra el jabón, y se pone a lavar los brazos hasta el hombro, como si fuese lo más importante que sucede en el mundo . . . Es una manía, ¿me entiendes? ¡Me vuelve loco!

ÁNGELA —Si lo hace, la ahogamos los dos en el mar, ¿mh? Bueno. Me tengo que ir ahora. ¿Qué día volverá?

MONCHO —No volveré.

ÁNGELA —¿Qué?

MONCHO —Primero, ella tendrá que venir, aquí, a pedírmelo con sus propias palabras.

ÁNGELA —¡Ay, Tata! ¡No lo hará! ¡Usted sabe lo orgullosa que es ella, también!

MONCHO —¿Quién es orgulloso, aquí?

ÁNGELA —¡Ay, Tata! ¡No vendrá!

MONCHO —¡No hay negocio, entonces! Sigo con mis servilletas y el vago que me calienta la cadera.

ÁNGELA (*Pateando el suelo con impaciencia*) ¡Oh, no!

MONCHO —¡No, cuidado! ¡No patees, que despertarás al monstruo! (*Es cierto, porque de abajo de inmediato llegan las réplicas*) ¿Ves?

ÁNGELA (*Desalentada*) ¿Cómo voy a convencerla?

MONCHO —Ese es tu problema, tú te metiste en esto . . . Si ella me necesita, será lo menos que tendrá que hacer, o no hay trato . . . ¡Y ahora, con permiso! ¡Tengo que vestirme! (*Va hacia el baño*)

ÁNGELA (*En el colmo de la desesperación*) ¡Ay, Tata, usted es un forro!

MONCHO —Son las reglas del juego, niña. (*La besa en la frente*) En todo caso, gracias por el esfuerzo. Eres una buena niña. Un poco . . . mojigata, para mí, pero . . . buena niña. (*Desde la puerta del baño*) Ah, y si en verdad logras quebrarle el cuello tieso a esa mujer, y decide venir a rogarme, que esté claro que sólo lo hago por ti . . . Jamás por ella. Sólo por ti . . . Con permiso. (*Desaparece en el baño. Ángela patea el suelo con rabia. De inmediato vienen las respuestas. Ángela sale corriendo en la punta de los pies*)

ESCENA SEGUNDA

Un par de días después. Es la última hora de la tarde de un día laborable. La habitación muestra un leve toque de orden. Han hecho limpieza. Un sarape mejicano está tirado negligentemente sobre el único sillón. Hay flores en un vaso. Alguna cortinita en la ventana.

La habitación está vacía. Luego se escuchan voces afuera y ruido de llaves. Entran Roberto y Ángela. Él precede, no sin antes asomar la cara con precaución.

ROBERTO —¡Papá! (*No hay respuesta*) ¡Papáaa! (*Nada; lo busca por la habitación, en el baño y la cocina*) No está, ¿ves? ¡Te lo dije! ¡Lo sabía! ¡Fue una tontera avisarle que venía mi madre!

ÁNGELA (*Avanzando hacia la mesa*) Sin embargo, está ese sarape, esas flores. Se ve que la espera.

ROBERTO —Pero, ¿dónde está? Si se invita a alguien, lo menos que se puede esperar es que esté el dueño de casa, ¿no?

ÁNGELA —Él no la invitó. (*Roberto va hacia la puerta*)

ROBERTO —¡Yo me voy! ¡No me expongo al ridículo!

ÁNGELA (*Con firmeza*) ¡Tú no vas a ninguna parte!

ROBERTO —¡No volverá, te digo! ¡Lo conozco! ¡En cuanto se te ocurrió avisarle que venía mi madre, decidió hacerle un desaire! . . . Hasta puedo oler cómo se la gozó. ¡No debe haber dormido en toda la

noche, revolcándose de placer! (*En la puerta*) ¡Si quieres estar sentada, aquí, esperando que te salgan hongos, allá tú! ¡Yo me largo!

ÁNGELA —¡Siempre el mal pensado! ¿No crees que pueda estar haciendo un trámite?

ROBERTO —¿Qué trámite?

ÁNGELA —¡Qué sé yo!

ROBERTO —Salir a tumbarse a una fiata, por ahí, sobre un carretón de frutas, en un callejón de la Vega . . .

ÁNGELA —¡Grosero!

ROBERTO —¡Ah, no! ¡De veras! ¿Cómo no se me ocurrió antes? ¡El Presidente le encargó arreglar el entuerto con los argentinos, y a estas horas debe estar reunido en el Vaticano, con el Papa!

ÁNGELA —A ti parece que te importa un bledo que este pobre par de viejos se arreglen, ¿eh? ¡Cualquiera diría que no son tus padres!

ROBERTO —Y ahora, ¿qué quieres decir con eso?

ÁNGELA —Digo, nada más.

ROBERTO —¡No! ¡Lanzaste una acusación! ¡Complétala!

ÁNGELA (*Afligiéndose*) Entre el orgullo de él y el orgullo de ella estás tú con tu orgullo, complicándolo todo. ¡Buen hijo de ellos eres! (*Al borde del sollozo; Roberto la mira, aturdido*) ¿No crees que yo también he tenido que pasar contigo por las mismas pruebas que tu madre?

ROBERTO —¿Qué?

ÁNGELA (*Lloriqueando ahora francamente*) ¡Tengo tanto miedo, tanto miedo, que terminemos igual que ellos! (*Roberto cae sentado, sin habla, sobre el catre*) Esta mañana me criticaste mi manera de lavarme las manos. ¡Dijiste que necesitaba toda el agua del Niágara, para lavarme dos centímetros de piel!

ROBERTO —Bueno, y . . . ¿no vas a decirme que eres exagerada, acaso? ¿Qué crees? ¿Que me regalan las cuentas de los consumos? . . . ¡Ah, no, de veras! ¡Se me había vuelto a olvidar! . . . ¡El Gobierno me declaró Ciudadano Ilustre, y me regalan a perpetuidad todas las cuentas!

ÁNGELA (*Chilla*) ¿Ves? ¿Ves? ¡La misma ironía de tu padre! (*Llora ahora desconsoladamente*)

ROBERTO —¡Lo único que me queda ahora es encontrarme un vago que quiera ir a sentarse conmigo al parque! ¡A lo mejor Dios me manda un reuma, para que me caliente la cadera! (*Ella estalla en llanto histérico*) Oh, córtala, ¿quieres?

ÁNGELA (*Grita*) ¡Di «sinuoso»! ¡Di «sinuoso», para que te pueda escupir un ojo!

ROBERTO (*Desolado*) ¿Sabes lo que voy a hacer? ¡Voy a abrir un salón! Creí que como corredor de propiedades lo estaba haciendo bastante bien, pero veo que tendré que cambiar de giro. (*Se pasea*) ¿Cómo me pongo? ¿«*Monseñor Peluche*» o «*Monsieur Caniche*»? . . . Tal vez hasta me compre una peluca verde y aprenda a andar en tacos altos . . . ¡así! (*Imita a un gay*) ¿«Cómo te hago el peinado, amor»? ¿«Te lo floripondeo o te lo hirsuto»?

ÁNGELA —¡Oh, cállate! (*Afuera, se escucha el canturreo alegre de Moncho. Ángela se limpia rápidamente los ojos llorosos. Sisea*) ¿Ves? ¿Ves como eres un mal pensado? (*Se abre la puerta y aparece Moncho. Viste su mejor ropa. Luce peinado cuidado. Hermosa corbata vistosa, zapatos brillantes. Ambos lo miran atónitos. Da una rápida mirada disimulada a la habitación*)

MONCHO —Y ustedes, ¿qué hacen aquí? (*Ninguno de los dos puede hablar*) Bueno, ¿qué me miran?

ÁNGELA —Es que . . . está tan elegante, Tata.

MONCHO —¿Yo, elegante? ¡Vestimenta de todos los días, nada más, querida! ¿Cómo esperas que mis clientas vean a «Valentino» por la calle? Les pregunto de nuevo: ¿qué hacen aquí?

ROBERTO (*Hosco*) Usted sabe muy bien que hoy viene mi madre. ¿Para qué se hace el leso?

MONCHO (*A Ángela*) ¡Uy, brutal y al grano, como siempre! . . . ¡Oh, sí, Edelmira! ¡Se me había olvidado! (*Mira su reloj*) Espero que no demore mucho, porque tengo una cita a las ocho.

ROBERTO —Mi madre quedó de venir a las ocho.

MONCHO (*Yendo hacia la cómoda*) Lo siento, entonces. Tendremos que cambiar la cita para otra fecha. Sólo vine a buscar un pañuelo. (*Saca un pañuelo vistoso y entra al baño*)

ROBERTO (*A Ángela, entre dientes*) Lo voy a matar.

ÁNGELA —La culpa la tienes tú, por bruto. ¿Tenías que tratarlo así?

ROBERTO —¿Yo? ¿Qué he hecho? (*Vuelve Moncho, poniéndose cuidadosamente el pañuelo en el bolsillo del vestón*)

MONCHO —Bueno, niños, vienen conmigo? (*A Ángela*) Tengo una cita con Paolo. Decidió reconsiderar el asunto y se asocia conmigo, al fin. El atenderá en el segundo, y yo en el primer piso. (*Roberto se cruza entre él y la puerta*)

ROBERTO (*Amenazante*) ¡Usted no da un paso más!

MONCHO (*A Ángela*) ¿Qué le pasa a tu marido? ¿Le diste vinagre al desayuno?

ROBERTO (*A Ángela*) ¡Quítamelo de las manos, o no respondo de mis actos!

MONCHO —¡Oh, Edelmira! ¿Eso es? ¡Se me había vuelto a olvidar! (*Se sienta ante la mesa*) Bueno, la esperamos, entonces. Le damos cinco

minutos a esa pobre mujer, para que bote su flema, y asunto terminado . . . ¡Oh, lo que uno tiene que hacer a veces, por el prójimo! (*A Ángela*) Uno entiende a los curas, ¿sabes? Impresiona comprobar cómo el remordimiento vuelve insoportable la vida. Un oído amigo descarga mucha culpa.

ROBERTO —¿Culpa? ¿Qué culpa tiene mi madre? (*Se escuchan tres golpes fuertes en la puerta*)

MONCHO —Esa debe ser ella. Es inconfundible. Tres golpes, ni uno más, ni uno menos . . . ¡y una puerta rota! ¡No ha cambiado! (*Ángela va hacia la puerta*)

ÁNGELA —Tata . . . trate de entenderse con ella, ¿quiere? ¿Lo va a intentar?

MONCHO —Soy la más dócil de las personas, mi linda. Ni aun con piel de lobo, ninguna oveja se asustaría conmigo. (*Ángela abre, aparece Wanda. 55 años. Traje sastre. Levemente recargada en el vestir, tal vez alguna piel innecesaria, algunos aros demasiado vistosos. En cuanto asoma, Moncho se pone a hojear distraídamente una revista. Ángela conduce a Wanda ante él. Sin mirar a ninguna de las dos, Moncho se levanta inesperadamente*) Voy a tomar agua. (*Desparece en la cocina*)

ROBERTO —¡Lo voy a matar!

WANDA (*Ultrajada*) ¡Yo me voy!

ÁNGELA —¡No, señora Wanda! ¡No, por favor! ¡Ya hemos llegado hasta esto! ¿Sólo un poco más de paciencia!

ROBERTO (*Tomando a su madre del brazo*) ¡Es que ella tiene razón; no tiene por qué pasar por esto! ¡Yo me la llevo!

ÁNGELA —¡No! ¿Que no ven que si esto falla, no habrá otra ocasión?

WANDA —¡Es que soy *yo* la que no quiero!

ÁNGELA —¡Sí, señora Wanda, sí quiere! ¡Siempre lo ha querido! ¡Lo quiere hace trece años! ¡Convénzase y le será más fácil pasar por esto! ¡No es momento de orgullos! ¿Que no lo ve?

ROBERTO —Es que mi madre . . .

ÁNGELA (*Grita*) ¡Tú, cállate! ¡Tú con tu orgullo lo enredas todo! (*Moncho regresa con un vaso de agua. Le ofrece a Ángela*)

MONCHO —¿Quieres?

ÁNGELA —No, gracias.

MONCHO (*A Wanda, sentándose ante la mesa*) Oí que querías hablar conmigo. Te puedo dar cinco minutos. ¡Habla! (*Ángela, aliviada, toma a Roberto de un brazo*)

ÁNGELA —Bueno, creo que ahora podemos irnos los dos, ¿no?

MONCHO (*En pánico*) ¿Irte? ¿Dónde?

ÁNGELA —Bueno, ambos tenemos que hacer. Yo tengo que ir a mi casa, a ver que los niños hagan sus tareas . . .

ROBERTO —i. . . y yo tengo que ir a afilar uns cuchillos!

MONCHO —Pero, ¿por qué se van ahora? Tus niños no van a repetir porque estás un minuto con su abuelo, ¿no?

ÁNGELA —Ustedes dos tienen muchas cosas de que hablar. (*A Roberto*) Qué hacemos nosotros, metidos en esto, ¿no te parece? ¿Vamos? (*Moncho se levanta bruscamente y va hacia la puerta*)

MONCHO —¡Yo también tengo que hacer! Paolo toma un avión a las ocho y cuarto. ¡Tengo que correr a encontrarme con él! ¡Gusto de verlos! (*Roberto se interpone y le cierra violentamente la puerta. Moncho comprende el mensaje en sus ojos asesinos*) Bueno . . . creo que, por ahora, Paolo tendrá que armarse de paciencia. Después de todo es él el interesado, ¿no? (*Se sienta nuevamente*) No está en posición de ponerse exigente.

ÁNGELA (*A Roberto*) ¿Vamos? (*A Wanda*) Volvemos en una hora. (*Salen. Wanda y Moncho, a ambos lados de la mesa, miran en direcciones opuestas durante un largo y deprimente rato. Se acechan de reojo. De pronto, Moncho mira su reloj*)

MONCHO —Ya van dos minutos. Aún te quedan tres.

WANDA —¿De modo que ésta es la . . . la casa en que has estado viviendo, mh?

MONCHO —Sí, ésta. No veo a nadie más.

WANDA (*Tras nueva pausa*) Y . . . ¿cómo has estado?

MONCHO —¿Yo? Imposible mejor.

WANDA —He oído que el reuma te ha estado molestando un poco . . .

MONCHO —Un poco, sí, pero . . . ya encontramos cura para eso.

WANDA —¿Ah, sí . . .?

MONCHO —¿Y tú?

WANDA —¿Qué?

MONCHO —¿Tu salud?

WANDA —¿Yo? Un poco de dolor en los dedos, y una que otra puntada en la espalda, de vez en cuando. Enfermedad de la profesión, tú sabes . . .

MONCHO —No, no sé. Como sabes, hace trece años que estoy alejado de eso.

WANDA —Diez.

MONCHO —Bueno, diez. Los otros tres los considero un ensayo previo, para ver que pasaba cuando la dejara definitivamente. (*Tras otro silencio embarazoso*) ¿Quieres algo? ¿Una bebida? ¿Café, tal vez? Aún tienes dos minutos . . .

WANDA —Café, por favor.

MONCHO —Yo tomaré cerveza; demora menos.

WANDA —¡Bueno, que sea cerveza, entonces! (*Moncho va a la cocina. Regresa con dos cervezas enlatadas. Planta una ante Wanda y destapa la suya*)

MONCHO —¡Toma! ¡Destapa! (*Bebe. Ella destapa. Bebe también. Silencio. Luego . . .*) ¿Y? ¿Cómo has estado? Próspera, veo, ¿mh? (*Le señala los aros o la piel*)

WANDA —Bueno, no me ha ido mal . . .

MONCHO —Así veo . . . A menos que esa ropa que llevas sea arrendada . . .

WANDA (*Picada*) ¿Te parece?

MONCHO —Bueno, con ustedes las mujeres, uno nunca sabe; se hacen un traje con el trapo cubre-sommier.

WANDA (*Picadas van, picadas vienen*) En cambio a ti, ese traje que compraste en Buenos Aires hace treinta años aún te queda bastante bien. Poco gastado. ¿Qué te pasa? ¿Lo usas poco?

MONCHO —Sí. Ahora que vivo solo, puedo preocuparme de hacer economías. (*Otra pausa*) ¿Y tu salud?

WANDA —Todo bien . . . ya te dije.

MONCHO —Bueno, ¿de qué más hablamos, entonces? Parece que agotamos todos los temas. Sería hora de irse, entonces . . .

WANDA —Los niños quieren que nos juntemos. ¿Cómo lo hacemos?

MONCHO —Muy sencillo. ¡No lo hagamos, y sanseacabó! ¿Qué problema hay?

WANDA —¡Oh! Es que no quiero desilusionarlos. ¡Parecemos dos niños chicos!

MONCHO —Yo no tengo ningún problema en eso. Me siento muy adulto.

WANDA —De todos modos, esa muchacha se ha esforzado tanto . . . ¿No crees que habría manera de intentarlo, al menos? (*Con súbita y esforzada jovialidad*) ¿Y cómo has estado todos estos años?

MONCHO —Bueno . . . a estas alturas ya me sé hacer el desayuno solo. Puedo tostar el pan, sin que se me suba la leche; coserme un bolsillo roto, sin que se me frunza el forro de la chaqueta, y hacerme un arroz, sin que se me apantruque . . . En el resto, soy un solterón que enternece a todas las solteronas del barrio . . . Hasta ahora, he conseguido que me dejen tranquilo los gatos y las palomas . . . ¿Contesta eso tu pregunta?

WANDA —¿Nunca te has sentido . . . tentado en buscarte una mujer? ¿Que te acompañe . . . te cosa los bolsillos?

MONCHO —¡Oh, Dios mío! ¿No crees que con una experiencia fue suficiente?

WANDA —En verdad, ¿tan malo fue?

MONCHO —Peor . . . Pero trece años han servido para echarle tierra . . . Bueno, pero tú viniste a decirme algo; el tiempo corre . . .

WANDA —¿Sabes que en el intertanto he modernizado el salón?

MONCHO —Uy, ¿aún más? ¿Qué haces ahora? ¿Peinas por computadora?

WANDA —Y me compré una quintita en La Reina.

MONCHO —¡No me digas! ¿Y qué haces ahí?

WANDA —Cultivo rosas.

MONCHO —¿Y qué haces con ellas? ¿Las clavas?

WANDA (*Desoyendo su ironía*) El problema que tengo es con los jardineros. Por más que los tiento, ninguno resulta. Te trabajan un día, y después se largan sin decir nada.

MONCHO —Tal vez no los «tientas» suficientemente. A los hombres hay que pagarles para que trabajen, ¿sabes?

WANDA —Les regalo mi ropa vieja, pero aun así, me dejan plantada.

MONCHO —Tal vez la ropa que les regalas tiene demasiados hoyos. (*Con sospecha repentina*) De modo que es eso lo que necesitas, ¿eh? Un jardinero, ¿mh?

WANDA —Sí. Necesito a alguien que me atienda la quinta.

MONCHO —Véndela, pues, y tienes resuelto el problema.

WANDA —¡No puedo! ¡Tengo plantada media hectárea de rosas finas, con estanque de regadío, canalizaciones y todo! ¡A veces desespero con todos los problemas!

MONCHO —¡Vende! ¡Tú puedes vender hasta un zapato roto, si te lo propones!

WANDA (*Desesperándose al fin*) ¡Oh, Moncho!

MONCHO —¿Qué te pasa?

WANDA —¡Necesito alguien que me ayude!

MONCHO —Búscatelo en las páginas amarillas, pues.

WANDA —¡Quiero que regreses al salón!

MONCHO —¡*Tú* lo dijiste! ¡*Tú* lo dijiste! ¡No fui yo! (*Va hacia la puerta y grita hacia el pasillo exterior*) ¡Oh, Dios! ¡Necesito un testigo! (*Con nueva sospecha*) ¿Qué te pasa? ¿Te dejó ese falso gabacho, «Monsieur George»? ¡Qué «Monsieur George», ni qué ocho cuartos! . . . Alamiro Ramírez Fuentes, ¿y haces agua?

WANDA (*Con súbito orgullo*) ¿Qué quieres decir? ¡Tengo trescientas clientas fijas, que visitan mi negocio regularmente!

MONCHO —¿Cuál es tu problema, entonces? ¡Mi presencia sólo estorbaría el paso de esa estampida!

WANDA —Tú no me crees . . .

MONCHO —No importa lo que crea o no. Lo único que sé es que cuando me fui del salón, se fue conmigo toda la sal del negocio.

WANDA (*Herida*) ¿Qué quieres decir?

MONCHO —Peinar no es sólo retorcerle un par de rulos a las viejas. Una cliente viene al salón a soñar; hay que hacer que encuentren el sueño que buscan. Vienen a verse más bellas; hay que hacer que no haya nadie más bella que ellas.

WANDA —¿Y qué crees que hago yo? ¿Convertirlas en brujas?

MONCHO —Lo que yo recuerdo de ti, es que no hacías más que ponerte tras ellas, y las pobres se encogían en su silla, como si las fueras a torturar. Blandías las tijeras como si fuesen tenazas. Sufría por esas pobres mujeres.

WANDA (*Impaciente*) Bueno, ¿vendrás o no vendrás?

MONCHO —¿Y qué ganaría yo con eso?

WANDA —¡Un trabajo decente!

MONCHO —¿Y qué crees que hago ahora? ¿Hoyos en un queso?

WANDA —¡Al menos no sería como estar cortando esas ridículas servilletas!

MONCHO —Y después, ¿qué pasaría? ¿Me llevarías a podar tus rosas?

WANDA —¡Si quieres, sí! ¡Si no quieres, no!

MONCHO —Tu «quieres» va siempre acompañado de una sensación, como de una pistola metida entre las costillas.

WANDA —He cambiado mucho.

MONCHO —Así me dice todo el mundo. ¿Cuánto has cambiado?

WANDA —¡Pruébame, pues!

MONCHO —¡Sí! ¡Voy a probarte! . . . ¿Cómo queda un pelo cuando está bien ondulado?

WANDA (*Con dificultad*) «Sinuoso» . . .

MONCHO —Y cuando digo que una cliente «sale», ¿qué quiero decir?

WANDA (*Con igual dificultad*) ¡«Sale» del feo mundo!

MONCHO —¡Cambiaste! Veo que el contacto con tus rosas te ha refrescado el cerebro. (*Pausa*) Lo hacemos, entonces . . .

WANDA —¿Qué?

MONCHO —¡Vuelvo a tu salón, tonta! (*Levanta su vaso*) ¿Lo celebramos?

WANDA —¡Oh, Moncho, creo que ambos estamos haciendo lo que se debe! (*Bebe. Moncho mantiene su vaso en alto, sin beber*)

MONCHO —¡No tan rápido, mujer! ¡Aún tenemos un pequeño trámite que cumplir! Éste no es el Papa, y no estamos interesados en evitar la guerra.

WANDA (*Sospechosa*) ¿Qué trámite?

MONCHO —Quiero hacer, aquí, una pequeña práctica de peinado, ante ti.

WANDA —¿Para qué?

MONCHO —Para ver si mi instinto se ha equivocado. Él me dice que esto no va a resultar, pero esta vez no quiero creer en él. Además, quiero demostrarte que aún sé hacerlo; por si a alguien se le ha metido en la cabeza que no voy a ser capaz . . .

WANDA —Pero, ¿aquí? ¿Por qué aquí? No tienes ninguna comodidad . . .

MONCHO —Sólo pisaré ese salón si no corro riesgos.

WANDA —¿Y a quién quieres peinar? ¿Al Lolo?

MONCHO —Tu nuera . . . Ha sido capaz de juntarnos. Si ha sido capaz de esa proeza, también podrá someterse a esto.

WANDA (*Yendo hacia la puerta*) No sé si conseguiré que ella acepte.

MONCHO —La hará. Si la has peinado tú, después de eso, lo mío será como un paseo por el cielo. Y otra cosa. Que quede bien en claro, que sólo lo hago por ella. Esa muchacha ha puesto en esto tanto empeño, que no me parece bien defraudarla.

WANDA (*Desde la puerta*) ¿Y yo? . . . ¿No estoy yo también incluida en esto . . . ni un poquito así, siquiera? (*Pausa*)

MONCHO (*Con emoción*) Tú siempre lo estarás, Edelmira. Eres una gran mujer, y siempre te querré; pero eres también, al mismo tiempo, un dolor de muelas insoportable . . . Eres la única mujer que he querido, lo juro; pero has sido también mi condenación.

WANDA (*Con la misma emoción*) Veamos qué pasa . . .

MONCHO —Veamos . . . (*De pronto se aprieta el estómago, en un espasmo de dolor*)

WANDA —Moncho . . . ¿qué te pasa? (*Moncho cae sobre la cama. Ella va y lo sostiene; lo abraza*)

MONCHO —Nada, mujer. Un mal amigo que tengo en el estómago, y que me juega chueco, a veces . . . No debo emocionarme, parece; altiro reclama. Sólo le gusta que nada me pase.

WANDA —¿Pero qué es?

MONCHO —Una úlcera . . . Una cosa fea, con dientes, que muerde muy fuerte. No te preocupes . . . Ha sido un día con demasiadas emociones para los dos; ya se calmará . . .
(*La escena se oscurece*)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

La mañana del domingo siguiente. Moncho, de delantal de la profesión y cuello Mao, está sentado ante la mesa, la cual tamborilea impacientemente, mientras mira a intervalos su reloj y la puerta. Luce peinado y engominado y fino bigotito negro. Al fin se escuchan los tres golpes fuertes, característicos, que anuncian a Wanda.

MONCHO (*Grita hacia la puerta*) ¿Catorce minutos!

VOZ DE WANDA —¿Moncho?

MONCHO —¡Digo que te atrasaste catorce minutos! ¡Quince luego!

VOZ DE WANDA —Bueno, ¿me vas a dejar entrar, o no?

MONCHO —Entra, pues, ¿o es que también quieres que te gire el picaporte?

WANDA (*Forcejeando*) ¡Está cerrada! (*Moncho va a abrir. Aparece Wanda. Porta un enorme maletín de cuero, que apenas puede cargar*)

MONCHO —¡Te atrasaste quince minutos!

WANDA (*Llevando el maletín y dejándolo caer sobre la mesa*) Primero fui a misa. Al cura se le perdieron las hostias, y todo se atrasó.

MONCHO —Anda a una iglesia donde tengan un cura inteligente, entonces. Lo hiciste a propósito, ¿o qué?

WANDA —¿Y por qué lo iba a hacer a propósito?

MONCHO —Porque siempre llegas tarde, cuando quieres tener al otro en las cuerdas; conozco tus trucos. (*Wanda comienza a sacar cosméticos e instrumentos diversos del maletín, y los deja sobre la mesa*)

WANDA —Te digo que al cura se le perdieron las hostias. Todos ayudamos a buscarlas en la sacristía. Aparecieron en un tarro de «Nescafé».

MONCHO —El tonto era el sacristán, entonces. ¿Qué traes ahí?

WANDA —Los implementos . . .

MONCHO —¿Qué implementos?

WANDA —Oí que ibas a peinar a una persona, ¿no?

MONCHO —Sí, pero estoy comenzando a dudarlo. (*Toma uno de los artefactos*) Y esto, ¿qué es?

WANDA —Un «brush» electrónico termal.

MONCHO —¿Y esto?

WANDA —Un «defriseur».

MONCHO —¿Y esto?

WANDA —Una cofia decolorant. Pero, ¿qué te pasa? ¿Nunca viste estas cosas?

MONCHO —No, nunca. Pero, ¿qué eres, dime? ¿Un veterinario? ¿Vienes a operar a un caballo?

WANDA —No. Traigo lo justo para poder peinar a una mujer del siglo XX.

MONCHO —¡No me digas! ¡Qué bueno que me lo adviertas, porque por un momento creí que íbamos a encumbrar vuelo a Saturno! Dime, ¿tú pretendes que yo peine con todo esto?

WANDA —Es lo que querías, ¿no? Hacer una demostración.

MONCHO —No. Yo no quería hacer ninguna demostración. Lo que quería era peinar tranquilamente a una cliente, y ver hasta qué grado tú me dejabas hacerlo.

WANDA —Bueno, ¿vas a hacerlo, o no? (*Le señala su peinado*) Y, de pasada, ¿por qué toda esa exhibición?

MONCHO —¿A qué te refieres?

WANDA —Ese engominado . . . ¿el bigotito?

MONCHO —Bueno, ¿quieres o no quieres que regrese «Valentino» a tu salón?

WANDA —Ya nadie se presenta así. En verdad, ¿pretendes volver con esa cara?

MONCHO —No tengo otra.

WANDA —Tendré que darles asueto a las muchachas, lo menos por un día, para que puedan irse a sus casas, a reponerse del ataque de risa.

MONCHO —Te advierto, desde ya, que peinaré a mi manera, con el oficio que me enseñó mi padre, en los tiempos en que una mujer salía del salón convertida en dama. No como hoy, que, con la ayuda de esos instrumentos de tortura, salen con las mechas tiesas, como si hubieran estado en la silla eléctrica.

WANDA —Haz como quieras. Sólo te advierto que, en mi salón, si llegas con tus métodos prehistóricos, tendremos muy luego una silla vacía.

MONCHO —¿Qué problema hay? Regreso a mis servilletas.

WANDA —Por mí . . .

MONCHO —Bueno, ¿dispongo las cosas al fin, o no? (*Se echa sobre la cama, cruza los brazos bajo su cabeza y se dispone a observar la faena de Wanda*) ¡Adelante! ¡Dispón tú! Tú eres la que está a la moda . . . (*Ella corre dificultosamente la mesa hacia el centro de la habitación, tiende sobre ella una toalla, y sobre ésta una jofaina que trae del baño. Arrima una silla con el respaldo hacia la jofaina. Distribuye los implementos ordenadamente, y se enfrenta a Moncho*)

WANDA —¡Listo!

MONCHO (*Imperturbable*) ¿Listo qué?

WANDA —El peinador, pues.

MONCHO —¿Y la luz?

WANDA —¿Qué pasa con la luz?

MONCHO —¿De dónde se supone que llega?

WANDA —¡De esa ventana, pues! Una ventana es para eso, ¿no? Para que entre la luz; a menos que tú le hayas encontrado otro uso . . .

MONCHO —En el salón me hacías trabajar en plena oscuridad. Toda la luz que tenía entraba por la vitrina de exhibición de las pelucas; trabajada a tientas, tratando de no sacarle un ojo a la cliente. (*Señala la ventana*) Aquí tengo eso. ¡Acerca más la mesa! No voy a perder esa ventaja.

WANDA (*Resignada*) La acerco, entonces . . . (*Trata de mover la mesa, muy pesada*) Mira, ¿sería mucha la molestia si me ayudaras un poco?

MONCHO —Creí que tú lo podías todo.

WANDA —Puedo, pero ya no soy la más joven de las jóvenes, ¿no?

MONCHO (*Levantándose de la cama y yendo a ayudarla*) ¡*Tú* lo dijiste! ¡Recuerda eso! ¡*Tú* me pediste que te ayudara! (*Mueven la mesa, entre ambos, más cerca de la ventana. Wanda coloca la silla en posición*)

WANDA —¡Ya está! ¿Estás contento así?

MONCHO —¿Y las manicuristas?

WANDA (*Manos en jarra*) ¿Qué pasa con las manicuristas?

MONCHO —¿Dónde se supone que están? Siempre decías que no me dejaban concentrar en mi trabajo. Aunque estaban a cien metros, en el local de enfrente, decías que sólo tenía ojos para ellas. Por eso me dejabas la silla bajo el gomero, con un ojo en la selva, y el otro en el calendario de la fábrica de secadores.

WANDA —¡Bueno, supongo que estarán ahí, afuera, tirándote besitos, como siempre hacían! ¿Ése es el juego?

MONCHO —Reproduzco las condiciones del salón, nada más. Ah, ¿y el ventilador?

WANDA (*Impaciente*) ¿Qué pasa, ahora, con el ventilador?

MONCHO —Nunca lo tuve. Me tenías trabajando en la oscuridad y sudando como en un sauna.

WANDA (*Le sopla la cara*) ¡Aquí tienes tu ventilador! ¿Te basta?

MONCHO —No. No necesitas hacer esa pantomima. Me conseguí uno esta mañana . . . (*Va hacia el baño y regresa con un gran ventilador de pie, que enchufa. Se pone en la corriente de aire*) ¡Eso es! ¡Qué maravilla! ¡Por una sola vez, quiero trabajar que me vuele el viento!

WANDA —¡Oh, Dios! ¿Vamos a tener que pasar por todo esto?

MONCHO —¡Sí, por esto, y mucho más! (*Va hacia el baño y retorna con una anticuada lámpara de pie*) ¡Toma! Ahora tú me vas a enchufar esto, mientras trabajo. ¡Aire y luz, es todo lo que necesito! (*Toma unas tijeras y se pone en postura junto a la silla*) ¡Vamos, enchufa!

WANDA (*Con el cordón de la lámpra en la mano*) ¿Pero cómo voy a enchufar esto, si ya está ocupado con el ventilador?

MONCHO —Úsalo, uno después del otro, pues. ¡Vamos! (*Wanda, para conectar la lámpara, desconecta el ventilador, que se para*) ¿Qué estás haciendo?

WANDA —¡Conectando la lámpara, pues!

MONCHO —¿Y por qué me desconectas el ventilador?

WANDA —¡Porque no puedo conectar la lámpara sin desconectar el ventilador al mismo tiempo, pues!

MONCHO —¿Cómo es que no puedes? Conecta más rápido, pues. ¡Saca uno y después pon el otro, rápidamente! ¡Vamos! (*Espera con la tijera en el aire, en tanto Wanda procura hacer lo que le ordenan, pero al hacerlo sólo consigue mover la lámpara de su posición y desviar el haz de luz hacia otro lado*) ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué me quitas la luz de mis manos?

WANDA —¡Porque no puedo conectar las dos cosas al mismo tiempo! ¿Que no ves que no puedo? ¿No tienes un enchufe triple en casa?

MONCHO —¡No! ¡No tengo! ¿Qué crees que es esto? ¿Una ferretería? ¡Vamos! (*Wanda redirige la lámpara hacia las manos de Moncho y procura conectar ambos artefactos con la mayor rapidez posible, con lo cual sólo consigue que ambos funcionen por una fracción de tiempo inútil*) ¡Para! ¡Para! ¡Para! Qué clase de ejercicio de mierda es éste? ¿Qué te pasa? ¿Tienes terciana?

WANDA (*Levantándose de su posición de rodillas*) ¡No sigo! ¡Me resisto a seguir esta farsa inútil! (*Toma una peineta y la sacude ante su cara*) ¡Toma una peineta, una simple peineta, y peina! ¡Vamos! . . . ¡Y si no puedes, usa un «phön» y basta!

MONCHO —¿Un qué?

WANDA —¡Un «phön»!

MONCHO —¿Me estás tomando el pelo? (*Wanda toma un secador elécrico y lo blande*)

WANDA —¡«Phön»! ¡Palabra alemana! ¡Viento mediterráneo del África, que sopla sobre Europa, viniendo del Atlántico! ¡Aire seco para el pelo! ¿Captas o no captas?

MONCHO —¿Viento del África que sopla sobre Europa, viniendo del Atlántico? ¿Pero qué clase de geografía estás componiendo?

WANDA —¡Me lo explicó un vendedor!

MONCHO —Ese vendedor se debe haber sacado un uno en geografía, o te pilló dirigiendo el almuerzo . . . Ése es un simple secador de pelo.

WANDA (*Lo sacude*) ¡Un «phön»!

MONCHO —¡Un secador de pelo!

WANDA (*Amenazante*) ¡Un «phön»!

MONCHO —¡Tú sí que te has convertido en una presa fácil, para cualquier sinvergüenza que te quiera meter un cacho!

WANDA —¿Y tú, comentario aparte, en un ermitaño que no sabe lo que pasa en el mundo!

MONCHO —Que tú sabes tal vez, ¿eh?

WANDA —¡Sí! ¡Yo sé! ¡Sé que el mundo gira, y que salen «phöns» para mejorar la vida humana! ¡En cambio tú te quedaste con tus gatos, tus . . . tus palomas y tus . . . tus bancos en el parque! ¿Qué pasa en el mundo? ¿Sabes que están pasando cosas? ¿Sabes, por ejemplo, que tenemos un nuevo Papa?

MONCHO —¡No me digas!

WANDA —¡Se llama Juan Pablo II!

MONCHO —¡No me digas! ¡Qué interesante! ¿Qué le pasó al anterior? ¿Lo electrocutó uno de tus «phöns»? (*Wanda ha comenzado a recoger las cosas y a meterlas en el maletín*)

WANDA —¡Yo me largo! ¡Sabía que esto no tenía sentido! ¡Nunca debí escuchar a esa tonta muchacha!

MONCHO —¡No, espera! ¡Espera, que aún te tengo reservada una sorpresa! ¡Algo que te enternecerá el corazón, en cuanto lo veas!

WANDA —¡No! ¡No tengo por qué seguir aguantando tus insultos! (*Moncho corre a la cocina y regresa con una olla humeante llena de hojas de eucalipto*)

MONCHO —¡Eucalipto! . . . ¡Lo fui a buscar ayer! ¡Tomé un bus y me bajé en La Florida, donde aún pían las aves! (*Le pasa la olla ante la cara*) Aromas de la floresta, ¿ves? (*Wanda deja el maletín en el piso*)

WANDA —¡Y yo tengo algo para ti, también! ¡Algo mucho mejor! ¡No puedo trabajar si no tengo las manos limpias! (*Toma la jofaina*) ¿Dónde está el agua caliente? (*Va hacia el baño con la jofaina*)

MONCHO —¡No! ¡Oh, no Dios mío! ¡No me hagas eso! ¡Peino como quieras, pero no me hagas eso!

WANDA —¡Tú comenzaste! ¡Yo lo termino!

MONCHO —¡Si te lavas tus brazos en presencia mía, juro que saco mis fangos orientales! (*Wanda retorna con la jofaina llena de lavaza de jabón, se ata una toalla a la cintura, se arremanga la blusa, y procede a efectuar su famoso «lavado de manos» exagerando los movimientos,*

chorreando lavaza, mientras canta una canción de moda de la época. Moncho hace gestos de rechazo y espanto. Corre a la cocina) ¡Espera, entonces! ¡Espera! ¡Ya te mostraré algo que te gustará mucho más! (*Retorna corriendo con un gran balde en que hay un caldo negro. Revuelve la brea con un cucharón de madera y saca puñados de hojas de esa melcocha*) ¡Fango de junípero contra la caída del pelo! ¡Fango de abedul contra la caspa! (*Baila con el balde ante Wanda, que ahora procede a secarse los brazos*)

WANDA —¡Nunca! ¡Nunca había pasado una molestia más grande!

MONCHO —¡No es raro que tus clientas huyeran a cien por hora, si veían que las ibas a atacar así!

WANDA (*Golpeándolo con la toalla*) ¡Claro! ¡Por eso será que aún tengo trescientas, *y no lavo pelucas*! (*Va a encerrarse al baño*) ¡Nunca me habían insultado tanto! (*Grita desde adentro*) ¡Si hubiera sabido que te habías vuelto loco, nunca me habría prestado para esto! . . . ¡Quiero que venga mi hijo! (*Moncho se acerca a la puerta del baño, aún con el balde en una mano*)

MONCHO (*Arrepentido; contrito*) ¡Edelmira! ¡Edelmira, escucha!

VOZ DE WANDA —¡Wanda! ¡Mi nombre es Wanda!

MONCHO —Muy bien, pues . . . ¡Wanda! . . . ¡Wandita! . . . No quise decir lo que te dije . . .

VOZ DE WANDA —¡Pero lo dijiste! ¡Lo dijiste! ¡Me dejaste una vez; no vas a herirme de nuevo!

MONCHO —¡Está bien, Wanda; soy un bruto! (*Se abre violentamente la puerta y asoma la cara de Wanda*)

WANDA —Lo que pasa es que tú ya no sabes peinar; te quedaste varado, fuera de la corriente . . . El mundo gira sin ti, y tú lo sabes . . . ¡Por eso todo este circo! ¡Quédate con tus fangos y tu techo lleno de gatos! (*Vuelve a desaparecer, cerrando la puerta de un golpe, en el momento en que Roberto y Ángela se precipitan dentro de la habitación. Ángela luce pañuelo de seda sobre el pelo lavado*)

ROBERTO —¿Qué pasa aquí? ¿Por qué grita mi madre? (*Wanda sale del baño y cae en sus brazos*)

WANDA —¡Oh, hijo, sálvame! ¡Este hombre se ha vuelto completamente loco!

ROBERTO (*Aturdido, a Moncho, señalando el balde*) ¿Qué es eso?

MONCHO —Mis «fangos orientales» . . .

WANDA —¡Nada de eso, hijo! ¡Ese balde! ¡Quiso matarme con ese balde!

MONCHO —¡Eso no es verdad! ¡Es ella, es ella que comenzó a lavarse los brazos!

WANDA —¡Mentira! ¡Es él! ¡El, que quiere que conecte lámpara y ventilador al mismo tiempo, y no tiene siquiera un enchufe triple! (*Gime*)

MONCHO —¡No! ¡Es ella! ¡Ella, que saca a relucir sus «phöns», y cree que va a impresionarme!

ROBERTO —¡Paren! ¡Paren! ¡Paren! ¿No hay alguien que me explique qué pasó aquí? (*Ángela, sentada en una silla, solloza. Todos la miran*) Bueno, y a ti, ¿qué te pasa, ahora?

ÁNGELA (*Llorando*) ¿Se quieren tanto . . . se quieren tanto, y ninguno da su brazo a torcer! (*Se saca el pañuelo de seda*) ¡Vengo hasta con el pelo lavado, y miren lo que me encuentro! (*Silencio de todos*)

WANDA (*A Moncho, al fin*) ¿Ves? ¿Ves lo que has hecho?

MONCHO —¿Por qué no volvemos a probar?

WANDA —¡Eso, nunca! ¡Mientras tengas ante mi vista esos inmundos fangos tuyos!

MONCHO (*A Roberto*) ¿Ves? ¿Ves? Es ella la que me insulta, ¿ves? . . . Los usó mi padre; los usó mi abuelo . . . Desde la alquimia, son la ciencia oculta de la civilización occidental, ¡y ella me exige que los bote!

ROBERTO —¡Está bien, está bien! ¿Están dispuestos a comportarse como dos adultos, aunque no sea más que una vez?

ÁNGELA (*Sollozando, desde su silla*) Eres tú, ¿ves? ¡Tú, que los hiciste así!

ROBERTO (*Grita*) ¿Qué?

ÁNGELA —¡Tú, y tu maldito orgullo! ¡Si no te vieran así, jamás se atreverían a comportarse de esta manera! ¡Eres tú el que les das el ejemplo! ¡Ahora sé que nunca, nunca seré feliz contigo!

ROBERTO —¡Oh, Dios mío, esto es lo único que faltaba! ¡Padre y madre locos, mujer loca y yo loco! (*Se controla*) Está bien . . . seguimos, entonces. (*A Moncho*) Se supone que ibas a peinar a Ángela, y, al hacerlo, demostrarnos la maravilla que eres, ¿no? . . . Pues, hazlo, entonces. ¿Qué estás esperando? (*Lleva a Ángela a la silla*) ¡Vamos, tú, siéntate aquí, y vamos a ver el mejor circo del mundo! . . . ¡Adelante! . . . ¡Adelante, pues!

MONCHO (*A Ángela*) Te dejaré como una flor, niña. (*Va a colocarse junto a ella*)

WANDA —Sí, pero mantente alerta, mi linda. Si éste aparece con su balde de fangos, huye a perderte, porque perderás ese lindo pelo que tienes . . .

MONCHO —No haré nada de eso; sólo me bastará mantenerme alejado de uno de tus «phöns». (*Acomoda a Ángela*) Vamos, ponte cómoda, preciosa; eso es . . . (*Toma su pelo*) Miren qué hermoso pelo tiene . . .

WANDA —¡Tenía!

MONCHO (*Esforzándose por pasar por alto esa observación, retórico, ampuloso, doctoral*) Lo ideal, en estos casos, es comenzar con una frase estimulante, pero ahora iré directo al grano, porque están de más las formalidades . . . Lo normal es tratar de «entibiar» primero la atmósfera . . . Hay que tomar en cuenta que la cliente viene en cualquier estado de ánimo, menos el dispuesto a dejarse manosear la cabeza . . . Viene cansada, irritada, porque el marido no le dejó las llaves del auto, o los niños chorrearon con tinta la felpa del sofá, o tuvo que abrirse paso por un tráfico endemoniado, y se hace necesario «bajarle la guardia» . . . Para eso, un buen chiste es la mejor medicina . . . Por ejemplo: la cliente acaba de sentarse en la silla, y se la advierte: «¡Cuidado, mi linda, que se acaba de sentar sobre una frutilla!» . . . Ella da un salto, y el frío se ha ido por la ventana, ¿me entienden? (*Nadie entiende*) Bueno . . . Otro chiste que nunca falla: la cliente va a colgar su abrigo de piel en el perchero, y se le dice: «¡Cuidado, mi linda, no cuelgue ese abrigo en la corriente de aire, que le puede dar tortícolis!» (*Roberto y Wanda cambian miradas inexpresivas*) ¡Una vez se me ocurrió un chiste genial! ¡Lo improvisé ahí mismo! Se trataba de un peluquero distraído que le había teñido el pelo a la cliente con el betún de judea que llevaba a casa para barnizar un mueble! ¿Saben el chiste que se me ocurrió? Que el tipo, muy suelto de cuerpo, después de informarle de su error, le dice: «¡No se le dé nada, mi linda, se lo voy a cepillar y le quedará como nuevo!» (*Ríe de buena gana, nadie lo secunda; a Ángela*) Bueno, vamos a lo nuestro, que aquí parece que asistimos a una sesión del Colegio de Sordomudos . . . (*Toma pose explicativa*) ¡La segunda fase, es la que yo bautizo como la fase del «derrite»! . . . La cliente debe «derretirse en manos del artista» . . . Convertirse en una masa blanda, amorosa, confiada en las manos del maestro, ¿me entienden? Para eso, el profesional debe poseer ciertos poderes mágicos . . . Usar el sexo; usarlo sin escrúpulos, sin tapujos, si entienden lo que quiero decir . . . La cercanía física de la cliente ayuda mucho, naturalmente. Si uno le puede echar un poco de respiración tibia en la oreja, o soplarle un poco la sien, así . . . (*Lo hace con Ángela*) . . . Hay que hacerlo. Siempre hay un pretexto . . . Luego viene lo que yo llamo la fase de «las preguntas». Es una oportunidad que no se debe perder . . . Si uno hace como otra pregunta tonta, nada más, no pasa nada, naturalmente, pero si se pone en ello intención, así (*sexy*). «¿Qué peinado le hago, querida?» Ella sólo puede responder de dos maneras: «haga lo que quiera» o «como a usted le guste» . . . De ahí en adelante, la fogata está encendida . . . Uno contesta: «¡Ay, si yo pudiera hacer todo lo que quisiera, mi linda!» o . . . «A mí me gusta . . . eterna-

mente». ¿Me comprenden lo que quiero decir? (*Espera el efecto de sus palabras. No se produce*)

WANDA (*Finalmente*) Bueno, ¿qué es esto? Una sesión de sexología, ¿o te vas a poner a peinar a esa muchacha, de una vez? Sólo me quedan quince años de vida, y no quisiera pasarlos admirándote.

ROBERTO —Déjalo, mamá. Se entretiene. Cree que está ante una tropa de boy scouts, y les está enseñando cómo prender una fogata, con leña mojada.

MONCHO (*A Ángela*) ¿Los oyes? A una la cubrí, al otro lo engendré, y ninguna de las dos cosas las entiendo, ¿por qué? (*Manotea las tijeras con arrestos de destreza*) Bueno, habrá que comenzar: «¡Qué peinado le hago, querida?»

ÁNGELA —«Como a usted le guste» . . .

WANDA (*Inconmovible*) ¿Qué vas a hacer?

MONCHO —Comenzar por cortarle el pelo que le sobra, naturalmente.

WANDA —¿Con qué? ¿Con esa tijera?

MONCHO —No. ¡Con un martillo!

WANDA —Nadie corta hoy día con tijera.

MONCHO —¿Ah, no? ¿Y con qué lo hacen?

WANDA —Con navaja, naturalmente.

MONCHO —¿De qué estamos hablando? ¿De un salón de belleza, o de un matadero? (*Blande la tijera*) ¡Lo haré con esto! ¡El emblema de mi oficio! ¡No le voy a cortar el cuello a esta muchacha!

WANDA —¡Bueno, haz como quieras, entonces; sólo hazlo luego!

MONCHO —¡Con tu permiso! (*Levanta el pelo suelto de Ángela y comienza a tijeretearle el vello de la nuca*)

WANDA —¿Qué estás haciendo?

MONCHO —Primero, cortarle el vello de la nuca, naturalmente.

WANDA —¿Con qué? ¿Con el pelo caído?

MONCHO —¿Y qué quieres que haga? ¿Que lo amarre del techo?

WANDA —Se usa una cinta para eso.

MONCHO —¿Una cinta? . . . ¿Dónde?

WANDA —¡Alrededor del pelo, naturalmente; no alrededor de la cintura! Se ata el pelo con una cinta. ¡Hay cintas elásticas para eso! (*Moncho le muestra la tijera*)

MONCHO (*Impaciente*) ¡Vamos, ven tú, entonces! A ver, ¿por qué no vienes tú y me enseñas, eh?

WANDA —¡Está bien! ¡Sigue! (*A los otros*) ¡Muéstranos cómo se peinaba en la edad de piedra! ¡Mientras no saques puntas de flecha! (*Moncho procura continuar, pero no lo consigue. El pelo se le hace un nudo; y lo derrama sobre la cara paciente de Ángela. No hay*

duda que ya no tiene práctica y que lo traicionan sus nervios al sentirse observado. Al fin) ¿Quieres que te dé un consejo?

MONCHO (*Con los dientes apretados*) ¡A ver, dime!

WANDA —¡Abrete paso con machete! (*Moncho tira la tijera sobre la mesa*)

MONCHO —¡No puedo! ¡No puedo trabajar cuando me observan así! (*Por Wanda*) ¡Torpedea todo lo que hago!

WANDA (*A todos*) ¿Y qué quieren? Si comienza sacando tijera . . . Sólo falta que en un rato más saque bayrum . . .

MONCHO —¡Sí, bayrum! ¿Y por qué no? (*Va hacia la cómoda y regresa con un encrespador, de esos que se calentaban con alcohol*) ¿Y sabes qué más? ¡Le voy a encrespar el pelo con esto! (*Escude el encrespador*)

WANDA —¡Oh, pobrecita de ella! ¡Tenía tan lindo pelo!

MONCHO —¡Y sacaré mis «fangos orientales», aunque salten todas las tuercas de tu computadora! ¡Y le voy a dejar el pelo si . . . nuo . . . so! ¡Y si dices una vez, aunque sea una sola vez . . . «culebreo», te desuello con esto! (*La amenaza con el encrespador*)

WANDA (*A Roberto*) ¿Ves? ¡Me está amenazando de nuevo!

MONCHO (*Desaforado, fuera de sí*) ¡Lo mismo que hace trece años! ¡Heredó tres mugrientos pesos, y se creía la reina del salón! (*A Ángela y Roberto*) ¡Puso dos jabones! ¡Puso dos jabones porque decía que el mío apestaba! (*Wanda se levanta*)

WANDA —¡Eso no es verdad!

ÁNGELA —Señora Wanda, por favor . . .

WANDA —¡Puse dos, porque a ti te gustaban los de glicerina, que yo no soporto!

MONCHO —¡Marcó mis calzoncillos, como si tuvieran liendres!

WANDA —¡Los marqué, porque tu ropa se perdía en la lavandería!

MONCHO —¡Y escondió sus joyas! ¡Escondió sus joyas, como si yo, su marido, fuese un vulgar ladrón!

WANDA (*Casi ahogada*) ¡Las guardé, las guardé porque andaban robando en el barrio! ¿Nunca, nunca me habían vejado tanto!

MONCHO (*Chillando*) ¡«Vejar»! ¡Ella habla de «vejar!!

WANDA (*Llorando*) ¿Es culpa mía que haya heredado, y que nunca me lo hayas perdonado? (*Va hacia el baño; antes de llegar, se vuelve*) Nunca quise herirte, Moncho . . . ¡nunca! (*Se mete en el baño*)

MONCHO (*Tras pausa embarazosa*) ¿Ves? ¡Como siempre! ¡Se va, y me deja con toda la mierda adentro! (*La puerta del baño vuelve a abrirse*)

WANDA —¿Quién habla de irse? ¿Quién se fue una vez, y me dejó sola, con el salón y los niños, y todos los problemas? ¿Crees que no me

morí cuando me dejaste? (*La puerta vuelve a cerrarse, pero vuelve a abrirse de inmediato*) ¡Y digo «culebreo»! ¡Cien veces «culebreo», y ya está, caramba! (*Vuelve a cerrarse de un portazo. Silencio*)

ROBERTO (*Al fin*) ¿Ve lo que ha hecho? (*También entra al baño. Moncho mira la puerta cerrada un instante, luego se toma el estómago en un espasmo de dolor*)

ÁNGELA —Tata . . . ¿qué le pasa? (*Lo lleva hasta el catre. Se sienta junto a él. Lo abraza*) ¿Qué le pasa, Tata?

MONCHO —Nada . . . sólo un pequeño dolor de estómago. (*Se dobla sobre sí mismo. Ángela se levanta*)

ÁNGELA —Voy a avisarle a Roberto . . . (*Moncho la toma de una manga*)

MONCHO —¡No! ¡No digas nada! ¡Te prohíbo que digas nada!

ÁNGELA —Pero, Tata . . .

MONCHO —¡Nada, te digo! No quiero darle la satisfacción de apiadarse de mí. Ya se me pasará . . . (*Se abre la puerta del baño y asoman Wanda y Roberto, que la lleva de los hombros*)

ROBERTO —Me llevo a mi mamá a casa . . .

WANDA (*Una vez más, desde la puerta*) No quise hacerte sufrir, Moncho . . . nunca.

ROBERTO (*A Ángela*) ¿Vienes?

ÁNGELA —No, me quedo un rato. Ya voy. (*Salen Wanda y Roberto*)

MONCHO (*Después de pausa*) Tremendo lío que armé, ¿eh?

ÁNGELA —Las cosas son como son, Tata. Al menos, tocamos fondo en algo, ¿no le parece?

MONCHO (*Encogiéndose de dolor*) ¡Oh, como muerde la endiablada!

ÁNGELA —¿Qué tiene, Tata?

MONCHO —Una úlcera; una amiga que me visita cada vez que me porto mal.

ÁNGELA —¡Pero algo hay que hacer!

MONCHO —¡No, deja! ¡No hagas nada! Con un poco de cariño, todo se me pasa, ya verás. (*Pausa*) Oh, niña, qué estúpidos somos; nos aferramos un poco a nuestro pobre orgullo, y creemos que podemos vivir con eso . . . Tu suegra dijo algo, hace un rato, en que tenía razón: estoy fuera de la corriente. No soy más que un viejo sentimental, varado en un mundo que fue, y que ya no puede ser. (*Por el encrespador*) Esta cosa es todo un símbolo, ¿sabes? Cuando comencé a trabajar, tendría como quince años, calentábamos esto con «espíritu de vino» . . . En las frías mañanas de invierno, podías ver todas las llamitas azules, iluminando la oscuridad. Mi padre . . . lo estoy viendo . . . se ponía su cotona blanca, y se restregaba las manos con vaselina y bálsamo de benjuí antes de ponerse a trabajar . . . y hacía funcionar el gramófono. Fuimos el primer salón con

gramófono en todo Santiago . . . Una caja cuadrada, así, forrada en felpa verde, que se hacía andar con una manivela . . . (*Ha caído en una suerte de ensoñación*) . . . y entonces regaban las macetas con las palmas y las aspidistras . . . (*Despierta*) Estoy fuera de este mundo, niña, y, lo que es peor, me parece que el mío era más hermoso, más . . . inocente, ¿me entiendes . . .? Estoy fuera; tengo que aceptarlo . . . (*Ríe*) «Phöns». ¿Quién sería el pillo que inventó ese nombre . . .? Vamos, niña, sé buena; ¿harías una cosa por mí?

ÁNGELA —¿Qué cosa, Tata?

MONCHO —¿Tenderte, aquí, a mi lado? (*Ángela lo hace gustosamente*) ¡Oh, qué bien se está así! ¿Qué úlcera resiste a este tratamiento? (*Un rato de silencio*) Dime . . . bien sinceramente . . . Si yo tuviera treinta años menos, y no estuviera de por medio ese mamón suertudo de mi hijo, ¿habrías corrido conmigo al altar, si te lo hubiese pedido?

ÁNGELA —Con usted, Tata, aquí, y en el cielo.

MONCHO —Lo sabía . . . Y ahora, vas a hacer otra cosa por mí.

ÁNGELA —¿Qué cosa?

MONCHO —Darme un beso, y sostenerme así, hasta que me duerma. Quiero dormir un rato . . . (*Ángela le da un beso en la mejilla*) ¿«Que peinado le hago, mi linda»?

ÁNGELA —¿Usted? «Haga lo que quiera . . .» (*Él suspira y se duerme. Resbala de su mano el encrespador que sostenía*)

ESCENA SEGUNDA

Ha pasado una semana.

Moncho, chascón y descuidado, con la frazada sobre los hombros, está en cama, cortando servilletas. Todo está cubierto de papeles cortados y a medio cortar. La radio chicharrea sobre el velador. Le da un golpe. La radio calla, y de abajo replican, de inmediato, los golpes. Por no tener nada a mano con que responder, Moncho golpea el piso con la radio. Al hacerlo caen al suelo los papeles. Trata de recogerlos, pero sólo consigue que caigan más papeles. Se desespera. Golpea la cama con ambas manos. La radio suena de nuevo, inopinadamente. A chirridos. La golpea. De abajo se inicia otra retahíla de respuestas. Moncho sale de la cama.

MONCHO —¡Espera! ¡Espera, marinero de agua dulce, guatón de tres papadas, ya verás con qué te voy a responder! (*Está a medio camino fuera de la cama cuando lo sorprende Ángela, que viene entrando.*

Ella trae un paquete de supermercado. Moncho retorna de inmediato a su cama)

ÁNGELA —¡Tata! ¿Qué está haciendo? ¿No le han dicho que no debe levantarse?

MONCHO —¿Yo? ¿Levantarme? Si estoy clavado a esta cama . . .

ÁNGELA (*Yendo hacia la mesa con el paquete*) ¡Lo vi andando por la pieza!

MONCHO —¿Yo? Debe haber sido mi fantasma. Tanto que deseo salir de esta maldita cama, estoy mandando a mi espíritu a explorar el territorio. ¡Ven! ¡En vez de rezongar tanto, ven a darme un beso! Vienes abusivamente atractiva esta mañana; no es manera de presentarse ante un hombre enfermo. (*Ángela le da un beso en la frente*) ¡Vamos, en la frente, de nuevo! La próxima vez, me dejas el rouge, para pintarme una boca . . . ¿Qué traes en esos paquetes?

ÁNGELA (*Desempacando*) Leche . . .

MONCHO —¡Uf, lo sospechaba! ¡De nuevo!

ÁNGELA —Sí, ahora y todos los días. (*Va a la cocina y regresa con un vaso en el que vierte la leche*) ¡Tome! Su úlcera va tomar un salto de alegría.

MONCHO (*Tragando a duras penas*) Un salto dará, pero yo voy a vomitar.

ÁNGELA —Además, le traje flan de leche, que le hice preparar en casa . . .

MONCHO —Y tu horrible levadura de cerveza, supongo . . .

ÁNGELA —No, ahora no. El doctor le dio otro régimen.

MONCHO —¡Que no incluye varios de tus venenos, a Dios gracias! ¿Sabes? Cuando me hablas así, con ese aire de carcelera de la Gestapo, adoptas un aire sospechosamente parecido a alguien que conozco.

ÁNGELA —¿La señora Wanda?

MONCHO (*Se persigna: hace el gesto del diablo*) ¡Tú la nombraste! ¡No fui yo! ¡Tú la nombraste!

ÁNGELA —Y Ahora vamos a prender esa estufa; nadie aguanta en este hielo.

MONCHO —¿Qién va a pagar la cuenta?

ÁNGELA (*Encendiéndola*) Vamos, no sea tacaño . . .

MONCHO —No es que yo sea tacaño; lo que pasa es que «ellos» son tremendamente codiciosos. Instalaron un disquito, ahí afuera, que registra cada uno de mis movimientos; es imposible engañarlo. (*Por la estufa*) Prendes esa cosa, y el condenado disco se pone a girar, que se las pela. Después vienen, y te meten un papelito bajo la puerta, que trae anotada la sentencia. (*Ángela hace orden*) ¿Qué estás haciendo?

ÁNGELA —Un poco de orden en este chiquero.

MONCHO —¡Pero estoy trabajando!

ÁNGELA —No más por hoy día, porque ahora vamos a conversar un poco . . .

MONCHO —¿Sobre qué?

ÁNGELA —¿Que no le gusta conversar conmigo?

MONCHO —Contigo, hasta metidos los dos en un pantano, pero es tu tono el que me da mala espina . . . ¿Hablaste con Paolo?

ÁNGELA —Paolo no quiere saber nada de usted. ¿Cuándo lo va a entender?

MONCHO —Ese farsante no sabe lo que se pierde. ¿Qué va a hacer el resto de su vida? ¿Envasar caramelos en cucuruchos de papel? ¿Para eso fue peluquero, treinta años? . . . Se va a morir de diabetes, de tanto estar cerca de ese azúcar; ese va a ser su fin, te lo pronostico . . . ¡Y deja, de una vez, de estar meneándote así por mi pieza! ¡Me pones nervioso! ¡Este cuchitril será siempre un asco, aunque le pongas flecos! ¡Ven, ven a sentarte de una vez! (*Golpea la cama impacientemente. Ángela va a sentarse a su lado. Le toma las manos*)

ÁNGELA —Tata, para usted tengo proyectos mucho mejores; olvídese de Paolo.

MONCHO —¿Proyectos? ¿Cuáles? ¿Que corte mi servilleta número seis millones cuatrocientos cuarenta y cuatro mil, y me condecorarás con una tijera de oro?

ÁNGELA —Nada de eso, Tata; no es eso lo que va a hacer. ¿Quiere que me meta en su cama?

Mo —¡Oh, Dios! ¿Qué estás diciendo? ¡Me vas a matar del corazón con otra salida así! (*Ángela se saca los zapatos y se mete en la cama*)

ÁNGELA —Hágame un hueco . . .

MONCHO (*Sospechoso*) ¿Qué tienes en mente? Siempre he sospechado de las mujeres que se meten en la cama del hombre sin que las inviten . . . Y ahora, ¿qué quieres que haga?

ÁNGELA (*Saca las manos de Moncho de bajo las sábanas*) Mantener tranquilas esas manos sobre la cama, nada más . . . Tata, tengo que decirle algo.

MONCHO —Habla, pues, habla . . . No podemos estar más cerca, ¿no? No podré alegar que no te escucho.

ÁNGELA —Tata . . . No se asuste, ni se enoje, ¿quiere? . . . La cosa es que . . . la señora Wanda quiere que usted se vaya a vivir con ella . . . (*Moncho la empuja fuera de su cama*)

MONCHO —¡Sale de mi cama! (*Ella se resiste*) ¡Vamos, sale, te digo!

ÁNGELA —¡Tata, escúcheme!

MONCHO —¡Te voy a acusar de intento de violación! (*Ella casi cae de la cama con los empujones*)

ÁNGELA —Oh, Tata, qué espantoso es usted, ¿no? ¡No quiere que nadie le ayude! ¡Le mando una empleada para que le haga sus cosas, y la echa al segundo día!

MONCHO —¡Mucho duró la tontona! ¿Qué quieres que hiciera? ¡Esa muchacha viene y me bota a la basura mis calcetines!

ÁNGELA —¡Porque eran un solo hoyo! ¡Yo habría hecho lo mismo! (*Su grito calma a Moncho*)

MONCHO —Está bien; ¿qué quieres?

ÁNGELA (*Sentándose junto a él*) Tata, usted no puede seguir viviendo así. ¿No lo entiende?

MONCHO —Solo, dices, y enfermo, ¿eh?

ÁNGELA —Solo, enfermo y miserable . . . ¡Tata, mire esta pieza! ¡Mire todo lo que lo rodea! ¡No tiene plata para pagar la luz! ¡Su colcha es un asco! ¡Los muros están todos chorreados! ¡En su cocina sólo se apilan tarros y botellas vacías! . . . ¿Hasta cuándo cree que va a seguir viviendo así?

MONCHO —¡Hasta que Wanda se muera! ¡Sólo entonces volveré a ella! (*Concientiza de inmediato el disparate que acaba de decir*)

ÁNGELA —¿Se da cuenta la tontera que acaba de decir? (*Íntima*) ¿Qué le pasa, Tata? ¿Por qué no puede vivir con ella, si la quiere tanto?

MONCHO —¿Quién te ha dicho que quiero a ese energúmeno?

ÁNGELA —Se adoran . . . ambos. Si no, ¿por qué cree que se molestan tanto en molestarse? ¿No cree que es seña que se importan más de lo que se quieren confesar? (*Pausa*)

MONCHO (*Al fin*) ¿Y qué quieres? . . . ¿Que regrese al salón?

ÁNGELA —No, eso se probó una vez, y fue un error. Lo que mi suegra quiere es que se vaya a vivir con ella a la quinta.

MONCHO —¿Para hacer qué?

ÁNGELA —Podar sus rosas, por ejemplo.

MONCHO —¡Oh, Dios mío! ¿Me ves tú en eso? ¿Enterrado en el guano?

ÁNGELA —¿Y qué prefiere? ¿Seguir «enterrado» en sus ridículas servilletas . . . con una frazada para no morirse de frío?

MONCHO —Cuando encuentre cómo engañar a esos tipos que me espían con el disco, no volveré a pasar frío, ya verás . . . (*En serio, ahora*) De modo que es eso lo que han estado maquinando a mis espaldas, ¿eh? Retirarme al campo, a hacerle compañía a los chincoles, ¿mh?

ÁNGELA —Puedo ver el orgullo en su cara, formándole un mapa de arrugas . . . ¿Por qué no lo deja a un lado, alguna vez? Usted ya tiene más de sesenta. ¿Hay algo que pueda hacer en contra de eso?

MONCHO —Figurarme que tengo veinte, que es lo que he hecho toda mi vida.

ÁNGELA —La señora Wanda está muy afectada por lo que pasó el otro día . . .

MONCHO —Y yo, ¿cómo crees que estoy? ¿Bailando feliz entre los chinos de La Tirana? (*Considera el asunto seriamente*) Retirarme al campo, dices, ¿mh? . . . Al menos, podré hacerle la permanente a los patos . . . A lo mejor resulta, ¿sabes? Seré el gallo entre las gallinas; Edelmira no podrá joderme con sus celos.

ÁNGELA —Si usted acepta, ella está pensando seriamente dejar el salón.

MONCHO —¿Y hacer qué?

ÁNGELA —Vivir junto a usted en la quinta, pues.

MONCHO —¿Es verdad eso? ¿En serio? ¿Edelmira quiere vivir conmigo? (*Ángela asiente*) ¿Así, como soy; en lo que me he convertido? (*Ríe dolorosamente*) ¿Qué va a hacer esa mujer? Me confundirán con el maestro que viene a picar la leña . . .

ÁNGELA —Está cansada. Quiere que yo me haga cargo de todo, en el salón.

MONCHO —¿Edelmira, cansada? ¡No lo creo!

ÁNGELA —¿Quiere que venga ella misma a decírselo?

MONCHO —¿Esa mujer, venir aquí, otra vez? ¡Jamás! ¡No la conoces!

ÁNGELA —Está ahí, afuera . . .

MONCHO —¿Dónde?

ÁNGELA —En el pasillo . . .

MONCHO —¡Traidora!

ÁNGELA (*Yendo hacia la puerta*) ¿Quiere que la haga pasar?

MONCHO —Espera, espera, ¿qué estás haciendo? (*En pánico*) ¡No puede verme en este estado! ¡Tráeme mi chaqueta!

ÁNGELA —Le aseguro que a mi suegra no le importa . . .

MONCHO —¡Tráeme mi chaqueta, te digo! ¡Y una peineta! ¿Crees que daré a esa mujer ocasión de compadecerse de mí? (*Ángela va hacia el closet y saca el fumoir de raso y el pañuelo de seda. Le ayuda a ponerse ambos*) ¡Y ahora la peineta! ¡Y tráeme un poco de colonia! (*Ángela va hacia el baño y vuelve con lo que le piden. Él se peina y se echa colonia*)

MONCHO —¡Será ella quien tendrá que pedírmelo! Tú no abrirás la boca, ¿me entiendes? . . . La obligaré a pedírmelo, franco y directo, derecho al corazón; nada de evasivas tontas, como ella acostumbra, cuando no quiere dar su brazo a torcer. (*Le devuelve la colonia*) ¡Ya, y ahora, echa un poco de eso, por ahí! (*Ángela pulveriza colonia al ambiente*) ¡Y hazme mi cama, y ayuda a sentarme

derecho! (*Ángela lo apuntala con la almohada y estira la cama*) ¡Ya está! ¡Ahora puedes ir a abrir esa puerta! (*Queda mirando, expectante, cómo Ángela va a abrir y sale. Se escucha, afuera, un cuchicheo, y luego entra Roberto. Va directo a la cama*)

ROBERTO (*En voz baja*) Si usted insulta a mi madre, aunque sea con una sola palabra, lo cuelgo de esa lámpara, ¿me oye? (*Lo sigue Ángela, que lo toma de un brazo*)

ÁNGELA —¡Cállate tú! ¡Tú no entiendes nada de lo que pasa! (*Entra Wanda, acicalada, grandiosa*)

WANDA (*A Ángela*) ¿Está de acuerdo, dices? (*Ángela asiente; a Moncho*) Bueno, entonces; empaca tus tres pilchas, ¡y vamos!

MONCHO —¡Pídemelo, primero!

WANDA —¡Yo no voy a pedirte nada!

ÁNGELA (*Un grito*) ¡Señora Wanda, por favor!

WANDA —Está bien . . . (*Con el máximo esfuerzo*) Moncho . . . quiero . . .

MONCHO —¿Sí?

WANDA —Quiero . . .

MONCHO —¡Pídemelo de nuevo! (*Roberto da un paso amenazante hacia Moncho*)

ÁNGELA —¡Si das un paso más, juro que me separo de ti! (*A Moncho*) ¡Tata, por favor!

MONCHO —Está bien . . . (*A Wanda*) ¿A hacer qué?

WANDA —Podar mis rosas . . .

MONCHO (*A Ángela*) ¿Ves? ¿Ves como ya me está cubriendo de guano? (*A Wanda*) ¿Y ese «contrato» que me ofreces, incluye el tener que exponerme a tus peinetas electrónicas?

ROBERTO —¿Quién le está ofreciendo un «contrato», pedazo de cabeza dura? Lo que ella le ofrece es un techo decente donde vivir . . .

MONCHO —Donde estarán incluidas tus visitas periódicas, ¿supongo?

ROBERTO —¡Claro que sí! Usted es mi padre, ¿no? . . . Y por si no lo sabe, yo lo quiero . . . (*Moncho acusa el golpe de esa confesión*)

MONCHO (*Conmovido*) Bueno . . . dadas esas circunstancias . . . ¡acepto! (*Ángela va hacia él y lo abraza*)

ÁNGELA —¡Oh, Tata! (*Moncho se vuelve hacia Wanda y la mira*)

MONCHO —Vamos, y tú, ¿no vas a decirme nada? (*Wanda va hacia él y se abrazan. Ángela, emocionada, toma de un brazo a Roberto*)

WANDA —¡Oh, Moncho! Creo que estamos haciendo lo que debemos, ¿no crees?

MONCHO —No, no lo creo, pero lo estamos haciendo, ¿no? . . . (*Se sienta junto a ella en la cama*) Tal vez no seamos más que un par de viejos tontos y sentimentales, pero ahora te lo puedo confesar,

mujer: esto de estar viviendo siempre solo me estaba cayendo gordo. Nunca aprendí a hacer el arroz sin que se me apantrucara. (*Wanda va hacia la mesa, en ademán de ayudar a Ángela a guardar las cosas de Moncho*) Pero no tan rápido, mujer; aún hay ciertas cosas que deben ser aclaradas. Si me voy a vivir contigo, el Lolo será bien recibido, ¿supongo?

WANDA —Si lo deseas . . .

MONCHO —Nada de hacerle comer en la cocina, ¿eh? . . . Y tampoco habrá jabones dobles, ni vasos distintos para el vino . . .

WANDA —No veo por qué . . .

MONCHO —Es que yo veo . . . ¿y tendré llaves para tus joyas?

WANDA —Revuélcate en ellas, si quieres.

MONCHO —Eso está mejor . . . Y una cosa más: nunca, bajo ninguna circunstancia, te lavarás tus manos en presencia mía.

WANDA —¡Haré eso dónde y cuándo me dé la gana!

MONCHO —¡No hay negocio, entonces!

ÁNGELA —¡Señora Wanda . . . por favor!

WANDA —Está bien; pondré un biombo en el baño, o te compraré anteojeras.

MONCHO —Todo arreglado, entonces. (*A Roberto*) Podrás venir a verme cuando te dé la gana.

ROBERTO (*Irónico*) Gracias . . .

MONCHO —Y podrás traer a tus hijos: Carola, Robertito y . . . Carlitos.

ROBERTO —¡Carola, Robertito y Alfonso!

MONCHO —Está bien, si insistes en martirizarlo. (*A todos*) Y ahora, para celebrar el trato, quiero que todos me hagan un favor . . .

ROBERTO (*Sospechoso*) ¿Qué sería cuál?

MONCHO —Quiero darle a ese desgraciado de abajo una lección que no olvidará por el resto de su vida . . . Voy a agarrar algo duro, y daré un golpe, y cuando ese jetón conteste, quiero que todos cojan algo y golpeen conmigo, hasta que a ese desgraciado se le revienten los tímpanos! ¿Harían eso por mí? (*Wanda va la la cocina y regresa con una sartén*)

WANDA (*Se la pasa*) ¡Comienza ya! (*Moncha agarra la sartén*)

MONCHO —¿Listos? (*Wanda toma la jofaina; Ángela, un zapato; Roberto, una silla*)

WANDA —¡Listos! (*Moncho golpea primero, con precaución. De abajo responden de inmediato los golpes histéricos*)

MONCHO (*A Wanda*) ¡Ahora tú! (*Wanda golpea. A Ángela*) ¡Ahora tú! (*Ángela golpea. A Roberto*) ¡Y ahora, tú! (*Roberto golpea. Todos ahora, al unísono. De pronto cesan las réplicas. Todos se detienen. Escuchan*) Le ganamos . . . (*Esperan otro poco. Nada*)

MONCHO (*Realizado, feliz*) ¡Le ganamos! ¡Le ganamos al desgraciado!
(*Cae feliz en brazos de Roberto*)

TELÓN

LA BALSA DE LA MEDUSA

Obra en tres actos

1984

A fines del siglo XVIII, un grupo de individuos fueron encontrados, solitarios y abandonados, navegando en una balsa. Eran los náufragos de un bergantín hundido hacía algunos días, llamado «Medusa». El pintor romántico francés, Théodore Géricault (1791-1824), pintó un cuadro basado en ese hecho, que, hasta hoy, se conserva y exhibe en el Museo del Louvre en París.

PERSONAJES (*por orden de aparición*):

Conrado, Mayordomo
Leonardo, Dueño de casa

Él
Ella
El militar
El cojo . . . Pordioseros

Julián García
Emilia
Teresa
Serrano-Soler
Luisa
Dr. Ítalo Sergetti
Cintia
Carla
Mario Cruz
Moshe Goldberg
Javier . . . Invitados

ACTO PRIMERO

La gran sala de estar de una mansión. Altos ventanales góticos. Vitreaux. Al fondo, en un plano más alto, la gran puerta de entrada. Una escala solemne, bajo arco, hacia los recintos interiores. Ventanales al parque y la playa distante. Sofás, sillones, alfombras, mesas de arrimo, etc.

Reina una atmósfera nebulosa, violácea.

Un viento sacude los altos cortinajes de la ventana. Se escuchan silbidos prolongados y lastimeros. De pronto, una campana, y luego, casi de inmediato, ladridos de perros mastines.

Al llamado acude Conrado, canoso, digno, viste tenida oscura de mayordomo. Un plumero en la mano.

Abre la gran puerta.

En el vano, tres pordioseros. Dos hombres y una mujer. Visten harapos. Portan grandes bolsas llenas de desperdicios. Uno, luce levita y chambergo, ajados. El otro, una vieja tenida militar. Extemporánea, ostentosa, llena de condecoraciones de oropel. Ella, una falda sucia, larga, y un gran sombrero alón que fue elegante.

En menos que Conrado alcance a reaccionar, se precipitan, chillando, riendo, dentro de la sala. El de la levita, rodando sobre sí mismo. Ella, brincando sobre los sillones.

CONRADO (*Procurando darles caza con el plumero*) Ustedes! Aquí, de nuevo! Fuera! . . . Fuera, les digo!

ELLA (*Contorsionándose grotescamente*) Van a venir! Van a venir! Sabemos que vendrán!

ÉL —Los oímos!

ELLA —Los sentimos! Vendrán pisando el maicillo, con sus tacos finos!

CONRADO (*Dándole alcance al del chambergo*) Fuera!

ELLA (*Arrodillándose ante él, suplicante*) Una chuleta! Una chuleta de cordero, por amor a Dios!

ÉL —Un perfume! Un frasquito de perfume para los pobres! (*Ambos corren, riendo, chillando, hacia la puerta, perseguidos por Conrado*)

ELLA (*Volviéndose una vez más*) Habrá manjares para ellos, y a nosotros no nos darán nada!

ÉL —Les mostrarán el oro, y a nosotros nos darán . . . piedras! (*Bailan aún un instante en torno a Conrado, un baile desarticulado, grotesco, amenazante, y luego desaparecen riendo, el del chambergo con profundas genuflexiones, sombrero en mano. Afuera arrecían los ladridos de los mastines*)

CONRADO (*Gritándoles a través de la puerta abierta*) Para otra vez, les echaré los perros! (*Gira y ve al militar, que se ha quedado, contemplando el gran buda de cristal. Ausente de la algazara de los otros dos. Yendo sobre él*) Y tú, qué haces? . . . Fuera! (*Lo amenaza con el plumero. «El militar», inmutable*)

EL MILITAR (*Por el buda*) Dinastía Sun . . . Siglo XII después de Cristo . . . En la gran revolución china, hacían rodar a éstos por las escalas o los lanzaban al mar, atados a los cuellos de los mandarines. Hoy, se les puede encontrar aún, en el mar de la China, atascados a una calavera. (*Avanza con dignidad y parsimonia hacia la gran puerta, seguido por Conrado. Volviéndose hacia él, antes de salir*) Estaremos en el barranco echados sobre el barro seco, observando cuando lleguen . . . y los reconoceremos por el olor. (*Sale. El viento sacude los cortinajes. Al cerrar, Conrado, la gran puerta, el viento se calma. Arriba, en lo alto de la escala, aparece Leonardo. Pálido, moreno, viste enteramente de negro*)

LEONARDO —Quién es esa gente, Conrado?

CONRADO —Los del barranco, señor. Apenas logro controlarlos, ya. Se meten al menor descuido.

LEONARDO (*Bajando la escala*) Tendremos que levantar esas rejas.

CONRADO —Así es, señor. (*Leonardo avanza hacia el centro de la sala*)

LEONARDO (*Cansado, melancólico*) No quiero que nadie perturbe la paz de esta casa, Conrado.

CONRADO —Lo sé, señor, pero su avidez es tan grande que ni siquiera los perros consiguen disuadirlos. (*Leonardo va hacia los ventanales. Mira afuera. Tras pausa*) Vendrán hoy, señor?

LEONARDO —Como siempre.

CONRADO —Bulliciosos, mh?

LEONARDO —Como siempre, sí . . . como tienen que ser . . . predecibles. (*Otra pausa, en tanto Conrado sigue con su aseo de la sala*)

CONRADO —Lo noto cansado, señor.

LEONARDO —Es que se me escapa el sentido de todo esto, Conrado . . . Obedezco los designios. No soy más que un peón, en el proyecto de lo desconocido. Periódicamente tengo que recibirlos y darles mi hospitalidad, y ese es un trabajo muy, muy cansador . . . (*Pausa*) Haz el tuyo, Conrado.

CONRADO (*Limpiando a medias, distraído*) Sí, señor . . .

LEONARDO —La lechuza es la lechuza. El águila es el águila, Conrado. Parecen refocilarse en ser lo que son. Tú quisieras, a veces, que el águila fuese lechuza, y la lechuza . . . águila, pero es soñar demasiado . . . (*Mirándolo por primera vez*) Esta permanencia predecible me está matando, Conrado.

CONRADO —Espero que soporte su impaciencia, señor.

LEONARDO —Temes que mi anhelo me haga cometer un desliz, mh?

CONRADO —Lo ha hecho otras veces, señor.

LEONARDO —Sí . . . Es verdad. (*Se encamina con paso cansado hacia la escala*)

CONRADO —Le subo un jerez, señor?

LEONARDO —Sí, hazlo! (*Subiendo*) Como siempre, estaré en mi habitación, escuchando los ruidos. (*Deteniéndose*) Y Conrado . . .

CONRADO —Sí, señor?

LEONARDO —Cuida el mobiliario; que no destruyan nada.

CONRADO —Trataré, señor . . .

LEONARDO —Que nadie vomite sobre mis alfombras. La última vez, lo hicieron sobre mi Kashan azul.

CONRADO —Hay algunos de naturaleza más débil, y aquí son sometidos a una gran presión, señor . . .

LEONARDO —Sí . . . Lo sé . . . lo sé. (*Desaparece en lo alto de la escala. Conrado lo observa un rato con triste simpatía. Luego retorna a su labor. Dispone los muebles. Pasa el plumero. Está arreglando algún cojín, cuando, afuera, se escucha ladrar los perros. Lo hacen cada vez con más furia e insistencia. Luego, ruidos de coches que se acercan, frenos. Luego voces y risas y gritos festivos de: «Sí, aquí es, parece!» . . . «Sí, tiene que ser!» Luego, la campana. Conrado se pone su chaquet. Acude a la puerta. La abre. Desaparece por un instante*)

VOZ DE HOMBRE —La casa de Leonardo?!

CONRADO —Sí, señor! Ésta es!

VOZ DE HOMBRE —Bueno, haga callar a estos perros, hombre!

CONRADO —Bongo! Kazan! A callar!

VOZ DE MUJER —Pero, qué bestias! (*Nuevos ladridos furiosos. Una exclamación asustada. Un grito*)

CONRADO (*Autoritario*) Ya, Kazan, Bongo, a callar, he dicho! . . . Camilo, encierre a los perros! (*Los ladridos se acallan. Aparece Conrado en el vano de la puerta. Tras él, aparece el grupo de invitados vistiendo elegantemente, como viniendo de un cocktail. Ellas, rutilantes. Ellos, desenfadados, son: Julián García, el comerciante (48) y su mujer, Emilia (43); Serrano-Soler, el industrial (50) y su amante, Luisa (35); el Dr. Italo Sergetti (43) y su mujer, Cintia (36); Carla, diseñadora de modas (38) y su amigo, Mario Cruz, decorador y anticuario (36); Moshe Goldberg, joyero (46); Teresa, cellista (24); Javier, rentista (23). Irrumpen animados, efervescentes, expectantes. Conrado gira en torno a García, que se limpia el pantalón*)

CONRADO —Qué molestia, señor! Espero que comprenda! Estas bestias, por mucho que uno las cuide, siempre se escapan . . .

GARCÍA —Está bien; no es nada . . . Por un momento, creí que me mordía . . .

CINTIA —Qué dientes, Dios mío!

CONRADO —Sí, señor . . . una gran molestia! (*Procura limpiar el pantalón de García*)

GARCÍA —No, está bien, le digo! No fue nada . . . (*Emilia se acerca solicita a revisar si tiene alguna herida, gesto que recibe su rechazo brusco*) Está bien, te digo! Déjame! No es nada; sólo un rasmillón superficial! (*Emilia se retrae de inmediato, gesto que observa Teresa*)

CONRADO —Pero, pasen, señores! Pasen! Hagan el favor! (*El grupo avanza hacia el centro de la sala. Conrado enciende una súbita luz general que ilumina todo el ámbito de la sala. Todos miran el decorado, con diversas exclamaciones de asombro y admiración*)

GOLDBERG —Vaya! Sólo invitado al palacio de Midas, me habría imaginado algo así!

EMILIA —Fabuloso!

SERGETTI (*Echándose sobre un sillón*) Y estos sillones, son para sentarse en ellos, o sólo para admirarlos? (*Esto provoca la risa de algunos. Conrado, que se ha mantenido en retaguardia, avanza*)

CONRADO —El señor espera que se sientan cómodos. Quieren pasarme sus abrigos, por favor? (*Recoge abrigos y bufandas*)

SERRANO-SOLER —En todo caso, no es manera de recibirlo a uno. Al amigo García, casi lo descuartiza una de esas bestias . . . No es posible que anden sueltas . . .

CONRADO —Se tomarán medidas, para que esto no vuelva a suceder, señor. (*Sale con su carga de abrigos y objetos personales. Luisa tirita de frío*)

LUISA —Oh, qué frío! Esta casa, de repente, tiene algo de congelante!

SERRANO-SOLER —Bueno, dile a ese tipo que te devuelva tu abrigo! (*Grita a Conrado, que va saliendo*) Eh, hombre! Devuélvale su abrigo a la señora! Y haga algo por calentar esta casa! (*Conrado retorna con el abrigo, que Luisa se echa sobre sus hombros*)

CONRADO —Haré encender los calefactores, señor. (*Sale. Por un instante, todo el mundo gira por la habitación, como suspendidos en una espera, sin objeto*)

CARLA (*Finalmente*) Bueno, hablando de congelar . . . parece que la alegre comparsa, que venía tan chispeante, se ha congelado un poco, eh?

SERGETTI —Debe ser el ámbito: elegante, discreto, pero con algo de catedral. (*Algunos toman asiento en los sofás y sillones. Otros deambulan*)

GARCÍA (*Desde su sillón; burlón*) Bueno, y con Emilia, aquí, viendo fantasmas por el camino, a cualquiera se le enfría el alma!

EMILIA —Los vi! Los vi!

GARCÍA —Claro . . . cadáveres que salían del mar! Efebos blancos envueltos lánguidamente, en redes! Oh, Dios!

EMILIA —Los vi, te digo!

GARCÍA (*A los otros*) Debe haber sido la bruma de la playa, no creen? Un poco de niebla, y se le despierta la fantasía, hasta a los que no la tienen!

CARLA (*Desde otro sillón*) Bueno, en todo caso, los invito a no dejarse impresionar por las circunstancias . . . Odio a los que no saben llevar las cosas a su fin!

SERGETTI —Fin? Esa palabra siempre me da escalofríos!? Cuál crees que es el nuestro, aquí?

CARLA —Divertirnos! Tan simple como eso! Te parece una razón muy pobre? (*Goldberg realiza una cabriola tonta*)

GOLDBERG —Touché!

CARLA —Y ahora, si alguien me pregunta qué es «divertirse», le contesto con una grosería! (*Todos ríen. Sergetti acaricia el cabello de Cintia, a su lado*)

SERGETTI —En todo caso, el viaje en auto descapotado le asienta terriblemente a Cintia, no creen? No me digan que no le asienta terriblemente! . . . «Arrebaradora», diría yo, con su lindo pelo suelto, flotando al viento . . . a lo Isadora Duncan!

GOLDBERG —Por qué . . . «Isadora Duncan»?

SERGETTI —La que murió ahorcada por su propia bufanda, en un auto descapotado, no fue así? . . . Siempre que veo a una hermosa mujer, con el pelo suelto flotándole al viento, me surge su imagen. Reflejos condicionados de la líbido, supongo. Me excitan las mujeres con el pelo suelto.

CINTIA (*Desprendiéndose a medias de sus dedos que la acarician sensualmente*) Oh . . . eso de nuevo!

SERGETTI —Qué cosa, «eso»?

CINTIA (*A todos*) Tiene una mente morbosa . . . En Ítalo, todo se resuelve finalmente en lo mismo: sexo y muerte mezclado en un amasijo mórbido . . . Te hace el amor, con una calavera en una mano! (*Todos ríen. Mario, que no ha dejado de observar a Javier, que deambula por la habitación, mirando los objetos, se le acerca, manteniéndose a una cierta distancia*)

SERRANO-SOLER (*Festivo. A Sergetti*) Explica eso, Sergetti! Desde tu punto de vista de médico!

SERGETTI —Reacción más que natural, me parece, no? Viendo tanta gente luchar por su vida, no puede uno dejar de pensar en la

muerte, no? En mi caso, al menos, como nefrólogo, me muevo en una constante obsesión de bulbos, redondeces, y agonías!

CARLA —La secreta topografía del hombre!

GOLDBERG —Es que siempre pensé que los doctores son, en verdad, como nómadas del desierto, y el cuerpo humano, un arenal . . (*Se produce un silencio, ante ese exabrupto inoportuno, que se prolonga incómodamente. Todo el mundo se siente agitado por una sensación de súbito vacío e inestabilidad*)

LUISA (*Finalmente; moviéndose nerviosamente*) Bien . . .

SERRANO-SOLER —Bien, qué?

LUISA —Qué estamos esperando, me pregunto? Odio esperar, como tú muy bien sabes!

SERRANO-SOLER —Dónde estará ese muchacho? (*En el nuevo silencio que se cierne, todos escuchan el diálogo entre Mario y Javier, que ha estado observando con mucha atención unas máscaras colgadas en un muro*)

MARIO —Máscaras funerarias balinesas . . . Te interesan?

JAVIER (*Confundido ante su repentina proximidad*) Son extrañas . . .

MARIO —Sí, como mirando a la nada, no te parece? . . . Algo insondable, desconocido, en la hueca profundidad de sus ojos . . . Pero también miran como . . . risueñamente, no te parece?

JAVIER (*Brusco*) Le parece a usted?

MARIO —Con la sonrisa de la inmovilidad, ante todo aquello que se mueve . . . inútilmente. Sabiduría de lo estático . . . (*Javier no sabe cómo tomar eso*) No pareces una persona acostumbrada a esta clase de . . . «excursiones» . . .

JAVIER —Qué quiere decir?

MARIO —Comparsas alegres, sin ton ni son, como éstas . . . (*Señala a los concurrentes. Javier está consciente que todos escuchan*) Noctilucas reunidas alrededor de la luz, viniendo de distintos rincones de la noche . . . Mezclados artificialmente . . . No te pareció exagerado las risas en los autos . . . las carreras demasiado locas por la carretera? . . . Como si todo el mundo tratara de huir de algo?

JAVIER —A mí me pareció que todos se entretenían mucho.

MARIO (*Insistente; insinuante*) Te parece?

JAVIER —Sí! Me parece!

MARIO —No te creo . . . Sospecho que estabas escandalizado. (*Javier se aleja bruscamente de ese acosamiento. Vuelve a refugiarse en el grupo. Conrado hace su entrada con una bandeja de bebidas diversas, que ofrece*)

LUISA —Vaya! Y esto, qué es?

CONRADO —Un Bloody Mary, señora . . . pero si prefiere otra cosa? (*Luisa se sirve*)

GARCÍA —A mí, un tinto! Un tinto común y corriente!

CONRADO —Qué prefiere? Un Mosela, o más bien una selección seca?

GARCÍA —Ma da lo mismo. Lo importante es echarse algo al buche, no?

CARLA (*Señalando la bandeja*) Dios mío, qué maravilla! Si esto casi parece cuestión de llegar y llevar, no?

CONRADO —Lo es, señora . . . Usted pide y su deseo se cumple . . .

CARLA (*Divirtiéndose*) Ah, sí, eh? . . . A ver . . . yo quiero un . . . Romané! Oh, no! Más bien, tráigame un Chateaux-neuf du Pape! (*A los demás*) Lo probé una vez, y jamás lo olvidaré! Me muero de ganas de volver a probarlo!

CONRADO (*Imperturbable*) Chateaux-neuf, de qué año, señora?

CARLA (*A los otros, riendo*) Bueno . . . del 63! Sí, del 63!

CONRADO —Se buscará, señora. El señor Leonardo guarda de todo en sus bodegas . . . Estoy seguro que podremos complacerla. (*Termina de servir a los otros y se retira, con la misma inconmovible seriedad con que entró*)

SERGETTI —Vaya el tipo!

GOLDBERG (*A Carla, tratando de ser gracioso; imita*) «De qué año, señora?»

LUISA —Les apuesto que es el dueño de Leonardo. Esta clase de tipos siempre terminan por apoderarse de sus amos . . .

GOLDBERG (*Repite; ahora con una cabriola torpe*) «De qué año, señora?»

SERRANO-SOLER (*A Carla*) Lo que yo me pregunto es, qué harás si el tipo, realmente, te trae el vino?

CARLA —Tendré que tragármelo! (*Todos ríen*)

SERGETTI —Bueno, lo que yo me pregunto es otra cosa: en qué lugar hemos caído?

SERRANO-SOLER —Qué quieres decir?

SERGETTI —Un lugar la mar de insólito, si me preguntan mi opinión.

LUISA —Por qué dices eso?

SERGETTI —La ubicación de la casa. No les parece extraño, tener que atravesar un pantano para llegar a ella? Después de recorrer una eternidad, pinares y playas abandonadas? . . . Quién se construiría su casa en un lugar tan inhóspito?

LUISA (*Riendo*) Frankenstein! . . . Nos reúne a todos, para asustarnos, o tal vez freírnos en la gran sartén que oculta en el sótano tenebroso de la casa, para condenación de los pecadores! (*Risas de algunos*)

SERGETTI —Te juro que cuando vi surgir la casa, de entre la niebla, me dio un escalofrío!

LUISA (*Siempre divertida, a Serrano-Soler, ahora*) Tú te sientes «pecador», querido? Tú, con tu historia de adulterios y desenfrenos. (*Todos ríen nerviosamente*) Ya lo tienes, entonces! Frankenstein te hará hervir, esta noche, en aceite de coco hirviente, por saltar la Banca y la Bolsa, quierdo! No dicen que sobornar funcionarios públicos, se paga con el Infierno?

SERRANO-SOLER (*Medio halagado*) Oh, cállate!

EMILIA —Lo que más me inquieta, es la pobreza. (*Todos la miran*) Por qué tenía que hacernos cruzar esos barrios para llegar aquí? Esos niños, Dios mío! Les juro que vi un grupo de ellos comiéndose las tripas de un perro muerto! (*Murmullo de desaprobación en el grupo*)

GARCÍA —Oh, vamos, mujer!

EMILIA —Los vi! Los vi! Sólo que ustedes no querían mirar! Cuando esas mujeres se acercaron a los coches, con sus manos extendidas, ustedes miraron hacia el otro lado! Los vi! No pueden ignorar lo que hay!

SERRANO-SOLER (*A García*) Haga callar a su mujer, García! Qué cosa de mal gusto traer eso a colación! (*Javier, que ha seguido deambulando por la sala, ha pulsado un contacto del gran equipo musical que se oculta en un mueble y surge una música de baile. Sergetti toma a Cintia y ambos giran por la sala, en tanto se besan, en un jugueteo sensual. A poco, Serrano-Soler también toma a Luisa y bailan*)

CARLA —Lo que yo me pregunto es, qué podría haber de sorprendente en un tipo como Leonardo? De lo más encantador y corriente, diría yo.

GARCÍA —Pero es un tipo extraño, eso no lo puede negar.

EMILIA —Por qué dices eso, sin nadie lo conoce?

GARCÍA —Cómo es eso, que nadie lo conoce?

EMILIA —Nadie. Se presentó esta noche en casa de los Margulis, y dijo que se llamaba Leonardo. Leonardo, qué? (*A Carla*) Lo conoces tú? (*A Luisa*) O tú? (*A Teresa*) O usted?

SERGETTI (*Bailando*) Es verdad. Quién lo invitó a la fiesta?

LUISA (*Bailando; a todos*) Y eso, qué importa? Ya ven, llegó y dejó su huella! A mí me parece un tipo fascinante! En un momento me llevó aparte, nos sentamos en una jardinera, y me contó que volvía de la India, de un viaje en busca de los misterios de la Diosa Irguz!

SERGETTI —Y ésa, quién es?

MARIO —La Diosa, a quien en verano le crecen plumas, y en invierno, escamas! La Diosa del Remordimiento! (*Otro breve silencio*)

EMILIA —Inés Margulis me dijo que era millonario!

SERRANO-SOLER —Y quién no lo es hoy en día, Dios mío? . . . Hoy es casi de mal tono no serlo!

SERGETTI —Millonario de qué? Uno es millonario de algo, no?

EMILIA —No lo sé. Ella simplemente me dijo eso: que era millonario!

SERGETTI —Un término genérico, hoy en día!

SERRANO-SOLER (*Siempre bailando; a García*) A lo mejor, ahí tienes a un cliente para una de las propiedades de tu condominio, García! Me pareció lo bastante buen hombre, como para dejarse enganchar en eso! (*Ríe*)

EMILIA —No te rías de eso! Julián trabajó hasta deslomarse en ese proyecto! Se merece la fortuna que hay en esa idea!

SERRANO-SOLER —Apuesto que sí! Apuesto que sí! Solares castellanos en un arena! . . . Dios mío, hay que tener la cara dura!

EMILIA —Tú, mejor te callas, con tus Pesqueras de Papel! (*García procura callarla con un gesto*) Tú! No me dijiste tú mismo que todo eso no era otra cosa que un gran fraude?! (*Luisa, ante el tono agresivo que va tomando el debate, interviene*)

LUISA —En suma, ahí lo tienen! Leonardo, un misterio fascinante! Gasta su dinero, incluso, en entretener a extraños! Qué hay de malo en eso?

SERGETTI —Como el Gran Gatsby!

CARLA —Sí, Scott Fitzgerald, aunque menos concreto! (*Entra Conrado con una sola copa en una bandeja de plata. Cruza hacia Carla*)

CONRADO (*A ella*) Chateaux-neuf du Pape 1963, señora! Alguna otra cosa? (*Murmullo en la sala. Toda acción se detiene. Carla toma la copa*) Increíble, piensa usted, no? Nada es increíble para el señor Leonardo (*A todos*) Y hay algo más: no tienen por qué quedar reducidos a moverse sólo en esta sala, señores. Hay en casa otras habitaciones que serán de su agrado: una sala de lecturas; varias de juegos; gimnasio, si lo desean; una piscina interior y otra en la terraza . . . Hay también una sala de teatro. El señor la llama así, donde encontrarán vestuarios, disfraces, máscaras, a vuestra fantasía . . . Lo importante es que, por ningún motivo, los asalte el tedio. Aburrimiento es una palabra odiosa para mi señor. (*Va a salir, pero se vuelve*) Ah, y otra cosa! El señor les ruega moverse sólo en los espacios que les he señalado. Más allá, es tierra de nadie, que él no controla. (*Muestra la cuerda de felpa granate que cuelga*) Cualquier cosa que deseen, no hay más que tirar de esta cuerda . . . Se tratará de complacerles en el acto. (*Va sa salir*)

SERRANO-SOLER (*Grita tras él*) Eh, hombre!

CONRADO (*Volviéndose*) Decía, el señor?

SERRANO-SOLER —Y Leonardo?

CONRADO —Qué hay con él, señor?

SERRANO-SOLER —Bueno, cuándo bajará? Porque supongo que está en casa, no?

CONRADO —Supone usted mal, señor. El señor Leonardo ruega que le dispensen. Tuvo que salir a una diligencia urgente. Están en su casa. (*Sale. Pausa*)

GARCÍA —Bueno, qué les parece? En sorpresas, ésta es, sin duda, la mayor! Nos invita a su casa, y luego nos deja en la estacada!

SERRANO-SOLER —Yo me voy! (*Inicia su marcha hacia la gran puerta de salida*)

LUISA —No, espera! Para qué apresurar las cosas? Esto puede resultar de lo más exótico, no creen? Una casa llena de atracciones y el dueño ausente . . . Siempre me ha fascinado expedicionar por mansiones abandonadas. Quizás qué monstruos nos asalten desde viejos baúles polvorientos!

SERGETTI —Extravagante, sin duda.

SERRANO-SOLER —Pero molesto!

SERGETTI —Diría que es casi como si nos sometieran a un estado de sitio, no?

CINTIA (*Apretándose contra él*) Ahora sólo nos queda sacar el mejor partido de esto. (*Melosa*) Nos posesionamos del «espacio a que quedamos reducidos», mi amor? (*Vuelven a su baile íntimo, sensual. Cintia le besa lánguidamente en cuello y cara*)

SERGETTI (*A los otros*) Quién se puede negar a la tentación de una noche novedosa? (*Luisa toma a Serrano-Soler y lo retorna al baile*)

SERRANO-SOLER —Y quién dice que lo será?

LUISA —Eso depende enteramente de nosotros, querido . . . como todo en la vida. (*Bailan. Javier, que ha estado rondando en torno a las parejas bailantes, va y corta la música abruptamente, y va a sentarse con taimada irritación. Todos captan brevemente el gesto. Luego Cintia toma a Sergetti de la mano*)

CINTIA (*Con vivacidad*) Bueno! Encabezo la expedición!? Quién me acompaña? Los invito a explorar el Amazonas! (*Arrastra a Sergetti de la mano, que la sigue dócilmente. Carla la alcanza, la enlaza de la cintura*)

CARLA —Sí, vamos! Yo les sirvo de lazarillo! (*Las sigue Goldberg, a quien enlaza de un brazo Emilia*)

GOLDBERG —Sí! Desentrañemos el misterio! . . . Apuesto que encontramos arañas y víboras venenosas!

EMILIA —Sí! Me encanta el misterio!

GOLDBERG —Cajitas y baúles secretos! Apuesto que la casa está llena de túneles y pasos escondidos! (*El grupo sale con bulliciosa y alegre vivacidad. Los siguen Serrano-Soler y Luisa, besándose. Sólo quedan en la sala Javier, Mario, Teresa y García*)

GARCÍA (*A Teresa, que permanece inmóvil, incómoda, en el extremo del sofá, en que se ha arrinconado*) Y usted, no va? . . . ¿No siente curiosidad?

TERESA —No, estoy bien así . . . Le tengo horror a lo desconocido . . . (*García va a sentarse más cerca de ella. La observa con posesiva impertinencia*)

GARCÍA —Eso depende con quién lo comparta, no? Yo podría protegerla . . . (*Mira a Mario, que lo observa desde el sofá, buscando su complicidad*)

MARIO (*A los otros, pero dirigiéndose a Javier, en verdad*) Sí, ante lo desconocido, están los tímidos, y los irresolutos . . . (*Por Javier*) Aquí, nuestro amigo no ha dejado de explorar con la vista todo lo que se nos ofrece . . . y no ha tocado nada! Lo vengo observando. Daría mi cabeza que es de aquellos que nunca . . . tocan nada. (*Pausa*) En el auto, ponía su cabeza al viento, como queriendo que se llevara sus sueños, sus . . . anhelos. (*A los otros*) Pero está bien, así! Hay un atractivo especial en aquéllos que se reservan para sí, en autos descapotados . . . (*Javier no resiste más el asedio. Se levanta bruscamente y sale. Breve pausa embarazosa*)

GARCÍA —Bueno, no hay duda que «alguien» se ha molestado por sus observaciones.

MARIO (*Levantándose*) Naturalezas frágiles, nada más. (*Ríe*) Pero no hay duda que me han hecho un desaire, no? Habrá sospechado ángulos más interesantes, en otra parte de la casa. (*Sale. Quedan solos Teresa y García*)

GARCÍA (*Por Mario, saliendo*) A la caza del venado! (*Ríe*) Le cabe alguna duda? (*Teresa no responde. Mantiene un aire reticente*) Oí que era . . . instrumentista . . . Un instrumento . . . No me acuerdo cuál.

TERESA —Cello . . .

GARCÍA —Y, le gusta? Hacer eso?

TERESA —Lo hago para tranquilizar los fantasmas de mi familia.

GARCÍA —Cómo así?

TERESA —Abuelo, bisabuelo y padre músicos . . . qué más se podía esperar de mí?

GARCÍA —Bueno, pero le gusta, supongo?

TERESA —Toco, y mi madre goza. Ha visto alguna vez a una persona comerse toda una caja de chocolates finos, mientras alguien le toca un solo de Frescobaldi? Mi madre lo hace. Tanto goza.

GARCÍA —Por el tono con que lo dice, parece que no gozara con lo que hace. A mí me parece fundamental, hacer lo que a uno le plazca. Yo, por ejemplo: soy comerciante, y gano plata, mucha plata . . . lo confieso. Y gozo haciéndolo. Para qué negarlo?

TERESA —Feliz usted. (*Pausa levemente incómoda*)

GARCÍA —Y, tiene manos para eso? (*Procura tomárselas*) A ver, déjeme verlas! (*Teresa las retira bruscamente*) Me parece que es demasiado joven para eso.

TERESA (*Mirándolo fijamente, por primera vez*) Para qué?

GARCÍA —Pues, para . . . tocar el cello.

TERESA (*Siempre mirándolo con persistente impertinencia*) Y usted piensa que debería estar haciendo otras cosas, supongo, no?

GARCÍA —Sí . . . y por qué no?

TERESA —Cómo qué? Cómo qué, le pregunto? Cómo tirarme, ahora mismo, al cuello de un comerciante fofo, que no hace otra cosa que mirarme el escote, a espaldas de su mujer? Ya sueña con una noche de amor pasional, mh?

GARCÍA (*Recuperándose*) Es impertinente, eh?

TERESA —Sólo a los que me miran el escote. (*Se desabrocha la blusa*) Quiere ver lo que escondo? (*García procura tomarla de los hombros*)

GARCÍA —Vamos, no lo tome así . . .

TERESA (*Con los dientes apretados*) Suélteme! . . . No me toque! (*Afuera se escuchan ladrar los perros, furiosamente. Le siguen unos disparos lejanos. García se levanta, asustado. Desde el interior de la casa acude Conrado. Cruza hacia la puerta de entrada. La abre y mira afuera. García se la acerca*)

GARCÍA —Qué pasa?

CONRADO —Disparos, señor.

GARCÍA —Ya sé que son disparos, pero . . . de quién?

CONRADO —La región ha estado sometida, últimamente, a una gran agitación, señor . . . Gente que se mueve en los bosques . . .

GARCÍA —Gente? Qué gente?

CONRADO —Iré a ver, señor. Hace dos días sacaron a un hombre de entre las cañas de la orilla del río. Tenía una perforación de bala, en medio de la frente . . . (*Sale. Acuden Emila, Cintia y Serano-Solar*)

SERRANO-SOLER —Y eso, qué fue?

GARCÍA —El tipo, el mayordomo . . . salió a ver. Dice que hace dos días, sacaron a un muerto de entre las cañas del río . . .

SERRANO-SOLER —Quién? Quién fue?

GARCÍA —Y yo, qué puedo saber? Dice que son gente que viene avanzando desde los bosques.

EMILIA (*A García*) Debe ser esa gente harapienta de la población por donde pasamos, Julián!

GARCÍA —Oh, cállate, mujer! (*Regresa Conrado*)

SERRANO-SOLER (*A él, de inmediato*) Y? Qué fue? Qué pasa?

CONRADO —Estoy investigando, señor . . . (*Quiere pasar al interior de la casa. Lo detiene la voz de Serrano-Soler*)

SERRANO-SOLER —Espero que no pasemos ningún peligro, hombre! Después de todo, hay mujeres en el grupo!

CONRADO —La casa está bien alejada de todo, señor. Y, como usted dice, habiendo mujeres en el grupo, mi patrón no los invitaría aquí, si hubiera algún cuidado. (*Sale*)

SERRANO-SOLER (*Gritándole al salir*) Bueno, al menos encierre esas bestias, hombre! Le ponen a uno, carne de gallina, con sus ladridos! (*Entran Carla y Luisa. Luisa lleva puesto un elegante vestido victoriano y Carla un pierrot*)

LUISA (*A Serrano-Soler*) Mira esto! «Gutuso», tenía razón! Hay baúles y baúles, llenos de estas cosas! Armarios que rebozan de trajes y disfraces! Parece un guardarropía de teatro!

CINTIA (*Divertida*) «Gutoso?» . . . Qué es eso?

LUISA —Ay, lateros de ropa oscura! Sacristanes, mayordomos, y esa clase! Viene de mi hermano! . . . Él los bautizó así! . . . De un profesor de violín que tenía! Parecía un cuervo! Un . . . «gutuso»! No me digan que no parece eso!

CINTIA —A mí me parece más bien, un tipo siniestro!

SERRANO-SOLER (*A Luisa*) No oíste los disparos?

LUISA —Disparos? Qué disparos?

EMILIA —Guerrilleros! Estamos rodeados de guerrilleros!

GARCÍA —Quién dice eso, mujer? (*Se escuchan más disparos distantes. Todos se mueven hacia las ventanas. Miran afuera*)

EMILIA (*Señalando*) Miren a esa mujer en la playa . . . con esos niños! Parece una institutriz con sus pupilos! . . . Y miren cómo corren! Parecen estar huyendo de algo!

GARCÍA —Y miren a esos tipos, con sombrillas de colores! Qué es lo que visten?

SERRANO-SOLER —Uniformes . . .

GARCÍA —De dónde salieron? Parecen estar escondiéndose de algo! El que corre adelante, lleva como un estandarte, ven? . . . Con cintas de colores!

EMILIA —No, más bien parece como ropa desgarrada! (*A todos, con alarma*) Quiénes son? (*Se escuchan los sonidos difusos y desleídos de una banda militar. Que toca retazos de «La Marsellesa», y luego salvas de cañones, muy lejanos*) Miren! A quién arrastran por la arena?

GARCÍA —No arrastran nada, mujer! No hay nada! No veas lo que no hay! (*De pronto aparece Goldberg. Salta adelante vistiendo un traje*

de espadachín de la reina. De dos saltos llega donde el grupo reunido, amenazando con una espada de utilería)

GOLDBERG —Bam! Bam! Bam (*Riendo «ensarta» a García, que rechaza el ataque con un gesto de fastidio. Luego Goldberg hace lo mismo con Emilia, que se encoge, asustada*)

GOLDBERG —Jaque a la Reina! (*Luego una genuflexión elegante ante ella*) Mi espada al servicio de mi dama!

GARCÍA —Vamos, hombre! No haga tonterías!

GOLDBERG (*Dos o tres estocadas más*) Humor! Humor! Humor! . . . Aquí, lo que hace falta es humor! . . . Este Leonardo me parece un tipo de humor! Comienza a gustarme! Me siento como un joven de veinte! (*Sale riendo y brincando con su espada, tal como entró*)

GARCÍA —Payaso! Tipo desagradable!

SERRANO-SOLER —Después de todo, es judío. Se distinguen por eso: por no saber en qué posición ponerse, ni cuándo ser discretos.

LUISA —A mí me parece que quiere divertirse, y es legítimo que lo haga. No nos convirtamos todos en «gutusos», eh!

SERRANO-SOLER (*A ella, con repentina irritabilidad*) Anda! Sácate eso! Nadie te ha dado permiso para ponértelo!

LUISA (*Dueña de él*) Si me lo ordenas así, me muero con esto puesto!

SERRANO-SOLER (*Complaciente*) Vamos! Anda ya! Anda a hacer lo que te ordenen. (*Se besan. Hay entre ellos una breve y sensual comunicación*) Te ves, soberbia, con eso puesto . . . (*Sale Carla. Teresa, en tanto, reaccionando al temor, se ha dejado caer sobre un sofá. Saca espejo de su cartera y comienza a depilarse las cejas con una pinza, nerviosamente. Cintia la observa y va a sentarse a su lado. Después de un rato de mirarla con tierna simpatía, le pasa suavemente el dorso de su mano por la mejilla*)

CINTIA —Suave! . . . Tan suave! (*Teresa la deja hacer por un breve momento. Luego se levanta y sale. La sigue Cintia. Se escuchan más disparos. Serrano-Soler se mueve nerviosamente hacia la gran puerta. Quiere salir pero se detiene*)

SERGETTI (*A García*) Deberían parar a esa gente! Uno ya no está seguro en ninguna parte! Ya, ni siquiera en un inocente paseo al campo se siente uno seguro! Todo se vuelve pura agitación y amenazas! Una autoridad firme, eso hace falta! (*Sale. Lo va a seguir García, pero Emilia lo retiene de un brazo*)

EMILIA —Julián!

GARCÍA (*Molesto*) Sí?

EMILIA —Está bien lo que estamos haciendo?

GARCÍA —Qué cosa?

EMILIA —Estar aquí?

GARCÍA —Oh, Dios! Ya vas a comenzar de nuevo, con esas cosas?

EMILIA —Las fiestas, Julián! Nunca paramos en casa! Nuestra vida se ha vuelto una continua parranda! . . . Inventas razones para no estar en casa . . .

GARCÍA —Tonterías!

EMILIA —Quiero irme, Julián! Estar con los niños!

GARCÍA —Y qué quieres que haga? Irme, ahora, cuando fuimos invitados? Hacerle un desaire al tipo?

EMILIA (*Gimiendo*) Yo nunca quise venir! Fuiste tú! Fuiste tú, que me arrastraste!

GARCÍA —Oh, Dios mío!

EMILIA —No me gusta este lugar! Hay en el aire un olor a mal agüero, Julián!

GARCÍA (*Zafándose de sus manos*) Déjame, estúpida! (*Sale García. Carla y Mario, que vienen entrando, han visto el final de la escena. Emilia sale también, a regañadientes, afligida*)

EMILIA —Julián! Espera! . . . Espera!

CARLA (*Mirándoles salir*) Parece que interrumpimos un «idilio de amor», mh?

MARIO (*Burlón*) Querellas doctrinarias de la vida matrimonial, querida! Esos dos hace rato que me parecen desconectados. Ella adopta un permanente y sospechoso aire de mendiga sentimental, y él, tratando de zafarse de la asfixia . . . (*Ambos se sientan en un sofá*)

CARLA —Con lo cual, ella se parece vivamente a alguien que conozco . . .

MARIO —Qué quieres decir, víbora?

CARLA —Pequeños galanteos en que volví a sorprender a un amigo . . .

MARIO —Volví?

CARLA —Volví! Y con lo cuál te estás volviendo terriblemente previsible y repetitivo, amigo . . .

MR (*Riendo*) Oh, Dios! Qué mentes más pecaminosas! Te refieres al joven Werther? A ése, que anda rozando cosas con la punta de sus dedos?

CARLA —Ese . . . vamos, déjalo que se ubique primero! Déjalo que respire! No te descubras tan rápido! . . . Es de mal gusto, además que te deja vulnerable . . . tan vulnerable!

MARIO —Qué puedo hacer en contra de mis ansiedades? Porque no me digas que no lo encuentras . . . prometedor, mh?

CARLA —No está mal, supongo. Un poco demasiado frágil, para mi gusto. Con seres como ésos, uno siempre tiene que andar con teleemplásticas y yeso a mano . . . para las quebraduras.

MARIO —Tal vez es eso lo que me provoca . . . (*Le acaricia ambas manos*) y pasando a otra cosa: . . . Viste como escarban en los baúles?

CARLA —Con ansiedad de termitas, querido.

MARIO —Pero parece que vamos a divertirnos, los dos, no crees?

CARLA —En esta compañía tan . . . febril?

MARIO —Te llevé a casa de los Margulis, garantizándote que te ibas a divertir. No puedes decir que, hasta ahora, no he cumplido mi palabra?

CARLA —En la cual no estaba contemplada, sin embargo, esta «excursión a lo desconocido».

MARIO —No, claro que no. Pero es doble fiesta, ya verás . . . En menos que lo esperes, te salen dragones verdes de estos muros . . . Puedo ofrecerte algo más novedoso? (*Carla se levanta y se pasea, impaciente*)

CARLA —Oh, novedoso! Novedoso! . . . Me cansa estar buscando siempre «lo novedoso»! . . . Por qué no seremos felices de comernos, simplemente, una manzana? . . . A ratos quisiera ser monja; simplemente eso: una monja, y enamorarme locamente de Jesucristo! Por qué no podrá ser?? . . . Oh, Dios mío, qué cansancio! Andar de tumbo en tumbo, de fiesta en fiesta! Qué es lo que buscamos? Dime! Qué es lo que buscamos? (*Pausa*) Abandoné a Jorge porque, un día, se me hizo insoportable, el olor de su pasta de dientes! Llegué a saber, exactamente, cuándo iba a estornudar, y no pude más! Le rompí el alma a ese hombre, y qué he hecho desde entonces? . . . Ir contigo de una fiesta en otra, un homosexual que no puede con sus pobres huesos, y . . . (*Pausa de pronto, arrebatadoramente*) A quién flecharé aquí? Dime! Dime que flecharé a alguien locamente! Dime que alguien se enamorará de mí locamente, y nos iremos de aquí en un viaje, en una alfombra! Dime eso!

MARIO —Frankenstein . . . en persona. Él se enamorará de ti! (*Ríe*)

CARLA —Oh, eres insoportable!

MARIO —Dime que no sería toda una experiencia! Leonardo enamorado de ti! Qué te parecería eso? . . . Besar gárgolas verdes, a la sombra de estos muros húmedos, bajo el aullido siniestro del viento? Mh? . . . Dime que no sería toda una novedad?

CARLA —Contigo ni siquiera se puede . . . llorar.

MARIO —Sin embargo, es intrigante, no te parece? Aquí, hay algo podrido en Dinamarca, no crees? . . . Algo se trama . . . Lo huelo . . . Y la gente anda agitada, por eso escarban tanto . . . (*Regresa Teresa. Trae un gran álbum de fotografías. Se instala a mirarlo. A ella*) Dónde están los otros? (*Teresa no responde. Mirada de entendimiento entre Carla y Mario. Ambos ven como también entra Javier,*

con un gran libro, que se instala a hojear en otro sillón. Carla toma a Mario de la mano)

CARLA —Vamos, querido . . . Esto no parece lugar para contemplativos. Te invito a escarbar . . . (*Salen del brazo. Javier y Teresa permanecen un rato sumidos en sus contemplaciones respectivas. El silencio, entre ambos, se hace pesado*)

JAVIER (*Después de un rato*) Qué estás mirando?

TERESA —Leonardo en Finlandia. (*Le muestra una foto del álbum, a la distancia*) Ves? . . . Junto a un monasterio ortodoxo . . .

JAVIER —Y por qué crees que es Finlandia?

TERESA —Por las capillas de madera y los bosques de abedules, ves?

JAVIER —Podría ser Rusia. También en Rusia hay capillas de madera y bosques de abedules.

TERESA —Sí, pero yo quiero que sea Finlandia. (*Silencio. Otra breve pausa incómoda. Luego*) Siempre he querido mucho a Finlandia . . . Debe ser por las distancias . . . Finlandia es un país de grandes distancias, y mucho espacio azul . . . Yo quiero las distancias . . . Quiero a Finlandia . . .

JAVIER —Sueñas despierta . . . (*Silencio. Javier retorna a su lectura, pero lo alertan las palabras inopinadas de Teresa*)

TERESA —Amo las lejanías . . . Pienso que, allá, todo se realiza, siempre . . . A lo lejos, todo debe ser verdad . . . Aquí, todo es violencia y mentira . . . Mira esta noche . . . No te parece todo aquí violento? . . . Nadie se quiere, aquí . . . Todos sospechan de todos, y se andan rondando . . .(*Javier, en un impulso, va a sentarse junto a ella*) Por qué te sientas junto a mí?

JAVIER —Porque me gustas . . . (*Vuelven a la lectura*)

TERESA (*Señalando el álbum*) Mira a Leonardo, vestido de pescador de atunes . . .

JAVIER —Por qué «pescador de atunes»?

TERESA —Porque yo quiero que sea eso: pescador de atunes . . . (*Súbitamente*) Crees que nos moriremos?

JAVIER —Dónde? . . . Cuándo?

TERESA —Aquí? (*Javier no responde*)

TERESA —Yo creo que sí . . . Creo que estamos aquí para morirnos de una manera violenta, atroz . . . Despedazados por fauces de perros furiosos . . . El gordo ese, el comerciante grasoso, tiene sudor a muerte . . . No lo hueles? (*Le toma súbitamente las manos*) Yo amo la vida! La vida, la vida, la vida! . . . Creo que en el futuro, nos esperan grandes cosas . . . No crees eso? (*Desalentada*) No! . . . No lo crees! . . . Yo tampoco! . . . Odio a Finlandia! (*Se escuchan risas*

apagadas y aparece Cintia, en traje de baño, una tanga estrecha, seguida por Sergetti, que trata de agarrarla)

CINTIA —No! Ya, tonto, déjame! (*Sergetti le da alcance y la abraza lujuriosamente*) No. «Déjame! Suéltame! . . . Sátiro!» (*Salen, riendo, persiguiéndose*) Sátiro! . . . Sátiro! (*Entra Luisa, con una copa en la mano*)

LUISA (*A Teresa y Javier, que miran*) Se han vuelto locos! Bañarse en una noche así! . . . Yo no puedo! . . . Tengo que estar viendo el agua, porque si no creo que me sale un monstruo negro y viscoso, que me abraza. De noche, el agua está llena de amenazas! (*Tras ella entra Serrano-Soler, que se ha sacado la chaqueta. Está despeinado y en mangas de camisa. También trae una copa. Se acerca excitado a Luisa*)

SERRANO-SOLER —Por qué me rehúyes? . . . Qué te pasa? . . . No voy a estar toda la noche tras ti, cazándote! (*Luisa se le escapa, riendo, incitándolo*)

LUISA —Yo no te rehúyo! Quién te dice eso? . . . Simplemente, te dejo un rastro, para que me huelas y me persigas! (*Huye de él, de nuevo*) Como una cervatilla . . . Te ves tan cómico, excitado! (*Serrano-Soler logra darle alcance. La toma de la cintura*)

SERRANO-SOLER —Cuáles son tus planes? A ver, cuáles son tus planes, mh?

LUISA —Yo? «Planes»? . . . Uy, pero qué ridículo! Qué simpleza! (*Serrano-Solar le agarra la cara*)

SERRANO-SOLER —Vamos, mírame! . . . Quiero ver tu cara! (*Después de un leve forcejeo, en que Luisa no deja de reír, ella opta por mostrarle el rostro, francamente*)

LUISA —Aquí la tienes! Fea y plana, ves? . . . Una nariz inmensa, un orzuelo naciente bajo un ojo, y una boca desabrida, ves?

SERRANO-SOLER —Si hubiera sabido que te ibas a comportar de esta manera ante los demás, no te llevo donde los Margulis!

LUISA —Uy, tamaño espanto! (*Se le vuelve a escabullir*) Creo que es al contrario, mi amor! Creo que mis desaires alimentan tu orgullo! (*Desde más lejos*) Porque sabes que nuestro amor está hecho de tu vanidad y mi incoherencia! (*Huye de él con una risa cristalina*)

SERRANO-SOLER —Te ahogaré en esa piscina!

LUISA —Al contrario, mi amor! Me ahogarás cuando deje de jugar contigo! (*Él le da caza. La agarra firmemente*)

SERRANO-SOLER —Ven, vamos! Dame un beso!

LUISA —Así? A la fuerza?

SERRANO-SOLER —Así!

LUISA —Y qué me das tú, a cambio? . . . Un matrimonio? (*Ríe hasta más no poder. Él procura besarla. Ella rehúye*)

SERRANO-SOLER —Vamos, dame! . . . Dame! (*Se besan, al fin, furiosamente. Gesto en que él olvida todo decoro y la arrastra hacia uno de los sillones*)

LUISA (*Riendo*) Mi beso por un matrimonio! Mi reino por un caballo! (*Luisa logra zafarse de nuevo. A Javier y Teresa, que han mirado toda la escena*) Ustedes son mis testigos! Lo dijo, no? . . . Mi beso por un caballo! . . . Dijo que iría a casarse conmigo, no? . . . Lo dijo! . . . Ustedes lo oyeron! (*Sale riendo. Serrano-Soler, tras ella, frustrado, despeinado, excitado, metiéndose la camisa en el pantalón. De pronto, una explosión lejana, que estremece la casa. Acuden Emilia, con una sombrilla de playa de colores vivos; Goldberg, siempre de espadachín de la reina; Mario, con una máscara, y García, con una corneta de utilería*)

EMILIA (*Entrando, asustada*) Qué fue eso? (*Junto a ella aparece Conrado, desplazándose hacia la gran puerta de entrada*)

CON —Iré a averiguar qué pasó! (*Se les acerca Serrano-Soler, abrazando a Luisa. Conrado sale por la puerta*)

EMILIA —Parecía una explosión!

SERRANO-SOLER —Esos malditos mete-boches! (*Entra Cintia, siempre en traje de baño, pero cubriéndose, ahora, con una salida de baño. Todos se agolpan junto a la gran puerta*)

GARCÍA —Comienzo a encontrar todo esto de lo más insólito, para decir lo menos . . . Invitados a su casa por un extraño, nos encontramos aquí, matando el tiempo en tonterías, y todo porque nuestro anfitrión ha decidido abandonarnos.

SERRANO-SOLER —Un gesto que destacaría por su mala educación.

GARCÍA (*A todos*) Y por qué estamos aquí? Se lo han preguntado?

CINTIA (*Lánguidamente*) Lo estamos esperando, no?

LUISA —Sí, y picados un poco por la curiosidad, no? Siempre pensé que nuestra venida, aquí, encerraba un pronóstico . . .

GARCÍA —Pronóstico de qué, le puedo preguntar?

LUISA —De lo inevitable; le parece poco? . . . Nos sacaron a todos, como por encantamiento, de la fiesta de los Margulis, y aquí estamos, no? Pudimos evitarlo?

SERRANO-SOLER —Pude irme a dormir a mi casa . . .

LUISA —Pero no lo hiciste . . . No te hace pensar eso? (*Se produce un breve silencio cargado de ominoso presagio, que quiebra García, al fin*)

GARCÍA —Bueno, yo tengo que hacer? No tengo tiempo que perder en «pronósticos»! Yo me largo! (*Por el libro en sus manos*) Iré a devol-

ver esto! (*Lee el título*) «Los viajes de Marco Polo» . . . Qué tontería! (*A Emilia*) Vamos! (*Se moviliza hacia el interior. Emilia lo sigue*)

SERRANO-SOLER —Yo también me voy! A mal educado, mal educado y medio! (*A Luisa*) Vamos? . . . Aquí, ya no tenemos nada que hacer! (*Se mueve, pero detiene su marcha ante la entrada de Carla y Sergetti, que vienen cargando una caja de cartón*)

CARLA —Miren lo que encontramos! (*Saca de la caja una estola de piel y la exhibe*) De mi hermana Cristina! Es inconfundible! No podría equivocarme! La compramos, juntas, en París, durante nuestro último viaje! Tiene la marca del peletero, ven! (*Sergetti saca un vistoso vestón, de color salmón*)

SERGETTI —Y esto es de Argomedo! El doctor Argomedo! Nadie llevaría un vestón así, sino él! (*Todos se han agolpado junto a la caja. Emilia saca un tapado de seda azul*)

EMILIA —Y eso es de Cecilia! Mi prima Cecilia! Lo usó el día del matrimonio de mi sobrina Inés. (*A García; alarmada*) Julián, yo no sabía que Cecilia conocía a Leonardo! . . . Qué significa esto! (*Breve pausa de estupefacción general*)

SERGETTI —Es como si todo el mundo hubiera salido huyendo . . . (*Todos lo miran*) . . . dejando abandonadas sus ropas. (*Risa torpe, sin sentido, ante la mirada cargada de reproche de los otros*) . . . Tal vez un cataclismo . . . (*Ríe. Nadie lo sigue*)

GARCÍA (*A Carla*) Y dónde estaba esto? (*Por la caja*)

CARLA —En un desván, bajo una escala.

GOLDBERG (*Intempestivamente*) Metí la mano en la caja, y zas, me mordió un caimán! (*Ríe. Nadie sigue su broma. Ladridos de perros. Todo el mundo escucha en el silencio que se cierne. Entra Conrado por la gran puerta. Se dirige al grupo*)

CONRADO —Lo siento, señores, pero me temo que ha habido una pequeña contrariedad . . . Esa gente, llevada por una audacia inaudita, parece que pusieron cargas explosivas bajo el único puente que comunica con este lugar . . . Dicen que sólo dejaron los terraplenes de acceso . . .

SERRANO-SOLER —Dicen? . . . Quién dice?

CONRADO —Esa gente que circula . . . Me temo que estaremos aislados por algún tiempo, señores . . . hasta que lleguen las cuadrillas de rescate, que ya se mandaron buscar . . . (*Ante el rumor que cunde*) . . . Es una situación penosa, que hubiéramos querido evitarles, ya sé . . . Lo siento . . .

SERRANO-SOLER —Pero, esto es increíble!

CONRADO —Comprendo, señores . . . Les ruego tener paciencia . . .

SERRANO-SOLER —Pero, yo soy un hombre ocupado, hombre! Lleno de obligaciones y responsabilidades! No puedo estar aquí una eternidad!

CONRADO —Lo sé, señor, pero yo, qué puedo hacer? . . . El señor Leonardo no está en casa, pero de estarlo, les diría lo mismo . . . (*Más rumores*) Sólo nos queda esperar que su estada sea lo más placentera . . . Aquí tienen la casa; dispongan de ella . . . Pidan lo que se les ocurra, y se procurará complacerles . . . (*Retirándose*) Por ahora, haré servir un caldo caliente a los señores . . . para pasar el mal rato, y el frío. Lo siento. (*Se retira. Todos se miran*)

GARCÍA —Y qué les parece todo esto?

SERRANO-SOLER —Increíble . . . (*Murmullo general de aprobación a eso*)

ACTO SEGUNDO

Han pasado tres días.

Es el amanecer del cuarto día.

En la sala, aún en penumbras, los invitados duermen echados de cualquier manera, sobre sillones y sofás. Se cubren con mantas, partes de sus ropas, y cualquier cosa de que han echado mano.

Goldberg, con una capa de torero. Emilia, cobijada contra García, con partes de un cortinaje. Además están Sergetti, Luisa, Cintia, Teresa y Mario. Algunas en enaguas. Ellos, en camiseta, despeinados, descuidados.

Reina un desorden propio de gente que ha debido improvisarse sus lugares de sueño.

No están Carla, Javier, Serrano-Soler.

En la penumbra, va surgiendo de a poco, la imagen de Leonardo, proyectada sobre el fondo de luz de los ventanales. Observa la escena.

Después de un rato, se moviliza hacia los que duermen. Aleja del rostro de Teresa, la manta que le cubre, y la contempla. Arregla la capa que se le ha resbalado a Goldberg. Vuelve a cubrirlo, casi amorosamente. Recoge algún cojín, ordena algunos zapatos.

Está en eso cuando asoma Conrado, que entra poniéndose el chaquet. Ve a Leonardo y va a hablar, pero lo calla un gesto de él.

LEONARDO —No! (*En voz baja*) No hables! No hagas ruido! Déjalos dormir un rato más! (*Conrado se le une*) Míralos! Son pacíficos, no? Como si no estuvieran aquí . . . Como las marismas, al amanecer, cuando despierta la niebla . . . Como árboles, pesados de sueño . . . (*Pausa*) Escúchalos! Escucha cómo respiran! (*Ambos escuchan*) Tan frágiles, y cansados! Como si ya los agotara la jornada que les espera . . . Una gran respiración elemental, como el gruñido de la

tierra, escuchas? . . . Es extraño que su sueño pueda ser tan . . . candoroso, y la vida en que se afirma tan . . . violenta . . . Como si fuesen dos humanidades diferentes . . . (*Levanta la mano que cubre la cara de Luisa. Conrado da un paso adelante, alarmado*)

CONRADO —No, señor!

LEONARDO —Sí . . . Ya sé . . .

CONRADO —Pueden despertar en cualquier momento, y descubrirlo aquí, señor!

LEONARDO —Sí. No debí bajar, ya sé . . . Pero mira a esta mujer! Hermosa, no? . . . Mira el pliegue tierno que cubre su boca, al dormir . . . Creerías tú que aquí podría formarse una mueca? Un rictus de ira, de mezquindad? (*Se agacha para besarla*)

CONRADO (*Alarmado*) No, señor! No haga eso! (*Leonardo la besa, sin embargo, muy suavemente. Luisa se despereza un poco, pero no despierta*)

LEONARDO (*Cerrando los ojos*) Calor, Conrado! Carne y calor! Oh, Dios, cómo necesito eso! (*Su desazón va creciendo a medida que habla. Al final, es casi un grito*) Crees que pueda permanecer eternamente recluido en mi habitación, viéndolos llegar uno a uno, entrando y saliendo en interminable procesión, escuchando sus respiraciones, sus amores, sus sangres, conteniendo el alma gregaria que hay en mí, y ser siempre sólo eso para ellos: su anfitrión? (*Se calma*) Voy a la deriva en un río caliente, Conrado . . . lleno de sol y de ardor . . . y no puedo compartir! Maldito destino! (*Descubre algunos otros rostros. Acaricia algunas frentes. Llega donde Sergetti. Le peina un cadejo lacio*)

LEONARDO —Éste es doctor, dicen . . . Qué artesanía banal ejercitará sobre los cuerpos que se le encomiendan? Te apuesto que se ha sentido mil veces tentado en creerse Dios! (*Llega ante García*) Y éste es un comerciante . . . Cuántos comerciantes hemos tenido bajo nuestro techo, Conrado?? Qué «comercian» estos comerciantes, tan incansablemente? . . . Amuletos contra el miedo? . . . Y, sin embargo, tan duros y razonables que aparecen, no? Exigiendo su parte en el gran botín . . . (*Se encamina hacia la escala. Volviéndose*) Dales duro, Conrado! Inventa tus torturas! . . . Yo, estaré en mi pieza, reprochándotelo, y sin embargo . . . gozando intensamente! (*Desde el pie de la escala. Con nueva intensidad desesperada*) Quisiera ver alguna vez que alguno de ellos rompiera su predestinación, y se pusiera a hacer cosas heroicas! . . . Ser valiente, por ejemplo! Arrojado! Generoso! . . . Salirse de su piel, y hacer cosas imprevistas! . . . Lo redimiría ante mis ojos, y los de Dios . . . (*Se detiene en su ascenso por la escala*) Crees tú eso, Conrado? Que lo redimiría ante los ojos de Dios? (*Conrado no responde*) Oh, qué cansancio! . . . Súbeme un café bien cargado, para poder soportar el día!

(*Leonardo va a continuar, pero lo detiene un bullicio en la puerta de entrada*) Ay, ahí está esa gente espantosa, otra vez! Aléjalos! Me espanta su bulliciosa obstinación! (*Desaparece. Conrado va hacia la puerta. La abre. De inmediato se cuelan dentro los mismos pordioseros, pero ahora acompañados de otro, que cojea. Corren hacia los dormidos, antes de que Conrado pueda evitarlo, se deslizan, circulan, en torno a ellos*)

ELLA —Uuuh! Mira, qué cuerpos! Qué caderas! . . . Y todos despatarrados! (*A él*) No te parecen arañas! (*Conrado ha ido a buscar un plumero, y los persigue*)

CONRADO (*Siseando, en sordina*) Ya, fuera! Salgan!

ÉL (*Amenazante*) Blancos! Blancos, como la sal blanca!

ELLA —Desnudos! Desnudos, como el halcón!

ÉL —Duermen en verdad, o sólo lo simulan!

ELLA —Sabrán lo que les espera? Lo sabrán? (*Conrado ha logrado ahuyentarlos hasta la gran puerta, por la que desaparecen riendo, saltando, eludiendo los golpes del plumero. Conrado se vuelve hacia el cojo, que sale también, pasando junto a él, hablando con arrogante parsimonia, al ritmo de su cojera*)

COJO —Me pasó encima un bus, por agarrar una manzana . . . y ahora veo al mundo, como un cigüeñal! Arriba y abajo! Arriba y abajo! (*Sale riendo. Tras él, sólo queda el militar, que mira a los dormidos*)

MILITAR —Cuerpos blancos en el palacio oscuro! . . . Bajaron por las montañas del Cáucaso, como manadas de ovejas de cabellos rubios, y se dejaron caer a depredar el mundo occidental . . . y descubrieron que del hierro se podían hacer cráneos rotos, y no se han detenido hasta ahora . . . (*Sale. Desde la puerta, con dignidad, sin apurarse por salir*) Denles una vela encendida, y construirán catedrales, en torno a ella . . . para adorar a sus dioses de oro! (*Desaparece antes que Conrado logre reaccionar. Éste descorre los cortinajes. En la luz que irradia la sala, comienzan a desperezarse los que duermen. Conrado sale rápidamente. Emilia despierta sobresaltada*)

EMILIA —Qué? (*Mira aterrada a su alrededor*) Dónde estoy? . . . (*Desalentada luego*) . . . Ah, esto de nuevo! (*Se incorpora y busca a García con la mirada. Lo ve. Con alivio*) Oooh! (*A Teresa, que también despierta*) Creí que se había ido!

TERESA —Quién?

EMILIA —Mi marido . . . Soñé que me dejaba sola, al borde de un bosque. Sólo me quedaban dos caminos que tomar: Entrar al bosque y perderme en la negrura, o volver por el campo . . . un terreno blanco, esponjoso, en que mis piernas se hundían como en un fango . . . Me hundía y hundía! (*Suspira*) Oh, qué alivio!

TERESA —Tiene un sueño intranquilo. La oí agitarse toda la noche . . .

EMILIA (*Sacando un espejo de su cartera y mirándose en él*) O, sí . . . Debe ser porque soy una mujer cobarde, y todo me aterra . . . Oh, pero mira mi cara! Mi pelo! . . . Parezco un espantajo! . . . Cuántos días estamos aquí?

TERESA —Tres . . .

EMILIA —Oh, Dios mío! Mi casa! Mis hijos! Cuándo irá a terminar esta pesadilla? . . . Necesito jabón, agua . . . Quiero lavarme . . . No puedo estar así, con esta cara! . . .

TERESA —Sí, pero no hay agua . . . Las explosiones volaron las cañerías . . . Sólo está el agua de la piscina . . .

EMILIA —Oh, sí . . . Y qué vamos a hacer? (*Saca una peineta*) Vamos, péiname, por favor! . . . Al menos, estemos con el pelo presentable . . . (*Teresa se pone a peinarla*) Tú no tienes este problema; eres joven aún . . . De cualquier modo que duermas, el sueño no es tu enemigo . . . (*Ríe nerviosamente. Otros despiertan. Goldberg asoma su cara debajo de la capa*)

GOLDBERG —A qué estación llegamos? . . . Soñé que viajábamos . . . (*Al desperezarse, mete uno de sus pies en la cara de García, que despierta violentamente*)

GARCÍA —Qué? . . . Oh, fíjese dónde mete sus patas, quiere? Casi me deshace la cara!

LUISA (*Despertando*) Dónde estamos?

MARIO —Bueno, Shangri-La no es . . . (*Todo el mundo comienza a movilizarse, desperezándose, estirándose, restregando sus ojos, menos Cintia, que no despierta. Sólo se mantiene, mirando fijamente ante ella, con los ojos abiertos inmovilizados en algún punto lejano. Sólo Luisa se da cuenta de eso*)

LUISA (Tocándola) Eh, despierta! (*La mueve*) Despierta! (*A los otros*) Miren! Qué le pasa? Está como dormida, con los ojos abiertos! (*Sergetti acude junto a ella. La sacude*)

SERGETTI —Cintia! . . . Gata! . . . Despierta! (*A los otros*) No es nada. Le ha pasado otras veces . . . Uno de esos ataques esotéricos. (*Le acaricia la cara*) No es nada, mujer. Despierta!

CINTIA —Es Belial! . . . Vi a Belial!

SERGETTI —Sí, pero ahora todo está tranquilo otra vez, mujer . . . Descansa! (*Cintia se incorpora, aterrada*)

CINTIA (*Grita*) Vi a Belial, te digo! . . . Vino volando hacia mí, acompañado del murciélago blanco!

SERGETTI —Sí, mujer, cálmate . . . (*A los otros*) Ve visiones, periódicamente . . . Pertenece a un grupo que practica la magia negra . . . Eso le afecta la mente . . . Se lo he advertido . . .

CINTIA —Vi a Belial, te digo . . . (*Gimiendo*) Lo vi! Lo vi! (*Sergetti la cachetea*)

SERGETTI —Sí, pero despierta! Déjate de tonteras, quieres? (*Conrado cruza por detrás, con la taza de café. Observa la escena sin ser visto. Cintia se encoge. Llora. Emilia acude a ella. La abraza*)

EMILIA —Pobrecita!

SERGETTI —Oh, vamos!

EMILIA —No la trate así! No ve que está asustada, la pobre? (*Emilia la arrulla. Le acaricia la cabeza*) Ya, ya . . . Eso . . . Dejemos que los brutos se queden con los brutos . . . Ya pasó todo, mi amor . . .

SERGETTI (*A los otros que lo observan*) Una imbecilidad! Perturba a todo el mundo con sus fobias!

LUISA (*Agregándose a Emilia*) Saquémosla al jardín, para que tome aire. (*Murmullos de aprobación. Desaparece Conrado*)

SERGETTI —Oh, vamos! Pura perturbación mental, les digo! Dónde iremos a parar, si no nos controlamos?

EMILIA (*Sacando a Cintia, con ayuda de Luisa y Teresa*) Sin embargo, debería mostrar más comprensión por ella . . . Nadie pudo dormir en toda la noche con esos disparos, y la situación en que estamos . . . Noches sin sueño perturban la imaginación . . . Siendo doctor, debería saberlo . . . (*Sergetti las sigue a regañadientes. Quedan solos Goldberg, Mario y García. Ante la mirada de los otros, Goldberg saca la camisa, queda con el torso desnudo, y comienza a efectuar ejercicios gimnásticos, ante la expresión de evidente disgusto de García*)

GOLDBERG —Mucha gente . . . reunida en un espacio cerrado . . . enrarecen el aire. Falta de oxígeno . . . que enardece los espíritus . . . y provoca la belicosidad . . . Un poco de calistenia . . . descarga las tensiones. (*A Mario*) No me acompaña? (*Mario recoge una toalla y sus implementos para lavar y afeitar*)

MARIO —No, gracias . . . Yo, para hacer ginmasia, tendría que ponerme un arnés ortopédico, para no desarmarme . . . A mí, el único músculo que me funciona bien es el da la pereza, y no me diga que no lo hay . . . (*Saliendo*) Iré a ponerme presentable. (*Goldberg, en tanto, ha seguido realizando sus ejercicios, ante la mirada reprobadora de García*)

GARCÍA (*No pudiendo más, finalmente*) No cree, señor, que antes de ponerse a hacer esas . . . luxaciones, debería preguntarle, primero, a las señoras, si no las ofende su presencia embarazosa? (*Ante la impasibilidad de Goldberg, decide abandonar la sala. Sin reprimir gestos de disgusto y rechazo. Quedan solos Goldberg y Emilia*)

GOLDBERG —No diría . . . que a su marido le resulta fácil disimular . . . sus prejuicios.

EMILIA —Prejuicios?

GOLDBERG —Diría que, en cuanto vio que me unía al grupo, donde los Margulis, se le descargó, aquí, la bubónica . . . Y no lo culpo, sabe? . . . Soy un tipo que provoca antipatías . . . Me iré a la tumba con eso . . . Y peor aún, sabe?

EMILIA —Qué cosa?

GOLDBERG —No puedo evitar el provocarlas . . . Es como un círculo vicioso del cual no sé cómo salir . . . No sé si es mi antipatía la que provoca el rechazo, o el rechazo que estimula mi antipatía . . . Una cosa más bien trágica, sabe? (*Sonríe*) Pero también tiene su lado gracioso . . . (*Tras otro breve interludio*) Es por ser judío, sabe? . . . Lo paren a uno, para ser como gato atrapado, al fondo de un callejón . . . Anda uno con las uñas paradas . . . Pero, a pesar de todos los pronósticos negros . . . soy un tipo bastante buena persona, sabe? Lloro cuando muere un amigo, y agradezco la mano que se me tiende . . . Exótico en un judío, no?

EMILIA —Yo no diría que a mi marido le moleste eso, señor . . .

GOLDBERG —Moshé . . . Llámame Moshé! Y perdóneme, pero su marido, sí me odia . . . Y lo comprendo . . . Siempre resulta cómodo odiar a alguien . . . Lo hace sentirse a uno, unido a los otros, en nuestro odio . . . Un precio que los judíos aún no sabemos cómo amortizar . . . (*Sonríe*) Le ofenden mis . . . flaccideces?

EMILIA —En absoluto, no . . . Moshé.

GOLDBERG —Pues yo las encuentro espantosas! (*Se detiene en sus movimientos. La mira. Emilia, incómoda, se dispone a salir*) Emilia!

EMILIA (*Volviéndose*) Sí?

GOLDBERG —No le molesta que la llame así, no? (*Ella niega*) Si alguna vez necesita a alguien; este judío no siempre está payaseando . . .

EMILIA —Lo sé, Moshé . . .

GOLDBERG —Bien, si lo sabe, cuente conmigo . . . Y, me permite que le diga algo?

EMILIA —Diga . . .

GOLDBERG —Usted es «mujer cojín» . . . La he observado.

EMILIA (*Riendo nerviosamente*) Y cuál es la «mujer cojín», Dios mío?

GOLDBERG —La que vuelve a tomar su forma, cada vez que se la golpea . . . Conozco eso; en eso somos hermanos. (*Emilia no sabe cómo reaccionar a eso. Va a decir algo, cuando se escuchen afuera voces, mezcladas con gritos lejanos, y luego ladrido de perros. De inmediato, acude Serrano-Soler en bata, seguido de Luisa. Va decididamente hacia el cordón y tira de él, nerviosamente*)

EMILIA —Qué pasa? . . .

LUISA (*Burlesa, chanceándose con la excitación de Serrano-Soler*) Que aparentemente uno de nosotros se aventuró donde no lo deseaban, y se encontró con unos colmillos nada de amigos.

SERRANO-SOLER —Encuentro intolerable que bromees en un momento como éste!

LUISA —Pero, querido! «Gutuso» no va a venir antes, porque revientes ese cordón . . . (*Entran Sergetti y Mario; traen a Javier, muy pálido. Tras ellos viene Carla, en kimono de mangas anchas. Lo recuestan sobre un sofá. Trae una pierna forrada con una toalla ensangrentada*)

EMILIA (*Agregándose al grupo*) Oh, Dios mío! Pobrecito! . . . Vamos, póngale un cojín! (*Haciéndolo*) Eso es! Así! (*Javier se queja de dolor. Goldberg acude también. Entra Conrado, preocupado, obsequioso, poniéndose el chaquet*)

CONRADO —Sí, señores, qué se les ofrece?

SERRANO-SOLER —Qué, qué se nos ofrece, pregunta? Y tiene el descaro? Mire! Mire cómo sus bestias han dejado a este hombre! (*Conrado examina la herida. Javier está exánime en los brazos de Carla, que le sostiene y le seca la frente*)

CONRADO —Muy lamentable, señor.

SERRANO-SOLER —Muy lamentable, dice? Criminal, diría yo! Qué es todo esto, hombre? Una broma de mal gusto?

CONRADO —Se les advirtió, señores: que no pasaran de ciertos límites . . . (*Por Javier*) El señor invadió terrenos que no está en mi poder garantizar . . . Iré a buscar un botiquín para el señor . . . (*Sale antes que Serrano-Soler alcance a reaccionar*)

SERRANO-SOLER —Este tipo es imposible! Se escurre antes que uno pueda meterle mano! La próxima vez, lo agarraré de la solapa! (*A Sergetti*) Pero, ya, por qué no le echa una mirada? Se supone que usted es doctor, no? (*Sergetti inspecciona superficialmente la herida de Javier, en tanto Teresa entra peinándose. Tras ella viene García, que juega en sostenerle un espejo, con coqueta solicitud. Ausente de lo que acontece en la sala. Se acerca a ella, la acosa, buscando su atención, que Teresa rehúye*)

SERGETTI —No es nada. Sólo un rasguño superficial, y el susto, naturalmente.

EMILIA —Pero, qué pasó?

MARIO (*Limpiando la frente sudorosa de Javier*) Quiso dormir a la intemperie, a pesar de las advertencias . . . Por influencia de la noche seguramente . . . Salió a buscar las estrellas, más allá de lo prudente . . . (*Teresa vuelve su espalda a García. Javier se «despierta». Descubre su herida*)

JAVIER (*Con terror*) Qué es esto?? Qué pasó?

CARLA —Es lo que queremos que tú nos digas, querido.

JAVIER —(*A Sergetti*) Es grave, doctor? . . . Sangra?

SERGETTI —Sólo un rasguño superficial . . . (*Javier no le cree. Trata de inspeccionar su herida*)

CARLA (*Tranquilizándolo*) Ya! No es nada! Tranquilo!

JAVIER —Me había dormido sobre un banco del jardín, y quise ir a lavarme en el arroyo . . .

CARLA —Qué arroyo, querido?

JAVIER —Había un arroyo . . . corriendo hacia el mar . . . Lo oía claramente . . . Seguí una cerca de pinos, pero había una puerta . . . que no me dejaba pasar . . . No cedía en sus bisagras oxidadas . . . Cuando logré abrirla, al fin, me atacaron los perros! . . . (*Se va excitando*) Venían hacia mí por un campo lleno de flores blancas! . . . Dando brincos sobre las flores, con sus enormes fauces abiertas! . . . Sus hocicos enormes!

CARLA —Ya, ya . . . Ya pasó todo . . .

JAVIER (*A Sergetti que se retira*) Es seria la herida, doctor?

SERGETTI —Nada, ya te dije . . .

JAVIER —Espere, doctor! No me abandone! Quiero que usted me cuide la herida! . . . (*Histérico*) No quiero morirme! (*Sergetti vuelve hacia él, resignado. A todos*) Y había una inscripción en la puerta! . . . Decía ECCE HOMO! (*Todos se miran, extrañados, conturbados*)

SERRANO-SOLER —Bueno, hasta cuándo vamos a tolerar esto, me pregunto yo?

GOLDBERG —Encuentro que nada es tan grave como parece indicar su indignación . . . Nos dijeron que no pasáramos de ciertos límites, no? . . .

LUISA (*Sabiendo que esto irrita a Serrano*) Exacto . . .

GOLDBERG —Además, no quisiera pasar de . . . suspicaz, pero, me parece que nuestro amigo, aquí! (*Por Javier*) . . . ha querido pasarse de listo, e intentar una escapada, mh?

LUISA (*Alarmada*) Escapada? . . . Escapada de qué?

GOLDBERG —Está bien eso del cuento romántico de querer dormir a la intemperie? Quién no ha querido dormir alguna vez, desnudo, bajo las estrellas, pero . . . qué teníamos que ir a retozar al campo de flores blancas, mh? . . . Adónde íbamos, mh?

SERRANO-SOLER —Usted es imposible, señor! Quiero que me aclare eso, de inmediato! Qué quiere usted decir con «escapar»? . . . Escapar de quién? Que no ve que asusta a las señoras? . . . (*Dice eso, porque Emilia ha ido a buscar protección, al amparo del abrazo de Luisa, que la acoge gustosamente*)

GOLDBERG (*Saliendo haciendo gestos payasescos*) Digo, nada más! Digo! . . . Hay almas frágiles, y otras que lo son menos! . . . Algunos se asustan de nada! Otros, porque les roban un millón! . . . Yo, por ejemplo, me convertiré, ahora, en un delfín! . . . Nadaré dos veces,

de ida y vuelta, en la piscina, y apuesto que no me ahogo. (*Sale riendo*)

SERRANO-SOLER —Este hombre es absolutamente imposible! (*Regresa Conrado con una caja médica de emergencia, que pasa a Sergetti, que procede a «curar» a Javier. A él*) Y bueno? No nos va a dar una explicación?

CONRADO —Respecto de qué, señor?

SERRANO-SOLER —No le parece bastante insólita toda esta situación? De qué se trata todo esto? . . . Adónde vamos? (*Como Conrado se ha agachado, en su afán de ayudar a Sergetti en atender a Javier, y no le presta atención, lo toma rudamente de un hombro y lo sacude*)

SERRANO-SOLER —No me ha escuchado? (*Una violencia sorda, amenazante surge en la mirada de Conrado, dirigida hacia la mano que le agarra el hombro*)

CONRADO (*Esperando que Serrano-Soler lo suelte, luego, con calma*) No puedo explicar nada que no esté explicado ya. Mi amo invitó a un grupo de amigos a disfrutar de la hospitalidad de su casa, y a causa de una serie de hechos inevitables, he debido permanecer ausente, y estoy tratando de suplir su ausencia, en la medida de mis fuerzas . . . Qué más puedo hacer? (*A los otros*) Tienen alguna queja, los otros señores? (*Nadie parece tenerla*) Eso de los perros, se evitará en el futuro . . . siempre que los señores no se arriesguen a invadir sectores que no controlo . . . En un rato más, se les servirá el desayuno a los señores, junto a la piscina. (*A Sergetti*) Es todo lo que necesita, doctor?

SERGETTI (*Terminando de vendar la pierna de Javier*) Ya voy a terminar.

CONRADO —Bien, señor . . . (*Recibe la caja de Sergetti y sale*)

SERRANO-SOLER —Vieron al tipo? Vieron su expresión feroz, por sólo rozarle un hombro? (*Solemne*) Estoy seguro, señores, que aquí somos objeto de una conjura en contra de nuestras vidas!

SERGETTI —Vamos, hombre, contrólese! Usted lo dijo: qué es esto de aventurar juicios, que sólo consiguen asustar a nuestras mujeres?

SERRANO-SOLER —Pero, mire lo que está pasando, Sergetti! . . . Piense en todas las extrañas coincidencias que hemos debido sufrir! La aparición de tragos mágicos, a pedir de boca! El descubrimiento de vestuarios misteriosos! Y el aislamiento en que estamos! Y ahora, la extraña ausencia de nuestro anfitrión, que, a cambio, nos manda sus esbirros, a hostilizarnos! . . . No le parece eso suficiente como para pensar que somo objeto de una conjura?

SERGETTI —Y yo le exijo que controle sus exabruptos, Serrano! (*Señala a las mujeres*) Me parece que somos los hombres, y no ellas, los que debemos mostrar coraje, hombre! . . . Iré a ver a mi mujer! (*Sale. Queda un aire de opresivo desasosiego*)

SERRANO-SOLER (*Como pidiendo apoyo*) Bueno, pero qué he dicho? Qué cosa tan tremenda he dicho?

LUISA —Dijiste exactemente que tenías miedo, mi amor . . . y eso, le quedó claro a todo el mundo. (*Emilia sale tras su marido, y tras ella, Luisa, pero Serrano-Soler la sujeta de un brazo*)

SERRANO-SOLER —Me hostilizas! Me hostilizas ante todo el mundo!

LUISA —Al contrario, mi amor . . . Me divierto a morir (*Le besa*) Cómo podría mostrar algún sentimiento agresivo? . . . Te quiero! Eres tan vital, cuando te enojas! Casi me permites ver a Atila, asolando al mundo occidental! . . . Vamos! Relájate! Vamos a nadar un poco! . . . (*Insinuante*) Esta noche encontraremos un rincón donde cobijarnos, que es lo único que nos importa, verdad, no te parece? (*Lo besa apasionadamente. Serrano-Soler se apacigua. Salen abrazados. Javier está incómodo, quiere levantarse para salir*)

MARIO —No, quédese un rato más, reposando! No debe moverse!

CARLA (*A Javier*) . . . Sí . . . y tienes en Mario a la mejor niñera, hijo . . . No puedes estar en mejores manos. (*A Mario*) Demuestra tus destrezas, querido, pero no apabulles! No apabulles! . . . Te espero en el porridge obligado! (*Sale Carla*)

MARIO (*En cuanto se sabe solo; por la herida*) Te duele?

JAVIER (*Cortante*) Como debe doler una mordida de perro, ni más ni menos . . . (*Mario le acomoda el cojín*)

MARIO —No estás más cómodo así?

JAVIER —No, déjeme! Estoy bien así!

MARIO —Dime, por qué me rehúyes? (*Javier lo mira desafiante*) Te observo desde que te conozco . . . Qué tengo en la cara, que te hace huir de mí, como si tuviera la bubónica?

JAVIER —Yo no lo rehúyo . . . Usted ve fantasmas . . . (*Quiere levantarse, pero Mario lo retiene*)

MARIO —Qué soy para ti, dime? . . . El solterón blandengue, medio feminoide, medio arrabalero, que llega a veces al Club con tu padre, con su anillo gigante al dedo, y peinado a la gomina?

JAVIER (*Con los dientes apretados*) . . . y que no me quita los ojos de encima! (*Chilla*) Por qué no me deja tranquilo?!

MARIO (*Risueño, calmo, tras el shock*) Pero, qué te pasa, niño? Sólo quiero ser amigo tuyo . . . (*Pone una mano sobre un brazo de Javier, que éste retira violentamente*) No te parece absurdo, que si vamos a estar encerrados, aquí, los dos, por un tiempo indefinido . . . tratemos, al menos de . . . (*Javier se incorpora dificultosamente*) . . . Bueno, como quieras . . . Si lo prefieres así mejor . . . (*Javier ha logrado incorporarse*)

JAVIER (*Siseando*) Usted sólo fue a la fiesta de los Margulis para seguirme . . . Donde voy, me sigue! . . . Por qué no me deja tranquilo,

asqueroso maricón?! (*Sale rengueando trabajosamente. Mario queda solo un instante. Conmovido, alterado. Se escuchan risas y luego entra Cintia, levemente borracha, en bikini, y un gran sombrero alón. La sigue Sergetti*)

CINTIA (*Riendo*) Yo no estoy provocativa! Quién dice que estoy provocativa? (*Sergetti trata de retenerla, medio en serio, medio en broma, pero ya Cintia se deja caer junto a Mario. A él*) Usted encuentra que estoy provocativa? (*Se muestra*) A ver, dígalo en serio: me encuentra . . . provocativa? . . . O es que estoy simplemente . . . eufórica? . . . Mi marido, aquí, dice que lo estoy, porque no se da cuenta que vengo saliendo de un gran susto, y lo menos que una puede hacer es espantar los fantasmas, no cree? (*Le toma una mano*) Mire, usted . . . (*Más cerca de él*) . . . Puedo decirte Mario, no es cierto?

MARIO —Sí . . . Sí puede.

CINTIA —Porque tú eres Mario Cruz, el decorador famoso, no es cierto?

MARIO —Soy simplemente Mario Cruz . . .

CINTIA —Uuuuyy! «Simplemente Mario Cruz»! Pero, qué modesto! . . . Te conozco, ves? (*Tratando de concentrar sus pensamientos*) Bueno, mira, Mario Cruz . . . Tú puedes estar muerto; yo puedo estar muerta; todos, todos, aquí podemos estar muertos. Sobre todo mi marido, aquí, podemos estar muertos, porque se mueve en un enoooorme muuuundo necrofílico . . . aunque tal como tú lo ves, ahora . . . tan buenito, tan compuesto . . . es un Doctor que lleva una cuenta de cada uno de sus pacientes . . . (*Muy cerca de él*) . . . una libretita dorada, así, muy chiquitita . . . en que anota muchos numeritos rojos . . . (*A Sergetti*) Verdad, querido? . . . Un numerito rojo junto a cada cliente . . . un numerito rojo junto a cada cólico renal inexistente . . . y un cliente arruinado! (*Ríe, desenfadadamente*) . . . En qué íbamos? . . . Ah, sí! En la enoooorme tierra de nadie, en que yo me muevo! . . . Una tierra que es todo vida y muerte, al mismo tiempo! . . . Y yo amo esa vida! Entiendes eso? . . . La amo desconsoladamente, y por eso me acelero un poco, entiendes eso? (*Le toca la cara*) No la amas tú, también? . . . No lo creo, porque te veo una carita triste . . . Acabas de pasar un mal rato, apuesto! . . . Mi intuición femenina no me falla! . . . (*Lo abraza*) Bueno, yo tengo un remedio para eso! . . . Ven, abraza a una mujer medio desnuda, y pro . . . vo . . . ca . . . tiva, y se te pasarán las penas! . . . Vamos, apriétame! (*Mario obedece desganadamente*) Y? . . . Sentiste el calor? . . . Sentise la piel? . . . Qué prefieres ahora, con tu carita triste? . . . Vida, o muerte? . . .

MARIO (*Por seguirle la broma*) Vida . . .

CINTIA —Ves? (*Se desprende de él y sale con la misma risa e indiferencia a todo con que entró. Antes de salir, a Sergetti . . .*) Sácame de aquí,

y volveré a portarme como una enooooooorme mujer convencional, como a ti te gusta . . . Cólico Renal! Inexistente! (*Sale riendo*)

SERGETTI (*A Mario*) Cae de una depresión en otra. Sube y baja, como un carrusel. Ni todos los tratamientos del mundo le han hecho un milímetro . . . Usted la vio: anoche en el infierno, y ahora . . . Y lo tremendo es que me provoca . . . indecorosamente, diría . . . Tiene un fuego que me abrasa . . . Estamos casados hace tres años y todavía corro tras ella, como un chivo enamorado. Qué se puede hacer en contra de eso? (*Sale tras ella. Mario se va a levantar, pero lo retiene la entrada de Luisa, Teresa, Emilia y Carla, que conversan animadamente. Traen toallas*)

LUISA —Sí . . . Una vez, vi un baño, así, en una terma . . . pero no me acuerdo dónde.

EMILIA —Taormina . . .

LUISA —Sí, puede ser, aunque no he estado nunca en Taormina . . .

EMILIA —Yo sí.

CARLA —Baños con tina de mármol, metidos en nichos! Oh, Dios, y esos grifos imposibles!

LUISA —Gárgolas . . .

CARLA —Bueno, sí! Grifos en forma de gárgolas! (*A Mario, que las mira*) Salimos de excursión las cuatro girl-guides, y qué crees que encontramos?

EMILIA —Un baño oriental, con grifos de oro, pero sin agua!

CARLA (*Sentándose junto a Mario*) Ni agua, ni jabón, ni nada.

EMILIA —Ya casi me siento pegajosa. (*A las otras*) No se sienten ustedes, pegajosas? (*A Luisa*) Tendremos que pedirle jabón a ese «gutuso» tuyo. . .

CARLA —Sí . . . Hace tres días que no me baño! Uf!

EMILIA (*Riendo*) Julián dice que ya comienzo a oler a chinque! (*Ríen. Por Teresa*) Ella quiso enjabonarse en la piscina, y Serrano armó un escándalo! (*Se escucha un rumor que proviene desde el exterior. Es la voz de García*)

VOZ DE GARCÍA —Pero, es imposible, señor! Cómo se atreve a hacer eso?! Ensuciarnos la piscina con sus inmundicias?!

VOZ DE GOLDBERG —Y por qué no?! Por qué puede ella y yo no?! Porque soy judío?!

CARLA (*A Teresa*) Ves, mi amor. Diste el ejemplo, ya todo comienza a descomponerse . . .

TERESA —No puedo estar tres días sin bañarme . . . Ya empiezo a sentirme inmunda . . .

CARLA —Y por qué no usar el baño oriental, para eso?

TERESA —El sólo pensar que tendría que sacarme la ropa en ese mausoleo de mármol me da escalofríos. Comienzo a sentirme incómoda en esta fortaleza . . .

CARLA —Fortaleza?

TERESA —No se sienten ustedes como . . . sitiadas? (*Luisa se ha tendido a lo largo sobre un sofá. Se cubre los ojos con unas hojas de una planta del jardín*)

EMILIA —Yo sí . . . Le dije a Julián, anoche: «Siento que no vamos a volver más a casa», le dije. «Que nos tienen como rehenes» . . . (*A las otras*) Y cuando me preguntó: «Rehenes de quién?» . . . no supe qué contestarle . . . Porque ésta no es la casa de Leonardo . . . No sienten usted también eso? Que ésta no es la casa de Leonardo?

LUISA —Y de quién podría ser, querida?

EMILIA —No lo sé . . . Algún lugar embrujado, tal vez . . . En que Leonardo no es más que un pretexto . . . (*Ríe nerviosamente*) Estúpido, no les parece? Deben creer que estoy loca, pero es que . . . estoy tan asustada! (*Ríe sin razón, histéricamente. Mario se levanta para irse*) Adónde vas?

MARIO —No sé. Dónde me necesiten más, tal vez . . . (*Emilia va sobre él y lo abraza, provocativamente*)

EMILIA —Es que yo te necesito más, mi amor! (*Ríe*) Necesito un brazo de hombre! (*Mario se zafa de ella, confundido, molesto. Sale. A las otras*) Se asustó, ven! Se asustó de mí! En cuanto le hablé que necesitaba un brazo de hombre, huyó a perderse!

CARLA (*Irritada con ella*) No debemos agredirnos. Lo único que importa en toda esta situación es que debemos permanecer unidos, cueste lo que cueste, duela lo que duela . . .

LUISA —Crees en eso, verdaderamente, querida? . . . No lo creo. Eres demasiado inteligente para creer que eso es posible entre nosotros . . . Sabes lo que creo que te está pasando, querida? . . . Que también te estás aterrando . . . Es eso?

CARLA —Lo que estoy haciendo es defender a un amigo . . .

LUISA —Ah, sí, claro . . . tu amigo!

EMILIA —Pero tú no te acuestas con él, no es cierto? (*Ríe*) Apuesto que no te acuestas, o sí lo haces? . . . Esa también debe ser toda una experiencia, mh? . . . Efebos del Parnaso! Nalgas desnudas y potros blancos sobre las playas de Míkonos! (*Emilia estalla en una carcajada*)

CARLA (*Entre amenazante y divertida*) Cállate, o te ahogo en esa piscina! (*Teresa se levanta y sale, molesta por el giro de la conversación, lo que hace reír aún más a Emilia. Se escucha una discusión y entra*

García, perseguido por Goldberg, que procura quitarle un jabón, que García le oculta a sus espaldas)

GOLDBERG —Déme ese jabón! Le digo que me lo devuelva! (*García le devuelve el jabón, entre asustado y divertido por la violencia de su indignación*)

GARCÍA —Bueno, no lo tome así! Si era sólo una broma!

GOLDBERG —A mí no me gustan sus bromas! No me irrite! No me saque de quicio! (*Sale temblando*)

GARCÍA (*Reaccionando*) Pero eso tampoco le da derecho de ensuciarnos el agua . . . asqueroso judío! (*Eso en voz más baja: a los demás, que lo miran*) Son tipos sin el menor sentido del humor . . . (*A Emilia*) Bueno, y tú, qué me miras? No le puedo hacer una broma, al tipo? (*Ante la persistencia acusadora de su mirada*) Bueno, y qué te pasa, dime? Estás con o en contra mía? Eres mi mujer, no? Por si te sientes tentada a olvidarlo! (*Sale. Carla se levanta*)

CARLA (*A Emilia*) Prerrogativas del macho, querida. Imponer el músculo, sea como sea, tenga razón o no . . . (*Sale Carla, Luisa la sigue. Regresa Teresa, que va a situarse junto a Emilia*)

TERESA —Oí los gritos, y volví . . . Me fui hace un rato, y fué estúpido . . . Lo hice, porque me molestó la forma cómo se burló de ese hombre . . . Por qué lo hace? Usted no es para eso . . . La he estado observando, y he visto que eres una mujer que sufre . . . Por qué esas burlas, entonces? (*Toma las manos de Emilia*) Seremos amigas? (*Emilia asiente*) Entonces quiero contarte algo . . . Creo que estoy enamorada! . . . (*Ríe nerviosamente*) Te parece tonto? . . . Oh, por qué te cuento esto?

EMILIA —De quién te sientes enamorada, querida?

TERESA —De ese joven . . . Javier . . . Es tonto, no es cierto? . . . Oh, qué cursi es ese sentimiento: «el amor»! . . . No te parece cursi? . . . (*Sigue jugando con las manos de Emilia*) Pero, ahora cuéntame algo tuyo! . . . (*Antes que Emilia puede abrir la boca*) Y te diré otra cosa! Sabes que me siento capaz de hacer cualquier cosa por ese joven? . . . Lo que él me pida! Por primera vez en mi vida! . . . Es tonto, no? . . . Siento que voy a hacer una locura, y no me importa! . . . Crees que eso es «amor»?

EMILIA —Hazlo! No me imites a mí, que nunca he hecho lo que quiero! . . . Hazlo, pero mantén tu libertad! . . . Sé persona, antes que mujer! . . . (*Le acaricia la cabeza*) Para que, cuando ya no lo quieras, tengas a qué recurrir! . . . Entiendes? (*Entra Serrano-Soler, seguido por Sergetti, García y Mario*)

SERRANO-SOLER —Bien, pero yo les digo que esta situación es insostenible, señores! No puede continuar! Los invito a tomar medidas!

SERGETTI —Pero, qué podemos hacer? Sea prudente, hombre . . .

SERRANO-SOLER —Prudencia! La razón que el mundo sea como es! Un caos de desorden e incertidumbre! Estamos reunidos como ovejas junto a una piscina, dejando que el tiempo resuelva el enigma . . . Se lo advierto! Si no hacemos algo, y luego, estaremos años, tal vez siglos, en esta inmovilidad!

SERGETTI —Y qué propone que hagamos?

SERRANO-SOLER —Pues, forzar las circunstancias!

SERGETTI —Pero, cómo? (*Serrano-Soler va hacia las dos mujeres, que han estado escuchando*)

SERRANO-SOLER —Señoras, me lo tomarían a mal si les pido que nos dejen solos un instante? (*Emilia y Teresa salen. Serrano-Soler espera que lo hagan*) Gracias! (*A los hombres*) Bien, señores, cuánto podemos reunir entre los cuatro? (*A García*) Tú, Julián, con cuánto te pones?

GARCÍA —Qué quieres decir?

SERRANO-SOLER —Vamos . . . los reuní porque son hombres de acción. Por algo están en lo que están, saben cómo se maneja el mundo . . . Vamos, Julián, con cuánto te pones?

GARCÍA —Aún no te entiendo . . . Qué quieres hacer?

SERRANO-SOLER —Sobornar al tipo! (*Ante la incredulidad de los otros*) Vamos, se mueve entre nosotros, con cara de inocente, pero yo sé que él conoce la salida! . . . Porque no van a creer eso del puente roto, y la guerrilla, no? . . . El tipo sólo espera que le mostremos algo, y ya verán cómo todo se arregla!

MARIO —Usted está despistado en esto, Serrano. No se da cuenta que ésta no es una situación negociable? Al menos, no de acuerdo a sus métodos. Ésta no es una película del Oeste . . .

SERRANO-SOLER (*Amenazadoramente*) Qué quiere decir?

SERGETTI —Vamos, conservemos la calma, no?

SERRANO-SOLER —Es un truco! Que no lo ven? . . . Las señoras andan por ahí, como dueñas de casa; los demás nos agolpamos como ovejas, esperando que se produzca algo, que nadie sabe qué es . . . No les parece ese un plan para «reducirnos»? (*Saca un fajo de billetes*) Yo me cuadro con diez mil!? Quién pone otro tanto?

MARIO —Usted está loco, Serrano.

SERGETTI —Así me parece a mí, también . . . Yo, en cambio, propongo algo mucho más eficaz.

SERRANO-SOLER —Ah, sí? Y, a ver, qué es!? (*Sergetti saca de entre sus ropas un pistolón antiguo*)

SERGETTI (*Blandiéndolo*) Propongo abrirnos paso a tiros! (*Mario estalla en una carcajada incontenible*)

GARCÍA —De dónde sacó ese trabuco?

SERGETTI —Escondido bajo unas cajas.

SERRANO-SOLER —Pero si es una pistola medioeval, hombre!

SERGETTI —Por algo hay que comenzar, no? (*García se la quita*)

GARCÍA —Tiene una inscripción grabada en la culata. (*Todos se agolpan a leer: ECCE HOMO*)

SERGETTI —Nuevamente . . .

GARCÍA (*Alarmado*) Dónde encontró esto?

SERGETTI —En la caja de las ropas, ya le dije . . . junto a unos paños sanguinolentos . . . Había además una muleta, una pierna ortopédica manchada de sangre, y, al fondo, un gran montón de ojos artificiales . . . (*Se pone uno de los ojos que saca de un bolsillo*) Como éste, ven? (*En ese momento aparece Goldberg, llevando una máscara del Ecce homo, coronado de espinas. Trata de asustar a los otros, divertido*)

GOLDBERG —Buuuuuh! . . . (*García va sobre él y le arranca la máscara*)

GARCÍA —Cállese! Me toma los nervios! No sea sacrílego con nuestra religión! (*Desde el exterior acuden gritos de mujer. Entra Luisa*)

LUISA —Vengan, vengan . . . Cintia trató de ahogarse en la piscina! (*Sergetti corre hacia afuera. Los otros lo siguen*)

SERGETTI —Mi mujer! (*La escena queda vacía un rato. Luego entra Javier, mirando hacia atrás con expresión demudada. Deambula un instante como perdido, y luego busca algo entre sus ropas, con desesperación. Extrae una jeringa y elástico, y se arrincona, procurando inyectarse. Está en eso cuando entra Mario, que lo busca con la mirada. Lo ve. Va hacia él*)

MARIO —Qué haces?? Qué estás haciendo? (*Pero Javier ya ha logrado su propósito. Le sobreviene un estado de placentera relajación. Cae hacia atrás, sobre el piso*) No debes hacer eso, chiquillo estúpido . . . Sólo te harás daño. (*Mario se deja caer junto a él*)

JAVIER —Déjame soñar . . . No resisto la violencia . . . Déjame soñar con raíces . . . Raíces que se envuelven en gargantas blancas . . . Me ahogo si no puedo tomar esas manos blancas . . . Cubren mis ojos como una sábana . . . (*Mario lucha por resistir la tentación de tomar a ese muchacho sufriente en sus brazos*)

MARIO —Eres tan hermoso! Tan joven . . . chiquillo tonto! . . . Uno casi puede ver el mar bajo tu piel! (*Se atreve a tomar una mano que Javier le entrega*)

JAVIER —Mamá tenía una gargantilla . . . Era hermosa . . . Hermosa como un cuello de mármol. (*Mira a Mario por primera vez*) No puedo acercarme a ella . . . Sabes lo que es eso? . . . No poder acercarte, porque cada vez que lo hago, ella se me va . . . se me va . . . por el río . . . entre las risas del agua . . . (*Aparece Conrado,*

tras ellos. Y tras él, Leonardo, proyectando su silueta difusa en la penumbra. Mira la escena discretamente, en tanto Conrado baja junto a Mario)

MARIO (*A él, viéndolo*) Ya va a dormirse . . . No tiene un paño helado para calmar su fiebre? (*Conrado no responde. Sólo se limita a ir hacia la salida, desde donde se vuelve*)

CONRADO —Sucede lo que tiene que suceder . . . Traeré algo para calmar a ese joven . . . (*Al salir se miran con Leonardo, que le hace señas de guardar silencio. Leonardo permanece solo en escena, silencioso, discreto, mirando la escena de Mario abrazando a Javier. La escena se oscurece*)

ACTO TERCERO

Han pasado diez días.

El ambiente muestra ahora un desorden propio de aquellos lugares donde han estado obligados a convivir un grupo humano que ha realizado ahí su humanidad menesterosa, frágil, precaria.

Es la hora de la tarde de un día que ha sido caluroso. Aún se siente afuera el sol que cae a raudales, ardiendo, quemando. Están todos desparramados por la habitación.

García, en camiseta, lee una revista, tirado a lo largo sobre uno de los sofás. Bebe a ratos de una botella.

Serrano-Soler, vistiendo un fumoir de seda, enfrenta a Mario ante un tablero de ajedrez, puesto sobre una mesita.

Carla, luciendo un kimono, cose un vestido hecho de retazos, sobre Luisa, que hace de modelo.

Javier, aún con su pierna vendada, y tendido sobre el brazal de otro sofá, se deja abanicar por Teresa, en enaguas.

Cintia, también en enaguas, se balancea rítmicamente, sentada a horcajadas sobre una silla, en tanto mira insistentemente la escena de Teresa abanicando a Javier.

Tras ella, Sergetti, sin quitarle los ojos de encima, pela unos ajos para la comida.

Emilia, vestida con un elegante traje de noche, sacado del baúl de los vestuarios, mira de lejos toda la escena, con sonrisa de superior menosprecio.

Goldberg no está.

La escena permanece en silencio durante un rato, luego . . .

CINTIA (*Balancéandose; a Teresa*) Veo las venas de tus manos . . . (*Pausa*) Son como las ramas de un árbol . . . (*Pausa*) . . . Deben

estar llenas de sangre. (*Nuevo silencio*) Es cómico. (*Ríe sin asunto*) Si le das un corte a un árbol, no sale sangre, y, sin embargo, si le cortas el cuello a una mujer, cae una catarata de hojas secas! (*Ríe*)

SERGETTI (*Preocupado ante su tono contenidamente agresivo*) Tranquila, mujer . . . tranquila!

CINTIA (*A él*) Digo, nada más . . . digo! No saques conclusiones . . . (*A los otros; con voz airada*) O es que está prohibido hablar, aquí? (*Nuevo silencio. Luego . . . A Teresa de nuevo*) Lo vas a abanicar a muerte! (*Ríe; se levanta y va a acariciar la frente de Javier*) Te sientes mejor, muñequito? Con esa samaritana?

TERESA —Tiene fiebre . . . Déjelo en paz!

CINTIA (*A todos*) Miren quién habla! Miren quién está hablando! (*Imita un abanicar frenético sobre la cabeza de Teresa, a quien no puede dejar de rozar con su mano. Luego vuelve a caer de horcajadas sobre la silla, reanudando el sombreo rítmico, insistente, sin dejar de clavar en Teresa sus ojos fijos y amenazantes. Después de un rato*) Crees que está enfermo porque lo mordieron ese perros, mh? (*Teresa no responde a su provocación*) Infección de la herida, o algo así, mh? (*A Sergetti*) Dile tú! Dile tú de qué está enfermo! No eres doctor, tú?

SERGETTI —Tranquilízate ya, mujer . . .

CINTIA (*A Teresa, pero en verdad a los otros*) Consumido de pasión de amor! De eso está enfermo! Cuerpo joven, ardiendo de calentura! (*Pasa una mano fugaz, amenazante, sobre la cabeza de Teresa*) Que esta mosca muerta ha despertado en él!

SERGETTI —Cintia, contrólate!

CINTIA —Los vi, anoche! Los observé, cómo se deslizaban, los dos, hacia las sombras de la noche! (*Con ferocidad, a Teresa*) Cómo es, querida? Cabalgar sobre un lecho de grillos, con una vela encendida en la boca?! (*Casi grita de risa. Sus palabras despiertan tensión en el grupo, que Carla corta, diestramente*)

CARLA —Déjala, querida . . . No es más que una pobre solterona . . . Tú eres casada . . . Déjala que también disfrute un poco de las alegrías de la vida . . . (*Eso hace reír a Cintia, de satisfacción*)

CINTIA —Es verdad! Es verdad! «Nosotras» podemos enseñarle un poco de «eso», no es cierto?

CARLA —Sin duda que sí, querida . . .(*Cintia carcajea. Luego sigue cimbrándose en silencio, calmada momentáneamente. Carla y Teresa cambian una mirada de inteligencia. Pausa. Silencio. Luego . . .*)

SERRANO-SOLER (*A Mario*) Cuidado! Te estoy cercando tu Reina!

MARIO —Qué puedo hacer contra una superioridad evidente?

SERRANO-SOLER (*Satisfecho*) Si tú lo dices! Si tú lo dices! (*Fuerte eructo de García. A él*) Qué pasaría si todos nos abandonáramos como tú

lo haces? Esto ya parece un campamento de gitanos, sin que tú, además, nos cubras con tus . . . groserías . . .

EMILIA —Es lo que yo digo también. Hay aquí un abandono que repugna! Ustedes ven: yo, a pesar de todas las contrariedades, guardo mi compostura . . . Hay que ser siempre señora!

GARCÍA —Bravo! Habló «la señora»! Apoyo tu moción! En verdad, la apoyo!

SERRANO-SOLER —Entonces, lo primero que deberías hacer es no presentarte, por ahí, en camiseta! Ésta no es cantina de marineros!

GARCÍA —Apoyo esa moción, también! En verdad, la apoyo!

SERRANO-SOLER —Somos aquí una reunión de gente de cierta selección. Eso obliga! (*A todos*) Al menos es lo que creí, cuando fui a la casa de los Margulis!

GARCÍA —Apoyo esa moción! (*Otro eructo fuerte*) Más aun si estamos todos condenados. (*Ante la expresión reprobatoria de Serrano-Soler. Refiriéndose a la revista*) Lo dice aquí. Es lo que he estado leyendo hace días . . . Que un gran signo casi cabalístico de un holocausto se cierne sobre la humanidad, y que en cuanto a eso, como los estoicos, debemos marchar hacia el exterminio, con nuestras mejores galas . . . Como los aristócratas en la Revolución Francesa, que iban al cadalso, empolvándose sus pelucas . . .

SERRANO-SOLER —Y por qué no lo haces, entonces, en vez de mostrarte ante las señoras como un patán?

GARCÍA (*Parándose sobre el sofá*) Porque soy un campesino! Mi padre labraba la tierra con sus manos, y yo he estado presumiendo de fino, desde que me gané unos pesos! Tal vez me ha llegado la hora de volver a la tierra! Todos, aquí, nos enfrentamos, ahora, a la hora de la verdad! Emilia ha presumido siempre de aristócrata, y juega ese rol! . . . Por eso apoyo su moción! Tal vez ha terminado por convertirse en aristócrata! (*Ríe. Emilia se levanta alterada*)

EMILIA (*Grita*) Cállate! . . . Por qué no lo hace callar alguien?

CARLA —Vamos, querida, cálmate.

EMILIA —Me enferma! Hace días que me tiene loca con eso! . . . (*A García*) Yo no estoy condenada! (*Cae sacudida por un acceso de llanto. Carla acude hacia ella y le acaricia la cabeza*)

CARLA —Ya! Ya pasó todo! . . . Ya pasó!

EMILIA (*Entre sollozos*) No puedo más! Estamos encerrados aquí, hace siglos ya, y nadie hace nada! . . . Los odio! Los odio a todos!

GARCÍA —Dominus vobiscum domine!

SERRANO-SOLER —Vamos, García! Déjate ya de tus payasadas!

EMILIA (*Desolada, a Carla que la acaricia*) Quiero volver donde mis hijos!

CARLA —Sí, querida, ya es sólo cuestión de unos pocos días más . . .

EMILIA —Es que yo no quiero que sea cuestión de «unos pocos días más»! Quiero irme de aquí! Ahora! (*Refiriéndose a García*) Él no me respeta! Se burla de mí! . . . Dice que es un campesino, y no lo es! Lo dice sólo para molestarme! Porque sabe que odio que haga burla de eso!

CARLA —Sí, querida. Todos entendemos eso . . .

EMILIA —Provengo de una familia distinguida! Mi padre fue Ministro! Fui educada en las mejores escuelas!

CARLA —Sí, querida. Todos sabemos eso.

EMILIA —Quiero volver donde mis hijos! Están solos, sin su madre! Cómo estarán sufriendo, los pobres! (*García ha vuelto a enfrascarse, ostentosamente, en la lectura, haciendo caso omiso de ella*)

SERRANO-SOLER (*A Mario*) Jaque mate! Ves? Te puse jaque mate! (*Emilia se levanta y señala a Serrano-Soler con un dedo*)

EMILIA —Tú! Tú eres el peor de todos! Grandes palabras! Grandes gestos! Ofreciendo soborno a todo el mundo, y qué haces en verdad?! Qué es lo que te pasa?? Te faltan tus esclavos de tu fábrica para sentirte Emperador?! (*Cae sacudida por un nuevo acceso le llanto*)

SERRANO-SOLER (*A todos*) Hay que entenderla . . . Estamos todos en un terrible estado de desconcierto . . .

CARLA (*A Emilia*) Vamos un poco afuera, querida . . . Para que tomes un poco de aire . . . (*Sergetti se levanta*)

SERGETTI —Me parece una excelente idea. Yo la sacaré. (*A Emilia*) Vamos. Emilia, ya pasó todo . . . Mi sopa de ajos puede esperar . . . Quise regalarles a todos, un poco de mi cocina, pero lo primero es lo primero . . . (*Toma a Emilia de los hombros*) Vamos! . . . Todos estamos necesitando un poco de aire fresco . . . (*Emilia se deja llevar dócilmente, pero se vuelve al salir*)

EMILIA (*A Serrano-Soler*) Perdóname . . . No quise decir lo que dije . . . Me dejé llevar por mis nervios . . . Es que yo no soporto esta situación. (*Por García*) Él sabe que nunca quise venir a esta casa. (*García lee indiferente. Salen Emilia y Sergetti. En cuanto sale el doctor, Javier se incorpora asustado*)

JAVIER —Dónde está?

TERESA —Quién?

JAVIER —El doctor?!

TERESA —Salió con Emilia . . . La llevó a descansar un rato . . .

JAVIER —No! Yo no quiero! . . . Quiero que esté aquí, conmigo! Cuidándome! No quiero que me deje solo! Si lo hace, me muero! (*Se incorpora*)

TERESA —Cálmate, ya volverá! (*Trata de recostarlo nuevamente*) Tienes fiebre . . . Si te mueves, se te abrirán las heridas . . .

JAVIER —No! Sólo quiero que me cuide él! (*Sale seguido por Teresa, que lo sostiene*)

JAVIER —Doctor! Ayúdeme! . . . No me deje! (*Pausa*)

SERRANO-SOLER —Y bien?? Qué vamos a hacer, ahora? (*Espera alguna respuesta*) Supongo que estarán de acuerdo conmigo que esto no puede seguir así? . . . Rodeados de mujeres histéricas y jovencitos incontrolados, vamos a enfermarnos todos de la mente! Nos volvemos patéticos en nuestra inmovilidad!

MARIO —Y? Qué va a hacer usted? . . . Nada! Ni ésta ni otra vez! De modo que, para qué excitarnos? . . . Estamos rodeados, Serrano! Neutralizados! Antes que lo entienda, le será más fácil ajustarse.

SERRANO-SOLER (*Señalando a Luisa y Carla*) Mire a esas locas! Qué cree que están haciendo? Solamente cortándose un vestido? (*Luisa y Carla responden en coro, jugando a ser niñitas*)

AMBAS —No! Estamos jugando al buen colegial! (*Ríen*)

CARLA (*Con la misma voz nasal*) Yo coso un vestido!

LUISA —Y yo dejo que me lo cosan!

AMBAS —Como dos niñas buenas que se portan muy bien!

CARLA —Apuesto que no sabes qué traje te estoy cortando?

LUISA —Rapuncel! Rapuncel! La de las trenzas de papel! (*Ríen. Se divierten. Luisa sacude las trenzas de papel de diarios que se ha ensartado en el pelo. Serrano-Soler sale dando un resoplido de fastidio*)

SERRANO-SOLER —Oh! (*Carla deja caer las agujas en el costurero*)

CARLA —Oh, dejemos esto! Ya me estaba aburriendo!

LUISA —Pero por qué no seguir? No dices que te gusta modelar? . . . A mí, me gusta que me modelen! (*Se tiende por ahí. Mario tiende los naipes para jugar un solitario*)

MARIO —Entre otras manías . . . (*Carla ríe en el acto ante esa observación de su amigo*)

CARLA (*A Luisa, por Mario*) Dice eso porque cree que me conoce, y eso la da una especie de exclusividad sobre mí . . . En este momento, está que se retuerce de gusto que me explaye sobre mis otras . . . manías! (*A Mario*) . . . O vicios, querido? . . . Te gustaría mejor que los llamara vicios? . . . Cuáles son, a ver? . . . Cuéntale a Luisa!

MARIO (*Siempre tendiendo sus cartas*) Carla, mira! (*Carla estalla en risa*) Es un vicio en ella . . . Mira, y después aplica sobre lo que ha visto su pequeña inteligencia incisiva, crítica, demoledora. (*Carla estalla en una risa incontrolable*) Es también la mujer más «lejana» que conozco.

CARLA (*De pronto, a Cintia, que se ha seguido cimbrando, sin dejar de mirar el lugar donde estaba Javier*) Eh! Cintia, amor! Deja ya de cimbrarte, que se te fue el motivo! (*Cintia se levanta, como extraviada, y sale. A los otros*) Peligroso, peligroso! Se anuncia, ahí, una tormenta! (*García se levanta y sale*) De modo que ahora sólo quedamos tres. Como en el cuento de los negritos . . . (*A Luisa*) Te das cuenta, querida, que tengo que soportarte? Y tú, a mí? . . . Y por qué? . . . Porque tú estás aquí, y nos juntó el destino? . . . En esta jornada común? . . . Sabes que todo esto me recuerda un parvulario? . . . Cuando mamá nos lleva a clases, el primer día, y ves puras caras extrañas, y «tienes» que congeniar? A pesar de que te carga, y estás cargada con los más atroces presentimientos, intuyes levemente en tu alma de niña pura que esos seres de rostros raros . . . con pecas, mejillas regordetas y ojos en capota . . . serán «tus» rostros, con los que tendrás que convivir, gústete o no te guste? . . . Y te pones en campaña de hacer amistades, a pesar de todos tus pronósticos en contra . . . Porque estás aterrada . . . de quedarte sola . . . mascando tu sandwich en una esquina o en el escondite del guater . . . Y terminas por preferir el arañazo de la pecosa, antes de la soledad de un muro en blanco. (*A Mario*) Sientes tú, querido . . . tú, que eres tan perspicaz . . . que aquí se ha establecido una . . . solidaridad? Oh, qué palabra tan difícil!

MARIO (*Siempre preocupado de sus naipes*) Tanto como sardinas en una lata. (*Carla ríe*)

CARLA (*A Luisa*) Ves? . . . Crees que te quiero a ti, por ejemplo? (*Ante un gesto de extrañeza de Luisa*) No! Dime! Juguemos a la sinceridad, a pesar de que cueste tanto! (*Ríe*) Crees que te quiero?

LUISA —Circunstancialmente . . . sí! (*Carla ríe más fuerte*)

CARLA (*A Mario*) Habló sabiamente, no crees? . . . (*A Luisa nuevamente*) Una confidencia, entonces . . . en prueba de nuestro cariño . . . Crees que me acuesto con este hombre?

LUISA —No, porque lo de ustedes sobrepasa lo contingente, y eso es lo que admiro en ustedes dos . . .

CARLA (*A Mario*) Oíste eso, Oscar Wilde?

MARIO —La mujer habló sabíamente. Tienes razón . . .

CARLA —Bueno, pero repito entonces: ahora no quedamos más que tres. Y como somos, sin duda, la élite inteligente del grupo, podemos hablar a calzón quitado. Esto, qué es? . . . (*Los otros dos la miran*) Todo esto que pasa aquí . . . Qué es? . . . Estoy comenzando a sentirme neurótica con la incertidumbre . . .

MARIO —Creo que apesta . . . Tengo la sospecha que alguien nos está poniendo a prueba, y que no estamos pasando el examen . . .

CARLA —Pero, qué es? . . . El proyecto de un genio loco? Porque son muchas las coincidencias, no creen?

LUISA —Tal vez estemos aquí por un juego de la imaginación, nada más . . . Una imaginación culpable . . . (*Ante la agitación que demuestra Carla, que se levanta y se pasea*) Vamos, si hubiera sabido que te iba a alterar, ni lo saco a relucir . . . Es que pensé en las guerrillas, y todo eso . . . Pura premonición, querida. Apuntan hacia nosotros, no?

MARIO —Qué sé yo! Lo único que sé es que hay que esperar que el tiempo pase y alguien haga algo, que nunca hará . . . Pero si, por alguna razón milagrosa, alguien viene a invitarme a reventar este palacio, y abrirme paso hacia alguna salida, lo haré! . . . Sable en mano, como un bucanero borracho, porque estoy sediento de aventura . . . y por la locura misma del hecho! Adoro las locuras inútiles! (*Vienen entrando Serrano-Soler, Sergetti, García, con gestos decididos, trabucos en mano*) Y ahí parece que viene mi oportunidad!

SERRANO-SOLER (*A Mario*) Y bien, Cruz! Hemos tomado una decisión! Acuerdo solemne entre los hombres de este . . . campamento! Nos abriremos paso hasta la costa! Sortearemos las guerrilas por la playa! En cuanto se establezca contacto con la civilización, volvemos con ayuda, en rescate de las mujeres! Viene usted o no?

MARIO (*A Carla*) Soy un hombre, no?

SERRANO-SOLER (*Impaciente*) Bueno, viene o no? (*Mario se incorpora*)

MARIO —Como un bucanero loco!

SERRANO-SOLER (*A Sergetti*) En ese caso, déle un arma! (*Sergetti le alcanza un trabuco*) En marcha! (*Salen los cuatro hombres, decididamente, por la gran puerta. Mario, un poco rezagado, se detiene y mira a las mujeres con divertida resignación*)

MARIO —Caprichos de la naturaleza! Qué le vamos a hacer! (*Sale también*)

CARLA —Mambrú se fue a la guerra! Y nunca más volvió! . . . Te quiere mucho, eh?

LUISA —De quién estás hablando?

CARLA —Serrano . . .

LUISA —No hace nada sin mirar a ver cómo reacciono . . . Si cree que va a impresionarme, incendia todo esto . . .

CARLA —Es muy rico . . . he oído, eh?

LUISA (*Mientras la peina*) Vamos, mi amor! Todos somos «ricos», aquí! O es que no te has dado cuenta que somos, extrañamente, como una selección de la «espuma dorada»?

CARLA —No había pensado en eso . . .

LUISA —Bueno, mejor hazlo, y saca conclusiones!

CARLA —Qué crees que estamos aquí como una especie de . . . castigo!

LUISA —«Castigo», por qué?

CARLA —Bueno, lo merecemos, no?

LUISA —Crees eso?

CARLA —Vamos, no te pongas cínica . . . Sabes que pecamos, o algo así, no?

LUISA —Crees eso? . . . Si lo crees, sabrás por qué estamos aquí, o te lo imaginarás, al menos, que viene a ser lo mismo . . . (*Carla toma el canasto de la costura y lo lanza contra el piso*)

CARLA —Estúpidas costuras!

LUISA —Vamos, linda! Ahora veo que creías que estaban «jugando» con nosotros! . . . Eso no es un juego.

CARLA —Y qué vamos a hacer?

LUISA —Yo? . . . Morir, si es necesario. Ya estoy preparada, y no le tengo demasiado apego a la vida. (*Entra Emilia trayendo un viejo papel en la mano. Es como un pergamino. Lo luce ante sí. Viene en estado de enajenación*) Qué es lo que tienes ahí, querida? (*Emilia se lo alcanza. Luisa lee:*) «Sálvense, mientras pueden»! . . . Dónde encontraste esto?

EMILIA —En la terraza . . . entre unas flores . . . (*Va a salir, en el mismo estado de enajenación. Se vuelve*) Y dicen que no hay comida . . . Vamos a morirnos todos, de hambre . . . (*Sale, Carla arrebata el papel de las manos de Luisa*)

CARLA —Y esto, qué significa? «Sálvense, mientras pueden»? . . . (*Se mueve agitadamente por la habitación*) No quiero jugar más! Quiero irme de aquí! (*En ese momento se escucha, afuera, un vocerío. Luego entra Teresa, que lleva un pan en la mano. Tras ella Cintia*)

CINTIA (*Desaforada*) Vamos! Dámelo! (*Teresa la rehúye. Cintia corre tras ella*) Dame eso, te dicen!

TERESA —No! Yo fui a buscarlo! Yo lo fui a buscar! (*Cintia le da alcance y la tira del pelo*)

CINTIA —Y yo te digo que me los des, puta! (*Le arranca el pan*)

TERESA —No! Yo quiero dárselo! Yo se lo quiero dar! (*Se abalanza sobre Cintia. Tironean del pan. Caen al piso, forcejeando, el pelo de Teresa entre los dedos de Cintia*)

CINTIA —Suelta, puta! Suelta! (*Logra quitarle el pan. Se encamina hacia la salida. Desde allá*) Te querías quedar con él, eh? Sólo para ti, puta, eh? (*Triunfal*) Aquí, nadie se queda con nada! Todos tenemos derecho a comer! (*Sale. Teresa gime en el piso. Carla y Luisa la levantan. La llevan hacia un sillón*)

TERESA (*Entre sollozos*) No era para mí! Era para él! Fui a la cocina a buscar cualquier cosa para él . . . que está tan débil, tan enfermo . . . pero vino esa harpía . . . esa harpía horrible! (*Luisa la acaricia*)

LUISA —Sí, ya . . . Ya pasó todo . . . Todo se va a arreglar, ya verás!

TERESA —Soy tan tonta! . . . Y él está tan desesperado, tan solo!

LUISA —Sí, mi amor, sí . . . pero ya pasó todo . . . (*Teresa se aprieta contra ella*)

TERESA —Quiero salir de aquí! Quiero irme de aquí!

LUISA —Sí, querida, ya saldrás! Ya saldremos todos! (*Teresa se levanta*)

TERESA (*Desaforada*) No! Quiero irme, ahora! Ahora! (*Va hacia la gran puerta y la golpea con los puños*) Es mi madre! Ella tiene la culpa! Ella me obligó a venir aquí! (*Va resbalando a lo largo de la puerta*) Me ahogo aquí . . . Quiero irme . . . (*Carla y Luisa le dan alcance y la llevan hacia el sofá*)

LUISA (*Calmándola*) Ya vendrán los hombres, querida . . . Ellos fueron a buscar ayuda . . . Ellos te sacarán de aquí . . . (*Entra Goldberg. Viste un extraño atuendo, hecho de toda clase de prendas esplendorosas, y un turbante en la cabeza. Se presenta ante ellas*)

GOLDBERG —Soy Melchor, Gaspar y Baltasar! Todo en uno! (*De sus brazos cuelgan cuentas y collares*) Toda la pedrería multicolor de mi tierra seca, cuelga de mis brazos! Vengo con todos los presentes del mundo, a alegrar a los hombres!

CARLA —Y dónde encontró todo eso?

GOLDBERG (*Exhibiéndose*) En el vientre de la ballena! . . . Un ático, arriba, en lo alto del edificio, lleno de prendas . . . He estado tres días, trasteando como un niño! . . . Hay para vestir regimientos! . . . Ropas de juglares! Capas de Reinas! Tricornios de Almirantes! Toda la parafernalia de la vanidad humana! (*Va hacia Luisa, le pasa algunas prendas*) Tome! Vístase conmigo! No hay nada como un buen disfraz para olvidar las penas! (*Va hacia Teresa. Tiernamente*) Y tú, chiquilla? Qué tienes en la carita? Por qué pones esos ojos tan tristes? (*Le pone un turbante*) Ríete de la vida! La vida no es tan terrible! Te lo dice un hombre que lleva en su piel todas las cicatrices de su raza! (*Teresa entra en el juego. Se deja poner ropas. Al final, alegremente*) Eso es! (*Luisa y Carla ayudan a vestirla*) Eso es! . . . Esa sonrisa, es lo que me gusta! . . . He visto un montón de caras triste por aquí, últimamente, y todo el mundo necesita un poco del tratamiento hebreo! (*Teresa le da un beso en la mejilla*) Uh! Qué es eso? No rompamos la Biblia! Melchor, Gaspar y Baltasar nunca fueron besados por una mujer!

TERESA —Hace días que necesitaba darle eso.

GOLDBERG —Señoras, oyeron eso? . . . Una legítima declaración de amor! Espero que Goldberg no tenga que pagar por eso! (*Toma a Teresa y bailan*) A bailar! A bailar! La vida lo merece! (*Interrumpe el baile, la entrada de Javier que, rengueando dificultosamente, trata de alejarse de Cintia, que lo sigue. Se ha puesto dos rosas sobre las orejas y se ha bajado los tirantes de las enaguas. En cuanto ve como*

Teresa se acerca a Javier para ayudarle a caminar, se detiene y va a permanecer durante un rato, paseándose a izquierda y derecha, como una leona enjaulada, sin quitarles la vista)

JAVIER (*Apoyándose en Teresa*) Quítame a esa mujer! No la soporto! Hace días que no se baña! Huele insoportablemente a sudor! (*Caen sobre un sofá. Goldberg recoge los disfraces*)

GOLDBERG —Bueno, parece que es poco lo que tengo para ofrecer. Hay situaciones que ni un buen disfraz alegran . . . Volveré todo esto al polvo, donde ha dormido hace siglos . . . (*Sale con los disfraces. Carla se encoge de súbito frío*)

CARLA —Siento un frío en la espalda! Habrá una corriente de aire? . . . (*Tirita*) Oh, qué frío siento! (*Se acurruca contra Luisa, que la cubre con una manta*)

LUISA —Toma, mi linda! Cúbrete con esto! Todos sentimos un poco de frío, en esta casa siniestra . . . (*Carla se deja conducir hacia un sofá. Emilia aparece arrastrando dos grandes bolsas de papel, en las cuales se pone a escarbar, sacando a ratos algo que come vorazmente, mientras observa a Javier y Teresa en el sofá.*)

CARLA (*Tiritando siempre, acurrucada contra Luisa*) Es raro . . . Yo, siempre tan corajuda . . . Siempre riéndome de la vida, y ahora, de pronto . . . Qué es este frío? . . . Nunca había sentido nada igual . . . (*Luisa se levanta*)

LUISA —Iré a buscarte un buen trago . . . (*Sale. Javier y Teresa se besan ahora, tiernamente. Emilia observa eso, en tanto sigue masticando y escarbando en las bolsas*)

JAVIER (*A Teresa*) Y tú, quién eres?

TERESA —Y tú?

JAVIER —Y tú? (*Se besan de nuevo. La irritación de Emilia crece*) Para siempre?

TERESA —Para siempre, sí . . . para siempre. (*Luisa regresa con una botella que le pasa a Carla, que bebe ávidamente*)

LUISA —Mejor?

CARLA —Mejor, sí . . . mejor . . . (*Suspira. Deja que el vino le caliente el cuerpo. Emilia no puede más con el espectáculo de los jóvenes enamorados. Se levanta*)

EMILIA (*A Carla y Luisa*) Mírenlos! Mírenlos! Ahora, todo fuego, y después qué? (*A Javier y Teresa*) El amor no es eso, par de estúpidos! El amor es un marido sucio en cama! Un desayuno, sola, y cuatro paredes donde golpearse la cabeza! (*Javier y Teresa reaccionan con espanto al grito. Deciden salir. Se van, con Javier rengueando, apoyado en Teresa. Gritando tras ellos*) Mírenlos, ahora,

a los tórtolos! Hoy, todos calientes, y mañana, fríos como ceniza! (*Salen Javier y Teresa*)

LUISA —No debiste decirles eso.

EMILIA —Imbéciles! (*Vuelve a sentarse a escarbar en las bolsas*) Me muero de hambre! Fui a la cocina y estaba todo cerrado . . . Sólo encontré estas bolsas en un basural . . . Son migas, pero sirven de algo . . . Nunca he sentido hambre . . . Hambre verdadera . . . cómo será? . . . Siempre pensaba en los pobres, y me decía: cómo será el hambre? No tener nada que comer, verdaderamente! (*A Luisa y Carla, insistentemente*) Cómo será? Lo han pensado ustedes? . . . Cómo será? (*Cae en una especie de ensimismamiento insensible mientras sigue mascando lo que ha encontrado. Afuera se escucha un rumor y entran Serrano-Soler, encabezando el grupo, seguido de García, que se cubre la cabeza con un pañuelo de cuatro puntas atadas, Sergetti, con la camisa desgarrada, y tras ellos Mario, a retaguardia, con un bastón hecho de caña*)

SERRANO-SOLER (*Entrando a grandes pasos, grandes voces*) Fracaso! Fracaso! (*Por García*) Y todo por este imbécil!

GARCÍA —Pero, qué he hecho, repito? Es todo lo que cabía hacer!

SERRANO-SOLER —Entregarles nuestras armas?

GARCÍA —Nos tenían rodeados, no?? Qué más podíamos hacer?

SERRANO-SOLER —Pelear, hombre! Pelear . . . como hombres! Sabemos o no sabemos resolver las situaciones adversas? (*Se le acerca*) A veces creo que no eres de los nuestros!

GARCÍA (*Tartamudeando*) Me he ganado mi lugar! Me he ganado mi lugar, en lucha bien ganada!

SERRANO-SOLER —Bueno, demuéstralo entonces! (*Se calma. A los demás*) Tenía convencidos a esos hombres! Los tenía en mi mano! Y viene este tipo, y les entrega nuestras armas! . . . Sin armas, no hay argumento! (*Como conclusión*) Y era lógico! Débiles como ovejas, esos hombres hicieron su trabajo, y luego ya no había nada más que hacer . . . (*Cae en su sillón, exhausto*)

LUISA —Pero, qué pasó?

SERGETTI —Avanzamos por la cerca de pinos, hasta el potrero grande, y descendimos por una quebrada . . . Casi habíamos llegado a la playa, cuando, saliendo del bosque, nos rodearon esos hombres . . . Un gran jefe, al frente, con una gorra verde y una pistola . . . Sonaban los disparos por todos lados . . . Hombres se movían como sombras por entre los riscos y los cañaverales . . . Una gran nube de humo se abría como una coliflor, en dirección a la ciudad . . . Tratamos de huir. Me desgarré la ropa entre unas cañas . . . Todo estaba lleno de humo y de sombras . . .

GARCÍA —Y entonces, repentinamente, aparecieron esos hombres, llevando esos cuerpos mutilados en una carreta . . .

SERRANO-SOLER —Eso no es verdad! Eso, sólo lo viste tú, en tu inmenso, tu increíble terror!

GARCÍA (*A los demás*) Es verdad! Lo vi! . . . Decenas, cientos, miles de cuerpos mutilados, en una carreta . . . bajo un gran toldo rojo y unas ruedas que se sacudían y chirriaban espantosamente . . . Iban tirados por un ejército de hombres desnudos . . .

SERRANO-SOLER —«Hombres desnudos»! Vaya! Miedo tuyo, nada más!

GARCÍA (*Ante sí, musitando lo que dice*) Es verdad . . . Hombres desnudos, con los rostros tatuados . . . y un puñal en vaina de cuero, en la cintura . . . (*Entran Teresa y Javier abrazados. Tras ellos Goldberg, con el turbante del disfraz, caído sobre su frente. Mario se ha sentado junto a Carla, al otro lado de Luisa*)

SERGETTI —El hecho es que estamos de vuelta, tal como salimos, como un ejército vencido. Pienso, ahora, que siempre estaremos así . . .

EMILIA —Por qué dice eso?

SERGETTI —Porque uno de los hombres lo dijo: «Tenemos toda la ciudad» . . . (*Pausa. Emilia se mueve automáticamente junto a su marido, y se apretuja contra él*) De modo que, aquí estamos ahora como una especie de sitiados . . . rehenes, alejados de toda civilización.

JAVIER —Y los perros?

SERGETTI —No había perros. Nadie salió a detenernos . . . (*Una ráfaga de viento sacude los cortinajes, por la gran puerta, que ha quedado abierta. Suenan disparos intermitentes a la distancia. Un pesado silencio se cierne sobre el grupo, que se compacta y del cual surge la voz de Emilia, apremiante, angustiada*)

EMILIA —Julián, nuestra casa . . . (*García la mira*) Tomaron toda la ciudad, dicen . . . Nuestras cosas, Julián . . . Nos están quitando todo. (*Todos escuchan sus palabras. De pronto, una exclamación de Luisa, desde uno de los ventanales donde ha acudido a mirar afuera*)

LUISA —Miren! Nos estamos alejando! (*Todos se agolpan a ella, mirando afuera*) Como flotando en el espacio!

SERGETTI —Miren ahí, el mar, cómo se aleja!

EMILIA (*A García*) Y las sombras, ves? Sacan una cosa entre las redes!

SERRANO-SOLER —Vamos, señores, estamos soñando! No nos dejemos llevar por la imaginación! (*Todos se desplazan en grupo, lentamente, hacia el centro de la sala, formando un hato de náufragos expectantes, alertas ante el misterio amenazante que los rodea. Un gran viento sacude los velos de los cortinajes sobre ellos, como velas fantasmales. En medio del grupo surgen las voces de:*)

CARLA (*Apretándose contra Mario, abrigándose con una manta*) Tengo frío! Un frío que me traspasa . . . Sosténme! Abrázame, querido! . . . Siempre lo soñé, sabes? . . . Hacer un viaje contigo, muy solos, íntimamente . . . y soñé con poder quererte intensamente . . . dejar a un lado mis certezas, y perderme contigo en un mar de sensaciones . . . (*Lo besa en la boca*) Sería toda una aventura, no crees? (*Mario se desprende de ella y avanza hacia Javier*)

MARIO —Tengo que ir a encontrar a ese muchacho . . . (*Surge la imagen de Emilia, apretada también contra el pecho de su marido*)

EMILIA —Quiéreme! . . . No soy la mujer que tú crees . . . (*García se desprende de su abrazo febril*)

GARCÍA —Déjame! Suéltame! Necesito espacio! Necesito aire! Todo el aire que me quepa en el cuerpo! (*Brotando del grupo que se desplaza y gira, en medio de las sombras que los circundan, se adelanta Goldberg*)

GOLDBERG —Y las razas que se desplazan por el desierto iban con mulas y camellos . . . y la arena lo cubría todo: bestias y caras . . . (*Se adelanta García hacia él*)

GARCÍA (*Amenazante*) Cállate, judío! (*Se adelanta Sergetti*)

SERGETTI —Sí. Él es el culpable! (*Ambos lo persiguen fugazmente*) Detente, judío! Si no fuera por ti, no estaríamos en esto!

GARCÍA —Sí! Quiso hacerse el lindo con mi mujer! (*Una voz en las sombras*)

VOZ —No! Deja! No te lo comas todo!

OTRA VOZ —Sí! Déjame algo a mí, también! (*Vemos a Teresa huyendo hacia un rincón, con un pan, que Luisa y Emilia tratan de arrebatarle, tironeando de él. Logran arrancárselo al fin y huyen con él. Teresa cae. García va a ayudarla y al hacerlo, la asedia, tratando de besarla. Ella se desprende de su abrazo lascivo y huye. Surge Javier de las sombras, burlándose de Mario y llamándole con gestos insinuantes*)

JAVIER —Cázame! Cázame! (*Desaparece riendo. Se alza la imagen de Cintia, con el torso desnudo*)

CINTIA (*Poniéndose ante Javier*) Es todo lo que tengo! (*De pronto, un grito, y rueda Goldberg por el suelo. Sobre él, varios, dando voces, y señalándole con un dedo extendido*)

VOCES —Él es el culpable! Mátenlo! Muerte al judío! (*En el silencio que se hace después, Emilia toma la mano de García y lo invita a arrodillarse junto a ella*)

EMILIA —«Gloria in excelsis Deo . . .

GARCÍA —. . . «Et in terra paz hominibus bonae voluntatis . . .

EMILIA —. . . Laudamus te . . .

GARCÍA —. . . Benedicimus te . . . (*Otros se arrodillan junto a ellos*)

TERESA —«De mí sacan agua, como de fuente viva, el pequeño y el grande, el pobre y el rico, y los que me sirven de buena voluntad y libremente recibirán gracia por gracia . . . (*Se arrodilla Goldberg. Sólo permanece Sergetti, alejado del grupo arrodillado, mirando todo con excéptica y reprobatoria expresión*)

JAVIER —Más, el que se quisiera glorificar fuera de mí, o deleitarse en algún bien particular, no será confirmado en el verdadero gozo, mas estará impedido y angustiado de muchas maneras . . .

VOCES (*De todos*) . . . «in nomine Domini. . .
qui facit caelum et terram . . .
Dominus vobiscum . . .
et cum spiritu tuo . . .

(*De pronto se hace la luz, violentamente. Todo queda sumido en un resplandor enceguecedor.*

En lo alto de la escala surge la imagen de Leonardo. Es ahora un majestuoso y espléndido hombre de mundo. La aparición de la mundanidad más esplendorosa. Traje blanco, sombrero blanco, zapatos blancos. Un pañuelo rojo en el bolsillo del vestón. En la mano, un anillo. Bastón con empuñadura de oro. Avanza escala abajo en dirección de los arrodillados)

LEONARDO (*Jovial, exuberante*) Vaya, vaya, y qué pasa aquí? . . . En qué campamento de gitanos han convertido mi casa? (*Se pasea entre los que comienzan a incorporarse*) Y a quién le estaban rezando? A Belial? (*Ríe*) Al Conde de la Noche?

SERGETTI (*Reaccionando*) Oh, Leonardo, dónde estabas?

LEONARDO —Dónde? . . . En mi casa, naturalmente . . . Descansando antes que llegaran.

SERGETTI —Qué broma de mal gusto nos has estado jugando?

LEONARDO —«Broma de mal gusto»? De qué estás hablando? (*Todos comienzan a componerse*)

GARCÍA —Nunca saliste, entonces?

LEONARDO —Pero, qué les pasa? (*Siempre divirtiéndose*) Sufrieron alguna alucinación colectiva, ya veo . . . Nos ha pasado a nosotros también . . . Demasiada excitación, demasiada expectación de delirios embriagadores, y comienza el pandemonio . . . Un segundo justo, antes del holocausto? (*Ríe; a Carla*) Qué pasó con tu vestido; tú siempre tan compuesta? (*A Emilia*) Y a ti, qué le hiciste a tu hermoso peinado, tan importante para ti?

SERRANO-SOLER —Termina con ese tono burlesco, Leonardo! Considero todo esto una broma de pésimo gusto!

LEONARDO —Pero, por favor, amigos . . . (*García se ha desplazado hacia la ventana, mirando hacia afuera. Otros se le unen*)

GARCÍA —Hace un rato flotábamos . . . La casa se alejaba del mar . . .

EMILIA —Y miren esos niños! Cómo juegan con su yaya, en la arena! (*Se vuelve hacia Leonardo*) Antes no estaban . . .

JAVIER —Y no hay disparos, ni perros, ni nada . . . (*Se vuelve hacia Leonardo. Otros lo imitan*) Quién es usted?

LEONARDO —Sólo un anfitrión que trata de ofrecer placer, nada más. (*Aparece Conrado, de chaquet, muy compuesto como en la primera escena. García se abalanza hacia él, señalándolo*)

GARCÍA —Usted! Usted lo dijo! Niéguelo ahora! (*Por Leonardo*) Dijo que él había salido, y que no podía volver!

CONRADO —Yo, señor? Cómo podía decir una cosa así? . . . Vengo de guardar los abrigos de los señores . . . Volvía a recibir sus órdenes . . .

GARCÍA —Eso no es verdad! Hemos estado aquí semanas!

LEONARDO —Pero, García, por Dios! Semanas? (*Ríe*) Minutos! Si acabamos de llegar de casa de los Margulis!

SERRANO-SOLER —Termina con eso, Leonardo! Nadie, aquí, es un imbécil! Sabemos de qué hablamos!

EMILIA (*A García*) Julián, quiero volver a casa . . .

SERGETTI —Sí . . . Es lo mejor que podemos hacer. (*Recogen sus cosas para salir*)

SERRANO-SOLER —Esta broma estúpida, ya duró demasiado . . . (*A Conrado*) Hombre! Traiga mi abrigo! (*Conrado espera órdenes de Leonardo*)

LEONARDO (*Resignado*) Haz lo que te ordenan . . . (*Sale Conrado. A los que se visten y se componen*) Pero, amigos, por Dios! La noche apenas comienza . . . La vida es fiesta eterna; hay que apurar la copa hasta la última gota . . . Vivir la vida como si fuese el último minuto . . . Les ofrecí placer, y placer les daré, si sólo me dan la oportunidad . . . (*Pero ya nadie escucha. Conrado regresa con los abrigos y carteras, que todos le arrebatan, preocupados sólo por salir*)

LEONARDO —Pero, amigos . . .

SERGETTI —Es inútil, Leonardo . . . Desconfiamos de ti . . .

GARCÍA —Sí . . . Se agotó nuestra paciencia . . . (*Serrano-Soler se le acerca y le hace el gesto*)

SERRANO-SOLER —Si no fuese un hombre educado, te cruzaría la cara con un guante! (*Se escuchan disparos a la distancia. Todo el mundo vuelve a paralogizarse*)

EMILIA —Qué fue eso?

LEONARDO —Eso? . . . No teman, amigos . . . Disparos de unos infelices que ensucian la noche. Hace tiempo que asuelan la región, pero sólo asustan a los niños. La policía da buena cuenta de ellos.

EMILIA —Julián, vamos! Apúrate!

OTRAS VOCES —Sí, vamos! . . . Vamos! (*Salen. Encabezando Serrano-Soler, que arrastra del brazo a Luisa, que mira lánguidamente a Leonardo. Luego García, empujando a Emilia, Mario y Carla del brazo, pausadamente, cruzando con Leonardo una mirada de inteligencia antes de salir. Mario se enciende un cigarrillo. Luego Sergetti, seguido de Cintia, que se queda atrás por cruzar a Leonardo una mirada cargada de sensual ensoñación. Luego Teresa y Javier, abrazados. Al final, Goldberg, haciendo una venia y poniéndose una rosa tras la oreja. Leonardo y Conrado quedan quietos, escuchando la partida de los motores. Luego, Conrado recoge algunas de las prendas de vestir que han quedado rezagadas. Va a partir tras ellos a entregárselas, pero lo detiene la voz de Leonardo*)

LEONARDO —No, déjalos! No los detengas! Están demasiado apurados en llegar a sus casas, al calor acogedor de sus hogares . . . Y no los culpo.

CONRADO (*Por las prendas*) Y dónde pongo esto?

LEONARDO —Guárdalo, con lo que otros han dejado rezagado, por partir demasiado apresuradamente . . . (*Conrado recoge el papel con la inscripción*) Y eso, destrúyelo . . . Hemos sido descuidados . . . Para qué preocuparlos más de la cuenta? (*Conrado rompe el papel y comienza a hacer el aseo*) Sí, ordena esto un poco, que ya llegarán los próximos . . . (*Va hacia la ventana y mira afuera, con nostalgia y tristeza*) Vendrán forzando los motores de sus autos, ansiosos, como éstos, por una parcela de placer . . . Cargados, como éstos, con sus extravíos y sus debilidades, vendrán para que les demos techo y los deleitemos, pero partirán tan desorientados, tan contradictorios, tan vulnerables como llegaron . . . (*Se vuelve hacia Conrado*) Éstos, al menos, rezaron, los oíste? Recurrieron a ese consuelo; otros, se olvidan de eso . . . Me dio cierta esperanza, sabes? Algunos lo hacían muy seria, muy sinceramente . . . Seré ingenuo? (*Se sienta cansadamente en un sillón*) Lo peor es que los amo, Conrado. No sabría qué hacer sin ellos, pero sufro de no poder evitar sus sufrimientos . . . (*Ve trabajar a Conrado que ha vuelto a su quehacer de poner orden en el desorden que ha quedado*) Te envidio, Conrado, sabes? (*Sonríe*) Haces tu trabajo tan concienzudamente . . . Casi diría que crees en la utilidad de todo esto . . . (*Suena la campana exterior. Leonardo se levanta*) Oh, ahí vienen los que siguen, parece . . . Anda y ábreles! (*Va hacia la gran escala. La asciende en parte*) Yo volveré a mis cuarteles . . . (*Se detiene*) Pero, trátalos con el respeto que se merecen . . . Cuida le mobiliario; que no destruyan nada . . . Éstos, al menos, conservaron mis alfombras . . . (*Golpes febriles en la puerta. Arañazos como de ratones*

rasguñando la madera. Espiando) Oh! Ahí está esa gente espantosa, otra vez! Manténlos fuera de la casa, Conrado! Quítalos de mi vista! Me espanta su violencia! (*Sube rápidamente. Desaparece de la vista. Conrado va hacia la gran puerta. La abre, de inmediato se cuelan dentro, corriendo, brincando, rodando sobre sí mismos, los cuatro pordioseros. Se revuelcan. Se encaraman sobre los muebles. Sisean amenazadoramente al hablar*)

ELLA —Uyyyyyyyy! Ahí vienen!

ÉL —Síííííí! . . . Los vimos venir desde el barranco!

EL COJO (*Rengueando ostentosamente por la sala, con su pata de palo*) Vienen patos! Vienen lindos! Ellos, con chistera! Ellas, con calzón! (*Se tiende cuan largo es sobre la alfombra central*) Vomitarán sobre el Bukhara? (*Ríe. Se levanta. Conrado agarra una escoba y los persigue*)

CONRADO —Fuera! Fuera, intrusos! No tienen nada que hacer aquí! (*Logra arrearlos a golpe de escoba hasta la gran puerta. Salen riendo, y haciendo morisquetas, en tropel. Conrado ve al militar que ha quedado atrás, con una figura de porcelana en la mano. Va sobre él, amenazante, pero lo detiene la impasibilidad digna del pordiosero*)

MILITAR (*Mostrándole la figura*) Venden éstos por toneladas . . . Y cada uno de éstos, tranquiliza a un rico . . . Si supieran que con el polvo de esto, se dibujan lunas . . . y en las minas de donde esto proviene, se quiebran espaldas . . . (*Insistencia de la campana de llamada*)

CONRADO (*Débilmente; casi sin convicción*) Fuera! (*El militar deja la figura y se encamina parsimoniosamente hacia la puerta. Sale haciendo un saludo militar. Sin tocarlo*) Fuera . . . (*Otras campanadas. Ladran los perros furiosamente. Conrado se acomoda su chaquet. Se ajusta su corbata, se pasa una mano por el pelo y va hacia la gran puerta. La abre. Da un paso afuera y dice:*) Adelante, señores! (*Se escuchan voces y risas que se aproximan*)

TELÓN

HÁBLAME DE LAURA
1986

PERSONAJES:

Cata
Alberto

ESCENA PRIMERA

Sala de estar de departamento puesto de cualquier manera, desordenada, desganadamente. Cosas que la vida ha ido acumulando sin ton ni son, más bien para sobrevivir que como resultado de un proyecto estético de existencia. Tabla de planchar en medio de la habitación, estufa vieja, ropa colgada a secar, plantas mustias en macetas podridas, alguna jaula vacía, pendiendo de un cáñamo, etc.

Luz de atardecer a través de los visillos rotos de una ventana.

Desde la cocina interior, una melodía de moda.

Luego entra Alberto. Cuarentón, algo gordo, blando, desaliñado. Trae un paquete.

En cuanto entra, tira la corbata y la chaqueta y va a pararse frente a la pecera. Observa un rato a los pececillos moverse en su prisión traslúcida. Luego va hacia un mueble y extrae una caja de lata, de la cual saca unos polvillos que deja caer en la pecera. Mira impasible la voracidad de los peces. Tira los zapatos y se deja caer en el sofá, frente al aparato de la televisión. Lo prende y observa la pantalla. Come galletas del paquete que traía.

Le tele termina por amodorrarle.

Está en eso cuando entra Cata. Sesentona, viste bata desaliñada y pantuflas. Bate algo dentro de una taza. Un cigarrillo apagado le cuelga de los labios. Bizquea al mirar. Se instala junto a Alberto. Ven la tele. Luego . . .

CATA —Llegaste? (*Silencio de Alberto*) No te oí entrar. (*Silencio*) Qué dan? (*Silencio*) Cansado? (*Silencio*) Hoy lavé tus camisas. Nunca sabré cómo haces para ensusiarlas tanto. (*Otra pausa silenciosa*) Linda la chiquilla, no? Cómo las hacen hoy en día! Pura cintura! Pechos, nada! (*La alcanza la taza*) Quieres?

ALBERTO —Qué es?

CATA —Crema de chocolate.

ALBERTO —No es broma?

CATA —No, no es.

ALBERTO —No te vi ponerle azúcar.

CATA —Le puse en la cocina.

ALBERTO —Si es salmuera, te descuero. Hoy, no estoy para bromas.

CATA —Le puse azúcar, te digo . . . Prueba! (*Alberto toma la taza*) Lo preparé para ti. Pensé que vendrías cansado y que una buena taza de crema te reanimaría.

ALBERTO —Si es salmuera, te digo, te descuero.

CATA —Prueba, hombre, prueba! (*Alberto se sirve. Escupe. Cata ríe*)

ALBERTO —Sal! Pura sal, vieja sinvergüenza! (*Medio entre risas también*) Verás cuando sea mi turno! Te llenaré la cama de ají molido! Pondré pólvora en tu café! Te haré sábanas cortas! (*Cata desaparece en la cocina. Regresa con dos tazas*)

CATA —Esto es café, te juro. Toma, sírvete sin cuidado! (*Se instala junto a Alberto, que se sirve, aún con cierto recelo*)

ALBERTO —Hoy no estoy para bromas.

CATA —Por qué? Qué te pasó? (*Silencio, Pausa. Ven la tele. Luego . . .*)

ALBERTO (*Súbitamente*) Hoy entró una cliente con sabañones.

CATA —Y qué hay con eso?

ALBERTO —Que trataba de esconderlos. Eso me puso triste. (*Pausa*) Unos pies colorados, como empanadas. (*Pausa*) Cómicos los pies. Cinco apéndices carnosos saliendo de un muñón plano, como las patas de algún ave marciana. (*Pausa*) Hay algo embarazoso en ello. Nunca terminaré de acostumbrarme. (*Otra pausa*) No parecen humanos.

CATA —Y cómo querrías que fueran los pies de los humanos?

ALBERTO —Alados. Con alas. (*La mira, de pronto, inquisitivamente*) No te peinaste.

CATA —No tuve tiempo.

ALBERTO —Cómo, «no tuve tiempo»? Qué hiciste todo el día?

CATA —Yo? Crucé el Mediterráneo, fíjate! Con Onassis, en su yate. Un viaje de sueño!

ALBERTO (*Sin dejar de inspeccionarla*) Sabes lo que pareces cuando andas así?

CATA —No. Dímelo tú, mejor.

ALBERTO —Un sobaco.

CATA (*Melodramática*) Oh, cruel! Hombre cruel!

ALBERTO —Te gusta andar por la casa como un estropajo viejo, mh?

CATA —Parte del inventario, nada más, hijo.

ALBERTO —Vamos, anda a peinarte! Que crees? Qué porque soy tu hijo no tienes que impresionarme? (*Cata saca unas cintitas del bolsillo de su bata y se ata el pelo en dos greñas coquetas*)

CATA —Y? Qué te parezco, ahora, Robert Redford?

ALBERTO (*Ríe*) Vieja cucú! (*Ambos ríen. Vuelven a la tele. Silencio*)

CATA (*Tras otra pausa*) Flaca la niña, no? A esa la pisa un hombre, y se despernanca.

ALBERTO —Eso crees tú. Esas chincolitos que parecen agónicas, agotan a un toro.

CATA —Si tú lo dices . . . Quieres comer algo?

ALBERTO —Sí. Tráeme queso, por favor. (*Cata sale y regresa con queso en un plato. Alberto se sirve. Ven la tele. Luego . . .*)

CATA —Sigue goteando el calefón. (*Gruñido de Alberto*) Te guste o no te guste, algún día, tendrás que arreglarlo. Ya el muro está hecho un asco, todo lleno de callampas . . . Uno de estos días se nos cae el tabique . . . Todo se desmorona . . . Se nos va tu sueldo en agua. (*Pausa. Ven la tele. Alberto come queso*)

ALBERTO (*Súbitamente*) A propósito de sueldo, hoy, volviendo a casa, pasé donde Belardo. Me contó que habías vuelto a comprarte una docena de berlines.

CATA —Chismoso!

ALBERTO (*Fijando su mirada en ella*) Compraste o no?

CATA —Me los hice empaquetar, sí.

ALBERTO —Pero, compraste o no?

CATA —Ayer, te hiciste mandar media docena de cervezas del almacén de italiano!

ALBERTO —Compraste o no?

CATA —Tú te compras cerveza, y yo me compró berlines, y ya está! No puede una, acaso, disfrutar un poco de la vida?

ALBERTO —Con mi plata, sí. (*Impasible*) Dónde están?

CATA —Qué cosa?

ALBERTO —Los berlines. Dónde están?

CATA —Oh! Déjame en paz!

ALBERTO (*Sin quitarle la vista*) Me vas a decir que te los comiste todos?

CATA —No, todos no. Te guardé unos pocos. Por quién me tomas?

ALBERTO —Cuántos?

CATA —No sé cuantos! Tres, tal vez! Cuatro!

ALBERTO —Tráelos!

CATA —Ahora?

ALBERTO —Sí, ahora. De repente, tengo ganas de comer berlines.

CATA —No creo que te haga bien comer a esta hora. Acabas de llegar del trabajo. Pueden resultar pesados para tu estómago en tensión.

ALBERTO —No te preocupes de mi estómago . . . Tráelos!

CATA —Me los comí.

ALBERTO —Todos?

CATA —Sí, todos, todos, y ya está! (*Ante su mirada impertérrita*) No puedo estar toda la tarde esperando que regreses de esa maldita tienda, no? Te iba a guardar, pero no puedo estar toda la tarde, esperándote!

ALBERTO —Sabes lo que te va a pasar, uno de estos días? . . . Reventarás! Como un globo . . . Estallarás como una gran burbuja de grasa y berlines.

CATA (*Con súbita coquetería*) Oh, vamos! No me has dicho que te gustan las mujeres con un poco de gordura? De qué te quejas? Mh? (*Lo toquetea con provocadora sensualidad, lo que produce un cambio en la inquisitiva apreciación crítica de Alberto. Cata se ordena el pelo y le sonríe y esa sonrisa provoca entre ambos una sensual y afectuosa comunicación*)

ALBERTO —Eres toda una vaquilla gorda, sabes?

CATA —Oh, vamos!

ALBERTO —Crach! Crach, todo el día metida en tu cocina, masticando cremas, juntando grasa . . . como una gran rata guatona, mh? . . . En verdad, pensabas dejarme uno?

CATA —Luché, Momo, luché!

ALBERTO —Ah, sí, luchaste, eh? . . . Crach! Crach! (*Le retuerce los rollizos en la cintura*) Grasa, grasilla, linda chiquilla!

CATA —Oh, vamos! Deja tranquilas esas manos!

ALBERTO —Reventarás un día en esa cocina. Sabes que ése será tu fin? (*La mira*) Y sin embargo . . . oh, qué haría yo sin ti?

CATA —Reventarías también, pero por otras razones . . . Te irías comiendo por los puños . . .

ALBERTO —Sí, en eso tienes razón! (*Suspira*) Oh, Dios!

CATA —Y qué te pasa, ahora? (*Silencio. Pausa. Vuelven a la muda contemplación de la tele. Ella sorbe café. Luego . . .*) Cómo estuvo el trabajo?

ALBERTO —Estuvo . . .

CATA —Le pediste aumento a Lozada? (*Silencio de Alberto*) Vamos, no me oíste? Le pediste o no?

ALBERTO —Lo haré mañana.

CATA —Dijiste que lo ibas a hacer hoy.

ALBERTO —Y ahora te digo que lo haré mañana.

CATA —Hace semanas que dices lo mismo.

ALBERTO —Por qué no me dejas ver la tele, quieres? (*Miran la tele. Luego . . .*)

CATA —Hace semanas que dices lo mismo. (*Silencio, Luego . . .*)

ALBERTO (*Súbitamente*) Lozada tiene cinco niños. Tiene otras cosas en que pensar.

CATA —Claro, y a nosotros, en tanto, que nos parta un rayo, eh? (*Silencio*)

ALBERTO (*De nuevo, de pronto*) Los negocios de la tienda andan mal. Ayer no vendimos un par . . . Hoy, entró la vieja de los sabañones y un obrero que pidió plazo para pagar mil pesos por un par de bototos fallados . . . Y quieres que pida aumento?

CATA —Y eso qué nos importa? Lozada no te contrató para que vendieras arriando a los clientes con un lazo, no? Si no hay venta es cosa suya, no? . . . Además, todo eso me parecen pamplinas . . . Lozada es un zorro. Tiene su tienda en la mejor calle de la ciudad. No hay gato que ande suelto, que no tenga que pasar por su puerta . . . Para mí, eres tú el que no te atreves . . .

ALLBERTO —Nunca entenderás nada.

CATA —Y qué es lo que hay que entender, mh? Qué es tanto, lo que . . . (*Alberto sube el volumen de la tele a decibeles intolerables. Luego vuelve a nivel normal*) Está bien! Si es así como lo quieres yo no . . . (*Alberto vuelve a subir el volumen a nivel aún mayor. Lo mantiene un rato*) Está bien! Calla eso! Cállalo ya! (*Alberto baja el sonido. Come queso. Mira la tele*) Podemos hablar como dos seres civilizados, no? (*Alberto estalla el queso contra el piso*) Está bien! Cálmate! No volveré a molestarte! Nos morimos de hambre los dos, y ya está! (*Cata junta el queso disperso. Lo lleva a la cocina. Regresa con otra taza de café. Alberto en todo ese rato ha mirado la tele comiendo galleta. Después de un rato*) Hoy trajeron un piano al 30 . . . Fue la cosa más cómica del mundo . . . Era uno de esos pianos grandes, negros, de ésos que les dicen «de cola», tú sabes, no? . . . Lo bajaron entre tres tipos de la golondrina de mudanzas . . . Entrarlo al edificio, no fue el problema; tampoco el subirlo los primeros escalones, pero cuando enfrentaron la primera curva de la escala, vieras el lío que se armó! . . . Pusieron unas cuñas y no resultó . . . Después armaron un trípode con unos palos y lo

colgaron de unas lienzas. Tampoco anduvo . . . Y ahí fue donde uno de los tipos se puso a decir que había que subirlo por fuera, tirarlo arriba y entrarlo por la ventana, y vieras la reacción de la mujer del 30! . . . Alegó que había pagado flete a condición que lo subieran por la escala, porque ya había pasado por la experiencia de subir pianos por fuera de edificios de la vez que se le había caído uno de diez metros de altura, y nadie había respondido por la «leña»! (*Ríe*) Imagínate! . . . «Leña». Eso es lo que dijo! No lo encuentras que es para morirse?! (*Alberto no reacciona. Mira la tele. Come galleta*) Al final, los tipos volvieron a llevarse la cosa, y ahí fue donde se armó la de padre y señor mío! El tipo que hacía como de jefe de la cuadrilla opinaba que no le quedaría otra cosa que cambiarse de casa, si insistía tanto en querer tocar el instrumento, y ella . . . que se fueran todos a la misma mierda, atado de sinvergüenzas inútiles, que no les iba a pedir la opinión a ellos, los huevones, donde irse a vivir, y cosas así! Imagínate! (*Espera su reacción, que no se produce*) Después lo cómico se volvió trágico . . . Me dio pena la pobre mujer . . . Echada, ahí, sobre la misma escala, gimiendo en un ataque histérico, que se había gastado diez mil pesos en ese piano, los ahorros de todo un año privándose de cosas, para que ahora la niña se quedara sin practicar . . . que todo eran problemas . . . que estaba cansada de luchar . . . que la vida era tan complicada, y cosas así . . . Después se puso a hablar cosas incoherentes: de unas vacaciones que le había querido dar a la niña, pero que no habían resultado, porque alguien le había robado una polvera . . . de un violín que su hermano había guardado en su casa, y que se había caído de un taxi, rompiéndose contra el pavimento . . . (*Mira a Alberto. Nada. Pausa. Silencio, Luego, de pronto*) Estafaron a esa mujer . . . (*Alberto la mira, ahora*) No deberían vender pianos sin la debida referencia de las condiciones habitacionales del cliente. (*Alberto la sigue mirando impertérrito*) La estafaron, no? Le vendieron el instrumento, sin preocuparse si lo iba a poder usar o no. Esa es estafa, no?

ALBERTO —Te falla o qué? Crees que iban a venir con un metro . . . «No le cabe el piano para la niña, señora; por qué no le compra mejor una mandolina?» . . .

CATA —Tú nunca crees que nadie estafa a nadie.

ALBERTO —Era eso, entonces, eh?

CATA —Qué cosa?

ALBERTO —«Nunca crees que nadie estafa a nadie».

CATA —Vamos, no entiendo tus . . . «insinuaciones subterráneas».

ALBERTO —Meter lo del piano de la mujer del 30, para decirme que Lozada me estafa, mh?

CATA —Te estafa, no? Te estafa! Sólo tú no te quieres dar cuenta!

ALBERTO —Bien, me estafa, ya está, y qué? Déjame tranquilo!

CATA —Claro! Tú puedes opinar, porque no necesitas esa plata! Pero yo no! No puedo andar como tú, tan suelto de cuerpo, regalándome mi trabajo a todo el mundo! Yo necesito un par de anteojos nuevos, y ya está! Que tú, con el sueldo miserable que te pagan, no me puedes comprar! (*Se calma*) Ya no distingo la A de la Z. Paso con unos terribles dolores de cabeza, de tener que forzar la vista, pero eso, a ti, qué te importa! Te da un bledo, los ojos de tu madre!

ALBERTO —Ni un milímetro me importa, en verdad. Nada!

CATA —Lo sabía.

ALBERTO —Por mí, que te estrelles contra los muros . . . Además, para ver la cagada de vida.

CATA —Lo sabía! Hijo ingrato! (*Le arrebata el paquete de galletas*) Y además, ya no comas más! Aquí nadie come, si no sabe ser generoso! (*Se vuelve a calmar*) Además, está tu colesterol . . . (*Le devuelve el paquete, en un exabrupto, al ver su expresión*) Bueno, ya, toma! Come! Llénate el gaznate! Total, para qué me preocupo?! (*Alberto come. Ella vuelve a sentarse junto a él. Ven la tele. Luego . . . Meliflua*) Estamos bien, así, los dos, no crees? Agradable y hogareño. Si no fuera por los ruidos de la tele, sería el limbo, no crees? (*Acercándose a él; arrimándose*) Solos, tú y yo. Madre e hijo, unidos en un inmenso amor mutuo, santificado por la piedad de Dios. (*Quedan un rato, así, en silencio. Luego . . .*) Echas de menos a tu mujer? La echas de menos, a veces, no? . . . O la suplo yo, con creces? (*Ven la tele, unidos. Pausa*) Buen mozo el tipo, no crees? Bonitas cejas . . . Crees que se las depila?

ALBERTO —A Carvallo le dio un ataque epiléptico.

CATA (*Exageradamente vivaz*) No me digas!

ALBERTO —Estaba subiendo unas cajas a los estantes altos, cuando le vino. Cayó en un revoltijo de zapatos y papeles de envolver.

CATA —Pobre hombre!

ALBERTO (*Impasible*) Lo llevaron al baño; dejó todo hecho un desastre. Botó el botiquín. Rajó el guater.

CATA —Santo Dios!

ALBERTO —Lo sacaron de la tienda entre cuatro; casi le quebró un brazo a la enfermera . . . Lozada le pidió la renuncia.

CATA (*Con desconfianza*) Estás inventando todo esto, no es cierto?

ALBERTO —No, pero da un no sé qué, el oírlo, no es cierto?

CATA —Lo que me da, es pena por el pobre hombre.

ALBERTO —Pero no está mal para una tarde sin asunto, no crees? Quieres que te siga contando?

CATA —Siempre que sea verdad.

ALBERTO —Qué crees tú?

CATA —Que es mentira.

ALBERTO —Bueno, entonces, es mentira, y todos contentos. (*Pausa*) Para qué quieres la verdad? . . . La verdad es lata. Sólo la mentira es excitante y entretenida.

CATA —Te oí decir que hoy no estabas para bromas.

ALBERTO —Cómo no voy a estar para bromas si hoy la tienda ardió de extremo a extremo?

CATA —Oh, vamos! Qué estas diciendo?

ALBERTO —No, pero sería divertido, no crees? (*Con súbita y alegre ferocidad*) Sabes que aveces me paro frente a esa maldita tienda y la veo elevarse en llamas? Arder toda la maldita estructura? Encumbrarse en un mar de calzados en llamas, y Lozada, en medio de la calzada, gritando, arrancándose los pelos? . . . Oh, Dios! (*En un nuevo y súbito cambio de humor*) Crees que soy un anormal?

CATA —No, pero se te ocurre cada cosa!

ALBERTO (*Sin oír su respuesta*) Lozada, hoy, trató de violarme.

CATA —Oh, vamos, ya estas!

ALBERTO —Qué? . . . No me crees?

CATA —No está bien que digas esas cosas del señor Lozada, Momo. Es un hombre muy pulcro y muy bueno. Un respetable ciudadano.

ALBERTO —Crees eso, en verdad?

CATA —Claro que lo creo!

ALBERTO —Así que no crees que me viola todos los días?

CATA —No digas tonterías, hombre! Tienes cada manera de razonar!

ALBERTO (*Exaltado, feroz, casi a gritos*) Te digo que trató de violarme! Me arrastró del pelo hacia el baño, y trató de meterme su destornillador! Tienes que creerme! Que no comprendes que, si no crees eso, no puedo seguir yendo a esa maldita ratonera?

CATA —Está bien, te creo.

ALBERTO (*Calmándose*) Eso está mejor. (*Pausa. Vuelve la calma anterior. Luego . . .*)

CATA —A veces me asustas, sabes? Pienso que debes ser muy desgraciado, y eso me apena.

ALBERTO —Yo, desgraciado? Viendo, aquí, la tele, contigo? Imposible!

CATA —Qué quieres que haga? Que salga a trabajar, y me pague mi comida?

ALBERTO —A qué viene eso? Para qué dices leseras?

CATA —Entonces, anímate! Vamos, a ver, cuéntame un chiste! (*Lo puncetea*) Vamos, pongámonos alegres! Vamos, cuéntame!

ALBERTO (*Animándose*) Conoces el chiste del loro que se metió en el baño de la señora?

CATA —Sí, pero no importa! Cuenta de todos modos! (*Alberto enmudece. Cae de nuevo en su melancolía*) Bueno, yo en cambio, te contaré algo más de lo del piano del 30, que te entretuvo, parece . . .

ALBERTO —Fue verdad?

CATA —Claro que fue! Verdad! Lo juro!

ALBERTO —Y tú estuviste, ahí, durante toda la escena, mirando el espectáculo, mh?

CATA —Era imposible no hacerlo. Llegaron haciendo ruido, como si echaran abajo el edificio.

ALBERTO —En esa facha?

CATA —No tengo otra.

ALBERTO —No quiero que te estés ahí con esa bata, a la vista de todo el mundo.

CATA —Oh, vamos! «Todo el mundo», fueron dos niños del vecindario, un perro vago y el mandadero de la tienda de los comestibles. No es una multitud, para avergonzarte de tu madre . . .

ALBERTO —Yo no me avergüenzo de ti . . .

CATA —Sí, claro que lo haces!

ALBERTO —Sólo me avergüenzo que andes, por ahí, con esa bata sebosa, y metiéndote en lo que no te importa. (*Cambio de actitud*) Sabes que tienes un cutis envidiable? (*Le besa una mejilla*) Como besar un ala de mariposa.

CATA (*Coqueta*) Oh, vamos, deja! (*Él vuelve a besarla*) Deja, ya, cargante, te dicen! (*Alberto vuelve bruscamente a su muda contemplación de la tele. Ella se le une. Después de un rato*) Bueno . . . vamos a estar toda la tarde, así, viendo la tele? (*Silencio de Alberto*) Ayer hicimos lo mismo, y antes de ayer y antes de anteayer. (*Pausa*) Me ibas a sacar a pasear, recuerdas? Hace siglos que lo ofreces, pero nunca lo haces . . .

ALBERTO —Anda con tu amiga, la del cachirulo loco y el perro lanudo.

CATA —Mercedes? . . . No es lo mismo.

ALBERTO —La tienes, aquí mismo, en el edificio. Qué problema tienes?

CATA —Es contigo que quiero salir.

ALBERTO —Yo no salgo.

CATA —Sí, ése es el problema. Que nunca sales a ninguna parte. Como madre debería estar feliz, pero como madre también me preocupo.

ALBERTO —Para qué salir? No me entretengo, acaso, contigo y tus bromas? Vamos, hazme una broma! Riamos un poco!

CATA —Ahora, no tengo ganas. Ahora, quiero salir contigo.

ALBERTO —E ir adónde? (*La mira*) A ver, dónde quieres que vayamos, que sea tan magnífico? . . . Quieres que vayamos al circo?

CATA —No es necesario ir al circo para divertirse.

ALBERTO —Ah, no, eh? . . . Y cómo sabes si hoy pasa lo inesperado? A lo mejor, hoy, exactamente hoy, se manda abajo, al fin, el maldito trapecista, y estalla en el piso de aserrín, en un gran estruendo de cabezas rotas?

CATA —Oh, qué desagradable te pones, de pronto!

ALBERTO —O tal vez hoy, exactamente hoy, se queda enredado en la red y no se mata. Qué desperdicio intolerable, no? Nunca deberían poner redes a esos locos, no crees?

CATA —Ya vuelves a ponerte mórbido . . . Hay tantos sitios lindos donde ir.

ALBERTO —Ah, sí, eh? Dónde?

CATA —Tú sabes donde.

ALBERTO —No, no sé; a lo mejor, tú me lo dices.

CATA (*Sugerente, melancólica*) Podríamos ir al campo, los dos. Recuerdas esa pequeña colina donde fuimos una vez? Había tres sauces llorones, recuerdas? Y una pendiente donde crecían florcillas azules . . . Era una mañana neblinosa . . . Me hiciste bajar al pie de la colina, y quedarme entre los sauces, mientras tú me mirabas desde arriba, recuerdas?? Qué mirabas? (*Lo puncetea, mimosa*) A ver, dime, qué mirabas? Nunca me dijiste . . . También habían callampitas, muchas callampitas bajo los sauces . . . (*Pausa*) Eso fue hace mucho tiempo, demasiado casi . . . Fueron los años después que murió tu mujer . . . (*Animada de pronto*) Íbamos juntos a misa, entonces! A mí me encantaba ir a misa, contigo! Con tu traje negro, tu camisa muy blanca, el brazalete negro en tu manga, y tu aire tan . . . pero tan, tan . . . distinguido! Y el sereno dolor en tu mirada! (*Más animada*) Y tu infaltable pañuelo blanco en el bolsillo, pasado a colonia! Esa colonia tuya, que iba contigo a todas partes! . . . Últimamente, ya no la usas, y no te pones pañuelo . . . y no vas conmigo a ninguna parte!

ALBERTO —Es que, hoy, ya huelo a cadáver.

CATA —Oh, Momo, esas morbideces tuyas! Deja ese tono, quieres? (*Pausa*) Entonces, es cierto? No vamos a ir a ninguna parte?

ALBERTO —Nos quedaremos aquí. (*Cata se levanta bruscamente*)

CATA —Entonces, voy con Mercedes!

ALBERTO —Anda! A lo mejor te sale un jaguar . . . o ves a alguien cayéndose de una azotea! (*Cata vuelve a sentarse junto a él. Le acaricia la cara*)

CATA —Oh, Momo! Lo que me preocupa es que tampoco sales con amigos.

ALBERTO —No tengo amigos.

CATA —Y tus compañeros de la tienda, no son amigos, acaso?

ALBERTO —Son compañeros de la tienda, pero no amigos.

CATA —Apuesto que salen juntos . . . Van a algún sitio?

ALBERTO —Sí, a veces van a putas, pero a mí me carga la vieja mulata que te espera a la salida del prostíbulo, y te agarra entre las piernas, si no pagas o reclamas por el ponche con gusto a jabón . . .

CATA —Oh, Momo, qué manera de hablar!

ALBERTO —Quieres oír dónde van los de la tienda, cuando sienten ganas de portarse como niños buenos?

CATA —Dios mío, debe haber alguno que te caiga en gracia! Alguna muchacha . . . La morena de la caja, por ejemplo!

ALBERTO —La «morena de la caja» sufre de acné y tiene menstruaciones históricas que desbordan el Amazonas.

CATA —Santo Dios!

ALBERTO —Carvallo insiste en ir siempre al mismo bar, a oír el mismo tango milongero, que me tiene guatón . . . Benito Ansaldo habla de su hija, siempre de su hija, de lo buena que es, de lo hacendosa, de lo mucho que merecería un marido que estuviera a su altura. Es aburrido hasta el mareo! . . . González y Febrini, sólo hablan de sí mismos. No saben nada, no escuchan nada, no entienden nada. Sólo hablan de sus impresiones, sus opiniones, sus vivencias. No cabe uno, ahí, en nada. No tiene uno donde meterse . . . Y Cuchara! Cucharita! Sólo quiere que lo dejen en paz . . . Va donde los otros van, aunque sea a misa, que le carga. Se sienta entre ellos, como si fuese feliz de sólo sentirles cerca. Generalmente paga todo. Los otros, así, en un gesto cobarde, rastrero, repugnante, dejan pasar las horas, consumen como carretoneros y se codean sonriendo, sabiendo que Cucharita, de lo feliz que está, a la postre pagará todo . . . Es indigno y lastimoso . . . Con gente así quieres que salga?

CATA —Algo bueno habrá en ellos.

ALBERTO —Sí, son todos muy buenos cristianos, que temen a Dios.

CATA —A veces me asustas, sabes?

ALBERTO —Sí, soy así, vieja: terrible y carnívoro! Tendrás que acostumbrarte. Me pariste, no? (*Cata suspira. Ve la tele. Luego . . .*)

CATA —Bonita la muchacha, no? . . . Boquita de fresa!

ALBERTO —Mmh . . .

ESCENA SEGUNDA

Fin de otra jornada de trabajo. La misma hora, al día siguiente. Desde la cocina, acude una melodía. Cata canta al son de ella. Entra Alberto, despeinado, desharrapado, la chaqueta a medio colgar sobre un hombro, la camisa desgarrada. Tizne en la cara. Una canilla a la vista bajo el pantalón enrollado hasta la rodilla. En su camisa y pantorrilla, manchas de sangre. Atraviesa la habitación arrastrándose, botando objetos a la pasada. Cae sobre el sofá. Se queja. A los ruidos acude Cata, batiendo algo en una taza.

CATA (*Grita, viendo a Alberto*) Hijo! Qué te pasa? (*Alberto muge*) Pero, qué tienes, hijo, Dios mío? (*Va a tocarlo*)

ALBERTO (*Chilla*) No! No me toques! No me roces siquiera! Estoy herido! Estoy todo hecho tiras!

CATA —Pero, esa sangre, hijo! Santa Dios! (*Vuelve a intentar una aproximación*)

ALBERTO —No me toques, te digo! Me duele todo el cuerpo!

CATA —Pero, qué te pasó?

ALBERTO (*Desfalleciente*) Me asaltaron!

CATA —Oh, Dios! (*Otro intento de aproximación*)

ALBERTO (*Chillido agudo*) No me toques!

CATA —Pero algo tengo que hacer, Dios mío! No puedo dejar que te desangres! . . . Voy a buscar al doctor! (*Se aleja*)

ALBERTO —No, deja! Ya me estoy mejorando . . . Tráeme una frazada! (*Cata corre y regresa con lo que le piden*) Fórrame las piernas!

CATA (*Procediendo*) Sí, hijo, sí! (*En su apresuramiento le roza una pierna*)

ALBERTO —Ay, cuidado! Qué dolor! Me quebraron unas costillas!

CATA —Santo Dios! Dios Santo!

ALBERTO —Y ahora tráeme un guatero!

CATA —Sí, hijo, sí! (*Cata corre y regresa con el guatero*)

ALBERTO —Pónmelo bajo el traste!

CATA —Por qué ahí, hijo?

ALBERTO —Porque se me heló el poto! (*Cata procede con todo cuidado*) Ahhhh! Qué alivio! Ahh! . . . Y ahora, tráeme un paño con hielo!

CATA —Para qué el hielo, hijo?

ALBERTO —Se me heló la cabeza . . . (*Cata corre y retorna con un paño en el que va vertiendo cubitos de hielo. Sin embargo, ya viene con dudas*)

CATA —Para qué el hielo, si se te heló?

ALBERTO —Pónmelo, te dicen! (*Ella procede. Sonriendo en blanco*) Y ahora, que te parece el espectáculo, eh? Grandioso, eh?

CATA —Tú no tienes nada . . . Me engañaste otra vez, maldito! (*Alberto Ríe. Ella le arrebata el guatero y lo golpea con él*) Te burlaste de mí, canalla!

ALBERTO —Pero, cómo estuve, vieja? Puro teatro, eh? Arte puro! (*Extrae una botellita con «sangre» y la muestra. Ríe a desgañitarse. Ella, al fin, también cede a la risa. Cae junto a él, sobre el sofá*)

CATA (*Sofocada*) Esta vez casi me matas! Oh, Dios! Pero cómo nos divertimos, los dos, eh? . . . Pero, deja, la próxima será mi turno . . . A mi lado, Sara Bernhardt será esa mesa!

ALBERTO —Estamos locos, los dos, mh?

CATA —Un poco, hijo, pero . . . podremos estar en la mierda, a ratos, pero Santo Dios que lo pasamos bien, no?

ALBERTO —Así que, te asustaste, en verdad, vieja, eh? (*Cata le toma la cabeza y se la acaricia. El la «esconde» en su regazo.*

CATA (*Mimosa*) Maldito . . .

ALBERTO —Sabes que hoy, al volver a casa por el mismo camino de siempre, me vino un mareo? Años, viviendo en este mismo departamento, y nunca, jamás, me he vuelto a casa por otro camino . . .

CATA (*Siempre acariciando su cabeza*) Y que hay con eso? Es el rodeo más corto, no?

ALBERTO —Sabes que entre la lavandería del chino Lin Fu y la panadería de los gallegos ladrones, hay exactamente doscientos trece pasos. Ni uno más, ni uno menos . . . Es mareador . . . He pensado que si un día sacan de esa esquina la lavandería del chino, en el hueco que se produce, se derrumba la ciudad . . . Todo se viene abajo, como en un castillo de naipes . . . Siberia cae en un abismo, todo Nueva York se hunde en el mar, y hasta, tal vez, se derrumban las galaxias . . .

CATA —Qué te molesta, hijo?

ALBERTO —Me marea . . . (*Pausa, durante la cual ella le sigue acariciando el pelo*) A veces oigo como hablan los muros de la ciudad: «Ahí viene, otra vez, ese estúpido vendedor de calzados», dicen, cuando me ven venir por la calzada . . . Tic, un paso, Tac, dos! . . . (*Se inclina en un codo; la mira*) Sabes que a veces, hasta he corrido, para ver si corriendo puedo romper con la predestinación, y algún día, tal vez, algún día, vieja . . . la lavandería no esté ahí? . . . Pero siempre está. Y las paredes, como si se rieran en mi cara . . . Entiendes eso, vieja?

CATA —No, no te entiendo, hijo. Qué te perturba?

ALBERTO —Me perturba la seguridad de que mi carne existe, y de que la lavandería del chino tenga un frente de, exactamente, diez y ocho pasos, vieja . . .

CATA (*No entiende*) Me estás tomando el pelo, nuevamente. (*Alberto entiende que no entiende. Hunde su cabeza contra su pecho*)

ALBERTO —Sí, madre, te estoy tomando el pelo! Tic, un corazón! Tac, la lavandería!

CATA (*Riendo*) No, hijo, pero qué haces?

ALBERTO —Tic, la Avenida España! Tac, la Alameda! Toc, el Panteón, donde guardan el hígado heroico del Gran Conquistador!

CATA —Pero, hijo, qué haces? No! (*Alberto le toma la cara*)

ALBERTO —Sabes que para mí tú eres la Virgen Santísima, la Virgen del Pilar, la Virgen de los Suspiros, y todas, todas las Vírgenes juntas? Y que yo te amo, te amo locamente, porque no entiendes nada de nada?! (*La abraza. Trata de rodearla enteramente en su abrazo*)

CATA —Pero, niño, tú estás loco de remate!

ALBERTO (*Tocándole el vientre*) Sí, loco de remate! De modo que, ahí, tic, yo estuve alguna vez, escondido el putitas, toc, esperando no tener que salir nunca, tic, viviendo en una casa prestada? Sabes que yo era, entonces, un grandísimo, un enormísimo maricón, madre?

CATA —Oh, Momo, en verdad . . . (*Alberto le tapa la boca*)

ALBERTO —No, no digas nada! No te muevas! No respires siquera! (*Pone su cabeza contra el vientre de ella*) Tal vez aún me escuche respirar, ahí dentro! Qué tibio, qué húmedo debió estar! No, no te muevas! Déjame escuchar mi sangre en la tuya! (*La mira de pronto*) Nunca quisiste expulsarme de ahí, vieja? En verdad, nunca se te ocurrió la idea de echarme fuera? En todos esos largos, lentos, inacabables nueve meses?

CATA —Oh vamos, Momo, qué dices?

ALBERTO —Nunca, en un arrebato, así, violento, se te pasó por le mente . . . abrir la bolsita y sacar fuera esa cosa caliente, intrusa, que te ataba al vejamen y la humillación? (*Cata no quiere escuchar*) Ni en tus peores momentos, vieja? (*Ella se tapa los oídos*) Cuando papá te dejaba sola, en medio del frío, para irse con las otras mujeres? Sola frente a tu idiotez de haberte dejado preñar por un gitano vagabundo?

CATA —Ya, Momo, no más! No sé que te pasa, hoy día!

ALBERTO (*Sonrisa vacua*) Lo que me pasa, hoy día, es que me duele el alma, vieja . . . Y lo hago en memoria de mi padre, que debe haber sido el hijo de la gran puta.

CATA —Te equivocas en eso! Tu padre era todo un caballero!

ALBERTO —Oh, sí, claro! Un caballero! Con polainas, sombrero hongo, y el alma llena de murciélagos! Hoy estuve pensando en él, mientras

volvía a casa, sabes, y siempre me pongo triste cuando me viene su recuerdo, y se me llenan las venas de sangre negra. (*Se recuesta en el sofá*) Pero, a ver, cuéntame de él! Ponte poética!

CATA —Así, en ese tono burlón, ni muerta!

ALBERTO —Vamos, háblame de él! Qué te pasa? No lo recuerdas con devoción?

CATA —Lo que no soporto es que tu burla manche su memoria.

ALBERTO —Entonces . . . requiem a mi padre!

CATA —En verdad, no sé que se te ha metido en el cuerpo, hoy día! Prefiero irme a la cocina, mientras te calmas. (*Sale hacia la cocina*)

ALBERTO (*Grita tras ella, siempre en el mismo aire festivo, burlón*) Vieja cobarde! Escapista! (*Prende la tele. La mira sin verla. Está a mil millas, cuando regresa Cata, batiendo la taza. Le ofrece*)

CATA —Quieres?

ALBERTO —Qué es? Cicuta?

CATA —Simplemente crema de chocolate.

ALBERTO —Eres incansable en eso, eh? Nunca se te ocurre hacer otra cosa?

CATA —Prueba!

ALBERTO —No está salmuera? Hoy no estoy para bromas, vieja, ya te dije.

CATA —Prueba, te dicen! (*Alberto se sirve*)

ALBERTO —Es crema.

CATA —Y qué creías que era?? Baba de murciélago? (*Alberto come. Ella se instala junto a él, a verlo comer. Luego, después de un rato*) Y? . . . Pediste aumento? . . . Necesito anteojos! Ya no veo casi nada! (*Alberto indiferente*) Le tienes un miedo jurado a Lozada, eh? Sabes que es como cualquier hombre?? Que te asusta tanto en él? Estoy segura que si reúnes coraje y te le enfrentas, te aumenta! (*Alberto silencioso*) A qué le tienes miedo, Dios mío? Después de todo, eres el mejor vendedor de la tienda, y eso hay que pagarlo, no? (*Alberto deja caer el plato*) Lo digo, porque lo veo en ti, caramba!

ALBERTO (*La mira, ahora*) Qué ves en mí, a ver, dime? Qué ves en mí?

CATA —Que tienes pasta para destacarte en lo que te propongas! Eso veo, y ya está!

ALBERTO —Y el problema en que no me propongo nada, dices, eh?

CATA —Eso! (*De pronto, con rabia*) Te hubieras destacado en lo que hubieras querido, caramba, y tú lo sabes! El problema es que siempre has sido un apocado, y eso es! (*Pausa*) Ya sabes lo que pienso . . . (*Pausa. Rumían un rato, ambos, en silencio. Luego . . .*)

ALBERTO —Laura piensa lo mismo.

CATA —Y quién es Laura?

ALBERTO —Nunca te hablé de la chiquilla nueva que entró a la tienda?

CATA —No, nunca me hablaste.

ALBERTO —Me acuesto con ella.

CATA —Oh, ya estás de nuevo!

ALBERTO —Es verdad, verdad! . . . Es una muchacha muy mona; una verdadera preciosidad . . . Es tan fea que Lozada no sabe si meterla adentro, a embalar paquetes, donde no puedan verla los clientes, o despedirla en el acto . . . En verdad, no sé cómo se coló. Debe haber sido por la alcantarilla, el último invierno, en la crecida de las ratas . . . Es casi tan fea como yo, y eso ya es mucho decir, no crees?

CATA —Habla en serio. Existe esa muchacha?

ALBERTO —Existe, existe! . . . Nos pegamos unas noches de amor, que vieras! Cabalgatas bajo la luna, en potros de nácar! . . . Tiene la piel toda cubierta de escamas, en que la luna se refleja en visos de plata! (*Le muestra su cuello*) Me muerde aquí, ves, y me deja su perfume! Mira, huele! (*Cata no lo hace*) Ella también dice que me apoco . . . Opina que asumo ante Lozada una actitud servil . . . Y también le gusta el juego del «hubieras»! . . . Si yo «hubiera»! Si tú «hubieras«! Si nosotros «hubiéramos»! (*Pausa*) Ayer, Lozada quiso café, y yo se lo preparé, y lo llevé a su escritorio . . . Laura quedó frenética . . . Dijo que sólo me faltó «reptar» ante él!

CATA —Lo estoy viendo . . . Yo te hubiera dicho lo mismo . . .

ALBERTO —«Hubiera», ves?

CATA —Bueno, sí, «hubiera», y qué, caramba?

ALBERTO —Que tú estás aquí.

CATA —Qué quieres decir?

ALBERTO —Que si estuvieras allá, y Lozada te pagara tu sueldo, y quisiera café, también reptarías.

CATA —Él no te paga para que le hagas café.

ALBERTO —No, pero tampoco me paga para que *no* se lo haga.

CATA (*Impaciente*) Oh, cuándo te vas a despabilar, Dios mío?

ALBERTO —La convidé a salir.

CATA —A quién?

ALBERTO —Laura.

CATA —Y ella aceptó?

ALBERTO —Y por qué no, si soy el mejor vendedor de la tienda?

CATA —Oh, Momo, no sabes lo que eso me alegra!

ALBERTO (*Inconmovible*) Tiene papá y mamá.

CATA —Bueno, casi todo el mundo tiene, no?

ALBERTO —Es que este papá y esta mamá son algo muy especial. Viven en un nido, en lo alto de un pino.

CATA —Vamos, habla en serio alguna vez!

ALBERTO —En verdad quieres que te hable en serio?

CATA —Hace rato que te lo estoy pidiendo, no?

ALBERTO —Bien entonces, pero primero tráeme una cerveza.

CATA —Bueno. (*Cata sale y regresa con una botella y vaso. Le sirve. El bebe con fruición*) Háblame de Laura.

ALBERTO —Está bien. Ahora viene, entonces, el cuento triste de cómo el niño Alberto salió con la niña Laura . . . pero no te pongas a llorar después, eh?

CATA —No lo haré.

ALBERTO —Aquí va, entonces, la triste historia de un viudo, entrado en años, y una tímida y fea niña, y sus dos padres posesivos . . . Laura tiene un tic: se cree inservible. Alberto también tiene el suyo: se cree fracasado . . . y entonces, se juntaron esos dos remisos y criaron un engendro de relación . . .

CATA —Tú no eres un fracasado!

ALBERTO —No me interrumpas, Cata! Déjame contarte! . . . Sabes dónde fuimos, cuando esos dos salieron la primera vez?

CATA —Dónde?

ALBERTO —Al cementerio.

CATA —Oh, Santo Dios!

ALBERTO —A la niña Laura le gusta ver las tumbas; al niño Alberto también. Encontramos de inmediato un gusto en común . . . Primero fueron a una fuente de soda, a tomar un helado, y vi que manoseaba mucho el cierre de su cartera y no me miraba . . . El, por su parte, hizo diez botecitos con las servilletas de papel, y tampoco sabía donde colocar su mirada . . . Hablamos de un montón de cosas; ella le contó que tomaba clases de canto, y él, que volvía a casa siempre por el mismo camino . . . No se asustó. Lo tomó como la cosa más natural del mundo, porque también parecía estar familiarizada con esa rutina, y eso me devolvió el habla . . . Se puso él, tremendamente locuaz . . . Le hablé de ti, de la pecera, de la tienda de Lozada, de mi colesterol, y de todos, todos, todos mis grandes proyectos nunca realizados . . . Se hicieron grandes amigos . . . No se asustó ni una sola vez con todas las barbaridades que él le contaba, y eso fue muy estimulante para él . . . Volví a creerme un tipo normal . . . Al final, hablaron de sus gustos, y surgió lo de las tumbas . . . Fuimos allá, y desde entonces, hemos vuelto un par de veces . . . Anda los dos entre las lápidas, tomados de la mano, y yo le cuento de las películas vistas y ella de las que nunca verá . . . (*Cata se levanta*)

CATA —No creo una sola palabra de lo que me cuentas! Odio esos cuentos mórbidos tuyos! Veo que hoy no estás para conversaciones! (*Sale, Alberto grita tras ella*)

ALBERTO —Entonces no quieres que te cuente lo de las lagartijas . . . que andan entre los mausoleos? (*Espera su reacción*) Pequeños saurios que acechan desde los ojos de las calaveras? (*Espera. Luego . . .*) Sabes que Lozada estranguló, hoy, a su hija? (*Espera*) . . . Hacíamos caja, cuando entró arrastrando del pelo al cadáver de la niña! (*Espera*) Hace días que andaba frenético con ella! Imagínate, querer casarse con Febrini, el infeliz, que sólo gana quince mil al mes! Quién puede darle una vida digna a su mujer, con ese sueldo? Pura miseria, no te parece?! (*Regresa Cata. Trae una camisa limpia. Se detiene en el marco de la puerta, desde donde lo mira. Cruza con él una mirada de triste desolación. En otro tono; íntimo, casi lastimero*) Te cuento el cuento del cuento de cómo el triste niño Alberto salió con la triste niña Laura?

CATA —Oh, Momo!

ALBERTO (*Un niño que cuenta un cuento*) Las lagartijas son unos espectros de las tumbas. Surgen amenazadoramente entre los musgos, acechando los crujidos de la carne . . . Son los testigos mudos de la descomposición del hombre . . .

CATA (*Cansada*) Ven, sácate esa camisa sucia! Tengo que lavarte esas manchas!

ALBERTO —Qué espantoso soy, no?

CATA —Insufrible a ratos . . . Vamos! Sácate eso! (*Alberto obedece dócilmente. Queda con el torso desnudo. Lo hace buscando una sonrisa en el rostro de su madre. Luego flecta un brazo. Muestra el bíceps. Hace de Tarzán. Muestra el codo*)

ALBERTO (*Cómico*) Un muñón, ves? . . . Sabes cómo me salió? . . . Blandiendo calzadores de zapatos! Tu hijo tiene puros muñones, ves? De brazos, nada! De piernas, nada! Sólo un par de muñones ofensivos, ves?

CATA (*Complaciente*) Payaso!

ALBERTO (*Gruñendo como un gorila, tratando de «abrazarla», con sus moñones*) Uuuumba, burumba! . . . Ua, ua, ua!

CATA —Ya, deja ya!

ALBERTO (*Metiendo sus «palmetas» en su cuello*) De manos, nada, ves? Sólo un par de palmetas planas, como dos gigantescos calzadores de zapatos! Ves?

CATA (*Riendo ahora*) Ya, deja, te dicen, cargante!

ALBERTO (*Procurando meterle un beso*) Un beso para el payaso! Un picolo bacchio para el palmeta!

CATA —Ya, deja! Oh, qué espantoso eres!

ALBERTO (*Un súbito cambio de actitud, intempestivamente*) Te cuento el cuento de cómo al niño Alberto lo echaron, hoy, de la pega?

CATA (*Paralogizándose*) Oh, niño! Eso, ni en broma!

ALBERTO —Pero si es cierto! Sólo no sabía cómo anunciártelo!

CATA —Aunque quieras bromear sobre eso, sabes que Lozada jamás te echará!

ALBERTO —Y por qué, dices tú?

CATA (*Saliendo con la camisa sucia*) Porque sin ti, su negocio no vale nada, y él lo sabe.

ALBERTO (*Un grito*) Oh, Cata, Cata, Cata, Cata! Cuando te oigo decir esas cosas, me estalla el pecho, sabes?

CATA (*Viendo hacia él, casi siseando*) Lozada, sin ti, no vale nada, y él lo sabe! Sin ti, Lozada se hunde! Sólo tú no lo quieres ver! . . . Por eso no te promueve, ni te aumenta, para tenerte, abajo, al alcance de sus pies! Despierta, grandísimo tontón!

ALBERTO —Oh, Cata, deja de soñar, quieres? Que no ves que me abrumas con tus sueños? (*Cata quiere alejarse, pero él la retiene de un brazo*) Sabes lo que le hizo, hoy, una cliente, al hijo predilecto de tus entrañas?

CATA —No quiero saber!

ALBERTO —Estaba agachado a sus pies, probándole unos botines que no le gustaban, pero como yo le insistía, porque tenía a Lozada a mis espaldas y era una mercadería que él tenía especial interés en vender . . . sabes lo que hizo? . . . Me levantó de una oreja!

CATA —No te creo!

ALBERTO —Y tu Momo . . . sabes lo que hizo, entonces, tu Momo?

CATA —No quiero saber, ya te dije!

ALBERTO —La escoltó hasta la puerta, con los ojos de Lozada siempre fijos en él, y le dijo: Gracias! . . . Y sabes, Cata, lo que ese Gracias significa? (*La suelta al fin*)

CATA (*Casi desafiante*) Y qué es lo que quieres, ahora? . . . Que declare que eres un fracaso, y puedas sentirte mejor? . . . Revolcarte en tu autocompasión? . . . Es eso lo que quieres? . . . Crees que eso nos hará sentir mejor a los dos?

ALBERTO —Quiero que me veas como soy realmente! Que no te das cuenta que si me miras como soy, también yo mismo podré verme mejor?

CATA (*Con el mismo desafío*) Lo que pasa es que tú nunca quisiste comenzar nada!

ALBERTO —Comenzar?

CATA —Iniciar una vida distinta . . .

ALBERTO —Inicié, Cata, inicié! No seas injusta!

CATA —Claro! Compraste esa librería, y . . .

ALBERTO —Qué era una trampa!? No te diste cuente de eso, vieja? Un cebo que me abrió un tipo con rostro de cartulina? . . . No recuerdas como, luego, comencé a navegar en un mar de úlceras y venenos y llegué a ser el tipo más lastimoso del mundo? . . . No recuerdas que iniciamos, entonces, nuestros juegos más feroces? . . . Porque cada vez que volvía a casa, como guerrero derrotado, con mis facturas vencidas, y mis letras sin pagar, más te invitaba a ser mi verdugo? No te acuerdas ya? . . . Te olvidaste? . . . (*Silencio largo. Cata va a la cocina. Alberto se levanta y le habla desde el marco de la puerta de comunicación*) Soy una ameba, vieja . . . Un protoplasma, apto para todo ajuste . . . Soy todo cerebro y nada de cuerpo . . . Sólo un gran ojo que mira su propio ombligo . . . (*Silencio, luego, dolorosa, evocativa, casi nostálgicamente*) No quieres que te cuente como entró, hoy, a la tienda, una mariposa? (*Prosigue hablando, más bien como a sí mismo, en su clásica diatriba propia de él, vacua de contenido, auto-gratificante, desesperada, con ese sello tonto, burlón, alegre y juguetón, con que los niños hablan, a veces, ante sí, cuando saben que están solos y es muy divertido lo que dicen, y acompañan sus palabras con gestos y muecas cómicas y payasescas*) En el espacio de luz que se proyecta entre los dos escaparates de la entrada, la vimos de pronto, todos . . . volando en el rectángulo de sol, cimbrándose arriba y abajo, en el humo azuloso, como sin decidirse, si entrar a esa extrema y repugnante fealdad de la tienda o quedarse afuera, vibrando sobre el tráfico y los ruidos. Al fin pareció decidirse, y revoloteando dos veces sobre nuestras cabezas, fue a posarse sobre una caja de zapatos del 39, de ésos de «la sensual línea italiana, ajustada a la viril necesidad del hombre» . . . Todos la miramos. Movidos por no sé que necesidad de belleza, interrumpimos nuestro trabajo y nos dejamos llevar por la magia del momento. Hasta Lozada levantó su cara congestionada, electrizado, como nosotros, por una chispa de inspiración divina, hasta que un grito . . . un repentino alarido . . . nos volvió violentamente a la realidad! Era Lozada, chillando que sacaran al energúmeno! . . . Y ahí se acabó todo! (*Queda sumido en reconcentrada melancolía, de la cual sale, sin embargo, de pronto*) No quieres saber lo que le pasó? . . . Murió, imagínate! . . . Y sabes en que funestas y crueles circunstancias? (*Silencio de Cata*) Expiró entre los dedos de González! Entre los gordos y pringosos apéndices carnívoros de González! Ese caimán de alcantarilla! (*Pausa*) Requiem a una mariposa . . . Qué crees, Cata? Verdad o mentira? (*Otro largo silencio sin respuesta*) Cata! . . . (*Silencio*) No quieres saber cómo entró, hoy, a la tienda, un . . . paquidermo? (*Silencio*) Oh, Dios! (*Suspira. Regresa Cata. Pasa a su lado trayendo un extraño pantalón cosido y lleno de*

parches, como de payaso. Alberto la observa pasar y ve cómo se sienta en el sofá. Ella lo queda mirando)

CATA —Momo, no nos sintamos más miserables de lo necesario, no crees? (*Alberto va a sentarse a su lado*)

ALBERTO —Bueno, ya que no quieres creer que me echaron, nos limitaremos a mirar la tele, estricta, meticulosamente, no te parece? (*La prende. Ella la apaga*)

CATA —Vamos, contémonos algo divertido! O quieres que te haga la broma del pantalón? Tratas de meter tus piernas y no puedes, y nos morimos de la risa . . . Te parece? . . . Nos divierte cada vez que la hacemos . . . (*Le muestra el pantalón*) Vamos, mh?

ALBERTO —Eres bonita, sabes? Bajo esa piel pálida de cuarto sin ventilar, tienes carita de niña . . . Sabías que cuando te miro así, siempre me enamoro de ti?

CATA —Ya, tonto, deja eso!

ALBERTO —Eres la más hermosa de las madres. Sabías eso? . . . A ver, vamos, cuéntame: cómo eras de joven?

CATA —Me has hecho contarte eso mil veces.

ALBERTO —Que sea ésta la mil uno, entonces. Vamos, cuenta!

CATA —Íbamos a hacer la broma del pantalón, no?

ALBERTO (*Siempre mirándola*) Al diablo el maldito pantalón. Cómo eras, vamos? Pero primero, hazte los cachirulos! (*Cata se arregla los cachirulos. Es un gesto habitual en ella. Son uno o dos toques, y un par de cintitas a mano, y ya está ahí, ella, con dos bucles coquetos junto a las sienes. Con saliva se arregla también un par de rizos junto a la oreja*)

CATA (*Mostrando el «efecto» de su arreglo*) Era bonita.

ALBERTO —Y lo eres todavía . . .

CATA —Pero no te reirás de mí, mh?

ALBERTO —Cuenta!

CATA —Como ya te he dicho otras veces, era una joven muy agraciada. Antes había sido una de esas niñas tubulares, de piernas rectas y estómago redondo, que suelen verse por ahí, pero después de la pubertad fui una joven muy agraciada . . . Te ríes de mí, ves?

ALBERTO —Sigue, Cata, sigue! No me río de ti, Dios mío! Pero llega luego a lo del teniente, que es lo que más me impacienta oírte contar!

CATA —Lo conocí en un trasbordador . . .

ALBERTO —Sí, lo conociste en un trasbordador . . . sigue!

CATA —Estaba con mis padres. Hacíamos un viaje a las islas. Una orquesta tocaba en cubierta. Paseaban muchas señoras de blanco, con sus niños celestes y sus niñeras de azul . . . Un mendigo estaba

parado bajo uno de los botes salvavidas; extendía su mano colorada y callosa . . . Era muy viejo; le temblaban las piernas y tenía un ojo de vidrio . . . El viaje duró dos horas, y durante esas dos horas el viejo nunca dejó de estar ahí, sin mover un dedo, inmóvil, con la brisa del mar agitando sus greñas blancas . . . Nadie le daba nada; la mano permanecía vacía . . . Al menos, yo no vi a nadie darle nada, durante todo el viaje . . . De pronto, una gaviota se paró sobre una de las jarcias que sujetaban el bote . . .

ALBERTO —Oh, Dios mío, di eso de nuevo!

CATA —Siempre tengo que repetir lo mismo!

ALBERTO —Dilo!

CATA —Jarcias . . .

ALBERTO —Oh, Dios, cómo me gusta la manera como lo dices! Es como si de repente la pieza se me llenara de olor a brea, a algas, a estrellas de mar! Lo decías de joven tal como lo dices ahora?

CATA —Sí . . . jarcias, supongo.

ALBERTO —Yo me habría enamorado locamente de ti, de sólo oírte decir eso! Jarcias! Envidio a ese sucio viejo del ojo de vidrio! Verte decir «jarcias», con tus labios mojados de brisa salina, y gritar al viento mi amor, derrotando el rugido de las olas, habría sido una sola cosa!

CATA —Estás cada día más loco! Tú le tendrás envidia; yo le tenía terror! (*Ríe*)

ALBERTO —Y el teniente . . . también te miraba los labios, mientras lo decías?

CATA —Nunca tuve ocasión de decirle esa palabra . . .

ALBERTO —Bien, pero sigue! Sigue!

CATA —Después de esas dos horas, llegamos a un puerto, muy verde, con casitas de todos colores, trepando las colinas que rodeaban la rada. El cielo del puerto estaba todo lleno de mástiles y velámenes. Gente pasaba en el malecón. Señoras de blanco, niñeras de azul, niñitos de rojo, naranja y celeste . . . Parada en cubierta, con todo mi cuerpo apoyado en la baranda, mi vista se iba por las casitas del puerto, hasta el bosque de pinos que el viento del mar, agitaba en lo alto de la colina. (*Exaltándose*) Trepé por el sendero lleno de sol. El teniente me seguía. Mi corazón me agitaba el pecho y la sangre me golpeaba los tímpanos, mientras trepaba, liviana, alegre! . . . Hubiera podido morir de lo excitada que me sentía. Todo mi cuerpo esponjándose en una gran burbuja de ardor! . . . Llegamos al bosque, que era mi meta . . . Había un muro. No supe lo que era: un fuerte viejo, tal vez, o un convento abandonado . . . Grandes aves levantaban el vuelo desde las almenas y revoloteaban sobre nuestras cabezas . . . Y había un poste! Un poste negro que surgía, duro y amenazante! . . . No podía quitar la vista de ese poste, mientras nos acercábamos . . . Sentía que se me venía encima! . . . Las grandes

aves chillando sobre mis ojos! Y el teniente, siempre junto a mi sombra! . . . Abajo, en el puerto, mis padres me hacían señas! . . . Veía sus pañuelos blancos agitándose en la brisa de la rada! . . . De pronto, perdí mis sentidos! . . . Una dulce sensación de dicha me invadía . . . Todo entraba en mí; el puerto, la brisa, las aves, el brillo del agua . . . El pasto verde y tierno al alcance de mis manos . . . Y el ojo del viejo, ese ojo yerto . . . fijo . . . brillante, mirándome . . . concentrado en mí, como un dedo . . . como un poste! (*Aceza, toda agitada*) . . . Todo acusándome penetrando en mí . . . caliente . . . brillante . . . enceguedecedoramente! (*Pausa*)

ALBERTO —Eres toda una poetisa, cuando te lo propones, sabes? . . . (*Cata se arregla el pelo*)

CATA —No soy siempre la vieja que mira por la ventana.

ALBERTO —Bueno, me aburrí ya con el cuento del teniente enamorado! Ahora ponte el pantalón! Divirtámonos un poco! (*Se lo pasa a ella*)

CATA —Eres tú el que tiene que hacerlo. No te recuerdas ya?

ALBERTO —Está bien. (*Alberto trata de «ponerse» el absurdo pantalón, cosa que obviamente no consigue. Es un juego desolado, de deprimente jocosidad, que hace reír a ambos. El efecto final es que Alberto se convierte en un espantajo con eso puesto*)

CATA (*Aplaude entusiasmada*) Bien! Bien!

ALBERTO (*Sacándose esa cosa*) Qué juego más idiota, oh Dios! (*Con súbita exaltación*) Cata . . .

CATA —Sí?

ALBERTO —Te cuento el cuento de cómo me echaron, hoy, de la pega?

CATA —Oh, ya comienzas de nuevo! Iré a preparar un café! (*Sale*)

ALBERTO (*En tanto va saliendo*) Entonces, juguemos el juego de las jubilaciones! Hace tiempo que no lo jugamos! (*Desaparece Cata. Él espera. Cuando ella regresa con el café*) Qué hará el niño Alberto cuando lo jubilen? He ahí un acertijo para la tele! (*Imita*) «Señora, qué cree usted que hará el niño Alberto cuando lo jubilen? Si acierta, va a Hawaii, con todo pagado, con el orangután que se le mete en la cama, toda las noches»! . . . (*Espera alguna reacción de ella, lo que no se produce. Ella se limita a pasarle el café*) «Cree usted que tendrá el valor de pegarse en tiro?» (*Silencio de ella, que se instala a su lado, sorbiendo de su taza. Siempre sin dejar de mirarla*) Especular qué haremos para el día que nos jubilen forma parte de nuestra mejor tradición cultural. Lo sabías? . . . Porque jubilar es como vengarse . . . Sabes qué sueño cruza por mi mente con más frecuencia, para el día en que me condenen a la jubilación? A ver, deduce!

CATA —Tú no sueñas con nada.

ALBERTO —Te equivocas. Hay un sueño que cruza por mi mente, como una dorada inspiración . . .

CATA —Tiemblo con qué vas a salir.

ALBERTO (*Ríe*) Ir a mearle el tarro de la basura a Lozada . . . Te imaginas placer igual? Ponerme la corbata, frente al espejo, acicalarme prolijamente con mi mejor terno, ir a hacer gárgaras al baño para asearme bien la boca, calarme tal vez un calañé, agarrar el bastón, e ir a mearle el tarro a Lozada, en una ceremonia, así, casi religiosa . . . prolija, meticulosamente . . . hasta la última gota, y después volverme a casa, a leer el diario, como si nada hubiera pasado . . . Te imaginas algo más . . . gozoso?

CATA —Dios Santo!

ALBERTO (*Sonriendo tontamente, al vacío*) Otras veces sueño con que secuestraré a sus hijos . . . Los llevaré a una cabaña abandonada, donde los tendré a sal y agua, hasta que no sean más que piel y huesos, para devolvérselos después, con una etiqueta ensartada en sus solapas: . . . «Toma Lozada, para que te diviertas» . . .

CATA —Oh, Dios, termina con eso, quieres?

ALBERTO —Sí, es el sueño más idiota que pueda imaginarse, pero me produce placer, que quieres tú! . . . Y lo peor es que Lozada es un buen tipo, sabes? . . . No sé por qué sueño con someterlo a esas torturas? . . . Porque en el trasfondo más recóndito de su alma maldita, es un buen tipo . . . Llora por los niños de Biafra, los refugiados de Cambodia, la guerra de Nicaragua . . . No sabe qué partido tomar, claro, pero llora! . . . No piensa nunca en los estúpidos vendedores de calzado, en los simples, redondos, concretos e imbéciles vendedores que están a su cuidado, claro! Tiene que pensar en los niños de Biafra para que le surjan lágrimas . . . pero es un buen tipo! (*Cata prende la tele*) Qué hacen?

CATA —Prendo la tele. Es obvio, no? . . . Comienzas a difarear, y eso ya no me espanta. Sólo me aburre.

ALBERTO —Tienes razón. Mejor veamos la tele . . . (*Se acomoda en contra de ella, arrellanándose en contra de su hombro. Muy luego*) Podría aprender a tocar guitarra, qué te parece? (*Ríe*) O pintar, tal vez . . . Como Renoir. No dicen que el viejo agarró su primer pincel cuando ya se la caían las tazas? A lo mejor, también tengo talento, cómo sabes?

CATA —Ve la tele y calla.

ALBERTO —O podría hacer el jardín.

CATA —No tenemos jardín.

ALBERTO —Lo hago en cacerolas viejas, como las viejas ricas del barrio alto . . .

CATA —En las mías, no.

ALBERTO —Traigo de los baldíos, entonces . . . y te crezco flores tropicales, qué te parece? Tremendas y ardientes flores por todo el departamento! . . . Y todo lleno de aves tropicales revoltando por ahí! (*La mira*) No te gustaría eso? (*Le hace cosquillas*) Crecerte grandes y gordas calabazas tropicales, como enormes tetas, bajo la enagua?

CATA (*Riendo a desgana*) Ya, deja, ya, cargante! (*Alberto la abraza*)

ALBERTO —Ven, dame un beso! Un bacchio salivoso para este energúmeno! (*La besa*)

CATA (*Riendo; debatiéndose*) Ya, deja, ya, tonto! (*Por la tele*) Mira! Mira la muchacha!

ALBERTO —Boquita de almendra!

CATA —Mira la tele, ya! . . . Ya!

ALBERTO —Boquita de fresa!

CATA —Mira la tele, te dicen, hombre! (*Un grito desgarrado de Alberto*)

ALBERTO —No quiero ver la tele! No tengo ganas de ver la tele cabrona! (*Se calma*) Lo que quiero es enamorarme locamente de ti, no lo ves? . . . Ver que te crezcan flores tropicales por todo el cuerpo! Llenarte el alma de flores, que te surjan por todos los poros! (*Se calma más aun; casi sollozando*) Estallar contigo sobre estos techos . . . Volar contigo hasta el confín del mundo . . . (*Llora ahora francamente*) No quiero ver la tele . . . Que no ves que no la quiero ver? (*La abraza. Se refugia en ella. Ella lo consuela*)

ESCENA TERCERA

Fin de la tercera jornada de trabajo. La misma hora. Al día siguiente.

Cata, descuidada, desaliñada, como siempre, vistiendo su baía imposible, plancha una camisa sobre la mesa del comedor. Un cigarrillo apagado cuelga de su boca. La tele emite un programa que ella no mira. Sus reflejos azulados bailotean sobre el muro de enfrente.

De súbita, un humo tenue comienza a penetrar bajo la puerta de entrada y, sin que ella lo perciba al comienzo, se extiende por el piso de la habitación, pesadamente, cubriéndolo todo. Ella huele a quemado, ve el humo y entra en pánico.

CATA —Oh, Dios! Fuego . . . Fuego! (*Corre hacia la puerta. Quiere abrirla, pero está cerrada. El humo sigue entrando. Ya está todo lleno de él*) Oh, Dios! Diosito mío! (*Corre locamente por la habitación, sin ton ni son, agarrándose la cabeza. Al final, se le ocurre algo y corre hacia*

la ventana. La abre y grita afuera) Señora Clotilde! Socorro! Hay fuego en la casa! . . . FUEGO!! (*Voces afuera, Carreras*)

VOCES —Dónde? . . . Dónde?

CATA (*Ahogada*) Aquíí! Bajo mi puerta! Ya está todo lleno de humo! Socorro! Sáquenme de aquí!

VOCES —Vamos! Ya vamos!

CATA —Apúrense! (*Corre otro tanto, desatinadamente, de un extremo a otro. De pronto, un estruendo y la puerta de entrada se abre de par en par. Es Alberto que está, brazos abiertos, en el vano*)

ALBERTO (*Melodramático*) Mamá! Mamacita! Vengo a salvarte!

CATA —Ay, hijo! Hijito!

ALBERTO —A mis brazos! (*Se abalanza hacia ella y la levanta en vilo. Corre con ella hacia la puerta*)

CATA —Espera, hijo!

ALBERTO (*Deteniéndose*) Qué pasa?

CATA —Mis cosas, hijo! Mi collar! Mi traje de novia! (*Alberto corre con ella en brazos, en redondo, por toda la habitación*)

ALBERTO —No hay tiempo! Ya está todo en llamas!

CATA —Las fotos de mi madre!

ALBERTO —Todo inútil, ya! Todo en llamas!

CATA —Mis anteojos! No veo nada sin mis anteojos!

ALBERTO —Inútil! Inútil!

CATA —Qué haces? Por qué corres en redondo? Sácame de aquí!

ALBERTO —Todo inútil! Ya no hay escape!

CATA (*Comenzando a patalear*) Que me saques de aquí, te dicen! Qué haces? (*Alberto sigue corriendo en redondo*) Suéltame! Que me sueltes, te dicen! (*Zapatea furiosamente ahora; chilla*) Suéltame! Déjame! (*Alberto la deja caer bruscamente sobre el sofá*)

ALBERTO —Fin de fiesta! Aquí morimos todos! Siempre dije que nuestro fin sería el infierno!

CATA —Volviste a engañarme! . . . Volviste a tomarme el pelo, ratón! Ratón de alcantarilla! (*Alberto corre a grandes zancadas hacia afuera y retorna con un braserillo de lata, en el cual humean unos gangochos. Cae con eso, sofocado de risa, junto a ella, sobre el sofá. Cata agarra un cojín y lo golpea con él*) Animal! Alimaña perversa! Volviste a engañarme! (*Siempre golpeándolo*) Ya verás cuando me toque! Quemaré tu alma en aceite hirviendo! Quemaré tu espíritu en brasa! (*Al final, agotada, cae junto a él, riendo*) Oh, Dios! Esta vez, sí la hiciste!

ALBERTO (*Riendo*) Oh, Dios mío! «Las fotos de mi madre»! . . . «Mis joyas»!

CATA (*Sofocada*) Espera . . . Espera que . . . (*Se escuchan voces afuera*)

VOCES —Donde fue? No se ve ningún incendio! (*Alberto va hacia la ventana*)

ALBERTO (*Grita afuera*) No fue nada! Sólo un susto de mamá! Donde se le quemó una tortilla! (*Eso les da a ambos una nuevo acceso de risa*)

VOCES —Ah . . . bueno!

CATA —Santo Dios! Un día, arderemos los dos, y ésa será nuestra condenación, ya verás! Estamos provocando al cielo! (*Alberto se calma, al fin*)

ALBERTO —Cata . . .

CATA —Sí??

ALBERTO —Te cuento el cuento de cómo me violé, hoy, a la hija de Lozada?

CATA —Oh, déjame respirar, que me ahogo!

ALBERTO —Pero no me digas que no te resulto una compañía más que estimulante, mh? (*Cata se pasa un pañuelo por el cuello*) Papá también te daba tanta fiesta? . . . O era tu matrimonio con él más bien una larga y dolorosa peregrinación por la tierra de lo convencional?

CATA —Tu padre era un caballero. Nunca me daba estos sustos.

ALBERTO —Oh, sí! Apuesto que lo era!

CATA —Me traía violetas los domingos . . .

ALBERTO —Oh, sí, te traía violetas los domingos! Y los lunes qué hacía? Te arrastraba del pelo?

CATA —Tienes prejuicios en contra de tu padre. Nunca sabrás como era, en verdad.

ALBERTO —Oh, sí. Tengo prejuicios contra ese pez, que depositaba sus huevos en su hembra, y después se iba a otros pantanos, a pavonear sus aletas . . .

CATA —Celoso! (*Coqueta*) Nunca sabrás lo que era mi vida con él . . . Encendíamos fogatas al amor!

ALBERTO (*Con súbita y feroz brusquedad*) Ah, sí! Fogatas, eh?!

CATA —Sí! . . . Grandes hogueras, en que los dos nos consumíamos, hasta las cenizas!

ALBERTO —Oh, sí, eh? Cenizas, eh? . . .

CATA —Sí!

ALBERTO —Entonces, déjame contarte el cuento de cómo me violé, hoy, a la hija del cobrador de gas!

CATA —Estás enfermo! Muy enfermo!

ALBERTO —Hoy maté a un perro! Con un mondadientes! Limpia, concienzuda, meticulosamente! (*Cata está planchando de nuevo. Ha recuperado el dominio de sí misma*)

CATA —Debes haber tenido un mal día. Difareas más que nunca!

ALBERTO —Con González hicimos, hoy, una apuesta, sabes?

CATA —Ah, sí? Qué apostaron?

ALBERTO —Que, hoy, volviendo a casa, era capaz de violarme a un saltamontes! Y te cuento, cuento, cómo lo hice? (*Cata hace un gesto de resignada complacienca. Alberto se levanta y va a abrazarla*) Oh, mamá! Vieja querida! Vieja simbiótica! Sabes que te amo? En verdad, te amo, locamente!

CATA (*Complacida*) Ya . . . deja! (*Alberto le besa el cuello*)

ALBERTO —Creo que sí, algún día, se te ocurriera traicionarme y mandarte cambiar . . . yo? . . . me muero! . . . Y si llegaras a morirte, extrema traición . . . escupo tu catafalco! Te juro que lo hago! Hasta mi última gota de saliva! Lo juro! (*Toma la cara de ella en sus manos*) Amo hasta tus arrugas, vieja! . . . Dime, cómo haces para ser tan fea, y al mismo tiempo, tan hermosa. (*Pretende llevarla al sofá*)

CATA —Ya! Déjame planchar, tonto!

ALBERTO —Ven! No seas terca! (*Ella cede al fin. Caen ambos sobre el sofá*)

CATA (*Mirándolo desconfiada*) Dime . . . a ti te pasa algo, no es cierto? . . . Tienen algo bajo la capota! No me digas que no!

ALBERTO —Qué quieres decir?

CATA —Tú estás «cargado». Desde que llegaste, hoy, lo estás! . . . Estás más loco que nunca!

ALBERTO —Ya te dije, vieja. Vengo directamente de violarme a un colibrí, y eso me ha dejado «cargado» con la más violenta de las culpabilidades . . .

CATA (*Alejándolo de sí, mirándolo*) No, no . . . Tú tienes algo! . . . Tú estás pensando . . . dejarme, no es cierto? . . . Confiésalo!

ALBERTO —Dejarte?

CATA —Por qué me hablas de «mandar cambiar»? . . . Tú estás pensando dejarme por esa . . . Laura. Confiésalo! . . . Sé como funciona tu cerebro torcido!

ALBERTO —Laura? Qué Laura?

CATA —La de los paseos por el cementerio.

ALBERTO —Ah, ésa! . . . Sí, en verdad! . . . Saben qué pensamos hacer?

CATA —Dime!

ALBERTO —Ir a arrullar nuestro amor bajo la lápida de los Ibarra-Lorca . . . cuyo último vástago sucumbió en 1793, de constipación crónica

al píloro. Dicen que expiró eructando una pasta verde! (*Cata le golpea en el hombro*)

CATA —Dime la verdad! Habla en serio! Cómo puedes reírte ante algo tan serio?!

ALBERTO (*Contrito*) Sí, vieja . . . Tienes razón!

CATA (*Temblorosa*) Ves? Lo sabía! Lo sabía! Después de tantos años, cuidándote, viviendo para ti, ahora, me dejas sola con mis sartenes!

ALBERTO —Es verdad, vieja . . . Cruel . . . Pero qué quieres? La vida es así . . . Te lo anuncio oficialmente: nos casamos en septiembre, el 14, y nos iremos a vivir en una nuez. Qué le vamos a hacer?

CATA —Es verdad, entonces?

ALBERTO —Verdad, verdad, vieja! Verdad! Más verdad que el más muerto de los muertos!

CATA (*Lloriqueando*) Ay! Y qué será de mí, Dios mío?

ALBERTO —Tú siempre te las arreglas, vieja.

CATA —Oh, ingrato! Hijo podrido de mis entrañas! (*Llora, Alberto la contempla, impasible*)

ALBERTO —Vieja . . . no pensarías que me iban a tener atado, por vida a tu cuello, no? . . . Hoy ataqué a Lozada con un cuchillo de cocina, y le corté la yugular, y ése no fue un acto gratuito, vieja . . . Fue como la declaración de mi completa independencia. (*Pretende tomar sus manos, que ella retira bruscamente*) La vida es así, mamá. Hasta los gorriones se van algún día del nido, no? . . . Vendremos a verte, los domingos, y te traeremos pasteles, ya verás!

CATA (*Un grito melodramático*) Oh, métete tus pasteles! Qué puede darte esa mujer que yo no pueda?

ALBERTO —Oh, vamos, vieja! Quieres que te lo deletree?

CATA —Te estoy preguntado, maldito! Qué tiene esa puta que yo no pueda darte?

ALBERTO —Un ombligo en forma de clavel, eso tiene . . . y eso es algo que tú, ni en cien años, podrías lucirle a nadie, madre.

CATA —No te me escapes, cobarde! Te pregunto, por última vez: qué tiene esa ramera que yo no pueda darte?

ALBERTO —Fantasías fúnebres entre lápidas mortuorias. Eso me da . . . Te parece poco?

CATA —No quieres hablar, ya veo . . . Yo te facilitaré el camino! (*Va hacia el interior y regresa con un atado de ropas de él, que lanza a sus pies*) Toma! Aquí tienes! Fuera! A agarrar tus pilchas, y te largas! Ya! . . . Si es por lástima a mí, no quiero tenerte un día más bajo mi techo! (*Le señala la puerta, teatralmente*) Fuera!

ALBERTO (*Sin moverse*) Me estás echando, en verdad?

CATA —Fuera! No quiero alimentar zánganos en *mi* casa! (*Lo golpea con el cojín del sofá*) Fuera! A la calle con tu ramera! (*Lo golpea varias veces con el cojín*)

ALBERTO (*Esquivando los golpes*) Vieja . . . si vieras lo linda que te pones, rabiosa! . . . Pelo de chispas! Mejillas encendidas! (*Ríe*) Boquita de fresa! (*Ella se detiene*)

CATA —Qué? . . . Era broma de nuevo?

ALBERTO —Qué va, vieja! Si ya está todo arreglado! Hasta el suegro se ha metido! Me ofrece un brillante puesto, de brillante porvenir, con un brillante sueldo, en una de sus brillantes empresas!

CATA (*Con el cojín, paralizado, en su mano*) Qué?? Que es millonario, acaso?

ALBERTO —No, enterrador!

CATA —Qué cosa?

ALBERTO —Entierra hombres!

CATA —Dónde?

ALBERTO —En sus grandes cementerios bajo la luna.

CATA —De qué estás hablando?

ALBERTO —Quiere que siga un curso en necromancia, antes de iniciar mi nuevo trabajo en su empresa.

CATA —Necromancia? Qué es eso?

ALBERTO —El arte de sacar el cuero sin que duela, vieja . . . En su fábrica se arreglan cadáveres . . . Se les viste overall, y se les vacía los ojos . . . Y luego hay que atarles la lengua, para que no ululen. (*Cata reanuda los golpes con el cojín*)

CATA —Perverso! Me estás tomando el pelo, nuevamente!

ALBERTO —No, vieja! Es verdad! Verdad! . . . Para confirmártelo, te cuento lo que vi, hoy, volviendo a casa? (*Cata sigue golpeando sin asunto, tontamente, por rutina*)

CATA —Sospecho que volverás a ponerte lúgubre.

ALBERTO —Fue al cruzar el cementerio . . . con Laura. Íbamos tomados de la mano, y de pronto, qué crees que veo, en el sendero?

CATA —Oh, Dios! Ya me imagino!

ALBERTO —Sus córneas y mis córneas, imagínate! Como cuatro zafiros, brillando en la sucia arena! (*Se produce una breve paralogización, producto del tono lastimero y desesperado de la última alocución de Alberto. La madre «se derrumba». Deja los golpes tontos y cae sentada a su lado*)

CATA —Oh, hijo! hijo! (*Se echa en su regazo*) Qué pasa contigo? Me siento tan inútil! Presiento que sufres, y no sé cómo ayudarte!

ALBERTO —Lozada me condecoró, hoy día, madre! (*Cata le tapa la boca*)

CATA —No, hijo! No más! (*Alberto quita su mano*)

ALBERTO —Hizo colgar guirnaldas de guías usadas y facturas vencidas, de un extremo al otro, de la tienda, y vino, y con un gesto teatral, así, me condecoró con una zapatilla de gamuza! . . . Y sabes por qué, madre? (*Cata le toma la cara*)

CATA —Oh, hijo! Lo que tú necesitas son un par de ideas nobles, para sacarte toda esa melancolía que aplasta tu vida, hijo!

ALBERTO —Y para qué quiero eso, madre? Si te tengo a ti, para contabilizar juntos la muerte, a goteritas? . . . Espero morirme, algún día, asfixiado en una de tus cremas de chocolate! . . . Sabes que, a ratos, las odio más que a Adolfo Hitler?

CATA —Prende la tele, hijo . . . Descansa!

ALBERTO —Hoy, Lozada me condecoró con una escoba, madre. (*Cata simplemente lo mira*) Hoy, vendí catorce pares de la hermosa línea italiana, y Lozada vino, y trémulo, trastornado de frenética felicidad, me condecoró con una escoba, mamá . . . (*Silencio. Cata lo mira*) Hoy, maté a un jaguar, madre . . . (*Silencio*) Hoy, un payaso se cae de un décimo piso . . . Hoy, Siberia se hunde en el mar. (*Cata logra taparle, ahora, la boca. Lo ciñe con su abrazo y lo cimbra, como queriendo adormecerle. Desprendiéndose*) Que no ves que Lozada me entregó, hoy, el sobre azul, madre? . . . No quieres entender que tu hijo perdió hoy toda su dignidad de hombre?

CATA —Descansa, Momo! . . . Descansa! . . .

ALBERTO —No, escucha! . . . Escucha lo que me dijo, hoy, al entregarme el sobre azul! Díjome: Alberto, eres un buen muchacho—me dijo. No tengo quejas reales en contra tuya, ni por tus valores morales, ni por tu conducta. Al contrario, diría . . . Procedes enteramente de acuerdo a las más elementales normas de las buenas costumbres, pero siento tener que informarte que tu tiempo se acabó . . . Se acabó, Alberto! . . . Te he dado todas las oportunidades. No puedes acusarme de habértelas negado, hijo! . . . Pero tú, simplemente, muestras reacciones demasiado estadísticas . . . Te distraes fácilmente . . . No sé lo que te pasa, pero tu mente, simplemente, tiende a irse hacia los confines del espacio inútil . . . No sabes concentrarte en lo que tienes que hacer . . . Parece que no te gustara vender calzados, hijo, y eso es malo, muy malo . . . te he visto languidecer en tu puesto, y no es para eso que te contrató, Alberto. Entiendes eso, no? . . . Me baja una melancolía atroz, cuando veo a tipos como tú, hijo . . . Qué pérdida de recursos, qué pérdida de alimentos! Qué se puede hacer con tipos como tú? . . . Tal como eres, hijo, eres mercadería prescindible. Te das cuenta que puedo cambiarte por otro igual a ti, el día que se me antoje? . . . Salir a la calle, y encontrarme a otro, tan . . . moreno, tan . . . compuesto, tan . . . plácido y deseoso de ser grato, como tú? . . .

La calle está llena de residuos orgánicos, deseosos de sobrevivir en esta loca naturaleza urbana que nos hemos creado . . . Los ves, ahí, clavados como semáforos, en una esquina . . . conscientes de no ser nadie, por no haber estudiado nada . . . encaramándose a un muro, los ojos vacuos, la boca trémula, los párpados caídos! . . . Es terrible, hijo, pero yo, simplemente, tengo la obligación de buscarme al mejor, si deseo que mi negocio prospere . . . y tú no lo eres, hijo . . . Qué puedo hacer?

CATA —Y tú, qué le contestaste?

ALBERTO —Díjele: . . . Lo que pasa, señor, es que medito demasiado, y eso es malo para el negocio, lo entiendo . . . Medito, por ejemplo, que la vida es basura, señor . . . Una rutina insoportable, cuyo símbolo perfecto es un par de zapatos, metidos en una caja . . . Si metiéramos un salchichón, sería lo mismo; mercaderías absolutamente intercambiables, señor . . . Y, para ser sincero, eso hace que me dé un culo vender sus malditos zapatos, señor . . .

CATA —Oh, Santo Dios!

ALBERTO —El tiempo no se detendrá por ello, ni se caerá el cielo.

CATA —Oh, Dios mío, cómo pudiste?

ALBERTO —Espera! Espera, que aún falta lo mejor!

CATA —Dios mío!

ALBERTO —Porque agregéle, acto seguido, que yo entendía que así eran las reglas del juego, y que no temiera por la hermosa simetría de su casa, ni por el lindo rosado en las mejillas de su hija, porque un hijo de puta, un «bueno para nada», opinara así . . . Que los hombres estaban compuestos de lobos y corderos—díjele . . . en que los corderos, a los cuales pertenecía yo, naturalmente . . . poníamos el cuello, para que nos mordieran los lobos . . .

CATA —Tú estás loco!

ALBERTO —. . . Que los mansos de espíritu estábamos para eso: para servir la codicia de los duros . . . que habían terminado por hacer de la vida un gran desperdicio . . . (*A estas alturas Cata sólo logra escucharle, completamente espantada*) . . . Le hablé de ti . . . de nuestros juegos . . . de nuestras fantasías . . . y le hubieras visto sus arterias, madre!

CATA —Completamente loco!

ALBERTO —No entendió nada . . . Nunca va a entender nada! . . . (*Mira su madre*) El hecho es que a Lozada le salió el lacayo siniestro que oculta en el negro de sus córneas, mamá . . . y me escoltó, él mismo, hasta la puerta . . . Aun siento clavadas en mi nuca, sus pupilas fosforescentes! (*Sonríe*)

CATA —Tú mismo te labraste tu tumba . . . y la mía! Cómo puede ser verdad tanta tontera?

ALBERTO —Tan verdad es, como el ave del paraíso que acaba de entrar a esta habitación, vieja . . . No la ves volar? . . . Vuela, vuela, pajarillo, sobre los cañaverales llenos de luz! . . .

CATA (*Grita*) Deja! Deja ya! (*Lloriquea*) Oh, tú causaste nuestra desgracia!

ALBERTO —Oh, Cata, vamos! No dejemos que la vida nos haga daño! (*Cata se tira de sus cabellos*)

CATA —Cesante! Indigente! . . . Oh, qué será de mí?

ALBERTO —Nada, Cata! Nada será de ti! . . . Qué quieres? Que me convierta en ese perro, lechoso y fofo, que soy en la tienda, o me convierta más bien en una pirata? . . . Un pirata glorioso y heroico? (*Pretende tomarla*) Vamos, ven! Bailemos, los dos! (*Ella se desprende de sus manos*)

CATA —No! Deja! Déjame, cobarde! (*Alberto insiste*)

ALBERTO —No, vieja! Juguemos! . . . Vamos, ven a mis brazos! (*La abraza*) Que no ves que pueden tomar nuestras vidas, vieja, pero no nos pueden quitar el aire que circula por los montes? . . . (*La levanta y comienza a girar con ella*) Hay un viento libre y hermoso que gira, vieja!

CATA —Ya, Momo, no! (*Pero ya ella no se resiste tanto. Comienza a entrar en el juego*)

ALBERTO —Un viento que gira y que es nuestro! . . . Carbón cae sobre los techos pero bajo la tierra fermenta la semilla, vieja! (*Gira con ella, en vilo*) Tú y yo, somos un globo, vieja!

CATA (*Riendo*) Ya, Momo . . . no!

ALBERTO —Un globo! . . . Un globo que gira y gira! . . . Vuela, vieja, vuela! . . . Vuela conmigo!

CATA —Ay, Momo!

ALBERTO —Vuela! . . . Vuela! (*Caen extenuados sobre el sofá*)

CATA —Ay, Dios, Momo! Qué se puede hacer contigo? (*Él la toma y la sienta sobre su regazo*)

ALBERTO —Ven, vamos! Lo que puedes hacer conmigo es contarme lo del teniente! . . .

CATA —Vamos! De nuevo?

ALBERTO —Sí, de nuevo, vieja! De nuevo! Incansablemente! . . . Vamos, ven, cuéntame! Iban llegando al convento abandonado, y a ti la sangre te palpitaba en las arterias . . .

CATA —Me palpitaba, sí, hijo!

ALBERTO —Sí! Eso! . . . Pero después, qué pasó cuando llegaron arriba? . . . Vamos, cuenta! . . . Qué te hizo el teniente? . . . Envolvió a tu cuello un collar de aves furiosas? . . . (*Son ahora como dos amantes, en cercano coloquio amoroso*)

CATA (*Coqueta*) No, hijo . . . Yo trepaba, liviana y alegre, por ese sendero . . .

ALBERTO —Y? . . . Cuenta!

CATA —Y entonces . . .

ALBERTO —Sí . . . entonces, qué? . . .

CATA —El me tomó . . .

ALBERTO —Te tomó, sí . . . y qué te hizo? . . .

CATA —Entonces, ese ojo, hijo! . . . Ese terrible ojo del viejo . . . como un dedo! . . .

ALBERTO —Sí . . . qué? (*Cata toma sus manos febrilmente*)

CATA —Todo lo que te estoy contando, es cierto, hijo!

ALBERTO —Sí, ya sé que es cierto, pero cuenta! . . . Vamos!

CATA —Entonces . . . el puerto! . . . El mar! . . . El brillo del mar, hijo! . . .

ALBERTO —Sí? . . . Qué?

CATA —Y mi madre, abajo . . . llorando! . . . (*Mira a Alberto, desolada*) Me limpió el vestido! . . . Me peinó el pelo lleno de pastos! . . . (*Pausa. Alberto la mira sólo. Espera*) Y mi pobre padre . . .

ALBERTO —Sí?

CATA —Llorando también, en medio del malecón! . . . Y después, corriendo como un volantín, entre las dunas . . . con los faldones del abrigo batiendo tras él, como grandes alas . . .

ALBERTO —Sí? . . .

CATA —. . . Gritando! . . . gimiendo! . . . (*Largo silencio exhausto*) Ahí terminó todo, hijo . . . (*Ha terminado entre ellos toda exaltación. Ahora todo es muy íntimo, muy doloroso*)

ALBERTO —No, madre . . . ahí nada terminó . . . Ahí, todo comenzó . . . Que no ves que todo comenzó ahí, y caímos, los dos, tú y yo, en esta pieza? . . . Una puerta . . . una ventana . . . una larga espera? (*Cata llora ahora silenciosamente, en el regazo de su hijo*) Que no ves que ahí nos hirieron a los dos, madre? . . . Que tú y yo somos desde entonces como dos hermanos? . . . No lo es, Cata? (*Cata lo mira, llorosa, desconsolada, suplicante casi*)

CATA —Pero hay belleza, hijo . . . Belleza y bondad. (*Alberto le cierra la boca, suavemente*)

ALBERTO —Sí, pero no lo digas! No te engañes, vieja! . . . Hay hermosos paseos bajo la luna, sí . . . pero también hay madera ulcerándose, pudriéndose bajo el vapor . . . Y hay epilepsia . . . Hay la epilepsia de Carvallo, dura y concreta . . . No quieres que te cuente lo que le pasa a Carvallo cuando le vienen los ataques? (*Ahora es el turno de Cata de cerrarle la boca*)

CATA —No, hijo! No quiero saber! No más de eso!

ALBERTO (*Entiende*) Sí, tienes razón! No más de eso! No más, por hoy día! (*Están los dos, así, un rato, abrazados*) Estamos tú y yo, vieja, y eso es algo que nadie nos podrá quitar . . . Mientras tú y yo estemos aquí, yo estaré para protegerte, y tú para aguantarme . . . y veremos pasar los días, y esta habitación se llenará de tu respiración y de la mía . . . y haremos un mundo de esta pieza . . .

CATA —Sí . . .

ALBERTO —Quieres que hagamos, ahora, algo verdaderamente interesante?

CATA —Sí, hijo . . . qué?

ALBERTO —Veamos le tele, entera, meticulosamente?

CATA —Bueno, hijo . . . (*Se levanta*) Te traigo crema de chocolate?

ALBERTO —No podía ocurrírsete nada mejor, vieja? (*Cata va hacia la cocina. Alberto prende la tele. Gritando hacia la cocina*) Yo, en tanto, conquistaré Arabia, vieja! Con Lawrence y su corte de estranguladores! . . . Y si tengo suerte, como sabes, veré morir cuatrocientos soldados azules, en guerra contra cuatrocientos soldados rojos! . . . Y los Estados Unidos se llenarán de gloria, sobre un lecho de vísceras rotas! . . . Morirán de la manera más cómica, ya verás! . . . Habrá algunos que se destrozarán contra las empalizadas, dejando un reguero de pupilas en el polvo! . . . Otros habrá que volarán en pedazos, como pólenes locos a fecundar el barro, con sus sangres y sus intestinos! . . . Y habrá otros, con más suerte, que morirán con una flor de cardo en la boca! (*Cata regresa con la taza de crema*) Todo un delirio, no crees?

CATA —No te escuché, hijo . . . (*Le sirve con la cuchara, en la boca*) Toma, como a ti te gusta! Dulce y cremosa! . . . Y no tiene sal! Hoy, no! (*Alberto recibe*) Lico?

ALBERTO —Lico . . . (*Alberto adopta posición de niño que recibe la papa*)

CATA —Uno para el papá, otro para la mamá!

ALBERTO —Sí! Uno para Albertito, otro para el hijo de la gran puta! (*Cata le pega cariñosamente en la boca*)

CATA —No! Groserías, no! Eso no se hace!

ALBERTO (*Con la boca llena*) Cata . . .

CATA —Sí?

ALBERTO —Te cuento el cuento de lo que pasará en la ciudad, el día que los vendedores de zapatos se declaren en rebeldía?

CATA —Come, hijo, come!

ALBERTO —Estallarán todas las cajas registradoras, y lloverá fango durante una semana, vieja . . .

CATA —Come! (*Alberto recibe*)

ALBERTO —Y en el hueco que quede donde estaban las tiendas, sólo quedará un barro seco, plagado de teclas rotas y sumadoras descuajeringadas! . . .

CATA —Ya, no digas más tonterías, niño! (*Dándole otra cucharada*) Este domingo, Cata y Alberto irán a la colina, no es verdad? (*Alberto asiente sumiso*) Y encontrarán las hermosas flores azules, no es cierto? (*Alberto asiente*) Y después, irán, los dos, a misa . . . del brazo . . . como dos enamorados, mh? (*Alberto asiente*) Él, todo alto, elegante y dolido, con su brazalete negro en el brazo, y ella, toda inflada de orgullo, como un ave real, no crees? (*Así es, dice él. Cata sigue sirviéndole*) Y el lunes . . . el lunes, Albertito volverá a la tienda, como el niño bueno que es, y no reclamará más, no es cierto? (*El asiente*) Nada de melancolías que a nada conducen, no es verdad? (*El niega*) Por qué a qué conducen, hijo? . . . Sé sincero! . . . (*A nada, dice él*) Un puro quejarse inutilmente, nada más, no crees? (*Así cree él*) Muy bien! (*Le limpia la boca con la servilleta*) Eso es! . . .

ALBERTO —Cata . . .

CATA —Sí, hijo?

ALBERTO —Tienes un ojo de vidrio. (*Cata termina de aderezarle. Lo peina. Le estira las cejas*)

CATA —Siempre habrá un mañana mejor, hijo . . . Siempre habrá.

ALBERTO —Cata . . .

CATA —Sí, hijo?

ALBERTO —Tienes la cara de lata . . . (*Cata se tiende a su lado, ahora, a ver la tele, junto a él, muy arrimada a él*)

CATA —Descansa, hijo . . . Disfruta la tele.

ALBERTO —Ya no vuelan aves salvajes en torno a tu cabeza, mamá.

CATA —Calla, niño! Descansa! . . . Veamos la tele, será mejor . . . A lo mejor dan algo bonito . . .

ALBERTO —Sí, veamos . . . (*Ven un rato la tele. Luego . . .*)

CATA —Bonita chiquilla, no crees?

ALBERTO —Bonita . . .

CATA —Boquita de fresa . . .

ALBERTO —Sí . . . Me gustaría . . .

CATA —Te gustaría qué, hijo?? Qué te gustaría?

ALBERTO —Ver como la viola un puerco espín . . . (*La sombra de los peces, nadando en su prisión traslúcida, se proyecta contra el muro de enfrente, iluminada a contraluz por el reflejo azulado de la pan-*

talla del televisor. La pareja permanece abrazada, viendo la tele, mientras cae el telón.)

TELÓN

R; 95949
bnch
11 M (36-14)
1990
AA H 3285

